DIANA SCOTT

LA COFRADÍA DE LAS COMUNES

El converso

Diana Scott

Copyright 2019 Diana Scott

Indice

Prólogo
Pecados Imperdonables
Libertad
La Posta
La Sinagoga
Dichosa Fortuna
Solución Total
Toledo
El Clandestino
De Pasiones
De Compras
No Me Busques
El Compromiso
Pecados
Tiempos De Costura
Las Cofrades
Tramas
Ávila
Las Comunes
Las Panaderas
Con Las Manos En La Masa
Alistamiento
Deseo
Sinceridad
Negocios
Emboscada
Despierta
Confesiones
Crítica
Esperando Lo Inesperado
Planes
Advertencias
Heridas Del Alma
Libertad
Gato Y Ratón
Inocencia Reconquistada
Oro No Es
Promesas Incumplidas
La Boda
Paraíso
La Toma
El Sermón
Entre Vivos Y Muertos

Agradecimientos

Prólogo

Y dijo la Biblia, no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer; porque todos sois uno...

Entonces llegó el hombre predicador y ellas ya no fueron iguales ni sus hijas ni las hijas de sus hijas y todas lo aceptaron, pero un día una cofrade alzó la voz y dijo:

¡No!

Porque bendito son el hijo y bendito es el padre y bendito es el fruto, pero más bendita es la madre, en cuyo vientre el alma del hombre se refugió...

…….

—¿No tienes frío? —Preguntó la abuela preocupada.

La joven sonrió y negó con la cabeza mientras acomodaba los indomables rizos dentro del delicado tocado y caminaba hacia el Castillo de Proa.

—Era subir o morir asqueada —. Contestó frunciendo la nariz y recordando las continuas arcadas de sus compañeros de travesía.

La anciana no pudo más que sonreír con los labios frente a la inapropiada respuesta de su adorada nieta. La joven representaba la inocencia y la desfachatez en un precioso y único ser humano. Distraídas, cada una con el correr de sus propios pensamientos, centraron las miradas en el horizonte mientras hombres fuertes de rostros enfadados, tironeaban de anchas cuerdas y cargaban pesados cubos de agua y arena. Mástil, velas y pisadas sobre madera crujían al intenso compás de las insaciables olas, que al son de su danza, dejaban claro quienes eran las señoras y dueñas de sus destinos.

El sol nacía lentamente allí donde el amor del cielo y la mar se fundían en una única línea recta. Cual niño recién nacido, este extendía su caluroso abrazo a aquellos corazones inquietos que esperanzados, navegaban hacia el nuevo mundo. Un mundo en el que abuela y nieta esperaban encontrar algo de consuelo y una pequeña cuota de paz...

—¿Creéis que será bueno para nosotras?

—Sólo Dios lo sabe —. Dijo apresando entre las manos su pesada cruz de oro y plata.

—¿Piensas que nos escucha? —La desconfianza se palpó en la joven voz al recordar a los padres muertos.

—Estoy segura de ello —. Sentenció con profunda fe cristiana.

—Lo siento, no quise ser impertinente...

—No cariño, soy yo quien lo siente. Temo que deberás acostumbrarte a mi mal carácter —. Contestó frunciendo aún más las

arrugas por defender a quien ya no debería.

Una hija enterrada antes que una madre representaba un castigo lo suficientemente duro como para desconfiar de las bondades del divino creador, pero arrebatársela a una jovencita que comenzaba a vivir, ese era un mazazo directo al centro del corazón.

—Mis arrebatos son los únicos culpables. Intentaré ser digna de tu compañía.

Los ojos negros como la misma noche suplicaron clemencia y la abuela se derritió con sólo mirarlos. Su nariz respingona, su amor incondicional, junto a su continua búsqueda de la justicia, eran algunos de los rasgos heredados y que el tiempo jamás borraría. Ver la misma luz que una vez iluminó a su propia hija la entristecía y enorgullecía a la vez.

—Abuela, ¿cómo comenzó todo? —La anciana negó con la cabeza pero la joven, que ya se encontraba arrastrándola del brazo, se detuvo con picardía ante algo parecido a un asiento —. Tenemos mucho tiempo —. Dijo observando la interminable extensión de mar que tenían por delante y señalando un saliente de madera que cumpliría perfectamente con la función de banco confesor —. Tengo derecho a saberlo y tú mucho tiempo libre —. Sonriente golpeó la madera con la palma de la mano para que la anciana se sentase a su lado.

La abuela asintió resignada. Esa jovencita era sangre de su sangre y luz de sus ojos agotados, pero igual de terca que su difunto marido, que el señor lo tuviese en la gloria...

—¿Y por qué parte quiere vuestra merced que comience? —La imitación de sus antepasados provocó temblores de ansiedad en los nervios de la joven.

Moviendo el cuerpo cual niño inquieto abrió los ojos con entusiasmo mientras se aferraba a su gran libro de cuero con inscripciones en oro. Nunca se separaba de él.

—Bien, creo que comenzaré con el verdadero origen. Puede que existan muchas cosas que no comprendas pero... —La intriga hizo que las negras pupilas de ónix fulgurasen ávidas de interés —. Diría que todo comenzó con un amor que nunca debió suceder.

—No abuela, no digas eso... El amor siempre es para bien —. Confesó mirando con aires distraídos hacia el timón.

La abuela se rió con la ingenuidad de su nieta y ésta se puso roja como la más madura de las manzanas. Incómoda por ser pillada en sus sentimientos más íntimos, carraspeó como si nada hubiese sucedido e intentó disimular estirando las amplias faldas de su vestido. Entrelazó sus propios dedos sobre las pantorrillas enfundadas con las gruesas telas y esperó ansiosa que el relato continuase. Con la dignidad algo dañada y la vergüenza escondida tras los sonrosados sofocos, esperó escuchar aquellos detalles que desconocía. La anciana comenzó rápidamente la locución. La jovencita no pudo más que ahogar un silencioso grito tras unas manos que

cubrieron sus dulces labios en forma de O.

Pecados imperdonables

—¡Camina! — La orden atragantada por la desesperación de Haym retumbó en un espeso bosque que ya no los ocultaba —. La mujer prosiguió la huida sin materializar ni una de las miles de punzadas, que cual estoques ardientes, atravesaban de norte a sur su abultado vientre.

Las fuerzas le flojeaban y a punto estuvo de caer, aún así intentó ocultar las finas líneas de sangre que, bordeando la entrepierna como gotas de rocío en invierno, teñían de un rojo profundo sus avejentados zapatos.

Quizás si llegasen al arroyo el agua ocultase su olor frente a los despiadados sabuesos, pensó Haym abatido y aferrando al pequeño de menos de un año, y que transportaba cual saco de patatas mal atado, sobre sus espaldas. Con temor centró la mirada en las botas de su ángel para divisar una nueva línea de sangre que manchaba los cueros desgastados de sus zapatos. En un completo arranque de desespero quiso sujetarla por la cintura y acarrear también con su joven esposa pero las fuerzas le flaquearon. Tres años de mala alimentación en unos campos que apenas daban cosecha, desgastaban hasta al más fuerte. Con los puños apretados miró al cielo y blasfemó una y mil veces contra aquél que lo había abandonado, otra vez. Haciendo acopio de unas fuerzas que no creyó poseer, lo volvió a intentar y esta vez pareció haberlo conseguido. Su ángel se sujetaba a su cuello con débiles manos y el niño seguía tras su espalda sin caerse. Con esfuerzo sobrenatural sus rodillas consiguieron dar los primeros pasos, y aunque con mucha dificultad, las piernas se movieron hacia delante con el peso de su amada entre los brazos y el de su hijo enganchado a la agotada columna. El sudor le recorría la frente y los músculos se le tensaron dolorosos por el esfuerzo, pero nada importaba si conseguía llegar hasta el río. El pequeño Judá lo aprisionaba hasta el ahogamiento por el cuello para no resbalarse, pero a Haym sólo le preocupaba la humedad de sangre que comenzaba a traspasar la desgastada falda de su mujer.

—Falta poco —. Le dijo casi sin aliento pero ella apenas lo escuchó.

La tripa redondeada no se movía y los brazos se aferraban a su cuello con unas fuerzas débiles y dispuestas a abandonarlo. Caminaba lento, pero eso era mejor que nada, se dijo intentando calmar el temor que le carcomía las entrañas. No le importaba mucho su vida porque esta le pertenecía a ella desde aquél día en que la conoció. Su ángel era una gota de agua fresca en un mundo demasiado destruido por la codicia y la injusticia. No podía permitirse perderla. Inés lo significaba

todo. Aquella primera vez, cuando la vio apoyada en el carro tirado de un semental tan blanco como la misma nieve y dedicando esa preciosa mirada a todos los que pasaban, le cambio la vida. Ella era un ser de luz iluminando un reino enlodazado de injusticias. Un ángel nacido del mismo cielo, uno del que no era digno de lustrar sus zapatos pero al que amaba con todas las fuerzas de un corazón entregado. La amó esa misma tarde viéndola pasar y la amó cada mañana despertando a su lado. Su ángel veía belleza allí donde no existía, incluso en un tonto y simple judío como él, pensó entristecido al saberse increíblemente amado.

Un día de junio del mil trescientos ochenta, años arriba, años abajo, en una maloliente Barcelona, ella representaba la dulce flor del melocotón que robó para si. Desde su nacimiento, y de ello hacía ya veinte años, las sinagogas eran considerados guaridas del diablo, y como tales, sus miembros hijo del demonio. Posiblemente algo de aquello fuese verdad, porque abandonaba la judería rumbo a la casa de su señor para llevar la Cabeza de pecho y otras derramas extraordinarias al señor del feudo, cuando el ángel cristiano se cruzó en su camino y endemoniadamente enamorado ya no pudo olvidarla. Su alma albergaba la ley de Moisés, ella la de Cristo. Vivían en barrios separados, comerciaban por separado, se alimentaban con otros alimentos, se vestían con ropas distintas, sin embargo allí estaban, enamorados en contra de cualquier decreto real.

La inquisición se implantó en Aragón un mes del año 1242 y aún continuaba firme buscando justicia allí donde no se necesitaba. Él no estaba bautizado ni pertenecía a la iglesia cristiana por lo que no sería juzgado por hereje sino por transgresor, pero su Inés, ella era mujer de las mayorías relacionada con uno de las minorías, su pena sería la muerte en la hoguera por adultera interconfesional. La quemarían como a un perro igualando su ferviente amor a simples relaciones sexuales de una mugrienta prostituta. Una sucia baldonada transgresora de su matrimonio con Cristo. No, no tendría perdón.

Haym se mordía los labios intentando no aullar de rabia, la inquisición actuaba previa denuncia, y él sabía perfectamente quién los había traicionado. Ese desgraciado prefería ver a su hija muerta antes que enamorada de un bellaco como él. Y si las relaciones carnales entre ellos se encontraba totalmente prohibidas, qué compasión podría esperar aquél pequeño fruto de tan indigna unión. Con fuerza sujetó el cuerpo casi desmayado en sus brazos mientras giró el rostro para besar las pequeñas manitas de Judá que se aferraban como garras a su cuello. Con la mejor de las suertes los tres morirían de un estoque certero al corazón y sin mucho dolor.

—Haym... —Ella habló con apenas un hilo de voz pero él la ignoró una vez más. Debía alcanzar ese endemoniado río, esa era la

única prioridad —. Haym... —Volvió a repetir con enorme esfuerzo y alzando la barbilla para mirarlo a los ojos pero él continuaba atento a no chocarse con los frondosos árboles del bosque —. Haym, tienes que detenerte... —carraspeó con sequedad en la garganta.

—Estamos cerca —. Habló seguro y sin mirarla. La conocía demasiado bien como para saber lo que pretendía —. Cuando alcancemos el río caminaremos por la orilla hasta perderlos. El agua nos ocultará de los sabuesos y borrará las pisadas —. Contestó seguro aún cuando las piernas agotadas por el exceso de equipaje le temblaron y a punto estuvo de caer.

—Amor mío deteneros... —Imploró con lágrimas en los ojos.

—¡Mujer, no sabéis lo que pedís! —Contestó rabioso.

—Debéis darme la oportunidad de besar a nuestro hijo por última vez —. La joven comentó suplicante pero él se negó en rotundo mientras el sudor de su cuerpo provocaba que el pequeño cuerpo tras su espalda comenzase a resbalar —. Amor... —Esta vez su delicada mano temblorosa se acercó al duro rostro sudoroso y él se dignó a mirarla por primera vez.

—¡No! —Gritó frustrado—. Lo conseguiremos. No podéis hacerme esto. No vais a abandonarme. Mujer, no he arriesgado nuestras vidas para que decidáis deshaceros de mi. Iremos a Castilla y criaremos a nuestros hijos en nuevas tierras. Tendremos otra vida, nadie nos encontrará.

—Mi vientre ya no se mueve...

—¡Fantochadas! Pronto... Pronto...—Dijo observando hacia el horizonte buscando algo de esperanzas. El agarre del pequeño Judá le dejó profundos arañazos en el cuello antes de resbalar por su espalda y caer de bruces contra el suelo.

Haym se giró y observó inquieto el inocente cuerpo esparcido en el musgo. Intentó recogerlo y seguir su marcha pero las piernas le dijeron que hasta allí habían llegado. Las rodillas se clavaron al suelo cual caballero frente a su señor y con brazos temblorosos depositó el cuerpo de su ángel en el terreno para luego caer agotado a su lado. El pequeño Judá se durmió allí mismo donde había caído mientras ella apenas respiraba. La nueva noche se acercaba con paso firme y el padre intentó buscar la agilidad mental que el temor había expulsado sin compasión. Las manos se aferraron a su cabeza suplicando alguna idea, algo que le ofreciese un poco de esperanza.

—Amor mío... —Su voz femenina apenas era un hilo de vida apagándose.

—No volváis a insinuarlo —. Contestó sin dirigirle la mirada.

—Tenéis que marcharos —. La voz de Inés sentenció una solución que su corazón se negaba escuchar.

—¡No!

Ella pedía un imposible, él jamás la abandonaría. Su destino se escribió el día que le pidió escaparse juntos. No, no la dejaría. El tirano destino los encontraría en el mismo lecho de muerte. Con la mayor ternura acarició su delicada frente. El amor los hizo arriesgarse y huir a Martorell para vivir juntos una ilusión que apenas duró tres escasos años.

—Amor de mi vida, tenéis que marcharos —. Inés habló y él sonrió con pena. Ella continuaba pidiendo necedades.

—Mi ángel... jamás os abandonaré. La muerte nos encontrará juntos. No pidáis aquello que no cumpliré. Mi amor por vos nunca supo de razones —. Haym secó esas dulces lágrimas que ella derramaba con la candidez de sus labios —. Moriremos juntos. Ese es nuestro destino. Vuestro Dios y Adonay así lo han propuesto y yo sólo quiero permanecer a vuestro lado por siempre.

Con amor ella acarició su mano callosa y con lentitud se la llevó hasta su abultado vientre para que él lo sintiese.

—Ya no se mueve y Dios desea que marche junto a mi hijo.

Haym cerró los ojos ocultándose de la cruda realidad. La sangre que ya se desparramaba en un gran charco entre sus faldas gritaban un final que se negaba a aceptar.

—Entonces vuestro Dios ha de llevarnos juntos —. La voz firme de Haym hubiese sonado hasta autoritaria si no fuese porque con sumo cuidado, apoyó su cabeza en el abultado vientre aceptando las suaves caricias que ella le regaló a los enredados cabellos.

—Judá os necesita. Debéis luchar por él.

Haym negó con el rostro pegado a la redondeada barriga para no mostrar las lágrimas que inundaban su mirada. Apretó los labios intentando contener el llanto. Él la amaba por encima de todo, no podía abandonarla.

—Es mi culpa —. Se dijo abrumado por la pena.

—¿Haberme enamorado de vos con todo mi corazón? Sí esposo, lo es —. Intentó bromear pero la sequedad de su garganta le provocó una tos que hizo que Haym saltara de su sitio para levantarla por la espalda. Inés aprovechó su posición y envolvió el rostro de su hombre que ya no ocultaba las intensas lágrimas que le surcaban las mejillas.

—Ni el bebé que yace en mis entrañas ni yo podemos seguiros, pero vos debéis intentarlo. Judá os necesita, si lo encontrasen...

Ella no terminó la frase, Haym sabía perfectamente cual sería el final del fruto de una hereje y un transgresor.

—Puedo cargar con ambos —. Contestó convencido e intentando ponerse de pie pero sus piernas agotadas temblaron de sólo pensar en volver a acarrear tanto peso.

—Apenas podéis con el pequeño Judá. Esposo, tenéis que marchar. Rezaré por vuestra libertad.

—¡No! —Gritó más para si mismo que como contestación —. No puedo... No podré vivir sin vos. No me lo pidáis, sois mi señora, mi amor... mi vida... ¿Es qué no lo comprendéis?

—Os ruego que salvéis la vida de nuestro hijo —. Suplicó maternalmente.

—¿Y pedís que con ello mate la mía? Mi ángel, el suplicio de vuestra falta será la mayor de mis condenas. No sé respirar si vos no me alentáis.

—Siempre que veáis a Judá allí estaré. Una parte de mí vivirá a vuestro lado, nuestro amor corre por sus venas —. El hombre negó intentando no escuchar pero ella sentenció segura —. Debéis iros. El tiempo se os agota.

Los ladridos indicaban que ella tenía razón. Tenía que salvar al menos a uno de sus hijos.

—No puedo, no puedo... —sollozó intentando que sus ruegos alcanzasen a uno de sus dioses. Sea el que fuese.

El corazón le palpitaba descontrolado y llegó a desear que dejase de latir allí mismo y le librase de tan desgarradora decisión. ¿Cómo dejarla en el bosque con su hijo en el vientre para salvar a otro que apenas caminaba? Intentó pensar pero no pudo, ella llevaba razón. Judá era el único con posibilidades de sobrevivir.

—Iros —. Inés descubrió sus dudas y aprovechó la ocasión para ordenar.

—No... no... —murmuró mientras los ladridos se acercaban—. ¡No! —Gritó apretando su cabeza con fuerza entre las manos.

—Por favor... —Ella suplicó y él aulló como lobo herido y desgarrado antes de aceptar su derrota.

Con lentitud se acercó al cuerpo del pequeño que desfallecido dormía en el húmedo musgo.

—Dejadme besarlo por última vez —. Dijo la joven al verlo envuelto entre sus brazos.

Haym se lo acercó a los labios y estaba por levantarse cuando las lágrimas y la desesperación lo dominaron y se aferró al cuerpo de la mujer con ambos hijos entre ellos.

—No puedo. Os amo demasiado. No me lo pidáis —. Dijo llorando cual niño desconsolado.

—Id con Dios. Mil veces volvería a escribir tan triste final si con ello volviese a ser amada por vos.

Haym besó sus labios humedecidos por las lágrimas y con el corazón roto en mil pedazos sujetó con fuerza lo único que le quedaba en esta vida y caminó con lentas pisadas buscando una solución que no llegaba. Dos veces miró hacia atrás esperando que ella lo llamase pero no lo hizo. Recostada en el duro suelo cerró los ojos y ya no los volvió a abrir.

Libertad

Con el alma desgarrada, apenas fue capaz de andar. En un principio sólo caminó pero luego trotó cual caballo desbocado dispuesto a perder la vida si fuese necesario. Ella tenía razón, Judá debía esconderse en un lugar seguro, pero él no. Protegería a su hijo para luego regresar junto a su mujer. Su vida existía sólo porque su ángel vivía en ella. Judá saldría adelante como uno de los tantos niños huérfanos del reino de Aragón, pensó entristecido. Lo sentía en lo más profundo de su alma y esperaba que, algún día, el pequeño lo perdonase, pero vivir sin su Inés no era una opción. Jamás lo sería. Le entregó su vida aquella primera vez en la que susurró su nombre después de entregarse al amor y no la defraudaría. Sin ella no existiría ni mañana por vivir ni sonrisa por soñar. Confiado en si mismo corrió por el bosque de frondosas encinas y robles, y tal era su optimismo que a punto estuvo de caer en las aguas heladas del río.

Feliz con el descubrimiento de las frías aguas, las bordeó y anduvo un buen rato hasta encontrarse con algo similar a una cueva que bien podría ser de lobos pero que poco le importó. El cansancio le dominaba el cuerpo y la desesperación por su Inés carcomía su turbada alma. Con el temor helándole la sangre entró lentamente. La mano derecha sostenía el estoque que su padre le obsequió ese día que se había convertido en hombre y con la otro aferraba al pequeño que dormía entre sus brazos. Con miedo, pero esperanzado, se mordió el labio reseco y aferró al pequeño con fuerza. Los ojos fueron adaptándose a la oscuridad de la caverna. Los olores a humedad y el frío encerrados en las gruesas piedras lo rodearon pero aún así continuó caminando estoque por delante. Su respiración se relajó al comprobar el final de unas paredes totalmente vacías.

—Nadie —. Dijo aflojando el tenso amarre del pequeño.

Con infinito cuidado le hizo una cama con unos hojas secas y lo recostó tras una inmensa piedra que lo protegería ante cualquier curioso. Judá se acomodó disfrutando de la noche y él lo besó en la frente antes de pedir su perdón por abandonarlo.

Corrió sin descanso. Dos fueron las veces que resbaló en el agua helada del río y una en la que patinó en el estiércol de algún jabalí. El frío nocturno comenzaba a entumecerle los huesos pero Haym voló como el viento. Los zapatos, cansados de vivir lastimaron las plantas de sus pies pero no se detuvo, llegaría hasta ella y la arrastraría si fuese necesario. Vivirían o morirían, pero juntos.

La respiración se le detuvo cuando escuchó el ladrido de los perros a lo lejos. Ellos estaban allí, pensó mientras levantaba el barro bajo sus pies. Puede que sólo fuese uno, se dijo mientras corría como la misma desesperación. Logró divisarlos y sacando fuerzas de donde

no existían, se lanzó a su encuentro pero ellos se marchaban sobre sus caballos en dirección opuesta sin llegar siquiera a verlo. El viento de la noche movía sus capas como banderas victoriosas. Uno era el cura confesor de Inés, ese que un día los delato, y el otro no era ni más ni menos que el despreciable de su suegro.

Sin pensar en que si se girasen podrían verle, corrió la escasa distancia hacia ella que, con la túnica echa girones, se desparramaba en un inmenso charco de sangre. El miedo se apoderó de su raciocinio y el frío del agua que aún goteaba por la desgastada camisa le congelaron los músculos. Si los malnacidos se marchaban a toda prisa sin su botín sólo podía significar una cosa. Desesperado anduvo el corto trayecto que le quedaba cuando las piernas lo hicieron resbalar por última vez. La sangre cubría al completo el vientre donde yacía su hijo.

Cayó a su lado y exasperado la acunó en sus brazos meciéndola de un lado a otro para que despertase. Gritó, maldijo y suplicó pero ella nunca despertó.

—Lo siento... no me dejéis... por favor... no me abandonéis...

Suplicó al cielo que se la devolviese y prometió todos los imposibles con tal de escuchar el sonido de su voz una vez más pero el reino de los cielos no se abrió. El llanto le recorrió el rostro y la cabeza, pesada por el dolor, se restregó sobre el cuerpo aún tibio. La sal de sus lágrimas se mezclaron con la sangre de su amada y tal fue el grito de su desesperación, que el bosque se silenció en señal de respeto y las estrellas se ocultaron apenadas ante aquél que moría por amor.

El sollozo no acababa y a punto estuvo de enloquecer. Quería correr, encontrar a aquellos desgraciados y arrancarles el corazón con las manos igual que ellos lo habían hecho con el suyo. Después de horas sintiéndose morir y sufriendo más allá de lo humanamente soportable, enterró entre hojas y algo de tierra el cuerpo de su amada y el del hijo que albergaba en su vientre. Ambos fueron atravesados de izquierda a derecha por estoque afilado cual cerdo de asquerosa matanza. Ni siquiera esperaron un juicio...

«¿Sería una niña de negros cabellos como su madre? ¿Tendría esa mirada profunda o tal vez su preciosa sonrisa?» Se preguntó vacío por dentro pensando en su hijo no nato.

—¡Por qué! Porqué... —Murmuró sin fuerzas mientras se arrodillaba frente al montículo elevado de tierra y lloraba las últimas lágrimas que le quedaban.

Respiró profundo e intentó rezar una oración pero no fueron estas las palabras que brotaron. Con el alma rota comenzó a recitar ese poema que ella le dedicaba con tanto amor.

“Madrugaba el Conde Olinos, mañanita de San Juan,

a dar agua a su caballo a las orillas del mar.
Mientras el caballo bebe canta un hermoso cantar:
las aves que iban volando se paraban a escuchar;
caminante que camina detiene su caminar;
navegante que navega la nave vuelve hacia allá.

Desde la torre más alta la reina le oyó cantar:
—Mira, hija, cómo canta la sirenita del mar.
—No es la sirenita, madre, que esa no tiene cantar;
es la voz del conde Olinos, que por mí penando está.
—Si por tus amores pena yo le mandaré matar,
que para casar contigo le falta sangre real.

No le mande matar, madre, no le mande usted matar,
que si mata al conde Olinos
juntos nos han de enterrar!
—¡Que lo maten a lanzadas
y su cuerpo echen al mar!
Él murió a la media noche;
ella, a los gallos cantar.
A ella, como hija de reyes,
la entierran en el altar,
y a él, como hijo de condes,
unos pasos más atrás.
De ella nace un rosal blanco;
de él, un espinar albar.
Crece el uno, crece el otro,
los dos se van a juntar.
La reina, llena de envidia,
ambos los mandó cortar;
el galán que los cortaba
no cesaba de llorar.
De ella naciera una garza;
de él, un fuerte gavilán.
Juntos vuelan por el cielo,
juntos vuelan a la par".

«Mi conde de Olinos... »Ella decía después de amarse y él contestaba como un tonto enamorado. «Mi ángel, ningún conde soy pero por vuestro amor en gavilán me convertiré». Y recostándola en su humilde lecho se volvían a amar...

Reclinado sobre la tumba deseó tener el valor suficiente para matarse pero fue entonces que el sonido de las hojas al moverse le recordaron su reciente promesa.

—Salva a Judá... —Ella suplicó con la voz del viento.

—Salva a Judá... —Murmuraron las hojas secas de las encinas.

—Salva a Judá... — le repitieron los duendes del bosque.

«¿Y a mí, ángel mío? ¿Quién me salvará a mi?»

El amanecer comenzaba a despertar pero no se apresuró, Judá aún dormiría en la cueva y los mal nacidos marcharon por el camino contrario. Agotado observó por última vez el lecho de muerte y suplicó por tener fuerzas suficientes como para seguir respirando.

—No es justo... —comentó secando sus sonrosadas mejillas.

—La vida muchas veces oculta su justicia... Sigamos con Haym... —Dijo la abuela mirando las olas danzar con el viento tras el horizonte

—¿Pero él pudo...?

—Tranquila niña, todo a su tiempo.

Haym alcanzó la cueva y observó tras la roca como su pequeño dormía ignorante de su nueva situación. La sangre corriendo por el vientre abierto de su amada aún inundaba sus cristalinos y en respuesta a tan desoladas visiones, profundas arcadas nacieron desde el centro de sus entrañas y recorrieron su estómago buscando salida. Descompuesto corrió hacia la entrada y cayó de rodillas con el cuerpo doblado en dos. Sus tripas intentaron liberarse pero apenas soltaron por la boca unas gotas de espeso líquido amarillo. Tres eran los días que llevaban huyendo y casi dos sin probar bocado. Con el odio recorriéndole las venas y la pena anclada en el corazón, presionó hasta el dolor su cabeza con las manos y tironeó sus cabellos enredados mientras maldecía por todo lo alto. Una pareja de petirrojos huyeron revoloteando sus alas con urgente premura pero poco le importó. Si alguien lo descubría o si aquellos mal nacidos regresaban para rematar la faena, él ya se encontraba muerto, su corazón no sangraría por muchos estoques que aquellos desgraciados le clavasen en el cuerpo. En lo más profundo de su ser hasta deseaba que algo así sucediese y ese terrible dolor que le desgarraba el alma acabase de una vez por todas. Deseaba morir y acompañar a Inés allí donde ella estuviese. Sus actos irresponsables habían llevado a la muerte al amor de su vida. La había amado desde el primer momento en que la vio. Era tan bella como dulce, no existía una gota de maldad en sus delicadas curvas. Toda ella representaba la belleza máxima. Cuerpo de ninfa con un corazón cargado de deliciosa bondad. La imprudente juventud lo llevó a desear a aquella que le había sido negada por naturaleza y por religión.

«Oh ángel mío, quien hubiese imaginado que vuestro propio padre daría orden de muerte a aquella que él hacía llamar la luz de

sus ojos», se dijo observando en sus propias manos la sangre seca de su Inés, esa que se negó a limpiar por ser el último rastro de amada en su cuerpo. Con las fuerzas agotadas consiguió ponerse en pie para cumplir una promesa de la que no escaparía y la única que lo mantendría vivo. Proteger a Judá.

Entró en la cueva y se recostó junto a su hijo hecho un ovillo debido al frío amanecer. Lo calentó con su abrazo y nuevamente lloró pero no por Inés ni por su hijo no nacido. Esta vez no fue por sus amores sino por su propio egoísmo. ¿Cómo llegar a Castilla cuando sólo deseaba morir?

La posta

El pequeño preguntó por su madre varias veces pero los diez meses de edad lo hicieron olvidar rápidamente su interés y centrarse en los animalillos del bosque. Haym supo que los problemas se agravaban cuando el hambre hizo mella en un pequeño cuerpo que no comprendía de desgracias y que sólo deseaba calmar el rugido de sus entrañas.

Ambos cruzaron el río Llobregat por el Pont del Diable dejando atrás una Martorell que les regaló cobijo por tres amorosos años. Atrás también quedó el bosque y la muralla de Igualada en donde consiguió refugio una noche. La población, disminuida en la mitad, a causa de la peste y la falta de cosecha, desconfiaba de cualquier desconocido sin importar que este acarrease un pequeño hambriento bajo el brazo.

Huyendo por el lateral de los caminos y esquivando ataques de maleantes o de un abuelo empeñado en el odio, anduvo con ojos pegados a la espalda. Con preocupación miró a Judá que comenzaba a llorar debido al vacío de su estómago. En las aldeas de Cervera y Bellpuig consiguieron causar la suficiente pena como para ser alimentados en las iglesias cristianas y descansar junto al calor de los animales en viejos graneros, pero aún faltaba mucho camino por recorrer hasta la ansiada Castilla. Las llagas de los pies, junto con los hombros doloridos por cargar con el pequeño, comenzaban a jugarle malas pasadas. Las fuerzas de sus músculos caían en igual proporción que la fe en su creador. Adonay poco consuelo ofrecía en su alma empobrecida.

«Si mi padre me viese», pensó divertido al recordarse comiendo pan cristiano hecho con levadura y bebiendo vino consagrado. Él, un judío de pura sangre... Su padre seguramente dejaría de respirar.

—Nos expulsarían de la fe —. Dijo al pequeño que sonrió como contestación al ver el rostro divertido de su padre.

Agotado por el arduo camino divisó la casa de postas de Mollerussa y entró. Seguramente no sería bien recibido, ellos no estaban para atender a fugitivos, pero no le importó. Si no conseguía algo que llevarse a la boca no verían la próxima luna salir. El maestro de postas se interpuso en la entrada y no exactamente con una sonrisa de bienvenida en los labios. Haym protegió al pequeño entre sus agotados brazos temiendo lo peor.

—¡Fuera de aquí! Este no es el sitio para andrajosos ni míseros de solemnidad —. Declaró con dientes afilados.

Hubiese querido mandarlo allí donde se hacía merecedor de destino, pero con los brazos cubiertos por un pequeño hambriento que se aferraba fuerte a su cuello, se tragó el orgullo y suplicó sin miramientos.

—Si vuestra merced fuese tan amable. Mi hijo y yo necesitamos algo que comer —. El niño pareció escuchar hablar de comida y se despertó de su estado de ensoñación.

No era cansancio sino más bien un estado de semi desmayo causado por la hambruna. Con las manitos sucias por el barro del camino se acarició esos ojitos tan negros como la más oscura de las noches y sonrió al maestro de postas que en ningún momento se compadeció de él. Muchos eran los transeúntes que buscaban un destino mejor y quién sabe cuántos osaban pedir su ayuda, pero Haym no desistió. De esos ruegos dependían sus próximos amaneceres.

—Mi señor, no tengo mucho que ofreceros más me entrego a vuestra clemencia si con ello consigo algo para mi hijo. Tomad lo que necesitéis de mi, soy joven y trabajador, cualquier cosa haré con tal que mi hijo no perezca de hambre.

El lobo estaba por rugir nuevamente cuando la robusta señora, que Haym supuso sería la esposa, entró al recinto y se acercó con paso firme. Secando sus gruesas manos en la tela que llevaba colgando de la cintura, habló cual noble frente a sus fieles caballeros.

—No os vais a ningún sitio —. Sentenció mientras extendía los brazos para acariciar el rostro del niño —. Apenas es un bebé... — Judá respondió con una amplia sonrisa como si supiese que de su picardía pendía el llenado de sus estrechas barrigas.

La mujer se acercó al pequeño y se lo robó de los brazos para llevarlo hacia dentro mientras hacía callar a un hombre que, a pesar de sus enérgicas protestas, fue silenciado con un brazo en alto por la poderosa señora. Si no fuese porque en ese mismo momento Haym recibió la orden de acompañarlos, él también hubiese temido a tan digna mujer, que bien podría haber sido llamada para liderar la mismísima Orden de Calatrava. Sonriente, pero sólo en sus interiores, acompañó a la mujer en el más absoluto de los silencios para recibir a bien lo que ella le ofreciese como alimento.

El pequeño Judá aceptó un trozo de pan que engulló en un abrir y cerrar de miradas y dejando estupefacta a la mujer que rápidamente fue a por un cuenco cargado con un aromático potaje de verduras. Haym observó la felicidad de su hijo y sonrió, pero el hambre no le hizo más que pensar si él también sería digno de tamaña gratificación. Su sonrisa escapó de forma natural al ver que la mujer servía otro cuenco que depositó delante suyo y del que se hizo poseedor al instante. Pan y vino especiado fueron los acompañamientos de tan magnífico banquete y las lágrimas estuvieron a punto de salírsele de las cuencas al sentir el estómago rebosando hasta los topes. La señora no paraba de hablar pero Haym poco podía responder. El primer plato de comida caliente en muchos días era demasiada tentación como para ser reemplazada por una conversación

tan femenina.

—¿Y dónde decís que vais?

—A Castilla —. Contestó secándose los labios con el dorso de la mano y disfrutando de los últimos trozos de pan.

—Eso es imposible —. La mujer se rió con estruendosa carcajada y negando ante la osada decisión.

Haym se hubiese ofendido si no fuese porque la mujer se encontraba en lo cierto. Con un niño tan pequeño y sin medios económicos el camino no sería nada fácil.

—Estáis cerca de Lléida —. Contestó segura—. Quedaros allí. Necesitan hombres jóvenes y fuertes como vos.

Haym no contestó. ¿Fuertes como él? Si ella supiese que sus músculos desaparecían ante cada legua caminada. La camisa le sobraba por ambos lados y las medias poco más que huesos cubrían.

—La pestilencia no ha aparecido en los dos últimos años. Podréis encontrar un trabajo con el que alimentar a vuestro hijo.

Haym supo de lo que hablaba. La peste negra mataba indiscriminadamente tanto a nobles como a criados. En el último ataque, Barcelona había perdido casi el sesenta por ciento de la población. Ganglios inflamados y de un negro intenso estallaban en borbotones de espeso líquido blanco. Decían que el propio rey Castellano Alfonso XI, hacía ya muchos años atrás, había perecido a causa de estas fiebres mientras chillaba de dolor ante el sangrado de sus inmensas llagas.

La mujer estaba por continuar con el diseño de sus planes para Haym cuando el marido, hasta ese momento desaparecido, entró echando podredumbre por la boca.

—¿Hasta cuando seguiréis haciendo lo que os place?

—Hasta que vos seáis mi señor —. Dijo con esa sonrisa de mujer que muchas veces su propia Inés le regalaba. Astuta cual serpiente con su presa, acercó sus enormes senos al torso de aquél que dejó de razonar en ese mismo instante.

—Mujer... —Balbuceó intentando ocultar su interés.

—Es sólo un bebé —. Dijo mientras se giraba para ordenarle con firmeza a un Haym que no comprendía nada de nada —. Dormiréis en el establo. Allí estaréis a buen cobijo.

—¡De eso nada! —El posadero rugió molesto pero ella lo abrazó mientras con la mano escondida tras la espalda le indicaba al joven padre el camino de huida. Haym agradeció con la cabeza y levantó en brazos al pequeño para marcharse con rapidez hacia el establo antes que el oso volviese a rugir.

El pequeño jugó apenas unos minutos con uno de los caballos antes de caer rendido sobre la paja seca. Recostado a su lado pensó seriamente en los consejos de la tendera, puede que ella no estuviese

tan equivocada y Lléida fuese un buen comienzo para ellos. El abuelo asesino parecía haberlos olvidado y la ciudad era un destino de lo más atrayente.

—Señoras, no os vayáis a caer. No querría perder tan dulce compañía.

—Seremos cuidadosas, capitán —. Contestó la abuela al ver la rojez en los pómulos de su nieta.

—¿Entonces se quedó en Lléida? —La abuela arqueó una ceja y la joven se indignó con su insinuación —. ¿No piensas continuar?

—Pensé que estabas distraída —. Contestó la abuela divertida al ver marchar al apuesto capitán.

—En absoluto.

—Sí, por supuesto —. Contestó la anciana con la mayor seriedad que pudo. Muchas eran las arrugas que surcaban su rostro como para no comprender lo que albergaba el fulgor en la mirada de una inocente enamorada.

La Sinagoga

Junto con las hambrunas, la peste se convirtió en una visita que todos los años de mayo a octubre se presentaban en el reino de Aragón. Desde poco más de dos años parecían haber sido bendecidos por el creador y ningún brote los había alcanzado pero no por ello dejaban de mirar recelosos a los judíos, esos culpables de todos los males que el creador infringía. Pecadores por naturaleza y responsables directos de la muerte del profeta, llevaban la culpa corriendo por sus venas. En Barcelona su pueblo fue acusado de envenenar los pozos o de conocer la raíz de la enfermedad y provocarla con premeditación.

Haym sabía de las sandeces de semejantes insinuaciones, ¡por clamor al cielo! Su propio pueblo enfermaba y moría con el mismo desasosiego que los cristianos, ¿es qué nadie era capaz de verlo?

Con algo de esperanza y con la mano sujeta a la de su pequeño cruzó el puente de piedra y atravesó la muralla por el Arc Del Pont. Judá era muy pequeño y apenas sí balbuceaba pero pareció percibir sus esperanzadores pensamientos porque se soltó de su amarre y comenzó a saltar de piedra en piedra divirtiéndose con las diferencias del terreno a pesar de sus escasos meses. El niño demostraba estar más animado que nunca, pero cómo no estarlo con la bolsa de provisiones, que la más santa de las posaderas, les obsequió y que resultó ser su único sustento en tan penosa travesía.

Dispuesto a cambiar su suerte entró en Lleída y miró a ambos lados decidiendo cual camino tomar. Por la izquierda se encontraba la judería. No estaba demasiado cerca pero a estas alturas los largos y sinuosos caminos poco afectaban ya a las destrozadas suelas de sus zapatos. Decidido a encontrar un futuro para su hijo pisó con fuerza la tierra empapada de las calles y por allí que marchó. La humedad del barro alcanzó la planta de sus pies y recordó aquellos buenos momentos en los que la vida una vez le sonrió. Él jamás se había encontrado con tantas desventuras. Su familia trabajaba junto a los nobles de Barcelona, las vasijas de plata adornaban su mesa y la reposición de vestimentas no representaban un problema. Cuántas dichas perdidas y cuántas volvería a perder si con ello volviese a tenerla...

Judá se aferró con fuerza a la mano de su padre como si comprendiese lo que se jugaban en cada portazo recibido. Llevaban horas suplicando pero nada. Una señora de triste mirada se acercó al portal, él estaba por comenzar el discurso tan bien ensayado en los dos días anteriores, cuando los brazos de la mujer que hasta ese momento se cruzaban indiferentes, cayeron a los lados al centrar la mirada en un pequeño Judá que, aburrido, se sentó en el enlodazado

portal.

—Buena mujer, si tuvieseis a bien ayudarnos —. Dijo con poca convicción y esperando el portazo en las narices. La señora no se marchó y Haym tuvo un pequeño hálito de esperanza —. Busco trabajo y un hogar para mi hijo —. La mujer que, con la mirada fija en Judá pareció enternecerse, le dio el valor suficiente para continuar —. Mi buena señora, no necesitamos mucho...

El discurso culminó en el mismo momento en que la puerta se abrió al completo.

—¡Qué pretendéis! —Dijo un hombre grande, fuerte y dispuesto a cerrar el acceso en ese mismo instante.

—Abrafan... el niño... —La mano trabajadora de la mujer se detuvo en la camisa remendada del hombre y este refunfuñó enfadado.

—Apenas si tenemos para nosotros.

—Dependen de nuestra caridad.

—¡Y de quién dependemos nosotros!

—Podría ser nuestro hijo... —La voz de la mujer dejó escapar una tristeza que Haym no supo reconocer pero poco le importó porque en ese mismo instante el bravucón soltó el amarre de la puerta y les ofreció entrar.

—Una noche. Sólo una —. Contestó furioso y Haym se preguntaba qué había pasado exactamente para un cambio tan radical.

El pequeño Judá aceptó la mano de la mujer y entró en primer lugar mientras su padre inspeccionaba hacia los lados esperando no haber caído en una trampa.

—Mi nombre es Zulema, ¿y el vuestro? —Preguntó mientras sentaba al pequeño en una silla.

—Soy Haym y él es Judá. Todavía no habla muy bien —. Respondió al escuchar los sonidos extraños del pequeño.

—Haym... —Dijo el esposo que no dejaba de clavarle la mirada mientras aceptaba la invitación de la dueña de casa para sentarse junto al niño.

—Haym de Barcelona señor.

El hombre no pestañeó, simplemente lo observaba mientras la mujer corría a traer algo de vino aguado, pan y unas gachas. Judá sonrió con satisfacción al terminar su gran cuenco y los asistentes no pudieron más que lanzar una carcajada fruto de la felicidad del pequeño.

—Me llamo Abrafan y ella es mi esposa Zulema —. Haym asintió con la cabeza —. Has escogido un mal momento para viajar. La situación en nuestra ciudad no es buena. Sabrás lo que hemos sufrido —. Dijo mirando de reojo la gran rodela de color amarillo bordada en su saya.

Haym era conocedor de la vil insignia. «Nos marcan como al ganado», había escuchado decir una vez a unos tenderos en el mercado de Barcelona y en verdad que así era. Se los estigmatizaba con bordados en el centro de sus ropas cual ladrones en espera de sentencia. Su propia familia, de privilegiada posición económica, se vio indemne de tan deshonroso tatuaje. La generosidad de su padre para con el magistrado, hombre de inmenso poder en la corte de Pedro IV, y excesivamente dispuesto en alargar el brazo todo lo que hiciese falta si con ello conseguía hacerse con alguna bolsa cargada de monedas, les había salvado de tan repugnante insignia. Su familia participaba en la Scola de la Call menor, festejaba la Pascua y el Rosh Hashanah y daba comienzo al año nuevo judío totalmente libres de cualquier persecución pero siempre depositando los dineros apropiados en las manos adecuadas.

—Apenas quedamos familias en las juderías. La mayoría han muerto o se han marchado.

El niño se recostó en una manta que la amable señora le puso en el suelo y el padre se acercó al dueño de casa para hablar con sinceridad pero con voz baja para no despertar al pequeño.

—Necesito un trabajo, quizás si me acercara a la sinagoga...

—Soy carnicero y con la ayuda de Zulema me basto, en cuanto a la sinagoga de la Cuirassa no encontraréis a nadie dispuesto a ayudar.

Haym se sujetó la barbilla y Abrafan continuó hablando intentando aclarar —. Los altos impuestos y la dichosa pestilencia enloquecieron a los cristianos. Arrasaron con todo lo que encontraron a su paso, nos culparon de envenenar sus pozos y repartir las fiebres con intención —. La mujer se acercó a su marido y se aferró al ancho brazo para aclarar con la voz atragantada por la pena.

—Nuestro hijo fue alcanzado por las fiebres. Nosotros también hemos sufrido los mismos pesares —. Contestó justificándose.

—Lo siento mucho —. Respondió intentado pensar en algo antes de dejarse abatir por la desesperanza que parecía no querer abandonarlo.

—¿Y su madre? —Zulema preguntó curiosa mirando al pequeño dormir mientras el esposo alzaba la ceja esperando una contestación. Haym analizó con detención cada palabra. Aquellas personas parecían ser muy amables pero el reino estaba plagado de traidores amables.

—Estamos solos —. Contestó parco.

La pareja pareció interpretar que también las fiebres se llevaron a su mujer y él no dijo nada por aclarárselos.

—Mañana será un nuevo día —. Pronunció apenada.

—Mañana se irán —. Abrafan habló con algo menos de

convicción que cuando los conoció un par de horas antes.

La pareja se marchó por la puerta y él observó con ternura a su hijo. Se parecía tanto a ella...

—Mi ángel —. Dijo acariciando su tierno rostro y recordando a su bella Inés.

—Mamá —. El niño balbuceó al escucharlo entre sueños y él sintió que el corazón roto se le deshacía en polvo seco, un poco más.

Se recostó en el jergón improvisado y abrazó al pequeño para reconfortarlo con su calor como llevaba haciendo durante la última semana.

—Despertaos. Debemos salir pronto si no queremos llegar tarde.

Haym abrió los ojos hinchados por culpa de las lágrimas que solía derramar en la solitaria oscuridad, cuando vio a Zulema que se apresuraba a poner algo de pan y queso en la mesa —. Será necesario caminar con premura si deseamos encontrar a Simón en la Cuirassa.

—¿Vamos allí? —Dijo mientras se ponía de pie y secaba con rapidez sus humedecidas mejillas.

—Sí. Existe un grupo de estudio en la sinagoga, no es muy grande pero ellos podrán cuidar de vuestro niño y darle de comer mientras buscáis empleo.

—¿Pensáis que el rabino pueda ayudarme? —Sus ojos se abrieron esperanzado.

—El muy ingrato nos abandonó y Simón se hizo cargo de todo como un verdadero rabino. Es un hombre de buen corazón.

—No sabéis cuanto os lo agradezco —. Dijo aferrando las manos entre las suyas.

El marido, que en ese momento entraba y a punto estuvo de romperle los dientes, fue detenido por su esposa tranquilizando sus alterados celos.

—No seáis gruñón. Marchamos a la Cuirassa.

—Vos no vais a ningún sitio. Os necesito para recoger las semillas.

—No tardaré —. El hombre estaba por contestar cuando la mujer sujetó a Haym de un brazo y lo empujó por la puerta.

—Mujer...

—Y cuando el niño despierte no olvidéis de darle algo de pan y potaje. Es muy pequeño, necesita alimentarse.

—¡Mujer! No soy ninguna criada.

Haym salió por la puerta tan rápido como lo hizo Zulema pero al escuchar el rugido de aquél demonio enfurecido habló asustado y pensando en la seguridad de su hijo.

—Creo que debería volver...

—¿Aún no lo habéis notado? Haym negó con el ceño fruncido —. Abrafan es muy ladrador pero poco mordedor. Daos prisa o no encontraremos a Simón.

Haym caminó junto a la mujer sin dejar de mirar hacia atrás. Nunca había presenciado una riña en la cual una mujer enfrentase la ira de su marido y saliese victoriosa.

Ambos vivían cerca de la parroquia de San Joan, en la zona más humilde, esa habitada principalmente por llauradors. Era una casa de adobe mezclado con piedra muy cerca del río Segre, y aunque con escasos lujos, no les faltaba lo necesario. La carnicería les daba para vivir sin demasiados apuros, pero con justificada decencia. Caminaron por estrechas callejuelas rodeados de pequeñas casas bajas de piedra dejando atrás la calle mayor, la parroquia de San Joan y las viviendas de artistas hasta divisar la parroquia de San Andrés y la judería.

Durante la noche se preguntó varias veces el porqué del incumplimiento de la ley. El matrimonio curiosamente no vivía en la judería como se exigía, pero la pregunta se quedó atascada al divisar la sinagoga de la Cuirassa. Hogares bien acabados los rodearon a los lados y una especialmente llamaba la atención de los transeúntes, una que parecía ser de una familia de lo más acomodada. Sus amplias puertas y la construcción de piedra dejaban claro la posición de sus habitantes.

—Es la vivienda de Montpeller. Trabajan la mejor platería del reino. Dicen que tiene buenas relaciones con la casa del rey, también dicen que reniega de sus raíces judías cuando se encuentra en la corte.

—¿Y vos que opináis?

—Los beneplácitos de la corona siempre dictaminan en su favor, y ya sabéis, si el río suena algo de agua lleva.

Haym asintió en silencio, su propio padre había tragado con más de una incoherencia con tal de ser beneficiario de la protección de la nobleza.

—No tengo nada de lo que buscáis—. Simón, el nuevo aprendiz de rabino habló cabizbajo mientras acomodaba la sala para la celebración del Sabbat. Los asistentes, aunque escasos, comenzarían a llegar de un momento a otro.

—Las fiebres y las persecuciones nos han diezmado —. Dijo explicando la falta de asistentes.

—Tengo brazos fuertes, no me asusta el yugo —. Haym aclaró sin que le preguntasen.

El rabino caminaba en sus quehaceres sin prestar demasiada atención al joven. La sinagoga era centro de culto, escuela del Talmud, comedor de indigentes y paño de lágrimas de almas penosas,

lamentablemente se encontraba demasiado acostumbrado a las súplicas.

—Comprendo vuestra desdicha pero apenas quedamos unos pocos en pie. Los que no se han marchado han perecido bajo la pestilencia o cruces justicieras.

—Tengo un hijo, no puedo permitir que perezca bajo las manos de la hambruna, debe existir algo en lo que pueda ser útil.

—A decir verdad no veo donde —. Dijo con pesadumbre —. No poseo ni trabajo ni dineros para ayudaros.

—Pues yo sí —. Ambos giraron sus rostros hacia la mujer que desde el comienzo de la conversación había sido ignorada cual mosca de establo —. No me juzguéis antes de escucharme —. Dijo furiosa al ver el rostro desconfiado del rabino —. Vuestras palabras pueden ser la solución.

Él puso los ojos en blanco pero Haym enarcó sus espesas cejas y torció el cuello expectante. Si algo había descubierto era que la rolliza mujer no merecía ser ignorada.

—Habla.

—Veréis, bien sabido es que sobre los trabajadores recaen las peores desgracias, pero los más afortunados necesitan mantener sus riquezas.

Haym la observó como si le hubiesen salido dos cuernos en la cabeza pero esta vez fue el rabino quien sonrió comprensivo.

—Zulema lleva la razón. Cerca de Santa Magdalena necesitan empleados capaces de trabajar las tierras. Los ricos en su mayoría han sobrevivido y sus cosechas se echan a perder día a día por falta de labriegos —. Haym sonrió agradeciendo a Adonay su bendita intervención pero Simón, hombre poco inclinado hacia el optimismo, aclaró con gravedad —. Pero ninguno de ellos contrataría a un judío.

—No tienen porqué saberlo —. Dijo seguro.

Simón echó los pies hacia atrás horrorizado con sus palabras pero Haym se encontraba demasiado desesperado como para detenerse ante incomodidades religiosas. Demasiadas reglas había infringido en los últimos años como para asustarse por una nueva. Amores no autorizados, carnes no purgadas o panes leudados representaban tan sólo algunas de sus incontables trasgresiones.

—Renegar de vuestro origen es una trasgresión grave.

—No si pensamos que no existe otra alternativa... —Zulema comentó segura.

—¡Vuestros hermanos mueren al no renegar de su pueblo! — El rabino contestó con los colmillos brillantes.

—Maimónides dijo que debemos salvarnos.

—¡Insensato racionalista! Muchos son los que hablan pero poco los que cumplen —. Sentenció molesto.

—“El hombre que peca y yerra pero viene a cobijarse bajo la protección de la Presencia divina, y se envuelve en los caminos de la teshubá...” —Zulema recordó la ley recitando con templanza.

—No será una mujer quien me enseñe la Torá —. Gruñó enfadado.

El tono rojizo de los pómulos del rabino no indicaban nada bueno, por lo que Haym sujetó por el brazo a la valiente señora mientras la arrastraba hacia la salida. Poco le importaba la aprobación de aquél hombre, la decisión estaba tomada.

—¡Sin Adonay en nuestras almas todos seremos muertos! — Simón tenía sangre inyectada en la mirada.

—“En el lugar que ocupan los retornados no hay lugar para los sabios perfectos... “—Zulema volvió a contestar.

—Calla mujer antes que nos manden quemar —. Contestó Haym interrumpiendo la sarta de improperios que el rabino expulsaba por la boca mientras empujaba a la rolliza señora por las inmensas puertas de madera.

Zulema sonrió divertida negando con la cabeza mientras se estiraba las desgastadas faldas.

—Simón no es peligroso, es un rabino ladrador pero...

—Sí, sí, lo sé, poco mordedor, es lo que dijisteis de vuestro esposo. Ahora decidme, ¿dónde queda esa parroquia?

—Debéis caminar hasta el río y bordear la muralla. Chocaréis directo con la Santa Magdalena. Id y no os preocupeis por vuestro hijo. Yo cuidaré del niño.

—Pero vuestro esposo dijo...

—Mañana lo traeré a la Sinagoga. Simón cuidará de él y le ofrecerá alimentos.

—¿Pensáis traerlo aquí? —Dijo negando con la cabeza —. El rabino no lo aceptará. Está en desacuerdo con mis actos.

—Simón no se negará a sumar una nueva oveja a su tan desmejorado rebaño. No os preocupéis.

—No estoy seguro de vuestras palabras —. Comentó con la mirada turbia por las dudas.

—Marchad tranquilo y encontrad ese trabajo. Yo cuidaré del pequeño, no debéis preocuparos, Simón es perro ladrador pero...

—Sí, sí —. Contestó sonriente.

La mujer se giraba para marcharse por donde había venido, pero Haym la retuvo por el codo.

—¿Cómo podré agradeceros todo lo que estáis haciendo por nosotros?

—No hace falta —. Contestó apenada —. Si mi pequeño viviera, sería como el vuestro...

Haym la dejó marchar comprendiendo la pena de la mujer. Su

destrozado corazón sabía perfectamente lo que significa esperar a quien ya no volvería.

Dichosa fortuna

Tres días habían pasado y su labor resultaba ser de lo más frustrante. Imaginó que el nombre de Pablo sonaba más cristiano y por lo tanto mejor recibido por los señores, pero no fue así. No es que con ello se hubiese acercado a la pila bautismal ni mucho menos, se dijo una y otra vez intentando justificarse, pero necesitaba ganar algo de dinero para su hijo.

«Judá». Pensó mientras se levantaba del suelo polvoriento de la trastienda en la que se había colado para soportar de la fría noche. «Espero que se encuentre bien». Pronto lo vería. Seguramente Zulema lo llevaría a la Sinagoga y él se encontraba muy cerca del lugar. El taller de los Montepellier le sirvió de refugio improvisado. Lamentaba invadir la propiedad cual ratero en busca de botín pero después de dos noches a la intemperie no se le había ocurrido otra idea que el confort de aquella morada.

Sacudió el polvo de sus prendas y carraspeó al notar la garganta seca. Sus manos endurecidas por las inclemencias del tiempo se arrastraron sobre su oscura melena intentando adecentar el aspecto cuando un sonido lo alarmó y la apertura de la puerta lo tomó totalmente desprevenido. Su mirada nerviosa buscó un sitio donde esconderse. El taller era amplio, una mesa central muy grande y cubierta de vasijas muy bonitas pero malas como escondite. Observó al lateral pero el quemador y demás herramientas colgadas por ganchos alrededor de la pared no ofrecían ningún recoveco para alguien de su altura. Con temor esperó que la figura entrase para arremeter contra él y echarse a correr pero la voz cantarina de una graciosa mujer lo dejó paralizado y sabiendo que su plan no podría llevarse a cabo.

La joven entró balbuceando y él se sintió aliviado al ver que se encontraba hablando sola. Se alegró por su fortuna pero la mujer no tuvo los mismos sentimientos. Asustada, al encontrar un hombre mucho más grande, con barba espesa y vestimentas desgastadas, gritó con la fuerza de quien le fuese la vida en ello y Haym reaccionó al instante saltando sobre ella para taparle la boca. Ambos forcejearon y cayeron al suelo duro y golpeando con fuerza sus cuerpos sobre la tierra reseca. El hombre maldijo al recibir un mordisco de tan desagradable criatura pero no la soltó. Cuando consiguió domarla, la empujó bajo su cuerpo para hablarle con voz rabiosa.

—No os haré daño. Sólo buscaba cobijo. ¡No pienso haceros daño!

La mujer lo miró desconfiada mientras intentaba liberar sus labios de la mano de aquél hombre, que ahorcajadas, la presionaba con determinación.

—No os haré daño. Os soltaré si me prometéis no gritar —. Reiteró nervioso.

La muchacha no respondió y Haym se hubiese divertido con la situación si no fuese porque se encontraba demasiado desesperado. Ella tenía la larga cabellera desperdigada por el suelo, el velo había desaparecido y las ropas eran un revuelo de telas desparramadas.

—Muchacha, debéis creerme, no me interesáis en absoluto. Sólo buscaba un trabajo con el que poder alimentar a mi hijo.

La mujer pareció ir calmándose y Haym decidió soltarla de su amarre. Asintió algo agotada de luchar y él levantó, con cuidado, la mano de sus labios. Si volvía a gritar la volvería a inmovilizar y cerrarle el pico, fuese como fuese. La joven no chilló y él respiró aliviado.

—¿Creéis que podré levantarme? —Dijo al ver que el hombre no se movía.

—Perdonadme —. Contestó mientras saltaba como un rayo para ponerse en pie y ofrecerle su mano como ayuda.

—¿Qué hacéis en mi taller... en mi casa...

—Os lo he dicho. Buscaba un sitio donde refugiarme de la noche. Debéis disculparme, no fue mi intención asustaros. Busco un trabajo con el que alimentar a mi hijo.

—¿Un hijo? ¿No sois demasiado joven?

—Veinte años son los suficientes para hacerlos —. Contestó divertido al ver el sonrojo de la doncella.

—Entiendo —. Contestó alzando la barbilla—. ¿Aún no lo habéis conseguido?

—No.

—¿Puedo saber vuestro nombre?

—Pablo de Barcelona —. Mintió inseguro.

—Pablo de Barcelona... —La mujer repitió y Haym pensó que ella no se lo había creído pero no tuvo mucho tiempo para pensar. La puerta se abrió con fuerza y el rugido de un hombre con costosas vestimentas y daga en mano, le pronosticaron que sus días habían terminado.

La joven se adelantó hacia la fiera mientras Haym calculaba si era posible volar y lanzarse por la ventana antes de recibir el primer estoque.

—Padre, permitidme que os presente a mi buen amigo —. El hombre no le contestó, simplemente seguía con la mirada fija en el mendigo que tenía delante —. Es Pablo de Barcelona, busca trabajo y yo y esperaba que pudieseis contratarlo —. Esta vez el padre la observó con una ceja arqueada.

—¿Vuestro buen amigo? ¿Y de dónde decís conocerlo?

Haym no escuchaba a aquella loca. «Lo mejor sería empujarlos

a ambos y escapar por la puerta. No, eso no es posible, ese hombre es muy robusto y yo un saco de huesos mal alimentado. Estoy perdido...» Se dijo mientras apoyaba su cuerpo contra la fría pared de piedra esperando al cruel destino. Lo había intentado y no lo había conseguido. Sólo esperaba que Zulema cuidase de Judá cuando él estuviese tras las rejas. Los obreros comenzaron a entrar y ocupar sus posiciones ajenos a lo que allí sucedía.

—Veréis, no lo recuerdo bien, pero lo importante es que vos necesitáis obreros y él busca trabajo. ¿Podéis contratarlo querido padre?

«¿Contratar? ¿Trabajo?» ¿De qué hablaba esa insensata? «¿Buen amigo?»

El padre se negaba en rotundo cuando el alarido de uno de los trabajadores resonó en el taller. El señor no llegó a reaccionar cuando Haym se encontraba a su lado aplastando las llamas que comenzaban a propagarse con rapidez por la paja. Con una velocidad digna de alguien de su inteligencia, Haym extendió una manta que se encontraba cercana y la golpeó con sus pies deteniendo algo que pudo llegar a ser un desastroso incendio. El obrero se aferraba la mano izquierda con fuerza mientras chillaba por el inmenso dolor de la piel abierta. La mujer, que en un principio se quedó estupefacta, corrió a auxiliar al pobre aprendiz que tenía la mano en carne viva. En un intento desesperado por ayudar lo quiso cubrir con su velo cuando Haym la detuvo con la mano en alto.

—Le haréis más daño. Hervir agua con manzanilla y cuando esté fría lavarlo con pequeños paños húmedos. Luego untarlo con miel y cubrir con tela limpia. Se repondrá —. La mujer asintió y guió al joven hacia el interior. Haym caminaba rumbo a la salida cuando el dueño lo detuvo interponiendo su cuerpo en entre él y la puerta.

—¿Quién sois?

—Pablo de Barcelona —. Dijo repitiendo la mentira anterior.

—La verdad, y pensároslo dos veces. No os brindaré segundas oportunidades.

Haym se dijo que no perdería nada reconociendo sus raíces, después de todo no se podía estar peor.

—Mi nombre es Haym de Barcelona, vengo de Martorell, tengo un hijo y busco un trabajo con el que poder alimentarlo.

—Judío... —Balbuceó entre dientes.

Aquél hombre, como bien había dicho Zulema, era un converso practicante, y bien sabido era que estos no se trataban con los otros. Dispuesto a abandonar la tienda y emprender la partida, el hombre se lo impidió.

—¿Qué sabéis de la platería? —Preguntó expectante.

—Aprendo rápido —. Respondió inteligentemente.

—¿Sabéis de números?

—Mejor que nadie —. Contestó sosteniendo la respiración por los nervios. El hombre con canas y rostro firme no respondía por lo que Haym decidió inclinar la balanza hacia su lado —. Sé escribir y soy único para conseguir las mejores rentas. El hombre pareció interesarse y Haym no desaprovechó la oportunidad —. Su señoría puede ponerme a prueba y si no estuviese conforme con mi trabajo me marcharía sin interponer ni la más mínima queja.

—¿Aún os buscan?

Haym estuvo a punto indignarse con la acusación. Aquél converso pensaba que por ser judío estaba huyendo. Hubiese querido mandarle allí donde pastaban las ovejas, pero se mordió la irritación porque el hombre llevaba razón.

—Ya no —. Murmuró apesadumbrado y el mercader de caras vestimentas asintió conforme.

—Empezaréis mañana y espero veros algo más respetable —. Dijo observando sus ropas desgastadas y demasiado sucias —. Mi contador falleció por las fiebres y no tengo nadie que sepa de sumas. Os pagaré 15 dineros diarios y los subiré a 20 si lo hacéis bien, pero si no me gustáis… yo mismo os patearé el trasero.

—Sea —. Contestó demasiado feliz como para sentirse herido en el orgullo. «15 dineros diarios… » No era una fortuna pero lo suficiente para salir adelante… «15 dineros diarios… Al fin».

La joven hija entró como alma que la llevara el viento y estaba por comenzar con esa sarta de palabrerías que solía ofrecer pero su padre la detuvo con la mano en alto.

—Niña, no hace falta que me rompáis los oídos —. La joven abrió los ojos presionándose el pecho ofendida y el padre sonrió mientras la abrazaba por los hombros —. Mi querida niña, vuestro protegido trabajará para nosotros.

La muchacha le ofreció una sonrisa radiante y Haym hubiese jurado que el tosco padre se derritió en el sitio si no fuese porque al instante comenzó a acusarla de caprichosa y manipuladora. La joven sonrió y se aferró al brazo del hombre que gruñó molesto pero ella no se irritó.

Se marchó con las esperanzas renovadas y una alegría en el cuerpo que no podía contener. Miró al cielo y sonrió sabiendo que ella estaba gozando de su dicha. «Gracias, mi ángel».

Solución total

Cinco eran los años que llevaba viviendo en Lléida y trabajando para Andreu Montpeller. El hombre resultó ser mucho mejor de lo que se podía esperar. Desde los principios tuvo que demostrar sus habilidades, pero el interesante crecimiento de sus arcas dejaron sin efecto cualquier sospecha acerca de su valía.

Era un día demasiado caluroso de 1391 y hubiese querido estar junto a su hijo pero esa misma tarde se festejaba, y por todo lo alto, el cumpleaños de la joven de la casa. Haym observaba desde la distancia. Puede que sus actuales y costosas vestimentas hubiesen reemplazado a sus antiguos harapos pero ellas no borraban recuerdos pasados. Bebió un trago largo de vino especiado y disfrutó de la suave música cuando la voz caprichosa tras su espalda lo hizo tensarse en el sitio.

—Es mi cumpleaños número veinte pero aún no he recibido vuestras felicitaciones —. Comentó con la picardía bien aprendida en sus visitas a la corte.

—Mi mayor enhorabuena querida Isona.

—Cuanta seriedad. Creo que deberé corregir eso —. Dijo mientras acariciaba insinuante su fuerte brazo.

Se había alimentado bien en los últimos años, y la mejora le hizo recuperar parte de esa belleza que su querida Inés solía resaltar, y que a él sólo importaba en tanto y en cuanto a ella le importase. Isona era una joven interesante pero muy lejos de llamar su atención y mucho menos de devolver a la vida a su disecado corazón.

—Por favor, pueden vernos —. Contestó sin apartar la mirada hacia los invitados e intentando marcar distancias.

—No me preocupa. Sabéis perfectamente que nunca me importó. Es con vos con quien deseo disfrutar de tan agradable velada. No me interesan ni los invitados ni sus ocurrencias. Sólo me importáis vos.

Isona habló con el rostro enrojecido por la vergüenza pero valiente, muy valiente, pensó Haym agachando el rostro para mirarla a los ojos. La muchacha era pura dulzura, siempre dispuesta a todo por él, capaz de arriesgar su posición o demostrar sus más secretos pensamientos con tal de conseguir su amor, sin embargo él no podía. Ella no le atraía en absoluto. Su corazón murió en un bosque cinco años atrás. Su ángel se marchó llevándose las esperanzas de un amor que ya no era capaz sentir. La joven pareció ver más allá de las tinieblas en su mirada porque enfurecida y ofendida habló sin miramientos.

—¿Nunca la olvidaréis? ¡Ella está muerta!— Chilló con unas últimas palabras ahogadas en llanto.

—Sigue viva en mí —. Dijo con tristeza —. Es en nuestro hijo

donde aún resplandece su negra melena y en donde aún brilla su dulce mirada. Lo siento Isona, no soy yo el hombre al que buscáis.

La joven, a la que había llegado a conocer perfectamente, y que resultaba ser de lo más insistente, estaba por continuar cuando unos chillidos del exterior pusieron de sobre aviso a un joven contable que se movió sin terminar de escucharla. El padre de la joven habló con uno de los sirvientes al oído y luego se acercó con determinación hacia él. Con la mirada seria y sin mediar palabra le pidió que lo acompañase. Haym caminó por detrás hacia un salón contiguo en donde habló con premura.

—Debéis marcharos cuanto antes y llevaros a Isona.

Hayim entrecerró los ojos y arrugó las espesas cejas esperando una explicación a tan ridícula petición.

—Mi señor temo no comprender...

—Acaban de informarme que fuera se está produciendo una revuelta. La muchedumbre protesta por la falta de trabajo, impuestos excesivos y el regreso de la peste...

Un ruido estruendoso sonó en el salón y ambos corrieron a ver que pasaba. La sala se incendiaba. Haym corrió para ayudar pero el caos se desató sobre el hogar. Las mujeres chillaban y los hombres corrían intentando proteger sus vidas. Las llamas ardían aumentando su volumen por cada segundo que pasaba. Enormes lenguas de fuego se alimentaban de cuanta madera encontrasen y en la casa había mucha. Isolda corrió escaleras arriba y él quiso gritar para ordenarle que no lo hiciese pero los gritos tras su espalda lo hicieron girar y ver el horror que se estaba produciendo en la entrada principal. Hombres con palos en las manos se apoderaban del recinto golpeando y chillando incoherencias. Uno de ellos empuñando un hacha se dirigió directo hacia su señor.

—¡No! —Gritó furioso mientras corría a su lado con su estoque en mano y empujando a dos que intentaron detenerle.

Los mal nacidos lo golpearon para conseguir detenerlo pero no lo tumbaron. Huyeron por la puerta y él corrió hacia el mercader que yacía en el suelo.

—Señor... —Dijo agachándose a su lado.

—Isona... ayudadla —. Suplicó tosiendo sangre antes de cerrar los ojos.

Haym intentaba comprender algo de lo que estaba pasando pero el humo del fuego bañaba la casa al completo y lo hacían toser sin cesar. Confundido corrió hacia las escaleras pero el crujido de unas maderas lo echaron hacia atrás con un fuerte impacto. El techo de la planta superior cayó al completo y un grito desgarrador de mujer cortó el aire de la noche. Las llamas ardían por toda la casa, telas de cortinas y mesas de madera se convertían en lenguas de fuego

imposibles de apagar. Con furia apretó los puños hasta el dolor al observar el desastre. Ya no quedaba nada ni nadie. Isona había perecido.

—¡Bautismo o muerte! —Las calles eran un hervidero. Muchedumbres con antorchas en alto y gritando sin parar —. ¡La culpa es de los judíos! ¡Bautismo o llamas! —Inundaban toda Leída.

Haym tuvo que girar con fuerza el caballo para no encontrarse con ellos de forma directa. Bordeó la ciudad por el río y el animal estuvo a punto de resbalar con la humedad del empedrado.

De frente se encontró con cuatro cuerpos tumbados en el suelo y tapados con una especie de sábana blanca y con la señal de la rodela tintada con su propia sangre. Tembló al imaginar quienes podrían ser aquellos desventurados. Con rapidez llegó al hogar y saltó del caballo entrando por la puerta sin preguntar. Zulema, que adoraba a Judá, y se empeñaba en ser su cuidadora permanente estaría con el pequeño, se dijo temblando.

Vociferó desde la puerta esperando verla pero tuvo que sostenerse del marco para no derrumbarse en el sitio. El cuerpo de Abrafan se encontraba tendido en un charco de sangre y casi pegado al suyo Zulema lo abrazaba. La mujer levantó apenas el rostro y Haym pudo ver la sangre brotándole de los propios senos. Sin respirar se lanzó al suelo para sostenerla pero ella negó con el rostro.

—No pude hacer nada... —Dijo con apenas voz.

Haym sintió que la sangre se le congelaba.

—Judá... ¿Dónde está Judá?

—La sinagoga, lo envié allí... —dijo tosiendo sangre—. Pensé que estaría a salvo... los detuve... mientras él huía... por detrás —. Murmuró sin fuerzas.

—Gracias... —Haym susurró con amargura al ver semejante desastre.

—Id a buscarlo y alejaros de aquí —dijo con su último aliento —. Ellos son... perros mordedores... —La cabeza de Zulema cayó de lado y ya no volvió a hablar.

La depositó en el suelo y gritó furioso por los buenos amigos asesinados. La impotencia le embargaba el alma. Ambos eran buenas personas, jamás hicieron otra cosa mas que bendecir a quienes se encontraban en su camino... «¡Por qué!» Su alma quiso gritar pero no tenía tiempo. Debía encontrar a Judá. Corrió hacia el caballo y observando a lo lejos, en el centro de la ciudad el humo de las hogueras, rogó para que no fuese demasiado tarde. Bordeó la muralla y esquivó a un grupo de exaltados hasta llegar a la Sinagoga.

—¡Simón! —Gritó enfurecido pero nadie respondió —. ¡Judá! —Chilló con el miedo de los desesperados corriendo por sus venas

cuando una puerta de dos metros de madera maciza se movió y el rabino apareció con un golpe en la cabeza y sangre en el rostro.

—Haym... —Corrió hacia él para sostenerlo antes que cayera al suelo.

—¿Judá, dónde? —No pudo terminar la pregunta.

—Papá. Aquí —. El niño salió de dentro llamándolo con fuerza.

—Hijo —. Haym lo observó tan sano y sin heridas que por poco estuvo de caer al suelo de la emoción

El pequeño se abrazó a sus piernas y Simón algo más recuperado les suplicó para que se marchasen.

—Tengo un caballo. Nos marchamos —. Haym estaba por ayudarlo a caminar cuando Simón se negó y este lo miró extrañado.

—Debéis iros con Judá. No tardarán en regresar.

—Venid con nosotros. Si nos marchamos ahora llegaremos al pórtico sin ser vistos.

—Esta es mi sinagoga.

—Pero Simón —. Haym rugió molesto pero este lo silencio con la mano en alto —. Ellos la asaltarán. Este es mi hogar.

—¡Pero os matarán!

—Sea —. Dijo aceptando su triste destino.

—Rabino... Simón...

—Iros ya. Salvad al niño —. Haym asintió aceptando su derrota. No tenían tiempos para discusiones. La turba se haría presente de un momento a otro.

Sujetó al pequeño de la mano y estaba por salir por la puerta cuando este se soltó y corrió hacia el hombre.

—Venid con nosotros —. Judá suplicó con lágrimas en los ojos y Haym descubrió el cariño que entre ellos había nacido en estos cinco años —. Sois mi maestro, no podéis abandonarme.

El muchacho estudiaba allí, comía con el rabino, él era su tutor en las enseñanzas del Talmud y por sobre toda las cosas, lo quería como a un padre.

—Marchad con vuestro padre y cuidaros mutuamente como os he enseñado.

—Pero esos hombres os mataran —. El niño suplicó sollozando.

—Adonay, lleno de misericordia, que moras en lo alto... —dijo sujetando las manos del pequeño que continuó la oración por él.

—... y en las alturas, otorga perfecto descanso —dijo mientras las lágrimas escurrían por su dulce rostro— bajo las protectoras alas de tu Presencia Divina...

—Iros —. Sentenció el rabino soltándose del fuerte agarre a su cintura del pequeño y entregándoselo a su padre que agradeció con un movimiento de labios pero sin sonido. Con la garganta estrangulada le agradeció por todos esos años junto a Judá y el rabino aceptó ese

agradecimiento con un leve declive en la mirada. El hombre no los miró al marcharse pero Haym vio las lágrimas derramadas en su rostro. Con pena y suplicando por sus vidas, subió al pequeño a lomos del caballo y se marchó.

...Toledo, 20 de junio de 1391. Unos meses después...

El sacerdote mojó el dedo pulgar en aceite y ungiendo al padre y al niño en la frente y con la señal de la cruz, habló con gravedad.

—Deus omnípotens, Pater Dómini nostri Jesu Chisti, quir te regeneravit ax aqua et Spíritu Sancto, quique dedit tibi remissiónem ómnium pecatórum, ipse te líniat Chrísmate salútis in eódem Christo Jesú Dómino nostro in vitam aetérnam. Amen —. Acercando una tela blanca que ponía sobre la espalda de ambos, el cura indicaba que la gracia que acaban de recibir los acompañaría eternamente.

Haym no era capaz de pensar. Miles de imágenes se cruzaban por su mente atormentando sus decisiones. Su padre lo había despreciado, Inés estaba muerta y todo para terminar en la pila bautismal bajo las atentas miradas de quienes aún tenían sangre en sus manos y en sus almas.

—Id en paz, y el señor sea con vosotros. Amen.

En paz... pensó al ver el rostro de disgusto delineando los rasgos de Judá que aunque intentó huir, su padre lo sostuvo con fuerza de la mano. En paz... como si el supiese lo que aquello significaba. Sólo deseaba cumplir su promesa para con su Inés y luego marchar hacia sus brazos, esos que en los cielos lo esperaban. Esa sí sería su paz.

—Ya no nos queda ni la herencia como consuelo. No nos queda más que celebrar la admirable valentía de los muertos y de los exiliados y de todos aquellas víctimas del opresor...

Salomón ben Mesulam de Piera, que camino a Zaragoza se detuvo en la misa de los conversos, habló con voz baja, pero Haym lo escuchó perfectamente. Avergonzado agachó el rostro y se marchó en busca de ese tío, por parte de madre, y que esperaba pudiese ofrecerle trabajo.

La joven suspiró apenada, muchas veces juzgó comportamientos que consideró erróneos, pero ahora, al comprobar los motivos...

—¿Quieres que me detenga? —Preguntó la abuela interfiriendo sus pensamientos.

—Ni se te ocurra —. Contestó graciosa mientras sostenía el brazo de su abuela con ternura.

Toledo

...veinte años después en una fría, oscura e intrigante Toledo...

—Sois tan preciosa como mil amaneceres. Y tan rellena como cada una de vuestras dos virtudes.

Judá sujetó por la cintura a la sonriente tabernera que sostuvo su mano para acercarlo a un rincón de la trastienda. El colchón de paja que lo esperaba no era el mejor ni el más limpio de los lechos, y pese a que la necesidad lo reclamase imperiosa, sus raíces higiénicamente exigentes y judías se negaron compartir lecho con saltarinas pulgas. Permanecer de pie e incrustarla contra la pared fría resultó ser la mejor de las opciones. Un acto rápido, sin complicaciones, un intercambio de necesidad por caballerosidad. Ella lo deseaba y él se entregaría.

La joven no podía ser llamada prostituta, no le cobraba por sus servicios, pero sus atenciones bien podrían ser juzgadas con la hoguera ante cualquier juez de larga sotana, pensó al sentir los exigentes labios entre sus duras caderas. Ella lo trabaja con devoción y él se lo agradeció con un fuerte tirón de cabellos. Munia adoraba disfrutando de su cuerpo y él adoraba sus demostraciones de masculina posesión. Lo engullía como si llevase días sin alimentarse y él disfrutaba realizando un acto compasivo.

Los maleables labios se deslizaron sobre la punta de su erección y lo mordisquearon con la precisión exacta. Ella comenzó a chupar con la profundidad y salvajismo que él necesitaba. No era hombre de sentimientos finos ni de gustos delicados. La pulsante rigidez de su miembro ante la fuerte succión de la muchacha lo hicieron maldecir en alto. Arrojando la cabeza hacia atrás supo que su final se encontraba cerca. La joven era una experta en secar hasta la última gota del más caudaloso de los hombres.

Disfrutando de su propio placer se introdujo en aquella boca que lo lamía como el más delicioso de los manjares. Experta en tomar su tamaño, Judá apresó su rostro entre las manos y la obligó a tomarlo por completo, la joven se encontraba hambrienta y él especialmente caritativo. Sin pensarlo golpeó contra su garganta hasta sentir que la tirantez de su entrepierna le señalaba que hasta allí habían llegado. Con un último y fuerte movimiento se liberó de cada gota de su satisfacción antes de reposar su ancha espalda contra la pared para tomar algo de aire por la boca.

Arrodillada en el suelo, Munia esperó una compensación diferente a las frías monedas, pero nada recibió. Hoy no se sentía especialmente dadivoso. La joven se había ofrecido y él lo había aceptado, fin de la conversación. Con deliciosa relajación se subió los

calzones mientras olvidaba un par de monedas a su lado.

—Mi señor, no era esto lo que esperaba —. Dejando a la vista sus prominentes senos intentó tentarlo.

—Lo siento, pero hoy no poseo interés alguno en satisfacer deseos de ninguna meretriz.

La fría mirada del hombre no asustó a una joven que, herida y sexualmente necesitada, se alzó intentando abofetearlo pero que sólo consiguió ser detenida con la muñeca en alto.

—Tomad las monedas ante que os las roben —. Dijo divertido mientras la empujó con fuerza hacia su duro torso y la besó con fiereza y sin compasión.

Con sonrisa lobuna la dejó atrás con la sonrisa en los labios y esperando una segunda oportunidad. Mujeres... se dijo divertido y autosuficiente mientras con los dedos extendió su negra cabellera hacia atrás y ocultándose en la oscuridad de la noche, se marchó.

Haym, sentado frente al fuego de la chimenea, pensó una y otra vez el motivo de su fracaso. Lo hizo todo, lo aceptó todo, pero la calma era un invitado que nunca se presentaba. Nostálgico bebió de uno de los mejores vinos de Toledo mientras el triste crepitar de las llamas le indicaron lo tarde que era.

Su bienaventuranza con los números sumada a las excelentes relaciones con su tío consiguieron que en poco tiempo se convirtiese en uno de los contadores de mayor prestigio de la ciudad. Consejero de la corona y mano derecha de muchos nobles influyentes, su posición demostraba ser envidiable. Su casa era un palacio donde madera y piedra se mezclaban con vajillas propias de un gran señor.

Su tío, Don Juan de Santa María, lo recibió con los brazos abiertos. Hermano de su madre apenas sí lo recordaba, pero bastaron unas pocas remembranzas y algunas penurias para que éste lo estrechase junto a los suyos. El negocio de lanas de su tío creció hasta conseguir ser uno de los principales exportadores de paño y todo gracias a sus buenas gestiones. Su tío no pudo estar más agradecido y su primo más envidioso.

—¿Vuestra merced desea algo más? —La joven sirvienta preguntó sonriente.

—No.

La muchacha se disponía a salir de la habitación con la jarra de vino en mano cuando Haym la detuvo con una pregunta.

—¿No sabéis si mi hijo ha regresado?

La joven pareció pensarse la pregunta antes de contestar y el padre a punto estuvo de maldecir en alto. Judá continuaba haciendo de las suyas y aprovechándose de todo y de todos, incluido la inocencia de la pobre sirvienta.

—Muchacha, si sabéis algo será mejor que me lo contéis, no le hacéis ningún bien callando.

La pobre niña pareció estar a punto del colapso y el hombre sintió pena por su tono tan brusco. Sentía aprecio por la joven y por su familia. Judíos conversos, sus padres trabajaban en la casa de la reina, y ella como criada, en la suya.

El padre de Cinfaa se lo había pedido como un favor, y aunque al principio estuvo muy contento de aceptar a la joven, ahora, al verla tan enamorado del desconsiderado de su hijo, se lamentaba profundamente de su decisión.

—Os repito que...

—Padre, no la torturéis. Ya no tenéis que buscarme —. Judá entró al salón con algo de polvo en sus ropas y con esa mirada tan negra y penetrante que arrancaba los colores a cuanta jovencita encontrase.

Haym lo observó con aires incriminatorios pero cuando el muchacho lo enfocó con esos cristalinos negros como la noche y esa melena brillante como el cielo nocturno no pudo más que rendirse ante él. Judá era la viva imagen de su adorada Inés. Podría decirse que ambos poseían el mismo encanto si no fuese porque su Inés era un ángel del cielo y Judá un ángel caído del mismo.

La mirada de su hijo se cubría por una neblina fría, tenebrosa y hasta casi mortal. Una que no se dejaba amedrentar por nadie, una que no temía a la muerte en el cuerpo ni en el alma.

—¿Dónde habéis estado? —Preguntó algo cansado.

—Verificando una entrega —. Contestó mientras se sentaba a la mesa y aceptaba el vino que le ofrecía la criada.

—Cinfaa, retiraos —. Dijo autoritario

—Padre, la habéis asustado y eso no está bien —. Intentó demostrar humor pero con una sonrisa que jamás alcanzaba ni a su mirada ni a su corazón.

—No seréis vos precisamente quien me enseñe lo que está bien. Ahora decidme donde habéis estado. No habéis venido a cenar y vuestras vestimentas se parecen a la de un ladrón de caminos —. Gruñó presionando el metal de la costosa jarra como si desease quebrarlo en dos.

—Tengo bastante más de veinte años, estoy seguro que no deseáis escuchar los detalles de en donde ni con quien he estado —. Judá contestó indiferente y mordiendo una manzana.

—Alonso no me provoquéis...

—¡Quién provoca a quién! —Dijo con los labios fruncidos por la tensión y arrojando con fuerza el centro de la manzana a las llamas —. ¡Me llamo Judá!

—¡Os llamáis Alonso! — Gruñó posicionándose frente a su hijo.

Ambos eran hombres fuertes. Judá tenía le belleza de su madre pero la altura y fortaleza de su padre. Los ojos grises de Haym se centraron en la oscura mirada de su hijo y a punto estuvo de trastabillar hacia atrás.

—Hijo... —dijo con los brazos caídos pero Judá no detuvo su furia.

—Soy Judá, así me llamó mi madre y ese será mi nombre hasta el día de mi muerte —. Contestó buscando una pelea de la que su padre recogía el guante.

Escuchar la palabra madre en su inmerecida boca lo hizo enfurecer. Judá no era merecedor de todos los sacrificios que había realizado por él.

—¡Maldito bellaco! Soy vuestro padre y ¡soy yo quien estuvo a su lado cuando nacisteis! Soy yo quien la amaba hasta la locura, soy yo quien adoraba escuchar vuestro nombre en sus labios —. Contestó volviendo a encararse frente al joven —. ¡Pero ella no está aquí! Y soy yo quien os ha tenido que salvar de la hoguera —. Gritó con el rostro rojo por la furia.

—¡Pues si la amabais no debisteis abandonarla!

El padre arrojó la copa hacia la dura pared de piedra y se giró intentando contenerse y no matar con las propias manos a aquél que llamaba sangre de su sangre.

—Qué sabréis vos lo que significa amar...

—Puede que nada pero me llamo Judá, no Alonso, Inés era mi madre, y ellos la mataron —. Chilló haciendo temblar las gruesas paredes.

El joven se marchó por la puerta y el padre calló agotado en la silla. Con veinticinco años su hijo era un hombre indomable y perdido. El odio de un pasado que jamás quiso aceptar lo arrastraban por aguas de mugre y sangre.

Dos días pasaron pero la furia continuaba consumiéndole las entrañas. Judá caminó por las estrechas calles de tierra cubriéndose el rostro con la capa. La mañana se tornaba fría y el aire helado golpeó sus mejillas pero casi lo agradeció. Aquella discusión con su padre lo había alterado hasta los huesos. Él sabía de amor, por supuesto que lo sabía, amaba a su padre, y a decir verdad, lo admiraba, aunque este no comprendiese el odio que lo quemaba desde el interior.

—Por fin habéis llegado, pensé que os habías asustado —. Dijo su primo Beltrán con sonrisa canalla.

Judá sacudió la cabeza olvidándose de su padre y dispuesto a terminar con el trabajo que había comenzado dos noches atrás.

—Lo tenéis todo.

—Sí —. Dijo su primo abriendo la capa y mostrando el amasijo

de llaves.

—Bien, terminemos con esto. Están a punto de llegar todos...

Los presentes se ubicaron cada uno en sus posiciones en el más absoluto de los silencios y Judá se posicionó junto a su padre. Llevaban días sin hablarse y la situación le disgustaba plenamente. Se portó como un auténtico idiota. Jamás quiso lastimarlo ni recriminarle nada, conocía perfectamente la historia. Sabía las penas por la que atravesó y el dolor que aún significaba para él la pérdida de su mujer. Haym aún lloraba a su amada Inés y jamás hembra alguna ocupó su lugar. Judá cerró los ojos con la rabia amarrándose en sus puños. No la recordaba, no importaba cuanto dijese su padre acerca de su parecido, no podía recordarla. Levantó la mirada y se encontró con un crucifijo que le recriminaba sus actos y al que le respondió con furia. «¿Y vos? ¿qué hicisteis vos por nosotros? ¿cuánto me habéis quitado en nombre de los vuestros?» Pero el crucifico nada respondió.

El sacerdote comenzó a oficiar el santo sacramento del bautismo y los asistentes permanecieron en el más absoluto silencio cuando su primo acercándose sigiloso se posicionó a su lado y asintió con una caída de mirada. Judá sonrió con los labios pero su mirada se mantuvo tan fría como la más negra de las noches.

—¿Deseáis ser bautizados? —El arzobispo preguntó con arrogancia y mirando directamente a las familias. Las pobres almas no comprendían nada de latín pero no era necesario ser ningún estudioso de las letras para comprender lo que se le estaba pidiendo.

«Por supuesto que aceptarán. Desgraciado...» Judá mordía su propia lengua para no saltar del sitio y enviar al enviado del Cristo directo a los brazos de su Padre.

—Vuestro nombre será Antonio... —«Judá, soy Judá». Se repetía una y otra vez transportado hacia el pasado y viendo en aquél pobre hombre la imagen de un padre atemorizado y sosteniendo la mano de su hijo.

Un hombre que en Lléida había dejado atrás los cuerpos de sus amigos asesinados en el suelo, uno que tuvo que huir hacia Toledo para encontrarse con una de las más sangrientas revueltas. Puede que Pablo de la Cruz se hubiese olvidado de ser Haym, pero él era Judá, Judá de Martorell.

—... guardad sin pecado vuestro bautismo, guardad los mandamientos de Dios... —La voz del arzobispo resonaban en las inmensas y altas columnas de la Primada de Toledo.

Judá ocultó su mirada hacia un lado para poder contenerse y no desangrarlo allí mismo. Una joven con mirada triste llamó su atención. Ella tampoco parecía tener su mente en el mismo lugar que su cuerpo. Divertido viendo la falsedad de los asistentes, cada uno

ensimismado en sus asuntos, chocó con la más deliciosa de las miradas. Sonriéndole con descaro la obligó a agachar la mirada. Judá se divirtió por un momento con la reacción de la joven de buena cuna cuando los asombros de la multitud lo trajeron nuevamente a la realidad. La eucaristía, es decir, el cuerpo del enviado del Dios cristiano, había desaparecido. Las mujeres llevaron sus manos al corazón y los hombres miraron hacia la salida esperando culminar cuanto antes con la pantomima. Sólo algunos nobles se miraron indignados y con rabia.

Su tío, padre de Beltrán y converso por convicción, se indignó como uno más, uniéndose al arzobispo Pedro de Luna, que se persignaba con furia en la mirada. Cuando el revuelo hubo acabado, se dispuso a huir hacia la taberna pero una fuerte mano lo detuvo por el hombro.

—Nos esperan en el Alcázar. Los comerciantes de Flandes están aquí —. Este aceptó con un golpe de cabeza. No deseaba más enfrentamientos con su padre.

Una vez se encontraron rumbo a la casa y a solas, Haym preguntó con algo de temor.

—¿No sabréis lo que ha pasado con la eucaristía?

—La han robado —. Contestó sarcástico.

—¿Y vos no sabréis quien pudo ser?

—No veo por qué debería.

El padre aceptó su mentira y Judá caminó a su lado molesto consigo mismo. No deseaba guardar tanto rencor. No le gustaba la persona en la que se había convertido y su padre no merecía sus continuos puñales envenenados, pero no podía evitarlo. Simón, Abrafán, Zulema, su madre... ellos no merecían el olvido. En absoluto silencio caminó junto a su padre. Lamentaba engañarlo pero tenía un deber para con su pueblo. Dispuesto a reencontrarse con su cariño habló con falsa tranquilidad.

—¿Decís entonces que esos flamencos comprarán la lana para convertirlos en tapices?

—Eso parece —. Su padre contestó aceptando la pregunta como un olvido de antiguas discusiones.

—¿Y cuánto pensáis cobrarles?

—¿Dais por hecho que será más de lo habitual?

—Por supuesto. Os conozco demasiado —. Dijo Judá riendo con ganas.

—Pues espero que sea mucho más de lo que conseguirías vos.

—¿Acaso dudáis de mis habilidades?

—Me temo que no estoy dispuesto a descubrir vuestros encantos —. Esta vez fue su padre el que rió con descaro y Judá disfrutó del sonido de su dicha. No solía divertirse. Con continuas

desconfianzas sobre su origen, y en posición de nuevo cristiano, debía demostrar su ingenio y habilidades mucho más que cualquiera de esos huecos nobles de pura sangre.

—Creo que es vuestro tiempo —. El joven lo miró extrañado —. Es tiempo que comencéis a tomar responsabilidades. Mi tiempo se agota.

—Fantochadas, os quedan muchas lunas por ver —. Contestó golpeando la espalda de su progenitor mientras le permitía entrar por delante en el recinto rumbo a la sala del regente.

Haym sonrió agradecido y esperando que su intuición estuviese equivocada y Judá no se encontrase involucrado en aquellos actos vandálicos en Toledo o el futuro podría ser muy oscuro para ambos.

El clandestino

Judá entró en la taberna repleta de personajes de lo más variopinto. Allí se reunían muchos hombres, pero no exactamente lo mejor de Toledo. En un lateral unos peregrinos rumbo a Santiago, sentados en una mesa desgastada de madera, decían recuperar fuerzas por unas pocas monedas; otros, de pie, maldecían sus vidas ahogando las penas en grandes jarras de mal vino, y otros, los mayoritarios, disfrutaban de las atenciones de dos de las hijas de la Malaguita. Todos sabían perfectamente que aquellas dos jóvenes de amplias caderas no eran exactamente sus hijas, pero ya se sabe que la prostitución es una realidad de las que todos hacían uso pero pocos comentaban.

Su negra mirada apenas era visible gracias al capuchón negro que le cubría el rostro al completo. La capa aguadera de origen humilde y tan negra como sus intenciones, cubrían unas prendas demasiado costosas para el lugar. Una mujer que bien podría ser su madre, pero de atenciones mucho más afables, se acercó con un escote de lo más esclarecedor y Judá le sonrió con algo que se traslucía como mucho más que una entrañable amistad.

—¿Vuestra merced desearía una jarra para saciar sus necesidades? —La Malaguita, mujer de amplias caderas y cuerpo de lo más solicitado, preguntó mientras lo guiaba hacia una puerta lateral.

Judá aceptó la invitación sin contestar. Entre ellos las palabras eran parte de un ritual innecesario. Ambos conocían perfectamente los intereses del otro.

—Os esperan... —Dijo en tono bajo y Judá pasó por la puerta hacia la oscura trastienda.

La Malaguita llevaba la taberna hacía ya muchos años. La Honrosa, fruto de unos aportes generosos, de cierto noble beneficiado de los dulces favores de la dama, representaba un local que poco honor hacía a su nombre. La mujer, que podía ser muchas cosas menos desinteresada, lo guió hacia un recinto exclusivo para reuniones no del todo legales. La Malaguita era mujer de fiar, requisito muy solicitado en una Castilla en donde los secretos duraban lo mismo que las monedas en mano de nobles.

—Cuando terminéis estaré encantada de recibiros... —Dijo susurrando sobre sus labios.

Judá aceptó la tierna caricia de aquella que tuvo a bien enseñarle el placer de las buenas atenciones.

—Lo tendré en cuenta —. Contestó apresándola por la cintura y presionando su boca deseosa a la suya.

Últimamente buscaba algo más de diversión. El aburrimiento sexual bullía por su cuerpo tanto como la osadía de su juventud. La

Malagueta se marchó por la estrecha puerta y su vista se quedó fija en aquellas caderas que tanto le habían enseñado en los últimos años.

—¿Distraído?

Las palabras de Beltrán tras su espalda lo hicieron girarse con amplia sonrisa mientras se deshacía de la capucha que ya no necesitaba y que enroscó a su cuello cual bufanda protectora. Con paso lento se dirigió hacia los hombres que discutían con afán.

La sala, iluminada apenas con unas cuantas velas que envolvían de olor rancio de sebo el entorno, escondía a algo más de una decena de hombres. La inexistencia de ventanas y el suelo encharcado con olor a bosta provocaban deseos de salir huyendo, pero aunque carente de lujos, el sitio era el más conveniente para reuniones de aquellos que no serían bien recibidos en la corte de su majestad.

Judá permaneció en un segundo plano junto a su primo que no se separó de su lado. Él, al igual que el resto, pertenecía a ese grupo de Judíos rebeldes, aquellos que fieles a sus creencias rechazaban la imagen de Jesucristo como salvador de salvadores. Su maestro Simón, rabino de Leída, le inculcó la fe judaica y aunque su padre siempre intentó aplacar sus ansias de venganza, se sentía tan oprimido como el resto de los integrantes de su pueblo. Puede que su padre claudicara y se hubiese visto obligado a convertirlos a ambos en nuevos cristianos, pero ya no era ese pequeño obligado a aceptar una pila bautismal, él era un hombre que tomaba sus propias decisiones.

—No podemos seguir. Esto es inaceptable.

—¡Inaceptable!

Los hombres alzaron los puños y Judá siguió imperturbable apoyado en la pared del fondo. Zaaben, unos años mayor que él, era un líder nato y respetaba su coraje.

—Ya no sólo nos dicen donde debemos vivir sino que dictaminan nuestra forma de vestir o de dónde comerciar. No podemos permitirles.

—¿Pero qué podemos hacer? ¡Ellos son demasiados! —Preguntó un atemorizado.

—¡Sí, demasiados!

Judá negó con el rostro y la mirada nublada por la furia. Aquellos borregos aceptaban o negaban con la misma euforia.

—La fuerza de los egipcios no atemorizó a Moisés —. Zaaben gruñó con el poder de su liderazgo.

—No, no —. Contestó el rebaño pero no muy convencido.

—Es nuestra fe, nuestro pueblo. Nuestros hijos merecen vivir sin el frío de una daga cristiana bajo el pescuezo.

—Ese cura es la daga de los nuestros —. Sentenció un hombre al que Judá reconoció al instante. Era Isaac, hermano de Zaaben, tan fiel a la doctrina como su hermano pero con la mirada de un asesino

aterrador. Y eso le gustaba... mucho, pensó divertido.

—Es un demonio... —Beltrán murmuró por lo bajo y Judá asintió con el rostro pero sin dejar de prestar atención a la discusión que se producía ante sus narices.

Sus hermanos tenían razón, su pueblo no podría continuar soportando tantas injusticias pero la lucha debería ser una acción cuidadosa o las consecuencias serían peores que la actual realidad.

Los aires comenzaban a caldearse gracias a las puyas interpuestas por Isaac y ante las que, al parecer, Zaaben se sentía incómodo.

—Iniciaremos la lucha. Ya no podemos seguir ocultándonos. Esos cristianos descubrirán el poder de nuestras armas... —Insufló Isaac con voz asesina.

Los hombres allí presentes elevaban las voces asintiendo hacia la confrontación directa cuando Judá murmuró más para si que para los asistentes pero Zaaben, que siempre mantenía un ojo abierto hacia el muchacho, preguntó interesado.

—¿Qué habéis dicho?

—He dicho que eso no es posible —. Judá respondió elevando la mirada para enfrentarse de forma directa con su líder y este aplaudió ante la osadía del joven.

—¿Os atrevéis a afirmar la debilidad de nuestro pueblo? — Preguntó haciendo que la masa lo siguiera con sus miradas furiosas hacia un Judá que no se amedrentó.

—No, más bien digo que sois estúpidos —. Contestó con una sonrisa que lo asemejaba más a un villano que a un joven de buena posición.

Los hombres se alteraron y quisieron contestarle a fuerza de puños. Beltrán apoyó su mano en la empuñadura de su daga enganchada en el cinturón de cuero pero Judá lo detuvo. Zaaben hizo lo mismo con los enardecidos mientras volvió a retar al joven.

—¿Y vos nos llamáis estúpidos? ¿El qué roba trozos de pan en la Primada?

Los presentes se carcajearon y Judá caminó hacia el líder con la mirada fija en sus ojos marranos y cabellos anaranjados.

—Zaaben de Pontevedra —dijo con voz firme—. Seréis un idiota si pensáis guerrear contra el propio rey de Castilla. Sólo conseguiréis que os maten y que vuestro pequeño sea huérfano antes de tiempo.

El líder no se inmutó. No se movió del sitio. Esperó que el joven estuviese casi frente contra frente para hablar con serenidad mortal.

—No tengo miedo ni a sus hogueras ni a sus sacristías. El único agua bendita que roza mi frente es la que mi mujer me arroja cuando llego borracho al lecho —. Los asistentes se rieron por todo lo alto y

Judá calló con la furia corriendo por sus venas.

Aquél miserable recalcaba su condición de converso y eso lo hizo sentir rabioso y avergonzado al mismo tiempo.

—Seguiremos de cerca al cura valenciano y lo mataremos cuando tengamos oportunidad. Él será la primera victima —. Isaac habló en alto y Zaaben se giró ignorando a un Judá que se quedaba petrificado en el sitio.

La reunión no prosiguió mucho más y los asistentes comenzaron a marcharse cuando Judá fue detenido por Zaaben de un brazo. Este se giró rabioso pero el líder le respondió con su mirada desconcertante.

—Vuestras palabras son acertadas.

Judá alzó su espesa ceja intentando analizar a aquél hombre. El de Pontevedra era muy estúpido o un inteligente de temer. Y a estas alturas una opción era tan buena como la otra.

—Judá de Martorell, conocéis las letras y trabajáis con los traductores de Toledo y por eso os respeto. Nuestro pueblo necesita hombres como vos —. El joven seguía sin responder y Zaaben sonrió por primera vez —. Tenéis razón, no podemos luchar contra el rey pero no pienso confrontar de forma directa. Nuestras acciones serán pequeñas batallas que conseguirán demostrar nuestra fuerza como pueblo.

—No comprendo.

—Ya lo haréis, pero dejadme que os diga algo, la lógica jamás me ha separado de mis acciones y espero que tampoco lo haga de las vuestras. Así es como nuestro pueblo conseguirá ser aquello para lo que está predestinado. Somos los elegidos y nuestra inteligencia se lo demostrará. Esta tierra es tan nuestra como suya. Lucharemos y os necesitaré.

—Estoy comprometido con mi pueblo —. Dijo con furia.

—Sea.

Zaaben se marchó sin decir más y Judá se quedó en el sitio por unos momentos. Mantener la razón para ganar... no, ese hombre no era ningún idiota.

¿Qué buscaría Zaaben exactamente de él? ¿Cuáles serían esas pequeñas guerras? Agotado de tanto pensar se dirigió hacia la parte delantera de la taberna cuando chocó de frente con el pequeño Fortun. El muchacho apenas si llegaba a los doce años de edad, pero como uno de los tantos huérfanos, vivía en las calles y desde hacía un par de años había llegado a ganarse el corazón de las mujeres de liviana moral ofreciéndoles sus servicios como recogida de agua, envíos de cartas o petición de auxilio en caso de clientes demasiado efusivos.

—Chico cuidado, mirad por donde camináis —. Dijo más divertido que enfadado.

—Lo siento señor...

El niño contestó corriendo como si llegase tarde a la iglesia para recibir su cuenco de potaje. Beltrán se despidió de Judá y él se acercó a la Malaguita a la que acarició con descaro. Esperaba encontrar en sus anchas caderas el poder del olvido.

De pasiones

En un principio pensó simplemente entrar en la casa y dejarse caer en el lecho pero luego se lo pensó mejor, después de todo, no se encontraba ni mucho menos cansado. Un día de trabajo entre cuentas y algunas visitas a comerciantes del zoco no eran desgaste suficiente para alguien como él. Miró hacia arriba y, como supuso, la ventana se encontraba iluminada, ella lo esperaba. Trepó por las amplias piedras que sobresalían y en un abrir y cerrar de ojos se encontró saltando por encima de los miradores. Una vez dentro, buscó a aquella que noche tras noche se entregaba ilusionada.

Judá la vio recostada en la humilde cama. Cinfaa era lo que necesitaba esa noche. Con la negra mirada brillando en sus ojos, y que sus enemigos cristianos calificarían de endemoniada, se acercó a la mujer. Cual lobo en busca de su presa se fue deshaciendo de sus ropas ante su insistente mirada. Desnudo se posicionó encima de su presa sin preguntar. Ella le proporcionaría el olvido. La mente le bullía con pensamientos de desgracias inaceptables y venganzas imposibles de soportar. Si no fuese por esos momentos de sexo indecoroso se volvería loco.

Con fiereza mordió aquellos labios que ilusionados se creían dueños de su amor y a los que no se molestó en confirmar ni desmentir. Los delicados brazos lo envolvieron en un dulce abrazo pero como siempre él no se encontraba para dulzuras. Deseoso de apreciar sus curvas empujó de la manta hacia abajo y la deshizo de esa camisa varias veces remendada. Los dedos callosos acariciaron sus pechos con la misma intensidad con la que sus besos la dominaban.

La mujer se dejaba llevar al universo de las amadas mientras él se dirigía a otro muy distinto. Judá saciaba insatisfecho unos deseos que ya ni el sexo conseguían apaciguar. El vacío en su interior lo abarcaba y completaba. Los intereses lo asqueaban, el odio lo mataba y Castilla lo enterraba.

Intentando olvidar y dejándose llevar la obligó con su rodilla para que abriese las piernas y enterrar sus frustraciones. Cinfaa deseaba tenerlo para ella, demostrarle la potencia de su amor y él, él no pensaba, simplemente se dejaba arrastrar. Con un fuerte embiste la penetró sin esperar y la joven jadeó por la celeridad del momento. Su digno caballero no deseaba esperar y ella no lo detendría. Su cuerpo siempre estaría dispuesto para ofrecerle aquello que él buscase. Sólo él importaba.

Con urgencia las caderas del converso se movieron insistentes arriba y abajo y Cinfaa elevó las suyas esperándolo con la bienvenida. Su negra mirada se convertía en furia sin contención cuando la poseía y ella adoraba verlo salvaje e incontrolable. Le encantaba saberse el

destino de su furia y ser la única capaz de saciarlo. Necesita ser importante. Puede que su baja condición fuese un impedimento, pero su sangre judía los uniría por siempre. Él la amaba, estaba segura de ello, sólo necesitaba tiempo para aceptarlo.

Ajeno a ilusiones de amores Judá hundió el miembro ancho y grueso en lo más profundo de la húmeda cavidad arrancándole un quejido que lo llenó de puro ego masculino. Las mujeres parecían disfrutar de sus escasas florituras románticas y él agradecía que así fuese, porque nada más que un cuerpo era lo que podía ofrecer.

Cansado y molesto por no sentirse satisfecho en lo más mínimo intentó deshacerse de la situación y marchar pero Cinfaa lo detuvo con un fuerte abrazo en el cuello.

—Quedaros conmigo —. Susurro temerosa al sentir la sensación de abandono en el cuerpo.

Judá no contestó y ella quiso distraerlo.

—Vuestro padre os ha estado buscando.

—Siempre lo hace —. Contestó algo más relajado.

—Esta vez parecía muy serio.

—Siempre lo está —. Dijo restándole importancia.

Cinfaa se movía intentando capturar su atención romántica pero Judá no se lo permitió, no le interesaba la conversación en absoluto y mucho menos las caricias sin objetivos. La mujer era pura dulzura y el sueño de cualquier hombre, pero su continua cháchara tan femenina, y los sueños de doncellas enamoradas, lo aburrían en extremo. Con delicadeza fue arrastrando la manta que ella ceñía con fuerza entre sus dedos y llevándola hacia los pies, dejó claro que no era conversar lo que pretendía siempre que entraba en su habitación.

—Judá... —dijo perdiendo algo de sentido en las palabras lo que causó una profunda sonrisa del joven —. Prometed que nunca me dejaréis... Prometedme que nos casaremos... —La muchacha fue perdiendo la coherencia de sus frases ante cada uno de sus embistes y Judá lo agradeció en este nuevo acto de amor.

Cuando se quedó dormida, se levantó con cuidado para no despertarla. Se vistió con rapidez y se dirigió hacia su cuarto feliz de no tener que responder a sus exigencias. El corazón era algo que no le agradaba que le pidiesen. Cuando los tuyos mueren y son desterrados ante unas manos que nada pueden hacer por defenderlos poco queda ya de tan dañada pieza.

De compras

El pequeño recibió las monedas y huyó corriendo por las estrechas callejuelas.

—Entonces decís que la tendré...

El hombre de blancas vestiduras y una corta capa tan granate como el vino de Yepes, alzó la mirada hambrienta hacia la lujosa casa muy cerca de la sinagoga del tránsito.

Las dos ventanas de la pared principal, en la segunda planta, se hallaban iluminadas. Dos eran las mujeres que se preparaban para pasar la noche en sus virginales lechos, y dos eran los hombres que impunes, planificaban el destino de la joven heredera. Las pupilas libidinosas de aquél cuyo crucifijo de plata, brillaba con la luz de la luna llena, habló con la voz pesada por el deseo.

—Será mía.

—Es una Ayala —. Contestó el acompañante como si eso explicase algo.

El hombre de poco pelo y sebosa cintura, dejó traslucir un disgusto, que el segundo intentó aplacar al instante.

—La tendréis. No debéis preocuparos.

—Entregadme a la joven y os convertiréis en lo que buscáis. pero intentad engañarme...

—No necesitáis amenazarme —. Contestó apresando su estoque entre los dedos por las dudas.

—No es una amenaza, es una promesa.

—Cuando cumpláis con vuestra palabra yo cumpliré con la mía. Esa doncella será vuestra aunque aún no comprendo que veis en tan asquerosamente angelical criatura —. El hombre de espaldas anchas, arrugó la cicatriz en la ceja y habló con una sinceridad que provocó una sonrisa descarada en el calvo sacerdote.

—La muchacha sólo me servirá para el disfrute.

Ambas figuras se dispusieron a caminar por la estrechez de las callejuelas de Toledo dejando atrás la humedad del río Tajo. Sus figuras desaparecieron en un pasaje cada vez más angosto de piedra, barro y ladrillo, ocultando sus mentes retorcidas entre planes de poder, venganzas y posesiones indeseadas.

—¿Gadea, os encontráis bien?

—Sí, es simplemente que...

—¿Qué? —Contestó la amiga mientras la ayudaba a desenredar su larga melena.

Gadea quiso decir que sentía que alguien la vigilaba pero eso no era posible. Estaban solas en la habitación y a punto de recostarse para pasar la noche. No tenía sentido pensar necedades.

—Tonterías mías, ya me conocéis.

—Vos no decís tonterías —. Dijo con firmeza —. Y ahora contadme esa historia de Gonzalo otra vez.

—¡Beatriz! —El sonrojo alcanzó su rostro cual baño de sol en tarde de verano.

—A mi no me engañáis mi señora, ese joven doncel os agrada.

—Gonzalo agrada a todo el mundo —. Respondió mientras se trenzaba con rapidez la extensa melena.

—¿Entonces lo aceptarías si él os lo pidiese?

—¡Beatriz!

—¡Veis! Lo sabía. Ese joven os interesa.

—Sabéis perfectamente que mi padre jamás lo aceptaría, además no estoy segura de sentir por él algo más profundo que una sincera amistad, pero vos... estáis demasiado interesada, ¿me equivoco?

Beatriz clavó el peine en su propia melena ocultando su verdadera preocupación. Gadea divisó miedo en su mirada y rápidamente preguntó temerosa.

—¿Beatriz, qué os aflige? Hablad antes que mi corazón se detenga.

La joven dejó el peine a un lado y se sentó junto a su gran amiga.

—Es mi padre. Ha concertado mi matrimonio con Don Lope Arévalo.

—Arévalo es muy conocido en la corte, su familia es amiga de mi padre. Los conozco hace tiempo y sus hombres son honorables y... —Gadea hablaba sin parar intentando relajarse y relajarla.

—Sí, sí, lo sé...

—¿No os gusta?

—No es eso. He hablado varias veces con él y es un hombre bueno.

—Y apuesto —. Contestó Gadea con seguridad y arrancando una sonrisa de su amiga —. ¿Qué os asusta?

—No estoy segura. Me gusta, pero no sé si es como se debe...

Gadea entrecerró los ojos intentando comprender unas palabras que aunque chocaban en sus oídos no quedaban nada claro en su cerebro inocente —. Puede que simplemente sea miedo a la eternidad... ya sabéis.

—¿Eternidad? No, la verdad es que no os comprendo.

—Ese hombre permanecerá a mi lado en esta vida y en la siguiente. ¡El sacerdote así lo proclama! —Gadea suspiró comprendiendo por primera vez sus explicaciones.

—Estoy segura que nuestro señor jamás dejaría que una de sus fieles más sinceras sufriese semejantes penurias. Vos ya tenéis un lugar

guardado en el cielo.

—¿En verdad lo pensáis?

—Por supuesto, además vuestras dudas carecen de cualquier sentido. Arévalo es un muy buen hombre y de todos es sabido que desfallece por vos. Vuestro padre ha hecho bien en propiciar tan honorable unión.

Beatriz asintió y ambas entraron en sus respectivas camas. Gadea apagó la última vela pensando seriamente en las palabras de su amiga. A decir verdad ella también poseía los mismos miedos, pero no era el momento de avivar el fuego de los temores. Eran miembros de una sociedad donde sus miedos y opiniones poco importaban. Aceptar, procrear y callar eran sus únicas y valorables virtudes. «La mujer es un defecto de la naturaleza, una especie de hombrecillo defectuoso y mutilado. Si nacen mujeres se debe a un defecto del esperma o a los vientos húmedos. Sólo es necesaria para la reproducción», palabras de Santo Tomás de Aquino, y que el arzobispo Pedro de Luna, repetía siempre que le venía a bien... y si no, también.

—¡Holgazanas! Levantaos ahora mismo.

Juana entró en la habitación cual torbellino llevado por un temporal y con la sonrisa instalada en el rostro. Gadea abrió los ojos como pudo y Beatriz saltó rápidamente del lecho como si se encontrasen en mitad de un asalto.

—¿Qué sucede?

—Necesito que os vistáis y me acompañéis —. Dijo mientras empujaba del brazo de Gadea para que se levantase con premura.

—Hermana, no es necesario que me rompáis el brazo. Ya me levanto, ¿pero podéis explicarme que diantres está pasando? ¿Por qué tanta celeridad?

Juana le sonrió con picardía y Gadea se echó las manos a la cabeza. Conocía perfectamente a su hermana pequeña, reconocería esa mirada aunque se encontrase a oscuras. Juana las metería en problemas... otra vez.

Beatriz consiguió despertarse pero al darse cuenta que todo el revuelo provenía de la joven, tembló ante la posibilidad de nuevos conflictos.

—Puede que prefiera encontrarme en mitad de una batalla... — Dijo la reciente prometida algo atemorizada.

—Beatriz, no seáis así. Sin vosotras, padre no me permitirá ir al mercado.

—¿Al mercado? —Gadea preguntó curiosa.

—Nosotras no vamos al mercado —. Jadeó Beatriz algo atemorizada —. Ese no es un sitio que debamos frecuentar.

Beatriz sacudió la cabeza con tal fuerza que a punto estuvo de

darle en el rostro a Juana con su larguísima trenza. Gadea sonrió sabiendo que no importaba cuantos temores tuviese Beatriz o cuántas explicaciones ella le ofreciese, su hermana Juana conseguiría su propósito, después de todo así era Juana.

—¿Y por qué queréis ir al mercado? —Gadea preguntó levantándose de la cama y acercándose a la jofaina para asearse.

—Yo no voy a ningún sitio —. Beatriz intentó sonar resuelta pero las hermanas contestaron a la vez.

—¡Vos vendréis con nosotras! —Las tres se miraron y rieron divertidas. Beatriz iría con ellas, como siempre.

Juana podía ser la buscadora de líos, pero ellas nunca la dejaban atrás y jamás la dejarían. Como buenas mujeres comprendían la necesidad de prevalecer unidas en un mundo en donde los hombres las consideraban simples animales de compañía. Beatriz ayudó a Gadea con su vestido mientras preguntó interesada.

—Aún no has dicho porqué deseáis ir al mercado.

—Necesito comprar unas telas.

—¿Telas? Eso no tiene sentido. Las telas nos son traídas directamente al hogar.

—Necesito ir si lo que busco es hacer capas negras.

—¿Capas negras? —Gadea preguntó con miedo.

—No temáis, no os pasará nada.

—Eso mismo dijisteis con aquella ave y estropeé mi vestido —. Dijo una apenada Beatriz.

—Por no decir que por poco se ahoga —. Contestó Gadea con angustia a lo que Beatriz asintió a golpe de cabeza.

—La pobrecita tenía un ala rota —. Juana respondió apenada.

—Y qué decís de la vez que nos emborrachamos y vuestra madre nos encerró durante días —. Explicó Beatriz con el ceño fruncido.

—Pensé que el vino era aguado… —Contestó arrepentida.

—Y qué decir cuando nos escapamos a hurtadillas y nos perdimos y terminamos encharcadas en lodo… —Dijo Beatriz aún con el susto de aquél momento en el cuerpo.

—Si no hubiese sido por Gonzalo… —Contestó Gadea recordando tan desgraciado infortunio.

—Quién se hubiese imaginado que aquellos inocentes no eran más que unos sabandijas ladrones —. Refutó Juana moviéndose con desparpajo —. Además eso ya es pasado.

—¡Fue hace dos semanas! —Contestaron su hermana y su amiga. Juana se giró para ocultar su pícara sonrisa.

Al poco de media hora caminaron casi en volandas intentando no hacer crujir los delatores suelos de madera, y casi estaban por conseguirlo, cuando un cuerpo fuerte y alto y cubierto de una cota de

malla les detuvo el paso.

—Mis dulces damas ¿ibais a algún sitio en especial? —La voz gruesa de Gonzalo las hizo mirar hacia lo alto para apreciar el disgusto en su rostro.

Gadea pensó alguna historia que las librase del custodia, y aunque intentó buscar respaldo en las otras dos, descubrió que no recibiría ayuda alguna. Aquellas seguían mirando embobadas a su doncel. Joven, de gran porte, y caballero de la cabeza a los pies, quitaba el aliento a cuanta fémina se cruzase.

—Gonzalo, buenos días. Preciosa mañana para dar un paseo, ¿no lo pensáis?—Gadea comentó sonriente pero el caballero no se inmutó.

La joven se mordió el labio pensando en que la idea de su padre de poner a Gonzalo como su doncel personal no había sido del todo buena.

—No podéis salir sola y lo sabéis. Vivimos tiempos confusos.

El joven comentó confidente y con cierto aire de confianza que hizo sonrojar a la muchacha. Quería mucho a Gonzalo. Él llevaba tiempo en el castillo de su señoría. Estaba por desistir cuando la voz luchadora de su hermana comenzó a guerrear como era habitual en ella.

—Vamos al mercado y ni vos ni nadie nos lo podrá prohibir —. El muchacho estiró su cuerpo entrenado en la batalla y sonrió de lado pero no como amigo. Juana suspiró y Beatriz tragó en seco dispuesta a girarse para regresar al hogar.

—Gonzalo, nada puede pasarnos por mirar baratijas en el mercado y mucho menos si vos nos acompañáis.

El caballero se atragantó con la idea. Ir de compras con tres nobles doncellas parlanchinas no era plato de buen gusto. Además, se perdería el entrenamiento de la mañana, y los tiempos no estaban como para permanecer inactivo. Las luchas y las guerras se encontraban por todos los sitios. Es más, aún no sabía como su señor no había dispuesto de la potencia de su espada para proteger sus tierras.

—¿Qué contestáis mi fiel caballero? —Gadea le sonrió y Gonzalo supo que estaba perdido.

Desde que pisó la primera vez el hogar de su señor y la vio, ella se convirtió en la dueña de su corazón. No importase lo joven que fuese en aquellos tiempos o la inmensa distancia que se acrecentaba cada año entre ellos, Gadea era todo lo que siempre soñaría. Dulce, leal, inteligente... y destinada a un noble, pensó sin disimular su enfado.

—Aunque no estéis de acuerdo... —Gadea iba a comenzar con una retahíla larguísima de palabras cuando Gonzalo decidió que mejor

sería acompañarlas y terminar con aquello cuanto antes.

—Os acompañaré —. Sentenció seguro pero fue cuando observó el pequeño aplauso de Juana cuando se lo pensó mejor —. Si esto se trata de alguna de vuestras trastadas... —Juana lo miró indignada y llevándose la mano al corazón contestó ofendida.

—No comprendo vuestras descalificaciones hacia mi persona. Quiero que sepáis, mi honorable caballero, que mis actos jamás fueron mal intencionados y mucho menos faltos de sentido... —Gonzalo la detuvo con los ojos abiertos por la sorpresa.

—Entonces decís que cuando soltasteis a ese pura sangre que vuestro padre trajo de Málaga, y al que tardé tres días en atrapar, ¿fue por vuestro sentido común?

—¡Cuantas veces lo tendré que decir! Pensé que era una pobre yegua dolorida.

La pobrecita yegua, resultó ser un semental pura sangre con sus partes bien formadas y doloridas, pero no exactamente por el cansancio, pero Gonzalo se abstuvo de mayores aclaraciones. Mucho se habían reído con su señor frente a la ingenuidad de la joven.

—Os acompañaré. Pediré que nos preparen un carro. ¿Y a dónde decís que vamos exactamente?

—A la tienda de telas.

—Por los clavos de cristo —. Refunfuñó mientras enfilaba hacia las caballerizas previendo una mañana de lo más larga.

Y allí estaba nuevamente esa muchacha. En un carro y acompañada. La de la mirada perdida en la misa de conversión en la Primada. La del rostro fresco como una rosa y cabellos del color del más puro castaño.

Beltrán agachó el rostro cuando las jóvenes pasaron junto a ellos y Judá, de pie y a su lado, preguntó interesado.

—¿Las conocéis?

—Ni idea —. Respondió alzando los hombros.

—¿Entonces por qué las saludáis? —Dijo enarcando una ceja.

—¿Y por qué no?

Judá sacudió la cabeza y golpeó en la espalda a su primo para que continuase el camino. Estaban a un paso del tendero y deberían revisar las lanas que pronto marcharían a Valencia.

—Ahora entiendo algo de lo que ellas vivieron —. La nieta comentó a su abuela.

—¿Qué es lo entiendes?— La jovencita de rizos rubios apareció de golpe y preguntó estrechando la mirada.

—Hablaba con mi abuela —. Contestó de muy malos modos y la muchacha curiosa sonrió con malicia y alzando los hombros.

—No me importa. Buscaba al capitán y no a una niña tonta y su abuelita —. Dijo marchándose con la misma rapidez que había llegado y rumbo hacia la proa donde se encontraba el tan codiciado capitán.

—Eso no ha sido respetuoso por tu parte.

—No me importa —. Dijo con rabia en la mirada al ver a la fresca de Isabel recostarse sobre el hombro del capitán.

—¿Algo de comer? —Dijo la abuela intentando distraerla de sus pensamientos.

—Por supuesto —. Esa Isabel no estropearía los deliciosos momentos con su querida abuela.

No me busques

—Juana, no penséis que os habéis librado de nosotras. Si no fuese por madre y sus urgencias os obligaría a contármelo todo. Aún no sé porque hemos comprado tan feas telas.

—No he dicho que fuese para nosotras —. Su madre entró para confirmar que sus hijas estaban impecables y Gadea prefirió callar.

Su pobre madre, de escaso carácter y muchos miedos, no se encontraba para mayores disgustos. Soportar a su padre bien llevaba la recompensa del eterno cielo.

El pequeño Diego entró luciendo sus elegantes vestimentas y sonriendo a quien encontrase por su camino. El niño corrió a su lado para darle un abrazo y luego lanzarse hacia Juana que lo esperaba agachada y con los brazos abiertos.

—Hermano, no sabía que vos también vendrías —. Dijo al regalarle dos sonoros besos en el rostro

—Madre ha dicho que debo estar con la familia —. Contestó orgulloso y con voz de niño pequeño. Con sus apenas cuatro años era tan espabilado y gracioso como uno de cinco.

—¿Y dónde vamos? —Consultó interesado.

—Vuestro padre desea presentarnos a Don Pablo de la Cruz.

—¿Y yo también estoy invitada? —Comentó Beatriz.

—¿Habrá ciervo de cena? —. Replicó el niño.

—¿Y por qué tanta urgencia? —Agregó Gadea.

—Sí, no lo sé, y ya nos lo dirán —. La madre respondió en orden y divertida mientras se encaminaba hacia la puerta de lo más presurosa. Causar buena impresión en los De la Cruz representaba una de sus tantas obligaciones como mujer.

La tarde, aunque soleada en el exterior, se notaba pesada y aburrida en el interior de la sala. Varios fueron los resoplos de Juana y muchas las miradas a los suelos de madera por parte de Beatriz. Su padre hizo las presentaciones obligadas y Gadea se sentó mirando a los lados agobiada. Contó tres tapices muy bellos y con representaciones de la biblia decorando las paredes. Muchas sillas, demasiadas para su gusto, y una gran mesa de madera tallada con deliciosos ribetes. No comprendía absolutamente nada de arte, pero todo lo que en aquella casa existía, desprendía aroma a bolsas de oro y de las muy pesadas.

Aún faltaba tiempo para que se sirviesen los alimentos y aunque la etiqueta les obligaba a permanecer sentadas, Gadea supo qué o se ponía de pie y caminaba o se moriría allí mismo carente de emociones. El pequeño Diego, que compartía su aburrimiento, se acercó para guiarla hacia la puerta que comunicaba con el patio

interior. Un gran aljibe centraba todas las miradas. Con deliciosa decoración de azulejos en tonos blancos y azules, el patio brillaba con luz propia. Los arcos de arte mozárabe enmarcaban el verde de las vistas de las inmensas vides en la lejanía. Puede que todas las casas tuviesen un sitio para extraer agua pero ese aljibe, al igual que el resto de los decorados, no era común ni mucho menos.

—No... —Gadea susurró al oído de su pequeño hermano.

El dueño de la casa, y que hablaba interesadamente con su padre, se detuvo para mirarla con una amplia sonrisa en el rostro y asentir mientras le contestaba con simpatía.

—Podéis ir al patio. Es una tarde preciosa —. Gadea asintió agradecida y sostuvo a su hermano de la mano. Ambos necesitaban un poco de aire fresco con el que retornar a la vida.

Apenas estuvieron fuera, Diego se soltó de su agarre y se lanzó a correr por los estrechos caminos de piedra.

Se detuvo en la mitad del jardín disfrutando del frescor de la frondosa vegetación y agradeciendo al cielo el canto de las palomas bravías. La casa, ubicada en una pequeña altura, mostraba una imagen preciosa de la sinagoga del Tránsito a su espalda y las refrescante imagen del río Tajo frente a ella.

El sonido de espadas no muy lejos la distrajeron. Estuvo por ordenar a su hermano que no se entrometiera en el entrenamiento de los caballeros cuando descubrió que era demasiado tarde. Diego corría hacia el patio de armas atraído por la acción de los hombres. Gadea se encaminó para detenerlo pero no hizo falta. Diego se ancló en el lugar preciso para poder admirar el combate sin correr peligro. Ella se situó a su lado disfrutando igualmente del espectáculo, después de todo no tenia nada mejor que hacer.

Espada contra espada, hierro contra hierro. Ambos guerreros en busca de la conquista peleaban incansables. Beltrán endurecía el rostro con cada estoque mientras su primo alzaba el labio en señal de victoria. Gotas de sudor recorrían sus frentes, el calor de sus cuerpos viajaba por sus fuertes torsos, pero no se detuvieron, cada estoque era aún más potente que el anterior.

—Mamón —. Beltrán dijo al sentir el roce del frío metal tan cerca de su desnudo cuello. Judá lo apuntó una y otra vez hasta tenerlo allí donde quería. A punto de caer.

Beltrán era bueno, muy bueno, pero la espada de Judá parecía una extensión de las manos del mismo demonio. Decidido a borrarle la sonrisa al diablo, de un salto consiguió estabilizarse y contraatacar, pero este aunque sorprendido, respondió al instante con una fuerte carcajada y un certero estoque directo hacia las entrañas de su atacante.

Los jóvenes luchaban como si las vida les fuese en ello y cuando la espada de Judá se acercó nuevamente al centro del cuello de Beltrán y le patrocinaba una inconfundible victoria, el suspiro ahogado de una muchacha lo distrajo de su posición y provocó que Beltrán pudiese tumbarlo en el suelo y apuntarle con la punta de su espada directo al corazón. Judá sonrió boca arriba y aceptó la mano de su primo mientras se preguntaba el porqué esa joven estaría en su casa y precisamente en el patio de armas.

Fue mirarla y entorpecer. Era ella, nuevamente ella, la de mirada indefinida y cuerpo de ángel. Esa que parecía rezar todas las mañanas como una beata pero que deliberadamente ocultaba los deliciosos pecados de la tarde. Sus cabellos, escondidos bajo un trasparente velo eran pura seda larga y brillante y sus manos delicadas como pétalos de rosa sin cortar. Sin meditarlo se puso la camisa y acomodó su apariencia pero al instante se sintió un estúpido, qué importaba como ella lo viese, esa joven era una de las tantas cristianas que poco le interesaban. Deseando continuar con el entrenamiento y olvidarse de extrañas presencias, fue Beltrán quien lo obligó a comportarse como un educado anfitrión.

—Permitid que me presente. Soy Beltrán Santa María y este es mi primo Alonso De la Cruz —. Judá cerró los puños con fuerza, odiaba que lo llamasen con aquél nombre cristiano, pero ante la nobleza debía fingir y sonreír.

—Soy Gadea Ayala y él es mi hermano Diego Ayala. Espero no ser la culpable que vuestro entrenamiento llegase a su fin —. La muchacha sonrió y Judá se sintió tontamente extraño.

Algo en su interior le hizo negar con la cabeza aunque continuaba sin hablar. Beltrán preguntaba con florituras acerca de las razones de su visita a la casa o si cenarían con ellos pero Judá no escuchó las contestaciones, simplemente observaba al caballero que bien armado se posicionaba tras su señora.

—Vuestra merced debería entrar, puede que vuestro padre se esté preguntando donde estáis —. Gonzalo ordenó más que hablar y Judá estrechó los ojos molesto. La confianza del joven caballero excedía lo apropiado, y no le gustó.

—Veo que habéis salido a tomar el aire, si lo deseáis puedo mostraros nuestro jardín, en esta temporada los naranjos florecen hermosos aunque temo que se pongan celosos frente a una belleza como la vuestra —. Judá habló cortés y carente de emociones mientras desafiaba con la mirada al caballero que la joven tenía detrás.

—Soy Alonso De la Cruz, no recuerdo haber escuchado vuestro nombre —. Sentenció autoritario al doncel.

El hombre se tomó unos segundos demasiado largos para

contestar y Judá supo que una lucha se iniciaba entre ambos.

—Gonzalo de Córdoba —. Contestó secamente y fijando sus ojos grises en los suyos.

—Y Gonzalo de Córdoba ¿por qué os encontráis en mi patio de armas?— Sentenció con su negra mirada.

Gadea observó la desconfianza que se ceñía entre el dueño de casa y su fiel amigo por lo que decidió intervenir.

—Me temo que es mi culpa señor.

—¿Vuestra culpa? —Judá centró su interés en ella y Gadea respiró aliviada. Gonzalo era demasiado protector y si la considerase en apuros no tendría problemas en atacar a quien fuese, incluido al hijo de uno de los más importantes comerciantes del reino de Castilla —. Mi padre y el resto de la familia ha sido invitada por vuestro padre.

—Comprendo —. Judá asintió agachando la mirada. Su reacción anterior con el joven no tenía ni explicación ni justificación alguna.

Estaba por disculparse y marcharse cuando Cinfaa apareció en el patio para sonreírle de una forma excesiva dadas las circunstancias y los invitados.

—Vuestro padre os reclama —. Dijo volviendo a sonreír con un amor que lo puso incómodo.

La joven criada no se marchaba y Gadea ocultó el rostro mirando hacia otro lado. No era nuevo para ella ver el grado de intimidad que ciertos señores poseían con el servicio pero la actitud de aquella muchacha rozaba la impertinencia.

—Si me disculpáis, será mejor que entre —. Gadea estrechó la mano de su hermano y se giró para caminar hacia el interior. Judá la observó con minuciosa atención mover sus caderas hacia el salón. Poseía atractiva elegancia femenina en las venidas pero mucho más en las idas.

—¿Queréis que os ayude a vestiros? —La osadía de Cinfaa, que intentó capturar su atención acariciándolo a plena luz, lo hizo tensarse y enfadarse un poco más de lo que ya estaba.

—No volváis a hacer algo así y mucho menos delante de invitados —. Ordenó con los dientes cerrados, lo que provocó la mirada furiosa de la mujer —. Entrad y decidle a mi padre que me reuniré con él prestamente —. Cinfaa se marchó molesta y a golpe de falda sin responder.

—La habéis enfadado.

—Me importa poco.

—¿Y eso desde cuándo? Tenía pensado que Cinfaa era el amor de vuestra vida —. Dijo divertido.

—No toleraré impertinencias de ninguna mujer.

—Y mucho menos cuando la hija de una de las familias con mayor linaje de Toledo se encuentra en vuestra sala.

Beltrán habló divertido pero a Judá no le hizo ni la más mínima de las gracias.

—Esa joven no es nadie y no significaba nada.

Dijo mientras se tiraba un balde de agua fría sobre el cuerpo para borrar todo rastro de sudor pero olvidándose el detalle de quitarse la camisa, hecho que provocó una profunda carcajada en el aún más divertido de su primo.

La comida se extendió entre risas simpáticas y bromas de los dos jefes de familia y Judá los analizó expectantes. Su padre no solía tener invitados y mucho menos recibirlos con tanta alegría en el cuerpo.

—Bien, creo que es el momento que los hombres nos retiremos. Alonso por favor...

Judá se levantó agradeciendo poder alejarse y ya no tener que ver el rostro de la mujer que tenía delante. Esa joven parecía penetrarlo como los mismos rayos del sol y su interior y sus llagas eran suyas y de nadie más.

El Compromiso

—¡No! —La recia mandíbula de Judá temblaba cual perro a punto de atacar pero su padre no se amedrentó, después de todo, el mismo coraje corría por sus venas.

—No he solicitado vuestra opinión.

—¡Y yo me estoy negando! —Los ojos grises del viejo león se enfrentaron al lobo sediento de venganza.

La negra cabellera rebelde, y que acariciaba sus hombros, se alineó con los deseos de su dueño, y la gruesa vena del cuello se preparó para responder con fiereza.

—¡No pienso aceptarla!

—Maldito seáis Judá, ¿cuántas veces os enfrentaréis a mi? ¡Es que aún no comprendéis quienes somos!

—¡Al parecer no tan bien como vos! —La copa chocó contra la fría piedra de la chimenea que caldeaba aún más el ambiente mientras las nubes que pasaban por Toledo oscurecieron la sala.

—No estamos hablando de ella —. El pecho de Haym se encogía como si una espada le atravesase el corazón.

—Buscad vos una esposa si tanto deseáis una.

—¡Maldito desagradecido sin alma! Debí dejarte a ti en su lugar... —Judá sintió como cada centímetro de su columna se encogía por dentro convirtiéndole en una asquerosa e inmunda rata.

—Vuestra sinceridad me conmueve amado padre.

—No tanto como a mí vuestra estupidez. Me enfrentáis para que reconozca lo que mi alma reniega. Pedís lo que no puedo devolver. Me acusáis de aquello que ya no tiene remedio. Sufrís una mísera parte de lo que yo he soportado y buscáis encontrar en la furia lo que no pertenece al mundo de los hombres. Estamos solos. Asumid como hombre lo que de niño tuvisteis que perder.

—¡Nos lo arrebataron todo!

—Ya no somos esos —. Las manos temblorosas de Haym se escondieron tras su espalda al igual que sus fuerzas al ver como su único hijo se marchaba por la puerta. Jamás debió decir aquellas duras palabras. Amaba al hijo y admiraba al hombre pero odiaba al egoísta incapaz de olvidar. Judá era juez y esperaba que no se convirtiese en mano ejecutora o la hoguera lo alcanzaría más temprano que tarde.

Cinfaa, que escuchó toda la conversación tras la puerta, sintió que el corazón se le detenía en el mismo instante. El padre de Judá explicaba las cientos de razones por las cuales debía casarse con aquella noble de alta cuna mientras la triste realidad pisoteaba sus únicas esperanzas. Amaba al joven, se entregaba a él cada noche

esperando cumplir aquellos votos que los unirían para siempre. Desesperada corrió por los pasillos intentando detenerlo y conocer sus planes pero él no se detuvo. La furia de su mirada fue la única respuesta a su tristeza y el miedo se deslizó cual hielo frío por su cuerpo. Ella era todo lo que él necesitaba pero se alejaba sin ofrecerle ninguna oportunidad de rescatarlo.

Judá se aferraba con fuerzas a la quinta jarra de vino mientras negaba con la cabeza. El aire rancio de los hombres, se mezclaba con el humo de las velas de sebo barato en la taberna de la Malaguita. Los ojos enrojecidos se enfocaron en un puñal con el que no dejaba de juguetear. La mano le pedía venganza, el corazón suplicaba por sosiego, y la razón... ¿quién sabe dónde se encontraría?

Con la garganta seca de tanto callar dio un largo trago a su jarra para después lanzarla contra la pared de enfrente. Un hombre de cabellos lustrosos y túnicas caras, refunfuñó por todo lo alto y su rostro sonrió de medio lado aceptando una muy ansiada pelea.

—Desgraciado —. El brabucón se acercó esperando que él se levantase del asiento pero Judá no lo hizo, simplemente apretó con fuerza la empuñadura de su estoque —. Maldito borracho, podrías haberme matado —. El hombre gritó envalentonado causando la risa de sus dos compañeros ebrios, que aún en sus asientos de madera, se aferraban a las amplias cinturas de las dos prostitutas de turno.

Los inexpresivos labios de Judá se elevaron de lado cuando aquél borracho pronunció las palabras que no debía. Puta y madre. Con un salto digno del mejor de los felinos, se posicionó sobre el hombre clavándole la empuñadura en el centro del hombro. La mirada del incrédulo borracho lo miró lloroso pero Judá no desistió. Su puñal se clavó hasta el hueso haciéndolo sonar. Con frialdad lo cortó prodigándole una herida digna de una pata de cerdo lista para asar.

—Desgraciado —. Dijo mientras lo veía sangrar.

Sus acompañantes y amigos se soltaron de las putas dispuestos a desangrarlo allí mismo pero los gritos de La Malaguita y los cuatro hombres que se colocaron a su lado, los hicieron desistir.

—Nos volveremos a encontrar. Esto no quedará así —. Dijo uno de los hombres.

—Sea —. Las palabras salieron de Zaaben, uno de los hombres que se había situado junto a Judá, frente al llamado exigente de la Malaguita.

—¡Llevároslo de aquí! No quiero busca pleitos en mi negocio—. La mujer de anchas curvas y con las manos en la cintura gritó sabiéndose protegida por todos los hombres de la taberna. Después de todo ella y sus hijas eran de las mejores mujeres públicas de Toledo.

Los hombres sujetaron a su amigo desmayado con su brazo algo

colgante y se marcharon. Judá colocó el arma nuevamente en el cinturón de cuero y se limpió parte de la sangre de sus manos en la negra capa. Zaaben golpeó su espalda para guiarlo hacia la mesa libre en la esquina más alejada mientras pedía a una de las chicas que les acercasen un par de jarras de vino. Una joven algo atemorizada, al ver el rostro enfurecido de Judá, acercó las bebidas y se marchó con tanta celeridad como el clímax de algunos de sus clientes.

—Bebe.

Bebió pero sin decir palabra. Zaaben era un judío al que respetaba pero no eran amigos. Él no tenía relaciones de ese tipo. Su padre era el único que despertaba algún sentimiento en su corazón y de poco le servía. Quería que uniera su vida a una frígida cristiana de nobles virtudes.

El asco le subió por la garganta mientras la furia comenzaba nuevamente a calentarle la sangre. El silencio los envolvió y Judá supo que era la mejor charla que había tenido jamás. Beltrán solía ser demasiado parlanchín para su gusto, en cambio Zaaben, aunque buen predicador, sabía permanecer callado cuando se necesitaba. No fue hasta que la jarra se rellenó tres veces y la mirada se le tornó algo borrosa cuando preguntó atontado.

—¿Por qué seguís aquí?

—Os necesito.

El joven enfocó como pudo la mirada y un negro rizo cayó espesando aún más su negra mirada. Moviendo la cabeza con suavidad y hacia un lado como pato mareado le contestó como si le estuviese contando un secreto.

—Eso dijo mi padre antes de pedirme... —La sola idea de decirlo en voz alta le revolvía las tripas.

—Podéis hablar conmigo.

—¡No soy vuestro amigo! No los tengo. No tengo a nadie...

Zaaben bebió un trago largo y se secó con la manga tomándose un tiempo en responder.

—Tenéis un padre que según me han dicho os ama.

—¿Qué sabréis vos?

—Vuestro padre os salvó la vida, perdisteis a vuestra madre y amigos. Os visteis obligados a renunciar a vuestra fe y ahora...

No terminó la frase esperando una confesión que la lengua suelta de Judá, por los efectos del alcohol, no supo retener.

—Quiere que me case...

La carcajada de Zaaben fue tan estruendosa que por poco estuvo de caer de la silla y Judá volvió a ceñir su empuñadura con fuerza.

—Esperad, esperad, guardad esos ímpetus para vuestra futura esposa —. Dijo demasiado divertido para el gusto del joven —. ¿Y es

vuestro temor al matrimonio el que os ha llevado a casi amputar el brazo al heredero del conde Silva?

Judá maldijo por todo lo alta. Sabía que esas ropas caras y esa costosa cadena no significarían nada bueno.

—Es cristiana —. Escupió mientras vaciaba la jarra de un único sorbo.

Zaaben pareció comprender. Haym era un cristiano nuevo, un hombre de bien y de muy buena posición ante la corona, no era de extrañar que desease seguridad para su único hijo.

—Yo estoy casado y no es tan malo —. Dijo intentando calmar al joven con su media sonrisa.

—La vuestra no es una arpía que nos llama marranos.

—Vos sois un converso —. Aclaró llevándose la mirada de disgusto de Judá que lo fulminó en el sitio —. No os juzgo. Nos persiguen, nos matan, os entiendo a vos y comprendo los temores de vuestro padre y las razones de su conversión pero debéis recordar que los designios de Adonay son más elevados que nuestras comprensiones.

—¿Qué queréis decir?

Zaaben supo que había captado el interés del joven y se felicitó.

—Quiero decir que os necesito. Nuestro pueblo os necesita.

—¿Cómo? —Contestó desconfiado y con voz precavida.

—Os he dicho que os conozco y no me avergüenzo en decir hasta que he preguntado por vos. Sois uno de los nuestros y vuestra garra lo afirma.

—Dejad de halagarme como a una mujerzuela y responder qué es lo que queréis de mi exactamente.

—Necesito que utilicéis vuestra posición en la Escuela de traductores. Quiero que escribáis parte de nuestra Cábala.

—¿Vos sois uno de los elegidos?

Preguntó interesado al saberse delante de uno de los pocos designados para transmitir la Torah de forma oral, aquella que dictaba la comprensión de las leyes.

—Necesito que escribáis aquello que os dicte y lo llevéis a Ávila. Sois el único que conoce tan bien las letras como para hacerlo.

—¿Por qué a Ávila?

—Allí se concentran todos los documentos basados en nuestra fe.

—Pero no comprendo, porqué ibais a querer escribirlas. Está prohibido por...

—No estamos seguros. Las revueltas del pasado vuelven y no creo que falte mucho para que nos vuelvan a perseguir y expulsar. Debo dejar todo por escrito para que no se pierda.

—Lo pensaré —.Zaaben se levantaba asintiendo mientras

contestaba socarrón.

—Me marcho antes que mi dulce Sara me bloquee la puerta. Y por cierto, deberéis casaros con esa joven. Gadea Ayala puede sernos de mucha utilidad.

—Estáis locos si pensáis que lo haré.

Zaaben se marchó con la sonrisa en el rostro y una mano en la empuñadura de su estoque. Los tiempos se las gastaban duras y nunca se sabía lo que las estrechas calles ocultaban. Sonriendo y algo recuperado, aceptó la invitación de la Malaguita hacia la habitación trasera en donde lo esperaba un colchón de paja espachurrada, unas mantas viejas y un par de horas de olvido.

—¿Un largo olvido de... conversación? ¿Abuela, me estás diciendo que se fue con la Malaguita a conversar?

—Por supuesto, los problemas suelen atontar a los hombres y necesitan de nuestro femenina conversación tan... efectiva—. Contestó la abuela moviendo el abanico.

La joven arrugó la frente pero tuvo la delicadeza de no continuar y la abuela lo agradeció. Los revolcones de colchón no eran temas para comentar con ella. La nieta se quedó mirando la mar y disimuladamente observó como Isabel lanzaba toda su artillería contra el capitán.

—Tú no necesitas actuar así. Tienes otras posibilidades.

La joven se miró la cintura estrecha, los senos diminutos como uvas, y unos cabellos del más común de los castaños y sonrió para no ponerse a llorar como una niña pequeña. ¿Posibilidades ante aquella beldad? Sí, seguramente la de cuidar de los ocho hijos que aquellos dos engendrarían juntos y enamorados.

—El amor sólo existe para algunas —. Dijo mientras escuchaba la fuerte carcajada al aire de Isabel y el revoloteo de sus pestañas.

—Sigamos abajo —. La abuela la tomó del brazo para alejarla del sufrimiento pero no resultó. La soñadora de su nieta comenzaba a vivir las primeras desdichas de un amor no correspondido.

Pecados

Gadea caminaba en solitario por aquél patio en el que no debería encontrarse. Las punteras de sus sandalias golpeaban con fuerza el bajo de su vestido una y otra vez mientras las delicadas manos ahorcaban las gruesas telas a los lados. Puede que ella no fuese ni la más inteligente ni la más hermosa de las mujeres de Castilla, pero su imagen no era tan desagradable como para tener que soportar aquél desprecio. No es que quisiese casarse o cosa alguna, pero de allí a tener que escuchar los alaridos de aquél ser despreciable, le crispaba los nervios.

No fue necesario que su madre la llevase a un rincón e intentase aclararle la situación con dulces palabras para que comprendiese que estaba siendo rechazada por aquél burdo de grueso pelaje y con manos de oso más que de caballero. Sus fuertes gritos de negativa resonaron por toda la lujosa casa.

Los hombros le cayeron hacia adelante con la misma celeridad que sus pasos. El frescor de los inviernos se alejaba y la primavera iniciaba unos días que poco calentaban los fríos corazones. Pensativa, se detuvo frente al muro de piedra que limitaba los jardines. Intentando comprender el porqué de tan indigno rechazo apoyó el rostro sobre sus manos. «¿Puede que él supiese?» No, no era posible, su madre jamás la delataría, aunque a decir verdad ya poco le importaba. Si Alonso De la Cruz la rechazaba sin siquiera conocerla, ¿qué sucedería cuando la verdad fuese sabida? Los suspiros ahogaron unas lágrimas que no deseaban salir.

—¿Disfrutando de los primeros rayos de sol?

—Abad Malamuerte, veo que como siempre me ha encontrado —. Contestó amarga.

—Mi bella señora, pocas son las tinieblas que podrían ocultar semejante belleza —. Gadea asintió con una leve inclinación de cabeza aceptando un halago que no deseaba.

El hombre, sombrío por donde se lo mirase, acercó sus gruesos dedos a la manga de su vestido y un frío incomprensible le recorrió el cuerpo. El olor agrio de taberna y mujeres del pueblo se impregnaban en su túnica. Los escasos cabellos eran tan grasos como el sebo de las velas quemadas. Con asco contenido pero haciendo honor a su rango nobiliario, aceptó su compañía.

—No me gusta veros tan abatida. Ese judío no sabe valorar las bienaventuranzas otorgadas por nuestro señor.

«¿Cómo podían las noticia correr tan rápido?» Pensó abatida.

—Nada podemos esperar de esos marranos asesinos.

—Realizó los votos de conversión —. Dijo molesta con los prejuicios del sacerdote.

—Y Dios bendiga tan glorioso acto pero me temo que el que marrano nace...

—¡Páter! —Contestó ofendida —. ¿No somos nosotros como pueblo de Cristo quienes debemos dar cobijo a aquellos descarriados del camino?

La aletas de la nariz del hombre se ensancharon tanto como su gruesa cintura y Gadea se arrepintió de haber provocado la ira de quien no debería. Malamuerte fue miembro participe en el movimiento contra los judíos del 1391, ese del que ya pocos hablaban en Toledo, pero que todos bien recordaban. Familias destrozadas, viviendas incendiadas y hombres ahorcados en el nombre de Jesús tiñeron las calles de la ciudad. Ella tan sólo era un bebé por aquellos tiempos, pero comprendía perfectamente al padre de Alonso. Al igual que todos los Ayala, su familia pertenecía a los cristianos viejos de la ciudad de Toledo, pero eso no la alejaba de las penas de los pobres desafortunados.

Sus padres, sus abuelos, todos eran miembros de sangre pura y del más selecto linaje, sin embargo comprendía perfectamente el dolor de los incomprendidos. ¿Quién era ella para juzgar? Se dijo cuando algo se iluminó dentro de su mente, ¿por qué un padre tan noble y altivo como el suyo deseaba romper tan digna pureza y casarla con un converso?

—Mi señora, no enturbiéis la mirada que como el mismo cielo poseéis, por un alma que no se lo merece. Caminemos juntos, vuestra compañía es una dulce recompensa para mis huesos cansados.

Los dedos fuertes vestidos de anillos de oro se cerraron en su codo derecho guiándola por el camino. La respiración de la joven se hizo algo más fuerte pero las excusas para rechazar a un padre de la iglesia no llegaron a su cerebro. Malamuerte era tan temible como asqueroso. Los años en el reino se presentaban convulsos y ella no era ajena a los intrínsecos teje y manejes de los eclesiásticos como para luchar contra el poder religioso. No se encontraba en posición de poder rechazar tan repugnante compañía.

—Vuestro padre no debería pensar venderos por unos cuantos maravedíes.

—¿A qué os referís? —Preguntó confundida.

—Digo, mi bella señora, que aunque los de la Cruz posean monedas como para comprar Toledo al completo, eso no significa que debáis entregaros a ese mal nacido. Si necesitaseis de mí, estaría encantado de ofreceros protección —. Gadea tembló ante la insinuación de aquél bellaco —. Quiero que sepáis que yo mismo me he opuesto a que os quedéis en esta casa pero no temáis, lucharé por vuestra libertad. Ese marrano no tocará ni un centímetro de vuestra preciosa piel... —La lengua del abad se movió indiscreta y Gadea

sintió como los calores subían hasta su rostro. Malamuerte no disimulaba sus claras intenciones.

—¡Gadea! Por favor, esperadme.

Juana habló a lo lejos agitada y la joven ancló los talones al suelo.

—Páter, perdonadme, pero es mi hermana quien me busca —. Dijo apresurada y aliviada.

El hombre enarcó una ceja y miró molesto al jardín de frondosos árboles que tenía delante y al que deseaba llevar a la joven. Juana se acercó agitada reverenciándose ante el jefe de la iglesia y miró a su hermana divertida.

—Por fin os encuentro. No sabía si al final os habíais marchado —. Dijo acercando su mano al pecho e intentando recobrar la respiración.

Gadea la observó y el brillo orgulloso recorrió su mirada. Juana poseía una belleza de esas que no se vestían con lujosas telas. Su alma pura de corazón era tan preciosa como sus cabellos desalineados.

—Yo... eh... necesito que me acompañéis...—La mirada le cayó al suelo y las manos se estrecharon entre ellas.

Entre divertida e incrédula, se aprovechó de la oportunidad de liberación que su hermana le ofrecía.

—Si el páter me permite —. Intentó soltarse pero Malamuerte se aferró aún más a su presa.

—Creí que deseabais dar un paseo y despejaros de vuestras penas —. Dijo con un aliento frío escapándole de los labios.

Gadea respiró e intentando calmar sus contestaciones mal sonantes, hizo acopio de todas las enseñanzas recibidas y cual fiel mujer de la corte, respondió con sonrisa fingida.

—Y nada hubiese deseado más que vuestra generosa compañía, pero debéis comprender que mis deberes de hermana mayor son mis obligaciones.

Aquella muestra de humildad indigna pareció convencer al sacerdote pero no a una Juana cuya chispa refulgía de su mirada cual torbellino a punto de explotar.

—Vamos, contadme esas penas que tanto os urgen. Seguro que vuestras telas nuevas no son del color que deseabais —. Dijo abandonando al abad con premura.

Ambas casi corrieron hacia la casa.

—¡Hermana! ¡Por qué lo soportáis! ¡Es una víbora que no merece las ropas que viste!

—Lo es, pero no pude soltarme. Os debo mi vida. Por cierto, ¿qué hacéis aquí? Pensé que habías marchado con padre.

—Me permitieron quedarme, y por lo que veo he sido de

utilidad. Deberé luchar contra asnos como ese. Sin lucha no se conquistan los reinos —. Dijo estirando un vestido que le incomodaba en exceso.

—Y mucha es la sangre inocente que corre bajo el filo de justas espadas —. Contestó Gadea.

—El miedo no debe detenernos.

—¿A quiénes Juana?

—¡A nosotras! Somos tan hijas del padre como lo son ellos. Dios nos ha creado también a su imagen. ¡Nos merecemos libertad! No pueden disponer de nosotras como les venga en gana.

—¡Callad! No levantéis armas demasiado pesadas de sostener. No quiero perderos...

—Y no lo haréis —. Dijo susurrando al entrar en la casa para no ser escuchada —. Confiad en mí. Algún día seremos tan valiosas e importantes como ellos.

—Juana...

—No intentéis convencerme.

—He aprendido que mis razones son aguas demasiado exiguas como para apagar vuestro fuego —. Gadea respondió con cierta pena en la voz.

Juana sonrió y apresó el brazo de su hermana para llevarla hacia la habitación.

—Necesito que me acompañéis en una tarea.

—¿Vos siempre tenéis una tarea?— Juana se divirtió con la pregunta.

—¿Y por qué padre quiere que os quedéis en la casa de los De La Cruz? Apenas pude comprender algo.

—Imagino que deseará que el joven hijo se enamore de mí o termine ahogándose en el Tajo —. Gadea alzó los hombros provocando la pena en el corazón de Juana quien también había escuchado los repugnantes gritos de rechazo.

—Ese hombre sería idiota si no fuese capaz de ver quien sois en verdad.

Gadea caminó junto a su hermana con la cabeza gacha. A diferencia de Juana, su alma sí escondía faltas que ennegrecían su interior.

Tiempos de costura

—¿Por qué siempre os tengo que acompañar?

Beatriz se acomodaba el capirote de su negra capa mientras intentaba que el pesado canasto no resbalase de sus manos. Gadea sonrió bajo la idéntica capa que ella también vestía y que ocultaba sus lujosas vestimentas. Ella no sabía el porqué, nadie lo sabía, pero sus días eran así, Juana las embaucaba y ellas la seguían.

—Falta poco —. Contestó Juana mientras resoplaba con el peso de su canasta cargada con telas.

—¡Poco para qué! Estamos en la Puerta de Bisagra y yo no pienso salir de las murallas —. Beatriz dejó caer su cesta y Gadea aprovechó el enfado para apoyar la suya en el suelo mientras masajeaba su hombro dolorido. Juana al ver que no la seguían se giró molesta.

—¡No veo como nos considerarán iguales si lloráis como mujercitas!

Beatriz miró con ojos abiertos como platos a una Gadea que se lanzó a reír a carcajadas.

—¿Quizás lloramos como mujercitas por qué lo somos? —Juana se rió aceptando la lógica de su hermana y aprovechó para tomar un descanso junto a una piedra. A ella también le dolían los brazos por la pesada carga.

—¿Dónde nos dirigimos? —Gadea preguntó con cariño.

—¡Y por qué cargamos los malditos cuervos muertos! —Beatriz no estaba de tan buen humor como las hermanas.

—No son cuervos, son telas, y las necesitan.

—¡Quién! ¡Y qué nos importa a nosotras!

—Marchemos, mientras más pronto lleguemos más pronto regresaremos —. Gadea calmó el enfado de Beatriz hablando con inteligencia.

Las dos retomaron sus pasos tras una Juana que no prestó atención a ninguna de sus quejas hasta que entró en aquella casa de tamaño diminuto. Una joven de larga cabellera entre rubia y rojiza se sobresaltó al ver que la puerta se abría pero al comprobar la presencia de Juana se relajó.

—Mi señora, no deberías estar aquí, ya os dije que yo podría solucionarlo —. Juana no le contestó pero porque casi no podía respirar, simplemente apoyó en el suelo el pesado canasto, gesto que rápidamente su hermana y su amiga imitaron sin pensárselo.

Beatriz se sentó en una vieja silla de madera sin esperar a ser invitada y Gadea se sonrió al comprobar como los finos modales de la amiga se perdían frente al duro trabajo.

La joven dueña de tan humilde hogar, se apresuró a buscar algo

que ofrecerles aunque no parecía poseer mucho con lo que ser amable. Dos jarras aparecieron en la mesa y con sonrisa nerviosa les ofreció un vino aguado de mala calidad pero que a Gadea le olió a manantial de fresca montaña. Beatriz fue la primera que estiró el brazo para beber apresurada y al segundo siguiente comenzar a toser atragantada.

—Está... muy bueno... Gracias —. Dijo con lágrimas en los ojos.

Gadea bebió mucho más lento esperando no morir envenenada, pero que Dios la perdonase, estaba seca y necesitaba algo de líquido con el que mojar la resquebrajada garganta. Su hermana las había cargado como mulas de campo. El sabor entre amargo y agrio fueron quemando su delicadas entrañas y al igual que Beatriz contuvo la tos. Agradeció disimulando su ahogo ante una anfitriona que les sonreía nerviosa. Juana fue la única que bebió de un trago y se limpió con la manga del vestido como si esa fuese su bebida de todos los días.

—Muchas gracias, María, lo necesitábamos —. La mujer respiró aliviada ante la sonrisa de Juana y Gadea arrugó la frente pensando de qué grueso metal estaba hecha su hermana —. Permitidme que os presente a mi hermana Gadea y a nuestra buena amiga Beatriz.

—No sé cómo agradeceros todo lo que estáis haciendo por mí.

—¿Y qué estamos haciendo exactamente por esta buena mujer? —Gadea preguntó con educación pero aprisionando contra la pared a una Juana que se removió inquieta.

La dueña las observó extrañada pero fue Juana quien lideró las obligatorias y tan ansiadas explicaciones.

—Veréis, estaba cerca del pozo de agua dando un paseo...

—¿Sola? —Beatriz preguntó con algo de enfado en la voz.

—Sí, sola. Os comentaba, estaba dando un paseo cuando vi como unas mujeres lanzaban piedras a María por cargar agua. Me acerqué rápidamente para intervenir cuando...

—¿Os interpusisteis? —Volvió a juzgar Beatriz.

—Sí, esas mujeres estaban insultando a María en el pozo. Yo las detuve con mi cuerpo. Algunas de ellas conocen nuestro apellido y al instante se detuvieron pero otras no tuvieron compasión y continuaron con los insultos.

—¿Vos las detuvisteis?

—¡Sí Beatriz, lo hizo! —La joven se calló al instante y Gadea se lamentó de sus palabras pero algo iba mal, muy mal.

—Querían matarla a pedradas...

—¿Decís qué esta mujer estaba recogiendo agua del pozo y que fue increpada por las otras?

—Sí —Juana asintió y María agachó la cabeza.

—Y era de día, por supuesto —. Aclaró atragantada.

Juana asintió con la cabeza y Gadea suspiró al cielo.

—¡Pero cómo os habéis atrevido! —Gadea se levantó con tanto

ímpetu que la silla cayó hacia atrás.

—¿Pero qué está pasando? —Beatriz no comprendía nada de nada.

—Esta vez habéis ido muy lejos —. Murmuró entre dientes.

—No es para tanto…

—¡Que no es qué! ¡Estamos en la casa de una prostituta!

Beatriz se levantó rápidamente como si la silla le manchase las ropas y llevándose las manos a la boca para no chillar.

—Si alguien nos ve… si alguien lo contara…

—Estaríamos manchadas —. Terminó Beatriz horrorizada.

Gadea abría las puertas para marcharse cuando un pequeño que apenas caminaba se acercó a sus faldas y acarició la suavidad de su ropaje.

—Hermana, dejadme que os explique…

—¡Nos llamarán putas ramera! —Gritó sin pensar pero al instante se arrepintió de sus palabras y con un ahogo en el pecho comenzó a recitar —. *"Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus…"*

Juana no pudo contener la sonrisa, Gadea era toda nobleza, y aunque intentase ser la hija modélica y llevase el rezo en los labios, su interior albergaba una mujer tan orgullosa y valiente como ninguna.

—Por favor hermana, escuchad lo que tengo que deciros, después podéis marcharos.

—Señora, vuestra hermana tiene razón, debéis iros… —María habló con dolor y Gadea se sintió aún más culpable.

—Hablad —. Dijo suspirando y esperando no dejarse convencer demasiado pronto.

—Yo me voy —. Beatriz dijo acercándose a la puerta.

—¡Os quedáis! —Ambas hermanas respondieron al unísono y la amiga maldijo en alto.

—No soy de vuestra sangre. No tenéis derecho.

—Beatriz, sois mi segunda hermana. Lleváis con nosotras toda una vida, por favor quedaros —. Juana habló con esa sinceridad de la que ninguno salía ileso. Ellas dos no eran sus amigas, eran sus hermanas.

Beatriz aceptó la derrota y Juana comenzó su relato frente a una anfitriona que se acercaba inquieta al niño y lo recogía entre sus brazos intentando ocultar sus propias vergüenzas.

—María es viuda —Juana comentó con una mueca en los labios —o eso pensamos —. Juana y Beatriz se miraron extrañadas y Juana se acomodó la saya —. Su marido se marchó seis años atrás. Joven panadero quiso vivir nuevas aventuras como caballero y regresar cargado de victorias pero jamás lo hizo.

Beatriz no alzaba la mirada mientras que Gadea se acercaba a la silla de madera para sentarse. Muchas eran las mujeres, que bajo el yugo pesado de un mal matrimonio, eran incapaces de subsistir. La situación no era desconocida para ella. Su posición de noble no la aislaba de la realidad de otras que con menos suerte, debían echarse a la vida pública con el único fin de subsistir. El pequeño de un año se soltó de los brazos de su madre y se acercó nuevamente a su vestido para continuar acariciándolo. Estaba subyugado con la suavidad de sus telas. Gadea lo miró y preguntó con voz apenada.

—¿Es vuestro hijo?

—Sí mi señora, pero os ruego que no me juzguéis —. La joven a estas alturas era un mar de lágrimas silencioso y Gadea la observó con la mirada brillosa por la contención.

—No lo hago —. La mujer la observó negando con la cabeza mientras se recostaba a sus pies como suplicando un perdón que su alma atormentada necesitaba.

—No sabía como sobrevivir —. María lloró apoyada en sus zapatos y Gadea pudo apreciar los intensos remiendos en su saya desgastada.

—No lloréis. No soy yo quien merece vuestras lágrimas ni el don del perdón. Sólo el Hijo del Padre posee semejante derecho —. La joven secó sus lágrimas y se levantó del suelo cuando Gadea pensó en los canastos que habían cargado —. ¿Deseáis montar una tienda?

—Mi señora, yo no sé coser.

—¿Y quién coserá las capas? —Esta vez fue Beatriz que se acercó a la mesa de madera que se puso a tambalear por culpa de una pata coja.

—Nosotras —. Juana sonrió y Beatriz negó con la cabeza.

—¿Y por qué coseríamos en la casa de una... una...? —No se le ocurría palabra alguna que no resultase ofensiva.

—No sería aquí mi señora, yo jamás permitiría que os arriesgaseis a tanto —. María contestó con la garganta atragantada.

—Tengo un sitio —. Juana respondió hábilmente.

—¿Una taberna, quizás? —Gadea pregunto con la voz por los suelos y Juana se divirtió aún más.

—Hermana —dijo acariciando los brillantes cabellos de una Gadea a la que le pesaba la cabeza.

—No lo digáis —. Murmuró asustada conociendo las palabras a las que jamás podía resistirse.

—Por favor, Gadea.

—¡No lo digáis! —Fue el pedido con un grito de súplica.

Juana sonrió con algo de maldad y mucho de manipulación antes de hablar pausadamente.

—Nos necesita... Podríamos ser nosotras —. Beatriz negaba con

la cabeza y Gadea se cubría los oídos.

La hermana mayor suspiró profundo y cerró las manos en su regazo. Podríamos ser nosotras, allí estaba la llave mágica de Juana y que le habría las puertas a todas sus locuras.

—¿Entonces coseremos de por vida? —El sollozo de Beatriz hizo sonreír hasta al niño, que descaradamente trepaba sobre las piernas de una Gadea que no le negó su caricia en el rostro.

—¿Coser? ¡No! Que cosas decís —. Juana contestó con la sonrisa de la victoria en los labios —. Seremos panaderas.

Gadea sollozó entre risas y lágrimas mientras comenzaba a recitar de nuevo. *"Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus..."*

—¿Por qué rezáis? No habéis insultado —. Juana la miró con los ojos abiertos como dos lunas llenas.

—O sí hermana, lo he hecho...— dijo comenzando nuevamente en un perfecto latín —. *Ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae...*

Las cofrades

Después de dos intentos de huida por parte de Beatriz, y una Gadea que se sumía en constantes maldiciones y rezos, Juana pudo comentar su plan. Utilizar el horno del marido muerto.

—¿Cómo conseguiremos el cereal? No podemos comprarlo, no tenemos permisos —. Gadea explicó por enésima vez con el cansancio en la voz y María agachó la cabeza deseando desaparecer. Con la mayor de las comprensiones se acercó a la joven madre para sincerarse con el corazón en los labios —. Lo siento pero no puedo permitir que la alocada de mi hermana os arrastre a vos y a vuestro hijo por un camino de pesares.

—Señora, mis penas ya no poseen escaleras por la que descender —dijo acariciando la cabecita del pequeño que se había dormido en su regazo —. No busqué ser abandonada pero aquí estoy, tampoco pedí tener un hijo de cuyo padre me avergüenzo pero aquí me tenéis, no pedí ser mujer pero aquí vivo, luciendo dos senos que me castigan con su presencia.

Gadea agachó la mirada. ¿Cuántas veces envidió la libertad de una criada para decidir? Ahora, en aquella casita mezcla de adobe y ladrillo, María golpeaba con el guante de la realidad a su estúpida y ciega razón. La mujer del pueblo abrazó al pequeño y lo recostó en una cama de paja desgastada.

—Por favor marcharos, no debéis seguir aquí. Mi hogar no es un lugar decente para la visita de vuestras mercedes.

Gadea se aprisionó el pecho con un pesar que acusaba con detenerle el corazón. Se encontraba presa de la necesidad de ayudar a aquella pobre madre. La bruja de Juana la había arrinconado y ganado, una vez más.

—Dichosa alma de Satanás —dijo furibunda hacia su hermana —. ¿Cuál es vuestro plan? Porque estoy segura que tenéis uno. Hablad pronto antes que me arrepienta y os ahorque como a una gallina de potaje —. La impotencia de Gadea ante la situación la hizo sonar más dura de lo esperado pero Juana la conocía demasiado bien y sonrió con picardía.

—Yo... —Juana comenzaba a explicar su plan cuando la puerta de la casita de madera se abrió de un golpe. Un hombre bajo y con un cinturón tan ancho como su tripa, entró acompañado de una señora con el mismo ancho de cintura y un tocado alto en la cabeza muy poco elegante.

—¿Juan? ¿Alegría? —El carnicero y la criada del palacio de su padre se adentraron en la casa mientras cerraban la puerta.

—Mi señora —. Alegría era como una madre para ellas pero continuaba expresándole un respeto que a Gadea muchas veces le

sonaba excesivo.

Juan caminó con un gran saco por la pequeña habitación y aplanando la tierra del suelo con el pie, apoyó la carga en una esquina. Alegría por su parte, apoyó una cesta de costura en la mesa.

—¿Vosotros también estáis involucrados? —Gadea preguntó mordiéndose la lengua.

—Sois mis niñas —. Dijo como si eso lo explicase todo.

Juana se acercó a Juan y lo besó en el rostro provocando la rojez instantánea en el hombretón de manos fuertes.

—Juan ha conseguido granos de centeno y Alegría nos prestará sus hábiles manos.

—Juan, Alegría, no tenéis que hacer esto —. Dijo intentando liberar a los dos criados de lo que sea que su hermana les pidiese.

—Mi señora, cuando Juana nos contó no pude decir que no. Después de todo ya sabéis...

—Podríamos ser nosotras —. Gadea terminó la frase y Alegría afirmó con pena.

Se giró y observó a una Juana que cual niña pequeña se enredaba en el brazo de Juan, ese, más padre que el mismo hombre que las engendró. Ahora, viendo a aquellos dos tan entusiasmados pensó si sus continuos intentos de ser una buena cristiana no se debían en gran parte a aquellos dos criados a los que tanto amaba y en cuyos corazones sólo se albergaba piedad.

—Imagino que vos compraréis los cereales —. Dijo moviendo la cabeza.

—Lo intentaré, pero muchas veces mis obligaciones no me lo permitirán.

Gadea aceptó la contestación, Juan era el carnicero del palacio y sus tareas solían ser muchas y muy variadas.

—Necesitamos un hombre para comprar... —dijo pensando en alto y reconociendo las reglas que dominaban el comercio. Las profesiones estaban vetadas para las mujeres. Sólo un hombre podría llevar adelante el negocio —. Juana sonrió tras el hombro de Juan y Gadea alzó una ceja intrigada.

—Vos ya tenéis una idea...

—María será nuestro hombre.

—Por los clavos de Cristo, es lo último que me quedaba por oír, ¿y con las telas qué? ¿Nos ocultaremos en la noche? —Beatriz resopló ofuscada.

—Algo así —. Los participantes la observaron interesados, Beatriz se sujetó la cabeza dolorida y Juana se puso recta antes de declarar con tremenda solemnidad.

—Crearemos una cofradía.

—¿Cofradía? —Preguntaron todos al unísono.

—Sí, una de mujeres.

Juan que se carcajeó por todo lo alto y negando con la cabeza se dirigió hacia la puerta para marcharse.

—Os ayudaré siempre que pueda pero dado que soy un hombre... —Acercó sus labios al oído de su mujer y ella asintió con la mirada antes que éste se marchase por la puerta.

—Queridas, lo primero es encontrar un sitio un tanto... un poco menos... —Alegría hablaba por boca de su marido.

María, sintiéndose algo sucia, asintió con la cabeza a las palabras de la criada. Su hogar era el hogar de una prostituta y ellas señoras de buena reputación.

—Es tarde, mañana pensaremos en algo más... apropiado —. Gadea dijo con cansancio en el cuerpo —. Seguimos necesitando a un hombre. Solas no podríamos aunque quisiésemos.

—Mi señora, yo no me opongo a transformarme en hombre si con ello puedo vivir de mi horno y no de mi cuerpo —. María comentó desesperada.

—Es una locura, por mucho que lo intentásemos jamás seríais un hombre. Vos misma lo dijisteis, el castigo de vuestro pechos llenos ¿o es que ya no lo recordáis? —. Contestó mirando la naricilla respingona de la joven —. No quiero pensar en el castigo que soportaríais si os descubriesen.

—Cada día que recibo una caricia no deseada mi alma se seca y el castigo me alcanza. Mi señora, permitidme intentarlo, prometo no culparos... Será mi decisión, por favor no me obliguéis regresar a su lecho—. Gadea agachó la cabeza y esta vez fue Juana quien maldijo por lo bajo.

—Ese hombre, vuestro amante. ¿Es el padre del niño?

—Sí, mi señora.

—¿Y él no podría ayudaros? —Beatriz consultó con ingenuidad.

—Sólo pido a Dios que se olvide de mi y no regrese jamás —. Dijo María casi sin voz.

Las mujeres callaron y sólo Juana tuvo coraje de comentar.

—Gadea, pensadlo, si creásemos una cofradía de mujeres...

La hermana mayor estalló falta de paciencia. Los ímpetus de Juana se llevaban todo por delante, y aunque con buen corazón, no era capaz de ver las esperanzas en papel mojado que creaba en la pobre afligida.

—¡Somos mujeres! ¡No existen cofradías de mujeres! No somos comerciantes, no tendremos el permiso de la corona, no tenemos monedas para sobornos. Nos casamos, aceptamos sus decisiones, parimos a sus hijos y cuidamos de sus hogares. ¡Pero no pensamos!

—Pues comencemos nosotras. Ayudemos a María y a otras como ella. Hagámoslo en secreto si es necesario. Ocultémonos hasta

que nuestra lucha sea imposible de esconder. Gadea, vos y yo tenemos los medios para hacerlo, no podemos olvidarla sin más.

—¿Juana, es qué no lo veis? No somos mucho más afortunadas que ella. Si padre nos descubriese, ¿qué pensáis que haría con nosotras? ¿Y madre? ¿Sabréis lo que le haría a ella por permitirlo? Nuestro destino tampoco nos pertenece. Nuestras ropas costosas o nuestros cabellos trenzados poco distan de las cadenas que a vuestra amiga arrestan.

—No había pensado en él...—. Dijo poco convencida atragantándose con la sola idea del castigo de su progenitor —. Tendremos que arriesgarnos.

—Yo no tengo porqué arriesgarme —. Esta vez Beatriz se marchó por la puerta y nadie la detuvo.

Después de dos largos suspiros y unas cuantas lágrimas silenciosas de la joven madre, Gadea habló concentrada y muy agotada.

—Os ayudaremos. No sé cómo pero lo haremos. El futuro ya lo afrontaremos cuando llegue.

Juana saltó feliz y la joven María comenzó a llorar nuevamente pero esta vez de pura felicidad. Alegría se acercó a las que aún consideraba sus niñas y acarició sus hombros orgullosa de aquellas a las que había criado.

—Sois buenas niñas y mejores mujeres. Os protegeré de vuestro padre. Él no descargará su ira en vosotras. Os lo prometo con mi vida.

Ambas muchachas se abrazaron a la gruesa cintura de Alegría aceptando el calor de aquella madre que sin haberles dado la vida, se las regalaba cada mañana con su amor.

—Soltadme o llegaremos tarde —. Contestó la emocionada criada.

Gadea y Juana se soltaron de su antigua nodriza cuando Beatriz entró por la puerta agitada.

—Yo... me lo pensé mejor...

Las jóvenes se acercaron a su amiga y la abrazaron en su calor mientras Gadea habló divertida.

—¿Teníais miedo de marchar sola a casa? —Juana sonrió y contestó mientras repartía los canastas con las telas.

—No vamos a casa. Nos esperan en el convento de Santa Clara.

—¿Ahora nos haremos monjas? —Beatriz preguntó pensando que después de todo aquella no era una idea tan descabellada.

—Id con ellas, yo cuidaré del pequeño —. Alegría dijo feliz y María agradeció a Dios por haber conocido a tan grandes mujeres.

Las muchachas salieron por la puerta pero la criada regordeta retuvo a la joven guerrera por el codo para susurrarle al oído.

—¿No desistiréis de la idea de una cofradía? —Juana la miró

suplicante pidiendo comprensión.

—Ellas nos necesitan, podrían ser una de nosotras, vos siempre lo decís —. Dijo apuñalándola con las palabras aprendidas de sus propios labios.

—Sí, sí... Iros.

Juana se marchó sonriente y Alegría suplicó al cielo que su sonrisa no se transformase nunca. Este mundo no estaba preparado para corazones tan nobles y fervientes como el de Juana.

—Aún es temprano.

Beltrán se quejaba nuevamente por tener que abandonar la taberna de la Malaguita mientras se secaba con el puño los restos de cerveza que apuró por insistencia de su primo.

—No os quejéis, ya habéis disfrutado bastante... —Beltrán no se encontraba en absoluto de acuerdo. Lo había obligado a partir sin poder despedirse de su dulce compañera.

—No todos tenemos a una jovencita esperándonos con la ventana abierta —. Contestó aludiendo a las buenas atenciones de Cinfaa para con su señor.

Judá no contestó. La visión de esas mujeres ocultas tras su negras capas llamaba demasiado su atención. Con precaución caminó por las calles hasta casi alcanzar la Mezquita de las Tornerías siguiéndolas de cerca. Algo en ellas le resultaba extraño. Esas mujeres iban solas, sin custodia, y no eran exactamente horas para disfrutar de un fresco paseo. El viento de la noche movió el capirote de una de las cabezas y maldijo por todo lo alto. Era ella, esa mujer otra vez. La de dulce mirada. No le bastaba con ser el tema de discusión durante esta última semana con su padre sino que además caminaba en la oscuridad de la noche como una cualquiera y sin protección.

—Nuestro camino no es por allí —. Se quejó Beltrán.

—Ahora sí —. Contestó furioso y demasiado protector.

El primo miró hacia las jóvenes pero a pesar de no reconocer a ninguna, lo acompañó.

—¿Dónde se han metido? ¿Es una casa? ¿De quién? —Beltrán consultaba con la lengua suelta.

—Pronto lo averiguaré.

—¿Qué os importa donde vayan esas mujeres? Puede que sean simples prostitutas visitando a nuevos clientes —. Judá lo miró furioso y Beltrán arrugó la mirada incrédulo.

—Mi prometida es una de esas mujeres.

—¿Vuestra qué? —Judá resumió brevemente las últimas decisiones de su padre cuando la carcajada de Beltrán lo distrajo —. Ahora comprendo ese mal humor. Vuestro padre os obliga a casaros con una de esas frígidas cristianas, una que además os mete los cuernos antes del matrimonio.

Beltrán lloraba de la risa cuando las manos de su primo lo aprisionaron por el cuello cortándole el aire. Este se sorprendió pero no emitió sonido alguno al ver la mirada sedienta de sangre en sus ojos.

—No volváis a insultarla así o rebanaré vuestro cuello —. Los dedos de Judá apretaron su tráquea y Beltrán se silenció.

Cuando se sintió libre del agarre y se preguntaba que diablos acababa de suceder, preguntó con algo de temor.

—Creí que no deseabais casaros con ella.

—Y no lo hago —. Beltrán no quiso continuar, valoraba demasiado su vida y conocía el peligroso humor de Judá como para tentar a la suerte. Tener a su primo en el lado contrario de una lucha no era plato de buen gusto.

Ambos se quedaron en una esquina escondidos cuando la puerta volvió a abrirse y sólo tres de las mujeres salieron de ella. Agudizando la vista la distinguió a ella por encima de las demás. Las tres caminaban distraídas y él sintió como la sangre comenzaba a hervirle. Esa chiquilla le quitaba el poco buen humor que poseía. Saberla sola y libre por las calles de Toledo lo desquiciaron.

Las siguió a una distancia prudencial para no ser descubierto, cuando lo que vio le erizó la piel y lo hizo correr hacia ellas de forma desesperada. Tres hombres encapuchados las atacaban y uno de ellos forcejeaba con su prometida intentando llevársela. Ella luchaba con todas sus fuerzas pero aquél desgraciado comenzaba a vencerla. Un hombre que reconoció como al fuerte doncel, apareció de entre las sombras para batirse con los asaltantes.

—Es el caballero que estaba en vuestra casa. Seguramente las vigilaba igual que nosotros —. Gritó Beltrán mientras Judá asentía corriendo junto al caballero para ayudarlo.

Gonzalo luchaba contra los tres espadachines mientras un tercero arrastraba a Gadea por las calles oscuras. Con furia ciega se arrojó sobre los asaltantes intentando liberarse del círculo en el que lo tenían encarcelado pero no lo consiguió. Ella se alejaba.

Judá de un saltó se lanzó sobre el desgraciado captor y con la afilada ropera en mano se la clavó poco más alto del estómago haciéndole chillar como a un puerco en matanza. La joven calló de lado por el impulso y su frente golpeó con fuerza sobre el filo de la piedra, que le propinó un pequeño corte en la inmaculada piel. Asustada se acarició la frente. Algo de sangre manchaba su párpado, pero no la suficiente como para preocuparse. Alzó la vista y vio como Judá sonreía antes de clavar el puñal en el corazón de aquél desgraciado. Asustada se inmovilizó en el suelo frío cuando María y su hermana se acercaron llorosas. Juana la abrazó temblando. Ambas lo hacían.

—Estoy bien... Estoy bien... —Dijo como pudo mientras María limpiaba con su propio vestido la frente de su protectora.

Gonzalo remataba al segundo atacante y el tercero corría calle abajo, dejando atrás a Beltrán con un ligero corte en el brazo. Al ver al hombre con sangre, María se acercó rápidamente, y con otro trozo de

tela de su saya, presionó la herida.

—No es importante —. Contestó algo incómodo.

Gonzalo se acercó a su señora para arrodillarse a su lado y recogerla en brazos pero la mano fuerte de Judá en su hombro lo detuvo.

—Acompañad a las jóvenes a palacio, yo llevaré a vuestra señora.

Gonzalo dirigió toda la potencia de su furia a su mirada y levantándose con lentitud cerró la mano en la empuñadura de su espada.

—Gadea viene conmigo.

—Y yo he dicho que no —. Judá aclaró con la mirada oscura como la peor de las noches—. Yo cuidaré de mi prometida.

—¿Vuestra qué? —El caballero cuestionó con la mirada de lado a Gadea y esta alzó los hombros incrédula.

—Acompañad a Beatriz y Juana a casa —ordenó con un fuerte dolor machacándole la cabeza y levantándose como pudo del suelo —. Yo iré con el señor De la Cruz —. Este parecía estar pensándoselo por lo que habló con seguridad —. Gonzalo por favor no me cuestionéis.

El joven se estiró y miró con todo el odio del que fue capaz a un Judá que le mantuvo la mirada con igual coraje.

Beatriz y María se acercaron junto al caballero para marcharse cuando Beltrán comprendió la mirada de su primo y también se dispuso a dejarlos solos.

—¡Gonzalo de Córdoba! —Dijo haciendo que este se detuviera en el sitio—. No volváis a llamarla por su nombre. No me gusta.

Nada respondió.

No fue hasta que se marcharon unos pasos por delante, cuando Judá aflojó su amarre. Gadea se sacudió el vestido y aprovechó para separar distancias. No era ninguna tonta y sabía perfectamente la sensación de repulsa que su presencia le causaba.

—Vuestra merced, os agradezco la ayuda pero no es necesario que mintáis. Vos no sois mi prometido. Me quedaron muy clara vuestras palabras cuando retumbaron en las paredes de vuestro hogar. La contestación fue de lo más sonora.

Gadea estaba por correr y alcanzar a los otros cuando éste la sostuvo con fuerza del brazo. Algo en su presión le molestó sobremanera. Se creía con derecho de dominarla y la simple idea la ponía furiosa. No se consideraba ninguna belleza pero tampoco era ninguna leprosa, por no hablar de la buena posición de su familia, sin embargo él la rechazaba sin la menor de las delicadezas.

—¿Mi contestación? ¿Y cuándo os la he dado?

—Vuestros gritos de negativa cruzaron todas las estancias de la casa.

—Ah, eso —. Judá sonrió autosuficiente y la joven se mordió el labio por dentro para no insultar.

Con premura caminó por la calle estrecha sin hablar y Judá la respetó. Tampoco tenía mucho por aclarar. Ella tenía razón, odiaba la idea de casarse y mucho menos con una cristiana.

—¿Puedo preguntaros por qué estabais en ese lugar y a estas horas?

—No —. Gadea continuó caminando altiva siguiendo los pasos de un Gonzalo que a pesar de ir por delante parecía caminar cada vez más lento. Judá lo observó con rabia pero no dijo nada, después de todo el joven verificaba el buen estado de su señora y su lealtad le honraba.

—¿De quién es esa casa?

—No os importa.

Judá comenzaba a molestarse. Las mujeres no hablaban así a ningún hombre o por lo menos no con las que él trataba.

—¿Os encontrabais con algún hombre?

Gadea se detuvo en el lugar petrificada ante la acusación y Judá enfocó su negra mirada en ella.

—¿Pero qué estáis insinuando?

—No insinuó, pero sí aclaro. No tendré dudas de la paternidad de nuestro hijo.

—¿Hijo? ¿Pero qué diablos estáis diciendo? ¡Vos y yo no somos nada!

Ella llevaba razón, ¿por qué había dicho eso?

Las tonterías de Zaaben no tenían justificación. La familia de Gadea podía tener mucho linaje pero eso no era suficiente. Él era judío, uno de sangre judía y con su propia pureza de sangre.

Ambos caminaron hasta que el brazo de Judá volvió a sostenerla con fuerza para guiarla por otro camino.

—Vos os quedáis en mi casa, ¿o es que lo habéis olvidado?

Gonzalo, que caminaba delante, se giró al instante en que los vio marcharse en otra dirección y estuvo a punto de seguirlos furioso cuando Juana lo retuvo.

—Van rumbo a su casa. Gadea vive allí por decisión de mi padre y no podemos hacer nada en contra de ello.

Gonzalo apretó con fuerza el mango de su espada y continuó caminando con las mujeres. Las llevaría a salvo al palacio de los Ayala pero luego se colaría en la casa de aquél converso. Si Gadea lo necesitaba lo encontraría tumbado frente a su puerta.

Gadea no dijo palabra alguna y Judá se sintió divertido. Esa mujer era desquiciante y divertida. Refunfuñaba como caballo agitado y resoplaba como vieja alcahueta. No le había confesado porqué se

encontraba fuera a esas horas y tampoco le había agradecido su intervención pero eso le importó mucho menos que su imagen. Tenía la nariz algo respingona y los labios anchos y unas caderas agradables pero sin duda belleza insuficiente por la que matarse o cambiarse de religión.

—Vuestra puerta —. Judá habló con su mal humor habitual y Gadea se alegró de poder quitárselo de encima y entrar en su alcoba cuanto antes.

Esas ropas siempre oscuras, ese cabello negro y revuelto, y esa mirada siempre de enfado, la ponían nerviosa. No era un hombre de fiar.

Traspasó el umbral de la inmensa puerta de madera esperando poder cerrársela en sus narices cuando la sujetó del codo para arrastrarla hasta su pecho. Furiosa, alzó la vista para encontrarse frente a frente.

—Si seguís arrastrándome de los brazos me dejaréis marcas —. Comentó con falsa sonrisa.

—Puede que no me disguste la idea —. La contestación no se acompañó de ninguna sonrisa agradable o divertida y la joven se sintió enfurecer.

—Jamás os lo permitiré.

—Estáis muy segura de ello, mi señora.

—Lo estoy —. Judá le dedicó una mirada que no era para nada amigable cuando se acercó a sus labios.

Gadea giró su rostro a un lado pensando que la besaría pero el hombre se divirtió con el gesto para susurrarle con maldad.

—No tengo ningún interés en besaros, sólo de advertiros. Haréis lo que yo diga y ordene.

—Marcharé mañana —. Dijo con fuego en la mirada.

—Esa no es vuestra decisión —. Gadea se soltó y cerró la puerta con fuerza.

—Bastardo, hijo de perra, malnacido...

Gadea continuó hasta que como siempre, arrepentida por su carácter poco correspondido a una mujer de su clase se puso a recitar. *“Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei...”*

Judá se giró hacia su habitación con una mente de lo más confusa. La provocaba sin razón, la pobre muchacha no se merecía sus arranques de furia, después de todo ella sólo cumplía con sus deberes de hija, sin embargo no podía contenerse. Haberla encontrado esa noche vagando por las calles y regalando su sonrisa a todo aquél con quien se cruzase lo volvieron rabioso.

Cinfaa, que llevaba tiempo escondida tras una columna, salió a

su encuentro y él le sonrió sin ganas. La joven viuda era un plato apetitoso pero no esa noche.

—Venid conmigo.

—No puedo —. Dijo con voz cansada.

Cinfaa calentó la sangre de su hombre con sus caricias. No pensaba aceptar su negativa. Él no se casaría con una cristiana, ella era el futuro de Judá y no esa noble de crucifijos colgantes.

—Dejadme que os ayude a relajaros —. El hombre negó las caricias sobre su torso cuando se lo pensó mejor.

Si aceptaba casarse, hecho del que no estaba convencido, no sería fiel. Puede que hasta se divirtiese haciéndola sufrir con sus engaños, después de todo era su gente la que hacía sufrir a su pueblo. Eran sus nobles los que habían asesinado a su madre, eran ellos los que mataron a Simón. Sonriente y carente de sentimientos empujó a Cinfaa dentro de su cuarto. Hoy no se sentía muy amable en el amor.

—¿Y entonces Cinfaa le preparó un vino especiado?

La abuela se ponía cada vez más nerviosa, puede que fuese lo suficientemente mayor como para olvidar donde estaban sus guantes pero no para recordar lo que sucedía en el cuarto de un hombre y una mujer cuando la puerta se cerraba.

—Sí, eso fue lo que dije —. Contestó la abuela con rotundidad. Su nieta era una joven demasiado inocente para ciertos temas. Ya se los contaría su marido cuando llegase el momento.

La nieta sonrió escondida tras la taza de manzanilla. Era joven, puede que algo ingenua, pero las jóvenes también contaban historias cuando se encontraban a solas y había aprendido muchas cosas de tan largas y elocuentes conversaciones. En ese momento Isabel apareció envuelta en los brazos del capitán y su buen humor se desvaneció.

—Si me disculpan —. Dijo éste moviendo una silla para sentar a una dolorida Isabel.

—Gracias capitán, aún no comprendo cómo me he podido torcer el tobillo. Espero no os haya incomodado con mi peso.

—Pesáis tanto como una de mis plumas de escribir —contestó amable—, ahora si me disculpan debo ausentarme. Ah, por cierto señorita Constanza, he apreciado que os gusta leer —dijo al ver el cuaderno de cuero antiguo que custodiaba mientras su abuela hablaba.

—Yo, eh... sí, mucho —. La joven sintió que se ponía tan roja como el mismo atardecer de verano.

—Cuando lo desee puede disponer de los libros que poseo. En mi camarote cuenta con una amplia biblioteca, también soy amante de la lectura.

El hombre sonrió y su dentadura blanca resaltó aún más ese bronceado con aroma a viento y a mar que tan bien sabía lucir.

—Gracias capitán.

—Es muy amable capitán —. Contestó la abuela educadamente.

Este asintió con la cabeza y habló con sonrisa de lobo domesticado.

—Por favor, llamadme Julián, capitán sólo me llama mi tripulación.

Constanza lo vio marcharse y ahogó un suspiro. Esa espalda cubierta con una camisa de lino, invitaba a ese tipo de pensamientos que la abuela no querría escuchar. La voz insufrible de Isabel chillando la distrajo de su ensueño.

—¿Julián, vendrás más tarde? Si quiero ir a tu camarote a por uno de esos libros me temo que tendrás que llevarme nuevamente en brazos.

«¿Libros? ¡Pero si a ella no se los ofreció!» Pensó con los ojos entrecerrados y lo que le valió un pellizco de la abuela bajo la mesa.

—Será un placer —. Dijo girándose para contestar y luego volver a caminar rumbo a las escaleras.

Isabel se extendió en todo lo ancho de la silla y la habría ahorcado si no fuese por que la abuela preguntó con educación y esa sonrisa falsa que solía poner cuando su cuñada la visitaba en el hogar.

—¿Entonces una herida en el tobillo?

—Sí.

—¿No viajabas con una tía?

—Sí, pero ella no se encuentra muy bien.

—Comprendo, el mar no es para todas, puede ser muy peligroso si no se conoce por donde se navega —. La abuela bebió otro sorbo de su manzanilla.

—Me marcho —. Isabel comprendió la indirecta y se sintió ofendida. Se levantó de un salto y estaba por irse cuando la abuela aclaró con voz experta.

—Veo que vuestro tobillo ha mejorado considerablemente. Aplaudo al creador que prodiga tan maravillosos milagros —. Isabel tragó en seco y se marchó provocando una pequeña risa en la abuela.

—¿Y bien, por dónde íbamos?

—Abuela eres única.

—Igual que tú, nunca lo olvides.

—No creo que tú me lo permitas. Ahora cuéntame porqué Judá la abandonó.

—¿Abandonar? Eso no fue así…

Ávila

Malamuerte recibió al mensajero que se dispuso a hablarle al oído. El sacerdote aprisionó la copa con fuerza mientras movía la mano en alto dando por finalizada la conversación. El criado agachó la cabeza y se marchó dejando al cura, que arrojó la copa contra las duras y frías paredes.

—Maldito hijo de perra, lo jurasteis —. El hombre de la cicatriz en la ceja se acarició el rostro buscando una explicación a las acusaciones, aunque no las comprendiese —. Ella se os ha escapado.

—Ella...

—Sí, ella, dijisteis que sería mía.

—Sabíais que no sería tarea fácil, esa joven pertenece a una familia con linaje, su padre es alguien demasiado influyente como para contrariarle, si os pareciera bien, poseo otras que encantadas...

—¡No os atreváis! —El cura habló y el vino de la copa se congeló con sus palabras —. Os juro que me la daréis o ya os podéis ir olvidando de todas vuestras pretensiones. La quiero a ella y ella es la que me daréis.

El hombre levantó la copa y la vació de un solo trago antes de marcharse por los amplios pasillos de La Primada. El arzobispo, Pedro de Luna, hizo su aparición en ese instante y el rostro de Malamuerte se desfiguró al completo.

—Su excelentísimo —. Dijo en solemne reverencia.

—Malamuerte, creo haber oído algo que no me gusta.

—Su excelentísimo no debe preocuparse. Los Ayala no se unirán a los marranos.

—Si eso sucediese, el poder del Papa se vería disminuido en Toledo.

—Dios jamás lo permitiría.

—¿Y vos Malamuerte? ¿Lo permitirías vos?

El sacerdote negó furioso mientras el arzobispo se marchaba por los oscuros laterales de la catedral vistiendo su larga y costosa túnica.

La Malaguita le sonrió y cargó la jarra vacía de Judá mientras éste se recostaba contra la pared. Zaaben de Pontevedra estaría al llegar. Con precaución de no mancharlas, acomodó las hojas transcriptas al latín bajo la capa y se dispuso a disfrutar de su vino de Yepes. Escribir y traducir las enseñanzas de Zaaben le había llevado algo más de la cuenta. Los miembros de la Escuela de Traductores siempre eran vigilados de cerca y no deseaba ser descubierto. Aquellas transcripciones simbolizaban las leyes orales de su pueblo y eso significaba un inmenso honor pero también una profunda

responsabilidad. La Kabbalah era la forma sublime de poder conseguir la transformación interior. Zaaben era un Yehud y se sentía honrado de formar parte de su legado.

Bebiendo en su mesa habitual, la del fondo en una esquina, la que te permitía observar sin ser observado, dejó volar sus pensamientos. Las peleas con su padre se habían calmado pero bien era cierto que gran parte de ello se debía a las acertadas intervenciones de Gadea. La muchacha siempre aparecía en el momento más crítico consiguiendo extraer del viejo cascarrabias una sonrisa que él, su propio hijo, desconocía. La joven conseguía comprenderlo y reconocer en su alma sentimientos escondidos. Bebió un trago y apoyó con demasiado fuerza la jarra en la mesa que se tambaleó con el empuje. «Endemoniada mujer. Bruja capaz de manejar la voluntad de los hombres». Él mismo se sentía atraído frente a sus rebeldías. No era ninguna belleza pero tenía algo que lo llamaba y a lo que respondía con lealtad. El calor del hogar se reflejaba en su mirada y la calma después de la lucha se albergaba en sus manos. Su voz lo relajaba y sus palabras lo trasladaban a un edén de sosiego totalmente desconocido. En un reino en donde las espadas primaban sobre las razones, tener alguien como Gadea Ayala que lo estuviese esperando, era algo incierto, confuso y agradable.

—Veo que vuestros pensamientos os siguen perturbando —. Zaaben acusó mientras aceptaba la invitación para sentarse a su lado.

—¿Y para qué os tengo a vos si no es para iluminar mi mente?

—Os convertiréis en viejo antes de tiempo —. Sentenció con voz grave. Levantó su mano y la Malaguita apareció al instante llenado su jarra, pero no fue hasta que ella aceptó su golpe en el trasero y se marchó, cuando continuó hablando —. ¿Habéis terminado los escritos?

—Sí —. El de Pontevedra asintió conforme mientras bebía el primer sorbo.

—Debéis llevarlo cuanto antes a Ávila, allí os esperan.

—¿Por qué yo?— Judá habló con desconfianza.

Gustaba participar de las reuniones secretas en la sinagoga pero bien era sabido que no formaba parte del círculo de amigos entrañables del líder. Es más, podría afirmar que muchas veces éste se había mofado de su posición obligada de converso.

—Sois instruido, leal y fiel a nuestra fe.

—¿Y vos lo sabéis por...? —Comentó con la ceja alzada.

—No confío en nadie. Corren malos tiempos para nosotros. La guerra se oculta bajo un manto de aparente paz que no tardará en desaparecer. Cada día que pasa nos debilitan y limitan como si de ovejas se tratase. Nos encierran por las noches y nos abren las puertas por las mañanas. Las juderías se convierten en corrales de ganado

enfermo. Después de la última gran persecución apenas hemos quedado la mitad en pie, y en reinos como el de Aragón, aún menos. Vos sabéis mejor que nadie de lo que hablo. Vuestro padre renegó de sus creencias con el fin de salvarlos. Temo porque un día se nos expulse de nuestros hogares...

Judá no contestó. La razón estaba de su parte. Su padre aceptó los beneficios de la pila bautismal con tal de salvarlos y aunque no estaba a favor de tal aberración, lo había perdonado.

—Tenéis un hermano, ¿por qué no él?

—Isaac es impetuoso y no siempre comparte mi liderazgo.

Judá asintió, él tampoco confiaba en Isaac. Prepotente y muy proclive a los altos placeres, no sería un líder de fiar.

—¿Decidme, lo haréis? —Judá se lo pensó y un trago después, asintió.

—Viajaré pero en compañía de mi primo.

—Ni hablar, nadie puede saber de vuestros escritos. Os daré un respaldo que sea fiable.

—Beltrán o no marcho.

Zaaben se rascó la piel blanquecina de una cicatriz que le recorría desde la comisura del labio hasta el cuello, y aunque molesto, aceptó.

—Está bien, pero no le informaréis de vuestro cometido. Iréis a la zona del mercado chico y buscaréis a Yuçaf. Comentaréis las aclaraciones en las que hemos trabajado y no os marcharéis hasta que estéis seguro de que las haya comprendido. La Kabbalah representa nuestra supervivencia futura.

—Sea.

—Judá de Martorell, confío en vos —. La negra mirada surgió por encima de la jarra de vino. Zaaben no era hombre de halagos. Deseaba algo más.

—¿Qué?

—Vuestra prometida...

—¿Qué sucede con ella? —Preguntó presionando el borde de la jarra con fuerza y dispuesto a luchar frente a cualquier insulto que este le propinase.

—La habéis aceptado... me alegro por vos. Su posición os acercará a la casa del rey y eso será muy beneficioso. Pedro de Luna perdería poder en la ciudad y alguien fiel a nuestra causa habitaría la nobleza.

—Aún no lo he decidido —. Respondió con la mandíbula apretada.

—No os creía tan cobarde —dijo divertido —. El matrimonio hasta puede resultar atractivo y más si es con una muchacha como la vuestra. Gadea Ayala es una mujer de altos valores, bonita y de linaje

envidiable, sin duda sacaréis provecho de sus virtudes. Yo mismo si no fuese casado os haría el favor de atenderla...

Judá estaba por apresar por el cuello a Zaaben sin importarle las consecuencias cuando unos gritos desde fuera llamaron su atención. El pequeño Fortun, que en ese momento entraba con un balde cargado de agua, se detuvo ante las preguntas de los hombres.

—¿Muchacho, por qué ese alboroto?

—Es ese Fray mi señor.

Judá lo miró extrañado pero fue Zaaben el que maldiciendo por todo lo alto aclaró la información del muchacho.

—Se trata del Fray Vicente Ferrer, el dominico valenciano. ¿No habéis oído nada sobre él?

Judá negó y fue el niño, que conocedor de toda información legal o secreta de Toledo, comentó sin tapujos.

—El Fray quiere convertir a todo judío que se encuentre. Habla sin parar hasta que las rodillas les tiemblan por cansancio. Dice que aunque son los culpables de la muerte del Cristo merecen el perdón porque él escogió nacer dentro de ese pueblo. Impone el camino de la conversión y les exige castigos absolutorios. Ya son muchos los que han cambiado de doctrina, incluso en el mercado existe una feria de los azotes —. Comentó sonriente resaltando el barro de su rostro —. Dicen que los marranos tiemblan cuando él se encuentra cerca.

El joven tomó el cubo y marchó hacia las habitaciones. Zaaben ocultó el fruto de su furia tras la bebida y Judá lanzó la silla de una patada al otro extremo. Con malos modos arrojó unas monedas que extrajo del bolsillo y se encaminó hacia el exterior. Zaaben lo siguió.

Un cura bajito de blancas túnicas y cubierto con una capa negra que apenas cubría sus hombros, bajó de un burro seguido por una muchedumbre. Intentaba llegar a la iglesia de Santiago del Arrabal pero la gente le hacía imposible poder continuar. Se subió a una piedra y comenzó a hablar con potencia y seguridad. Cualquier lugar era bueno para un extenso sermón.

—... entonces temed el poder de Dios, liberaros del pecado porque vosotros sois los escogidos. Tenéis mucho más que los Judíos. ¿Tenéis consuelo cuando uno se convierte? Muchos cristianos no lo tienen pero deberían abrazarlos, honrarlos y amarlos, antes bien, otros los desprecian pero sabed que Jesucristo fue judío y la virgen María antes fue judía, debéis ayudarlos y adoctrinarlos para que reciban en sus corazones al verdadero profeta que los hará libres. Adoctrinarlos por Dios. Apartaos de los moros o judíos que no fuesen bautizados...

—Nos vamos —. Judá tenía la mano en la empuñadura cuando las fuertes manos de Zaaben lo detuvieron.

—No es el momento, no aquí.

La respiración del joven se entrecortaba. Los recuerdos de un Simón herido y los gritos de Zulema, aquella mujer que quiso como una madre y que habían apuñalado como a un perro viejo, le surgieron en la mente como dagas buscando venganza.

—¡Judá! —Chilló intentando despertarlo—. Debéis marchar a Ávila. Os necesitan allí. Yo me encargo de lo que aquí suceda.

Por más que caminase, las prédicas de aquél cura resonaban en sus oídos lacerándole el alma. Justicia, divinidad, profeta... Hijos del demonio deberían llamarse por acusar a su gente de la forma en que lo hacían.

Dos dedos se introdujeron en la camisa buscando aire mientras las piernas se movían sin destino fijo. Se sentía ahogado y perdido cuando la vio. Allí estaba, otra vez, esa a la que llamaban su prometida vistiendo esa horrenda capa negra, sola en la noche y sin permiso. No comprendía muy bien cómo, pero en estas semanas comenzaba a reconocer hasta su sombra y no le gustaba en absoluto ese detalle. ¿Dónde iba y principalmente con quién se veía?

Tenía el humor de cien demonios juntos y no era conveniente para la integridad de la muchacha cruzarse con él, pensó con la furia corriendo por sus venas. Estuvo a punto de acercarse y darle un buen susto cuando divisó no muy lejos al insufrible del cordobés. Se mantenía en la distancia custodiándola, y aunque debió agradecer su compañía, bien era cierto que no le gustaba en lo más mínimo. Cada vez lo soportaba menos. Con la rabia brotándole desde las entrañas y con ganas de desfogar su ira con ella acortó camino hacia su casa. Allí la esperaría con los brazos en jarras y la furia en la garganta.

Las comunes

Con los pies volando como plumas, caminó por los gruesos suelos de madera intentando no hacer ruido. El ancho salón de piedra parecía más grande de lo normal y una silla inesperada golpeó de lleno su rodilla haciéndola refunfuñar. La oscuridad de la noche lo invadía todo, incluso la sala central.

—Shh —. Se dijo en voz baja mientras se levantaba el vestido para acariciar su ahora enrojecida rodilla —. No deberías estar allí —. Acusó al mueble que pareció no inmutarse por su mal humor —. Endemoniada bruja —. Dijo sacándole la lengua mientras caminó rumbo al pasillo que la llevaba directo a su habitación o eso fue lo que imaginó porque un nuevo mueble, ahora algo más alto, la detuvo.

—¿Y ahora quién? Será perra inoportuna—. La voz apenas fue un susurro pero el extraño mueble contestó grave y profundo.

—No imaginaba que esas palabras resultasen de vuestro agrado.

Esta vez las maldiciones fueron expresadas desde lo más profundo de su corazón pero se quedaron allí. No se veía mucho más allá de las narices pero esa voz no necesitaba presentación.

—Mi señor, veo que estáis levantado. ¿Os encontráis mal? No os preocupéis, buscaré a la criada para que os prepare un caldo, seguro mañana amaneceréis mejor, ahora si me disculpáis...

Gadea lo rodeó más por intuición que por visión y se encaminó rumbo a su habitación con paso veloz o fue lo que creyó antes de sentir cinco dedos fuertes aprisionando su hombro.

—Me encuentro perfectamente. ¿Y vos?

—A decir verdad no muy bien, he salido a buscar algo de aire fresco pero viendo que todos se encuentran dormidos, será mejor que haga lo mismo —. La mujer mentía con tanta convicción que Judá no supo si asesinarla o aplaudir su ingenio.

Maldita fuese, pero la sonrisa comenzaba a brotarle en su duro rostro. Él no se divertía, él no era feliz, nunca lo fue ni lo sería. Gadea se movió con una fuerza poco adecuada para una mujer pero su anclaje no la liberó.

—Por todos los clavos de ese Cristo al que adoráis, vais a decirme donde habéis ido u os juro que pasaremos la noche en este salón el uno pegado al otro. Y os garantizo que no será grato para vos.

La muchacha se sacudió algo temblorosa y Judá pudo sentir el frío traspasar la seda de sus ropajes. Bien, si estaba asustada, se divertiría un poco más. Con lentitud agachó la cabeza para acercar su boca al oído de la virginal muchacha, que se quedó petrificada en el sitio.

Con malicia acercó su cuerpo esperando conseguir brotar el temor en su pequeña prometida pero no fue ella exactamente quien se

mareó con el sutil contacto. El aroma femenino era dulce y delicado pero no como una flor ni como una esencia del bosque, era diferente, fresco, puro, como la noche y la pradera, como sol y vida. Atraído restregó su nariz al cuello de la joven inhalando esa aura natural que la envolvía. Paz, murmuró al sentir en sus fosas nasales el delicado perfume de su piel.

—¿Qué creéis que hacéis? — Disfrutó el momento como si de horas se tratasen pero las palabras inquietas lo regresaron a la realidad.

Cuando Judá abrió los ojos pudo ver su sensación de extrañeza y algo que intuyó como asco aflorándole por el rostro. La desilusión por no causarle el mismo efecto o la rabia por sentirse un idiota, lo obligó a enderezarse y presionarla contra su pecho y no con la ternura de un tierno amante.

—Vais a decirme con quien os veis o...

—¿O qué? Soltadme antes que despierte a vuestro padre. No es necesario que os recuerde el aprecio que me tiene —. Contestó con una sonrisa descarada brotándole por los labios.

—¿Me amenazáis? —Esta vez los fuertes brazos del hombre la aprisionaron quitándole el aire.

Gadea se sabía en inferioridad de condiciones pero que la aspen si soportaba que aquella bestia la dominase. En el pasado agachó la cabeza y hoy era presa de sus malas decisiones.

—De la Cruz, sólo deseo que me permitáis regresar a mi hogar. Vos no disfrutáis con mi compañía...

—Ni vos de la mía, ¿no es así, vuestra merced? —En realidad deseaba su contestación pero moriría antes que reconocerlo.

—¿Y desde cuándo os importa los sentimientos de una mujer? Permitid que me marche. Una sola palabra y vuestro padre aceptará la decisión. ¿Por qué no lo hacéis?

La súplica en sus palabras hicieron hervir la sangre acomplejada de Judá que escupió toda la acritud de sus palabras.

—¿Tanto odiáis mezclaros con mi sangre? ¿Un converso no es alguien suficiente para un linaje como el vuestro? ¿Será tal vez que mi cuerpo de antiguo judío os da asco?

El brillo del hombre resplandecía cual gato en la noche y la joven hubiese caído hacia atrás si no fuese por el fuerte amarre de sus garras.

—No es el cuerpo ni las antiguas creencias las que me espantan. Es el frío que vuestro corazón alberga al que temo —. Las palabras de Gadea lo atizaron como hierro candente. La soltó al instante como si ella misma fuese una hoguera a punto de cocinarlo vivo.

Se quedó inmóvil. Puede que su contestación se mereciese una fuerte bofetada, pero estaba preparada para recibirla.

Judá la observó tan soberbia, tan segura, que su indignación se convirtió en sincero reconocimiento. La joven poseía el valor de los mismos caballeros de la Orden de Santiago.

—No puedo liberaros —. Respondió con sinceridad apagada.

—Podéis, pero no lo deseáis. ¿Por qué? —La pregunta le atravesó. No, no deseaba liberarla pero no sabría responder a tan digna pregunta.

Con la astucia de un zorro ante un corral, se acercó a la joven nuevamente pero esta vez con nuevas intenciones. Ella era una mujer, y como tal enfocaba su embrujo en él, pero no como otras. Ésta era hábil, audaz y peligrosamente reconfortante. Debería protegerse y demostrarle quien poseía el mando.

—¿Qué... qué hacéis? —Su voz temblorosa le gustó. Así era como deseaba todo en su vida, controlable.

La primogénita de Ayala le causaba un efecto extraño pero asustada era tan vulnerable como todas.

—Me teméis —. Dijo con feliz orgullo.

—No.

Ella mintió y él se sintió satisfecho por comenzar a descifrar su oculto interior. La mentira era una vieja compañera con la que sabía tratar.

—Debéis temerme. No pretendo haceros daño pero lo haré si me provocáis.

—¿Por qué no lo pretendéis? —Esa mujer solía pedir explicaciones de todo aquello que no lo tenía.

Simplemente no deseaba lastimarla, puede que fuese cristiana y que odiase todo lo que de ese profeta proviniese, pero a ella no. Sus manos se dirigieron hacia su cintura y no hacia su cuello, extraño era no desear ahorcarla como al resto de su gente. Su agarré presionó sus caderas y el aroma de su cuerpo nuevamente lo alcanzó envolviéndolo y alejándolo de sus propios temores. Allí estaba otra vez, ese poder oculto que lo llevaba hacia el calor del sol y la paz de las golondrinas.

—¿Qué eres? —Preguntó aspirando el aroma de su piel en el cuello.

Ella no contestó. Seguía tensa. No le importó, deseaba esa paz que el contacto de su cuerpo le ofrecía. Dejó que su barba tocase la piel de su cuello mientras aspiraba cada vez más embriagado. La sujetó con fuerza, no deseaba perderla, no podía permitirle escapar. Su energía le alcanzaba allí donde su alma se encontraba muerta. Los labios deseosos se acercaron a los suyos y el aliento de su rostro lo alcanzó como manantial de bebida refrescante. Dispuesto a disfrutar de aquello observó sus labios intentando descifrar cual era el poder que poseían. Rojos, carnosos, comunes como tantos, se dijo mientras los apoyó sobre los suyos. La humedad de su lengua intentó acercarse

y disfrutar de un fruto desconocido cuando la realidad lo apuñaló por la espalda.

—Judá, vuestro padre os reclama —. La voz de enfado de Cinfaa le molestaron más que todos los sermones del dominico valenciano juntos.

—¿Judá? ¿Quién es Judá?

—Yo —. Dijo soltándola pero sin alejarse de su lado.

—Decidle a mi padre que iré en cuanto pueda.

—Pero él ha dicho...

—¡Marchad! —Cinfaa, que llevaba un vela en la mano, la dejó allí y se marchó en la oscuridad. La respiración del hombre se aceleró y los músculos se le tensaron.

—Veo que la criada se toma ciertas atribuciones. ¿A todas le permitís llamaros por vuestro nombre?

El joven la miró y al instante lanzó una carcajada.

—¿De todas las acusaciones que podíais hacerme por mi nombre judío me hacéis esa?

Gadea conocía los requisitos que se implantaban a aquellos que abrazaban la nueva fe, y aunque los respetaba, no comprendía porqué los conversos debían olvidar el nombre que su madre les regaló un día en el lecho que les vio nacer.

—No valoro a las personas por su nombre —. Respondió alzando los hombros.

Maldita bruja que siempre encontraba como descolocarlo.

—¿Y por qué las valoráis? —Su voz sonó tan suave como las manos que volvieron a alcanzar su cintura. Gadea volvió a temblar entre sus dedos y la sensación resultó demasiado gratificante —. Para ser sinceros no me interesa vuestra contestación en lo más mínimo. ¿Qué hacíamos antes de ser interrumpidos?

Notó que le alzaba la cabeza con delicadeza desde la barbilla. Sintió su respiración alcanzarle el rostro y de forma intuitiva cerró los ojos esperando lo inevitable. Primero fue un ligero roce en los labios como si no desease hacerle daño, pero luego sus labios se acercaron para conseguir la tan ansiada caricia. Un ligero mordisco en su carnosidad inferior la obligó a abrir la boca y dejarle total permiso para su deliciosa invasión. La mano fuerte la sujetó tras su cuello acercándola al calor de un cuerpo que la esperaba ansioso. No se resistió. Sus manos se apoyaron en los hombros intentando sostenerse y Judá profundizó su dominio. Acarició su rostro y la dureza de su palma arañó la inmaculada blanca piel de su barbilla provocando un mareo que la recorrió desde el cabello hasta al más pequeño de sus dedos. Obnubilada por las sensaciones, estiró el cuello buscando más de aquél delicioso contacto, no era su primer beso pero sí era su verdadero primer beso...

Judá se apoderaba de su boca como si no necesitara permiso, como si allí se encontrase su hogar. Con fuerza se sujetó a sus hombros y aunque en un principio deseó rechazarlo su cuerpo no respondió. Se entregó a un hombre firme que la sostenía mostrándole autoridad pero con un ligero toque de cariño en cada caricia. Judá profundizó el amarre y permitió que su lengua recorriese cada pequeño rincón de su boca uniendo ambos cuerpos en uno cuando la presencia silenciosa tras su espalda lo obligó a alejarse de mala gana.

—Espero tengáis una buena excusa... —La voz de Judá eran puñales afilados y Gadea se separó con los ojos entrecerrados sin comprender lo que sucedía.

El olor a metal y el sonido de la espada al golpear contra el duro cuerpo le dijeron sin lugar a dudas de quien se trataba. El caballero se encontraba tras su espalda. El hombre no respondió pero el salto y la rápida separación que propició Gadea al reconocerlo lo hicieron enfadarse más allá de lo normal.

—Yo... será mejor que me retire —. Se marchó a paso apresurado y Judá se giró para mirar a los ojos a Gonzalo de Córdoba. Su mirada se reflejaba como puñal ante fuego ardiente.

—Estáis jugando con vuestro cuello. Os marcharéis mañana mismo de esta casa sino queréis sufrir un accidente del que no os recuperaréis.

La posición recta del joven doncel y la cara endurecida por el viento de los fríos entrenamientos contestaron por él.

—Alejaros de mi prometida —. Acusó acercándose amenazante.

Ambos, de estaturas parecidas, midieron fuerzas con las miradas. Con la mano en su estoque esperaba una sola palabra que le sirviese de excusa para arrebatar la vida al guerrero. Lo odiaba. Odiaba su lealtad, odiaba su presencia, odiaba su maldita sonrisa y odiaba el tono cariñoso con el que ella le hablaba.

—Prometí a mi señor protegerla con mi vida —. Ladró entre dientes el doncel.

—Y os la arrebataré si volvéis a entrometeros en la mía.

—Sea.

—¡Hijo de las mil putas! ¡Es mi prometida! Mi responsabilidad, no la vuestra. Marcharos, ante que manche los suelos con vuestra inmunda sangre —. Gonzalo movió el rostro de lado y se marchó con la sonrisa de la furia en el rostro.

La sangre de Judá hervía como caldero de potaje recién hecho. Las ganas de arrancar a ese maldito caballero de su casa y arrastrarlo por el cuello eran un deseo irrefrenable. Su presencia lo alteraba y sus interrupciones le molestaban hasta hacerlo estallar. ¡Ella miraba a ese estúpido con respeto! Se dijo mientras se marchó con la rabia y los celos corriendo como lava ardiente por sus cuatro humores.

Gadea cerró la puerta con rapidez mientras apoyada en la madera maciza se acarició los labios con manos temblorosas. No comprendía que había pasado pero su cuerpo seguía estremeciéndose a pesar de hallarse en la seguridad de su cuarto. El pecho le subía y bajaba agitado y una extraña sonrisa brotaba por su rostro sin ser buscada.

Con miedo quiso recordar esa sensación en el pasado pero no pudo. Intentó recordar a Julián pero sus rasgos ya casi no se encontraban en su memoria. Puede que algo de su mirada, pensó desesperada, pero no, él ya no permanecía allí.

La pena se apoderó de sus recuerdos y se recostó sobre el lecho para llorar a aquél que la muerte le había arrebatado. A ese, que prometiendo amar hasta su muerte hoy se esfumaba de su mente cual neblina de amanecer.

Las panaderas

—Estáis muy distraída, ¿todo marcha bien? —Gadea pinchó nuevamente la tela sin responder y Beatriz se preguntó si es que no la había oído o era ignorada al completo.

El joven De la Cruz apareció por la sala de costura y Beatriz creyó sentir los fuertes latidos del corazón de su amiga.

—Mi señora, quisiera hablar unos minutos con vos antes de marchar.

—¿Marcháis? —. La joven levantó la vista de las telas con demasiada rapidez y se arrepintió de su tonta reacción.

El hombre acercó su mano y ella la aceptó para levantarse de la silla y acercarse a la ventana.

—Debo viajar a Ávila —. Ella lo miró interesada y Judá se apresuró a contestar —. Temas de comercio.

—Que Dios os proteja —. Dijo con postura regia y a Judá no gustó su aparente indiferencia. Esa no era quien estuviera la noche anterior entre sus brazos respondiendo a sus besos.

—Necesito que me prometáis algo —. Él hablaba con cierta ternura. ¿Era posible en alguien tan frío como él? —. No debéis salir de la casa hasta que regrese.

Ella quiso contestar que ni en sueños le haría caso, pero prefirió callar, después de todo, él no estaría para saber lo que hacía o dejaba de hacer.

—Corren tiempos difíciles y las calles son peligrosas y mucho más para una joven como vos.

—¿Cómo yo?

—Sois mi prometida, tengo enemigos, prefiero que os quedéis en palacio hasta que regrese.

—¿Soy vuestra prometida?

—Lo sois —. Gadea se mordió los labios para no maldecir. Ese hombre junto a los otros organizaban su vida como si de un perro de caza se tratase. Un día la tomaba, otro la tiraba y otro la volvía a tomar.

—Os agradezco vuestra preocupación, pero Gonzalo no permitirá que...

—¡No!

—¿No?

—¡Obedeceréis o haré que os bloqueen las puertas de la habitación!

—¿Que haréis qué? —Contestó furiosa ante una Beatriz que elevaba la vista por encima de la aguja entusiasmada por curiosear.

—Maldita mujer, me alteráis... y ese aroma... —Dijo antes de tomarla con fuerza del brazo para llevarla tras el cortinado y darle ese

beso que llevaba toda la noche atormentándolo. Sus labios no fueron tiernos como la noche anterior. Ese Judá ya no se encontraba. Este era exigente, altivo, posesivo... y delicioso.

Con la misma fuerza que la besó la soltó y apoyando su frente a la suya murmuró grave.

—No saldréis —. Estaba molesto, debía marchar y dejarla junto a Gonzalo de Córdoba para protegerla. Eso lo alteraba —. Prometedme que no saldréis de la casa. La noche que os atacaron... — Dijo intentando recuperar el aliento.

—Simples ladrones.

—Gadea, fuera de esta casa no existe nada que os interese, ¿me comprendéis? —Judá respiró tres veces intentando calmar sus novedosos celos y no pensar en posibles amantes. Sin mirarla se marchó. No deseaba evidenciar lo que fuese que por primera vez le recorría las venas hasta el ardor.

«¿Comprender?» A decir verdad no lo hacía. La joven recompuso sus ropas e intentó que los calores bajasen de sus mejillas antes de regresar a su sitio de costura. Con silencio se sentó y retomó las labores intentando que Beatriz no hiciese comentario alguno.

—¿Aún lo recordáis? —Gadea sintió como si un puñal se clavase en su traidor corazón —. Aún recuerdo su sonrisa al despedirse —. Dijo una apenada Beatriz.

Gadea cerró los ojos y descubrió que ese momento sí se encontraba en su memoria. Julián le regalaba un beso en los labios mientras Beatriz, mirando hacia otro lado, simulaba no verlos.

Julián era un joven caballero, leal, honrado, valiente y hermano mayor de su mejor amiga Beatriz. Ella tenía quince, el dieciocho, pero el amor surgió entre ellos desde que eran unos críos. Se casarían y formarían una familia cuando él regresase de conseguir honores junto al Rey. Sus padres estarían encantados con el compromiso. Imaginaron una vida de enamorados pero la muerte les arrebató todo lo que una vez soñaron.

—Sí, lo recuerdo... —Dijo con la vista turbia y las esperanzas de un amor truncado.

—No os juzgo y él tampoco lo haría —. Beatriz habló con tanta franqueza que las lágrimas comenzaron a recorrer silenciosas su rostro para terminar perdiéndose en la negra tela.

Amaba a Julián, siempre lo hizo. La pena no se marchaba con la muerte ni tampoco los sentimientos. El tiempo borraba las imágenes pero los sentimientos seguían allí, incrustados en un corazón que jamás olvida.

—Aún lo quiero... —Dijo suplicando perdón.

—Debéis continuar. No podemos hacer otra cosa.

—¿Estáis segura? —Gadea dijo sin esperanzas.

—Dios guiará vuestro camino. El destino no nos pertenece. Las obligaciones marcan nuestros destinos y no podemos mas que transitar por allí donde se nos señala...

Beatriz se acercó y se acomodó en cuclillas junto a su amiga. Apoyada en sus rodillas permaneció largo rato hasta que la voz de una sobre excitada Juana la hizo levantarse y secar sus lágrimas con las manos. Ambas mujeres ocultaron sus rostros pero Juana apenas sí se percato del hecho.

Con alegría introdujo del brazo a una joven monja que no se atrevía a entrar en tan elegante sala. La casa de los de la Cruz podría carecer de linaje pero no de costosos ornamentos. Era un palacio digno de un rey.

—Hermanas, os presento a mi amiga Amice.

Gadea se repuso rápidamente y observó con dudas a la nueva amiga de su hermana.

—¿Sois monja? —Preguntó temiendo una nueva treta de su pequeña hermana.

—Sí.

—¿Pero de verdad? —Beatriz preguntó compartiendo sus temores. Ninguna de las dos se fiaba de aquella comadreja.

—Sí mi señora, pertenezco al convento de Santa Clara—. Ambas respiraron con alivio.

—Amice viene de Lyon, fue trasladada a Toledo.

—¿Y la razón fue…? —Gadea tembló al preguntar.

—Hermana por favor, dejad de asustar a nuestra nueva amiga y dadle las gracias por su ayuda. Ella ha conseguido que el convento compre panes a María.

Gadea sonrió ante la noticia, el horno marchaba bien, pero un pedido del convento eran excelentes noticias. El aumento de las ventas podrían significar incluso la contratación de un empleado y la solidez del horno de su amiga. Porque sí, aunque se negase a reconocerlo en voz alta, aquella mujer del pueblo se había convertido en su amiga.

—Entonces imagino que esta capa negra —. Dijo elevando la costura de sus piernas.

—Es para mi. Juana me ha contado las desventuras de la joven y deseo colaborar —. Amice habló con seguridad.

Beatriz miró intrigada a la monja y ésta le regalo una sonrisa de oreja a oreja.

—Seáis bienvenida, ¿amiga panadera? —Gadea preguntó feliz.

Las mujeres rieron divertidas mientras esperaron la oscuridad para vestirse con sus negras capas y encender el horno como todos los martes y viernes hacían.

Algo culpable, se repitió que no estaba rompiendo ninguna

promesa, después de todo su prometido había marchado antes de exigir su contestación.

Con las manos en la masa

Las mujeres trabajaban como lo habían estado haciendo durante el último mes, con inmensas cuotas de esperanza y grandes dosis de satisfacción. La una obtenía los medios económicos para proteger a su hijo sin la necesidad de vender su cuerpo a borrachos o nobles de extrañas costumbres mientras que las otras eran felices por el mero hecho de sentirse útiles en un mundo donde sólo se las apreciaba por sus capacidades reproductivas o dotes en la costura.

Con la sonrisa en el rostro, Amice disfrutaba amasando junto a Beatriz que con la misma algarabía, repartía los bollos de masa en porciones iguales. Juana atizaba el fuego y Gadea revisaba los números calculando las próximas ganancias. En un momento acarició su barbilla y las mujeres, llamadas la atención por su gesto, comenzaron a reír a carcajadas. La afectada alzó el rostro con algo de tinta en las mejillas y se puso a reír con ellas pero sin comprender el motivo de su diversión.

—Hermana —dijo Juana con el rostro manchado por el negro hollín del horno — sois digna prometida de un De la Cruz.

Gadea sonrió intentando no pensar en aquellas palabras, Judá llevaba un mes en Ávila o donde fuese que estuviese. «Judá», le gustaba llamarlo así. Resopló mientras guardaba las hojas en una carpeta y Beatriz se acercó para hablarle en tono bajo para no ser escuchada.

—¿Él os preocupa?

—No... Sí. Tengo miedo —. Dijo con sinceridad.

—Parece un lobo siempre a punto de atacar pero no creo que sea de los que pegan a sus mujeres, ¿vos sí lo pensáis?

—No es eso, es decir, no es que no me asuste la idea de sus enormes manos enfadadas sobre mi cuello, pero no es eso lo que más temo.

Beatriz la observó interesada pero Gadea no deseaba asustar a su amiga con sus temores irracionales.

—No hablemos de mí, ¿qué tal os va con vuestro prometido?

—Es muy bueno o por lo menos eso parece. Dice estar enamorado de mí y no desagrada a la vista —. Dijo frunciendo la nariz.

—¿Y vos?

—Me gusta conversar con él, se preocupa por mis sentimientos y creo que eso es importante, ¿no lo pensáis?

—Sí —. Ambas se debían a las obligaciones y a cumplir los deberes con sus familias. No serían ellas ni sus sentimientos las que decidiesen su futuro.

Gadea suspiró agradeciendo que el padre de su amiga por lo

menos hubiese escogido un buen hombre.

—¡Ay! —Amice atacó a Beatriz con un trozo de masa y ésta al agacharse dejó a Gadea en plena línea de fuego.

La pequeña porción se estampó en el centro de su nariz y ella arrugó la vista en señal de venganza. Decidida caminó buscando armamento pero le pareció mejor, y más económico, lanzarle una jarra de agua. Amice se sorprendió al verse empapada pero inmediatamente recogió una segunda jarra que introdujo de lleno en el cubo de madera. Con decisión corrió a un lado, pero sorprendentemente en lugar de lanzárselo a Gadea, se lo vació en plena cabeza a una Juana que hasta ese momento no había dejado de reír a todo pulmón.

Las muchachas rieron y jugaron con el agua durante un buen rato. La noche primaveral se lo permitió sin que su salud corriese peligro. Reían con diversión cuando un anciano, junto al horno, echó un tronco y rezaba al verlo quemar. Intentó alzar la voz para ser oído pero nada, aquellas se divertían a lo grande. Con un silbido de esos fuertes y que se utilizaba para recoger al rebaño, logró captar su atención y entonces esta vez fue él quien se rió divertido.

Las jóvenes tenían unas pintas terribles. Ropas mojadas, algo renegridas por el humo y con manchas blancas por la harina, pero se veían tan bonitas como sus dulces corazones. Ellas le permitían cumplir su ritual de fe introduciendo un tronco en el horno y a cambio vendían el pan a los miembros de la judería. Eran pura bondad.

—Estáis hechas un desastre —. Las jóvenes se pusieron coloradas por ser pilladas en tan gran chiquillada.

Jacob se divirtió con sus sonrojos y se acercó a la puerta para marcharse cuando esta fue abierta de golpe por dos hombres que, de olor nauseabundo, lo empujaron hacia atrás. El anciano asustado intentó defender a las inocentes pero el puñal de uno dio de lleno en su frente provocándole un desmayo instantáneo. Las mujeres asustadas se apiñaron intentando parecer fuertes aunque todas estuviesen temblando.

Gadea miró a Juana pensando atacar pero su hermana negó con la mirada. «Hijos de puta», pensó mientras pedía disculpas a la virgen. Observó a los lados buscando desesperada algo con lo que defenderse pero el cuchillo se encontraba demasiado lejos. La pala de recogida del horno podría ser una buena arma pero aunque algo más cerca, seguía estando demasiado lejos. Si corría hacia ella puede que esos hombres clavasen sus puñales en su espalda mucho antes que alcanzase su destino.

—Buscamos a la novia del marrano. Si me la entregáis ninguna sufriréis daño alguno —. Dijo el de los dientes podridos.

—Todas somos nobles y fieles a la doctrina de nuestro señor

Jesucristo —. Dijo Amice con una calma que sorprendió a Gadea.

—Será mejor que os marchéis si no queréis que mi padre... — Juana escupió con rabia cuando uno de los asaltantes la sujetó del brazo y de un tirón la empujó contra su cuerpo mientras presionaba su afilado puñal en la delicada garganta.

—Será mejor que os quedéis quieta o no sólo os mataré, ¿me comprendéis?—Juana dejó de forcejear para asentir mientras los dedos de negras uñas acariciaron su rostro.

—Os repetiré sólo una vez más antes que vuestra amiga se encuentre con el creador, busco a la novia del converso. ¡Y la quiero ahora!

Gadea se estremeció al ver el miedo dibujado en el rostro de su hermana. Caminó un paso al frente. El corazón le cabalgaba y el frío le atravesaba el cuerpo pero, a pesar de todo, levantó la barbilla para comentar segura.

—Soltadla. Es a mí a quien buscáis.

—Decidme vuestro nombre —. Dijo para confirmar.

—Soy Gadea Ayala, hija de Enrique Ayala y sobrina de Diego de la Mora y vos seréis hombre muerto cuando mi padre os encuentre.

El ladrón soltó de un empujón a la joven que retenía en sus brazos. Tantos apellidos y tan noble linaje hicieron que las amenazas de la joven surgieran el efecto buscado.

—Caminad hasta aquí.

—¡No! Yo soy Gadea Ayala —. Juana chilló desde el suelo intentando salvar a su hermana.

—Yo soy Gadea Ayala —. Contestó Amice con el mentón alzado.

—No, yo soy Gadea —. Dijo Beatriz sujetándose temblorosa del brazo de Amice.

—Yo soy la novia del converso —. Fueron las palabras de una María, que con el pelo corto como un chico, dijo intentando parecer menos común de lo que era.

Los hombres se pusieron nerviosos pero fue el segundo que dijo con rabia.

—Si todas sois la novia del converso, entonces no tendré problemas en deshonraros a todas. Os entregaré pero no sin antes dejaros desmayadas de tanto uso. Os violaré de una en una mientras mi amigo se divierte mirando.

El fanfarrón estaba tan feliz al ver el susto en el cuerpo de las mujeres que no se dio cuenta cuando Juana, presa de un odio salvaje, se lanzó al cuerpo del desgraciado mordiéndole el hombro. La joven se aferró a las telas sucias mientras clavaba los dientes en su brazo sin soltarlo. El hombre preso del dolor soltó el puñal y Gadea aprovechando el despiste tomó la pala de horno para golpear en la

cabeza al segundo atacante que marchaba, con estoque en mano, directo a la espalda de Juana. La pala golpeó de lleno al ladrón que cayó seco en el sitio. Amice y Beatriz sujetaron dos panes algo secos, y se lo incrustaban al segundo, que con Juana enganchada cual perro hambriento, maldecía intentando recuperar el arma.

Gadea corrió y lanzándose al suelo recogió el arma y lo alzó para clavárselo en el pecho pero se le resbaló de entre los dedos. Las amigas asustadas se lanzaron a morder igual que Juana. Gadea presa de un valor que no sabía poseer, recogió nuevamente el arma del suelo embarrado y se lo incrustó en la garganta. El chorro de sangre fue tan potente que la salpicó cual fuente de agua. La joven calló al suelo junto a su hermana que, soltándose del cuerpo inerte, temblaba como una hoja. Amice abrazó a Beatriz que comenzó a llorar fruto de los nervios mientras María, barra de pan en mano, miraba desencajada a los lados como si aún esperase otro ataque.

—No es que no disfrute de la compañía de la bonita tabernera pero me gustaría saber porqué no dejas de mirar hacia la calle —. Sentados en la mesa de siempre, el joven estiraba las piernas y bebía sin dejar de mirar hacia la calle estrecha que salía frente al portal.

Judá no deseaba explicarse, y puede que una de las razones fuese, que él tampoco comprendía muy bien porqué, pero allí se encontraba, después de un mes fuera, esperando ver si su prometida seguía visitando aquella casa por las noches. Una parte de él se negaba a creer que Gadea tuviese un amante pero la otra no estaba tan segura. Esa mujer mostraba determinación, voluntad y pensamientos propios, «¡quién sabe que otras malas tretas escondía en su interior!»

El mes entero que se encontró en Ávila no dejó de recordar ese beso de despedida, y aunque ella no era el tipo de mujer que le gustaba, conseguía atraerlo como el más dulce de los vinos. Estrechando los ojos observó hacia los lados pero no divisó a nadie.

—¡Pero qué! —Judá saltó provocando que la silla cayera hacia atrás.

No quiso correr por no llamar la atención pero se dispuso con pisada firme y sin distracciones hacia su destino. Beltrán, quien lo conocía demasiado bien, apuró el último trago y lo acompañó.

—¿Por qué vamos al horno?

Judá lo observó interesado.

—¿Allí hay un horno?

—Sí, justo al lado de la casa de la prostituta. Ah ya comprendo...

Judá no contestó, sudaba furia. Esa mujer se encontraba en el hogar de una prostituta. ¡Por qué! ¡Es qué no tenía al menos un poco de cerebro!

Alistamiento

Las mujeres no salían de su estado de shock, pero Gadea pensó apresurada, debían hacer algo o serían destinadas a la hoguera por asesinato. Mientras en el suelo yacían los dos cuerpos sin vida y un judío desmayado, intentó calmarse y pensar con la cabeza fría y el cuerpo congelado. Juana comenzó a caminar en la pequeña habitación e imaginó que estaría pensando igual que ella cuando de pronto se detuvo.

—Debemos deshacernos de los cuerpos —. Gadea negó con la cabeza.

—Los echamos al horno —. Dijo María.

Gadea volvió a negar con la cabeza y contestó sin fuerzas.

—No se puede...

—Los cortamos antes —. Dijo Amice ante una estupefacta Beatriz que se persignó al instante.

—¿Y vos sois la sierva de Dios?— Gadea la miró entre divertida y asustada.

—He tenido mis días difíciles —. Gadea negó con la cabeza.

—No podemos ni cortarlos ni quemarlos. El olor nos delataría, además ninguna de nosotras sería tan cruel.

Amice se miró las puntas de los zapatos y Gadea prefirió seguir pensando.

—¿Entonces cómo lo hacemos? No podemos permitir que nadie lo sepa.

—Podríamos decir la verdad... —Beatriz comentó y las demás la observaron como si le hubiesen salido cuernos —. ¡Ellos nos atacaron primero!

—¿Y qué decimos al corregidor? ¿Que tenemos un horno con permisos falsos que consiguió una prostituta disfrazada de hombre? — Gadea se arrepintió al instante al ver el rostro avergonzado de María —. Quiero decir ex prostituta...

—O que una monja avariciosa vende los panes—. Dijo Amice mientras Beatriz tomaba su mano de forma comprensiva.

—O que nos escapamos por las noches —. Contestó Beatriz.

—O que a veces concedo préstamos para obtener mayores beneficios y comprar más cereal —. Las mujeres abrieron los ojos como platos y Gadea contestó enfadada —. ¡Por qué lo mío es más grave que lo vuestro!

Juana levantó la mano e intentó poner algo de claridad en toda aquella locura.

—Bien, no podemos decir la verdad, somos mujeres y nuestro testimonio no sirve. No es legal. Tampoco podemos quemarlos, ni cortarlos...

—Ni picarlos —. Dijo Amice

—Ni desangrarlos —. Respondió Beatriz.

—Ni arrojarlos por el alféizar —. Dijo María con algo de diversión en el rostro.

—Ni envenenarlos —Dijo Gadea sonriente —. Ya están muertos.

Beatriz las observó divertida y comenzó a reírse mientras todas rieron atacadas por los nervios

—¡Que diablos! Intentaron violarnos y secuestrar a mi hermana. ¡Merecen que los arrojemos a la profundidad del Tajo.

Las jóvenes la observaron admiradas. Gadea se acercó para abrazarla y las demás hicieron lo mismo formando un gran círculo de amistad mientras Juana las miraba frunciendo las cejas.

—¿Qué os sucede? —Preguntó intentando sacar la cabeza por encima de las demás para no morir ahogada.

—Nos habéis dado la respuesta —. Dijo Amice con voz grave.

—¿Eso he hecho?

—Sí. Traeré las bolsas de cereales, los envolveremos y los arrastraremos hasta el final de la calle. Los arrojaremos al río. Allí ya no serán nuestro problema.

—¿Y cómo los llevaremos hasta allí?

—Los arrastraremos —. Contestó una Beatriz que sorprendió con su repentino brote de seguridad.

El anciano comenzaba a moverse y Juana de forma increíble hizo lo inesperado. Tomó una de los panes y que resultó salir más duro que una roca y lo golpeó de lleno en la cabeza.

—¡Pero qué! —Gadea se acercó al hombre para comprobar que simplemente se trataba de un segundo desmayo.

—Si lo presionasen seguro nos delataría. El testimonio de un hombre vale como el de tres mujeres. No podemos arriesgarnos. Lo llevaremos a su casa y lo dejaremos en la cama. Pensará que todo ha sido un sueño.

—¿En verdad lo pensáis? —Preguntó María algo desconfiada.

—Por supuesto —. Dijo Juana con convicción.

—Yo también lo creo, ¿qué mujeres podrían ser tan alocadas como para matar a dos atacantes y transportar a un viejo a su lecho? Sí, creerá que todo fue una pesadilla —. Gadea se acarició la frente y Juana le arregló un mechón de sus cabellos manchados con sangre.

—Lo resolveremos pero antes venid aquí.

Las jóvenes se acercaron a su joven líder y Gadea sonrió con el poder que tenía su hermana pequeña para engatusar hasta al más dulce de los cachorritos.

—Arrodillaos —. Dijo con seriedad.

Las mujeres obedecieron mientras Juana alzaba la barra de pan

con la que había desmayado al hombre y se los acercaba a sus rostros. Las jóvenes sonrieron y cual fieles caballeros hincaron una rodilla y bajaron las cabezas al suelo.

—No es como lo había previsto pero servirá —dijo antes de carraspear y hablar con seriedad y voz fuerte —. Vuestras mercedes, nos encontramos aquí como hermanas. Somos mujeres en busca de nuestros derechos y libertades. Estamos unidas por el corazón pero principalmente por nuestros deberes. Somos hijas del creador al igual que ellos por lo que jamás agacharemos nuestra mirada ante el usurpador de nuestras voluntades. Queridas hermanas. ¿Juráis que siempre os apoyaréis entre vosotras? ¿Juráis aceptar a cualquiera que, encontrándose necesitada acuda suplicante? ¿Juráis mantener la justicia de nuestros derechos por encima de cualquier déspota? ¿Juráis no retroceder ante el miedo de las represalias? Y por sobre todas las cosas, ¿juráis que la hermandad de las comunes representará la insignia de la igualdad para todas las mujeres sin importar su origen, religión ni profesión?

—Juro.

—Siempre seréis mujeres con un fin común. Nuestra igualdad. Benditas seáis vosotras y nuestra cofradía de las comunes.

—¡Sea! —Contestaron todas y Juana asintió orgullosa.

Las presentes, en total silencio y con absoluta emoción, cubrieron sus redondeados cuerpos con las negras capas y tapando sus cabezas con los capirotes oscuros, se dispusieron a comenzar su primer acción como cofrades.

María comenzó a envolver los cuerpos junto a Beatriz. Amice abrió la puerta comprobando que la calle se encontraba despejada. Beatriz y María arrastraron el cuerpo que se hallaba dentro del saco calle abajo, en la oscuridad de una noche que no las delató mientras Juana y Gadea arrastraban al anciano, que gracias al cielo, vivía a unas pocas casas de allí. Lo lanzaron por la puerta y corrieron hacia el horno. Cuando llegaron se apresuraron a limpiar la sangre para no dejar rastros. Las demás estarían por regresar a por el segundo cadáver y deseaban apresurarse para colaborar y terminar cuanto antes aquella locura.

La puerta se abrió de par en par, y tanto Gadea como su hermana sonrieron esperando ver a sus amigas, pero la oscura mirada con la que se encontraron, las hizo temblar hasta el último de los cabellos. Judá movió el rostro de un lado a otro sin dar crédito a lo que veía. Las mujeres se encontraban empapadas y con restos de sangre por todo el cuerpo pero, para su tranquilidad, parecían estar enteras. En el suelo se encontraba un hombre prácticamente degollado y un puñal clavado en la tráquea.

—Será mejor que me expliquéis lo que acaba de pasar —. Las

fosas nasales de Judá se ampliaban cada vez más.

—Mierda... —Gadea susurró sin darse cuenta y al segundo siguiente estaba recitando con los ojos cerrados... *Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae*.

—Oh, no mi señora, no me vengáis con vuestros rezos ahora —. Gruñó Judá provocando la sonrisa de Beltrán que estaba caminando en círculos observando el cuerpo de lo más interesado.

—¿Vosotras habéis hecho esto?

—Lo del mordisco he sido yo —. Juana dijo intentando asumir todas las responsabilidades. Beltrán abrió los ojos por lo que Gadea se apresuró a responder.

—Pero el rebanado del cuello lo he hecho yo.

Beltrán comenzó a morderse la lengua pero no aguantó y lanzó una carcajada que llegó hasta el techo mientras Judá maldecía por todo lo alto.

Amice, Beatriz y María entraron rápidamente a la casa pero cuando vieron a los dos hombres fue Amice la primera en reaccionar. Con fiereza recogió la dura barra de pan y que tan útil les había resultado en la ocasión anterior e intentó atacar al salvaje con furia. Los hábiles dedos de Judá fueron más rápidos y la sostuvo por la muñeca en alto. María intentó salir en su ayuda pero Beltrán la sujetó por la cintura elevándola por sobre el suelo. Esta le propino un puntapié en el centro de su masculinidad provocándole una serie de insultos furiosos y continuos.

—¡Amice, no! Él no es peligroso... Quiero decir, él es mi prometido.

—¡Soltadla! —Gadea se giró y ordenó a Beltrán con voz firme.

—¿Es una mujer? —Comentó repasando la corta melena y ropajes de María.

—¡Soltadla! —Y Beltrán cumplió la orden dejándola caer en el duro suelo.

María se retorció y lo miró con odio mientras él le sonrió con prepotencia.

Judá se hizo con la barra de pan de Amice arrojándola contra la pared mientras la furia amenazaba con hacerle explotar la vena del cuello.

—Intentaron secuestrarme —. Gadea dijo agotada.

—Y violarla —. Agregó Juana.

Judá cambió de postura al instante. Se acercó a su prometida casi pegando su rostro al suyo para acariciar su mejilla con premura. Gadea, aunque desconfiada por el cambio tan repentino, respondió educadamente.

—Los matamos —. Judá asintió nervioso entre un mar de turbulentas sensaciones.

—¿Los?

—Eran dos —. Judá observó el suelo y fue Amice quien aclaró.

—Nos deshicimos del otro.

El converso no salía de su asombro. Aquellas mujeres delicadas y dulces, ¿habían degollado a dos secuestradores? Sacudiendo la cabeza y esperando más tarde conseguir respuestas claras, se dirigió hacia su primo.

—¡Llevaos a este! Arrojadlo junto al otro y haced que parezca una riña de borrachos. No podemos permitir que las relacionen.

El primo asintió y sin el menor esfuerzo cargó con el cadaver cual saco de cereales, provocando la sorpresa de las féminas. Amice y Beatriz lo guiaron y los demás esperaron su regreso en absoluto silencio. Cuando Beltrán hubo regresado Judá aprisionó la mano de su prometida con firmeza entre la suya y la sacó de la casa rumbo a su hogar. Esta frenaba con los talones pero no le hizo caso. El resto de las mujeres comenzó a chillar pero él se giró con fuego en la mirada. Mi primo os acompañará a vuestros hogares y vuestra amiga, mi prometida, vendrá a mi casa de donde nunca debió salir. Las mujeres se negaron y Judá se sorprendió. Aunque parecían temerle, estaban dispuestas a enfrentarlo por ayudar a Gadea.

—Estaré bien. Id con él —. Gadea ordenó y las demás obedecieron —. Sé caminar —. La mandíbula de Judá crujió por el empuje de los dientes pero ella continuó caminando sin mirar hacia atrás.

—¿Entonces así nació la cofradía de las comunes?

—Así es.

La joven abrazó el libro y la abuela se sintió orgullosa de sus orígenes.

Deseo

—¡Deteneos! —Gadea se congeló frente a la gran mesa de la sala.

Tenía frío, las ropas estaban empapadas a pesar que la sangre de su atacante se encontraba seca. «Curiosidades de la vida», pensó distrayendo sus pensamientos en el vestido hecho harapos.

—Sentaos —. La voz gutural de Judá resonó en los muros de piedra.

—No estoy cansada, gracias.

—¡Sentaos!

Gadea lo sintió tras su espalda con el aliento pegándole en el cuello. Tragó saliva y decidió que no debería seguir tentando al destino. No esa noche.

Con excesiva lentitud movió la silla y como una noble de excelente educación se sentó. Puede que sus cabellos sucios y revueltos no lo reflejasen, pero su linaje era de los más nobles de Toledo. Judá se acercó a la mesa y se sirvió una jarra de vino, pero al ver la lentitud de la mujer y los exquisitos modales que demostraba acomodándose el vestido destrozado, le colmó el último hilo de paciencia que conservaba.

—¡Deteneos! —Dijo antes de lanzar la copa contra el suelo.

La joven abrió los ojos alerta. No se fiaba del hombre, algunas veces era tierno y hasta parecía sensible, pero al segundo se volvía un lobo furioso. Con disimulo miró hacia la cesta de frutas por si en algún momento fuese necesaria su utilización.

—Ni se os ocurra... —Judá respiró varias veces en alto antes de mover una silla con la mano y sentarse frente a ella.

Gadea lo vio con las piernas abiertas y aferrándose a los laterales y contestó con modosidad.

—Los señores no deberían sentarse en su hogar como si estuviesen en una taberna, eso no es...

—¿Mujer, estáis buscando que os ahorque? —Gadea se aprisionó el cuello al recordar la matanza de esa noche y el converso se arrepintió al instante de sus palabras.

—No pienso haceros daño —dijo intentando serenarse—. Ahora contadme lo que sucedió en el horno.

Gadea asintió y Judá agradeció que ella no replicara también esa petición.

—Esos hombres querían llevarme con ellos.

—¿Sabéis por qué?

—No.

—¿Qué os dijeron exactamente?

—No lo recuerdo bien —. Dijo temblando y Judá se maldijo a

él mismo por ser tan tonto. Con rapidez se quitó su túnica y la cubrió.

—Gracias.

El converso gritó con fuerza y al instante la criada se hizo presente con una sonrisa que se le borró del rostro al ver a la mujer vistiendo la túnica de su amado.

—Cinfaa, prepara un baño de agua caliente para Gadea. Ella irá en un momento.

—Los criados aún duermen y...

Judá se levantó del asiento y se acercó a Cinfaa para hablar en un susurro.

—No me provoquéis, os aseguro que hoy no es el día correcto para hacerlo.

Cinfaa asintió mientras se marchaba. Gadea observó el miedo en su mirada y se preguntó quien de las dos debería estar más asustada.

—¿Y bien? —Preguntó volviendo a tomar asiento de igual forma incorrecta que antes pero esta vez la joven prefirió callar.

—Se colaron en la panadería y no pudimos detenerlos. Dijeron que buscaban a la prometida del converso. Juana les contestó que era ella pero yo no podía permitirlo y entonces...

—¡Deteneos! —Dijo con la mano alzada.

—Pedisteis que hablase... —El hombre se acarició el rostro y Gadea pensó en la poca paciencia que poseían los hombres, pero nuevamente prefirió callar.

—¿Os llamaron la novia del converso?

—La prometida para ser exactos.

—Hijos de perra, malditos asquerosos...

La retahíla de Judá parecía no tener fin y Gadea tan cristiana como siempre esperó con las manos cruzadas sobre su regazo.

—¿Por qué querrían dañaros matando a vuestra prometida? —Consultó interesada.

—Aún no lo sé —. «¿Sería que sabían acerca de sus traducciones?» Pensó asustado. La muchacha pudo haber sufrido alguna especie de venganza por su culpa.

—¿Estoy en peligro?

—Mataré a cualquiera que intente acercarse a vos. Y hablando de matar, ¿dónde está ese inútil caballero que os sigue a todas partes? Le pedí que os protegiese. ¡Lo azotaré por su falta!

Se levantó de la silla presionando su estoque pero los dedos suaves de su prometida se apoyaron en su mano, y otra vez ese calor que ahora atravesó su brazo hasta el centro del pecho, lo inmovilizó.

—Mi padre lo hizo llamar. Él no quería marchar pero yo se lo pedí.

—Y él siempre hace lo que vuestra merced le pide, ¿no es así,

señora mía?

—Gonzalo de Córdoba es casi un hermano para mi y sí, le tengo en muy alta estima, pero no como vos estáis insinuando.

—No insinúo nada —. Dijo avergonzado por un estúpido arranque de celos absolutamente inusual en él —. Os juro que nadie os lastimará —. Dijo intentando expiar sus culpas.

—Lo sé.

—¿Lo sabéis? —Contestó con el humor reconfortado y una pequeña sonrisa en el rostro.

—Judá, sois un buen hombre. Algo en mi interior me lo confirma.

—Es la segunda vez que me llamáis por ese nombre.

—¿Os molesta? Yo pensé que...

—Sh, me gusta —. Dijo intentando aplacar los nervios que sintió al saber todo lo que pudo haberle pasado.

Con aún el miedo en el cuerpo por casi perderla se acercó y la abrazó con fuerza. La muchacha era terca cual mula en un barrizal, pero no dejaba de sorprenderlo. Podía haber permanecido en su hogar y alejar todo mal de su persona sin embargo visitaba el hogar de una prostituta para hacer pan por el simple hecho de querer ayudar. Gadea era la más extraña de las mujeres pero también la más interesante. Escucharla hablar era un trabajo inteligente y mirarla comenzaba a ser algo de lo más atractivo. Sus cabellos marrones destilaban un brillo especial y esos ojos castaños tenían un toque a bosque natural, incluso esas manos pequeñas parecían ese día más tiernas frente a la luz de las velas.

Como ya comenzaba a ser costumbre inhaló de su dulce perfume intentando descifrar los componentes pero no pudo. Su esencia le embargaba hasta la razón. Con dulzura soltó el calor de su abrazo y con la mano apoyada en su barbilla la besó con ternura. Sí, ternura, algo nada habitual en él. Cerró los ojos y se dejó llevar por una extraña sensación de pertenencia y placer. Cuando los abrió se sintió tan reconfortado que tardó en comprender la mirada de perplejidad que ella poseía. Estaba tiesa. Lo observaba como si no comprendiese nada de lo que allí estaba pasando y a decir verdad él tampoco lo hacía. Molesto por su vulnerabilidad habló apresurando las palabras.

—Ya habéis cometido demasiadas imprudencias para un día. Idos a descansar.

La joven se enderezó y con la altivez de una reina se separó de su cuerpo para caminar rumbo a sus aposentos. No pensó siquiera en replicar tamaña estupidez. Ella no había buscado que la intentasen matar, en todo caso eran sus turbios negocios los que la habían puesto en peligro. Molesta caminó con paso firme y sin mirar atrás. Ese

hombre la desconcertaba. No siendo el típico cortesano que alababa las virtudes femeninas por allí donde pasase, tampoco era el tirano que golpearía a su mujer en una alcoba hasta dejarla seca. No demostraba demasiado interés por su posición en la nobleza, ¿entonces quien era Judá y a qué clase de hombre pertenecía?

Sinceridad

La muchacha llevaba durmiendo toda la mañana y parte de la tarde y aunque no le extrañó, no podía dejar de mirar hacia la puerta esperando que ella apareciese. Los golpes de su contrincante en el entrenamiento de espada lo trajo a la realidad de un golpe.

—Mi señor, estáis distraído.

—Ya os gustaría —. Contestó devolviendo el estoque y evitando así explicación alguna.

A lo lejos pudo verla caminar rápidamente rumbo a la cocina por lo que detuvo la pelea al instante. Se arrojó un cubo de agua demasiado fresca, y secándose rápidamente con un paño, introdujo la cabeza en su camisa y marchó tras su presa. Deseaba verla pero nada tenía que ver con las insinuaciones de la estúpida sonrisa de su contrincante. Necesitaba hablar con la joven, quería hablar con ella. ¡Y qué demonios! ¡No le debía explicaciones a nadie! Se dijo mientras ansioso apresuraba el paso.

Gadea aceptó la copa de vino especiado y el trozo de queso que la cocinera muy amablemente le ofreció. Después de revivir una y otra vez el correr de la sangre y el miedo de la noche anterior, al fin consiguió dormir. Le había costado mucho aceptar que aquellos dos no le habrían dado una oportunidad de vivir, no tuvo otra alternativa, hizo lo que debía y la Virgen estuvo de su parte. Sonrió descansada mentalmente cuando los pasos fuertes y la voz gruesa desde el hueco de la entrada le hicieron cerrar los ojos y respirar profundo. La paz nunca duraba lo que el espíritu necesitaba.

—Veo que vuestra merced ha decidido honrarnos con su presencia —. Dijo al sentarse frente a ella y alzando la mano para que le sirviesen una jarra de vino.

—Lo siento mucho mi señor, pero estaba agotada, no suelo ser tan relajada en mis compromisos —. Dijo con una aparente humildad pero que él supo reconocer como altanería.

Ella podía estar llorando o lamentándose por haber quitado la vida a aquellos malnacidos sin embargo allí estaba, sentada en su cocina lista para el combate. Era digna de admirar... en todos los sentidos... pensó al comprobar la blancura de su tez. Con los humores renovados, continuó torturándola con ataques premeditados. Cada día disfrutaba más haciéndola perder los estribos. No lo podía evitar, cada respuesta de la joven disminuía su odio interior dando paso a una brisa fresca que lo rejuvenecía. Ella se tensaba como una cuerda, la mirada refulgía carácter, y se vio obligado a contener la risa o la muchacha le encestaría la jarra de vino en la cabeza.

—Ahora que habéis descansado lo suficiente y comido todo

nuestro queso —Gadea se sonrojó por el comentario y la cocinera se tapo el rostro con la mano mientras ponía agua a calentar en la chimenea —. Me gustaría que me acompañaseis a un sitio.

—¿Dónde si es que puedo saber? —Murmuró con los labios apretados.

—Es una sorpresa y dejad de arrugar así la frente o envejeceréis antes de lo previsto y no es mi placer casarme con una uva pasa —. La pobre se pensó si esto era real o aún seguía dormida.

¿El lobo taciturno estaba divertido? Daba igual, no se fiaba, puede que sonriera y hasta pareciera un joven apuesto pero sus cambios de humor eran tan extraños como sus ataques de silencio. La mujer observaba como si se encontrase en una batalla pero no comprendía muy bien cual era el premio. Cansada de pensar en quien no le importaba contestó con rapidez.

—Mudaré de ropas mientras vos hacéis lo mismo. Prometo no demorarme —. Se estaba por marchar cuando la mano de Judá la retuvo por el codo.

—¿Tan desagradable me encontráis que pedís que cambie mis vestimentas? —Dijo casi en un susurro para que la cocinera no escuchase.

—Y, no... nada de eso... Deduje al veros así vestido que querrías cambiaros de camisa después del entrenamiento. Yo... jamás pensaría que sois desagradable... quiero decir no de esa clase de desagradables... Virgen María.

—Creo que prefiero no preguntar que tipo de desagradable soy —. Judá se divirtió y la soltó para que pudiese escapar con algo de dignidad.

Gadea se acarició la frente odiándose por no ser más el tipo de mujer de la corte. Ellas cerraban el pico mucho antes. Si le hubiese hecho caso alguna vez a su madre y practicado un poco más la falsedad... Caminó dos pasos pero se sentía fatal. El joven la había salvado, y aunque algo tozudo, era mucho mejor candidato que otros odiosos de la nobleza. Ella no se casaría con él, de eso estaba segura, pero no significaba que no pudiese reconocer sus escasas virtudes.

—Lo siento, no fue mi intención. No quise decir eso. Sois un hombre fuerte, inteligente y muy interesante —. Dijo desde la puerta y sin girarse.

Judá satisfecho con su coraje la admiró aún más.

—Os estaré esperando en la sala, no os demoréis —. Ella asintió y se marchó.

—¿Os gustan?

—Son preciosas —. Dijo observando las flores del mercado y disfrutando de una magnífica tarde en el zoco.

—Enviadlas a la casa junto con las telas que la señora acaba de acariciar —. El mercader se apresuró a cumplir el encargo ante una Gadea de lo más extrañada.

—No deberíais, no es necesario.

—No dije que lo fuera. Gadea... no me gustaría que me temieseis —. Comentó con la mirada perdida y lamentándose por no poseer el don de la palabra para explicarse mejor.

—No os temo. Puede que vuestras acciones me desconcierten pero no es temor lo que siento.

Su franqueza lo hizo mirarla a los ojos e intentar descubrir que albergaba en su alma. Ella era un enigma, y aunque la mayoría de las mujeres lo eran, ésta tenía particular interés para él.

—¿Qué es lo que os provoco? —No contestó y Judá la invitó con la mirada a que no temiese.

Resoplando decidió hablar con franqueza, otra de las virtudes que la mayoría de las nobles solían evitar, menos ella, por supuesto.

—Desconfianza... curiosidad... desconcierto. No consigo veros claramente —. Dijo arrugando la mirada.

—Me temo que no existe mucho más de lo que tenéis delante —dijo mientras sujetaba su mano para llevársela hacia su brazo y continuar caminando —. Soy un nuevo cristiano, un converso, uno al que gracias a la inteligencia de su padre las monedas no escasean en su hogar.

—¿Os arrepentís?

—¿De mi padre? No, es lo único que poseo.

Esa no fue la respuesta que Gadea esperó, pero encantada con su lengua desatada, continuó satisfaciendo sus curiosidades.

—¿Y vuestra madre?

—La mataron —. El odio tensó su cuerpo.

—Virgen María, ¿por qué?

—Por amor blasfemo—. Gadea no necesitó preguntar.

Conocía las leyes, esas en las que se prohibía la relación entre las dos religiones. Con valentía preguntó esperando una contestación muy importante para ella.

—¿Os arrepentís de vuestra conversión?

Judá se tensó. Quiso gritar furioso que jamás se uniría a los verdugos pero se mordió la boca y respondió lo esperado.

—Cristo es el profeta enviado por Dios, es padre, es hijo y es espíritu santo y soy dichoso de abrazar la verdadera fe.

Las palabras revolvieron sus entrañas pero estaba demasiado acostumbrado a las arcadas de la mentira como para no fingir una sonrisa. Continuaron caminando por la zona de comercio bordeando la Primada sin hablar. El calor de la primavera y el ruido de los paseantes lo liberó de pronunciar palabras vacías que odiaba utilizar.

Gadea no lo interrumpió. Él se había encerrado nuevamente y nadie más que ella era la culpable. Su curiosidad la hizo pecar de impertinente. Buscó una respuesta donde no existía. ¿Qué otra cosa podía confesarle? Se sintió tonta e ingenua. No gustaba juzgar a nadie. Puede que la mayoría odiase a los conversos e incluso les temiesen, pero ella no. Las personas eran esclavas de su suerte y ella eso lo comprendía muy bien. Intentando resarcir su conducta habló con la sinceridad a flor de piel.

—En vuestro lugar no estaría segura de poder perdonar—. Judá se detuvo al instante y la observó curioso y muy interesado —. Quiero decir... si asesinasen a alguien a quien amo por el simple hecho que nuestros profetas o nuestros rezos no fuesen iguales, no, no creo que pudiese perdonar. Dios es el creador de todos, ¿no es eso lo único importante? ¿No debemos ser caritativos con los necesitados para alcanzar los cielos? ¿Qué otra sangre que no sea la roja corre por la de un judío, un musulmán o la mía propia? ¿Qué diferencias tiene el fruto de un amor de unos y de otros?

A punto estuvo de comenzar a orar como hacía siempre que cometía alguna impertinencia o comentario desafortunado pero no lo hizo. Su confesor hablaba de sinceridad en la oración y ella no la tendría en este momento. Si alguien dañase a Juana o al pequeño Diego, jamás los perdonaría, y que el infierno se apiadase de todos, porque ella no lo haría.

—Sois valiente y os admiro por ello pero no volváis a repetir algo así a nadie. Nunca jamás, ¿lo comprendéis?

El rostro de preocupación del joven le gustó y mucho. Parecía más tierno, más sensible, más humano... más atractivo.

—No temáis por mi, sé cuidarme.

—¿Y me permitiréis que yo también lo haga? —Las palabras brotaron sin pensar.

Algo en Judá se rompió en ese momento para ofrecerse tal cual era. La observó esperando que comprendiese la sinceridad en sus palabras. Ella no lo conocía pero ni siquiera él mismo se conocía en momentos como ese.

Negocios

La joven suplicaba mientras empujaba para no traspasar la puerta de la humilde morada pero Judá no hizo caso a sus ruegos. Con fuerza la sujetó de la cintura para arrastrarla hasta el interior. Descompuesta por el miedo de lo que podría encontrarse o las consecuencias de lo que allí pasase comenzó a temblar cual hoja de otoño.

—Mi señora —. María estaba acurrucada en una esquina de la casa frente al custodia que le helaba la piel.

Gadea corrió junto a la joven prostituta y la estrechó con sus brazos intentando salvarla de lo inevitable.

—Por favor, os lo ruego, ella no es culpable de nada. Si tenéis que responsabilizar a alguien hacedlo conmigo.

Las mujeres temblaban frente a un atónito Beltrán y un confuso Judá.

—Gadea os juro que no tengo idea de lo que habláis pero hacedme el favor de acercaros.

—No lo haré, no la entreguéis... por favor Judá, os lo ruego, haré lo que digáis pero no descarguéis vuestras leyes contra ella. Sólo buscaba alimentar a su hijo.

El joven se presionó la frente. ¿Su prometida estaba dispuesta a salvar a una prostituta, mujer que sería lapidada por cientos, cubriéndola con sus débiles brazos y una mirada que no asustaría ni a una rata? ¿De qué otras cosas era capaz esa inconsciente?

—Mi señora —dijo con parsimonia—nadie hará daño a vuestra protegida. Estoy aquí para ofreceros una solución a vuestros delirios.

—No os comprendo —. Exclamó con la cabeza echada hacia delante y arrugando la frente pero sin soltar a una María que no cesaba de temblar.

—¿En verdad pensabais que nadie descubriría que bajo amplias túnicas y cortos cabellos se ocultaban tan deliciosas curvas femeninas?

Gadea se molestó con el comentario y Judá disfrutó al intuir un pequeño deje de celos en su escurridiza prometida.

—Lo hemos hecho durante dos meses. No veo porque no continuar —. Contestó autosuficiente.

—Y por poco os matan —. Contestó retumbando la gruesa voz en la casita de piedra—. Mi señora, a partir de ahora mi primo Beltrán llevará el negocio del horno.

—¡No! —Gadea gruñó cual perro callejero y el joven se acercó para enfrentarla. Frente contra frente. Su prometida era bastante más baja pero eso no la hizo dar ni un solo paso atrás.

—Beltrán se encargará de la compra de cereales, será el responsable de la panadería. Vuestra amiga será la responsable de la

producción pero a todos los efectos Beltrán será la cabeza visible. Le abonaréis el veinte por ciento de todas las ganancias y a cambio él os proporcionará la legalidad que tanto necesitáis. Tengo entendido que vuestro esposo os abandonó —. Dijo mirándola con seriedad y María asintió agachando la vista —. Bien, eso será un buen motivo para que el regidor no deniegue mi petición.

Gadea se quedó estupefacta mientras María corría para lanzarse a los pies de Judá quien la levantó inmediatamente.

—Mi señor, gracias, gracias...

—A cambio —dijo con lentitud en las palabras y haciendo callar a la mujer al instante —mi prometida no volverá a esta casa. Debéis comprender que la comprometéis con cada visita.

—Sí, mi señor. Lo comprendo perfectamente —. Contestó con pesar por las amigas que perdería.

—Eso no podrá ser. Y aunque agradezco vuestra intervención con las autoridades, tengo que ayudar con el horno. Tenemos mucho trabajo —. Gadea contestó con sinceridad y altivez.

Beltrán se divirtió pero no abrió la boca, el inminente estado de furia de su primo no era algo con lo que jugar.

—Beltrán buscará un obrero pero no seréis vos.

Gadea lo miró y se enfrentó decidida a sus blancos y sobresalidos colmillos.

—Entonces sólo os llevaréis el diez por ciento. María necesita esas monedas.

Beltrán lanzó una incontenible carcajada y Judá se acercó tanto que la joven sintió como sus cabellos se movían con el aliento de su grave voz.

—Será el veinte por ciento, Beltrán será el encargado y vos no volveréis al hogar de una prostituta —. Gadea estaba por responder pero Judá aflojó su tono autoritario. Ya había previsto la negativa de su novia. Estos meses junto a ella pudo conocer y descifrar el honor que su corazón albergaba —. Podéis ver a María en mi casa siempre que queráis. Allí ambas estaréis protegidas. Daré ordenes estrictas para que sea bien recibida y si algún criado se fuese de la lengua yo mismo se la cortaré.

Su felicidad fue tan inmensa que se arrojó a su fuerte cuello y agradecida le propinó un beso del que se arrepintió al instante. Allí estaban María y su primo, ¡por amor a la virgen! ¿Es qué ya no conservaba ni un poco de decencia femenina?

Con el rostro en rojo carmesí y la mano en los labios recitó, y esta vez muy pero muy arrepentida, “Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus...”

María se hizo la distraída pero miró con furia a un Beltrán que

parecía estar disfrutando a fuerza de carcajadas. El converso, con el orgullo masculino por las nubes, abrió la puerta y se echó a un lado esperando que su prometida lo acompañase. Gadea aún acalorada, besó a María y sonrió apresando sus manos entre las suyas.

El paseo de regreso resultó ser reconfortante. Judá se mostraba agradable y Gadea no dejaba de sonreír. Cuando llegaron a la casa, los recibió el calor de una chimenea encendida y una sala iluminada a media luz por las velas. El joven ofreció a su prometida una copa de vino quien la aceptó con el mejor de los agrados. Con determinación alzó la bebida mientras le regaló una sonrisa que la joven supo que jamás olvidaría. Su intensa mirada brillaba pero no de furia. El rostro pétreo de siempre se hallaba relajado.

—Por un futuro tan sincero como nuestro —. Judá bebió pero ella apenas pudo mojarse los labios.

—¿Qué os aflige? —Dejando la copa en la mesa se acercó y acariciando su mejilla con el torso de la mano carraspeó con determinación —. He prometido que podríais volver a ver a vuestra amiga, ¿no confiáis en mi?

—No. Quiero decir... no es eso.

La joven agachó el rostro pero él la alzó sosteniéndola por la barbilla. Gadea levantó la vista y sintió como si sus miradas chocasen por primera vez.

—No puedo casarme con vos...

—¿Os sigo pareciendo desagradable? —Comentó con una sonrisa tan sincera que Gadea deseó atesorar como promotora de tan maravilloso milagro.

—No os burléis de mi, sabéis que no quise decir lo que insinuáis.

—Entonces si no os parezco desagradable... —dijo acercándose cada vez más a su delicado perfume—¿Por qué no podéis casaros conmigo?

—Terminaréis odiándome —. Judá acercó los labios a su cuello y depositó un suave beso en la ternura de su piel.

Aunque los deseos racionales se lo negaban, los deseos femeninos resultaron ser más potentes y arrastrada por un mar de sensaciones, alzó los brazos y cruzándolos tras su cuello respondió al contacto de sus carnosos labios. De puntillas lo obligó a agacharse y aceptar sus imprudentes caricias. Jamás creyó que podría comportarse de manera tan osada pero allí se encontraba, como Eva ante el fruto prohibido, aceptando el pecado ante la más deliciosa de sus formas.

—Decís que no podéis pero no que no queréis —susurro con voz grave sobre sus labios—. Arrojáis sobre mis espaldas la responsabilidad de un odio que considero imposible.

Los suaves labios se amoldaron el uno sobre el otro. Sedosos, húmedos, anhelantes...

—No sé que hacéis conmigo pero cada minuto a vuestro lado me descubre un lugar desconocido...

Rodeada por un halo de ternura se dejó arrastrar hacia el borde de la fuerte mesa que sirvió de sostén antes de sufrir un desmayo de alborotada pasión.

—Venid a mí por voluntad. No deseo vuestra obligación... —sus susurros parecían cada vez más lejano y el cielo más cercano—. Os necesito... cuando me encuentro a vuestro lado mi odio se suaviza y mis esperanzas nacen...

—No quiero defraudaros... —dijo sin aliento sintiendo como barreras caían frente a la delicadeza de sus besos. «¿Cómo alguien tan brusco puede demostrar tanta ternura?» Pensó con la escaza cordura que aún conservaba.

—Sh, no penséis en imposibles que jamás sucederán... Entregaros a mi. Sois mi prometida y por todo lo sagrado prometo cuidaros. Nunca abandono a los míos, debéis creerme... —La aprisionó contra la mesa y agachó el rostro acariciando la delicada piel detrás de su oído con la espesa barba. Gadea suspiró cual ángel ensoñador y la sonrisa maliciosa se instaló en su masculino rostro.

—Entregaros... Venid conmigo... os espero...

Gadea sintió la necesidad de rendirse. Las palabras eran las propuestas exactas que cualquier mujer desearía escuchar. Un compromiso por amor. Una relación en donde las obligaciones resultasen innecesarias frente al poderío del corazón.

—Si pudiese... —Contestó con un leve sonido de culpabilidad.

—Podéis —dijo avasallando su cuello y acercándose peligrosamente al valle de sus virtudes— ¿Gadea, me deseáis? —Estirando el cuello hacia atrás y permitiéndole mejor acceso, le dejó ahondar unas caricias que nunca creyó que pudiesen ser reales —. ¿Me deseáis? —Insistió saboreando cada rincón de ese escote al que comenzaba abrir lentamente con sus dedos callosos.

—Sí... —susurró con los ojos cerrados sin poder negar la necesidad que su cuerpo reclamaba.

La aceptación de su prometida lo hizo saltar de euforia. Ella jamás sabría lo que esas palabras significaron para él. Cuando no importa lo que hicieres, los nobles del reino no cesan de arremeter contra todas tus formas de vida, estos consiguen dañar una parte del ser que muy pocas veces se recupera. Cuando marrano es un seudónimo habitual y cuando la muerte del profeta recae bajo unos hombros cansados, entonces es cuando los sentimientos se enjaulan en una celda a la que nadie pueda alcanzar. Pero Gadea comenzaba a aceptarlo. Ella no veía al avaricioso judío ni al converso traidor. Con

ella se sentía simplemente un hombre y eso era mucho pedir en una Castilla cargada de luchas injustificadas y poderes volubles.

Las duras manos se acercaron a la delicada cintura y acariciaron su pierna por encima del vestido. Gadea jadeó y Judá tuvo miedo de haberla asustado pero al levantar la vista y ver su rostro sonrojado y los ojos de ángel cerrados sonrió agradecido. Deseaba acariciarla, hacerla sentir como nunca lo hiciese. Si ella le permitiese ser un hombre con menos dolor y más esperanzas... entonces quizás tantas voces de almas errantes abandonarían sus noches atormentadas.

Su duro cuerpo se apretujo al de la joven y ese aroma le inundó hasta el último de los poros. Ella olía a paz... Deseoso de hacerla sentir más allá de su razón y sus profundas convicciones cristianas abrió las cintas de su pecho y acarició con la mano ahuecando los tiernos globos de piel tersa.

—Preciosos —. Murmuró al sentir la suavidad bajo los dedos.

Los labios se acercaron a los senos y los saborearon como si de la más fina miel se tratase. La mano subió rápidamente de su cintura para acariciar el otro montículo que lo esperaba ansioso. Deseaba comerla, no poseía boca suficiente ni manos suficientes para acariciar, mordisquear y darle el placer que deseaba regalarle.

La muchacha jadeaba y en algunos momentos hasta parecía estar por regresar a la realidad pero él, anticipándose frente a cualquier pérdida de su dulce calor, la saboreaba con mayor intensidad. Gadea Ayala comenzaba a ser suya y él jamás había poseído nada suyo. Todo se lo habían arrebatado. Cariño, dignidad, esperanzas... todo yacía bajo las tumbas de aquellos que ya no estaban.

Aturdida por el placer que sentía, Gadea se dejó arrastrar. Ya no pensaba ni en el pasado errático, ni en las lecciones del obispo, ni en los pecados mortales, sólo sentía. La piel se le erizaba con cada caricia y su pecho se ensanchaba con la humedad de su lengua. Las manos de Judá se deslizaron por debajo de su cintura y se sintió desolada por su pérdida pero cuando el comenzó a acariciar la piel de sus muslos un ligero temblor la asaltó. Gimió esperando lo desconocido cuando...

—¡Judá!

Gadea despertó del ensueño y sin advertir si la criada estaba sola o acompañada apresó sus vestido abierto hasta la cintura y cubriendo sus pechos corrió hacia la habitación buscando refugio.

La criada indignada y dolida se acercó con la mano en alto para propinarle una bofetada pero el converso la detuvo en el aire mientras con la mandíbula tensa aprisionó sus dedos al punto de causarle un fuerte dolor.

—No volváis a meteros en mis asuntos —. Dijo soltando su

agarre y haciendo que la joven cayese al suelo.

—Mi amor, perdonadme, por favor —. La muchacha se arrastró hasta sus pies con lágrimas en los ojos —. Veros con esa puta cristiana me hizo perder el juicio.

—Cinfaa —dijo mirando al suelo y con los ojos más negros que la más oscura de las noches —no la llames así nunca más si no quieres que os mande azotar. Ella recibirá vuestro respeto os guste o no.

Cinfaa se levantó con la furia hirviéndole la sangre y escupió en su rostro.

—No me engañáis, os conozco, puede que ahora llame vuestra atención pero yo comprendo vuestra verdadera esencia. ¡Sois cruel y vengativo! El odio os circula por el cuerpo. Ella es una cristiana y jamás poseerá vuestro amor. ¿Habéis olvidado a vuestra familia y amigos? ¿A vuestra madre?

El tormento que Gadea había sanado volvió para instalarse con férreo afiance en su corazón.

—¡Iros!

—Mi amor, yo os acepto. Es mi corazón quien os comprende y acepta. Nuestra sangre son dos hilos de un mismo padre. Ella jamás obtendrá ni vuestro cariño ni vuestro respeto. Para ella siempre seréis un cerdo, un marrano indigno de confiar. Un avaro pecador —. Judá agachó la cabeza pero no respondió. La criada confesaba lo que él conocía pero deseaba olvidar.

Cinfaa besó en la mejilla a un joven que turbado se sacudió como si los labios de aquella mujer lo quemasen. Agotado se apoyó rendido frente a la chimenea aprisionando su cabeza con ambas manos para no escuchar pero no la echó. Ella tenía razón, él era cruel, egoísta, vengativo pero se equivocaba en una cosa, respetaba a Gadea y comenzaba a enamorarse de su corazón. Con furia se giró, alzó una silla y la arrojó a la chimenea provocando grandes destellos de fuego que se reflejaron en la oscuridad de su mirada frente a la sonrisa triunfante de la criada.

Gadea entró a su habitación temblando de necesidad y de miedo. ¡Qué había sucedido! El cuerpo le temblaba y el corazón le latía enloquecido. El miedo le recorría el alma y rogaba regresar a su lado. Jamás había sentido algo igual. Debía huir antes que el daño fuese aún mayor.

—¡He dicho que no tiene autorización para entrar!

Judá se giró para ver quien era el osado que entraba en su sala cuando chocó de frente con la imagen aturdida de Zaaben.

—Necesitamos hablar —. Dijo mientras se deshacía de un golpe del criado.

—Domingo, dejadnos solos —. Ordenó con sequedad.

—Pero mi señor, si vuestro padre estuviese... —La mirada oscura de Judá brilló y el criado se persignó temeroso del demonio que a veces dominaba a su señor.

Con rapidez desapareció de la sala y el converso aprovechó la soledad para recriminar con dureza.

—No deberíais estar aquí.

—Lo sé, pero necesito que me acompañéis.

—¿En plena noche?

—Han capturado a uno de los nuestros. No sé cuanto pueda aguantar.

—¿Qué ha sucedido? —Dijo mientras se calzaba la espada en la cintura de cuero.

—El dominico valenciano —. Contestó furioso.

Judá no necesitó más explicaciones. Extendió sus dedos en la larga melena que rozaba sus hombros y la ató con la cuerda de cuero negro. Envolviéndose en su oscura capa ajustó el estoque en el ancho cinturón y salió al exterior. Zaaben, el viento frío de la noche y la sed de venganza serían sus únicos acompañantes.

Emboscada

Hierro contra hierro golpeando en la oscuridad de la noche. Una lluvia que no cesa y un cuerpo desplomándose en el barro tiñendo de rojo carmesí el lodo de una callejuela que los oculta. Un brazo fuerte sosteniendo a un carnicero, que con la pierna rota fruto de la implacable tortura, intenta colaborar. Una orden de huida y dos figuras desapareciendo en la oscuridad hacia la Sinagoga del Tránsito. Una negra mirada que se gira para observarlos y un puñal repentino que rasga la dura piel junto a su pecho. Una maldición en alto, un estoque certero en el centro de un corazón cristiano y un escape tembloroso. Una mano firme presionando una herida que se desangra sin compasión y un hombre que sólo pide poder verla una última vez.

—¿Buscabais algo, mi se-ño-ra? —Por amor a la virgen. ¡Esa mujer no dormía nunca! pensó Gadea mientras buscaba refugio detrás de unas cortinas.

—No, gracias.

La alcoba la ahogaba y decidió caminar un poco pero aquello era demasiada información para una criada impertinente.

—Él jamás os amará —. Cinfaa pronunció con altivez y la joven noble quiso sujetarla de los cabellos y arrojarla al suelo, pero se suponía que no debía, después de todo pertenecía a la corte de la reina.

—No me interesa lo que tengáis que decir. Haced el favor de iros si no deseáis que os haga echar.

La joven se carcajeó con fuerza y Gadea pensó que un golpe, con el bonito jarrón de encima de la mesa, sería una buena solución.

—Él jamás os amará. Me desea y piensa criar a nuestro hijo juntos.

—¿Hijo?

—No lo sabéis, llevo su fruto en mi vientre —. Gadea sintió que se mareaba.

El asco de las mentiras y la rabia del desengaño la hizo tambalear pero mantuvo las apariencias y contestó con voz calma.

—Mi querida muchacha, no sois la primera ni seréis la última en dar a luz a un bastardo —. Dijo caminando para marcharse pero Cinfaa la detuvo con la mordacidad de sus palabras.

—Cuando vuestros huesos crujan bajos sus manos entonces comprenderéis mi advertencia. Él no busca amor sino culpables. Judá es odio y venganza, nada más que odio circula por sus gruesas venas.

Gadea se quedó estática en el sitio y a pesar que la joven se había marchado, le fue imposible poner sus piernas a andar. La criada tenía razón, algo oculto y feroz envolvía a veces la mirada de su

prometido ¿pero matarla a ella? ¿por qué querría hacer tal cosa?

Temblando se acarició la frente. Con los miedos propios tenía suficiente como para buscarse nuevos, pensó caminando con lentitud. Huir e inventar alguna razón para que su padre no descubriese la verdad de sus acciones, era más que suficiente problema como para sumar las de su prometido. Pensando en posibles soluciones a su inmenso embrollo puso rumbo nuevamente a su alcoba. En el pasillo chocó de frente con un hombre fuerte que la aprisionó contra su cuerpo y cubría sus labios para que no gritase. Con el temor recorriéndole el cuerpo pataleó intentando zafarse cuando la voz de Judá la hizo desistir de sus ataques.

—¡Dios mío! Estáis sangrando. Debo ir a buscar...

—¡No! —El grito de Judá se unió al desgarro del dolor —. Ayudadme a llegar a una cama. Necesito recostarme antes de desmayarme... —susurró sin fuerzas.

—Dios, Dios... —Judá sonrió al escucharla y suplicó con educación —. Mi dulce señora, necesito de vuestra habitual caridad y no de vuestros rezos. Por favor...

Gadea no se lo pensó y se introdujo bajo el brazo sano para ayudarlo a caminar. Con pasos inseguros abrió la puerta de su alcoba, la más cercana al pasillo, y lo recostó en la cama. Jadeando por el esfuerzo se miró las enormes manchas de sangre y tuvo que contener el grito de pánico que la embargó.

—Voy a por ayuda —. Dijo con determinación.

—No confío en nadie —. Contestó haciéndola desistir junto a la puerta.

—Por favor... debe existir alguien... si no os atienden pronto moriréis —. Dijo al ver la inmensa cantidad de sangre cubriendo sus ropas.

—Vos cuidaréis de mi. Haced lo que os diga. Mi padre estará aquí en cinco días, si he logrado sobrevivir, acudiréis a él —. Gadea asintió secando una lágrima que se le escapaba por la mejilla —. Ahora haréis exactamente lo que os diga —dijo agitado.

Judá terminó de hablar y se desmayó tal cual lo había previsto. Con las lágrimas brotando sin cesar y con el miedo de la muerte en los huesos de su prometido corrió en busca de todo lo memorizado.

Arrojó cosas al suelo desesperada intentando encontrar el bote de emplaste.

—Aquí —. Se dijo al ver la mezcla de salvia, miel, ajo y otros que no supo reconocer.

Al pie de la letra, cortó sus ropajes, limpió la herida y cosió las carnes como él le había indicado. Aplicó la mezcla y lo sostuvo cuando el dolor lo despertó para volver a desmayarlo al instante.

Dos fueron las veces que estuvo a punto de vomitar y una en la que pensó que se desmayaría. Con la frente mojada por el sudor terminó de vendarlo y se arrojó sobre la silla agotada por el esfuerzo. Él parecía dormir pero el calor de su cuerpo declaraba que se encontraba bajo el efecto de las fiebres.

Decidida tomó rumbo a la cocina y preparó una infusión de sauco, tomillo y salvia que su madre solía utilizar para esas urgencias. Durante todo el día le dio de beber pero las fiebres lo dominaban. Como él indicó, puso paños húmedos en su cuerpo al que cubrió con una ligera sábana de lino. Los temblores movían su musculatura y el miedo por su muerte la hizo llorar, pero en silencio, para no ser descubierta. Él había dicho que no confiase en nadie y ella obedeció. Cinfaa, la inoportuna criada, había pasado por allí más de una vez pero simulando una indisposición trabó el acceso a su alcoba.

—Gadea, abrid, soy yo.

—¿Juana?

—¿Qué otra? —Contestó molesta —. Me han dicho que estáis muy enferma. Dejadme entrar.

—¿Estáis sola?

—Por supuesto, ¿Gadea que sucede?

El sonido de un mueble arrastrado por los suelos de madera precedió a la apertura de la puerta. Juana entró con precaución temiendo que su hermana se hubiese vuelto un poco loca, cuando al ver el cuerpo del hombre medio desnudo en la cama no pudo evitar saltar en el sitio.

—¿Pero? Pero ¡Pero!

—Sh, callaos —Gadea volvió a bloquear la puerta con el inmenso cofre y dejó caer los hombros hacia delante. Se encontraba agotada.

—Por favor decidme que no habéis sido vos.

—No he sido yo. Alguien ha intentado asesinarlo.

—¿Quién? —Dijo mientras se acercaba y comprobaba que el joven aún respiraba.

—No lo sé, lo encontré en el pasillo y lo traje aquí como pude. Hice lo que él me pidió, pero Juana, tengo miedo, no mejora. Arde en fiebre.

—Voy a buscar un médico —. Contestó con determinación.

—Me hizo prometer que no lo haría. Dijo que no se fiaba de nadie. Su padre estará aquí dentro de tres días... Él sabe de curas.

—Pero no podemos dejar que muera. Hermana, si él muere vuestra vida también penderá de un hilo. Nadie creerá vuestra historia. Os juzgarán y os condenarán por matar al hijo del mercader más rico de Toledo.

—Lo sé, lo sé, pero se lo prometí, él confió en mí —. Ambas se

miraron afligidas y se sentaron a esperar durante horas.

—Agua...

Gadea corrió a su lado con una copa y Juana acarició su frente para comprobar que la fiebre había remitido.

—Gracias al cielo —. Dijo Gadea mientras se sentaba a su lado.

Judá bebió pero a los pocos minutos volvió a quedarse dormido.

—¿Y ahora?

—Seguiremos esperando. No podemos salir de esta habitación hasta que despierte.

Juana asintió y acercó el canasto de costura para pasar una tarde y una noche muy pero muy larga.

Despierta

Un caldo de cordero y unos panes recién horneados serían la perfecta solución para los gruñidos de su estomago, pensó Gadea mientras se escabullía de la habitación en busca de supervivencia.

—Mi señora, cuanto se alegra mi alma de poder veros —. La voz del cura resonó fuerte y ansioso.

«Bellaco. Lo siento querida Virgen pero me lo apunto para luego, no tengo tiempo de rezar ahora mismo», se dijo pensando en aumentar sus plegarias nocturnas.

—Estimado abad Malamuerte —los modales, mezcla de falsedad y sonrisa fingida asomaron en los labios de la joven—¡qué gusto contar con vuestra visita!– Enfatizó con los nervios de punta.

—Mi señora —respondió deteniendo demasiado la delicada mano en sus pegajosos labios—. Llevo días buscándola.

El cuerpo ancho del sacerdote se estiró demostrando poderío y la joven escondió la mirada. Malamuerte haría temblar hasta al más santo. Su voz era soga gruesa y tirante lista para disfrutar con el sufrimiento ajeno. Más conocido por sus excesos sexuales que por sus obras caritativas, el abad representaba lo peor que Dios pusiere en la tierra.

—Tal parece que me ha encontrado —. Las manos alisaron la gruesa tela de su saya mientras su cerebro buscaba desesperante una vía de escape.

—Y no sabe cuanta es mi felicidad. Mi vista se reconforta con sólo mirarla y mi corazón se ensancha con su simple compañía —. La boca del abad se humedeció golosa y una brisa fría envolvió el recinto —. Hacedme el honor de pasear conmigo por los jardines, es un día estupendo y podríamos... conversar con absoluta y total libertad...

Los ojos de la joven se movieron inquietos buscando en la sala un bote salvavidas pero nadie apareció. El deseo brotaba en el abad con la misma intensidad que en ella los miedos. Puede que fuese una noble bien educada pero eso no la convertía en estúpida. Conocía la mirada de un hombre hambriento y el abad deseaba rebañar hasta la última miga del plato.

—Señora... —dijo apresando su codo para guiarla hacia el exterior. Sus miedos fueron interpretadas como dudas de las que el sacerdote se benefició al instante.

Dos fueron los pasos que llegó a dar dudosa hasta que con un movimiento descortés por su parte le liberó el brazo.

—Abad, me estáis incomodando. Comprendo que ese no es vuestro deseo por lo que os solicito que me permitáis abandonar la sala.

Conforme con sus palabras e intentando calmar a su acelerado

corazón, caminó con paso firme cuando las declaraciones del cura la inmovilizaron.

—Gadea Ayala, conozco vuestros secretos y creedme cuando afirmo que una estrecha amistad entre nosotros podría disuadirme de realizar comentarios desafortunados contra vos.

No se giró. Su cuerpo seguía de espaldas. Las rodillas le temblaron y los parpados se cerraron negando el significado de tan viles declaraciones. Atrapada contra la pared por la espada de las amenazas, agachó la cabeza y habló con sinceridad.

—Páter, me temo que hasta el hijo del padre haya tenido secretos. Hablad lo que consideréis oportuno pues palabras serán lo único que obtendréis de mí.

La joven marchó hacia la cocina para recoger los alimentos que había prometido a su hermana. Aún temblaba pero se armó de valor para recoger todo lo necesario. El abad estaba mintiendo, era imposible que supiese nada, se dijo escapando despavorida y sin esperar respuesta .

Una voz distrajo al sacerdote quien no dejó de observar a la joven en su huida. La muy estúpida creería que tenía alguna oportunidad contra él. La preciosa niña suplicaría formar parte de su lecho. Disfrutaría de las torturas que pensaba dedicarle fruto de su irrefrenable pasión.

—Páter...

—¿Qué deseáis? —Dijo con molestia. El olor a pobreza servil asqueaba al enviado de Dios.

—Puedo ayudaros. Ella será vuestra si así lo deseáis —. La sonrisa de lado brotó en el rostro marcado de antiguas pestilencias y la garganta de Cinfaa se secó al reconocer al diablo hecho carne.

—¿Y cómo será que alguien tan miserable como vos sea capaz de conseguirme tan grato fin? —Cinfaa tembló al pensar en las consecuencias de sus actos pero entregar a Gadea era el único camino para recuperar a Judá.

—Os informaré de todo lo necesario para que la tengáis.

El abad la miró como si de una mosca se tratase, y aunque no fuese de su placer, se alegró al sentirse el cazador de tan efímero insecto.

—¿Y qué ganaríais vos con ello?

—A Alonso de la Cruz —. Dijo casi temblando.

El abad lanzó una carcajada por todo lo alto y se acercó a la criada para acariciar sus senos de forma brusca e insolente.

—¿Qué estarías dispuesta a ofrecer por ese marrano?

—Todo —. Balbuceó sin fuerzas. Su mundo se iniciaba con él y terminaba para él. Asustada prometió lo que no quiso y se entregó a

quien hambriento, reclamó repugnante prueba de alianza.

Su vientre chocó contra el borde de la mesa y su vestido se elevó por encima de las caderas. Su rostro se apoyó en la madera fría del mobiliario mientras el demonio embistió una vez y otra más vaciándose hasta la última gota. Una vez hubo marchado, la criada bajó sus faldas, secó una lágrima impertinente y se alejó soñando con un futuro junto al amor de su vida.

—Hermana, habéis tardado, ¿todo va bien?

—Sí —. Gadea apoyó el cazo con caldo para Judá sobre la mesa.

—Gadea...

—Estoy aquí. Tranquilo, no os mováis... —Dijo acercándose a su lado.

—Agua...

Gadea corrió a servir una copa y se la acercó con suavidad a los labios. El hombre elevó como pudo la cabeza y sorbió un par de tragos antes de atragantarse con la bebida.

—Sh, despacio... al fin estáis despierto.

El hombre bebió un par de tragos más antes de desplomarse nuevamente en el lecho. Agitado observó el lugar y preguntó con apenas un hilo de voz.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres días —. Frunció el rostro y llevó la mano hacia un costado pero los dedos de la joven lo detuvieron —. Os cosí como me lo pedisteis pero igual os he vendado. Tenía miedo que las carnes se abriesen.

El hombre asintió como si estuviese conforme con su decisión pero no pronunció palabra. El cuerpo le dolía y la cabeza apenas le respondía.

—Mareado —. Dijo intentando explicarse.

La muchacha estaba por levantarse y recoger el caldo pero Juana se adelantó. Ya se encontraba a su lado con el cuenco y una cuchara. Con paciencia lo alimentó y limpió su rostro mientras su leve sonrisa le indicaron que se encontraba mejor.

—Se duerme —. Dijo Juana en apenas un susurro y Gadea asintió con la cabeza —. Ya no tiene fiebre y ha comido todo el caldo. Eso es bueno.

—Muy bueno —. Contestó esperanzada.

—Comer y descansad, hermana. Vos también lo necesitáis —. Juana comenzó a recoger su costura y Gadea frunció el ceño.

—¿Os marcháis?

—Sí, ahora que vuestro prometido está mejor y ya no seréis ahorcada —comentó con un guiñó de ojo— debo ocuparme de un

tema.

—¿Y cuál ese tema y que precisa de vuestra intervención con urgencia? —Gadea se lo pensó dos veces antes de preguntar. No se encontraba con fuerzas para asumir una nueva locura de su hermana.

—No os preocupéis por mi. Os lo comentaré cuando la cofradía se reúna.

«La cofradía de las comunes». La noble mujer pensó si sería capaz de continuar con aquella locura pero no se lo dijo a su hermana, Juana estaba demasiado ilusionada y ella demasiado defraudada.

—Descansad —. Dijo mientras le regalaba un beso en la mejilla y Gadea asintió antes de volver a ubicar el cofre en su sitio asegurando la entrada.

Bebió algo de caldo, se dedicó a sus labores un rato y leyó otro poco pero la tarde terminó y el cansancio la dominó. Con el cuerpo dolorido observó el amplio espacio libre en la cama. «¿Nadie tiene por qué saberlo?» Se dijo mientras se quitaba las zapatillas y acariciaba sus piernas adormecidas por el encierro. Con un dulce gemido extendió su espalda sobre el suave lecho y cerró los ojos buscando el placer de un merecido descanso.

Un calor reconfortante la rodeó y se abrazó a él como si de un corderito se tratase. Tan suave, tan agradable, pensó mientras se convertía en un ovillo para disfrutar de tan gustosas sensaciones. Una brisa fresca acarició su cuello y su cabeza se giró buscando algo más de tan refrescante hálito.

Una pradera soleada, una manta extendida y una sonrisa interminable recorría su rostro al verlo allí. Tan guapo, tan caballero, tan honorable... Su melena rubia se movía con el viento y sintió que moriría de amor... morir... morir... repitió un demonio oscuro desde el cielo. Las nubes cubrieron el sol, los relámpagos se iluminaron temerosos y ella intentó correr junto a él pero no pudo. Su amor se marchaba. Llorosa gritó intentando detenerlo pero él volaba por encima de las nubes. No me dejéis... no me dejéis... suplicó con el rostro cubierto de lágrimas.

—Estoy aquí... —Creyó escuchar, pero Julián continuaba su viaje hacia las infinitas alturas —. No voy a dejaros.

Esta vez la promesa fue más sonora. Una presión húmeda en los labios la hicieron abrir los ojos para cerrarlos al instante. Julián ya no estaba.

—Gadea, miradme, ¿estáis bien? — Judá se apoyó en un codo mientras acariciaba su delicado rostro.

Con temor de lastimarla con la dureza de su barba apenas la rozó. Ella era tan blanca, tan pura, tan hermosa... Tembloroso, bordeó sus cejas y contorneó cada detalle de su rostro con la aspereza de su

mano. Ella le pedía en sueños que no se marchase y él la tranquilizaría. Tenerla cerca aceleraba su corazón y reconfortaba sus pesares. Tan honorable, tan virtuosa, se ganaba las almas con la simpleza de su bondad. Desde que la conoció sólo recibió su comprensión.

Con dulzura aprovechó la situación y apoyó los labios junto a los suyos en un beso delicado y tierno. Su nariz busco la cavidad de su cuello para inhalar aquél aroma que al principio le resultó embriagante pero ahora se convertía en imprescindible. Estaba vivo y era por ella, sus ojos se abrían y también era gracias a ella. Cada día que pasaba le debía algo nuevo.

—Miradme, sé que estáis despierta.

La muchacha respiró profundo y abrió los ojos aceptando una realidad que se encontraba muy distante de la comprensión de Judá. No era con él con quien había soñado.

—Mi señor... me quedé dormida, estaba cansada... —dijo intentando moverse para levantarse pero con sumo cuidado de no hacerle daño en la herida.

—¿Habéis cuidado de mí todo este tiempo?

—Por supuesto —. Esa contestación le alegró en demasía —. Vinisteis a mí medio muerto —. Respondió moviéndose a un lado para ponerse en pie.

—Me salvasteis la vida.

—Vos abríais hecho lo mismo por mí.

—Sí, lo habría hecho —. Contestó analizando sus propias palabras y la profundidad de su significado.

—Vuestro padre estará aquí mañana.

—Bien —. Judá se estiró y aunque la herida le dolió como si le hubieran arrojado al mismo infierno, no se encontraba mal. Los mareos ya no estaban y las fiebres se habían marchado.

La joven se apresuró a lavarse el rostro en la jofaina y cercase ante la mirada indiscreta del hombre que no disimuló en su inspección. Preparó un pan con algo de caldo que conservaba templado junto a la chimenea y se acercó dispuesta a atenderlo.

Judá la admiró hasta en los detalles. Sus cabellos revueltos, la transparencia en su mirada, la delicadeza de sus manos.

—Debéis alimentaros —. Una cuchara se acercó a su rostro y abrió la boca obedientemente, algo poco habitual en él —. ¿Por qué sonreís? Vais a provocar que se derrame el caldo.

Aguantando la regañina y la sonrisa, continuó alimentándose. Disfrutó de cada movimiento y analizó las aberraciones de la vida. Las madres morían sin conocer a sus hijos, los hijos morían de fiebres frente a sus padres, las prostitutas se convertían en hombres para sobrevivir y los judíos como él se enamoraban de quienes odiaban...

—Bien —. Dijo apoyando el cuenco vacío, doblando el paño y consiguiendo captar su total atención —. Ahora vais a contármelo todo, pero todo, todo.

Judá se recostó en el lecho pero Gadea contestó con esa voz mandona que cada vez le divertía más.

—Os he salvado la vida, recordad eso cuando intentéis mentirme.

El converso aceptó la amenaza. Ella se merecía la verdad.

—¿Y qué se supone que debo contaros? ¿Quién ha intentado matarme? Creedme mi señora, si lo supiese no estaría recostado en esta cama sino aplicando justicia.

Gadea supo que Judá no hablaba por hablar.

—¿Quién sois?

—Alonso de la Cruz —. Respondió sonriente.

—No os riáis de mí, Judá —. Contestó entonando claramente su nombre.

—¿Os molesta?

—¿Vuestro nombre? No. Imagino que os lo puso vuestra madre y para mí eso significa respeto.

—Pero los cristianos piden conversión absoluta —. Dijo esperando descubrir el trasfondo doctrinal de la joven.

—Tonterías, vuestro nombre no os representa como persona. El hábito no hacen al monje —. Comentó pensando claramente en el abad Malamuerte.

La confusión en Judá cada vez era más evidente y los sentimientos más profundos. Nada resultó como esperaba. Hablaron durante mucho tiempo y aunque no confesó sus actividades secretas, dejó traslucir muchos de sus sentimientos. Necesitaba ver sus reacciones y maldita fuese aquella bruja, porque nunca se hubiese esperado lo que ella le ofreció. Comprensión.

Confesiones

—Sentaos a mi lado.

—Estoy bien aquí.

—Pero yo no. Vamos Gadea, habéis dormido a mi lado, no os sonrojéis ahora.

—¡Eso fue por qué estaba muy cansada y vos moribundo!

—Pues no hablaré hasta teneros en mi lecho —Gadea se tensó en el asiento y la diversión brotó de su negra mirada.

La joven arrugó la frente pero él se divirtió con su enfado mientras mostraba con golpecitos en el colchón el sitio exacto en donde la deseaba.

—¿Feliz?

—Para mi mayor mal, sí. Vos me ofrecéis felicidad cuando me miráis.

—¿Qué queréis decir?

—Nada que deseéis escuchar. Aún no estáis preparada.

La joven acarició su frente comprobando la ausencia de fiebre y el converso se rió con una carcajada.

—Mujer, no sé como lo conseguís pero provocáis en mí sentimientos desconocidos y dichas no experimentadas.

—Judá, no disfrutéis con mis temores.

—¿Temores inciertos o femenina curiosidad?

—Si vuestra merced insinúa que soy una chismosa… —. Comentó con su noble integridad ofendida.

—Mi señora, perdonadme tamaña descortesía, jamás en mi sano juicio sacaría tan vil conclusión —. La negra mirada de Judá brilló pecaminosa y ella supo que estaba divirtiéndose a su costa.

La muchacha aceptó con altiva dignidad las disculpas como si le creyese, y éste se mordió la lengua para no lanzar una nueva carcajada. Bendita mujer y sus divertidas artimañas.

—A estas alturas imagino que ya sabéis que mi madre murió en manos cristianas. Mi propio abuelo no disculpó el origen blasfemo de su amor —. Las manos de la joven se aprisionaron entre ellas. Era conocedora de tan horrible información pero no interrumpió, qué podría decir a quien por salvajismo radical perdió a aquella a quien por amor lo engendró —... mi padre huyó conmigo. Él no fue capaz de salvarla... —Un deje de acusación empañaban las palabras de aquél niño que aunque convertido en hombre, se encontraba en estado de insuficiencia sentimental como para perdonar a quien bien se lo merecía —. Llegamos a Lleida y allí nos asentamos. Zulema fue mi madre de reemplazo, ella cuidó de mí como si de su propia sangre se tratase, y Abrafán, su esposo… él reemplazaba a mi padre en sus ausencias culpa de aquellas largas jornadas. Ellos me regalaron un

hogar en el que ser feliz —las palabras de Judá se endulzaron con los recuerdos —, y Simón, el bueno de Simón, ¿sabéis? Él fue mi rabino, le gustaba gruñir y mostrar la vara de la rectitud en sus expresiones, pero no era así. Más de una vez aseguró no tener apetito para darme de comer —el hombre carraspeó intentando recuperar el sonido en la voz y tragarse las lágrimas que se amontonaban en su garganta—Pero no los perdonaron...

—¿No?—Gadea balbuceó girando el rostro hacia un lado para no enfrentarse con su mirada.

La vergüenza de los suyos la hizo por primera vez pensar en algo más que en escritos permitidos y creencias aceptadas. Hoy, en esa alcoba, los desgraciados poseían nombres cambiados, sonrisas desaparecidas, historias truncadas.

—... Abrafán me protegió con su cuerpo y Zulema empujó de mí para que huyese mientras la espada se clavaba en su espalda. Aún recuerdo resbalar con su sangre antes de correr sin mirar hacia atrás. No fui capaz de salvarla —. Dijo reconociendo en sus actos los mismos errores que su padre.

—Erais tan sólo un niño. ¿Cómo podríais haberlo hecho?

No la escuchó. Las absoluciones por la gracia del perdón no representaban sus deseos. Justicia y venganza encajaban de forma más acertada con lo que su corazón aclamaba siempre que los recordaba.

—Llegamos a Toledo y eso fue todo —. La muchacha frunció el ceño ante tan repentino final.

Estirando las piernas y poniéndose más recto, se apoyó en el respaldo de la cama. Sentía las fuerzas mermadas y su cuerpo dolía como tras una caída de un caballo, pero encontrarse junto a su prometida, allí, en su alcoba, cuerpo a cuerpo liberando su alma, le resultó natural y gratificante.

—¿Cuándo os convertisteis? ¿Qué sucedió para que escuchaseis el llamado de Dios? —La ingenuidad de Gadea la hacía demasiado dulce o demasiado estúpida, pensó molesto. Prefirió conformarse con la primera opción.

—Veréis mi dulce señora, cuando las masas elevan antorchas y gritan, ¡bautismo o muerte! Es difícil no escuchar el llamado.

—Sí —. Dijo reprendiéndose a si misma por su falta de raciocinio.

Observando la robustez del cuerpo y la mente de Judá debió deducirlo. Su prometido no era un converso convencido. Pero eso significaba que su posición era aún más conflictiva, se dijo afligida. Los falsos cristianos eran impuros, salvajes avariciosos, asesinos despiadados... tembló al imaginar el sin fin de acusaciones que cernía sobre ellos.

—Jamás permitiré que os hagan daño —. Intuyendo que su

mirada concentrada se refiriese a su falta de convicciones religiosas, intentó apaciguarla en sus temores. Nadie lo había descubierto hasta ahora y mucho menos lo harían una vez que se encontrase casado y con familia propia —.Vos y nuestros hijos estaréis ha salvo.

—¿Por qué decís eso? —Preguntó extrañada.

—Veo el temor en vuestra mirada. Mi sangre de nuevo cristiano no dañará vuestra seguridad, os lo aseguro, moriría cuidándoos.

Judá habló con tal fiereza que esta vez la hizo temblar pero no de miedo. Nadie nunca le había expresado nada parecido, ni siquiera su padre. Para él ella era una mercancía con la que conseguir beneficios. Un maravedí de intercambio.

—¿Sois un falso converso? ¿Un marrano? —Necesitaba asegurarse.

La tensión dominó cada músculo de Judá. Ese termino era tan asqueroso como despectivo. Si por él fuese quemaría la lengua de cada uno que se refiriese a los nuevos cristianos enesos términos. No eran ellos los que a golpe de espada habían pedido cambiar de creencias. Por un momento pensó en lanzar toda la porquería que llevaba dentro, gritar que siempre estaría junto a su pueblo, que mataría a todo aquél que intentase cambiarlo y que ajusticiaría a todos aquellos que con sus largos hábitos y su pureza de sangre decidían la legitimidad de las leyes divinas. Pero no podía. Su sinceridad podría simbolizar su derrota y la muerte para ella.

—Mi señora, no debéis afligiros. Soy un cristiano como vos pero algo más nuevo —. Gadea respiró aliviada y Judá se sintió un mentiroso traidor.

Ella era una buena mujer, merecía el casamiento con un igual y no con un falso que utilizase su buen linaje para afianzarse en la ciudad y en la corte. Pero no, no la liberaría. Su pueblo necesitaba de esos contactos y él, él comenzaba a necesitarla cada segundo un poco más. Llevado por algo parecido al cariño o lo que algunos llamaban afecto se acercó y la besó ferviente, apasionado.

—No... no puedo —Balbuceó al sentirlo acariciar sus piernas y levantar sus faldas. Esta vez sabía cómo se sentían sus caricias y la negativa se tornaba menos rotunda.

—No temáis... estamos prometidos, nos casaremos...

La tela comenzó a elevarse hasta llegar a su cintura y aunque hubiese querido rechazarlo, poco podía hacer frente a la tortura de sus labios sobre sus pechos. Era tan delicioso sentirlo así. Después de días temiendo por su vida ahora lo sentía tan vivo y acariciando su cuerpo que resultó demasiado para sus resquebrajados nervios.

—No puedo... —susurró al sentir sus dedos ascender por la entrepierna.

Judá no hizo caso de ninguna de sus peticiones. Puede que sus

palabras pidiesen una cosa pero su cuerpo reclamaba otra muy distinta. La humedad de su cuerpo y esa dulzura que le brotaba por entre las piernas se lo dejaban más que claro.

El lateral le dolía como los demonios pero no pensaba quejarse, estar tumbado y semi incorporado sobre el cuerpo de su prometida y con el vestido arrugado en la cintura era vida para los muertos, y él acababa de regresar del inframundo. Con determinación, su mano acarició la ternura de esa piel sonrosada y la contorneó con la aspereza de su dedo. Gadea gimió y casi se incorporó ante la intrusión de la mano pero él se apresuró a besarla con ferocidad mientras su mano seguía trabajando por entre sus piernas. Ella era deliciosa. Respondía a sus caricias y se entregaba sin reparos. Jamás lo hubiese imaginado.

Necesitada de su contacto, alzó el cuerpo y él se apretujó haciéndolos uno. Le haría sentir los beneficios del matrimonio con un converso. Con sonrisa de maldad y con grandes cuotas de estratega, dejó que sus dedos vagaran posesivos y victoriosos por unos labios cargados de miel. Sus manos acariciaron sus rizos íntimos hasta encontrar ese hueco al que comenzó a acariciar con movimientos circulares, humedeciendo la zona con el fruto de su propio deseo. Ella suspiraba, gemía y susurraba y él la besaba deseando devorar cada rincón de su cuerpo. Su dedo, deseoso de poseerla, se adentró en aquella cueva ardiente y se frotó una y otra vez contra las paredes humedecidas.

Ofrecer placer era exquisito y terriblemente novedoso para alguien que nunca se entregaba, pensó extrañado. Jamás creyó que ver la satisfacción en el cuerpo de su mujer pudiese causarle el mismo efecto que el sentirlo en sus carnes. «Mi mujer...» susurró posesivo. El cuerpo se le tensó con el descubrimiento y prácticamente se posicionó sobre ella mientras su mano, totalmente descontrolada, entraba, salía y acariciaba sin pudor. Los jadeos de Gadea y la tensión en su cuerpo le gritaban que estaba a punto, por lo que se lanzó a acariciar aquél capuchón que se abría para él como una flor y lo aprisionó entre sus dedos.

Gadea se sentía volar. Cada caricia allí abajo la elevaba a lo más alto. El calor la inundaba pero cuando él presionó con insistencia aquella zona su cuerpo se cerró ante el dedo invasor y reaccionó de una forma incontrolable. Oleadas de tensión y temblores le endurecieron el cuerpo y el pechó comenzó a subir y bajar sofocado. Hubiese saltado del mismo lecho si no fuese porque sus posesivos besos y el peso de su cuerpo la aprisionaban contra el colchón.

Cuando las oleadas cesaron y el cuerpo comenzaba a respirar nuevamente comprobó que Judá, recostado a su lado, acariciaba su rostro con ternura. Delineaba su barbilla y sus cejas y ella cerró los

ojos horrorizada, acababa de convertirse en la peor de las mujeres y eso que ya no se consideraba una muy buena. Las lágrimas le brotaron de los ojos pero él las secó con su lengua.

—No lloréis… —dijo con ternura—. Estamos prometidos y además nadie más que nosotros lo sabrá. Gadea… —dijo como deseando continuar con aquello y ella hubiese aceptado si es que no se sintiese una estafadora.

—¡No puedo!

Se levantó, se ajustó el vestido y se marchó de la habitación dejando a un Judá tenso pero en absoluto enfadado. Ella lo deseaba y sería suya. Ya tendrían tiempo para lo demás. Se recostó y apoyando la cabeza en su lado aspiró su aroma impregnando las sábanas.

—¿La besó y se durmió? ¿Y nada más? —Constanza preguntó extrañada y la abuela se alisó las faldas mirando hacia abajo e intentando escurrir el bulto. Sus saltos en el relato eran de lo más divertidos.

—¿Quién se durmió?

La pesada de Isabel hizo su aparición en la cámara junto a la del capitán y destinada para hacer más llevadero la vida a bordo a los viajantes.

—Nadie que os importe —. Contestó molesta. Esa jovencita le caía cada vez peor.

—Eso es cierto. ¿No habréis visto al capitán?—Preguntó cambiando de tema—. Me suplicó que le avisase sobre la mejora de mi tobillo.

—¿Suplicar? —Constanza dudó mucho que aquél hombre de rostro pétreo y brazos de hércules suplicasen nada a nadie.

—No importa, estará en cubierta, subiré a buscarlo. Seguramente me pida que lo acompañe a cenar en… su camarote.

La joven la vio alejarse y se planteó arrojarle el libro con la tapa de cuero por la cabeza pero la abuela la detuvo.

—No merece la pena.

—Tienes razón. Lo siento… —Comentó acariciando la inscripción en letras de oro. “La cofradía de las comunes”. Ellas eran mujeres de verdad y valían mucho más que un chichón en la cabeza de una hueca insufrible.

Judá despertó y se encontró sólo. El sol calentaba la habitación y aunque la buscó con la mirada por el inmenso recinto, no la encontró. Ella no estaba.

El no saber dónde estaba o siquiera donde había pasado la noche le molestó en exceso. Gadea debería haber pasado la noche a su lado, esa era su habitación y él su prometido al que debía cuidar.

Enfadado se puso en pie, y a pesar que el cuerpo le pinchaba como un muñeco de brujería, no se sentía en absoluto tan débil como para levantarse. Caminó desnudo excepto por los calzones cuando divisó ropa limpia sobre un cofre. Esa mujer estaba en todo, pensó orgulloso.

Haym chocó de frente con su hijo, en la puerta de la habitación de Gadea, con medio cuerpo fuera y otro medio dentro. Llevaba sólo unos pantalones, una camisa arrugada y descalzo. El cabello estaba desalineado y sin recoger. Con la mirada lo recorrió de arriba abajo mientras la furia comenzaba a recorrerle el cuerpo.

—Buenos días, padre —. Dijo divertido.

—Venid a la sala —. Contestó grave —. Y vestiros.

La voz de Haym confirmó a Judá que su padre pensaba de él lo peor y eso le causó diversión. ¿No deseaba casarlo? ¿Pues qué mejor que comprometer la virtud de la muchacha para conseguirlo?

—Padre, creo que será mejor que me explique...

—Vestiros. ¡Ahora! —Gritó furioso y Judá caminó rumbo a su habitación para adecentarse y encontrarse con su progenitor en la sala. No era día para acrecentar su mal humor, pensó con aires bromistas mientras acariciaba su crecida barba. Era curioso, pero en otros momentos se hubiese alimentado de su furia pero últimamente sonreía ante situaciones de lo más inexplicables.

Crítica

—No tenéis buena cara —. Dijo mientras servía una copa de vino y se la bebía sin tomar aliento. El hijo arrugó la frente al observar el furioso estado de su padre —. ¡Demonios Judá! ¡En qué estabais pensando!

—Creí que deseabas casarme —. Se sentó en la silla y estiró las piernas para aliviar la tirantez de su herida

—¡No así! Si su padre se enterase estaríamos perdidos. ¡No fue para que os acostaseis con ella que permití que se quedase!

—¿No fue así? Lamento haberos mal interpretado padre. ¡Creí que lo hacías para metérmela por los ojos! —Ahora Judá se encontraba igual de furioso.

No deseaba reconocer que su padre había conseguido su tan ansiado objetivo. Ella le estaba entrando por los ojos y por el agarrotado corazón.

—¡Pero no para deshonrarla! ¡Os creí menos animal!

Judá decidió llenar su jarra con vino especiado y tranquilizarse. Ambos estaban desvirtuándolo todo.

—Padre, he sufrido un ataque y ella me ha curado, tan sólo eso...

El resoplido de su hijo hizo aligerar el humor de su padre que ahora más preocupado por las heridas que por la virginidad de la joven, se acercó preocupado.

—¿Estáis bien?

—No ha sido nada, simples rateros —. Mintió descaradamente, pero su padre pareció comprar dicha mentira porque al instante se sentó a su lado para hablar con algo más de serenidad.

—Judá, la falta de alimentos, las luchas en Granada y un pequeño rey dominado por su madre y su tío no vaticinan nada bueno para nosotros. Estoy mudando parte de los negocios como prestamista hacia los arrendamientos pero eso no nos garantiza que el mañana sea más seguro. La judería ha sufrido varios ataques e incluso algunos comerciantes han sido acusados de delitos no cometidos.

Judá lo sabía perfectamente, su herida se debió al salvar a un carnicero acusado de vender carne consagrada a cristianos. Falsedad de la que aunque se defendió, por poco estuvo de llevarlo a la hoguera.

—La corte está revuelta y aunque nos encontramos en buena posición, no estoy seguro de cuanto pueda durar. A veces siento que nos movemos por terrenos pantanosos y que jamás saldremos de ellos.

—Somos fruto de vuestro trabajo y sacrificio, no debemos preocuparnos —. Dijo con la mirada fija en los anchos tablones del suelo.

Su padre no contestó. Las tramas de la curia y la lucha entre los nobles eran la base de la política y las que marcaban la suerte de sus destinos.

—Debemos reafirmar nuestra posición o podríamos llegar a perderlo todo. Los conversos han comenzado a sufrir discriminaciones —comentó preocupado—. No dejan de ser simples habladurías sin fundamentos, pero también lo fueron los ataques anteriores contra nuestros amigos, y sin embargo ya no están aquí para contarlo —miró a su hijo intentando parecer esperanzado —. Debéis casaros con esa muchacha. Su linaje es uno de los más prestigiosos de Toledo, nadie se atreverá a alzar la mano en vuestra contra con el apellido Ayala respaldándoos.

—¿Y por qué pensáis que su padre estará tan conforme con el trato? Aún sigo sin comprender porqué permitió que ella se hallase bajo vuestra protección.

Un crujido de madera los hizo mirar hacia una de las puertas pero nadie apareció, por lo que asumieron que eran simples quejidos de un palacio antiguo.

—Su posición económica dista mucho de su grandeza de sangre. Las deudas lo consumen y sus propiedades me pertenecen tanto como su buen linaje.

—¿Cuántos maravedíes os debe?

—Los suficientes como pare cerrar nuestra alianza.

—La vende con tal de salvarse, bastardo... —murmuró entre dientes.

—Hijo, deseo vivir mis últimos años en paz y rodeado de mis nietos. Vos necesitáis una buena mujer y ella una liberación. Si por vuestra seguridad debo comprar su distinguido apellido que así sea. Prometí a vuestra madre velar por vos y así lo haré —dijo con la nostalgia gravada en la mirada —. Os parecéis tanto — comentó sin poder contenerse.

—No creo que nos parezcamos tanto... —dijo apenándose de sus oscuros pensamientos.

No deseaba ser cristiano, odiaba a aquellos que por su Dios mataban a su pueblo, le asqueaban sus falsos prejuicios y le repugnaba tener que pagar con sus arcas la honorabilidad de su familia. No, él no se parecía en nada a su dulce madre.

—Vuestros cabellos tan negros como vuestra mirada son copias de los suyos —dijo atragantado—aunque me temo que ese cuerpo de bruto y esa cabeza de egoísta mal nacido sean pura herencia mía.

—Me habéis dado todo lo mejor —. Contestó irónico y ambos sonrieron con placer. Luego de unos momentos de silencio el joven habló sincero —. No debéis preocuparos, me casaré con ella. Lo tenía decidido antes que llegaseis de Ávila.

—Es una buena joven, puede que su padre sea un inútil pero ella posee un noble corazón, imagino que lo heredó de su madre —. Comentó seguro provocando la carcajada entre ambos.

El padre aplaudió la espalda de su hijo mientras preguntó con menos preocupación que antes.

—Entonces vuestra herida, ¿necesitáis que os revise?

—No es necesario, Gadea lo ha hecho bien.

Haym asintió aceptando su palabra y los dos salieron rumbo al exterior.

Cuando las voces se apagaron, las gruesas cortinas junto a la ventana se movieron hacia un lado para dejar a una Gadea que aún cubría su boca con las manos. Su padre estaba arruinado y la había vendido. Comprendía los deberes de una mujer para con su familia pero el sabor amargo se le atragantó en la garganta... «¡Un momento!» Se dijo reflexiva, si su padre necesitaba el dinero significaba que la boda con Judá no tendría marcha atrás ¡pero ella no podía casarse! Arrastrando los pies caminó rumbo a su alcoba. Tenía que pensar en algo pronto o las consecuencias serían muy graves. ¡Pero qué! Era una locura y las locuras no eran lo habitual en ella... ¡Un momento! Locuras... esa era la respuesta...

—Gadea.

—¡Ahora no Gonzalo! Tengo prisa.

El caballero se apoyó contra la fría pared del pasillo de piedra. Sus cabellos estaban revueltos y no había bebido ni un vaso de agua después de tan larga travesía. Quería que supiese que estaba allí, junto a ella en casa de su prometido, pensó mientras se miraba las botas embarradas con lodo del camino y sintiéndose un imbécil enamorado. El pequeño Diego apareció corriendo.

—¿Habéis visto a mi hermana?

—No —. Mentir era mucho mejor que reconocer que había sido ignorado.

—Bien, vayamos a por ella. Seguro se pone feliz de vernos —. Contestó el pequeño.

—A vos seguro —. Contestó mientras el niño apretaba con fuerza la mano enguantada para ser guiado en busca de Gadea.

Esperando lo inesperado

—Debo huir.

—Pero me habéis dicho que es un hombre mucho mejor de lo que pensabais —. Respondió Juana aturdida.

—Eso ya no importa.

—¿Si contaseis la verdad?—Sentada en la silla Gadea sintió que el mundo la aplastaba.

—No lo comprendería. Ninguno lo haría.

—Todo esto es una locura, tiene que existir una forma —. Juana habló desesperada.

—Pues la verdad es que no se me ocurre ninguna —. Gadea habló desilusionada.

—Puede que si madre estuviese aquí.

—Madre piensa en el engaño como única solución. Esas fueron sus palabras antes de dejarme abandona aquí.

—Entonces no deberías descartarlo.

—No puedo hacerlo. ¿Es qué no lo comprendéis? Él se ha sincerado conmigo, ha confiado en mi. Dios... —Las manos se acercaron a su pecho ahogada al no poder respirar —. Me iré esta misma noche.

—Hermana por favor actuad con raciocinio. En cinco días será el compromiso de Beatriz, no podéis hacerle esto.

—Lo había olvidado por completo —. Comentó apresando la frente con sus manos.

—Ya veo. Pensad. Si nos marchásemos ahora puede que Beatriz hasta niegue casarse con su prometido.

—¿Nos? De eso nada. Me fugaré sola. Aquí está Diego, vos debéis quedaros con él hasta que padre venga a por vosotros. No puedo arrastraros en mi locura.

—Por favor Gadea, debe existir otra solución...—suplicó desesperada— ¿Y si pedimos ayuda a “las comunes?”

—¿Te refieres a una panadera, una monja y una doncella?

—Más cabezas pensarán mejor que sólo una —. Gadea negó con el rostro.

—Aunque pudiesen ayudarme la vergüenza no me permitiría reconocer tamaña verdad —. Juana asintió comprendiendo perfectamente la posición de su hermana. Ella y su madre eran las únicas confidentes de su terrible secreto.

—Dejadme que piense —. Los nervios hicieron temblar a la imperturbable de Juana.

—Me quedaré hasta el compromiso, ya no os aflijáis.

La joven prometida se arrepintió de haber corrido desesperada a los brazos de su hermana, pero en un acto desesperado creyó creer

que esa pequeña sabandija podría tener alguna respuesta con la que poder expiar sus culpas. «Madre del padre creador ayudadme, os lo ruego» dijo mientras recitó en silencio, “Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus...”

—¡Diego! —Chilló al ver al pequeño empuñando algo que se parecía a una espada.

—Calmaros, es sólo un arma de madera.

—¡Pero es un niño! Apenas tiene cuatro años —. Dijo acercándose a su doncel.

—Sólo están jugando —. Gonzalo esperaba atentamente que el converso cometiese un error con el pequeño para poder ahorcarlo con sus propias manos.

Gadea caminó hacia la lisa. Al acercarse observó como ambos se miraban divertidos y la imagen la dejó embobada. Judá vestía unos pantalones de cuero y unas botas altas. El calor y el sudor recorrían su pecho libre de toda prenda y su negra melena se recogía con una cuerda de cuero tan dura e indómita como su dueño. Pero no fue su figura lo que más llamó su atención sino esa inmensa sonrisa que Diego le arrancaba al compás de los movimientos de su espada de madera. Gadea sintió que algo se debilitaba en su interior. No existía figura ni más masculina ni más perfecta que ese hombre sonriendo con el corazón. El converso hasta parecía feliz. Al verla se distrajo lo que le provocó un golpe certero en su espalda.

—¡Au! —Contestó más por la extrañeza que por dolor.

El estoque provocó la carcajada inocente del pequeño y la falsa mirada furibunda del caballero. El niño imitó la intensa mirada del instructor y lo atacó sin piedad. Judá se dejó vencer frente a un golpe en la rodilla pero no sin llevarse consigo al agresor que comenzó a refunfuñar indignado.

—¡No lucháis con honor! No podéis arrojarme al suelo y hacerme cosquillas... —Comentó carcajeándose por todo lo alto.

—Mi querido amigo, la lucha en combate nunca es con honor. Sólo intentamos sobrevivir.

Judá se levantó y con una mano en su pequeña cintura casi elevó al pequeño por los aires para volver a depositarlo en el suelo, pero esta vez de pie. Con un delicado golpe de su espada en las posaderas, lo instó a caminar hacia su dama que no dejaba de admirarlos extasiados. Cuando sus miradas chocaron Judá hubiese jurado que algo en ella era diferente.

—Mi señora... —Dijo agachando levemente el mentón mientras se apresuraba a recoger la camisa y ponérsela por la cabeza.

—Gadea, tengo espada —. El niño igual de sofocado y divertido

mostró en alto y con orgullo su posesión —. Vuestro prometido la ha mandado hacer para mí.

—Es preciosa —. Contestó pero sin dejar de mirar al caballero que llevaba todo este tiempo captando su atención —. Gracias —. Murmuró sonrojada a lo que él respondió con una ligera caída en la mirada.

Con la voz gruesa y con el espíritu cambiado, Judá ordenó a Gonzalo con firmeza.

—Acompañad al niño a sus aposentos para que este listo para la cena —. Las furia ardía en los ojos de Gonzalo provocando un acercamiento más de lo habitual en Judá.

Con apenas unos centímetros menos de altura pero con la misma amplitud de espaldas, no se dejó amedrentar. Sus miradas se enfrentaron pero Juana fue la que al instante reaccionó salvando la situación.

—Vuestra merced, no es necesario importunar a Gonzalo con tareas tan femeninas, yo misma acompañaré a mi hermano.

El niño, deseoso de hablar, sujetó la mano de Juana mientras saltaba más que caminaba.

—¡He conseguido herir al gigante! —Su hermana sonrió y marchó con él dentro de la casa.

Judá aún mantenía la mirada firme en Gonzalo y éste en él cuando volvió a ordenar.

—Retiraos —. Gonzalo no se movió.

Gadea, previendo lo peor, intervino con voz suave y sujetando del codo a su prometido.

—Me gustaría hablar con vos de algo importante —. Dijo presurosa pero sin conseguir que ni uno sólo de los duros músculos de Judá se moviesen. Su mandíbula se tornaba cada vez más cuadrada y la mirada más negra.

—Me dejaréis a solas con mi prometida y no volveréis a cuestionarme una orden o por vuestra madre os prometo que custodiaréis la tumba de vuestros muertos más pronto que tarde.

El pecho de Gonzalo subía y bajaba con fiereza pero Gadea se interpuso entre ambos y apoyando la delicada mano en la túnica de su amigo habló serena.

—No os preocupéis por mí.

—Estaré cerca —. Contestó antes de girar sobre sus talones pero Judá lo interceptó con el filo de sus palabras.

—Eso si no la matan antes por vuestra incompetencia.

Gonzalo se giró con la mano en la empuñadura lista para atacar y Judá lo recibió con sonrisa lobuna.

—¡Mi señor! —Chilló apresurada —. Doy gracias a la virgen que hayáis estado allí para salvarme pero pienso que es un hecho que

nos conviene olvidar, ¿no lo creéis así? —La furia de Gadea se notaba en cada una de sus palabras. Ambos habían acordado en el silencio el mejor camino para la seguridad .

Judá se maldijo por su estúpido error pero la confianza y cercanía que poseía aquél caballero con su dama lo sacaba de quicio. Ella era su prometida, sólo suya. ¿Por qué depositar su inocente mano en el pecho de aquél bastardo?

—Gonzalo os ruego que os marchéis, De la Cruz y yo debemos hablar.

La utilización de su nombre cristiano provocó una fisura que Judá odio por ser el único responsable.

—Mi señora —. El caballero aspiró con fuerza tres veces y se marchó. No fue hasta que Gonzalo se encontrase lejos para que la joven recriminara furiosa.

—¡Qué buscabais! ¿Deseáis verme tras las rejas del Corregidor? ¿Es eso lo qué vuestra merced desea para mí?

—No seáis tonta, no os salvé para ello —. Dijo arrojando la espada en una mesa cercana.

—Mi señor, vuestro comportamiento no lo deja claro.

Gadea estuvo por marcharse cuando fue detenida en el sitio. Sus fuertes dedos apresaron su muñeca al punto de dejarle marca.

—Recordad esas palabras —la joven lo miró confusa—. “Mi señor…” y de ningún otro, ¿lo comprendéis? No juguéis conmigo como lo hacéis con ese idiota porque las consecuencias no serían buenas.

—Permitidme que desconfíe de vuestras habilidades, ¿pero os habéis vuelto loco? Jamás, he alimentado esperanza alguna en mi doncel.

—Puede que no intencionalmente pero una sonrisa demasiado agradecida alimenta aspiraciones fallidas en un corazón enamorado.

Judá suavizó su amarre y aunque no la soltó, su voz se tornó más afable.

—Perdonad si deseo que toda la atención de mi prometida se centre en mí y no en un caballero mucho más apuesto.

—Menuda tontería, vos sois mucho más atractivo que Gonzalo —. Gadea abrió los ojos al notar la indiscreción de su lengua mucho más rápida que su cerebro.

Judá se rió con una fuerte carcajada de satisfacción y sujetándola por la cintura la guió hacia un banco.

—Venid conmigo, sentaros. No es de vuestro doncel de quien deseaba hablaros.

Interesada se sentó frente a la indicación de su mano. Con un poco de suerte él cancelaría el compromiso y ella podría marcharse. Puede que el converso le atrajese cada día un poco más, y sus recuerdos se quedasen para siempre en su memoria, pero ese era el

destino que le tocaba vivir. Esperó con la cabeza gacha su confesión. Seguramente Judá había descubierto que un apellido de noble linaje no valía el sacrificio de una boda.

—¿Creéis que a vuestra amiga le gustaría celebrar su compromiso en nuestro palacio? —Con descreimiento arrugó la frente sin comprender una palabra y el hombre la observó divertido.

Era increíble pero aquella muchacha le sacaba la sonrisa como un manantial natural. Sin esfuerzo alguno.

—Veo que no me comprendéis. Veréis, vuestra familia casi al completo vive en mi casa y vuestras amigas entran y salen continuamente sin invitación —el sonrojo de la muchacha lo hizo maldecir entre dientes y sentarse a su lado —. No me mal interpretéis, no es molestia en absoluto, después de todo el propio rey se instala aquí cuando quiere y sacude mis provisiones sin remordimientos —. La joven agachó la cabeza cada vez más avergonzada —. Gadea, yo no... soy un perro, lo siento, no fue mi intención ofenderos, simplemente quería decir que pronto seréis la señora de la casa y pensé que igual os agradaría...

El joven no terminó las explicaciones. Las palabras no eran lo suyo y el cansancio de las continuas torpezas lo agotaron más que cien batallas juntas. Gadea apoyó su delicada mano sobre los anchos dedos y él los miró hasta que apoyó la otra mano sobre los suya encerrándola.

—Yo sólo deseaba veros feliz —. Confesó algo cansado.

—¿Por qué? —Preguntó con sinceridad y girando el rostro para enfocarlo en esa barba tan densa y oscura como sus cabellos.

—Sois mi prometida —. Dijo excusándose de otra explicación.

—Mi apellido no vale tanto —. Dijo con remordimiento.

—¿Nos habéis escuchado a mi padre y a mi? —La joven se removió en el asiento y Judá cerró los ojos apretados como puños— Gadea —dijo con calma— muchos matrimonios son arreglados pero eso no significa que no podamos...

—Judá, yo os ayudaré, os lo prometo... tengo tan buenas relaciones como mi padre. No debéis casaros por obligación. Debéis intentar ser feliz con una mujer a la que deseéis.

—Mi pequeña ingenua, ¿pensáis que no os deseo? —dijo acariciando su mejilla—. Explicadme entonces porqué odio cuando enfocáis vuestra dulce mirada en otro que no soy yo —. La mano fuerte elevó la suya y acercándosela a los labios, besó su dedo índice para murmurar contra ellos —. Decidme porqué os he recordado todos mis días en Ávila —sus labios besaron su otro dedo con delicadeza mientras el corazón de la joven latía incontenible dentro del pecho— o porqué arrancáis de mi lo que no me sabía poseedor.

Los labios acercaron a su mentón y la poseyeron hasta quitarle

la respiración.

—Permitidme demostraros que sabré cuidaros. Permitidme ser vuestro dueño... os necesito.

—Me odiaréis... —dijo obnubilada por el deseo.

La mano callosa la sujetó con fuerza por el cuello mientras hambriento la degustaba sin importarle la hora ni el lugar. Judá acarició cada recóndito lugar de su boca y la exploró más allá de la razón. Judá delineó un camino de besos desde su cuello hasta sus labios para continuar con sus mejillas y volver a comenzar.

—Mi señora, mucho deberéis esforzaros, no existe una gota de vuestra esencia que no me enloquezca, ni un milímetro de vuestro cuerpo que no desee —dijo murmurando contra su delicada piel — ni una de vuestras imprudentes acciones que no admire.

Ambos se acercaron y Gadea le retuvo la mirada. Puede que no tuviesen futuro pero deseaba conocer la profunda sinceridad en sus palabras. Judá le sonrió durante los escasos segundos que le permitió esa libertad, luego volvió a afianzar su posesión tras su cuello y la boca la devoró ansioso por terminar algo que había comenzado en su cuarto, pero que aún se hallaba inconcluso. Mordiéndole el labio inferior la hizo sonreír y su espíritu saltó anhelante. Los torsos se pegaron y con terrible dolor en el cuerpo y el alma elevó las manos para llevársela a su propio cuello y comenzar a soltarse de su amarre. La mirada de la muchacha se nublaba por el deseo y Judá se maldijo para si mismo.

—Nos detendremos antes de que mi padre me pique como a un cordero estofado —. La joven se sintió aturdida y avergonzada.

Había hecho lo que no debía. Se entregaba como una criada. Sus actos no tenían disculpa, moriría en el pecado imperdonable. Intentó recitar sus oraciones como siempre que cometía acciones inadecuadas pero su cabeza continuaba girando junto a su corazón ardiente.

Reconociendo su estado, el converso se puso en pie y sujetando su mano la impulsó a levantarse.

—Indicaré a los criados que todas vuestras órdenes deberán ser tomadas en cuenta al igual que las mías. Estoy seguro que desearéis organizar un compromiso por todo lo alto, después de todo será vuestra primera festividad como dueña de casa —. El beso fugaz de Judá la silenció de cualquier queja.

Cinfaa, esperando a lo lejos poder acercarse, presenció cada beso y cada caricia de su enamorado. Sabía que él debía fingir para poder conseguir las posesiones de aquella estúpida cristiana. «Puede que mis obligaciones me lleven por otro camino pero jamás amaré a una de esas monjas con lengua de víbora y corazón de hielo», esas

habían sido sus palabras, pensó recordando cada letra.

Sus obligaciones lo llevaban a actuar como enamorado pero él no era así. Su Judá llevaba el odio y la venganza gravada en el alma. Él jamás olvidaría a los suyos. Jamás la olvidaría a ella. Secando unas lágrimas acarició su vientre. «Pronto... pronto», se dijo ilusionándose con el retorno del amor a su lecho. Él la amaba. Llevaban años juntos. Él adoraba la sangre judía que corría por sus venas y amaría al fruto de su vientre. Una vez que esa estúpida cristiana hubiese sido disfrutada y asesinada por el abad, Judá festejaría su dulce viudez.

—¡Judá! —Chilló cegada por la esperanza.

El grito atrevido de la criada tensó a Gadea y su prometido lo notó en la presión de los delicados dedos en su brazo.

—Adelantaros, me reuniré con vos más tarde —. Gadea asintió y se marchó sin realizar comentario alguno aunque el enfado era evidente en la tensión de su cuerpo.

—Os he dicho que no me llaméis así —. Balbuceó observando como su novia se marchaba.

—Pues venid a mi alcoba y permitidme haceros todo aquello que os gusta.

Las manos de Cinfaa acariciaron desenfadadas su entrepierna últimamente demasiado despierta. La criada consiguió captar su atención pero no lo suficiente como para hacerlo cometer una estupidez.

—Cinfaa... —el remordimiento acudió a su cuerpo tan rápido como la culpa a su corazón.

La juventud e inexperiencia lo llevaron a realizar declaraciones que el tiempo se encargó de corregir. Hoy se enfrentaba a una joven a la que apreciaba pero por la cual no sentía más que pena. Ambos eran frutos de un pasado ahora imborrable.

No se consideraba hombre de palabras y en estos momentos, su garganta se encontraba más cerrada que nunca. Cinfaa lo amaba y en algún día del pasado él creyó que su corazón le pertenecería. Su furia lo llevó por caminos equivocados. La muchacha era bonita, de unos ratos de buen pasar, pero nada diferente a lo que pudiese encontrar en el lecho de alguna tabernera. La joven criada siempre escuchó su rabia con atención y recogió su furia entre el calor de sus piernas, y aunque agradecido de tan plácidos consuelos, ya no sentía satisfacción en su disfrute. Cinfaa no lo relajaba, no lo ilusionaba con un mundo mejor, no llevaba paz a su aturdida cabeza, no brotaba vida allí donde existía rencor, no como...

—Marcharos a vuestros quehaceres

—¿Vendréis a mí más tarde? Lleváis tiempo sin visitarme —. Judá quiso contestar pero ella interrumpió sus palabras. No deseaba

enfadarlo —. Sé que no podéis y que vuestras obligaciones os impulsan a hacer lo que no deseáis pero no olvidéis que os espero. Mi puerta siempre estará abierta para vos... mi señor...

La joven lo miró con ardor y se marchó mientras esas palabras apuñalaron a Judá como a una vil rata. Mi señor... ella declaraba lo que a otra él exigía.

—¿Parece que hayáis apuñalado a un inocente? —Dijo divertido Beltrán mientras mordía una roja manzana.

—Puede que lo haga pronto.

—¿De qué habláis?

—¿Creéis que somos dueños de nuestros sentimientos? —Preguntó engullido en sus pensamientos.

—¿Os referís al de una madre o al de una hermana? Puede que no, amamos a los nuestros sin pensar el porqué, ahora si os referís a las deliciosas curvas que acaban de marcharse, pues yo no llamaría sentimientos a aquello que de los bajos fondos nace.

Judá se rió y golpeó la espalda de su primo que se divertía de sus propias declaraciones.

—¿Algún día os enamoraréis y me gustará veros caer de rodillas?

—Me esperaré a veros primero a vos. No me gustaría estar en el lugar de la noble dama que haga caer a tan dura torre.

—¿La compadecéis? —Judá contestó simulando enfado.

—Si amáis con la misma intensidad con la que odiáis no me gustaría ser esa pobre muchacha.

—Marchemos a cenar antes que os apuñale. Ambos sabemos que el amor poco tiene que ver con este mundo en el que vivimos.

—¡Lo veis! Sois un bastardo que sólo piensa en asesinar —. Dijo Beltrán divertido.

«O quizás no», se dijo un Judá temeroso de unos sentimientos irreconocibles.

Planes

—Es injusto...—Refunfuñó Juana.

—Vos mejor que nadie comprendéis mis secretos.

—Pero sigue siendo una injusticia.

—¿Una de esas por las que la cofradía de las comunes debería luchar? —La sonrisa de Gadea se ladeó al igual que su dulce rostro.

—¿Y por qué no? —La muchacha negó con un ligero movimiento de cabeza y su larga cabellera se movió con gracia bajo su velo.

Juana la observó extasiada. Su hermana era bella, inteligente, generosa, no merecía sufrir por un error.

—Dejad de preocuparos por mí y entremos a esa sala. Puedo escuchar el sonido de los atabales desde aquí. Estoy segura que Gonzalo quedará impactado con vuestro cambio. Ese vestido es perfecto para vos.

—Yo... no lo hago por él —. El rostro de Juana se incendió mientras su mirada buscaba alguna hormiga en el suelo.

—Vuestro secreto está a salvo conmigo —. Los hombros echados hacia adelante no negaron lo innegable.

—Él os ama a vos. Siempre lo ha hecho. Además no soy esta —. Dijo observando su precioso vestido —. Me gusta mi saya marrón y mis locuras son...

—Vuestras causas más nobles. Os aseguro que algún día alguien se enamorará de vos y os admirará tanto como yo lo hago —. Juana la observó desilusionada y Gadea sonrió con el resplandor de la sinceridad —. Os amarán, os lo prometo —. Los ojos de la joven se encharcaron y Gadea se apresuró a tomarla del brazo —. Entremos, nuestra mejor amiga y su precioso compromiso nos espera.

La pareja ofreció los votos de compromiso frente a unos padres que ya sea por la compensación económica o por la firme alianza entre familias, se mostraron de lo más felices.

Beatriz sonreía y Gadea agradeció que su amiga encontrase un hombre tan bueno y tan enamorado como Don Luis Álvarez. El hombre se enamoró de la muchacha en su primera visita a la corte y desde aquél momento luchó por lo que parecía haber conseguido. Ellos tendrían un buen matrimonio, pensó feliz mientras una voz grave tras su espalda la distrajo.

—Mi señora, no me habéis buscado en toda la velada —. Dijo mientras de frente tomó su mano y llevándose a los labios la besó con lentitud —. ¿Debo imaginar que me estabais rehuyendo?

La pícara mirada de Judá brillo por encima de su mano aún sostenida entre sus fuertes dedos y el instinto femenino brotó de la

joven sin ser llamado.

—Vos también podríais haberme buscado. ¿Debo pensar que otras atraían vuestra atención?

Gadea sabía perfectamente la sonrisa que le estaba ofreciendo pero le resultó inevitable el poder contenerse. Los últimos días con su prometido resultaron ser un cúmulo de gratos descubrimientos que combinaban perfectamente con ese brillo en su negra mirada.

—Rendido a vuestros pies es lo que buscáis de un hombre y es todo lo que encontraréis en tan humilde servidor.

—No me aduléis como a una criada —. Dijo con evidente enfado.

Cambió de humor al instante. Pensó que en esos días había conocido al Judá escondido y secreto, pero sus palabras memorizadas cual caballero de la corte, la irritaron frustrada.

—Me disculpo por el vacío de mis palabras. Ahora decidme ¿qué es lo que buscáis? —preguntó intrigado.

—No os comprendo.

—Habéis dicho que no buscabais ser tratada como a una criada. ¿Qué es lo que esperáis de mí?

—Yo no espero, simplemente cumplo. ¿No es lo que se pide de una buena esposa? —Contestó comprendiendo que la palabra criada la ofuscaba cada vez más.

—Ahora sois vos quien me trata como a un criado.

La muchacha no contestó y el joven la incitó a proseguir. Le gustaba la Gadea con pensamientos propios y una lengua que, aunque muchas veces deseaba cortar, le ofrecía un desafío tentador.

—No seáis temerosa. Sabéis que podéis hablarme con franqueza. ¿Qué deseáis?

—¿Desear? Mi señor, las jóvenes no deseamos. Desde niñas aprendemos a ser quienes debemos ser. Ocupamos nuestro lugar en silencio y sin opinión. Contestamos y pensamos aquello que se espera de nosotras. Seremos buenas esposas a pesar que nunca se nos ame, coseremos las ropas de nuestros maridos sentadas en el banco y criaremos a los hijos propios y de otras para luego morir en uno de esos partos que nadie nos preguntó si deseábamos tener.

Gadea se había marchado hacía ya unos minutos y la garganta de Judá aún seguía bloqueada. Las palabras de la joven le habían perforado los sesos. Ellas sólo buscaban sentirse seguras y protegidas con hombres fuertes y un hogar en donde poder resguardarse. Eso bastaba para conseguir una buena unión ¿o no?

—Veo que vuestra prometida consigue llamar vuestra atención. Me alegro que me hicieseis caso. Su apellido será beneficioso para nuestra causa.

«Nuestra causa». Judá repitió esas palabras en su interior imaginando qué sentiría ella al escucharlas. ¿Sumaría a esa lista de deberes el pertenecer a un mentiroso judío que se aprovechaba cual rata desesperada de su linaje? Seguro que sí.

—¿Qué hacéis en mi casa?

—Estoy invitado. Ya sabéis, por eso de la paz y la confraternidad...

Zaaben continuó hablando mientras Judá bebió un trago de vino. La mirada fija en Gadea al otro lado de la sala lo mantenía concentrado. El salón resplandecía con las cientos de velas que lo iluminaban. Las flores aromatizaban el lugar cual tarde primaveral y la comida era abundante al igual que el buen vino de Yepes. Trozos de pan con piezas de carnes blancas abundaban sobre las mesas cubiertas de amplios y blanquísimos manteles. La muchacha no escatimó en detalle, y aunque su bolsa de monedas se hubiese bajado un buen pellizco, el orgullo le inundó los poros. Gadea resultaba ser una organizadora ejemplar y una anfitriona de lo más cortés, mucho más si debía aceptar entre dientes las atenciones de un abad descaradamente atento, pensó furioso observando al otro lado de la sala.

La tensión se dibujaba en el rostro de su prometida con la misma celeridad que la cólera calentaba sus venas.

—... entonces imagino que deberéis regresar a Ávila...

—Ahora no —. Contestó tajante y se marchó dejando a un confuso Zaaben con la palabra en los labios.

—Creo que no estáis comprendiendo el alcance de mi poder.

Gadea no deseaba montar un escándalo pero el temor le recorría el cuerpo. Malamuerte parecía dispuesto a todo. No disimulaba sus deseos ni el medio para conseguirlos. Él no podía conocer sus más íntimos secretos, de ello estaba segura, ¿entonces cuáles eran los orígenes de sus amenazas? Puede que simplemente deseara hacerla tropezar con su propia estupidez con tal de conseguir lo que ansiaba. El abad la sujetaba con fuerza del brazo y el sudor de sus manos asqueó la sensibilidad de su piel.

—Páter por favor... Sois un emisario del Creador. Os pido que os detengáis —. Dijo forcejeando para soltarse de su amarre.

—Gadea Ayala, sois una puta que me ha embrujado con sus ardides de mujer. Soy yo quien os dará con su cuerpo la redención de vuestra alma pecadora. Bruja mujer que os apoderáis de la debilidad de los buenos hombres con vuestro cuerpo pecador.

—¡Me ofendéis!

—Os juro que lo que sea que ese asqueroso converso os haya enseñado no será nada con lo que en mi lecho encontraréis.

Entregaros a mí como lo hacéis con él.

—Me dais asco... —Gadea forcejeó sintiéndose altamente insultada.

Con todas sus fuerzas movió su brazo pero el agarre del abad eran cadenas de hierro.

—¡Soltadme! —El grito de Gadea no fue escuchado por nadie debido al fuerte murmullo de los cientos de invitados. Por nadie excepto él.

—Soltadla u os juro que os clavaré mi daga aquí mismo —. La voz de Judá era tan fría como la misma muerte.

—¿Os atrevéis a amenazar a un enviado de Cristo?

El abad utilizó las palabras como lo hacía con el pueblo cuando hablaba de aquellos en los que no se podía confiar. Aquellos cuya conversión resultaba ser un fraude.

—Judá, por favor, no —. Gadea habló al sentirse libre del amarre y se acercó al joven que destilaba furia por los cuatro costados.

—¿Judá? Por supuesto. Alonso es demasiado cristiano e integro para quien jamás ha abrazado la fe —. Malamuerte hablaba con aparente serenidad pero con una delgada línea de sudor atravesándole la frente.

El converso lo clavaba con la mirada del demonio hecho carne. Oscuro, negro, despiadado y visiblemente listo para cortarlo en trozos sin atisbo de remordimiento.

—Marcharos de mi casa y no volváis a dirigirle la palabra o mi daga no se detendrá. No me importa quien sois o lo que representáis, os prometo que vuestra sangre correrá por los suelos antes que la mía. Nos os temo ni a vos ni a vuestro poder, si vuelvo a veros cerca de ella mi filo os atravesará el cuello.

El sacerdote se marchó algo presuroso y Judá quiso ir tras él y golpearlo hasta que la sangre se le agotase. Verlo sujetarla del brazo y ver el deseo en su mirada provocó que su instinto de guerrero brotase furioso. Tenía que salir de allí. Debía tomar aire antes que lo siguiese y lo destrozase en pequeñas porciones.

—No lo merece —. Gadea cerró los ojos culpable y Judá aulló con la rabia contenida.

—¿No se lo merece? Os he escuchado decirle que os daba asco. ¿Qué os ha dicho? Decidme y no me detendré hasta verlo arrastrándose por el suelo.

—Yo... Yo... —Las lágrimas comenzaron a brotar y la joven sintió como la tensión del momento se liberaba descontrolada.

—¡Qué os ha propuesto! ¡Hablad! Lo he visto en su mirada. Ofrecedme un motivo para desgarrarlo como a un perro.

Las lágrimas humedecieron su rostro y sabiéndose incapaz de contenerlas Gadea se aferró a su largo vestido para elevarlo unos

milímetros y huir corriendo de la sala.

La mano de Judá se arrastró con fuerza por la barba con inmensa culpabilidad. «Bellaco hijo de puta, insensible bastardo», pensó al sentirse responsable del llanto de la joven.

El abandono de la sala de su prometida llamó la atención de su hermana que marchó tras ella presurosa. Deseando calmarse Judá se acercó a la jarra de vino y se sirvió una copa que bebió de un único trago.

—¡No podéis marchar sola!

—No tengo otra alternativa. Me iré esta misma noche —. Dijo secándose las lágrimas.

—¿Dónde?

—Dormiré en casa de María. Mañana saldremos rumbo al convento de las clarisas.

—¿Entraréis en un convento? ¿Vos? Pero si la pobre virgen está cansada de oír los rezos fruto de vuestra lengua suelta y vuestras continuas maldiciones.

—No soy lengua suelta, soy impetuosa.

—Sabéis jurar mejor que un caballero ebrio.

—¡Y me oiréis ahora mismo si no me dejáis en paz! — Dijo intentando quitarse el vestido ella misma sin ayuda.

—Hermana, por favor...

—No me convenceréis. La decisión está tomada. Podéis ayudarme o enfrentarme, esa es vuestra elección.

—Os ayudaré.

Gadea asintió mientras una figura con pasos apenas perceptibles se escabullía en punta de pies por el arco de entrada hacia el pasillo.

—Su señoría, creo que igual desearías esperar en las caballerizas un tiempo más.

—Salid de mi vista o mi caballo no tendrá piedad.

Malamuerte despedía espuma por la boca y Cinfaa pensó que eso era muy bueno para sus intereses.

—Mi señor, os prometí ayudaros y os ruego permanezcáis escondido unos minutos. Pronto ella aparecerá y será toda vuestra.

—¿A qué os refieres exactamente?

—La he escuchado hablar con su hermana. Piensa escapar esta misma noche.

—¿Escapar? ¿Dónde?

—Según he escuchado no desea casarse. Odia a mi señor.

—¿Estáis segura? —Preguntó interesado.

—¿Qué otra razón tendría después de haber pasado cuatro

noches completas en su lecho?

El sacerdote sonrió libidinoso. Si ese judío había pasado las noches en su alcoba significaba que se encontraría con una hembra entrenada y bien dispuesta.

—Si me mentís... —Amenazó con furor.

—Su señoría, jamás osaría hacer algo así —. Contestó atragantada por el temor.

—Bien, marcharos. Esperaré.

Malamuerte bajó del caballo y se sentó en un rincón oscuro sobre uno de los sacos de heno. Esa joven bien valía la pena esperar. Cabellos del color del trigo, piel blanca como la nieve y labios que le parecían tan deliciosa como el mejor vino. La disfrutaría antes de hartarse y deshacerse de su cadáver. El arzobispo tendría lo que buscaba y él lo que tanto ansiaba.

—¿Juana por qué lloráis? ¿Vuestra hermana se encuentra dentro?

La joven no contestó y Judá decidió entrar al cuarto sin pedir permiso.

—Ella no está —. Dijo temblorosa.

El converso la miró como si tuviese doble cuernos en la cabeza

Se habían deshecho de Gonzalo a base de mentiras pero ahora, sola frente al cuarto vacío, dudaba de haber hecho lo correcto. Ella deseaba los mismos derechos que se les ofrecía a los hombres y también consideraba que el pasado de su hermana era una injusticia pero huir en plena noche no era buena solución. Gadea tenía derecho a escoger, ella no era ninguna traidora, incluso había jurado a las comunes fidelidad pero...

—Juana, volveré a preguntar y esta vez será la última. ¡Dónde está vuestra hermana!

Advertencias

Con cuidado de no asustar a los caballos entró sin hacer el menor ruido. Se acercó a su yegua y a punto estuvo de montarla cuando una fuerte mano la lanzó hacia atrás. Su cabeza, embistiendo ferozmente contra el suelo, no le permitió pensar. Seis fueron los segundos que necesitó para abrir los ojos, pero fue en el quinto cuando un nuevo golpe en la barbilla la lanzó como flecha hacia un montículo de heno. Aturdida, su cerebro no reaccionaba. El crujido de una patada en las costillas la torcieron en dos hasta perder la respiración. Unas gotas de sangre brotaron por la comisura del labio y el miedo comenzó a controlar sus acciones. Moriría en plena oscuridad y cubierta por bosta de caballo, pensó al sentir como la mano sudorosa se aferraba a su larga cabellera y arrastrándola sin consideración, la lanzaba boca arriba sobre la paja.

La vela que llevaba en la mano estaba caída y apagada. La noche apenas poseía luz de luna pero el hedor a incienso y sudor dejaban claro de quien se encontraba tras tan salvaje ataque. Intentó arrastrarse, ponerse en pie y morir luchando pero el agresor pisó su estómago hasta hundirlo. El peso era inmenso y el dolor de los golpes demasiado intenso como para liberarse. Las uñas rascaron la tierra seca y los puños guardaron una buena cantidad que arrojó en su repugnante rostro pero el polvo apenas lo alcanzó. Buscando fuerzas de entre las entrañas se movió hacia un lado y otro cuando el atacante abalanzó su cuerpo sobre el suyo y el aroma a incienso, mirra y sudor penetraron en sus fosas nasales hasta producirle arcadas. Luchó con las pocas fuerzas que poseía, intentó alzar las piernas y propinarle patadas pero nada consiguió.

—Sois una gatita indomable. ¿Ese judío no os enseñó cómo comportarte con un caballero? No os preocupéis mi bella dama, yo os mostraré como ser una buena mujer.

—¡Perro mal nacido! —Escupió con la poca voz que aún le quedaba. Una bofetada le giró el rostro hacia la izquierda y el oído le zumbó hasta marearla.

Los labios de Malamuerte se movieron humedeciendo el cuello de la joven mientras ella gritaba desesperada ante tan asqueroso contacto.

Con la sonrisa cubriéndole el rostro se sentó a horcajadas y tiró de su vestido hasta desgarrar el escote y dejar sus pechos libres de cualquier sujeción.

—Preciosos —. Dijo antes de abalanzarse y morderla hasta el dolor —. ¿Os gusta? —Las palabras cargaban deseo intenso —. Por supuesto que os gusta. Ese marrano os habrá dado placer pero yo os daré mucho más. El dolor puede ser muy placentero —dijo mientras

apresaba su pecho entre sus fuertes dedos con violencia extrema.

—¡No, por favor no! —Creyó estar gritando pero la voz apenas era un murmullo de súplica.

Su cuerpo se entregaba a un dominio del que ya no se podía resistir. Las fuerzas le faltaban y las manos sostenidas en lo alto de la cabeza ya no arañaban. Su cabeza se movía a un lado a otro negando lo inevitable.

El sacerdote alzó sus faldas acariciándole la piel y Gadea se revolvió en el suelo en un último intento por soltarse. Un nuevo castigo en el rostro le indicó de quien era eldominador. El labio partido comenzó a sangrar y esto pareció agradar al hombre, que lamiendo el dulzor del líquido sedoso, disfrutaba como si del más dulce manjar se tratase.

La dura rodilla insistía por abrirla al completo hasta que al fin consiguió lo buscado.

—Por favor... —Volvió a suplicar sin esperanzas.

—Esto es lo que queréis. Os gusta, lo sé...—Esas fueron las últimas palabras que el sacerdote expresó antes de callar.

Gadea sintiéndose libre de la presión abrió los ojos llorosos para comprobar que el sacerdote se hallaba caído junto a ella y con un corte que le desgarraba el cuello de lado a lado. Asustada comenzó a gritar y golpear sin ton ni son cuando unas manos la sujetaron por la cintura e irguieron del suelo. Enloquecida comenzó a aporrear con puños cerrados el cuerpo del segundo hombre que la sujetó con fuerza.

—Estáis a salvo —. La voz gruesa de Judá la detuvo al instante.

Llorando sin control se entregó a esos brazos que con delicadeza la levantaron en volandas. Una tela gruesa y que parecía una capa, la cubrió y la muchacha apoyó su rostro lastimado en el pecho del joven aspirando su aroma. Cuero, almizcle y honor. Ese era Judá.

Sin poder dejar de temblar escuchó los gritos de su prometido hacia uno de los guardias para que llamase urgente a su padre. La vergüenza asomó a su ser y se hundió nuevamente en los brazos que la transportaban. Algo que sonó como a una patada sobre madera y se encontró en su lecho. El joven intentó depositarla sobre la cama pero instintivamente sus manos se aferraron con fuerza a su cuello.

—Nada os pasará. Os lo prometo —. La joven se soltó con lentitud del cuello del hombre que demostraba encontrarse terriblemente enfadado. Por primera vez lo miró al rostro y volvió a temblar. Judá poseía en su mirada los mismos demonios que su agresor.

—Hijo, se puede saber que...—Las palabras de Haym quedaron perdidas en el aire al ver el cuerpo de la joven.

—Quién... —Gruñó entre dientes.

—Malamuerte —. Judá apenas fue capaz de contestar. Las manos le temblaban y la furia le recorría el cuerpo.

—Me desharé de él.

—Le rebané el pescuezo —. Dijo sin deje de remordimiento.

Haym agachó la cabeza comprendiendo a su hijo pero temiendo seriamente las consecuencias.

—Debisteis esperar... podríamos haberlo resuelto de una forma más discreta —. Judá se giró para enfrentarse a su padre y este temió, por primera vez, de los demonios que corrían por las venas de su hijo.

Allí, con su prometida en brazos, era la viva imagen de lucifer reencarnado. Sus negros mechones despeinados, su mirada oscura como la noche y la sangre del agresor salpicando su rostro, asustaría hasta al mal cruel de los villanos.

—Está en las caballerizas y si no mandáis a recoger su cuerpo, cuando abandone esta alcoba, yo mismo lo cortaré en cientos de pedazos y se lo daré de comer a los perros.

Gadea comenzó a llorar y Judá apenas fue capaz de depositarla en el lecho y gritar a su padre.

—¡Curadla! Vos sabéis como hacerlo —. Suplicó entre gritos y desesperación al ver a la joven gemir sin consuelo.

Haym gritó desde la puerta a un criado pero Juana llegó primero.

—Mi señor, que sucede. Os he visto correr y ...

La joven corrió al lecho junto a su hermana y gritó desesperada.

—¡Está muerta! —Judá la miró con temor y su padre rápidamente acercó su mano al cuello de la joven para confirmar que todo se trataba de un error.

—Se ha desmayado —. Confirmó aliviado

—Vuestra hermana necesita una mujer que la atienda. En este estado difícilmente acepte recibir mi ayuda —. Dijo mirando a su hijo y explicando con la mirada el porqué de su no actuación.

Juana lloraba desconsolada y negando con la cabeza cuando la voz profunda de Haym la hizo reaccionar.

—¡Juana! Ella os necesita. ¿Sabéis de alguna mujer que sepa como tratarla?

La jovencita agitada asintió mientras secaba su rostro. Amice, la monja del convento de Santa Clara, ella sabe de hierbas.

—Bien —. Judá salió al pasillo y tuvo que apoyar su espalda en la fría pared para recobrar la calma.

Las manos le temblaban y el corazón le rugía al punto de desear estrellarlo contra la dura columna. Jamás pensó que podría desear tanto volver a matar a una persona. Deseaba revivir al maldito bastardo simplemente para asesinarlo nuevamente. Verlo allí,

tumbado, con la mano acariciándola mientras ella suplicaba...

—Judá, mi amor, ¿qué sucede?

—Cinfaa —respondió retomando la compostura—lleva agua caliente y trapos al cuarto de mi prometida.

—Ahora a la señorita le gusta limpiarse con agua caliente antes de...

Las manos de Judá la sujetaron por los hombros con fuerza y la negra mirada la quemó por dentro.

—Haced lo que se os pide y no me provoquéis o no volveréis a servir en esta casa —. Cinfaa asintió con la cabeza mientras Judá desaparecía con el demonio como fiel compañero. Con lentitud se dirigió a cumplir con la orden de esa caprichosa cuando escuchó rumores entre los criados.

—Lo ha matado. Lo que digo es verdad. El señor me ha pedido que dos de sus caballeros bloquen la caballeriza. El arzobispo hará caer su furia en esta casa. Cinfaa se detuvo al instante.

—¿Qué ha sucedido en las caballerizas?

—¿No lo sabéis? —Cinfaa negó mientras sostenía el cubo vacío entre los brazos —. Alonso de la Cruz ha matado al abad. Dicen que le arrancó la cabeza del cuello.

Los presentes se persignaron con celeridad mientras la joven dejaba caer el balde al suelo.

—Dicen que arrastró a la joven prometida del señor hasta allí e intentó abusar de ella pero el señor los descubrió y le arrancó la cabeza del cuello con sus propias manos.

—Dios bendito. A un enviado del Creador.

—El abad era un cordero de Dios —. Contestó otro criado.

—Sentenciaba el pecado y los pecadores —. Aseguró la cocinera.

Los presentes asintieron cuando el primero retomó la palabra.

—Luchaba contra herejes musulmanes, judíos y falsos conversos...

—Sí, el señor de la Cruz será quemado por hereje. Nadie tiene el poder de la vida y menos un converso.

La voz grave en el final de la frase hicieron que la piel de Cinfaa se estremecieran.

«Judá...», pensó afligida. «¡Qué he hecho!»

La monja entró rápidamente al cuarto cargando una cesta con hierbas cuando Haym la recibió y se explicó en voz baja.

—He mandado preparar una infusión de amapolas y se ha quedado dormida casi al instante. La pobrecita se encuentra agotada.

—Habéis hecho bien. Ahora os pido que nos dejéis a solas —. Beatriz estaba junto a Juana a un lado de la cama.

—Yo me quedo —. Judá declaró tajante.

La monja, que había escuchado los ladridos del hombre que por todo el convento la llamaban a gritos, se le encaró con dulzura en la mirada pero firmeza en la palabra.

—Necesito ver cuales han sido los daños. Será mejor que esperéis fuera. Os prometo que en cuanto pueda os informaré de todo.

Judá respiró varias veces para no mandar al demonio a la monja. Ella no tenía la culpa de la endemoniada furia que rugía por sus venas.

—Ayudadla... por favor... —Dijo intentando ser lo más amable posible. Amice asintió y los hombres marcharon cerrando la puerta.

—Hijo, ya no podemos hacer mucho más pero temo que las consecuencias...

—Las asumiré pero no marcharé hasta saber que ella se encuentra bien.

—¿Crees que haya podido..? —El padre preguntó preocupado.

—No, el hijo de puta aún conservaba los calzones puestos... padre, verlo allí, con sus mugrientas manos en ella...

Haym abrazó a Judá y este permitió recibir un consuelo que en sus veinticuatro años siempre se negó aceptar.

—Debí protegerla... —Susurró impotente.

—Y lo habéis hecho. Esa rata la habría matado.

Haym sostuvo a su hijo ofreciéndole el calor de sus brazos y la comprensión de sus palabras. Nadie conocía mejor que él la impotencia de no poder proteger a quien más se amaba.

—Se pondrá bien. Los golpes han sido fuertes pero se recuperará —. Amice sentenció al abrir la puerta después de lo que al prometido pareció una eternidad.

—Ella no...

—Golpes y moratones son los únicos daños. Os lo juro —. Judá respiró profundo cuando la monja habló nuevamente —. Le he dado una infusión de valeriana para que se tranquilice y limpiado sus heridas con manzanilla. Está asustada, aún no comprende lo que ha sucedido pero se pondrá bien. Sólo necesita tiempo. Si me permitís me gustaría pasar la noche con ella.

Ambos hombres asintieron y la monja cerró nuevamente la puerta cuando los gritos de su tío resonaron por los pasillos.

—¡Maldito desagradecido! ¿Cómo habéis podido?

Los gritos de Fernando de Santa María, padre de Beltrán, resonaban en las duras paredes. Fue la rápida intervención de su hijo lo que detuvo sus puños contra su sobrino.

Judá se puso en alerta nada más escucharlo. Necesitaba descargar tensiones y el imbécil avaricioso de su tío sería un buen

saco contra el stress. Llevaba años culpando a su padre de ser más inteligente en los negocios y haber conseguido brillar por encima de su estúpida arrogancia. Este sería un buen momento para ajustar cuentas.

—¡Deberías ser vos quien esté muerto! ¡Sois un idiota!

—Volved a llamarme así y os juro que acompañaréis al cura en el agujero de su inmunda sepultura —. Dijo apresando su espada deseosa de continuar haciendo sangre.

—Os recuerdo que es de mi hijo de quien estáis hablando. ¡No os toleraré insulto alguno!

—¿Insulto? ¡Insulto! —Vociferó mientras caminaba nervioso —. Todos mis planes, nuestros ingresos, todo se reducirá a la nada. La curia jamás nos perdonará... ¡Deberéis entregarlo!

El dedo acusador apuntó directo al rostro de Judá y este intentó dar dos pasos hacia él, enfrentándolo, cuando Beltrán se interpuso entre ambos.

—Debemos esperar, puede que si llevamos el caso ante la justicia...

—¿Justicia? ¡Estáis hablando de un nuevo cristiano! Los nobles cada día se revelan más contra nuestra fortuna. ¡Nos acusan y se apoderan de nuestros negocios!

Beltrán no abrió la boca y Haym pensaba a toda velocidad. Las palabras de Fernando, aunque dañinas, cargaban una inmensa verdad.

—Me entregaré al magistrado.

—¡No! —Su padre rugió malhumorado —. Debe existir otra alternativa... sólo necesito tiempo.

—Y pienso dároslo al entregarme —. La cabeza de Haym se negaba a seguir escuchando.

Su único hijo, ese al que prometió cuidar, no moriría en manos de esos creadores de hogueras.

—Tío, él tiene razón. Si hablamos con el magistrado puede que interceda ante el rey y podamos alcanzar alguna solución antes que el arzobispo dictamine.

—El abad, mano derecha de la iglesia... —murmuró el padre desanimado.

—Uno muy conocido por su soltura de calzones y ambiciones de poder —refutó Judá—. Deberemos compensar al magistrado con una buena bolsa. Una que supere la indignación del arzobispo De Luna.

—Eso no me importa, aunque puede que una parte de lo que decís... —Haym miró a su hijo y luego asintió con dolor en el alma—. Os acompañaré ante el corregidor, creo saber como contentar a todas las partes.

Beltrán lo observó curioso pero Haym no aclaró pensamiento

alguno.

—¡Qué sucede con nuestro embarque! Puede que detengan el envío a Flandes —. Dijo Fernando muy nervioso y preocupado sólo de sus intereses.

—El corregidor no sería tan tonto. Los asuntos de faldas jamás entorpecerían el cobro de impuestos. Recordad que son los tributos quienes rellenan las arcas del rey.

Heridas del alma

Judá entró en la habitación de Gadea antes de marchar hacia su destino. Estaba convencido que la iglesia pediría su cabeza y deseaba verla por última vez. Comprobar que se encontraba a salvo.

Con delicadeza abrió la puerta. Las cortinas estaban echadas y la luz del amanecer apenas se asomaba por los bajos de las telas. Su hermana y su amiga dormían en las sillas y la monja en una alfombra junto a su cama. Se las notaba agotadas. Con paso lento y suave se acercó al lecho y acarició su delicado rostro morado por los golpes. Descansaba plácidamente. Su mano sujetó uno de sus extensos mechones de cabello y cerró los ojos dando gracias a Adonay por haber llegado a tiempo.

—Mi señor... yo me iba, sólo deseaba saber —. La panadera, ex meretriz, intentaba adecentar sus cabellos pero estaban tan cortos que sus manos sólo se movían alborotadas sin conseguir objetivo alguno.

—Podéis quedaros. Ella os necesitará.

—Mi señor, no desearía perjudicaros.

—Señora mía, no creo estar en la mejor posición para juzgar conductas reprobables por la iglesia, ¿no lo creéis así?

La ex prostituta no contestó y Judá observó el rostro de su prometida por última vez antes de marchar hacia su triste fortuna.

—¿Os marcháis mi señor?

—Debo hacerlo. Cuidad de ella.

—Lo haré, mi señor, os lo juro. Todas lo haremos.

El joven converso asintió con una caída de párpados y se marchó con paso firme. No se arrepentía ni por un momento de cada gota de sangre derramada de aquél asqueroso bellaco. Dos pasos anduvo por el pasillo cuando el fuerte cuerpo de un caballero con su pesada cota de malla lo chocó de frente.

—¡Dónde está! —Exigió acelerado.

—En su cuarto. Sólo han sido magulladuras —. Contestó con excesiva calma.

—¡Lo mataré! —Gonzalo acusó con furia.

—No es necesario —el doncel lo observó incomprensivo y Judá sonrió con malicia —. Lo he degollado —. Gonzalo asintió como si no esperase otra contestación.

—Quedaros en su puerta y no os alejéis de ella ni por todo el oro del mundo.

—¿Consideráis que no fue algo casual?

—En este reino de Castilla sólo creo lo que veo y vivo —. Gonzalo volvió a asentir aceptando sus reflexiones. Corrían tiempos difíciles.

—¿Marcháis?

—He de entregarme al magistrado. Cuidarla con vuestra vida.

—Sea.

El converso marchó con paso firme y Gonzalo admiró la dignidad con la que ese hombre marchaba hacia tan incierta suerte. Tuvo que aceptar que aunque lo odiase, una parte de él comenzaba a admirarlo.

—¿Y dónde decís que ha ido? —Juana resopló aburrida. Tres eran los días en los que Gadea estaba despierta y tres en los que no dejaba de preguntar por el hombre —. Afirmáis lo preocupado que estaba por mí, ¿entonces por qué es que no se ha acercado para interesarse?

Amice apoyaba unos paños humedecidos con árnica para calmar su inflamación en el rostro mientras Beatriz bordaba y Juana lo intentaba. Ninguna respondió. Después de todo, nada podían decir que no hubiesen dicho ya.

—Puede que mi bienestar le preocupase pero parece que ya no...

María entró con la sonrisa en los labios y una bolsa con pan recién horneado.

—Mi señora, cuanto me alegra veros tan repuesta.

—Gadea, soy Gadea, y sí, me siento mucho mejor —. Dijo acomodándose en el lecho —. ¿Ese aroma que sale de vuestra bolsa es para mí?

La sonrisa de María resplandeció con orgullo y las demás sonrieron por su felicidad.

—Sí, mi señora. Quiero decir Gadea —. Contestó al ver el frunce de ceño de su amiga.

La joven se acercó y cortó un trozo para entregárselo. Esta lo recibió encantada y su amiga la halagó por sus crecientes mejoras en el delicioso oficio de panadera.

—Es una obra de arte —. Dijo masticando un trozo —. No sabéis cuanto os lo agradezco. Como se nota que vos sí os preocupáis por mí...

Las jóvenes resoplaron agotadas y María las observó extrañadas.

—No comprendo.

—Veréis, Judá no ha venido ni una sola vez a verme y a pesar de sus aparentes preocupaciones...

—No, no, mi... quiero decir Gadea, estáis equivocada. Él sí vino a despedirse —. Las muchachas dejaron sus quehaceres para observarla como a un bicho con cuernos.

—María... —la voz condescendiente de Gadea resonó en la alcoba —habéis estado fuera y no lo comprendéis. Mi prometido no se

ha acercado a mi alcoba en ningún momento.

El cansancio por tanta explicación la hizo recostarse entre cojines y continuar mordiendo el último trozo de pan.

—¿Pero entonces no lo sabéis?

—¿No sabemos qué? —Juana preguntó intrigada.

—Alonso de la Cruz se encuentra en las celdas del corregidor. Él mismo se entregó al magistrado.

Gadea se ahogó con el trozo de pan y Amice se apresuró a golpear su espalda. Juana se abalanzó sobre María para sujetarla por el susto mientras Beatriz gritaba por el fuerte pinchazo de su aguja.

—Lo siento, pensé que os lo habían dicho —. Dijo con la cabeza gacha.

—No, no lo sabía y veo que alguien se ha tomado demasiadas molestias en que no lo supiese, ¿no es así her-ma-nas?

Gadea deletreó cada sílaba aludiendo a su relación como miembro de la cofradía de las comunes y esperando alguna explicación.

—No nos miréis así —. Respondió una Juana ofendida —. No sabíamos nada. También nos lo han ocultado a nosotras.

La joven negaba con la cabeza mientras intentaba ponerse en pie.

—¿Qué estáis haciendo?

—Ir en busca del magistrado.

—Estáis loca, además vuestras heridas —. Amice contestó preocupada.

—Desde ayer ya no duelen, yo esperé porque quería que él… —Confesó con el rubor tiñéndole las mejillas.

—Y yo que creí estar perdiendo mis facultades como médico —. Amice le sonrió con gracia y Gadea se sintió menos culpable.

La monja la ayudó a vestirse y Beatriz preguntó temerosa.

—¿Dónde vais?

—El magistrado debe escucharme.

Juana se acercó con un peine ayudándola a desenredar sus cabellos mientras la empujaba en la silla para que se calmase.

—Sois mujer, nuestro testimonio no sirve legalmente. No existe nada que podáis decir o hacer que sirva frente al asesinato de un abad. Debemos esperar.

—Esto es mi culpa —contestó con lágrimas en los ojos —. Soy yo la que ha cometido culpa y no él —. El sollozo de Gadea se hizo más intenso y las mujeres sintieron que se morirían por la pena de su amiga —. Si al menos pudiese verlo…

Todas permanecieron en silencio. El saberse mujeres las convertía en personas impotentes y eso comenzaba a ser un fastidio, incluso para Beatriz que arrojó el bordado sobre la canasta con rabia y

sin doblar. Algo muy impropio en su forma de actuar.

—Un momento, creo que tengo una idea para que podáis verlo. Es un poco alocada pero...

—¡Hablad! —Gadea chilló a María.

—Bien, creo que sé cómo podréis entrar a la celda sin ser detenida.

Las mujeres la observaron esperanzadas y un bermellón profundo comenzó a colorear las mejillas de la joven panadera.

—Prostitutas... —murmuró de forma casi imperceptible.

—¿Perdón? —El rostro de Beatriz se adelantó más que su cuello.

—¿Qué habéis dicho? —Juana se acariciaba el oído derecho para destaparlo del tapón que seguramente tendría.

—¡Prostitutas! —María al instante se cubrió los labios con ambas manos y todas se silenciaron con miradas del tamaño de dos huevos cocidos.

—¿Queréis que nos convirtamos en putas? —Beatriz se abanicaba con una mano intentando rebajar el calor en su cuerpo.

—No, yo sólo digo que si os hacéis pasar por un grupo de señoras... del pueblo, seguramente podríais entrar. De todos es sabido la debilidad de los guardas del magistrado.

—Eso es imposible, ¿Quién creería que somos mujeres del pueblo?

Juana se observó las impecables manos y el lujoso vestido mientras negaba obtusa.

—Tengo amigas que podrían prestarnos algo de ropa. Ellas me deben favores y estarían encantadas de poder ayudar.

—Suponiendo que pudiésemos acceder, ¿qué haremos una vez dentro? ¿Cómo los entretendremos? —Beatriz continuaba abanicándose cada vez más fuerte.

—Los distraeremos. Yo os enseñaré como. Les daremos vino y los emborracharemos.

—Esos hombres no caerían ni con todo el vino de la Sagra —. Juana, como estratega del grupo, contestó inteligentemente pero sin dejar de pensar en la descabellada idea.

—O puede que sí —. La monja habló con tanta seguridad que las demás la observaron expectantes —. Si agregamos belladona y amapola en la jarra, con el primer trago estarán durmiendo como angelitos del señor.

Juana asintió conforme, Beatriz arrugó la tela que tenía entre las manos y María sonrió triunfante mientras Gadea preguntó con la mano sosteniendo su barbilla.

—¿En verdad sois monja? —Amice se sorprendió y luego se rió con diversión.

—El señor nos protege, está en nuestras manos poner los medios para hacerle la vida más fácil.

Las dos sonrieron y Juana interrumpió con una única duda.

—¿Y Gonzalo?

—¿Qué sucede con él?

—Hermana, no se aparta de vuestra puerta. Come y duerme justo detrás de esas paredes.

Gadea pensó seriamente antes de afirmar.

—Decirle que pase y dejarme a solas con él.

—Gadea no creo que...

—Confiad en mí —. Dijo sonriendo de lado a lado —. Vos id con María a buscar esas ropas mientras Beatriz y Amice nos preparan ese vino tan bien especiado.

Todas sonrieron y se pusieron en marcha mientras Gadea se estiraba las faldas para conversar o mejor dicho convencer a Gonzalo.

—Pobre Gonzalo, él la amaba... —Dijo la nieta con pena.

—Creo que en ese momento Gadea sólo pensaba en poder acercarse a Judá.

—¿Estaba enamorada de él?

—No estoy segura, pero puede que sí. Muchas veces el amor se presenta a gritos pero los corazones no comprenden su lenguaje.

—¿Y si una de las partes jamás lo comprende? —Preguntó mirando las escaleras que llevaban hacia el timón.

—Entonces deberemos esperar a que otro llamado borre el mensaje anterior.

Constanza suspiró apenada y su abuela no quiso crearle falsas ilusiones. El capitán no era un hombre de atar. Su nieta era fuerte, inteligente, bonita y con un corazón demasiado grande para ser destrozado por un conquistador de los mares.

—Duerme pequeña, es tarde —. La abuela comentó con falsa sonrisa.

—Sólo un poquito más. Dime que sucedió con Judá y luego prometo dormirme —. La joven se abrazó al libro y se recostó expectante.

Libertad

Cruzaron el zoco, la calle de los comercios y subieron la estrecha cuesta directo a las celdas. No llamaban la atención o esperaban que no mucho porque cinco mujeres cargando con un par de cestas y un tabernero tan ancho como largo, no eran una estampa habitual de ver en aquella zona de la ciudad.

—Explicadme una vez más cómo es que estoy aquí. — Gonzalo refunfuñó todo el camino, pero seguro de que aquellas mujeres actuarían con o sin su consentimiento, prefirió ser parte y no un simple espectador. Con ropas de tabernero pero con una espada del tamaño de un brazo y escondida bajo la túnica, escoltó a las jóvenes hasta la cárcel.

—Nosotras entraremos primero —. Juana dijo entusiasmada mientras se acomodaba el escote demasiado amplio para sus evidentes virtudes —. Gadea, esperaréis escondida tras la columna junto a Gonzalo. Os avisaremos cuando se encuentren desmayados.

—De eso nada. Yo entraré con vosotras os guste o no —. Gonzalo ordenó estrechando la mirada.

—¡Pero no podéis! Si os ven nuestro plan se desmontará —. Gonzalo alzó el labio mostrando un colmillo demasiado afilado como para contradecir —. O puede que no —. Juana tragó saliva pero sin saber si era por miedo o por el deseo que sentía por aquél brutalmente atractivo caballero.

Las mujeres arreglaron sus escotes y caminaron seguras hacia el interior de la casa, junto al pasillo, que las guiaba directo a las celdas.

Gonzalo las siguió de cerca cargando las copas y maldiciendo a la ciudad de Toledo, al Rey, a los sacerdotes y a una cierta vecina que una vez lo dejó sin hacer quien sabe qué cosa porque las jóvenes no llegaron a comprender su balbuceo entre dientes.

Gadea se escondió tras una columna. Ella hubiese deseado poder participar en la estrategia pero los moratones aún de un violáceo intenso no ofrecían una imagen demasiado atractiva como para la conquista. Beatriz se persignó temerosa y Amice la sostuvo del brazo regalándole su apoyo.

—Será divertido, no temáis, yo estaré a vuestro lado —. Beatriz agradeció el sostén y con un valor desconocido por todas, se deshizo de la capa dejando al descubierto sus ropas de lo más provocativas.

—Estáis preciosa —. Amice dijo sonriente y Beatriz asintió aceptando el cumplido algo sonrojada.

Juana recogió la jarra que Gonzalo le entregó pero no sin antes mirarlo de forma provocativa y resaltando su silueta con las manos.

—¿Qué opináis? ¿Podría algún hombre interesarse en mí? — Gonzalo se quedó perplejo ante la insinuación de la muchacha y

Gadea agachó la vista ocultando su diversión. Juana atacaba con la artillería al completo.

Entraron a la estancia con la sonrisa en los labios y los nervios en las piernas. Cargando dos jarras del sabroso vino de Amice y tres copas, se ofrecieron a los guardas que no salían de su asombro y agradecían su buena fortuna. Gadea, oculta, pudo observar todo lo que allí pasaba. Deseaba ver a Judá pero si asomaba tan sólo la punta de la nariz podría perjudicar el plan. Las jóvenes entraron en acción como absolutas profesionales del placer. Movían sus caderas y sonreían sin explicación alguna pero siempre seguidas muy de cerca de ese tabernero de amplias espaldas y con un puñal listo para ser clavado entre ceja y ceja con tal de defender a sus nuevas hermanas.

«Hermanas...», era curioso pensarlo, pero la cofradía de las comunes se convertía en una locura cada vez más real. Estaban allí para defender como mujeres lo que por mujeres se les negaba. Justicia.

Las muchachas reían nerviosas y un par de veces vio como Juana tuvo que detener el fuerte brazo de Gonzalo, al ver como los caballeros se le insinuaban de forma tan descarada. La muchacha lideró al grupo, y sosteniendo la jarra en alto, incitó a los hombres a un brindis al que ellos accedieron encantados.

Fue ver y no ver. En un momento se carcajeaban babeando por las muchachas y al minuto dormían tendidos en el suelo como niños de pecho. La mano en alto de Amice con las llaves fueron la señal de victoria para una Gadea que salió de su escondite presurosa. Sin perder un momento, Gonzalo pateó a los hombres para comprobar su total estado de desmayo.

—Las llevaré unas calles abajo donde me espera parte de la guardia de vuestro prometido. En cuanto las deje vendré a por vos y os vendréis conmigo. Ese es todo el tiempo que os daré. ¿Lo comprendéis? —Las palabras de Gonzalo no se parecían en nada a una solicitud amable pero Gadea asintió obediente. No deseaba tensar más de la cuerda. Demasiado había conseguido.

Con rapidez se dirigió hacia la única celda cerrada y comprobó la presencia de su hombre. Judá vestía unos pantalones y una camisa abierta hasta la mitad de su torso. Parecía adormecido pero al escuchar el ruido de las llaves y verla tras el otro lado saltó en el sitio para apoyarse en la reja.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿No podéis? ¡No puedo escapar!

Judá hablaba sin respirar. Tener a Gadea delante, en pie y tan llena de vida lo alteraba con la misma pasión con la que temía por su seguridad.

—No vengo para rescataros —. Dijo girando la inmensa cerradura y empujando la oxidada puerta para que se abriese.

El joven converso la ayudó y esperó a tenerla dentro para abrazarla como soñó durante los cinco días que llevaba de encarcelamiento .

—Estáis bien... —murmuró preocupado antes de besar su rostro con delicadeza. Las manos ásperas encarcelaron sus mejillas y los labios deseosos bebieron de su boca cual manantial de agua fresca.

Apoyando la frente junto a la suya Judá suspiró comprendiendo la profundidad de sus emociones. Estos días en soledad y sin saber nada de su estado, lo habían trastornado hasta la locura. Esa mujer comenzaba a ser parte de él tanto como los huesos que lo sostenían. No podía escapar de ella. La cárcel de su aroma era más poderosa que la celda que hoy lo encerraba.

—Tenía que veros. No espero que me comprendáis.

—Mi dulce señora, creo hallarme preso de la misma necesidad.

Las manos de Judá no podían dejar de acariciar su pelo. Con delicadeza rozó cada herida provocada por aquél asno en su inmaculada piel.

—Estoy bien —dijo deteniendo entre sus dedos las manos del joven y llevándosela a su corazón —. Gracias a vos.

Un resplandor iluminó los ojos negros del converso que en ese momento le ofreció su total rendición. Gadea Ayala lo había conquistado. Era una mujer como todas pero igual a ninguna. Lo desquiciaba, lo provocaba, lo alteraba y lo renacía.

—Estáis hecho un desastre —. Judá debió sentirse ofendido. Días soñando con sus caricias y ella cuestionándolo sin el más mínimo reparo. Una fuerte carcajada resonó en la garganta del hombre.

—Gracias, mi señora.

—Yo no quise, es decir, ¿estáis bien? ¿de verdad?

El joven sonrió pero sin contestar. ¿Encerrado? ¿Sucio? ¿Sin saber cuándo lo quemarían y deseando locamente lanzarse sobre ella cual lobo hambriento y olvidarse de todo? No, no se encontraba para nada bien.

—Ahora decidme como lo habéis conseguido. Tengo prohibida todas las visitas.

—Las doncellas y yo hemos tenido una idea y los guardias ahora se encuentran dormidos como bebés.

—Creo que comienzo a temeros —. Dijo abrazándola con fuerza aspirando del aliento de su vida.

—No debéis hacerlo, aún no tenemos nada contra vos —. La picardía de su lengua lo hizo sonreír con gozo.

Sus manos volvieron a encerrar su rostro y lo que pensaba fuese un beso de agradecimiento terminó siendo un choque de labios necesitados. La dulce boca era el mismo sol naciente de verano. Las lenguas se buscaban y su cuerpo respondía buscando algo que ya

consideraba suyo. Sus labios se movieron dominantes, exigentes, pero a la vez suaves y cálidos. Desesperado por el tormento de no saber nada de ella durante días, apresó su lengua con los dientes, la mordisqueó y acarició hasta sentir que se ahogaba por falta de aire. Ella era paz, su paz...

Obnubilado por el deseo tuvo que concentrarse dos veces antes de aceptar la triste realidad. Su padre era quien había carraspeado al otro lado de las rejas. Con el dolor en el cuerpo apresó las manos de la joven que se enredaban en su cuello y presionó con mucha ternura los dedos para que lo soltase. Gadea tenía los labios rojos y algo hinchados por sus besos, el escote a medio abrir y la mirada brillante por el deseo. La imagen gloriosa de la vida hecha carne.

—Dulce... alguien viene —. Dijo enfadado con él mismo por tener que separarse de su lado. Gadea continuaba aferrándose a su cuello —. Maldita suerte de perro muerto... os necesito... ya no puedo más... —La maldición sentida más pesaba como un tormento que como una desgracia.

—Decidme en qué puedo ayudaros y lo haré —. Perdida en sus corporales sensaciones, Gadea afirmó apresurada.

La frente de Judá se apoyó en la suya frustrado y conmovido por sus palabras.

—Lo haréis mi señora. Si sobrevivo os juro que no pediré sino que os exigiré. Os reclamaré cada una de mis necesidades pero hoy no será el día...

Su padre, discreto como siempre, se había ocultado en un lateral y rozado varias veces el estoque en la pared de piedra para captar la atención de la pareja y darles tiempo para recomponerse. Después de unos minutos se hizo ver y con la frente en alto, y la dulce mirada enfocada en la acalorada prometida, habló con serenidad.

—No voy a preguntar cómo es que estáis aquí ni cómo es que esos hombres están tan borrachos como si hubiesen caído dentro de un tonel de vino aragonés—. La sonrisa de Haym era tan sincera que Judá se acercó ilusionado.

—¿Padre, que ha sucedido?

—El arzobispo ha aceptado nuestra versión y ha intercedido ante el corregidor. Estáis libre.

El hijo se abrazó al padre y Gadea se mordió los nudillos para no llorar. Judá no merecía la cárcel por haberla salvado. Sus lágrimas expresaban agradecimiento, justicia y unos cuantos sentimientos más pero que se negó aclarar

—¿Estáis seguro? —Preguntó temerosa de estar soñando.

—Sí, lo estoy. Ahora marchad hacia la salida. Gonzalo os está esperando.

—¿Pero vos y Judá?

El padre se sorprendió al ver como llamaba Gadea a su hijo pero su sorpresa le resultó de lo más grata.

—Iros con Gonzalo —. Ella enfocó su preciosa mirada en él y Judá se mostró contundente.

—Estaré muy ocupado en todo el día pero por la noche iré a buscaros y espero encontraros despierta.

La joven marchó y Judá la hubiese perseguido y cargado en hombros hasta su lecho si no fuese por la mirada intranquila de su padre. Una vez se quedaron solos su postura retornó a la de siempre, un lobo enfadado y taciturno.

—La joven os tiene comiendo de su mano.

—No digáis tonterías.

—Entonces me alegro que así sea —. Comentó melancólico.

—¿Creí que ella os gustaba? —Dijo mal humorado.

—Y me gusta, pero acabo de prometer en mi nombre y en el vuestro que os olvidarías de ella a cambio de vuestra libertad.

—¿De qué diablos estáis hablando? —Rugió furioso.

—Es el precio que me ha pedido el arzobispo y lo he pagado.

—¡No debisteis hacerlo! —Gritó furioso y enfrentándose mirada contra mirada con su progenitor.

—Es el único trato que el arzobispo acepta.

—¡Por qué!

—Puedo responder con dos palabras, converso y nobleza, ¿os parece razón suficiente?

Judá estampó su puño rabioso contra la pared pero ni un grito de dolor brotó de su garganta. La cólera le nacía en las entrañas. Ese hijo de perra se negaba a su matrimonio con Gadea por el simple hecho de no tener un converso en la corte de los nobles. Inmunda rata apestosa.

—He hecho todo lo que he podido pero vuestro cuello estaba en juego —. Su padre habló derrotado —. Mañana mismo la devolveré a su familia y romperé vuestro compromiso.

—¡No!

—Judá, no tenéis otra alternativa.

El joven gruñó y apretó los puños con fuerza hasta que habló sin fuerzas. Llevaba días sin comer, sin ver la luz del sol y ahora le pedían que renunciase a lo único que le daba paz.

—No lo hagáis, esperad unos días.

—Nada cambiará en unos días.

Oh, sí, sí que lo haría. Su padre estaba muy errado si creía por un momento que renunciaría a ella. Gadea Ayala sería su mujer y el clero no se la quitaría. Ellos no se harían con algo suyo nunca más. La comprometería hasta el hartazgo y ningún hombre en su sano juicio se atrevería a arrebatársela sin antes haber estrechado abrazos con el

Creador.

Gato y ratón

La joven aún respiraba entrecortado cuando Beatriz la encontró escondida tras una cortina.

—Me podéis explicar ¿por qué? —Dijo moviendo las pesadas telas a un lado para encontrarse con su amiga alterada de pies a cabeza, el cabello a medio peinar y la piel ruborizada.

—Me estoy ocultando.

—Eso es evidente. ¿Y puedo saber de quién?

—Judá —. Dijo con el pecho subiendo y bajando como si acabase de terminar una carrera —. Nos hemos encontrado por unos minutos y...

Beatriz intentó mostrarse comprensiva pero no pudo porque no comprendía nada de nada. Gadea no le permitió pensar. La sostuvo de la mano y la llevó corriendo hacia su habitación para luego cerrar la puerta con fuerza. La joven amiga acercó la palma hacia su frente para comprobar que las fiebres no la habían alcanzado pero Gadea negó ofuscada.

—No estoy enferma, o eso creo.

—Me asustáis.

—Ay, Beatriz, no puedo. Judá desea que... yo... nosotros... ya comprendéis.

—La verdad es que no.

—Nosotros estamos prometidos. La boda será en un mes pero él espera que yo... nosotros... nos adelantemos...

Los ojos de Beatriz se abrieron como platos y Gadea asintió con el rostro mientras miraba hacia el suelo.

—No podéis, es pecado.

—Se lo he dicho pero lo está poniendo muy difícil.

—Tenéis que resistir.

—Lo intento, pero... —Gadea se sentó en el lecho y con las manos cubriéndole el rostro comenzó a llorar.

—¿Tan desagradable es con vos?

—No es eso... Beatriz, creo que lo quiero —. Dijo llorando con aún más fuerzas.

Su amiga se sonrió por la incoherencia de sus palabras cuando la puerta se abrió y el resto de la hermandad se hizo presente. Juana las había reunido.

Las jóvenes entraron sonrientes pero al ver a Gadea llorar sin consuelo se acercaron para arrodillarse con rapidez junto al lecho.

—¿Qué os sucede? —Preguntó Amice preocupada, pero fue Beatriz quien contestó con algo de humor en la voz.

—Cree que se ha enamorado de su prometido —. Las muchachas rieron menos Juana que se acercó y acarició su espalda.

—Yo no puedo... —dijo sollozando.

—Tonterías, Judá es un buen hombre, está perdido por vos, se nota en cómo os mira —. Las declaraciones de María la hicieron sollozar más fuerte y negar con la cabeza escondida entre las manos.

—Son nervios por lo desconocido, pero él os quiere mucho. Será paciente con vos, no tenéis que temer por...

—¡No soy virgen!

La confesión a gritos la hizo lanzarse boca abajo en el lecho mientras Juana, la única conocedora de su secreto, acarició sus cabellos con ternura.

Después de mucho tiempo de desconsuelo y un par de infusiones de valeriana, dejaba de llorar.

—Gadea, quiero que sepáis que somos vuestras amigas y no os juzgamos, ¿no es así? —Las jóvenes se apresuraron a asentir pero María fue la única que se atrevió a preguntar —. ¿Fue Malamuerte?

—No.

—Gracias al cielo—. Contestó Amice y todas se persignaron a la vez.

—Yo...

—No tenéis que contar nada si no lo deseáis —. María habló en nombre de todas.

—Pero quiero hacerlo. Llevo demasiado tiempo callando.

Sentada en el lecho y con las manos entrelazadas comenzó a hablar mientras Juana, cual fiel escudero, apoyaba la mano en el hombro de su hermana para demostrarle que estaba a su lado. Hoy y siempre.

—Hace unos años estuve muy enamorada. Él era mi sueño, mi realidad, mi vida...

Beatriz alzó el rostro para cubrirse los labios con las manos. Ya sabía de quien hablaba. Ambas se miraron y Gadea asintió con lágrimas de pena en el rostro.

—Su nombre era Julián y él está muerto.

La joven habló por algo más de una hora mientras sus hermanas de cofradía escuchaban atentamente. Algunas veces rodaron lágrimas pero otras sonrieron con ilusión como si de una hermosa historia de amor se tratase.

—Los Medina y los Ayala siempre hemos estado muy unidos, ya sea por política o por relaciones —Beatriz confirmó con un golpe de cabeza—. Me enamoré de él cuando aún éramos unos niños. Tres años mayor, lo creía un sueño imposible, pero entonces un día surgió el milagro, Julián me quería... —El inmenso suspiro la detuvo por unos segundos pero luego continuo con dulzura en la voz—. Ambos soñamos con un hogar, hijos y unas familias que jamás se separarían. No dudábamos que nos casaríamos, estábamos seguros que ambos

padres estarían felices ante tan grata noticia. Todo era felicidad pero una mañana supo la noticia. Debía convertirse en caballero. El rey Juan de Castilla apenas poseía dos años de edad y su madre Catalina de Lancaster regentaba las tierras. El reino nazarí de Granada estaba en guerra y Julián alzaría la bandera de Castilla en sus manos. Era su deber, me dijo con la sonrisa en el rostro. La desesperación me dominó y no fui capaz de llorar. Temía no volver a verlo, algo me decía que mi mundo se derrumbaría pero no quise escuchar. Luché contra el destino —Juana acarició su larga melena y Gadea la miró con agradecimiento —. Julián se iría por la mañana y la idea de no volver a verlo fue insoportable. Decidida esperé a que la casa estuviese en silencio y marché hacia su alcoba. Esa noche podía resultar ser la última vez que lo viese vivo y yo lo amaba tanto...

—No tenéis que justificaros, no ante nosotras.

Gadea protegió sus ojos con las manos pero las despiadadas lágrimas se escabulleron por entre los dedos.

—¿Qué voy a hacer?

—Estáis confundida y es normal. Habéis amado mucho pero es tiempo que el pasado se quede en el cofre de vuestros recuerdos. Ese joven ya no está y vuestra vida aún no ha comenzado —. María habló comprensiva. A pesar de ser unos pocos años mayor, poseía una carga de experiencias desagradables que la hacían ser la más pragmática de todas —. Ahora hablad con sinceridad, ¿si no os hubieseis entregado a ese hombre, rechazarías a Judá?

—No —. La contestación salió demasiado rápido hasta para ella.

—Entonces debemos hacer algo. Julián desearía que fueseis feliz. Él ya no respira pero vos sí y merecéis tener una familia —. Beatriz, la hermana de su antiguo amor, dijo con fiereza y Gadea lo agradeció. El perdón de su amiga significaba mucho para ella

—Pero él no me querrá. Judá piensa que soy... pura.

—¡Y lo sois! No existe mujer más noble y pura que vos. No es justo que vuestra inocencia sea juzgada por unas gotas de sangre y no por el contenido de vuestra alma —. Juana refunfuñó indignada y su ahínco provocó un intenso estado de agitación entre las jóvenes que comenzaron a moverse igual de indignadas.

—A ellos no se los juzga por amar a quien no deben —. Declaró Amice con tristeza.

—No —Contestaron molestas.

—Visitan tabernas con prostitutas y luego besan a sus mujeres dejando la huella del engaño en su piel —. Confesó María.

—¡Sí! —Gruñeron coléricas.

—Nos piden obediencia, recato y virginidad sin dar nada a cambio —. Dijo Beatriz.

—¡Sí! —Sus voces se alzaban cada vez más alto.

—Pero este es el mundo en el que vivimos, Judá debe saberlo. No puedo mentirle, yo no soy así.

—Hermana, si hasta lo llamáis por su nombre judío.

—Por supuesto, que importancia tiene un nombre o una religión frente a la bondad de un corazón limpio —. Gadea habló con seguridad y Juana se acercó enredando las manos entre las suyas.

—Si vos sois capaz de aceptar todo de él ¿por qué él no he de hacerlo con vos?

—Es distinto... —dijo avergonzada—. Me entregué a otro.

—¡Pero os amabais! —Beatriz alzó la voz como nunca y todas la miraron con los ojos como platos —. ¡Sólo fue una noche! No es justo. Si no es capaz de comprenderlo entonces marchaos de esta casa y no regreséis.

—¿Dónde teníais ese carácter? —Amice preguntó a Beatriz divertida.

—¡Escondido, como todo en nosotras! —Chilló furiosa e indignada.

El resto de las mujeres agacharon la cabeza sonrientes pero ninguna se atrevió a expresar opinión ante el sorprendente arrebato de coraje de su amiga. La cofradía las estaba cambiando y para bien, pensó Juana orgullosa.

—¡Dios! Que voy a hacer... mi vida está perdida. No me casaré, no formaré una familia y padre me internará en un convento y... —Confesó con desespero ante un futuro muy negro. Juana tembló al pensar en su padre. El hombre no era exactamente un puñado de mariposas.

—¿O puede que sí lo hagáis? —Amice habló sosteniendo su barbilla y captando la atención de todas las presentes.

—Gadea —. Dijo cual obispo ante el altar —¿Deseáis casaros con Judá?

—Sí —. Dijo alzando los hombros sin comprender nada y con las pupilas dilatadas de tanto llorar.

—¿Y os gustaría formar un hogar para serle fiel, formar una familia y ser felices por el resto de vuestras vidas? —Amice preguntó con firmeza.

—¿De qué va esto?

—¡Contestad! —La voz de monja enfadada la hizo alzar los hombros y enderezar la columna para contestar entre segura y atemorizada.

—Lo estoy.

—Bien, entonces creo que tengo la solución. Juana, id a la cocina y sin que os vean traed un poco de sangre de cordero. Beatriz, buscad un paño de lino pequeño y nuevo. María, necesitamos buscar

entre sus ropas la camisa más transparente que pueda existir. La antigua prostituta abrió los ojos con chispas en la mirada comprendiendo el plan de la monja.

—¿En verdad sois monja? —Preguntó María de lo más divertida.

—Hija mía, los caminos de Dios son insondables.

Ambas mujeres rieron divertidas frente a las otras que seguían sin moverse.

—¡Corred!

Asustadas, la cofrades salieron echando chispas, cualquiera se enfrentaba a una monja enfadada o en concreto, a esa monja enfadada. Apresando las manos de Gadea entre las suyas sentenció segura.

—Será está noche.

Inocencia reconquistada

—No estoy segura... no me parece bien.

Gadea caminaba nerviosa mientras las jóvenes se mordían las uñas frente a una Amice y María totalmente convencidas con el plan.

—Funcionará, os lo prometo. En el convento hemos ayudado a muchas doncellas con el mismo... pequeño inconveniente. Es más habitual de lo que pensáis.

—Pero eso no me exime de culpa —. Dijo mirando el crucifijo junto a su peine.

—Sois culpable ante unas leyes de hombres escritas por hombres. Amasteis, ese amor se fue y vos debéis continuar. Todas poseemos el derecho de buscar algo de felicidad —. Dijo una María convencida.

—No quiero mentir, él ha sido tan bueno conmigo...

—Y vos con él —. Sentenció Juana.

—Una pequeña mentira para conseguir un gran fin. Eso no es pecado —. Las muchachas miraron con ojos abiertos como naranjas a la monja que contestó antes de ser preguntada —. ¡Sí, soy monja!

—Una no muy convencional —. Murmuró Juana.

—Y por ello formo parte de esta gran cofradía. Hermanas, ¿estamos listas?

—Yo no —. Contestó una Gadea temblorosa —. ¿No podría ser otra noche?

—Él ha dicho que vendrá a hablar con vos esta noche, será mejor que os adelantéis. Además después de días en calabozo estará más cansado y...

—¿Y qué? —Preguntó intrigada.

—Vos llevad este vino y ofrecerle una copa.

—¿Otra vez vino especiado? —Dijo sosteniendo su frente con ambas manos.

—Ofrecérselo después de... es decir... se dormirá relajado y podréis marcharos sin ser descubierta —. La monja terminó de hablar agitada buscando las palabras menos soeces posibles.

—Cuando despierte apreciará menos los detalles —. María explicó como experta en la materia.

—Ay, Dios... —dijo Gadea muerta de nervios y totalmente avergonzada.

—¿Y yo, que creía saberlo todo? —Juana sonrió rompiendo el hielo.

—Por no decir que hasta hace dos días yo era una inocente doncella —. Beatriz dijo con completa sinceridad causando las carcajadas de sus compañeras.

—¿Entonces pensáis que funcionará?

—Sí —. María respondió segura.

—Pero ¿si lo dejásemos para otra día...?

—¡No! —Gritaron todas al unísono y Gadea se mordió los labios cual preso sentenciado.

Unos cuantos consejos y un par de copas de vino después, pero no del especiado de Amice, Gadea esperó a que la casa se encontrase en silencio para cubrirse con la capa de las comunes y marchar hacia su destino. Odiaba sentirse como una traidora pero sus amigas llevaban razón, si Judá la rechazaba, mejor esa misma noche que después de la boda. Si él no se sentía complacido podría deshacerse del compromiso y ella regresaría a su hogar con la pena en el corazón pero aceptando su decisión. La idea de no volver a verlo le causó un extraño sabor amargo, Judá no era como Julián, y aunque no se sentía obnubilada cual princesa en relato de trovador, existía algo en Judá que la hechizaba tanto como esos dulces de almendras y miel que vendían en el zoco. Julián representaba la hermosura del caballero pero Judá era la fuerza indomable del viento. Su alma galopaba contra corriente y su furia era tan intensa como su protección. Su fuerza la convertía en fuerte, sus deseos le deshacían los huesos y su mirada la asustaba y atraía como el demonio al pecado. Dispuesta a construir un nuevo destino o por lo menos intentarlo, llegó al umbral de su puerta y alzó la mano libre de jarra. Con los nervios rompiendo su cordura, el puño se quedó suspendido en el aire. No podía hacerlo.

—¿Buscabais a alguien, señora mía? —La grave voz de Judá a sus espaldas la hizo temblar de pies a cabeza.

Había recibido toda la teoría y el máximo de buenos deseos, pero estar allí, frente a él, lo cambiaba todo. Con Julián había sido rápido y algo doloroso y no estaba segura de desear volver a revivir aquello pero, sacando fuerzas de sus entrañas, respiró con fuerza antes de girarse y responder con la barbilla en alto.

—Sí, a vos —. La voz le salió agitada pero decidida. Si buscaba un futuro mejor allí se encontraba su única oportunidad.

—Pues aquí me tenéis. Soy todo vuestro —. La pícara sonrisa del converso la hizo temblar pero no exactamente de miedo.

Llevada por una fuerte dosis de valor, alzó la mano para acariciar la incipiente barba del joven. Las yemas de sus dedos acariciaron lentamente el rostro pétreo bordeando la mejilla para bajar por su definida mandíbula. Sus ojos gravaron cada detalle esperando no tener que recordarlos encerrada en un convento.

—Debemos hablar... —El corazón del hombre latía con fuerza.

Sentía cada golpe de corazón en la vena gruesa que subía por su cuello y que delineó concentrada. No hablaba, sólo acariciaba, como si fuese la primera vez en verlo y la última vez en sentirlo.

Julián era un joven bello pero Judá era un hombre, uno del que se podría enamorar para siempre.

—Señora… os juro que no ha existido caricia más inocente despertando un deseo tan irrefrenable.

Gadea dejó de admirar por allí donde arrastraba sus dedos para enfocarlo con una cálida sonrisa que lo hicieron temblar. Apresando la delicada mano entre sus dedos se la llevó a los labios para besarlos de uno en uno. La humedad de su lengua los probó a todos y luego los besó con ternura mientras habló con la voz gruesa por el deseo contenido.

—Os necesito… pero deseo que comprendáis que a partir de hoy seréis mía diga lo que diga la iglesia. Ante los ojos de Dios estaréis amarrada a mí.

El converso la miró con furia en la mirada. Esperaba su aprobación como si de los votos matrimoniales se tratasen.

—Os acepto —. Dijo segura —. Si vos me aceptáis a mí —. Judá creyó que el cielo se habría ante sus ojos cuando Gadea soltó las cuerdas de su capa para dejar a la vista la transparencia de su camisa.

La garganta se le secó y apunto estuvo de beber de esa jarra que llevaba en la mano y que sin saber como depositó en una mesa cercana para tenerla a total disposición.

—Os acepto, por Dios que sí, pero yo debo confesaros que si me aceptáis puede que…

—Os quiero. Ahora —. Pronunció segura.

No podía permitirse dudas o ella misma saldría corriendo. Judá se olvidó de las promesas de su padre al arzobispo y de la santa iglesia católica.

—Me tendréis —. Dijo antes de besarla con fuerza empujándola hacia el interior de su alcoba. Quería ser suave pero temió no poder hacerlo. Días en tensión deseándola con desespero no resultaba un buen presagio.

—Sois preciosa —. Dijo intentando parecer menos salvaje de lo que se sentía.

Gadea temblaba de pies a cabeza. Puede que no fuese virgen pero se sentía como una. No lo había confesado a sus amigas pero aquella primera vez fue contra una pared. Julián, como todo joven inexperto y apresurado, apenas si levantó sus faldas. Unos escasos besos, un dolor no demasiado fuerte y todo estaba terminado. Con un beso en la frente y la promesa de amor eterno se marchó a su habitación. Quiso creer que aquello fue maravilloso pero al sentir en este momento, las manos del converso acariciarla por la espalda, supo que esta vez todo sería muy diferente. Con los labios besó sus hombros y empujó parte de la camisa que empezaba a escurrírsele por los brazos. En un acto reflejo intentó detener la caída pero él se lo

impidió.

—No luchéis contra lo inevitable —. Dijo con voz autoritaria y carrasposa mientras hacía lo mismo con el otro tirante hasta que la pieza, sin sostén alguno, se enredó en sus tobillos dejándola completamente desnuda.

—Yo no creo que sea lo correcto —. Comentó intentando explicar que la iglesia ordenaba que el acto debía realizarse con algo de ropas y con el menor roce posible —pero las manos de Judá, que desde la espalda la envolvían y acariciaban fuertemente los senos, no le permitió aclarar nada.

Judá besó su cuello hasta la saciedad y cuando notó como sus nervios se disolvían entre sus brazos, la sujetó por la cintura para elevarla y depositarla en su lecho. Con premura se quitó la camisa, los pantalones y los calzones pero Gadea no lo miraba. La muchacha cerraba los ojos esperándolo y él pensó que no había visto tanta ternura concentrada en toda su vida.

Implacable avanzó hasta ella y recorrió el delicado cuerpo con sus callosas manos. Ella temblaba por allí donde él pasaba y la sonrisa se le instaló en su áspero corazón. El perfume de Gadea, cada vez más intenso, se impregnaba en su propia piel. Deseoso, pegó el cuerpo al suyo piel contra piel. Su virilidad saltó ante el contacto de sus caderas y gimió intentando contener una furia que le clamaba por tomarla allí mismo, sin condescendencias, después de todo él nunca las tenía. Pero ella no era una tabernera o una criada, ella era Gadea Ayala, la mujer de mayor linaje de Toledo que se entregaba por voluntad propia a un converso del que todos desconfiaban y al que muchos temían.

—Miradme —. Dijo queriendo confirmar su decisión.

Ella obedeció y Judá se rindió ante la transparencia de su mirada. La pureza existía y se recostaba esa noche en su lecho.

Estaba inmóvil, podría decirse que parecía un cuerpo casi muerto si no fuese que el calor que irradiaban sus curvas ante sus caricias le quemaban los dedos.

—Mía…

Las palabras de Judá se acompañaron de unos dedos que seguros viajaron hasta esa humedad entre sus piernas haciéndola temblar como aquél día en su cuarto. Gadea respiraba agitada. Todo pasaba como si de un sueño se tratase. Las palabras de su prometido rugieron como una promesa de matrimonio a pesar de la ausencia de sacerdote. Temblando por dentro se aferró a unos hombros que ahora se encontraban sobre su cuerpo pero sin presionarla. La sensación del bello de su piel rozando sus senos resultaba delicioso. Los pezones se tensaron ante su contacto y Judá los besó como si supiese lo que necesitaban. Intentó no moverse y dejarlo hacer, después de todo ese era el deber de una buena mujer pero su cuerpo rebelde se negó. Los

temblores nacían desde aquella protuberancia donde sus dedos masajeaban cada momento con mayor intensidad. La cabeza le cayó a un costado cuando aquellos espasmos regresaron como respuesta al llamado de su amo. Los besos de Judá ya no eran suaves, los mordiscos en su cuello aunque firmes representaban placentero dolor. «Basta» quiso decir cuando sus dedos continuaron atormentándola pero no pudo, la voz no salió. El cuerpo tembló y tembló hasta que lo que pensó sería el fin resultó ser un enérgico comienzo.

Judá no era capaz de pensar frente a la respuesta apasionada de su prometida. Ella era una fiel cristiana pero, a la vez, una muy rebelde cristiana, pensó al recordarla miembro de esa niñería que llamaban La Cofradía. Ahora, en su lecho, demostraba nuevamente su coraje y su insurrección. Y le resultaba terriblemente excitante.

—No puedo esperar... —Susurró al sentir como su dedo era apresado con la contracción de sus húmedas paredes —. Gadea abrid los ojos —. Ordenó con firmeza sosteniendo su peso con los codos. Ella cumplió su mandato y lo miró con la patina de la pasión en la mirada.

Con el cuerpo entre sus piernas la fue penetrando lo más suave de lo que fue capaz. Gadea gimió ante la invasión pero sus manos fuertes la obligaron a continuar mirándolo. Deseaba que reconociera la figura de su dueño. La respiración del joven se agitó pero al ver como la dulce mirada se clavaba en la suya perdió la última gota de control que poseía. Gadea era suya pero una parte de él comenzaba a pertenecerle a ella. La dura erección descontrolada se abrió paso como cincel de escultor. Golpeó en su interior intentando alcanzar un fondo que parecía lejano. La lujuria dominaba sus subidas y bajadas y la llenó hasta allí donde no existía fin. Judá se sumergió una vez y otra más mientras sujetaba con fuerza sus estrechas caderas para que no se moviese hasta que la simiente le brotó desde lo más profundo. La liberación resultó exultante. El cuerpo cayó sobre el suyo agotado y saciado. La respiración agitada fue calmándose de a poco y la consciencia llegó a su mente. Temeroso, alzó la cabeza.

—Dulce... miradme... por favor... —Dijo suplicando al cielo un silencioso perdón ante una Gadea que conservaba los ojos cerrados. Ella obedeció y el brillo de su mirada parecía normal, hasta satisfecho pero no ofendida o dolorida —¿Estáis bien?

—Creo que sí ¿y vos? —Judá agradeció a Adonay que por una vez se encontrase de su lado.

—No podría sentirme mejor —. Contestó aliviado —. ¿Os he hecho mucho daño? —La joven negó avergonzada.

El converso la besó en la frente y se recostó a un lado. La sangre manchaba parte de sus cuerpo y Gadea cerró los ojos intentando no pensar.

—Lo siento… —Gadea dijo al sentirse un vil estafadora pero Judá alzó la vista para sonreír con una sinceridad desgarradora.

—¿Por ser tan hermosa o por hacerme enloquecer de placer? —Contestó sonriente mientras se acercaba y la abrazaba con fuerza contra su pecho.

«¡El vino!» Era el momento. Presurosa se acercó a la jarra sin importarle su desnudez. Dos copas llenó y una le acercó mientras suplicaba a la virgen un profundo perdón.

—Por nosotros —. Judá alzó la copa y la bebió al completo mientras ella simplemente se mojó los labios.

—Venid a mi lado.

Soltando la jarra se aferró a su calor y acarició el suave bello de su torso esperando que aquél fuese el primero de muchos momentos. Sus manos la hacían sentir mujer y sus caricias un tesoro.

—Quedaros siempre… me dais paz… —Dijo antes de quedarse dormido.

Gadea respiró profundo y esperó un tiempo prudencial. Con cuidado de no despertarlo le alzó la mano que la sujetaba por la cintura y se movió a un lado para vestirse. En la soledad de su cuarto debería asearse y quitarse el paño ensangrentado del fraude. Con la pena de la mentira se envolvió en la negra capa y se marchó.

A oscuras, y después de quitarse la tela de su interior, se deshizo de las pruebas arrojándolas a la chimenea. Agotada se acercó al lecho y por poco estuvo de pegar un alarido frenético.

—Sh, soy yo.

—¿Juana, qué hacéis en mi cama?

—Deseaba esperaros y saber que os encontrabais bien.

—Lo estoy —. Dijo sentándose junto a ella.

—¿Y…?

—Creo que ha funcionado.

—¿Creéis?

—Bien, está dormido y no me ha echado a patadas. ¿Eso puede ser bueno no?

—Eso parece —. Contestó Juana.

—Hacedme un lugar —. Juana estuvo por marcharse pero su hermana la retuvo en el sitio.

—No os vayáis. Quedaros junto a mí como cuando éramos pequeñas.

Juana volvió a recostarse y mirando al techo preguntó de lo más interesada.

—¿Gadea?

—¿Sí?

—¿Ha sido bueno? ¿Quiero decir el acto?

—Lo fue.

—¿Mejor que con Julián?

—¡Juana!

—Somos hermanas, no me neguéis esos detalles —. Dijo divertida.

—El chismorreo es un pecado —. Contestó igual de divertida que su hermana.

—Como todo lo bueno —. Ambas rieron y Gadea miró al techo antes de responder.

—Juana, yo lo amaba —dijo refiriéndose a Julián —pero con él todo es diferente. Más intenso, más poderoso, más salvaje... más real.

—¿Salvaje?

Gadea se arrepintió de sus palabras y pidió disculpas a su querida virgen María por ser tan mala influencia en su inocente hermana.

—Dormiros de una vez y dejaros de preguntas. Vuestro momento llegará y tendréis todas las respuestas.

—¿En verdad creéis que alguien me amará algún día?

—Por supuesto que sí, no deberías dudarlo.

—Puede, pero a veces siento que esta vida no fue hecha para mí. ¿No sentís como si no encajásemos en esta realidad?

—Dormid —. Dijo sin deseos de contestar.

Juana asintió y Gadea comenzó a recitar más penitente que nunca y suplicando algo de perdón y bastante de comprensión. “Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus...”

La abuela se quedó dormida apenas terminó el relato y Constanza no podía dejar de pensar en lo divertido que era la forma en que la mujer escondía los afectos cuando representaban la esencia misma de la historia. «Besos y dormir...», pensó divertida, ni ella era tan ingenua. Moviendo los dedos en la almohada descubrió que aún era algo temprano y que el sueño no llegaba.

—Igual si no hago ruido... —Se dijo pensando en una idea que su abuela desaprobaría al completo.

Con cuidado se levantó y se calzó los zapatos. El vestido aún no se lo había quitado por lo que la huida resultó más sencilla. En punta de pies salió y se dirigió al camarote del capitán, después de todo él le había ofrecido escoger un libro y qué mejor que leer cuando se tenía insomnio, pensó justificando su deseo por verlo aunque más no sea un corto momento.

Llegó hasta la puerta y con la mano en alto se sintió como Gadea frente al cuarto de Judá. Sonriente pensando en el dulce final de la joven

se dispuso a escribir su futuro. No es que ella no desease llegar pura al matrimonio pero el capitán le despertaba todas las fibras, las inocentes y las no tanto.

A punto estuvo de golpear cuando unos sonidos extraños llamaron su atención. La puerta no estaba cerrada del todo y curiosa como era, adentró lentamente la mitad del cuerpo en completo silencio. Varios minutos y unos cuantos abrir de párpados, fue lo que necesitó para comprender lo que en aquél escritorio estaba pasando.

Las faldas azul cielo arremolinadas junto a una piernas femeninas en alto y albergando un ancho cuerpo masculino en su interior, jadeaban ante el embiste de un hombre de fuertes espaldas. El capitán, ese que se llamaba igual que el primer amor de Gadea, amaba a otra y no era ella...

Dos pasos hacia atrás y estaba nuevamente fuera sintiéndose la más estúpida de todas. Por un momento había creído que algunas de sus miradas habían sido de interés, menudo tonta, pensó secándose una lágrima perdida. Con las ilusiones rotas caminó nuevamente hacia su cama y se recostó acariciando las letras del libro. Su dedo acarició la c, la o, la m, y así cada una de las letras... la Cofradía de las comunes... Eso es lo que ella se sentía, una común entre las comunes.

Abrió el libro y leyó por su cuenta. La abuela sabía muchos detalles e incluso pasajes que allí no estaban escritos, pero no tenía sueño y no deseaba pensar en hombres que no se encontraban a su alcance y se hundían en otras piernas.

Oro no es

—Os habéis escapado demasiado temprano...

Los labios de Judá recorrieron su nuca mientras era arrastrada tras la gruesa cortina del pasillo principal. La joven no fue capaz de pensar. Los besos de aquél hombre la adormecían mentalmente. Su cuerpo flotaba con cada caricia y su corazón se escapaba del pecho enloquecido por sentir.

—Pueden vernos... —Murmuró poco convencida. La decente moralidad la obligaba a decir lo que no deseaba.

Si por ella fuese se dejaría guiar hacia su habitación y continuaría con lo que la noche anterior no se permitió liberar. El miedo por ser descubierta la llevó a abandonar un mundo de experiencias maravillosas que nunca creyó que fuesen posibles. Besaría a Judá como si no hubiese un mañana, le tomaría la mano y se dejaría guiar a esa alcoba en donde se sintió nacer como mujer. Las manos del converso la incitaban cada vez más y temblorosa abrió los ojos buscando un poco de cordura.

—¿Dónde? ¿Pero cómo?

Judá empujaba su escote hasta la cintura mientras sonreía con picardía frente a sus estupendas capacidades masculinas de hacerla perder el raciocinio.

—Parece que mis besos os distraen lo suficiente. Deberé recordarlo cuando deseéis matarme.

—¿Y por qué desearía mataros?

—Prefiero no pensar en ello —. Alzándola por los codos la hizo caminar hacia atrás hasta introducirla en su alcoba y arrojarla sobre su lecho.

Judá actuaba diferente a la noche pasada. Esta mañana la miraba con el fuego de la necesidad y aunque ese efecto fuese sumamente contagioso, también lo era el sentimiento de vulnerabilidad que un hombre como él provocaban en alguien como ella. Con determinación, se quitó la camisa por la cabeza y se desprendió de sus calzas dejando una imagen que jamás creyó ver a plena luz del día o nunca, se dijo esta vez siendo plenamente consciente pero sin apartar la mirada

—Madre de todos los santos... —Balbuceó impactada con semejante imagen varonil.

Judá no era un hombre bello como un ángel sino atractivo como un demonio. Ese del que provocan algo más que suspiros, ese del tipo que la sangre se combustiona y el ardor alcanza partes del cuerpo que no sabías poseer. Su torso era duro, fuerte, cubierto con un delicado bello que se perdía en forma de flecha bajo sus calzones, y esas manos, tan fuertes y masculinas pero tan suaves cuando se lo

proponían... La sensación era primitiva pero tan excitante que no pudo dejar de observar. Sentirlo tan dispuesto para ella era magnífico. El orgullo se henchía en su alma de mujer.

—¿Os reís de mí? —Preguntó arrastrándose en cuatro patas hasta cubrirla con su cuerpo.

—Puede —. Dijo con valor —. ¿Pensáis castigarme? —«¿Había dicho eso en verdad?» pensó alterada. ¿Qué le estaba pasando?

La carcajada de Judá fue tan intensa que el rubor cubrió sus mejillas y el pudor se instaló allí donde antes no se encontraba. Forcejeó para salir de debajo de su cuerpo pero él no se lo permitió. Su boca se lanzó a su cuello y sus manos se metieron por dentro de su camisa rasgándola hasta el ombligo.

—Dejadme, esto no está bien, se supone que no debo...

—¿Disfrutar? Mi dulce señora... los judíos no crecen en esa parte de vuestra doctrina.

—Pero yo sí y vos sois un converso, también deberías hacerlo —. Comentó arrepentida de sus palabras apenas las terminó de pronunciar.

—Dulzura... —dijo para nada enfadado —no culpéis a Dios de lo que de los hombres proviene. Él os ha creado magnífica —sus dedos ásperos acariciaron su rostro hasta el cuello —y os han puesto en mi camino enloqueciendo mis sentidos ¿no creéis en un destino escrito para nosotros?

—¿Y si no fuese él? —Dijo preocupada y sincera—. ¿Y si él demonio estuviese detrás de estos actos obligándonos a pecar? El arzobispo lo dice en la Primada, sus sermones son muy claros... ¡Huid de la fornicación!. Todos los pecados que un hombre comete están fuera del cuerpo, pero el fornicario peca contra su propio cuerpo.

Gadea habló imitando al amargado Pedro de Luna y Judá creyó morir de diversión.

—Mi señora, no hacemos nada que la naturaleza no practique —Dijo intentando dar por zanjada la conversación —. Os aseguro que seré algo más que un fornicario. Señora mía, permitidme obtener lo que sólo vos sois capaz de ofrecerme...

—¿Qué es, Judá? Siempre lo decías, ¿pero qué es eso que os doy? —Dijo intentando alcanzar su profundo escondite interior.

—Me fascina cuando me habláis sin miedos. Me gusta escuchar vuestros pensamientos cuando os olvidáis la buena educación cristiana. Me mostráis un mundo donde las reglas pueden ser violadas con tal de ayudar a una mujer perdida, alimentáis el mundo con esperanzas más allá del filo de mi espada, albergáis paz allí donde sólo tuve dolor y me adormecéis en un sueño de libertad y... —Quiso decir amor, pero no pudo. Sus sentimientos se encontraban aún demasiado aprisionados como para decir en voz alta lo que su corazón apenas si

podía aceptar.

—A los hombres no les gusta que las mujeres pensemos tanto —. Su mirada calló hasta el pecho del hombre, que aún sobre su cuerpo, besó sus mejillas loco por sentir su contacto.

—Yo no soy todos los hombres y vos no sois todas las mujeres. Vos sois la mía —dijo apresando sus labios contra los suyos—y cuando me mostráis ese mundo que lleváis dentro sólo deseo perderme en él. Regaladme lo que nunca tuve...

Las manos suaves acariciaron su rostro tallado en piedra y delinearon las espesas cejas. Judá aceptó cada detalle de su ternura mientras con la fuerza de su cadera comenzó a presionar allí donde sus cuerpos se unirían. Levantó sus faldas y se inclinó para beber la paz de sus labios. Los besos que comenzaron como simples roces, terminaron como siempre siendo una explosión incontrolada de necesidades. El fuego se le instaló en los huesos y la urgencia de penetrarla resonaba en su cerebro. La lengua se abrió paso en su boca carnosa y femenina mientras su virilidad se abría paso hacia recientes tierras conquistadas. Gadea arañaba su espalda y saberse marcado por tan tiernas manos lo enloqueció. Un torrente de embistes posesivos, imposibles de controlar, nacieron de su furia masculina. Judá ya no sabía lo que deseaba. Su cuerpo sudaba sexo y posesión pero su alma buscaba algo más allá de la razón. Algo por lo cual mataría, algo que representaba la respuesta a todos sus vacíos. Ella era paz pero también esperanza.

Deseando marcarla con el cuerpo y decirle embistiendo lo que con palabras no sabía, le alzó las caderas con la fuerza de sus manos intentando alcanzar la profundidad de su ser. Insatisfecho realizó movimientos desesperantes. Su erección no era lo suficientemente grande ni potente para llenarla hasta lo más profundo.

Las palpitantes contracciones de sus músculos exprimiéndolo hasta el dolor le provocaron una reacción plenamente salvaje. Con la cabeza echada hacia atrás la embistió por última vez hasta caer desplomado y respirando agitado en el delicado cuello. «Por amor al cielo, ¿qué acaba de suceder?»

Adormecida vio como él se vestía para marchar.

—¿Me abandonáis? —La sonrisa que le dedicó, y que escasamente ofrecía, fue alimento para su alma.

—Me esperan. Os veré esta noche —. Dijo acercando su cuerpo al lecho para darle un dulce beso en los labios.

—¿Quién puede ser tan importante como para obligaros a abandonarme?

—Os prometo que llevo un tiempo en el que nada ni nadie puede hacerme olvidaros. Quedaros en mi alcoba el tiempo que

deseéis, daré órdenes de que nadie os interrumpa.

—No, debo irme—. Dijo con una pequeña porción de enfado. Él se iba y ella no recibía ninguna explicación y eso dolía. Sentir su hermetismo después de todo lo vivido era doloroso —. Yo también tengo compromisos.

Sentada en el colchón se puso rápidamente la camisa pero Judá la sujetó de la barbilla obligándola a mirarlo a los ojos. «¡Por favor! Como se puede ser tan atractivo».

—Vuestros compromisos son sólo conmigo. Absolutamente míos. ¿Lo comprendéis? Nadie más que yo ocupará vuestros sentimientos de mujer. Sois mía —. Gadea tragó al ver la fiereza en su mirada y asintió con el rostro mientras él aceptaba conforme.

Puede que el converso le mostrase un lado desconocido pero su naturaleza de guerrero le recordó que los juegos tenían un límite y no debía olvidarlos. Como si se hubiese dado cuenta de la fiereza en su contestación Judá intentó aligerar el ambiente.

—Debo recuperar unas inversiones y romper antiguas promesas —. Su cabeza se agachó para encontrarse con los labios de la joven y murmurar sobre ellos.

—¿Antiguas promesas?

—Sí, seréis mi esposa —. Gadea lo observó confusa. Por supuesto que sería su mujer. La boda sería pronto, ¿por qué decía su prometido algo tan extraño? —A mi regreso llamaré a vuestra puerta, ¿me recibiréis? —Preguntó cambiando de tema.

—Lo haré. Iros, os veo alterado. Espero que todo salga según lo planeáis —. Un último beso y Judá salió algo perturbado pero sin responder.

—¡Judá! —El grito de Cinfaa lo puso de muy mal humor.

—He dicho que no me llaméis así y mucho menos con ese tono de confianza.

—Siempre os gustó mi tono —. Dijo acercándose a su cuerpo y acariciando su torso. El joven se tensó mirando hacia la puerta y esperando que Gadea no saliese en ese instante, no deseaba ser la carnaza en una riña de gatas alteradas.

—Estoy con prisas, lo que sea que deseéis decir hacerlo rápido —. Cinfaa hizo un mohín de mujercita dolida.

—Venid a mí esta noche, debo contaros algo.

—Decid lo que tengáis que decir ahora o no tendréis otra oportunidad.

La joven se movió insatisfecha con sus reacciones, esperaba algo más, mucho más. Necesitaba a Judá nuevamente en su lecho si lo que deseaba era recuperarlo. Esa puta cristiana lo tenía envuelto con sus patrañas hechiceras y él no era capaz de discernir. Ellos se

amaban, y aunque él se encontrase embrujado, ella lo salvaría de sus pócimas mágicas. Dispuesta a seguir luchando, elevó la vista y observó que la puerta tras Judá se encontraba abierta. Descarada se lanzó al cuello del converso y lo besó con desesperación. Si aquella intrusa deseaba espiar, pues ella le daría espectáculo a su circo. La boca de Judá no se movió, estaba expectante. No respondió a sus caricias pero tampoco se quejó. Dejó que Cinfaa manejase el momento.

—Venid a mí esta noche. Aún tembláis con mis caricias, no lo podéis negar.

Judá la miró a los ojos y algo parecido a la pena se depositó en sus ojos. Él era el único responsable de aquella conducta. Estaba por sujetar las manos de la joven para alejarla y explicarle que lo suyo no era posible cuando la puerta de su habitación se abrió con fuerza y su prometida huyó a toda velocidad.

—¡Gadea! —Gritó ofuscado y arrancando las manos de Cinfaa de su cuello. Su prometida estaba furiosa y no era necesario ser el mejor de la Escuela de traductores de Toledo como para descifrar el rastro de enfado que dejaban sus pisadas por el pasillo —. Maldita sea. ¡Deteneros! —Chilló con aún más fuerza pero la cabeza dura ni se giró.

—Estoy esperando un hijo vuestro —. Judá, que pese a toda sus blasfemias mentales caminaba tras Gadea, se congeló en el sitio.

Las manos se le tensaron a los lados y la rojez inundó su rostro inflamando el ancho cuello. Cinfaa cerró los ojos. Conocía sus arranques de malos humores y tembló cuando las manos fuertes la sujetaron de ambos brazos levantándola por encima del duro suelo.

—¿Qué habéis dicho?

—Estoy encinta... —Las manos de Judá la soltaron como si ella lo quemase.

Cinfaa, que no deseaba un final como el del abad Malamuerte, comenzó a temblar. Judá podía ser un hombre de honor pero nadie como ella para conocer la maldad y el odio que por sus venas corrían.

—¿Pensáis que asumiré que soy el padre? —Cinfaa no contestó y el joven rió con la ironía dibujada en su rostro.

—No me derramé en vos y lo sabéis. Buscad a otro estúpido que os compre vuestras mentiras si es que en verdad existen —. Dijo observando su vientre.

La furia de sentirse descubierta en el engaño la envalentonó y con la fuerza de los puños cerrados, golpeó en su torso queriendo cortar la carcajada de aquél despiadado al que llamaba mi amor.

—¡No podéis abandonarme! Lo prometisteis. Ella sólo sería un peón de vuestra venganza. ¡Es a mí a quien amáis! Yo os daré los hijos de vuestra sangre judía.

Con rabia por sentirse descubierto en antiguas promesas, Judá

sostuvo sus muñecas con fuerza y las alejó sin el menor de los esfuerzos mientras declaró con la voz helada de los vientos fríos del norte.

—Os olvidaréis de mí y continuaréis con vuestra vida. Una vez me ofrecisteis algo que creí consuelo y por ello es que no os arrojaré a la calle, pero si continuáis con vuestros estúpidos planes no me dejareis más alternativa que hacerlo.

Las manos de Judá soltaron con fuerza sus muñecas y la joven cayó derrotada en el suelo.

—¿Me echarías a la calle por ella? —La melena de Cinfaa se enredaba en su rostro y las faldas se dispersaban alrededor de sus piernas enroscadas en el suelo cuando gritó con la rabia de los perros moribundos —. ¡La odio!

Judá sintió que las tripas le apretaban y se retorcían en sus entrañas. De una zancada se acercó al cuerpo en el suelo y lo levantó por los codos para aprisionarla contra la piedra congelada. La joven, asustada al verse aprisionada, chilló temiendo por su vida.

—Os conozco, si osáis acercaros a ella —ladró rabioso— si descubro que una lágrima de sus ojos se derrama por vos... os prometo que no tendré piedad. Me conocéis muy bien y sabéis las altas montañas que es capaz de escalar mi ira —. La muchacha tembló y Judá le mostró la blancura de su más blanca y perversa sonrisa —. Hacéis bien temiéndome porque si un solo cabello de ella se rompe por vuestra culpa os juro que no tendré piedad.

Cinfaa se puso a llorar con las manos cubriéndole el rostro. Lo había perdido y todo por culpa de aquella bárbara cristiana. Esa maldita bruja hechicera.

—¡Ama a otro! —Chilló lastimosa y furiosa. Judá la miró y ella continuó con rabia —. Escuché el nombre de Julián —. Las manos del converso comenzaron a presionar su cuello y ella respondió con las mejillas rojas por la falta de aire —. Os lo juro... no... sé... más...

Con desprecio la arrojó al suelo y la muchacha tomó aire a grandes bocanadas cual pez fuera del agua.

—Contadme exactamente lo que habéis oído y no penséis en engañarme. Mi enfado no es un invitado que desearías ver en vuestra mesa.

Cinfaa habló con los ojos llorosos pero deseando lastimarlo tanto como ella lo estaba.

—Escuché el nombre de un tal Julián, creo que es hermano de esa amiga suya. La asustadiza con agua en las venas.

«Beatriz», pensó Judá con los celos sofocándole el aliento.

—Yo misma escuché que lo amaba, él se fue a la guerra pero ella aún lo llora.

—¿Estáis diciendo que está muerto? —Judá sintió que la vida le

regresaba al cuerpo.

Sin esperar contestación se marchó dejando a una histérica Cinfaa detallando todas las desgracias que le deseaba a lo largo de esta vida y la siguiente.

No se sintió feliz con el descubrimiento pero no le importaba luchar contra un muerto. Los muertos, muertos estaban. No podía confirmar el sentirse enamorado pero ella golpeaba muy fuerte en su corazón cansado y no la perdería ni por un arzobispo ni por un cadáver.

—¿Creéis que podremos utilizarla? —. Dijo una voz desde la sala observando muy a lo lejos a Cinfaa llorando en el suelo.

—Deberemos hacerlo. El idiota del abad Malamuerte no nos dejó sin alternativas —. Respondió furioso el de la cicatriz en la ceja.

—Su entrepierna libidinosa entorpeció nuestros planes —. El de amplias túnicas contestó molesto.

—Si a morir degollado lo llamáis torpeza me temo que debo aceptar vuestras reflexiones —. Respondió el de la cicatriz sonriendo tras la copa de vino —. No os preocupéis, él no será un estorbo, no por mucho tiempo.

—Eso espero... eso espero... —. Dijo el hombre que al cubrir su cabeza con el capirote dejó traslucir si gran anillo mezcla de oro y plata con un gran pedrusco que se parecía mucho a un rubí y que nadie se atrevía a mirar por mucho tiempo.

Constanza observó a la abuela dormir serenamente y cerró el libro. Su corazón estaba tan roto como el de Cinfaa y sus esperanzas tan deshechas como las de Gadea. No merecía la pena seguir leyendo sobre las comunes. Mañana sería otro día.

Promesas incumplidas

Zaaben había exigido verlo y aunque a Judá no le gustaban en absoluto las órdenes reconoció que el problema que tenían en Toledo era muy preocupante. Si las guerras contra los moros terminaban en victoria, nada bueno resultaría para su pueblo. Ni los reyes castellanos ni la iglesia católica se detendrían allí. No hasta conseguir un auténtico reino cristiano. Uno sin judíos...

Isaac, hermano de Zaaben, intentaba formar un grupo armado contra los seguidores del profeta, y aunque hace no mucho tiempo él mismo hubiese asumido la posición de líder de la rebelión, hoy no veía muy claro cual era el lugar correcto en el que se debía luchar. Cuando liberaron a ese carnicero creyendo en su inocencia nada resultó ser lo que parecía... no todos los judíos eran honestos ni todos los cristianos asesinos de hogueras. ¿Y cómo lo sabía? Gracias a ella. Gadea era honesta y honorable a pesar de su escasa posición de mujer. Ella confiaba en la colaboración y en la amistad. Ayudaba a quienes se cruzaban en su camino y no juzgaba ni por orígenes ni por profesiones, se dijo recordando a la nueva amiga y exprostituta. Él mismo se sorprendía de la generosidad de la joven.

Con un sentimiento de algarabía por regresar a su hogar, permitió que sus pies lo llevasen directo hacia la alcoba de su mujer. Aún no estaban casados, pero pronto lo estarían, le gustase a su padre o no. Una vez casados no debería esconderse en la oscuridad de los pasillos para retozar con aquella a la que deseaba más allá de la comprensión. La noche cerrada llegó demasiado pronto y sólo deseaba una cosa, perderse en ese cuerpo que lo hacía sentir como un hombre normal, uno sin heridas que curar ni pasados que olvidar. Sonriente giró hacia su puerta cuando el golpe de lleno con el cuerpo de Gonzalo de Córdoba lo detuvo en el sitio.

—Alejaros —. Ordenó con furia.

—Os habéis confundido de pasillo, mi se-ñor —. La voz atrevida del doncel hasta le hubiese parecida divertida si no fuese porque le urgía la necesidad de estar con ella.

—Moveros. No os lo repetiré una segunda vez.

La negra mirada de Judá brilló en el pasillo apenas iluminado por un par de velas pero Gonzalo no se inmutó. Sus piernas se abrieron solventando su postura y la mano derecho se acercó peligrosamente hacia la empuñadura de su espada.

—Gonzalo de Córdoba, no lo hagáis o tendré que mataros —. La seguridad del converso hizo titubear al caballero, acto que provocó que Judá se abalanzase sobre él para retorcerle el brazo hacia atrás. El cordobés que poco tenía de cobarde, se giró para lanzarlos a ambos al suelo.

—¡Ya basta! —Los gritos de Gadea no detuvieron los puños que viajaban los unos hacia el rostro del otro.

—¡Parad! ¡Gonzalo, os lo ordeno!

Los gritos de la joven atrajeron a un padre que se encontró con el doncel con el ojo izquierdo inflamado y a su hijo con un lateral del labio partido.

—¡Se puede saber qué demonios está pasando!

—Nos hemos chocado. No debéis preocuparos.

Judá miró al caballero esperando que este ratificase su versión, cosa que hizo y que acrecentó la cólera del dueño de casa.

—Iros a descansar a vuestros aposentos —. Declaró a un Gonzalo que no tenía intención de obedecer —. De Córdoba, os he aceptado en mi casa porque el padre de Gadea así lo ha pedido pero creedme cuando os digo que estoy hasta las barbas de vuestra presencia.

—Mi deber es para con los Ayala —. Contestó como si le importase muy poco la opinión de un De la Cruz.

—Gonzalo de Córdoba, soy un hombre que suele guardar su temperamento, pero no me provoquéis. Soy lo suficientemente capaz de mantener la seguridad en mi propio hogar. Iros a vuestros aposentos y os doy mi palabra que vuestra señora no sufrirá daño alguno.

El joven doncel se negaba pero bastó una mirada hacia la joven para comprender que debía dar un paso atrás y marcharse. Con un ligero movimiento de cabeza en señal cortés se marchó debiendo soportar la sonrisa del demonio converso que no ocultaba su sensación de victoria.

—En cuanto a vos, seguidme al salón, tenemos que hablar.

—Padre estoy cansado y...

—¡Ahora!

Después de una hora de gritos e insultos, Haym chillaba cada vez más fuerte.

—Ella debe marchar. ¡Os matarán!

—¡Sólo será muerto el que intente arrebatármela! —Gritó golpeando la mesa de madera maciza.

—Necio cabeza dura... —respondió agotado —. ¿Es que no lo comprendéis? El arzobispo hará todo lo posible por no tener un converso en la nobleza. Si el propio rey es un incordio necesario ¿qué pensáis que os hará cuando os tenga a vos delante?

—Padre, he comprado al Corregidor.

—¿Qué vos habéis hecho qué?

—No me juzguéis, lo hice a vuestra espaldas porque sabía que lo reprobaríais.

—¡Y lo hago! ¿Qué os hace pensar que él os apoyará en...? —Dijo silenciándose a él mismo al comprender —. ¿Cuánto?

—Mas bien qué. Me he ofrecido a buscar financiación para la corona.

Haym asintió al comprender la estrategia de su hijo. El pecado de la usura era un incordio para esos déspotas que solían borrar con el codo lo que escribían con la mano.

—Eso no es tan malo... ¿y qué más?

El padre no vio inconveniente en conseguir un par de monedas extras para él y su corona, después de todo lo que algunos llamaban usura él los consideraba préstamos.

—Nada.

—¡Qué más!

—Mi aceptación a los dogmas cristianos —. Contestó entre dientes.

—¿Y...?

—Delatar a cualquier falso converso —. Dijo con los labios apretados.

—Judá...

—No os preocupéis por mí.

—Deseo que viváis...

—Ambos tendremos lo que deseamos.

El padre bebió junto a su hijo en absoluto silencio. Judá había luchado y conseguido sus deseos, como siempre. Y a pesar que había doblegado el duro brazo del arzobispo algo no terminaba de justarle. Ese hombre no se conformaría con una simple orden de su rey, después de todo ¿por qué aceptar directrices de una corona que deseaba llevar en su propia cabeza? Bebió el último trago y prefirió callar, no era momento de enturbiar las decisiones de su hijo con nubes que aún no aparecían.

Regalándole un ligero apretón en el hombro, Haym se marchó y Judá se quedó en la sala asqueado con sus propias promesas. Lo había jurado pero no pensaba cumplirlo, después de todo en Castilla el honor y la verdad eran realidades muy distintas. Jamás entregaría a uno de los suyos pero tampoco la perdería a ella. Apurando un último gran trago de vino a la garganta dijo al cielo, «Adonay, en vuestras manos me encomiendo».

Sin encender ninguna vela se movió con precaución en la alcoba. Alguien lo esperaba. Puede que De Córdoba desease continuar con sus pequeñas diferencias, pensó mientras girando en sus propios talones cambió de posición para aferrar a aquél caballero por los brazos. El guerrero chilló ¿como una doncella?

—¿Gadea?

—Estaba esperando... Gonzalo os golpeó, os vi sangrando y quería saber que estabais bien —. Comentó afligida.

—Lo estoy. Vos hacéis que lo esté —. Dijo sin soltarla de su abrazo y devorando la dulce piel de su cuello.

—Era todo lo que deseaba saber —dijo soltándose con fuerza de su amarre—. Buenas noches, mi señor —. Las palabras no terminaron de ser dichas cuando la puerta se bloqueó con la robusta presencia del converso, que con las piernas abiertas y las manos a ambos lados de su cintura, le interrumpió la salida.

—¿Pensáis iros así sin más? ¿Creíais que podías entrar en mi alcoba, tentarme con vuestra presencia y que os permitiría marchar?

—Sois un hombre de honor —. Contestó insegura.

—No, mi señora, no lo soy —. Dijo acercándose a quien asustada por su imponente figura caminó hacia atrás hasta chocar con el dosel de la cama.

Con las manos a su espalda se aferró a la dura madera. El corazón le latía entre temeroso y expectante y Judá tuvo que contener su carácter para no lanzarse sobre ella y arrojarla sobre el colchón y poseerla como la bestia que se sentía esa noche. La conversación con su padre lo había alterado en demasía.

—Dejadme en paz. ¡Iros con la criada si tan deseoso de mujer estáis!

La sonrisa malvada de Judá nació desde su garganta y Gadea sintió que no debía tensar tanto la cuerda de quien no terminaba de conocer.

—Me preguntaba cuanto tiempo tardaríais en sacar el tema. ¿Qué os pasa mi señora, celos quizás?

—No digáis tonterías, es sólo que no me gusta que mi futuro marido vaya abandonando bastardos como setas.

Ofendida tomó coraje para rodearlo y huir de la habitación pero el fuerte agarre en el codo la detuvo a apenas un paso de él.

—No espera ningún hijo mío.

—Pero ella dijo...

—No me importa lo que escuchaseis, Cinfaa no espera ningún hijo mío. Y no tengo bastardos. Los hijos que tendré serán sólo vuestros. Os lo prometo.

—Estáis muy seguro —. Contestó entre dientes aún enfadada y algo celosa.

Judá tiró de ella para aferrarla contra su pecho con tanta fuerza que el aire apenas corría por sus pulmones.

—Gadea Ayala, no penséis que podréis abandonarme. Estáis unida a mí, sois mía. Soy yo quien ocupa vuestro presente.

—Mi presente no representa mi futuro. Aún no estamos casados.

Sin esperar réplica la despegó de las maderas del dosel para aprisionarla contra la pared mientras contestaba con un gruñido nada elegante.

—¡Sois mía!

Los besos posesivos la elevaron sobre la pared para apuntalarla contra la fría piedra. La boca se apoderó de su cuello, sus senos y su cuerpo al completo estuvo a punto de desfallecer.

—Mía —declaraba mientras con la rodilla abría sus piernas— mía —repitió mientras bajando los pantalones de lana liberaba su erección y la tomaba sin contemplaciones.

Gadea, aunque sabiendo que él descargaba la carga de sus tensiones en ella, no hizo nada por detenerlo. Parte de su reacción se debía a la forma en la que lo había enfrentado. Cinfaa la había desquiciado y los celos pagaron con el causante de sus males. Los fuertes embistes de Judá la elevaban por encima de sus hombros y tuvo que aferrarse a sus brazos para no caer.

Cuando creyó que nada más que lujuria lo dominaba pudo sentir su fuerte mano sujetándola por la espalda para que no se arañase con las imperfecciones de la piedra. Con una estúpida sonrisa de mujer que se sentía enamorada y protegida lo abrazó con fuerza buscando sus besos cual sediento en el desierto.

El converso respiraba agitado pero no se detuvo, deseaba demostrarle lo mucho que ella significaba y ella agradeció sus demostraciones. Con uñas se aferró a su oscura melena, y con voracidad desconocida, respondió con el mismo ímpetu. Judá quería reafirmar su posesión pero ella afianzaría su posición. Ninguna criada la haría volver a sentir las inseguridades que la dominaron las horas pasadas. Sus piernas se ajustaron a su ancha cintura y le permitieron el mejor de los accesos. Ella podía ser suya pero él no le pertenecería a otra.

—Sosteneros... —balbuceó con cariño mientras la elevaba hacia el cielo. El cuerpo le temblaba y creyó que el corazón le dejaba de latir cuando con aún más potencia se introdujo abarcándola y abriéndose camino. Nerviosa movió la cabeza hacia atrás pero él la separó mientras murmuró preocupado.

—Sh, os haréis daño —pero ella no quiso escucharlo. A medio elevar ascendió las caderas para profundizar sus embistes y Judá gruñó sin control.

—No puedo... es mucho —. Dos movimientos más y ambos alcanzaron la cima de la satisfacción juntos.

—Debo llevaros a vuestra alcoba antes que todos despierten y mi padre me rebane el pescuezo.

La sonrisa del hombre era música para Gadea y los ojos

continuaron cerrados disfrutando del placer del sueño entre sedas. Estar adormecida con el calor de su cuerpo junto al suyo eran puro néctar de flores.

—Cariño... —Los labios de Judá consiguieron aún menos que sus palabras. Gadea se sabía pecadora y no le importaba sumar uno más a tan larga lista de indebidos.

Con delicadeza la cubrió con la inmensa manta de su cama y la sujetó entre los brazos para transportarla allí donde debía. Su cabellos enredados, sus brazos envolviéndolo por el cuello y sus ojos cerrados contra el pecho hicieron que Judá la abrazase aún con mayor fuerza. No deseaba regresarla a su cuarto pero debía hacerlo. Las habladurías podrían dañarla y lo último que deseaba era ocasionarle algún perjuicio. La sensación era de lo más extraña, nunca le importó las almas que su espada se llevase ni cuantos cristianos cerraban sus ojos victimas de su fanatismo egoísta, pero con ella todo era diferente. Si el sol rozase una porción de sus mejillas y la lastimase, él se enfrentaría con los mismos cielos por protegerla.

Sus besos sabían a esperanza y comprensión. Puede que no fuese la más bella de las mujeres pero sí la más pura. Gadea lo redimía con cada una de sus caricias. Lo absolvía de odios pasados y de venganzas futuras.

Con su prometida adormecida en sus brazos alcanzó la puerta de su alcoba.

—Cristiana... —Susurró sin creer a quien protegía entre sus brazos dormida cual princesa de trovador.

—Abrid paso ahora mismo —. Ordenó sin gritar pero con voz tan autoritaria que haría huir con el rabo entre las piernas al más temido de los lobos, pero Gonzalo no obedeció.

—Mi señor —dijo con asco en la boca—permitid que sea yo quien la cargue.

—De Córdoba, aún no sé si sois estúpido o demasiado inteligente. Moveros ahora mismo de esa puerta.

Gonzalo resoplaba cual bellaco agotado y Judá apresaba con fuerza el cuerpo tibio y adormecido de la que ya consideraba su mujer.

—Si por vuestra culpa ella despierta os juró que os lo haré pagar.

—Ella es una doncella y no debéis...

—Ella es mía y me importa un demonio lo que vos penséis. Retiraros —. Gonzalo se movió con disgusto hacia un lado y abrazando con fuerza la empuñadura de su espada.

Al ver que lo dejaba pasar pero no se marchaba Judá sonrió malévolo. Traspasó el umbral con su prometida dormida en brazos y deteniéndose a la par del caballero elevó su negra mirada para

hablarle sin piedad.

—Es mía, no lo olvidéis... Nunca.

Gonzalo apresó con aún más fuerza el pomo de su espada pero Judá caminó sin temor. El doncel era insensato pero jamás lo atacaría con la fuente de sus suspiros entre los brazos. Con el talón cerró la puerta de un golpe y abrazó con fuerza a la joven que a punto estuvo de despertarse. Con cuidado la depositó sobre su lecho y estuvo por abandonar la habitación cuando una idea perversa le surgió por la mente.

Con la sonrisa en los labios acercó su boca al cuello de la joven y la besó como un hombre besa a una mujer. Ella se movió buscando su contacto y las caricias de Judá la hicieron gemir. Sus dedos acariciaron su cuerpo y bajaron hasta el centro de su cuerpo para perderse por entre su camisa.

—Judá...

—Sí, mi señora... Sí... —murmuró contra su pecho acariciando más y más fuerte aquella protuberancia que comenzaba a hincharse ante su contacto.

—Yo... yo... Dios...

—Sí, mi preciosa señora. Decid mi nombre, decidlo, no temáis, estamos solos.

—Judá —. Contestó hipnotizada por el deseo y la humedad recorriéndole la entrepierna.

—No os escucho... —Contestó perverso —. ¿Qué sucede Gadea? Me deseáis...

Sus labios se apoderaron y mordisquearon sus senos mientras la presión de sus dedos se convertía en posesión entre sus piernas. La mordió, besó y acarició con el cuerpo medio incorporado a su lado.

—Sí, sí... ¡Judá!

La joven gritó su nombre y sonrió al saber que ese gemido había sido oído perfectamente desde el otro lado de la puerta. Adormilada la cubrió y besó en los labios cuando ella contestó perezosa.

—¿Os marcháis?

—Tengo deberes que atender.

—¿Os cuidaréis?

—Mi señora, unos escritos que revisar no conllevan peligro alguno —. Dijo sonriente mientras acariciaba su mejilla aún sonrosada por la pasión.

—No es necesario que me mintáis —. Dijo adormilada y temiendo borrar su buen humor del rostro.

—No os miento, os protejo —. Contestó depositando un beso en su frente y marchando turbado hacia el umbral.

«Sí, sí que le miento». Su vida era una mentira, un falso

converso, un hipócrita fiel a los suyos pero con una única verdad en su corazón. Ella.

Confundido por sus pensamientos fue al cerrar la gruesa puerta de madera cuando un puñetazo en la quijada lo lanzó contra la pared. Sonriente y escupiendo algo de sangre miró al furioso Gonzalo que destilaba odio hasta el último poro. «Sí, lo había oído», se dijo malvadamente feliz.

—Marcharos de esta casa antes que sigáis comprometiendo vuestra inteligencia —. Judá contestó altivo.

—Si osáis lastimarla… —. Rugió furioso.

Judá en un movimiento de lo más veloz sacó su puñal de entre el cinturón y lo apuntó al cuello.

—Si alguien la tocase no seréis vos quien la proteja sino yo, ¿lo comprendéis? —El filo del puñal presionó el hueco bajo a la nuez del doncel y este asintió con respiración entrecortada —. Ahora marcharos y no volváis a cuestionar mi autoridad sobre mi mujer.

—¡Aún no os habéis casado para llamarla así! —Rugió al ver como el converso guardaba su estoque en el cinturón de cuero y marchaba sin mirar atrás.

—No he hablado del santo sacramento —. Contestó dejando muy claro que Gadea era suya y poco le importaba la opinión del cura o de cualquier otro.

—Parece buen día, estás segura de que no quieres salir y tomar el aire.

—Me encuentro algo indispuesta, prefiero seguir aquí contigo.

La abuela asintió desconfiada. Los años, si tenían algo de bueno, eran que proporcionaban capacidades sobrenaturales. La vista se agudizaba ante las penas de amor y las conclusiones llegaban antes que las mentiras.

—Entonces dices… —La voz gruesa del capitán distrajo a la abuela de su conversación.

El hombre se acercó a la mesa donde tomaban la infusión y se sentó en la tosca silla de madera. Vestía una fina camisa blanca, tenía el cabello recogido perfectamente con su fina cuerda de cuero negro resaltando sus largas ondas rubias y parecía recién afeitado. La abuela curiosa miró a su nieta intentando descubrir su reacción al ver al joven marinero recién aseado y de alegre semblante pero ésta apenas alzó la mirada unos segundo.

—Encontré esta cinta de cabello cerca de mi puerta y recordé que una vez os la vi puesta.

El apuesto capitán estiró la suave seda azul sobre la mesa pero la joven negó con insistencia.

—No es mía.

La abuela se extrañó por la contestación. Sí que era de su nieta. Conocía perfectamente esa cinta pero prefirió callar.

—¿Estáis segura? Juraría que os la vi colgar de vuestros preciosos rizos —. La blanca sonrisa del joven hizo sonrojar hasta a la dulce abuela.

—Lo estoy. Deberéis preguntar a otra joven, puede que igual alguna entrase en vuestro camarote y la perdiese por el camino.

Los ojos de la anciana se abrieron completamente y el capitán tosió confuso y sin saber que responder.

—Si me disculpan. Estoy algo mareada —. Dijo agachando la cabeza con un leve gesto antes de marcharse hacia el camarote.

—Constanza, creo que debéis...

—Capitán —la voz tranquila pero autoritaria de la mujer lo silenció al instante —. Mi nieta está mareada. Creo que deberíamos permitirle descansar.

—Por supuesto —. El hombre retorció la cinta y la ocultó en su bolsillo antes de marcharse por donde había venido.

La abuela sola ante la mesa bebió de su taza intentando descubrir que se había perdido.

La boda

—... ame al marido, pierda la vida antes que ofender a Dios, obedezca al marido, críe a sus hijos, adoctrine a criados y familiares, cure a marido e hijos en las enfermedades, traiga limpio al marido y los hijos, no ande en compañía de malas mujeres...

Las cofrades agacharon la vista al unísono y Beatriz observándolas desde la corta distancia, sonrió atrevida. Ese sacerdote no sabía lo que estaba pidiendo. Si los pensamientos hablasen...

—... sea templada en el comer y el beber, dé limosna a los pobres, sea devota con la iglesia y fiel con su esposo, perdonará sus pecados y lo persuadirá para ir a la iglesia...

—Si vuestra merced me lo permite me gustaría despedirme de mis amigas —. El esposo sonrió al ver el miedo dibujado en el rostro de su reciente esposa.

—Mi querida Beatriz, no marcharemos a ningún sitio, mis obligaciones con la corte me impiden viajar. Mañana podréis ver a vuestras amigas como cualquier otro día.

—Sí, pero me gustaría hablar con ellas, si no os molesta —. El esposo por amor asintió con un leve gesto de cabeza.

—Esperaré ansioso por vos —. Dijo con dulzura acariciando su rostro.

Beatriz tragó saliva y salió más que dispuesta de aquél salón repleto de invitados hacia el lateral en donde sus amigas conversaban divertidas.

—Estáis preciosa. No existirá jamás novia más bella que vos —. Gadea dijo con orgullo pero apenas si fue escuchada.

Beatriz la apresó del codo y la empujó hacia la esquina más alejada. Aquella a la que los invitados no invadían con su inoportuna presencia. Al verse arrastrada, Gadea preguntó la razón de semejante urgencia pero Beatriz no contestó si no que se limitó a mirar hacia atrás y ver el rostro perplejo de las otras miembros de la cofradía.

—¡Qué esperáis para seguirnos!—Dijo con malestar.

—¿Será por qué no las arrastráis como a mí? —Contestó Gadea algo confusa.

Beatriz asintió ofuscada mientras Amice, la monja, María la panadera y Juana la indomable, se acercaban rápidamente a la esquina de reunión.

Un caballero algo ebrio fue el único que osó acercarse y preguntar con la lengua trabada y observando la corta cabellera de María.

—Perdonad señora pero creo conoceros, ¿vos no sois...? —Las mujeres lo rodearon con rapidez y fue Juana quien empujó de su

brazo para alejarlo con voz sensual.

—Mi señor, os confundís.

—Aún no he dicho nada —. Dijo el borracho con la copa moviéndose de un lado a otro.

—Poco nos importa —. Contestó Amice.

—Mis señoras, creo que no lo sabéis pero esa mujer es una...

—Es panadera, una panadera. Ahora Sancho si nos disculpáis tenemos asuntos de mujeres de los que hablar.

Ambas mujeres lo empujaron por la espalda para alejarlo de allí pero al cabo de tres pasos el ebrio se giró para mirar nuevamente a una María que agachaba la mirada.

—Temas de mujeres —repitió la monja con bravura en la mirada—¿imagino que no deseáis participar? —El borracho se puso aún más rojo de lo que estaba y negó con vehemencia.

Si algo odiaban los caballeros era a muchas mujeres reunidas y parloteando de sus temas. Con rapidez se alejó chocando de un lado a otro y las jóvenes suspiraron conformes.

—Jamás debí venir. Mi presencia os compromete.

—Sois una de nosotras. Ya no sois esa mujer, ahora sois la dueña de un horno —. Beatriz contestó orgullosa.

—Igualmente mi pasado os perjudica.

—Todas tenemos un pasado —respondió Gadea—y todas merecemos el perdón. ¿No es eso lo que dice nuestro señor?

Asintieron al unísono y María sonrió sin pizca de alegría pero con un profundo cariño hacia sus hermanas.

—Bien, todas somos amigas, todas cofrades, todas poseemos pecados y demás percances pero hoy ¡es mi turno!

Las muchachas se miraron sin comprender y Beatriz resopló incomprensiva.

—¡Estoy casada! Marcharé con mi esposo a su lecho.

—Es lo que se espera de vos —. Contestó Juana elevando los hombros sin comprender.

—Sí, lo sé, pero no estoy segura, es decir, no sé si quiero. No. ¡No quiero! —Dijo intentando huir y viéndose sujeta por Gadea y María que la anclaban por los codos.

—Estáis nerviosa, pero no debéis preocuparos, Lope es un buen hombre y os ama. Él será comprensivo y sabrá cuidaros —. La voz de Gadea habló recordando cada caricia de Judá en los últimos días. Una mejor que la otra y una más pecadora que la otra, pensó antes de recitar. *“Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus...”*

—Yo... no es eso... es decir, sé que es un buen hombre, pero no es miedo lo que siento...

—¿Y qué sentís? —Preguntó Amice curiosa.

—Desconcierto. Cómo si algo no estuviese bien —. La monja cerró los ojos y Beatriz preguntó curiosa —. ¿Sabéis de lo qué hablo?

Gadea negó con la cabeza y María tomó las riendas de las explicaciones. Después de todo era la más experta.

—Los nervios se traducen de muchas formas. Se os ha enseñado a obedecer y satisfacer a vuestro esposo, es normal que estéis confundida. Lope es un buen hombre y os respeta. Queréis ser todo lo que él necesita pero apenas os conocéis y dudáis de todo. Es normal.

—Sí, puede que sea eso —. Balbuceó observando a la monja, que aunque no solía callar, hoy se encontraba más muda que nunca.

El joven marido llegó acompañado de un Judá tan apuesto que Gadea sintió celos de ella misma. Su barba apenas se traslucía y el negro de su profunda miraba resplandecía con el mismo brillo de la más bella de las perlas. Él le sonrió con complicidad pero al minuto siguiente se encontraba realizando un gesto en señal de saludo hacia las otras damas y eso la puso tontamente celosa.

—Beatriz, permitidme que os diga que estáis preciosa.

—Gracias —. Contestó ruborizada.

Judá se acercó a su prometida y rozando de forma casi imperceptible su pierna con la suya continuó pero esta vez centrando la mirada totalmente en su nuevo amigo.

—Lope, creo que somos muy afortunados.

—Debo asentir con vos. Por una vida de felicidad para los dos hombres más afortunados —. Declaró alzando la copa.

—Sea —. Contestó Judá bebiendo un gran trago y llevando su mano izquierda hacia la espalda de su prometida.

El calor de su mano casi la quemaba por dentro. El converso le hacía latir el corazón como caballo desbocado. Nada se parecía a su antiguo amor. Ella lo adoraba como a un ángel, sin embargo Judá le provocaba sensaciones ardientes del propio infierno.

—¿Os encontráis bien? —Preguntó interesado acariciando el calor de sus mejillas.

—Perfectamente —. Contestó calmando su temperatura con un trago del mas delicioso vino especiado.

Una criada alcanzó unas bandejas a la mesa y Judá se acercó para tomar un trozo de pan con codorniz. Con sonrisa pícara y con una intimidad excesiva, lo llevó hacia los labios de su novia y habló con lentitud.

—Probadlo, es tan dulce como vos.

Las mujeres se sonrojaron al escucharlo y Lope tomó la mano de su reciente esposa deseoso de experimentar aquello de lo que estaba seguro que Judá había disfrutado.

—Beatriz, es momento de marchar —. La voz de su marido la

hizo temblar pero asintió esperando cumplir con aquello que se esperaba.

Con un leve gesto se despidió de sus amigas y marchó rumbo al destino de esposa abnegada. Gadea tuvo la tentación de marchar junto a ella pero su prometido la sujetó del brazo para hablarle al oído.

—Puede que vos también deseéis ir a descansar. Ha sido un día muy ajetreado también para vos.

—La verdad es que me encuentro perfectamente —dijo agradecida por tan atenta preocupación —. Los preparativos han sido intensos pero ahora me encuentro mejor que nunca.

—Pues yo os veo algo pálida.

—¿En verdad? —La joven se acarició el rostro, no se sentía mal en absoluto.

—Sí, y si me permitís os acompañaré hasta vuestros aposentos antes de marchar.

—¿Vuestra merced marchará a estas horas?

Judá la guió por la espalda con premura mientras contestaba con educación atravesando la multitud de invitados.

—Me esperan en Medina.

La joven sabía que no era de doncellas educadas interferir en las decisiones de un caballero pero la pena de saberlo lejos la hizo hablar sin reflexionar.

—¿A estas horas? ¿Tan urgente es vuestra presencia allí que no puede esperar hasta mañana?

—Lo es —contestó verificando que nadie se encontraba ya en los pasillos para arrinconarla contra la gruesa pared —. Por Adonay, mujer, creí que ya no podría controlarme.

—Judá...

—No, ahora no mi señora. No creo encontrarme en condiciones de hablar...

Sus besos se enroscaron juntos con sus lenguas hasta sentir el aire desaparecer entre ellos.

—Debo marchar... —La voz del converso apenas era audible debido a lo agitado de su respiración.

—¿Por qué ahora, Judá? Quedaros conmigo y partid mañana por la mañana.

—La tentación es grande pero he de irme cuanto antes. Estos momentos ya se los he robado a ... —No terminó la frase.

—¿Os esperan? —Los celos en Gadea lo hicieron temblar por dentro. Su futura esposa comenzaba a verlo como hombre dueño de su calor y eso lo hizo sentirse estúpidamente feliz.

—No debéis preocuparos, nada más que negocios me esperan. Cumpliré con mis deberes y regresaré cuanto antes a vuestros brazos para casarnos.

Judá la guió hasta la puerta de su alcoba y la besó apasionadamente antes de marchar. La joven respondió con necesidad. Abrazándose a su cuello deseó fundirse e impedirle la marcha pero una tos la hizo soltarlo. El fuerte agarre de su hombre por la cintura la dejó inmovilizada en el sitio. La besó una vez más y sin inmutarse por la presencia que se reía divertida tras ellos.

—Bastardo —. masculló Beltrán y su primo asintió sin la menor de las réplicas.

—Mi señora, regresaré pronto. Os lo juro —. Dijo depositando un último beso en sus suaves dedos y girar para marcharse.

—Vuestra merced … —Pronunció Beltrán antes de realizar un movimiento exagerado de cintura y caminar tras su primo.

Gadea los vio marcharse y sin saber cómo ni porqué la sonrisa se instaló en su boca. Feliz por la vida que tenía por delante entró en la habitación y cerró la puerta apoyándose en ella. El suspiro tan profundo que brotó desde su vientre la hizo reír a solas con la única compañía de la oscura noche.

Paraíso

Gadea disfrutaba de la frescura del jardín bajo la sombra de una gran parra. Nada podría estar mejor. Diego entrenaba con Gonzalo cual guerrero dispuesto al combate, y a pesar de su escasa altura, conseguía poner caras de demonio enfadado intentando asustar a su enemigo. La joven no estaba muy segura de si cuando Judá le enseñó ese truco, en verdad estaba pensando en un pequeño de cuatro años, con los mofletes enormemente redondeados, unos ojos marrones como la miel y unos rizos rubios como el mismo trigo en primavera. Su doncel no paraba de sonreír y golpear al pequeño con el pie en las nalgas cada vez que este se equivocaba pero el niño lejos de amedrentarse volvía a atacar con su espada de madera y rugía furioso imitando al converso.

Gadea sonrió y sentándose en un banco a lo lejos, disfrutó de la frescura nada habitual en esos días. Su prometido llevaba diez días fuera de Toledo y aunque le costase reconocerlo lo echaba mucho de menos. Su engaño había resultado al cien por ciento y aunque no se sentía orgullosa por mentir no podía más que alegrarse con el resultado. Gracias a las manchas de sangre el hombre la consideró virgen y no la rechazó. La vida le ofrecía una segunda oportunidad. Tenía a su lado un hombre joven, sano y de buen corazón. Con los alargados dedos estiró su saya esperando que sus conclusiones fuesen fruto de la consciencia y no de una pasión que él despertaba en ella con sus caricias. Con Judá la sonrisa brotaba sola y lo que algunos llamaban una obligación necesaria ella lo consideraba un acto divino. Sí, puede que hubiese mentido a Judá y él no fuese el primero pero sería el último. Su dura mirada se endulzaba cuando estaba sobre su cuerpo y sus labios... «Oh, sus labios...» Sólo recordar algunos de esos momentos provocó que los sofocos alcanzasen sus pechos y su respiración se agitase. «¡Madre, escucha nuestros ruegos!» Pensó antes de comenzar a recitar su oración habitual. No llegó a decir Madre María cuando una mano sujetó su cuerpo por detrás del banco. Asustada y recordando a Malamadre comenzó a moverse y gritar desesperada pero la voz dulce tras su oído seguida de un ligero beso la calmó al instante.

—Cuanto os he extrañado...

Las suaves palabras de Judá la envolvieron en un calor que nada tenían que ver con la primavera en Toledo.

Con una sonrisa imposible de ocultar, giró su mirada para chocar directamente con la nariz de su hombre que descaradamente aspiraba el perfume de su cuello.

—Nada huele como vos. Es una mezcla que no soy capaz de distinguir.

—Es agua de azahar. Una criada árabe le enseñó a mi madre y ella... —Los labios de Judá continuaron besando su cuello delicadamente hasta alcanzar su barbilla mientras giraba para ponerse delante. Con una suave presión en sus codos la hizo levantarse y pegarla a su pecho. La boca de Judá la alcanzó devorándole la boca.

—Mi señor... pueden vernos... —La pasión apenas le permitió hablar y Judá sonrió travieso con su conquista.

Deseaba hacerla sentir. La quería en su vida pero entregada totalmente a él. Gadea era un barco de rescate de alguien que no tuvo nunca otro destino más que el naufragio. Ella era dulce, piadosa y sincera, y él deseaba con todas sus fuerzas tener algo que fuese totalmente suyo. Con apenas un año le arrebataron a su madre, luego fueron sus amigos, más adelante sus creencias y más tarde... ya no le quedaba nada.

Con la necesidad de marcar su cuerpo y llegar hasta el mismo centro de su alma afianzó su abrazo. Con pasos lentos la empujó tras uno de los árboles del jardín y la besó con urgente necesidad. Días sin verla, días temiendo verdades pasadas lo hicieron actuar con desespero. No deseaba ser un vil bastardo, su propia alma se asqueaba por el odio que su corazón albergaba, deseaba ser diferente y sabía que ella podría ayudarlo. Su joven prometida no lo veía como un asqueroso marrano. Ella no demostraba odiarlo por converso ni le repugnaban sus caricias de antiguo judío. Ella sólo veía al hombre y eso era mucho más de lo que nadie hizo por él jamás.

—Os necesito —. Dijo más como una orden que como un pedido.

Las manos buscaron alzar sus faldas pero ella suplicó con los ojos cerrados.

—Aquí no... por favor... Si me tratáis como a una mujerzuela nadie me respetará.

Las palabras calaron mucho más de lo que ella hubiese imaginado. Sus brazos se aflojaron a los lados y la frente cayó junto a la suya.

—Lo siento, nunca fue mi intención no respetaros pero es que me provocáis...

—¿Yo? —Dijo ofendida—. Estáis insinuando que soy una común de las calles.

Gadea quiso continuar con su ofensiva pero el dedo índice de Judá se depositó sobre sus labios para silenciarlo.

—Sólo digo que no puedo resistirme. Tenéis algo que me hace desear teneros atada a mí. Quiero que seas mía.

—Ya lo soy —. Contestó avergonzada y agachando la cabeza en un acto que Judá sólo pudo descifrar como ternura.

—No, aún no —contestó mirando a su corazón—pero lo seréis.

Sois mi única esperanza de volver a la vida.

—Judá, no os entiendo. ¿Todo ha ido bien en Medina?

El pensó en los pergaminos transcriptos y en la conversación con Zaaben para reconducir sus ataques indiscriminados contra los cristianos por otros caminos de lucha y una tonta esperanza despertó en su interior. Nunca antes fue un hombre optimista, sus creencias se basaban en la espada, la sangre y la venganza pero seguramente esta necesidad de paz también eran fruto de su nueva compañía. Cinfaa siempre alimentó su sed de dominio pero Gadea… ella no, ella veía luz donde apenas existía un resplandor.

—¡Vamos! —Dijo apresando la mano de su prometida para casi arrastrarla por el camino de piedras y arena.

—¿Dónde?

—Nos casamos. Buscaré a un cura, un obispo o al mismísimo papa pero nos casaremos hoy —. Sentenció mientras caminaba a toda prisa llevándola cual veleta al viento.

La joven rió con una gran carcajada y él se giró para disfrutar del sonrosado de sus mejillas. Cada día se volvía un poco más bonita y terriblemente deseable.

—No podemos hacerlo.

—Podemos —. Dijo desafiante, pero con diversión en la mirada.

—¿Y qué sucederá con los invitados que fueron convocados para la próxima semana?

—Los devolveremos a sus hogares —. Contestó seguro.

—¿Y qué opinarán de nosotros los nobles? Seguro me acusen de haberos embrujado —. Dijo sonriente

—Atravesaré con mi espada a quien ose pronunciar vuestro nombre.

—¿A todos, mi señor? —Gadea se acercó y apoyó su delicada mano en el fuerte torso sintiéndole el corazón latir desbocado.

—A todos… —. La mano de Judá sujetó la suya para llevársela a los labios y besarla —. No dejaré a nadie con vida si con ello os tengo. No me importa nadie más que vos.

—Judá…

—Como me gusta que me llaméis así.

—Es vuestro nombre.

—Judío —. Dijo con algo de dolor —. Para la gente soy Alonso De la cruz.

—Para mí sois ese al que vuestra madre abrazó cuando nacisteis. Y ese es Judá.

La dura mano del converso aprisionó la nuca de la joven para arrastrarla hacia su pecho y aprisionarla con fuerza. Los ojos se cerraron mientras sus rostro se apoyó sobre la cabeza de la joven. Su prometida acababa de sentenciar sus destinos. Jamás la dejaría

marchar de su lado. Nunca.

Dos días intensos y con preparativos por doquier dejaban exhaustos a Gadea y a un cúmulo de criados que no cesaban de acomodar la casa para el gran evento. La corte casi al completo participaría del gran enlace. El padre de Judá deseaba que todos viesen a su hijo unido a una de las principales familias de Toledo y por su parte, el padre de Gadea, deseaba sus arcas llenas cuanto antes.

Las cofrades no dejaban de ofrecerle consejos y desearle sus buenos augurios y la joven sonreía demasiado feliz como para considerarlo real. Con apuro bajó las escaleras para chocar directamente con su prometido y su futuro suegro.

—¿Será tal vez que mi nueva hija desea huir del cascarrabias de mi primogénito? Porque si es así mandaré pedir un caballo de forma urgente.

Haym sonrió frente al refunfuño de su hijo y Gadea les obsequio a ambos un saludo de lo más correcto y gentil.

—Vuestra merced debe saber que estoy feliz de poder formar parte de vuestra familia —. Judá le obsequió su más radiante sonrisa y Gadea se sostuvo de la barandilla para no caerse por tan grata sorpresa —. Llego tarde a misa.

—Mi señora, sabéis que no necesitáis ir hasta el arrabal. Aquí tenéis una capilla y podéis hacer uso de ella siempre que lo deseéis. Esta es vuestra casa y vos sois su única señora —. Judá habló con seriedad y su padre asintió afirmando cada palabra.

—Os lo agradezco pero debo tomar confesión, además me gustaría dar un paseo por el mercado.

Judá sujetó su mano cuando ella estaba por marcharse.

—Esperad que me adecente y os acompañaré —. Él llevaba unas calzas ajustadas y una camisa suelta demostrando que había estado entrenando.

«¿Adecentar?» Sus músculos, aunque apenas perceptibles bajo la tela, resultaban ser demasiado conocidos a medida que las noches pasaban. Judá la había visitado en su alcoba esa misma noche y como siempre, ella no se negó. Cada día que pasaba a su lado esas visitas no sólo eran deseadas sino necesitadas. Cuando la casa se silenciaba y la oscuridad se apoderaba de los pasillos un frío nervioso recorría su cuerpo. Esperaba su aparición cual niño ante un juguete nuevo. Saberlo ansioso por ella, descubrir que la deseaba, que era su compañía y no la de otra la que él buscaba la elevaban por encima de cualquier sermón.

—No hace falta que vengáis, además llegaría tarde —. Contestó desilusionada por reusar su compañía.

—Yo os acompañaré. Me vendrá bien estirar estas viejas piernas

—. Haym contestó intentando dar una salida digna a la pareja. Gadea podría hacer lo que tenía planeado y Judá no se sentiría sin autoridad frente a su futura esposa.

Gonzalo apareció con su habitual espada colgando del cinturón de cuero y su rabioso carácter. Estaba listo para cumplir con su deber de custodia de Gadea le gustase a quien le gustase.

—Debéis estar alagada. Ya somos dos quienes os acompañaran —. Dijo Haym intentando restar hierro a la presencia del doncel.

Los jóvenes caballeros medían sus fuerzas con la mirada y Gadea prefirió salir de allí antes que la lucha comenzara entre ellos nuevamente.

—Entonces marchemos o no podré recibir confesión.

—Mi querida, dudo que tengáis algo importante que contar —. Gadea no contestó y el padre de Judá aceptó divertido su profundo silencio.

Con cariño tomó su mano y la sujetó a la curvatura de su brazo para caminar a su lado hacia la salida cuando la voz de Judá habló con la profundidad y el frío de una caverna helada.

—¡De Córdoba! —El caballero estiró el ancho de su cuerpo, se giró sin ápice de simpatía, y lo encaró con la mandíbula apretada. Judá respondió con el mismo tono amenazante que solía brindarle desde que se encontraba en su casa —. Con vuestra vida...

—Sea.

Golpeando los talones con la dura madera del salón partió tras Gadea y Haym.

Judá aceptó la respuesta del doncel porque aunque no lo soportase lo consideraba un caballero de honor y sabía que la cuidaría por encima de su propia sangre. Con tranquilidad bajo las escaleras rumbo a los baños ubicados justo en la planta inferior.

La toma

—¡Judá!

Los chillidos de Cinfaa retumbaron en las gruesas paredes y el converso se sintió profundamente molesto. Si Gadea la escuchase nuevamente llamarlo con esa intimidad tendría mucho que explicar y no tenía ningún interés en hacerlo. Ella sería su futura esposa pero su pasado y sus mujeres eran algo de lo que no deseaba justificarse.

—Os he dicho que no me llaméis así. Deberéis aceptar vuestra posición o me veré obligado...

La joven se lanzó a sus brazos envolviéndolo por la cintura y él no fue capaz de comprender lo que estaba pasando. Sollozaba y daba gracias a Adonay como si hubiese regresado de entre los muertos.

—¿Cinfaa, qué os sucede?

—Mi amor, os creí muerto. Todos lo están —. Dijo agradeciendo nuevamente al cielo mientras se aferraba a él cual mástil en noche de tormenta.

—¿De qué estáis hablando? —Judá abrió los dedos que lo aferraban con fuerza y soltó su amarre para distanciarla y poder mirarla al rostro —. ¿Quién ha muerto?

—Todos.

—¿Todos?

—El pueblo al completo está en llamas. El dominico ha lanzado a la gente a las calles. Les ha pedido que lo ayuden a tomar la sinagoga. Los cristianos gritan “bautismo o muerte” mientras caminan hacia allí. La sangre tiñe las calles y las mujeres gritan intentando salvarse.

—¿Dónde se encontraba Vicente Ferrer? —Preguntó alterado.

—En la iglesia del Arrabal ¿por qué lo preguntáis? —El converso sintió que la cabeza le giraba. Las entrañas se le revolvieron de sólo pensarlo y la mirada se le incendió por el odio. Si alguien osaba arrebatarle lo único que le quedaba... Desesperado y atormentado por el miedo sujetó su espada mientras corría rumbo a la salida. Debería encontrarla viva o su vida terminaría ese mismo día.

El sermón

Como el viento corrió por las calles de tierra dejando atrás la plaza del Zoco y la mezquita rumbo a la muralla. Las calles se teñían de ira y desprecio. La turba chillaba al compás de las notas ¡bautismo o muerte! Palas, horcas y espadas cargadas de sangre tibia se alzaban al cielo agradeciendo la dicha del redentor. Judá corría golpeando contra uno y otro intentando acercarse ha un destino que lo enloquecía de miedo. Antiguas imágenes de Abrafan en el suelo y los gritos de Zulema gritándole que escapase mientras detenía a los asesinos con su propio cuerpo le hicieron perder la noción de la realidad. No podía estar viviendo aquello nuevamente. No podía perder lo único que poseía por la mezquindad de unos energúmenos.

Con la respiración agitada miró a un lado y a otro desesperado por encontrarla pero la iglesia del Arrabal estaba despejada, allí no había ni rastros de su padre ni de Gadea. Enloquecido siguió a la turba que apresando a aquellos que ellos llamaban infieles, asestaban golpes, pateaban y escupían. Sin poder contenerse de intentar salvar a los que él consideraba su pueblo, el converso gritó y empuñó su espada atacando a todo aquél, que preso de la furia, arrasaba contra esos pobres inocentes. El convento de las comendadoras cerró las ventanas con premura mientras las llamas del infierno ardían allí en donde los cristianos de puro corazón decidían hacer justicia.

Judá derribó a dos campesinos poco entrenados cuando alzó la mirada intentando ubicarse. «Adonay, ayudadme…» suplicó al cielo intentando encontrarla pero el humo lo nublaba todo y los ríos de sangre corrían de lado a lado por las calles —. ¡Por favor!

Los gritos angustiosos de mujeres quebraron su valor. A lo lejos tres mujeres luchaban como leones enjaulados intentando salvar sus vidas mientras una, con las manos en alto y asegurando ser seguidora del profeta, intentaba protegerlas.

Judá sintió que el corazón se le detenía en ese mismo instante. Las piernas le flaquearon y aunque no podría alcanzarla a tiempo su instinto le hizo hacer lo único que fue capaz de hacer.

—¡No! —Un grito de guerra y furia arrancado del centro de las entrañas brotó por su garganta mientras corría con el estoque en su mano derecha y el puñal en la izquierda.

Junto a Gadea, Gonzalo luchaba como un oso herido. Las gotas de sangre resbalaban por su brazo y el sudor le empapaba el rostro pero si él moría esos cuatro lo harían con él. Los desgraciados lo insultaban con todo tipo de desprecios pero él sólo intentaba alzar la vista para comprobar que nadie la alcanzase. Ellos eran muchos y él sólo uno. Uno de los desquiciados, enloquecido por el odio, clavó su estoque en el vientre de una de las mujeres y lo retorció hasta

conseguir abrirla en canal y Gonzalo atacó con rabia desmedida.

—¡Hijos de puta! —De Córdoba quiso acercarse a ellas pero los continuos estoques de aquellos malnacidos lo tenían acorralado en círculo. Consiguió esquivar un movimiento por el lateral, pero un segundo corte alcanzó desgarrar parte de su brazo. La furia lo dominaba o avanzaba y se llevaba a algunos a la tumba o Gadea no tendría ninguna posibilidad.

Dispuesto a dejarse matar, Gonzalo rugió y se enfrentó a uno de ellos cuando un segundo grito furioso lo hizo alzar la vista y reconocer al converso que clavaba sin dificultad su estoque en el cuello de un mal nacido.

—Maldito bastardo... —murmuró antes de caer con una rodilla al suelo. No tenía casi fuerzas. La sangre corría por sus prendas y la pierna debilitada, por uno de los tres cortes, apenas lo sostenía.

Alzó la espada intentando luchar a medio camino entre esta vida y la otra pero dudaba que pudiese hacer mucho, su atacante no ofrecía tregua.

—De Córdoba, os creía mejor entrenado —. La negra sonrisa de Judá hizo temblar al atacante y Gonzalo respiró al ver como lo alejaba de su cuerpo a fuerza de golpes.

Su rodilla consiguió ponerse en pie cuando un segundo grito y los aullidos de Gadea los hizo alzar la vista a ambos. Judá clavaba la espada en el atacante de Gonzalo y se lanzaba contra aquél que golpeaba a Gadea sin piedad. Ella, hecha un ovillo cubría su vientre, pero el desgraciado no tenía compasión. La pateaba con tanta fuerza que la joven ya ni suplicaba piedad.

—¡Puta asquerosa! ¡Amiga de los infieles! ¡Me dais asco! —Cada patada del hombre se acompañaba de un nuevo insulto.

El converso se lanzó de un salto con la furia corriéndole por las venas. Con la fuerza de su cuerpo consiguió tumbarlo y ambos rodaron por el suelo a fuerza de puños. Gonzalo, con las fuerzas mermadas, vio que otros tres se acercaban al converso para rematarlo por lo que, según su código de caballero hizo lo que tenía que hacer. Gritó y cubrió a su señor luchando como pudo. El converso se arrastraba por el suelo luchando con los dientes y el doncel intentaba seguir viviendo a fuerza de espadazos.

—Gadea... por favor.

Juana, que veía la escena horrorizada, se acercó a su hermana libre de atacantes gracias a Gonzalo y Judá. Sollozando intentó levantarla pero esta apenas se movía.

—¿Juana, sois vos? —La joven fue capaz de abrir los ojos. La sangre brotaba por su nariz y los ojos estaban hinchados por culpa de los párpados heridos.

—Sí, tenemos que escapar —. Dijo llorando sin consuelo.

La muchacha intentó moverse pero el dolor apenas se lo permitió.

—Debe tener las costillas rotas —. María dijo mientras llegaba corriendo y se lanzaba de rodillas junto a ellas para ayudarlas a escapar.

—Hermana por favor. Debemos salir de aquí —. Juana suplicó desesperada.

Gadea pareció comprender ya que bajo un grito de dolor levantó parte de su espalda. En el hueco de su vientre y cubierto con su cuerpo un pequeño de apenas un mes aparecía adormecido. Ella lo había cubierto con su cuerpo.

—Gadea... —Dijo Juana sollozando y alzando la criatura entre sus brazos —. No podíais manteneros al margen...

—Soy una cofrade —. Dijo sonriendo orgullosa bajo grandes manchas de sangre recorriéndole el rostro y con apenas aliento.

Juana asintió mientras veía sus ropas desgarradas, la sangre corriendo por su frente y dos dedos de su mano torcidos hacia atrás.

—Sí, hermana. Lo sois. La más valiente de todas.

María y ella la ayudaron a ponerse en pie cuando creyó ver como muy cerca Judá y Gonzalo luchaban con toda su furia.

—Judá... Gonzalo...

—Ellos saben luchar mi señora. Nosotras debemos irnos.

Gadea se negó, pero esta vez fue Juana quien habló con frialdad.

—El pequeño es judío. Si lo descubren lo matarán y todos vuestros esfuerzos habrán sido en vano.

Gadea elevó la vista para ver como Judá clavaba su estoque en el corazón de uno de los atacantes. Horrorizada por tantas muertes asintió y se dejó guiar hacia uno de los callejones. Ellas tenían razón, Gonzalo y el converso sabían cuidar de si mismos.

Judá rugió al ver que aunque mataba a uno siempre existía otro dispuesto a atacar. Converso. Marrano. Falso cristiano. Cristiano nuevo. Todo valía como insulto. Agotado de tanto pelear alzó la vista para ver que otros tres desgraciados llegaban sonrientes y totalmente frescos para luchar. Gonzalo se unió a su lado y con la espalda apoyada en la suya formaron un círculo. Morirían juntos.

—De Córdoba, ha sido un honor.

—Lo mismo digo, señor.

Los hombres esperaron ser atacados cuando la voz de un hombre bajito, de brazos estrechos y con una túnica marrón alzaba un crucifijo y ordenaba tajante.

—¡Deteneros! No es así como nuestro señor Jesucristo nos pide

sus conversiones. Son sus corazones quienes deben albergar las enseñanzas de nuestro maestro.

—Pater, permitidme deciros y sin ánimo de ofenderos, que soy tan cristiano como el mismo Jesucristo. Soy Gonzalo de Córdoba, hijo de Alfonso de Córdoba y nieto de Ramiro de Córdoba —. Dijo con la sangre corriendo por su brazo.

—¿Ramiro de Córdoba? ¿El cruzado?

—Así es, su señoría —. Gonzalo clavó la espada al suelo para apoyarse en ella y así sostenerse con algo de dignidad.

—¿Y vos?

—Alonso De la Cruz, hijo de Pablo de la Cruz.

—El consejero del rey...

—Uno de ellos —. Contestó con frialdad —y si me perdonáis — dijo buscando a Gadea.

—¿Sois un falso converso? —El dominico preguntó con enfado y los acompañantes detuvieron su paso mientras lo miraron desconfiados.

Judá estiró la espalda y se giró para contestar.

—No, no lo soy.

—¿Entonces porque lucháis con ellos?

—Señor —dijo con ironía en la voz—mi prometida y mi padre han sido atacados por vuestros perros, yo sólo deseo encontrarlos. Mi preocupación nada tiene que ver con la fe.

La turba se indignó con la forma de hablar del caballero y estaban por abalanzarse nuevamente contra él cuando el dominico valenciano alzó el crucifijo y se dirigió a la multitud.

—Este hombre es un converso. Ha visto la luz en Cristo. Y os contaré un milagro que leímos en las Vidas de los Padres, hecho auténtico por decreto del Papa Gelasio. Sabed que en un desierto vivía un ermitaño, de vida buena y austera, y un día, paseaba por el desierto, caminando así, veis que encuentra una calavera de persona y, al momento, piensa: ¡Oh, si yo supiera dónde está el alma de esta persona! Si está en el Infierno, quisiera saber porqué; y si lo está en el Purgatorio, ¡Oh, cómo rogaría a Dios por ella! Y si está en el Paraíso me la llevaría a mi celda y la guardaría como reliquia. Estando con estos pensamientos, pues la personas santas constantemente piensan en el alma, veis que, puesto que él siempre hacía la voluntad de Dios, quiso Dios cumplir su buen deseo, y el alma vino así a hablar: Santo hombre, aquí me tenéis, y preguntadme lo que queréis saber. Pues, dime, de parte de Nuestro Señor Jesucristo, la verdad. Así lo haré. Di, ¿eres hombre o mujer? Respondiendo: Hombre soy. ¿Eres cristiano? No que no lo soy, sino pagano. ¿Y dónde estás. Yo estoy condenado en el Infierno. ¿Y te va mal? Desde luego. Ahora, dime: ¿hay en el Infierno otras gentes que no seáis vosotros, los paganos? Así es; los

primeros condenados somos nosotros, porque no hemos recibido la fe de Jesucristo, y ello porque no tuvimos predicadores que nos la mostrasen, pero estamos en la parte más alta del Infierno. Además, ¿hay otras personas allí? Desde luego que sí, todos los judíos, y están peor que nosotros, porque no quisieron recibir la ley de Jesucristo ni al Mesías; y tuvieron las profecías claras y no las quisieron recibir, y son condenados por su culpa, y porque fueron más iluminados que nosotros son ahora más condenados...

—¡La sinagoga! —Chilló un alborozado.

—Hermanos, la sinagoga deberá convertirse en un templo de nuestro señor. La gente gritó y lo siguió rumbo a su destino final. La sinagoga de Toledo.

—¡De Córdoba! — Judá chilló al ver como se derrumbaba en el suelo.

—Id a por ella.

—Vuestras heridas —. Dijo preocupado.

—Estoy bien. No son mortales. Buscad a Gadea y regresarla al hogar.

La turba se dirigía hacia la sinagoga y rogó porque sus amigos no se encontrasen allí. Maldiciendo corrió esos pocos metros intentando ver donde se encontraba su prometida pero ni rastro.

—¡Gadea! ¡Gadea! —Gritó casi al borde de la desesperación pero nadie apareció.

Con lentitud se agachó para ver un pequeño trozo de tela de su vestido manchado de sangre.

—Gadea... —suplicó esta vez casi sin fuerzas.

Entre vivos y muertos

Amice había corrido hacia la casa de María en el instante en el que la escuchó gritar por los pasillos del convento. Sor Angustias no estaba muy conforme con sus continuas salidas pero no pudo negarse ante las súplicas de la desesperante María. Poseía conocimientos de medicina y no era de buena cristiana negar auxilio, dijo mientras con enfado la madre superiora accedía a sus peticiones.

Amice buscó su cesta, sus ungüentos, aguja e hilo y caminó a toda prisa mientras María le comentaba las últimas noticias que asolaban Toledo. La mujer de dulces rasgos negaba con la cabeza ante los hechos que poco decían del espíritu caritativo de un buen cristiano, pero quién era ella más que una simple mujer sobrellevando como podía sus propias penas.

Años llevaba lejos de Najac, ese pequeño pueblo al sur de Aquitania, que un día la vio nacer y al que tuvo que abandonar por las leyes de los hombres. Estos veían rabia allí donde existía caridad y asco donde sólo existía amor...

—¿En qué pensáis? —Dijo Juana.

—En que esto le dolerá —. Contestó esquiva —. La muñeca de Gadea estaba salida de su sitio y aunque los dedos no estaban rotos, debería recolocarlos.

La joven asintió mientras Gadea cerraba los ojos con fuerza esperando lo peor.

—¿Gadea estáis preparada?

—Lo estoy.

Juana y María sujetaron sus hombros y Amice se puso manos a la obra mientras las tres mujeres cerraban los ojos lacrimosos. Gadea no dejó escapar un grito pero las lágrimas recorrieron sus mejillas bañándole el rostro. La monja lo hizo lo más rápido que pudo pero al terminar con su trabajo supo que Gadea había caído desmayada.

—Hermana...

Juana sollozó temblorosa y Amice presionó su hombro tranquilizándola.

—Está bien. Él dolor ha sido demasiado, es mejor así. Cuando despierte se encontrará mejor. Os lo prometo.

Juana recostó su cabeza sobre el colchón y lloró hasta que la tranquilidad y la esperanza regresaron a su cuerpo.

—María, debéis ir a casa del señor. Él debe saber que ella está aquí. No podemos moverla.

María, que sujetaba a la bebé dormida en sus brazos miró buscando un sitio para recostarla pero no supo donde. Su casa apenas poseía una cama, dos sillas y una mesa algo desgastada. Su hijo le

mostró un sitio a su lado pero Juana contestó con apenas fuerzas.

—Ponedla junto a Gadea. Cuando despierte estará encantada de tener tan grata compañía.

María acomodó a la bebé envuelta con una manta y esta pareció reconocer el calor de su salvadora porque al instante se pegó a su lado y continuó durmiendo.

—Juana, por qué no acompañáis a María. Estoy segura que su prometido se sentirá más tranquilo si la ve llegar con vos —. Dijo Amice.

—Sí —. Juana alzó la cabeza del regazo de su hermana y acomodando su larga melena se dispuso a acompañarla.

Amice se sintió orgullosa de sus nuevas amigas. Ellas eran fuertes y valientes. No como ella...

—¿Dónde estás? ¡Dónde!

El converso golpeaba con el puño cerrado la gruesa mesa de madera. Su padre descansaba en su alcoba después de un fuerte golpe en la cabeza y Gonzalo se recomponía de sus heridas. Ambos estaban afectados pero vivirían ¿pero ella?

La última vez que consiguió verla se enroscaba como una oruga frente a las patadas de aquél desgraciado. Le gustaría que la vida después de la muerte existiese con el único fin de volver a rebanarle el cuello con su daga. La voz de las mujeres entrando en su salón lo hicieron saltar de la silla.

—Mi señor, ella está en mi casa —. Dijo una presurosa María descubriendo el estado de desespero del converso.

—¿En vuestra casa? ¡Qué le habéis hecho! —La joven comenzó a temblar al ver al demonio en su mirada.

—Amice ha curado sus heridas. El hogar de María era el más cercano —. Juana habló con rapidez mientras María se escondía tras su espalda. No podíamos moverla por lo que...

El joven dejó de escuchar, gritó hacia uno de los criados para que preparasen su caballo y un carro para las mujeres. Debía estar con ella lo más rápido posible. Necesitaba verla. Ella era su luz y a decir verdad tenía muy poca en su vida como para perderla por culpa de unos mal nacidos.

—Gadea... —Chilló al verla adormecida en el colchón de paja y con sábanas viejas.

—Ella está bien mi señor. No debéis preocuparos.

Judá no prestó atención a las palabras de la monja. Era imposible que su bella prometida estuviese bien. El rostro estaba hinchado y algo deformado por los golpes, las manos vendadas y respiraba como una moribunda. Con cuidado acercó sus anchos dedos

al cuello para comprobar que el corazón aún latía.

—Se repondrá. Os lo prometo —. Judá asintió y dejando que sus hombros cayesen rendidos hacia delante respiró por primera vez.

Era casi de noche y había buscado por todos los rincones sin encontrarla. Estaba desesperado y hasta creyó enloquecer, si no hubiese sido por esas mujeres que ahora la cuidaban quien sabe lo que le hubiese pasado.

—Gracias —. Contestó agotado.

—Ella es nuestra amiga —. El joven aceptó la respuesta y miró que algo se movía bajo las sábanas.

Amice divertida levantó la sábana para dejar a la vista un bebé rollizo y con algo de suciedad en el rostro. Él la observó curioso y acercándose a ellos fue Beatriz la que contestó orgullosa.

—Sus padres fueron asesinados.

—Mi hermana la cubrió con su cuerpo para que no lo dañasen —. Aclaró Juana.

Judá movió el rostro con el desconcierto en la mirada.

—¿Es un niño judío?

—Sí —. Gadea respondió sorprendiéndolo al saberla despierta.

—¿Por eso os retorcías en el suelo? —Dijo al comprender que con su postura sólo intentaba ser ella quien recibiera las patadas y no el bebé.

Ninguna respondió. No sabían que decir. No se fiaban del todo. Judá tenía derecho a arrancar al pequeño del hogar y entregarlo a las autoridades, después de todo él era un converso. Todas temblaron al verlo levantar su mano y acercarla a la joven. María estaba dispuesta a saltar para defender a su amiga pero no hizo falta. Los dedos ásperos de Judá apenas rozaron sus mejillas.

—Permitidme que os lleve a casa. Nuestro hogar nos espera —. Gadea intentó asentir pero la inflamación y el dolor no se lo permitió.

—Sujetaros a mí —. Dijo mientras pasaba sus brazos con suavidad entre el cuerpo de la joven y el colchón.

—Mi señor, ella no puede moverse —. Amice habló indignada.

—Y no lo hará. La cargaré hasta la carreta. Vos recoged al niño —. Ordenó a Juana.

Todas comenzaron a protestar como gallinas enloquecidas pero la ferocidad en la mirada del hombre las hizo retroceder.

—Si alguna de vosotras desea clavarme un estoque en el corazón no se lo impediré, pero primero llevaré a vuestra amiga a mi casa y la recostaré en su lecho. Con o sin vuestra ayuda —. Las negras pupilas de Judá demostraron que el diablo estaba en él y que sería mejor no provocarlo.

Aceptando su decisión, las mujeres abrieron paso y él la tomó en sus brazos con la mayor delicadeza y lentitud para no causarle

dolor. Ella era su mujer y estaría donde debía estar. A su lado.

Los caballos apenas caminaban pero él no deseaba que el carro se moviese demasiado. Cuando llegaron al hogar gritó un par de órdenes mientras la acarreaba a paso lento. La joven casi se adormecía con el calor de su cuerpo y fruto de la tisana de Amice pero llegó a ver a Beatriz que se encontraba en la mitad del salón esperándola.

—Gadea… —Dijo temblorosa.

—Estoy bien, no debéis preocuparos —. Contestó sin apenas mover los labios.

—Yo… —Beatriz se movió a un lado, Gadea miró por encima del hombro de su amiga y cerró los ojos.

—¡Gadea, no! —Judá gritó desesperado envolviéndola en el calor de su abrazo.

—Y como bien es sabido todos los principios comienzan con un primer paso y un buen caldo con un poco de agua… —la abuela guiñó un ojo a su adorada nieta—así nació la cofradía de las comunes. Cinco mujeres rellenando renglones de historia reservada para ellos.

Constanza se silenció por unos minutos, las dudas la intrigaban en exceso. ¿Aquellas mujeres lucharon por ideales o sólo intentaban ser felices? ¿Eran esos principios la causa de su orfandad?

—¿Abuela, Gadea falleció aquella tarde en brazos de Judá? ¿Quién estaba junto a Beatriz? ¿Y el hombre de la cicatriz?

—Pensé que sólo querías saber el principio — dijo divertida.

—Me temo que muchas semanas de viaje por delante y una nieta demasiado curiosa serán mis peores males —. Dijo con la sonrisa recorriendo de lado a lado su delicado rostro.

La abuela agradeció al cielo no haber perdido en aquella horrible desgracia a su adorada nieta. Cada mañana conseguía despertar sin desear morir y se lo debía a Constanza. Le habían arrebatado a su hija pero no tendrían a su nieta, no lo permitiría.

—Bien, por partes: Gadea estaba…

—Señoras debéis bajar. Aquí no es seguro —. El capitán las interrumpió junto a la compañía de un marinero con el rostro preocupado.

—Yo no… —Constanza quiso replicar.

—Bajad todos. ¡Ahora!

Julián ordenó justo antes del terrible estruendo de una inmensa ola.

No te pierdas el segundo libro de La cofradía de las comunes.

—Gadea... regresad a mí, este es vuestro hogar...

FIN LIBRO 1

Hechicera

Diana Scott

Copyright 2019 Diana Scott

Gracias a Felipe Vidales de TulayTula.com quien nunca se cansa de contestar a todas mis preguntas y demostrarme que la historia es algo más que cientos de fechas por memorizar.

Me llamáis común por mi condición de mujer,
pues bien permitidme que os explique.
Una común lloró cuando vos nacisteis.
Una común os enseñó a caminar.
Una común os protegió entre sus brazos para que nos os lastimaseis.
Una común fue vuestras piernas cuando estabais cansado.
Una común secó vuestras lágrimas con el primer desamor,
y una común aplaudió vuestros logros.
Sí, puede que penséis que una mujer es una común
y hasta sintáis altivez al mirarnos
pero no olvidéis nunca que
nuestra sangre valiente de común
es la que late por vuestras orgullosas venas.

Yo, una común.
Diana Scott

Indice

La tormenta
Vivid para mí
Bruja
Las ramas de la vida
Cuando dormías
Justicia injustificada
Pecados de la carne
Silencio de amor
No me creas
Alabado sea
Encadenados
La boda
Mentiras
Traiciones de poder
Entre leños y ardor
Sin ti
Las comunes
Mía
De moros y judíos
Comunes
La señal
Donde nace el amor
Hermanas
Unidos por la desolación
El beaterio
Hechiceras
Hoguera
De algodones y mazmorras
Fuego purificador

La tormenta

El capitán golpeó de lleno con el duro mástil de madera. Pequeñas gotas de sangre, disueltas en agua salada, surcaban su frente. Los miembros de la tripulación gritaban como furias enloquecidas mientras las pocas mujeres en cubierta corrían espantadas buscando refugio en la bodega. El barco, cual bebé acunado por gigantes, se agitaba con los intensos vientos del Mar occidental. Quiso centrarse, pero el fuerte dolor de cabeza apenas si le dejaba pensar. La visión se le borraba de a momentos y el cuerpo se tambaleaba sin encontrar el sentido cuando unas manos intentaron sostenerlo por la cintura.

¿Estaría muerto y lo transportaban al cielo? Pensó al oler ese dulce aroma de mujer, tan fresco, tan delicado y tan floral. No, se contestó a si mismo, él no era hombre de recompensas celestiales. Las Españas ya no lo esperaban y los cielos no perdonaban.

Dos fueron las veces que sacudió su cabeza intentando aclararse y tres las que parpadeó hasta comprender la gravedad del asunto. La vela mayor hecha unos trapos danzaba con los vientos mientras el galeón, sin rumbo, golpeaba con cuanta ola se encontrase. La jovencita de tacto terso y gentil lo acunaba en su abrazo como si se encontrase ante un hombre de dulces declaraciones. "Ingenua", pensó aturdido…

Hubiese querido no despertar, pero aquellos ojos de sirena, curvas deliciosas como budín de abuela, y voz, pensó comenzando a reaccionar, voz excesivamente intensa, se dijo apretándose la sien para que la sesera no se le escapase de la cabeza.

—Estoy bien… estoy bien —. Alzó la mano deseando detener la intensa verborrea, pero nada. La sirena no callaba.

—Estás sangrando, apenas puedes sostenerte. Te llevaré a la bodega junto a las mujeres. Ellas podrán curarte.

«¿Mujeres?" ¿La sirena deseaba ocultarlo bajo las faldas como a un cobarde? ¿Estaba en el infierno? Pestañeó otras tres veces antes de recobrar algo de sensatez y una pequeña porción de la masculinidad pisoteada cuando vio su rostro. Qué bonita era la parlanchina.

Las olas golpearon el casco como si los demonios del mar dirigiesen el ataque y la lluvia de agua salada le fueron despertando a mamporros. Más de cincuenta marineros corrían como pollos descabezados recogiendo velas mientras su segundo a bordo, hombre de manos tan duras como su carácter, maldecía por todo lo alto intentando sostener el descontrolado timón. El pequeño grumete, experto en nada y aprendiz de todo, resbaló entre los gruesos cabos desperdigados en el suelo y a punto estuvo de caer por la borda sino hubiese sido por la reacción del aturdido capitán que lo sujetó por el cuello de la deshilachada camisa. Cuando se encontró en pie, el chico agradeció con la cabeza antes de correr para continuar con sus urgentes deberes.

Los fuertes vientos meneaban las faldas de las asustadas mujeres que temblando más miedo que de frío desaparecían escaleras abajo rumbo a la bodega. Todas chillaban buscando resguardo. Todas menos una. La preciosa morena parlanchina.

—Me encargaré de ayudaros. Os llevaré con las mujeres —. Dijo como si a él le interesase en algo sus planes.

La mirada del capitán se centró por primera vez en su sirena y descubrió que su pesadilla poseía un pequeño porcentaje de realidad. Constanza era tan bonita como charlatana. La sirena de negros rizos temblaba y no de frío. Asustada demostraba un valor que el temblequeo de sus rodillas negaban con firmeza. Con el total de sus sentidos intactos y un intenso dolor de cabeza quebrándole los sesos, ordenó con gravedad pero algo de simpatía.

—Constanza, a la bodega.

—Estás sangrando y...

—¡Capitán! —Dos marineros gritaron al unísono.

—¡Hombre al agua! —Chilló el patrón Mendoza al ver al pequeño grumete desapareciendo tras una ola.

—¡Baja ya! —Ordenó furioso antes de aferrarse un grueso cabo a la cintura y lanzarse de cabeza al agua.

Constanza no cesaba de mirar con el corazón en un puño.

Julián alcanzó de los pelos al pequeño mientras estiraba el brazo para ser rescatado de las siniestras olas. Dos marineros tiraron con fuerza hasta conseguir elevarlos y después de muchos "¡arriba, desgraciados!", y un par de irrepetibles insultos, el niño era depositado en el suelo mientras buscaba el aire con la boca abierta como un boquerón recién pescado.

—Dios bendito —. Constanza hizo la señal de la cruz en el pecho antes de agradecer al cielo que su capitán se encontrase vivo.

—¡Mendoza, el timón es mío! ¡Sevillano, soltar velas! Grumete, a cubierto. Malnacidos perros de Las Españas, ¡prepararos! —Gritó endemoniado—. Poseidón busca guerra y la tendrá.

Los marineros sonrieron al ver nuevamente al cabronazo de su capitán al mando del galeón. Si alguien podía sacarlos de aquella odisea, ese era el hijo de la gran madre, Julián Urdanbigue. Vasco por nacimiento y cabronazo por elección.

Su dulce capitán se transformó en un demonio enfurecido. Maldecía y ordenaba a una tripulación que asentía y corría mientras Constanza no supo reconocer si esa visión le gustaba o no. Ella amaba a los caballeros de armadura ancha y dulce corazón. Hombres fuertes, gentiles... y enamorados.

Empapada y un poco desilusionada bajó por las escaleras intentando no resbalarse cuando una preocupada abuela la sujetó por los hombros temblando de miedo.

—Gracias al cielo que estás bien —. El barco las empujaba de un lado a otro y apenas si fueron capaces de refugiarse en un rincón de la húmeda bodega.

La nave se mecía como barquito de papel gobernado por gigantes mientras los niños se refugiaban en brazos de sus madres, y una pequeñita de algo de menos de cinco años, vomitaba los potajes de toda su vida en un cubo repleto de mareos.

Unas diez mujeres rezaban en voz alta y unos pocos caballeros, desconocedores absolutos del arte de navegar, no cesaban de mirar preocupados hacia el hueco de la escalera esperando lo que no llegaba. Con el agua chorreándoles por las ropas y el temor penetrándoles el cuerpo, nuestras dos valientes se sentaron en el suelo y rezaron en silencioso fervor.

—Mi libro... lo he perdido... —Dijo al ver un cubo de nabos rodar y desperdigarse por los suelos.

No terminó de pronunciar las palabras cuando se dio cuenta de la inmensa estupidez. Puede que no sobreviviesen y ella se preocupaba por un tonto libro. ¡Pero que demonios! Ese cuaderno era el único recuerdo de su madre.

—¿Pero, cómo? —Dijo al ver como la abuela metía la mano por entre su escote para mostrarle la esquina desgastada de la cubierta.

—¿Somos o no somos unas comunes? —La anciana sonrisa brilló en la oscuridad de la bodega.

—Lo somos —. Contestó abrazando el libro aún tibio por el calor de su cuidadora.

No estaba segura de poseer el mismo valor que las primeras comunes pero lo intentaría. Su abuela y su madre pertenecían a dicha orden y ella no les fallaría. Si muriese lo haría con femenino honor.

—Y aunque no lo creas, Gadea sobrevivió —. La voz de la abuela se elevó para hacerse oír entre la fuerte marejada.

—No os merezco —. Contestó la nieta al ver como intentaba distraerla de tan malos presagios.

Las olas golpearon el casco del galeón y algunos hilos de agua entraban por las escaleras, pero su abuela la distraía como si disfrutasen de una de esas tardes soleadas en la preciosa Toledo. Sonriente la anciana esperó su reacción y la joven respondió con una sonrisa algo mal dibujada, pero sonrisa al fin. Como toda una común. Como toda una mujer.

Vivid para mí

La inmensa puerta de la habitación gimió dolorida ante la patada del desesperado converso.

—¡Apartaos! —Ordenó con el sudor recorriéndole la espalda.

Miedo, rabia, locura le reclamaban furiosos. Los dedos le temblaban al delinear el inerte rostro. No podía perderla. No se permitiría perderla. Lucharía contra los demonios, hechizos o el propio Adonay por conservarla. ¡Qué más podían arrebatarle que no le hubiesen arrebatado ya! ¿El alma? Pensó con una mueca de asco mientras se sentaba a su lado. ¿Quién desea conservar el alma cuando ya no existe por quien suspirar?

Los ojos de Gadea permanecían cerrados. La blanquecina piel apenas si conservaba parte de ese calor que una noche lo hizo renacer. «¡Malditos bastardos!» Murmuró deseando matar a quienes el filo de su espada había acallado ya.

—Adonay... —Ella era la única en ver más allá de las mentiras o la traición. ¡Qué les importaba a ellos la rojez que circulaba por sus venas! ¿Quiénes eran ellos para declarar la verdad ante tanta mentira? ¿Qué profeta era ese que bendecía a los malditos y sentenciaba a las almas puras? —¡Id a por la monja! —Gritó con la garganta áspera por el temor —. Id a por la monja... —Repitió debilitado.

La sangre primitiva le pedía gritar, romper y asesinar pero el dolor le rogaba llorar. Llorar como ese niño que nunca se permitió ser. Llorar como ese pequeño que se fortaleció en la triste incomprensión. Ajusticiar como ese joven que una noche helada de invierno dictaminó justicia. Aún lo recordaba, su nombre era Andrés. Hijo del tabernero y con apenas quince años el muchacho era tan desgraciado y putero como su propio padre. Borracho, maltratador y con un rostro que mejor ocultar, el hombre con aficiones dignas de escribirse con minúsculas era todo un hijo de puta con mayúsculas. Sus vicios, innumerables. Su oficio, la vagancia. Su diversión, apalear judíos. Una noche decidió que esa sería la última de aquél malnacido. Ese desgraciado no volvería a llamarlos puercos asquerosos ni escupir sus rostros ensangrentados con sus apestosas botas. Con lentitud se levantó de la cama y a escondidas de su padre escapó. Con sigilo bajó por la estrecha calle del mercado apenas iluminada por algunas antorchas de esquina y caminó hacia la taberna. Unas cuantas calles cuesta abajo atravesando la Plaza del Solarejo y su destino estaba delante. Sigiloso para no ser visto, enfiló hacia la estrecha ventana trasera. Con el puñal en mano y la calma del verdugo en las venas esperó que el silencio cubriese la ciudad. “Un ajuste de cuentas” dijeron muchos, y nadie más preguntó. Esa noche Judá se hizo hombre más allá de lo que marcaba la edad.

—Qué demonios... —Beltrán no daba crédito a la escena.

—Id a por la monja... —Repitió perdiendo la poca coherencia que poseía.

Ella respiraba, podía notarlo en el subir y bajar de su pecho, pero el temor a que fuesen los últimos suspiros, lo estaban desquiciando. El caballero de rizos como el sol se acercó preocupado. Se lo notaba inquieto y puede que incluso algo culpable. Intentó acariciarle el pálido rostro pero su mano fue detenida por otra mucho más dura y algo más callosa.

—¿Quién sois? —Preguntó con la dentadura entrecerrada —. Ambos se miraron como si de una justa a muerte se tratase, pero fue Beatriz quien rápidamente aclaró.

—Estábamos preocupados y decidimos entrar. Mi señor debéis disculparnos —. La voz temblorosa de Beatriz no presagiaba nada bueno. Judá oía pero sin escuchar. Las palabras de la joven se le escapaban como la paja de un granero sin tejado.

Cabellos dorados como el trigo, pensó observando con detención, mirada del color del cielo en verano, porte tan elegante como los nobles de cuna y sonrisa tan amplia como su falsedad.

—Señor, él es...

—Vuestro hermano —. Judá terminó la frase abrumado. La peor de sus pesadillas se convertía en carne.

—Sí mi señor, lo creímos muerto y...

—Pero no lo está —. Su voz sonó irónica a la vez que desgraciada.

Con rapidez buscó en los recuerdos. ¿Cinfaa aseguró que Gadea aún lo lloraba? ¿Había dicho algo más? ¿Aún lo amaba? ¿Aún soñaba con sus recuerdos? ¿Se habían besado?

Las dudas le asaltaban con la misma intensidad con que los celos se le incrustaban en las carnes. Era suya. El propio Adonay se la había entregado.

Ese desgraciado regresaría al cielo donde todo el mundo le creía reposar, con o sin su puñal clavado en el pecho, suya sería la elección.

—Recuperaré todo lo que por derecho me pertenece —. La voz neutra y condescendiente del ricitos trigales lo hizo sonreír.

¿Buscaba con nobles modales intimidarlo? Judá no era ningún noble de cuna pero sus ropas eran más costosas y sus arcas estaban más rebosantes que muchos de esos imbéciles escasos en tesoros y temerosos de la nueva realidad.

—Marcharos —. Susurró como si de una mosca el caballero se tratase —. La mirada ardiente como las llamas presagiaban lo peor del converso pero se silenció ante los gritos de Beatriz.

—¡Mirad! Parece moverse. Está dormida pero se mueve —

comentó aliviada—. Tiene que haber sido un simple desmayo.

Judá se olvidó del de los brillantes cabellos y de sus crecientes deseos de ahorcarlo para centrar su atención en ella. Verla moverse aunque más no fuese en sueños era mucho más que la nada. Su espalda se curvó con ternura y las manos callosas rozaron la tierna piel con cuidado de no dañarla.

Los moratones entre violetas y marrones le maquillaban el rostro. Uno de los ojos estaba hinchado como un huevo de gallina y el labio superior partido. La larga melena terriblemente enmarañada causada por la lucha al intentar salvar al niño, pero respiraba y eso era lo único que importaba. Aquellos malnacidos la molieron a palos pero su espada se cobró por diez cada atropello.

—¡Fuera! —Las palabras retumbaron en las duras piedras.

Beltrán, conocedor de sus malos humores, giró sobre sus pasos sin rechistar hacia la salida. Beatriz quiso hacer lo mismo pero su hermano no se lo permitió. El alto y bello caballero siguió de pie y erguido junto al converso que sentado junto al lecho de su amada no lo miraba.

—No me provoquéis. Deseo demasiado veros muerto —. Susurró con la mirada fija en la amada pero con todo su odio enfocado en el enemigo.

Aún sentado junto a Gadea y obstruyéndole la visión al invasor con su espalda, demostraba ser mucho más peligro que sus palabras.

—No os temo ni a vos ni a cientos como vos —. Contestó el caballero no muy seguro.

—¿Cómo yo? —Dijo con sonrisa cortada por el mal humor —. ¿Y vos vais a ejemplificarme como son esos como yo?

—Hermano por favor—suplicó temiendo lo peor—. Gadea necesita descansar, no es momento...

Judá de un salto se puso en pie y lo encaró frente a frente con el puño envolviendo la empuñadura de su espada. Ambos midieron fuerzas sabiendo que la victoria no sería fácil. El caballero poseía la experiencia de la guerra pero él acarreaba las cicatrices de los perseguidos.

—Nuestro enfrentamiento es inevitable pero no será hoy —. Dijo ricitos de oro con más seguridad que valor.

—Sea —. Judá sonrió con ese toque de maldad que provocaba la humedad en los pantalones de sus enemigos —pero ahora —dijo acercándose tanto que sus respiraciones se enredaron en una —. saldréis de esta habitación, de mi casa y de su vida. No volveréis a acercaros a mi mujer ni en este mundo ni en el siguiente.

—Ella no es vuestra mujer. No sois noble —. La costosa casaca del hombre subía y bajaba por encima de su pecho indignado.

Julián se encontraba desesperado. Años luchando en tierras

granadinas contra los infieles no le habían servido de nada. Se encontraba en la bancarrota y ante una realidad que no deseaba. Los Ayala, y en particular Gadea, representaban su única salida. Sus apellidos se unirían, sus posesiones le pertenecerían y su posición en Toledo se reafirmaría.

Su hermana lo empujó por la espalda mientras pedía disculpas reiteradas y él le permitió la insolencia. Hoy no correría sangre. El judío no era más que un puerco vestido con costosas telas pero un puerco al fin. Gadea no dudaría en escoger.

—Ella necesita descansar —. Las palabras de Beatriz temblaban como las gruesas cortinas movidas por el viento que cubrían la ventana, mientras continuaba empujándole por el brazo.

Beltrán sostuvo la puerta con diversión al ver al noble caballero abandonar el terreno de lucha con el rabo entre las piernas.

—Converso... nos volveremos a encontrar.

—Su nombre es Alonso de la Cruz —. Replicó su primo entre dientes.

Con la sonrisa de quien lo respalda la pureza de sangre y el corazón sucio como un nido de ratas, respondió provocador.

—Hasta pronto. Con-ver-so.

—Bastardo —. Con los dientes apretados, su primo no pudo contenerse mientras lo vio marchar por los extensos pasillos.

Judá le permitió su minuto de gloria, lo deseaba fuera de la habitación antes de que su prometida despertase. Ella no debía verlo. «Imbécil».

Cinfaa asomó las narices por el marco de la puerta y aprovechando el sostén por parte de Beltrán, entró con celeridad cargando una bandeja con un humeante tazón de caldo.

—Unas hierbas para aliviar el dolor —. Dijo con rapidez. Sin esperar permiso se acercó con la taza junto al cuerpo de Gadea que comenzaba a abrir los ojos —. La monja dice que la ayudará a recuperarse —. Judá no se movió del sitio. Cinfaa tragó en seco antes de continuar unas explicaciones que nadie le pedía —. La monja ha dicho que debe beberla. Necesita recuperar fuerzas.

Sin intención alguna de seguir viéndola, le quitó la infusión y alzó la mano para que se marchase. La simple presencia de Cinfaa le molestaba. Ella era todo lo que deseaba olvidar. A su lado se sentía asesino y egoísta. Junto a Cinfaa era un judío despreciado por la sociedad. Ella era el recuerdo permanente de su asquerosa fortuna.

—¡Marcharos! —Cinfaa agachó el rostro cual criada obediente y Judá estrechó los ojos para observarla con atención.

—¿Judá? —Fue pronunciar su nombre y Cinfaa dejó de existir —. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha...? ¡Hay! —Quiso sentarse pero las costillas le ordenaron detenerse.

—No debéis moveros —. Comentó autoritario mientras con toda la suavidad del mundo la incorporaba y acercaba unos cojines tras su espalda.

—¿Estoy en vuestra casa? —Preguntó afinando la vista del único ojo que podía abrir.

—Nuestra casa. Sí, os he traído yo mismo. Ahora debéis beber la medicina y descansar. Os la envía vuestra amiga.

Gadea asintió y tragó con lentitud. El dolor en el cuerpo era casi intolerable. El aire le escaseaba y apenas si tenía fuerzas para tragar.

—Permitidme —. Como si fuera una fiel criada, Judá sostuvo la bebida y se la acercó a los labios. Gadea comenzó a llorar en silencio —. ¿Qué sucede?¿He hecho algo malo? —Preguntó preocupado y alejando rápidamente la bebida temiendo haberla quemado.

—El niño...

Más tranquilo y comprendiendo sus lágrimas contestó con suavidad.

—Se encuentra bien. En el convento de la Santa Fe cuidarán de la pequeña.

La joven aceptó las explicaciones y con lentitud fue mojando los labios y bebiendo del reconfortante caldo. El dolor se alejaba casi milagrosamente. Debería agradecer a Amice de tan gloriosa bebida aunque supiese tan amarga como la más amarga de las almendras.

—¿Y las demás?

Judá alejó el tazón vacío y lo depositó sobre la mesa para regresar a su lado y sujetarle la mano.

—Están vivas... pero a vos casi os pierdo —la voz del caballero distaba mucho de ser tan ronca y tan severa como siempre —. Habéis cometido una imprudencia terrible, debéis prometerme que no volveréis a realizar acto semejante. Cuando os traje en mis brazos, cuando os desmayasteis pegada a mi cuerpo... —La oscura mirada del hombre brillaba con la emoción de los que mucho habían perdido. Las manos duras se aferraron a las suyas como si temiesen perderla.

Los detalles que narraba su converso hubieran sido un precioso principio de una perfecta declaración si no fuese porque comenzaba a adormecerse. En su interior sintió que su corazón se abría frente a la dureza del hombre. Judá no era ni tan tierno ni tan amoroso como los trovadores cantaban pero superaba con creces los que por las cuestas de Toledo vagaban. Los maridos castellanos olvidaban sus votos al traspasar el portal de los burdeles. Los más devotos se consideraban con el poder de Dios en las manos castigando a sus mujeres con cuanto palo encontrasen mientras que los otros, herejes ocultos bajo el manto del santo dominical, planeaban la usurpación de todos sus bienes. Su propio padre la abandonó a su suerte por unas bolsas

cargadas de monedas de las arcas de los De la Cruz.

—¿Estáis bien?

—Gracias por todo —. Judá estaba a su lado. Él había arriesgado su propia vida por salvarla. Él era mucho más de lo que pensó encontrar.

Quiso decir muchas cosas que jamás tuvo el valor de decir pero el sueño la envolvió cual manto de madre.

—Me duermo... —llegó a susurrar antes de navegar en la profundidad de los sueños.

—Mi dulce mujer—. Judá respiró alivio al ver como dormitaba. Estaba en su hogar y a salvo.

Jamás pensó que el miedo a perderla pudiese ser tan intenso. Esa muchachita se colaba en el interior de una trastienda sentimental que no debería existir pero que allí estaba; en un escondido rincón entre la venganza y la desolación. Sus cabellos eran comunes, el color de sus ojos igual de comunes, su altura común, sus caderas... sus caderas igual a otras que ya no recordaba. ¿Entonces qué la hacía tan especial? ¿Qué extraño hechizo convierte a una mujer diferente a otra? ¿Qué nace en el corazón de un hombre para que una se torne en deseada y la otra en olvidada?

Agotado por el día que no deseaba repetir jamás se encaminó hacia la salida cuando chocó de bruces con las mujeres que, arremolinadas al otro lado de la entrada, no cesaban de preguntar.

«¡Qué el cielo nos asista!» Se dijo pensando que jamás se libraría de aquellas damas que zumbaban alborotadas como cientos de abejas juntas.

—¿Cómo se encuentra? ¡Exijo verla! — Su futura cuñada habló con la autoridad que le otorgaba la consanguinidad pero que ahora no estaba dispuesto a tolerar. Demasiado era reconocer su debilidad por Gadea como para también caer hechizado bajo el influjo de la sabandija de su cuñada.

—Está bien. Ha sufrido un desmayo pero se encuentra descansando plácidamente —contestó alzando una ceja y demostrando quien llevaba el estandarte de la familia —. Vuestra infusión ha sido de gran ayuda —. Dijo con agradecimiento desviando su atención a la monja que arrugó la frente intentando comprender sus palabras.

—Mi señor no os comprendo.

—Gadea bebió vuestras hierbas y se ha relajado. Duerme como una niña pequeña—. Aclaró con los brazos cada vez más tensos ante la reacción de la mujer.

Amice giró la vista hacia el resto de amigas intentando comprender algo antes de contestar dudosa.

—Lo siento pero acabo de llegar.

El pecho del caballero se oprimió y el corazón le dejó de latir.

Con un sudor frío bañándole las manos se giró y entró en el cuarto con tanta premura que el escritorio de roble macizo chocó directo con su vientre. Las rodillas apenas eran capaces de dominar unas piernas que no atinaban con pasos seguros. Esto debía ser una pesadilla. Alguien debería despertarlo pronto o sus pulmones dejarían de respirar.

—Cómo he podido ser tan idiota... —Las palabras brotaron solas al sentir el lento respirar de la joven.

Las mujeres corrieron a su lado y Amice pidió que la dejasen acercarse. Labios pálidos y secos, piel azulada y respiración lenta. Con intriga acercó su rostro junto al de la amiga para olfatear. Aroma intenso de almendras amargas.

—La han envenenado... —La conclusión era tan certera como que Dios se hacía carne en el cuerpo de Cristo.

—¿Quién? —Beatriz no salía de su asombro —. Es imposible, apenas lleva unos minutos en la casa.

—¿Por qué?—Juana sollozaba como si la muerte ya le hubiese arrebatado a su hermana.

—Está viva y no pienso rendirme —. Amice se arremangó la blanca túnica decidida a luchar —. Mi señor, necesito mandéis traer mi cesta con hierbas. Se encuentra en el convento.

Él no respondía. La mirada se perdía en una prometida que lo abandonaba por culpa de su propia estupidez. Nadie merecía un amor como el suyo. Debía estar maldito. No existía otra explicación para tan grande infortunio.

—Vuestra merced... por favor... os necesito —. Los ruegos de la monja se perdían ante la ausencia de su mirada. Decidida a todo se estiró para alcanzarlo y golpearle el pecho a puño cerrado —. ¡Gadea os necesita! ¡Ella vive! Ella aún vive... —suplicó sollozando con cada uno de sus puñetazos.

Judá despertó con aquellos golpes que no significaban más que cosquillas en su marcado torso pero que lograron recuperar la atención de su alma perdida.

—Pedid —. Carraspeó atragantado por la pena.

—Necesito la cesta de hierbas que poseo en el convento.

Judá asintió ante una monja que habiendo conseguido su objetivo se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y se acercó al cuerpo casi inerte. Con una fuerza que no debería poseer una mujer tan menuda como ella, la incorporó lo suficiente y le introdujo dos de sus dedos por la garganta.

—¡Deteneros! —Ordenó al escuchar las moribundas quejas de su mujer.

—Debe expulsar el veneno. Puede que aún no sea tarde —. Dijo sin detenerse.

Judá apretó los puños hasta marcar las uñas en sus palmas pero

la dejó hacer antes de marchar hacia la puerta. Cual rey ante carceleros vociferó a todo pulmón por los pasillos. Ordenó a un sirviente que se llevase el mejor de sus caballos y que volase como el viento hacia el convento de Santa Clara.

Con el frío helado recorriéndole por las venas regresó al cuarto y por poco mata a todas las mujeres. Los dedos de la monja entraban y salían de su dulce boca y él hubiese ofrecido sus propias arcadas con tal de liberarla de aquél sufrir. Una vez hubo expulsado la mezcla acuosa y verde que cubría los suelos, las mujeres la retornaron al lecho dispuestas a esperar.

Las campanas de la iglesia repicaban marcando el cambio de horas pero no estaba seguro a cual pertenecía.

—No podéis abandonarme, no os lo permito. Cumpliréis con vuestra palabra y seréis mi esposa. Viviréis a mi lado cada maldito día de mi vida y aguantaréis junto a mi todas mis insoportables mañanas. Escuchadme bien Gadea Ayala, sois mía y nadie os arrebatará de mi lado. ¡Nadie!

Amice escuchaba las palabras pensando en si Judá sería consciente de la insensatez de sus palabras. ¿Qué mujer regresaría de la muerte ante tan oscuro porvenir? Concentrándose en lo suyo se arrancó el velo para estar más cómoda mientras arrimaba unos carbones ardiendo con incienso, salvia y romero. Eran su última esperanza. Ya no quedaban medicinas por probar ni rezos con los que suplicar.

—¿Qué estáis haciendo? ¡No puede respirar! —Judá por poco la hizo caer ante la potencia de su orden.

Envuelta en el humo intenso del sahumerio, tosía y lloraba a la vez. Las manchas verdosas y negras cubrían su túnica, olía como una vagabunda y llevaba horas sin probar bocado pero nada importaría si ella mejorara, pero su terapia no funcionaba.

—Lo siento —. Con el sufrimiento en la mirada se sinceró.

Asustada y con el llanto aún más fuerte cayó en una silla ante el desgarrador alarido de un hombre que se negaba a la verdad.

—¡No! —. Gritó enloquecido. Cual león enjaulado se movía de un lado a otro. No podía estar pasando. Adonay no podía enseñarle el amor para luego arrebatárselo —. ¡No!

Amice lloraba en silencio cubriéndose los labios con las manos temblorosas al ver como Judá arrojaba la cesta y el escritorio por los aires.

—Sólo nos resta esperar... —Dijo intentando detenerlo.

—Aún vive... —Contestó buscando algo a lo que aferrarse.

Las palabras surgieron desesperadas mientras los surcos de sus enloquecidas pisadas marcaban cada vez más la madera. Los recuerdos

de su sonrisa y esa felicidad que encontró en su mirada en aquellos momentos de mujer amada no podían abandonarlo.

¡No es justo! Se dijo golpeando la pared. Pero la vida no era justa. ¿Por qué sino un niño perdería a su madre bajo la empuñadura de un miserable o viviría ocultando una fe que a muchos ofendía? ¡Por amor al cielo! Se dijo casi sin poder respirar, él jamás pidió nacer con corazón judío bajo un cielo cristiano. El cristiano oscurecía sus cielos con sus prédicas pero Gadea se los iluminaba.

—No puedo perderla...

—No sé como curarla —Amice sollozó impotente—. He aplicado todos mis conocimientos pero su cuerpo no consigue limpiarse. Debemos ser fuertes. Nuestro señor la reclama.

Judá la hizo temblar con el demonio en la mirada.

—Que se lleve mi alma a los infiernos si lo desea porque no es a ella a quien tendrá.

Amice se persignó suplicando en silencio el perdón del altísimo: «Padre discúlpale, no sabe lo que dice... Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur Nomen Tuum, adveniat Regnum Tuum...

La monja rezaba una y otra vez sin detenerse y quebrando aún más los nervios de Judá. El maldito Dios de los conventos no hacía nada por Gadea y Adonay tampoco parecía escucharlo. Maldiciendo una y otra vez tanto a judíos como cristianos fue cuando lo descubrió. Agitado se detuvo ante sus propias revelaciones. Besando lentamente la frente de su amada le susurró al oído.

—Esperadme, no os atreváis a abandonarme porque os juro que os seguiré hasta el más allá. Os amo... esperadme.

—¿Marcháis? Ella puede... —no quiso pronunciar la palabra.

Judá la sujetó por los hombros y la muchacha tembló al sentir la fuerte presión en ellos.

—No permitáis que nadie entre hasta mi regreso.

—Señor...

—Marcho donde el Marqués de Villena.

Amice se santiguo cuatro veces seguidas antes de arrodillarse en el suelo.

—María, madre santa, virgen y guía de estos tus humildes servidores protégenos de todo mal... —Intentó suplicar perdón pero los gritos del converso alejándose por los pasillos la petrificaron.

—¡Apresad a Cinfaa! Encerradla en el cobertizo. Encadenadla con la más dura de las cadenas y si intenta escapar no dudéis en desangrar cada una de sus venas.

—Mi señor, es Cinfaa... —La rolliza cocinera lo interceptó y apeló entristecida.

—Si la ayudáis seréis la próxima.

La mujer se persignó al ver marchar a su señor con el demonio

hecho carne entre sus venas.

Bruja

El caballo chocaba con el grueso del pueblo que se preparaba para una mañana de mercado pero a su jinete nada le importaba. La plaza del Solarejo, atestada de verduras, apenas poseía lugar para transitar. Un tendero maldijo por todo lo alto al ver sus nabos desperdigados por el suelo y el buhonero con sus hombros cargados de cuerdas con guijarros y cacerolas, alzó el puño maldiciendo a toda su descendencia, pero los insultos se perdieron en las huestes de un caballo que volaba como el viento rumbo a la Puerta de Hierro.

Ya casi podía oler la humedad del río. No se encontraba lejos. Con furia increpó al animal. Pensaba que estaba cerca cuando chocó con los enfervorecidos seguidores del dominico que aún gritaban con los corazones ensalzados en odio. De un salto abandonó al animal y corrió cuesta abajo a toda carrera. Con el sudor en el cuerpo y el miedo atizándole los músculos atravesó el convento de Santa Úrsula y, dejando atrás la Iglesia de Santo Tomé, al fin logró divisar la casa del marqués. Las luces parecían apagadas y nada indicaba que allí existiese actividad alguna. Nadie se jugaría un maravedí apostando que allí pasase algo. Nadie excepto él. La casa apenas era protegida por algunos criados hasta el regreso de su señor de Zaragoza. Todo parecía en orden excepto por un detalle. Allí estaba la presencia de quien confirmaba sus sospechas. Si Azraq el Azul estaba en la puerta, ella no se encontraba lejos.

Los granos de cebada cayeron al suelo frente a las dos mujeres que observaron interesadas mientras la morena de túnicas coloridas se sonreía divertida. Uno de los granos tenía un aspa larga y Blanca la morisca los miró mientras el humo del carbón se centraba en un pequeño círculo de sal.

Asintiendo como si en el suelo se escribiese la mejor de las historias, la muchacha continuó analizando frente a las dos mozas que esperaban ansiosas. Con la concentración en el cuerpo se arrodilló mientras con palabras certeras sentenció segura.

—El grano de cebada con la raspa larga es él, y el grano de trigo sois vos. ¿Veis como se besan? Os desea.

Las mujeres sonrieron divertidas mientras Blanca preparaba el filtro o también mal llamado brebaje de Henna, y que debería echarse en la comida de quien se deseaba ablandar el corazón. Porque los granos lo dejaban claro. Ellos ya se amaban, sólo les hacía falta un pequeño empujón.

—Amada Santa Marta, vos que fuisteis señora y santa, vos que dominasteis a la Tarasca y la atasteis con vuestra sagrada cinta, así entonces haz que estas dos almas se junten como dos espigas que...

—¡No deseo degollaros pero lo haré!

Las dos jovencitas se abrazaron temerosas ante los gritos que se oían fuera, pero la vidente se mantuvo de rodillas con sus plegarias. Muchas eran las veces que desesperados y afligidos amenazaban a su hermano para poder verse con ella. La premura de la desesperación solía dominarlos y aunque los comprendía no compartía sus formas. Todos merecían su atención y el orden de llegada debía ser respetado. Con calma pero algo de disgusto intentó continuar con su trabajo.

—Santa Marta, así como estas dos espigas que se recogen y quieren así os ruego que...

—¡Maldito bastardo! No me provoquéis. Desgraciado hijo de perra, no estoy de humores. Os clavaría mi puñal si no fuese porque ella se llevaría un disgusto. ¡Blanca la morisca! Decidle a vuestro hermano que me deje entrar o juro que lo degollaré.

La hechicera cerró los ojos y dejó caer los hombros hacia delante al reconocer la potente y gruesa voz de aquél que ordenaba como si de su señor se tratase. Con malestar pero con un pequeño latido intenso en el corazón elevó la voz hacia la puerta mientras poniéndose de pie acomodaba su túnica.

—Azraq, permitidle el paso.

Unos golpes, unas cuantas patadas y la puerta de madera se abrió con el empuje de dos cuerpos varoniles que se enredaban entre patadas y puños contra el suelo.

Las jovencitas chillaron y se abrazaron aún más asustadas y la hechicera negó con la cabeza.

—¡Ya basta! —Chilló mientras con el pie pateaba la dura espalda de su hermano que continuaba girando en el suelo con el antebrazo de Judá rodeándole el cuello.

—¡Morisco crápula!

—¡Judío casquivano!

—¡Ya basta!

La joven, desesperada tomó el cubo de agua destinado a las purificaciones y lo vació sobre ambos que se soltaron sorprendidos y casi ahogados. Blanca la hechicera apoyó los brazos en jarra y esperó con enfado. Su hermano se puso en pie de un salto y se encaramó a su lado cual fiel vasallo protector. Si el judío insensato pensaba lastimar el corazón de su hermana, otra vez, él mismo se lo machacaría a patadas.

Judá sacudió su negra melena deshaciéndose del agua mientras se ponía de pie. Blanca al verlo tan varonil y encantador apresó el amuleto que llevaba colgado al cuello con la mano de Fátima o Jamsah, como solía llamarla cuando nadie escuchaba, pidiendo fortaleza ante la tentación. Llevaba meses sin verlo, y aunque las habas le habían dicho que él regresaría, no se encontraba preparada

para enfrentarlo. Él no la amaba, nunca la amó, y puede que jamás amase a nadie, pero se criaron juntos, fueron días y años en los que soñó que la mirada de ese hombre fuese sólo para ella.

Los fantasmas de Judá eran grandes y fuertes. La venganza lo poseía y la supervivencia de los suyos lo dominaba y Judá pertenecía al grupo de hombres que besaban, acariciaban y poseían pero jamás amaban.

El converso miró a las mujeres que se encontraban en un costado de la sala abrazadas y temblando para ordenarles con furia.

—¡Marcharos!

A una de ellas le faltó piernas para alzar los bajos de su falda y correr pero la otra llegó a tartamudear entre nerviosa y temblorosa mientras caminaba hacia atrás cual cangrejo de río.

—Me habéis prometido que Pedro el bordador me amaría... —Acusó a la maga pero sin dejar de observar al demonio judío de negra mirada.

Blanca quiso responder pero la pícara y desagradable contestación de Judá se anticipó a sus explicaciones.

—¿Pedro el bordador? ¿El que gusta de túnicas y bordados más que las niñas? Marcharos si no queréis que os entregue al moro y os enseñe lo que significa un hombre de verdad.

Azraq sonrió maléfico y las jovencitas corrieron pasillo arriba sin mirar atrás.

—¿Pedro el bordador? —Judá repitió negando con el rostro—. Blanca la morisca, os creía más seria.

La reprimenda graciosa del converso la divirtió tanto como la enfadó. Judá poseía esos pequeños momentos en los que se podía amarlo con la misma intensidad con la que se lo odiaba. Y ella lo sabía perfectamente porque lo quiso y mucho. El corazón siempre latió diferente a su lado.

—¿Cómo se encuentra Cinfaa? —Preguntó intentando alzar muros de protección. La joven criada tampoco significaba nada para Judá pero un muro mal construido era mejor protección que la nada.

—A punto de morir en mis propias manos.

La morisca sintió por un momento un pequeño hálito de esperanzas al reconocer la rabia en su mirada. Oyó rumores de boda e imaginó que aquella loca había conseguido apresarlo ¿pero si no era por la criada podía ser que estuviese allí por ella?

—Blanca, os necesito... —Las palabras la alcanzaron y la envolvieron ilusionada —. Debéis acompañarme, os lo ruego...

Llevaba meses sin verlo, sin saber nada de él ¿podía ser esto cierto? La sonrisa comenzó a asomarle por el rostro. ¿Lo perdonaría? ¿Disculparía su indiferencia de todos estos años? ¡Sí! Sí y mil veces sí. Lo amaba con todo su corazón. Desde niños imaginó que alguna vez la

querría y allí estaba, suplicando que lo acompañase. ¡Sí! Al fin.

De pequeña fantaseaba con su boda. Se pondría una túnica de color rojo y amarillo que ella misma bordaría. Un velo transparente cubriría su rostro y sus negros cabellos sueltos olerían a rosas blancas. Sonreiría feliz ante Judá que la amaría hasta la eternidad.

—¿Por qué? —Balbuceó nerviosa esperando la ansiada petición.

—Gadea Ayala, la han envenenado... —dijo con la pena atragantándole las entrañas —. Por favor Blanca... es mi prometida.

Las manos de la preciosa hechicera se desplomaron a los lados y se hubiese caído al suelo si los firmes y alertas brazos de su hermano no la hubiesen sostenido por la espalda. Él siempre intentó prevenirla de sus estúpidas ilusiones pero jamás lo escuchó.

—Habéis viajado en vano. No puedo ayudaros...

Terminó de hablar con el cuerpo girado hacia la mesa. No era capaz de mirarlo a los ojos. Con las manos temblorosas recogió el Picatrix y lo envolvió como el más preciado de sus libros antes de introducirlo en la cesta. Tenía que huir de allí antes que las lágrimas le bañasen el rostro.

—Blanca —dijo intentando alcanzarla pero su inmenso hermano se interpuso entre ellos —. Por favor, se muere.

—Jamás os he oído suplicar y esta noche lo habéis hecho dos veces y por una cristiana. Veo que seguís como siempre, venderíais vuestra alma al diablo con tal de conseguir vuestra venganza.

—Me arrodillaría si con ello vinieseis conmigo. La necesito. Blanca... la amo...

La maga se giró para encontrarse la peor de sus visiones. Su joven amor humedecía su mirada con lágrimas derramadas para otra mujer.

—En verdad la amáis... —No fue una pregunta.

—Lo siento... —Judá esquivó a su hermano y se posicionó delante de la curandera —. Pido a vuestro Dios que perdone el daño que os he hecho pero ella no es culpable de mis errores. Merece vivir y vos podéis ayudarla. Suplicaré, lloraré o me clavaré un puñal en el pecho si con ello consigo que le deis una oportunidad.

Cada súplica de Judá laceraba aún más su corazón herido. Sus súplicas, su compasión, sus disculpas, todas eran palabras cargadas con tanto sentimiento que dolían más que el hacha afilada del verdugo.

Con lentitud soltó las manos de su agarre y retornó junto a su cesta introduciendo los últimos enseres en ella. Estaba atragantada. ¿Debía intentar salvar a esa a la qué su amor amaba? ¿Eso era lo que Alá deseaba?

—Judá, hermano, debéis marcharos —. Azraq el Azul contestó con una mano en el hombro de su antiguo amigo. Muchas fueron las

circunstancias que los separaron pero el morisco comprendía el dolor por las penas de amor.

—¡No lo haré! —Dijo con la mano apresando el puñal de su cintura —. No me obliguéis ha hacer lo que no deseo —. La voz era desesperada pero enérgica.

—Judá —. Contestó el grandullón entre dientes y echando mano a la empuñadura de su estoque.

—La amo —. Dijo elevando los hombros como si el amor lo justificase todo.

Blanca la morisca cerró los ojos al escuchar la sentencia final. Él jamás la amó y aunque dolía reconocerlo no podía culparle. Él jamás la engañó. Nunca una mirada de enamorado, nunca un poema mal escrito, nunca esa frase de dos palabras que hoy dedicaba a otra...

—Enfundar vuestro orgullo masculino. No deseo perder el tiempo en curar a dos bellacos cuando una mujer me necesita —. Blanca se apresuró a preparar sus enseres. Santa Marta la protegía como hechicera pero también la obligaba a actuar de forma correcta. Judá se movió impaciente ante sus palabras —. Marchemos. No estoy segura de poder hacer mucho pero si en mis manos se encuentra su vida afirmo que no la perderéis.

Su hermano, feliz y orgulloso, arrancó de sus delicadas manos la inmensa cesta para ser él quien la acarrease y poder partir cuanto antes. Blanca le sonrió. Aunque él no se lo hubiese pedido, Azraq deseaba que ayudase a la mujer.

—Gracias —. Judá tartamudeó nervioso.

La sanadora quiso contestar a su amado pero no pudo. Él corría escaleras arriba como si lo persiguiese el viento mientras sus ilusiones de niña enamorada morían con cada uno de sus apresurados pasos. Estaba haciendo lo correcto aunque el corazón se le desgarrase.

Sin decir palabra entró en una habitación que olía demasiado a muerte y desesperanza. Judá corrió y se arrodilló frente a un cuerpo cubierto por el sudor. Con cariño secó el rostro de la joven mientras le suplicaba que no lo abandonase pero Blanca se negó a detenerse en antiguas melancolías. Debía actuar con rapidez. La joven con túnicas de monja se acercó con los ojos cubiertos de lágrimas y le habló sin presentarse.

—No he podido hacer más de lo que he hecho. No sé como ayudarla —. Las palabras se le atragantaron en la garganta repletas de lágrimas cuando un grupo de mujeres se acercaron con un cuenco cargado de agua limpia.

Todas reflejaban el dolor en sus miradas mientras Blanca se preguntaba cómo debería ser aquella joven para despertar sentimientos tan profundos entre aquellos que la rodeaban. Las

muchachas suplicaron por su vida y la sorpresa de la hechicera resultó ser aún más profunda.

Toledo era una ciudad de tres religiones y tres culturas y la convivencia no siempre pintaba calmada. Su familia era mora y abrazaba el cristianismo pero como muchas otras ocultaba sus verdaderas creencias tras las puerta del hogar. Una morisca y hechicera no sería bienvenida ante una cristiana vieja excepto que la joven que se moría en verdad valiese la pena.

—Necesito que me dejéis sola.

—Yo me quedo —. La más joven y de baja estatura sentenció con los puños cerrados.

—Juana saldréis con las demás. Blanca hará todo por salvarla —. Judá dijo al levantarse del lecho enfrentándose a la pequeña guerrera.

—Es mi hermana —. Contestó valiente.

—Y mi prometida —. Dijo fiero.

—Yo la quiero… —Dijo atragantada por la pena.

—Ambos lo hacemos —. Sentenció revelador sorprendiendo a Juana.

La muchachita agachó la cabeza y se dejó guiar por los fuertes brazos de Azraq que, acostumbrado a lidiar con el dolor, la acompañó fuera.

—Vos también —. Blanca dijo con la frente en alto a un destrozado Judá.

—No me separaré de su lado —. Dijo sin margen de dudas.

—Entonces colaborad. Acercad mi cesta junto al cuerpo y rezad por su alma. Necesitaremos de toda la ayuda posible.

Las ramas de la vida

La hechicera quitó las mantas que cubrían a la joven y observó con detenimiento el color de su piel en brazos y cuello. Judá sentía que el aire le faltaba al escuchar el silencio de la sanadora. Se acercó a la ventana pero la morisca le prohibió abrirla. Las fiebres eran altas y las corrientes desequilibrarían aún más los humores de su organismo. Fuego, Tierra, Agua y Aire. Cuatro sustancias básicas para la salud que debían restablecerse y pronto.

Escucharla decir aquello lo sacaba de quicio. La joven que tan sólo unos días atrás se entregaba sin tapujos en la intimidad de su cuarto, hoy peleaba entre la vida y la muerte. Su tono amarillento causado por el veneno apenas si se percibía bajo el morado ocasionado por la paliza propinada por aquellos mal nacidos.

La bilis comenzó a subirle por la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo sobre humano para no vomitar. Debió protegerla. Gadea era su mujer sin embargo la molieron hasta los huesos para después ser envenenada ante sus propias narices. Pensar en Cinfaa y su venganza lo hizo tener un motivo de odio al que aferrarse.

Blanca abrió la boca de la muchacha y estudió la lengua que se hallaba entre un color azulado y renegrido. Gadea apenas respiraba. Los nervios terminaban de rompérsele. El silencio de la mujer lo enloquecía.

—Mujer...

—La han envenenado —. Dijo estrechando la mirada y presionando la vena de su cuello.

—No os divirtáis con mi sufrimiento —. Contestó con malos modales ante el evidente diagnóstico.

La hechicera lo miró intrigada cuando al fin se dio cuenta de su falta de tacto. Con cuidado volvió a cubrir a la mujer con una suave sábana de algodón blanco y aclaró mientras se acercaba a su cesta de pócimas.

—Es un veneno conocido. Su fuerte olor a laurel más que a frutos secos lo delata. Lo llaman adelfa y es mortal —Judá dejó de respirar— pero en su caso el desconocimiento los ha hecho rebajarlo en exceso. Puede que quien lo comprase no supiese que pagaba por un veneno diluido. La monja consiguió que expulsase gran parte de la pócima. Debemos purificarle el cuerpo y el alma. Si estabilizamos los humores puede que así sobreviva.

Blanca se movía de un lado a otro preparando mezclas con polvos que extraía de la cesta y que volcaba sobre la mesa frente a un hombre incapaz de razonar.

—¿Preparáis amuletos para su alma?

—Además del veneno, le han hecho una ligadura con la muerte

—. El cuerpo de Judá se congeló en el sitio pero Blanca apenas le prestó atención. Con determinación arrojaba las habas sobre la mesa para reafirmar —. Las habas no mienten. Una mujer ha unido uno de sus cabellos a uno de los vuestros y los ha cubierto con vinagre bajo la tierra. El converso apoyó los brazos sobre la silla mientras con el cuerpo de pie observaba las habas como si estas pudiesen decirle algo.

—¿Estáis segura?

—Sí, es una ligadura de aburrensia. Está destinada a aborrecer a quien se la practique. En su caso han ido más lejos que el simple odio. Esperan vuestra desdicha hasta más allá de la muerte.

Blanca leyó las habas y los granos de sal sobre la mesa y respiro con fuerza antes de mirar con absoluta compasión a aquél que siempre representó al amor de su vida.

—Lo siento... No puedo ayudarla.

—¡No! ¡Vos podéis! —Judá se aferró a los hombros de su amiga y la zarandeó buscando un poco de compasión y ayuda —. Sois la mejor hechicera de Toledo. Enseñáis en la casa del alquimista. El marqués confía en vos.

—Ni el propio marqués de Villena podría ayudarla...

—Pero vos sois su discípula, él confía en vos, sois la mano derecha del alquimista... por favor Blanca, intentadlo. Si alguna vez me quisisteis, lo haréis.

Blanca creyó partirse en dos al escuchar el desgarro desesperado en la voz de Judá. Amaba a esa mujer como jamás había amado. Suplicaba por ella como si su vida se terminase junto a la suya. El lado derecho de su cabeza gobernado por el demonio susurró que si esa joven moría él podría regresar a sus brazos, pero el lado izquierdo gobernado por las fuerzas de los ángeles, le dijeron que eso ya no era posible. Judá amaba a esa moribunda. Ella era una sanadora encomendada en los brazos de Santa Marta. Sólo cabía una actuación. Su lado izquierdo sonrió victorioso.

—Acercarme esa copa. No sé como lo conseguiremos pero deberá tragar todo el brebaje. Tendremos que limpiar su cuerpo de todo veneno —. Judá asintió mientras presionaba su mano en señal de agradecimiento —. No os prometo nada pero lo intentaré.

—Sea.

—Tres dracmas de polvo de mostaza, uno de sal, tres de jengibre, dos almendras tostadas y unos cuantos de mezclas del corazón... —Blanca hablaba mientras unía los polvos en la copa y los mezclaba con vino.

—Lo tenemos.

—Yo se lo daré.

La morisca le entregó la copa. Rápidamente se acercó a la mesa y vació una bolsa de tela. Judá observó como escribía en una piedra

plana pero dejó de prestarle atención ya que su dedicación se centraba en los labios de su prometida. Con cuidado la incorporó y fue mojando sus lengua con pequeñas gotas de la pócima. Blanca había pedido que se lo bebiese al completo y si de él dependía no se perdería ni una gota.

—Regresad a mi. Luchad —. La voz apenas susurraba en el aire. Con ternura y dedicación le ofreció la pócima entre grandes súplicas de regreso. Con el corazón en la boca susurró palabras que jamás había dicho a nadie y lo que jamás había sentido por nadie.

Blanca terminó su amuleto y cuando alzó la vista vio la más triste de las imágenes. Judá acercaba sus labios a los de su prometida balbuceando entristecido. Con fuerza abrió y cerró los ojos intentando no pensar en su propio dolor. Con fuerza de voluntad extrema y el corazón roto, acercó el amuleto a las manos del converso, y se lo entregó.

—Ponédselo en la muñeca —. Dijo señalando las finas cuerdas de cuero —. Es el árbol de la vida, representa la inmortalidad. Romperá el hechizo. No es martes ni jueves pero roguemos al cielo que aún así Santa Marta nos asista. Marte está en confluencia con júpiter y eso es muy bueno.

Judá aceptó la explicación y se lo ató a la muñeca de su amada. En la Kabbalah también se mencionaba al árbol sagrado y sus relación con las fuerzas del universo. Cuando terminó, acarició el rostro amarillento de su prometida pero la voz de su amiga lo hizo girarse. Ella se encontraba de rodillas y en el suelo hablando al cielo con las manos en alto.

—Gloriosa Santa Marta, te ruego, te imploro y suplico por mi protección y la de todas aquellas que siendo almas de bien caen en el error del mal provocado. Santa protectora de las sanadoras concededle a esta tu sierva el bendito poder de la sanación. Santa Marta, vos que amansáis a las fieras, interceded por nosotros y desatar las ligaduras que por las fuerzas del demonio han sido unidas...

Judá miró decidido a la puerta. Nadie debía entrar. Los castigos por brujería eran muchos y horribles pero se multiplicaban por dos si el origen pertenecía a un nuevo cristiano. Y él era uno.

La ciudad aún ardía por las palabras del dominico. La sinagoga usurpada, los cristianos victoriosos y las calles repletas de sangre de quienes ya no regresarían, enturbiaban una Toledo en donde las verdades se escondían tras gruesas paredes de triste realidad.

—Mi dulce, volved pronto... o todos pereceremos...

Y después de la peor de las fiebres y la noche más larga de su vida, ella regresó.

Cuando dormías

El cuerpo agotado de Judá yacía adormecido junto al de su prometida y Blanca secó la que esperó fuese la última de sus lágrimas. Gadea se recuperaría gracias a su ayuda pero no se sentía especialmente orgullosa. Una parte de su yo se odiaba por sentir la envidia corriéndole por las venas. Puede que el Corán estipulase la envidia como pecado leve pero ella se sentía traicionera. Envidiaba a esa que yacía en el lecho con la cabeza de su amor adormecido en el regazo.

«Santa Marta guiadme por los caminos de una buena sanadora y apartad de mi a aquél que ya no me pertenece. Enseñadme a recorrer mis propios caminos...»

—Judá... despertad —. Acarició su negra melena aprovechándose de su última oportunidad.

Maldiciendo por haberse dormido saltó en el sitio pero Blanca sujetó con fuerza su hombro para calmarlo.

—Duerme con serenidad y las fiebres han marchado. No debéis preocuparos. Está débil pero se recuperará —. La respiración agradecida de Judá la hicieron sentirse mejor consigo misma.

—Jamás os podré agradecer lo que habéis hecho por mí —. La voz sonó tan sincera y clara como el más puro de los manantiales. Blanca aceptó el agradecimiento en silencio pero caminando unos pasos sus dudas resultaron ser demasiado intensas.

—¿Por qué ella? —La entereza y soberbia habitual del hombre quedaron aplastadas frente a la franqueza insolente de la sanadora.

Judá hubiese podido decir que el corazón puro de Gadea lo tenía cautivado o que la suavidad de sus curvas lo enloquecían. También pudo decir que su lengua afilada lo excitaba o que sus acciones altruistas lo elevaban pero nada de eso era del todo verdad. Su corazón latía más fuerte cuando ella lo miraba y su cuerpo ardía necesitado cuando ella lo acariciaba, pero ninguna de las razones anteriores significan nada frente al loco deseo de sentirla suya. El amor no nacía en unos ojos más claros, unas curvas más insolentes o una valentía más atrevida. El amor era fruto de un conjunto de ingredientes que separados no significaban nada pero que juntos formaban un todo. Con culpa observó a aquella que bien podría ser la mujer más bella que poseyó alguna vez. Sus bondades eran sobradas y su piel una magnificencia pero jamás lo dominaron, no como su común cristiana.

—Lo siento —. Judá prefirió no contestar. Las verdades muchas veces no deberían contarse —. Aquí es cuando reconozco el daño que os he podido hacer. Blanca la morisca, siempre os pediré perdón y siempre podréis contar conmigo.

La mujer aceptó sus disculpas con los ojos encharcados. Los hombres no siempre amaban en una cama y puede que muchas mujeres tampoco lo hiciesen, pero Blanca lo había hecho y eso la convertía en un corazón roto.

—Me habéis enseñado que sois capaz de querer y me alegro por vos. Siempre fuiste tan egoísta y vengativo que me gusta conoceros un poco más humano. Cuidad que no se quite el amuleto, lo necesitará. La han hechizado y el árbol de la vida la protegerá —. Judá asintió y caballerosamente abrió la puerta.

—¡Pero qué!

Un grupo de cuatro mujeres yacían desparramadas y dormidas en la puerta. Amice fue la primera en reaccionar y colocándose con rapidez el hábito en la cabeza se puso en pie para preguntar veloz.

—¿Puedo entrar? Ella... —No terminó debido al gran nudo que poseía en la garganta.

—Ella vive —dijo un sonriente Judá —. Y es gracias a Blanca la morisca y a vos.

Amice se puso roja como una fresa madura y aceptando el cumplido corrió dentro de la alcoba para ver a su amiga.

—¡Malditas mujeres! ¡Abrid!

El grito encerrado y de voz grave llamó la atención de Judá que arrugó el ceño extrañado.

—¿Esa es la voz de mi hermano? —Preguntó curiosa Blanca.

—¿Vuestro hermano? —Juana, que al igual que las demás terminaba de ponerse en pie y escuchar las buenas nuevas de boca de Judá preguntó mientras no cesaba de mirar con los ojos como platos al resto de sus amigas.

—¿Qué le habéis hecho? —La voz gruesa del converso rebotó en las paredes del pasillo mientras las jóvenes estiraban sus túnicas con aires inocentes —. Juana hablad.

El converso intentó parecer serio pero las buenas nuevas eran demasiado buenas como para borrar su sonrisa del rostro.

—Veréis, después de saber que mi hermana fue envenenada no sabíamos en quien confiar. Vos nos echasteis de la alcoba y entonces lo vimos y pensamos...

—Juana —. Los dientes de Judá se apretaron con fuerza los unos con los otros y la joven tragó saliva lentamente.

—Lo encerramos —. Dijo agachando la cabeza y murmurando casi sin voz.

—¿Qué habéis dicho?

—¡Lo encerramos! —Dijo tapándose la boca al instante con las dos manos de forma arrepentida.

—¿Vosotras habéis encerrado a mi hermano? ¿Azraq el Azul ha sido encerrado por unas muchachitas? —Blanca no daba crédito.

—Lo sentimos —dijo involucrando a las demás en sus declaraciones y que asistieron con fuertes golpes de cabeza. Blanca no salía de su asombro, esas mujeres eran tan altas y tan fuertes como ella, es decir nada, ¿y habían encerrado ellas solas al fiero de Azraq?

—Debéis disculparnos pero es tan grande y con todas esas espadas colgando de su cintura que tuvimos miedo. Pensamos que podría estar implicado y estábamos fuera, porqué nos echaron... —comentó acusadora hacia su futuro cuñado.

—¿Estáis culpándome? —Judá no sabía si ahorcar a su cuñada o lanzar una carcajada por todo lo alto.

—No, no... yo jamás osaría semejante atrevimiento —. Dijo con una humildad tan falsa como sus palabras.

—Blanca la morisca, veo que estáis en mi casa —. Las palabras de Haym, que aparecía por el lugar, no sonaron del todo amables.

—¡Os juro que romperé la puerta y os ahorcaré con mis propias manos! ¡Soltadme si deseáis vivir!

El grito furioso de Azraq retumbaba ante unas puertas que cedían con los duros puños del Azul.

—¿Tenemos un prisionero? —Haym se olvidó de la visita inoportuna y movía la cabeza de un lado y otro buscando una explicación.

El pobre hombre, después de recibir una paliza intentando salvar a su nuera, sólo recordaba despertar en su cama con fuertes dolores de cabeza. Y seguro importantes alucinaciones, pensó al no comprender lo que en sus propio hogar se cocinaba.

Las mujeres alzaron los hombros y entraron rápidamente en la habitación de Gadea esquivando la consecuencias de sus actos.

—Debo rescatar a mi hermano. Si me lo permitís —dijo la hechicera con una ligera y divertida caída de cabeza —. Mañana visitaré a vuestra prometida para comprobar que todo marcha bien.

No fue hasta que se encontraron solos que el padre reclamó al hijo.

—La morisca en mi casa —gruñó entre dientes—si alguien lo supiese lo menos que nos pasaría sería la horca por herejía... Maldita seas Judá. ¡Es que vuestra entrepierna domina la poca razón que os di al nacer!

El joven agotado por los acontecimientos de los últimos días, se apoyó sobre la fría pared y esperó a que su padre descargase todos sus temores.

—No es lo que pensáis... Gadea ha sido envenenada.

—¡Qué! ¿Pero cuándo pensabais decírmelo? ¡En su entierro!

Judá espero que la última serie de insultos acabase para poder explicarse.

—Padre, estabais herido —dijo señalando su brazo vendado —.

Todo ha sucedido muy rápido.

—Ella está...

—Se salvará. Blanca la ha salvado.

Bolsas oscuras en los ojos, barba crecida y desalineada, ropas sucias y un olor a hombre sudado demostraron a su padre la veracidad de los acontecimientos.

—Dios de los cielos, esa muchacha no deja de regalarnos sustos. Es como si el cielo desease su regreso.

—No creo que el cielo participase en los atentados.

Judá habló con rabia y su padre temió por todos. Cuando su hijo pensaba en venganza no era precisamente un alma caritativa. La bondad se albergaba en el fondo de su corazón pero las primeras capas enmascaraban muy bien aquello que sólo su interior poseía.

—La vengaréis...

—No lo dudéis.

Su padre asintió dejando caer los párpados. Puede que no le gustase las muertes innecesarias, él no era hombre de espadas pero su hijo debía limpiar su honor y el de la mujer que amaba y eso estaba por encima de todo. Porque como padre lo tenía muy claro. Judá la amaba.

—Adonay os proteja... —Murmuró con apenas sonido en los labios.

—Señoritas, por favor —. Haym intentó silenciarlas al entrar en la alcoba de Gadea pero la imagen resaltó las arrugas alrededor de sus ojos de forma divertida.

Las mujeres no paraban de parlotear ante una Gadea que, totalmente confundida, no comprendía nada de nada. Sentía la boca pastosa y la cabeza se le partía pero no recordaba haber bebido veneno, ¿por qué lo haría?

Todas hablaban a la vez pero dejó de prestarles atención al ver que él no se encontraba cerca. Judá había marchado seguramente con la preciosa morisca de sedosa cabellera.

—Volverá pronto —. Haym adivinó sus pensamientos.

Juana observó a su hermana y reafirmó sus palabras.

—Sí, ha estado con vos siempre, no se ha movido de vuestro lado. Tendrías que haberlo visto, no dejaba de gritar desesperado, maldecía en alto y decía que no permitiría que lo abandonaseis...

—Intenté que expulsaseis el veneno pero no pude y entonces él fue a por aquella mujer —. Dijo Amice avergonzada e impotente.

Gadea hubiese querido agradecer sus esfuerzos por salvarla pero Juana habló tan rápido que no se lo permitió.

—Parecía un loco —. Dijo su hermana.

—Más bien un demonio —. Dijo Beatriz temblorosa.

—Sí, pero uno muy apuesto —. Aclaró la insolente Juana.

—De eso nada, sólo parecía lo que es. Un hombre enamorado —. María sintió vergüenza por su extenso conocimiento de los hombres pero no fue su rojez la que llamó la atención de todas sino la carcajada de Haym.

—No estoy seguro que mi hijo desease escuchar esto —contestó de lo más divertido—. Vuestras mercedes, creo que deberéis dejar los romances de trovadores para otro momento, Gadea necesita alimentarse, ¿no lo creéis así?

Amice, María y Beatriz salieron presurosas hacia la cocina y Juana se acercó para presionar la mano de Gadea entre la suya.

—Me habéis asustado.

Aceptó el abrazo de su hermana y besó la coronilla de su cabeza mirando dulcemente a Haym. Este aceptó su cariñosa mirada y agradeció al cielo por tenerla en su hogar. Ella era exactamente lo que Judá necesitaba para vivir su propia vida.

Los tiempos corrían demasiado rápido y la supervivencia representaba un mal necesario. Su pueblo, huido o convertido, ya apenas se reconocía en una Toledo cada día más cristiana. Los árabes del Al- Ándalus se debilitaban y perdían ciudades económicamente importantes para el reino. El imperio cristiano se expandía y la lucha dejaba de poseer sentido para un hombre con demasiados dolores en los huesos. Puede que en el pasado alzase las manos con la Torah en los labios pero todo aquello había cambiado. El creador los abandonaba a todos por igual. Las armas se teñían de muerte bajo todos los estandartes y la justicia divina ejecutaba sus dictámenes sin importar si los rezos se proclamaban en mezquitas, iglesias o sinagogas. Ya no buscaba los cielos en la otra vida sino la paz en esta. Ilusionado con las esperanzas que Gadea representaba en su familia quiso agradecerle seguir viva pero la joven yacía ahora tiernamente dormida.

—Descansad, porque bien sabe Dios el trabajo que junto a mi hijo os espera.

Justicia injustificada

La puerta se abrió de par en par golpeando contra las gruesas paredes y Cinfaa tembló ante el destino que le esperaba. La figura que tenía delante distanciaba mucho de la que sus sueños de joven princesa albergaban al recordarlo. El diablo encarnado brillaba con el fuego de su propia ira. Los puños cerrados marcaban sed de venganza y la piel tensa destilaba odio por cada uno de los poros. Tiritando, pero no de frío, se lanzó al suelo boca abajo cual penitente suplicando clemencia.

—¡Perdonadme! Os lo ruego. Jamás he intentando haceros daño.

La mujer lloraba a grito pelado y la rabia inflamaban aún más las venas del converso. Con la mirada ensangrentada por la furia estrechó la vista para ver en la oscuridad la figura de su primo que se acercaba con lenta precaución.

—¿Qué hacéis aquí?

—Lleva dos días encerrada. Necesitaba beber —. Dijo deteniéndose a unos cuantos pasos de distancia. Beltrán no era tan estúpido como para atreverse a más.

—Mi señor, debéis creerme, yo jamás os lastimaría —. Cinfaa se arrastraba cual gusano en tierra húmeda. Alegando al amor en común suplicó compasión pero él la alejó con un puntapié de su bota.

Los sollozos de la criada aumentaron suplicando clemencia. Lo amaba y haría cualquier cosa por él. Judá era la fuerza y protección que una muchacha como ella necesitaba. ¿Cómo podría una joven solitaria salir adelante? Sin familia, las criadas solían ser tomadas por sus señores la cantidad de veces que ellos las deseasen. Muchas cargaban con hijos bastardos que debían abandonar presas de la pobreza y la vergüenza, mientras que otras, golpeadas hasta la muerte, abandonaban este mundo por una simple copa derramada o una prenda estropeada, como le ocurrió a Ana de Sigüenza, la criada de uno de los hijos de Padilla, que se despertó con una espada atravesando su crecido vientre, ante los celos alocados de la señora.

Con los De la Cruz la vida era mil veces mejor que en cualquier otro sitio. El señor jamás la obligó a nada más que limpiar, y Judá, tan apuesto como protector, representaba el sueño a conseguir por cualquier muchacha. Lo amaba y formar parte de su lecho la convertía en una señora. Por los menos en sus delirantes sueños.

—Perdonadme, os lo suplico. Permitidme demostraros cuanto os amo. Siempre os he sido fiel. Mi vida daría por nosotros.

—Levantaos —. Judá tuvo que hacer un auténtico acople de paciencia para no degollar a la mujer. La odiaba.

Había intentado matar a Gadea y él mismo fue tan estúpido de

darle el veneno sin percibir el engaño de tan ruin bruja. La rabia del intento de asesinato se mezclaban con su hombría pisoteada y aquello lo enfurecía tres veces más.

La muchacha, aunque temblando, lentamente se alzó del suelo intentando acariciarlo pero la mano de Judá la detuvo presionándole la muñeca hasta el dolor.

—No os atreváis a acercaros a mi si no deseáis un cuchillo clavado en vuestro pecho —dijo con mortal frialdad—. Confesad la verdad y morid con al menos un acto de dignidad.

—Yo jamás os dañaría —. Dijo cubriéndose el rostro entre las manos —. Os amo... siempre os amé.

Las palabras de la muchacha se perdían en un corazón que no la escuchaba.

—¡Desgraciada! ¡No es a mí a quien ofrecisteis el veneno! ¡Buscabais su muerte! Os lo advertí, os dije que os alejarais de ella pero aún así decidisteis hacerlo. Me tomasteis como un imbécil. ¿Me creíais tan estúpido como para no reconocer vuestra sucias manos?

—Mi señor, yo sólo intentaba que no os matasen. Fui una estúpida. Sé que la necesitáis para convertiros en un noble. Ahora lo veo claro. Por favor Judá, por el amor que me habéis tenido.

Negando con la cabeza creyó que el cuerpo le estallaría enfurecido. ¿Aquella mujer lo creía enamorado de ella? ¿Pensaba que lo manejaría a su antojo por abrirse de piernas?

—¿Amor? ¿Habláis de amor cuando vuestras manos aún huelen a veneno? —La sonrisa de demonio se dibujó en su rostro. Las caricias de una mujer dispuesta no lo endulzaban.

Su mundo se tiñó de sangre cuando apenas poseía un año. Todos aquellos que amó se desangraron en Lléida. Con hambre en las tripas y llagas en los pies ayudó a su padre a ser quien hoy era. Sus manos se endurecieron a la vez que su corazón y su razón se esclareció más que la de la mayoría: Traducía para la Escuela de Traductores, poseía habilidad en el comercio de las telas, maestro con los números y rápido con la espada, pero principalmente era imperturbable ante los llantos.

—Sí, hablo de amor porque eso es lo que siento por vos. Daría mi vida si con ello salvase la vuestra.

Judá arrojó de una patada la única silla medio rota que existía en el cobertizo y chilló con furia. Vivió mentiras, se ocultó de los enemigos y ahora aquella tonta criada, ¿apelaba al amor?

Molesto porque lo creyese tan débil arrojó la copa y la jarra de la mesa por los aires. Gadea, ella sí lo debilitaba. Por su prometida renunciaría, amaría e incluso suplicaría pero no era algo que reconocería en voz alta ante nadie.

—¡Ya basta! Gadea no desea mi muerte. ¡No me salvasteis de

nada! ¡Dejad de mentir! Ella es inocente de vuestras injurias. Sois vos la única asesina en esta casa y seréis castigada por ello.

Beltrán aunque tenso prefirió escuchar sin intervenir. Cuando a su primo lo dominaban los demonios nadie lo traía del infierno sin sufrir las consecuencias.

—No es de ella de quien hablo —. Intentó acercarse pero la tensión en los músculos de Judá le advirtieron que no sería buena idea —. Malamuerte me prometió oportunidades si lo ayudaba a conseguir a vuestra prometida.

—El ataque de las caballerizas... ¿Habéis sido vos? ¡Vos lo ayudasteis!

Judá presionó con fuerza su puñal deseando clavárselo pero esperó a que ella terminase. Primero se encargaría de saber toda la verdad y luego la degollaría. De lado a lado y de un único corte limpio.

—Él me dijo que si lo ayudaba vos estarías a salvo —dijo intentando justificarse.

—Mentís —las palabras de Beltrán se oyeron alto y claro y Judá lo observó interesado —. Malamuerte ya no pertenece a este mundo, ¿o es que recibís órdenes de los muertos? —La cicatriz de la frente se le arrugó maliciosamente preocupado.

—¡No! Al principio fue Malamuerte pero luego comencé a recibir directrices de otra persona.

—Sólo desea haceros quedar nuevamente como un idiota —. Beltrán contestó girándose hacia una esquina.

Judá sentía su orgullo arrebatado pero algo en su interior decía que la criada no mentía.

—¡Hablad! Pero os lo advierto, si mentís yo mismo os arrancaré la lengua y se la daré de comer a las ratas.

—Cuando matasteis a Malamuerte —Cinfaa se apresuró a relatar— me arrepentí de mis actos y pedí perdón al creador por mis errores.

—Primo... —dijo un Beltrán incrédulo.

—Cinfaa os lo advierto —replicó Judá.

—A los pocos días de muerto el cura alguien me trajo un mensaje.

—¿Quién?

—Un niño.

—¡Quién! —Esta vez la pregunta de Judá sonó amenazante y la muchacha se atragantó antes de contestar.

—No lo conozco, sólo sé que es un niño de esos de la calle que hace recados para las prostitutas a cambio de monedas.

—Continuad —. Sentenció con voz grave y el puño aferrando la empuñadura de su estoque.

—Él dijo que pronto me darían instrucciones pero que si no les obedecía vos morirías en lugar de la joven.

—¿Gadea en lugar de Judá? Eso no tiene sentido —. Beltrán negaba con la cabeza.

—No, no lo tiene.

Cinfaa al ver el descreimiento de los hombres tuvo miedo por su vida por lo que gritó desesperada.

—Os lo juro, no sé porqué, pero el niño me dijo donde debía buscar el veneno. Ellos lo escondieron en una de las cestas de la cocina. Os lo prometo.

—¿Quiénes son ellos? —Preguntó Judá curioso —. ¿Cómo sabéis que son más de uno?

—El niño dijo que sus jefes le pagarían bien si la mujer moría. Os lo juro por el amor que os tengo.

Judá la vio llorar y pensó en utilizar su poder sobre la mujer para intentar conseguir más.

—Os creo —. Con lentitud se acercó y acarició su rostro secando las lágrimas con la aspereza de su mano —. Cinfaa necesito que me lo contéis todo. No puede existir detalle que yo no sepa o bien sabe Dios qué podrían hacerme.

—No, no, yo siempre os he amado y juro qué no sé más. Ese niño me decía como y dónde pero nunca me dijo nombres y aunque...

—¿Aunque qué? —Preguntó con la suavidad de los enamorados y ella se sintió el centro de su mundo nuevamente.

—Él comía un trozo de pan y cuando me vio lo guardó en una bolsa de tela. Una de esas de lanas caras como las de los grandes señores.

—Podría ser de quien reciba las órdenes. Podría habérsela robado... ¿Algo más mi querida Cinfaa?

La inocente criada lo miró entusiasmada y habló sin pensar.

—Era de color púrpura, eso me llamó la atención.

—Un representante de la iglesia...

—El niño me buscará esta noche para comprobar que la cristiana ha muerto, yo podría esperarlo y confirmarle que esa mujer ya no pertenece a este mundo... —Judá no continuó escuchando. Si ese niño aparecía no sería a Cinfaa a quien se encontrase —. Sabía que me perdonarías, esa desgraciada no significaba nada en vuestra vida. Ambos podremos continuar con nuestros planes y nuestro amor... ahora que se ha ido.

El converso miró a la criada sin comprender sus palabras.

—¿Pensáis que ella está muerta?

—El veneno era muy potente, me dijo que no sobreviviría a la primera noche. Al venir a mí yo creí...

—Siento defraudaros. Gadea Ayala, vive.

Judá volvió a mostrar su verdadero rostro frío e indiferente y Cinfaa se sintió morir. Esas caricias, esa dulzura del último minuto no fueron sino para que confesase hasta el último detalle. El muy ingrato sólo buscaba la seguridad de esa puta cristiana.

Odiándolo con la misma intensidad con la que creyó amarlo sujetó el cuchillo que estaba junto al plato de comida. Se dirigió hacia Judá, que en ese momento le daba la espalda para marcharse, y con toda la fuerza de una mujer dispuesta a matar a quien siempre la había utilizado, gritó furiosa. Beltrán se lanzó sobre ella y doblándole la mano le apuntó al cuello. Estaba por hundírselo en las femeninas carnes cuando el grito de una mujer desde la puerta, lo detuvo.

Judá se giró hacia atrás para descubrir que Beltrán estaba a punto de rebanarle el pescuezo a la criada, y que Gadea, cubierta apenas con una bata, ordenaba desde la puerta que no lo hiciese.

—¡Primo!—Gruñó Beltrán esperando se le ordenase matar a la traicionera que intentó asesinarlo por la espalda.

—No lo hagáis. Esta pobre mujer no es más que una victima de su circunstancia. Es inocente —. Gadea hablaba presurosa como si el tiempo se acabase y la sentencia fuese en firme.

—¿Inocente? Ha intentando mataros a vos y a él. Morir degollada es una pena demasiado leve para alguien como ella —. Vociferó Beltrán presionándole el cuchillo.

—¡No! Judá por favor hacedlo por mí, os lo ruego —. Dijo acercándose a su prometido y acariciando su torso por encima de las telas —. No es más que una pobre mujer víctima de unos celos inconscientes.

—¿Cuántas cosas más deberé hacer por vos? ¿Cuántos que no merecen vuestra mirada deberé perdonar para haceros feliz? —Judá estaba demasiado contento por tenerla viva como para negarle nada.

Con dulzura la envolvió en sus brazos sintiendo el calor de la vida en su cuerpo y respiró el aroma tan suyo. Si ella supiese que la noche anterior le rezó al propio Dios de los cristianos para que se la devolviese. Si supiese que lloró como un niño al sentir que podía perderla.

—Seguiréis viva porque mi mujer así lo dispone. Viviréis pero abandonaréis esta casa ahora mismo. No os cruzaréis en nuestros caminos o prometo firmemente que os mataré.

—Si me abandonáis a mi suerte estaré perdida. No tengo familia y no seré más que una vagabunda obligada a fornicar por comida.

—Por mi como si os lo hacéis con un burro. Ahora marcharos de aquí. Beltrán, acompañadla hasta la puerta.

El primo asintió y empujó del codo a una Cinfaa que totalmente desquiciada, gritaba insultos a la par que frases de amor desesperadas.

Gadea se aferró a su bata sabiendo el futuro que a la pobre muchacha le esperaba pero no podía hacer mucho más. La joven había escrito su destino y ahora sólo le restaba afrontar las penurias que el propio Dios le impusiese.

—Deberías estar descansando en vuestro lecho y no salvando la vida de mujeres desgraciadas.

Aunque quisiese regañarla no hacía más que protegerla del frío entre sus brazos.

—No podía permitir que la ahorcasen por mi culpa. Os arrebaté de sus brazos y robé vuestro cariño.

—¿Pensáis que cariño es lo que siento por vos?

—Yo quisiera... —no pudo explicarse— ¿Judá, podríais llevarme a la cama?

—Es algo que deseo profundamente pero no creo que podamos... ¡Gadea!

La joven se tambaleó debilitada por el esfuerzo mientras el converso la alzó en brazos transportándola urgentemente a su lecho.

—Lamento desilusionarnos pero me gustaría dormir... sola —. Las palabras débiles y divertidas de Gadea demostraron que había comprendido sus anteriores insinuaciones.

Sonrió ante la caricia de su mano y con el mayor de los cuidados la depositó en su cama para besarle la frente y murmurar sobre su piel.

—Descansad, nadie os hará daño. No mientras yo viva.

Gadea se adormeció conforme con el dulce beso y con haber despertado a tiempo de salvar a una pobre mujer culpable únicamente de amar a quien no le correspondía.

Después de un rato muy largo, el grupo de mujeres que entraba con fuentes cargadas de queso, vino, pan, frutas y caldo hicieron silencio inmediato frente al gesto del hombre que las empujaba hacia el pasillo y cerraba la puerta tras de sí.

—Vuestra hermana y amiga debe descansar. Será mejor que también descanséis vosotras. Gadea os necesitará cuando despierte.

—A decir verdad debo regresar al convento —. Dijo Amice.

—Y yo con mi marido —. Dijo algo apesadumbrada Beatriz.

—Y yo al horno porqué... —María no terminó de hablar cuando fue interrumpida por un hombre que la acusaba en la distancia.

—Odiosa mujer, llevo días asumiendo las tareas de ese endemoniado horno. Tengo las manos quemadas por vuestra culpa. ¡Jurasteis estar enferma!

—Será mejor que me vaya —. Las palabras de María dejaban estela por el pasillo mientras corría.

—¡Deteneros mentirosa! —Beltrán la perseguía con paso

acelerado.

—Nosotras también marchamos —. Dijo una presurosa Juana al ver a Gonzalo acercarse.

Negando desear saber nada, Judá cerró la puerta y se recostó junto a su prometida. No estaban casados y ello podría representar un pecado mortal pero las leyes cristianas poco le importaban, la necesitaba cerca y escuchar su respiración tranquilizaba sus sueños.

Pecados de la carne

El caballo atado a la carreta esperaba la orden de salida. El cofre, con costosos hábitos de la más pura lana se aferraba con fuertes cuerdas en la parte trasera del vehículo. La ciudad despertaba ante el ardiente sol de Toledo que, iluminando los verdes valles del arrabal, daba comienzo a un nuevo día.

La calma después de la tempestad decían algunos y bien llevaban razón. Desde la cima de sus cuestas, Toledo olvidaba días de odio sembrados por la cruz ardiente de la conversión. Las mujeres bajaban al río a lavar sus desgastadas telas mientras los tenderos organizaban sus bolsas de trigo en la Plaza del Zoco. Un niño, que apenas alzaba del suelo, ofrecía agua del pozo a los transeúntes por unas pocas monedas, y los labradores de espaldas encorvadas, marchaban hacia los campos listos para recolectar.

Ferrer continuó la prédica camino a Valencia y el arzobispo se alegró de su marcha. Si bien el dominico no representaba ningún peligro para sus inmaculados planes, la realidad fue que las estrechas calles de Toledo ardieron durante días. Las conversiones masivas ofrecían consuelo al altísimo pero representaban perdidas muy dolorosas para las arcas de su parroquia.

Con mirada controladora estudió nuevamente la magnificencia de la capilla mayor y sintiéndose orgulloso de ser el poseedor de la Primada, catedral más importante de Castilla, caminó feliz. Con paso lento salió por la Puerta Llana acompañado del clérigo de su mayor confianza y quien estaba seguro que cumpliría sus planes sin rechistar.

—No debéis preocuparos su Excelentísimo —Dijo el sacerdote adivinando los pensamientos del arzobispo —. Podéis marchar a Roma en absoluta tranquilidad.

—Comprobad que nuestros ingresos por rentas no disminuyan —. Dijo afligido al saber que muchos de los judíos ocupantes de comercios decidieron abandonar Toledo ante las prédicas del convertidor.

—Me encargaré de todo. Conseguiré que las bajas no dañen los intereses de nuestra Santísima Iglesia.

—Mantened un ojo vigía en el converso. Gestiona los préstamos de los comerciantes del cuero y sin el cobro de esos maravedíes jamás terminaremos las obras de nuestra preciosa Primada. Tratadlo con cuidado. Es un bellaco inteligente. No puede relacionarnos con el accidente de esa mujer. Él muy idiota se cree a un paso de ser miembro de la cámara de los nobles pero eso no sucederá jamás. Demasiado es soportar al puerco de su padre caminando altivo junto al regidor como para ver a su joven marrano pavoneándose por los pasillos reales.

—Sea.

—Con respecto a ese grupo de mujeres creo que deberíamos...

—Su Excelentísimo, no os preocupéis por nada, tengo planes para ellas. Es nuestro deber mantenerlas en su sitio. Mujeres trabajando como un igual… Ni el propio Dios podría permitir semejante atrevimiento.

El arzobispo asintió conforme con las palabras de su reemplazo mientras aceptaba el beso sobre su inmenso anillo de oro y piedras preciosas.

—Viajad bajo la protección del Altísimo y ofrecer mis respetos a Su Santidad. Que Dios y la virgen guíen vuestros pasos.

El coche marchó rumbo a las termas romanas pero no fue hasta que se perdió de vista cuando el clérigo sonrió con la frialdad de quien se haya con el poder absoluto de una gran ciudad.

—¡Sancho!

Un hombre de no más de la treintena con una joroba pronunciada y la mano izquierda pequeñita como la de un bebé, apareció con un paso tan rápido como su condición le permitía.

—¿Reverendo, me habéis llamado?

—Sí. ¿Habéis conseguido colaros en la casa como os pedí?

El ayudante tragó temiendo el castigo que se le podría venir encima por lo que prefiero enmascarar su ineptitud con un discurso de tragedias varias.

—Reverendo, conseguí llegar hasta la puerta y a pesar de mis desventajas —dijo alzando su pequeña mano—logré pasar la inmensa puerta pero en el patio de armas me encontré con unos caballeros. Intentando esconderme para no ser visto pisé una suciedad. Imagino que mierda de esos puercos conversos. Fue en ese momento que una dama parlanchina apareció delante de mí. Con el temor en el cuerpo por no defraudarlo, y fruto de la porquería en mis botas, caí al suelo. Y aunque mi desgracia se trocó en mi dicha para no ser visto, fue entonces cuando...

El Reverendo comenzó a alzar una vara de madera que nunca lo abandonaba cuando una voz grave lo hizo girar la cabeza hacia atrás.

—Ella sigue viva.

Con recelo miró al hombre de caras vestimentas y prominente cicatriz en el rostro mientras el jorobado aprovechaba la distracción para escapar.

—Vos sois... —intentó preguntar antes de ser interrumpido.

—Entremos a la Primada, necesitamos un lugar discreto en el que hablar.

El cura asintió mientras caminó junto al caballero rumbo a la capilla mayor en absoluto silencio.

—¿Cómo sabéis que aún vive? —Preguntó una vez que se supo protegido por la seguridad de las gruesas columnas.

—Tengo mis informantes.

—¿Y vuestros informantes os han dicho algo más? —El compañero de maldades dudó antes de contestar por lo que se vio en la necesidad de esclarecer su posición —. Su Excelentísimo ha dejado instrucciones para continuar con su labor. Ahora estoy al mando, podéis confiar en mi.

El de la cicatriz se rascó el rostro antes de confesar.

—La criada ha hablado. Es cuestión de tiempo que el converso consiga dar con el niño.

—Me encargaré de él —. El sacerdote alzó la mano haciendo girar el dedo en el aire como si ese asunto no requiriese mayor preocupación.

—No creo que conozcáis al converso pero...

Un niño de pantalones tan rotos como su camisa, y tan sucio como un chiquero, entró corriendo perseguido muy de cerca por los torpes pasos del jorobado.

—Lo siento reverendísimo. Esta sabandija se me ha escapado — comentó el deforme mientras lo apresaba de una oreja y tiraba de él hacia arriba.

—Quiero mi dinero. ¡Me lo prometisteis!

El sacerdote sonrió y al niño se le helaron los huesos y no de frío. Esa sonrisa era de todo menos amigable.

—Sancho, soltadle. Vos debéis ser el pequeño Fortún —dijo con voz lenta y acariciando su sucio rostro. El jovencito respondió con un simple movimiento de cabeza pero sin emitir palabra —. Tomad — comentó al darle una bolsita de tela con monedas.

—Señor, esto es más... —respondió al mover la bolsa y sentir el golpeteo de dos maravedís.

—Id con la virgen y no pequéis.

El pequeño Fortún quebró la cintura hasta el punto de casi chocar la barbilla con su propias rodillas y huyó corriendo por la puerta.

—Con respecto al converso... —. Dijo el de la cicatriz intentando olvidar la escena del niño.

—Hemos terminado —. El cura, con grandes aires de grandeza, dio por finalizada la reunión.

—¿Ocupado? —El compañero frunció la frente resaltando aún más su cicatriz.

—Me esperan...

—Comprendo —. El caballero, con un golpe de cintura demasiado exagerado y algo atrevido, se marchó no muy feliz.

—Sancho. Preparad mi carro.

—Por supuesto Reverendo —. Dijo cual fiel servidor —. ¿Dónde siempre? —El lisiado esperó el simple movimiento de cabeza para saber que una gran tarde les esperaba. La mitad de Toledo y la otra mitad también, eran ampliamente conocedoras de las profundas aficiones del cura.

A trote moderado encaminaron hacia el oeste. Dejando atrás el convento y la iglesia de San Idelfonso y alcanzando la puerta del Cambrón, bordearon la muralla. Del lado del arrabal sólo existían los campos de cultivo y alguna que otra vivienda perdida.

Fuera de las murallas sólo se encontraban gentes comunes de mala vida. Juegos ilícitos, apuestas prohibidas y mujeres pagadas eran sitios habituales de aquellos que se persignaban por las mañanas pero encontraban en la clandestinidad de la luna la satisfacción de sus deseos.

Un grupo de casitas pintadas de un inmaculado blanco y unidas entre ellas daban cobijo a un verdadero lupanar. Un golpe seco de la vara del sacerdote sobre la puerta y una señora rolliza apareció sonriente ante el acaudalado cliente. Con premura se acomodó el escote más allá de la decencia y le sonrió mostrando la falta de tres de sus dientes.

—Reverendo, un placer como siempre.

El hombre extendió rápidamente la mano para que le besase el anillo que había tomado prestado accidentalmente.

—¿Imagino que no es a mi ni a una de mis chicas a quien esperáis ver? —La indiscreción no hizo más que disgustar al sacerdote. La mujer conocedora de su clientela calló al instante señalándole la entrada a la habitación del fondo.

—Sancho, para vos.

—Reverendísimo —. El cura arrojó una moneda y como un perro ante un hueso sonrió agradecido. Con impaciencia se agachó y con la mano buena recogió la moneda. El pago significaba unas cuantas horas de placer que no conseguiría sin dinero. Si cerraba los ojos hasta podría imaginar las caricias de Jimena como dulces demostraciones de amor.

Para el pueblo cristiano las deformidades representaban pecados que debían ser absueltos, y si el mismísimo padre creador lo castigaba con el peso de sus achaques, que no harían el resto de los humanos.

De pequeño Sancho fue abandonado y repudiado. Obligado a suplicar, robar y sufrir, nadie le ofreció ni cariño ni caridad. Una mañana fría en Arévalo, el sacerdote lo encontró en la calle y lo acogió bajo su protección. No podía decirse que le debiese mucho más que un techo y algo de comida pero por esos tiempos esos detalles diferenciaban muy bien a los vivos de los muertos.

Con premura se dejó guiar por la dueña hacia el lecho de la espectacular Jimena. Demasiado delgada, con tetas caídas y rostro con marcas de viruela pero mujer suficiente para satisfacer las necesidades de un pobre jorobado.

Confundido, el cura entró en la alcoba. Aquello no estaba bien pero su cuerpo se lo pedía.

—Creí que vuestra merced ya no vendría...

—Arrodillaros —Ordenó con la voz espesa deseoso de comenzar—. Meteros bajo mi túnica.

El joven de piel tan morena y brillante como el carbón más oscuro, aceptó las órdenes pero no sin antes quitarse lentamente la camisa dejando a la vista su torso medianamente peludo.

El cura se lamió los labios y por propia inercia se alzó la túnica previendo los placeres que aquella joven boca le prodigaría. El muchacho se arrodilló y caminó en cuatro patas hasta alcanzar sus piernas y se introdujo bajo las telas que se alzaban cada vez más alto en manos del sacerdote.

—Dios... —murmuró entre dientes al sentir la barba incipiente del joven acercarse a su erección endurecida por el deseo.

La boca de su amante lo lamió desde el nacimiento hasta la punta una y otra vez hasta hacerlo temblar. El sacerdote llevaba un mes visitándole y él sabía perfectamente las atenciones que lo excitaban. A mayor fuese el placer ofrecido más pesadas eran las monedas que su bolsa pagaba.

Sonriente al sentir la tirantez en los testículos del hombre lo aprisionó entre una de sus manos con toda la fuerza de la que fue capaz mientras lo engullía al completo.

—Sí, así —balbuceó el sacerdote dejando caer la túnica presa de un deseo del que ya no era dueño.

El muchacho sintió como las telas lo cubrían como un manto pero continuó con su labor sin inmutarse. Chupó y lamió cada rincón de aquél hombre.

—Más fuerte, más fuerte... —Reclamó tembloroso pero el amante no obedeció sino que por el contrario se salió de entre sus piernas y se puso en pie causando una incomprensible sorpresa en el cliente.

—No os preocupéis su señoría, os haré volar.

El joven le desanudó la cuerda de la cintura y tiró de sus telas hasta quedar desnudo y mostrando su erección elevada cual mástil pirata. Con lentitud lo llevó hacia el lecho y lo tumbó boca arriba. Actuó con lentitud. Conocía el carácter autoritario del cura y no deseaba enfadarlo, después de todo era uno de sus mejores clientes. Cual serpiente enroscada tras su presa se quitó los calzones y rectó

sobre el cuerpo del hombre que temblaba con cada uno de sus roces.

—Os gustará —. Dijo al subir por su cuerpo ofreciéndole pequeños besos por la cara interna de la pierna hasta alcanzar sus testículos y engullirlos en su boca de uno en uno.

—Sí —. El sacerdote se sujetó a las sábanas mientras se estiraba para ofrecerle mayor acceso a sus partes.

El joven atendió nuevamente su virilidad con la boca pero lo mantuvo al límite. Cuando notó unas gotas de líquido alcanzar la apertura de su cima se sentó y acercó su propio pene a los labios del sacerdote para ser comido.

—Abrid la boca. Chupadme —. El cura poseído por el deseo cumplió sus órdenes sin pensar. Lo introdujo al completo y lamió como un poseso.

El joven experto en las artes amatorias estiró su cuerpo por encima y comenzó a chupar a su cliente mientras este se lo consumía a él. Ambos hombres se lamieron y mordisquearon hasta el dolor cuando el sacerdote previo grito llenó la boca del joven con su semen. Controlador perfecto de su cuerpo, el joven se movió sobre el rostro del cliente al que bañó al completo en su rostro.

El sacerdote respiró agitado por unos cuantos minutos sorprendido de lo que acababa de suceder. Se había dejado ir por el placer muchas veces pero ninguna como esta. Jamás había sentido el cuerpo desnudo de otro hombre sobre el suyo y mucho menos uno que le calentase la sangre tanto como aquél. Llevaba un tiempo visitándole y aunque intentaba contenerse le resultaba imposible. Mil veces fue la que se prometió no volver al sexo sodomita y miles de veces sus caídas se repitieron incontenidas. Desorientado intentó ponerse en pie pero el muchacho lo retuvo con su mano en el pecho y aunque no hizo presión alguna él no se movió.

—Aún no hemos acabado —. Dijo lamiéndose los labios con los restos de pasión del sacerdote bañándole los labios.

Con determinación lo hizo girar en el lecho y comenzó a acariciar sus nalgas con una mano mientras con la otra atendía una virilidad que volvía a despertar ante las caricias del muchacho. Acarició su espalda y bajó por sus nalgas. Un dedo lo penetró con dureza y sin compasión y el sacerdote ya no fue capaz de pensar. Se dejó dominar mientras mordiendo las sábanas aceptaba a un hombre que lo penetraba sin piedad.

La pasión lo obnubilo olvidándose del sentido y las eternas responsabilidades. Y no es que fuesen muchas, después de todo nunca fue más que el segundón de casi todo. Siempre fue un reemplazo, reemplazo del arzobispo, reemplazo en un hogar en donde el tercer hijo poco significaba, reemplazo del que todos siempre se olvidaban. Uno del que sus padres apenas si recordaban el nombre y que miraban

de reojo como si supiesen lo que sus deseos ocultos escondían.

El joven vigoroso lo poseía por la espalda y las mezclas de horror ante el pecado se mezclaban con la inmensa satisfacción de ser poseído. Muchas mujeres resultaron victimas de sus deseos pero ninguna tenía la potencia de un hombre, ni la fuerza de un hombre, ni ese olor típico de un hombre. Mujer se escribía con el artículo “la” y desde joven su cuerpo se excitó hasta la locura por el artículo “el”.

Con los huesos derretidos por el placer subió al carruaje. El cuerpo sudaba satisfacción pero la consciencia cargaba repleta de reproches. Con la turbación del culpable miró por la ventana y se acarició las cicatrices de la pierna comprendiendo lo que en la soledad de su cuarto le esperaba. El alma oraría por el perdón y el cuerpo expiaría sus culpas bajo las púas del afilado cilicio.

—Sancho.

—Reverendo...

—Deshaceros del niño.

El jorobado, aún en las nubes gracias a las dulces atenciones de Jimena, tardó en comprender la orden. Apenado pero obediente asintió. El sacerdote, aunque apenas era unos años mayor, representaba lo más cercano a un padre y jamás lo defraudaría. A paso lento y aletargando su destino, marchó obediente rumbo a la taberna de la Malaguita.

Silencio de amor

Pisando el suelo como si de plumas se tratase, Judá la observó descansar antes de cerrar la puerta tras de si. La noche estaba al caer y aún tenía un importante problema que resolver. Encontraría al culpable de envenenarla y lo mataría lentamente.

—De la Cruz... —La voz del indeseable lo hizo detenerse en la oscuridad del pasillo.

—Creí ser claro cuando os eché de mi casa —. Se giró para enfocarlo a los ojos.

La voz grave y profunda de Judá helaría hasta al más muerto si no fuese porque apenas elevó el tono. No deseaba que ella escuchase la discusión. Si por él fuese ella jamás descubriría que su primer amor continuaba con vida y tan cerca.

—Quiero verla —. El caballero de rizos dorados y de un azul demasiado claro en la mirada exigió seguro —. No tenéis derechos sobre ella.

La mirada del converso enardeció como los leños en una fría mañana de invierno pero su voz se mantuvo en un tono peligrosamente discreto.

—Marchaos —. Caminó lento hasta casi rozar sus torsos y susurrarle rostro contra rostro —. Nada de lo que dejasteis os espera.

—Sabéis más de lo que creí. Decid converso. ¿Eso no os importa? ¿Sois tan poco hombre que aceptáis los deshechos del amor por otro?

—Bastardo hijo de puta, sus sentimientos no son deshechos —. Las palabras volaron tan rápido como el puñal hacia su garganta. Temblando por la contención Judá apretó el cuchillo por encima de la nuez del caballero dejándole marca. Con dientes cerrados murmuró furioso —. Retirad lo que habéis dicho u os juro que la muerte que no alcanzasteis en las batallas os la otorgaré en este instante.

—Mi señor... por favor... disculpad a mi hermano. Los años de lucha lo han hecho perder los modales —. Beatriz que llegaba corriendo con la respiración entrecortada y un sobre lacado en las manos intentaba salvar la vida de su hermano.

La presencia de la dulce amiga de Gadea lo obligó a soltar el amarre de aquel desgraciado.

—Ella no os pertenece.

El caballero era tan insensato como impertinente. Continuó amenazando como si su hermana no acabase de salvarle la vida y Judá lo observó pensando si sería demasiado estúpido o desesperadamente listo.

—No os ama, no os desea. Jamás seréis un igual.

Judá volvió a alzar el puñal, esta vez con la intención de

adentrárselo en el centro del corazón, pero Beatriz lo detuvo presurosa.

—Julián, padre os envía una nota. Problemas acontecen en Ávila y debéis marchar cuanto antes. Por favor Julián... —Rogó con desespero.

—No —. Contestó con la mirada fija en el demonio judío que no le quitaba los ojos de encima.

—¡Padre os lo ordena! —Dijo la muchacha desesperada por salvarle la vida. Conocía el sentimiento de posesión que el converso sentía por su amiga y no deseaba presenciar la muerte de su único hermano.

El caballero pareció despertar de su furia y comprender que aquella discusión no solucionaría nada. Las estrategias que lo harían vencedor viajaban por otros derroteros.

—Volveremos a vernos —. Dijo con la superioridad entregada por la nobleza de sangre. Estrujó el papel entre los dedos y se giró.

—Vuestra merced terminará tan seco como sus bolsillos —. Amenazó el converso.

—¡Qué estáis insinuando!

—Digo que si volvéis a pisar mi casa o intentáis acercaros a ella, la inocencia de vuestra hermana no os salvará una segunda vez del filo de mi espada.

—Julián por favor... padre os necesita —. Suplicó sujetándole el brazo.

—Mi espada no merece ensuciarse con alguien como vos —. Respondió antes de marchar pero sin provocar ni el más mínimo enfado en el espíritu de Judá. Muchos habían sido los insultos recibidos a lo largo de su vida como para enfurecerle cuatro vulgaridades escasas de originalidad. Podría degollarlo allí mismo pero ella no sería feliz y la felicidad de Gadea era lo único importante. Eso y no perderla ante un antiguo y estúpido amor. Cuando el caballero hubo marchado Beatriz se disculpó.

—Acaba de llegar y aún no se halla con la situación que... ha encontrado.

Judá no la escuchaba. Analizaba. ¿Cuánto amor por aquél hombre continuaba aún vivo en el corazón de Gadea? ¿Aún lo deseaba? «¡No!» Se dijo furioso.

Puede que la niña enamorada le perteneciese al ricitos pero él la convirtió en mujer y no la perdería. Nadie le arrebataría lo único conseguido en su triste existencia. Sus sentimientos hacia las mujeres eran demasiado selectivos como para perderlos sin luchar.

—¿Puedo verla? —Beatriz consultó sin saber el torbellino oscuro que recorría la mente del joven. Al ver que Judá no contestaba quiso sujetar el agarre de la puerta para entrar pero fue detenida por

una mano dura que se depositó sobre la suya.

—Para ella vuestro hermano sigue muerto.

Beatriz agachó la cabeza nerviosa y afligida. Gadea era su amiga, eran como hermanas. No podía mentirle.

—No me lo pidáis.

—¿Ella lo amaba? —Beatriz agachó el rostro y Judá constató una realidad que odiaba verificar. Los sentimientos se le embarraron de celos.

—Beatriz —dijo sujetándola por los hombros con fuerza —sois una mujer casada, no debo explicaros lo que sucede cuando un hombre toma por suya a una mujer.

—No, mi señor... —dijo sonrojada y con la mirada puesta en los nudos de la madera del suelo.

—Sabéis que ella es mía —acusó firme—puede que hasta lleve mi hijo en sus entrañas —la joven alzó la cabeza con los ojos tan grandes como dos platos—. Imagino que no deseáis que la presencia de vuestro hermano la perjudique hasta convertirla en una vulgar adultera. La nobleza la repudiaría, su padre la abandonaría, todos le darían la espalda. Viviría como una prostituta.

—¡Dios, no! —Chilló persignándose dos veces seguidas.

—Si alguien intentase arrebatármela lo contaría todo. Os lo juro. Vuestro hermano jamás la tendrá. Él moriría bajo el filo de mi espada y ella deambularía como una vagabunda desterrada —. La oscuridad del joven lo envolvía a tal punto que sus ojos y sus cabellos se convirtieron aún más negros ante una joven que no cesaba de temblar.

Conforme con su reacción obvió decirle que jamás permitiría hecho semejante. Él era hombre de honor y responsable de los suyos, y Gadea era suya. Siempre velaría por su bienestar pero no explicaría sus mentiras a la muchacha asustadiza. Le gustaba que le temiesen, le ayudaba a conseguir sus objetivos, aunque la parte en la que aseguró que desangraría a su hermano como a un bellaco fuese totalmente cierta.

—Mi hermano estará fuera un mes. Creo que no es necesario adelantar los tiempos... podré callar —. Comentó atragantada.

Tenía un mes por delante, bien. Se casaría con Gadea y la ataría a su lado con los lazos del inquebrantable matrimonio. Conforme y sellando el trato con una ligera caída de cabeza, abrió la puerta y retiró su cuerpo permitiéndole el paso.

—¿Marcháis? —Preguntó aún temblando.

—Sí.

Con rapidez entró en la sala pero era demasiado tarde. El niño había marchado.

—Maldición —. Dijo apresando su capa, recogiendo su negra cabellera con la gruesa cinta de cuero y escabulléndose en el frío de la noche. Miró a ambos lados de la calle pero allí no se veía nada... nada excepto a... —¡Esperad!

El niño escuchó la voz a lo lejos y en la oscuridad de las estrechas callejuelas de Toledo se lanzó a correr cuesta arriba.

—¡Deteneos! No deseo haceros daño. Me cago en los vuestros, ¡esperad!, Sólo busco información —. Los gritos rebotaban junto al golpe de los talones en el barro.

El pequeño no pensaba detenerse. Conocía muy bien las estratagemas de los señores como para saber que sus monedas y recados siempre llevaban peligro de vida escrita en la frente.

Con la velocidad de quien está acostumbrado a huir giró hacia el convento de las Agustinas y dejando atrás la humedad de las termas romanas enfiló hacia la taberna. La Malaguita le ofrecería protección. Corrió un último tramo y al girar hacia lo que consideró su salvación se encontró con una mano deforme y el frío de un afilado puñal clavándosele en las entrañas. Con la mirada brillante de quien pronto se iría, cayó al suelo boca abajo mojándose con su propia sangre. Cerrando los ojos suplicó a los cielos encontrar a su madre que la peste un día le arrebató. Y los cielos escucharon sus ruegos y lo llevaron hasta ella.

—¿Si fueses un niño qué camino tomarías? —Judá se detuvo mirando la calle a ambos lados totalmente vacía. ¿Por dónde? ¿Convento de las Agustinas o las Termas? ¡Convento! Caminó con prisa pero sin correr. Seguramente no lo alcanzaría. Aquella sabandija corría como los demonios. Creyéndole perdido notó algo pegajoso bajo las suelas. Se acercó al portal donde brotaba el pequeño caudal de líquido cuando pudo ver, bajo la luz de la luna, al niño entre un gran charco de sangre.

—Maldición... Fortún... —. Dijo con la pena atragantándole la voz al reconocer la identidad del pequeño.

Lo miró con detenimiento y tristeza. Conocía al pequeño y sus desgracias. ¿Madre? Muerta. ¿Padre? Desaparecido en quien sabe que taberna. ¿Familia? Los pobres jamás la tienen.

Disgustado se detuvo al observar una pequeña bolsa que salía de su desgastado bolsillo. Una con dos monedas y una tela tan roja como la de...

—La Iglesia... —dijo al descubrir una información tan valiosa como peligrosa.

Apenado y preocupado, Judá no percibió que no muy lejos de allí un hombre de prominente joroba y una mano tan pequeñita como la de una muñequita de trapo, se cubría la cabeza con el capirote para

escabullirse en la oscuridad de la noche.

—Abuela estáis bien —. Preguntó al verla interrumpir su relato con un ligero temblor.

—Sólo es un poco de frío.

La nieta se acercó y la abrazó con fuerza para darle el poco calor que poseía. La tormenta no cesaba y las ropas chorreaban agua. El galeón se movía de un lado a otro mientras algunas señoras rezaban con fuerza y los únicos niños que viajaban con ellas vomitaban sin descanso.

—Estaremos bien —. Dijo su abuela y Constanza deseó creerle aunque el mareo y el intenso golpetear de las olas en la gruesa madera del barco no se lo dejasen tan claro.

La anciana cerró los ojos, sentada en el suelo y apoyada en el hombro de su queridísima nieta y ella acarició sus cabellos mientras unía sus pensamientos al rezo del resto de mujeres.

—¡Vamos a morir! —Gritó Isabel, alias la fresca según su humilde opinión —. ¡Nos ahogaremos todos! —Chilló frente a un movimiento brusco del barco.

Las mujeres taparon los oídos de los pequeños y ella hizo lo mismo con los de la abuela antes de propinarle un buen regaño a voz en grito.

—¡Haced el favor de callaros! Vuestras tonterías asustan a los niños.

—Caeremos al agua, nos ahogaremos y nuestras almas vagarán errantes lejos de suelo consagrado —. Dijo sentada en el suelo y aferrándose a un barril de agua.

—Yo no creo que debas preocuparte por ello —. Constanza habló mientras acariciaba los cabellos de la abuela que dormía con la cabeza sobre sus piernas.

—¿Qué queréis decir? —Preguntó conteniendo las lágrimas histéricas.

—Vuestra alma necesitará otro tipo de perdones antes que la presencia de suelo consagrado.

—No sé a lo que os referís —. Dijo acercando la mano a su pecho indignada. —Soy una señorita de reputación intachable.

—Y yo María la costurera... —Murmuró descreída.

—¿Me estáis acusando de cascos ligeros? Porqué si es así... —Constanza la interrumpió sin pelos en la lengua.

—Querida mía, si el alzamiento de faldas se correspondiese con la ligereza de los cascos los vuestros volarían cual nube de algodón.

La muchacha se aferró las manos al pecho ofendida y las señoras se carcajearon a pesar de la crudeza de la situación. Todos conocían a estas alturas las miradas indiscretas y caricias inapropiadas

hacia el capitán.

—Pues si nos ahogamos espero que caigas primero, así los peces se llenarán antes.

—Si me acusas de gorda creo que tengo que acusaros de ciega.

Ambas se lanzaban dardos envenenados de una punta a la otra rompiendo todo tipo de etiqueta y buenas costumbres, pero la abuela dormía y Constanza ya no soportaba más. Puede que Isabel se acostase con el capitán pero ella moriría a gusto después de descargar todo lo que llevaba dentro.

—¡Gorda y fea!

Isabel chilló furiosa pero Constanza no respondió. Las piernas de Julián asomaban por las escaleras y deseaba que él viese que tan delicada era su amorcito.

La jovencita caprichosa continuó con los insultos hasta que la inmensa y esbelta figura del capitán, empapada hasta los dientes, le habló tras su espalda.

—Haced el favor de callaros. ¡Ya!

Constanza sonrió en silencio pero mirando a la cabellera de su abuela para no ser descubierta. La joven chillona intentó explicarse pero el fuerte marinero la detuvo con la mano en alto como si poco le importasen las razones de su estúpido comportamiento.

—He bajado para decirles que lo peor de la tormenta ha pasado. Tendremos algo más de lluvia pero las nubes se mueven al noreste por lo que las dejaremos atrás muy pronto.

Los pasajeros sonrieron agradecidos mientras Constanza acariciaba el rostro de su abuela. El capitán caminó unos pasos y se puso en cuclillas a su lado.

—¿Está bien?

—Fría y húmeda pero no creo que sea nada grave.

Sin pedir permiso Julián pasó ambas manos por debajo de la señora y la alzó en brazos arrebatándosela de sus piernas.

—¿Qué hacéis?

—La llevo a mi camarote y tú la acompañarás.

—Pero yo... nosotras.

—Constanza, serías tan amable de no discutir cada una de mis decisiones y obedecer. Vuestra abuela tiene el cuerpo algo caliente. Necesita descansar y secar sus ropas o morirá por las fiebres.

La sola idea de poder llegar a perder a su abuela la hizo temblar de pies a cabeza. Ella era la única familia que le quedaba.

—Voy.

Julián asintió con la abuela en sus brazos cuando la jovencita chillona se alzó rápido para enfrentarlo.

—Yo también voy con vosotros.

El capitán que estaba cansado a morir, mojado hasta los huesos

y con una brecha a medio cerrar en la sien contestó con voz firme, grave y áspera como la arena de excusado.

—Mientras estés en este galeón irás donde yo diga y harás lo que yo diga, y yo digo que te quedarás aquí y cerrarás el pico hasta que os mande a buscar.

Al comprender su enfado la joven cambió inmediatamente su actitud para convertirse en dulce y elegante y Constanza quiso vomitarle encima.

—Por supuesto, esperaré que mandes a buscarme y podamos descansar...

Julián no respondió. Caminó hasta las escaleras y dejó paso a Constanza para que ella subiese delante. Una vez en el camarote cerró la puerta y depositó a la anciana en la cama.

—Quitadle esas ropas húmedas y ponedle esta camisa mía. Le irá grande pero la mantendrá seca —. Dijo mientras se quitaba la suya.

—¿Qué... qué...? Quiero decir ¿qué...? El hombre mostró su torso desnudo en todo su esplendor mientras miraba entre curioso y divertido a la joven de viva mirada.

—Te hacía más fluida de palabras —. Dijo sonriente al ver el sonrojo de sus mejillas.

—Yo... eh... —contestó cerrando los ojos al ver como soltaba los lazos de sus pantalones.

—Constanza, estoy empapado y si no quiero enfermar he de cambiarme de ropas.

—Sí... sí, por supuesto —. Contestó nerviosa pero abriendo un ojo para ver ese cuerpo espectacular. Espalda ancha, piernas como postes, trasero... «Ay Dios» pensó cerrando fuertemente otra vez los ojos.

Cuando escuchó ruidos de pisadas de botas se atrevió a mirar y respirar algo más tranquila. Julián tenía camisa y pantalones allí donde debían estar.

—Cuando marche, cerrad por dentro. Quitaros también las ropas húmedas, nadie os molestará —. Dijo acariciando con suavidad su rostro y marchándose tan rápido como el viento.

Constanza trabó la puerta como él dijo pero no se quitó las ropas húmedas sino muy por el contrario se apoyó en la puerta y continuó acariciando su rostro por allí donde él había pasado sus dedos.

No me creas

Blanca la morisca entró en la habitación demasiado nerviosa. ¿Cómo afrontar aquella situación? Con cuidado de no despertarla apoyó la cesta con delicadeza en el suelo pero la voz de Gadea sentada en una esquina de la habitación la hizo saber que no dormía. Llevaba sólo tres días despierta pero se la notaba muy recuperada. Pese a su noble condición parecía una mujer fuerte. Una de aquellas que ofrecían hijos fuertes a hombres tan fuertes como...

—Mi señora, me llamo Blanca la morisca.

—Sé quién sois, haced el favor de acercaros y llamadme Gadea.

Se acercó y con delicadeza hizo una educada reverencia en señal de saludo. Puede que su familia fuese morisca y de orígenes humildes pero no por ello carentes de educación.

—Veo que os encontráis mucho mejor.

—Temo que las marcas de mi cuerpo no sean tan benevolentes como vuestras palabras. Tengo manchas negras por todo el cuerpo. Mi piel se parece más al cuero de una vaca vieja que al de una mujer —. Comentó divertida pero la hechicera apenas la acompañó con la sonrisa.

—Si vuestra merced me lo permite me gustaría revisar las heridas. La que tenéis en el pecho puede resultar muy dolorosa.

—¿Creí que os interesaba saber del veneno?

—No es necesario. El color limpio de vuestro rostro me indican que ya no existen impurezas. Es el golpe en vuestras costillas y del que quejabais en sueños el que me preocupa. Esos hombres os patearon muy fuerte.

—Os lo contaron... — Expresó con la cabeza gacha mientras se sentaba en el lecho y desanudaba la camisa —. La morisca no contestó.

La timidez de la muchacha sólo acrecentaba la amplitud de sus sentimientos y reconocer la bondad en Gadea significaba haber perdido el amor ante la mejor de las contrincantes. Y aunque loable, la bondad no cicatriza las heridas de un roto corazón.

Examinando la venda tan bien puesta alrededor de las costillas preguntó interesada.

—¿Vuestra amiga la monja lo hizo? Es un trabajo excelente.

—Al igual que vos estaba preocupada por la rotura de algún hueso.

—Un buen trabajo aunque temo que sólo os ha solucionado una parte.

—¿A qué os referís?

—Os han realizado un ligamento con la muerte y debe romperse. Le pedí que os pusiera la pulsera porque el árbol de la vida

os protegerá de todo mal. Las siete fuerzas de la naturaleza rigen ese talismán. La unión con el universo la gobierna. Ningún mal de ojo podrá alcanzaros mientras ese árbol de la vida os acompañe.

—¿El padre de todos los cristianos? —Preguntó temerosa

—Por supuesto —contestó segura. Ella no era una bruja hereje ni nada parecido. Dios iluminaba sus acciones aunque se llamase Alá o Santísima Trinidad...—Gadea abrió los ojos estupefacta y acarició el talismán que ceñía su muñeca con mirada de asombro —. Nacemos de la semilla, crecemos en la familia y Dios endereza y guía nuestro tronco. Las ramas son nuestras decisiones guiadas por los siete poderes celestiales del universo. Mi abuela me lo enseñó.

—¿También era hechicera?

—Todas las mujeres de mi familia lo son.

La morisca se explicaba, y aunque agradecía la protección de tan poderoso talismán, no dejaba de pensar en su prometido y la confianza con que la preciosa mora lo mencionaba. Ese tono dulce al pronunciar su nombre, esa mirada abrillantada al recordarlo o esa confianza conquistada sólo de una forma... tras unas puertas cerradas.

—Lo llamáis por su nombre —. No era una pregunta sino una triste conclusión.

—Nos conocemos desde niños —. La muchacha acomodaba una bolsa con habas de la cesta disimulando sus propios nervios. Tarde era para rectificar su error.

—¿Y ese conocimiento es muy estrecho? —Gadea sintió que las tripas sanadas volvían a envenenarse.

El temor a ser un trofeo de aquél que comenzaba a amar lastimaban en exceso. Intentó mantenerse alejada pero sus sentimientos se entregaron inconscientes. Judá Ganó su cuerpo y su corazón.

Las reglas por aquellos tiempos eran claras y las había roto. Boda, hijos y un rincón donde bordar eran sus deberes. No debía soñar ¿pero tan malo sería sentirse amada más allá de lo carnal?

Respétalo. No le critiques. Sé agradecida. Di que lo admiras. Pon atención a los pequeños detalles. Sé una mujer sumisa, esas eran las enseñanzas del sacerdote en el oficio, ¿pero que pasaba con su corazón? ¿Cómo acallar la vida cuando danza ante el amoroso canto de los trovadores?

La rabia al conocer a otra de sus ex amantes le provocaron ganas de arrojar algo por los aires. “Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus...” —murmuró lentamente intentando controlar ese temperamento inapropiado.

Su padre solía enderezar sus impertinencias con un cubo de agua helada que vaciaba en mitad del patio y a unos escasos pasos de

su hermana para que ambas aprendiesen. Muchos de los baños no se los mereció ¿pero quién no mentiría por una hermana? Juana se metía en líos y ella entre los cubos y el furioso profesor.

—¿Decíais algo?

—Debéis marcharos. Me encuentro mejor. No os necesito.

Gadea no solía ofender pero no soportaba la situación. ¿Cómo se atrevía a meterle una de sus amantes en la alcoba? ¿Qué esperaba Judá? ¿Sumisión y silencio? Sí, puede que exactamente fuese eso se dijo abrazándose al recordar los interminables cubos de agua helada.

—¡Marcharos! —El abatimiento la dominó. Le esperaba un matrimonio de sonrisas fingidas y miradas al sol.

—Señora, no saquéis conclusiones que no os llevan a otro sitio más que al dolor. Deseáis la verdad pero no soy yo quien debe calmar vuestros temores —la morisca interpretó perfectamente los celos en la mirada de la muchacha —. Nos conocemos desde pequeños y no puedo negar un gran sentimiento pero es a Judá al que debéis confiar vuestras dudas —. Blanca se tensionaba con sus propias palabras. Podría utilizar la oportunidad y ensuciar a su amor pero él no se lo merecía. Mucho barro lo había ensuciado ya.

Gadea refunfuñó molesta. Además de celosa ahora se sentía la más estúpida de las mujeres. Esa hechicera era tan hermosa como sincera.

Pero ella era tan poco... Morados intensos bañaban su cuerpo. El bordado no era una de sus habilidades, las carnes las poseía escasas y los cabellos... pensó al arrastrar los dedos que quedaron enganchados en su enredo, de ellos mejor no hablar.

Un torbellino de mujeres entraron como gallinas alborotadas tapando cualquier triste conclusión.

—Estoy bien, estoy bien —. Eran los únicos bocados que Gadea podía pronunciar.

Amice, al notar la presencia de la hechicera estrechó la mirada para preguntar con determinación.

—¿Seguro os encontráis bien? —Las demás se percataron del tonito en la pregunta y rápidamente rodearon a la enferma en señal de protección.

Blanca la morisca sonrió y comenzó a guardar el recetario en la cesta. Esas mujeres eran de lo más divertidas. Debió sentirse ofendida pero admiraba a aquellos capaces de cultivar la verdadera amistad. Toledo era tierra de intereses y venganzas pero escasa de sincera lealtad.

—¿Os marcháis antes de curarme? —Gadea preguntó con el gesto totalmente cambiado. Sonreía como si... ¿le ofreciese una oportunidad?

—Volveré cuando estéis sola —. Dijo devolviendo el gesto de

complicidad.

—Mis amigas no os juzgarán y jamás os perjudicarían. Vuestra magia es en nombre del señor y eso es lo único que nos importa.

—Mi señora, mis métodos no siempre son bien visto por la iglesia... —Las palabras resonaron en la alcoba frente a unas mujeres que se giraron interesadas.

—Blanca la morisca, decidme, ¿vuestra magia es tan blanca como vuestro nombre?

—Por supuesto mi señora. Mi padres abrazaron la fe antes que yo naciese y Santa Marta siempre guía mis curas.

—Entonces quedaros.

Blanca aceptó la propuesta y esparció unas habas sobre unas bandejas en el suelo mientras encendía un intenso sahumerio.

—Llevad siempre la pulsera con vos, os protegerá de los ligues que os intenten hacer en el futuro.

—¿Juana...?—Dijo Gadea al ver a su hermana intentar escapar sin ser vista— ¿Dónde vais con tanta premura?

—Asuntos insignificantes.

—¿Qué clase de asuntos?

—De esos que sólo las cofrades comunes pueden resolver. Vos descansad.— Gadea puso los ojos en blanco y la morisca preguntó interesada.

—¿Cofradía de las comunes? ¿Qué significa?

—Problemas para todos aquellos que las conocen.

Las mujeres se miraron extrañadas ante la voz grave de Judá que entraba en la alcoba sin llamar.

—¿Pensabais que no lo investigaría?

Gadea se tensó al verlo. Y no porque temiese su reacción por la creación de la cofradía. No temía a sus castigos sino mas bien a sus deslealtades. ¿Amaría a la belleza mora?

—Me alegro veros tan bien —. Agachó el rostro besándole la mano y sin quitarle la negra y brillante mirada de encima.

Los colores comenzaron a subirle indiscretos por el rostro mientras su mano nerviosa se enganchaba en tan enredados cabellos.

—Estáis preciosa... —Le susurró al oído.

—¡Vos! —El grito de Azraq resonó furioso llamando la atención de todos que enfocaron sus miradas hacia la puerta—. ¡Vosotras! —Dijo al ver al resto de las mujeres —. Os mataré.

Azraq reconoció en las presentes la peor de sus humillaciones. Esas mujeres y sus artimañas consiguieron encerrarlo como a un niño tonto durante horas.

—Creo que no haréis nada —. El puñal de Gonzalo de Córdoba, que lo seguía de cerca en su visita por la casa, se detuvo tras la espalda del grandullón.

—Y así se siente un hombre que ha conocido a las comunes. —Judá dijo golpeando el hombro de su amigo y ordenando con la mirada a de Córdoba que bajase el puñal. Gonzalo miró a Gadea y esta acotó cual reina:

—Seguidla, temo por mi hermana... Y Gonzalo, cuidaros vos también.

El doncel aceptó el desafío y marchó tras los pasos de la joven cofrade dejando a un muy celoso Judá.

—Nosotros también nos retiramos —. Dijo Blanca sosteniendo del brazo a su hermano que lanzaba blasfemias por la boca. El temido hombre aún recordaba el engaño de aquellas sabandijas al encerrarlo.

—Señoritas... si me lo permitís —. Todas marcharon con rapidez. La presencia dura y oscura del converso aún las intimidaba.

Judá esperó a quedarse a solas para acercarse al lecho de su novia y besarla como llevaba días soñando.

—Me habéis envejecido diez años —. Dijo acariciándole el rostro.

—Estoy bien, Blanca ha sido muy amable —. Las palabras de Gadea buscaban una reacción que no llegó. Judá se limitaba a esparcir besos alrededor de su cuello —. Me dijo que os conocíais desde niños... —continuó aclarando —También me dijo que os amaba... mucho.

—Mi dulce curiosa —contestó sonriente—. ¿Qué deseáis saber?

—Vos y ella..

—Gadea, no he sido un monje —. Dijo algo incómodo.

—Pero vos... es tan bella...

—Lo es —respondió sincero—. Nos criamos juntos pero no existe nada que resaltar. Estoy con vos y es lo único que debe importaros. No busquéis llamas en hogueras extinguidas. Y ahora bien, si vuestras dudas están saciadas —no lo estaban, ni mucho menos, pero Judá deseaba zanjar la discusión—. Tenemos asuntos urgentes que tratar.

—¿Qué asuntos son esos?

—Ya veo cuánto os importo —. Dijo entre ofendido y recobrando el buen humor —. Debo recordaros que no habéis asistido a nuestra boda porque preferisteis jugar con la muerte.

—La boda —. Contestó como si por primera vez pensara en ella —. Mi padre... —Judá no quiso dañarla con la verdad. Su padre una vez recibida la dote acordada se deshizo de ella.

—Bien, ahora que comenzáis a interesaros, prepararos porque vendré por vos.

—Vendréis por mí ¿qué estáis queriendo decir?

—En dos noches nos casaremos.

—¿Dos noches? Pero los invitados, mis padres... será imposible prepararlo todo. Apenas soy capaz de dar unos pocos pasos sin agotarme.

—No debéis preocuparos —contestó comprensivo—. Sólo estaremos nosotros. Si lo deseáis podréis invitar a vuestras amigas.

Los gestos de Judá demostraban la seguridad de quien lo tiene todo pensado.

—¿Si quiero? ¿Amigas? ¡No soy una cualquiera! No debo ocultarme. ¡No me casaré en semejantes condiciones!

La mirada tierna de Judá se transformó en asesina. Gadea había dicho las dos palabras que no deseaba escuchar. No y casamiento.

—Sois mía, no os perderé —. Las palabras brotaron como llamas de sus labios mientras la sostenía por los hombros.

—Entonces no me humilléis. Me creerán una impura...

—Nos casaremos en dos amaneceres. No esperaré un día más —. Gruñó con la mandíbula apretada y la respiración agitada.

—Os avergonzáis de mí...

La furia de momentos atrás se convirtió en ternura. Así era ella, dominaba a la fiera convirtiéndole en tierno gatito. Uno con un puñal en la cintura y otro en la bota pero gatito al fin.

—¿Cómo podéis pensarlo? No existe posesión más valiosa para mi que vos —. Judá se atragantó con la sinceridad de sus propias palabras.

—Me humilláis...

Las lágrimas brotaron en la mirada de la joven y se odió por hacerla pasar por aquello pero no podía arriesgarse. Su caballero de angélicas vestiduras se encontraba vivo, ¿y quién era él más que un triste converso intentando sobrevivir? La vida le arrancó los sentimientos, Gadea se los retorno, no existía otro camino.

—Por favor... —suplicó con dulzura femenina.

No... se dijo con los muros a medio derrumbar... no... intentando resistirse a quien ya amaba con todo el corazón.

—Por favor... por favor... — pero no fueron sus súplicas la que quebraron sus fronteras sino esa primer lágrima que solitaria surcaba tan delicada piel. Gadea era tan limpia, tan pura mientras que él...

—Preparad una gran fiesta para dentro de un mes. Allí todos sabrán que sois mi esposa.

—¿Y por qué no casarnos ese mismo día?

—¡No! —Asustándola con su reacción improvisó excusas —. Os han pateado, golpeado, intentado violar y hasta envenenado. Vuestra seguridad es mi coherencia y conservo demasiado poca.

La voz agotada de Judá hizo recapacitar a Gadea que creyó encontrar una conclusión aparentemente lógica ante tanto desquicio.

—¿Creéis que todo ha sucedido por ser vuestra prometida? Jamás os culparía.

«¿Qué?» Se dijo pensativo. No, por supuesto que no. ¿O tal vez sí? Esa podría ser una de las tantas razones o una coartada perfecta, se dijo estirando la espalda. Todo con tal de retenerla.

—Sí —mintió descarado—. Nadie podrá lastimaros si sois mi esposa. Estaremos unidos por las leyes de Dios y él bendecirá nuestra unión.

Gadea era cristiana devota y él utilizaría ese recurso. Todos lo que tuviese a su alcance.

La mujer pensó y caminó provocándole una sensación de ahogo en el pecho.

—Sí —. Confirmó segura.

—¿Sí?

—Seré vuestra esposa en dos días.

Aunque apenas sonó convencida no le importó. Lo había dicho. Aceptaba enlazarse a él de por vida. Con felicidad la aferró por la cintura y la elevó por los aires. Ambos reían felices al regresarla al suelo. Volvió a besarla pero esta vez con posesión ardiente. Gadea Ayala sería suya.

—Debo marchar —. Las palabras se perdían en un beso que no deseaba terminar.

—¿Puedo saber dónde? —Su vocecilla tímida y curiosa lo hizo sonreír con la frente sobre la suya.

—Podéis —dijo aferrándola con fuerza por la cintura—. El dominico se apoderó de la sinagoga y consiguió un número importantes de conversiones pero los otros, los que no accedieron al chantaje…

—Ayudadlos —. Dijo acariciando la aspereza de su incipiente barba.

—¿No os molesta?

—Son tan hijos del padre como nosotros.

—¿Por qué sois tan caritativa?

—Nuestro señor así nos lo pide —. Contestó alzando los hombros sin comprender el sentido de la pregunta.

—No en este mundo mi dulce señora —. Judá la besó en la frente y se marchó con la sensación de cien piedras atadas al cuello. Ella no merecía ni la mentira ni los escondrijos. Una rata de alcantarilla resultaba ser más pura que él en aquellos momentos, pero no le importó.

Alabado sea

Juana caminaba con la ya habitual capa negra cubriéndole los cabellos con el capirote y Gonzalo tembló. Cuando las Ayala cubrían el rostro con esa capa era porque problemas para él se acercaban, pensó al acariciarse la mano aún vendada.

Con perspicacia para no ser descubierto caminó varios pasos alejado. Juana era demasiado lista, pensó sonriente cuando las constantes miradas hacia atrás de la desconfiada lo obligaron a esconderse en un portal.

La pequeña mujer apretaba su cintura con fuerza y Gonzalo se sintió orgulloso. Ella acariciaba el puñal que él mismo le enseñó a utilizar. No eran buenos tiempos para las jovencitas. Las violaciones corrían sin contenciones como las aguas del Tajo.

Con precaución, Juana se detuvo ante la sinagoga e investigó a un lado y otro antes de golpear la inmensa puerta de madera. A los minutos una mujer con canas y muy precavida asomó la cabeza. ¿Qué nuevo problema sería este? Gonzalo suspiró derrotado. ¿Qué hacía Juana en la sinagoga? ¿Quién era esa mujer? Sintiéndose un completo idiota y sabiendo que Juana jamás confesaría la verdad de sus actos esperó sentado a descubrirla por sí mismo

El sol comenzaba a caer pero la joven seguía sin aparecer. Nervioso estuvo a punto de romper la puerta y entrar a la fuerza cuando escuchó movimientos. Rápidamente se escondió tras una encina. Juana estaba feliz.

Cuando la mujer hubo cerrado la puerta nuevamente la muchacha se quitó el capirote dejando al viento su larga melena. Los ojos le brillaron tan pícaros como siempre y Gonzalo se quedó unos momentos embelesado con la imagen. La observó como si fuese la primera vez que la veía. Como si no hubiese sido mujer hasta ese preciso momento. Con aires de culpabilidad carraspeó intentando quitarse esos pensamientos de la mente. Juana era como su hermana pequeña, una a la que enseñó a defenderse y una a la que adoraba pero no como un hombre a una mujer. Divertido con lo que pensaba hacer se acercó silencioso a la pequeña sabandija.

—Menuda casualidad —. Gonzalo habló con voz grave tras su espalda haciéndola saltar en el sitio.

—Eh, sí —dijo sorprendida pero recuperando la postura al instante —. ¿Me estabais siguiendo?

—Vengo del taller del moro, ¿y vos?

Juana se puso en marcha al instante como si aquél hombre de amplias espaldas y gruesos brazos no le impactase. Llevaba tantos suspiros por Gonzalo que las lunas apenas si eran capaces de

contarlos.

—Del convento de Santa Isabel, necesitaba hablar con Amice.

—¿Creí que vuestra amiga pertenecía al convento de Santa Clara? —La mirada de Gonzalo la acorraló expectante.

—Y así es, pero hoy se encontraba en el de Santa Isabel.

Juana cambiaba deliberadamente de conversación y Gonzalo le permitió respirar. Más tarde investigaría la razón de sus mentiras.

Caminaron como dos viejos amigos aunque Gonzalo no dejó de sentir que algo había cambiado. ¿Su perfume quizás?

—¿El niño ha muerto?

—Como el reverendísimo ordenó —. El sacerdote asintió mientras terminaba de firmar los documentos que tenía delante.

—¿Y las directrices para el carnicero?

—Puestas en marcha.

—Bien —. Contestó cerrando el libro y entregándoselo a su mano derecha.

—Podéis iros —. El hombre agachó el rostro y se escabulló por una pequeña puerta justo en el momento que por la principal aparecía la alta y decidida figura de aquél que odiaba.

Los nuevos cristianos representaban la escoria de la ciudad. Herejes disfrazados de buena gente. Infieles ensuciando el nombre del Mesías. Asesinos, sucios e ignorantes jugando a ser iguales.

—Alonso De la Cruz.

—Reverendo —. Dijo quebrando levemente la cintura en señal de saludo.

—Pasad por favor. Comentadme la razón de tal agradable visita.

Ambos sonrieron con la falsedad de los mentirosos. Ninguno se soportaba, pero por aquellos lares las máscaras se utilizaban más que en los propios carnavales.

—Vengo a haceros entrega de la recaudación —. Decidió omitir la palabra préstamo ya que la iglesia los consideraba pecaminosos.

—¿La recolección total? —El sacerdote comentó sopesando la bolsa de cuero en el aire.

—La judería se encuentra revuelta. Después de los sermones del dominico muchos han marchado. Imagino que en unos días podrán reunir los pechos y el resto de intereses.

—Mi querido De la Cruz, no es la iglesia quien debe afrontar las deudas de quienes no han sabido gestionar sus negocios.

—Ellos no son culpables que les arrebatasen su sinagoga —dijo mordiéndose la lengua para no injuriar—. Muchos han abandonado sus hogares y otros intentan reagruparse. Dadles unos días más. Estoy seguro que cumplirán.

—Mi querido De la Cruz —. Dijo con una muesca que más parecía de asco que cordial —. Sois un alma buena pero no comprendéis, nuestra Santa Madre Iglesia necesita de esos fondos para perpetuar la enseñanza del gran maestro. No somos nosotros quienes debemos poner piedras en el camino del Altísimo.

El obispo se reclinó sobre el escritorio de madera maciza y Judá apretó los puños tras su espalda para no golpearlo allí mismo.

—Quizás si les permitieseis comerciar sus excedentes con los cristianos —. Los dientes de Judá se apretaban los unos a los otros hasta el dolor —. Al carnicero se le ha negado vender los cortes que no utiliza y que tan bien se reciben por el pueblo cristiano. Otro tanto sucede con las vides.

—Veo que estáis muy bien informado —. Replicó con ironía.

—No más que cualquier hombre de negocios —. Contestó con argucia.

—La usura es un pecado. No puedo permitir que ese carnicero se aproveche de las almas cristianas —. Sentenció molesto.

Judá miró la bolsa llena sobre el escritorio y se asqueó por dentro. «¿La usura un pecado? ¿Entonces que representaban aquellas malditas monedas?»

— ¿Alonso De la Cruz, ¿preferís la satisfacción de un infiel antes que la de vuestro nuevo pueblo?

—El señor sabe que mi conversión es auténtica y sincera —. El brillo oscuro y diabólico de Judá asustó por unos momentos al cura que creyó ver a Lucifer reflejarse en sus pupilas.

—Una semana para cumplir con sus deberes. No más —. Contestó sudoroso.

Asqueado, Judá aceptó el plazo y se giró para marcharse pero la pregunta interesada del sacerdote lo detuvo en el sitio.

—Me han llegado nuevas buenas sobre vuestro compromiso con la fabulosa Gadea Ayala —. Judá se tensó pero esperó en silencio y de espaldas —. Bendita sea tanta fortuna.

—Sea.

—¿Ella está bien?

—Perfectamente —dijo girando para observarlo a la cara mientras aferraba con fuerza el pomo del estoque —. ¿Por qué lo preguntáis?

—Me llegaron rumores de que la morisca ha entrado varias veces en vuestra casa y me preocupé. Uno de los mejores apellidos de Toledo no debería implicarse con ese tipo de personas. Creo que vuestro deber sería alejaros de antiguas relaciones que no hacen más que ensuciar a quien tan puro es.

—Vuestra merced no tiene motivos para preocuparse.

La voz comenzaba a sonar cada vez más grave.

—No sabéis cuanto me alegro. Es voluntad del padre celestial que yo oficie esa boda, decidme, ¿será pronto?

—Eso espero, reverendo.

El cura aceptó la contestación y cordialmente despidió a tan desagradable visita. Judíos, moros, conversos, todos eran iguales. Infieles repugnantes merecedores de la horca.

El jorobado entró con rapidez ante el llamado de su señor. Ambos callaron hasta ver la figura del converso desaparecer tras la capilla mayor de la Primada.

—Vigilad su casa, deseo saber quien sale y entra.

—Sea.

La furia de Judá era incontrolable, o se calmaba o mataría a unos cuantos antes de llegar a la taberna de la Malaguita.

—Perdón —. Se excusó al chocar de frente con un hombre alto.

—Tranquilo hijo, que todos nuestros males sean estos.

Judá no le contestó. Ese cura más bien podría ser su hermano pequeño pero lo llamaba hijo, en fin, el mundo resultaba ser un lugar cada vez más loco.

—Padre Diego de Almazón —. Comentó sonriente.

—Alonso De la Cruz —. Contestó educado y aburrido.

—Soy el nuevo párroco de la Iglesia de Santa María la Blanca, espero veros en mi sermón.

—¿Santa María la Blanca? Lo siento padre pero me temo que se ha equivocado de ciudad. En Toledo no existe una iglesia con ese nombre.

—Oh, sí existe, los conversos donaron su antigua sinagoga. Dios los tenga en la gloria.

Las maldiciones brotaron en la mente de Judá como el agua de las termas romanas.

Se marchó aún más furioso que antes.

¿Donar? Él no lo llamaría exactamente donar. La sangre de inocentes aún podía olerse en el aire de Toledo bajo los gritos del dominico.

Encadenados

—Otra —. Dijo Zaaben golpeando la jarra vacía contra la mesa.

—Os lo advierto, hoy no es el día —. Judá contestó bebiendo la segunda jarra de vino sin alzar la vista.

—Os necesitamos —. La voz grave de Isaac lo hizo apoyar con más fuerza los codos sobre la madera.

—No.

—Vuestro pueblo es quien os necesita —. Sentenció con firmeza.

«Su pueblo...» pensó carrasposo. Por su pueblo mentía, por su pueblo sufría, por su pueblo perdió a aquellos que amaba, por su pueblo engañaba, por su pueblo soportaba... Estaba cansado. Necesitaba beber y olvidar... olvidar a niños asesinados, sacerdotes descontrolados y muertos rubios resucitados.

—Marchaos —. La voz agotada de Judá se perdió dentro de la machacada jarra de cobre.

—Es un cobarde.

El converso alzó la mirada pero sin alejar los labios de la bebida. Isaac, el hermano del de Pontevedra lo retaba con la palabra pero siguió bebiendo.

—Nos han despojado de la sinagoga. La mayor ya no nos pertenece. Muchas familias abandonaron sus hogares rumbo a Flandes. ¡Qué más debemos soportar!

—¿Qué proponéis? —La voz carrasposa y desinteresada de Judá contestó bebiendo otro sorbo de vino con la cabeza gacha.

—Hacernos con la ciudad. Toledo puede ser nuestra—. Zaaben murmuró y el converso se sonrió de lado por no llorar.

—Estáis más borracho que yo.

—Podemos hacerlo.

Con fuerza, la jarra del converso golpeó la mesa y lo miró como si lo mirase por primera vez. Estaba cansado, a decir verdad se encontraba hastiado, y en esos precisos momentos muy, pero muy, enfadado. Ni emborracharse en paz se podía.

—¿Estáis diciendo que vais a tomar la ciudad más importante del reino de Castilla? ¿Esa que un ejército de moros salvajes perdió ante Alfonso el sexto? ¿Y cómo lucharéis? ¿Les daréis golpes con la Toráh por la cabeza?

—Os dije que perderíais el tiempo. Desde que se acuesta con esa cristiana se ha convertido en uno de ellos. Puta ramera.

Isaac no terminó de hablar. El filo del puñal de Judá presionaba sobre la curvatura de su garganta listo para hundirse.

—No volváis a pronunciarla sin lavaros antes la pudrición de vuestros asquerosos dientes.

Ambos se retaban con la mirada. Isaac, acorralado entre la silla y el puñal, no se amedrentó.

—Le debéis todo a vuestro pueblo —. Escupió iracundo.

—En eso lleváis razón —. Dijo pensando en la cantidad de desgracias que cargaba encima.

Sí, les debía mucho. Desgracias, venganzas y un odio que no cesaba. Claro que les debía mucho... Con fuerza lo empujó hasta hacerlo caer y se alejó de ambos hermanos negando con la cabeza.

—Os matarán antes de alzar la primer espada.

—No si los moriscos nos acompañan.

—¿Cambiaríais de un dueño a otro? —Judá no daba crédito ante tanta tontería.

—Firmaríamos a un acuerdo. Toledo para nosotros, el resto...

—¿Pensáis ir a por más?

—Marchad si tenéis miedo. Es a vuestro padre a quien necesitamos.

Las palabras consiguieron hacerlo girar para encararlos con verdadera furia.

—Mi padre jamás avalaría un plan diseñado por dos descerebrados.

El primer puñetazo dio de lleno en el rostro desprevenido de Judá pero este se repuso con rapidez y el segundo alcanzó el estómago de Isaac doblándolo en dos y dejándole sin aire.

Cuando hubo recuperado la posición estuvo dispuesto a buscar al converso que caminaba rumbo a la puerta pero fue detenido por el brazo de Zaaben quien sentenció repugnante.

—Marcharos con los vuestros y jugad a ser un nuevo cristiano.

Cansado, furioso y atormentado caminó por las estrechas callejuelas. Subió las empinadas cuestas mientras los tenderos alzaban la mercancía y las mujeres comenzaban a recogerse en sus hogares. «¿En verdad se podía ser tan estúpido?» Se dijo al recordar el plan de los de Pontevedra.

Estaba seguro de que Isaac tenía mucho que ver con esas sandeces de lucha armada. Debió dejarles hablar y conocer mejor sus planes, pero la mención de su padre lo alteró. Haym era todo lo que tenía. Él lo mantuvo con vida, él lo guió hasta convertirlo en el hombre que era. Después de Haym y Gadea, ya nada existía.

Por la mañana se preocuparía de esos idiotas, se dijo mientras habría la puerta de la alcoba de su prometida. Ella en momentos como aquél se le hacía imprescindible.

A la habitación apenas entraba luz y llegó a creer que ella se encontraba dormida, pero la dulce voz cerca de la cortina de la ventana, lo hizo sonreír agradecido. La necesitaba, pero no como

hombre con deseos. Su necesidad era diferente. Una aún mayor. Agotado de pensar se arrodilló junto a sus piernas y apoyó la cabeza en su regazo.

—Parecéis agotado —. Dijo desenredando su negra cabellera con los dedos.

—Vos sois mi descanso —. Las palabras sonaron tan sinceras que hasta él mismo se sorprendió de la potencia en su significado.

—¿Habéis calmado esas aflicciones que tanto os preocupaban?

Judá cerraba los ojos disfrutando de sus caricias y pensando en su pregunta. Desde pequeño intentó vengar a un pueblo que se convertía o huía. Él estaba allí, siempre lo estuvo, contaron con sus esfuerzos y su espada ¿pero qué había conseguido? Ya no deseaba más aflicciones, quería algo sólo para él. ¿Era un cerdo egoísta mal nacido? Sí, puede que sí, pero ¿quien no lo era?.

—Casémonos —. Dijo incorporándose de un salto.

—¿Creí que ya lo habíais propuesto?

—Digo hoy, ahora. No esperemos a mañana.

—Estáis loco.

—Sí, por vos. Sé que aún no me amáis pero os prometo protegeros de todo mal. Seré vuestro fiel servidor. Jamás os dejaré de cuidar. Acompañadme. Vivamos un mundo sólo con nosotros. Este me asquea.

—Judá...

—Soy Judá, sí, y sólo vos me reconocéis. Casémonos esta misma noche. Sentenciemos nuestros destinos aquí y ahora. Gadea Ayala amadme como yo os amo.

La mujer tembló sin respuesta y el converso atacó con todas sus fuerzas. No podía perderla. Ese falso caballero con rostro angelical no sentía como él, no sufría como él.

—Venid esta noche a mi cuarto como mi mujer ante los ojos de Dios. Permitidme gritar a los cuatro vientos que sois mía. Desterrad vuestras dudas. Soy éste que veis aquí. No poseo más de lo que veis. Mi todo y mi nada os la entrego.

La emoción la inundaba. ¿Alguna vez alguien le confesó tan auténtica devoción? No, ni siquiera sus padres.

¿Sería verdad? ¿Podría tener un matrimonio por amor como el que cantaban los trovadores? Amor y respeto. Judá proponía un mundo tan esperanzador que tembló de ilusión.

—Os amo... —Declaró con verdad.

—Hagámoslo —. Contestó con los labios temblorosos y quedándose sin aire al sentir cómo los fuertes brazos la alzaban. ¡Vais a matarme! —Dijo riendo y resbalando sobre el cuerpo que la apresaba posesivo.

Judá la besó con pasión, con amor y con gratitud. Todo lo

había perdido y ella todo le entregaba. Esperanzas, consuelos y un profundo deseo de vivir perdido allá lejos hace mucho, mucho, tiempo.

—Enviaré una criada para que os ayude a arreglaros.

Como si estuviese reaccionando por primera vez, la joven preguntó nerviosa:

—¿Dónde lo haremos?

—En la casa tenemos capilla. Será aquí mismo, algo íntimo —. La muchacha entristeció un poco y el joven se acercó para alzar su barbilla —. ¿Mi dulce?

—Hubiese deseado tener a mis amigas junto a mí —. Contestó con sinceridad. Una lágrima se le escapó y Judá tembló al pensar el poder que aquella jovencita poseía sobre su humor.

—Las traeré, no debéis preocuparos. Vuestras amigas verán con sus propios ojos el novio tan enamorado que habéis conseguido apresar.

Esta vez fue Judá quien recibió un efusivo abrazo y un beso no esperado. Gadea era una dama de los pies a la cabeza y las damas no se arrojaban a los brazos de un hombre o por lo menos ella jamás lo había hecho antes. Esperanzado con conseguir el total de su corazón la besó y acarició hasta respirar agitado.

—Debo irme... —dijo con pesadumbre—. Iré a buscar al párroco. Nos casará aunque sea lo último que haga.

—No habléis así, os excomulgarán —. Dijo con el brillo de la pasión aún nublándole la vista al sentirlo pegado a su cuerpo.

—Lo siento, señora mía, pero si me arrastran al infierno sabed que vos vendréis conmigo. Jamás os soltaré.

Un último beso y marchó a toda prisa por la puerta. Gadea aún no dejaba de acariciarse el labio cuando la puerta se abrió nuevamente con un novio despeinado y de lo más alterado.

—Lo prepararé todo, os lo juro. — Con los ojos entornados y asintiendo con el rostro, salió a toda prisa bañado de una inmensa sonrisa.

—¡Hermana! ¿Se puede saber que sucede? Vuestro prometido por poco me arrastra cuando intentaba entrar. Ha dicho que vos me lo explicarías.

—Me caso —. Dijo sonriente.

—Menuda noticia —. Juana contestó pensando si su hermana tenía nuevamente las fiebres.

—No —dijo sosteniéndola por los hombros —. Me caso esta noche... y... ¡lo amo!

Juana abrió los ojos como platos ante la declaración para luego comenzar a saltar a su lado con la misma histeria nerviosa que sentía Gadea.

La boda

Sabía que Juana estaría allí pero al ver a María, Amice, Beatriz con su marido Lope y a Gonzalo, tuvo que sostener las lágrimas que amenazaron con bañarle el rostro. La capilla de la casa era pequeña y discreta en la decoración. Una figura del niño en brazos de su madre, una cruz y un altar de madera iluminados por incontables velas representaban la única decoración. Todo humildemente magnífico para alguien como ella. La capilla contenía a las únicas personas de su interés.

Judá la esperaba vestido con elegancia. Túnica negra, pantalones negros y bordes dorados como un caballero que se le notaba que no necesitaba ahorrar. Sus cabellos húmedos recogidos con una tira de cuero declaraban que había tomado un baño preparándose para la ocasión. Ella también lo había hecho, y aunque apresurada, no dejó de prepararse con esmero. Jabón de espliego, camisa de delicado algodón y vestido de un rojo intenso, que había reservado para la ocasión.

Nerviosa, entró por la puerta ante la atenta mirada de los invitados cuando una voz amable le preguntó cariñoso.

—¿Me haríais el honor? —Haym le ofreció su brazo doblado con una sonrisa radiante. Asintiendo, apoyó su mano temblorosa sobre el antebrazo de su futuro suegro y se dejó guiar.

—Permitidme que os diga que no existe ángel que no os envidie —. La joven sonrió agradecida y Haym la acompañó junto a su hijo para entregársela como era debido.

Ambos jóvenes se miraron felices y su padre presionó un pequeño collar perteneciente a su amada y que siempre llevaba consigo. Su hijo lo ignoraba y él jamás se lo dijo. Judá no necesitaba conocer que aún hoy la amaba tanto como aquél día en que la vio morir. «Estamos en paz mi ángel, podéis venir a buscarme. Llevo toda la vida esperando». Se dijo Haym mirando a los cielos

—Ego conjungo vos in matrimonium in nomine Patris et Filii et...

Judá no podía pensar otra cosa que no fuese terminar con aquella misa y poder llevar a su mujer al lecho. «Su mujer...» al fin no eran palabras vacías. Gadea le pertenecía ante la mirada de los hombres y del padre. Sus destinos estaban escritos para siempre y ya nadie podría separarlos.

Sonriente y agradecido la miró intentando pedir perdón con la mirada. Perdón por una mentira que aunque no le gustaba no se arrepentía. Julián López de Ayala era su pasado, el sueño de una niña inmadura. Él era su esposo, su pareja, su compañero, su destino en esta vida y en el más allá.

El párroco de a momentos parecía nervioso y de a otros parecía algo más calmado, en fin, ya le compensaría con unas buenas monedas, pensó al recordar como fue a la antigua sinagoga y lo arrastró hasta su hogar. El pobre cura, recién llegado y con las velas del recinto sin encender pensó que se trataba de un secuestro. Intentó huir pero el siempre temido puñal del converso lo detuvo en el sitio. Por el camino intentó excusarse y decirle que ningún cura en su sano juicio acudiría a esas horas para casarlos, pero el hombre estaba demasiado asustado como para comprender ninguna de sus palabras

La ceremonia terminó y las mujeres se arremolinaron cual abejas a la miel y Judá sonriente permitió que se la robasen. Beltrán apareció agitado y se detuvo junto a su primo.

—¿Os habéis casado?

—Eso parece —. Contestó feliz —. Y vos habéis llegado tarde.

—He venido apenas recibí vuestro mensaje. Quizás si alguien me hubiese avisado antes —. Dijo entre dientes atacando con la mirada a una María la panadera que alzaba los hombros y se protegía en el calor de sus queridas hermanas cofrades.

Las mujeres hablaban sin parar cuando Judá se acercó a su esposa esperando raptarla. Unos gritos desde la puerta anunciaron que las tempestades se desataban.

—¡Esta boda no se llevará a cabo!

Julián entró por la puerta y caminó directo hacia Gadea que no salía de su asombro. No sabía si llorar, gritar o agradecer.

—Es imposible —se dijo intentando abrirse paso pero la mano de su reciente marido la sujetó por el codo —. Vos no lo entendéis. Él es Julián, el hermano de Beatriz, pensábamos que estaba muerto. ¡Beatriz, Julián vive!

Gadea gritaba entusiasmada pero nadie la acompañaba en su felicidad. ¿Qué estaba sucediendo exactamente? Con disgusto intentó soltarse del férreo amarre de su esposo pero no pudo. Él la anclaba al sitio como poste seguro.

—¿Beatriz? —Gadea buscaba respuestas en la única que podría dárselas. No comprendía que su amiga no estuviese saltando de felicidad. Los hermanos se adoraban o por lo menos así lo creía —. ¿Beatriz? —Volvió a repetir ante un silencio arrollador como respuesta.

Julián se acercó con paso firme. Parecía enfadado y a punto de matar a alguien. Durante años lo esperó y lo lloró, no le debía ningún reproche, ¿entonces porque esos humores?

—¡Os han mentido! Estoy vivo y ellos lo sabían. De un sucio judío converso lo esperaba, pero de vos —. Julián dijo con rabia a su única hermana.

—A quien llamáis sucio converso. Os exijo rectificar —. Dijo

Gonzalo anteponiéndose ante López de Ayala con el puño aferrado al estoque.

Aquél era el mundo a revés, pensó la joven novia que no comprendía nada. Beatriz le había ocultado que su hermano aún vivía y Gonzalo de Córdoba defendía a Judá, ¿le quedaba algo por ver?

—Vayamos fuera —. Dijo Judá sacando la espada de su cinturón de cuero.

—¡Qué demonios está pasando! Exijo que se me explique —. Haym alzó la voz por encima de los murmullos que no cesaban.

—Señor me temo que su hijo intenta desposar a mi novia sin su consentimiento.

—¡Eso es mentira!

—Aquí el único mentiroso sois vos.

Judá estaba por lanzarse a por el caballero de cabellos angelicales pero fue detenido por Gonzalo y Beltrán que intervinieron rápidamente.

—Julián, comprendo que estéis lastimado y hasta puedo comprenderos, pero mi marido no es culpable de nada. Siempre creí que estabais muerto y he aceptado casarme con Alonso De la Cruz —. Dijo pensando que su nombre cristiano le daba mayor solidez ante la situación.

—Gadea, hace unos días he venido a por vos pero él me impidió veros. Beatriz lo sabe —. Dijo exasperado y sujetándole las manos entre las suyas suplicando comprensión.

—¡Soltadla! —Judá gritó sostenido por sus amigos al ver como encerraba sus dulces manos.

—Eso no puede… —Gadea dejó de hablar al escuchar las palabras de “lo siento” de su amiga. Soltándose de las manos de su primer amor se enfrentó a su marido.

—¿Por qué? —Nervioso se soltó del amarre de sus protectores y agitado la sujetó por los hombros. Debía explicarse, ella no podía pensar lo peor de él, ella no.

—Amor mío, intenta separarnos, no lo escuchéis, nada de lo que dice es verdad.

—¿Por qué? —Repitió como si no creyese ninguna de sus palabras. Judá se movió nervioso pero sin soltarle los hombros. Temía que si la soltase pudiese abandonarlo.

—Temor.

—Cerdo cobarde… —Julián habló y esta vez no tuvo suerte. Judá arremetió con todas las fuerzas y de un cabezazo le dio de lleno en el torso volcándolo en el suelo.

Ambos peleaban con todas sus fuerzas rodando de un lado a otro sin que los demás consiguiesen separarlos.

—Os mataré —. Dijo un marido dispuesto a cualquier cosa —.

Ella es mi esposa.

—Aún no ha sido consumado —. Dijo mientras intentaba soltarse del agarre del cuello.

Judá apretaba con más fuerza esperando dejarlo sin aire cuando este soltó la peor de las mentiras.

Como si su enemigo le quemara, lo soltó y se quedó congelado en el suelo. Julián tosió intentando recobrar el aire cuando volvió a repetir.

—¿Estáis dispuesto a matar por una mujer que se entregó a otro?

—Mentís... mentís —. Dijo poniéndose de pie e intentando recordar la primera noche junto a Gadea —. ¡No es cierto!

Confundido observó a una Gadea que empalideció al instante de oír las palabras.

—¿Me habéis engañado? —Amice la monja se ubicó junto a la recién estrenada esposa y Judá comenzó a recordar su sueño incontrolable después de beber la copa de vino que ella le había ofrecido unos minutos después del amor —. Os reíste de mí...

Gadea sintió que el corazón se le partía en trozos ante el sonido de su voz. Él no la acusaba, no la insultaba, era mucho peor... se desilusionaba. Quiso acercarse, acariciarlo, suplicar su perdón pero Judá se giró como si al sentirla cerca lo ensuciase.

—Yo no sabía que hacer... lo siento...

Judá escuchó sus palabras incrédulo. Una parte de su cerebro deseaba que ella gritase que era mentira, que jamás lo había engañado, que jamás lo había tomado como un imbécil. Sentía que sus sentimientos habían sido utilizados por la astucia de una mujer que simplemente buscaba un marido en el que refugiarse. Uno tan idiota que no se diese cuenta de su infidelidad.

—Judá —. Haym gritó intentando retenerlo.

—Marcharos, ella nunca os perteneció. Será mía en cuanto demuestre que el vuestro es un matrimonio sin consumar.

Gonzalo y Beltrán se pusieron a su lado pensando que Judá se giraba para retomar la pelea pero este sentenció con frialdad.

—No me importa. Ya no —. Dijo antes de marcharse por la puerta dejando a una novia que no cesaba de llorar en brazos de su hermana.

—¡Fuera! —El dueño de la casa alzó la mano indicándole la salida frente a un sonriente Julián que se sentía más satisfecho que nunca.

Beatriz intentó acercarse pero las lágrimas de Gadea, arrodillada en el suelo, no le impidieron gritarle cual loba herida.

—¡Me engañasteis! Vos lo sabías y no fuisteis capaz de advertirme... os creía mi amiga... mi hermana.

—No es lo que pensáis... por favor, debéis creerme...

Gadea se levantó ayudada por su suegro mientras negaba con la cabeza. Lope sostuvo del brazo a su esposa para que no la siguiera. En ese momento Beatriz no era bienvenida.

—Dejarme ir, debo explicarme. Ella no lo comprende pero no quise hacerle daño, él me prometió...

Lope abrazó a su esposa con el mayor de los cariños mientras la guiaba hacia la puerta de salida. Era el momento de marcharse.

—Yo, yo... me iré —. La joven habló a Haym, que con la mayor de las amabilidades entró al cuarto y pidió que lo dejasen a solas con la llorosa esposa.

—¿Y dónde exactamente pensáis ir?

—Yo... yo... —Dijo con la voz embargándole el cuerpo.

Su padre la rechazaría, eso era evidente pero tener delante a su suegro era demasiado. Sus pensamientos deberían ser los peores —. Un convento, alguno podrá alojarme...

—Hija... —la voz de Haym era tan suave y cariñosa que la hizo sentir aún más culpable y sucia que antes —. No iréis a ningún convento. Este es vuestro hogar. Sois la esposa de mi hijo ante los ojos de Dios y ante los míos.

—Pero yo... vos no comprendéis —. Gadea se preguntó si es que Haym estaba sordo y no había escuchado las acusaciones de Julián. Por amor al cielo, ella se había entregado antes del matrimonio. Las lágrimas comenzaron a nublar su vista de nuevo y comenzó a caminar buscando sus peines para introducirlos en el cofre.

—El que sea capaz de reconocer que jamás ha pecado que arroje la primera piedra, ¿no es eso lo que dice el Mesías?

Gadea cayó agotada en el colchón y se cubrió el rostro húmedo por las lágrimas.

—Fue sólo una vez, lo juro, creí que lo amaba, era una niña tonta y...

—Sh, no tenéis que justificaros ante mí, sé lo que la fuerza del amor hace a la razón. Intentad descansar y recuperad fuerzas porque las necesitaréis.

Gadea alzó la mirada y Haym sintió una pena enorme por la muchacha.

—Mañana comenzaréis una batalla y estoy de vuestro lado.

Haym se marchó y Gadea se lanzó sobre el colchón boca abajo para llorar aún más fuerte.

—Abuela, estás ardiendo —. La voz preocupada de Constanza se perdía junto al paño que utilizaba para secarle la frente sudorosa.

—Me pondré bien, sólo es un resfriado —. Dijo con la sonrisa

habitual y el brillo de la experiencia en la mirada.

Constanza aceptó sus palabras y rezó en voz baja al sentir el golpe sobre la cubierta de otra ola inmensa.

—Hoy más que nunca me apetece hablar, ¿quieres soportar a una vieja anciana y sus historias?

—Por supuesto.

Constanza descubrió al instante las intenciones de la abuela, intentaba distraerla para que no pensase.

Mentiras

Llevaba horas bebiendo pero ni con esas era capaz de olvidar. Los últimos acontecimientos le laceraban el alma. Con paso poco firme intentó caminar recto pero las paredes no cesaban de golpearle los hombros.

Furia y dolor circulaban por sus venas cual volcán descontrolado. La amaba y la odiaba con la misma intensidad. Lo había engañado. Sólo pensarla en brazos de aquel imbécil lo enloquecía hasta la desesperación. La imaginación le dañaba tanto como el más afilado de los puñales. Sus besos, sus caricias, su piel... Lo único que poseía y la había perdido. Una vez más un cristiano viejo le imponía su poder.

—¡No! — Gritó apresando con fuerza la cabeza entre sus manos suplicando que los pensamientos acallasen sus irónicas risas. Todos sus miedos aflorando nuevamente vengativos. Judá volvía a ser el converso insensible que creyó olvidado.

Tambaleándose más por la rabia que por la bebida, abrió la puerta del cuarto de la joven con tal brutalidad que esta golpeó tres veces contra las gruesas paredes de piedra. La luz de la luna era la única iluminación existente. Caminó dos pasos y odió reconocer ese perfume que aunque no sabiendo de que maldita hierba se trataba, sólo pertenecía a ella. Cerró los ojos, respiró su aroma en el ambiente y la odió un poco más.

La habitación era amplia y con escasos muebles pero algo se encontraba bajo sus pies. ¿Algo blando? Las voces de mujeres saltando del suelo y cubriendo sus cuerpos lo hizo sujetar la cabeza intentando comprender algo pero el vino de la Malaguita era tan malo como efectivo.

¿Se encontraba tan borracho que había equivocado el cuarto? No, pensó al verla incorporarse. Ella estaba allí. Los cabellos enredados y los ojos hinchados. Las lágrimas aún le humedecían las mejillas y la nariz, tan roja como una fresa, invitaba al consuelo. Uno del que él carecía.

—Fuera —. Dijo respirando profundo.

—No —. Juana lo encaró y él tuvo que contenerse dos veces para no arrojarla al suelo. El odio que sentía por su mujer se intensificaba tanto como la devota fidelidad de sus malditas amigas.

—¡Fuera! —Dijo alzando la voz hasta hacer temblar las paredes.

Las mujeres temblaron pero fue la orden de Gadea lo que las llevó a abandonar la habitación.

—Hermana, está furioso, podría mataros —. Dijo Juana afligida mientras era guiada hacia la puerta por una Gadea que apenas era

capaz de hablar.

—Merezco su odio —. Dijo mientras las invitaba a salir y cerraba la puerta.

Gonzalo, espada en mano y a medio vestir, apareció e inmediatamente fue guiado por una Juana desesperada.

—Ayudadla, va a matarla —. Las lágrimas de Juana se sumaron a la de las demás que caminaban intentando diseñar algún plan de rescate.

—¿Judá es quien está dentro?

—Sí, sí —. Contestaron todas al unísono esperando que el caballero tomase su arma y la rescatase.

Gonzalo agachó la cabeza y miró hacia abajo para mirarla a los ojos. Juana era bastante más pequeña que él, pero, aunque escasa de altura no por ello carecía de valor.

—Debéis retiraros.

—¿No vais a ayudarla? —Dijo intrigada para luego gritar con enfado —. ¡Cobarde! Dejadme vuestra espada, yo misma la defenderé.

Gonzalo no hizo caso de los insultos, simplemente la sostuvo con fuerza contra su cuerpo hasta conseguir que se debilitase y llorase sobre su torso.

Él mismo sentía ganas de llorar. Las Ayala eran mucho más de lo que sus pensamientos pudiesen explicar pero ante todo De Córdoba era un caballero.

—Es su esposo, posee todos los derechos. No podemos hacer nada... —Dijo apretando los dientes.

—¿Aún si la mata? —Gritó golpeando rebelde el duro torso.

Las manos fueron detenidas por el joven que, con fuerza pero sin dañarla, intentó explicarse. Violaría todas las reglas si la vida de Gadea corriese peligro pero eso no sucedería. El converso la amaba.

—No la matará.

—¡Cómo lo sabéis! — Gritó la monja fastidiada al sentirse una mujer indefensa en un mundo de hombres.

Muchas fueron las veces que la vida la enfrentó a situaciones en donde su poder u opinión no valían más que los pasos de una cucaracha. Sus propios sentimientos fueron juzgados e incomprendidos obligándola a desertar y fingir... fingir quien no era... engañar hasta la saciedad y esconder su verdad ante aquellas a las que hoy amaba.

—No la matará —. Reiteró el caballero extrañado al ver el perturbado rostro de la monja.

—No podéis estar seguro —. María respondió secándose las lágrimas.

—Judá la ama —. La voz de Beatriz apareció por los oscuros pasillos.

—No deberíais andar sola a estas horas —. Dijo Gonzalo negando con la cabeza. Aquellas mujeres eran lo más indómito que conociese jamás.

—Quiero estar a su lado.

—¡Por qué! ¡Vos la traicionaste! — Juana chilló con lágrimas en los ojos.

—No lo hice... —respondió suplicando perdón.

—Yo le creo —. La monja se acercó a la joven y la sujetó del brazo en señal de apoyo.

—Será mejor que vayamos a la cocina y nos sentemos a esperar. Un poco de caldo caliente es lo que necesitamos.

Gonzalo las empujó hacia la cocina mientras Beatriz se explicaba a toda velocidad. Sin que ellas se percatasen, miró por última vez la puerta cerrada y oró por no equivocarse. El converso era hombre de honor pero cualquier hombre lo perdería ante traición semejante.

Gadea cerró la puerta temblando de miedo. Judá podía matarla allí mismo. La ley lo amparaba. Muchas mujeres morían en manos de maridos justicieros. Esa era Toledo, así era Castilla y escritas estaban sus leyes.

Asustada quiso encontrar las palabras para explicarse pero los insultos de su marido resultaron más rápidos.

—Mentirosa, falsa, casquivana... —Judá no terminaba y Gadea secaba sus lágrimas en silencio. No podía enfrentarlo, ¿qué excusaba podría justificar semejante deshonra?

—¿Pensabais matarme y quedaros con todo? ¿Cuál era el plan? ¿Llamarías a vuestro amante y vivirías felices una vez que yo ya no existiese?

Las acusaciones la descolocaron. Aceptaba los insultos como parte del merecido castigo pero las infamias infundadas no las aceptaría. Ya cargaba demasiada suciedad como para aceptar un barro que no le pertenecía.

—No es verdad. Julián no es mi amante. No sabía que vivía.

—Quién dice que también no mentisteis en ello — Judá agitó la cabeza como si acabase de recordar eso pero sin aceptarlo —. Puede que todo estuviese planeado.

—Os lo juro, no existe nada de lo que pensáis —dijo intentando acercarse con lentitud —. Soy culpable de mentir pero no de más.

Gadea llegó a tenerlo frente a frente. Con temor alzó la mano queriendo apoyarla sobre su pecho. Deseaba su perdón, lo necesitaba, él debía saber que lo amaba. Necesitaba decírselo. Con las yemas de los dedos acarició su camisa y lo sintió temblar. Creyendo que existía una posibilidad de recuperarlo habló con dulzura.

—Sólo fue una vez, os lo juro, creí que lo amaba...

Las justificaciones de Gadea en lugar de calmarlo consiguieron despertar un odio que creyó calmado. La mención de López de Ayala y su entrega por amor revivió el infierno que llevaba viviendo durante las últimas horas. De un empujón se soltó de su caricia para gritarle con el fuego de los demonios en la mirada.

—Vuestras artimañas ya no funcionan conmigo.

Judá se acercó con el brillo del odio en la mirada mezclándose con las interminables horas de alcohol.

—Quitaros la ropa.

—¿Cómo? —A la joven le costó comprender los deseos perversos de su marido.

—No —. Dijo indignada por primera vez. La odiaba, la insultaba y ahora pensaba tomarla como si de una prostituta se tratase —. ¡No!

—Haréis lo que yo os diga, soy vuestro esposo y señor, no me provoquéis —dijo acercándose hasta casi pegar sus cuerpos —. Podría mataros si quisiera.

Las palabras golpearon sus oídos mientras las yemas ásperas recorrieron su delicado cuello. Gadea supo que debería temerle, cualquiera en su sano juicio lo haría pero algo consiguió erizarle la piel y no fue el miedo.

—Seréis mía oficialmente y él jamás os podrá reclamar sin sufrir el filo de mi espada en su vientre. Nunca os tendrá. Os mataré y me mataré pero él no os poseerá.

Las manos continuaron y ella cerró los ojos. Lo deseaba, lo quería y aunque su dolor era fuerte lo aceptó. Valiente contestó sin que la voz le temblase.

—No tengo amantes ni los tendré pero tampoco permitiré que me toméis con el odio de vuestro corazón en nuestro lecho.

—¿Vos no lo permitiréis?

Los fuertes brazos de Judá la alzaron por los codos para lanzarla contra la cama. La punta de su rápido puñal señaló la piel de su vena junto a la garganta mientras su fuerte cuerpo se posicionó sobre ella.

Puede que Gadea sintiese miedo de aquél hombre, hubiera sido comprensible, pero no, no lo sentía. El puñal y la agitación del converso provocaba sensaciones muy diferentes al miedo. Pena, furia, excitación o alguna que otra palabra que ella no conociese pero ninguna relacionada con el temor.

Ambos respiraban agitados, necesitados. El odio de horas anteriores, la pena de la traición descubierta se mezclaba con el deseo primario de posesión. Ese profundo y perpetuo interés de marcar a fuego más allá de las palabras o de la razón. Judá la necesitaba.

Gracias al cielo no era ninguna muchacha inexperta o se hubiese desmayo en ese mismo instante. Tampoco es que supiese mucho pero lo suficiente como para reconocer la pasión por encima del temor.

Con el valor de quien enloquecía por recuperar lo que a sus ojos ella misma había provocado, dejó de luchar y con las manos a los lados aceptó su derrota. Si deseaba recuperar lo que tenía debía conseguir aplacar la furia de su nuevo esposo. Judá estaba decidido a no dejarla marchar y ella no deseaba marchar. Si le permitiese hablar se lo diría con frases altas y claras pero su esposo no se encontraba en posición de conversar. Él necesitaba encarrilar sus sentimientos y ella no se lo impediría.

La negra mirada de Judá resplandecía y su brillo crecía con la misma intensidad que lo hacía su respiración agitada. Su dominio demostraba que no existía nadie más que él. Su fuerza dejaba claro un temor que jamás se atrevería a reconocer. No volvería a perder. Nadie le arrebataría lo que sólo a él pertenecía.

Cuando entró en la habitación intentó consumar un derecho que ya nadie reclamaría pero como siempre con esa mujer, nada resultaba según lo planeado. Lo que en principio creyó que sería un arma para conseguir sus objetivos terminó siendo algo demasiado retorcido pero terriblemente excitante. El filo de su puñal, ajeno a su razón, acariciaba de lado a lado el delicado cuello para bajar por el escote hasta lentamente cortar el inicio de su blusa. Ella no se movía, no se defendía y eso le provocaba una agitación cada vez mayor. Un ardor que lo quemaba más allá de la furia.

El puñal la rozaba pero no la lastimaba. Nunca podría hacerle daño. Aunque la odiase con todo su ser, la deseaba aún más. Con lentitud fue bajando el puñal y abriendo la tela que cual costosa tijera de costurera partía la prenda en dos. Como mares agitados, las telas abrían paso a unos tersos y precisos senos que acarició sin pensar. Míos, se dijo acariciando con los labios tan maravillosa posesión.

—Mía... mía —. Balbuceaba una y otra vez declarando sus intenciones.

Ella no contestaba pero no lo necesitaba, el aroma de su cuerpo y el calor de sus caricias en la espalda demostraban mucho más allá de las palabras.

Su oscura mente de hombre resentido continuaba maquinando, pero la necesidad de cuerpo se negaba a responder. La razón decía que ella era vil, traicionera y mentirosa pero sus manos no eran capaces de abandonar aquella a la que sólo a él pertenecería.

Con velocidad furiosa se quitó la camisa pero sin dejar de apuntar con el puñal el cuerpo desnudo. Ella lo observaba con un calor que conseguía hacerlo arder. Maldita mujer... se dijo intentando comprender aquello que no poseía explicación. Debería odiarla y no

necesitarla.

El filo del arma continuaba viajando por las femeninas curvas rodeando los senos y bajando por el centro de su delicado torso contorneándole la figura, y aunque en un principio intentó demostrar su poder, era él quien se encontraba arrodillado ante su dulce fuerza.

Ella no hablaba. El miedo frente al arma no la hacía llorar ni gritar sino que la encendía, se lo demostraba su respiración agitada. Que Adonay lo perdonase porque aquello lo excitaba hasta al punto del dolor. Cada paseo del filo de su puñal por la delicada piel la encendían y a él le despertaban al incontrolable deseo. Sabiéndose el peor de los pecadores llevó sus bajos instintos un poco más allá.

El arma presionó sus muslos para que se abriesen y ella obediente lo hizo ante un Judá que comenzaba a sentirse un ser superior, un Dios. Ella era su ninfa sometida al poder. Era suya al completo en voluntad, resignación y pasión.

Sonriente, pero con esa sonrisa que podría asustar, acarició ese pequeña parte de su cuerpo que en el futuro albergaría a sus hijos.

Gadea tembló ante el frío contacto del puñal contra su vientre pero se mantuvo silenciosa permitiéndole hacer.

—No os mováis —. Ordenó con voz ronca bajando el filo hasta allí donde la humedad del deseo se intensificaba. Gadea tembló pero no de miedo —. No os mováis —. Esta vez su orden fue menos intensa y algo más suplicante.

Tenerla allí y así era impensable. Entró decidido a tomarla sin permisos. Reclamando sus derechos y exigiendo olvidar a quien él pensaba que ella amaba pero su mujer le entregaba su valor y su pasión. Que el cielo se abriese y se lo llevase en ese momento porque muchos serían las vidas que quitaría si alguien intentase arrebatársela.

Con el desespero del hambriento colocó su cuerpo sobre su mujer y la penetró de una vez. Fuerte, certero y sin disculpas. Agitado y enterrado en su dulzura se incorporó esperando que ella abriese los ojos. Deseaba que lo mirase.

Gadea, como si supiese la razón de su falta de movimiento abrió los ojos para encontrarse con su esposo mirándola fijamente mientras, enterrado en su cuerpo, apuntaba el puñal en la comisura de su labio delineándolo lentamente. Valiente entreabrió la boca demostrando su total sumisión y aceptando su forma de amar. Judá era así y así lo amaba. Lo deseaba con la misma pasión que él le demostraba.

Verla tan receptiva lo dominó de tal forma que apenas fue capaz de rozar la humedad de sus labios con el filo del cuchillo antes de lanzarlo contra el suelo y devorarla con desespero. Sus lenguas se enredaron y sus cuerpos se poseyeron agitados, furiosos, enfadados y necesitados. Odiaba amarla... moría por amarla...

La cama se movió con fuerza bajo un hombre que no cesaba de marcar a la mujer que a nadie más que a él pertenecía.

Con el sudor recorriéndole el torso se introdujo una vez y otra hasta que su cuerpo agitado se liberaba furioso. Agitado y casi sin fuerzas cayó a un costado mientras oliendo el aroma de sus cabellos enredados murmuró casi en silencio.

—Por ti, todo...

Traiciones de poder

El sol penetraba por la cristalera de la Primada coloreando las frías paredes de la catedral y hasta podría decirse que la luz de los cielos iluminaba el recinto como el reflejo de ángeles celestiales, ¿pero cómo podría el padre creador ser espectador y no intervenir en acto semejante? Dos almas, tan oscuras como la mirada de un ciego, planeaban destinos que no les pertenecían.

El sustituto del obispo simulaba rezar acompañado de la luz de los cirios mientras un hombre de escaso respeto, y menos aún de integridad, apoyaba la espalda y un pie en las gruesas paredes de piedra.

—¿Tenéis todo preparado?

El de la cicatriz asintió mientras se limpiaba las uñas con el filo del pequeño puñal de bolsillo.

—Los quiero muertos. A los dos —. El obispo sentenció mientras persignándose se alzaba del suelo.

—El viejo no representa peligro alguno.

El obispo recordó la posición de diplomático de Haym y se le revolvieron las tripas del asco. Aquellos judíos se vinculaban con la nobleza como si de un igual se tratase. Su sangre impía se mezclaba con las mejores castas del reino que se vendían por unas sucias monedas.

—Muertos —. Dijo sin dudarlo —. Creyentes de un Dios que no existe, infieles mentirosos que pretenden engañarnos con falsas conversiones. Asesinos de nuestro señor Jesucristo. No merecen otra cosa que no sea la hoguera eterna —. El obispo dirigió su mirada de odio hacia el conspirador para reclamar con asco en las palabras —. ¿Y vos? ¿Traicionaréis a nuestro señor para salvar a los vuestros?

El odio calentaba cada una de las palabras y la calma del caballero se esfumó. Con rapidez se puso firme y sujetando su puñal con fiereza contestó ofendido.

—¿Y vos reverendo? Decidme, ¿cumpliréis con vuestra palabra?

—Vuestro oro estará listo cuando el ataque sea llevado a cabo —. Contestó mientras agitaba la mano como si de espantar una mosca se tratase.

—Sea —. Contestó sabiéndose tan leal como el peso de su pago.

El sacerdote quiso preguntar más detalles pero el brillo de una piel tan negra como el carbón tras la cortina de su despacho lo puso nervioso. Rápidamente se deshizo del encomendado y se dirigió hacia quien le alteraba el alma... y los deseos.

—Qué hacéis aquí —. Dijo cerrando rápidamente la puerta del amplio despacho.

—No deseaba esperar. Lleváis días sin buscarme.

El joven se quitó la camisa mostrando sus amplios pectorales sabiendo el efecto que tenía en este y sonriendo malicioso al ver el sudor que comenzaba a rodar por la frente de su presa enfiló decidido.

—Debéis marcharos —. Dijo con poca convicción.

Muhámmad sonrió al sentir el triunfo en sus manos. Presionar a alguien como el sacerdote y obligarlo a someterse pudo resultar mal para sus intereses pero todo resultó según lo planeado. El burdel no era del todo malo. Poseía casa, comida y unas cuantas monedas con las que vivir, pero el reemplazo del obispo era un hombre con poder y una puerta hacia un destino mucho mejor.

—No podéis quedaros... —Dijo atragantado por el deseo al ver como el joven de músculos fuertes y piel negra se quitaba los pantalones dejando a la vista una virilidad gruesa y preparada.

—Viviréis el mayor de los placeres. Ninguna de esas mujeres podrá jamás compararse con lo que yo os doy.

La mirada libidinosa se reflejó en el experto amante y el cura tembló ante lo que estaba por llegar. Aún recordaba aquella posesión magnífica en el burdel y aunque deseaba repetir las sensaciones, una parte muy fuerte de él se negaba a ser dominado.

Intentando controlar la situación, se movió enfadado como si fuese a marcharse pero el joven, más grande y más fuerte, lo sujetó por el brazo y doblándoselo tras la espalda hasta el punto del dolor lo retuvo sin consideración.

—¿Es esto lo que buscáis? —La presión del brazo tras su espalda a punto estaba de quebrárselo. El peso del joven lo empujó por detrás sobre el escritorio mientras gritaba de dolor.

Muhámmad no soltó su brazo ni una vez, continuaba lastimándolo mientras desde la espalda alzaba su túnica para acariciarlo. El sacerdote se rebeló con rabia intentando deshacerse del joven pero no pudo.

—Mirad como os excita —. Dijo metiendo mano a su pene y estrujándoselo con fuerza.

El cura gruñó pero ya no de furia, su erección estaba dura y grande entre la mano de Muhámmad que no cesaba de moverla arriba y abajo ejerciendo la mayor de las presiones. Sin esperar ni prepararlo pateó sus piernas para que las abriese mientras lo tomaba con rudeza por detrás.

El sacerdote se retorció sobre el escritorio mientras se corría en las manos del joven que sonrió satisfecho.

—No os mováis, aún no he terminado —. Ordenó ronco.

El cura aceptó con los nervios de un corderito recién amamantado y Muhámmad disfrutó de su estrategia. El camino a un mundo mejor estaba cerca y el cura era su pase a un sin fin de riquezas al alcance de sus placeres.

—¿Cómo se encuentra vuestra abuela?

—Se ha dormido —. Constanza contestó nerviosa de encontrarse acompañada. Rápidamente cerró el libro y lo apoyó en su regazo con la rojez en las mejillas, con una niña que había sido pillada robando un dulce.

—¿Estáis acalorada, estáis bien? —Julián le preguntó interesado mientras acariciaba sus pómulos —. ¿Qué leéis?

Hizo ademán de recoger el libro pero la muchacha se lo quitó de las manos y lo estrechó en sus brazos. Extrañado pero sin darle mayor importancia comenzó a quitarse las ropas mojadas.

—¿Cómo has entrado? Preguntó mirando por la ventana hacia fuera e intentando no mirar aquél cuerpo tan masculino y bien formado y mucho menos con los calores que, después de leer, le habían subido por las piernas. Su abuela jamás había detallado nada parecido en ninguno de sus relatos.

—Llevo una copia de la llave en el bolsillo —. El capitán no dejaba de mirar a la muchacha —. ¿Seguro os encontráis bien? ¿Parecéis como afiebrada?

—Estoy perfectamente —. Dijo con un chillido ahogado al ver a tan glorioso espécimen descalzo y vestido sólo con sus calzones.

—Me pondré ropa seca y volveré arriba. Mandad llamarme si necesitáis algo.

El hombre hablaba mientras se daba prisa para vestirse y marchar.

—La tormenta parece haber calmado, llevo horas sin escuchar golpes de olas en la cubierta —. La muchacha habló intentando que Julián se explicase, parecía demasiado nervioso para una tormenta que ya no existía.

El capitán terminó de cerrarse los lazos de la camisa y la miró con tanta preocupación que Constanza no estaba segura si en verdad deseaba conocer lo que estaba pasando.

—Las lluvias y vientos han amainado pero he perdido varios hombres.

—Lo siento —contestó agachando los hombros.

—También hemos dejado de ver los faroles de popa de los dos galeones que nos escoltaban.

—Dios —dijo persignándose con celeridad —. ¿Piensas que se han hundido?

—No estoy seguro, pero podría ser.

—Pobre gente...

—Y pobre de nosotros.

—Por qué decís eso.

—Porque sin galeones que nos escolten estamos a expensas de

cualquier nave pirata que quiera abordarnos.

—¿Piratas? —Los ojos de Gadea se abrieron como su boca.

Julián hubiese deseado ser menos directo pero no sabía cómo, se encontraba verdaderamente preocupado. Llevaba suficientes años navegando como para saber lo que aquellos indeseables eran capaces de hacer.

—No os preocupéis, estaréis bien —. Dijo y se marchó ante una Constanza que agradecía al cielo que su abuela siguiese dormida.

Entre leños y ardor

El horno funcionaba mejor que nunca. El joven aprendiz empujaba con la pala los primeros leños del día ante la sonrisa confiada de su jefa. María llevaba gran parte del negocio. La calidad de los cereales, la masa y la entrega a clientes. Todo se realizaba bajo su estricta vigilancia. El pequeño Juan, tercer hijo de una pareja de agricultores, aceptó aprender el oficio por unas monedas. Sus ingresos ayudaban a los padres que de sol a sol encorvaban las espaldas hacia la tierra. El muchacho se esmeraba y María agradecía su buena fortuna.

Como si de una obra de arte se tratase envolvió los panes. Muchos de sus clientes pagaban por acercarle las hogazas a los hogares y ella agradecía los pedidos con una amplia sonrisa. Con felicidad cubrió sus cabellos. Aún seguían cortos pero no tanto como para confundirla con un hombre. En qué estaría pensando, se dijo divertida al recordar sus antiguas incursiones en el universo masculino. La necesidad la obligó a realizar actos que ya no eran necesarios. Todo marchaba perfectamente, todo circulaba cual ruedas de molino recién engrasado. Todo excepto él, pensó con los dientes apretados. Beltrán entró en la sala sin llamar, no necesitaba permiso, después de todo era el socio principal y malditamente fundamental. Solo un hombre podía llevar el negocio legalmente y eso lo convertía en insoportable. Y aunque más molesto que un grano pestilente en el culo, su desagradable presencia era forzosamente vital.

—Si me disculpáis.

María intentó recoger su cesta con los panes y huir de su presencia pero no lo consiguió. El caballero estorbaba el paso de salida. Con la cabeza gacha, paciente y conformista, hizo lo que se esperaba de ella. Aguantar.

—¿Dónde vais?

«De paseo con mis bellas damas», pensó divertida. ¿Dónde podía ir con una cesta cargada de panes en la mano y un niño esperando en la puerta? Cerdo idiota...

Con un marido desaparecido y un niño que alimentar, ¿qué otro destino le quedaba?. Juana llevaba razón, las mujeres deberían tomar el poder y puede que así se acabasen la estupideces en el reino.

—A entregar los pedidos, señor —. Contestó con simulada docilidad.

Su aparente sumisión pareció no gustarle ya que su ceño se frunció resaltando aún más la cicatriz cercana al ojo y que partía en dos su ceja izquierda. Cicatriz que muchos hombres de la época llevaban pero que en él era especial, diferente. Muchas veces María lo encontró acariciándola como si esta fuese un recordatorio de algo que

no deseaba olvidar.

—Me llamáis Beltrán cuando estáis enfadada, cerdo cuando creéis que no os escucho, ¿me pregunto qué pensáis cuándo me llamáis señor?

María agachó el rostro hacia la punta de sus pies ocultando la verdad de sus pensamientos. No sería bueno para la permanencia de la cabeza en su sitio.

—No me gusta que vayáis sola. La ciudad no es un lugar seguro.

María hubiese contenido su temperamento contando hasta diez si es que supiese contar, pero como no sabía, se limitó a continuar mirándose la punta de los pies.

Esperando que el discurso se terminase pronto se agitó con impaciencia. Ese hombre la alteraba. No deseaba tenerlo delante. Como todos, era prepotente y mandón. Se creía con derechos no otorgados pero no estaba en ella el poder de aclarárselos. El horno funcionaba y su presencia era un mal demasiado necesario.

—Se me hace tarde, me esperan.

—No me gusta que seáis vos quien los entrega.

La voz de Beltrán resultó ser una orden que no estaba dispuesta a aceptar. Puede que como mujer no se le permitiese muchas cosas, pero ella era una viuda, una que no deseaba hombre en su vida y mucho menos sus altaneras directrices.

—Soy la que consigue las ventas, esas que cobráis de muy buena gana —. La cabeza de María se alzó por primera vez desde su llegada y le mostró un odio que lejos de enfurecerlo le divirtió.

—Decidme señora, ¿utilizáis todas vuestras armas de mujer para conseguir esos clientes?

—Ya no soy esa —. El aire alrededor de la mujer ardió al igual que toda su sangre. No era una prostituta. Ya no.

—Sois como todas, un manojo de mentiras y engaños. Lobas disfrazadas de corderos, brujas hechiceras dispuestas a vernos caer en vuestras tretas —. María alzó la mano dispuesta a propinarle una bofetada pero la mano se quedó inmóvil en el aire bajo la fuerte presión del entrenado hombre. Maldito cerdo desgraciado pensó sin quejarse ni una vez de la fuerte presión en su muñeca.

Puede que muchas viesen a ese altanero y prepotente como un caballero de porte interesante pero no era su caso. Odiaba a los hombres en general y a este muy en especial.

—Soltadme —. Murmuró entre la rabia y el dolor.

Beltrán no sólo no le hizo caso sino que la pegó a su pecho y la retuvo con fuerza.

—Yo podría comprar todos vuestros panes... y vuestros servicios...

Beltrán mencionaba su pasado con total libertad y eso la asqueaba. Sabía lo que era, lo que fue, pero no escogió su destino sino el destino quien se encaprichó de sus desgracias. Una mujer sin hombre, sin derecho a trabajar y sin familia a la que recurrir, que otra cosa podían esperar. Su pasado era negro, pecaminoso e indecente, lo sabía sin la necesidad de que nadie se lo recordase.

—Os he dicho que ya no soy esa —. Dijo revolviéndose en sus propias palabras y entre sus brazos.

—Sin mi no seríais nada. Soy quien tiene el poder de haceros crecer o caer.

—¡No! Gadea... mis amigas —dijo con desespero—ellas me ayudaron. No os debo nada.

—¿Amigas? ¿Os creéis una igual? —La diversión en su voz la hizo perder las fuerzas. Él era más fuerte en todos los sentidos, físicamente y legalmente.

—Sólo pretendo sobrevivir, por favor, olvidaros de mí y permitirme vivir con decencia. Muchas son las mujeres del arrabal que os conocen y a las que encanta vuestra presencia.

—¿Celosa?

María sonrió por no llorar. Si él supiese que lo último que deseaba era sentir nuevamente las caricias no deseadas en su cuerpo. Si supiese que aunque una vez creyó sentir algo parecido al amor este la abandonó junto al adiós de su marido. ¿Celosa? ¿De ser utilizada y luego apartada como a una mugrienta por unas monedas?

—Entregaros a mí y olvidaros del horno y de acarrear la cesta cargada con panes.

—Por favor... él me abandonó —quiso explicarse, decir que le asqueaba su pasado, que cada camino errado que siguió fue porque era el único que existía para alguien como ella, pero no pudo. El nudo de la garganta se le atoró en la voz y en las entrañas.

—Vuestro marido no fue más que un idiota cristiano incapaz de aceptar su destino pero yo os lo puedo dar todo. Sólo tenéis que aceptarme.

—Vuestra merced no lanza más que insultos, dice ser mi salvación pero no cesa de proponer monedas por un lecho.

—¿Buscáis matrimonio? —La diversión y el desconcierto surgieron del hombre y María aprovechó para soltarse.

Ella no buscaba nada. Todo lo perdió la primera vez que cedió ante el primer borracho cerca de la taberna. Pocas monedas pero las suficientes para comer. Luego llegó él, su amante, ese que se dijo su protector, ese que se acostaba con ella pero que sus pagos le permitían el derecho de exclusividad.

—Si me permitís...

El temor de María se reflejó en el timbre de sus palabras.

Beltrán podría tomarla a la fuerza si deseaba y nadie se lo impediría, después de todo la violación a una prostituta no suponía castigo.

—Seréis mía pero puede que ya no sea tan amable —. María aceptó el desafío. Tomando la cesta entre las manos esperó a que le dejase paso para marchar rumbo a la Primada.

Beltrán se rascó el cuello al verla partir. Se comportaba como un cerdo y lo sabía, pero esa mujer lo traía de cabeza. Quizás si hubiese adquirido sus servicios cuando era posible no sentiría esa necesidad que ahora le carcomía por dentro. La deseaba al punto que odiaba imaginarla de otra forma que no fuese en su lecho.

Maldita mujer, quien sabe que embrujo le habría hecho para hacerse con el poder de su consciencia. Tenerla cerca lo perturbaba. Las putas del arrabal ya no eran mujeres suficientes para lo que necesitaba. Ella se negaba y seguía sin comprender el porqué. Estaba dispuesto a pagarle bien, incluso permitirle continuar con el horno. Podía comprarle mejores ropas pero así y todo continuaba negándose. Maldita hija de la gran perra, ninguna mujer se le negó jamás, las féminas no lo veían tan atractivo como a su primo pero acudían a su lado bastante sonrientes cuando las solicitaba, ¿entonces por qué esa dichosa arpía no aceptaba su dinero? Podría obligarla y así quitarse esa sensación de desespero, después de todo no era más que una mujer.

—Vuestra merced parece pensar importantes negocios —. Dijo el joven del horno acercándose con el rostro sucio de las cenizas.

—Estúpidos, más bien —. Contestó sonriente. A quien deseaba engañar. Jamás la forzaría. Esa mujer le gustaba y la deseaba dispuesta. Aún no comprendía muy bien el porqué. Después de todo, su melena era corta como la de un hombre, sus curvas escasas y su temperamento... uy, sí, ahí radicaba su poder, su temperamento era magnífico. Escondía un valor digno de una amazona y eso le provocaba hasta el ardor. Las muchachas bien educadas, temerosas, pudorosas y frías como un tempano abundaban pero las de sangre caliente y fuego en las venas, esas eran difíciles de encontrar. Bastardo, se dijo al pensar en el marido desertor. Él jamás hubiese marchado dejando atrás delicia semejante.

María caminó de la mano de su pequeño hasta la Primada. La vergüenza la acompañaba. Beltrán la lastimaba pero también la excitaba, lo sabía porque si de algo era conocedora era de los deseos de la carne.

¿Por qué yo? Se dijo mirando sus pintas. Sus atractivos eran nulos. Beltrán era conocido como un hábil seductor, incluso muchas fueron la que intentaron engatusarlo en un matrimonio ventajoso. Su familia era acomodada y aunque nuevo cristiano, muchas eran las que

ansiaban tan goloso botín.

El pequeño pareció sentir su tristeza porque se aferró con fuerza de su mano. El pobre tenía tanto miedo a la soledad y el abandono como ella misma. Aceptando la caricia del pequeño entró a la capilla mayor.

Una puerta abierta, unos sonidos masculinos que aunque extraños para algunos eran muy nítidos para alguien con su experiencia. Entre gemidos y jadeos encaminó rápidamente hacia la parte trasera para dejar los panes y marcharse sin ser vista. En aquella ciudad mientras menos se supiese mejor. Y ella sabía demasiados secretos.

Sin ti

El sudor caliente recorría su columna quemándole tanto como la vida.

El repiquetear de los aceros asustó a las palomas que huyeron buscando terrenos más apacibles. Uno, dos, giro y vuelta a atacar. Los pies de Judá se movían con la misma destreza que el odio por sus venas. Nada conseguía aplacar sus heridas. Tres fueron los días y las noches en las que se perdió en el alcohol y las malas compañías y una la mañana que llevaba entrenando hasta el descontrol, pero nada, la furia seguí allí instalada como espina de rosal en carnes tiernas.

Estoque, patada y respiración agitada nublaron su vista y a punto estuvo de desangrar a quien no debía.

—¡Primo!

La advertencia de Beltrán lo despertó de un combate que llevaba liberando en sus pesadillas. Los negros cabellos de aquél con quien compartía sangre e ideales le hicieron comprobar que ese en el suelo no era el endemoniado ángel del pasado.

Aturdido lanzó la espada al pequeño sirviente que por poco estuvo de perder la cabeza sino fuese porque se apartó dejándola caer al suelo empedrado. Asustado miró a su señor esperando ser reprendido pero este marchó con la mirada ausente junto al cubo de agua.

—No podéis seguir así.

—Meteros en vuestros asuntos.

La voz grave del converso dejó claro que cualquier reflexión no sería bienvenida.

—Haced caso a quien por primera vez buen consejo os entrega.

Azraq apareció acrecentando aún más la rabia de quien ya no se contenía. La inteligencia rechazaría cualquier contienda con el moro pero el raciocinio no gobernaba los pensamientos de Judá en los últimos tiempos.

—Otra vez por mi casa —. La acusación quedó flotando en el aire.

Puede que estuviese borracho y ciego por la rabia pero no tanto como para no descubrir las conversaciones del Azul con su recién estrenada mujer. Los celos ya no descansaban, lo atacaban por todos los flancos.

El acusado hizo oídos sordos a quien consideraba un hermano y se acercó a Beltrán a quien golpeó en el hombro. Juntos se criaron y juntos lucharon en más de un callejón como para sentirse ofendido.

—Mi hermana ha insistido en salvarle la vida a vuestra esposa, tozudez de mujeres —. El musulmán sonrió al ver el rostro disgustado de su amigo.

Comprendía su desolación. Las mujeres murmuraban por lo bajo pero años junto a su hermana agudizaron un oído que escuchaba más allá de lo deseado. No era idiota y caía en la cuenta del dolor de Judá. El muy estúpido estaba enamorado hasta las espuelas. Lo sabía porque él una vez lo estuvo aunque ese agua ya no movía molino alguno.

Beltrán se excusó de los hombres y marchó rápidamente como si la presencia del moro le incomodase, y aunque la ceja oscura se alzó sobre la mirada del Azul, Judá no se percató de nada. La vista se centraba en la inmensa puerta que abierta entregaba una vista perfecta del salón y la silla que Gadea había adquirido como propia. En ella pasaba grandes ratos bordando perdida en sus pensamientos y eso lo alteraba aún más. Debería matarla, odiarla, repudiarla, deshacerse de ella como la víbora mentirosa que era pero el valor lo abandonaba cuando de esa mujer se trataba. Nadie juzgaría su reacción, después de todo qué marido no se cobraría semejante injuria, pero las manos se le congelaban con el sólo hecho de pensar en lastimarla. La odiaba tanto como la quería. El corazón buscaba comprenderla pero la sangre pedía sangre.

El dolor lo quebraba. Confió en su honestidad pero lo engañó. Se burló y conspiró. Lo utilizó. Dos visitas inesperadas se acercaron a su esposa y supo que el momento de recuperar el honor se encontraba en esa sala.

—¡Deteneos! — La sujeción de Azraq lo enfurecieron hasta el descontrol.

Los reflejos de un caballero bien entrenado por la lucha y los callejones de Toledo lo pusieron contra el filo del puñal del converso pero el Azul no se inmutó. La negra mirada de la noche contra el azul del cielo se enfrentaron en un duelo dispuestos a todo por vencer.

—Ese hijo de la maldita madre merece morir, pero no aquí —. Sentenció el moro intentando hacerlo entrar en razón.

Los músculos de Judá se tensaban cada vez más. El fantasma del pasado hablaba con su mujer en el salón de su casa. Con la sinrazón gobernándole los impulsos intentó caminar pero el moro lo sujetó del brazo con fuerza nuevamente.

—Un cristiano viejo. Uno recién llegado de la lucha contra los herejes, ¿quién creéis que triunfará?

—Mi puñal en su garganta —. Los dientes apretados y la sinceridad en la voz grave del amigo hicieron sonreír al moro.

—Un duelo por honor de nada os serviría. Si perdéis le será entregada en bandeja.

—No perderé.

—Si ganáis también la perderéis. Ella no os lo perdonaría y su familia os arrastraría a un infierno aún mayor. Todo el dinero no

podría contra ellos. No nos quieren, nos consideran extraños en nuestras propias tierras. No luchéis con sus armas. No seáis estúpido.

Soltándose del amarre se hizo con el poder de su espada y se giró dispuesto a matar a su amigo en primer lugar.

—Sí, os he llamado estúpido y puede que os llame algo más si me dais tiempo, pero antes de morir permitidme que os diga que os creía más inteligente.

Judá titubeó un instante ante sus propios pasos. El odio y los celos no le permitían razonar. Llevaba días pensándola, soñándola, imaginándola en otros brazos y se sentía arder por dentro. ¿Inteligencia? Imposible cuando la mente no deja de imaginarla enamorada de otro.

Frustrado y sin reconocer el camino correcto arrastró sus manos furiosas por la negra melena. Era una bestia herida y desorientada.

—Ese hijo de perra pretende exactamente lo que hacéis. Pensadlo, ¿qué podría querer un recién llegado de una batalla? Se dice que no consiguió lo prometido.

Despertando de su letargo el cerebro del converso comenzó a ver con algo de claridad.

Azraq el azul podía estar en lo cierto. Los nobles necesitaban dinero para conservar el poder. Un dinero que una mujer en buena posición podría ofrecerle, una que no estuviese arruinada pero podría ser que él aún no lo supiese...

—Por las barbas del Cristo. Un raspamonedas... —Comentó al saber de muchos que regresaban de la guerra con más penas que glorias.

—Un raspamonedas —. Azraq soltó su amarre y agradeció no tener que luchar con tan fiero guerrero. Judá era de esos amigos que convenía no enfurecer.

—Lo mataré.

—Me cago en vuestros sesos. ¡No habéis comprendido nada! —Chilló acelerado —¡Podéis deteneros!

Judá no sonrió pero agradeció las palabras de su amigo.

Mataría a aquél bastardo pero primero lo desenmascararía ante los ojos de su mujer. Ella comprobaría quien de los dos era la verdadera rata.

La odiaba con todo su corazón pero una parte de él deseaba verla sufrir por haber amado a aquél desgraciado. Necesitaba comprobar como su primer amor se secaba hasta la raíz.

La aguja la pinchó pero no maldijo como solía hacer, tampoco rezó pidiendo perdón ni lloró por el dolor. Las lágrimas estaban secas y el cuerpo adormecido. Judá apenas se mostraba y desde aquella noche no regresó a su alcoba. Se hubiese marchado si hubiese tenido

donde ¿pero a quien pedir asilo cuando a nadie tienes para suplicar? Su padre había marchado dejándola a su suerte y pocas eran las almas dispuestas a ayudar a una mujer como ella. Una adultera mentirosa. Una capaz de ocultar y engañar con tal de ser feliz. Una que cometió un error que nadie deseaba perdonar. Una que mintió simulando una virginidad inexistente.

Molesta con el mundo que le tocaba vivir se chupó la sangre del dedo y continuó sin entusiasmo. Esa era la vida que le esperaba de aquí en más. Un sitio olvidado en un rincón del salón bordando lo que nadie jamás admiraría.

—Vuestras rojeces parecen ir mejorando y los huesos del pecho no se han roto —. Blanca la morisca hablaba sobre su mejoría pero al ver las inesperadas visitas prefirió apartarse.

—Querida —. Julián intentó conseguir la mano de Gadea de sobre el bordado para besársela pero esta se la quitó al instante. Disgustado pero sin demostrarlo sonrió con aparente comprensión.

—¿Qué otro daño deseáis hacerme? —La pena de la muchacha era tan honesta como sus palabras.

Los días en soledad le sirvieron para pensar y sentirse aún más defraudada. Julián, ese por el que lloró hasta la desolación estaba vivo. Vivo y sin dar señales durante cuatro años. Cuatro largos, tristes y desconsolados años.

—Jamás osaría lastimaros. No es más que el amor lo que a vos me une.

—¿Amor? ¿Os atrevéis a hablar de amor? ¿Qué sabréis vos de eso? Fueron mis ojos los que enrojecieron por vuestra ausencia, fue mi dolor el que me desoló al creeros muerto y ahora regresáis como si nada hubiese pasado. Decidme señor, ¿quién os ha prohibido enviar alguna señal de vida? Años sufriendo para hoy veros tan lozano como el más resplandeciente de los rosales.

—Me creísteis muerto y no fue más que una triste confusión. Las noticias se confunden bajo la dureza de la lucha.

—¡Nos aseguraron vuestra muerte!

El cansancio la asaltaban con la misma intensidad que las dudas. Era una mujer casada y no debería importarle pero una parte de ella necesitaba la verdad.

Los moros nos acorralaron, mucho fue lo que sufrí al creer que moriría sin volver a veros...

—¡Ya basta! Debéis marcharos...

—Venid conmigo.

—Soy una mujer casada —. Contestó indignada.

Puede que antes actuase como una inmoral pero no volvería a engañar. Respetaría el sacramento y conviviría hasta el final de los días con la pena de las olvidadas.

—Él no os desea. Anularemos el matrimonio. Él no merece a alguien como vos.

—¿Cómo yo? ¿Una mentirosa?

—Un judío no es digno de una mujer de vuestra altura. Él no merece pisar por las mismas calles que vos.

Gadea sintió que debía defender a Judá. Puede que él no quisiese saber nada de ella pero era un buen hombre y no merecía el desprecio de quien se consideraba superior.

—La familia de mi marido es conversa, ha abrazado nuestra fe y es un hombre honorable. Si vais a insultarlo será mejor que os marchéis. Vos y yo no tenemos nada que decirnos.

—Gadea...

—Os ha dicho que os marchéis —. La voz gruesa de Judá sonó caliente en el pescuezo del caballero que se giró alerta.

—La llevaré conmigo.

—Intentadlo.

La vergüenza en Gadea era tan grande que apenas podía hablar. Las palabras se le atragantaban pero igual consiguió hablar con voz firme.

—Jamás iré con vos. No por propia voluntad. Mi lugar está junto a mi esposo.

El caballero dejó entrever una incipiente furia que Judá hubiese calmado con su puñal sino fuese porque Azraq se interpuso entre ambos.

—Volveré —. Dijo algo tembloroso al ver el odio del judío en la mirada.

—Sea.

El caballero asintió aceptando el desafío y Gadea quiso morir en ese instante. Lo peor estaba sucediendo. Su pasado y presente se enfrentaban por su mal comportamiento. Beatriz, que hasta ahora se mantenía distante, se acercó junto al sillón de su amiga pero esta no levantó la cabeza al hablarle.

—Idos con vuestro hermano. No deseo volver a veros.

—Mi señora... Gadea...

—No merecéis mi amistad ni mi perdón. Marcharos y no volváis nunca más —. Beatriz intentó insistir pero Blanca, la hechicera, intervino para sujetarla del codo y acompañarla hacia la salida.

Judá observaba como el caballero marchaba y agradeció al cielo el control demostrado. Jamás pensó poder amenazar a aquél desgraciado sin acto seguido verlo desangrar por los suelos.

Ella no lo miraba y una parte de él quiso arrodillarse a su lado y agradecerle por seguir a su lado, pero otra parte era demasiado fuerte como para ver nada más que mentira y conspiración. Con

movimientos bruscos escapó del salón. Su presencia lo alteraba, lo confundía. Desear matarla y besarla lo volvían loco.

—¿Estáis bien? —Juana, que hasta el momento se mantuvo escondida tras los gruesos cortinados se acercó presurosa para tomar las manos temblorosas de Gadea entre las suyas.

La muchacha no contestó. Las lágrimas brotaban como cataratas silenciosas.

—No podéis seguir así. Acompañadme a dar un paseo. Lleváis días sin salir de la casa. Os enfermaréis.

—No puedo salir sola.

—Es cerca, nada nos pasará.

—No quiero infringir más normas.

Gadea se excusó apenada y Azraq, que aún seguía en la sala, se compadeció de la muchacha. Su hermana tenía razón, Gadea Ayala no era la más bonita de las mujeres pero sí una de las más atractivas. En estos días la observó en la distancia y la joven era una buena mujer.

—Iré con vosotras. También necesito estirar las piernas —. Gadea lo miró con los ojos rojos y húmedos y este se ablandó como miga de pan en leche —. Vuestro esposo no se negaría que os acompañe. Somos amigos desde la infancia. Jamás dudaría de mi.

—Perfecto, nos vamos —. Juana no esperó la contestación de Gadea. Tironeó de las mangas de su túnica y la puso en pie.

Su hermana no enfermaría, no la perdería.

Las comunes

—¿Me podéis explicar por qué acabo de golpear a un párroco?

Azraq el azul no podía dejar de mirar el cuerpo en el suelo inconsciente y que gracias a sus duros puños dormía cual angelito caído en el frío de los azulejos. Todo sucedió demasiado rápido, pensó intentando excusarse. La puerta se abrió sin aviso, las mujeres chillaron como gallinas asustadas y él, que se encontraba de espaldas ante la escena, se giró para atacar sin pensárselo dos veces. Tiempos difíciles, volvió a decirse intentando encontrar algo de redención.

Gadea se reclinaba junto al joven sacerdote comprobando que aún respiraba mientras Azraq se rascaba la nuca con una sonrisa entre divertida y un poco arrepentida, pero muy muy poco.

—Dejadme —Juana, que corriendo se acercó con una jarra de agua para asistir al pobre hombre que comenzaba a despertar, resbaló fruto de los nervios. El total del agua fueron a dar de lleno en el sacerdote que a punto estuvo por desmayarse nuevamente, pero esta vez fruto del ahogamiento.

Con tos profunda el hombre maldijo con todas sus fuerzas y Gadea se persignó al instante provocando la risa descarada del moro que ya no se contenía.

Las otras dos mujeres, que no conocía, se escondían en un segundo plano como ladronas de cacharrería, tras una de las grandes y redondeadas columnas de la antigua sinagoga. Interesado se rascó la barba y esperó. Desde su encierro en casa de Judá, supo que aquellas mujeres eran más de temer que cien becerros sueltos.

—No tengo dinero —. El párroco humilde y de los que parecía no haber muchos, declaraba asustado con las prendas chorreando.

Al ver al moro de casi dos metros, con un alfanje corto al cinto y una hoja más larga herencia de la caballería nazarí atada a la cintura, y una sonrisa que daba más miedo que diversión, se persignaba con celeridad. Quiso levantarse para huir pero las sandalias se le resbalaron en la losa mojada y por poco estuvo de caer sobre Gadea sino fuese porque el atacante lo sujetó agarrándole de la chorreantes ropas.

—Páter, permitidme que os ayude. Siento mucho la confusión.

El párroco de rasgos suaves y claridad en la mirada asentía más por temor que por comprensión. Ese moro se veía realmente fuerte.

—Nos asustamos al veros y Azraq pensó... él creyó... —Gadea no terminó de hablar y el moro se limitó a alzar los hombros en señal de disculpa.

—¿No vais a matarme? —Comentó incrédulo mientras su túnica chorreaba agua por los cuatro costados y se acariciaba la mandíbula agarrotada.

—Por el momento... —El Azul respondió con voz grave y el párroco se preguntó a qué distancia se encontraba la puerta de salida.

—Por favor, señor, haced el favor de disculparnos. No fue nuestra intención lastimarlos.

—¿Ah, no?

—Temimos que fueses uno de... —Juana se detuvo al instante y cambió rápidamente sus palabras, lo que hizo cerrar los ojos a su hermana suplicando no encontrarse ante un nuevo problema. Con los propios le bastaba.

El cura, que parecía ir recobrando la compostura habló con voz firme.

—Soy el sacerdote de esta iglesia y estas no son horas para que estéis aquí, por lo que os pido que os retiréis. El sermón será dentro de un par de horas. Nuestro Señor Padre agradecerá vuestra visita y plegarias de arrepentimiento.

El joven sacerdote escrutó con la mirada a un Azraq que no se dio por aludido en lo más mínimo. Puede que fuese un moro converso pero no de esos del cien por ciento convencidos. Las mujeres tras de la columna temblaron al escucharlo. Juana se acercó a su lado pidiéndoles calma ante los demás que las estudiaban sin comprender nada de nada.

—¿Qué está sucediendo aquí? Vosotros no habéis venido a misa ni buscáis el consuelo del Padre. ¿Por qué estáis en mi iglesia?

—¿Vuestra iglesia? Esta es La Mayor, la sinagoga —. Dijo Gadea extrañada.

—Fue donada por los nuevos conversos —. El sacerdote explicó, cansado de repetir siempre lo mismo. Todos ponían caras al escucharlo decir aquellas palabras, pero no les comprendía. El propio dominico lo había asegurado en sus declaraciones. “El templo será una iglesia y se llamará Santa María la Blanca y en la que tanto cristianos viejos como nuevos serán bien recibidos”. No comprendía el porqué de esos gestos extrañados.

Las mujeres cayeron al suelo como si se encontrasen agotadas ante una Juana que caminaba con pequeños pasos de un lado a otro.

—¿Juana? —Gadea tembló al preguntar.

—¿Páter, creéis en la santísima trinidad? —Juana habló como un señor.

—Por supuesto.

—¿Y creéis en las obligaciones de un buen cristiano?

—Por encima de todo —. Contestó seguro.

Azraq observó al sacerdote y se apiadó de su ingenuidad. Aquél joven parecía ser un hombre de buen corazón, un creyente de su fe y confiado de los buenos sentimientos. Un ingenuo que no duraría en Toledo más que un par de lunas antes de verse devorado por los

leones.

La jovencita engatusaba al inocentón y se decidió a descansar la espalda en la labrada pared de piedra. La hermana de Gadea era una serpiente con delicada piel y sonrisa de cachorrillo cándido pero a él no le engañaba. La corderilla ocultaba una persistencia del demonio.

—¿Y qué opináis del castigo a las esposas?

El sacerdote cada vez más extrañado alzó las cejas incomprensivo ante una Gadea que se acercó junto al Azul y se sostuvo de su brazo para no caer al suelo. Asustado sostuvo a la esposa de su amigo que no hacía nada más que negar con la cabeza.

—Es derecho del marido proteger el hogar —. Dijo sin saber si sus palabras contestaban o no a la pregunta pero su voz cansina decretaba que estaba perdiendo la paciencia.

—¿Y si los maridos castigasen a buenas mujeres? ¿No es de Dios cuidar de todo el rebaño?

Azraq, que recién comprendía la situación ocultó la sonrisa tras la mano mientras Gadea le clavaba las uñas en el antebrazo. El sacerdote, aunque joven y demasiado bonachón para la época, también comprendió al ver a las mujeres que continuaban con las manos estrechadas entre ellas y con el rostro gacho.

—¡No! El santo sacramento debe ser respetado. Sólo Dios puede romper lo que él mismo ha unido.

—Lo sé, páter, lo sé, y jamás me atrevería a ir en contra del Altísimo. Estas mujeres han enviudado y sus vidas han sido demasiado duras. No pueden volver a sus hogares o serán obligadas a casarse nuevamente. Páter, ellas ya no lo pueden soportar... ya me comprendéis...

El sacerdote abrió los ojos y se puso rojo como un tomate ante una Juana que se engrandecía ante sus propias palabras.

Gadea suspiró con fuerza pero mantuvo la boca cerrada y Azraq se compadeció de ella acariciando su mano. Sonrojada ante su propio atrevimiento, intentó alejarse pero él la retuvo amistosamente.

—Vuestra hermana es una serpiente disfrazada —. Murmuró sólo para ella.

—Una comadreja, dice mi marido y al que no estoy en condiciones de contradecir —. El moro lanzó una carcajada que hizo temblar las paredes provocando la sonrisa discreta de su nueva amiga.

Juana hablaba sobre mil y unas desgracias y el sacerdote, quien parecía haber estudiado en la escuela del sufrimiento, asentía comprensivo.

—Os comprendo y me apiado de vuestro dolor pero no poseo medios. Apenas si puedo llevarme algo de alimento a la boca. Creo que lo mejor es que busquéis refugio en el Señor. Estoy seguro que en el convento de Santa Úrsula os recibirán. Yo mismo hablaré sobre

vuestro sufrimiento y necesidad.

Las mujeres se asustaron aún más y el Azul tosió mientras se rascaba la nuca. Juana se quedó sin palabras, algo poco habitual en ella cuando la puerta se abrió con una morena de pelo corto que cargando una cesta con panes se detuvo perpleja ante la congregación que, estaba claro, no esperaba encontrarse. El moro la observó varias veces. Tenía el pelo corto, y aunque apenas pudo verla en casa de Judá, ahora que estaba delante supo que la había visto antes ¿pero dónde?

—He traído unos panes y algo de caldo —. Dijo mirando a Gadea y Juana como si no supiese que decir.

—Gracias María. Os presento al nuevo sacerdote.

—Páter —. Contestó precavida.

«María, María...» Se dijo el moro.

—María, claro María, vos sois María la...

—María, la panadera —. Dijo Gadea presurosa.

—No, vos sois...

—Vuestra merced se confunde de María. Esta es otra María de la que seguro habéis conocido —Azraq clavó el azul profundo de su mirada en Gadea quien habló con una firmeza que él no le conocía, pero que le gustó y mucho —. No existe otra María.

El Azul, a quien no le gustaba que le contradijesen, aceptó con una caída de cabeza de lado y una aparente humildad que en absoluto poseía. Ya se encargaría de investigar que diablos estaba pasando. La mujer de su amigo no podía tener una prostituta a su lado, no sin que este le pusiese límites a tan absurda amistad. Aunque viéndolas actuar dudaba de que existiese hombre que pudiese detener a esas insensatas.

—El convento no es un lugar para mujeres tan pobres. Páter estas mujeres no serían aceptadas. Lo más indicado sería un beaterio.

—Haced lo que queráis pero marcharos de mi iglesia —. El sacerdote se enfadó con la contestación.

Un beaterio, aunque con recintos para rezar, eran organismos fuera de la iglesia y por lo tanto fuera de la ley eclesiástica. Mujeres deseando protegerse por su propia cuenta y sin el beneplácito de los hombres ni la madre iglesia… No podía tolerarlo. Algo absolutamente incomprensible para alguien de fe como él.

—Por favor, páter, sólo unos días hasta que podamos encontrar un sitio seguro. No tienen donde marchar. Si sus familias las encuentran sufrirán más castigos y seguramente no sobrevivan —. Juana hablaba desesperada y Gadea se sintió con la obligación moral de intervenir.

—Páter, soy Gadea Ayala y mi marido es Alonso De la Cruz. Estoy segura que si nos ayudáis él recompensará vuestro servicios y el de vuestra iglesia con una limosna de lo más agradecida.

Al joven sacerdote le parecieron brillar los ojos y Gadea rogó porque Judá no la matase y se convirtiese en otra de las mujeres que necesitase alojamiento.

—No estoy seguro... —Contestó dudando entre la fe y las monedas que tanta falta le hacían para mantener el templo.

—Si no las ayudamos se verán obligadas a pedir por las calles —. Gadea dijo suplicante.

—O prostituirse —. La voz grave del Azul rebotó en el cuerpo de María que agachó la mirada al suelo en ese mismo instante.

—Santa María Madre —. Dijeron las mujeres asustadas y aún medio escondidas.

—Páter, no tenéis porqué preocuparos, nosotras las cofrades comunes nos haremos cargo —. Dijo Juana orgullosa.

—¿Cofrades comunes?

—No pregunte padre —. Dijo Azraq recordando las sabias palabras de Judá.

—¿Qué demonios es eso?

—Mujeres que ayudamos a otras mujeres. ¿No nos llaman comunes? Pues eso es lo que somos. Simples mujeres intentando sobrevivir.

—Os dije que no preguntaseis — . El sacerdote miró al moro que se limitó a alzar los hombros en señal de os lo advertí.

—Aunque quisiese no podría ayudaros. No tengo donde ir y no podéis quedaros conmigo. He vivido en una posada pero a partir de hoy deberé pasar noches aquí —. Dijo con la voz de quien no poseía ni un maravedí en los bolsillos.

Juana, quien pareció que un cirio se le hubiese encendido en la cabeza contestó con rapidez.

—Podéis quedaros en casa de mi hermana. Su marido estará encantado de daros cobijo.

—¿Lo estará? —Gadea no se creía lo que escuchaba. Judá la odiaba. Seguramente cuando regresase al hogar el cofre con sus vestidos estaría preparado y listo para ser arrojado por las escaleras rumbo a la salida —. Hermana yo no creo que...

—Oh, sí que lo estará —. El Azul habló divertido y Juana lo miró estrechando la vista ante tanta maldad.

—Bien, si es así...

El sacerdote contestó conforme. El trato resultaba ser magnífico para él. Podría conseguir una bolsa cargada con monedas además de vivir bajo un buen techo durante un tiempo. Un negocio perfecto. La iglesia, aunque bautizada como Santa María la Blanca, no era más que un edificio abandonado. Nadie acudía ha realizar sus rezos.

—Sea —. El Azul contestó divertido y Gadea reprendió con la mirada pero él no hizo caso. Saber la cara que pondría Judá ante

semejante panorama le divertía en exceso. Puede que así se olvidase de esas tonterías que tenía en la cabeza y se acercase después de todo a su esposa.

Las hermanas salieron por la puerta junto al sacerdote pero Azraq esperó a que estas estuviesen lejos para acercarse a María que con una sonrisa alcanzaba el pan y el caldo a las mujeres.

—Vos y yo hablaremos más tarde.

María asintió pero sin miedo. Ella era otra y no tenía porqué temer.

—Juana, esas mujeres ¿no son viudas, no?

Gadea preguntó temerosa al creer encontrar la verdadera razón por la cual debían estar ocultas y no podían ingresar en un convento.

—No. No lo son...

—Dios nos ayude —. Dijo antes de comenzar a recitar lo que ya creía olvidado. *Pater noster, qui es in caelis sanctificetur Nomen Tuum, adveniat Regnum Tuum...*

Mía

Asomado tras la ventana la vio llegar. Sus moratones comenzaban a desaparecer y su porte tan elegante como siempre lo hizo maldecir en el silencio de sus pensamientos. Tan pura, tan sublime, tan... mentirosa. Con la rabia de la traición circulando por sus venas bebió un trago de esa jarra de vino que últimamente no abandonaba. Llevaba la tarde fuera y las preguntas se amontonaron en su cabeza. ¿Dónde? ¿por qué? ¡Con quién! La intriga de los celos se fortalecieron al comprobar a su acompañante. Azraq el azul la seguía de cerca. Solicito cual fiel protector. Bellaco.

Atragantado con su propio dolor sorbió un poco de la bebida que no quemaba ni la mitad del dolor que sentía por dentro. Su amigo podría estar enamorándose de su mujer, porqué no hacerlo, después de todo él llevaba días ignorándola con el más profundo de los desprecios. ¡No! Se dijo arrastrando los dedos en los revueltos cabellos. Sufría por lo que abandonaba pero odiaba lo que poseía. Dios... murmuró confundido, la deseaba, la necesitaba con la misma intensidad con que la despreciaba.

Gadea le mostró un mundo que ahora se le negaba. Le enseñó una ilusión de igualdades y le hizo creer que valía algo más que sus vestimentas. Su corazón judío se rebeló con odio y su lado converso se indignó con el creador. Nada estaba bien. Podría despreciarla, repudiarla e incluso matarla sin que nadie se lo recriminase, sin embargo allí estaba, cual asaltante de caminos escondido esperando su llegada.

—Gracias por acompañarme.

—Un placer.

Gadea entró a la sala de un hogar que no sentía como suyo pero en el que debía permanecer por obligación y por ley.

—Deseáis que os sirvan algo...

Gadea se detuvo a mitad de camino sin saber cómo llamarlo y Azraq sonrió ante la inocencia de la joven esposa.

—Andrés es mi nombre cristiano pero mis amigos aún me llaman Azraq el Azul. Llamadme así lo deseáis.

—Lo deseo. Respeto vuestros nombres y no creo que el señor resida en una u otra palabra sino en la bondad de sus corazones.

Azraq, alias el azul, haciendo honor a su mirada tan profunda como el cielo asintió reconociendo que la esposa de su amigo definitivamente no pertenecía a este mundo. Ignorando la invitación a beber una copa preguntó interesado.

—¿Qué haréis con él? —Gadea se sentó en una de las cómodas sillas y lo miró sin comprender la pregunta —. Me refiero a vuestro

esposo. ¿Aún sigue sin hablaros?

Avergonzada movió los hombros. Era mentirosa, pecadora y adultera, todo en un mismo cuerpo de mujer.

—Dadle tiempo. Judá es un buen hombre, aunque a veces no lo parezca —. Sonrió al ver que la muchacha aunque con desganas sonrió un poco —. Nuestras vidas no han sido fáciles y no lo son aún, pero conseguirá ver la luz.

—O mi muerte...

—Si esa fuese su intención ya estarías sentada junto a la madre de Cristo.

La sinceridad del Azul la hizo temblar. Aunque odiase reconocerlo, su pecado era de los muy graves. La propia justicia aceptaba el degüello como pena ante semejante acto.

—Señora, id a descansar, mañana será otro día.

Azraq se marchó y, con el peso de la culpa en las piernas, caminó hacia el cuarto. Mañana sería otro día pero dudaba mucho que fuese mejor que el actual.

Con apenas la luz de un cirio, entró en su cuarto y se quitó el sayo sin ayuda de ninguna criada, deseaba estar sola. No fue hasta que se encontró con el único recubrimiento de su camisa cuando divisó la figura de un hombre junto a la ventana. Asustada quiso correr pero la voz grave la detuvo en el sitio. Aquél era un hombre desconocido, uno que hasta el día de su casamiento no se había cruzado, pero uno al que debía aceptar en su lecho. Nerviosa se acercó a la cama buscando una piel o algo que pudiese cubrir su desnudez física y sentimental.

—¿Dónde habéis estado?

—Un paseo por el mercado.

—He estado allí y no os he visto —. Judá se acercó lo suficiente como para ser iluminado por la única vela.

Sólo vestía pantalones. Descalzo, con las cicatrices del torso al desnudo y la barba naciente espesa y negra le daba un aspecto de un hombre al que se debería temer. Temblorosa caminó hacia atrás hasta chocar con el cabecero de la cama. Cual rapaz contra su presa él la siguió con paso lento. La negra mirada del converso reflejaba la tormenta que en su interior se desataba.

Entristecida por ser la causante de tanta pena, estiró la mano intentando acariciar su rostro y aplacar un poco el daño causado pero él retiró el rostro como si su contacto le quemase. Valiente la muchacha cerró los ojos y mordió sus miedos.

—Lo siento.

Judá podía odiarla pero no soportaba ver la pena en su mirada y la sinceridad en su arrepentimiento.

—¡No!

—Lo siento. Juro que lo siento. Jamás quise lastimaros.

La rabia brotó en las venas del converso. ¿Lastimarlo? ¿Sentía pena por él?

—¡Mentiste como una maldita bruja! Usasteis vuestras artimañas para hacerme parecer un imbécil. Confabulaste con vuestro amante para deshaceros de mí. ¿Qué es lo que buscáis? ¿Dinero? Pensabais haceros con todo y vivir en plenitud con vuestro amor de la infancia? ¿Es eso? ¡Responded!

Las lágrimas inundaban el rostro de Gadea mientras negaba una y mil veces con la cabeza. Agotada intentó explicarse pero la larga lista de acusaciones sin sentido la apabullaban sin poder replicar.

—Ni siquiera lo sabía vivo... —Dijo con la voz desgastada mientras caía sentada en el lecho.

Judá se revolvió nervioso mientras arrojaba al suelo la jarra y la copa de un mismo golpe.

—¡Mentís!

Sus palabras salían sin ser pensadas. En su cabeza se agolpaban locuras de celos injustificados y pequeños brotes de razón que apenas asomaban. Ella tenía razón. No sabía que su amor vivía. Él mismo se lo ocultó.

Las nubes de la duda comenzaron a ganar la batalla y Gadea se puso en pie rápidamente. Debía salvar su matrimonio o viviría en un infierno hasta el final de los días.

—Me enamoré de vos. No sé como pasó, pero lo hice. Tuve miedo —dijo presurosa apoyando el rostro húmedo en su espalda desnuda —. Mi señor, tenéis que creerme.

El calor del llanto femenino recorría su espinazo y quemaba su piel como hierro fundido. La zozobra le dominaba. El pasado regresaba a su presente para recordarle que no era más que un converso infiel, uno que no valía más que un marrano. Uno al que todo le arrebataban. Uno que no podía poseer nada de valor.

—¡No!

—Sí. Os quiero y esa es la única verdad. Puede que cometiese un error pero no por ello ensuciéis lo que por amor oculté.

Las fuerzas le faltaban y las esperanzas brotaban demasiado rápido. Temeroso de volver a sufrir lo que no sabía si podría soportar se giró y con una velocidad de guerrero entrenado sujetó el delicado cuello de la mujer entre los dedos callosos de su mano derecha.

El miedo le erizó la piel pero ella no se movió. Parecía entregarle la vida. Los dedos presionaban su garganta, podía deshacerse de ella allí mismo y vengar su hombría. Gadea lo miró y asintió aceptando su destino y eso lo enloqueció. Desconcertado estiró los dedos para arrastrarlos hasta su nuca y acercar el rostro humedecido al suyo.

Las bocas quemaban con sólo rozarse, así era siempre. Dos

cuerpos intentando dominarse mutuamente. Judá no cesaba de demostrar su autoridad pero Gadea no se permitía perder. Ella era suya pero él lo sería de ella.

—Os amo… lo juro…

—Callad

Necesitado, la despojó de las ropas que le restaban, pero esta vez la mujer no se quedó esperando en un segundo plano. Con impaciencia lo ayudó a quitarle la túnica y por poco estuvo de arrancarle la mitad de los cabellos con la premura.

—¿Señora deseáis quizás arrancarme la cabeza?

—Os deseo de muchas formas pero ninguna impedido…

Judá cerró los ojos recordando sus pensamientos de meses atrás. Una aburrida y perfecta cristiana, se dijo en aquellos momentos. Hoy la realidad le golpeaba como a un tonto inexperto. Que el cielo los amparase porque esa mujer sería su muerte.

—Aquí me tenéis, haced conmigo… lo que deseéis —. Contestó recostado en la cama tentándola y provocando su reacción. Y puede que un poco de perdón. Su perdón.

Le intrigaba saber hasta donde llegaría la osadía de su esposa. Él era dominante y no le gustaban los juegos de poder pero su interés en comprobar su reacción fue mayor que su orgullo.

Ella se sonrojó como el atardecer más primaveral y algo desilusionado le hizo gestos para que se acercase. Debió imaginar que no eran más que palabras. Después de todo no era tan valiente ni tan “cofrade”.

Gadea respiró hondo, una valiente no se asustaría. Su matrimonio no navegaba por aguas seguras y no estaba dispuesta a ceder a quien aún ni siquiera había conquistado. Judá era suyo, su marido y de ninguna más.

Con seguridad terminó de quitarse la túnica para quedarse delante de él de pie y absolutamente desnuda. No era la primera vez que él la veía sin ropas pero sí la primera vez ella se mostraba sin tapujos. Erguida y con la frente en alto se dejó observar. Su marido parecía devorarla con la mirada, la reacción de su cuerpo se lo dejaron claro. Tumbado en el lecho la envolvía con su profunda mirada.

—Acercaros —. Dijo ronco y con la mirada tan negra como la tierra más fértil.

Obediente, se acercó a paso lento hasta que se lo pensó mejor. No, no era su obediencia lo que a él lo excitaba. Con decisión se acercó y sentó sobre él. Cuando Judá estuvo a punto de tomarla por la cintura para arrojarla bajo su cuerpo ella apoyó ambas manos sobre sus fuertes hombros para detenerlo. Extrañado preguntó con la mirada.

—Permitidme…

En ese momento le hubiese entregado la vida y habría respondido que sí si fuese capaz de comprender que era exactamente lo que debería permitir.

Gadea se posicionó sobre él y con besos lentos besó su rostro mientras susurraba con el corazón.

—Os amo... —Judá se revolvió ante las declaraciones pero Gadea apoyó el total de su peso sobre el suyo mientras lo besaba. Él podía deshacerse de ella como de una pluma pero no pudo. La presión de sus labios por su torso pesaban más que cien ruedas de carretas —. Os amo... —repitió besándolo una vez y otra más.

Sus caricias quemaban como el mismo fuego ardiente que sanaba. Heridas mal cerradas cicatrizaban ante su contacto.

Con ternura e intentando controlar las fuerzas acarició su larga melena que bajaba peligrosamente por su cuerpo. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar? Gadea era cristiana y como tal demasiado puritana.

La mujer rozó su vientre pero al instante comenzó a subir hasta alcanzar su cuello nuevamente. Sonriente tomó su rostro entre las manos y la miró divertido.

—¿No lo disfrutáis? —Preguntó insegura.

Intentaba complacerlo, ser lo que otras sabía que eran o que hicieron pero no estaba segura. Judá era demasiado hombre y ella no se sentía tan mujer.

—Demasiado —. Contestó conservando el buen humor —. Esposa, ¿me amáis? ¿En verdad lo pensáis? —Sus dudas luchaban por desaparecer.

—No, no lo pienso, lo siento. Mis sentimientos son reales. Jamás os mentiré, no es de mi corazón hacerlo. Mi vida os doy como palabra.

Sus palabras hicieron remover todos sus humores. Pensó que se desmayaría ante algo que jamás pensó escuchar. El amor no era algo previsto y mucho menos algo que se creyese merecedor.

—Tomadme —dijo dejándose envolver por la dulzura del momento — pero hacedlo al completo, nadie os juzgara. Sólo vos y yo estamos en nuestro lecho. Hacedme vuestro como vos lo sois mía.

—Pero el padre altísimo... —contestó insegura.

—Él os dio un cuerpo, una vida y un esposo. Vuestro Dios os entregó a mí y yo deseo que actuéis con libertad.

—¿Libertad ?

—Sí.

Judá hubiese aclarado exactamente el tipo de libertades que le otorgaría pero los besos de su mujer lo silenciaron además de provocarle una pérdida de razón.

Sus manos ásperas la sostuvieron por las caderas indicándole los pasos a seguir y ella, cual fiel alumna, los cumplió. Sus caderas se

elevaron para luego bajar hasta posicionarse como dueña y señora de un cuerpo que le deseaba pertenecer.

Envuelto en su calor pensó lo maravilloso que se sentía ser poseído. Entregarse a las caricias sin temor a las sinceridades. Ayudándola y enseñándole el camino se elevó para incitarla a moverse con mayor rapidez.

—Sí, así —. Él sería su único profesor, su único maestro —. Os enseñaré, me tomaréis con todo vuestro cuerpo y me besareis allí donde hoy no os habéis atrevido...

Gadea hizo el intento de detenerse ante sus palabras pero él la apresó con fuerza de las caderas para que profundizase su posesión.

—Cabalgadme —. Comentó a punto de perder la razón.

La joven se apoyó en sus hombros y se rozó una vez y otra hasta sentir como el cuerpo se le agitaba con tal ferocidad que sólo era capaz de continuar para sentir esa liberación que el cuerpo de su esposo siempre le ofrecía.

Subió y bajó con fuerza hasta que su torso se estiró más allá de lo normal. Judá exclamó una barbaridad antes de presionar con fuerza sus manos en las caderas y clavarse en ella con dureza.

Ambos alcanzaron la cima juntos pero su cuerpo fue el primero en caer derrotado. Con letargo se adormeció sobre su fuerte pecho ante las caricias de Judá desenredándole los cabellos.

—Os amo... —Susurró quedándose dormida y sin poder escucharlo a él responder.

—Y yo a vos... yo a vos... aunque mucho me pese...

—¿Qué hacéis aquí? —La voz temblorosa de María demostraba pavor.

—No veo porqué no debería venir.

El cura cerró la puerta de la casa dejando al otro lado a su perro jorobado mientras la muchacha suplicaba nerviosa.

—Ya no os pertenezco. Trabajo como panadera.

—El horno del judío.

—Beltrán Santa María es cristiano —. Dijo mirando a los lados de su pequeña casa. Una mesa y un lecho eran sus únicas posesiones. Asustada intentó parecer valiente y alzar la barbilla —. Soy una mujer libre.

La sonrisa del reemplazo del obispo resonó en la casa de adobe y la muchacha tembló.

—Yo pensé...

—Vos no pensáis. Sois una puta y hacéis lo que yo os diga. ¿O deseáis que me lo pague con nuestro hijo?

—No, mi hijo no...

—Bien, entonces dadme lo que necesito y me iré sin lastimaros

a ninguno de los dos —. El obispo se acercó a la mujer a la que besó con aspereza.

María intentó contener la repulsa al sentir el hedor a sudor y cirios en la piel del sacerdote. Cerrando los ojos abrió las piernas y rezó porque aquél momento pasase pronto.

Furioso y con más cólera que cuando llegó, salió de la humilde casa pisando el suelo embarrado. La visita a María lejos de apaciguarlo lo había alterado aún más y todo se debía a aquél desgraciado. Insatisfecho caminó perdido intentando calmar esa sed que lo carcomía por dentro. Sodomita, se acusó asustado. Era un pecador y no podía controlarlo. Muhámmad lo satisfacía mil veces más que cualquier mujer. Nervioso entró a su aposento y quitándose la túnica por encima de la cabeza dejó a la vista su torso desnudo. Con el remordimiento del pecador se arrodillo en el suelo y sin compasión se golpeó una y otra vez hasta desgarrar la piel de su sudorosa espalda con las cintas de cuero.

Acostarse con mujeres cambiando favores por redención era un pecado comprensible y tolerable, después de todo eran las mujeres las culpables de su embrujo, pero la Sodoma no tenía justificación, su pena sería el infierno.

Con ardor en el cuerpo recordó el negro cuerpo del joven poseyéndole y el cuerpo dolorido respondió bajo los calzones ensangrentados. Asustado ante el poder del simple recuerdo del muchacho, torturó una y otra vez su espalda hasta caer boca abajo agitado y terriblemente excitado. La visita a su antigua amante no consiguió calmar ni siquiera la mitad de sus necesidades.

—¡Un niño muerto!

Los gritos de la gente cerca de la Primada entraron por la ventana anunciando la muerte de otra alma ingenua. Gritando de furia se apresó la cabeza entre las manos mientras suplicaba el perdón en perfecto latín. Él sólo deseaba cumplir la voluntad del divino.

De moros y judíos

Con el calor de su cuerpo quemándole aún en la piel huyó en la oscuridad de la noche. Las tormentas de su cabeza volvían sin tregua. Las espuelas se clavaron con fuerza en el costado del animal que saliendo por la puerta de la Bisagra encaminó directo a su destino. El pradillo de la Vega.

Turbado en sus pensamientos consiguió llegar mucho antes de lo previsto. Los moriscos preocupados con su presencia acercaron sus manos a la espada pero rápidamente fueron detenidos. Judá soltó el caballo con libertad para que pastase mientras se acercaba a las antiguas ruinas romanas. Allí se reunían todos los martes aquellos que, ocultando sus antiguas raíces moras y lejos de la muralla, oraban, hablaban y pensaban aquello que no estaba permitido pensar.

Con el paso firme caminó hacia el antiguo amigo o puede que actual, ya no lo sabía. Sólo deseaba verlo lejos de su hogar, de su familia y de su mujer. Sólo suya.

—¿Dónde la habéis acompañado?

La pregunta no resultó en absoluto amable y Azraq hubiese sonreído si no fuese porque Judá en aquellos estados de furia no era rival de ser ignorado.

—¿Qué os ha contado?

—No cabéis vuestra propia tumba —. Contestó Judá entre dientes.

—Lo intento pero me lo ponéis difícil.

Judá se puso en posición de pelea y Azraq negó con la cabeza. Lo sabía algo enamorado pero el que tenía delante era un hombre flechado hasta los huesos.

Apabullado al sentirse incapaz de dominar su furia, Judá confundido, se sentó en unas piedras de lo que fuese antes el circo romano. Sintiéndose el más estúpido de los hombres agachó los hombros intentando pensar.

Toledo, ciudad de tres religiones, se nutría con el conocimiento de sus culturas y amparaba las lágrimas de aquellos que tras sus murallas ocultaban su profunda verdad. Azraq, converso por necesidad, siempre fue su amigo. Ambos aprendieron a esconderse de todos y caminar de lado frente a los peligros. De origen humilde, la familia del Azul consiguió sobrevivir en un mundo para fuertes.

Los moriscos allí presentes rezaban a escondidas, se bañaban en viernes y practicaban su religión con temor pero con profundo sentimiento. La obligación los llevó por el camino de la conversión pero sus rebeldes corazones se negaban ante aquello que muchos de sus hermanos ya aceptaban. No, Azraq no lo traicionaría.

—¿Dónde?

La voz resultó agotada y el Azul se sentó a su lado apiadándose del amigo. Judá era conocido por su rebeldía, su sangre fría y la ferocidad de su puñal pero no por sentirse perdido.

La vida de morisco, como llamaban los cristianos a los conversos de su religión, no había sido nada fácil. Su piel también sintió el desprecio de las nobles miradas o las palabras injuriosas de aquellos llamados los enviados del profeta. Sus vidas podrían parecer paralelas en muchos aspectos excepto en uno, el más importante, él sí sabía lo que significaba el amor verdadero.

—Acompañé a ella y a su hermana a la Mayor —. Esperó que el mencionar a Juana calmara sus celos.

—¿La sinagoga tomada por el dominico?

—Hablad con ella. Esto no puede durar. Estáis unidos en matrimonio.

Azraq no negaba lo innegable, y la unión en santo matrimonio debía ser respetada hasta la muerte.

Los dedos de Judá arrastraron sus cabellos revueltos aceptando el consejo. Él también se sabía unido por lazos inquebrantables pero no eran esos sus temores. La furia brotaba de allí dentro, de ese rincón escondido entre las tripas y muy cercano al corazón. Pensarla besando enamorada, saberla entregada en otros brazos lo lastimaba como la más sangrante de las llagas. Creer que aún podía amar a aquél inútil lo desgarraba. Él no se sentía un caballero, no llegaba de guerrear por su rey y sus caras ropas no resguardaban un cuerpo de pureza noble. Él sólo se sentía un superviviente. Uno que navegaba en las aguas como podía. Mataba cuando la ocasión lo necesitase pero no se sentía un asesino, simplemente sobrevivía en unos tiempos en donde los estoques eran más rápidos que las palabras.

—El presente es demasiado tenebroso como para despertar monstruos desaparecidos. Aceptad el regalo que se os ha sido ofrecido, Alá sabe lo que hace.

—No estoy seguro —dijo cansado—. Creo que sólo he recibido un castigo.

Judá sonrió por primera vez al recordar la indómita esposa que le había sido entregada y el Azul lo acompañó en la diversión.

—Parece ser de las que piensan y eso es de temer. Con los años he llegado a pensar que somos los tontos al no percatarnos de su inteligencia.

Judá movió la cabeza junto a Azraq que lejos de estar divertido se encontraba pensativo. Esas mujeres eran mucho más que brujas. Su poder traspasaba los límites de los que cualquier hombre sensato debería temer.

—Necesito de vos.

El cambio de tono en las palabras de su amigo lo trajeron

nuevamente a la realidad. Judá parecía preocupado pero esta vez no cegado por los celos. Su frente se arrugaba mientras lo miraba con ese negro brillante en la mirada y que hacía temblar hasta a los más valientes.

—Hablad.

—He escuchado que se prepara un ataque en Toledo por parte de judíos y moriscos.

Judá arrojó la información que cayó por los hombros del Azul como agua helada del Tajo.

—Qué estupidez sería esa. Nadie en su sano juicio cometería semejante imprudencia. Capital de un reino que se empodera cada vez más y una doctrina que se afianza, eso sería una locura. ¿Quién podría creer mentira semejante?

—Alguien que intentase matarme.

—Muchos desearían veros muerto —contestó pensativo— pero el plan parece ridículo.

Judá era un Judío cuyo nombre era reconocido en el mundo del comercio de las telas, instruido e influyente en palacio y que levantaba importantes envidias entre los nobles de la ciudad pero ¿quién sería tan estúpido de crear un plan tan tonto e inculparlo de una forma aún más estúpida?

—Pero si pensasen que soy idiota...

—¿Con qué fin? —Azraq no seguía sus pensamientos.

—Mi padre.

—Vuestro padre cuenta con un importante cargo diplomático y muchos envidian sus posesiones pero vos sois su único heredero.

—Lo soy.

Judá escuchaba en voz alta conclusiones a las que él mismo había llegado. La idea de Zaaben e Isaac era descabellada siempre y cuando no fuese otra cosa que una mentira para llevarlo directo a la boca del lobo. Ellos pertenecían a su pueblo o a los que él consideraba los suyos, ¿por qué traición semejante?

—Intentaré ver que soy capaz de escuchar y os informaré.

—Sea —Judá se levantó pero Azraq continuó pensando en algo que lo turbaba —. Hablad.

—No tengo confirmación...

—Hablad.

—Dicen que un caballero de buenas vestimentas, uno de cicatriz en la frente os quiere muerto.

—Esa no es ninguna novedad. Muchos son los que desean verme bajo tierra. ¿Y quién no lleva una cicatriz en el rostro?

Judá palmeó el hombro de su amigo y este asintió sabiendo la base sin fundamento de sus intrigas.

—Vos no lleváis cicatrices en el rostro, ahora que lo pienso —.

Azraq dijo divertido mientras lo acompañaba en busca de la negra yegua.

—Y por eso las mujeres suspiran más por mi que por vos.

Ambos rieron con distención relajada por primera vez.

—Solucionad vuestros problemas. Localizad y matad a esa rata resucitada. Gadea no se lo merece

—Llegado el momento lo haré.

Azraq aceptó la contestación digna de un hombre de honor y lo vio perderse en la oscuridad de la noche hacia las murallas de la ciudad.

Como si de un espía se tratase, entró en la alcoba. La gruesa puerta se movió lentamente sin hacer apenas ruido. La habitación se encontraba sólo iluminada por los últimos rescoldos de leños ardientes. La cama con un bulto en el centro cubierto de pieles mostraban que ella dormía. Sola.

«Debo de estar enloqueciendo». Pensó al descubrir la irracionalidad de sus pensamientos. ¿Qué esperaba? ¿Encontrarla en brazos de su amante en su propia casa? Agotado de luchar con un cerebro que cabalgaba sin rumbo se sentó para quitarse las botas y la túnica. Se acostaría a su lado y la abrazaría con fuerza. Olvidaría en sus brazos aquello en lo que no deseaba pensar y mataría a quien se la intentase arrebatar. Puede que odiase su mentira pero más odiaba no poder respirar cuando no la tenía cerca. Con cuidado introdujo su cuerpo frío bajos las sábanas para acercarse al calor de su cuerpo y alma. La necesitaba para sobrevivir. Ella era agua fresca en la sequedad de un corazón que no recordaban como amar.

Asustada abrió los ojos pero su voz grave la tranquilizó.

—Soy yo —dijo mientras besaba su nuca semi cubierta por la larga y sedosa melena —. Soy yo... siempre seré yo. ¿Lo comprendéis?

Gadea asintió con la cabeza y él la besó ofreciendo una pequeña tregua.

—Yo... sólo fue una vez...

Judá la silenció con un beso. No deseaba hablar de aquél caballero. No quería escuchar verdades.

Acercando su necesidad al calor de su cuerpo la abrazó para poseerla como los amantes. Suave, despacio y sin treguas. Ella era Gadea Ayala, su esposa, su mujer, su sentido de permanecer y de renacer.

Nosotras

Cuando despertó él ya no se encontraba en el lecho y puede que aquello fuese lo mejor. Judá parecía haber cambiado su actitud pero no terminaba de fiarse. Los hombres no olvidaban un error y mucho menos uno relacionado con su mujer.

Se sentía fatal, la culpa la embargaba pero también la furia al sentir la impotencia de no poder explicarse. Los pocos momentos en los que se encontraba con su marido, las lágrimas brotaban y la garganta se cerraba atragantándole las palabras. Eran tantas las cosas que deseaba explicar pero Judá no se lo permitía.

Las noches anteriores se limitó a poseerla y ordenarle cual guardador de rebaños. Sentenciaba su derecho como marido pero se negaba a escuchar razones. Si tan sólo pudiese explicarse, si comprendiese que una mentira no la convertía en una mentirosa sino en una sobreviviente.

Dejando a un lado el desayuno se preparó para salir. No tenía sentido sufrir por aquello que no tenía remedio. Puede que fuese una mentirosa pero jamás una arrepentida. Si el tiempo se echase atrás, lo volvería a hacer. Una doncella arruinada no tenía futuro y Judá valía la pena. No se daría por vencida. Era una cofrade, una mujer, una común y su legítima esposa.

—¿Marcháis?

«Padre nuestro... ¿cómo puede ser tan grande y tan silencioso?» Con una sonrisa más de terror que de felicidad intentó disimular.

—Sólo es un paseo —. Dijo arrepintiéndose de la elección de palabras al instante.

—Esposa. Dónde...

—Yo...

—Sin mentiras.

Judá la ponía a prueba y su cabeza se agachó derrotada. Tenía razones para desconfiar y debía soportar el castigo. Quizás con el tiempo, se dijo creyendo que aún tenían posibilidades.

—Voy a la Mayor.

Judá se lo pensó unos momentos cuando contestó con firmeza.

—Os acompaño.

Le extrañó su comprensión, pero la presencia de Juana que entró con una cesta enorme y que escondió al ver a su marido, la hizo ponerse en alerta. Si Judá mataba a su hermana se quedaría sola en el mundo. Nerviosa intentó ponerse entre ambos esperando lo peor, pero éste no reaccionó. Sólo la miraba. ¿Intrigado? ¿asombrado? ¿desquiciado? Puede que un poco de todo.

—Yo... eh... buscaba a Gonzalo. ¡Gonzalo!

Juana chilló más en señal de auxilio que de llamado por lo que

el caballero entró en la sala a paso veloz. Apresurada lo sostuvo del brazo y lo guió rápidamente hacia la salida pero éste cual fiel caballero esperó la señal de Judá que asintió parpadeando una única vez.

Gonzalo acompañó a la pequeña comadreja divertido de la reacción de su señor. Judá, o Alonso De la Cruz como lo llamaban en la ciudad, estaba estático y sin palabras. Creyó oírlo murmurar algo así como “mujeres” pero no se detuvo. De su velocidad dependía la vida de Juana.

Judá intentó calmarse de lo que quien sabe qué acabase de ocurrir cuando un sacerdote, del que apenas reconocía el rostro, se acercó para agradecer su hospitalidad.

—Es un placer o eso creo —. Dijo buscando la mirada de su mujer que se alejaba con pasos hacia atrás.

—Vuestro ofrecimiento es una alegría que el Señor os sabrá recompensar.

—¿Ofrecimiento?

Judá no dejaba de observar a su esposa por lo que no se percató que su padre entraba en la sala tan elegante y con porte tan impecable como siempre.

—Estamos encantados que aceptase nuestra hospitalidad. ¿No es así hijo?

—Sea —. Murmuró con un leve declive de cabeza.

Los hombres cruzaron unas leves frases de rigor pero Judá no se creyó ninguna de las palabras de su padre. Gadea estaba por escabullirse cuando alerta, Judá se acercó para tomarla con suavidad del brazo y sonreír al invitado.

—Marchamos. Páter, espero verlo a nuestro regreso.

Los hombres asintieron elegantes mientras guiaba a su esposa rumbo a la salida.

—Ya me lo explicareis más tarde —susurró a su delicado oído y Gadea se revolvió inquieta

Caminaron en silencio. Era una soleada mañana, y aunque el aire aún se respiraba frío, él sol comenzaba a entibiar las casas. Ella tenía los labios sellados como uno de esos monjes cartujos de las montañas del norte pero él no hizo nada para amenizar el momento. A decir verdad no se sentía en absoluto incómodo. El paseo era tranquilo, reconfortante. Ella apoyaba la mano en su antebrazo y él la guiaba como lo que se sentía, su marido, su único dueño, su único señor.

Sin darse cuenta llegaron a la Mayor y aunque Gadea titubeó, llamó a la puerta.

—Pero... —Juana miraba a Judá desconcertada, pero él sonrió

con el brillo del colmillo derecho iluminándole la mirada.

Suspirando molesta abrió la puerta para dar paso a Gadea seguida de su recién estrenado marido. Judá abría y cerraba los ojos intentando analizar lo que allí pasaba pero no terminaba de entender qué es lo que sucedía.

Las columnas seguían intactas, los suelos de cerámica continuaban en su sitio, un par de mujeres comían un trozo de queso de la cesta. Todo parecía ¿normal?

—¿Quiénes sois? —La voz del hombre retumbó en la amplia capilla asustando a las mujeres que rápidamente se escondieron tras Gadea y su hermana.

La cabeza del hombre se ladeó intentando pensar con rapidez pero nada. La explicación no llegaba.

—No debiste traerlo —. Juana acusó a su hermana y Judá contestó rápidamente. Puede que aún no la perdonase pero no toleraría que nadie la recriminase, ni siquiera su hermana.

—No sois vos quien debe decidir dónde puedo ir con mi esposa, y si no queréis que os pregunte porqué el queso de mi cocina se encuentra en esa cesta —Juana agachó la cabeza— me diréis ahora mismo quienes son estas mujeres.

—Mi señor, soy Isabel y esta es mi vecina Inés.

Una falda que apenas levantaba del suelo se movió tras la columna y Judá se apresuró a empuñar su espada pero se detuvo al instante al ver a una niña de no más de siete años, con el rostro sucio y la camisa desgastada, acercarse temblando a quien imaginó sería su madre.

—¡No le peguéis! —La pequeña suplicó llorosa.

Judá miró a su esposa que aunque se lo pensó dos veces sabía que no podía volver a mentir. El momento de comenzar a confiar el uno en el otro se iniciaba.

—Están huyendo. Vienen de Zaragoza y no tienen donde ir.

—¿Desde Zaragoza? ¿De quién huis? —Preguntó aún creyendo conocer la respuesta.

—Sus maridos las golpeaban. A Inés por poco la mata —. Juana respondió rápidamente.

—Vuestros esposos...

—Están muertos —. Dijo rápidamente Juana pero Gadea negó con el rostro llamando curiosamente la atención de su marido.

—No voy a mentir. Ya no. Ellos están vivos y puede que las estén buscando.

Gadea se enfrentaba a su hermana por ser sincera con él y eso le llenó el orgullo.

—Deben volver a sus hogares.

—¡No! —La niña sujetó un palo que encontró en el suelo

intentando proteger a su madre y Judá maldijo para sus adentros. Él mismo mataría a los bastardos pero ellas jamás sobrevivirían solas. Las mujeres se convertirían en prostitutas y la niña... ella también.

—Mi señor —dijo Gadea en un intento de ablandar sus sentimientos—si las encuentran las matarán y la niña correrá el mismo destino o puede que otro mucho peor. Vos sufristeis la impotencia de que os arrebatasen a vuestra madre, permitid que las ayudemos.

—No puedo pelear contra el mundo por vuestras alocadas ideas.

—Crearemos un beaterio —. Dijo esperanzada.

—¿Ese no es un sitio libre de la iglesia? Pero este recinto se ha convertido en Santa María la Blanca —. Dijo rabioso al recordar el robo del dominico para convertir la sinagoga en iglesia.

—El páter nos ayudará.

Judá dudó de sus fervientes anhelos y contestó con frialdad.

—¿Cómo conseguirán sobrevivir? No son mujeres con recursos y necesitan de monedas con las que sobrevivir.

—Yo las ayudaré.

Blanca la morisca entró en compañía de su hermano que sonreía al ver la cara de espanto de su amigo.

—Os dije que eran listas —. El moro sonrió divertido y el azul de su mirada hizo suspirar a las presentes.

Judá rápidamente quiso comprobar la reacción del encantador hombre en su esposa pero esta hábilmente se giró antes de ser pillada.

—¿Y cómo pensáis hacer para que este ridículo plan funcione? —Dijo aún centrado en su mujer.

—Serán curanderas.

—Esto es una locura.

—No veo porqué. En la casa del marqués enseño las artes de la magia y vos lo sabéis mejor que nadie.

—Eso es diferente. Tenéis la protección del marqués. Nadie se atrevería a contrariarlo.

—Y aquí os tengo a vosotros —dijo mirándolo a él y a su hermano—. Judá sois un buen hombre, yo lo sé.

La mora acarició el brazo del converso con una sonrisa más que atrevida y Gadea giró el rostro para mirar la columna del fondo. No deseaba comprobar lo que sabía. Su marido y aquella mujer habían sido amantes y probablemente aún lo serían.

—¿Y vos?

—Yo creo que pueden hacerlo. Blanca ha preparado a muchas curanderas. Ellas se ganan la vida de forma respetable.

Gadea no estaba feliz por el camino en el que transcurrían las soluciones. No deseaba en absoluto estar cerca de Blanca. Puede que le agradeciese haberle salvado la vida pero de allí a compartir con ella

sus tardes, eso era harina de otro costal.

—Amice podría enseñar sus habilidades con las hierbas —. Juana contestó entusiasmada.

Judá se debatía entre la realidad y el deseo de aceptar aquella locura cuando Isabel se postró a sus pies suplicando piedad.

—Mi señor, no ruego por mi sino por mi hija. Es muy pequeña para tantos golpes.

—También a la niña... —Murmuró entre dientes deseando tener a aquél desgraciado delante.

—Está bien —dijo mirando firmemente a su esposa —pero vos no vendréis. Enseñar a mujeres puede resultar peligroso —. Gadea abrió los ojos como platos. Se prometió no volver a mentir y es lo que haría.

—No os obedeceré.

—¿Cómo?

—No lo haré —. El azul se carcajeó, pero rápidamente, al ver la mirada asesina de su amigo, se silenció—. Podría mentir pero ya no deseo hacerlo. Quiero ayudar y quiero que vos me lo permitáis.

—Es peligroso —. Dijo confundido al sentir que aquella contradicción no resultaba del todo desagradable.

—Por favor, deseo ser útil.

—Sois mi esposa. Esa es vuestra utilidad.

—Ellas me necesitan. He tenido mucha suerte al teneros a vos a mi lado pero ellas no son tan afortunadas —dijo con lágrimas atragantando su garganta —. Sé de lo que soy merecedora y acepto mi castigo pero vos nunca alzasteis la mano contra mí y os lo agradezco. Permitidme ayudarlas. Son mujeres tan comunes como yo.

—No sois ninguna común... —Las palabras del converso sonaron como algo más que la diferencia entre géneros. Su esposa no sólo era una simple mujer, ella era amable, de gentil corazón. Una joya que muchos hombres desearían tener.

Gadea le mintió, ¿pero cuántas veces los engaños brotaron de sus masculinos labios? Ni los mismos griegos poseerían tantos números para contarlos.

Gadea lo engañó, ¿pero quién arrojaría la primera piedra ante un mundo repleto de pecados?

Ella no era una sucia, ella sólo fue una victima, se dijo comprendiendo por primera vez las verdaderas diferencias entre un hombre y una mujer. Esas mujeres huían de los puños de sus maridos y Gadea de un amor que la abandonó. ¡Cómo pudo ser tan bellaco! Los celos cegaban al más inteligente, pensó buscando su propia redención.

—Podréis venir pero no marcharéis hasta que yo mismo os recoja. ¿Lo comprendéis?

Intentó parecer un hombre firme pero la sonrisa de su esposa lo

derretía con demasiada rapidez.

—Será mejor que marchemos antes que nos convenzan en ser curanderas a nosotros también —. El Azul dijo con voz grave y rascándose la dura piel de su barbilla.

Judá rió divertido ante la ridiculez de sus palabras. Hombres preparando hierbas, ayudando en partos y atendiendo dolores femeninos, menuda estupidez. El mundo no estaba tan loco... todavía...

La abuela no se encontraba mejor. Las fiebres continuaban después del largo día y ella poco sabía que hacer. Unos paños de agua limpia pero muy salada eran los que utilizaba para secar su rostro. La tormenta parecía haber amainado. Los fuertes pasos en la cubierta así lo demostraban. Todo parecía estar en orden, todo menos ella, que aún con sus ojos cerrados, se debatía entre un cuerpo que deseaba descansar y una nieta incapaz de permitirle marchar...

Su abuela lo era todo. Su padre siempre intentó mantenerlas alejadas explicando lo malo de su influencia, pero Constanza la amaba con el corazón y la razón. La terquedad de las comunes circulaba por las venas de las Olivares. Y ella era cien por ciento terca pero sólo un poco de Olivares, pensó recordando a su madre y sus penas...

Sentada junto a ella continuó leyendo. Conocía el manuscrito de memoria ¿pero qué podía haber mejor con lo que pasar el tiempo que soñar con el amor y la esperanza?

La señal

Dispuesto a descubrir quien estaba tras las alocadas persecuciones, Judá traspasó las puertas de la catedral. Buscaba alguna certeza. De frente en el portal mayor chocó con quien no hizo falta preguntar. La extrañeza al verlo fue tan grande como su sorpresa al chocarlo.

—Nada importante —. Contestó Beltrán pero no conformó a un Judá que arrugó más la frente —. María...

La voz del hombre se fue perdiendo y su primo sonrió pensando que no era el único estúpido por faldas subiendo las cuestas de Toledo.

—¿Y qué os trae a vos por la Primada? ¿Más cobros?

Judá arrugó los labios con la pregunta. Odiaba ser un empleado recaudador de pechos y rentas para la iglesia pero fue el trato al que llegó para ser liberado y debía cumplirlo. El honor y su palabra primaban por encima de cualquier venganza, pero si sus sospechas llegaban a fundamentarse en verdades, entonces que el Dios cristiano amparase a sus fieles porque su espada no tendría piedad.

Judá entró a la capilla mayor sin contestar y Beltrán lo siguió sin preguntar. Ambos eran así, donde el uno irrumpía el otro lo seguía. A decir verdad siempre fue Beltrán quien lo siguió.

Desde que Judá llegó a Toledo, este se convirtió en su hermano mayor. Eran inseparables, y aunque su padre, el tío de Judá, envidiaba la buena fortuna de los recién llegados, él siempre quiso a Judá como a un hermano. Después de todo porqué culparlos, ellos eran listos y su padre un patán.

Su progenitor los culpaba del total de sus desgracias pero él no, o quizás sí, pero sólo un poco... o puede que algo más que un poco pero nunca lo suficiente como para rebasar la jarra... o quizás sí...

—Esto os pertenece —. Con furia lanzó la bolsa con las dos monedas dentro al escritorio del cura que se removió en el asiento asustado.

El converso vestía una túnica impecablemente cara y el cuero de su cinto indicaban el poderío económico de su hogar pero esos detalles de nobleza no lo resarcían de ser un puerco. Para el sacerdote ese hombre llevaba el demonio dentro y sus ojos negros como la noche lo demostraban. Puede que se encontrasen en el Año de la Encarnación de Nuestro Señor un mil y cuatrocientos once pero ya llegaría el día en donde Satán fuese demostrado en las almas de los conversos y en el corazón de las brujas. Como martillo contra los herejes, el padre creador, los expulsaría del reino y quemaría en hogueras a aquellos a los que sólo las llamas purificarían. Alabado

fuese el señor y su justicia, se dijo mientras oraba para que esos días llegasen pronto.

Recuperado de su sorpresa, y sabiéndose con el poder del Cristo en los actos, lo encaró con el mismo odio del que era receptor.

—Alonso de la Cruz, no creo haberos invitado —. Dijo apartando la bolsa de cuero granate como si de una cucaracha molesta se tratase.

—Esta bolsa fue encontrada en los bolsillos de un niño de la calle. ¿No tenéis nada que decir al respecto?

—Pequeñas ratas de alcantarilla. Cumplen sus pecados según el señor se los impone pero insisten en reiterar sus condenas y caer en la avaricia y el robo como almas infieles que son.

El reverendo intentó dar por zanjada la conversación pero el converso parecía dispuesto a sentenciar pena allí mismo.

—Reverendo —dijo deletreando la palabra—¿reconocéis entonces que os pertenece?

Judá apresó con fuerza entre sus dedos la empuñadura de su estoque sobresaltando a Beltrán que se incorporó recto.

—La bolsa parece de la iglesia pero no recuerdo a ningún niño ladrón. Preguntad a esa pequeña rata y dejadme a mí en paz. No tengo tiempo para atender vuestras intrigas.

—Os daría la paz que deseáis si no fuese porque el pequeño cuerpo yace desangrado en un portal —. Dijo apoyando la mitad del cuerpo sobre el escritorio para mirar a los ojos y al mismo nivel al reverendo que no se amedrentó ni un poco.

—Alonso De la Cruz —esta vez fue el cura quien deletreó las palabras que parecían ensuciarle la boca— no sé lo que estáis intentando decir pero os ruego que vuestra merced se piense muy bien las acusaciones. No sería la primera vez que la horca recibe a un charlatán embustero.

La sonrisa de lado de Judá fue tan sincera como siniestra.

—Tened por seguro que si la vida se me arrebatase no iniciaría el viaje solo —. Furioso consigo mismo se marchó sin esperar a su primo.

El hijo de puta tenía razón. Se encontraba con miles de sospechas pero ninguna prueba. Y seguramente terminaría desangrado en algún rincón oscuro de la muralla antes de tenerlas. Maldito hijo de puta, volvió a repetir mientras ascendía por las calles enlodadas.

—¡Matadlo! —Dijo el cura furioso al advertir la amenaza del converso —. Beltrán agachó el rostro confuso resaltando la cicatriz de su frente cuando el cura lo volvió a increpar —. ¡Debería arder en las llamas del infierno!

—Lo estará —. Contestó mientras un líquido agrio le subía por

la garganta.

Beltrán Santa María se marchó, pero el reverendo se encontraba lejos de sentirse saciado. Deseaba al converso muerto. Quería verlo revolverse en su propia pena. Lo deseaba lamentándose una y otra vez el haber osado amenazarlo.

—¡Sancho!

—Reverendo —. El jorobado llegó lo más pronto que pudo.

Sus piernas no respondían con rapidez. El peso de su espalda encorvada le dificultaba el caminar pero eso no le importaba. El reverendo lo había salvado de la miseria de las calles y él se lo agradecía con la misma fidelidad de los perros sarnosos.

—No me fio de él.

El maltrecho asistente asintió ante la intriga de su señor. Él tampoco se fiaba de Santa María, después de todo era otro converso.

—¡Matad al converso!

El jorobado abrió los ojos extrañado. Toledo estaba atiborrada de conversos. Moros y Judíos se mezclaban con la población de cristianos viejos compartiendo su vida y sus creencias o por lo menos eso decían.

—¿A cuál de ellos exactamente reverendísimo?

—¡A todos! —Chilló tirando la bandeja con vino que tenía sobre el escritorio —. Los quiero a todos muertos. Limpiaré Toledo — amenazó echando espuma por la boca —pero comenzaremos con él—. Alonso De la Cruz iniciará el camino —. Dijo sonriendo perverso.

—¿Y el otro?

—Primero el converso. Matad a su padre, violad a su mujer, haced lo que haga falta para enloquecerlo. Quiero ver como se arrastra en su propia porquería antes de morir como el puerco que es.

—Reverendo...

La mano asesina del conspirador se retiraba cuando el sacerdote ordenó nuevamente con fiereza.

—Esta semana.

—Pero mi señor... eso no es posible... —El maltrecho asistente no terminó de hablar. La vara de madera que nunca abandonaba al cura le dio de lleno en la espalda abultada tumbándolo de rodillas en el suelo.

—Es deseo de nuestro señor limpiar las calles de Toledo y no seréis vos quien detenga sus designios. Os encargaréis que ese puerco muera y que no me relacionen con su muerte o vos seréis el próximo en cruzar el umbral de la vida eterna.

—Sea, reverendo —. Dolorido, el hombre que apenas cumplía algo más de los veinte asintió mientras intentaba levantarse.

Con la respiración agitada el sacerdote sonrió feliz. Esa noche se liberaría del primer hereje. Un falso converso, un criptojudío, un

asqueroso puerco indigno de relacionarse con el noble pueblo cristiano. Castilla, reino de cristianos y bendecida por Dios sería la primera en liberarse y él la ayudaría.

Donde nace el amor

Llevaban días conviviendo y la calma parecía haber llegado al hogar.

Las acusaciones no se expresaban, pero los silencios quemaban tanto como cientos de recriminaciones juntas. Judá la acompañaba hasta las puertas de Santa María la Blanca haciéndola prometer que lo esperaría y luego se marchaba sin mirar atrás.

Los retornos eran aún más simples.

Paseos de poca conversación en donde la educación primaba por encima de los sentimientos. Correctos gestos y decorosas palabras rellenando un matrimonio en tonalidades pastel. Por las noches, allí todo cambiaba. Las pinceladas se intensificaban y cuando la luna se transformaba en plateada, Judá se convertía en el experto artista sediento de creación.

Cualquiera en su posición podría decir que todo estaba bien pero no lo estaba. Con Julián lloró por su ausencia pero con Judá el corazón se le desgarraba al verlo marchar. Llevaba días aceptando ser esa esposa deseada pero él parecía no verlo. Cuando la amaba susurraba frases que lejos de alagarla la lastimaban. Exigía que lo amase a él y sólo a él, ¿pero cómo explicarle que ya lo hacía? Su esposo era honorable, respetuoso y endemoniadamente atractivo, ¿qué mujer no caería rendida a sus pies?

Con rapidez tomó una presa de pan y la miró pero sin sonreír. Sus penas eran demasiado importantes como para sentir alegría.

—Iré a la casa de Andrés el sastre. Tenemos asuntos.

Ella asintió humildemente mientras él se giraba ante la llegada del criado de caballerizas. Interesado se alejó para hablar con el muchacho que parecía muy preocupado por quien sabe que problema.

—Jamás triunfaréis. Mi hijo es hierro que sólo puede ser tallado con fuego—. Sentada junto a la mesa casi se atragantó al oír las palabras de su suegro.

Haym, con una sonrisa en el rostro, acercó la silla para entablar una conversación que tenía toda la intención de que fuese discreta e íntima.

—No os entiendo —. Gadea se encorvó para escuchar mejor.

—Él sabe ocultarse demasiado bien. Es tan duro como el hierro pero como éste se ablanda con el calor intenso...

—Yo no... —Dijo nerviosa y su suegro se rió de su dulce sonrojo.

—No me refiero a vuestra alcoba. Digo que si habéis aceptado vuestros errores es tiempo que alcéis la cabeza. Judá no se casó con vos por vuestra docilidad sino por la intensidad que corría por vuestras venas. Volved a ser la que erais. Asumid vuestras culpas y

continuad. Él no se ha marchado ni os ha repudiado, ¿no pensáis que eso significa algo?

—Estamos casados. Está obligado —. Dijo poco segura al ver la negativa de su suegro. Interesada acercó la cabeza un poco más.

—No son las obligaciones las que lo detienen.

—¿Y quienes son? —Haym negó con la cabeza y con cara de pocos amigos contestó seguro.

—¡Por amor al cielo, muchacha! —Al elevar la voz Judá los miró en la distancia pero al comprobar que su padre continuaba hablando con normalidad dejó de prestarles atención —. Lo tenéis en la palma de vuestra mano —contestó recuperando la calma —. Muchacha, espabilad antes que otra tome lo que vos ignoráis.

—¿Qué puedo hacer? —Dijo suplicando consejo.

—Volved a pensar. Sed la de siempre. Hablad cuando no se os pida. Reír cuando no se os ordene y vivid como solíais hacer. Perdonaros y recibiréis el perdón.

Ambos callaron cómplices frente a un Judá que se acercó interesado en la conversación.

—Marcho —. Dijo observando a su padre que solemne asentía mientras bebía distraídamente de su copa.

—Iré con vos —. La ordenanza firme de Gadea hizo sonreír a un padre que divertido escondió la sonrisa tras un trozo de pan.

Gadea no pedía, ordenaba. Sorprendido y algo enfadado por sentirse caminando en un terreno desconocido estuvo por negarse, cuando el cambio de tono en las palabras de su mujer ablandaron su voluntad.

—Me gustaría visitar a Clara la costurera, ha nacido su bebé y me gustaría cargarlo en brazos. No os representaré molestia alguna.

Judá aceptó la compañía antes de que su cabeza pensase en su orgullo masculino dominado y la distancia que deseaba mantener con su mujer.

Tan veloz fue la joven en recoger la capa y aferrarse a su brazo que no pudo ver el guiño de ojo que su padre le regaló a escondidas antes de marchar.

Haberla dejado en el mercado junto a la costurera hubiese sido lo mejor. Esa mujer hechizaba como el mejor de los amuletos. Lo atraía como el sol al amanecer. Le gustaba saberla cerca. Verla sonreír le hacía vivir momentos pasados, esos en donde la desgracia no formaba parte de sus vidas. Julián López de Ayala representaba la peor de sus pesadillas y el más hondo de sus miedos. Celoso hasta de sus pensamientos interrumpió la divertida conversación que la joven se traía con la tendera.

—Debemos marchar.

Ella aceptó pero rápidamente preguntó entusiasmada.

—¿Podemos caminar más allá de la muralla? Dicen que por estas fechas el sol se refleja en las aguas del Tajo —. Nuevamente y tontamente asintió sin pensar con otro órgano que no fuese su entorpecido corazón.

Caballeresco la ayudó a bajar del caballo y se permitió respirar ese perfume de una piel femenina que lo calaba hasta las entrañas. Gadea poseía esa esencia que nadie más que ella llevaba. Olvidándose del mundo, cerró los ojos para disfrutar de un momento demasiado corto como para ser desperdiciado. Las telas de su vestido acariciaron su cuerpo sanando las heridas por allí donde su vaporosidad rozaba. Un segundo suspiro brotó de sus labios cuando lentamente la depositó en el suelo.

Confuso entre el rencor y los sentimientos se permitió admirarla en la distancia. Ella sonreía al sol como si viviesen en otro mundo, uno en donde la gente no mataba por poder, no engañaba por envidias ni desterraba por deslealtad.

Dejándose llevar por las risas de las lavanderas que recogían las ropas secas para emprender la marcha a sus casas se permitió verla feliz. Los días pasados resultaron ser una agonía. Sentado en la húmeda pradera y escuchando el agua del río correr le habló queriendo saber.

—¿Nunca habéis venido aquí antes?

—No, padre jamás nos trajo.

—¿Y vos sola?

—No, nunca.

La sonrisa pícara de su marido la hizo ponerse roja pero al instante recordó los consejos de su suegro y se atrevió a acercarse a su lado para sentarse tan cerca suyo que sus cuerpos se rozaron.

Haym llevaba razón. Judá no era hombre para ser conquistado con tímidas pestañas entreabiertas. El era un guerrero de la vida y como tal debía ser vencido.

—Seguramente existieron muchas deseando acompañaros pero que asustadas con vuestro ceño tan fruncido prefirieron callar.

El dedo tímido acarició esa arruga que nacía desde su negra ceja hasta el entrecejo mientras él cerraba los ojos ante la ingenuidad del gesto. Valiente y sabiendo que se lo jugaba todo en aquél momento, respiró hondo y pidiendo perdón a la virgen por su osadía, lo besó.

La Iglesia prohibía gestos libidinosos o fuera del recato y aunque podía engañarse diciendo que sólo era un beso fraternal ella sabía perfectamente lo que en su interior buscaba. Estaban solos, era su esposo y deseaba que lo fuese por mucho tiempo. Dispuesta a arrancarle un suspiro de deseo acercó los labios a los suyos y se

sorprendió cuando al rozarlos, y a pesar de sus ojos cerrados, él la sujetó con firmeza por la cintura para profundizar la posesión.

El peso de su esposo la hizo recostarse sobre la hierba y todo fue más rápido de lo esperado. En un minuto lo estaba besando y en otro se estaban amando.

Sus manos vagaban por sus piernas y el frío acarició la piel de sus muslos desnudos. Envuelta en sus caricias apenas si podía razonar.

—Judá... —pronunció nerviosa.

—No os arrepintáis ahora —. Dijo envuelto por la misma pasión de su esposa.

—No podría...

La voz entrecortada de la mujer lo hizo sonreír antes de sentir como se hundía en la humedad de su delicado cuerpo.

—Mi esposa —. Dijo de forma autómata.

—Sólo vuestra —. Confirmó segura y con esperanzas.

Ambos estaban cansados y abrazados mirando al cielo cuando la voz gutural de Judá la hizo estremecer.

—Morirá si intenta alejaros de mí —. Dijo aferrándola con más fuerza.

—Lo sé.

—¿Lo aceptáis? —Dijo queriendo descubrir una verdad que temía. Ella no podía amar a aquél caballero de angelical mirada. No lo soportaría.

—Rechazo la lucha pero acepto el valor de vuestro honor.

Judá asintió conforme cuando Gadea respiró y dijo lo que nunca pudo. Era ahora o nunca.

—Sólo fue una vez. Os lo juro. La noche antes de irse. Nunca existió más.

—¡No! —Chilló molesto queriendo soltarse pero ella lo aferró del brazo con fuerza. Esta vez no suplicó ni lloró.

—Pensé que lo amaba y me entregué. Llevaré ese castigo conmigo siempre pero os lo juro que no hubo ni habrá jamás otra vez —. Consciente al sentir la tensión del cuerpo del que aferraba habló con premura y con gran vergüenza —. Lo acepté tras la puerta de un cuarto frío y oscuro. Nada sentí más que los sueños de un amor que creí real. Nada comparable con lo que siento cuando vos estáis conmigo. Nada como el calor que me envuelve cuando me tomáis o el honor que siento al llamarme vuestra esposa. Comprendo que os mentí pero sólo buscaba una oportunidad. Por mi honor y apellido os lo juro.

La furia de su marido parecía ir desapareciendo pero su valor también. ¿Qué más podría decir? ¿Cómo explicar que las mujeres también poseían deseos y que no siempre eran bien guiados? ¿Cómo

decir que se creyó enamorada pero que aquél hombre ya nada le despertaba?

—¿Por qué yo? —Dijo con voz grave y centrando su negra mirada en el horizonte y sin mirarla.

—Tenéis valor, sois honorable, jamáis alzáis una mano a quien no la merece y entregáis vuestro corazón sólo a aquellos que son verdaderos. Y yo deseo ser verdadera para vos...

Judá cerró los ojos hundido ante unas explicaciones que terminaron de romper sus barreras. Gadea Ayala era su esposa y sus sentimientos iban mucho más allá de los votos sagrados. En el más absoluto de los silencios la ayudó a subir a la yegua. Con habilidad montó detrás suyo y la sujetó por la cintura. Ella no hablaba pero pudo sentir su palpitar nervioso bajo su vestido. Con delicadeza y poseedor de una suavidad en la voz que desconocía le habló al oído.

—Nuestro hogar nos espera.

Gadea asintió mientras apoyaba el peso de su cabeza en el torso de su marido. La carrera por conquistar el corazón de su esposo representaba un camino agotador pero no se daría por vencida. Judá merecía el esfuerzo.

Hermanas

Intentaba dejar de sonreír pero resultaba imposible. La felicidad brotaba de sus poros como el recuerdo de las caricias matutinas que la despertaban cada mañana.

El calor de sus manos ásperas le deseaban buenos días de una forma que ni en el mejor de sus sueños hubiese podido imaginar jamás. La felicidad, aunque difícil de encontrar, se presentaba en su hogar dispuesta a instalarse.

Moviéndose con una energía envidiable ayudaba a preparar Santa María la Blanca, que ahora convertida en hogar de mujeres, albergaba las camas, las costuras y las hierbas de aquellas que intentaban sobrevivir.

El joven párroco continuaba viviendo en su hogar gracias a la cortesía de su marido. El hombre apareció un par de veces y aunque no podía decirse que estaba feliz tampoco se negaba a colaborar. Era un sacerdote de buen corazón, uno de esos que cuando se encontraban se conservaban.

Sí, en fin, puede que ninguna de ellas contase la verdad absoluta al sacerdote. Los maridos las estaban buscando y posiblemente estaban incurriendo en uno de los pecados más graves al mentir ¿pero qué otra cosa podían hacer ellas?

Nadie hacía caso al edificio abandonado y la utilidad como beaterio era mucho más interesante que como iglesia carente de fieles, pensó al intentar sentirse menos pecadora.

—¿Por qué no dejáis de sonreír?—Juana preguntó descargando la cesta con amuletos y recetarios de la morisca sobre la mesa.

Gadea no contestó, su hermana se casaría algún día y descubriría en carnes propias el placer de las caricias matutinas. Y nocturnas y diurnas y...

—Si no dejáis de sonreír como tonta por lo menos ayudad —. Juana habló disgustada sin comprender el hermetismo de su hermana.

Gadea asintió mientras por la puerta llegaba Amice cargando una cesta con aroma a romero, tomillo y menta que inundó la pequeña capilla.

Una vez todo estuvo preparado, las mujeres se sentaron esperando la clase magistral de Blanca la morisca. La monja, con cuidado de no interrumpir a la hechicera, se acercó a su amiga y habló en voz baja.

—Debo deciros algo.

Intrigada asintió y se dejó guiar hacia una esquina tras una de las inmensas columnas para no interrumpir las lecciones de la morisca.

—Es Beatriz —. Gadea negó con la cabeza pero la monja

suplicó ser escuchada —. Ella está muy triste, se siente desolada. Sabe que cometió un error pero quién no lo ha cometido alguna vez.

—Me mintió. Estuve a punto de perderlo todo. Si ella me hubiese advertido...

—Mi señora, Beatriz no lo hizo a malas y vos mejor que nadie lo sabéis. Intentó daros una oportunidad de ser feliz.

—Debió advertirme.

—Muchas son las veces que cometemos actos que no debemos ¿pero no se trata de eso la vida? Es vuestra amiga y os ama como a una hermana, ¿no merece su error el perdón de quien comprende el valor del perdón? Pensadlo señora. Sólo Dios es capaz de no cometer errores.

Amice se acercó al grupo de mujeres que escuchaba atentamente. Pronto llegaría su turno para explicar los beneficios del tomillo y la flor de amapola.

—Hablaré con ella —. Dijo sentándose a su lado y apresando la mano de la monja.

Conforme, Amice asintió mientras escuchaba atentamente a la morisca. Blanca de Toledo era la mejor hechicera en muchas leguas a la redonda. Su saber era conocido y admirado por muchos que caminaban desde más allá de Zaragoza con tal de ser curados con su sabiduría.

Muchos decían que el demonio era quien ofrecía las curas pero ella lo dudaba. El demonio no ayudaba a la gente, no aliviaba sus penas y mucho menos a mujeres que escapaban de las varas de unos maridos demasiado justicieros. No, Blanca de Toledo usaba la magia blanca.

—Y si el niño no se moviese entonces mezclaréis tres parte de leche de vaca u oveja con una tercera parte de ramitas de ojaranzo. Ahora si lo que se desease es favorecer la concepción entonces colgaréis al cuello una piedra de gagates... —Después de largas explicaciones Blanca habló algo cansada —. La próxima vez hablaremos de los bebés y el parto.

Las mujeres cobijadas, que ya no eran dos sino siete, asintieron mientras se apresuraban a ordenarlo todo.

La puerta de la antigua sinagoga se abrió y una mujer harapienta cayó sin fuerzas con la cabeza besando el suelo. Las mujeres corrieron en su ayuda y cerraron la puerta con rapidez temiendo la llegada de un caballero vengativo y armado. Con cuidado de no lastimarla la depositaron en uno de los colchones de paja cuando Gadea, Amice y Juana se miraron extrañadas. Cinfaa, la antigua criada de la casa de Judá, se encontraba ante ellas.

Las aprendizas de curandera le acercaron un poco de agua y una de ellas mojó pan en leche. La pobreza y el hambre eran una de

las penas más comunes con las que se encontraban por aquellas días por lo que se apresuraron a mojarle los labios e intentar reanimarla.

Pasó un rato largo hasta conseguir que la hermosa criada, hoy sucia y agotada, pudiese reaccionar. Al abrir los ojos Gadea pidió seriamente que le permitiesen hablar a solas con la joven.

—Pero hermana...

—Por favor —. Dijo acercando una silla hacia la mujer que recostada y sin fuerzas para levantarse, la miraba con lágrimas en los ojos.

Cuando se encontraron a solas o por lo menos lo más solas que se podía en un recinto único, la criada comenzó con sus disculpas y un constante llorar.

—Lo siento mucho mi señora, debéis creerme. Yo no quería pero me obligaron. Estoy sola, nadie protege de mí —dijo llorando indefensa —. No deseaba veros muerta, os lo juro. Ese hombre me engañó y luego me chantajeó.

—¿Habláis de Malamuerte?

—Él sólo es uno. Os desean a vos y a Judá —dijo atragantándose al decir su nombre y corrigiendo con celeridad —a vuestro esposo, muertos.

—¿Por qué? ¿Quiénes?

—No lo sé. El niño traía las ordenes, yo sólo las cumplía —. Respondió tosiendo tan fuerte que Gadea espero a que bebiese un par de sorbos de agua antes de continuar preguntando.

—Vos me disteis el veneno...

—Sí mi señora y me arrepiento, pero tenía tanto miedo. Las calles eran lo que me esperaba...

—Y es lo que habéis encontrado.

—Yo pensé que me amaba...

La criada habló con la pena en el corazón y las lágrimas en la garganta y Gadea se apiadó de ella. Las mujeres nobles intentaban sobrevivir en matrimonios fríos como criadoras de hijos que quizás nunca las amasen pero las mujeres comunes no estaban mucho mejor. Ambas intentaban sobrevivir en una obra que no fue escrita para ellas.

—¿Por qué habéis venido?

—No tengo donde ir. El hambre enferma mis huesos y aprieta mis carnes. La noche me encuentra en las calles y los hombres se aprovechan de la fuerza y la oscuridad para tomar lo que no les es ofrecido. En el hospital de San José me negaron la entrada y en la Primada, allí ya sabéis... El reverendo, a muchachas como yo, sólo entrega perdón y pan duro a cambio de favores que ya no soporto realizar.

Gadea agachó la cabeza negando lo escuchado. El padre creador no debería permitir algunos actos.

—Me dijeron que vos y vuestras amigas ayudáis a las mujeres abandonadas y Dios sabe que yo cumplo con creces los requisitos.

—Descansad, mañana veremos como seros de ayuda.

—Mi señora gracias, gracias, gracias —. Dijo aferrándole la mano entre las suyas.

Gadea caminó turbada hacia el grupo de amigas que la esperaba en el ala este de la capilla.

—¿Confías en ella? ¡Casi os mata! —Dijo Juana indignada.

—Todos cometemos errores y todos merecemos una segunda oportunidad. ¿No es así Amice? —La monja aceptó la contestación sabiendo que las palabras honorables de Gadea iban mucho más allá de la compasión hacia la criada.

Blanca la morisca, que en otro rincón guardaba con cuidado el recetario, tomó un puñal en mano al ver al caballero que entraba con fiereza y sin permiso.

—¿Julián?

—Necesito hablar con vos —. El caballero habló presuroso a Gadea que dio un traspié algo asustada.

—No tenemos nada que hablar —. Contestó nerviosa y respaldada por el resto de amigas que la rodearon en señal de apoyo.

—Pues lo haréis —. Dijo sujetándole del codo con una fuerza dolorosa que la hizo chillar.

—¡Soltadla! —Juana gritó mientras buscaba algo con lo que defenderla.

—Hablad conmigo o no tendré piedad con ninguna de ellas.

Gadea se asustó al escuchar la amenaza. No recordaba que Julián fuese vengativo. Ella lo recordaba como un caballero, dulce, cariñoso pero no asesino de mujeres indefensas.

—Está bien. Hablad.

Julián miró con odio a las mujeres que apenas se separaron unos pasos de su amiga.

—Tenéis que venir conmigo. Esto es una tontería. Vos me amáis, siempre lo habéis hecho. Permitidme ocupar el lugar que merezco en vuestro corazón.

—¿Apeláis a mi corazón? Me abandonasteis para ir en busca de una victoria que no necesitabais, jamás disteis señales de vida ¿y ahora apeláis a mi amor? —Gadea estaba indignada —. ¿Sabéis cuánto lloré por vos?

—Y por eso, mi amor, estoy aquí. Para reparar el daño que os he hecho. Venid conmigo, abandonad a ese judío. Comprendo lo que debéis sufrir a su lado pero ya no debéis hacerlo. Merecéis estar con un hombre de vuestra clase.

Gadea escuchaba a Julián como si fuese la primera vez que lo viese. Ese no era el hombre con el que había crecido o por lo menos

no el que su corazón de niña enamorada recordaba.

—No voy a dejar a mi esposo. Estoy casada en santo matrimonio y así será hasta el día de mi muerte.

—Ese asqueroso no os quiere. Él sólo busca ser un noble y obtener lo que por derecho divino le es negado. Dios no desea que un sucio puerco mezcle su sangre con la vuestra.

Los insultos a su esposo comenzaban a alterarla. Puede que antes amase a ese hombre pero cada palabra que salía de sus labios le provocaban ganas intensas de abofetearlo.

—Marcharos y olvidaros de mí.

—¡No! Fuisteis mía y lo volveréis a ser —. Chilló furioso.

Nerviosa al sentir sus palabras como amenazas miró por primera vez la puerta entreabierta y descubrió temerosa la oscuridad del inicio de la noche. Judá llegaría pronto.

—Por favor marcharos.

—Prometedme que lo pensaréis.

Gadea asintió pero no por convicción sino por necesidad. Si Judá se encontraba con Julián podría pensar lo peor de ella y lo que era peor matarlo allí mismo.

La familia de Julián era muy considerada en Toledo y su muerte en manos de un nuevo cristiano no sería algo fácil de aceptar.

Conforme con sus palabas, el antiguo amor marchó y Gadea respiró. No pasó nada de tiempo cuando Judá se hizo presente y Gadea agradeció al cielo su protección. Unos momentos antes y todo habría terminado en tragedia.

—¿Estáis bien? —Judá preguntó preocupado.

—Sólo cansancio, no tenéis porqué preocuparos —. La sonrisa falsa de Gadea no escondió el interés que su marido tuvo en un reciente moratón que comenzaba a formársele en el brazo. Judá acarició el morado y la miró esperando una explicación pero fue una de las mujeres que se apresuró a contestar.

—Estuve a punto de caer y me temo que al intentar sostenerla lastimé sin querer a la señora.

Judá observó que la marca que comenzaba a aparecer eran dedos y asintió sin contestar palabra pero muy molesto.

—Estoy bien, es sólo una marca.

—No me gusta que os dañen ni que os toquen...

Gadea se apresuró a despedirse y marchar de allí cuanto antes. Deseaba sacar a su marido cuanto antes de la sinagoga. Si Julián osaba volver quien sabe qué sucedería. Distraída al salir chocó de frente con una María que llegaba de lo más agitada.

—¿María, estáis bien?

La panadera miró a Judá y temblando contestó con celeridad.

—Sí, favor perdonadme. No veía por donde caminaba. Intenté

llegar antes pero no pude.

—Tranquila amiga, mañana seguro podremos contar con vuestra ayuda. Ahora será mejor que os acompañemos a vuestro hogar. Está oscuro y no es bueno que andéis sola por las calles.

Gadea miró a Judá que asintió comprendiendo que deberían escoltar a la panadera antes de poder disfrutar de la compañía de su esposa sólo para él. La mujer llevaba un ritmo de actividades que no le gustaba en absoluto pero era incapaz de negarse. Entre ellos todo iba de mejor en mejor y no deseaba estropearlo.

Rogaba a Adonay que en cuanto se encontrase embarazada y le diese un hijo permaneciese en casa y así todos serían más felices, él en especial que ya no debería compartirla con nadie.

Temeroso de perderla aferró sus dedos al brazo de la mujer. Ella lo miró y sonrió mientras él se prometía protegerla hasta el final de sus días.

Unidos por la desolación

María se despidió de sus amigos totalmente desolada. Nunca nadie se preocupó por ella y menos personas que vistiesen ropas tan costosas como Gadea. Sí, amiga, pensó cubierta por la neblina de la tristeza, porque Gadea y las demás comunes habían demostrado ser sus amigas a pesar de sus pecados.

Con tristeza y en la oscuridad de una casa en silencio se apoyó tras la puerta y se permitió llorar en el más absoluto de los silencios. Ese que aprendió ante las caricias no deseadas y los besos no buscados.

Su hogar era apenas una habitación de adobe y madera, vestida con una única cama, una mesa, un par de sillas y un cofre donde custodiar su pobreza.

No se quejaba, nunca lo hizo. Siempre intentó salir adelante con uñas, dientes o aquellas partes de su cuerpo que se prestase ofrecer por algo de cereal. Muchos podían juzgarla y de hecho lo hicieron, ¿pero sabían ellos lo mucho que duele el hambre?

Agotada, se permitió que la puerta la sostuviese. No tenía apuro por llegar hasta el colchón de paja. Nadie la esperaba, su hijo ya no estaba. Con lágrimas en los ojos al pensarlo pidió perdón al cielo. Sin fuerzas caminó a oscuras. Su hogar era tan pequeño que conocía exactamente el número de pasos que debía realizar hasta alcanzar el lecho. Eran cuatro, y lo sabía porque hasta cuatro es lo que había aprendido a contar gracias a la buena de Gadea.

—Gadea...

—¿Qué sucede con ella? —La voz masculina en la oscuridad la sobresaltó y la hizo girar para salir de allí corriendo —. No temáis, soy yo.

Beltrán habló, sujetándola con fuerza por los hombros pero lejos de calmarla comenzó a gritar con todos sus pulmones. ¿Cuántas veces la habían tomado de esa forma? Seguramente muchas más que cuatro. Con pánico intentó liberarse y hasta quiso morderlo pero Beltrán la soltó antes.

—¿Mujer, no pensáis que si deseara violaros ya lo habría hecho?

—¿Qué hacéis en mi casa como un vil ladrón? —Dijo temblando pero reconociendo la verdad en sus palabras.

—No estoy seguro. Puede que quisiese hablar...

Se acercó a la única vela que había sobre la mesa y la encendió. Cuando alzó la visto y vio el rostro de la mujer se preguntó porqué esa prostituta con intenciones de cambio llamaba su atención.

Sus cabellos cortos comenzaban a crecer pero no lo suficiente para despertar sus deseos. El rostro no estaba mal pero la tristeza la

embargaba la mayoría de las mañanas. Y últimamente eran muchas. ¿Sería eso? Pensó extrañado. Puede que verla sola y sin hombre despertase algo en su instinto masculino protector.

—Vos no sois de los que habla y menos con una mujer. Burlaros de otra que le interese tanto el peso de vuestra bolsa como para reírse de estúpidas bromas.

Y allí estaba el porqué de sus preguntas. Contestona e impertinente. Sin miedo a recibir un bofetón por su imprudencia. Una imprudencia que le gustaría domar pero no a fuerza de golpes exactamente.

—Vamos mujer, no podéis echarme así. Recordad que mucho me debéis. Si no fuese por mí no tendrías panadería ni nueva vida.

Las palabras desgarradoramente sinceras calaron en la joven. Sí, María aún era joven aunque los años de su vida fuesen tan duros que bien podían sumar por partida doble.

—¿Qué deseáis?

—Un poco de ese vino malo que tenéis en la jarra.

Beltrán tampoco sabía porque estaba allí ni porque pedía beber de un líquido que más servía como incentivador de hogueras que como bebida, pero allí se encontraba, sentado ante quien lo calmaba. Los últimos días resultaron ser una tortura y la injusticia navegaba por sus venas consumiéndolo de culpabilidad.

—Bebed conmigo. Intuyo que vos también lo necesitáis.

—¿Qué os aflige? —María contestó enterrando el hacha de guerra y aceptando una copa que también necesitaba.

Beltrán se carcajeó sin ganas para hablar con los labios cerrados en la taza de barro.

—Vuestra merced deberá disculparme, pero no me encuentro lo suficientemente borracho como para desvelar mis secretos —. Dijo en tono burlón.

María alzó una ceja evaluando la situación y no poseía otra opción que aceptar. Con precaución se sentó a su lado y bebió de su copa. Tampoco ella se encontraba para muchos pensares.

Increíblemente y pese a todas las dudas que la embargaban María se encontró conversando con ese que desde que lo conoció la ponía nerviosa desde los pies hasta un poco más allá. Beltrán era un señor, uno de esos hombres de caras vestimentas y palabras bien sonantes pero con más secretos que virtudes. Las comunes de Toledo lo probaban y las casadas lo suspiraban. No comprendía porque su insistencia en acercarse a quien más poseía de impura que de frágil.

El valor de su camisa ya pagaría el total de las mujeres del prostíbulo del arrabal cerca del molino. ¿Por qué insistía en ella? No se consideraba hermosa. Sus cabellos eran cortos porque una vez intentó ser un hombre, sus manos eran pequeñas pero sabían arañar y

sus piernas, aunque delgadas, aprendieron a patear allí a donde a ellos más les dolía. No sabía de modales más que lo que la precaución le enseñó y era madre fruto del pecado y no del amor.

Amor, se dijo bebiendo la copa que seguía al número cuatro. Sentimiento que algunos trovadores cantaban pero que cuando creció aceptó que no existía. Andrés marcho para ser un caballero pero ella sabía que eso no era verdad. Se fue porque no la amaba. Nunca la amó.

Ambos, analizando sus propios pesares, bebieron hasta que la noche se cerró y las risas comenzaron a reemplazar las tristezas. Así era el vino de Marta la de Ávila. Bodeguera por necesidad, elaboraba un vino que lejos de parecerse al vino de misa y tener más potencia que el aliento de un dragón, era lo suficientemente barato como para ser pagado por las monedas de una panadera.

—Creo que mejor sería ...

Beltrán intentó levantarse pero notó que no lo deseaba. Se sentía feliz y no sabía si por la compañía o por el maldito veneno que quemaba su garganta, pero necesitaba quedarse. Llevaba días sufriendo y no sabía como parar con todo aquello.

Su primo era su hermano. Se criaron juntos. Ambos aprendieron a lanzar piedras a los pájaros y sonreír con falsedad escondiendo sus propios sentimientos. Los dos crecieron sin madre y se refugiaron uno en los hombros del otro. Los dos lucharon a fuerza de espada y difícil era saber quien de los dos salvó más veces la vida del otro. Pero lo vendería.

Su padre le exigía retomar el negocio de las telas y eliminar a quien consideraba el usurpador de su herencia pero, a estas alturas, Beltrán ya no sabía a quien serle fiel, si a su progenitor o al hermano.

—Os habéis entristecido de repente. Estáis bien —. María se acercó e intentó acariciar su rostro pero el alcohol la hizo perder el equilibrio y caer en su regazo.

—Creo que debo irme.

—Quedaos.

Las palabras de María aunque suaves parecieron seguras y el hombre acarició su rostro con sonrisa de pena en la mirada.

—Es el alcohol el que habla por vos. Permitidme ser leal aunque más no sea esta vez.

—Quedaos —. María volvió a repetir esta vez apoyando la frente sobre la suya y acariciando su profunda cicatriz —. No deseo estar sola.

Antes que pudiese contestar, Beltrán fue sujetado por los hombros y besado de una forma que María no se sabía conocedora. Lo deseaba, eso era innegable, quien no deseaba a Beltrán Santa María, se dijo profundizando el beso.

Envuelta en sus brazos se dejó llevar. Ella sabía que aquello no era amor, el amor no existía pero en esos momentos era lo más parecido que se podía permitir y lo necesitaba. Nunca la tomaron con respeto, ni siquiera Andrés. Él se limitaba a tomar lo que decía ser suyo.

Esperanzada se dejó guiar por unos brazos que la sujetaron por debajo de las rodillas y la recostaron en el lecho de paja. Allí olvidaría su triste vida, la ausencia del hijo y la traición en la que no deseaba pensar.

Cerrando los ojos dejó que los sueños de momentos mejores la envolviesen. Nunca nadie la amó, nunca de verdad. Los hombres tomaban lo que necesitaban arrojando sus mezquindades en forma de monedas que cargada de vergüenza aceptaba sin protestar. Muchas veces la golpearon y riéndose de su ingenuidad se marchaban sin siquiera esas monedas arrojar...

Los labios de Beltrán se movían por su cuello y lo dejó hacer. ¿Así sería el amor cuando se hacía de verdad? Sin contestarse abrió las piernas y se permitió volar. No estaba segura de que sentía pero lo que sí era verdad que aquello era muchísimo mejor que cualquier cosa que viviera tiempo atrás. Besos, caricias y un suspirar... sí, eso era mucho mejor.

Beltrán recostado sobre ella la trataba como a una mujer, una de verdad. La miraba con deseo, pero no ese que dominaba a los borrachos. Él la deseaba con sinceridad. Viajaría al país de los amantes, esos que sonreían de sus travesuras. Esos que juntos describían en miradas secretas deseos inconfesables.

Él se agitaba tenso en su interior y ella lo acarició imaginando que por primera vez alguien le hacía el amor con sinceridad...

Con la luz entrando por debajo de la puerta se vistió para marchar. Los brazos de María lejos de calmarlo lo ensombrecieron aún más. Su cálido cuerpo resultó ser mucho más placentero de lo pensado, ¡qué demonios! Se dijo confuso, el placer no se acercaba ni a las puertas de lo que acababa de sentir.

—Maldito bastardo —. Murmuró al envolverse en la capa y marcharse dejándola dormida.

Era el peor de los hombres, el peor de los amigos y el más traicionero de los hermanos. Como Judas vendería a quien más quería por unas monedas que simbolizaban cada vez menos.

El frío de la mañana chocó contra su rostro y envuelto en la oscura capa caminó rumbo al arrabal. Era temprano para beber pero qué importa eso a un hombre que no posee ni palabra ni honor.

Las fiebres ya no existían. El señor había escuchado sus rezos. Y

gracias al cielo que la abuela se encontraba mejor porque si algo le pasase a ella...

Constanza no quiso imaginarlo. El dolor de perder a quien era la única familia que le quedaba representaba demasiado sufrimiento para su huérfano corazón.

A su padre se lo llevó las enfermedades del cuerpo y a su madre el duro corazón de su padre. Ellos no se amaban, nunca lo hicieron, pero como dirían las cofrades toledanas, convivieron en ese silencio de los bien aprendidos. Dos abortos y una única hija mujer relegaron a su madre a un segundo plano entre amantes eventuales y candidatas definitivas.

Agotada apoyó su rostro en la cama de la enferma. Cerró los ojos y respiró profundo. Su aroma era tan parecido al de ella... Ambas, madre e hija, guardaban en el cuerpo ese aroma que sólo poseían las buenas mujeres.

Con pena secó una lágrima silenciosa. Ella jamás sería ni como su madre ni como su abuela, sus sangres las diferenciaban, pero eso no le importaba. Ya no.

El beaterio

—Os he dicho que no puedo acompañaros.

Para Judá estaba todo dicho, si no podía ir con ella hasta Santa María la Blanca, ella tampoco podía. Sus palabras resonaban autoritarias en un salón atestado de criados que iban y venían. Tanto Judá como su padre mantenían las costumbres judías de higiene y Gadea no se oponía. Vivir en un hogar limpio era una bendición aunque la iglesia no siempre estuviese de acuerdo.

—Nada va a pasarme. Estamos muy cerca y dudo que nadie desee raptarme en pleno día.

Judá negó con la cabeza. En absoluto concordaba con sus palabras. Ya llevaban más de cinco niños muertos en la ciudad y las autoridades aún no habían sido capaces de descubrir al culpable. Si mataban a niños por qué no también a mujeres. De sólo imaginarla dañada lo hizo reaccionar con más fiereza que antes.

—¡No iréis! Esas mujeres deberán arreglarse sin vos.

Gadea cerraba los puños enfadada. Puede que sus amigas se arreglasen pero era ella quien las necesitaba. Esa tarde Blanca la morisca daría clases de maternidad y deseaba escucharla. Si las noches seguían tan activas como últimamente pronto estaría cargando a su hijo en brazos y deseaba saber con que encontrarse. Su madre siempre ocultó todos los detalles diciendo que llegado el momento la naturaleza haría su trabajo, pero prefería estar preparada. Muchas eran las que perdían la vida en el parto y no deseaba ser una de ellas.

—Iré —dijo con firmeza pero al instante se arrepintió. No deseaba enfrentarse a su marido. Él era como un lobo salvaje, se ganaba más con un buen trueque que con un palo —. Es importante para mí —dijo con esa sonrisa que a estas alturas ya sabía como ganadora —. Hoy estaremos todas en un aprendizaje que podría ayudarme cuando nuestro hijo llegue.

—¿Hijo? —El rostro de Judá se transformó tan rápido que se apresuró a corregir.

—Cuando Dios lo decida.

—Pero vos pensáis...

—Estoy segura que pronto nos bendecirá.

Con paso firme se acercó y acarició el rostro de su marido que comenzaba a enternecerse con la simple idea de la paternidad.

—¿Lo deseáis?

—¿Formar una familia y olvidarme del mundo para vivir sólo por vosotros? ¿Vos qué pensáis?

Las manos fuertes la sujetaron por la cintura y los pudores enseñados se olvidaron. Ya no se acordaba de las rígidas enseñanzas en el seno del hogar. Cuando estaba a su lado buscaba la felicidad y

que Dios la perdonase porque esos besos podían ser pecadores pero le daban la vida.

Judá, criado en otra doctrina, no creía en las restricciones del disfrute dentro del matrimonio y el débil cuerpo de su mujer aceptó sus excusas. Su mano acarició su rostro y él habló con voz grave pero con suavidad.

—No siempre me manipulareis con vuestros ardides —. Dijo estrechándola con fuerza y besando suavemente sus labios. —¡De Córdoba! —Gritó soltándola y provocando que el caballero casi se cayese al entrar fruto del pánico.

—Eso no ha estado bien.

Su mujer le recriminó pero Judá alzó los hombros, poco le importaba ofender al caballero.

—Acompañaréis a mi esposa a esa reunión de mujeres que tiene y os quedaréis con ella hasta que yo llegue.

—Sea —. Gonzalo contestó molesto. Por poco se saca un ojo con el estoque intentando llegar más a prisa.

Judá reconoció el enfado en su contestación y se permitió reírse un poco del joven. No podía afirmar que fuesen amigos pero ambos aprendían a conocerse y tolerarse cada día un poco más. Ambos eran hombres de honor y Judá lo admiraba por ello.

—De Córdoba, decidme ¿por qué aún os tolero en mi casa?

—Porque no es a vos a quien sirvo sino a las Ayala. Vuestra sangre no es la importante... mi señor.

Judá lanzó una carcajada y Gadea se revolvió entre los brazos de su esposo indignada pero al ver la sonrisa en ambos bufó incomprensiva. Los hombres eran una raza incomprensible hasta para el mismo creador. Quiso soltarse para ir en busca de su capa pero su marido continuaba aferrándola por la cintura.

—Estaré bien —dijo por enésima vez esa mañana—. Gonzalo es el mejor guerrero de Toledo.

—¿El mejor?

La mirada de Judá aclaraba que no bromeaba. Una y otra vez pedía la confirmación de su lealtad y ella quería dársela. Llevaban poco tiempo casados y muchos problemas enfrentados. Si él era feliz buscando su seguridad ella se la daría.

—Vos sois el mejor del reino. De mi reino.

Su marido sonrió como nunca lo había hecho antes. Con claridad, con libertad. Su rostro se suavizó haciéndolo parecer lo que era, un hombre joven y enamorado.

—Sois mi vida. Vuestra seguridad representa mi cordura —. Asintió emocionada para luego marchar delante de su amigo Gonzalo.

—¡De Córdoba! —Gritó cuando se alejaban.

—Con mi vida —. Contestó sabiendo el valor de lo que su señor

le encomendaba.

Sabiendo que llegaba tarde, entró sin hacer ruido y sentándose en uno de los asientos escuchó atenta. Sus amigas y hermanas estaban allí. Su grupo había aumentado y las amigas de siempre ahora contaban con más viudas, o casi viudas, que antes. Todas recibían interesadas las enseñanzas de Blanca la morisca que no escatimaba esfuerzos en sus explicaciones.

—Pidiendo la protección de Santa Marta rogamos de su protección para que nos acompañe en nuestro trabajo de sanadoras. Pedimos que nos guíe en el camino que sólo el señor es capaz de mostrar —dijo con reverencia y terminando una larga explicación—... debéis tomar una abubilla y secar sus carnes. Tomad sus huesos y echarlos dentro de una vasija llena de agua y esperar que estos se hundan. Luego formaréis el amuleto gravando en el hueso mayor un círculo del poder de las siete energías del universo. El ojo central será vuestro protector. Con este amuleto tocarás a aquél por el que sintáis deseos y el sentirá por vosotras deseos apasionados...

Gonzalo no esperó a que lo echasen. Deseaba tomar aire. Tanto amor le estaban dando arcadas. No llegó a dar dos pasos cuando regresó descompuesto.

—Cerrad las puertas. ¡Ya!

Hechiceras

—¡Hechiceras! ¡Brujas!

Los gritos no cesaban. Juana y Amice corrieron a cerrar la única entrada con premura mientras Gonzalo arrastraba un banco inmenso de madera como contención. Las protegidas se abrazaban entre ellas ante una Gadea que no dejaba de mirar hacia la puerta que temblaba a fuerza de golpes. Puede que utilizasen un tronco o tal vez, no podía saberlo, la mente le temblaba al mismo ritmo que los embistes contra la madera.

Gonzalo caminaba nervioso de un lado a otro intentando pensar.

Los hombres elevaban antorchas mientras las mujeres que con ellos iban alzaban cuchillos y puños cerrados pidiendo castigo divino. Preocupado, Gonzalo observó a los lados buscando una salida que sabía inexistente.

—Mierda puta... —Murmuró mientras caminaba apresando su espada con fuerza.

Santa María la Blanca no era más que una capilla con unos cuantos trastos y unas pocas columnas junto a una puerta que no tardaría en vencerse. Nada detendría a la muchedumbre. Ni nadie...

Como perro enjaulado aferró con fuerza el puñal en su mano izquierda y su estoque en la derecha. No saldría vivo de esta pero se llevaría a unos cuantos.

Los gritos del desgraciado reverendo resonaban al otro lado y se mordió la lengua para no contestar. Si otras fuesen las circunstancias ese asqueroso abusador de mujeres no tendría tanta suerte. Esperando lo inevitable la observó abrazada a su hermana y se sonrió de su propia ironía. No era de Gadea Ayala de quien deseaba despedirse sino de la pequeña comadreja con cabellos como la noche y mirada de ladronzuela. Ese bicho indomable comenzaba a atraerlo más que el vino a ese inglés que encontraron el mes pasado ahogado en el Tajo. Ese que se ahogó con poca alegría en el alma pero grandes jarras de alcohol en el corazón. Con el honor de un caballero criado como tal, hizo la señal de la cruz y encomendó su alma al cielo.

—Por Santiago —. Esto no era una guerra y los del otro lado no eran moros pero esperaba que el apóstol se apiadase de su alma igualmente.

Con diversión recordó que el padre de las muchachas le pidió que lo acompañase en su viaje a Italia pero él se negó. Puede que el progenitor las abandonase pero él no lo haría. Esas jovencitas fueron sus sonrisas en los entrenamientos cuando aún era un doncel y sus dos únicos amores de un corazón de hombre.

El humo empezaba a introducirse por debajo de la puerta y con

el torso recto esperó lo inevitable.

Las viudas comenzaban a toser y él rompió parte de su camisa para anudárselo al rostro. Ellas se amontonaron en el fondo a rezar en el suelo cuando Gadea se le acercó por detrás y apoyó la mano en su hombro. Parecía tan calmada y tan fuerte que quiso arrodillarse ante la niña que fue y la mujer en la que se había convertido. Siempre se sintió enamorado de ella y hoy creía que también lo estaba de su hermana. ¿Se podía estar enamorado de dos mujeres a la vez? Sí, se dijo con pesar, sí cuando se caía en los encantamientos de aquellas dos.

—Querido amigo, guardad vuestra espada.

—Gadea, marchad al fondo con las demás —. La voz grave resultó más la orden de un capitán que la de un amigo.

—No permitiré que os maten.

—Ya somos dos.

La sonrisa de Gonzalo resultó temible. Puede que esas muchachas lo conociesen como el fiel amigo servidor pero pronto verían un lado que no guardaba ni piedad ni sentimentalismos.

—Gonzalo... —La voz de Gadea se atragantó ante el fuerte crujido de la puerta que cedió reventándose en dos.

La turba, al ver al cruel guerrero, se detuvo. Una voz pastosa desde el fondo ordenó que abriesen paso y el rebaño se abrió como las mismas aguas del Mar Rojo. El cura, que con vestimentas tan rojas como la sangre elevaba una cruz de al menos dos brazos de alto, caminaba decidido. El cordobés abrió la piernas y se puso en posición de guerra. Tenía claro quien sería el primero en morir.

—¿Osáis atacar a un enviado de Dios?

—Sea —. Contestó con la sonrisa del asesino en el rostro.

La multitud, que no cesaba de gritar hechiceras, brujas y cuanto insulto se les ocurriese, lo rodearon y Gonzalo gruñó para mantenerlos alejados de las mujeres. Gadea, que como siempre, desobedeció sus órdenes, enderezó el cuerpo mostrando una seguridad que sus rodillas no sentían.

—Reverendo, no comprendo. Somos simples mujeres que se dedican a la costura. ¿Cuál es el motivo de tan desagradable visita? — Las palabras educadas intentaron mostrar esa nobleza de clase que le urgía resaltar.

—¿Simples mujeres? Permitidme mi señora que no esté de acuerdo con vuestras declaraciones. Se os acusa de brujería y a vos— dijo señalándola con la inmensa cruz— como principal responsable.

Gadea echó los pies hacia atrás ante la gravedad de las acusaciones. El cura, que nunca se negaba la visión y posible caricia de una mujer, se acercó y apunto estuvo de rozarle la mejilla si no fuese porque De Córdoba a punto estuvo de rebanarle los dedos.

—Atreveos y me abriréis el camino hacia el infierno.

El cura que odiaba ser desafiado lo miró con fuego en los ojos. Nadie se atrevía a desafiarlo. El arzobispo lo dejó al mando. Era el líder y único representante de la ley o eso él se creía. Con un rey menor de edad, todos aprovechaban los vacíos de autoridad, incluido un sodomita sin escrúpulos.

—¡De qué se nos acusa!

—Tenemos constancia que en este antro se contradicen las leyes de Dios. Practicáis la brujería. Enseñáis recetas que os dicta el demonio y blasfemáis en contra de la santa iglesia.

—¡Eso no es verdad! —Juana gritó desde la esquina del fondo pero Gadea alzó la mano para detenerla.

—Reverendo, soy Gadea Ayala, mi familia, cristianos de sangre limpia —dijo resaltando lo de limpia —. Jamás cometeríamos acto semejante.

—Mi señora, me temo que vuestra sangre es tan turbia como el barro de los establos —El reverendo sonrió y Gonzalo lo apuntó con la espada.

Gadea se mordió el interior de su propia boca para no insultar mientras el tabernero gritó con fuerza por encima de los demás.

—Dicen que realizan hechizos y que vuela por las noches en sus escoba mientras las otras fornican con el demonio bajo hogueras de fuego.

—Dios bendito —. Dijeron las mujeres que se persignaron con rapidez.

—¡Hoguera! —Gritaron los agricultores de vides.

—¡Quemadlas! —Gritaron las sirvientas ante la sonrisa de algunos nobles que se mantenían en una esquina expectantes y sin hablar.

La muerte de una Ayala llevaría a la ruina a su marido. Su esposo era el actual líder en el comercio de las telas y un futuro noble al que deseaban desterrar. No, la nobleza no detendría al pueblo desquiciado.

—Jamás hemos hecho tal cosa. Santa Marta nos guía.

Blanca la morisca se acercó y habló atragantada al sentir la mirada sucia del sacerdote.

—Debí imaginar que una mora se encontraba detrás de tanta asquerosidad.

—No existe ninguna brujería ni acto en contra de nuestra amada fe. Mi familia lleva años practicando la doctrina de nuestro señor y de la santísima trinidad. Abrazamos las enseñanzas del profeta. Entregamos nuestras manos y nuestros rezos a Santa Marta. Nunca he realizado brujería alguna.

—Os creo, os creo.

La ingenuidad de Blanca la hizo respirar pensando que se encontraban a salvo cuando el dedo acusador del cura se dirigió directamente al rostro de Gadea Ayala.

—Es a ella a quien se acusa.

La multitud alzó las antorchas que comenzaban a comerse el escaso aire de la capilla.

—¡Bruja!

—Reverendo, eso no es verdad —. Dijo Blanca horrorizada.

Gadea observó la figura de una mujer, que llorosa, agachaba el rostro tras la figura del sacerdote. Con el corazón roto ante el descubrimiento preguntó casi sin fuerzas.

—¿Quién me acusa?

María alzó la mirada con lágrimas en los ojos y Gadea aceptó la derrota.

—¿Cuánto os han pagado por injuriarme...? —La panadera corrió a su lado y se arrodilló suplicando perdón pero el párroco detuvo inmediatamente la escena.

El pueblo no necesitaba saber mucho más. Gadea Ayala sería quemada y con la mejor de las suertes su marido sería arrojado a las aguas del río más temprano que tarde. La ciudad necesitaba liberarse de esos falsos conversos. Ellos veneraban a sus ídolos y se escondían como las ratas que eran. Toledo necesitaba ser limpiada y él lo haría.

—Llevárosla.

Gonzalo se puso delante de su amiga advirtiendo con su puñal que no era buena idea acercarse a ella.

—Habéis sellado vuestro destino. Es el padre quien dictamina justicia a través de las manos de su pueblo. Morid en paz.

—¡No! —Gadea gritó intentando detener los primeros golpes que llegaban a Gonzalo.

La turba, aunque le temía, lo atacaban con los palos encendidos que por poco lo quemaron vivo.

—¡Me entrego! Llevadme. Llevadme... pero perdonarle la vida —. Suplicó sollozando.

—No, no... —suplicaron las mujeres intentando acercarse a su amiga pero siendo detenidas por el gentío enardecido.

—¿Aceptáis las acusaciones? ¿Intercambiaréis la verdad por la vida de vuestro caballero?

—¡Gadea, no! —Gonzalo gritó pero el quinto golpe de las llamas en su cuerpo lo obligó a callar y quitarse la capa y la camisa envuelta en llamas.

—Lo hago, lo hago... Llevadme pero dejarlos vivir.

La joven intentó detener las lágrimas pero sentía demasiado miedo como para contenerlas. El cura aceptó y sonrió en compañía de su jorobado que reía ante la gloriosa victoria de su señor.

—Sacadlo de aquí y que sea el propio Dios quien se cobre sus pecados.

Gonzalo peleaba como un lobo herido pero solo era uno. Si seguía luchando lo matarían.

Gadea no podía permitirlo. Con los hombros caídos se acercó junto al sacerdote y elevó las manos juntas para ser apresadas.

—¡Hoguera! ¡Hoguera!

—Hoguera —. Dijo el cura avivando así el fuego del populacho.

—¡No! —Gonzalo de Córdoba intentó seguirla pero a la orden de un jorobado que esperó unos momentos antes de marchar tras su líder, la muchedumbre se abalanzó pateándolo tantas veces que lo derribó en el suelo sobre un charco de sangre.

El pueblo marchó tras el sacerdote ante unas mujeres que aún temblaban de miedo.

—¿Qué habéis hecho? —Dijo Juana sollozando a una María que se tapaba el rostro húmedo y se derrumbada en la fría losa.

Blanca y Amice corrieron ante el herido y agradecieron al cielo que aún respirase. Juana alzó sus faldas y se lanzó a correr. Debía ir en busca de la única posibilidad que poseía su hermana de sobrevivir.

Hoguera

—Debéis tener cuidado. Aún no conoces quien es amigo o enemigo.

—Vivimos en Castilla. Nadie es amigo de nadie.

Azraq el azul asintió con pena. Judá llevaba razón. Moros, judíos y cristianos convivían en un territorio que aunque aparentemente en concordia poseía un entramado interno difícil de predecir.

Tanto él como Judá formaban parte de una familia de nuevos cristianos ¿pero quién podía asegurar que en el futuro fuesen ellos los perseguidos? En los tiempos que corrían los reinos se dividían más que nunca. Los territorios se conquistaban a golpe de espada, los judíos no conversos comenzaban a desaparecer y los moros de Al Andalus perdían terrenos hasta ahora impensables. Qué no pasaría después.

—Deberemos protegernos...

Judá calló y se levantó de la silla en cuanto escuchó los gritos en la puerta. Ambos empuñaron sus espadas esperando el ataque cuando Juana agotada por subir las cuestas de Toledo a todo correr, caía a los pies de su cuñado. La mujer gritaba incoherencias y fue Azraq quien la ayudó a levantarse y sentarla en una silla mientras pedía un poco de vino a una criada.

—¿Qué sucede? —Haym entró a la sala ante el escándalo y Judá lo miró igual de extrañado.

—Se la llevaron. Quieren quemarla... se la llevaron...

—Hija, tranquilizaros. ¿A quién desean quemar?

Judá miró hacia la puerta pero nadie acompañaba a Juana. El rostro le comenzó a palidecer y los puños comenzaron a cerrarse mientras suplicaba al cielo que no fuese lo que pensaba.

—Hoguera... nos atacaron con antorchas... se la llevaron...

Juana lloraba sin consuelo envuelta en una locura de incoherencias cuando Judá apartó a su padre para enfrentar a su cuñada.

—Juana, ¿dónde está vuestra hermana? —Haym maldijo por lo bajo y Azraq se movió inquieto al comprender las dudas de su amigo.

La joven lloraba sin consuelo cuando los nervios dominaron al converso que sujetándola por los hombros la alzó del banco como si fuese una simple hoja de papel.

—¡Dónde está Gadea! —Repitió con furia ante una Juana que llorando sin consuelo lo miró a los ojos para contestarle hundida por la pena.

—Se la han llevado. La acusaron de bruja y se la han llevado.

Judá sintió como el techo de la casa se le caía encima. El aire le faltaba y la razón lo abandonaba. No era real. Nada de lo que estaba

escuchando era posible. Sin pensar gritó para que le preparasen el caballo mientras buscaba en un cofre dos puñales que se ajustaba al cinturón de cuero.

—Esperad —. Su padre parecía estar más calmado aunque en la mirada se le notaba la misma furia que a su hijo.

Haym no era un guerrero, no como Judá pero ello no significaba que no desease matar a quienes se metiesen con los suyos. Y Gadea Ayala era parte uno de los suyos.

Judá no escuchaba. Con rapidez ajustaba las cuchillas al cinturón cuando su padre lo detuvo con una mano en el torso.

—¿Pensáis luchar solo contra medio pueblo?

—Si es necesario —. Dijo sin dudar.

—Iré con vos —. Azraq contestó afianzando su espada en la cinturilla.

—No iréis a ningún lado.

—Padre os lo advierto, saldré por esa puerta. No intentéis detenerme.

Haym dejó caer los párpados comprendiendo la mezcla de furia y temor que corría por las venas de su hijo. Cuando los asesinos de la ley se llevaron la vida de su ángel creyó morir pero alguno de los dos debía pensar para que Gadea no sufriese la misma suerte que su único amor.

—Si salís por esa puerta la mataréis —. Dijo sabiendo que aquellas palabras serían las únicas que lo detendrían. Judá amaba a su esposa, aquello era una evidencia que cualquier ciego vería.

Respirando agitado se detuvo ante su padre que, aprovechando el total de su atención, quiso explicarse. Juana aturdida suplicó arrojándose ante un Haym que la sujetó entre sus brazos antes que cayese.

—Mi señor, por favor, ellos se la llevaron. Dicen que van a quemarla. Por favor... por favor —. Las súplicas eran tan sinceras que comenzó a perder fuerzas.

—Nadie va a tocarla —. Gruño desesperado al escuchar el desgarro de su cuñada. Caminó hacia la puerta pero su padre lo detuvo con la potencia de sus palabras.

—Os matarán antes de verla. La violarán y cuando este casi muerta la quemarán. Debéis actuar con inteligencia.

Judá se detuvo a mitad de camino y con el puñal que llevaba aferrado en el puño atacó a las cortinas que cayeron partidas por la mitad.

Furioso arrancó el costoso tapiz de la pared mientras las fosas nasales se le dilataban como jabalí a minutos de embestir. Juana lloraba sin consuelo al verlo y su padre apoyó las palmas de la mano en la mesa mientras el pecho le subía y bajaba con insistencia

descontrolada.

—No puedo quedarme sin hacer nada —. La voz de su hijo se ahogaba por la desesperación. La melena caía hacia delante y aunque su rostro enfocaba hacia abajo su padre supo ver la locura que en él se desataba.

—Y no lo haremos. Piensa tratarla como a una bruja, desea darnos una lección. Dijo que lo haría mañana por la mañana. Tenemos que intentar liberarla pero sin causar sospechas.

—Me importa un carajo las sospechas. ¡La quiero aquí y ahora! Gadea no es ninguna bruja. Por amor al cielo. ¡Si es incapaz de matar a un ratón! —Judá se derrumbaba con los hombros por delante sujetando su frente ante un cuerpo encorvado sobre la mesa —. Padre yo... la amo —. Dijo sincerándose con quien lo conocía mejor que nadie.

—Y por eso os ayudaré a salvarla pero no atacando a toda Toledo a golpe de espada. Así sólo conseguiréis que su sentencia se adelante.

Judá asintió sabiendo que su padre llevaba razón.

—¿Qué sugerís? —Azraq el azul se acercó al hombre dispuesto a colaborar.

—Juana dice que se la llevaron, debemos saber dónde. Si sólo se llevó a Gadea es porque intenta demostrarnos su poder. Seguramente intente hacerla sufrir.

Judá golpeó a puño cerrado contra la mesa que se doblegó ante su fuerza. Creyéndose incapaz de contener a su hijo por más tiempo Haym ordenó con la potencia y serenidad de un hombre que peinaba canas.

—Azraq, buscad información. Necesitamos saber donde la tienen —. El moro se envolvía el rostro con el turbante dejando a la vista sólo el azul de sus ojos que centelleaban rabia. Si ese cura iba contra los conversos judíos pronto irían contra los moriscos y que la cruz se lo llevase por delante porque él no lo permitiría.

—¡Azraq! —Judá gritó con voz de mando —. Cuando sepáis donde la tienen...

—La protegeré con mi vida —. Judá asintió conforme. Si podía confiar en alguien tan fiero como él, ese era el morisco. Nadie se enfrentaba al azul sin terminar en el mundo de las almas errantes.

Azraq salió a toda prisa cuando una mujer chocó de frente contra su torso. Esta se movió intentando soltarse desesperada pero el moro la detuvo con sus fuertes manos.

—¿Vos?

—¿María? —La panadera esquivó al grandullón y se acercó a Judá ahogada por falta de respiración —¿Qué sucede? —Judá preguntó atragantado.

—¡Mi señor, sé como liberarla!

—¡No la escuchéis! —Gritó Juana quien se abalanzó encima para golpearla. Azraq la sostuvo por la cintura y prácticamente la elevó por los aires para detenerla —. ¡Soltadme! ¡Permitid que le corte el cuello!

Juana se movía pegada al cuerpo de Azraq mientras las zapatillas volaban por los aires frutos de su ímpetu.

—¿Por qué deberíamos rebanarle el cuello? —Judá preguntó con precaución.

—Mi señor, lo siento...

—¡Fue ella! ¡Ella declaró en contra de mi hermana! Soltadme, dejad que la mate —. Gritaba entre llorosa e indignada pero perdiendo fuerza ante el hombre que la sostenía por encima del suelo.

—No será necesario... —dijo Judá quien en un abrir y cerrar de ojos apresó su delicado cuello con la fuerza de una sola mano —. Mi esposa os ayudó —dijo apretando con cada palabra un poco más su piel—ella os entregó su amistad, maldita puta...

María se movía intentando explicarse mientras sentía que las manos le quitaban el aire.

—Hijo... —Judá no escuchaba sólo presionaba.

—Os ofreció una oportunidad... y vos... vos... —el asco le amargaba al mirarla.

—Ha dicho que puede salvar a Gadea... ¡Judá! Puede salvarla —. Haym gritó intentando despertar a un hijo adormecido en su propia venganza —. Gadea... ella sabe como salvarla... hijo...

Cuando su padre creyó no poder detenerlo Judá soltó a la mujer quien cayó tosiendo e intentando buscar algo de aire como pez de regreso al agua. Lentamente la mujer, mientras se acariciaba el cuello y recobraba el color de los vivos, comenzó a llorar.

—Mujer será mejor que nos digáis todo lo que sabéis o mi hijo no os dará una segunda oportunidad.

Judá respiraba tan agitado que su padre se puso delante de la joven por miedo a que muriese antes de explicarse.

—Mi señor yo lo siento, yo no...

—¡Ya basta! —Los nervios del esposo se encontraban descontrolados —. Decid lo que sabéis.

—Mi hijo fue capturado, el sacerdote lo tiene encerrado cerca de la Primada. Me obligaron a mentir —María hablaba lo más rápido que podía— dijo que lo mataría, que no debería haber nacido.

—¿Por qué querría matar al hijo de una prostituta? —Azraq fue el que preguntó con curiosidad y María bajó la mirada al contestar.

—Él es su padre...

—Hijo de puta.

—Mi señor —dijo mirando a los ojos a un Judá que apenas era

capaz de controlar su furia— dice que quiere limpiar Toledo de los conversos. Dice que son víboras que se esconden bajo las piedras de falsas conversiones. Dice que sois herejes que deseáis ser nobles puros cuando la suciedad de los asesinos del Cristo es lo que circula por vuestros cuerpos, dice que las nobles que se casen con los puercos...

—Son tan sucias como ellos —. Dijo Haym apresándose el entrecejo mientras Judá pateaba una silla haciéndola volar por los aires —. Dijisteis que podías salvarla ¿cómo?

—Yo... —María cerró los ojos asustada.

Deseaba salvar a su amiga pero eso no significaba que sintiese pánico ante las represalias del sacerdote.

—Ayudaremos a tu hijo pero necesitamos que nos lo cuentes todo —. Haym hablaba con aparente tranquilidad mientras Judá lo observaba entre incrédulo y esperanzado.

—Mi señor... conozco algunos secretos que...

—¿Qué? —Haym hubiese querido apresar por el cuello a aquella traidora. Estaba tan indignado con ella como su hijo pero necesitaba saber lo que esa mujer decía saber y que podía salvar a su nuera.

—Conozco secretos imperdonables... —dijo agachando los hombros.

—Hablad —. La orden de Judá, como cuchilla afilada, tensionó aún más los nervios de la mujer que haciendo la señal de la cruz comenzó a hablar.

Los hombres escucharon interesados y hasta la propia Juana dejó de llorar.

Judá arrugó los ojos y miró a su padre quien asintió con la cabeza. Si aquella historia era real tendrían una buena manera de utilizarla en su favor. Cuando la joven hubo terminado se abrazó a ella misma intentando quitarse el frío mortal que la envolvía.

—¡Azraq! —Dijo Judá recuperando algo de la coherencia perdida —. Ya sabéis lo que tenéis que hacer —. Este asintió y se marchó con rapidez.

—Padre, venid conmigo. Creo que os necesitaré, ya conocéis mis nervios —dijo sonriendo de lado con maldad y su padre agradeció que la cordura retornase al espíritu de su hijo.

Judá acomodó dos puñales cerca de su cintura, escondió uno de mango corto en la bota y acarició el filo de su espada hecha por el mejor forjador de Toledo.

—En cuanto a vos —dijo mirando con rabia a la panadera quien tembló al pensar que la mataría allí mismo—os quedaréis en esta sala. No os moveréis hasta mi regreso —la muchacha asintió sin hablar. No fue capaz— ¡Juana! Os encargaréis que no salga de mi casa. Si lo que ha dicho es mentira yo mismo la mataré lentamente.

—Lo que vuestra merced ordene.

Los hombres se marcharon y Juana no era capaz de hablar, odiaba a María o por lo menos eso creyó hasta escuchar que su hijo corría el mismo peligro que su hermana. Ella no era madre y no tenía ninguna intención de serlo pero sabía perfectamente que daría su vida por aquellos que amaba.

—Lo siento... —María habló con tanta pena y sinceridad que le desgarró el corazón.

Juana la miró a los ojos y fue allí cuando comprendió como debería sentirse su amiga. Llorando ambas a la vez se abrazaron hasta que el cuerpo se les secó y fue entonces que bajo la luz de las velas y la noche que comenzaba a llegar, se arrodillaron en la pequeña capilla.

De algodones y mazmorras

Los huesos le temblaban y la piel se le erizaba enrojecida. El frío de las piedras se mezclaba con la brisa congelada que se filtraba por algo parecido a una ventana que existía allí en lo alto. Era cuadradita y pequeña pero los gritos se escucharían si es que al menos midiese como dos hombres de alto, se dijo desilusionada.

Ofreciéndose el consuelo de sus propios brazos se acarició la piel intentando entrar en calor pero nada, aquél rincón era tan lúgubre como la misma muerte. Quiso comenzar a rezar nuevamente pero algo le debería estar pasando a su cerebro porque no se recordaba ninguno en su totalidad. Las lágrimas y el frío la embargaban antes de poder siquiera encomendar su alma al altísimo.

—Judá... —Susurró suplicante al cielo —. Por favor —dijo cubriéndose los labios temblorosos al sentir el repiqueteo de maderas golpeando entre sí. Quizás que elevando una tarima o quizás clavando el poste para la quema, cómo podría saberlo con una ventana tan alta.

—Padre... —No pudo terminar. Los rezos no llegaban a su garganta.

Con las rodillas temblando se acercó al banco de madera o lo que fuese eso que se encontraba junto a la pared y se sentó. El lugar estaba oscuro. Apenas se podían dar cinco pasos sin chocar con altas rejas gordas, que cubiertas de óxido, guardaban recuerdos de lágrimas arrepentidas.

—Soy inocente... —Se dijo sabiéndose un alma entregada a la devoción de Cristo. Puede que no siempre se comportase excesivamente bien pero nunca violaría algo tan sagrado. El altísimo debería saberlo, pensó buscando algún tipo de salvación divina.

Abrazándose más fuerte pensó en sus últimos momentos, recordó a su esposo y se preguntó si él vendría a por ella. Bien sabía el cielo que últimamente no hacía más que cometer errores. Judá estaría en su derecho en abandonarla a su suerte y casarse con otra menos atrevida, menos mentirosa...

—Estúpida... —murmuró insultándose a si misma —¿Por qué? —pensó mientras su pecho se detenía al sentir a los obreros trabajando en la quema —. Padre, por favor... por favor...

—No invoquéis a quien vos misma olvidasteis —. La voz del sacerdote la hizo levantar la vista hacia delante para ver de frente a quien parecía más verdugo que representante de nuestro señor.

El reverendo y actual máximo responsable eclesiástico en la ciudad se sonreía victorioso bajo sus impolutas blancas vestimentas.

—Excelencia, temo no entender vuestras palabras —. Dijo comprendiendo ahora un poco más la razón de su encierro.

—Gadea Ayala, vuestra lista de pecados es tan extensa que ni el

mismo Dios se atrevería perdonar.

La maldad brotaba con tanta libertad por la mirada del sacerdote que Gadea tembló, pero esta vez no de frío ni de miedo sino de desesperanza. Aquél hombre ya la había juzgado y condenado.

—¿Y cuál podría ser el contenido de tan cuantiosa lista?

—Oh, querida muchacha, no bajéis la mirada intentando parecer ingenua. Conozco muy bien a las brujas como vos. Ocultáis en vuestra aparente bondad las más perversas prácticas. Demostráis caridad y comprensión pero vuestro corazón alberga verrugas frutos de los besos del demonio.

—¡No! —Exasperada ante las infames acusaciones se puso en pie mirando a los ojos a su verdugo —. No soy nada de lo que decís.

—Lo sois —dijo golpeando con su fiel compañera, la vara, sobre la reja —. Os unisteis al hereje, manchasteis la sangre de vuestra familia revolcándoos en la cama de uno de los asesinos del profeta. Sois impura y el fuego os limpiará de vuestros pecados. El Padre me pide que limpie Toledo de herejes y brujas amantes del demonio y es lo que pienso hacer.

—Que Dios perdone vuestro sucio corazón, reverendo, porque no decís más que infamias. Mi esposo no es ningún hereje, su familia se convirtió y es tan cristiana y fiel a la doctrina del Padre como vos o como yo.

—¿Osáis compararme con ese cerdo judío? ¡Como os atrevéis!

—¡Mi esposo es cristiano!

—Nuevo cristiano —escupió con asco—. Mentiroso y practicante de su doctrina en la oscura clandestinidad.

—¡Mentís!

—Mujer arrepentiros de vuestros pecados y permitid que el fuego del Padre se lleve la inmundicia de vuestros actos.

—Soy inocente… —murmuró agotada.

—Curandera, bruja y hechicera. Esposa de un hereje que intenta convivir como un noble de pura sangre. Merecéis lo que os suceda. Rezad conmigo y rogad por vuestra alma en la otra vida porque en esta ya no tenéis salvación.

—¡No! —Gritó antes de caer en el duro suelo de tierra. El hedor del lugar se mezclaba con el aroma de incienso de la piel y ropas del sacerdote y Gadea no fue capaz de contener las arcadas que la hicieron vomitar allí mismo.

—El diablo se revuelve ante mis rezos —dijo el sacerdote orgulloso al ver a la joven vomitar en el suelo con la cabeza gacha y los hombros agotados cayendo hacia adelante.

—¡Quién sois! —Dijo molesto al sentir la presencia de una mujer con la cabeza cubierta con una túnica y una bandeja en la mano.

—Mi señor, sólo soy una criada. Traigo agua y pan para la joven.

—¡Marcharos!

—Pero mi señor, es de Dios atender los últimos deseos de los pecadores.

El sacerdote se revolvió ante una realidad que ya se encargaría de borrar de las leyes cuando él fuese la suma autoridad.

—Haced lo que debais.

La sonrisa del sacerdote se agrandó maléfica al ver a la mujer retorcerse en el suelo. Con un dedo autosuficiente ordenó que se le abriese la celda a la criada y se marchó.

El carcelero dejó que la mujer con la bandeja entrase y se marchó a un rincón para continuar dormitando. Las mujeres no representaban más que un profundo aburrimiento.

—Gadea... Gadea —. La voz preocupada de la mujer cubierta con un velo blanco retumbaba en las paredes —. Permitid que os ayude —. Dijo con la voz temblando de compasión.

Con cariño se arrodilló a su lado y sostuvo su frente con la palma de la mano, hasta que la joven sintió su estómago vaciarse y la cabeza partírsele en dos.

—Tranquila, ya está. Os pondréis bien.

—¿Beatriz?

La joven intentó incorporarse pero la debilidad y los nervios la hicieron caer nuevamente.

—Sí, soy yo. Apoyaros en mí, vamos.

Gadea asintió y aceptó el hombro de su amiga como muleta para llegar al banco frío y poder sentarse.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Preguntó avergonzada y sin alzar la cabeza de las manchas verdosas de su vestido.

—¿Dónde más podría estar? —Beatriz se quitó el velo y limpió el rostro de su amiga que comenzó a llorar desconsolada.

Ambas se abrazaron con fuerza pero más fuertes fueron las manos de Beatriz que se aferraron con robustez a la espalda de su amiga insuflándole coraje —. Tranquila, os sacaré de aquí.

—¿Judá se encuentra aquí? —La esperanza renació en la joven al pensar en su esposo.

—No he sabido nada de él. Dicen que desde que os han capturado nadie lo ha visto. Algunos piensan que...

—Me ha abandonado.

—Yo no lo creo —. Contestó con rapidez.

—Pero habéis venido a rescatarme —. Beatriz asintió y el labio inferior de Gadea tembló al realizar la pregunta —. ¿Está todo listo fuera?— Beatriz volvió a asentir con lágrimas en los ojos.

El poste para la quema estaba preparado. Pronto el sacerdote

llevaría adelante su especial sacrificio.

—Debéis marcharos —. Dijo con un valor que no poseía.

—No —contestó en voz baja para no ser escuchada por el carcelero —. He conseguido dos caballos de los establos de mi esposo.

—Robado diréis.

—Eso no importa. Distraeremos al guardia, lo atacaremos con esto —dijo mostrando un puñal bajo su túnica —huiremos juntas. Cuando quieran buscarnos estaremos lejos.

—¿Y dónde iríamos? —Gadea sonrió sin ganas.

—Al convento de Ávila. Allí buscaremos refugio. Tomaremos los hábitos.

—Somos mujeres casadas —dijo sin fuerzas.

—Entonces mentiremos, no importa, Dios sabrá perdonarnos —. Contestó nerviosa.

Beatriz continuaba contando el descabellado plan cuando Gadea la interrumpió apresándole las manos entre las suyas.

—Siento mucho todo el daño que os he hecho.

—Eso ya no importa —contestó nerviosa —. Mi hermano no es lo que yo pensaba. Tenías razón en arrojarme de vuestro lado.

—No, no lo tenía. Y ahora Beatriz es mejor que os marchéis antes que vuestro esposo descubre la locura de vuestros actos.

—Su opinión no me importa.

—Pero a mí, sí.

—Gadea por favor... no puedo dejaros aquí. No comprendéis que...

—¿Me quemaran por bruja? Beatriz, no puedo arrastraros conmigo. Intentad ser feliz en vuestro matrimonio y recordadme siempre como la hermana que fuisteis para mí.

—No os dejaré —. Dijo con los dientes apretados de impotencia.

Gadea descubrió la firmeza en el cuerpo de su amiga e hizo lo que creyó correcto.

—¡Guardia!

—¡No! —Beatriz suplicó aferrándola de la manga—. No podéis morir. Vos no...

—¡Guardia! —Volvió a gritar con el rostro húmedo por las lágrimas. El hombre sucio y con barba desalineada se acercó molesto de ser interrumpido en su descanso.

—Maldita bruja. ¡Qué queréis!

—La criada se marcha.

Beatriz tuvo que ser empujada por el guarda que no deseaba ver sentimentales despedidas femeninas.

Gadea se sujetó a las vallas de hierro mientras lloraba sin consuelo al ver como Beatriz era empujada hacia el exterior.

Desconsolada apoyó el rostro en el frío metal pensando en que el dolor no podía ser mayor. La quemarían injustamente y él la había abandonado. Quizás el reverendo tuviese razón y después de todo sí estuviese pagando el más cruel de los errores. Haberse enamorado.

—No pienso seguir esperando escondido como una rata.

Judá hablaba nervioso pero sin moverse. El tiempo pasaba demasiado rápido para la vida de su esposa pero demasiado lento para él.

—Falta poco —. Dijo su padre, que junto a su hijo, llevaba horas escondido tras el muro frente al prostíbulo.

—Yo digo que vayamos ya.

Haym comprendía la desesperación de su hijo. Él mismo la sentía, pero no podían errar en los tiempos. La vida de Gadea dependía de su frialdad y Judá no era hombre de permitirle a las venas refrescarse.

—Al fin —. Dijo igual de aliviado que su hijo.

Judá observó al perro del sacerdote salir rumbo a las murallas y no esperó a que terminase de girar hacia la entrada para lanzarse al prostíbulo y aporrear la puerta con puño cerrado.

—¡Abrid! —Estaba dispuesto a lanzar la puerta abajo cuando la mujer de olor rancio y escote más amplio que los picores de una gata en celo abrió molesta.

El rostro se le transformó al instante al distinguir las costosas vestimentas de los invitados. Nerviosa se apresuró a sonreírles mientras calculaba las monedas que cobraría por la mejor de sus chicas.

Judá entró sin esperar invitación y su padre lo siguió con humor parecido. Ambos miraron a los lados pero la casa era una unión de puertas y pasillos.

—¡Dónde está! —Chilló mientras miraba a un lado y otro esperando que el mismo demonio se apareciese ante él.

La mujer pese a estar acostumbrada a las peores de las visitas comenzó a temer algo más de lo habitual. A los borrachos se los ganaba con más bebida, a los puteros con más chicas pero a los irascibles, esos eran harina de otro costal. Precavida acarició su amplia cintura buscando un oculto puñal.

—Ni se os ocurra.

Judá lanzaba fuego por la mirada y odio por los poros. La tensión en su vena, esa cerca del cuello, era tan amplia que parecía multiplicar su tamaño a por momentos. Con paso lento se acercó a la mujer y preguntó con carraspera mortal.

—El cura. Mostradme el camino.

—No conozco a ningún cura.

—Dónde... —esta vez Judá hizo la pregunta presionando la punta de su puñal en el centro del cuello de la mujer. Asustada intentó huir pero Haym, que se encontraba justo detrás, se lo impidió —. Volveré a preguntaros y espero que recordéis antes que mi filo lo haga por vos. ¿Dónde-está-el-sacerdote?

—Pasillo, tercera puerta a la derecha —. Contestó valorando su vida más que la discreción del negocio.

—Si mentís... —El filo del puñal marcó la rolliza piel de la garanta que se movió bajo la presión del arma.

—Vuestra merced puede comprobarlo por si mismo.

Judá asintió mientras guardaba su puñal y se encaminaba con paso rápido por el pasillo.

Haym se quedó custodiando la puerta para que nadie pudiese entrar ni salir de allí sin ser detenido. Su nuera no contaba con mucho tiempo y cualquier prevención era poca.

De una patada la puerta de madera vieja se despegó del marco y Judá agradeció al cielo y sus ángeles la imagen que ante sus ojos se presentaba. El sacerdote no podía estar más entregado y su amante más vehemente. Los hombres se separaron al instante. El clérigo buscaba algo con lo que cubrir sus pecados mientras chillaba enloquecido.

—¡Matadlo!

El amante nervioso quiso defender el honor de su pareja pero un único golpe de Judá, estoque en puño, bastó para que el muchacho se desplomase sangrante y mareado en el suelo.

El sacerdote buscó entre el revuelo de ropas un chuchillo, puñal o algo que lo ayudase a deshacerse del intruso pero el temblequeo de las manos apenas le permitían encontrar nada.

—¡Levantaos!

Metiendo la cabeza por el escote de la larga camisa y sintiéndose con algo más de decencia el hombre de Dios acusó con el dedo.

—¡Cómo os atrevéis! Pediré vuestra cabeza en bandeja. Os desangraréis como el marrano que sois.

La dentadura blanca del converso no mostraba diversión alguna pero resplandecía como la más pura de las nieves frente a una mirada que se oscurecía como la tierra húmeda del crudo invierno.

Temeroso por su vida el reverendo chocó con el colchón de paja tras de si. La herida de la pierna causa por las continuas penitencias del cilicio comenzó a sangrar. Dominado por la furia de sentirse acorralado maldijo con todas sus fuerzas. El amante, recuperando algo de consciencia, intentó nuevamente defender su honor pero esta vez la bota del converso lo aprisionó contra el suelo

haciéndole comer el polvo.

—¡Qué pretendéis!

Judá esta vez sonrió de lado con el demonio en la mirada y la ira en la sangre.

—Vuestro perdón reverendo... vuestro perdón...

Fuego purificador

La gente se amontonaba esperando un buen espectáculo, después de todo no solían existir muchos por aquellos lares. Sus vidas discurrían entre el trabajo de las tierras, el furor diario de los comerciantes intentando conseguir negocio y esos nobles que, moviéndose entre las sombras, nadie sabía muy bien a qué se dedicaban pero sí que mandaban, y mucho.

Los señores ofrecían protección y eso era necesario, pero la vida no dejaba de ser monótona y algo enfermiza. Momentos como aquellos eran necesarios y hasta divertidos, incluso algunos de ellos hasta se hacían con unas cuantas monedas gritando historias, que aunque falsas, incrementaban el furor del odio.

—¡Bruja! —Gritó un exaltado.

—¡Yo la he visto volar! —Afirmó un segundo ante el suspiro ahogado de la multitud.

Gadea caminaba descalza e intentando abrir los ojos con cuidado frente a la inmensa claridad del día. Llevaba dos días completos encerrada en una jaula de piedra con olor a orín y una ventana tan pequeña y elevada que nunca supo si la noche comenzaba a terminaba.

Con lentitud caminó hacia su destino cual animal al matadero. El sacerdote ordenó vestirla con ropas negras como cuervo y según parecía ser, indumentaria imprescindible para cualquier hechicera. Las largas telas se movían con cada pequeño paso temeroso que realizaba hacia el pequeño escenario.

La gente se persignaba al abrirle paso y mirarle el rostro. Puede que sus cabellos sucios y desordenados asustasen al pueblo pero también podía ser que fuese ese enorme lunar negro que uno de los carceleros maquilló junto a su labio mientras se carcajeaba con fuerza.

Con la cabeza gacha intentó orar y recordad al maestro en su vía crucis pero el temor a la muerte resultaba ser más potente que cualquier esperanza.

Los hombros echados hacia atrás por culpa de las cuerdas le dolían pero mucho más le dolía la vergüenza de ver como una escoba, enganchada en el borde de sus faldas, era arrastrada por sus propios pasos. Todo gentileza de un segundo carcelero.

Temblando, se acercó al inmenso poste de madera. Paja seca lo rodeaba. Las arcadas nuevamente dominaron sus entrañas pero pudo aguantar. Si moría lo haría con algo de dignidad.

Los hombres miraron curiosos a todos lados, quizás esperando que el sacerdote se abriese paso entre el gentío, después de todo esta era una de sus mayores victorias.

Una noble, una capaz de mezclar su sangre y cuerpo con un

criptojudío sería condenada por herejía. El sacerdote festejaría durante días su muerte. Los nuevos cristianos serían mirados con recelo, los nobles conseguirían sus objetivos y Toledo pertenecería a quienes en verdad debía pertenecer.

Con valor alzó la vista pero no lo vio. Poco le importaba el sacerdote, ella sólo lo esperaba a él.

Entristecida cerró los ojos y aceptando su pronto destino, rezó a Dios padre suplicando perdón. Perdón por los errores cometidos y por los pensados. Perdón por aquellos a quienes nunca amó y a aquellos a los que nunca comprendió. Con nostalgia dejó que los recuerdos de aquellos a quienes sí amó inundasen su mente. Pensó en Juana, su indómita y caritativa hermana, recordó los inútiles consejos de su madre y la sonrisa despreocupada de su hermano. Con dulzura recordó ese primer beso robado y el descubrimiento de sentirse enamorada. La negra mirada se instaló en sus recuerdos y sonrió al saberse amada, porque aunque la hubiese abandonado, Gadea Ayala podía asegurar con rotundidad que en sus brazos se sintió amada.

Suspirando con fuerza y valor abrió los ojos y se encontró con Beatriz y Amice que llorosas la observaban desde la distancia. Con los ojos encharcados asintió con el rostro haciéndoles saber que agradecía que estuviesen a su lado. No muy lejos un moro de negras vestimentas y cubriendo su rostro al completo se acercó a su carcelero. En un principio pensó que se trataba del buen Azraq y amigo fiel de Judá pero pronto se lo negó a ella misma. Si su esposo la había abandonado porqué no lo haría también el morisco.

Aceptando lo inevitable comenzó a rezar mientras se preguntaba cuánta maldad debería alojar el sacerdote en su corazón para alargar tanto su agonía.

—Ahora.

Judá murmuró tras el sacerdote mientras presionaba su espalda con un puñal. El sacerdote se endureció como si fuese a negarse pero el converso habló como el representante del demonio en la tierra.

—Reverendo, —escupió repugnante— no penséis que sólo os mataré porque eso sería sublime para un asqueroso como vos. Primero haré correr la noticia que sois un sodomita, uno capaz de agacharse y chupar a un hombre hasta vaciarlo. Enseñaré a vuestro amante al que obligaré a contar cada uno de vuestros encuentros con detalle. Él contará al pueblo como gritabais de placer bajos sus embites en vuestro repugnante culo. Seréis expulsado de la iglesia y entonces, cuando os arrastréis como una rata putrefacta, os mataré lentamente y esperaré ver como vuestra alma abandona el cuerpo, pero lentamente... muy lentamente. Mis perros beberán la sangre de vuestras venas mientras os arrojo en terreno no consagrado. Iréis al

infierno y allí el demonio os dará por culo tantas veces hasta que queráis volver a morir.

El sacerdote cerró los ojos y aceptando su derrota se abrió paso entre la multitud seguido de cerca por su nuevo amigo que no se despegaba de su espalda.

El verdugo, al verlo, acercó el palo a la llama y lo elevó esperando la orden de quema. Judá presionó el puñal tras el sacerdote recordándole sus promesas y este ordenó con premura.

—¡Deteneos! —Los carceleros arrugaron la vista pero el sacerdote se apresuró a dictaminar —. Esta mujer es inocente.

La multitud balbuceó indignada e incrédula, y el sacerdote, ahora transformado con su actitud habitual, elevó la voz para hablar al gentío que se rindió ante su autoridad.

—¡Pueblo de Toledo! He tenido una visión—. El sacerdote alzó las manos al cielo mientras hablaba al aire —. ¡Dios me ha hablado!

Los comunes se santiguaron ante unos nobles que arrugaron la frente disgustados.

—Dios se ha rebelado y me ha mostrado la verdad. Él me ha dicho que esta mujer es una curandera bajo su propio poder. Es una maga blanca.

—¡Alabado sea!

El gentío calló de rodillas mientras repetía una y otra vez las alabanzas del padre.

Un caballero, al que Judá no conocía pero que pronto investigaría de quien se trataba, se adelantó para gritar con ferocidad.

—Es una bruja, ha matado niños. Merece la hoguera.

El común del pueblo, aún de rodillas, miró al sacerdote esperando una respuesta. Este tardó en responder por lo que Judá volvió a presionar su puñal en la espalda como recordatorio.

—Esta mujer no ha sido. ¡Dios me lo ha dicho! Soy un representante de Dios en la tierra. Él mismo ha abierto los cielos y ha hablado a través de una paloma para que salvase a su hija. ¿Osáis saber vos más que Dios?

—Alabado sea Dios. ¡Alabado sea Dios! —Gritaron con firmeza los asistentes esperando que el padre los escuchase y no los castigase por culpa de aquél caballero.

El hombre con el ceño fruncido hizo una señal de saludo y echando un hombro hacia delante en señal de respeto dio un par de pasos hacia atrás y se marchó.

El jorobado, que después de una larga noche en la taberna acababa de despertar se acercaba incrédulo ante lo que veía. Con toda la rapidez que su cuerpo le permitió alzó la espada y se acercó al judío con el fin de rematarlo pero se detuvo al sentir el filo y la voz gruesa del moro.

—Deteneos.

El joven se detuvo arrojando el estoque al suelo bajo la atenta mirada de Azraq el azul.

—No sabéis con quien os estáis metiendo...

—Habéis conseguido asustarme.

La carcajada de el moro con el rostro cubierto y de cuerpo fornido resonó con fuerza bajo el turbante.

Gadea escuchaba los gritos pero no los comprendía. Aferrada con cuerdas al inmenso poste no podía razonar. La cabeza de su esposo sobresalía sobre el común de la gente pero no la miraba. Él se centraba en custodiar la espalda del sacerdote que no dejaba de repetir una y otra vez las declaraciones del Altísimo.

Nerviosa ante la posibilidad de poder sobrevivir, miraba a un lado buscando a su hermana pero nada, ella no estaba allí. A lo lejos Beatriz y Amice dejaban de llorar para comenzar a sonreír esperanzadas. Con las rodillas podría haberse caído si no fuese porque estaba atada con grandes cuerdas al poste.

Vio al moro empujar a un jorobado de una patada para luego quitarse el turbante mostrando el rostro.

—Gracias —. Murmuró al reconocer a Azraq junto a su esposo.

Cuando el sacerdote pareció haber convencido a todos, ordenó que la liberasen y se marchó tan rápido como las liebres en día de cacería.

Con los párpados cerrados agradeció a la virgen cuando sintió el filo de un cuchillo liberar sus manos. Presa de los nervios estuvo a punto de caer pero unas fuertes manos la sujetaron y la alzaron en volandas. Con la sonrisa en el alma acercó su rostro al pecho inhalando el aroma a cuero, sándalo y hombre. Su hombre.

—¿Estáis bien?

La voz de Judá retumbaba entre sus cabellos con suavidad y asintió mientras se refugiaba con fuerza en el calor de su torso.

El converso la acercó a su caballo y la subió como si ella no pesase para luego saltar tras ella y aferrarla junto a su cuerpo. A galope marcharon de allí y Gadea respiró sin aún poder creer que siguiese viva.

Entraron a la casa, pero fruto de los nervios destrozados, se encontraba prácticamente adormecida. Juana acudió corriendo y agradeciendo a Dios y a Judá por haberla salvado pero ella apenas era capaz de conservar los ojos abiertos. Su esposo ordenó preparar un baño ante la mirada incrédula de la criada.

—Pero señor, es sábado. Dirán que vos, que ella... —dijo temiendo que fuesen acusados de limpiar sus cuerpos por causa del

Sabath.

—¡Ahora! —Ordenó haciendo temblar las paredes y asustando a la joven que corrió como alma llevada por el diablo.

—La habéis asustado —. Gadea dijo acariciando su brazo pero a punto de caerse por el cansancio.

Su esposo alzó los hombros mientras la sujetaba con fuerza con las manos ajustadas en su cintura. La guió hacia los baños que se encontraban en el subsuelo de la casa.

Judá echó a las criadas y se dedicó a limpiarla él mismo. Con el mayor de los cariños y el ambos disfrutaron del dulce silencio.

Cuando hubo terminado la envolvió en blancas telas de algodón y en brazos la llevó a sus aposentos. Hubiese querido decir que podía caminar, que se encontraba bien, que le agradecía la vida pero sus ojos se cerraron agotados.

—Descansad —. Dijo besando su frente al taparla con una manta.

Con cuidado de no despertarla se quitó el cinturón, apoyó el estoque y los puñales en la mesa, se deshizo de la ropa y se arrimó bajo las mantas al calor de su dulce cuerpo —. Al fin —pronunció en voz baja al abrazarla contra su pecho como si temiese que alguien pudiese entrar y arrebatársela.

Era de día y la gente empezaba con sus tareas pero poco le importó. Con el descanso de las almas protegidas cerró los ojos y descansó junto a la mujer de su vida, el amor de sus sueños y la razón de sus escasas sonrisas.

No muy lejos un hombre protestaba furioso.

—Maldito converso y maldita mujer.

Beltrán, quien había presenciado la escena desde la distancia arrugaba la cicatriz al beber una copa de vino. Zaaben e Isaac maldecían por todo lo alto pero él no podía. Una parte se le revolvía nervioso pero otra se encontraba feliz por su primo.

—Debemos hacer algo —. Dijeron los judíos nerviosos a lo que una voz de un desconocido contestó segura:

—Y yo os ayudaré.

Próximamente…

—Maldita mujer.

—No, no lo comprendéis. Iré con vos pero no le hagáis daño.

La aprendiz de hechicera buscaba ayudar a quien tanto había hecho por ella.

El marido abandonado, sabiéndose con las leyes de su parte, arremetió contra ambas con la sonrisa malévola en el rostro y la espada justiciera en el puño.

—Así aprenderéis —. Dijo dejando los dos cuerpos en el suelo que se desangraron en la soledad de la noche.

Toledo dormía sin saber que un alma tan pura como ella ya no vivía…

Libelo de sangre

Diana Scott

Copyright 2020 Diana Scott

Índice

Enclaustrada
La novicia rebelde
Justicia
Alquimia
Lazos de vida
No lo digáis
Inocentes
Primos y hermanos
Cartas de amor
Venganza
Un hijo
Olvidemos el pasado
El mercado
No puede ser
Inocentes
Lodazales
Superviviente
La curandera
Hijos e hijas del demonio
Tesoros
Una carta, un compromiso
Engaño
Confianza
Un futuro por descubrir
Acepto
La boda
Amor a medias
La entrega
Justicia
No todo lo que brilla…
Enamorado
Calumnias
Culpable
Hijo
El final
En el próximo libro…

Enclaustrada

El sol de la mañana entraba por la ventana indicándole un nuevo día, y gracias al cielo que así lo era. A más tiempo transcurría desde la frustrada quema, el pasado se difuminaba ante la oscuridad de sus propios recuerdos y ello era muy de agradecer al divino creador. Aletargado, se desperezó, y acariciando con la palma de la mano el espacio libre, suspiró con el recuerdo de quien acababa de huir presuroso del lecho. Un profundo amor le hizo sentir que cualquier dolencia de la vida bien valía unas cuantas lágrimas, siempre y cuando él estuviese a su lado. Amor, que te apareces en el menos recomendado de los hombres e insistes que tu elección es la adecuada. Vida, que pides tiempo para aceptar. Temor, que reconoces no haber huido como un cobarde ante un corazón profeta de la verdad. Gadea sonrió feliz ante la inspiración repentina de su espíritu trovador. Sus temores se encontraban en la basura de los miedos descartados y pisoteados. No dudaba de Judá ni de sus sentimientos. De quién temía era de un mundo escrito por hombres que, afianzados en absurdas creencias, muy lejos se encontraban del destino que la realidad divina por ellos escribía.

Aliviada por encontrarse en su casa, respiró la seguridad que le ofrecía su cuarto o bien le cabría decir el cuarto del matrimonio, porque desde su casamiento él no cesó de visitarla y dormir a su lado. Nunca la abandonó. Siempre se mantuvo férreo y constante afianzando un amor que ni ella misma era capaz de creerse pero que agradecía a la virgen con todo el fervor que poseen las mujeres enamoradas. Se recuperaba muy favorablemente.

Las anchas quemaduras fruto de gruesas cuerdas en manos y tobillos, y que tan bien ajustó el verdugo experimentado, habían desaparecido. El cuerpo comenzaba a sanar pero la mente no podía obtener el mismo beneplácito. Los temores carceleros aún la atormentaban durante el día y gran parte de la noche. Las terribles pesadillas se hacían presentes en el descanso nocturno y sólo el fuerte abrazo de su testarudo marido las espantaba. Su testarudo y tan amado esposo. «Esposo…» pensó al recordar los brazos tibios de Judá en aquellas noches en donde el sudor del miedo la cubría. Miedos que aún era capaz de sentir, en el bello de la piel al erizársele, o cuando el hedor a excremento de rata y a orín de antiguos reos, se le atascaban en la profundidad de la boca al punto de poder masticarlos. Esa celda la marcó y temblaba sólo de recordarla. Los gruesos barrotes de hierro oxidado y los gritos de la multitud le recordaban muy bien cuáles eran sus deberes de mujer y cuáles los límites que no se debían traspasar.

«Todo es pasado y mejor era no pensar en…» se dijo sin poder terminar sus ideas al tener que correr hacia la palangana para echar la

poca cena que aún conservaba en el vientre. Mareada y con el sabor agrio en la boca, se aferró con ambas manos a la tina e intentó elevar el rostro para ver quien entraba al cuarto y rogando con todo su ser que el recién llegado no fuese Judá. Él se reocupaba en exceso y ella por todos los medios intentaba ocultarle su tan rara enfermedad. Las mañanas eran un chiquero en sus entrañas y las tardes se le antojaban largas y agotadoras.

—Santa madre de Dios —. Balbuceó al agachar el rostro para completar unas arcadas que esta vez se dispensaron secas, después de todo sus tripas se encontraban más vacías que bolsillo de un granjero.

Blanca la morisca, se detuvo en la puerta congelada ante la imagen. La presencia de Gadea la perturbaba. Un pequeño rescoldo de celos circulaba aún por sus venas, y a pesar de que no cesaba de pedir asistencia a Santa Marta, no podía evitarlo. Gadea era valiente, fuerte pero también era el amor de su amor, algo doloroso de asumir.

—Estáis… —las descripciones se le atragantaron en la garganta.

Cuando Judá le suplicó que atendiese a su esposa enferma no se imaginó que aquella fuese su enfermedad. Los ojos se le llenaron de lágrimas al sentir como el corazón se le desgarraba aún más. Si es que algo así fuese posible. Con sólo verla desde la entrada reconoció los síntomas. Gadea llevaba al hijo de Judá en su vientre. Ese que siempre soñó encargar en sus ardientes noches toledanas pero que él jamás compartió.

Amice, visitante inesperada, se asomó a la puerta y al ver la imagen de Gadea vomitando, arrojó una enorme cesta con ropas al suelo. Empujando a Blanca a un lado corrió en su ayuda. Los gritos acusatorios de la monja trajeron a la realidad a una Blanca que no reaccionaba.

—No ha sido ella… —Contestó Gadea intentando recuperar la compostura y poder hablar sin emitir una, de sus cientos de arcadas.

Amice la acompañó hacia la silla no sin antes fruncir la mirada como un perro rabioso a la curandera. En la distancia y a espaldas de Gadea, la monja apuntó con el dedo a la curandera y acto seguido se bordeó el cuello de izquierda a derecha.

La intimidación resultó de lo más clara para Blanca, quien lejos de asustarse, negó con la cabeza ante tan estúpida amenaza. ¿En verdad la monja se creía que asustaba a alguien? Metro y medio de altura, cuerpo pequeño y con una mirada más dulce que los pasteles de Doña Lucrecia, sí, la mora de la tienda tras la judería y cuyos pasteles con miel empalagaban hasta al más agrio de los verdugos. No la monja no asustaba. Blanca volvió a negar con la cabeza y apoyó la cesta de hierbas en la mesa.

—Estoy bien, estoy bien —. Gadea contestó avergonzada.

Últimamente o, mejor dicho, desde que Judá llegó a su vida,

era un completo desastre. ¿Dónde habría quedado esa educada dama que su madre se encargó de forjar? Se preguntó intentando adecentar los cabellos enredados —. Es algo momentáneo. Se me pasará pronto —dijo intentando ocultar el malestar generalizado.

—No es momentáneo —. Blanca contestó a media voz y con el dolor de la envidia delineándole las palabras.

—¡Qué le habéis hecho!

Blanca caminó hacia atrás al ver a la monja arremangarse los puños. No es que le tuviese miedo, pero la religiosa, con esa túnica negra y esa mirada de cucaracha lista para atacar, impresionaba lo suficiente como para ser precavida.

—Creo saber que le sucede.

—¿Qué tengo?

—Estáis embarazada —. Dictaminó presurosa al ver las manos de la monja alzarse por encima de los hombros.

Amice bajó las manos al instante, y la mirada de loba asesina, se transformó en la de una gatita enamorada ante una morisca que volvió a respirar tranquilidad.

—Un bebé… adoro a los bebés… —no cesaba de repetir las palabras con el rostro compungido.

—No es posible —. Gadea contestó con tanta seguridad que la ilusión retornó al corazón resquebrajado de la curandera.

—Vos y él no… —dijo con el temblor de las esperanzas en los labios. Igual las cosas no fuesen como ella las creyese. Igual Judá la despreciara en el secreto del hogar. Igual todavía existiese una oportunidad.

Amice arrugó la frente sin comprender, pero Gadea, comprobando las esperanzas traslucir tras la mirada de la curandera, aclaró con tanta seguridad que las paredes temblaron ante su rotundidad.

—Mi esposo y yo compartimos lecho todas las noches —Blanca se sintió avergonzada, pero fue Amice quien rompió el malestar entre ambas.

—¿Cómo podéis entonces estar tan segura? Virgen santa, Gadea no habréis intentado quitároslo… —contestó persignándose tres veces seguidas.

—¡Por amor al cielo, no! Yo jamás… Cómo podéis siquiera insinuar algo semejante. Jamás cometería semejante pecado. La Santa Virgen es la madre entre las madres y yo espero serlo algún día. Me refiero a lo de madre, no a lo de santa…

—¡Entonces! —Blanca preguntó con los nervios rotos y cortando la extensísima explicación. ¿Ellos se amaban sí o no? Necesitaba saberlo urgentemente. Ambas mujeres la miraron con el cuello en alto y precavidas.

—Estoy manchando —. Gadea habló desilusionada ante una Blanca que se giró hacia la canasta ocultando unas esperanzas moribundas.

Ocupada en sus hierbas trabajó en la mezcla cuando Gadea la observó intrigada.

—Aún no habéis explicado vuestra presencia en mi cuarto.

Blanca acercó un saquito con hierbas y se la extendió mientras se explicaba con unas palabras que apenas salían. Maldito fuese el destino, la vida y los sentimientos que arañaban su alma más que cientos de bueyes arando.

—Vuestro esposo me pidió que os asistiese. Os cree enferma.

—Creí haberlo ocultado…

—Ya veis que no —. La morisca sonaba cada vez más molesta y la monja más prevenida.

—¿Qué es? —dijo interponiendo la mano entre las hierbas y su amiga.

Aunque Blanca demostrase ser una hechicera de magia blanca tanto en sus clases como en el santuario de Santa María la Blanca, no era más cierto que era la hija adoptiva del mismísimo alquimista. El marqués adoraba a la joven, la protegía bajo sus mágicas alas, y de todos era conocido el poder del mago entre los magos. Desde más allá de donde ella era conocedora, llegaban hombres a Toledo atraídos por su fama. Magos, expertos y principiantes, todos vagaban por la "Toledo Mágica" esperando recibir enseñanzas del hechicero por supremacía. Don Enrique de Villena, el nigromante para algunos, el rey de los magos para otros, el alquimista para unos cuántos, todos buscaban a aquél que todo lo sabía y al que la muerte jamás encontraría. No, Amice no se fiaba.

—Esto es una tontería. Blanca no tiene intención de hacerme daño —lo dijo tan rápido que llegó a dudar de sus propias palabras—. ¿No?

—Mi señora, si quisiera veros muerta, creo que he tenido circunstancias más oportunas que esta —contestó mientras preparaba otro saco de hierbas. Aunque la situación le disgustase, se sabía la creadora de tan deshonrosa desconfianza. Amaba hasta la locura al marido de la mujer que tenía delante, pero no, no era tan ruin—. Haceros una infusión por las mañanas y otra por las noches. Los mareos se calmarán y las manchas desaparecerán después del tercer mes.

—Estoy, ¿entonces creéis que llevo a su hijo en mi vientre? — Gadea sonó tan feliz que esta vez fue Blanca quien sintió que las náuseas se le atascaban en la garganta.

—Si comparte vuestro lecho… —esperó una negación que nunca llegó —. Entonces lo estáis.

Amice abrazó a Gadea y esta sonrió dudosa de la realidad. ¿Sería que Dios estaba a bien compensarla? Sí, por supuesto que sí. Dios la bendecía después de tantas penurias. «Un niño…» pensó al imaginar el rostro de Judá al decírselo. Blanca vio tanta ilusión en la mirada de la joven que no pudo reprimir el comentario.

—Igual no deberías decir nada hasta que las manchas acaben y estemos totalmente seguras.

Gadea se desilusionó al instante mientras acariciaba su vientre y Blanca se sintió la peor de las curanderas.

—Ella tiene razón —. Esta vez fue la monja quien aclaró salvando la situación incómoda de la morisca —. Blanca tiene razón, puede que sólo sean malestares por tantos infortunios y Dios sabe que últimamente no ganáis más que para sustos, pero si la virgen desea que seáis madre, el bebé seguirá allí y podréis dar la buena nueva a vuestro esposo.

Blanca suspiró al escuchar en la monja las palabras que ella misma hubiese dicho si Gadea fuese otra y el bebé de su vientre no fuese el hijo de quien amaba más que al Dios de los cielos.

Beatriz entró sofocada y Gadea se preguntó si alguna vez las jóvenes aprenderían las reglas de la buena educación y llamarían antes de entrar. El sofoco de su amiga la hizo olvidarse de sus tonterías para interrogarla con la mirada. Amice no resultó ser tan delicada y se acercó como un miura preguntando asustada.

—¿Qué os sucede? ¿Os han hecho daño?

—Estoy bien —. Contestó aceptando el abrazo de la monja que no cesaba de acariciar su espalda en señal de consuelo.

—¿Vuestro esposo? —Gadea lamentó insinuar maldades, pero el reino de Castilla se encontraba lleno de lobos con piel de cordero y quizás Lope fuese uno de ellos.

—No, él es un hombre bueno.

La mujer apresaba su cabeza sintiéndose presa de los tormentosos pecados. Pensamientos impuros que no podían ser contados, no debían ser contados... Sus amigas no debían saberlo nunca, jamás… «¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni hombres que tienen para propósitos contranaturales, ni hombres que acuestan con hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Corintios 6…»

—¿Pero entonces por qué os encontráis en semejante estado? —La monja continuó acariciándole la espalda cuando con un gesto algo más que grosero, y poco habitual en Beatriz, la empujó hacia atrás haciéndola sentir entristecida y desconcertada.

—¡Soltadme! No os acerquéis.

—Beatriz —. Esta vez Gadea, su amiga de siempre, su casi hermana, se acercó esperando no ser empujada como la monja.

—Podéis confiar en mí, en nosotras, lo sabéis.

—Yo no puedo… no quiero… no lo entendéis…

Amice secó con la túnica una lágrima perdida. Un producto del rechazo no esperado.

—Tengo asuntos en el convento. Será mejor que me marche.

Comenzó a recoger la cesta con ropas limpias que traía y que había abandonado en la entrada, cuando la voz débil de Beatriz la detuvo por la espalda.

—Perdonadme… por favor…

Amice hubiese contestado que se fuese al mismo infierno si no fuese porque era Beatriz. La dulce y tierna Beatriz. Por supuesto que la perdonaba. ¿Quién no perdonaría a Beatriz?

En la cercanía, Blanca observó como las amigas se abrazaban en silencio y se perdonaban con hondas lágrimas dibujadas en la mirada. La curandera agachó el rostro. A veces ella veía más allá de las propias personas y por ello el marqués siempre la consideró la mejor de los aprendices. “Blanca, los ángeles os revelan sus designios, los cielos se hacen claros y la verdad se os muestra antes que a cualquier astro”. Y era en momentos como este, en los que veía mucho más, en los que odiaba saberse poseedora de tan desdichado don.

—Debo irme. Las mujeres me esperan para sus lecciones —dijo sujetando la canasta de sanación y excusándose para marchar.

—¿Cómo están las mujeres? ¿Inés ha aprendido la oración a Santa Marta? ¿y cómo está Isabel?

Gadea hacía tantas preguntas que sólo fue capaz de tomar aire, porque cuando estaba por responder, le asestaba una segunda sin previo aviso.

—Mi señora, ¿por qué no venís y lo comprobáis por vos misma?

—No puedo. Estoy secuestrada —. Beatriz y la monja secaron sus rostros emocionados y se separaron para mirarla intrigada—Judá —. Las tres asintieron con la cabeza y Gadea se sonrió al saberlas tan conocedoras de las extremas precauciones de su esposo —. Piensa que aún corro peligro. Dice que los riesgos me persiguen.

—No sé porqué… —Blanca contestó tan natural que se sumó a la risa que provocó en sus compañeras. Maldito fuese su corazón porque si no fuese por el amor que sentía por Judá adoraría a aquellas mujeres. A decir verdad, ya las quería, aunque aquello resultase algo difícil de reconocer.

—Tengo la solución —. Amice habló alto y seguro.

—Nada de vinos especiados —dijo Gadea.

—Ni falsas prostitutas —. Contestó Beatriz.

—¿Vino especiado? ¿Prostitutas falsas? —La curandera no

comprendía nada.

—Sí. Es monja, pero... —. Gadea y Beatriz se miraron para contestar al unísono y con un ataque de risa instantáneo.

—Los caminos del señor son terrenos escabrosos y el ingenio el fruto de sus más profundos e insondables deseos —. Amice estiró el cuello mientras totalmente seria se acomodaba el velo ante las mujeres que se carcajearon de sus explicaciones.

Sintiéndose algo indignada, pero sólo un poco, se acercó a su cesta para levantarla en alto y mostrar unas telas envejecidas y muy pero muy limpias. Gadea alzó una de las negras telas para observarla de cerca y contestar negando con la cabeza.

—No.

—Es muy buena idea.

—No.

Blanca la morisca preguntó a Beatriz si entendía algo, pero la joven se encontraba demasiado ocupada pidiendo perdón a quien fuese que se encontrase en el cielo.

Julián abrió la puerta del camarote, sucio y mojado hasta las barbas. El agua salada resbalaba por sus ropas agotadas, cuando la imagen con la que se encontró, lo impactó al punto de apoyarse en el marco para contemplarlo con mayor atención. No era hombre de sensibilidades ni nada parecido, pero hasta el más duro entre los duros a veces se permitía un momento de licencia.

La jovencita ahuecando los brazos sobre el colchón y casi pegada al cuerpo de su abuela dejaba descansar la cabeza, que, vencida por el cansancio, se encontraba tan dormida como el resto de su cuerpo. La larga cabellera se le desparramaba por la espalda como manantial de tierra recién labrada. Oscura y fértil. Su vestido aunque desgastado, dejaba entrever que no todos podían hacerse con tan finas telas. Por lo menos no un marino como él. ¿Quiénes eran esas mujeres de tan buen porte que viajaban solas hacia el nuevo mundo? Ellas no eran de la clase de mujeres que viajaban para la alegría de los hombres, pero tampoco las que buscaban riquezas. Sus ropas y su educación no eran de granjeras ¿entonces por qué solas?

La jovencita se movió y abrió los labios de forma tan tierna al volver a quedarse dormida que se sorprendió a él mismo sonriendo. La muchacha era un gusto a la vista y un placer en las conversaciones cercanas. Su belleza, aunque no excesiva, se suplía con una lengua interesante de escuchar.

Sonriendo como un joven entró al camarote cerrando la puerta tras de sí. Maldita fuese, él aún estaba lejos de ser un viejo. Los casi treinta no podrían ser tantos…

Quitando de su mente imágenes tontas, se deshizo de la ropa,

volvió a sonreír al verse totalmente desnudo antes de ponerse prendas secas. ¿Qué sucedería si la jovencita tierna e inocente se despertara en ese mismo momento? Seguro algo muy divertido, por lo menos para él.

Recogió una segunda manta para subir a cubierta y dormir bajo la luz de las estrellas, cuando pisó un libro. “La cofradía de las comunes”.

—¿Cofradía de mujeres? —Se dijo divertido mientras lo recogía para ponerlo sobre una estantería —. Mujeres trabajando como hombres, menuda tontería de novela.

La novicia rebelde

Gadea retocaba sin cesar los cabellos intentando que el dichoso velo los cubriese al completo a pesar de la insistente melena, que, con opinión propia, no deseaba lo mismo. No podía verse para admirar la gran obra de Amice pero seguramente se parecía más a un cuervo que a una joven de la nobleza casada con uno de los más importantes mercaderes de la ciudad. Molesta volvió a refunfuñar. Se sabía la no más bella de las mujeres, pero odiaba sumarle a su falta de aptitudes, el don de la mentira. Judá seguramente la llamase la más fraudulenta de las esposas y puede que hasta tuviese razones suficientes como para pensarlo, después de todo, ¡qué mujer en su sano juicio se disfrazaba de monja viuda! Bien, aquello ya daba igual, como viuda, como cuervo o como cucaracha aplastada, acabaría con su encierro.

—Las monjas o son monjas o son viudas. Las dos no se puede.

—¿Lo he dicho en voz alta?

—Sí, y dejad de fruncir la frente antes que os parezcáis a la vieja Berenice —. Amice habló divertida, pero ella no fue capaz de sonreír. Estaba nerviosa, tenía miedo de ser descubierta y la vieja Berenice era tan escasa de belleza como de discreción en una tarde de bordados.

Sin prestarle mucha atención, Beatriz y Amice, levantaron una cesta cargada con: dos quesos, tres hogazas, un gran trozo de cecina e incontables manzanas. Eran tantos alimentos que si se los apretujaba un poco más, las frutas se convertirían en mermelada antes de llegar a Santa María la Blanca. Robar no estaba bien y mucho menos si eran las provisiones de la despensa de su propia casa, pero tampoco estaba bien que la encerrasen como a una yegua inútil. «Se lo tiene merecido», pensó intentando justificarse y así esquivar los rezos que tan bien ganados tenía.

—El último retoque —dijo la monja mientras le cubría el rostro con un velo tan espeso como lana de tapiz.

—Me caeré —. Estaba segura de ello. Y a decir verdad así fue. Primer movimiento y plaf, directa al suelo y sin aviso.

—¡Es una tontería! —En ese preciso momento la vergüenza le dolía más que las rodillas. Con rabia retiró el velo que le cubría el rostro pero la religiosa se lo volvió a colocar.

—A ver si os comprendo, ¿deseáis salir?

—Sí —. Contestó con la cabeza gacha como niña pequeña mientras repanchingada en el suelo, se acariciaba el morado que comenzaba a asomarse por la blanquecina piel.

—¿Y sabéis que vuestro marido no os lo permitirá?

—Sí —. La voz sonaba cada vez más molesta.

—Y puede que cumpláis los cuarenta años encerrada en la

misma habitación, ¿no es así?

—Sí.

—Y quizás incluso puede…

—¡Ya! Beatriz, ayudadme —. La amiga corrió a su lado observando la sonrisa oculta de Amice. A veces la monja parecía más un enviado del demonio que una sierva del Señor, pero la tímida amiga, al ver los objetivos conseguidos, prefirió callar. Por todos los medios intentó ser un buen lazarillo y ayudar a Gadea a caminar, pero las túnicas más largas que las piernas, y el velo tan oscuro como la más negra mirada de converso, las tumbaron a ambas al suelo. Las manzanas y naranjas rodaron por la tarima y las correteó por toda la habitación mientras Amice perseguía uno de los quesos que giraba sin freno rumbo al pasillo, y Gadea, sin consuelo, se acariciaba lloriqueando la ahora segunda rodilla morada.

—Será mejor que vos carguéis la cesta.

Una vez recuperados los alimentos, y las rodillas, Beatriz extendió la canasta a Gadea para que fuese ella quien la cargase. Amice se acercó rápidamente para sujetar a la joven cuervo de un brazo mientras la tímida amiga la sujetó por el contrario. La pobre mujer no veía nada de nada, pero al notar el mimbre entre los dedos se aferró a el. Las amigas, la guiaron cual cieguito frente a puerta de iglesia en domingo, rumbo directo al beaterio. Las tres caminaron como patos mareados golpeando contra las paredes hasta conseguir huir de la habitación con muchos miedos, sin ningún arrepentimiento y moratones lustrosamente nuevos.

—¿De dónde habéis sacado tan espeso velo? —Preguntó al sentir que ni el aire le traspasaba las duras telas.

—Mi señora, los fondos del convento no son tan amplios como para comprar finas sedas. Apoyaros en nosotras y dejaros guiar —. La esposa asintió mientras que, cargando una cesta que pesaba más que cerdo de matanza, caminó rumbo a la libertad.

Crujir de madera, pasillo extenso, o algo más extenso de lo que lo recordaba, escalera asesina que por poca la mata y llegada a su destino. Y sin rotura de cuello. Se sentía como un invidente guiado por dos lazarillos, algo ineptos, pero de buen corazón. Sin desearlo, se puso a reír por lo bajo fruto de los nervios pero por supuesto nadie la vio. La situación era tan incoherente que parecería hasta divertida sino fuese porque la urgencia de salir y volver a ver mundo la estaba enloqueciendo. Encontrarse con las mujeres en Santa María la Blanca y compartir una tarde con ellas no era un deseo sino una necesidad. Deseaba sentirse útil, ¡le urgía sentirse útil! A su marido le costaba comprenderla, pero unas manos ocupadas eran gloria bendita para aquellas a las que se les pedía inutilidad de pensamiento y de acción.

Sensación de tierra limpia acariciando la suela de los zapatos le

indicaron que se encontraba en el patio. Ya casi podía oler la libertad. Unos pasos más y sus amigas la liberarían del cautiverio. No podía ver, el manto que le cubría el rostro se lo impedía, pero faltaba poco. Libertad, qué fácil se encuentra y qué fácil se va, se dijo abrazando la pesada cesta de mimbre con ambas manos para que no se le cayese. Por cierto, la endemoniada pesaba tanto que no dudaba que Amice hubiese vaciado las existencias de un mes al completo. Sonrió al sentirse mala… pero muy que muy mala... «Lo siento querida virgen». Todo era dicha hasta que una voz grave las detuvo en el sitio.

«Hijo de la santísima trinidad. Perdón virgencita, perdón, más tarde os prometo rezar un par de Ave María. Eso si sobrevivo…»

Judá seguía sin poder creer lo que veían sus ojos. Azraq hablaba, pero él no pestañeaba mirando a esa monja junto a Beatriz, y a ese ser extraño vestido de amplias túnicas negras como la más negra de las noches. Algo parecido a una cortina gruesa le cubría el rostro a quien imaginó sería una mujer también. Extraño personaje que caminaba por el patio de su casa, guiada por esas dos desquiciadas y transportando una cesta tan cargada como botín de musulmán. Un mechón de pelo huidizo de entre el espeso cortinaje le confirmó las ya no sospechas.

—La mato… —susurró entre dientes llamando la atención del morisco que dirigió su mirada hacia el patio, para al instante siguiente, lanzar una carcajada que cortó los vientos en la sala. Judá hubiese corrido a su encuentro si la mano fuerte de su amigo no lo hubiese detenido.

—Ella sólo pretende salir con las mujeres.

—Se lo he prohibido —. Gruñó molesto.

—Eso está claro —. La contención sonriente de Azraq, iluminaron aún más el azul de su mirada e irritaron el doble a un Judá que deseaba ahorcar a su esposa.

—Esperad, no actuáis con coherencia.

—Perdí la coherencia el día que me casé con ella. Esa mujer va a conseguir que nos maten a ambos —dijo mientras caminaba con paso firme hacia el patio para detenerles el paso.

—Os trajo a la vida... —susurró el morisco sin ser escuchado y pensando sonriente lo idiota que convertía el amor a los hombres. El tonto de su amigo deseaba tanto a su mujer, y temía tanto por su vida, que le imponía estúpidas reglas que no merecían más que el incumplimiento.

Divertido, caminó de lo más tranquilo. Judá jamás le haría daño a su esposa pero la escena bien valía la pena de ser disfrutada. El converso sin saber controlar a una pequeñaja mujer era plato que no se solía degustar en el día a día.

—Beatriz… hermana… —Judá alargó cada final de letra simulando un amable saludo mientras se acercaba al cuervo de largas túnicas y cuya cesta le cubría el cuerpo casi al completo.

—Vuestra merced, siempre es un placer veros —. Beatriz respondió con valentía y Amice se sintió orgullosa. Su influencia parecía ser beneficiosa para el carácter de la amiga.

El dueño de casa ignoró el saludo para girar con lentitud alrededor del espectro negro paralizado en el sitio.

—¿Vos sois…? —Preguntó frente a la mujer intentando bajar la mirada para ver algo de su rostro, pero le resultó imposible, aquellas telas eran una mortaja tan negra como la densa mugre en las uñas de los callejeros.

—Es... es… una novicia del convento.

—Novicia —. Repitió mientras acariciaba la pesadez del manto por un extremo.

Estuvo por elevarlo pero el guantazo que consiguió de la monja en la mano, lo hicieron estrechar la mirada para observarla molesto. Amice, al darse cuenta de lo inapropiada de su reacción, tembló buscando una explicación razonable.

—Señor, no deberíais ser tan impertinente —. Respondió ofendida.

—¿Lo soy?

—Por supuesto, la hermana Clara es una joven inocente. Una monja de clausura. No se le tiene permitido ver a nadie.

Judá caminó en círculos alrededor de un cuerpo, que a pesar de la inmensa manta, pudo reconocer perfectamente.

—¿Y por qué una monja de clausura camina por mi casa con la mitad de mi despensa en su cesta?

—¿Monja? ¿he dicho clausura? No mi señor, perdonad a esta tonta mujer, quise decir novicia, la novicia Clara para ser exactos. Ella puede salir siempre y cuando no vea a nadie —. Amice evitó contestar el pequeño detalle sobre el robo de alimentos.

Azraq el azul lanzó una carcajada y se disculpó al instante ante una Amice que lo hubiese estrangulado con sus propias manos si no fuese porque el hombre tenía de pequeño lo que ella de apropiada.

—Y porqué una novicia ¿de clausura habéis dicho? —Ambas mujeres asintieron a la vez—¿Por qué está en mi casa?

La voz de Judá se enfocó en la joven cuervo mientras acercaba el rostro a su cuello comprobando el aroma a jazmín que tan bien conocía.

—Ella no habla —. La frente de Beatriz se cubría de un sudor frío. Judá siempre la atemorizaba. Esos cabellos, esa mirada, ese pasado. Le temía y mucho.

—¿También es muda?

Esta vez la carcajada del morisco enfadó tanto a las dos mujeres que se disculpó al instante.

—Por supuesto que no es muda y si os parece bien, debemos marchar —. Amice sentenció mientras sujetaba por un codo a la mujer cuervo y Beatriz corría para sujetar el otro brazo pero el converso habló con voz grave antes que se moviesen.

—Esposa…

Las tres se inmovilizaron en el sitio. Gadea agachó el rostro bajo el disfraz y Judá pudo ver que sus manos aferradas a la cesta comenzaban a temblar. Maldito fuese, él no deseaba asustarla. Nada de esto sucedería si ella cesase de enfrentarlo en todas las decisiones. Llevaba tantas veces rescatándola de problemas que apenas era capaz de contarlas. ¿Es que no comprendía que sin ella su vida estaba vacía? ¿Tan difícil era comprender que la quería en casa y protegida? Alguien como él no soportaba más pérdidas. Ya no deseaba el consuelo de una vida mejor ni el perdón de los cielos, él sólo buscaba un hogar y algo de paz… Y a ella. ¿Por qué no era capaz de verlo? Estaba por dejar que su impotente furia lo dominase cuando Azraq le aprisionó el hombro con fuerza.

—¿Aún recordáis al párroco Antonio? ¿Ese junto a la Alcaná nueva?

Cómo no recordarlo. Ese desgraciado los educaba con la fuerza de la vara. Cada vez que lo golpeaba Judá lo recibía con sonrisa maléfica. El párroco juró que algún día doblegaría su voluntad, pero ninguno de sus palos lo consiguieron. Su espíritu férreo fue más resistente que la salud del viejo, que murió sólo y cubierto de sus propias miserias.

—Maldito seáis… —contestó al comprender el mensaje. Obligarla no era el camino.

—¿Entonces mi esposa está en su cuarto? —Preguntó ofreciéndoles una salida decorosa.

Poco le importaba la monja ni su amiga, las pequeñas manos de su mujer, que se aflojaron aliviadas, fueron su único propósito. Maldita fuese, no deseaba verla temerosa y mucho menos hacerla sentir así. Puede que Arzaq tuviese razón y su excesivo celo lo hiciese demasiado precavido, pero eso no significaba que disfrutase un poco de la osadía de su querida mujer.

—Está dormida —. Contestó Beatriz a lo que Amice asintió con un golpe de cabeza que por poco le descoyunta el cráneo.

—Bien, entonces, y dada las circunstancias, creo que deberíamos hacer una visita a la mancebía tras la muralla ¿no lo creéis así amigo mío? Llevo días encerrado cuidando de mi mujer y merezco un descanso apropiado para un hombre con mis apetitos…

Las mujeres abrieron los ojos como un pavo, pero fue la tensión en los hombros de la aparente novicia, lo que lo divirtió en exceso. Conocía a su mujer y sabía el temperamento que corría por sus venas. Puede que ella lo retara con sus locuras, pero él disfrutaría de sus celos.

—No podría ser yo quien dijese que no poseéis razón —. La voz gruesa y firme del moro extrañaron aún más a las mujeres que a punto estuvieron del desmayo.

—Y Blanca, vuestra hermana, ¿se ha marchado? —Sabía perfectamente lo fuerte de la provocación y disfrutaba de la furia que dentro del negro disfraz se estaría iniciando.

—Si vuestra merced nos lo permite —Amice intentó huir y arrastrar a Gadea pero ésta aferró con más fuerza la cesta, y sin moverse ni un paso.

—Es una pena que no esté aquí. Vuestra hermana sí que es una mujer en condiciones. Gentil, educada, preciosa, obediente... Una como ninguna…

Judá continuaba halagando a la morisca y la novicia cuervo se tensó hasta el punto de que ya no pudo más y dejó caer la cesta sobre el pie del desgraciado esposo.

—¡Por amor al cielo!

—Y un cuerno —. Susurró bajo las telas el cuervo.

—¿Perdón? ¿Habéis dicho algo?

Gadea se dio cuenta de su error y carraspeó endureciendo la voz lo más que pudo para no ser reconocida.

—Un perdón mi señor, os pedía un perdón, aunque no estoy segura de que lo merezcáis.

La voz grave de Gadea se parecía más a la de un borracho de taberna que a la de una delicada novicia, pero no le importó. Su marido era un desgraciado y con todas las letras. Visitar la mancebía y encima halagar a la morisca. ¡Y en su presencia!

—¿Pensé que no hablabais?

—La peste… la peste que cuando se sobrevive deja ese tono tan...tan… —Amice no sabía como correr de allí antes de ser descubiertas.

Judá ignoró la absurda respuesta y el dolor en el pie para sonreír malicioso.

—¿Parecéis molesta? ¿Será quizás que no estáis de acuerdo con mis deseos?

La voz de su marido le acarició el oído por encima del velo y ella deseó estrangularlo. ¿Ahora qué pretendía? ¿seducir a una inocente novicia?

—No es mi deber juzgar las acciones de un marido, el muy pecador —Judá se divirtió con su contestación y ella le hubiese

callado la sonrisa con una cesta voladora —. Me consta que su esposa es dulce, amable, preciosa e inteligente como ninguna otra. ¡Ninguna!

Los colores de la rabia le brotaban por las mejillas y agradeció el disfraz que la ocultaba. Bien sabía Dios que deseaba arrancárselo y después arrancarle uno a uno los cabellos al infiel de su marido. Amice y Beatriz intentaron cargar la cesta y guiarla hacia la salida, pero los pies se le volvieron a clavar en del suelo cuando escuchó lo peor de lo peor.

—Veo que conocéis a mi esposa pero lamento deciros que sus virtudes no son tan amplias como pensáis. Recuerdo a una mujer muy muy especial que conocí una vez… Uy, ella sí que era especial, pero comprenderéis que no desee dañar vuestros oídos virginales con mis más oscuros recuerdos —susurró a su espalda y tan cerca de ella que el calor de sus palabras consiguieron incendiarla. Pero de rabia.

Judá estaba dispuesto a marcharse cuando la novicia cuervo, desquiciada por los celos, elevó la rodilla y tomándole por sorpresa, le dio justo y al completo, en toda su masculinidad. El hombre se dobló en dos por el dolor y ella sujetó con fuerza una manzana que pensaba arrojarle en la cabeza cuando Azraq se la quitó de entre los dedos.

—No tentéis más a la suerte —dijo divertido—. Marcharos con vuestras amigas.

—Yo…

—Ahora, señora.

Amice y Beatriz sujetaron a Gadea y la cesta, y corrieron perdiendo el velo a mitad de camino. Judá no fue capaz de detenerlas. Los huevos le dolían tanto que llegó a pensar que los tendría hechos tortilla. Azraq las vio huir y se sonrió al ver los cabellos brillantes de Gadea correr con el viento. Haym entró al patio, pero prefirió no preguntar porque su hijo se presionaba sus partes con ambas manos mientras amenazaba a todas las mujeres de la cristiandad.

—Olvidaos de vuestra esposa y su hermana. Tenemos problemas mayores.

Judá observó escapar a su mujer prometiendo venganza mientras la preocupación de su padre logró apartarlo de Gadea y ¿de su hermana? ¿Qué curioso? La sabandija de Juana no se encontraba con sus secuaces, y ahora que lo pensaba mejor, ¿dónde estaba Gonzalo? Llevaba tiempo sin verlos a ninguno.

—¡Vamos! —Gritó Haym en un gesto para nada habitual en él.

Judá asintió e intentó incorporarse con algo de dignidad, más tarde se vengaría de su esposa. Una dulce y prolongada venganza. Siempre y cuando su intimidad sobreviviese como para participar en el castigo.

Justicia

Los dos hombres a caballo comenzaron a rodearlas y Juana se aferró a la cesta de ropa sucia temblando como hoja en otoño. Con premura buscó en la distancia a aquél que no estaba. Gonzalo no se encontraba por ningún sitio de la pradera, y esas dos furias cabalgaban delineando un gran círculo del cual les era imposible huir. Y no es que lo pensase sin intentarlo, pero apenas si llegó a correr más de cinco pasos, antes que el más joven la detuviese erguido sobre su inmenso animal.

Con la saliva atragantada cerró los ojos rogando al padre creador para que aquellos hombres temibles no lo fuesen tanto como lo parecían. Inés, estática a su lado, apenas si respiraba. El hombre más viejo se le abalanzó como una alimaña furiosa, y Juana no necesitó pensar demasiado como para reconocer al poseedor de semejante maldad. Ese hombre sólo podía ser uno. El dueño de las crecientes pesadillas de su amiga. El marido de Inés. El abandonado y ultrajado.

—Cristóbal, hijo… — Susurró suplicante al más joven.

La mujer susurró como si buscase comprensión, pero ambos hombres, el de las marcadas canas y el de joven rostro apesadumbrado, bajaron de sus monturas.

Juana volvió a suplicar al cielo desesperada. La distancia hasta la muralla era demasiado extensa como para correr. Con el cerebro turbado por el miedo buscó alternativas de escape que no existían. Estaban a merced de aquellos que se acercaban con sonrisa de lobo en los colmillos. Dios, porqué no hacía caso nunca. Miles de veces le dijeron que no podía alejarse y muchos menos sin compañía masculina, pero nada, ella nunca obedecía. «Virgen, madre de todas entre todas, no permitáis que muera así…», pensó al ver como el más joven se le acercaba al punto de sentirle la respiración rozarle el cuello.

—Esposo, yo...

—Mala mujer. ¡Callad! No merecéis hablar —. Inés cerró los ojos antes que el golpe le alcanzase al rostro y la tumbase en el suelo.

—¡No! —Juana gritó intentando acercarse pero el joven la sujetó por los brazos inmovilizándola en el sitio —. ¡Maldito bastardo! —Sollozó desesperada mientras se revolvía entre los fuertes brazos del joven—. Es vuestra madre. ¡Ella os dio la vida! No podéis hacer esto.

Juana gritaba buscando algo de sensibilidad en el muchacho. Era más joven y fuerte, podría vencer al hombre en apenas dos golpes si quisiese, pero lo necesitaba de su parte. El marido, cuyo rostro se desencajaba por el odio, parecía dominado por el infierno del mismo apocalipsis.

—¡No! —Volvió a gritar desesperada al ver como la bota mugrienta del hombre se estampaba contra el estómago de la mujer que, muerta de dolor, se restregaba en el lodazal del Tajo —. Por favor no… vais a matarla… —rogó al ver la sangre brotar del rostro de la compañera del beaterio.

—¡Mala mujer! No merecéis vivir. Me abandonasteis, escapasteis de mi como la rata que sois. Me habéis puesto los cuernos, sois la más puta entre las putas.

—Mi señor, perdonadme. Os lo juro, yo jamás os engañé.

El hombre no dejaba de propinar insultos y patadas certeras frente a una Juana que se deshacía por dentro.

—Ayudadla por favor… sois su hijo —dijo al secuestrador que la detenía con fuerza por los brazos. Es vuestra madre. Por favor…

—Nos abandonó —dijo justificando lo injustificable.

—Una oportunidad, mi señor. Ofrecedle una oportunidad… — Juana sollozaba clemencia ante la impotencia de un auxilio que no le podía ofrecer.

La mujer se desangraba delante de sus narices y ella no poseía la fuerza de un hombre para defenderla. Maldita fuesen sus manos pequeñas, sus músculos escuálidos y sus faldas carceleras.

El lobo viejo pareció por primera vez escuchar a Juana porque cesó sus golpes para girarse y mirarla como a un mosquito insignificante. Al ver como captaba su atención aprovechó la que podría ser su única oportunidad.

—Mi señor, es vuestra esposa, la madre de vuestros hijos, ha cometido un error, pero ¿quién si no un gran hombre como vos sería capaz de perdonar? El propio hijo del padre nos ofreció su perdón, ¿por qué no hacerlo vos con esta humilde e irracional mujer? — Juana hablaba con el asco subiéndole por el pecho pero este no era momento de reivindicaciones femeninas, si el hombre deseaba miel ella se la ofrecería. Todo con tal de detenerlo. El viejo aceptó su lisonja de adulaciones y Juana no se detuvo. Lo que fuese por escapar de allí —. Vuestra merced es un hombre sensato y como tal comprenderá mejor que nadie de nuestros errores. Perdonad a la mujer, que como bien es sabido piensa poco y nunca es testimonio de razón. Permitidle regresar con vuestra hija.

Inés había marchado del hogar junto a su hija, hacía ya meses. Agotada de tanto maltrato, fue una de las primeras en buscar refugio en el beaterio. Allí sobrevivía escondida de quien ya la había encontrado.

El hombre se restregó los ojos y le gritó con el demonio nuevamente en los labios y Juana se arrepintió de sus últimas palabras. Creyó apelar al amor de un padre lo que sólo al odio era destinatario.

—¿Y vos quién sois? —Juana se revolvió al ver como el fiero lobo se le acercaba. Quiso escapar pero los brazos como postes tras su espalda se lo impidieron —. Ya veo, debéis de ser la puta casada con el asqueroso converso.

—No, yo no soy esa —estuvo por responder cuando el bofetón del hombre le giró el rostro con tanta fuerza que hubiese caído al suelo sino fuese porque el joven la sostenía cual soga de verdugo.

—Asquerosa mujer. Como todas —dijo escupiéndole el vestido —. Mala mujer que no sabe más que revolverse en el barro de los cerdos indignos. Pecadora origen del vicio y de la depravación que nos gobierna. ¡Matadla!

—Pero padre, no es más que una muchacha… —la voz del joven sonó afligida y turbada.

—Sólo arrancando la cabeza de la serpiente nos liberaremos de su veneno. ¡Matadla!

—Clemencia, mi señor… matadme a mi pero no carguéis con la sangre de una inocente.

—¡Inocente! Ella os dio cobijo. Ella se revuelve en las sábanas de un sucio judío. Todas sois iguales. Cuerpos dispuestos a satisfacer las órdenes del mismísimo demonio.

La mujer intentó levantarse y rescatar a su salvadora, su benefactora, su única amiga, pero el estoque de su marido alcanzó su cuello antes que pudiese rezar a la virgen para que la recibiese entre sus brazos. La fina cuchilla la diseccionó de este a oeste dejándole la cabeza a medio colgar entre cuerpo y suelo.

—¡No! No…—suplicó Juana a pesar de lo tarde de sus súplicas.

El marido, salpicado de sangre inocente, observó satisfecho el caer del cuerpo de quien no merecía vivir. Inés lo trató como un cornudo. Escapó de sus deberes de esposa huyendo de sus obligaciones como mujer y no merecía nada más que la muerte. La ley estaba de su lado y no tendría que justificarse de nada. Las mujeres no abandonaban a sus maridos como el sol no salía por las noches, y si engañaban, ellas morían. La justicia era justicia.

Con el asco en la garganta por la traición de quien consideraba de su propiedad, ordenó nuevamente a un hijo que nada poseía de voluntad.

—Matadla y que Dios se apiade del asco de sus vicios. Sangre cristiana retozando con sucios judíos no merece más que la implacable ley.

—¡No! No me matéis, os lo suplico. Yo no soy la mujer del judío. Yo no…

Juana detuvo sus súplicas cuando desconcertada sintió el frío del puñal del joven clavándosele bajo el pecho izquierdo. Con las manos ahora libres se apretó la herida cuando una segunda puñalada

se hundió justo al lado de sus dedos entreabiertos y cubiertos de sangre.

—Yo…

El cuerpo dejó de pesarle y cayó junto al charco mezcla de barro, agua y rojo bermellón.

Creyó escuchar el sonido de los caballos. Los hombres parecían marcharse con la tarea cumplida. La respiración le costaba y sólo fue capaz de mirar el agua del Tajo que circulaba indiferente ante la tragedia de su vida interrumpida. La sangre caliente comenzó a darle algo de calor a un cuerpo que se enfriaba con celeridad. Quiso pensar pero la claridad la abandonaba. Cuántos pensamientos sin decir, cuántos sentimientos sin expresar, cuántos sueños por cumplir…

La noche se acercaba, pensó al sentir el frío helado de la oscuridad toledana envolverla. A lo lejos creyó ver una luz pero no eran más que vestigios de sus propios recuerdos que deseaban acompañarla en este su triste final. Recuerdos de su querida Gadea sonriendo, la picardía de su hermano pequeño al jugar, los brazos fuertes de Gonzalo… Gonzalo… se dijo al recordar el amor que nunca tuvo y que ya nunca tendría.

—Santa madre guiadme allí donde me llevéis —dijo invocando protección antes que la luz de los ángeles le indicasen el camino. Los dulces y valientes ojos se cerraron y sus pensamientos se apagaron en un último suspiro de adiós.

Gonzalo buscaba en la distancia maldiciendo a los cuatro vientos. Juana nunca esperaba. Molesto caminó fuera de las murallas. Si los tiempos no le fallaban, las mujeres aún estarían lavando las ropas en las frescas aguas del Tajo.

Canturreando anduvo con tranquilidad sorprendido con sus propios pensamientos. Desde que Gadea se casara, su corazón alborotado parecía comenzar a tranquilizarse y en gran parte se lo debía a la chiquilla, que hoy convertida en toda una mujer, lo atraía cada momento un poco más. Desde su llegada siendo apenas un mozo a la casa de los Ayala, Juana lo persiguió como si su destino fuese él y sólo él. En momentos como este le parecieron divertidas sus chiquilladas, aunque a decir verdad cuando comenzó a convertirse en un mozo, la persecución a la que le sometía la jovencita le resultaba ser un fuerte dolor de cabeza. Aún podía recordar esa tarde en las caballerizas junto a Dolores, la costurera. La joven se esmeraba en su tarea cuando la puerta de madera maciza se abrió de golpe dejando a una Juana estupefacta ante la escena. Todavía recordaba la inmensa regañina que le echó una vez subido los pantalones y por supuesto deshaciéndose de la pobre muchacha que se marchó tan pura como había llegado. Esa tarde los pies de Juana fueron casi tan veloces

como los suyos, y aunque enfadado con la pequeña, no pudo más que inventarse una historia mentirosa. Bendita las Ayala y la inocencia de sus pensamientos, pensó caminando divertido.

Hoy el tiempo ya no era el mismo y Juana era toda una mujer. Una tan terca y perseverante como buena y grande de corazón. Parecía mentira que los años hubiesen pasado tan pronto. Aún podía recordar perfectamente el día que su padre lo despidió hacia Toledo. Sus lágrimas le bañaron el rostro, pero no tubo otra alternativa. Como hijo bastardo pocas oportunidades hubiese tenido sino fuese por el inmenso amor que este siempre le propinó.

Toledo se le presentó como una gran oportunidad y las Ayala como algo que aún no era capaz de definir. No podía decir que hubiese olvidado el amor por Gadea pero este había cambiado. Hoy Juana lo calentaba más que cien chimeneas juntas. Todo con ella era diferente.

Con paso lento caminó envuelto en sus recuerdos cuando el sonido de caballos llamó su atención. Buscó en la distancia, pero el río aún se encontraba lejos. Viajantes, pensó sin dar mayor atención a los extranjeros. La mancebía se encontraba al otro lado de la muralla, pero muchos eran los maridos que, precavidos para no ser descubiertos, y temerosos de una inmensa retahíla moralista, cabalgaban dando giros innecesarios antes de llegar a casa.

Ya casi en el río, las mujeres no estaban por ningún lado, por lo que se dispuso a regresar rumbo a Santa María la Blanca. La pequeña hija de Inés fue la que le informó de los planes de las mujeres, pero estaba claro que la pequeña se había confundido. Allí no había nadie lavando las ropas.

Con el intenso calor de la tarde toledana se agachó para refrescarse cuando notó algo raro en el agua. Algo más espeso… más ¿rojo? Apresando entre los dedos la mezcla de agua y sangre que bajaba por la corriente, sacó su espada del cinturón de cuero. Elevando la punta de los pies hacia la cuesta estudió precavido qué diantres pasaba. Algo más de treinta largos pasos hasta que su vista tuvo capacidad de mostrarle la razón de sus inquietudes. Las mujeres yacían a no más de tres metros de distancia una de la otra, pero con tanta sangre que se le dificultó reconocerlas. Corrió con el corazón detenido y rogando al cielo que no fuese ella. No podía ser ella.

—No… no… —se dijo al ver a la mujer degollada y a Juana encharcada en un mar de sangre.

Desesperado corrió hasta resbalar junto al cuerpo de su adorada pequeña, esa muchachita que ganó su corazón aún sin desearlo. Así era Juana, persistente como ninguna, audaz como la más y bondadosa como la mayor.

—¡No! —Gritó al cielo mientras alzaba el cuerpo inerte entre

sus brazos y lloraba desesperado por una realidad que no podía estar pasando. Dios no podía ser tan cruel. No podía curar su corazón dañado para posteriormente apaleárselo cual perro abandonado. Quería a Juana y la necesitaba.

Al otro lado de las murallas, en la gran casa junto al Zocodover…

—Las cosas han empeorado.

—No os comprendo.

—Creo que os dejo solos para que habléis.

—Quedaros. Vuestra gente tampoco saldrá indemne.

Azraq el azul aceptó la copa de vino que Haym, el padre de Judá le ofreció, y se sentó junto a su amigo, interesado por escuchar.

Judá se mantuvo en absoluto silencio esperando una explicación. Su padre no era de banas advertencias, si algo lo inquietaba era porque algo demasiado gordo se cocía a fuego lento o demasiado rápido, pensó bebiendo un sorbo del costoso vino de Yepes.

—Nuevas leyes han comenzado a circular en Castilla. Leyes que nos afectan directamente tanto a los míos como a los vuestros —Haym habló fijando su experta mirada en Azraq quien no ocultó el desconcierto en los gestos.

—No comprendo. No existen leyes especiales para nosotros. Mi familia lleva varias generaciones abrazando la fe cristiana en Toledo. Somos cristianos.

—Y en lo que a nosotros respecta, mi unión con una Ayala, aseguró la solidez de nuestra conversión. Nosotros también somos cristianos.

—Nuevos cristianos —. Haym bebió un sorbo largo de vino y tragó con fuerza antes de comenzar a explicarse.

Y lo hubiese conseguido sino fuese por los gritos de Gonzalo de Córdoba, quien entró mojado en sudor y sangre, cargando con el cuerpo de una joven entre los brazos.

Alquimia

Fruto de un acto reflejo, Judá y Azraq echaron mano a los puñales colgados de la cintura, y no fue hasta el tercer abrir y cerrar de ojos que el converso comprobó la gravedad en la que se encontraba su cuñada. De un golpe arrojó al suelo la jarra y la bandeja con frutas de encima de la mesa y ladró a golpe de garganta.

—¡Aquí!

Gonzalo asintió y casi sin fuerzas depositó el cuerpo inerte de Juana sobre el gran tablón de madera. Dos veces trastabilló y poco estuvo de caer al suelo fruto del intenso agotamiento. El caballero se encontraba embarrado hasta la cabeza, cubierto de sangre y con las piernas a punto del desfallecimiento. Las intensas cuestas toledanas no eran buenas aliadas en casos de vida o muerte.

—Hijos de puta. Quién la ha matado… — dijo con la mandíbula agarrotada por la furia.

—¡No! —La afirmación de Gonzalo resultó ser tan segura que lo hizo dudar, pero era imposible, la herida ya ni sangraba —. Está viva —. Las palabras se le atascaron en la garganta reseca.

Casi sin creerle Judá acarició el delicado cuello no deseando confirmar sus sospechas cuando el leve latido de la gruesa vena confirmó el diagnóstico del doncel. Juana aún vivía.

—¡Vive! — Gritó apuntando con la mirada al morisco incrédulo e intentando afianzar así la loca realidad. Era imposible pero la joven aún respiraba.

—Id a por vuestra hermana. Tomad uno de mis caballos. ¡Ya!

A toda prisa se quitó la túnica por la cabeza para cubrir la herida de la joven. Su amigo, el moro, que creyó estar reviviendo una escena de un pasado casi olvidado, no reaccionaba. Cabellos embarrados, una jovencita inocente con herida mortal y un dulce cuerpo que dejaba escapar un alma que no merecía tan terrible final.

—¡Azraq! Por los clavos de Cristo. ¡Id a por vuestra hermana! ¡Ya!

Como despertando de un ensueño tormentoso, respiró agitado, mientras asentía con gestos reflejos.

—Tabán… Y mil veces tabán… —las maldiciones del moro se perdieron con el sonido de sus botas golpeando el suelo de madera, que crujía bajo el desgastado calzado.

Azraq, al igual que toda su familia, no poseía tantos bienes como su amigo el converso, pero su carencia en bienes lo sustituía con un alma demasiado honorable para los tiempos que corrían.

A toda prisa entró en el establo y sin preguntar, tomó la mejor yegua de su amigo, y voló rumbo al beaterio. Su hermana seguramente seguiría allí.

El calor del sol aún en el cielo calentó su frente pero el moro de anchas espaldas cabalgó la corta distancia desde Zocodover hasta la antigua sinagoga. El barro húmedo de la calle, mezcla de aguas fecales y deshechos de curtidores, salpicaron todo alrededor, pero no se detuvo a pesar de los insultos de los comerciantes que alzaban sus puños en alto.

—¡Maldito moro! —Refunfuñó un viejo judío sujetando su cuaderno con esquemas de lápidas del cementerio y que por poco muere atropellado.

Atrás quedaron los comercios cuando frente al gran portal saltó sin esperar a que la yegua se detuviese. Azraq deseaba salvar a la joven más de lo que se hubiese imaginado. La muchacha era como un grano en las posaderas, y de esos que irritaban mucho, pero Gadea, ella no merecía padecer tanto dolor. «Gadea…» se dijo al entrar en el recinto con los mil demonios por delante. ¿Cómo la enfrentaría? ¿Cómo explicarle que su pequeña hermana se encontraba más cerca del cielo infinito que de la vida terrenal?

—¿Hermano qué sucede? ¿Es Judá? —Preguntó nerviosa y sin pensar.

—¿Gadea? —Contestó sin analizar ni sus palabras ni las de ella.

—Ha ido a por pan a casa de María. Las mujeres no... ¿Por qué preguntáis?

—Mejor así. Vamos.

El moro apresó con una mano el codo de una jovencita que clavaba los talones intentando descubrir que diantres era lo que sucedía. Azraq se detuvo al ver el rostro de espanto de las mujeres que, sentadas en el suelo, escuchaban las enseñanzas de quien era raptada ante sus estupefactos ojos.

—Es Juana, le han abierto las entrañas. Está muerta —. Susurró con apenas voz para no alterar a las señoras.

La pena que tradujeron sus palabras era tan intensa que Blanca creyó ver como su hermano revivía un pasado olvidado.

—Hermano, bien sabéis que la voluntad del señor está por encima de cualquiera de nosotros. Ni siquiera el alquimista podría revivir a una muerta —dijo con seguridad.

Su maestro, el nigromante, era el más grande entre los grandes alquimistas pero sus ensayos con la muerte resultaron ser muy decepcionantes, y a pesar que todos los días este juraba que conseguiría vencer al final de los finales, lo cierto era que nadie del otro lado volvía para testimoniar su victoria.

—No lo entendéis… su vientre… pero aún vive —dijo resumiendo el más repugnante de los ataques.

—Azraq, ella no es Ana María.

El joven por un momento creyó estar viendo en Juana a su

esposa muerta. Esa que amó hasta la saciedad, pero a la que unos malnacidos usurparon la vida como si de una rata se tratase.

—No lo comprendéis. Aún respira, poco, pero respira. Hermana debéis intentarlo.

Por supuesto que lo intentaría, pensó Blanca mientras recogía a toda velocidad el libro de magia de su abuela y corría junto a su hermano hacia el caballo. Si existía vida es que aún poseían esperanzas y si alguien merecía su ayuda esa era Juana. La joven no era más que un dechado de buenas virtudes. Nunca se cansaba, siempre dispuesta a ayudar, siempre dispuesta a meterse en problemas por otras como ella. Juana no era capaz de apreciar las diferencias de una Ayala frente a una común de pueblo, una hija de granjeros o una simple curandera como ella misma.

Con toda la intención de hacer todo lo que estuviese a su alcance corrió junto a Azraq. Su hermano la sujetó por la cintura y la elevó tan alto y rápido que por poco estuvo de caer hacia el otro lado de la montura. Con las uñas se sujetó a las amplias espaldas mientras rezaba en alto a Santa Marta esperando poder salvar a la muchacha. No deseaba que la historia se repitiese. Su cuñada fue abusada y asesinada como si de un animal se tratase y ella aún sin el conocimiento adecuado, poco pudo hacer por salvarla. Hoy la experiencia y las enseñanzas del marqués de Villena estaban en su cabeza y lucharía con la muerte si hacía falta. Azraq los hizo volar más rápido que los rayos de las tormentas de verano, mientras se sujetaba con fuerza y con el rostro pegado a su espalda, para rezar en silencio.

—Vamos padre, algo podremos hacer.

Judá hablaba con celeridad ante un Haym incapaz de reaccionar. Al igual que el joven de Azraq, él también luchaba con sus propios demonios. Los recuerdos de un superviviente no siempre eran los mejores y los de Haym no eran mucho más placenteros que los del joven moro. Su ángel, su amor, ella también poseía unas heridas similares. Ella también fue abierta en canal. Ella también se marchaba con una vida por completar. Ella también dejaba un mar de desconsuelo a su alrededor. Ella también era amada.

—Padre, por favor… —El converso suplicaba a un hombre que no reaccionaba mientras aprisionaba la herida con fuerza bajo unos puños que intentaban retener un aliento que se perdía —. ¡Padre! — Chilló queriendo despertarlo de antiguos recuerdos.

Esa muchacha era la felicidad de su mujer y ella la suya, no se daría por vencido. Tenía que salvarla o Gadea moriría de pena y él a su lado. Su esposa era su sangre y su aliento y lucharía con cuerpo y alma por evitarle semejante dolor—. Maldito seáis ¡reaccionad! Ella ya

no está con nosotros. ¡Padre! A ella nos la arrebataron, pero Juana aún posee una oportunidad. Padre por favor… sólo vos sabéis como ayudarla.

Las manos ensangrentadas de su hijo en los hombros, lo hicieron reaccionar e inmediatamente se puso en acción. Judá tenía razón, a su dulce Inés se la arrebataron, pero aquella muchacha, ella aún podía vivir. Debían intentarlo.

—¡Dominga! Agua y aguja. ¡Corred! Vos —dijo a un Gonzalo agitado por la pena—. Id a por el frasco de salvia de la cocina. Buscarlo en las estanterías de hierbas.

Judá agradeció al cielo el resurgir de su progenitor mientras lo veía arremangarse la camisa. Haym, aunque no era tan sabio en la ciencia medicinal como Blanca, era bien conocedor de las enfermedades y sus tratamientos. Los años y largas andaduras por el mundo le enseñaron a coser heridas con la habilidad de la mejor de las curanderas. Ambos se lavaron las manos con el cubo de agua que Dominga se apresuró a traer. Era un ritual muy judío, pero no eran momentos para planteamientos religiosos.

Limpiaron la sangre de una joven que ya no padecía ni sentía. Mejor así pensó Judá al ver la profundidad del corte. Uno de ellos no parecía ser profundo, pero el segundo, ese le cruzaba la matriz casi al completo. Rezando en silencio obedeció una a una las instrucciones de su padre. Los médicos no ayudarían a una muchacha en situación semejante pero los De la Cruz no eran hombres de temor. Arrancaría a su cuñada de los mismos brazos del altísimo si con ello le evitaba un sufrimiento a su dulce Gadea.

Cuando Azraq y su hermana entraron por la puerta, Juana se encontraba en el lecho y cubierta con sábanas limpias. Gonzalo no cesaba de acariciarle el rostro rogándole porque se quedase a su lado pero con una voz tan suave que sólo él fue capaz de escucharle. Cerrando los ojos ocultó su infinita preocupación. Deseaba tener a su lado a Gadea, necesitaba saberla a salvo, pero también quería alejarla de aquella imagen.

Blanca comprobó la herida y mantuvo una larga conversación con Haym, que explicó al detalle cada una de sus decisiones. La morisca parecía asentir mientras se dirigía hacia la cesta de hierbas. Con cuidado depositó sobre la base el mortero al que le introdujo unas flores de lavanda, unas hojas de enebro, de espliego y unas cuantas de manzanilla. Con dedicación se puso a macharlas mientras oraba concentrada.

—Bendigamos al Señor, cantemos y exaltemos eternamente. Él nos ha arrancado del infierno, nos ha salvado de la mano de la muerte, nos ha sacado del horno de llama abrasadora, nos ha rescatado de en medio de la llama…—Una vez aplicado el ungüento

sobre la costura, lo cubrió con vendas —. Aplicad las hierbas antes que amanezca y volved a cubrir la herida. Intentad que beba algo de agua, le será útil.

Sin poder hacer mucho más, se marchó con su hermano rumbo a la seguridad del propio hogar.

Gonzalo, después de ser cordialmente amenazado por su señor si no obedecía, aceptó ir a lavarse con la promesa de regresar con premura. Judá, agotado por el esfuerzo mental, se acercó a la ventana intentando respirar algo de aire fresco. A lo lejos pudo verla regresar al hogar con radiante sonrisa junto a un grupo de mujeres que la despedían en la entrada. Que Adonay lo ayudase para encontrar las palabras adecuadas.

Gadea entró a la gran sala en puntillas cuando lo encontró de frente. El rostro de su marido le indicó que estaba en graves problemas. Llevaba rato preparando un discurso adecuado pero la oscura mirada logró atemorizarla al punto de replantearse la tan ensayada dialéctica. Bien, puede que Judá tuviese algo de razón y ella no actuase acorde a las normas esperadas ¿pero qué esperaba? Él intentó recluirla como a una gallina en gallinero. Con la cabeza en alto y una serie de argumentos nuevos con los que defenderse, esperó que su marido comenzase, pero este sin previo aviso se acercó y en la penumbra de una noche que comenzaba, la abrazó con ternura.

—Amor mío, debéis ser fuerte.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no estáis enfadado? —Gadea miró a los lados buscando explicación alguna.

—Esposa debéis ser fuerte

—¿Qué sucede?

—Gadea, vuestra hermana…

—¿Dónde está Juana? —Su marido no contestó y ella tembló ante el temor de lo que no asumiría jamás —. No ¡no! —Judá intentó sujetarla en su abrazo pero con un fuerte empujón logró liberarse y correr al cuarto de su hermana —. Mentís… ¡Estáis mintiendo! — Chilló con lágrimas en los ojos ante un hombre que se rompía con el dolor de quien más amaba.

Lazos de vida

Gadea se restregó los cientos de lágrimas silenciosas que le bañaban las mejillas antes de acariciar el adormecido rostro de la moribunda hermana. Gonzalo, al otro lado del lecho, aprisionaba entre los dedos la cruz de templario, heredad de su abuelo y que colgaba de su cuello, suplicando a los ángeles una pequeña cuota de piedad. Rezó tantas veces y con tan honda penuria, que los cielos se cerraron al escuchar tan cruento dolor. Dios sabía que la necesitaba más que a ninguna otra. El divino creador no podía abandonarlo, no ahora que se sabía hechizado. Juana debía permanecer con él y soportar las atenciones de aquél que locamente había hipnotizado.

Judá, envuelto en sus pensamientos, no cesaba de caminar nervioso. Si por él fuese prohibiría a Gadea llorar, luego la secuestraría en sus brazos y la llevaría al cuarto. Una vez allí le arrancaría las ropas y la poseería hasta desfallecer juntos de amor. No se detendría hasta agotarla con sus atenciones y luego la envolvería en su calor para con interminables caricias, conseguir borrar cada una de sus penas. Verla sufrir significaba un sufrimiento aún mayor que su propio sufrimiento. Mil veces se dejaría apuñalar si con ello detuviese alguna de sus indecibles penas. Su esposa se perdía en el dolor del alma mientras él se clavaba las uñas en las propias palmas sin saber como protegerla. Lo daría todo por ella. Eso lo supo hacía mucho tiempo atrás, pero en momentos como este, odiaba sentirse tan insoportablemente humano. Nada ni nadie le enseñó a aceptar con resignación lo que infernalmente la vida ofrecía. «¡Dios!» Se dijo arrastrando la negra cabellera hacia atrás y desviando la mirada de Gadea antes de volverse loco de impotencia.

¿Por qué el altísimo lo castigaba tanto? El mundo, en momentos como este, se hacía imposible de soportar. Juana era joven, solidaria, «¿Qué os ha hecho ella? ¿Por qué no llevar a este pecador antes? Bien sabéis que mis infracciones le exceden en amplitud. Matadme a mí y limpiad el mundo si con ello le regresáis a mi esposa las esperanzas».

Las vidas que se necesitaban se marchaban, pero las que merecían castigo permanecían lozanas, ¿sería tal vez que los cristianos tuviesen razón y todo fuese fruto de la furia divina? ¿Y si todo se resumiese en un gran castigo divino? ¿Y si Dios no los escuchase jamás a ninguno? ¿Y si todo fuese un gran plan diseñado por el propio demonio? Frunciendo el ceño se apretó entre los ojos pensando que se volvería loco ante tanto despropósito. Los buenos se marchaban, los malos caminaban, la fe se perdía y los humildes el único cielo que alcanzaban, era el de un mendrugo de pan duro.

El sollozo de Gadea se hizo sonoro y el dolor de su mujer

laceraba aun más el alma de quien ya poseía demasiadas cicatrices. Cuando todo acabase, sería el converso falsamente ideal para los nobles castellanos pero el infiel azote para quien lo enfrentase. Nadie atacaría a su familia sin recibir la venganza de quien no tendría piedad. Adonay podía castigarlo en los cielos, pero Gadea no derramaría más lágrimas en la tierra por los miserables que pisan el mundo. El castigo divino siempre era justo, pero en ocasiones era lento e inescrutable. Y lo que estaba claro era que la justicia no se encontraba en esa habitación. Juana y Gadea no se merecían tanta pena, y si Dios no actuaba, él sí lo haría.

Una nueva lágrima de la joven estuvo a punto de hacerlo perder el control al completo. La puerta de la alcoba se abrió lentamente y por primera vez agradeció la visita de aquellas incansables cotorras insufribles. Algo aliviado las observó entrar en la alcoba, aunque nunca las supo tan silenciosas. Las mujeres comenzaron a situarse junto a Gadea y su cuerpo se estiró atento. Su esposa se aferró en un fuerte abrazo consolador con Beatriz para luego continuar con el resto. Las muchachas desfilaron de una en una en un largo y tranquilizador abrazo y él suspiró aliviado al ver algo de consuelo en su amada.

Tras María entró Beltrán y no pudo más que sonreír de lado ante la tonta mirada de su primo. Era de ciegos no ver lo que allí estaba pasando. La ex prostituta lo tenía tirando del hocico cual perro faldero. Hombres de raza fuerte, se dijo observando en su primo el fruto de su propia estupidez.

—Judá —. Una leve inclinación de cabeza fue saludo suficiente. Apoyados contra la pared junto a la ventana, y observando a las mujeres que hablaban en apenas un murmullo, preguntó precavido —. ¿Posibilidades?

—En manos de Dios —. Contestó observando a su mujer como nuevamente acariciaba el rostro de la hermana bañada en sudor.

Beltrán asintió y casi pegado a él para no ser escuchado, habló con dudas.

—¿Sabéis quién?

—Me han informado que la hija de Inés, la muerta, fue secuestrada en el beaterio de la Blanca, seguramente su padre.

Beltrán pareció respirar aliviado y el converso se intrigó ante su reacción.

—¿Sabéis algo que yo desconozco?

«¿Algo?» Por supuesto que conocía algo. Conocía la mentira y la traición fruto de sus propios pecados. La obligación para con su padre era grande pero en momentos como este se sentía más hermano de su primo que hijo de su padre.

¿Cuántas peleas había soportado Judá por él? ¿Cuántas vidas

arriesgó para salvarle? ¿Cuántas cuentas erró para beneficiarlo en el reparto de los escasos cereales? La vida de los Santa María y los De la Cruz, no siempre fue tan abundante como la actual, de echo, si no fuese por la increíble habilidad comercial del padre de Judá, su situación sería muy diferente. Listo como ninguno supo hacer de la crisis una virtud de riqueza.

La criada entró con discreción y comenzó a encender más velas en los candelabros cuando, Blanca la morisca, y su inseparable hermano, se hicieron presentes. La curandera se acercó con unas pócimas pero Judá dudaba que la morisca pudiese conseguir algo. Juana apenas respiraba y el color de su piel ya no lucía.

Con absoluto respeto, la muchacha se situó al lado contrario de la cama de donde se encontraba Gadea, y pidió con gesto compasivo a Gonzalo, que le permitiese acercarse. El joven doncel, que no esbozó palabra alguna, se levantó con el más doloroso silencio. De echo llevaba horas sin hablar.

Blanca se acercó al cuerpo y con mirada suplicatoria miró al dueño de casa.

—Pedid a todos que marchen —. La curandera susurró buscando en Judá autoridad suficiente.

—Fuera. Todas. —dijo arrepintiéndose al instante del fuerte tono en la voz.

Sus palabras no siempre acompañaban sus sentimientos, se dijo molesto. Acercándose al otro lado del lecho abrazó por los hombros a su esposa esperando que lo acompañase hacia la salida. Las muchachas obedecieron al instante intuyendo la seriedad en el rostro de la hechicera, pero por supuesto, su esposa, al ponerse en pie, se irguió para responder contraria a sus deseos. Y cómo no, ella era así, y en parte esa era una de las razones por las que se encontraba enamorado hasta los tuétanos. Gadea Ayala, al igual que Eva, había sido creada de la costilla de un hombre. A él seguramente le faltaba un hueso y no dudaba de quien era la mujer que lo custodiaba en sus propias carnes.

—Amor mío, debemos dejar que Blanca haga su trabajo.

—Me quedo, no pienso moverme.

—No razonáis, vamos, lleváis horas sentada, necesitáis comer y beber algo.

—Me quedo.

Judá necesitaba llevársela, pero se obligó a retirar la rudeza en sus palabras. Dios sabía la necesidad que poseía de demostrarle que era algo más que un marido escaso en sutilezas.

—No marcharé, vos no lo comprendéis, sólo nos tenemos la una a la otra.

Sujetando el rostro entre sus ásperas manos Judá besó su frente

para hablar a Blanca sin alzar los labios de la piel de su mujer. Si ella buscaba su apoyo por encima del de la morisca, entonces ya lo poseía. Estaría del lado de Gadea, siempre.

—Blanca, haced lo que debáis hacer. Mi esposa y yo nos quedamos.

—Y yo —. Contestó Gonzalo de Córdoba, que continuaba sin salirse de la alcoba.

La hechicera se dispuso a descubrir el cuerpo de Juana y quitar las telas que rodeaban la herida. Agachando la cabeza y sintiéndose una inútil, comprobó la peor de sus sospechas.

—El veneno blanco —dijo sabiendo que los allí presentes conocerían su significado.

Cuando el veneno blanco llegaba a un cuerpo, la muerte resultaba transito obligado.

—¡No! No… — Gadea contestó con lágrimas incontroladas sobre el pecho de su esposo — No puedo perderla...

Judá, quien hasta el momento se había mantenido al margen, y rompiendo sus recientes reglas de buenas formas, alzó la voz hacia la curandera helándole la sangre. Blanca era conocedora de su furia, pero nunca la siento tan cercana de su cuello.

—Haced algo —. La voz sonó tan grave como el fuego más infernal.

—Bien sabéis que no es posible.

—Vos podéis —contestó como si no la hubiese escuchado —. Yo os vi con el forjador.

Blanca aún recordaba aquél incidente. Ella apenas era una aprendiz cuando se encontró con el hombro del herrero inflamado, irritado y tan cargado de veneno blanco, que a punto estuvo de reventarle la piel. Decidió probar un remedio enseñado por el alquimista y tuvo suerte, pero aquello fue puro milagro.

—El caso de Juana es muy diferente. La herida es grande — contestó intentando explicarse.

Gadea observó en aquellas palabras una pequeña esperanza y no dudó en arrojarse a los pies de la curandera para suplicarle con el corazón en los labios.

—Por favor, no sabéis lo que pedís… Comprendo vuestro dolor, pero no puedo, su herida es demasiado grande y el veneno se haya en todo el cuerpo. Las fiebres altas no mienten.

Judá se acercó a su esposa y levantándola del suelo en brazos la depositó en una silla para reiterar la orden.

—Blanca, hacedlo —. El converso habló con tamaña fiereza, que el propio Azraq sintió miedo por la vida de su hermana por lo que se posicionó rápidamente a su lado.

La joven se atragantó con su propio temor. Judá durante

muchos años fue su amante, su amor infinito, jamás sintió temor de sus palabras, pero ahora el cuerpo le temblaba y no de amor. Él parecía quemarla con la mirada, pero no con el ardor de los enamorados sino con el fuego de los endemoniados.

—Judá… —Azraq sentenció intentando contener al amigo.

—Hacedlo y lo que deseéis será vuestro —. Contestó con la misma intensidad de antes —. Lo que deseéis… —repitió al saber perfectamente lo que ella deseaba de él. Judá se acercó lo más que pudo a la morisca para repetir estrechando la mirada —. Lo que sea.

Con la repugnancia de las mujeres rechazadas, hubiese querido decirle que se muriese allí mismo, él y todas sus ofertas, pero no pudo. Lo amaba demasiado como para no aceptar el desafío y la recompensa. Si Judá compartiese su lecho nuevamente tendría una segunda oportunidad y el señor sabía que lo deseaba más que a nada en este mundo. Era horrible y ruin de su parte ¿pero que aspecto del amor no lo es?

—Necesitaré agua hirviendo, unos paños limpios y un cuchillo —. Gadea era inconsciente de lo que allí se cocía. Intentó alzarse del asiento, pero volvió a caer mareada.

—¡Azraq! Llevad a mi esposa fuera. Gonzalo, ir a por el agua hirviendo y el resto de cosas.

—Esposo… —quiso resistirse, pero las arcadas le llegaron hasta los labios.

—Debéis iros, Azraq os llevará a nuestro lecho. Iré con vos en cuanto pueda.

La joven se soltó del amarre de Arzaq y quiso enfrentarse a su marido, pero el cuerpo la detuvo en un improvisado desmayo. El converso la alcanzó justo a tiempo y antes que sintiese el frío del suelo rozarle la piel. Sin poder resistirse besó la delicada frente antes de entregársela a su amigo en brazos.

—Llevadla a mi cuarto y pedid a una de sus amigas que la custodie hasta que yo llegue.

Azraq asintió mientras acomodaba el tierno cuerpo en sus brazos. Pobre muchacha, se dijo mientras la transportaba con la más delicada de las ternuras.

—Judá, yo… —Blanca quiso decir que su oferta era ridícula pero él respondió tajante.

—Blanca, soy hombre de palabra, cumplid ahora con la vuestra.

Las palabras de Judá contestaron mientras se arremangaba la camisa y Gonzalo entraba a toda prisa con un cubo de agua ardiendo, un puñal y muchas telas.

—Sostenerle los brazos. Su dolor será intenso.

De Córdoba presionó con fuerza, pero aún con más amor, los hombros de la joven que ardía en intensas fiebres. Judá, quien ya lo

admiraba de antes, sintió verdadero orgullo de contar con el caballero en sus filas. Si Gadea fuese la tumbada en esa cama dudaba mucho de aún conservar la razón suficiente como para cumplir con su deber.

—Bien —. El puñal de la morisca abrió uno a uno los puntos que cocían la piel de la joven y el veneno purulento chorreó como orín de vaca enferma. Juana se removió entre la inconsciencia y el dolor extremo pero Gonzalo no titubeó. De estas fuerzas dependía su siguiente vida.

No lo digáis

Las explicaciones de Azraq se atropellaban nerviosas, ante la mirada espantada de Judá, al ver a su pálida esposa recostada en el lecho.

—El cansancio y la infusión de la monja consiguieron lo imposible. Las lágrimas cesaron al dormirse.

Judá asintió mientras se dejaba caer agotado en la silla. El amigo, algo más relajado, lo acompañó en la silla de enfrente. No es que Judá diese miedo, que se lo daba, pero cuando de su esposa se trataba, la consciencia del converso se difuminaba en el universo de sus propios temores. Algo más tranquilo, pero alerta, esperó un segundo interrogatorio y que sabía estaba al caer.

—¿Por qué estáis a solas con ella? — El amigo sonrió pensando que, si sus predicciones fuesen siempre tan certeras, los maravedíes jamás escasearían de sus arruinados bolsillos.

—Es tarde y Beltrán acompañó a las mujeres a sus casas. No podían seguir abandonando los quehaceres. Vuestra esposa no posee mayor mal que el dolor del alma apenada. Pensé que desearías saberla protegida por mí hasta que llegaseis.

Apresando sus sienes Judá dejó de escuchar las explicaciones. Sus celos insensatos no tenían sentido frente a su mejor amigo.

—Contadme cómo está Juana.

«¿Qué cómo está? Hemos abierto su herida punto por punto. Por cada rotura de hilo el veneno salía disparado manchándolo todo. La pobre muchacha se desmayaba y despertaba presa del sufrimiento. La fiebre la hizo gritar en delirios de dolor, y si no fuese por las fuertes y seguras manos de Gonzalo, ni él ni Blanca hubiesen podido expulsar la podredumbre que en su interior se acumulaba. El veneno le recorría la piel blanquecina casi mortuoria, y aunque consiguieron terminar las curas, la muchacha apenas respiraba.

—Ha sobrevivido —dijo como si aquello significase una buena noticia.

Blanca la morisca entró a la habitación y Judá no pudo dejar de observarla. La joven era preciosa, no podía existir vocablo que la describiese mejor o por lo menos ninguno que él conociese. Maldito fuese su endemoniada vida, sus desangrados sufrimientos o su estúpido corazón. Blanca era preciosa pero jamás lo conquistó. Él amaba a la paliducha mujer que parecía más desmayada que dormida y cuyas lágrimas resecas aún le ensuciaban el rostro. Un rostro imperfecto para algunos, pero divino para él. No importaba cuanto admirase el cuerpo delicado de la mora, nada más allá del placer carnal era capaz de despertar en él.

Azraq, notó en la mirada del converso el recuerdo de un ardor

que no le agradó. Gadea no se merecía la traición. La joven era valiente, inteligente, audaz. El deseo de todo hombre perdido que sólo buscaba el calor de un hogar. Un hombre perdido y sin hogar. Un hombre como él.

Avergonzado de sus envidiosos pensamientos, decidió esperar fuera. La indignación de los pecados tanto ajenos como propios le amargaron el aliento.

—No os demoréis —. La voz demasiado recriminatoria de su hermano avergonzó a la muchacha, pero no lo suficiente.

Con paso firme se acercó a su antiguo amor. Él se lo prometió por su honor y por su honor lo obligaría a cumplir. Ya no le importaban ni Santa Marta ni las penas capitales. Hoy no podía pensar en otro futuro que no fuese Judá. Lo amó, lo amaba y lo amaría eternamente. Durante muchas mañanas intentó borrar recuerdos imborrables. Lloró, rezó, suplicó y hasta hechizó esperando a quien por amor nunca llegó. Las muchachas de clases humildes como ella se entregaban por pocas monedas o algo de protección a señores que nada más que simples placeres buscaban, ¿por qué no quebrar las leyes si con ello se unía a quien más amaba? ¿cómo podía ser el amor un pecado?

Los santos votos matrimoniales unían a Judá y Gadea ¿pero y su amor? ¿Por qué el divino creador le mostraría el amor en los ojos de aquél que no poseería jamás? Dios era justo y no habría permitido que sus sentimientos naciesen si no fuese porque tenía algo planeado para ellos. Dios estaba de su lado, de su amor, y ella se lo demostraría. Con las esperanzas de las enamoradas acercó su palma para acariciar el rostro áspero del hombre más hombre entre los hombres.

—Judá… —susurró con la voz dulce de las amantes.

Decidida se puso frente a él. Una cristiana reprimida jamás sería tan ardiente como una morisca. Se sabía que a las cristianas se las educaba en la contención, y aunque ella fuese nueva cristiana, existían conocimientos que se llevaban en la sangre. Conocedora de sus atractivos, los utilizó. Cualquier cosa con recuperar a quien aún consideraba suyo. Pocos meses con una cristiana no podían robarles años de amor. Muchas fueron las veces que Judá la adoró en su cama, muchas en las que alabó su belleza y demasiadas en las que depositó la viril semilla de su pasión en la redondez de sus pechos. De espaldas a una esposa que dormía, actuó sin reparos. Con lentas caricias y delicados besos bordeando la oscura barba, se aproximó lentamente a su presa. Todo por despertar el amor que consideraba dormido. Él aceptó sus caricias con excesiva tensión y eso la hizo sonreír triunfante. Si se contenía era porque le afectaba.

Con el valor de la misma Dalila del evangelio y en puntillas de pies, elevó los brazos llevándolos tras el fuerte cuello y enlazándolos

sensualmente por detrás. Con movimiento lento acercó sus dulces labios al pétreo rostro, que, por primera vez, dejó de mirar hacia el lecho de su esposa para centrar toda la atención en ella. Triunfante pegó los labios a la masculina boca esperando la pasión que tan bien conocía. Ansiosa, golpeó con la lengua los labios cerrados. Aturdida en su calor, y después de varias insinuaciones, abrió los ojos. Él no la abrazaba y su boca no la recibía. Confusa y con el ardor recorriéndole la piel lo miró obnubilada pero los ojos negros de Judá no le respondieron. Insatisfecha y herida insistió, pero esta vez con algo más de desesperación. Su cálido cuerpo se apoyó al completo en el hombre intentando aturdirlo con sus curvas, quizás el contacto de sus tersos pechos hiciera mejor trabajo que los infructíferos labios, pensó desconcertada. Con la furia de un cuerpo necesitado se restregó mientras regresaba en busca de unos besos que no aparecían. La dura boca se cerró sin la menor de las dudas.

—Pero ¿qué? ¡Lo prometisteis! —Gritó enfurecida y rogando porque Gadea se despertase en ese momento y comprobase a su marido en brazos de otra.

Judá pareció mostrar algo de compasión en su negra mirada y eso consiguió enfurecerla aún más. No buscaba misericordia sino su ardor.

—Rastrero mentiroso —. La palma abierta golpeó de lleno en un perfil tan estático como su cuerpo.

Furiosa como gata en celo, los puños golpearon con fuerza contra el pétreo torso, pero él no la detuvo. Empujones, insultos, nada parecía despertarlo. Él seguía observándola sin defenderse. La furia la cegó y las palabras brotaron enloquecidas.

—La mataré. Veréis la vida abandonarle el cuerpo y nada podréis hacer por salvarla. Sufriréis y el corazón se os romperá en miles de trozos. Moriréis como yo lo estoy haciendo. Ella será carne de serpiente y…

La voz de Blanca se detuvo bajo el fuerte amarre en el cuello. Por unos momentos creyó que moriría allí pero lejos de cortarle la respiración, los pulgares de Judá la acercaron por la nuca hasta conseguir que sus labios chocasen los unos con los otros. Por un momento creyó haber conseguido el objetivo de sus deseos. Entusiasmada abrió los labios esperando el tan ansiado beso cuando un murmullo le heló la sangre.

—Si uno de sus cabellos tocase el suelo os juro que ni el fiero de vuestro hermano podrá salvaros.

Como con asco en los dedos, la empujó hacia atrás soltándola de su agarre, y ella no pudo hacer otra cosa más que llorar sin consuelo. Ese no era el amor de su vida. Él no era quien ella conoció. Esa mujer lo había enloquecido.

—Erais un hombre de palabra. Un hombre de honor. Lo prometisteis…

Judá arrastrando la tensa mano por la negra cabellera le contestó intentando calmarse.

—Cumpliré si es lo que deseáis. Visitaré vuestra cama y mi cuerpo reaccionará a vuestra belleza, pero nada más obtendréis de mi. Si deseáis mi cuerpo aquí estoy, pero no pidáis lo que a otra he ofrecido. Mi alma y mi amor le pertenecen a ella.

—Hubo un tiempo en el que me amasteis…

—Nunca lo hice. El amor de un hombre no siempre camina junto a su pasión. Lo siento, pero no puedo prometer lo que sólo a Dios gobierna. Es a ella a quien pertenezco.

Judá la abrazó con fuerza olvidando el odio que minutos antes sintió. Con brazos esperanzados Blanca le envolvió la cintura para atraerlo a su lado, lo necesitaba, no podría vivir sin él. Creyó que podría, pero los días ausentes sólo afianzaban un dolor demasiado intenso de soportar.

—Os amo —dijo sincerándose hasta la vergüenza.

—En verdad ruego por vuestro perdón. Jamás debí alimentar esperanzas imposibles.

El rostro de Judá se elevó por encima de la cabeza de la muchacha para ver en el lecho el verdadero motivo de sus cambios.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? Si me dieseis una oportunidad, si abrazaras vuestra verdadera esencia. Volved a ser el Judá con el que crecí. Volved a mí. Ofrecedme una oportunidad. Retornadme vuestro corazón.

—Nunca os lo entregué —. Contestó con el dolor de quienes hacen daño sin desearlo —. Blanca, os respeto, pero no os amo. El ardor de vuestro cuerpo calentó mis sentidos, pero no enamoró mi corazón.

—¡Estáis ciego! Ella os ha robado los sentidos y la razón —. Expulsó con furia loca.

—Me temo que es la primera verdad que decís. Marcharos y buscad a un hombre que os entregue lo que yo no puedo.

—Lo prometisteis…

—Creedme cuando os digo que, si pretendéis cobrar vuestra deuda, el vacío que os dejaré será aún más profundo del que hoy poseéis. Cada beso, cada caricia que os entregue se lo devolveré a ella multiplicado por diez. Mis labios la llamarán en vuestro lecho y mis pensamientos la buscarán en los recuerdos. No existe parte de mi que no le pertenezca.

—Yo os amaba, Judá de Martorell…

—Y yo siempre os desearé la mejor de las suertes, Blanca la morisca.

—¿Cómo podéis ser tan insensible?

—No merecéis ninguna mentira más. Sois bella e inteligente y estoy seguro de que os amarán.

—¿Tanto como vos a ella?

Judá no contestó. Nadie podía amar más que él a Gadea.

—¿Por qué ella? ¿por qué no yo?

—Dios sabe que no soy capaz de responder, pero tened por seguro que, si buscabais verme sufrir, no hago más que hacerlo. Ante ella me siento débil, desprotegido y vulnerable, celoso e irracional, titubeante y temeroso. Si pudieseis curarme de tan doloroso mal lo aceptaría, pero mi enfermedad no pertenece a este mundo. Ella forma parte de mí y yo de ella. Estamos unidos por lazos demasiado fuertes de romper.

—Y cuando os de a vuestro…

Blanca susurró sin pensar, pero los dedos de Judá la detuvieron para impedir que continuara.

—No lo digáis. Es a ella quien corresponde semejante dicha.

—Entonces lo sabéis.

—Esperaré a que sea mi esposa quien me lo diga. Es su derecho tamaña alegría y no pienso permitir que nadie se la arrebate. Ni siquiera vos.

—La amáis. Habéis cambiado. Ya no sois el que conocí —dijo aceptando su derrota.

—De eso estoy seguro.

—Adiós, Judá.

La muchacha caminó con paso lento y sin mirar atrás. En aquella habitación morían sus esperanzas. Todo lo intentó y todo lo perdió. El corazón le sangraba. La común mujer cristiana le arrebató lo que una vez creyó poseer, pero jamás conquistó. Judá continuaría con su matrimonio, criaría a sus hijos mientras ella moriría en la soledad de unos besos sin dueño.

—Hermana…

Azraq permaneció atento en el pasillo, pero al escuchar la conversación al otro lado de la puerta, decidió no intervenir. Su pequeña hermana, su retoño encantado necesitaba ver la realidad. Aunque en este momento lo odiase, sabía que Judá no hizo algo muy diferente a lo que él hubiese hecho en situación similar.

La derrotada aceptó el fuerte abrazo y sollozó en el ancho pecho de quien siempre estaría a su lado.

Sosteniéndose la frente, y sentado junto a Gadea, Judá llegó a preguntarse si sus actos eran correctos. ¿Sería como decía la morisca y su esposa lo tenía hechizado?

Gadea abrió los ojos y al mirarla no lo dudó. Estaba hechizado. Y con el más potente de los brebajes.

—Amor mío… —Sus ásperas manos no cesaron de acariciar el rostro adormilado.

—¿Lo soy?

—Lo juro.

Los labios necesitados se acercaron para obtener un dulce beso, pero las arcadas de Gadea y su forma de correr hacia la vasija lo hicieron sonreír esperanzado. Pronto ella se lo diría.

Inocentes

—Sigo sin comprender vuestras urgencias.

Las palabras brotaron enfadas de los labios de Judá mientras se ajustaba la larga cabellera con la cinta de cuero tan negra como su ropaje. Dos puñales bien ajustados a la cintura, una gruesa capa oscura y una antorcha en la mano, terminaron de completar la indumentaria para un paseo en mitad de la silenciosa noche. No comprendía aún porque su padre lo sacó de la cama en la que tan bien se encontraba acompañado. Lo hizo vestir y caminar a quien sabe dónde, porque el hombre aún seguía sin aclarar ni un maldito detalle.

Las estrechas calles se iluminaban con las candelas encendidas dentro de los hogares y tanto él como su primo caminaron muy juntos tras Haym pero sin saber exactamente a donde marchaban. Atravesando la ciudad y guiados por un joven criado, que alzando por encima de los hombros una antorcha más grande que su propia cabeza, anduvieron en absoluto silencio. No podría decirse que Toledo fuese ciudad agresiva, pero los tiempos se corrían duros, y la vida debía recelarse por cada una de sus esquinas. Las estrechas callejuelas toledanas, durante el día y acompañadas del enamorado trovador, lucían encantadoras y mágicas, pero por las noches, las vertientes se tornaban muy negras. Los ceñidos caminos durante la oscuridad nocturna se transformaban en trampas de comadrejas, y el fresco río Tajo, se convertía en la hondonada ideal para esconder cuerpos despachados sin piedad.

Caminaron con paso firme atravesando el barrio comercial hasta casi alcanzar las puertas de la judería. El jovenzuelo se detuvo con la inmensa llama mientras Haym se adelantó unos pasos. El muchacho, obediente más por respeto que por posición, se mantuvo a una distancia prudencial. Esperaría paciente y receloso las órdenes de quien consideraba, el mejor de los señores de toda Castilla.

Las puertas de la judería estaban cerradas a cal y canto como todas las noches. Los judíos se encerraban para mantener distancias de los cristianos, y aunque a Judá se le revolvían las tripas al ver las altas rejas, tuvo que reconocer que esas puertas significaron la protección de vida de los judíos más de una vez. Las acusaciones injustas, se repetían de forma continua y las murallas esclavizantes, resultaron ser una fuente de protección en tantas ocasiones que ya no era capaz de recordar cuantas. Luego de un suave ruido de goznes al girar, detrás de las puertas salieron dos cuerpos de hombres que se acercaron en la cerrada noche. No fue hasta que el calor del fuego de las antorchas iluminó sus rostros cuando maldijo por todo lo alto. Decidido a diseccionar en pequeños trozos a aquellos dos, los hubiese desangrado allí mismo sino fuese por el rápido proceder de su padre.

—Soltadme y permitid que mueran con honor pese a su condición de ratas inmundas.

Zaaben e Isaac no se inmutaron ante las amenazas pero quien sí lo hizo fue Beltrán, que sin saber con quien se encontraría, comenzó a sentir el frío de la noche rasgarle el cuello. Si esos dos hablaban, su vida sería aún más corta de lo que ya imaginaba. La cicatriz le latía nerviosa bajo la tensión de una vena que fluía caudalosa.

—No estamos aquí para matar a nadie. Aún.

—Padre, hablad por vos.

Judá sentía como su furia lo dominaba. Esas ratas estaban detrás del apresamiento de Gadea. No tenía pruebas, pero estaba seguro de ello. Tenía pocas piezas, pero éstas encajaban en armoniosamente.

Haym consiguió detener a su hijo y esperó que éste captase el mensaje. Muchos años de lucha juntos tenían a las espaldas como para conocerse el lenguaje de las miradas silenciosas. Judá lo observó intrigado y aunque la rabia le batiera los nervios, asintió esperando descubrir los planes de su progenitor. Si su padre estaba detrás de aquella siniestra reunión, era por razones en absoluto baladíes.

—No tuvimos nada que ver con la hoguera para vuestra esposa —. Isaac fue el primero en hablar y Judá dudó de la eficacia de aquella reunión siendo las primeras palabras la más descarada de las mentiras.

—No estamos aquí por Gadea ni por ninguna mujer —. Esta vez fue la gruesa voz de Zaaben quien cortó el frío de la noche.

Los judíos se acercaron precavidos y tanto Beltrán como Judá apresaron las empuñaduras de sus armas. Ambos temblaban por combatir. Judá, deseaba verlos morir lentamente por las mentiras ofrecidas sobre su mujer, y Beltrán Santa María, por las verdades que pudiesen ser descubiertas. Si aquellos dos hablaban de sus continuas participaciones en conspiraciones, la noche acabaría demasiado pronto para él. Judá no poseería piedad. El dolor de la deslealtad dominaría su puñal. Zaaben y su hermano apenas lo miraron y por unos segundos sintió que la respiración le alcanzaba nuevamente el alma. Si los hermanos no pensaban hablar aún poseería una oportunidad de salir por sus propios pies.

—¿Y cuál será esta vez vuestra infamia? ¿vuestro propio padre? ¿vuestro propio pueblo? ¿A quién venderéis esta vez por unas pocas monedas? —Judá se acercó con la sien latiéndole por la rabia. Buscaba sangre, Dios lo sabía bien. Cansado estaba de ofrecer su amistad a quien por unos míseros maravedíes lo vendían como cerdo de matanza.

—¿Os creéis mejor hombre? ¡Sois tan o más traidor que nosotros! Nunca abandonamos a nuestro pueblo por una fe asesina —.

La mirada de Isaac chocó con la de Judá advirtiéndole que él también deseaba cobrarse venganza.

Venganza por creerse mejor. Venganza por ser un hombre con educación y una casa con la que muchos soñaban. Venganza por ser todo lo que él hubiese deseado para sí. Su hermano y él no cargaron con tan buena suerte en la vida. A pesar de lo que muchos creían, su condición de judío no le otorgaba un dominio de los números y los negocios. A decir verdad, apenas si sabía contar. Su trabajo no era mejor que el de una mula de carga. La lana llegaba, él la repartía entre los grandes comerciantes y a cambio le permitían quedarse con una pequeña cantidad. En el telar familiar convertían en paños aquellos restos que, de calidad dudosa, vendían por escasas monedas. ¿Lo odiaba? Por supuesto que lo odiaba. Judá era de esos privilegiados que bebía vino del bueno bajo techos de costosas maderas. Su familia apenas contaba con algo mejor que un cobertizo, y su pobre novia Sara, seguía esperando por él y por un matrimonio que no se podían permitir. ¡Sí! Lo odiaba por lo que fue y por dónde se encontraba. Lo odiaba por los escalones subidos pero mucho más por los alfombrados que le esperaban arriba.

—¡Bastardo traidor! —Chilló conociendo el poder dañino de sus palabras.

Judá estaba dispuesto a mandar todo lo que aquello fuese al mismísimo demonio cuando fue nuevamente detenido.

—¡Basta! —Haym alzó la voz con una furia desconocida en él mientras adelantándose a su hijo, y contra todo pronóstico, se acercó al joven judío con la rabia del lobo herido. Judá, lejos de detenerlo, brindó por el inicio de una lucha más que deseada —. Si volvéis a insinuar siquiera la pureza de mi difunta esposa o la legitimidad de nuestro matrimonio yo mismo os cortaré el cuello. Nadie llama a mi hijo bastardo. ¿Lo habéis comprendido bien? —Isaac asintió con el filo de la daga de Haym en el centro de la garganta.

—Ya basta de amenazas. No estamos aquí para matarnos entre nosotros —. Zaaben puso algo de calma y Haym dejó caer la mano mientras Judá se posicionaba a su lado preparado para hacer correr ríos de sangre.

—¿Y cuál es la razón exacta por la que estamos aquí, en mitad de la noche, frente a la judería y sin más testigos que nuestras almas? —Beltrán intentó parecer más sereno que nadie a pesar de los temores que le recorrían el cuerpo. Los hermanos lo miraron, pero si algo quisieron decir lo callaron y él respiró.

—La situación no ha cambiado y me temo que vuestras ideas no resultaron —. Haym asintió a Zaaben frente a un Judá que indagó con la mirada —. Los niños siguen desapareciendo, ya llevamos más de cinco en dos meses. Nadie sabe dónde son llevados, pero sí como

terminan.

—¿Niños?

—Muertos en rituales satánicos —. Aclaró Beltrán ante el desconcierto de su primo.

Este lo aclaró con bastante sonrisa en el rostro y Judá maldijo por su falta de atención. El último tiempo estuvo tan concentrado en su esposa y la supervivencia de su cuñada, que se distrajo de las verdaderas obligaciones preocupantes en la ciudad.

—¿Qué tienen que ver esas muertes con nosotros? —Dijo con voz gruesa y molesta ante un Beltrán que alzó los hombros, carente de respuesta.

Esta vez fue Haym quien respondió con rapidez mientras se rascaba la barba buscando soluciones inexistentes.

—Intentan echarnos las muertes a las espaldas. Libelos de sangre, es como han comenzado a llamarlos.

Dominado por su propia rabia el converso apresó con fuerza el pomo de su congelado estoque. Cuentos similares de niños en otras ciudades habían llegado a sus oídos. Los pequeños, siempre cristianos, y demasiado jóvenes, eran secuestrados. Según decían los rumores, estos eran retenidos en los bajos de sinagogas o el hogar de un miembro importante de la comunidad. El sacrificio era llevado por la más cruel de las venganzas. Las malas lenguas comentaban seguras, y como si de la verdad absoluta se tratase, que, en la clandestinidad, se sometía a los pequeños ante un tribunal. Desnudo y atado, el pequeño sufría mutilaciones, pinchazos, cortes y golpes hasta que finalmente, con las fuerzas exhaustas, se lo condenaba a muerte. Con una corona de espinas y atado a una cruz de madera, el pequeño esperaría la muerte frente al extremo de una lanza afilada, que como al mismo Jesucristo, le atravesaría el corazón.

—Los judíos no son los responsables —la voz de Beltrán sonó segura y autosuficiente —. El uso de la sangre está prohibido hasta en la cocina, ¿por qué torturar y matar a niños en contra de sus propias creencias? Es ridículo.

—Vuestra merced debería saber que las difamaciones no siempre responden a ninguna lógica —. Isaac habló mostrando un colmillo que Beltrán hubiese deseado arrancar de cuajo, pero aquél bellaco sabía demasiado de sus conspiraciones como para provocarlo.

—¿No veo en qué nos afecta? —Judá obvió el anexo que aclaraba que ellos ya no eran judíos sino nuevos cristianos.

—Existen leyes nuevas que nos afectan. Me temo que la disminución de judíos ha llevado a los nobles a enfocar sus filos en otras direcciones. Y sí, nos afectan.

—Explicaros —. Judá dijo tenso.

—Los judíos ya no podrán ser ni carpinteros, ni carniceros, ni

sastres. No se podrá interactuar en absoluto con cristiano alguno.

—Esas leyes siempre han existido —. Contestó desconfiado.

—No como ahora. Han comenzado a enfocar sus atenciones en los nuevos cristianos. Si las leyes nos atacan… —«Podríamos perderlo todo...» pensó Judá sin emitir sonido alguno de sus labios —. El caso de los niños sólo es una excusa con la que intentar unir culpas contra judíos y nuevos cristianos. Si lo consiguen, veremos nuestras familias caer…

—Gadea… —dijo apenas en un murmullo que sólo fue escuchado por su padre quien asintió entristecido —. ¿Cuál es el plan? —Preguntó enérgico y dispuesto a actuar cuanto antes.

—¿Plan? No es nuestro problema.

Isaac extendió la mano y recogió de Haym una bolsa cargada de monedas ante un desconcertado Judá y Beltrán.

—Marchamos —aclaró Zaaben, quién creyó que, si las circunstancias hubiesen sido otras, bien podrían haber sido amigos. Judá de Martorell siempre actuó con honor muy diferente a sus últimas acciones. La vergüenza del desleal remordió la conciencia de Zaaben, pero si el cielo deseaba juzgarlo por intentar salvar a los suyos, pues que lo hiciese en nuevas tierras. Ni las buenas ideas ni las malas sirvieron para liberarlos de una injusta persecución, ahora sólo restaba marchar y que la historia lo juzgase —. Nos dirigimos a Portugal, esta tierra siempre será nuestro hogar, pero hoy toca marchar — dijo antes de perderse tras las puertas de la judería.

Haym caminó junto a su hijo sin explicarse mucho más y Judá tampoco lo necesitó. Su padre, aunque nuevo cristiano, seguía necesitando cuidar de los suyos, y si ese dinero les servía para comenzar una nueva vida, pues allí lo tenían.

—Intentaron mataros también a vos—dijo con media sonrisa al señalar el bolsillo vacío de la chaqueta.

—También yo hubiese matado por salvaros, y vos mataréis por vuestros hijos, así es la vida. No son más culpables que yo en mi pasado o vos en vuestro futuro.

—¿Encontrarán un destino mejor?

—Espero que todos lo encontremos o nada habrá valido la pena.

La voz de su padre resonó tan apesadumbrada que el cuerpo de Judá se congeló y no exactamente por la noche toledana. Sus futuros estaban en juego.

Primos y hermanos

Con paso demasiado lento para tan intenso frío, Beltrán caminó aturdido en sus propios pensamientos. Por los pasajes de una ciudad que, ocultaba sus penas en la oscuridad nocturna, se dejó llevar casi al final de las murallas. Intentó olvidar el reciente encuentro con los hermanos, pero las imágenes se le venían a la cabeza una y otra vez. «Si esos judíos lo hubiesen delatado…», no siempre contaría con tanta suerte.

La cicatriz, que atravesaba el lateral de su rostro, se le tensó de sólo pensar en cuál sería la desilusión de su primo al saberse traicionado. Un sabor entre vómito y acritud le subió por las entrañas al sentirse un Judas cristiano y traicionero más. Uno de los tantos que circulaban por la Toledo a la que algunos llamaban mágica, y tanto que lo era, ¿qué otra explicación tenía el aún continuar vivo?

Cabizbajo anduvo sin detenerse, y a pesar de la insistencia de las meretrices que, mostrando sus senos arrugados, buscaban algo de interés y unas cuantas monedas. Mujeres… ella no lo esperaría, nunca lo hacía, pero él siempre acudía. Cual sediento viajero necesitaba perderse en la frescura de su piel y olvidar aquello que por temores de joven no enfrentaba con los valores de hombre. La mujer lo atraía, lo calmaba y quién sabía cuántas cosas más que ni él mismo era capaz de explicar. La endemoniada bruja panadera se entregaba sin expresar ni un maldito sentimiento, frente a un corazón que moría enamorado en todas sus miradas. Sus curvas lo maldecían, no podía recorrerlas sin sentirse preso del más salvaje de los deseos. Él, quien a tantas tuvo y a ninguna amó, hoy amaba a quien no se compadecía de su desolación. «Vida Ingrata. Que unes a quienes se aman, pero no entre sí». Su propia madre encontró la muerte en un segundo parto, y aunque mucho la lloró, junto a la virgen seguro sonreiría, sin embargo, él aquí se encontraba, vivo y heredero de un trono cargado de espinas. Junto a su padre, pertenecía a una dinastía en la que el viejo mataría por continuar, y cuando pensaba en matar, no se refería a simples expresiones. Hombre de corazón seco y alma turbia, el progenitor más sabía de intereses que de honor. Dos madrastras murieron después de su propia madre. Todas intentando dar a luz a un segundo heredero que le proporcionase garantías, pero que el divino, creador gracias a su bondad, tuvo a bien no ofrecerle jamás.

Intentando calentarse acercó sus manos a la cara y sopló mientras caminaba con andares algo más acelerados. Con el rostro poco menos que congelado, elevó y estiró la capucha para cubrirse el cuello y parte del rostro cuando sin querer rozó la cicatriz que recorría parte de su sien, y que a punto estuvo de arrancarle el ojo si no hubiese sido por la rápida intervención de su primo.

El desgraciado hijo del tabernero era un muchacho indeseable. Andrés lo llamaban. No cesaba nunca sus insultos y aunque fuesen cristianos nuevos, el joven rapaz no dejaba de insultarlos. El inútil era fuerte y despiadado. Era tan asqueroso y sucio como las ratas. De la cintura, y oculto en su cinto de cuero, extrajo en un abrir y cerrar de ojos un cuchillo pequeño y lo atacó sin justificación alguna. Judá como siempre saltó en su defensa. El muy cabrón de su primo poseía la misma honra que el mejor de los caballeros, pero la misma mala hostia que el peor de los enemigos. De un puñetazo alejó al gordo tabernero, que sudoroso por el esfuerzo, le prometió una noche de venganza. Judá aceptó el desafío y él, como niño que era, tembló sabiéndose que sería el primero en caer. Más pequeño y débil, poseía todas las papeletas para ser el primero en la lista de muertos. Por la noche esperó asustado con un pequeño puñal bajo la almohada, pero el dichoso enfrentamiento jamás llegó. A pesar de ser sólo un renacuajo, aún recordaba los intensos temblores de aquella noche. A punto estuvo de mearse en la cama. Con la claridad de la mañana, y los chismorreos de la gente, llegaron las buenas nuevas. Alguien había matado al joven azote de judíos en su propio lecho. Nadie vio nada y los murmullos se acabaron tan pronto como llegaron los nuevos. Él jamás preguntó y Judá jamás confesó. Judá era así, cuidaba de los suyos sin justificaciones.

Furioso por sus propios pensamientos intentó aclararse. Si su tío llevaba razón esos niños muertos podrían ocasionarles más de un quebradero de cabeza. Seguramente el párroco estaba detrás de aquellos atropellos. El muy imbécil buscaba venganza contra los De la Cruz, como si nadie supiese ya de sus amoríos sodomitas. Los excesos sexuales del cura poco le importaban, ya ajustaría él mismo sus cuentas con el altísimo, ahora otros eran sus mayores problemas. Era tan nuevo cristiano como Haym y Judá. Si las antorchas se elevaban acusatorias ante ellos, la tranquilidad de una perfecta vida acomodada se alejaría como la mugre ante el agua.

Envuelto en sus propios pensamientos, por poco estuvo de chocar con el viejo que caminaba sin mirar. El judío, que llevaba el peso de los años en los huesos, no se detuvo ni para pedir disculpas. Continuó su camino como si le fuese la vida en ello. El pobre loco, acarreaba su cuaderno de notas creyendo que poseían algún valor. Afirmaba que sus escritos serían de ayuda cuando los echasen de sus tierras. Decía que los nietos de sus nietos desearían reconocer las tumbas de sus muertos. Cual artista ante su obra, todas las mañanas se dirigía al cementerio, junto a las ruinas romanas, para dibujar un plano fiable de los sepulcros. Nos echarán… nos echarán… murmuraba como loco profeta. En fin, allí cada loco con lo suyo, igual algún día lejano algún poeta escriba sobre su locura…

Sin llamar a la puerta entró con el derecho que no poseía. Ella dormía. Eso ya lo imaginaba. María no lo esperaba, ella nunca lo hacía. Desde el abandono del marido la mujer luchó por ser mucho más de lo que sus fuerzas le permitían y puede que ese fuese el más efectivo de sus embrujos. Persistencia y tozudez, era lo que la distinguía a ella, y a esas locas con las que se veía. Cofrades, decían llamarse, y a pesar de la furia que solía recorrerle el cuerpo a su primo al escuchar ese nombre, él no podía más que contener la intensa diversión. Las pobres mujeres jugaban a ser iguales a los hombres y quién era él para detener tan estúpidos sueños. Sin encender cirio alguno, y esperando que su vista se acostumbrase a la oscuridad de la pequeña casa, se acercó a la mesa y se sirvió una copa de vino barato.

—Por amor al cielo… —murmuró muy por lo bajo al degustar la peor de las bebidas.

Con la garganta aún con la sensación de asco, se quitó la capa y la dejó caer ante una mesa que bailó con el peso de la tela. Sonriendo se fue quitando las ropas. No es que fuese el hombre más rico de Toledo, pero tampoco de los más pobres como para estar compartiendo lecho, en una casucha de la que algunos aún llamaban prostituta. Bien sabía Dios que pasaría a cuchillo a cualquiera que la insultase delante suyo, pero a pesar de que le propuso llevarla a su casa, ella se negó, y él nunca insistió. María no podría ser jamás la dueña de su hogar, aunque poseyese el total de su desesperado corazón. El amor no siempre estrechaba el brazo de la persona adecuada.

Con diversión le acarició el rostro para limpiarle los restos de harina. Seguramente la mujer se quedase dormida después del trabajo intenso en el horno. Con lentitud, y disfrutando de las vistas, se introdujo bajo la manta para acariciar la tibieza de la femenina piel. Ella como siempre que llegaba tarde se movió asustada y él le murmuró frases cariñosas para que lo reconociese. María aceptaba el tono de su voz y continuaba dormitando mientras él maldecía a cada hombre que por su vida pasó dañando semejante perfección. Sin intenciones más que el consuelo de un hombre agotado, la abrazó por detrás apoyando el rostro en el dulce calor de la delicada espalda. Esta noche no buscaba los placeres del cuerpo sino los del alma, y la muy bruja, era mejor que las pócimas de aquella monja atrevida. Adormecida acomodó las nalgas en el hueco de sus piernas, acoplando así los cuerpos, como si del mejor de los moldes se tratase. Encajaban tan bien que pensó si alguna vez le sucedería algo así con alguien que no fuese ella. Cerrando los ojos no pudo hacer otra cosa que recordar una vez más la traición hacia su primo.

—Maldito seáis —dijo sin saber si la maldición se dirigía a su primo, a su endiablado sentido de lealtad o al desgraciado de su padre

que, aunque mucho lo odiase, seguía siendo su padre.

Con el calor del cuerpo del que se sabía enamorado, cerró los ojos intentando descansar. Se abrazó a María esperando que el frío que le arrancaba el alma se acabase. Sabía bien que cada momento que pasaba se acercaba más a su destino. Un futuro con un único triunfador. Maldita fuese la vida, que sin ofrecer lo necesitado, desparrama atrevida infortunios y desgracias.

Pensativo en los cientos de problemas con los que debería enfrentarse, y que su padre confirmó por el camino, Judá se recostó junto al cuerpo de su esposa esperando recibir algo de consuelo.

Gadea alzó la mirada adormecida y él no pudo más que agradecer la fortuna divina del humilde receptor. Dios lo bendecía por primera vez. Con la mayor dulzura se acercó más aún al tierno cuerpo rodeándola entre sus anchos brazos. Feliz, apoyó la palma sobre el tierno vientre preguntándose porqué el torbellino de su esposa aún no le había contado las buenas nuevas. Su sangrado llevaba casi el tercer mes sin llegar y estaba seguro de que su unión había sido bendecida, pero como bien le dijo a la morisca, la felicidad de tan glorioso anuncio sólo le pertenecía a Gadea. «Un hijo…» pensó abrazándola con tanta efusión que poco faltó para despertarla de su ensueño. Por ella lucharía, por el pequeño viviría y por ambos, mataría.

Sin saber ni como ni porqué, se encontraba junto a su abuela. Constanza abrió los ojos y se puso en pie. La anciana aún dormía plácidamente. Las arrugas al descansar parecían menos profundas o quizás algo menos sufridas ¿pero quien más que una nieta como para reconocer esos secretos que nunca confesó pero que su mirada silenciosa custodiaba?

“¡No es mi hija!” chillaba su padre continuamente, importándole muy poco si ella lo escuchaba o no. Él insistía y su madre y abuela callaban. Cuando más pequeña, y reconociendo el temor como sentimiento de unión con su padre, comprendió sus silencios, pero ahora que ya era una mujer la realidad le daba de lleno en el rostro. Sus rasgos, sus cabellos, su temperamento, todo, distaba de los suyos. Su padre, rubio como la yema de un huevo y rancio como el vinagre no era su padre, por lo menos no el verdadero. Aún muy niña su madre lo mencionaba con amor y ella creyó que ese noble de rudo corazón era de quién hablaba, pero los años le enseñaron a reconocer la añoranza del amor perdido en la triste mirada de una mujer que se dejó llevar hacia los brazos de su creador. Su abuela nunca habló, pero conocía la verdad, estaba segura de ello. Las miradas cómplices de ambas mujeres lo dejaban claro.

Suspirando penosa, se puso en pie y se lavó el rostro con un

poco de agua de la jarra que dejó caer en la jofaina. No era ella quien juzgaría a su madre. Muchos eran las infracciones que existían en el mundo y muchos los severos de corazón que se encargaban de enjuiciarlos como para elevar ella su voz acusadora. Su madre una vez amó, y esperaba que ese a quien debería llamar verdadero padre la hubiese amado también, porque entonces ella sería fruto del amor y no del capricho o intereses de un noble despiadado y sin corazón.

Con melancolía mordió un trozo de pan duro, y sentada en la silla de madera y con las rodillas elevadas y cruzadas, se puso a leer esperando que su amada abuela despertase pronto.

Cartas de amor

Después de días entre la vida y la muerte, la virgen se compadeció de sus penas y el creador decidió que eran momentos de regreso. Las fiebres desaparecieron de una mañana a otra y el veneno blanco tal como llegó desapareció. Los dolores se tornaban intensos y el vientre parecía arderle como herida del alto infierno pero se encontraba despierta y respirando, y eso era mucho por lo que debía agradecer. Según le contó su hermana, y el reflejo que veía en el pulido espejo de cobre, a punto estuvo de abrazar al omnipotente creador. Temblando ante lo sucedido, se cubrió con la sabana disfrutando de una segunda oportunidad. Largas e intensas semanas pasaron hasta que fue capaz de hablar y recuperar algo de fuerza pero aquellas penas ya eran terrenos abandonados. Estaba con vida y recuperándose, otras no corrieron con la misma suerte, pensó entristecida al recordar a la pobre Inés. En el más absoluto de los silencios cristianos, rezó por la compañera perdida y por la vida recuperada, hasta que el cansancio y la debilidad, la durmió otra vez.

Entusiasmada, aburrida y en la soledad del lecho, releyó la carta con la sonrisa en los labios y la ilusión en el corazón. Llevaba más de un mes en cama y la vida no podía ser más generosa. Inspiró fuerte la nota como si de ella se desprendiese el aroma a cuero, metal y hombre soñado. «Gonzalo…» Tenía que ser él. ¿Quién más podría escribir palabras tan sentidas?

Soñando con sus propias fantasías se recostó en el lecho, y mirando hacia el techo, suspiró por el amor convertido en realidad. Gadea y las demás cofrades le comentaron que en ningún momento se apartó de su lado. Dijeron que desesperó por días al verla luchar contra la muerte, dijeron que no hablaba y que su alma deambulaba penando entristecida. Dijeron tantas cosas que los suspiros le brotaban con forma de notas musicales. ¿Se podía ser una mujer más feliz?

Con esperanzas dulces como la miel y el corazón blando como pan recién hecho, sollozó pero no de pena. El dolor en el vientre la despertó de sus sueños de amor pero sólo un poco. La herida dolía como pinchazo de aguja pero Amice y la morisca coincidieron que todo marchaba bien y ella confiaba, en sus amigas, en Dios, en los pájaros cantarines, en el arco iris de colores, en las flores con su perfume, en la sonrisa de enamorado y en el amor... el amor…

—Gonzalo… —dijo abrazando la nota contra su vientre, pero esta vez con menos intensidad para evitar el dolor —. Gonzalo… Gonzalo…

—¿Qué sucede conmigo? —Preguntó interesado mientras apoyaba una jarra con agua especiada con limón y manzanilla sobre

un inmenso cofre.

Juana sonrió como una niña ilusionada ante un Gonzalo que frunció la vista desconfiado.

—No deberíais cargar como una sirvienta —. Contestó intentando sentarse, pero el fuerte dolor de la herida no se le permitió.

—Dejadme a mí —Su caballero, su príncipe de canción de trovador, su hombre… su Gonzalo…

Con el fuerte torso pegado a su rostro la ayudó a semincorporarse y ella tuvo que aferrarse aún con más fuerzas a la carta para no abalanzarse sobre él y regalarle todos los besos soñados desde hacía ya demasiados años. Era joven e inexperta pero sus amigas nunca escatimaron en detalles en ninguna de sus conversaciones, y gracias a ello, sabía perfectamente lo que se sentía al besar o por lo menos eso creía.

—Bebed el agua. La monja la preparó para vos. Dice que os ayudará a soportar los dolores. ¿Aún sentís mucho ardor?

¿Se podía ser mejor hombre? ¿Se preocupaba también por sus dolores? Dios bendito la amaba de verdad. «¿Qué vestido usaré en la boda?»

Gonzalo acercó la copa, pero ella no dejó de mirar la nota en sus manos. Deseaba decirle que sentía lo mismo, confesarle que se hallaba completa y perdidamente enamorada, pero bien era sabido que el hombre siempre daba el primer paso, por lo que esperó. Volvió a mostrarle la nota pero de forma distraída, después de todo, si el caballero era tímido, ofrecerle una ayudita no era tan indecoroso.

Con el intenso amor en la mirada, y en el cuerpo, elevó la nota ante un Gonzalo que decididamente era demasiado vergonzoso. Deseosa de ayudarle, elevó la carta poco más mientras la sonrisa se le escapaba de los labios. Él se lo diría ahora mismo. Los nervios le temblaban como cuerdas. El momento era este. No podía existir otro.

—La tengo… tengo la carta… —dijo aleteando las pestañas. Estaba tan ansiosa que no podía esperar que él tomase valor. Qué Dios la perdonase, pero nunca fue de cumplir mucho las normas.

—¿Vuestro padre os ha escrito?

—Gonzalo…—Su voz esta vez fue menos dulce después de todo la timidez del joven rozaba la estupidez —. La tengo, la he leído—. Sus manos se alzaron moviendo la nota de un lado a otra.

—¿Al fin recordó que tenía hija?

—¡No!

Juana comenzaba a disgustarse con su adorado príncipe dorado. ¿Por qué negaba sus propios sentimientos? Eran palabras tan dulces, tan cariñosos, tan explícitas, tan… tan… tan poco Gonzalo.

—¿Por qué la estrujáis? ¿Vuestro padre ha sido descortés?

—No, mi padre no ha enviado noticias e imagino que vos no

sabéis quién me ha escrito. La voz se le atragantó entre la pena y la desilusión.

—No veo porqué debería saberlo. Buscad la firma y encontraréis al autor.

Gonzalo intentó quitarle el papel de entre los dedos, pero la muchacha se aferró tanto a la carta que a punto estuvieron de romperla en dos.

—No lleva rúbrica.

—Nadie de bien enviaría a una doncella una nota sin firmar. Permitidme.

Esta vez Gonzalo sonó autoritario pero la muchacha nuevamente se negó a entregársela.

—¿Qué dice la nota? —Preguntó con los dientes apretados y algo disgustado con la muchacha.

—No lo sé —. Gonzalo arrugó la vista provocándole marcados surcos en los laterales de los ojos y Juana tembló. Él era más fuerte que ella. Uno al que su padre le confió su cuidado y que bien podía exigirle respuesta ya fuese por las buenas o por las malas. No es que ella fuese una muchacha obediente pero las precauciones nunca estaban de más y mucho menos después de lo sucedido en el río —. Nada importante, no dice nada… nada importante.

—¿Quién la envía? —Esta vez el sonido grave en su voz sonó algo más exigente de lo habitual.

—No lo sé.

—Dadme la nota.

—No.

—Dadme la nota o la arrancaré de vuestras manos.

—¡No!

—¡Sí!

—Se puede saber qué está pasando aquí.

Gadea entró en el cuarto intentando comprender porqué aquellos dos se comportaban como niños, tironeando cada uno de un lado a otro, una hoja arrugada.

—Decidle a vuestra hermana que me entrega la nota o no respondo —. Gonzalo estaba fuera de sí. Muy fuera de sí, y eso la hizo sospechar de un inminente peligro para Juana.

—Hermana…

—Es mi carta. Me la han enviado a mí y no corresponde a nadie más que a mi leerla.

Juana observó amenazante a Gonzalo. Estaba furiosa, lastimada y dolida. La herida no sangraba, pero el corazón pinchaba con cientos de alfileres de desilusión. Él no la había escrito. Él no la amaba. Él no la deseaba. El vestido no sería azul con bordados blancos.

—Obligadla a que me la de.

Gonzalo echaba demonios por la boca y Gadea lo analizaba intentando comprender una furia estúpida.

—Creo que Juana posee toda la razón —Juana lo miró sonriente y victoriosa ante una Gadea que negó con la cabeza mientras se acercaba al lecho, y sujetaba parte del papel, para que se lo entregase —. Es su derecho designar quién custodia sus pertenencias y estoy segura de que soy la persona más indicada. ¿No es así?

Juana se mordió los labios aceptando la sorpresiva derrota y soltando el amarre para entregar la nota a Gadea. Esta leyó algunas líneas y tal fue el asombro de su rostro, que Gonzalo no pudo más que maldecir en alto.

—Decidme quién la firma y le cortaré la mano con la que escribe. Ese mal nacido no volverá a ofender a ninguna doncella.

—¡No me siento ofendida! —Juana se sintió obligada moralmente en defender a su enamorado, aunque no supiese de quien se trataba, mientras que Gadea, se preguntaba por qué no se quedó en el cuarto hasta que los mareos se hubiesen calmado.

—Señoras.

El saludo de Beatriz junto a su inseparable Amice, cruzaron por la puerta y la joven embarazada sintió que contaba con apoyo logístico como para enfrentarse a aquellos dos que no cesaban en su empeño de chillar. Juana estaba desquiciada, pero Gonzalo no se encontraba mucho mejor, el caballero luego de resoples y bruscos pasos, salió por la puerta no sin antes desencajar las bisagras de la puerta.

—¿Todo bien? —Judá entró con una sonrisa tan poco habitual en él que Gadea se sintió la dueña de su cielo.

Ese hombre la ganaba día a día. No podía decirse que lo suyo fuese amor a primera vista sino más bien temor a primera vista, pero aquello ya no era así. La furia en su negra mirada, la fuerza en unas manos y un corazón demasiado duro ya no la atemorizaban. En el pasado creyó que su matrimonio sería un desierto sin agua, pero Judá se transformaba cada día en el más refrescante de los arroyos. Él ya no era quien le pareció ser. En la soledad de sus cuerpos su fiero hombre se convertía en un amante paciente, cariñoso y hasta en algunos casos, comprensivo. Sólo en algunos casos, pensó sonriente respondiendo a la intensidad de su negra mirada.

Amice y Beatriz se apartaron rápidamente, aún le temían, pero sus amigas no lo conocían como ella. Judá no temía a actuar. La vida le enseñó a enfrentarse a la maldad y a ocultarse de los sentimientos. El converso se defendía como tantos otros hombres. Judá nunca asestaba el primer golpe, pero respondía enérgico ante una necesidad de defensa. Hombre de valentía y honor. Al pensar en su marido atractivo y protector, instintivamente acercó las palmas a su vientre.

—¿Estáis bien? —La preocupación junto a la aspereza de sus dedos en la mejilla la hicieron sonreír. Si era un varón su padre le enseñaría a luchar, y si fuese una niña, la protegería como a ninguna.

—Me encuentro perfectamente. ¿Marcháis?

—Debo resolver unos asuntos —. Contestó sin dejar de acariciarle la mejilla. Muchas veces su marido parecía olvidarse del mundo cuando estaban juntos y él poseía ese mismo poder sobre ella. La atracción entre ambos era tan fuerte que más de una vez quiso pedirle que se quedase en el lecho sólo por sentir el calor de su cuerpo junto al suyo —. ¿Seguro que os encontráis bien?

—Puede que sí o puede que no —. Sus contestaciones cada vez más impertinentes ya no eran sentenciadas por su marido, y en el fondo del corazón, ella sabía perfectamente que hasta le causaban diversión.

—Y decidme, señora mía, ¿cómo puede este humilde servidor calmar vuestras penas?

—Quizás prometiendo regresar pronto y cenar conmigo a solas y en mi cuarto. Puede que quizás, y sólo así, pudierais aliviar mi malestar.

El converso se rio, pero sin carcajada estruendosa. Era rebelde e indomable en su interior, pero de modales exquisitos en su exterior. Su padre se preocupó muy bien de ello.

Las pupilas negras como la noche se le dilataron y los párpados se estrecharon contestando aquello que las palabras no podían decir en un lugar tan público. Con delicadeza la sujetó por los codos y la acercó hasta su torso casi rozando los cuerpos. Comprobando que las mujeres parloteaban con Juana, acercó la boca a su oído para que sólo ella lo escuchase.

—Prometedme amor eterno y os juro que siempre iré a vuestro encuentro. Prometedlo y no existirá ángel ni demonio que me separe de vos —. Las palabras terminaron con un leve beso entre la oreja y el cuello que la hicieron temblar el alma.

Sin permitirle recuperarse, la soltó de su amarre y se separó con cierta lentitud. Judá constantemente reclamaba su confianza, sus sentimientos, era como si lo necesitase, como si ella fuese su único sentido, su único motivo, su única… seguridad.

Gadea al verlo marchar, sintió como un torbellino de ideas que aparecían por primera vez en su enamorado cerebro. ¿Cómo pudo ser tan tonta? Él la amaba y lo demostró con su vida en muchas oportunidades. Pero ¿y ella? ¿qué le ofrecía más que suspiros cargados de exigencias en un lecho sediento de pasiones? Ella lo amaba, lo sabía perfectamente, ¿pero él conocía la profundidad de sus sentimientos?

—¡Judá!

El hombre se detuvo en el pasillo al sentir el grito de su esposa, pero fue mucho mayor su asombro cuando a la carrera, ella lo alcanzó sin aliento y con un ímpetu de lo más exagerado, a punto estuvo de tumbarlos a ambos al suelo.

—Prometo… —susurró casi sin aliento.

—¿Esposa?

—Lo prometo —. Contestó elevando el rostro y sonriendo con las mejillas sonrosadas —. Prometo amaros eternamente tanto como os amo hoy.

—Gadea…

—Os amo. Mi amor nació con vos y morirá sin vos.

—Mujer…

—Os amo tanto que el aire me falta si no estáis conmigo.

Sin pensar si era correcto o no, y olvidando los buenos modales de una mujer de bien, alzó los brazos para cruzarlos tras su ancho cuello y acercarle los labios. Quería ser ella quien esta vez lo incitase. Olvidando las estrictas enseñanzas cristianas, lo devoró como una leona, como una amazona preparada para el combate. Dejando las normas del decoro en viejas escrituras bíblicas, se entregó a la pasión de dos bocas que combatieron para resultar una victoriosa por encima de la otra. Mordió su labio y parte de su barba y él gruñó aferrándose a sus caderas para empujarla a un cuerpo ardiente y deseoso. La rigidez de esa parte de su cuerpo que conocía demasiado bien, le hizo notar su falta de control, y eso la hizo sentir fuerte y poderosa. Ella no era de gran fortaleza, pero su poder no radicaba en el poderío de su físico sino en la destreza de sus movimientos. Con la sonrisa de las victoriosas, lo besó tomando posesión de cada caricia, y Judá respondió aceptando el desafío. Ella era suya, pero Judá sólo le pertenecía a ella.

Ambos se besaron con una voracidad que crecía casi sin aliento. Las manos del hombre se movieron posesivas por encima de su cintura mientras las de ella acariciaron el fuerte cuello con uñas, hasta hacerlo gruñir quietamente. Su marido la igualaba en decisión y pasión en el cielo de los ángeles pecadores. Estaba a punto de sugerir la idea de continuar en un sitio más privado cuando en un acto casi doloroso, él se fue separando de sus labios. Nublada por el deseo insatisfecho, buscó la continuación de tan deliciosas caricias, pero las palmas grandes de su marido la sujetaron por los hombros para detenerla. Unos cuantos minutos necesitó para escuchar la gruesa carraspera tras de sí.

—Azraq… Blanca —. Judá poseía el don de reconocer a las personas aún estando de espaldas. Con voz grave saludó a los visitantes, pero sin apartar la mirada ardiente de su rostro.

Ambos pasaron por un lateral y Blanca lo fulminó con la

mirada, pero su esposo ni siquiera se percató. Sólo poseía ojos para ella.

Por un momento los temores inseguros la dominaron, pero cuando los visitantes entraron en la habitación, se descubrió sujeta por la amplia mano y arrastrada nuevamente en brazos de quien la esperaba con una pasión mucho más ardiente que la anterior. Olvidándose de Blanca y cualquier mujer de su pasado, se entregó a quien hoy le entregaba el total de su presente.

Venganza

El cura caminaba por la catedral, como si pretendiera desgastar el suelo en profundos surcos de odio, ante un perro fiel que, apoyado en la pared, se miraba las uñas mugrientas esperando órdenes. Escuchar al enviado del señor despotricar con puras blasfemias, no era visión tranquilizadora, pero todo fuese porque la enérgica vara del párroco no descargase la frustración en su maltrecho cuerpo. La vara quemaba en la piel desnuda más que los fuegos de Satán en una Toledo veraniega. Aburrido y habiendo terminado con las uñas, decidió continuar con los dientes. Desde que el converso lo había chantajeado, el sacerdote ya no era el mismo. El rencor le dominaba el alma.

«Tampoco es que antes fuese el ser más amable del mundo», pensó recordando la infancia junto al clérigo. El cura era hombre de sentimientos difíciles, por no decir escasos. Pero ¿quién podía culparle? Ambos, y pese a sus grandes distancias, comprendieron muy pronto la tortura del rechazo. Castilla no era tierra de amistades fáciles y ellos no dejaban de ser más que dos tristes vidas respirando por encima del mugriento lodazal. Su maltrecho cuerpo, castigado por el creador, apenas sí se mantenía en pie, y el de su benefactor... pues de ese ya se sabía bastante. Fuerte, intenso y con una libido más deseosa de recibir que de ofrecer, el excelentísimo se arrastraba por el fango de la misma Sodoma. De muchos eran sabidas las preferencias del párroco, pero ninguno llegó tan lejos como el desgraciado converso. Cerdo egoísta, que, por salvar la vida de la prostituta de su esposa, amenazó a quién él tanto debía y tan bien servía.

—Mi señor, puede que…

—¡Callad!

La dura vara del cura cayó esta vez sobre su espalda encorvada y el joven agradeció que golpeara de lleno en la dureza de los huesos. La dura chepa amortiguó el dolor, pero no sufrió igual suerte la avejentada camisa, que debería ser zurcida por enésima vez.

El sacerdote, reemplazo del obispo y al parecer eterno reemplazo, caminaba como loco por el interior de la catedral pidiendo la cabeza del converso en bandeja y suplicando a Dios justicia. El pie izquierdo le renqueaba notoriamente y la túnica con sangre seca, evidenciaba el intenso uso de un cilicio que no parecía cumplir con la misión de resarcir culpas ni con calmar a las almas atormentadas. Desde que el muchacho de la mancebía huyó sin mirar atrás, el hombre no levantaba cabeza. El odio carcomía su paz más que el vino a la lucidez de un borracho. Buscaba venganza, sangre e infligir mucho, pero mucho, sufrimiento. El jorobado estaba seguro de que su señor estaba sintiendo rabia, furia y hasta dolor, «Pero ¿por qué?» se

preguntó curioso.

Comprendía la lujuria, él mismo la sentía, ¿pero por qué sufrir la huida del joven? Ese prostituto no era más que calentura del cuerpo. Nada que no pudiese reemplazar con una buena mujer de la mancebía o quizás con otro joven, después de todo la sodomía lejos estaba de ser un tema sentimental. Dos hombres arrastrados por el desenfreno nada tenían que ver con el mundo del amor mostrado en la santa Biblia.

—Muerto, desangrado… así es como lo quiero…

El jorobado se sentó en un escalón esperando un final que tardaría en llegar. Cuando el hombre maldecía al converso, el sol se marchaba y sin probar bocado de cena ninguno de los dos. Mejor limpiarse el barro de las botas y esperar a que el cansancio y la borrachera lo dominase. Así podría llevárselo a rastras al lecho e incluso, si estaba de Dios, desmayarlo pronto y probar algún mendrugo con leche.

—Cerdo puerco rastrero. Os clavaré una pica en el corazón y os desangraréis. Sufriréis como yo lo hago. ¡Asqueroso mal nacido!

El hombre bebió de un sólo sorbo y arrojó la copa contra la mesa de la sacristía, quizás recordando al joven que lo había abandonado, quizás recordando las noches de placeres desperdiciados, quizás por el amor perdido, si es que entre ellos eso existía, se dijo el jorobado que continuó limpiando la suela sin mayor preocupación.

—Incendiado, quemado, despellejado. El olor a torrezno de puerco me llenará los pulmones y reiré, seréis como…

El aplauso de unas manos llamó la atención del fiel servidor que sacó rápidamente el puñal de su cintura. El no era guerrero digno de ningún contrincante, y bien sabía que perdería en cualquier lucha de honor, pero él no poseía ni respeto ni honor. A los de su clase les bastaba con sobrevivir.

Como una sabandija, intentó esconderse por detrás de las columnas y prepararse para defender a su señor, pero el hombre de porte elegante y cabellos como el sol, elevó la voz hasta la crucería.

—Dejad de rectar como serpiente. Vuestro protector no necesita de un inútil como vos.

El perro fiel pudo haberse ofendido, pero se distrajo, el hombre era tan esbelto como el trigo y tan bello como los amaneceres en el río. ¿Por qué el señor ofrecía a unos tantos y a otros tan poco? Pensó al sentir la envidia quemarle el desfigurado cuerpo.

—¡Qué deseáis! —Al acercarse, el cura supo reconocer al caballero de ricos apellidos pero de esqueléticos bolsillos.

—Negocios.

—No estoy interesado —. Contestó acercándose a la mesa de la sacristía para apoderarse del resto del vino para la santa misa. Se lo

sirvió y bebió de un trago y se limpió la boca húmeda con el dorso de la mano, pero aún así, dejando surcos de líquido chorreante por la barbilla.

—Deseáis deshaceros del converso. Somos dos. Unifiquemos fuerzas.

El cura lo miró, pero no contestó, puede que estuviese borracho, pero no lo suficiente como para confiar en un noble venido a menos. Esos señores representaban lo peor de Toledo.

Hombres con portes de potro pura sangre pero con almas de buitres carroñeros, listos para hacerse con un botín, que nunca les perteneció. Su propio hermano era uno de ellos. Un ser despreciable que lo abandonó por ser un segundón de sexo desviado, como si él hubiese podido elegir. Dispuesto a cambiar, y ser lo que su familia buscaba, se entregó a esas mujeres que no le interesaban en lo más mínimo. Exigió favores a puritanas que, buscando absolución, se entregaron confiadas en el perdón de Dios, pero ni así, sus preferencias no cambiaron. Fuerza, posesión y dureza era aquello que lo que lo excitaba y no la asquerosa suavidad y dulzura femenina.

—Marchad, ya poseo mis propios tratos. No deseo acrecentar mis deudas.

—Os traicionará —dijo apoyándose en la pared fría y cruzando las piernas en total control de la situación —. Beltrán Santa María es tan puerco como su primo.

—¿Y quién no lo es?

—No posee palabra.

—¿Y vos sí?

—Mi palabra es tan fuerte como el deseo de verlo muerto.

El caballero de cabellos dorados sonrió malicioso y el cura sintió que posiblemente Dios sí estuviese de su lado.

Mientras tanto en casa de Judá…

Beltrán bebía junto a la ventana escuchando con extremada atención. La situación se complicaba no sólo para su primo sino también para él. Con la mirada nublada por las dudas y el exceso de alcohol, continuó mirando por la ventana, pero sin dejar de escuchar atentamente a los hombres. Su tío, en mitad de la sala, explicaba los peligros a los que se verían expuestos si eran acusados, mientras él con un sorbo largo, quemaba su propia garganta. Perdiendo la mirada en la distancia, vio como el sol comenzaba a caer sobre los techos bajos de madera y adobe de la ciudad mientras a lo lejos, a la altura de la Primada, las tiendas cerraban sus tolderías ante la pronta llegada de la noche. Por detrás de las murallas, las luces mostraban que la mancebía continuaba con su exhaustiva actividad, y las tabernas de

baja reputación, preparaban sus mesas de juego. Bebió otro trago pensando que mientras ellos buscaban una solución para sus enloquecidas vidas, en esas mismas viejas tabernas, un borracho disfrutaba deseoso de los favores de una solícita tabernera, un crápula ganaba con un as siempre escondido bajo la manga y un joven, deseando ser un hombre, bebía incansable mojando los apenas dos pelos de su escueta barba en vino barato.

—Si las muertes de niños no cesan, los tendremos sobre nosotros.

Su tío explicaba con la tensión de los nervios en la voz y no era para menos. Las acusaciones y las intrigas ya caían sobre los nuevos cristianos. Los nobles ya apenas contaban con judíos ni con moros de interés contra los que enfocar sus anhelos de superación. No se trataba de algo personal sino de simples negocios. Había que buscar un culpable nuevo y a recoger beneficios. Así era el mundo, así los reinos y así la misma Toledo.

Él, sin ir más lejos, buscaba aquello que su padre aseguraba que era suyo, y puede que sus oídos lo escuchasen en el pasado, pero hoy su alma se alejaba cada vez más de aquella supuesta justicia. No deseaba traicionarlos, no quería matarlo… Con la mirada fija en las piedras de la muralla y apoyado en el ventanal, cerró los ojos y respiró el frío húmedo del Tajo que sobrevolaba por encima de los tejados.

—¿Miedo? —La palma abierta de Judá en la espalda lo hizo transformar su rostro al instante para parecer tan divertido e irresponsable como siempre —. Si lo que os preocupa es otra cicatriz tan fea como la que ya poseéis, me encargaré de cubriros el trasero, después de todo siempre lo hago.

Su primo parecía divertido y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no delatarse él mismo.

—Algunas la consideran interesante —respondió con sonrisa de pícaro y llevándose la carcajada de los presentes.

Azraq lo observaba con interés. Beltrán siempre le pareció rival digno de respetar. De pelaje manso pero de acciones rápidas como el látigo. Su sonrisa podía ser divertida pero su mente siempre viajaba mucho más allá de la razón, el problema era descubrir hasta dónde era capaz de volar. El moro nunca sintió especial simpatía por el joven y menos aún por el hombre, pero Judá lo amaba como a un hermano y Judá era su hermano, por lo que los tres estaban unidos por la hermandad de los escogidos.

—Debe existir alguna forma de saber quién está tras esto —. Haym continuaba en sus trece buscando unos responsables, que demasiado bien se ocultaban en la clandestinidad de la gran muralla. ¿Quién mataba a aquellos críos e intentaba inculparlos?

—No es necesario encontrar la verdad —. Azraq habló

llamando la atención de sus amigos que lo observaron atentos —. Quiero decir que no siempre la verdad es lo buscado. Con crear una trama podría ser suficiente.

—No —la respuesta de Judá fue tajante mientras apoyaba con firmeza los puños sobre la dura mesa —. Las mentiras nos han podido en el pasado. Si les permitimos continuar con sus injurias, mañana serán otras más potentes. No quiero que tus nietos crezcan en tierras cargadas de podredumbre.

—¿Nietos? —La voz de Haym sonó entusiasmada.

Los hombros de su hijo se alzaron restándole importancia.

—Eso jamás lo podréis evitar —. Contestó el morisco esquivando el tema de los bebés.

—Mi hijo lleva razón, o conseguimos las pruebas de la verdad absoluta o esos desgraciados conseguirán el modo de librarse de la justicia.

—¿Justicia? — La ironía del moro resplandecía tanto como el azul de su intensa mirada.

—Sí, los nobles buscan mi posición, pero vuestros agricultores no poseerán mejor suerte.

Azraq apretó con fuerza la mandíbula, pero no sin antes maldecir. Los judíos solían ser hábiles en el comercio, y algunos de ellos conseguían posiciones de poder en importantes ciudades, pero los árabes eran conocidos por su capacidad de trabajo en el campo y oficios de menos cualificados. Su propia familia era de origen humilde y seguía siéndolo. Puede que los De la Cruz lo recibiesen como a un igual, pero la diferencia de sus arcas era más que notable. Si ellos estaban entre la espada y la pared, su gente lo estaría aún más.

—¿Qué proponéis?

Beltrán alzó la vista hacia su tío esperando interesado, pero fue Judá quien lo detuvo en sus explicaciones.

—Es tarde, mañana será un nuevo día y por la mañana los planes se verán más claros y las intrigas menos oscuras.

—Puede que tengáis razón —. Haym aceptó el tiempo de descanso. No daba con el plan acertado, la criada entraba con la cena, y se encontraba hambriento —. Sentaos y llenad vuestras tripas con buenos alimentos, que bien merecido los tenemos todos. Este potaje huele mejor que mis cargamentos de telas. Los hombres sonrieron y se acercaron a la mesa mientras Judá caminaba hacia la puerta de salida.

—¿Marcháis sin probar bocado? —Beltrán preguntó desconfiado.

—Mi esposa me espera para cenar en la alcoba.

—Espero que no os llenéis tanto que os quedéis dormido —. Haym dijo pícaro y los jóvenes se miraron con ojos abiertos mientras él, divertido, probaba el potaje de verduras—. No soy tan viejo como

para no recordar cómo son las cenas íntimas. Además, deseo un nieto.

Los jóvenes sonrieron mientras Judá vociferaba al caminar hacia la puerta.

—¡Prometo poner todo de mi parte padre!

Beltrán se carcajeó y Haym sonrió tras la copa, pero no sin dejar de mirar al moro, que se sentó a su lado cabizbajo.

—Debéis olvidarla o él os matará.

Azraq se sentó sin contestar, no podía. El padre de su amigo estaba lleno de sabiduría. Incluso ahora que veía más allá de él mismo.

Un hijo

Judá entró en la habitación con la ansiedad dominándole el cuerpo. Llevaba la tarde al completo pensando en ella. Imposible hacer ninguna tarea sin recordarla hasta en el más pequeño de los actos. Si el mundo supiese lo indefenso y débil que se encontraba frente a su mujer, el futuro sería aún más peligroso. Ella era vida. Su vida.

Un mundo rodeado de cientos de estrellas brillando en los cielos y una tierra muriéndose en luchas de poder, frente a un hombre que ya no se preocupaba por nadie más que ella. Las porciones de corazones áridos a los que tanto odió en el pasado, hoy morían ante la dueña de su razón de ser. Verdades y mentiras, religiones y herejías, todas búsquedas añejas olvidadas en terrenos por los que ya no deseaba transitar.

Imposible era de comprender cómo en unos meses aquella mujer borraba con locuras las cicatrices forjadas con el odio lacerador. Si sonreía, él vivía, si ella sufría él moría. Que Dios lo ayudase porque el maldito embrujo le alcanzaba el cuerpo y el alma inmortal. La deseaba más que a cualquier mujer que conociese jamás. Alguna vez que otra intentó caer en la infidelidad con alguna mujerzuela de la taberna, procurando así reafirmar su masculina voluntad, pero ni siquiera esta poseía. Mirada, melena, pechos, todas las mujeres la recordaban siempre a la única. Maldita fuese, pero la deseaba aún más cuando otra se le cruzaba descarada. Su hombría sólo reaccionaba a ella. Como el más leal de los caballeros, su entrepierna respondía sólo ante su presencia. Con ella se despertaba y por ella enloquecía. La cabeza le estallaba al no tenerla y el cuerpo le dolía por poseerla. Enloquecía de celos si a otro su mirada entregaba, pero aún más enloquecía de pena cuando furiosa lo increpaba. Enloquecía por poseerla, pero también por el temor a perderla. Locura que, con uno de sus dulces besos, milagrosamente sanaba.

Ansioso abrió la puerta de la alcoba para quedarse al segundo petrificado en el sitio. Aquello no era posible. Su recatada cristiana no podría haber sido capaz de aquello. La chimenea brillaba con intensidad. Las velas eran muchas, pero no excesivas, la luz suficiente pero no intensa. La mesa se cubría de frutas y piezas de carne asada. La jarra de vino se veía a rebosar, y junto a la silla, ella lo esperaba de pie como la más atenta de las cortesanas. Con delicadeza caminó tres pasos y cerró la puerta que trabó con entusiasmo. Nadie entraría ni saldría de aquél cuarto. No hasta mucho pero mucho tiempo después. La mujer lo miró envuelta en una sonrisa eterna y él se creyó volar. Ninguna trama, ninguna conspiración lo distraerían del mejor momento de su vida. Muchas fueron las mañanas solitarias en las que

esperó lo que esa noche se le ofrecía. Gadea Ayala no era su esposa. Ella era su esperanza.

—Os estaba esperando.

La luz de la chimenea centellaba en una piel tan fina como la más delicada de las sedas. Sus ropas, aunque discretas, le ofrecían ese halo de mujer sencilla pero intrigante que invitaba a conocer y desnudar con las palabras. Muchas veces creyó que su esposa no era la perfección, pero en este momento, se arrepentía mil veces contra mil por tan inmenso error. Ella era la más perfecta entre las perfectas. Inteligente, leal y dulce de corazón, superaba con creces a las que afuera se encontrasen. «Dios, gracias».

Envuelto en el poder de su mirada, se dejó guiar por sus piernas embrujadas, que caminaron hipnotizadas hasta alcanzarla y rozar el cálido cuerpo. Con la lentitud de quien pensaba disfrutar cada momento ofrecido, acercó los labios agradecidos a su frente y la besó con ternura. Una caricia cargada con la ternura del amante que no posee palabras para agradecer semejante fortuna.

—¿Judá?

La mujer se abrazó a su cintura sin comprender y él no pudo más que sonreír a su lado. Si ella supiese que no podía sentirse más feliz. Saberla tan enamorada de alguien como él lo elevaba más allá de cualquier sueño. Nunca lo juzgó y siempre lo aceptó, con sus imperfecciones de espíritu y de sangre. Ella, tan noble, tan cristiana, aceptando el amor de quien muchos llamaban cerdo traicionero, hereje del reino, usurero despiadado. La mayoría escondía entre murmullos, los insultos que sus secos corazones albergaban, pero Gadea no, ella nunca lo juzgó.

Con el calor del enamorado, bajó el rostro y le entregó el mejor de sus besos, esos que no había entregado a otra. Besos que del amor nace y que el enamorado entrega sólo a su persona escogida.

Entregada en su deseo, Gadea envolvió los brazos por detrás del robusto cuello, reclamándole mayor contacto, y él le devolvió el beso con voracidad. La lucha, que en un principio pareció ser sólo masculina, no resultó tal. Su esposa lo reclamaba con la misma intensidad que la suya y eso le calentó la sangre hasta hacerlo arder. Los labios comenzaron con simples caricias, pero las lenguas se enfrentaron la una contra la otra sin pudor. La insistencia femenina contra la posesión masculina, ambas buscando una rendición que los envolvió en una temperatura cada vez más creciente.

El calor de la chimenea ardiente se intensificó ante unos cuerpos que lentamente sudaban gotas de pasión por cada uno de los poros. Con fuerza, Judá envolvió las manos en la estrecha cintura para alzarla en volandas y llevarla directo al lecho. No podía esperar un segundo más. Era su mujer y volvería a marcar territorio en cada

centímetro de la delicada piel. Dispersaría uno a uno los besos que llevaba imaginando todo el maldito día.

—Judá —balbuceó sonriente—pensé que desearías cenar.

La diversión en su voz, unida a la falta de ese pudor cristiano que comenzaba a perder en los caminos del olvido, lo enloqueció de deseo y pasión. Esa era exactamente la mujer que deseaba y que quería. Perfecta en modales en el exterior, pero amante ferviente, en las sábanas desparramadas de su desinhibido lecho.

—Y cenaré.

La voz grave le resultó extraña hasta a él mismo. No era la primera vez que se acostaba con una mujer pero sí la primera que hacía el amor. Difícil explicar con palabras aquello que ni los hechos podían. Las carcajadas de sus incoherencias se escaparon de los duros labios ante una esposa, que recostada, sonreía a su lado sin saber porqué. La larga cabellera caoba se desparramaba por encima de las mantas de suave lana y el vestido se arremolinaba desordenado por encima de sus redondeadas rodillas. Una venus esperando por quien ya no podía esperar.

Nervioso y apresurado ante tan perfecta imagen, se arrancó la camisa y el cinturón que cayeron al suelo junto al puñal sonando con fuerza sobre los anchos tablones de roble. Detrás lo acompañaron las calzas y el resto de prendas, hasta que, con la libertad del mismo Adán, se posicionó sobre su esposa que no cesaba de admirarlo como si de un Adonis se tratase. «Dios, permite que siempre sea así».

—Me gusta la forma en que me miráis…

—¿Y cómo lo hago?

Hubiese contestado si le hubiese sido posible, pero los labios duros y húmedos, viajaban por la tersa piel de su cuello mientras las manos callosas levantaban las faldas con insistencia. Lenta, suave y delicadamente, aunque estaba desesperado por poseerla. La necesitaba. El aroma de su mujer le enloquecía los sentidos. Lo llamaba como abeja por la mejor miel.

“Lo prometo”, repicaban una y otra vez las palabras en su cabeza. Aún recordaba la promesa de esa misma mañana. Esas palabras retumbaron en su cabeza todo el maldito día hasta enloquecerlo de amor. “Os amo… lo prometo”, había dicho ella jurándose amor eterno. Por Dios bendito, ¿cómo no enloquecer de amor? La mujer era la imperfección más perfecta que un hombre pudiese desear jamás.

—Os amo…

Sus palabras rebotaron una vez y otra más contra la suavidad de su esposa. La piel salada embriagó a una lengua que lamía el plato más delicioso que probase jamás. Al ritmo de las ansiosas caricias, el delicado cuerpo se movió hacia arriba buscando contacto, y su cuerpo

ardió con el deseo más básico de los hombres. Con delicadeza se colocó sobre ella, apoyando el mayor peso sobre sus propios codos, mientras su boca buscó el manantial de vida en sus dulces labios. Ella lo aceptó con el mismo desespero, y él, posicionando sus piernas juntas entre las suyas sintió la humedad de su cuerpo ardiente esperarlo.

—Por Dios…

Sin esperar un momento más la penetró al completo. El gemido delicado en sus labios le demostraron que no la había lastimado y agradeció al cielo porque le sería imposible detenerse. Sus empujes fueron fuertes, posesivos y sin ninguna delicadeza.

Las torneadas piernas lo envolvieron, y con el cuerpo temblando de placer, la mano derecha le arrancó la parte superior del vestido. Necesitaba acariciar esos pechos, saborear las gotas saladas de sudor mezcladas con la saliva de su propia boca. Bajando la prenda hasta la cintura sintió el rasgar de las telas rotas que provocaron una sonrisa tímida en la esposa. Era curioso, pero ese hecho le provocaba timidez, sin darse cuenta de que en ese mismo momento se encontraba tan dentro de ella que podría casi tocarle su corazón.

—Os adoro, dulce mía.

—Y yo os adoro a vos, esposo mío.

Sin pensar más que en sus propios cuerpos Judá acercó los labios a los redondeados senos y los introdujo en la boca disfrutándoles como el más fino de los dulces. La muchacha se retorcía bajo el hombre posesivo, que, reaccionando con pasión a su pasión, mordisqueó marcando, pero sin lastimar. Los gemidos inconscientes de la dulce mujer lo envolvieron al punto que su propia consciencia se perdió en los placeres de la carne ansiosa. Empujó tan dentro como pudo y con la intensidad de quien no poseía nada más en esta vida que el disfrute del cuerpo entregado. Las uñas de las delicadas manos le arañaron la espalda y el gemido de un lobo en celo le brotó desde lo más profundo de su ser. Deseo espeso, lujuria desesperada, pasión sin control, junto al calor de tan ardiente hembra enloqueciéndole hasta el punto de que ya no pudo pensar ni en un ella ni en un nosotros. Sólo era él empujando, marcando, conquistando. Gadea ancló las uñas en sus hombros gimiendo su propio clímax y él gruñó acompañándola en una satisfacción casi dolorosa.

—Dios…

El cuerpo sudado se depositó sobre ella sin fuerzas e intentando recobrar la respiración agitada.

—Judá…

La vocecita de su esposa apenas era un hilo y se incorporó al instante para no aplastarla. Cayendo nuevamente a su lado estiró el brazo para arrastrarla y pegarla a su duro torso.

—¿Os he hecho daño?

Las manos le acariciaron la sedosa melena y le despejaron el precioso rostro. Ella posiblemente llevaba a su hijo en el vientre y él acababa de poseerla como a la más experta de las meretrices. El remordimiento le llegó por primera vez al cerebro. Definitivamente sí que era un cerdo bellaco. Conociéndole cada día un poco más ella negó con la sonrisa perfecta de enamorada. Por amor al cielo, no podía sentirse más enamorado.

—¿No mentís?

—¿Os parezco una mujer dañada?

—No, no lo parecéis. A decir verdad, parecéis otra cosa, pero no quisiera dañar vuestros cristianos oídos.

—¡Esposo!… —La regañina les causó una diversión que se instaló al segundo entre ambos.

Judá no se entretuvo en conversaciones carentes de sentido o por lo menos para él lo eran. La Iglesia podría implantar sus normas, pero Gadea era su mujer, y una que parecía la más dulce de las meretrices, y por lo que a él correspondía, que la Iglesia se fuese al cuerno si le daba la gana. Ya iría él al infierno por ella si hiciese falta, pero en esta vida, pensaba disfrutar de cada maldito encuentro con su amada. Con delicadeza le quitó los restos del vestido y la ayudó a introducirse dentro de las sábanas.

—Esposo, tengo algo para deciros.

Acariciando su torso ella habló con timidez y él asintió esperando ansioso.

—Vamos a tener un hijo.

Con un suspiro intenso y un beso en la base de la cabeza, la abrazó con fuerza. Había imaginado esas palabras demasiadas veces, pero en ninguna de esas ocasiones, resultaron ser tan tiernas y emocionantes como acababan de serlo.

Su esposa lo abrazó mientras le preguntaba si era feliz. ¿Feliz? Ese era un sentimiento demasiado banal como para demostrar lo que su alma en verdad sentía. Quizás si ella lo mirase a la cara y viese el brillo de lágrima oculto en su mirada podría comprender la emoción que lo embargaba. Con un poco de dignidad, y mucho de masculino orgullo, la sujetó con más fuerza sobre su pecho para que no lo viese derramar la única lágrima que se le escapó rebosante de felicidad.

Olvidemos el pasado

Después de una noche intensa, Gadea se puso en pie demasiado enérgica para las pocas horas de sueño que encontró en su lecho. Vestida y entusiasmada caminó junto a su esposo sintiéndose la mujer más feliz de todas. Con alguna que otra arcada, pero feliz.

—Deberíais descansar. No es bueno para vos agitaros.

Gadea pudo decir que sólo caminaban hacia el cuarto de Juana, pero no sería ella quien rechazara tan bonito y profundo interés. Lo amaba y cada detalle de cariño que su esposo le prodigaba era canción para sus oídos. Astuta, sonrió y calló. Después de todo no siempre se contaba con tan glorioso despertar.

Ya en la puerta del cuarto de su hermana, él la sostuvo por la cintura en señal de despedida.

—¿Marcháis?

—Negocios —contestó besándole suavemente los labios —. ¿Entonces prometéis que no saldréis de la casa?

Y aquí estaba otra vez la dichosa petición. Cuando no era por una cosa era por otra, pero la conclusión siempre era la misma, no marchéis sola, no vayáis al beaterio sola, no caminéis sola. Siempre los "no" antecediendo aquello que se debiera hacer. Hechizo de amor hacia su caballero, finalizado.

—No frunzáis el cejo como una vieja refunfuñona. Sólo deseo protegeros. Profundos son los peligros que nos acechan.

—¿Lo decís por el párroco? —Preguntó envuelta en el fuerte abrazo preocupado del esposo.

—Lo digo por todo —contestó esquivo—debéis prometer que tendréis cuidado y no saldréis sola. ¿Aún no comprendéis que mi cordura depende de vuestra vida? Os necesito, os necesitamos —. La mano caballeresca acarició un vientre apenas hinchado.

Revivido el recientemente fallecido hechizo de amor, se aferró al calor del fuerte cuerpo.

—Id con Dios y no os preocupéis, mi hijo y yo estaremos aquí cuando regreséis.

Judá acariciaba con un delicioso beso los dulces labios de su mujer, cuando unos gritos y un estruendoso portazo, lo hicieron abrazar protector a su amada mientras con rapidez la desplazó a un lado para que no fuese arrollada.

—¡Me tenéis oxidado de tanta palabrería! ¡Os quemaré los malditos papeles!

Gonzalo estaba tan furioso que apenas pudo hacer nada cuando chocó de frente con la espalda de su señor que envolvía a su esposa en un abrazo. Judá, fuerte de cuerpo y de corazón, se mantuvo como

poste inmóvil frente al inconsciente embiste. Al levantar la vista, y ver el odio del converso, el doncel maldijo para todos sus adentros y gran parte de sus externos.

—De Córdoba… —El susurro sonó suavemente mortal.

Y he aquí su final. Ni en lucha de honor ni en combate en el Al-Ándalus contra algún moro despiadado. Si existía peor suerte que enfrentarse a todos los sarracenos juntos, ese era intentar aplastar a la esposa embarazada del converso, con él delante. Quizás su señor lo apuñalase de un estoque certero y fuese una muerte limpia. Inmóvil esperó al final de sus días, cuando Gadea se soltó del amarre de su marido, para comentar con algo que él intuyó como diversión. No pudo definir bien la situación porque se encontraba demasiado ocupado buscando un buen sitio junto al creador.

—Veo que mi hermana ha conseguido sacaros nuevamente de vuestras casillas. ¿Más cartas?

El brazo de Gadea envolvió el brazo tenso de Judá buscando algo de complicidad, pero él no respondió. Estaba demasiado enfadado con el cordobés como para jueguitos femeninos. El caballero por poco la atropella, y si no hubiese sido por su rápida reacción, Gadea y su hijo ahora estarían tumbados en el suelo. Sólo pensar en su mujer en el suelo, con su bebé en el vientre, lo hizo arder en furia.

—No sé a qué cartas os referís y no creo que me importen. De Córdoba… en cuanto a vos, volved a atropellar a mi mujer, y os juro que vuestra cabeza brillará en el extremo de una pica antes que el sol se oculte, ¿lo entendéis?

—Sea.

Gadea suplicó con la mirada a un Judá que maldecía con todas las ganas. No deseaba ceder tan pronto pero su debilidad ante ella era un secreto a voces. Esa mujer era la bruja entre las brujas. Maldita fuese ella y el profundo amor que le prodigaba. Algo más amable, pero no mucho, habló con algo menos de ferocidad.

—De Córdoba, acompañadme, tengo un trabajo para vos.

Gonzalo aceptó esperanzado. Este día no vería a los ojos al creador. Caminaron juntos unos pasos cuando su señor habló con hondo suspirar.

—Ahora decidme qué son esas cartas y porqué debo preocuparme.

—No poseo información, pero si de algo soy conocedor es de una cosa, “las Ayala” están en medio.

Judá sonrió con amargura mientras caminó con el afligido caballero por el ancho pasillo. Si “las Ayala” estaban involucradas, el peligro era un riesgo que no se debía minimizar. Las jóvenes atraían a las desgracias como culo de vaca a las moscas.

—Esta vez lo habéis hecho enfadar, y de verdad.

Gadea entró sonriente al cuarto de su hermana, y aunque al principio la presencia de Blanca la morisca la inquietó, al momento se recuperó retomando la compostura, después de todo, ella era la dueña y señora de la casa.

—Últimamente siempre lo está —. Juana alzó los hombros recostada en el lecho.

—Dejad que adivine, ¿otra carta? —La sonrisa brotó al instante y Gadea sonrió con ella.

Entusiasmada acercó la silla junto a la cama esperando que Juana contase. Puede que estuviese casada y esperando un niño, pero ella no era más que otra joven deseosa de una historia de amor. Una de princesas, brujas malas y príncipes tan apuestos como su Judá.

Blanca la morisca, continuó machacando las hierbas en el mortero, atenta a la conversación ocultando reconocer que ella también deseaba escuchar historias de caballeros enamorados. Juana extrajo de debajo de la almohada un papel y comenzó la lectura ante una Gadea expectante y una disimulada, pero muy interesada, curandera.

—Vuestra mirada se despierta en mis recuerdos y me pregunto cuándo será el día en que os vuelva a ver. En el silencio de un hombre atormentado, ruego al señor el milagro de volveros a ver. Mi señora, he aquí un corazón amarrado que espera en vuestras dulces caricias, el final de tanta desolación. Suplicando al buen Dios, y a vuestro delicado amor, que se apiaden de mí, espero siempre por vos.

Las tres suspiraron con ojos de cabrito recién nacido cuando, el golpe de un metal contra la pared y nuevamente un segundo portazo, las despertó de las ensoñaciones con caballeros enamorados. Gonzalo, quien pareció haber regresado por el estoque olvidado, marchó con los humores aún peores que antes. Las mujeres esperaron a comprobar que no regresaba cuando al fin pudieron estallar en carcajadas.

—No comprendo, se comporta como un padre celoso. ¿Qué daño pueden producir unas cartas?

Gadea no supo qué responder y Blanca se limitó a aplicar el ungüento en las heridas, que después de un par de semanas, mejoraban notoriamente.

—¿Todo bien? —La pregunta sorprendió a la enmudecida curandera.

—La herida cicatriza bien. En un par de días seguramente pueda intentar caminar pasos cortos.

Gadea observó a la muchacha sabiendo que el tiempo de enfrentamientos había llegado. Esperó a que terminase el trabajo de vendajes preparándose para el gran combate. Cuando las curas se acabaron, y la joven comenzó a guardar sus instrumentos en la cesta,

fue cuando aprovechó la oportunidad. La morisca, quien no era ninguna tonta, se anticipó al ataque, y sin mirarla a los ojos, aclaró con tono avergonzado.

—No debéis preocuparos. Vuestra hermana se encuentra mejor y la monja podrá continuar con las curas. No regresaré a vuestro hogar.

—No recuerdo haberos echado.

—No necesito escuchar las palabras para saber lo que pensáis de mí.

—Puede que poseáis razón, pero he cambiado de parecer.

—Mi señora, me confundís.

—¿Ahora soy señora? Hace sólo unas semanas era Gadea.

La muchacha dejó caer los hombros apesadumbrada. Cómo explicar, a quién consideraba la mejor de las mujeres, que amaba a su marido al punto de querer arrebatárselo en su propio lecho con ella dormida delante.

—Vos no lo comprendéis…

—¿Que amáis a mi esposo y que intentáis recuperarlo? Os escuché. Puede que aquella noche no estuviese tan dormida después de todo.

—Gadea… —Juana quiso interrumpir lo que pensaba sería una pelea de gatas, pero su hermana mayor alzó la mano en señal de silencio.

—Entonces sabréis que me rechazó. No tenéis nada que temer.

—No lo hago. Mi seguridad proviene de Judá y no de vos. No es de mi marido de quien deseo hablar sino de vuestro sentir —. La calma que llevaba en la voz le sorprendió hasta a ella misma.

Con paso lento se acercó, y al verla con la cabeza gacha y ocultando las lágrimas, se compadeció de quién estaba segura de que debería odiar. La morisca amaba al joven desde su niñez. El llanto le bañaba el rostro y en ese momento comprendió el profundo dolor de la muchacha. Si ella perdiese el amor de Judá no poseería fuerzas para continuar. Con honda pena, y en pleno acto reflejo, acercó las manos al vientre para acariciar a quien ya sentía como el fruto de un amor verdadero. Ambas, mujeres sin decisión, no eran más que el fruto de un azar que sólo en los cielos se jugaba. Piezas de ajedrez incapaces de marcar su propio destino. El amor afianzaba su matrimonio, pero ese mismo amor desangraba a una muchacha que creyó poseer lo que no poseía.

—No os culpo por intentarlo. No soy capaz de juzgar por aquella piedra que yo misma hubiese arrojado, pero Blanca, es mi deber preguntaros y espero total sinceridad, ¿volveréis a intentarlo?

—No —dijo convencida y con la frente en alto a pesar de las intensas lágrimas—. Os lo juro. He sufrido demasiadas veces su

rechazo. Lo amé, pero no puedo escucharle decir nuevamente cuanto os ama. Ya no puedo…

—¿Y mi amistad, Blanca? ¿También rechazaréis mi amistad?

Gadea le acarició el hombro y la morisca lloró como manantial descontrolado.

—Señora, yo… le propuse que os abandonara… yo lo quería nuevamente a mi lado —dijo confesándose indigna de semejante propuesta.

—He dicho que os escuché y también he dicho que no puedo juzgar a quien propuso lo que yo misma en su lugar propondría. Ahora os vuelvo a preguntar nuevamente, Blanca la morisca, curandera y aprendiz del alquimista, ¿seréis una de mis amigas cofrades?

—No os comprendo —. Contestó atragantada por las lágrimas.

—Puedo que vos a mí no, pero yo a vos sí. Nos necesitamos y no veo en vuestro corazón mayor maldad que la de un amor no correspondido. Cuando mi matrimonio fue negociado nunca creí encontrarme enamorada e imagino que a él le sucedió lo mismo. El amor nos llega sin ser comprado. Somos responsables de como actuamos, pero no de como sentimos.

La morisca lloraba sin parar, pero con la frente en alto, la miró a los ojos. Gadea llevaba razón, ella se merecía algo más que las mentiras de un hombre que jamás la quiso.

—¿Cuántas vidas necesitaré para merecer vuestro perdón?

—No recéis por ello. Ya lo poseéis. De aquí en más que nuestra amistad sea más fuerte que ninguna locura de amor.

—Mi señora, vuestro esposo ya no representa gloria alguna para mí.

—Entonces creo que podéis llamarme Gadea nuevamente, ¿no lo creéis así?

La morisca asintió secándose el rostro con la mano ante una Gadea que intentaba no llorar y una Juana que cerraba los ojos orgullosa. Su hermana demostraba una altura tan majestuosa como la bondad en su corazón.

—¿Y entonces el beaterio funciona bien? —Juana carraspeó intentando que no se notase su emoción atragantada en la garganta.

Ambas mujeres recobraron la compostura, pero, aunque con la garganta anudada, Blanca igual contestó.

—La verdad es que tenemos algunos problemillas, pero no debéis preocuparos. Ahora debéis recuperaros.

—¿Queréis decir que otros maridos os han atacado?

—No —. Gadea contestó tajante al recordar al cerdo inmundo que atacó a su hermana y asesinó a su propia esposa. El desquiciado rompió las puertas de La Blanca y se llevó a la niña ante unas mujeres

que nada pudieron hacer por detenerlo. Judá mandó reconstruir las puertas con la más dura de las maderas y el cerraje más fuerte que existía en la ciudad, pero así y todo no sabía cuántos esposos despechados podrían volver a intentar semejante bajeza.

—¿Entonces cuál es el problema?

Gadea se sentó un poco cansada. El embarazo parecía provocar sueño en momentos insospechados.

—Son voluntariosas y ponen interés, pero el arte de la sanación lleva tiempo y ahora ya son quince mujeres las alojadas en la iglesia —dijo sin poder ocultar un intenso bostezo—. Quince mujeres pobres, no tenemos dinero para darles alimentos. El padre Diego y yo hemos recaudado algo, pero no es suficiente, y si a ello le sumamos el tema de los niños, entonces la situación se complica.

—¿Niños?

—Sí, algo pasa en las calles. Lo único que sé es que temen al hombre de negro y huyen asustados. Abandonados y huérfanos, ¿qué otra cosa podía hacer?

Juana asintió mientras Blanca preguntó curiosa.

—¿Y las comidas?

—Robo en la despensa, pero dudo mucho que mi marido me permita seguir por más tiempo.

—¿Lo sabe? —Preguntó la morisca sin dar crédito. Sin duda ese no era el converso que ella conoció una vez.

—Nada en esta casa se le escapa, por supuesto que lo sabe, pero lo más preocupante es saber cuando me pondrá un cerrojo en la cocina. Necesitamos recaudar dinero y pronto.

—Puede que yo sepa como.

Amice habló segura mientras entraba acompañada de su inseparable Beatriz. La mujer dejó caer al suelo una cesta pesada, y el velo se le movió de lado, dejándola medio ciega, pero ello no le resultó impedimento para continuar parloteando.

—Dejádmelo a mí. Tengo una idea.

Las mujeres se miraron y gritaron.

—¡No!

—Señoras confiad en mí, que soy monja.

Las mujeres se carcajearon al unísono menos Beatriz, que, mirando al cielo, prefirió ponerse a rezar.

El mercado

—No deberías estar aquí —. Gadea habló a Juana mientras exponía las telas sobre el tablón de madera.

—Ninguna deberíamos estar aquí —esta vez fue Beatriz, que acomodando en el extremo contrario de la mesa los panes, se quejó apesadumbrada. Las amigas sonrieron al verla refunfuñar continuamente, pero como toda una profesional en el arte de las tiendas, acomodaba las hogazas como si del mejor mercado se tratase.

—¡Panes! Los mejores panes —gritó la monja con ahínco y empujando con el hombro a Gadea para que la siguiese —. Por los niños señora mía... por los niños.

Con un resoplido y acomodándose la bata de criada, la joven noble gritó al otro lado del puesto llamando la atención de los futuros compradores.

—¡Telas, las mejores! Telas para la señora, telas para brillar, telas para resaltar —. Amice la miró y asintió orgullosa por la rima. Gadea continuó canturreando. Alentada por las cofrades, que sonrieron estimulantes, continuó con su ingenio en la prosa —. Venid a por una y os llevaréis dos, venid a por dos y disfrutaréis de lo mejor.

Contenta con su inventiva, volvió a mirar a las mujeres, que asintieron orgullosas de sus cantarinas dotes comerciales.

—¡Para la señora y el doncel! Que juntos podréis vencer —. Las mujeres alzaron las cejas sin comprender el significado, pero ella contestó con los hombros alzados —. La rima… la rima.

Juana, aún en condiciones poco estables, permaneció sentada, pero incentivando la conversación a las señoras, que se acercaban con interés. María la panadera, al otro extremo, vendía las grandes piezas mientras Beatriz, a su lado, se apresuraba a entregar las hogazas, previo pago a la morisca, que recaudaba y custodiaba los ingresos como el mejor de los contables.

Todas ellas vestían como campesinas, no deseaban llamar la atención, aunque la realidad fuese muy distinta. Gracias al padre Diego, y sus buenas palabras, consiguieron un sitio en la alcaicería de los paños. La tienda se encontraba junto a la sinagoga, cerca de San Pedro de las cuatro calles. Por pocas monedas, el dueño les hizo un lugar para que pudiesen ofrecer sus productos. El negocio era de los grandes, de casi veinte metros de local, y con un frente tan amplio, que representaba el sitio ideal para conseguir unas cuantas ventas. La calle, más ancha de lo habitual, permitía lucir las telas en grandes tablones y eso era aún mejor. Las lanas causaron especial interés en los compradores y Dios sabía que ellas necesitaban vender.

Era una tarde apropiada para los negocios y esos maravedíes eran tan fundamentales para el beaterio como el sol para el trigal. En

los demás conventos, las dotes entregadas por las propias mujeres valían como sustento, pero en su caso, todas eran mujeres de escasos recursos y tan abandonadas que hasta la propia suerte las rehuía. Olvidadas por las leyes, fueron recibidas por aquellas que se decían llamar las cofrades y cuyas puertas siempre estaban abiertas. Cofrades de las que comenzaban a circular rumores por toda la ciudad, llegando a oídos de quienes no se contentaban con su existencia, pero que por el momento toleraban.

Cansada de tanto grito y de no vender nada, la monja se apoyó en la mesa dispuesta a desistir, pero esta vez fue Gadea quien la alentó.

—Los niños… —Amice asintió y continuó chillando como tabernera del mesón de Román.

—¡Para los nobles de alta raza y cuyo cuello no alcanza!

—Vuestros cantos no se comprenden —chilló Juana desde la silla.

—¡Pero riman! —Contestó su hermana ofendida.

—Y qué demonios nos importa la rima. ¡No venden!

Gadea cerró las pupilas furiosa y gritó con más intensidad perdiendo todos los papeles.

—¡Paños que con maestría os cubren la barriga!

—¿Maestría con barriga? Es bueno —dijo la monja asintiendo orgullosa.

—La señora y el señor, vistiendo nuestras telas, a su cuerpo hacen honor —vociferó Juana.

Las mujeres la miraron y asintieron, ante una María que dejó de vender hogazas, para comenzar a aplaudir.

—Telas que el caballero ha de comprar, y a su novia el corazón enamorado entregar —. Gritó Gadea envuelta en victoria.

—Telas y amor, ¡qué mejor regalo de un gran señor! —Esta vez fue Beatriz, valiente, la que se lanzó consiguiendo arrancar en aplausos a las cofrades, que, de pie, la vitorearon. Venida a más la monja se arrancó por bulerías.

—Para el doncel cuya criada vio bailar y en el portal espera para…

—¡No! —Gritaron todas al unísono mientras Beatriz corrió para cubrirle los labios.

—Enamorar… para enamorar… ¿Qué pensabais que diría? —Las mujeres respiraron al unísono, y la picara monja, sonrió ocultando la mirada tras las telas.

Las horas pasaron y las mujeres se esmeraron en sus técnicas de venta. No sólo debían conseguir dinero para las mujeres sino también para los seis niños que habían aparecido de la nada. Los pequeños eran niños de la calle y no solían causar mayores problemas, pero

comían y mucho. De uno en uno aparecieron por el beaterio, agitados y con el miedo en el cuerpo, y sin saber contar exactamente lo que pasaba en las calles. La muerte los buscaba para desangrarlos como al Cristo, eran las únicas asustadas explicaciones capaces de ofrecer. Los acogieron sin saber que los dos primeros se convertirían en seis y quien sabe si aquella cifra ascendería a más.

—Panes, los mejores panes. Panes que alimentan a los curas y las damas del convento.

—¿Damas en un convento? —Preguntó Juana mientras acomodaba las telas.

—La rima —contestó María como si eso significase algo.

—Pero no rima.

—Panes para las monjas y las señoras de, ¿Toledo?

—Mejor —dijo Juana no muy convencida.

Al otro lado, otra vendedora de telas, y recelosa de las muchachas, las observaba de cerca. Esas jovencitas, a pesar de parecer más pobres que las ratas, vendían más que ella en sus mejores días. La pequeña tímida, no dejaba de entregar panes ante una mora, que astuta, no cesaba de guardar monedas en la bolsa. Estrechando la mirada como alcahueta ante una posible presa, dejó a su hija en el puesto y se cruzó para ver a aquellas que le quitaban una clientela que a ella pertenecía. Gadea distraída, sonreía ilusionada al titiritero, que, aunque de condición humilde, parecía estar interesado en dos de las más costosas telas.

—Esta parece ser tan suave como vos —dijo acercando la tela al rostro de Gadea—¿creéis que una muchacha estaría contenta con este regalo?

—Por supuesto, puede estar seguro de que a vuestra esposa le encantará —. Contestó entusiasmada por cerrar una nueva venta.

El joven con cabellos de color del fuego y ojos verdes como el mar, sonrió causando el interés en Juana que, sentada detrás de su hermana, se lamentaba por no poder ponerse en pie. Aquél titiritero hablaba como los del norte, vestía como los del norte y enloquecía a las féminas como los del norte.

—No poseo esposa, nunca he conocido el amor verdadero —. Contestó galante y con la inteligencia de quien no parecía ser la primera vez en coquetear con descaro.

Gadea, demasiado enamorada de su esposo, y con unas intenciones comerciales de lo más claras, no fue capaz de percibir siquiera que el joven la devoraba con la mirada y con las palabras.

—Pues igual a vuestra madre o hermana. Mujeres dignas de vuestro interés y de un regalo tan precioso como este. Creedme, no encontraréis mejor lana y mejor precio que este.

El titiritero estaba por lanzar sus dardos de conquista

nuevamente cuando la regordeta de la señora de enfrente lo interrumpió a empujones.

—¿De dónde habéis sacado estas telas? Son robadas —. Chilló haciendo que la mujer de al lado abriera la boca tanto que le hubiera entrado la hogaza de pan que Beatriz sacaba de la cesta.

—No son robadas —. Gadea contestó indignada.

Estuvo por contestar que eran de su marido y por tanto no eran robados, no del todo, pero prefirió callar. «Lo suyo es mío y lo nuestro mío ¿o cómo era que decía el padre Diego en Santa María la Blanca?» Daba igual, Dios estaba de acuerdo con ellas.

—Son de nuestra familia —. Contestó Juana desde su asiento.

La mujer se sonrió con maldad y miró las ropas de criadas venidas a menos y contra atacó.

—Esas telas son demasiado buenas para mujerzuelas como vosotras.

—¿A quién llamáis mujerzuelas? —La monja se preparó para pelear mientras Beatriz, con un poco de valor, pero sólo un poco, se posicionó a su lado.

—A vosotras —dijo sabiéndose con brazos y cintura mucho más anchos que las muchachitas y dispuesta a montar un escándalo.

Amice se arremangaba la túnica cuando Gadea intervino sosteniéndola por el codo.

—Os hemos dicho que son de nuestra familia y si no tenéis nada para acusarnos os ruego marchéis antes que pida que os lleven a la picota por maleante. ¿Os creéis que no he visto cómo mojáis la pimienta en agua para que pese más? —Amenazó Gadea rogando que las arcadas no regresasen justo en ese momento.

La gorda se indignó ante la acusación, pero no fue capaz de negarlo, sino que, muy por el contrario, arremetió contra María que vendía una nueva y redondeada hogaza de pan.

—Veremos quien va a la picota si yo o vuestra amiga. Estoy segura de que esos panes contienen un par de piedras dentro para parecer más pesados.

Las mujeres la miraron horrorizadas mientras María escondía la hogaza bajo la mesa. La morisca, que se dio cuenta del hecho, la interrogó con la mirada, pero la panadera apenas susurró.

—Los niños… —La curandera abrió los ojos como platos, pero sin decir palabra o terminarían todas atadas a la picota y recibiendo una ducha de frutas podridas y barro por parte de los transeúntes que allí las vieran.

—Mi delicada señora, a veces es mejor marchar en silencio y no buscar en las barbas del vecino, aquello que las nuestras no podrán negar.

El titiritero habló con ese no sé qué que enamoraba a todas,

incluido a la regordeta tendera que, aunque enfadada, no pudo resistirse a su encantadora sonrisa, y terminó cruzando hacia su puesto zanjando la pelea. O más que por encandile, porque prefería huir, antes que verse ella también en la picota con frutas y verduras podridas hasta en el ombligo.

—Os debemos la vida.

—La vida no lo creo, pero el no oler unos cuantos días a basura, eso seguro —. Contestó divertido.

Gadea respondió a su gracia con una sonrisa tranquilizadora. Esa mujer estuvo a punto de reventarles el negocio.

—Y ahora que estamos solos, ¿por qué no acercáis vuestro bello rostro a esta lana azul? Seguro resplandece frente a la palidez de vuestra piel.

Judá en la distancia abría y cerraba los ojos intentando despertar de lo que pensaba era un sueño, o una pesadilla. Aquella que parecía una campesina venida a menos, ¿era su esposa? ¿y quién demonios era el tipo que acercaba las telas al rostro de su mujer? ¿Y por qué esas telas le resultaban tan familiares?

Azraq no pudo más que divertirse con la situación tan ridícula. Las mujeres lucían como una mezcla de criadas y camareras de taberna de la Malaguita, chillaban como verduleras y los compradores no cesaban de acercárseles interesados. Tal vez porque eran diferentes, tal vez porque eran mujeres solas, tal vez porque… ¡Tabán! Astagfirullah. El morisco no dejó de maldecir y aclamar a Dios por todo lo alto, al reconocer a su hermana, entre aquellas desquiciadas. La sonrisa se le borró del rostro y acompañó con grandes pasos a su amigo que se encaminaba directo hacia su mujer. Maldiciendo nuevamente esperaba que el muchacho de alegre sonrisa huyese antes que el converso lo pasase a cuchillo.

Beltrán, quien no tenía apuro en llegar, caminó por detrás riendo a carcajadas. La mujer de su primo pertenecía a una especie que no era de este mundo. ¿Demasiado inteligente? Puede, aunque todos sabían que la mujer nació de una costilla de un hombre, y como tal era un ser incompleto, en fin, fuese lo que fuese, caminó divertido. Por unos momentos disfrutaría de un momento de relajación en su larga lista de problemas.

—El azul es vuestro color. Resalta la hermosa piel blanca e inmaculada de ese delicado rostro que poseéis.

—¿Y cuál creéis que es el mío?

Gadea cerró los ojos al ver y oír a su esposo que, tras el titiritero, la miraba sin pestañear.

—Exijo rectifiquéis o me veré obligado a …

—Muchacho, será mejor que marchéis mientras tengáis tiempo para correr. Os garantizo que mi amigo celoso no es hombre de razonar.

El titiritero miró los tendones del cuello de Judá contraerse e hizo una reverencia con rapidez y desapareciendo tan rápido como la frescura en agosto.

—Os lo ruego…

—Id con vuestra hermana —sentenció mortal y sin apartar la mirada de Gadea que se refugiaba tras la mesa.

Azraq asintió sabiendo que nada podía hacer por la muchacha, se lo había ganado. Juana, quien intentó levantarse para defenderla, se vio alzada en volandas por Gonzalo, que apareció por allí como si de un duende se tratase con la misma furia que su señor. Juana intentó defenderse, pero el caballero la fulminó con la mirada mientras la transportaba a la carreta que abandonaron cuando Judá, saltando enloquecido al verlas, había olvidado antes junto a la calle de la sinagoga.

—¿Por qué? —Judá se preguntaba como un loco una y otra vez mientras acariciaba lentamente las lanas que reconoció a la perfección —. ¿Por qué? —Esta vez el tono se hizo más intenso y Gadea tragó saliva. El resto de las mujeres marcharon con los pocos panes que les quedaban y mirándola preocupadas se persignaron, pero ella les hizo gesto para que marchasen tranquilas. Este era su problema —. ¡Por qué!

Si no estuviese tan asustada habría contestado a la pregunta, pero a decir verdad tampoco lo comprendía muy bien. ¿por qué su esposo no dejaba de decir esas palabras una y otra vez? ¿sería que había enloquecido?

—Yo…

Judá se acercó tan rápido como una liebre y sujetándola por el codo la llevó al fondo de la tienda y la hizo subir las escaleras hacia la vivienda. El dueño de la tienda quiso protestar, pero la mirada del converso le demostró que era mejor quedarse callado.

—No podemos, las telas…

Como si fuese el dueño de la casa, Judá cerró la puerta trabándola con su propio cuerpo, mientras preguntaba nuevamente ¿por qué? ¿por qué?

—¿Esposo? ¿Judá?

El hombre sólo era capaz de repetir como demente y sollozando una y otra vez la misma frase.

—¿Por qué a mí? ¿Por qué?

Gadea se apoyó en la pared mirándose las manos y esperando a que su marido saliese del bucle. En fin, hombres… seres difíciles de entender.

No puede ser

Gonzalo la cargó sin la menor de las delicadezas. La furia lo dominaba. Intentó comprenderla, pero le resultó imposible. Con la rabia bulléndole la sangre, la subió al carro y la transportó hacia la casa sin contestar ni una sola vez a las millones de sandeces que la muchacha le arrojaba por la boca. Un par de rugidos al caballo y su destino se encontró delante. Sin ningún permiso la volvió a sujetar por debajo de las rodillas para alzarla en volandas, y ajustándola por la cintura, la extrajo de la carreta llevándola directo al cuarto. Era tan pequeña y frágil que, al sentirla pegada al torso, su cuerpo reaccionó de una forma que lo hizo enfurecer aún más. Aquella imagen, él entrando con ella en brazos, le recordó el día en que la trajo casi muerta y cubierta de sangre. ¡Por amor al cielo! ¿Las Ayala no sabían de consciencia?

Caminó despacio para no lastimarla. No podía dejar de pensar en ese momento que a punto estuvo de perderla. La sensación de vacío al sentir como lo abandonaba para siempre le resultaba asfixiante. Nunca nada fue más interminable que el camino de regreso con su vida pendiente de un respiro. Corrió cuesta arriba desfalleciente de desesperación. El miedo aún le erizaba la piel al recordar la imagen de un vientre, que parecía más un conejo abierto, que una preciosa joven cargada de esperanzas. Las botas desgastadas aun rememoraban la patada que dio a la puerta de entrada para que se abriese. Cuando medio muerta, la depositó en la mesa, las piernas le temblaron y si no cayó al suelo fue gracias al sostén del padre de Judá, que atento como siempre, lo apuntaló como poste. Tres fueron las noches que pasó junto a su lecho sin moverse. Tres funestas noches fueron las que se sintió morir a su lado. Ella siempre se creyó enamorada de él como si de un honorable caballero se tratase, ¡pero endemoniada mujer! soñaba con un príncipe de cuentos, y él, tercero de su casa, poco poseía más allá de una armadura, un estoque sin rúbrica y un crucifijo de pura plata heredada. Con delicadeza la apoyó en el lecho y cerró los ojos respirando profundo e intentando calmarse, pero al volver a abrirlos, la situación no fue a mejor. El remendado vestido, y que estaba claro no le pertenecía, le bailaba de grande. La sabandija era tan menuda como bonita, y aunque de buenas proporciones, la envejecida túnica se le escapaba por el lateral dejando ante sus ojos un hombro tan redondeado y blanco como la leche más pura. Esa que podría beberse sin desperdiciar una gota si de una mujer común se tratase, pero era Juana, una Ayala, y él… un simple De Córdoba.

—No os atreváis… —gruñó enfadado y frustrado. Sus pensamientos pasaban de la furia a la lujuria sin coherencia ninguna ante una Juana que, sin obedecer, se puso en pie.

—No sois nadie para prohibirme nada. Y ahora, si me lo permitís…

La pequeña sabandija intentaba abandonar el cuarto y él se preguntó si estaba loca o era demasiado lista.

—Volved a la cama u os juro que…

—¿Que qué? —Contestó envalentonada y enfrentándola con el ceño fruncido, pero Gonzalo se encontraba demasiado ocupado intentando recuperar la furia de minutos atrás. El dichoso escote no cesaba de moverse mostrándole el precioso hombro —. ¡No me asustáis, De Córdoba! —La sonrisa del él la hizo sentirse una estúpida. Se encontraba de pie enfrentando a un hombre que le llevaba por lo menos dos cabezas y cuyo torso sumaba tres de los suyos —. No voy a quedarme aquí mientras mi hermana es castigada por su esposo.

Gonzalo se mordió la lengua para no pensar en el tipo de castigos que su señor propinaría a la irreverente esposa. El converso estaba furioso, pero se derretía ante la primera sonrisa de su mujer. Mejor no pensar en castigos de hombres profundamente enamorados.

—Nadie va a dañar a vuestra hermana, aunque bien merecido lo tiene. Igual que vos—. La cara de espanto de Juana fue exactamente lo que buscaba para enfriarse un poco.

—¡Estáis loco!

—No más que vos. Ahora decidme porqué estabais en el mercado antes que…

—¡Antes que qué! No sois mi esposo, no tenéis derecho para castigarme. Nada que podáis hacerme me asustará.

Contestó golpeando el pie en el suelo y él maldijo por todo lo alto. Si la muchacha seguía hablando de castigos junto a la chimenea, y con una túnica que se le resbalaba del escote, no estaba seguro de poder comportarse con honor. Puede que llevase demasiado tiempo sin mujer o que el ataque a Juana lo hubiese trastornado, pero lo cierto era que cada vez que la veía, lo alteraba de furia y deseo. Le gustaba verla enfurecer, atacarlo e incluso enfrentarlo. La mirada se le transformaba en un fuego que le gustaría apagar en otras circunstancias y en otras posiciones.

—Dejaros de tonterías y ahora decidme qué hacían allí u os juro que os encerraré en un convento.

—¿Convento?

—Convento.

—No pienso deciros nada. No sois nada de mí.

Juana habló caminando por el cuarto como mujer segura y decidida que era, y Gonzalo se apresó los puños para no sujetarla y comerse tan fervorosa mujer. Antes era una sabandija impertinente y molesta pero ahora, frente a él, era el ser más cautivante que conoció jamás. Incluso uno más que su hermana. Gadea poseía unos valores

que le gustaron siempre, pero Juana era como un pura sangre. De esas yeguas que necesitaban ser domadas por un jinete seguro y…

—… y esa fue la razón.

—¿Qué?

—He dicho que la comida de los niños... ¿No habéis escuchado nada de lo que he dicho?

«Al parecer no», pensó intentando olvidar yeguas pura sangre y estrategias eficientes en la doma.

—¿En el beaterio hay niños? ¿Desde cuándo?

—¿Seguro que estáis bien? —Preocupada acercó la mano a la frente del joven buscando razón para sus desvaríos. Puede que Gonzalo últimamente se comportase como un rey déspota pero no dejaba de ser el hombre de su vida y al que amaba con todo su corazón. No deseaba verlo enfermo. La yema de sus dedos apenas le rozaron el rostro cuando lo sintió quemar —. Estáis ardiendo —dijo preocupada.

—Estoy bien.

—¡De eso nada! Estáis ardiendo.

Ante la búsqueda de un segundo roce Gonzalo la detuvo en el aire. Sí, estaba ardiendo, pero no por las fiebres que la muchacha pensaba. Los últimos días al pensarla medio muerta fueron un infierno, pero verla despertar y recuperarse, no resultaron días mejores. Sus sentimientos bullían quemándole el alma. Desde que despertó sentía una necesidad imperiosa de abrazarla. No sabía muy bien porqué, la muchacha alentaba su lujuria, pero los abrazos, esos no eran asuntos de hombres.

—Vos sabréis si estáis enfermo o no. Ahora haced el favor de marcharos de mi cuarto. Estoy cansada.

Insatisfecho, derrotado y sin explicaciones, se giró para retirarse cuando las vio. Allí estaban, sobre la mesa. Pero esta vez eran tres. Sin pedir permiso manoteó las cartas para comenzar a leerlas. Estaba harto de suspiritos de lectura. En un principio la muchacha se quedó perpleja, pero al instante reaccionó. Gonzalo la mantuvo alejada con una mano mientras con la otra en alto, continuaba leyendo. El rostro se le transformaba ante cada renglón que conseguía leer.

Juana se separó con temor. Ese no era su Gonzalo, su caballero de resplandeciente armadura y de modales honorables. Delante suyo el hombre se transformaba en un demonio. Uno que bien podría competir con el mismo converso.

—Yo… yo…

—Quién.

—Yo…

—Dadme su nombre ahora mismo y no juguéis conmigo porque

os juro que no es el momento.

Y por supuesto que no era el momento, eso ya lo sabía ella. Nunca lo vio tan furioso. Las palabras apenas le salían.

—Desconozco quien las envía.

En dos pasos De Córdoba se posicionó frente a ella, y sujetándola por los codos, la acercó hasta el punto de que la elevó unos centímetros para enfrentarla nariz contra nariz. La respiración del hombre se le entrecortaba y el pecho le subía y bajaba como si acabase de correr la muralla al completo, y por lo menos dos veces.

—Habla de vos… de vuestro cuerpo… del sabor de vuestros labios… —Gonzalo era incapaz de hablar en una sola frase.

—¡He dicho que no lo sé! —Asustada quiso soltarse, pero Gonzalo la sujetaba con demasiada fuerza.

No lastimaba pero atemorizaba. El muchacho, al que tanto provocó en el pasado, había desaparecido dando lugar a un hombre irracional.

—Parece conoceros bien.

Frases como “la suavidad de vuestra piel” o “el calor de vuestros labios”, conseguían alterarlo de tal forma que, si no fuese por su autocontrol de caballero, en estos momentos se encontraría pateando cada maldita puerta de la ciudad.

—¡Soltadme! No tenéis derecho alguno. No sois nada mío.

Herido en el orgullo, y en la razón, la soltó sin delicadeza. Sentía la misma intensidad en asesinar al autor del empalagoso poema como la de arrancarle un beso largo y duro hasta hacerla olvidar estúpidos romances. Perturbado por lo deseado y lo debido caminó hacia la puerta desde la que habló sin girarse. No deseaba mirarla a los ojos. Lo alteraba demasiado.

—No juguéis conmigo.

—¿Juego? — «¿Pero de qué juego habla?»

Inocentes

Beltrán se dejó conducir por los estrechos pasillos con olor a humedad mientras intentaba reconocer el sitio. Con las manos atadas a la espalda por una áspera cuerda, unas cadenas en los tobillos y los ojos tapados con una gruesa tela, poco más podía hacer. En la oscuridad propia de los ciegos creyó pisar algo parecido a piedras redondeadas, esas como las que se encontraban en las cuevas en las que solían jugar con su primo cuando críos. Toledo poseía muchas cuevas y muchas fueron las veces en las que Judá y él acudieron buscando aventuras. Cerca de la casa del marqués de Villena existía su preferida. De niños allí pasaron momentos felices, y con el tiempo, acudieron cuando la necesidad así lo requirió. Intentos por salvar la vida después de una disputa de cartas, confabulaciones políticas, una muchacha con intereses curiosos, todos siempre resultaron ser motivos importantes por los cuales regresar.

Simulando un tropezón, se dejó caer de lado para chocar con una pared de piedra algo húmeda. Con los dedos acarició la pared terminando de comprobar sus sospechas, era una de sus antiguas cuevas. Cerca de las pascuas judías como se encontraban, el clima comenzaba a calentar por el día y sólo las cuevas conservaban ese deje a humedad y olor a tierra secándose. El hongo pegajoso incrustado en las paredes, y cuyo trozo aún conservaba entre los dedos, no dejaba lugar a dudas, era una, ¿pero cuál? Su padre hablaba con otro hombre al que no llegaba a reconocer, y aunque estaba más que molesto por su falta de confianza, decidió seguir con la patraña hasta ver por donde marchaban los senderos. Si su progenitor ocultaba el destino del viaje a su propio hijo, eso significaba algo muy, pero muy malo.

Al parecer llegaron a destino o por lo menos eso pareció porque chocó de frente con un tío de anchas espaldas y olor a vino rancio, que lo inmovilizó en el sitio. El filo de una navaja le liberó las muñecas y se las masajeó antes de quitarse la venda del rostro. Varias veces abrió los ojos para acostumbrarse a la semioscuridad e intentar observar algo de lo que allí pasaba. Por más que estudió al detalle no fue capaz de descifrar los hechos. La cueva se ensanchaba justo delante como si de una pequeña sala se tratase. Al final varios senderos parecían ser el destino de diferentes caminos. Las cuevas poseían ese secreto único. Podía ser fácil conseguir entrar, pero no siempre se poseía la misma suerte para salir.

Cientos de velas encendidas, y apoyadas sobre pequeñas repisas naturales de piedra, daban la idea de una especie de celebración. Unos hombres, no más de diez, y entre los que creyó reconocer a algunos miembros de la selectiva nobleza de Toledo, conversaban entre ellos en urdidos murmullos a una distancia bastante cercana. Entre ellos se

encontraba su padre, que con sonrisa lobuna e intentando formar parte de una clase que no lo aceptaba, se mezclaba como de un igual se tratase. El progenitor lo miró en la distancia, pero no se acercó. Se midieron precavidos sin esperar nada el uno del otro. Deseaba comprender que se cocía en la oscura cueva, y puede que su padre, intentase comprobar que su fidelidad estaba por encima de la lealtad a su primo, fuese lo que fuese, no se movería de allí hasta saber qué diantres estaba pasando. Y el motivo de su intriga no se hizo esperar.

Un grandullón todo vestido de negro y con un gran bonete se acercó con un niño que apenas levantaba del suelo. Quizás seis, quizás cuatro, quién sabía exactamente los años que tenía, lo cierto es que distaba mucho de alcanzar la pubertad, y seguramente por su estado, jamás la alcanzaría. Empujado por la fuerte mano del grandullón que lo tironeaba, los pies desnudos del pequeño se arrastraban por las frías piedras dejando una línea fina de sangre al pasar. El pobre cuerpo ya casi no sangraba. Apenas cubierto con harapos sucios y andrajosos, no era capaz ni de suplicar. Las fuerzas le habían abandonado. Aquellos desgraciados lo habían torturado hasta el agotamiento. Dispuesto a llevarse a todos por delante o morir en el intento, se movió para ir en su ayuda cuando sintió dos puñales presionándole amenazantes. Uno por la espalda y otro por las costillas y que le pincharon advirtiéndole de sus actos y las consecuencias.

—Que el infierno nos queme a todos… —Murmuró entre dientes al saber que prefería morir luchando.

Una de sus manos se giró para sujetar al grandullón del lateral sabiendo que la puñalada trasera sería inevitable, pero no le importó. Se movió con rapidez para enfrentarlo cuando el frío de las cadenas que rodeaban sus tobillos le recordó la posición indefensa en la que se encontraba.

—¡Padre! —Gritó buscando en el progenitor algo de ayuda, pero el hombre no sólo no lo miró, sino que intencionadamente lo ignoró —. Malditos desgraciados, por amor al cielo, no podéis permitir algo así. ¡Dios jamás perdonará semejante atropello! —Chilló con todas sus fuerzas esperando conseguir con compasión lo que la razón jamás conseguiría.

—Beltrán Santa María, dejad de decir sandeces, Cristo espera que realicemos justicia contra el hereje.

—¡Es un maldito niño! —Replicó al calvo asqueroso mientras era enviado contra la fría pared de un golpe certero en el estómago, que lo dobló en dos —. Es un niño… —repitió pensando que el pequeño no podía ser hereje de nada.

—Dios sabrá recompensarnos. El sacrificado nos representa a todos.

Beltrán tomaba aire intentando incorporarse del fuerte golpe en

el centro de su ser. ¿Si el pequeño no era el hereje entonces quién lo era? ¿y por qué demonios lo subían a un pedestal como si de un sacrificio bárbaro se tratase? ¿y la corona de espinas?

Las voces se acallaron, cuando entrando por uno de los senderos laterales, el párroco y su fiel perro jorobado, se acercaron al altar. El sacerdote lucía negras vestiduras y caminaba con dificultad. Con mirada de odio inyectado en sangre esperó unos interminables minutos antes de aclamar en alto.

—Atadlo al poste y colgarlo boca abajo.

Los dos que parecían criados, asintieron y procedieron a sujetarlo por los hombros uniendo sus pies en una improvisada cruz de madera. Los hombres presentes como público asentían como si aquello fuese lo planeado mientras él buscaba nervioso algo con lo que poder liberarse de las cadenas que como a mula le apresaban los pies.

—¡Bastardos mal nacidos! ¡Qué ganaréis con semejante atropello! Es sólo un niño —. Si no podía luchar quizás pudiese ganar tiempo o algo, se dijo sintiéndose el más inútil de los mortales.

El párroco, que hasta ahora seguía de cerca la actividad de los criados en la sujeción del pequeño, alzó la barbilla para recriminarle con la mirada.

—Vos sois parte de la culpa. Permitid que seamos nosotros quienes encaucemos lo que de Dios nunca debió salir.

—Maldito perro, me insultáis sabiéndome encadenado. ¡Soltadme y acusadme como hombre y no como una rata!

—¡Ya basta! —Su padre alzó la voz y se acercó a su lado prestándole atención por primera vez —. Mi hijo no es vuestro enemigo. Los Santa María comprendemos la necesidad de un sacrificio.

—¿Padre, de qué habláis…? —Beltrán sintió que la cabeza le estallaría entre la furia y la impotencia.

—Hijo —dijo acercándose y sujetando su hombro con fuerza como si de un simple muchacho se tratase—pronto se celebrará la pascua judía —. Beltrán negó con la cabeza pensando que se había vuelto estúpido en ese mismo instante. La cicatriz le latía con la misma intensidad que la furia le corría por las venas.

—¿Y qué tiene que ver con esta semejante atrocidad? —Dijo al ver al niño crucificado boca abajo en un altar de ritual pagano.

—Libelo de sangre —. Contestó el progenitor como si aquella frase lo resumiese todo.

—Eso… eso no existe…

Beltrán enloquecía ante la locura de aquello. Los judíos llevaban años siendo acusados de asesinatos a niños. Se los llamaba libelos de sangre porque se los acusaba de recrear la crucifixión de

Cristo, en almas de inocentes cristianos, a los que se les hacía justicia por propia mano. Los pequeños, después de sufrir intensas torturas, eran atados en una cruz y boca abajo para culminar el final de sus días clavándole una lanza en el corazón. La sangre, según decían los acusadores, se utilizaba para la creación de los panes de Pascua.

—Nadie creerá semejante locura…

—En La Guardia, muy cerca de aquí, ya han sucedido casos similares —dijo uno de esos con vestimentas tan ricas como el ancho de su cintura.

—¡Yo no veo a ningún judío!

—Pues yo creo reconocer a uno —. El párroco se acercó con su fiel jorobado que sonreía con la maldad en los colmillos.

—Aquí todos somos iguales —dijo su padre intentando reafirmar una posición que seguramente ni él mismo se creía.

—Los judíos no asesinan ni beben sangre ni la utilizan para la cocina. Sus leyes se lo prohíben. Nadie creerá semejante estupidez —. Aclamó furioso y desesperado.

—En Zaragoza han quemado a tres judíos confesos.

Beltrán cerró los ojos imaginando como sería el proceso de interrogación como para que aquellos infelices confesaran. A veces la muerte resultaba ser la más leve de las torturas.

—Alfonso El Sabio los aceptó en Toledo. Llevan años ocultando su herejía. No hacemos más que adelantar el proceso.

Esa voz, dijo Beltrán al ver como un enemigo de su primo asomaba el rostro de entre el grupo mostrando su verdadera identidad.

—Vos… —Julián, antiguo amor de Gadea, lucía radiante. El hombre movió la barbilla en un perfecto saludo de esos enseñados en cuna de nobles.

—¿Qué esperáis con esto? ¿Justicia, poder?

—Ambos —. Contestó causando la sonrisa de los asistentes.

—Terminemos de una vez. Esos judíos serán acusados.

—Ya casi no quedan —. Respondió Beltrán agotado y apresado por la espalda.

—Entonces serán los nuevos cristianos. Aquellos que disfracen la herejía con túnicas de falsa cristiandad.

Su padre asintió y se marchó con el párroco que, alzando la mano, daba orden de clavar la pica mortal en el centro del inocente corazón.

Beltrán quiso gritar y correr, pero ninguna de las dos acciones le fueron posibles. Un golpe de lleno por detrás lo desmayaron, no sin antes pensar. «Nuevos cristianos… padre… nosotros somos nuevos cristianos… nosotros seremos los siguientes... nosotros…»

Con un fuerte mareo abrió los ojos en su lecho y agradeció al cielo el solo haber soñado la peor de sus pesadillas. Intentó ponerse en pie, pero el intenso dolor de cabeza le hizo acercar la mano para comprobar un bulto redondo y duro justo en la base del cráneo.

—Padre, ¿qué habéis hecho? — Se dijo entendiendo que no fue un sueño y anticipando el infierno que pronto se desataría por las estrechas y empinadas callejuelas de Toledo.

—Por fin os encuentro —Judá entró en su cuarto sin llamar, sonriente, mientras le echaba una capa en el rostro —. Veo que anoche os pasasteis con el vino. Vamos, intentad poneros de pie que nos espera un día muy largo.

Sin hablar se sentó en la cama y como pudo se cambió la camisa y calzó las botas.

—¿Qué es eso tan urgente y que no puede esperar? —Preguntó intentando que las palabras no le retumbasen en el cerebro.

—Los niños desaparecidos, creo tener una pista.

Beltrán se petrificó en el sitio.

—Un poco de caldo —. Dijo el capitán entrando sin llamar—. No es muy bueno, pero las mantendrá vivas.

La sonrisa del hombre era tan masculina y atractiva, que la pobrecilla no pudo más que agradecer y esconder el profundo sonrojo de sus mejillas.

—¿Aún no ha despertado?

La voz preocupada de Julián al acercarse y depositar el cuenco en la mesa, la hizo soñar con capitanes de fuerte coraje y noble corazón. Un pequeño suspiro impertinente se le escapó de la garganta, pero rápidamente lo disimulo con una profunda carraspera.

—Debéis comer algo o enfermaréis. Lleváis días sin salir de este cuarto. Vuestra abuela no tiene fiebre, no es necesario permanecer como un soldado a su lado.

—Ella lo haría por mí —. Contestó orgullosa de su abuela.

El hombre negó con el rostro lo que hizo pensar mal a la joven.

—Anoche dijo unas palabras, pero volvió a dormirse. En cuanto despierte estoy segura de que podremos irnos.

—¿Iros?

—Me refiero al camarote. Eres muy amable, pero…

El capitán negó mal humorado y se marchó dando un fuerte golpe de puerta. Se había molestado ¿pero por qué?

—Constanza.

—¡Abuela!

La voz seca de la amada anciana y la inmensa alegría que la invadieron la hicieron lanzarse a sus brazos y olvidarse del capitán y sus extrañas reacciones.

Lodazales

Gonzalo era conocer de sus estupideces, pero imposible era contenerse. Escondido tras el frondoso árbol del jardín, espiaba la imagen de Juana sin ser descubierto. La muchacha caminaba en una nube de sonrisas leyendo una de esas estúpidas cartas mientras él bullía por asesinar al imprudente enamorado. Las notitas de tan irreverente caballero lo ponía más furioso que todos los infieles de Granada juntos.

La ilusa mujercita, releía entusiasmada, sin saber el veneno que a él le laceraba las entrañas. No era posible. No podía estar enamorada de quién supuestamente no conocía ¿o es que estaba mintiendo y sí conocía a tan imbécil pretendiente? Un día y otro preguntó sobre el estúpido escritor pero la joven no soltó aclaración ninguna. Endemoniada muchacha, seguro deseaba verlo sufrir. Las tripas le crujían de sólo imaginarla en brazos de ese hijo de la grandísima perra. Juana, muchacha de noble cuna, debía ser respetada y no insultada con cartas indecorosas. Las jóvenes bien aprendidas en las leyes del señor no alentaban a hombres faltos de respeto, honor, valor, indecentes, desgraciados, mal nacidos, asquerosos hijo de…

—¡De Córdoba! —el grito del converso lo hicieron maldecir.

—Vuestra merced —dijo por decir e intentando disimular, algo que parecía ser bastante divertido, dada la sonrisa profunda del converso.

—De Córdoba, dejad de apuñalarme con esa mirada o tendré que responder con mi acero.

El moro de ojos tan azules como el más azul de los cielos, y que acompañaba de cerca a su amigo, no ocultaba la jocosa sonrisa. «El reino estaría mejor sin dos conversos menos», pensó el imprudente Gonzalo al sentirse descubierto.

—¿Alguna novedad?

—¿Perseguir a la muchacha como perro en celo lo sería? —Azraq terminó la frase con una carcajada áspera y ronca como toda su presencia.

Rascándose el cuello para no reírse y hacer más leña del árbol caído, Judá carraspeó intentando encontrar una seriedad que se hallaba ausente. Resultaba increíble, pero desde la llegada de su esposa y su dichosa banda de cofrades, la sonrisa le acompañaba más veces de las esperadas. Buscando la compostura digna de un señor, cruzó las manos tras la espalda e increpó a De Córdoba con la mirada. No toleraría que golpease en los huevos al moro, por más merecido que se lo tuviese.

—¿Sabemos quién es el autor de las dichosas cartas? —Gonzalo

negó con el rostro tan endurecido como el mordisco de su propia dentadura —. ¿Creéis que debo preocuparme?

—No sabría decirlo. Recibe casi una a diario —dijo intentando ocultar los celos que le carcomían la razón.

—Demasiadas para un simple muchacho enamorado… —Judá comentó mientras rascándose la barba recortada casi al cero, observó a la joven sentarse en un banco bajo la sombra de un olivo, al otro lado del jardín.

—¿Qué de malo puede existir en dulces palabras de enamorado? —Azraq contestó despreocupado ante un Gonzalo, que, al escuchar la palabra enamorado, se retorció en su propia ponzoña.

—No estoy seguro. De Córdoba, seréis mis ojos allí donde yo no llegue. Sed la sombra de la muchacha, no deseo que su falta de responsabilidad preocupe a mi esposa. Ahora más que nunca Gadea necesita tranquilidad.

Los ojos del converso brillaron al pensar en su futuro hijo y los presentes sintieron cierta envidia.

—Sea —. De Córdoba respondió con premura, pero la mirada de su señor se encontró perdida en la nueva figura que se acercaba a Juana. Gadea, sonriente como mil amaneceres, lo saludó en la distancia y él se perdió en ella el tiempo suficiente para que el silencio se instalase entre los tres.

—Preparaos para acompañarlas.

—Pero vuestra merced, ellas no van a… —Gonzalo se silenció al ver a las muchachas moverse con discreción y disimulo hacia la puerta. Negando con el rostro se acomodó el estoque, recogió su capa del suelo y se dispuso a marchar tras las huidizas mujeres.

—¿Cómo lo habéis sabido? —Azraq se sonrió al ver la actitud de las mujeres en disimulada huida.

—Querido amigo, a más tiempo casado llevo, más me pregunto si sólo es la mía o si todas son así.

—¿Así?

—Astutas como serpientes, inteligentes como lobos y rápidas como liebres.

La mirada del converso se estrechó al verlas marchar. No parecía divertido y el amigo se quedó pensando. No, todas no eran así. Él mismo estuvo enamorado pero su difunta mujer no poseía ni la mitad de carácter del que poseía Gadea. Ella era única, fuerte, valiente y con el corazón cargado de esperanzas. Cualidades que por cierto él no debería estar analizando.

—¿Chismorreando sobre mujeres? —Preguntó Beltrán pisando el jardín en su búsqueda.

—Mejor que en desaparecidos —. Azraq contestó con aspereza. Beltrán poseía algo que no le gustaba. Puede que su sonrisa fuese

eternamente divertida pero su cuerpo no demostraba aquello que sus labios ocultaban.

—¿Sabéis algo? —Judá olvidaba la huida de las mujeres y el seguimiento directo de Gonzalo para centrarse en su primo.

—No ¿y vos?

—Nada.

El día anterior se presentó en el sitio en el que encontrarían a los responsables de los asesinatos, pero allí no se encontraba ninguna de las ratas buscadas. Sólo consiguió perder una pequeña bolsa de monedas por información falsa. Aquellos desgraciados o le engañaron o bien les advirtieron. Fuese lo que fuese, cuando Beltrán y él llegaron, no quedaban ni los rastros ni el polvo de aquellos malnacidos.

—Nada—. Beltrán ocultó la mirada tras un mordisco de una roja manzana. Puede que fuese buen mentiroso, pero el instinto de su primo era aún mayor.

Cuando las preguntas luchaban por salirse de la garganta del converso, los hombres fueron interrumpidos por un Haym que se acercó desencajado.

—Padre, ¿qué sucede? —La intranquilidad escapaba de los nervios alterados del hombre que resopló en alto al alcanzar a los jóvenes.

—Otro.

— ¡Tabán! Astagfirullah —. Insultó el moro sin la menor de las discreciones.

—¿Por qué debería preocuparnos éste en especial?

—Los otros no fueron torturados como este. Lo hallaron en las huertas, más allá de las murallas, crucificado y desangrado por el pique de una lanza en pleno corazón.

—Crucificado… —susurró Judá mientras maldecía sin mirar a nadie.

—No comprendo —. Azraq observó esperando explicación y molesto por ser un simple hombre de campo —. ¿Qué sucede con la crucifixión? ¿Por qué esa muerte lo hace diferente?

—Intentan inculparnos de forma directa—. Contestó Judá con seriedad.

—¿A quienes? —Volvió a increpar.

—A los herejes —. Haym asintió al comprender la conclusión de su astuto hijo.

Quiso comentar los planes o ideas o lo que fuese que se le ocurriese con tal de detener la revuelta que pronto se produciría en Toledo, pero Judá sacó del bolsillo su dura y fuerte cinta de cuero para atarse el cabello. Azraq al verlo se puso firme y listo para acompañarlo. Fuese lo que fuese, aquello que su amigo planeara, la

lucha era inminente.

—Hijo…

—No padre, hemos permitido que ese hijo de puta sodomita camine por las calles libre de todo mal. Es el momento que reciba mi visita.

—No tenemos pruebas…

—No las necesito.

Judá salió a toda marcha rumbo al establo, acompañado de su fiel amigo el morisco y un aletargado Beltrán. Haym, que nada pudo hacer para detenerlo, se los quedó mirando. Su hijo llevaba razón y Dios sabía que deseaba ver a esa rata desangrada y muerta.

—Os lo diré por última vez, decidme quién está detrás de los asesinatos o vos seréis el siguiente.

El cura que, sentado en el escritorio, no hizo ni el intento de levantarse, lo apuntó con el mismo odio en los ojos que el propio Lucifer. El jorobado, pendiente y al resguardo de su señor, quiso intervenir, pero bastó un puntapié del inmenso moro para dejarlo tirado en el suelo como a una araña pisada.

—No sé de lo que estáis hablando. Marcharos de aquí mientras podáis contarlo —. Las manos del cura se movieron en alto un poco nerviosas.

—¿Vais a detenerme? Señoría no me lo pongáis tan fácil. Creedme cuando os digo lo mucho que lo deseo.

El sacerdote decidió no levantarse. Deseaba la venganza más que el mismo cielo, pero permaneció sentado. Un enfrentamiento directo con el converso no significaba una oportunidad sino un suicidio. El hereje debería ser quemado y achicharrado, pero bajo las leyes de la justicia ordinaria o él sería el siguiente.

—Lo que os pase a vos y a los como vos no me incumbe. Moriréis bajo el fuego purificador de Dios y yo estaré delante para veros suplicar perdón.

—Si estáis detrás de esas muertes os garantizo que seréis vos quien me vaya indicando el camino al infierno.

El párroco, harto de amenazas y envalentonado por el poder que le daba su temporal posición, se enderezó para golpear el escritorio con la barra de madera que hasta ese momento descansaba junto a su rodilla.

—¡Qué el poder de Cristo os despedace como el cerdo que sois!

Judá sonrió de lado sintiéndose satisfecho. El cura despotricaba nervioso y asustado y eso era muy, pero que muy bueno. Las almas temerosas siempre cometían errores. Complacido al ver al párroco continuar con su majadería de insultos, se giró para marcharse.

—¡Moriréis bajo la hoguera de los pecadores! Pero no sin antes

ver morir a la ramera de vuestra esposa…

La frase no terminó de salir de la garganta pastosa del cura, cuando el cuerpo veloz de Judá, lo silenció con el puñal pinchándole directamente en el cuello. Estaba listo para asestarle un corte certero de lado a lado cuando la mano de Azraq fue más rápida. El moro lo detuvo en el aire, y el sacerdote chilló más por el susto que por otra cosa, pero Judá sin inmutarse y con la mano aún en el cuello del desgraciado, miró con todo el odio de que fue capaz al amigo que osó interrumpirle su venganza

—Si lo mataseis, antes que el gallo cante, vuestro cuerpo estaría flotando en el Tajo —. Judá ignoró el consejo, estaba furioso, le importaba muy poco su vida. Moriría, pero se llevaría consigo a quién a su esposa amenazó.

—Gadea necesita un padre para su hijo —. Beltrán, apeló a dos sentimientos demasiado potentes en el converso. El primero, el de la orfandad. El segundo, los intensos celos de imaginar a Gadea casada y en brazos de otro hombre.

Con asco y como si la túnica de olor rancio del sacerdote le quemase, lo soltó con tanta fuerza hacia atrás, que le provocó la caída junto a su fiel jorobado. Con el amargor de la rabia no vengada, guardó el puñal y caminó hacia la salida de la catedral sin mirar atrás. No fuese que se tentase y cumpliese con aquello que tanto deseaba. El cura, herido en el orgullo, lo increpó desde el suelo.

—¿Un hijo? ¡Puercos asquerosos que como puercos os reproducís!

Judá se giró tan rápido que fue imperceptible a la vista. Con la mayor de las destrezas elevó la mano y lanzando el puñal con precisión, se lo clavó en el hombro derecho, de un sacerdote que se retorció de dolor. El arma quedó empotrada en las carnes y dejando paso a un intenso chorro de sangre que brotaba descontrolado. La herida parecía profunda pero no mortal. El cura maldijo a todos mientras el jorobado rompía un trozo de su camisa para cubrir la herida de su señor.

—Habéis fallado, ¡mal nacido!

—He acertado, pero esperadme. Volveré.

Judá contestó sabiendo que en Toledo no existía sitio para los dos.

Superviviente

Unas horas antes y en el jardín de la casa…

—¿Pensáis seguir abrazando esa carta por mucho tiempo más? —Gadea alzó una ceja ante la divertida Juana que no pudo más que sonreír radiante.

Puede que su hermana consiguiese hacer un hombre menos duro de su esposo, pero ella no se quedaba atrás. La joven maduró tanto en el último tiempo que seguramente ni ella misma fuese consciente. Las cofrades no sólo le ofrecieron amistad y experiencia de vida sino un sentido de existir. Madurez y de la buena, de esa que se adquiere basándose en la solidaridad y el respeto de las iguales.

—¿Lo habéis visto?

—¿A Gonzalo tras los setos? ¿Quién no lo haría?

—¿Parece interesado? ¿No lo creéis así?

—Creo es que si seguís tensando la cuerda la utilizará para rodearos el cuello. Ya no debéis provocarlo.

—Eso ha dicho él, pero no lo comprendo, ¿por qué lo provoco? ¿qué tiene de malo poseer un amor de cuento?

Juana saltaba sonriente como una niña pequeña y Gadea disfrutó de su momento feliz. Un par de meses atrás apenas si respiraba y hoy se entusiasmaba con notas de un escritor desconocido. La vida no era fácil en Toledo, pero por momentos así, bien valía la pena vivir.

—¿Cómo se encuentra nuestro pequeño?

Juana preguntó acercándose al instante en que su hermana se acarició el fruto de su vientre, y apoyando la mano junto a la suya, se sumó a las caricias.

—Creciendo, o eso creo —. Contestó desconocedora del proceso que en su interior se producía.

—¿Madre nunca os habló de ello?

La pobre mujer, esposa de un tirano, hizo lo que pudo y como pudo, y eso era mucho de pedir a los vientos que por aquellos tiempos se antojaban espesos.

—No la culpo.

—Ni yo. ¿Creéis que padre volverá alguna vez a por mí?

—Es difícil saberlo —. Contestó comprendiendo el sentimiento de abandono de Juana.

Ella, como segunda hija mujer, apenas si valía la centésima parte de su peso en monedas. Mujeres, valores de escaso rendimiento para padres desinteresados.

—¿Pensáis continuar torturándole? —. Preguntó cambiando de tema. El simple hecho de mencionar a Gonzalo de Córdoba provocaba

en Juana la felicidad de los benditos.

—Hermana, pensáis que él… —no se atrevió a continuar temiendo una negación de los tan ansiados anhelos.

—No poseo mucha experiencia en temas del corazón, pero, a decir verdad, sí se le nota un tanto extraño.

Gadea contestó elevando la mirada para ver en la distancia a su esposo hablando con los hombres. El doncel rápidamente desvió la mirada intentando no ser descubierto.

—¿Creéis que os ha olvidado? Quiero decir… quién sabe si él y yo… vos ya sabéis…

Las manos de Juana apresaron la carta con tanta fuerza que, de haber poseído voz, hubiese pedido auxilio.

—Creo que sois una muchacha preciosa, y si Gonzalo De Córdoba no es capaz de amaros entonces no merecerá más que una bruja de verrugas como esposa —. Juana sonrió, pero sin entusiasmo, amaba a Gonzalo, y las esperanzas siempre resultan un bien escaso en corazones cansados de esperar.

—Y ahora contadme, ¿sabéis ya quién las envía?

—No. Las recibo a diario pero su contenido nada tienen que ver conmigo. No recuerdo ninguno de los lugares que allí se describen ni los hechos de los que me hace responsable. Jamás he besado a nadie y menos con esas confianzas.

Gadea frunció el ceño y pensó unos segundos antes de repreguntar.

—¿Por qué alguien se tomaría tantas molestias en escribir sobre amores inexistentes a una muchacha equivocada?

—Puede que sea tímido —. Contestó alzando los hombros.

—Puede…

Gadea no creyó en la supuesta timidez del enamorado, pero por el momento no poseía contestación mejor.

—¿Vamos al beaterio? Las mujeres organizan una clase de bordado que me gustaría asistir.

—Y a mí…

—Vayamos. Es pleno día. Podremos llevar a Alegría con nosotras.

—¿Ella también trabaja aquí ahora?

—Vuestro esposo los encontró a Juan y a ella en el pueblo casi mendigando. Sabiendo lo importante que eran para vos, los contrató. Ahora son barbero y criada de esta casa.

—No lo sabía.

—¡Oh cuánto lo siento hermana! Los encontré en la cocina por casualidad. No quise estropearlo. Seguro que vuestro esposo pensaba ofreceros una sorpresa.

—Tranquila —dijo con la felicidad en el rostro. Juan y Alegría

eran como unos padres para ellas —. Simularé desconcierto.

Las dos rieron a carcajadas mientras aprovechando la conversación distraída de los hombres, en el otro extremo del jardín, se escabulleron para huir sin permiso.

Las tres caminaban parloteando y olvidando que la libertad de la que disfrutaban representaba una simple fantochada. Gonzalo las seguía en la distancia sin interrumpirlas. Cual halcón al acecho observaba a un lado y al otro como si esperase encontrarse con algo o con alguien. No cesaba de observar por encima de las cabezas buscando al autor de las cartas, las tres estaban seguras de ello.

—Puede que tengáis razón… —Gadea habló estrechando la mirada.

—¿A qué os referís? —Respondieron Juana y Alegría casi a la vez.

—Creo que vuestros sueños no tardarán en cumplirse.

La mirada de Juana se iluminó como mil estrellas juntas y Alegría asintió afirmando los pensamientos de Gadea. La cocinera no sólo había criado a las jovencitas como si fuesen suyas sino que también conocía a De Córdoba desde hacía ya demasiados años como para no notar su cambio de actitud. Las miradas hacia Juana ya no eran las mismas que antes.

Las tres continuaron hablando sobre hombres, amores y cantos de enamorados, cuando Gadea se detuvo en seco.

—¿Qué es aquello?

Dando un paseo y antes de llegar al beaterio, caminaron por las tiendas de los paños para llegar a las Tendillas. Estaban frente a la de Sancho, junto a la mezquita de las Tornerías, cuando lo divisó escondido. El artesano, envuelto en sus asuntos no había prestado atención a quien se refugiaba bajo sus tablas.

—¿Un perro herido?

—No, es más grande. Quizás… ¡Un niño! —Chilló corriendo hacia el sitio para arrodillarse entre el amasijo de madera, a un lateral del portal.

El pequeño se retorcía como si ya no soportase el dolor y la joven tuvo que estirarse para siquiera arañar un trozo de su camisa. Debería encontrarse atascado o algo parecido ¿por qué sino permanecer en un lugar así?

—Vamos pequeño. Ven conmigo. No pienso lastimaros —. Gadea lo tranquilizaba mientras, con el cuerpo tumbado en el barrizal, estiró los brazos para alcanzarlo. No tendría más de cinco años y aunque su cuerpo era pequeño, no se esforzaba por colaborar.

—Está asustado —. Dictaminó Alegría.

Gadea asintió mientras con el rostro casi pegado al suelo para

poder verlo, debajo de tan enorme amasijo de maderas, habló pacífica.

—No os lastimaré. Os lo juro.

El niño, que no cesó ni por un momento de mirarle el rostro, al fin asintió y estiró su manita aceptando la ayuda ofrecida.

—Sí, así… ya casi.

Gadea estiró el torso al punto del dolor para poder alcanzarlo. No se encontraba lejos, pero la posición resultaba de lo más incómoda. Con decisión volvió a extender hasta el último de sus dedos consiguiendo así apresar al pequeño y tirar de él. El niño chilló de dolor y Gadea suplicó su perdón, pero no existía otra forma de sacarlo de allí. Cuando al fin consiguió tenerlo junto a ella cerró los ojos para no maldecir. Tenía un brazo roto y la evidencia clara de un despiadado maltrato.

—Soy Gadea Ayala ¿y vos? ¿poseéis nombre? ¿sois de Toledo?

El niño, quien no dejaba de mirarle el rostro como embelesado con la imagen de su salvadora, negó con el rostro. Con la mano del brazo bueno, se la acercó al cuello, para luego abrirla hacia ella. La esposa del converso asintió entristecida mientras Gonzalo se acercaba a toda prisa para tomarlo entre sus brazos.

—Está herido.

—Tiene un brazo descolocado —. Confirmó Gadea mientras se ponía de pie. Su vestido se encontraba lleno de barro, orina de caballo y otros desechos que mejor no indagar.

—Vamos al convento.

—Amice no se encuentra allí. A estas horas visita a sus enfermos —dijo Juana preocupada.

—Entonces a la casa del nigromante —. Contestó Gadea con firmeza.

Gonzalo maldijo por todo lo alto pero aceptó la decisión, el niño necesitaba asistencia o moriría antes que el gallo volviese a cantar.

El niño, en brazos del caballero, protestó cuando lo apartó de su salvadora. Gadea sonriente encerró su mano con la del niño y los acompañó con paso ligero pero sin soltarse ni una sola vez del pequeño. Él no cesaba de mirarla con los ojitos de los eternamente agradecidos mientras ella no dejaba de pensar porqué el mundo era como era. Nobles intentando tener más títulos, clérigos amenazando con el castigo de los infiernos, reyes preocupados en propios intereses, y los pobres haciendo lo único que sabían hacer, sobrevivir.

Era conocedora de los escritos y los sermones y sabía que los indefensos y enfermos no eran más que el fruto del pecado de sus almas pero le costaba mucho aceptarlo. Dios no podía ser el creador de la belleza y del dolor a la vez. No podría enviar a su hijo a sacrificarse por nosotros para luego permitir que otros sufriesen tanto,

¿qué padre lo haría?

Casi corriendo bajaron hasta la casa del nigromante en busca de la morisca. Ella ayudaría al pequeño.

La curandera

La joven algo cansada, terminaba de asistir la última consulta sin protestar, sus monedas se necesitaban en su hogar tanto como el trabajo de Azraq en la huerta. Los bajos de la casa del marqués de Villena eran una antigua cueva, que algo adecentada, servía como sala de asistencia. Botes de hierbas, líquidos acuosos y libros de los más variopinto, decoraban un sitio que bien podría describirse como tenebroso. Allí el nigromante realizaba sus pócimas, escribía sus conclusiones, enseñaba el secreto de los vivos y la esperanza de los no tan muertos. Las velas intentaban dar un aspecto cálido y luminoso pero el frío de las piedras y los bajos techos no conseguían quitarle esa apariencia a sepulcro bien predispuesto en aceptar invitados.

—Recordad que el hechizo es para acrecentar la potencia de vuestro esposo pero en grandes cantidades, los testículos de toro podrían matarlo.

—¿También puede beberlo mi marido? —La madre que acompañaba a la hija preguntó interesada.

—Sí, pero no más de una vez y en la noche —. Contestó reiterativa.

—¿Entonces si le pongo una gran taza en el caldo de mi marido decís que podría morir?

La morisca negó con el rostro. La hija deseaba los favores de su marido mientras que su madre lo que deseaba era convertirse en viuda. Realidades habituales en mujeres, algunas casadas por amor, y otras por obligación.

La voz de Azraq se escuchaba cada vez más potente, junto a las pisadas de los visitantes que lo acompañaban, y que bajaron a toda prisa hacia el sótano.

—Hermana —dijo señalando al niño que Gonzalo cargaba en brazos. Al verlos les hizo un gesto acelerado para que lo apoyasen sobre la mesa.

El niño se encontraba adormecido o quizás desmayado, difícil saberlo entre la mugre que le cubría el cuerpo. Observó su hombro descolocado, pero no fue hasta escuchar al caballero hablar, que verificó la existencia de un corte bastante más grave que la rotura de huesos.

Azraq no pudo permanecer alejado. Atraído por un magnetismo invisible, se acercó a Gadea para preguntar preocupado.

—¿Os encontráis bien?

Intentó responder que sí, pero la verdad era que no. Tenía las ropas cubiertas de porquería y el vientre le dolía por la caminata tan intensa. Quiso decirle al moro que no se preocupase pero el chillido del pequeño le heló los nervios. Con rapidez se acercó para intentar

tranquilizarlo brindándole algo de consuelo. La morisca limpiaba su torso con agua y un paño limpio, pero el niño asustado, se movía queriendo escapar. No fue hasta que Gadea acarició su carita, que consiguió calmarlo y volver a recostarlo sobre la mesa de madera.

—Es una puñalada. Tendré que coser. Va a doler —dijo la morisca con un hondo suspiro esperando que Gadea comprendiese la dificultad de la situación.

—Quizás con vendajes y vuestros ungüentos…—Comentó esperanzada pero la morisca negó con el rostro.

—Es profunda. Limpiaré y aplicaré una mezcla de salvia y menta, luego tendré que coser —. ¿Pequeño, cómo os llamáis? — Quiso capturar su interés, pero Gadea abarcaba su todo.

—Es mudo.

La curandera cerró los ojos ante las palabras de la mujer. Las cosas cuando venían de cabeza nunca se ponían de pie.

—¿Sabéis si escucha? —Su amplia experiencia le dejaba claro que la mayoría de los mudos también eran sordos.

Esta vez el niño asintió con su cabecita insistentemente y removiendo una melena del color de los tiernos almendros.

—Os curaré, pero antes necesito que toméis un brebaje para que no os duela. ¿Lo haréis?

Gadea asentía con la cabeza para ofrecerle seguridad, y el pequeño al ver a su salvadora confiada en la morisca, aceptó la copa y se la bebió de un único trago. La curandera machacó unas cuantas hierbas cuando escuchó a su hermano sentenciar complacido.

—Se ha dormido.

—Gracias al cielo, temía que no funcionase. Empecemos antes que despierte.

La joven trabajó con el mayor de los cuidados. El pequeño era tan delgado que dudaba de sus fuerzas como para soportar tamañas heridas. Los golpes al menos parecían superficiales. La puñalada, aunque profunda, era limpia. Con dedicación y buenos alimentos se recuperaría.

Trabajó con celeridad y junto a la compañía de Gadea que no soltó la mano del niño ni un sólo momento. Después de una intensa hora, consiguió resoplar dando por terminada la última puntada.

—Deberá permanecer en un sitio limpio y recibir buenos alimentos.

—Parece ser un abandonado —. Contestó Juana con pena.

—Lo llevaremos al beaterio. Allí las mujeres nos ayudarán con los cuidados.

—Yo cargaré con él —dijo Gonzalo tan sensibilizado con el destino del niño como las mujeres.

—Os acompañaré —. Contestó Azraq.

—Os esperaré —dijo la joven sabiendo que la noche se acercaba y no era bueno andar sola por las calles oscuras.

—Vosotras… —La voz de Gonzalo sonó más gruesa de lo normal.

—Esperaremos —dijeron las mujeres aceptando la orden implícita.

Azraq y Gonzalo marcharon con el niño mientras las mujeres se sentaron para pasar una larga espera. La llegada de Babú, el perro del nigromante, asomando el hocico y moviendo el rabo con insistencia las hizo sonreír divertidas. Por lo menos jugarían con el animal sino fuese porque…

—¿Qué lleva en la boca? —Preguntó Gadea abriendo y cerrando los ojos con incredulidad.

Hijos e hijas del demonio

El animal de largas patas, y pelaje algo estropeado, movía el rabo conforme con su captura. Saltando sin coordinación, giraba inquieto entre unas y otras buscando atención. En principio las mujeres asquearon la mirada al verle una pequeña bola de pelo negro entre los dientes.

—Una rata —. Alegría dijo con gesto de alguien que mordía manzana con gusano incluido.

El animal, contento con su presa, la depositó a los pies de su ama, y corrió hacia la habitación contigua como si la vida le fuese en la celeridad de sus patas. Blanca la morisca, se extrañó de que Babú fuese capaz de cazar ninguna rata. La verdad era que el animal mucho sabía de comer, pero poco de capturas. Más bonachón que bastantes de los energúmenos con los que trataba, el perro no poseía ninguna otra utilidad que no fuese babear de la mañana a la noche. Con el mismo asco que sus compañeras, agachó la cabeza para ver mejor a la pequeña bola de pelos que pareció moverse.

—Es un gatito —dijo Gadea arrodillándose en el suelo y anticipándose a la morisca que seguía arrugando la nariz desconfiada.

—¡No lo toquéis! ¡Bestias del dominio! —El chillido de Alegría la hizo caer de nalgas en el suelo.

—Es sólo un bebé —. Contestó Juana acercándose junto a su hermana que, ignorando las advertencias de la criada, sostuvo al pequeñín en las manos para depositarlo sobre su vestido sucio de barro.

Las jóvenes se sonrieron al ver como el animalito, abría la boca mostrando algo que parecían dientes, pero que no ganarían al más pequeño de los granos de cebada.

—¡Dejadme a mí!

La mujer se acercó con intención de arrancárselo de las manos y desterrar al maldito de la faz de la tierra pero los brazos de Gadea fueron más rápidos. Como de una madre se tratase, lo cubrió con su cuerpo, y con un hombro por delante, esquivó a la asesina.

—¡No!

—Es fruto del demonio. ¡Dejadme! Lo arrojaré desde lo más alto de la muralla. Reventará en el suelo y morirá junto con la bruja que lleva dentro.

Las jóvenes se espantaron de tal forma que no se percataron de la nueva llegada de Babú con otra pequeña bola de pelo negro entre los dientes. El perro, orgulloso, lo depositó a los pies de una Gadea que no era capaz de parpadear. Satisfecho con su hazaña, olisqueó a los pequeñines, y marchó nuevamente por donde había venido mientras Alegría se persignaba con insistencia.

—¡No podemos esperar! Las brujas copulan con ellos. Herejes disfrazados de animales para que el demonio se instale entre nosotros y nos envuelva en su infierno devorador —. Chillaba Alegría intentando sembrar algo de cordura en las muchachas.

Mirando al techo asustada con la justicia divina, y que pronto se haría presente acusándolas de ser protectoras de las criaturas del diablo, continuó persignándose con tanta velocidad que el aire a su lado se hacía viento.

—Nadie va a matar a nadie —. Contestó Blanca con los brazos en jarras y encarando a la criada de ancha cintura.

La criada quiso enfrentarse a la morisca, pero Juana, que la adoraba como a una madre, comprendió perfectamente sus temores, después de todo Alegría no era más que una mujer de campo que apenas sabía de la vida. Gadea y ella no eran mejores ni peores, pero su interés por aprender, muchas de las veces a escondidas de sus padres, las convirtieron en otro tipo de mujeres. Unas de las que no se solían encontrar por las cuestas toledanas.

—No os preocupéis, nosotras lo haremos —. La criada desconfiada arrugó la vista.

«Por las barbas de Cristo...» pensó Juana sintiéndose descubierta. Aquella mujer la conocía demasiado bien. Tragando saliva buscó en la mirada de su hermana algo de complicidad, pero la joven embarazada se encontraba embelesada, con los pequeñines. Blanca, que cada vez era más una mujer cofrade, la comprendió y salió en su rescate.

—Yo me encargaré, pero no esta noche. Los astros no nos acompañan.

Los ojos de Alegría se abrieron como platos al compás que su cuello se estiraba interesado. Sonriendo satisfecha, la curandera empleó el mejor tono de falsa astróloga.

—Desde ayer la luna pasa por Mercurio y ese no es buen augurio. Si nos deshacemos de los gatos esta noche el infierno de Marte caerá sobre nosotras. Las desgracias nos perseguirán por siglos. Debemos esperar que las estrellas nos indiquen el momento adecuado. Cuando Júpiter se nos presente será la señal de cumplir la voluntad.

La morisca alzó la barbilla, y volcando unas habas que poseía en una bolsita colgando de su cintura, las dejó caer al suelo con solemnidad. Como si de la más grande entre las grandes profetisas se tratase, miró con interés las judías asintiendo una y otra vez. Alegría, quien no era más que mujer de sencillos pensamientos, apenas respiraba. El ritual de la morisca la tenía embelesada. Los cabellos morenos de la preciosa mujer, cayéndole como cascada por la espalda, parecían reflejar la magnificencia de la noche y su poder. La luz de las velas rebotó en la femenina mirada, y expandiéndose directo en el

blanco impoluto de las habas, indicaron el camino que se debía transitar.

—Vos — el dedo apuntó a una Alegría que a poco estuvo de escupir el corazón —. Aquí estáis. La fortuna lo dice —dijo señalando al cereal más regordete —. La mujer asintió asustada y esperando que lo que fuese que el destino le tuviese encomendado no fuese volver con su suegra. La vieja era una harpía de cuidado y de no ser por… — ¡No podéis fallar!

—¿Debo envenenarla? Siempre lo supe, pero claro, por mi Juan nunca quise, pero ya dije yo que la maldita hija del demonio era más mala que la tendera de la Alcana. Esa que le quitó el marido a la tonta de Teresa, que, por sentirse enamorada del Pedro, se abrió de piernas antes de lo que debiera, y ya se sabe que un hijo sin padre es como un herrero sin fuego. Ya dije yo que el bueno para nada de Ginés se daría cuenta, pero claro, la Teresa desesperada, hizo caso de su suegra, otra hija del demonio, trepadora como la hiedra y mentirosa como la suegra del boticario que…

—¡No envenenaréis! Ni a los gatos, ni a vuestra suegra, ni a la suegra de nadie —. La curandera se sostuvo la cabeza que comenzaba a dolerle ante una Gadea y Juana que se miraban sin comprender —. Os necesitamos. Lo dicen las habas y los astros —dijo intentando recuperar la compostura.

—Debéis tener valor. Nada puede fallar ¡Oh Dios! —El dramatismo de Blanca aumentaba y Alegría se arrugó las faldas entre los dedos. Las manos de la morisca le envolvieron los labios y Alegría se acercó temerosa.

—¿Debo envenenarlas a las dos?

—¿Dos? ¿qué dos?

—Mi suegra y la de Teresa, ya sabéis, la mentirosa que engañó a la mesonera para que robara a Leonor, la hija del carbonero, pero no la conoceréis con ese nombre, todos la llaman la negra porque se arrastra con cualquiera y dicen que lo tiene negro como…

—¡No! No envenenaréis ni a vuestra suegra ni a la suegra de Teresa ni a ninguna otra suegra, ¿lo comprendéis? —. Alegría afirmó una y otra vez con la cabeza, pero sin volver a decir palabra. La curandera parecía enfadada pero no comprendía muy bien el porqué. Su suegra y la de Teresa bien merecían un caldito preparado con esmero —. ¿Cumpliréis lo que los astros os encomiendan?

—Lo haré… lo haré —. Contestó a una morisca agotada.

—Subid y esperad en el portal. Cuando vuestro esposo llegue marcharéis con él. No le podéis decir nada de nada. Buscar entre sus herramientas unas tijeras, cortar con ella un ramo de salvia y otro de romero, luego quemadlos antes que el sol se encuentre en lo más alto y rezad al padre por sus palabras. Él nos guía y nos llama para que

cumplamos su voluntad y su voluntad es que cuidemos de estos animales. Es lo que nuestro señor nos pide y es de buenos hijos aceptar sus infinitos designios —. Comentó como si se encontrase en algo parecido a un trance —. ¡Ahora! Subid, vuestro esposo os espera en el portal.

La mujer subió con la rapidez que pudo por las escaleras, pero sin dejar de preguntarse si la curandera habría leído bien las habas.

Gadea y Juana, que se encontraban en el suelo sin hablar, cuando confirmaron que Alegría había marchado, preguntaron curiosas.

—¿Qué acaba de pasar? —Gadea no comprendía nada de nada.

—Deseabais salvar a los pequeñines.

—Sí…

—Pues bien, está hecho.

—¿Pero y los astros? —Juana preguntó confusa.

—¿Astros en habas? —La sonrisa de Blanca era tan pura como sus intenciones.

—Habéis mentido… —. Contestó Gadea riéndose y poniéndose de pie con los gatitos dormidos entre los brazos.

—Puede que un poco.

—Pero lo de Juan, su esposo, ¿cómo sabrías que vendría? —Juana seguía sin creérselo.

Blanca se agachó para recoger las judías y volver a meterlas en su bolsita.

—No lo sabía, pero él siempre la recoge a la misma hora después de nuestras clases con las mujeres.

—Mentisteis —dijo Juana.

—Como una suegra —. Agregó Gadea provocando la risa a carcajadas de las otras dos, cuando el perro regresó, pero esta vez mojado hasta las garrapatas. Mordiendo el vestido de la curandera como si intentase decirle algo, la empujó hacia un costado para que lo siguiese.

—¡Babú, no!

El perro, sin hacer caso, ladraba, mordía y caminaba hacia la puerta, junto a los botes de hierbas.

—Parece querer que lo sigamos.

—Sí, eso parece, pero no hay nada allí. Es una puerta que no da a ninguna parte.

El perro no descansaba. Saltaba y pedía su atención mientras las llevaba nuevamente hacia la puerta.

—No perdemos nada por seguirlo —. Gadea caminó tras el animal con bastante miedo. El sótano del marqués era más una cueva que otra cosa. A decir verdad, lo era. Era una cueva que se aprovechaba como sótano. Se decía que allí se realizaban curas y

aprendizaje de magia, de la que prefería no saber. De aquel hombre se decían mentiras, pero también muchas verdaderas.

Las tres entraron a la pequeña sala totalmente oscurecida. Era tan pequeña que apenas cabían las tres. Estaban tan cerca la una de la otra que debieron tener cuidado de no quemarse con sus propias velas. El perro, conforme al verse atendido, se acercó a un cofre viejo, y caminando por detrás, desapareció. Las muchachas se acercaron curiosas y observaron que la pared poseía un hueco no muy grande pero de anchura suficiente para que el animal cupiese. Los ladridos de Babú al otro lado las reclamó. Las tres se miraron confundidas, pero al minuto fue Gadea quien contestó con picardía.

—Nos dijeron que esperásemos aquí.

—Y no podemos salir de noche solas —. Contestó Juana a Blanca esperando complicidad.

—Y ¿porqué no? —. Contestó la morisca ahuecando los hombros.

Gadea abrió un cofre vacío y depositó a los pequeños felinos en él. Los envolvió con su manto y caminó tras Juana que intentaba arrastrarse por el hueco. Blanca se agachó y pasó primero, luego Juana, y detrás una Gadea que se arremangaba el vestido para seguirlas y no perderse nada de lo que allí fuese a suceder.

Tesoros

Un túnel oscuro, un tacto frío y húmedo, y un andar a lo perruno, resultaron ser lo necesario para alcanzar el otro lado. Estirándose al terminar de atravesar el pasadizo, se pusieron de pie para observar mejor en la cavernal oscuridad. Babú ladraba delante de lo que parecía ser un estrecho camino enseñándoles por donde, y aunque no consiguieron divisarlo porque las velas apenas iluminaban, anduvieron la una tras la otra por la estrechez del sendero. A menos de treinta pasos consiguieron caminar juntas gracias al ensanche del pasadizo. Algo que parecía ser agua brotaba con intensidad en un lateral de la cueva formando un pequeño arroyo. Toledo, lejos de ser tierra de humedades, no poseía muchas vertientes, por lo que seguro estaban cerca de algún riachuelo afluente del Tajo. El animal, ajeno a sus temores, se detuvo y con fuertes ladridos, mostró el sitio donde debían iluminar.

—No veo nada —dijo Blanca estrechando los ojos.

—Ni yo —. Respondió Juana.

—Sí, allí —. Gadea contestó mientras se agachaba ante un pequeño charco de agua embarrada.

Blanca se extrañó pero Juana se limitó a sonreír. Su hermana poseía los sentidos mejor entrenados de toda Castilla. Un aprendizaje que sólo alcanzaban las hermanas mayores que amaban con el corazón. Ese sentido que se aprendía cuando se necesitaba defender a la pequeña de las hermanas de un padre tirano y con grandes garras. Gadea escuchaba los pasos del progenitor antes que nadie, distinguía su voz por encima de la de cientos, y soportaba el frío de los cubos de agua educadores, mejor que ningún caballero. Todo por protegerla.

Blanca y ella sujetaron las velas acercándola al charco y comprobando que allí se encontraba un gatito con las patas enganchadas, en los restos de lo que sería un saco de cereales. Con cuidado Gadea lo liberó y se lo guardó en el bolsillo del vestido para cobijarlo. El pequeñín al instante, y junto al calor de su salvadora, se puso a ronronear en señal de agradecimiento.

—Buen chico —. Las manos de la morisca acariciaron al perro, que la lamió orgulloso, ante el cariñoso reconocimiento.

—¿Qué es eso? —Juana estiró la vela todo lo que su brazo fue capaz—. ¿Una caja?

Las tres, curiosas como siempre, se acercaron con paso lento. La madera, cubierta con polvo de siglos, apenas se veía.

—Es un cofre. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? — Gadea habló intrigada.

Blanca, que apuntaba con el candelabro hacia otro lado, contestó con la voz atragantada por el terror.

—Creo que han sido ellos.

Las hermanas se giraron, y apuntaron al mismo lugar que la curandera, para acto seguido ponerse a gritar a la vez, como en el mejor de los coros.

Los esqueletos, de lo que parecían ser dos hombres, se encontraban apenas a un par de metros de distancia.

—¿Qué habrá pasado? — Preguntaron cuando calmaron el griterío. Blanca, la más acostumbrada a ver huesos, contestó con seguridad.

—Los cuchillos están cerca. Parece que uno apuñaló al otro y lo mató, pero al encontrarse también con herida mortal, no llegó a moverse mucho más lejos —dijo señalando las piernas—. Puede que muriese desangrado justo después.

—¿Pero por qué dos hombres se meterían en una cueva y luego se matarían? —Gadea no salía de su asombro.

—¿Honor? —Preguntó Juana desconfiada de su pregunta.

—No lo creo.

Gadea pensaba mientras con la mano acariciaba al gatito que no asomaba de su faltriquera, seguramente porque se encontraba profundamente dormido.

—¿Y si fuese por el cofre? —Blanca preguntó consiguiendo que las amigas se olvidasen de los esqueletos para mirar hacia la caja de madera.

No era muy grande pero tampoco demasiado pequeña. Quizás como un brazo de largo pero no más de tres palmos de alto. Una medida curiosa para esos tiempos. No servía para guardar ni ropas ni vasijas, ¿entonces? Gadea rompió parte de los bajos de su maltrecho vestido y limpió la parte superior de la madera.

—¡Hermana!

—Ya era inservible antes —. Contestó arrojando al suelo capas y capas de polvo.

—No lo digo por vuestro vestido. Puede ser peligroso.

—Una maldición —dijo la curandera solicitando la protección de los cielos.

—Es sólo un cofre. Y mirad, parece abierto.

Unas letras que no supieron reconocer aparecían talladas como por un artesano experimentado en la parte superior, pero en el lateral, un candado sin cerrar se encontraba colgando como si llevase miles de años en constante equilibrio. Sin pedir permiso, pero con más temor del que reconocería, Gadea movió lentamente un dedo para que el candado cayese al suelo. Las tres esperaron atentas que por arte de magia se abriese, pero nada pasó. La caja continuó con su tapa tal cual se la encontraron. Tragando saliva, movió la mano, y con precaución su dedo índice y pulgar alzaron la madera lentamente. No deseaba

sujetarla con fuerza, no vaya a ser que algún espíritu de los infiernos saliese de dentro y la maldijese por toda la eternidad. Ella no era una campesina que creía en cualquier cosa, pero la vida era mejor andarla con precaución, que perderla por los senderos desconocidos del demonio. La tapa estaba casi a punto de abrirse en su totalidad cuando el grito de Juana la hizo lanzarla por todo lo alto y hacerla volar a unos cuantos pasos de distancia.

—¡Juana!

—Lo siento, lo siento, pero mirad dentro. Eso que brilla es…

—Oro —. Contestó la curandera alargando la primera "o" hasta el infinito.

La mujer provenía de una familia pobre cuyo trabajo siempre se dedicó a la labranza de la tierra. Aprendió, como todas las mujeres de su familia, el arte de las hierbas, pero fue la fortuna de encontrarse una mañana con el nigromante, la que la hizo despegar y ser la mejor hechicera de toda la ciudad. Las familias acudían a ella y aceptaban su sabiduría, pero nada sabía ella de oro ni de riquezas y aquel cofre poseía mucho de ambas.

—Es un tesoro —dijo Gadea al meter la mano dentro y extraer un collar de puro oro macizo.

—¿Serían las posesiones de algún rey?

La voz de Juana se perdía mientras se agachaba para ver el fulgor del precioso metal ante la llama de la vela.

—Sea de quien sea, ese hombre lleva muerto muchos años. Esos huesos llevan quizás cientos de años allí.

Gadea asintió con el rostro. El polvo, el estado del cofre, y esos huesos desintegrados casi al completo, así lo confirmaban. Ese tesoro llevaba allí demasiado tiempo. Y sin dueño.

—Nos lo llevaremos —. Juana y la morisca se miraron extrañadas.

—¿Dónde?

—¿Cómo?

Preguntaron sin comprenderla.

—Lo arrastraremos hasta el hueco y luego lo esconderemos en el beaterio.

—¿Lo llevaremos a la antigua Sinagoga? ¿Pero por qué? ¿Y si nos persiguen? —Blanca se encontraba verdaderamente asustada.

—Nadie sabe que estaba aquí por lo que nadie nos perseguirá.

—Pero ¿qué haremos con él?

—Hermana, es una señal de la virgen —Juana la miró arrugando los labios y estrechando la mirada desconfiada —. Llevamos días buscando dinero para la comida de los niños. La virgen, madre entre las madres, nos ha mostrado el camino.

—Mas bien Babú —dijo la morisca muy poco convencida con su

teoría.

—Allí habrá una calzada, un camino, y será llamado Camino de Santidad; el inmundo no transitará por él, sino que será para el que ande. Isaías 35:8 ¿Osáis negar las santas escrituras?

—No, yo… —Blanca contestó con falta de valor. Gadea aseguraba sus mentiras con tanta perfección que hasta ella dudó.

—¿Decís que la virgen negó a otros el camino porque nos esperaba a nosotras? —Juana preguntó ingenua.

—¿Qué otra razón podría existir? La virgen desea que ayudemos a esas mujeres y a esos niños. Quién más que la madre de nuestro señor sería capaz de comprender el amor hacia huérfanos y mujeres desamparadas.

Juana asintió convencida y la morisca se rascó el cuello aún dubitativa. Si lo pensaba bien, ella trabajaba con los astros y los ángeles del señor para sanar, ¿por qué ellos no la guiarían en sus pasos para descubrir el tesoro sino fuese su voluntad? Quizás porque así la virgen lo deseaba.

—Vamos ayudadme... aj...

La joven se quedó encorvada al intentar arrastrar el peso del cofre y Blanca acudió con rapidez para sostenerla por la cintura.

—Respirad e intentad enderezados con cuidado. Es el bebé. Crece y ocupa espacio. No podéis levantar peso.

—Todas las mujeres lo hacen —dijo consiguiendo ponerse recta.

—Todas las que no poseen amigas —. La morisca le contestó con sincera sonrisa y Gadea lo agradeció con la mirada del corazón. Blanca la curandera, olvidaba el amor hacia su marido, para afianzar la amistad entre ambas y dicha alianza se avecinaba prometedora.

—Gracias…

Un ruido a madera arrastrándose por el suelo las hizo mirar y gritar al unísono.

—¡Juana no!

La jovencita resopló a un mechón de pelo que le caía sobre la frente, para responder con entusiasmo.

—No pesa mucho.

—Pero dos lo haremos mejor.

Blanca contestó mientras se posicionaba en el extremo contrario para empujar hasta el hueco de salida.

Después de muchos tirones y varios descansos, consiguieron que el cofre traspasara la cueva y alcanzara los bajos de la sala del marqués. Resoplando por el esfuerzo, las dos mujeres se sentaron sobre él para descansar mientras Gadea caminaba tramando un nuevo plan. La mujer hablaba de negocios pero la morisca y Juana sólo eran capaces de respirar intentando recobrar el aliento. Las tres se miraron

asustadas cuando en el piso de arriba escucharon pasos.

—¿Gonzalo? —Preguntó Juana.

—¿Quizás Azraq? —dijo la morisca.

—Es Judá.

Gadea se giró para recibir a quien, a toda prisa, hacía acto de presencia.

—Esposo —. Saludó con la más falsa de las calmas ante una Juana que no cesaba de sonreír y una Blanca que no podía creer la capacidad de oído de la joven esposa.

El converso había salido desesperado en su busca al observar que la noche cerraba y que ni las mujeres ni Gonzalo aparecían. Alguien le dijo que las había visto entrar en casa del nigromante y allí se dirigió con los nervios alterados, pero no fue hasta que vio su vestido roto y cubierto de barro, que consiguió perderlos del todo.

—¿Estáis bien? —Preguntó mientras la sujetaba por los hombros intentando comprobar que se encontraba entera.

—Lo estamos. Gracias por preguntarnos —. Respondió Juana algo molesta y consiguiendo la aprobación en la mirada de la morisca.

Judá la miró, pero como si de una mosca se tratase, no le hizo ningún caso. Su única preocupación se encontraba frente a sus narices.

—Estamos bien. Las telas se rompieron al sacar al niño de debajo de aquellas maderas —. Los ojos de su esposo se abrieron asustados por lo que Gadea se apresuró a contar el total de la historia para no preocuparlo aún más.

El converso comenzó a relajarse e incluso se acarició la barba por momentos como si curiosamente la historia le interesase más de lo habitual.

—¿Y dónde decís que se encuentra ese niño?

—Gonzalo y Azraq lo llevaron a la antigua sinagoga para que las mujeres lo cuiden.

Judá asintió mientras sin preguntar abrazó a su esposa para sujetarla con fuerza sobre su pecho y hablarle al oído.

—¿Seguro que estáis bien? ¿Los dos?

—Lo estamos —contestó con mirada enamorada.

El hombre asintió y sin soltar a su esposa preguntó con interés a la morisca que se extrañó que le prestase atención.

—¿Cuáles eran las heridas exactamente que poseía el niño?

—Muñecas, tobillos y una puñalada en el costado izquierdo —. Judá maldijo, pero no contestó a las intrigas de las mujeres.

Dos voces gruesas resonaron por las escaleras y aparecieron por detrás de la pareja que continuaba abrazada.

—De Córdoba, veo que al fin aparecéis. Mi esposa se encuentra magullada… otra vez. ¿Quizás deba agradecéroslo?

La voz grave y profunda del converso lo hizo detenerse en el

sitio, y a pesar de que sólo le veía la espalda, Gonzalo maldijo su maldita suerte.

—Él no tiene la culpa —. Gadea se soltó de su amarre intentando acudir al rescate de su amigo, pero el intenso maullido del gatito del bolsillo, y los otros dos que despertaban de la caja, sonaron al unísono.

—¿Esos son…? —El converso no daba crédito.

—¡No los mataremos! —Gritaron las tres pero fue su esposa quien continuó con el discurso mientras se enfrentaba con fiereza a su negra mirada.

El converso reía por dentro pero no demostraba más que furia en el exterior. Esa era la mujer de la que se encontraba malditamente enamorado.

—Son pequeñines y no son ningún demonio…

Por supuesto que no lo eran. Él puede que fuese un cristiano bautizado pero demasiado nuevo como para aceptar ciertos viejos sermones. Sus temores no se centraban en demonios convertidos en pequeños gatos sino en asesinos convertidos en diablos terrenales.

La mujer no dejaba de defender a los pequeñines y un profundo orgullo le encerró el corazón. ¿Ella defendería con la misma intensidad los hijos que él le regalase? Sí, por supuesto que lo haría. Su Gadea así lo haría.

Azraq miró interesado a las muchachas, que sentadas extendían sus vestidos sobre el cofre de madera para cubrirlo, pero fueron las palabras de la mujer de su amigo las que consiguieron distraer su atención. Gadea era pura energía, vida, valentía y amor. Un amor que él no debería admirar y mucho menos envidiar.

Gonzalo se acercó a Juana y le pidió que lo acompañase. Azraq hizo lo mismo con su hermana, dejando al matrimonio a solas. Judá les dejó claro en la intensidad de su mirada, que deseaba unos momentos a solas con su mujer y no exactamente para hablar.

Una carta, un compromiso

Los besos de Judá no conseguían despertarla y el hombre sonrió como un tonto agradecido. Con ternura acarició el abultado vientre por encima de las mantas, deseoso de verle el rostro a su hijo, y aunque fuese una niña, seguiría igual de feliz. Cierto era, que las muchachas regalaban muchos más dolores de cabeza que los niños, pero sólo pensar en los mismos cabellos y la misma tozudez que la madre, lo embargaba un cariño del que jamás se creyó merecedor. Sus labios se depositaron en la frente adormecida de la mujer amada, y allí se quedaron por un tiempo más extenso que el apropiado, pero aquello poco le importó.

Lo debido o lo indebido se borraron hacía ya tiempo, entre los cuerpos inertes de quienes tuvo que dejar atrás. Barcelona, Lleída, Martorell e incluso la misma Toledo. Todas eran ciudades marcadas con un dolor y una injusticia que se iba desvaneciendo en el polvo del olvido. Su olvido. Ella era su única vida y su único destino. En el pasado creyó ser un luchador prendado por el dolor y la venganza, pero en el presente todo aquello representaba fardos que ya no deseaba cargar. Hoy sus preocupaciones se extendían sólo hacia el posible daño de aquellos a los que amaba, los demás, podían irse al caluroso infierno de los malnacidos, que él mismo les abriría las puertas para que marchasen. Infieles o cristianos, judíos o reyes, nadie veló por su vida cuando los necesitó, y hoy no los necesitaba a ninguno. Su vida nacía y moría con ella.

Con ojos somnolientos y pesados, su esposa comenzó a despertar y tuvo que hacer un intenso acopio de fuerzas para no desvestirse y tumbarse nuevamente a su lado para amarla. No importaba cuantas veces lo hiciese, siempre eran insuficientes.

—¿Marcháis? —La desilusión fue tan patente en su fina voz que la resistencia se le ablandó y tumbándose a su lado, la abrazó cariñoso.

—Asuntos me reclaman.

—¿Asuntos peligrosos?

Judá se sonrió enamorado mientras la sujetaba entre sus brazos. Llamar amor a lo que sentía era demasiado pobre.

—¿Preocuparos por vos y por nuestro hijo que con ello ya lleváis carga suficiente? ¿Cómo os encontráis hoy?

—Los mareos cesaron hace días y Amice dice que es normal que tenga tanto sueño —. Contestó bostezando como un oso.

—Entonces será mejor que descanséis. Imagino que no tiene sentido que os pida que os quedéis en casa, ¿no es así? —Gadea escondió el rostro dentro del abrazo del hombre esperando así librarse de tener que contestar —. Al menos prometedme que actuaréis con

mayor precaución de lo que solíais hacer antes de vuestro estado. Mi vida y mi cordura dependen de vos, ¿lo comprendéis?

—Eso puedo prometerlo —dijo con orgullo y algo desilusionada al escuchar la carcajada del esposo.

—Bien —. Judá se levantó de un salto ante una esposa que no dejaba de mirarlo embelesada.

Estaba segura de que ese era el hombre más hermoso del mundo. Nunca estuvo mucho más allá de Ávila, así que nunca había visto mucho mundo, pero si lo hubiese visto, seguiría afirmando lo mismo. Alto, guapo, fuerte y con honor, ese era su Judá, el más valiente entre los valientes.

—¿Entonces?

La voz gruesa, mientras se acomodaba las prendas, la distrajo de sus dulces conclusiones.

—¿Cómo decís?

—Digo que si el niño está en Santa María la Blanca.

—Sí, las mujeres lo cuidan. ¿Por qué lo preguntáis?

—Nada en especial.

Judá era un esposo enamorado, pero no por ello se convertía en un marido dispuesto a compartir el total de sus preocupaciones.

—Cuando os levantéis encontraréis una sorpresa para vos en la sala.

—¿Para mí?

Judá estuvo por burlarse de su cara de asombro, pero la entrada de María la panadera, junto a Juana, lo dejaron petrificado en el sitio. Esas mujeres, si no aprendían a llamar a la puerta, un día se llevarían una gran sorpresa.

—Señor —. Reverenció María al darse cuenta de la presencia aún del esposo en el cuarto —. Nosotras pensamos…

Judá negó con la cabeza y se acercó a un discreto Beltrán que se mantuvo en el portal sin traspasarlo, y sin mirar al lecho, en donde su mujer se cubría hasta la barbilla.

—Vamos —. El converso habló cerrando la puerta tras de si y empujando a su primo por la espalda.

—¿Y dónde? Si es que se puede saber.

—Tras una pista.

El primo se puso alerta e instintivamente acarició el puñal que llevaba escondido bajo la camisa.

—¿Sólo nosotros? —Preguntó temiendo lo peor.

—¿Tenéis miedo?

La broma de Judá lo hizo sonreír, pero con falsedad. Si el converso poseía alguna pista, por pequeña que fuese, sus mentiras no estarían muy lejos de ser descubiertas. Debería actuar pronto o su mundo se derrumbaría.

La joven, sentada junto a la chimenea, no podía creer la sorpresa dejada por Judá. El hombre había atestado la sala con un sin fin de buenas telas. Con ellas las mujeres podrían coser, bordar y luego vender para comprar alimentos. Todas se amontonaban en mitad de la sala, como una gran montaña de blancos y azules esperanzados colores.

—Cuándo las vi no fui capaz de creerle. Beltrán tuvo que decirlo tres veces hasta conseguir que le creyese —. María habló entusiasmada y distraída.

—¿Beltrán? —Las hermanas sonrieron y María enrojeció al instante.

—No tenéis que avergonzaros ante nosotras. El amor es precioso —dijo Juana sin quitarle el ojo de encima a un Gonzalo que se acercaba atravesando el patio.

María prefirió no contestar. ¿Amor era igual que compañía? No, quizás no. Contenta, agradecida, esos sí eran sentimientos que poseía hacia Beltrán, pero su corazón no estallaba al besarlo o al acariciarlo. Su mirada no brillaba como la de Gadea junto a Judá. No, lo suyo no era amor. Aceptar lo ofrecido no significaba encontrar lo tan ansiado. Las almas, cansadas de buscar ardientes hogueras, se conformaban con pequeñas llamaradas de escasa intensidad, pero quién podría culpar a quién necesitaba el calor para no morir congelado en la triste soledad.

Gonzalo entró con un paño negro cerrado entre los brazos, que no abrió hasta encontrarse frente a las mujeres y depositarlo sobre las piernas de su señora.

—Vuestro esposo me ha pedido que os los entregue en mano.

Los gatitos cayeron en su regazo, adormecidos, y con la pequeña tripa hinchada.

—La cocinera Dominga les ha dado leche y han caído desmayados.

Gonzalo se sentó junto a Gadea con el rostro algo molesto y causando la diversión de su amiga.

—¿Os ha ordenado cuidarlos?

—Lo merezco. A decir verdad, no he cuidado demasiado bien de vosotras.

—Lo hacéis perfectamente querido Gonzalo, y si no fuese por vos seguramente ni Juana ni yo continuaríamos con vida. Os debemos mucho mi querido amigo.

El joven asintió con el rostro agachado y bastante avergonzado. Él era caballero de duras destrezas y no de dulces palabras. Difícil era para él expresar lo agradecido que estaba de poseer la confianza de las Ayala.

María y Juana robaron a los pequeñines gatunos y se sentaron

junto al calor de la chimenea.

—¿Gonzalo, sabéis cuáles son los asuntos de mi esposo qué tanto le urgían esta mañana?

—No, y aunque lo supiese no os lo contaría. Intento conservar la cabeza en su sitio —. Contestó sin pizca de diversión.

Ella lo acompañó con sonrisa al sentirse pillada, y esta vez fue la curiosidad de Gonzalo, quien la distrajo de sus pensamientos.

—¿Sois feliz a su lado?

—Mucho.

—¿Lo amáis?

—Gonzalo…

—No os justifiquéis ante mí, no hace falta. Yo también he aprendido a respetarlo.

Gonzalo observó a Juana acariciar a los pequeños felinos y su rostro se suavizó sin pensarlo.

—¿Y vos querido amigo? ¿qué pasa con vuestro corazón?

De Córdoba miró a Gadea con la misma sinceridad de años y contestó con la franqueza de los amigos de siempre.

—Una espada, un caballo y una armadura son todos los bienes que poseo. Dudo que mi corazón interese a nadie más que a una criada.

Gadea no contestó. Ella sufrió en sus carnes el intercambio de su propia vida como moneda de valor. Gonzalo sólo podría aspirar a una muchacha de pueblo o quizás a… ¿una muchacha olvidada por su padre? La joven se acarició el vientre con la sonrisa de lado y un brillo especial en la mirada. Quizás pronto tuviese un nuevo plan en el que pensar.

—¿Qué estáis tramando?

—No comprendo a lo que os referís.

—En estos meses habéis conseguido imitar perfectamente el brillo malvado de vuestro esposo. Gadea Ayala, no hagáis que su espada descanse en mi cuello. Llevo demasiadas vidas perdonadas y no estoy seguro de que sea capaz de conseguir una más.

—Judá jamás os haría daño. Es un ángel de honor.

Gonzalo recordó la sangre brotar por entre los dedos de su señor cuando luchaba contra los asaltantes en la antigua sinagoga, y no era exactamente la mano de un ángel, pero prefirió reservarse la información. El nuevo cristiano Alonso de la Cruz podía ser muchas cosas, pero ángel no, así no lo llamaría ni su propia madre.

—¡Pero qué…! —Beatriz se persignó al entrar y ver a los gatitos tan negros como la noche y Amice se mantuvo a su lado entre asustada y precavida —. Por Cristo, son gatos. Criaturas endemoniadas. Debéis deshaceros de ellos.

—¡No! —Juana chilló en alto.

—Pero el Papa dijo…

—El Papa puede irse al…

—¡No! —Esta vez fue Gadea quien la silenció con su grito. No era ni el momento ni el lugar para que las criadas la escuchasen blasfemar contra la santa iglesia. Demasiado tenían encima con ser nuevos cristianos.

Haym apareció por la sala y tuvo que cerrar y abrir los ojos, antes de ponerse a contar sin disimulo la cantidad de invitados que se encontraban en su casa. Gadea se avergonzó al instante y quiso disculparse, pero la diversión en el rostro del hombre la detuvo.

—Traéis vida a mi casa y a la vida de mi hijo, no puedo más que daros las gracias por ello. Ahora decidme ¿cómo se encuentra mi nieto?

La mirada de Haym se detuvo en su vientre y ella sonrió de felicidad.

—Creciendo. Han tenido que ensancharme los vestidos.

—Eso está bien. Significa que será un niño fuerte.

—O niña —. Murmuró Juana pero no lo suficientemente bajo como para no ser escuchada por el inminente abuelo.

—Lleváis razón. Puede ser una niña, y esperemos que sea tan bella como su madre, y que en nada se parezca al feo de su padre o su abuelo —. El hombre guiñó el ojo a Gadea quien asintió orgullosa y feliz.

Beatriz, sin prestar atención sobre las charlas sobre tiernos bebés ni bellezas masculinas, se acercó a Juana para robarle los endemoniados felinos, pero Juana luchó mientras se negaba. Gonzalo se puso junto a la joven con las piernas abiertas y los brazos en jarra dispuesto a luchar a su lado.

—Sólo hago lo que debe ser…

Haym se acercó a la joven, y con la ternura en la voz de quienes habían vivido mucho, preguntó seguro.

—¿De qué los acusáis exactamente?

—Son hijos del demonio. Criaturas que se aprovechan para procrear seres endiablados. Las brujas los utilizan en sus plegarias y rituales infernales.

Amice y María se persignaron con rapidez, pero Haym no se asustó y continuó con sus preguntas.

—Y decidme. ¿Alguna vez habéis visto algo de lo que se les acusa? —Beatriz negó con la cabeza y el hombre continuó hablando con su sabiduría habitual —. ¿Cuántas acusaciones falsas habéis oído? ¿Cuántos inocentes juzgados por desconocimiento? Recuerdo bien que vos misma ayudasteis a mi nuera en un acto que considerasteis de total injusticia.

—Eso fue distinto. Eso fue por no comprender que tenemos

derecho al error y su reparación. Cristo así lo predica.

—Y vos creéis en Cristo, su padre y su santa madre, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Entonces sabéis que sólo ellos son capaces de juzgar y ver la verdad.

Beatriz no contestó por lo que Haym continuó.

—¿Sabíais que hasta hace poco los gatos eran amados por muchos pueblos? También los judíos fueron considerados cerdos con patas, y las mujeres enamoradas, libertinas de mala vida sin embargo nada de ello es verdad. A veces usamos la justicia divina y las clasificaciones de formas muy poco acertadas ¿no os parece?

Amice, quien no cesaba de prestar una atención especial al padre de Judá, se adelantó y acariciando el codo de Beatriz, consiguió llamar su atención.

—Beatriz, si esos gatos son capaces de ofrecer amor, no somos nosotras quienes debemos juzgarlos. Vos y yo sabemos mejor que nadie que sólo Dios es capaz de juzgar —. Beatriz asintió aceptando la reflexión.

—Mis señoras, no son de los animales de quienes debemos temer sino de aquellos hombres cuya maldad salvaje los lleva a comportarse como bestias. Criad gatitos y obtendréis cazadores de ratas, pero escuchad a hombres disfrazados de justicia, y encontraréis verdaderas carroñas.

—Vamos Beatriz. Acercaros, miradlos. Son preciosos —. Juana habló esperanzada.

Algo temerosa estiró los dedos para acariciar el suave pelaje, ante la sonrisa de Gonzalo, que se acercó a su señor para murmurarle al oído.

—Y yo que me preguntaba a quién había salido vuestro hijo.

El hombre se marchó por el pasillo sonriendo sin contestar, pero con los hombros anchos de puro orgullo.

Las muchachas distraídas jugaban con los animalitos cuando Gonzalo saltó para detener al caballero en la puerta. Gadea se acercó, al ver a lo lejos a su amigo, discutiendo con alguien, pero no fue hasta que se acercó, cuando el rostro le palideció al instante.

—Os ordeno que os marchéis si no deseáis que os mate aquí mismo.

—Vos y cuántos más.

—¡No! —Gadea detuvo con la palma de la mano a su amigo que resoplaba odio por los cuatros costados —. Marcharos de mi casa antes que mi marido os corte el cuello y juegue con vuestra cabeza.

De Córdoba se divirtió con la contestación. Gadea se había convertido en la esposa perfecta de su señor.

—No hasta que hable con vos.

—¡Fuera! —Chilló de Córdoba.

—Gadea o habláis conmigo u os juro que vuestras desgracias no serán nada comparadas con el daño que os espera.

Gonzalo rugió maldiciones y la joven se acarició el vientre antes de aceptar. Hablaría con él. Si Julián estaba allí es porque deseaba atacar. «*Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus...*»

Engaño

—¿Qué pretendéis? —Gadea intentaba calmarse, a pesar de que, por dentro, un mar de sentimientos le retorcían las entrañas.

Julián fue su primer amor, y aunque no quedasen ni cenizas de aquel fuego, dolía comprobar el eterno error de los enamorados, ese que mostraba corazones celestiales en lugar de furiosas adversidades. Buscando la seguridad que no poseía escuchó atentamente a quien deseaba ver fuera de su hogar.

—Vuestro dinero —. Contestó pegando su cuerpo junto a la pared que limitaba el jardín con la casa.

Gadea se mordió la lengua para no jurar por todo lo alto. Alguna vez entregó la ingenuidad de sus sentimientos a quien buscaba posición y unas riquezas que su padre nunca poseyó. Tonta de ella por creer que el amor se escondía bajo la piel de la hiena.

—Parecéis sorprendida, pobre niña tonta —. La sonrisa de Julián no hizo más que resaltar la furia de Gonzalo, que a no más de diez pasos de distancia, los vigilaba disimulado.

Gadea respiró profundo. Si deseaba verla tambalear, ese cretino no lo conseguiría. Puede que en el pasado fuese quien le robó la inocencia, pero ya no era esa niña tonta, crédula y superficial. Era Gadea Ayala, esposa de Alonso De la Cruz, y dentro de su vientre llevaba el fruto de un gran amor. Lucharía por ellos contra Julián, sus intereses y quien cuernos intentase perjudicarles.

Buscando las fuerzas en la risa de las malvadas, estiró todo lo que pudo su espalda demostrando que sangre cristiana corría por sus venas, y sangre de luchadores por su vientre. Gonzalo, quien obedeció, pero sólo en parte, no le quitaba ojo. Si Julián movía un sólo dedo por encima de su cabeza, lanzaría su puñal directo al corazón. Ese desgraciado llevaba demasiado tiempo viviendo de prestado. Atento, pero sin poder escuchar una palabra de la conversación, no despegó sus cincos dedos del puñal. Tres serían los movimientos necesarios para dar de lleno en el pecho de aquél desgraciado, pero podría reducirlo a sólo dos, si las urgencias así lo requiriesen.

—Nunca fuisteis muy listo y parece que los años de batalla tampoco os han iluminado demasiado el cerebro. Estoy casada. Nada poseo que sea mío, y a decir verdad no os veo con el valor suficiente como para afrontaros contra mi esposo.

Caminó con paso lento por el entramado del jardín, simulando la poca importancia de la que el caballero era digna. Sus palabras sonaron convincentes, pero dudaba mucho que su rostro la acompañase. El valor no era algo enseñado sino aprendido, y aunque la vida últimamente le sonreía, no llegaban a ser los suficientes como para enfrentarse a un hombre con el odio en las venas y la furia en la

mirada.

Julián la siguió furioso, pero desistió de sujetarla por el codo al sentir el carraspeo de De Córdoba que los seguía de cerca. Puede que estuviese rabioso y desesperado, pero no lo suficiente como para no reconocer las habilidades del doncel. Él luchó en muchos campos de batalla contra los moros en Granada o bien, eso fue lo que les hizo creer a todos. Casi siempre logró que su presencia fuera reclamada más veces en las tiendas de campaña que en el campo de batalla, y de aquellos sobornos, estas urgencias de monedas.

—¿Os creéis que esas ropas costosas limpian la suciedad que manchan vuestro cuerpo? ¿Qué sucede Gadea, de tanto revolcaros con vuestro puerco marido os habéis convertido en una igual? Me han dicho que lleváis su simiente en el vientre. Dios debería castigaros por vuestra deslealtad.

La joven se giró con toda la rabia que era poseedora, pero se detuvo al ver a Gonzalo. Una palabra suya bastaría para que su amigo le quitase la vida al desgraciado y no podía permitirlo. El asesinato de un noble significaría la muerte para su amigo y una mancha complicada de limpiar para su esposo.

—Marcharos de mi casa antes que pierda la razón y ordene que os desoyen vivo.

—Mujer estúpida, he venido para reclamar lo que me pertenece.

—¡Nada de aquí os pertenece!

—Vos erais mía y pido recompensa por lo perdido.

Ambos se enfrentaron con la furia en la mirada y Gadea quiso ser hombre para ella misma cortarle el pescuezo a la rata. No solía ser mujer de sangre, pero por el mismo Dios, que Julián le provocaba los peores sentimientos.

—Engañasteis a una pobre niña que creyó en vuestras promesas. A vuestro regreso utilizasteis mi entrega para perjudicar a mi marido y ahora buscáis ¿qué? ¿recompensa? Habéis perdido el juicio. Os repito no poseo nada que os interese. Nunca tuve dote ni nada parecido, y a Dios debo las gracias del aceptar de mi esposo, que a pesar de todo, quiso conservarme. Iros mientras podáis, y enredar a otra ingenua en vuestra telaraña, aquí nada os pertenece.

—Y ahí es donde os equivocáis —dijo sonriente y con malicia— puede que nada poseáis, pero vuestro esposo sí. Él y su padre son los encargados de recoger los tributos e impuestos de carniceros, panaderos y otros comerciantes. Muchos de ellos ofrecen sus dineros en importantes bolsas cargadas hasta reventar.

—¡Esos aranceles son de la corona!

—Pero él las custodia. No son entregas inmediatas —dijo convencido con su plan.

Gadea abrió los ojos estupefacta ante las insinuaciones de su ex amor y actual rata.

—Definitivamente habéis perdido el juicio —. Quiso marcharse, pero las palabras de Julián la detuvieron en el sitio y de espaldas.

—Robaréis para mí o vuestra hermana no sobrevivirá a mi dulce trato.

Gadea sintió un fuerte temblor recorriéndole el cuerpo. En un principio creyó intuir que sería miedo, pero no fue tal. La furia le embargaba hasta el último de sus cabellos. Los dedos de mujer que se le cerraron como puños dispuestos a golpear como hombre. Con el valor de las hermanas mayores, y futura madre, se giró para encararlo con el valor de cien caballeros juntos.

—Dejad a mi hermana fuera de esto. Ella nada puede ofrecer a una rata como vos.

—Pero vos sí —dijo gruñendo entre dientes y acercando la mirada.

—No robaré a Judá.

—Pero que asco dais. Hasta por el nombre de judío lo llamáis. Quién sabe cuantas perversiones de hereje os obliga a hacer.

—¡Fuera!

—No, mi señora —dijo con cierta repugnancia al pronunciar su status social —. Haréis lo que os diga porque os conozco demasiado bien como para saber que darías vuestra estúpida vida por esa loca.

—Habéis perdido el poco juicio que aún conservabais si es que alguna vez tuvisteis alguno. No haré nada de lo que pedís.

—¿Entonces soportaréis que vuestra hermana comparta lecho junto a mí? Os recuerdo que no me preocupé mucho por vos en vuestra primera vez, pero al menos no os lastimé. Algo que sí pienso hacer con a ella.

—Pero ¿qué?

La joven era incapaz de comprender. Por un momento los mareos del embarazo, junto con la repugnancia de las palabras de Julián, consiguieron desequilibrarla. Si no fuese por el olivo, que se encontraba justo a su lado, dudaba que se hubiese mantenido en pie. ¿Julián pensaba violar a su hermana? ¿Raptarla quizás? ¿de qué demonios hablaba el desgraciado?

—Veo que vais comprendiendo —contestó satisfecho—vuestra palidez enfermiza así me lo indican.

—No os atreveréis a raptarla. Mi marido no os lo permitirá.

—No será necesario. No si me caso con ella.

—¡Eso no sucederá jamás! Ninguno de nosotros lo permitirá.

—Poco me importan los permisos de una mujer y no temo a vuestro esposo. Su dinero nada podrá conseguir frente a una denuncia ante la justicia civil. Sí queridísima Gadea Ayala, o cumplís con lo que

os pido o vuestra delicada hermana se convertirá en simples despojos después de su primera semana de matrimonio. Su dulce cuerpo no soportará mis atenciones, os lo prometo.

—No podéis obligarla —dijo confundida y terriblemente mareada.

—Oh, sí que puedo. ¿Acaso no os ha contado sobre las cartas de amor que a diario recibe?

Gadea esta vez se tambaleó, a tal punto de que en un abrir y cerrar de ojos, se encontraba envuelta en los brazos de su amigo De Córdoba que la sostuvo por la cintura y con ambas manos.

—¡Qué os ha dicho! —Gruñó entre dientes esperando tener una razón para arrancar la cabeza a la rata que tenía delante.

—Hacedlo y las pruebas de mi muerte no recaerán en otra persona más que en Juana.

Gonzalo soltó a Gadea, y estaba por abalanzarse sobre el hombre al escuchar el nombre de la joven, pero su amiga lo sostuvo con fuerza por el hombro.

—Gadea, marchad dentro de casa. ¡Ahora! —Gonzalo arrancó el estoque de su cintura apuntando al hombre que sonreía perverso.

—No puedo permitir que lo hagáis, aunque es mi mayor deseo —dijo con la voz cansada—. Me temo que tiene razón. Juana sería la principal sospechosa.

—¿Pero de qué habláis?

—Una semana señora. Es todo el plazo que os doy para darme lo que os pido o ya sabéis lo que reclamaré.

Julián se giró con la elegancia de los sucios caballeros. Esfumándose por la entrada demasiado acelerado, quizás debido a que temía encontrarse con el converso de frente. La muchacha por poco cayó al suelo y Gonzalo la sostuvo nuevamente evitando su desplome.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no me permitisteis matar al desgraciado? ¿qué tiene que ver Juana en todo esto?

—Las cartas… —dijo sin explicación y causando más incertidumbre en el doncel.

—¿Cartas?

—Las cartas son suyas. Las cartas de amor.

Gonzalo de Córdoba, que, aunque fuerte combatiente, no poseía mucho dominio de las leyes, la miró como si a la joven le saliesen cuernos por encima de los ojos.

La muchacha pensó en su pobre hermana y las consecuencias de su ilusión de mujercita admirada, y las tripas se le revolvieron al punto que comenzó a vomitar junto al árbol. Gonzalo sujetó su frente hasta que se recompuso, y con cuidado la acercó junto al banco, frente del aljibe, aunque con los nervios a punto de explotarle, el fiel amigo esperó todo lo que pudo.

—Gadea, por favor… —dijo sintiéndose incapaz de controlarse mucho más. El sólo hecho de pensar que Juana se encontraba en peligro lo alteraba al punto de la desesperación. Nunca había vivido algo similar.

Los puños se le abrían y cerraban enloquecidos buscando ideas, pero la escasez de cultura le negaba a su cerebro encontrar respuestas. En momentos como este odiaba ser el segundón, un don nadie sin dinero, un pobre y maldito caballero, con las únicas posesiones de una armadura maltrecha y un caballo agotado.

—Las cartas hablan de temas íntimos que sólo a una pareja corresponde —dijo consiguiendo que la acidez de su estómago le permitiese hablar.

—Pero no son ciertas, ¿no? —Preguntó suplicando al cielo que así fuese.

—Todo lo escrito son viles mentiras —. Contestó segura a lo que Gonzalo respondió con un resoplido de alivio —. Pero eso poco importa si se presentan a la justicia civil. Julián puede demostrar promesa de casamiento y reclamar a Juana como esposa. Las cartas la condenan.

—¿Pero por qué desearía Julián comprometerse con Juana? No posee dotes ni contactos que lo beneficien para un buen matrimonio —. Gonzalo caminó intentando comprender algo de aquella locura.

—Para obligarme.

—¿Pero ya estáis casada?

—Y eso es lo que busca. El dinero de mi esposo. Si no robo los recaudos de mi marido él reclamará a Juana. Prometió que sería cruel con ella.

—Lo mataré —. Contestó seguro.

Juana se acercó al jardín con una de las pequeñas bolas de pelo en los brazos, y fue tal su extrañeza al ver a Julián, que se acercó lo más rápido que pudo junto a su hermana. El hombre marchó antes que ella llegase y Gadea apresaba con fuerza el brazo de Gonzalo mientras asentía a sus palabras. ¿Sería que el amor había renacido entre ellos? Las dudas de los celos la embargaron en un principio, pero al instante recordó el amor de Gadea por su marido, y movió la cabeza para arrancar las estúpidas dudas. Sonriente y abrazando al pequeño gatito, se acercó lentamente. Sin dar crédito, y en la distancia corta, escuchó cada una de las palabras que tanto su amor como su hermana soltaban por la boca. Aquello era una pesadilla. Una increíble y con final de muerte. Su propia muerte.

Confianza

La joven giraba arrastrando los pies, alrededor del escritorio de su marido, sin decir palabra, y no porque fuese exactamente muda. La amenaza de Julián le resultaba imposible de olvidar. Toda la noche buscó solución posible pero no existía ninguna en la cual alguien no resultase dañado. Matar a la rata sería una muy buena práctica, pero la idea carecía de sentido al pensar en Gonzalo o en su propio marido ahorcados por el asesinato de un noble. No, Julián no merecía tanta dicha, «¿pero cuál?», se preguntó una vez y otra también. «¿Cuál es la solución?»

No podía engañarle ni mucho menos robarle. Judá era su esposo, su compañero, su amante, no lo engañaría, ¿pero entonces qué sería de su hermana? Si no cumplía las órdenes Juana no sobreviviría. El cuerpo se le sobrecogió al pensar en su pequeña hermana entregada a los vicios de aquella rata apestosa.

—Lleváis desde anoche así —Judá habló preocupado poniéndose de pie junto a ella. Sus temores eran tantos que ni siquiera fue capaz de escucharlo acercarse. Con libertad se dejó acariciar y recibir el consuelo de su ardiente abrazo, pero sin responder. No podía —. Os conozco y algo sucede. Necesito que me lo contéis o no podré ayudaros. ¿Acaso no confiáis en mí?

El hombre la abrazaba, y por un momento se planteó contarle la gravedad de la situación, pero sólo pensar en la reacción de su marido… Judá buscaría a la rata y le rajaría el cuello sin medir las consecuencias. Con mayor fuerza se sujetó a la ancha cintura y aspiró el aroma de su hombre. Cuero, Almizcle y esencia de puro honor. No, no podía prescindir de Judá. Lo amaba más allá de cualquier explicación y moriría sin su presencia.

—Estáis sufriendo, ¿es por algo qué he hecho?

Las lágrimas comenzaron a brotar en absoluto silencio. ¿Su culpa? ¿Cómo podía siquiera imaginarlo? Desde que lo conoció no fueron más que problemas los que aportó al matrimonio y soluciones las que de él recibió.

—Os amo —. Contestó con apenas voz y con el rostro pegado a su torso —. Tengo miedo —dijo sin pensar y sin completar. Miedo a perderlo, miedo por su hermana, miedo a Julián, miedo a las consecuencias de lo que debería hacer.

—Yo también os amo —con ternura acarició su barbilla—y no debéis temer. He hablado con la morisca y ella misma os asistirá en el parto. Es la mejor entre todas. Todo saldrá bien. Os lo prometo.

¿El niño? ¿Pensaba que estaba atemorizada por el parto? En absoluto sentía temor por un acto divino de Dios. Traería al mundo al hijo del hombre que amaba, nada saldría mal. Muchas mujeres morían

en el alumbramiento, pero muchas más eran las que se dejaban morir. Presas de malos matrimonios, se abandonaban a la rendición, antes que continuar en el lecho de aquellos que tanto las lastimaban. No, su caso no era ese. Quiso hablar, pero las lágrimas brotaron con mayor intensidad. No lo comprendía muy bien, pero a más gorda se ponía su tripa, mayor era la sensibilidad que sentía.

—¿Estaréis a mi lado? Debéis prometerlo. Prometedlo —. Los nervios le estrangulaban las entrañas al pensar en la reacción de Judá cuando descubriese su engaño.

—No me separaré de vuestro lado ¿es que aún no lo comprendéis?

La sonrisa de su marido le iluminó y ella se enamoró aún más. Con la potencia de la más experta de las amantes, se aferró a su cuello y lo besó allí donde la vena le latía con fuerza. Intentaba absorberlo. Necesitaba demostrar con hechos que lo amaba más allá de errores futuros.

La tripa no era muy voluptuosa aún, pero consiguió que sus senos hinchados como naranjas turgentes, presionasen el calor de un pecho masculino que comenzó a arder en su propio deseo.

—Cielo… —murmuró aceptando el desafío. Sus bocas lucharon la una con la otra ante un Judá que se acercaba caminando de espaldas hacia la puerta.

Si ella lo necesitaba él estaría. Sabía perfectamente que algo ocultaba, pero en esos momentos su razonamiento se encontraba en otro sitio. Quizás después de que la amase lograse que hablara, se dijo intentando justificar lo inevitable. Caminó pasos inseguros hacia atrás mientras sus bocas luchaban por tomar el control la una por encima de la otra.

El frescor de la mujer lo dominó. Sin poder pensar, estiró la mano hacia atrás buscando la maldita traba que bloquease la puerta y les proporcionase la intimidad necesaria para hacerla suya, cuando la carraspera gruesa y masculina lo hizo maldecir sobre los labios de la mujer deseada. La presencia de su primo Beltrán en el marco de la puerta y con los brazos cruzados le despertó de la ensoñación. Debería dejar la intimidad para otro momento. Con delicadeza sujetó los dedos de la joven que se aferró aún más a su cuello. Intentando apartar a la muchacha gimió de placer insatisfecho y a punto estuvo de arrojar a su primo del portal con una única patada. Por unos segundos sudorosos, decidió elevarla por encima del escritorio y hacerla suya, pero la claridad le alcanzó de repente. No podía actuar con ella como si de una criada se tratase. Aceptando sin ganas que la separase de su calor, Gadea alzó los ojos nublados por el deseo ante un Judá que suplicaba disculpas con la mirada.

—Cariño… obligaciones —. Contestó inseguro.

Su primo se sonrió divertido y sin moverse un centímetro de la puerta. El desgraciado parecía disfrutar de la incómoda escena. Fue en ese momento que la muchacha se percató de la presencia de Beltrán y se puso roja como el más maduro de los tomates. Con algo de integridad estiró el cuello y recobró la compostura. No es que Beltrán fuese ningún ingenuo ni que no supiese lo que hacían las parejas casadas cuando se encontraban a solas, pero los calores indecorosos no dejaron de subirle por el cuello hasta alcanzarle el rostro.

El grito del pequeño por los pasillos y entrando corriendo al despacho, la disculparon de tener que excusarse. El niño se aferró a sus piernas antes que Alegría se acercase agitada. La mujer, quien lo perseguía de cerca, balbuceaba órdenes incoherentes, pero fue Judá quién alzando la mano la hizo marchar.

—Veo que os ha tomado cariño —dijo al ver como el pequeño ocultaba la frente entre las faldas de su salvadora.

—Pensé que se encontraba en el beaterio junto a las mujeres —. Preguntó confusa y aceptando el tierno abrazo.

—Anoche estabais dormida cuando lo traje. Pedí a Alegría que lo asease y le diese algo de comer. Pasará una temporada con nosotros.

Gadea torció el cuello alzando la barbilla en señal de incomprensión, pero no recibió respuesta. Como buena señora obediente, no quiso apabullarlo con sus dudas habituales delante del primo, por lo que aceptó su decisión con una ligera caída de rostro causando la risa en su marido.

—¿Creéis que tiene nombre? ¿Necesito poder comunicarme con él?

—No lo sé —respondió alejando al pequeño de entre sus piernas y sosteniéndole la mano. El niño se atemorizó con la presencia de Judá y ella le sonrió mientras le murmuraba con lentitud y mirándole fijamente al rostro.

—No tenéis porqué temer —. El niño asintió, pero dudoso —. No puede hablar, pero nos comprende.

Judá asintió con el rostro fruncido como si analizase la situación.

—¿Ahora os dedicáis también a proteger niños abandonados? Primero las mujeres, luego niños y gatos, ¿quién será el siguiente? Primo me temo que no os reconozco. Puede que pronto os vea lavando vuestras propias ropas en el río.

Las palabras de Beltrán enfadaron a Gadea, pero surgieron el efecto buscado en su esposo, quien se puso rudo y a la defensiva al instante.

—Preguntadle cómo se hizo la herida.

—Esposo, no puede hablar, ¿cómo pensáis qué…?

—Hacedlo.

Mordiéndose la lengua aceptó la orden. Su marido acababa de ser herido en su masculino orgullo y no deseaba sumar leña a la hoguera avivada. ¿En qué estaría pensando Beltrán para provocar el carácter de Judá de semejante manera?

—No debéis temer, nada os sucederá mientras estéis con nosotros. Mi esposo os protegerá, pero para ello necesita saber quién os ha herido

El niño tembló al instante y con los ojos abiertos tan grandes, como el pánico que latía por sus nervios se puso a balbucear sonidos desesperados e incomprensibles.

—Sh, tranquilo, no debéis temer, mi esposo os protegerá.

Judá aprovechó la oportunidad ofrecida por las palabras de su mujer, y acercándose junto al pequeño, se puso en cuclillas. Puede que lo considerasen un hombre rudo, y puede también que la suavidad no fuese la mejor de sus cualidades, pero recordaba perfectamente lo que se sentía al estar solo e indefenso.

—Nadie va a lastimaros, os lo prometo. Os cuidaré, pero necesito saber. ¿Quién os clavó el puñal? ¿Lo habéis visto?

El niño asintió y sin mover el rostro, levantó la mirada hacia un nervioso Beltrán. El hombre en un principio pensó que el niño lo acusaría, pero al momento se tranquilizó. En su visita a la cueva, mejor dicho, en el rapto sufrido, no vio a ningún niño. Por lo menos no a ninguno que saliese de allí con vida. El pequeño seguramente huyese de un sacrificio anterior y gracias al cielo que así lo hiciese

El pequeño anduvo unos pasos y señaló con los deditos temblando el puñal de Beltrán. Este, simulando tranquilidad, desenfundó el arma para mostrársela, pero el pequeño corrió nuevamente bajo las faldas de su protectora. Judá también se acercó a su primo y extendió la palma de la mano hacia arriba esperando que se la entregase. Este lo hizo con toda la serenidad que fue capaz. Si el pequeño lo reconocía, si lo acusaba, entonces todo estaba terminado. Jamás ganó a su primo en un entrenamiento de espadas y esta no sería la primera vez.

El conversó miró el puñal extrañado y retornando a la posición de cuclillas, y con una sonrisa que asustaba más que tranquilizaba, pidió al niño que se acercase. El pequeño negó con la cabeza al punto de desencajarla del cuello.

—Vamos —dijo Gadea sosteniéndole de la mano y comprendiendo sus temores —. A mí también a veces me asusta, pero no muerde.

—¿No, esposa? —Murmuró desde el suelo y a la altura de sus rodillas. La muchacha sonrió y el niño se relajó al ver la diversión en la pareja, aunque no comprendiese la broma.

Gadea lo empujó de los hombros hacia Judá quien extendió el puñal para que el niño lo mirase de cerca. El dedito tembloroso señaló la marca del herrero y Judá aceptó su movimiento como si comprendiese el mensaje silencioso.

—Es la firma de Munio, el herrero junto a la iglesia de Santa Justa. Existen cientos de puñales como este —dijo Beltrán calmando sus propios nervios.

—Pero no si es de alguien más allá de la muralla. No le gustan los extranjeros. Sólo alguien con dinero suficiente puede pagar los precios del usurero de Munio. Su forja es la más prestigiosa de toda Toledo, sólo trabaja para nobles con bolsillos llenos y de esos no se ven muchos últimamente…

—¿Llegasteis a verle el rostro?

El niño negó con la cabeza.

—Y al otro niño que apareció muerto. El de la cueva. ¿Lo conocíais?

El niño asintió lloroso. Levantó los bracitos y mostró por la ventana tierras lejanas.

—¿Allí? —Contestó alzándolo por la cintura para acercarlo al ventanal y señalarle con el dedo. El pequeño en un principio se asustó, pero al instante los brazos fuertes de Judá lo hicieron sentirse seguro y hasta un tanto feliz. Su estatura se elevaba mucho más allá que lo normal y se sintió poderoso —. ¿Ávila?

Con grandes golpes de cabeza asintió feliz de sentirse comprendido.

—¿Tenéis familia?

El pequeño negó con la cabeza lentamente y el converso asintió comprobando sus sospechas. Niños defectuosos, frutos de un pecado que sus padres habían cometido y que el señor se cobraba con minusvalías, eran a quienes aquellos desalmados utilizaban como chivos expiatorios. Pensaba continuar con su interrogatorio cuando la fiel criada regresó nuevamente en busca del pequeño, pero esta vez él no corrió buscando refugio en su señora. Los brazos de su protector eran demasiado fuertes y se sentía poderoso en las alturas. Alzando la barbilla, y sujetándose al robusto hombro, la miró con altivez. Se encontraba en brazos del señor de la casa y eso le proporcionaba la seguridad de los escogidos. Gadea se acerco y contestó a una Alegría que frunció el ceño en señal de venganza futura.

—Alegría, es una pena, pero creo que vuestro pan recién horneado deberá esperar. Nuestro invitado no parece tener hambre.

El pequeño miró a Judá en señal de disculpas, y se lanzó al suelo para sujetar la mano de la criada, que sintió como se le esfumaba el enfado al instante. El niño era demasiado pequeño e inocente como para no ganársela en un abrir y cerrar de ojos. Ambos

marcharon, y Beltrán, quien seguía pensando en sus asuntos, no se percató de la mirada intensa de la señora de la casa.

—Últimamente se os nota muy distraído, ¿enamorado quizás? —dijo con sonrisilla traviesa y dejando congelado a Beltrán que no supo que responder.

Judá se carcajeó por todo lo alto. La venganza se servía en forma de mujer esquiva, se dijo conforme con la justicia divina.

—A decir verdad, y ahora que lo comentáis, yo también os noto algo distraído.

Beltrán aceptó las bromas. Aquello era mucho mejor que el puñal de su primo cortándole el pescuezo.

—Me temo que no todos tenemos la misma suerte que vos. Habéis conquistado a la mujer más preciosa de todas. No existe muchacha capaz de encandilar como lo hace su sonrisa.

Gadea se sonrojó y Judá acabó el halago al instante. No eran momentos de alabanzas a su esposa, y mucho menos si estas provenían de otro hombre. Con mano firme recogió la capa, cerró el cofre de encima de su mesa, lo guardó tras unos libros y marchó hacia la puerta.

—Esperadme para la cena —. Comentó más como orden de un hombre celoso que como petición cariñosa.

La muchacha asintió, pero no sin agregar unas palabras que lo dejaron confundido.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por permitirme estar a vuestro lado en el interrogatorio.

—Confío en vos —dijo ofreciéndole un beso rápido en la frente antes de marchar.

Confío en vos… Si su marido supiese que no dejaba de pensar en el cofre que acababa de guardar tras la repisa. Si él supiese...

Los hombres salieron por la puerta y una lágrima bañó su mejilla. De forma instintiva se acarició el vientre suplicando a la virgen que le ofreciese un camino para su salvación. Si Judá aún no la había repudiado, pronto lo haría, y entonces se encontraría tan desvalida como la más pobres de las mujeres del beaterio. Su hijo quizás fuese conservado, pero ella, ella no poseería salvación alguna.

—Hermana… —Las palabras de Juana surgieron de golpe en el despacho, y aunque se apresuró a secarse las mejillas, no fue lo suficientemente rápida como para ocultar su pena.

—No debéis hacerlo. Encontraremos otra salida.

Juana lo sabía todo. Confesó haberla escuchado a ella y Gonzalo hablar. Le suplicó que no lo hiciese, pero Gadea no le prestaba atención.

—No poseo otro camino —. Contestó atragantada por el

sufrimiento.

«Yo sí». Se dijo Juana cerrando los ojos y sabiendo que la decisión ya estaba tomada. No sacrificaría la vida y el amor de Gadea por su propia imprudencia. Ignorante de las leyes, contestó a las dichosas cartas, y hoy sus tontas palabras representaban su condena. Las leyes civiles eran claras. Las palabras escritas suscitaban dudas y ante la menor sospecha, era el hombre quien recibía el favor de la sentencia. Julián podía obligarla, según las leyes, a casarse y meterse en su cama, pero eso no sucedería si ella se encontraba lejos de Toledo.

Con ganas terminó el caldo algo frío cuando comprobó los ojitos cerrados de la joven.

—Mi pobre niña… quien sabe cuánto miedo has pasado.

La abuela acarició la larga melena ondulada de su nieta agradeciendo a Dios el seguir viva. Prometió a su madre cuidar de ella y llevarla con su padre y es lo que haría. Miles de peripecias tuvo que afrontar hasta llegar a Sevilla. Falsificó papeles y compró permisos todo para poder subir al barco hacia el nuevo mundo. A los nuevos cristianos no se les permitía viajar y mucho menos a unos acusados y perseguidos. Con el dolor en el alma abandonó su Toledo natal y llevándose todo lo de valor, sujetó la mano de su nieta para decir adiós a la tierra que la vio nacer. Allí se quedaban muchos recuerdos, pero ninguno con vida. Constanza lo era todo y por la promesa a su hija muerta no descansaría hasta verla segura en brazos de un padre que por amor no pudo más que dejarlas atrás.

La niña apoyaba el rostro sobre el libro que tanto amaba y ella se divirtió al imaginar el rostro de la pequeña cuando supiese que por su sangre corría el mismo valor que el de Gadea Ayala y el mismo coraje que Judá de Martorell.

Un futuro por descubrir

Sigiloso anduvo por la oscuridad de los pasillos cual espía de la corona. Tenía hambre y quería algo de pan, pero debería robarlo antes de que la regordeta de Alegría se hiciese presente en la cocina, y le arruinase los planes. Llevaba la mitad del camino andado cuando un sonido lo hizo esconderse tras la gruesa columna. Bien, puede que no fuese tan gruesa, pero para alguien de su tamaño daba la talla.

Cinco eran los años que decían que debería tener, ¿y por qué no creerles?, después de todo no recordaba el día de cuando nació. ¿Es qué los que preguntaban no sabían que era muy bebé como para recordarlo? De quién sí se acordaba era de su madre. Recordaba haber cruzado el puente romano dándole la mano. Ambos caminaron en silencio por mucho tiempo hasta que se detuvieron. La puerta de madera, tan alta como los cielos, estaba cerrada y allí se sentó a esperar. «Las monjas cuidaran de vos», dijo ella antes de marchar por ese camino del que nunca regresó.

Con su naricita respingona, asomó por un costado de la columna para ver de quién se trataba. No es que él fuese muy curioso, pero por aquellos lares escuchar a tiempo muchas veces simbolizaba salvar la vida. Si no hubiese sido porque vio como mataron a su compañero no hubiese tenido el valor de huir con medio cuerpo seco en sangre. Al salir de la cueva logró esconderse. No supo exactamente cuanto hubo marchado, hasta que agotado, se entregó a la muerte. Si no hubiese sido por su salvadora de mirada tierna, ahora se encontraría en el limbo de las almas no consagradas. No era conocedor de estar bautizado y no tenía a quien preguntarlo, pero lo que sí sabía era que los pobres no siempre iban al cielo, y a pobreza no le ganaba nadie. Su escaso cuerpo arrastraba profundos pecados, lo evidenciaba su falta de voz. Con pena se acarició la garganta intentando imaginar el mal tan grande que tuvo que infringir como para que Dios lo castigase con semejante tortura. Sabía pensar y era bastante rápido haciéndolo, pero de poco le servía si nadie lo escuchaba.

El ruido a telas rozando con las maderas del suelo le hizo arrugar la vista para observar mejor en la penumbra de la mañana. Era demasiado temprano hasta para la servidumbre. Quien quiera que fuese, no estaba allí para nada bueno. Miró con precaución y consiguió distinguir a la joven, esa que decía ser la hermana de su señora. La muchacha cargaba un pequeño saco a la espalda y caminaba en punta de pies intentando no ser descubierta. Su cuerpo se cubría con una gran capa negra que, aunque la hacía parecer un inmenso cuervo, él no era ningún tonto como para no distinguirla. Los huesos menudos y el mechón de pelo castaño escapándosele por el

costado del capirote, la delataron. La continuó espiando extrañado ante la situación. Ella parecía un preso listo para escapar, pero ¿quién en su sano juicio querría escapar de una casa como aquella? La comida era abundante, las camas no tenían pulgas, la señora era dulce y el señor no los golpeaba, ¿qué otro sitio podría ser mejor que ese?

La pequeña mujer marchó rumbo a la puerta y él caminó, pero con un destino diferente al de la cocina. La actitud de la joven lo dejó extrañado y puede que incluso algo preocupado. No solía interesarse por nadie que no fuese él mismo, después de todo mantenerse vivo era trabajo más que suficiente para alguien de su estatura, pero las lágrimas que la joven secó al mirar por última vez la sala, le recordaron a la mujer de un año atrás. Una, que secando una lágrima al mirarlo, aceptó la mano del hombre que la acompañaba, y se marchó. Sentado en el portal, espero a que regresase, pero ella nunca volvió. No la odiaba, cada cual se buscaba la vida como podía. Los cereales no alcanzaban para todos y el hospicio a veces solía ser el mejor de los males. La pobre ignorante no supo informarse y lo abandonó ante la peor de las iglesias. El cura lo empujó de una patada, y la criada, de la que se decía que compartían lecho, ni siquiera se apiadó. Con un poco de aquí, y con otro poco de allí, mendigó lo suficiente como para sobrevivir. Luego, otros niños le enseñaron el oficio de la calle, y todo hubiese estado bien si no fuese por aquellos hombres grandes que los apresaron y de un golpe los llevaron hasta Toledo. Él no conocía la ciudad e ignoraba las razones por las que aquellos desgraciados mataron a su compañero, pero así era mejor. Como bien decía el Trampas: “el tiempo no se gasta en pensamientos sin caminos”. Hombres perversos y aprovechados existirían siempre, niños desvalidos también. Así era la tierra del Señor y así la justicia Divina

Con cuidado y casi temblando entró al cuarto de su señora. No sabía bien porqué se metía en semejante lío, pero la mujer había sido tan buena con él, que le debía fidelidad, y aunque el honor no se considerase una condición de pobres, él sabía que lo llevaba en la sangre. «Quién sabe, quizás soy hijo bastardo de un noble caballero». Sonriente con sus pensamientos de niño tonto, se olvidó que se encontraba entrando escurridizo en el cuarto de su señora. Cuando casi chocó con la cama, sintió como una mano fuerte y de dedos anchos, lo sostuvo de la camisa y lo levantó por encima del cuerpo de la mujer.

Su señor, quien el día anterior le pareció un buen hombre, esta vez no se lo parecía tanto. La negra mirada lo interrogaba molesto mientras con el poder de una sola mano lo elevaba por los aires. Su esposa, asustada al notar el cuerpo de un pequeño flotar por encima del suyo, chilló de la impresión y fue allí cuando el sonido grave de la

voz del hombre le hizo temblar hasta las uñas de los pies.

—Qué estáis haciendo aquí —. La voz fría de quien se incorporaba del lecho, pero sin soltarlo, le hizo tragar en seco la poca saliva que tenía.

—¡Esposo lo estáis asustando!

Gadea chilló ante un Judá que la miró sorprendido.

—¿Os salvo la vida y es a mi a quien recriminái?

La joven que llevaba la fina camisa de dormir cubrió su cuerpo con la manta mientras le exigía que soltase al pequeño.

Una vez libre corrió ante su ama y protectora. No sabía bien porqué, pero el aroma de esa mujer lo tranquilizaba.

—Aquí nadie ha intentado matarme. Tranquilo pequeño, nadie te hará daño. ¿Me buscabais a mí?

Él asintió con la cabeza, pero sin dejar de mirar a su señor que continuaba con el ceño fruncido y pareciéndose más a un demonio que a un protector. Asustado, tomó su mano y estaba por guiarla hacia la puerta, cuando el sonido de sus tripas le recordaron la razón por la que se encontraba despierto. Gadea, quien también escuchó tan fuerte rugido se rio divertida.

—¿Es por eso qué me buscabais? Esposo continuad descansando, lo llevaré a la cocina y luego regresaré con vos.

—No os demoréis.

Ella asintió y tomando la pequeña manita salió por la puerta. Estaba por girar a la izquierda rumbo a la cocina cuando el niño insistió en girar hacia la derecha rumbo a las habitaciones. Extrañada consintió que la guiase. El pequeño se detuvo ante la habitación de su hermana y ella lo cuestionó.

—No necesito a Juana para daros un trozo de pan.

El niño negó e insistió, por lo que, preocupada, abrió la puerta para mirar a todos lados. Todo estaba en orden. En demasiado orden, pensó al recordar a Juana. Aquello no era normal. Entró intentando verla dormir en el lecho pero allí no había nadie. La cama parecía no haberse utilizado en toda la noche. Preocupada abrió el cofre de las ropas y fue allí que comprobó la realidad de la situación. Su hermana no estaba. Corriendo y olvidándose del pequeño fue en busca de la única persona que podría ayudarla, cuando chocó de frente con un Gonzalo, que acababa de levantarse.

—Juana…Juana… —Balbuceó intentando recuperar el aliento —. Tengo que ir a por mi esposo —. Las manos fuertes del doncel la detuvieron por los hombros.

—¿Qué sucede con Juana?

—Ha huido. Ha huido.

La voz de Gadea se perdía entre sollozos. La manita del niño la sujetó con fuerza intentando darle ánimos mientras Gonzalo maldecía

entre dientes.

—Judá, debo decirle…

Gonzalo, quien no terminaba de creerse la historia, no le permitió correr a los brazos de su esposo.

—Esperad. No podéis ir con él —. La joven negó con todas sus fuerzas mientras intentaba soltarse de su fuerte agarre —. Gadea, mi señora, por favor escuchadme. Si vuestro esposo se entera que Juana ha huido querrá saber el motivo. La muchacha dejó de forcejear como si por primera vez pensase en ello —. ¿Lo comprendéis ahora? Julián estaría muerto antes del canto del gallo y vuestro esposo ahorcado al atardecer.

—Pero Juana… es mi hermana. No puede estar sola por las calles. No sobrevivirá.

Gadea temblaba de sólo pensar lo expuesta que se encontraba la joven deambulando sin rumbo.

—Por favor, Gadea, necesito que penséis ¿dónde pudo haber ido?

—No lo sé, no lo sé —. Contestó histérica.

—Vamos, pensad. Sólo vos podéis saberlo. Vamos, mi señora, ella os necesita.

Gonzalo se encontraba a punto de perder la coherencia al igual que la joven, pero necesitaba mantenerse tranquilo, de su frialdad dependía la supervivencia de Juana. La pequeña sabandija estaba sola por las calles y el miedo se le instaló en la sangre. Quería ir en su busca, encontrarla y luego matarla, pero entre sus brazos.

—Pensad, Gadea… pensad… ¿tal vez en el beaterio con las mujeres?

—No… no —dijo insegura— sabría que sería el primer sitio en donde la buscaríamos. Ella es más lista.

—¿Entonces dónde Gadea? ¿dónde iría una muchacha sin pertenencias ni dinero?

—Dinero, dinero… ¡dinero!

Gadea corrió nuevamente al cuarto de la joven para soltar una madera del suelo algo floja. El atónito Gonzalo la siguió de cerca.

—No se lo ha llevado —dijo sujetando un grueso collar de oro.

—¿De qué estáis hablando?

—Las joyas. Ha ido a por las otras.

—¡Qué joyas!

El cordobés perdió el último hilo de cordura que poseía. El tiempo pasaba y Juana se alejaba cada vez más. No sabía su destino, pero sí sabía que cada momento que perdían eran momentos de vida jugados. Vida de Juana. «Aguantad pequeña», se dijo prometiéndose que la encontraría, aunque la vida le fuese en ello. Cada mañana que amanecía la quería más, estaba seguro de ello. No podía seguir

negando las evidencias del corazón. La mayor de las Ayala lo encandiló, pero la pequeña, lo poseyó hasta la última fibra de su anhelante cuerpo.

Amaba a su sabandija, adoraba su coraje, lo enloquecían sus curvas y lo atormentaba su decisión. Si eso no era amor entonces que el buen Dios lo matase porque con esa desazón no se podía continuar.

—Encontramos unas joyas en la cueva bajo la casa del marqués de Villena. Parecían llevar siglos allí y nosotras decidimos que nos las quedaríamos. Las mujeres y los niños necesitaban alimentos… No pretendíamos hacer mal a nadie.

—Pero no se llevó el collar —. La voz de Gonzalo era más insegura de lo habitual —. Ella no quiso privarles de alimentos a las mujeres.

—Puede que no, pero hay más. Muchas más simples y sencillas de vender. Las escondimos por seguridad. Debe haber ido por ellas. Estoy segura. ¡Gonzalo debéis ir a por mi hermana!

—¿Dónde, Gadea?

—Monasterio de Sorbaces.

Gonzalo asintió y salió corriendo por los pasillos mientras gritaba al mozo de cuadras que le preparasen un caballo. No tenía ni idea de cuáles eran las joyas ni porque las mujeres las escondieron, pero si Gadea pensaba que Juana iba para allí, es porque así sería. Aquellas dos eran como gemelas. Lo que pensaba la una, la otra lo ejecutaba.

Saltó sobre el caballo y puso rumbo al monasterio. Encontraría a Juana, le gritaría furioso, luego la besaría como llevaba tiempo imaginando, y después haría lo que debió hacer desde un primer momento. Solucionarlo todo.

Acepto

El caballo andaluz corría como el viento sin importarle el polvo del camino. Necesitaba alcanzarla. No estaba seguro del destino de la pequeña sabandija, pero aferrarse a la idea de encontrarla en Santa María de Sorbaces, representaba su única razón de respirar. Se aferraría a ella como al último cereal de hambriento o moriría intentándolo. Si la predicción de Gadea fallase tendría que aceptar que la había perdido y aquello no era ni humana ni racionalmente posible. «¡Por los clavos de Cristo!» se dijo mientras presionó con fuerza los lomos del animal para que apresurase la carrera. Las espuelas marcaron el duro cuero del animal que, enfadado, esparció por los aires el árido de una Toledo reseca bajo el intenso sol primaveral.

El sudor le bañaba la piel bajo las prendas mientras las conclusiones presionaban sus pensamientos agotados. No podía perderla. No podía volver a pasar por lo mismo que cuando la creyó muerta. No lo soportaría. Aún recordaba el olor a sangre y martirio penetrarle las fosas nasales. Loco de dolor y furia corrió con el cuerpo inerte de Juna en brazos hacia la casa de su señor. Escalando las imposibles cuestas rezó incansable. Rezó igual que en estos momentos, se dijo al comprender la locura en la que lo sumían sus profundos sentimientos. De niña lo volvía loco con sus incansables persecuciones, y de mujer, de mujer lo enloquecía aún más que antes.

—Niña…

Las palabras brotaron golpeando contra el viento fresco del amanecer. ¿En qué momento había pasado de niña a mujer? No lo sabía, pero ese día había llegado, y las dudas quedarían atrás. Era de estúpidos no reconocer la intensidad de sus latidos al sentirla cerca. El deseo se despertaba con su imagen. Lujuria y posesión bullían por unas venas que temblaban necesitadas de sus caricias. No estaba seguro de si sus dudas se debían al amor trovador o al deseo carnal pero fuese lo que fuese aquello, lo estaba enloqueciendo. Él nada poseía, ella nada poseía, y esos eran motivos necesarios y suficientes como para brindarse abrigo mutuo.

Castilla no era terreno fácil pero tampoco lo eran el resto de reinos. Debían sobrevivir, y si era del Señor que sus penares se uniesen, pues que así fuese. Ya no lucharía contra aquello que era del Padre, porque sólo él conocía sus designios y sólo a él pertenecían el poder, la justicia y el corazón. Como buen nieto de templario, se santiguo al bajar del caballo, para acto seguido esconder su cruz de plata bajo la camisa.

Dos animales pastando junto a la puerta de la iglesia le dieron mal presagio. Una de las yeguas pertenecía indudablemente al converso, Alonso De la Cruz. La perfección del animal y la costosa

montura lo delataban ¿pero y el otro? Eso no era un caballo ni yegua, apenas si era un burro y de los que daban más pena que gloria, de esos que peinaban canas hasta en el rabo. El bicho lo miró, y con el hueco que reemplazaba un diente, le proporcionó una sonrisa que le produjo la misma atracción que las indirectas de la vieja Dominga en las tardes de verano.

«¿Ladrones?» Con la precaución de los que ya no confiaban ni en su sombra, buscó el estoque enganchado en la montura, y lo sujeto a su mano derecha mientras que con la izquierda enredó la capa hasta la altura del codo. La antigua iglesia se encontraba muy cerca de la ciudad, pero la desesperación por encontrarla, le hicieron parecer días de cabalgata lo que apenas resultaron ser una hora.

Puede que los ladrones tuviesen a Juana retenida dentro y puede que fuesen más de uno. No estaba seguro de lo que se encontraría delante, pero sí estaba seguro de una cosa, si eran como el burro, la victoria sería suya. Demasiado tiempo le llevó comprender que esa mujer y él estaban predestinados como para ahora perderla. Audaz como halcón sobrevolando el áspero terreno, anduvo silencioso. Alcanzando la puerta de Santa María de Sorbaces entró sin hacer ni el más mínimo ruido.

«Voces», se dijo reconociendo a su mujer. El otro, claramente un hombre. Los celos al momento se apoderaron de unos nervios pendientes de muy pocos hilos. ¿Un amante? ¿Sería por eso qué abandonó el hogar? ¿Buscaría Juana un consuelo que él mismo deseaba darle?

La acritud le ascendió por la enfurecida garganta y los músculos se le tensaron al pensarla en brazos de otro. Molesto, e incoherente en pensamientos, entró dispuestos a degollar a tal vil ladrón, cuando la voz suave del hombre lo dejó pasmado. Tras una columna verificó el terreno y los ojos parpadearon hasta cuatro veces intentando comprender la escena.

La basílica, aunque así la considerase la iglesia, no dejaba de ser una construcción pequeña y prácticamente derruida. Quizás cuando los grandes Reyes Godos, esos que dieron buen rebaño y buen pastor, se la considerase un gran monasterio, pero hoy sólo existían techos abandonados refugio de andantes y maleantes.

Juana enterraba quien sabe que cosa mientras el cura asentía a sus órdenes como si de una lideresa se tratase. Al comprobar que el hombre no se trataba de otro mas que el padre Diego de Almanzón, caminó lentamente por detrás de aquellos que, compenetrados en su tarea, no se percataron de su presencia. No fue hasta que se encontraba tan cerca y que bien pudo haberlos degollado a ambos de un mismo corte, cuando los enterradores se percataron de su presencia y saltaron presurosos del sitio. Si la situación no le intrigase tanto

diría que hasta se hubiese carcajeado de los ingenuos. Juana lo observaba como si de un fantasma se tratase, y el cura se revolvía nervioso como si lo hubiesen sorprendido con la túnica alzada.

—¿Qué… qué hacéis aquí?

La dura mirada la ignoró para centrarse en el párroco, que al igual que la muchacha, temblaba como una hoja. Pobre inocente, pensó Gonzalo al comprender los miedos del siervo de Dios. El sacerdote no era más mayor que él mismo pero su mirada era de las más puras en todo Toledo. Se le notaba pertenecer a ese grupo de predicadores de la fe con verdadera vocación y los cuales se encontraban en peligro de extinción. Diego aceptaba a las mujeres en su iglesia y hasta las ayudaba con la recaudación de limosnas. Rezaba por ellas, ofrecía misa para ellas y dudaba si hasta no bordaba por ellas. Ese hombre no era un hombre, era un ángel disfrazado de cordero del Señor.

—Yo sé lo que yo hago aquí, pero decidme, ¿qué hacéis vos aquí? —Gonzalo interpeló de tal forma al cura que Juana se sintió en la obligación de ponerse delante para defenderlo.

Gonzalo abrió los ojos entre extrañado y ofendido. Él jamás dañaría a un representante de Dios en la tierra o por lo menos no a uno como el padre Diego.

—No le hagáis daño —dijo por segunda vez y mirando el estoque en su mano derecha. Negando con la cabeza maldijo por todo lo alto, al percatarse de su constante recelo. Con lentitud amarró el estoque al cinturón de cuero y desenroscó su capa del brazo intentando parecer menos temible de lo que solía parecer.

—No digáis sandeces, nadie dañara a nadie. Ahora decidme, ¿qué estáis haciendo aquí? ¿Qué hace él aquí?

La mirada de Gonzalo se centró en el cura que a poco estuvo de caer desmayado. Juana no sólo no respondió, sino que se movió nerviosa. «Pequeña sabandija, ¿qué tramáis ahora», pensó divertido al reconocer que la muchacha le hacía hervir el deseo carnal a unos niveles que ni él mismo era capaz de aceptar.

—Yo se lo he pedido —. Gonzalo la observó con poca paciencia y Juana decidió que cuanto antes hablase pronto se desharía de él. El dolor de verlo era tan hondo y profundo como el saber que lo perdería —. No puedo regresar.

Su amor pareció ser sordo porque nada contestó, y ella no supo si odiarlo o amarlo aún más. Su toque de hombre insensible le ofrecía un atractivo que la enloquecía y desesperaba por igual. Decían que las mujeres eran seres irracionales y algo de ello debería ser verdad porque a más lejano lo veía más la enloquecía. Desde niña suspiró por él y los años no hicieron más que acrecentar un deseo que comenzaba a aturdirle hasta las faldas.

—¿Qué enterrabais?

—Joyas.

—Nada —dijo Juana recriminando la sinceridad del párroco que se puso rojo al instante por su indiscreción.

—¿A quién pertenecen?

—A nadie —. Respondieron los dos a la vez y Gonzalo decidió cruzar los brazos. Lo cierto es que lejos de estar enfadado comenzaba a divertirse. Ambos se explicaban a la vez como si fuesen dos chiquillos pillados en plena trastada. Juana comentó lo del encuentro en las cuevas bajo la casa del nigromante, y el cura intentaba justificar el escondite, como un designio divino para que las mujeres prosperasen. Dudaba mucho que ninguno de los dos llevase razón alguna, aunque tuvo que analizar bastante, antes de comprender esa serie de hechos inconexos y tan mal relatados.

Estaba claro que ese cofre pertenecería a alguien y que ese alguien intentaría recuperarlo. Sus dudas eran aún mayores cuando pensaba en la Virgen protegiendo al bonachón del sacerdote Diego contra el filo de un ladrón. La muchacha terminó la explicación y recogió la pequeña bolsa como si aquello hubiese finalizado, y él no pudo más que morderse la lengua para no ahorcarla allí mismo. ¿En verdad pensaba que la dejaría marchar?

—¿Dónde vais exactamente?

—Gonzalo —dijo con voz cansada y cargada de honda pena— no puedo regresar. Gadea no robará por mi culpa. Ellos se aman…

La pequeña sabandija dijo las palabras con tanto dolor que él la hubiese abrazado allí mismo y le hubiese ofrecido el cielo en sus manos, pero esa no era forma de ganar una batalla con Juana. Ella era inteligente y combativa, no cedería ante unas caricias o quizás sí pero no realizaría experimentos con el bonachón del cura delante.

—Nadie va a robar nada a nadie, y vos, no marcharéis a ningún sitio más que a vuestra casa.

—¡No me casaré con ese desgraciado!

La furia rugía en la mirada de la pequeña sabandija y la sangre comenzó a hervir en sus propias venas. Si la muchacha supiese como le aceleraba el corazón cuando se ponía combativa seguramente se sonrojaría más que las dulces manzanas.

—Y no lo haréis —. Juana abrió los ojos, y aún más enfadada que antes, combatió con las palabras.

—No lo permitiré. No os encerraran por mi culpa. No permitiré que lo matéis.

La muchacha clamaba a los cuatro vientos mientras los pensamientos de Gonzalo viajaban a un lugar muy diferente. Puede que en el pasado no sintiese nada por la joven o por lo menos eso es lo que creyó, pero en los momentos actuales, se hacía muy difícil

concentrarse en su contestación. Deseaba amansar a la fiera y cuanto más pronto mejor.

—¿Qué os pasa? ¿por qué miráis así? ¡No estáis escuchando nada de lo que os digo!

—Sólo espero que terminéis con vuestras tonterías.

—¿Tonterías? ¿Tonterías? —Juana sentía que poseía las fuerzas como para escalar hasta los techos de la basílica y volver a bajar sin ayuda —. ¡Mi vida no es una tontería!

La pobrecita tuvo que respirar hondo para poder mantenerse en pie ante una garganta que se le secó por tanto grito. No es que ella fuese así siempre, pero Gonzalo actuaba de lo más extraño. Sonreía de una forma diferente y su mirada brillaba con una luminosidad desconocida. ¿Era tan tonto cómo para no comprender lo que allí estaba pasando? ¿Tan poco sentía por ella como para no preocuparse por su destino?

—¿Habéis terminado?

—Sí —dijo apesadumbrada. No tenia destino, a nadie importaba su vida. Gadea debía velar por su esposo y su hijo. Su padre la abandonó fruto de su poco valor comercial, y Gonzalo, él ni siquiera se molestaba en ocultar la sonrisa.

—Bien, ahora venid junto a mí y permaneced en silencio hasta que el padre os pregunte.

—¿Preguntar qué?

—Que aceptáis ser mi esposa.

Juana se tambaleó debido al tras pies de su tobillo izquierdo y hubiese caído de nalgas sino fuese por la pronta reacción de su futuro marido que la sujeto por el codo.

—Padre…

Gonzalo habló autoritario ante un sacerdote que continuaba, con las manos embarradas de enterrar las joyas, totalmente petrificado en el sitio.

—Gonzalo de Córdoba, no me casaré con vos —dijo la muchacha al sentirse horrible. Si era malo tener que abandonar a su hermana aún era peor rechazar la propuesta con la que soñó tantas noches —. Lo hacéis por ella…

Juana se atragantó al comprender el inmenso amor que su amado sentiría por Gadea como para casarse con la problemática sabandija.

—Padre —. Esta vez la orden del caballero sonó más fuerte.

—No puedo obligarla.

—¿Juana?

—No me casaré con vos.

—Padre permitidnos un momento.

El sacerdote se apoyó algo mareado en una columna, pero sin

perderse ninguno de los movimientos de la pareja.

Gonzalo, prácticamente arrastró a la muchacha junto a la pared de la basílica para hablar con la mayor lentitud de la que fue capaz, pero no así con la dulzura esperada. Él también se encontraba nervioso. No es que esperase que Juana saltase a sus brazos, pero dado los antecedentes persecutorios de la muchacha, sí esperaba que ella se alegrase de su oferta. Maldita sea, se suponía que ella lo amaba desde siempre.

—Nos casaremos y regresaremos al hogar de los De la Cruz. Hablaré con mi señor y estoy seguro de que sabrá comprender.

—No me casaré.

—Preferís hacerlo con ese mal nacido —. Chilló ofendido.

—No me casaré ni con él ni con vos ni con nadie.

—¿Y cuál es vuestro plan Juana? Moriréis en un par de días sola en el lateral de algún camino, pero no sin antes haber sido violada hasta la saciedad por asaltantes que os descuartizarán en pequeños trozos. ¿Dónde pensáis ir sola y sin hombre que os acompañe? ¿Deseáis convertiros en la prostituta del próximo pueblo que alcancéis?

—Yo…

Juana quiso contestar, pero las fuerzas se le perdían ante una realidad inevitable y demasiado real. Gonzalo se explicaba y ella… ella moría de pena.

La boda

—Y es de Dios que améis al marido, le obedezcáis y crieis a vuestros hijos…

Juana asentía sin terminar de comprender la realidad de lo que estaba viviendo. Se encontraba en una iglesia aceptando a Gonzalo de Córdoba, su amor de niña, el sueño de todos sus sueños, ¿entonces por qué se sentía ahogada en llanto?

El hombre no cesaba de mirar por la ventana como si se encontrase aburrido con las palabras de un cura, que nervioso, oficiaba el primer matrimonio de toda su carrera parroquial. Con disimulo agachó la mirada para ver el polvo seco en gran parte de los bajos del vestido de la muchacha y que cubría totalmente sus zapatos. Las manos no estaban mucho mejor, fruto del intenso trabajo cavando con uñas como palas, se parecían más a los de una empleada de estercolero que a una doncella de bien.

La primera de lo que resultó ser un reguero de lágrimas, rodó silenciosa marcando el camino a todas las demás. Nada de aquello era como lo soñado. Los protagonistas, aunque los mismos, poseían un escenario que distaba mucho del imaginado. Su hermana no se encontraba junto a ella, Gonzalo no sonreía enamorado, y ella no suspiraba entre besos de amor. «¿Besos de amor?» Pensó derramando otro manantial.

No conocía la dureza de sus labios ni las caricias de sus manos. No sabía si cerraba los ojos al besar o si prefería observarla, ni si su lengua la acariciaría o la saborearía, porque las lenguas se rozaban en un beso, ¿no? ¡Dios! Eso nunca se le ocurrió preguntar. Otro torrente de lágrimas, algo más desesperadas, se desparramó intenso en un rostro que ya no se secaba.

—Honesta y devota en la iglesia católica, adoctrinareis en las enseñanzas del Cristo a vuestros hijos. Mantendréis limpio al marido y a los hijos…

«¿Y él?» Se preguntó dolida al comprender que Gonzalo nada hacía por ella y todo por su hermana. Estaba claro. No soportando el sufrimiento de Gadea, el doncel se sacrificaba para ayudar a la oveja negra del rebaño. La pequeña comadreja que no provocaba más que desgracias. Esa que no valía ni para un matrimonio de intereses. Esa, que como estúpida ilusa, creyó en un supuesto enamorado respondiendo a unas cartas, que no eran más que una trampa.

Julián la engañó y todo por Gadea, pero claro, ¿quién no amaría a Gadea? En días como ese deseaba que su hermana no fuese tan perfecta. Junto a ella sus defectos se potenciaban. Sus debilidades eran tantas que se encontraba aceptando un matrimonio donde el novio ni siquiera la deseaba. Unas cuantas frases más, la señal de la

cruz y estaban casados.

Dispuesta a desaparecer de allí cuanto antes, quiso correr, gritar, escapar y quien sabe cuántas cosas más, pero las piernas no se movieron. Estaban congeladas al mismo nivel que su entristecido corazón. «Quizás hubiese sido mejor aceptar a Julián», se dijo comprendiendo que era mucho peor amar y no ser amada que soñar con corazones jamás conquistados.

Juana lloraba por el sentir ingrato, por los sueños rotos y por los deberes cumplidos. Lloraba por lo perdido y por lo sufrido. Por las ilusiones desvanecidas y los desafíos atrevidos. Por las sonrisas no obtenidas y por los sentimientos desaparecidos. Por las esperanzas derrotadas y por el dolor de quien siente que ha perdido.

Gonzalo, envuelto en sus propios deseos, no podía esperar, necesitaba que marchasen lo más pronto posible o pasarían la noche en el bosque y no deseaba arriesgar la vida de su reciente esposa. «Esposa…» murmuró con el pecho amplio de orgullo.

Juana era algo más que una simple belleza femenina. Era valiente, luchadora, inteligente y de buen corazón. Pocas mujeres contaban siquiera con la mitad de sus virtudes. Esperanzado en su matrimonio esperó ansioso el final del discurso del cura para por fin sujetarla de la cintura y regalarle el beso que le quemaba por entregar.

Como caballero sediento ante el más refrescante manantial, se abalanzó hacia la tierna boca esperando el más dulce de los labios pero allí nada resultó dulce. Lamiéndose a si mismo notó algo más bien salado. El salado de lágrimas, unas que no presagiaban un buen augurio.

Extrañado abrió los ojos para comprobar la humedad en el rostro de la joven. Los pies retrocedieron para mirarla mejor e intentar comprender el motivo de semejante desconsuelo. No podía decir que él fuese el mejor de los candidatos y mucho menos el más adinerado, ¿pero de Juana? De ella hubiese esperado una reacción más agradecida e incluso quién sabe, ¿enamorada? La muchacha siempre demostró sentir algo especial. ¿Sería que ya no era así? ¿cuánto tiempo tardaban los sentimientos en evaporarse de los corazones femeninos? Sintiéndose molesto y rechazado, agravó la voz para ordenar cual caballero de la más estricta orden de Calatrava.

—Nos vamos.

Juana asintió sin contestar y eso le enfureció aún más. Él no era hombre de muchas libertades, pero tampoco deseaba a su lado una mujer mueble.

—Yo he de quedarme. Mi burro debe descansar todo un día o se desmaya —. Gonzalo abrió los ojos desconcertado ante un cura que elevó los hombros al no poseer mayor explicación.

Juana se abrazó al sacerdote agradeciéndole por todo ante un

recién estrenado marido que comenzaba a molestarse en exceso. «¿Gracias?» ¿Y qué pasaba con él? Casi murió al saber que había huido. Cabalgó como los vientos rezando a Dios para que la protegiese e incluso se casó para salvarla del desgraciado de Julián, ¿y las gracias se las llevaba el cura?

En completo silencio se acercó a los caballos y aunque Juana se negó, la ayudó a montar a la bestia. La yegua era una pura sangre, y aunque las Ayala aprendieron de niñas a montar, la bestia no dejaba de ser todo un desafío para un cuerpo tan delicado como el de Juana. Atragantado por desear hablar, pero sin saber cómo hacerlo, emprendió el trote lento esperando que ella lo siguiese. Juana no lo desilusionó, cabalgó a la par como un buen jinete, quizás mucho mejor que muchos de los que él conocía. Cuando Santa María de Sorbaces resultó ser un recuerdo del camino, y el sol primaveral comenzó a esconderse, decidió que lo mejor era adentrarse entre los árboles y buscar refugio. Estaban cerca, pero llevar a una mujer por aquellos oscuros senderos más que un riesgo era un suicidio. A primera hora volverían a tomar rumbo hacia Toledo y allí todo sería diferente o por lo menos eso es lo que esperaba.

Ella le ofreció algo de pan y él un poco de vino. Los dos masticaron sin decir palabra hasta que ya no pudo soportarlo más. Necesitaba saber qué era lo que la hacía tan desgraciada.

—Hablad conmigo —dijo sin darse cuenta de que lo estaba suplicando.

La joven alzó la mirada con unos ojos tan rojos e hinchados por las lágrimas que ya no lo soportó. Molesto se levantó de la manta en la que se encontraban sentados y caminó unos pasos en silencio, hasta que la rabia le brotó con excesiva fluidez.

—No os creía de esas. Comprendo que no soy el mejor de los candidatos, pero no pasaréis hambre ni os faltará hogar ni protección, puede que para vos no sea mucho, pero es más de lo que muchas encontrarán jamás. No poseo riquezas, es cierto, no soy un noble, pero prometo respetaros y cuidar de nuestros hijos. Os protegeré con mi vida y que Dios me castigue si no lo cumplo.

Juana derrotada y dolida se puso en pie y se acercó al amigo al que amó siempre. Gonzalo era un hombre de honor, y lo sabía, pero sus razones estaban confundidas.

—No es vuestro dinero ni vuestra hidalguía lo que me entristece.

—¿Entonces que os sucede?

Las palabras sentidas se atragantaron en el corazón de Juana. Acercándose apoyó la delicada mano en el corazón ardiente del hombre que tembló ante su contacto.

—No deseaba esto. Nunca fue mi deseo obligaros a casaros

conmigo. Comprendo vuestras razones y os lo agradezco, pero vuestra vida vale mucho más que la mía. Nunca fue vuestro sacrificio el interés de mis deseos.

—Pequeña… nadie me ha obligado jamás a nada y no empezaré hoy. Os he pedido en matrimonio porque así lo he querido.

—Y estoy segura de ello. «Pero es vuestro amor por Gadea el que os inspira, y no el mío».

—Entonces dejad de pensar en pesares que no existen. Estamos casados y ya nadie os podrá lastimar, no si no desea morir desangrado bajo mi puñal.

Gonzalo sonrió al decir las palabras intentando buscar su complicidad y lo logró. Mirarlo a la cara y no sentirse enamorada era algo imposible de contener. Lo amó durante tanto tiempo, que era imposible no sentirse derretir cuando sus cuerpos casi se tocaban. Lo amó siempre y lo amaría eternamente, ese no era el problema, el problema era soportar sentirlo tan cerca sabiendo que sus caricias en sueños no eran a ella a quien buscaran.

Quiso decirle que no debía preocuparse, que aceptaría su indiferencia, y que se resignaría a vivir un matrimonio de mentiras, cuando las fuertes manos de Gonzalo la envolvieron para arrastrarla hasta pegarla a su torso. Ambos, entre el calor de dos cuerpos que, aunque cubiertos de ropas, sintieron sus almas arder en sintonía. Sus miradas se encontraron pero el sentido le abandonó la razón cuando los labios duros se pegaron a los suyos. Esta vez fue algo muy diferente a lo ocurrido en Sorbaces. Allí las lágrimas bañaban su rostro, y la pena le impidió sentir, pero ahora nada de aquello ocurría. La pena se alejaba como si se tratase de una inconsciente que no debía estar. El calor de los labios lo embargaron todo. Gonzalo provocó con la punta de la lengua una reacción a la que dudosa su boca accedió. La abrió intentando saber si aquello era lo buscado y al parecer sí lo era porque el hombre se apoderó de ella como único dueño y señor.

Si la razón la acompañase le hubiese preguntado si lo estaba haciendo bien, pero la lengua de su esposo fue aún más rápida que sus perezosas palabras. Ambos bocas chocaron y creyó oír un pequeño gruñido áspero, pero se encontraba demasiado envuelta en su propio mar de sensaciones como para no pensar más allá de lo que ella misma estaba sintiendo.

Gonzalo, loco ante la ardiente reacción de su pequeña esposa, se pegó aún más, y extendiendo las palmas de sus anchas manos tras la suave espalda, la mantuvo totalmente pegada a su cuerpo necesitado. La sensación de tener a Juana de aquella manera lo despertaba de una forma no muy conocida. Sabía de los placeres del lecho, y conocía perfectamente los escondrijos de alcoba, pero esto era una realidad muy diferente. Cada movimiento de su esposa, cada roce

de su tímida lengua a la suya lo enloquecía como el más experimentado de los besos. Ninguna caricia de las mujeres de la mancebía le provocaron ni la mitad de lo que el inocente beso de Juana le provocaba.

Con la locura de quien poseía el deseo y los derechos, tomó a su mujer en brazos y la depositó sobre la manta, pero sin separarse de su boca ni por un momento. Sus labios eran ambrosía pura. Miel de la mejor. Las manos se acercaron al delicado cuello y con delicadeza acarició su escote buscando ese pequeño contacto de piel con piel. Estaba decidido a poseerla y convertir en aquella la primera de sus muchas noches de placer, cuando el temblar de Juana bajo sus caricias lo llevaron a detenerse. Obnubilado por el deseo, intentó fijar su mirada en la de ella y comprender sus miedos, pero nuevamente las dichosas lágrimas acompañaron el delicado reflejo de su mirada.

—No os haré daño —dijo acariciándole la mejilla.

—Lo sé.

—¿Entonces?

El ruido de unos caballos cerca lo llevaron a taparle los labios con la mano para que no respondiese. No era bueno encontrarse con nadie a esas horas de la noche y mucho menos con la compañía de una joven inocente.

Juana, que no era ninguna tonta, se calló al instante esperando bajo el calor del cuerpo de su marido. Este, se puso de pie y alerta ante cualquier peligro. Caminó a su alrededor y después de un largo silencio caminó unos cuantos pasos escrudiñando hacia el sendero y verificando que no los esperaban ladrones de caminos dispuestos a robarles o algo peor.

El sonido de los jinetes se alejó, pero no fue hasta que Gonzalo comprobó varias veces que estaban totalmente solos, hasta que consiguió relajarse y regresar junto a su joven esposa. Dispuesto a terminar con lo comenzado, la buscó en la oscuridad de la noche, pero sus esperanzas se disolvieron al comprobar el sonido de una mujercita totalmente dormida.

Sonriente y bastante frustrado la cubrió con una manta y se colocó a su lado para descansar. Deseaba tomar a Juana más que nada en el mundo, pero un rayo de cordura lo iluminó por primera vez ante tanta locura. Ella era inocente e inexperta y se merecía mucho más que una noche de bodas en el borde de un frío camino. La pobre muchacha aceptó casarse en la soledad de su familia y amigas por lo que le ofrecería una primera noche con el tratamiento de algo más que un simple revolcón.

Suspirando y calmando una hombría dispuesta a no entrar en razones, la abrazó e intentó descansar por unas pocas horas antes de partir. El cuerpo le dolía por el deseo no satisfecho pero el corazón le

sonreía ridículamente. ¿Sería esto parte de sentirse enamorado? ¿Era esta la sonrisa de tonto que se le ponía a su señor al ver a su esposa? ¿Era el temor por perderla el miedo cantado por los trovadores? Esperaba que no, porque si así era, si el amor comenzaba a correr por sus venas, una vida llena de desesperación lo esperaba. Muchas fueron las veces que vio en el rostro del converso, signos de un hombre agonizando por amor, y no era su intención imitarlo.

Amor a medias

Gonzalo se acercó al caballo de una silenciosa Juana y cabalgó a su lado mientras cruzaban el puente de San Martín. Cruzaron la ciudad y sumido en sus propios temores, a punto estuvo de atropellar al viejo Simón, también llamado “el cuenta tumbas”. El judío doblaba unos papeles y los guardaba con esmero en el bolsillo de su desgastada túnica. Hablando solo, y sin importarle si le escuchaban o no caminaba, ajeno a los transeúntes:

—Nos echarán. Llegará el día que nos expulsen y no sepamos donde yacen nuestros muertos… Nos echarán, ya veréis. Expulsados por designios de aquél que posee la autoridad —. Repetía mientras se perdía rumbo a la calle de los Alatares.

El pobre loco se perdió calle abajo, ante un Gonzalo que la maldecía por todo lo alto por no caminar con cuidado. Cuando su caballo alzó las patas delanteras evitando la mayor de las desgracias, lo dejó sin respiración. Intentando calmar unos nervios que a punto se encontraban del quiebre, continuaron la silenciosa marcha. El silencio le penetraba en el cuerpo tanto como un pincho ardiendo. No soportaba el desgraciado silencio. La mujer parecía más una sentenciada a degüello que la joven enamorada de siempre. Las manos se le agarrotaron apresando las riendas del caballo. Era eso o bajar a Juana del animal y obligarla a hablar, aunque más no fuese para insultarlo.

Llegaron a la casa de su señor y la ayudó a descender de la montura, pero sin decirse ni una sola palabra. «Era de esperar», se dijo pensando hasta donde llegaría su paciencia. No, él no era el mejor de los candidatos para un matrimonio, pero parecía que esa endemoniada mujer no veía más que lo superficial.

Su honor superaba con creces a muchos nobles de impolutas cunas. Con paso seguro y molesto sacudió la cabeza para olvidarse de Juana y enfrentarse a un problema mayor. Su señor se encontraba de pie, y con los brazos en los costados junto a la chimenea, mientras su esposa, jugaba con los tres pequeños felinos tumbada sobre la alfombra. Sus miradas chocaron, pero él nada dijo. Gadea, al presenciar la llegada de su hermana, se levantó y corrió a su encuentro. Ambas se unieron en un abrazo tierno y eterno ante un converso que no cesaba de mirarlo fijo y con esa negra mirada, que ponía nervioso hasta al más calmo de los combatientes. Sabiendo que el temor no era bueno, en momentos como aquél, se dispuso a estirar el torso con falsa seguridad.

—Señor.

—De Córdoba.

Ninguno dijo mucho más. Ambos centraron la mirada en Gadea

que chillaba ansiosa y feliz junto a su hermana. Gonzalo sabía que Judá se contenía de no matarlo allí mismo, y la razón era la presencia de su esposa en la sala. Seguramente el converso ya encontraría la forma de desangrarlo cuando se encontrasen a solas.

—La habéis encontrado. La habéis traído nuevamente con nosotros. Gonzalo os debo la vida.

El Converso se tensionaba con cada frase de su esposa y el doncel habría deseado callarla allí mismo. Cada palabra emitida lo sentenciaba a una muerte segura. A más sabía el Converso más delataba su marcha sin permiso.

—Gadea… —Juana habló por primera vez con apenas un hilo de voz.

—Estoy tan feliz.

—Hermana…

—Lo solucionaremos todo.

—Hermana…

—No debéis temer —Gadea hablaba sin cesar y sin dejar de moverse entre Juana y Gonzalo.

—Estoy casada… —La ansiedad de Gadea era tan grande que no la escuchó, por lo que no fue hasta el tercer grito, cuando consiguió captar su interés —. ¡Estoy casada!

Gadea la miró con ojos tan grandes como luceros y fue allí cuando Gonzalo habló.

—Lo estamos.

—¿Lo estáis? —La joven se acercó a su esposo que cruzaba los brazos marcando cada uno de sus tensados músculos. El converso arrugó la mirada y Gonzalo habló como si él fuese la única persona a la que debiese una explicación.

—Nos casamos en Santa María de Sorbaces. El padre Diego de Almanzón nos bendijo en el santo sacramento.

Gadea asentía como autómata. Era incapaz de comprender nada. No fue hasta que su marido le susurró unas palabras al oído que consiguió reaccionar.

—Hermana, Gonzalo, no sabéis lo feliz que estoy por vosotros. Vamos hermana, estoy segura de que deseáis asearos y cenar algo.

—No deseamos molestar —. El recién estrenado marido se acercó a su joven esposa deteniéndola en la marcha.

—Esta es vuestra casa… por ahora —. No fue hasta que Judá sentenció con voz gruesa, cuando el doncel asintió y soltando a Juana de su amarre, le permitió marchar.

—De Córdoba, comenzad.

—¿Qué sabéis exactamente?

Gadea se detuvo a mitad de camino para responder ante un Judá que cada vez contenía más su mal humor.

—Todo. Cuando os fuisteis tuve miedo y acudí a mi esposo. Él me pidió que esperásemos estos dos días y entonces yo…

—Esposa… Llevad a vuestra hermana y dejadme con De Córdoba a solas. Por favor.

Gadea asintió mientras se mordía la lengua. Sabía que no debía interrumpir al marido y mucho menos justificarlo, pero su indómito carácter pudo más que su correcto deber. Agachando la cabeza intentó parecer la esposa perfecta y silenciosa mientras pensaba como aún no la había ahorcado. Esta noche rezaría doble a la virgen por la paciencia de su marido.

Las hermanas salieron juntas de la sala, pero Juana pareció arrepentirse y a medio camino se giró para mirar a los ojos a un Gonzalo que le sonrió y agachó la cabeza en señal de aprobación. Juana respiró profundo y desapareció de la sala junto a una correcta señora de la casa. No fue hasta que las vio desaparecer por el pasillo, y sabiendo que no era escuchado, hasta que el converso habló con la más grave de las voces.

—Decidme por qué no debo degollaros aquí mismo.

—¿Por qué somos familia?

—Maldito bastardo…

El converso pareció esbozar algo parecido a una sonrisa y Gonzalo se relajó al verlo caminar hacia la mesa y servir dos copas de vino.

—Hablad —dijo mientras le ofreció la segunda copa.

—Poseía la solución.

—Ya veo… ¿cuñado? —Judá bebió un trago largo y sin respirar.

—Ese desgraciado pensaba obligarlas.

—¡Y por eso debisteis avisarme! —Alzó la voz golpeando la copa sobre la mesa y derramando parte del líquido de la jarra con el vaivén.

—Vuestros problemas son demasiados. Podía resolver este.

—Si volvéis a decir por mí, no lo contaréis. Nadie toca ni defiende lo mío, ¿lo comprendéis?

Gonzalo asintió mientras bebió un trago igual de largo que el de su señor.

—¿Aún sigue vivo?

—Sí, esperaba vuestra llegada con Juana para cobrarme venganza.

—Lo imaginé. ¿Cómo lo haréis?

—Aún no estoy seguro pero ese desgraciado no volverá a acercarse a mi esposa. Eso os lo prometo.

—Estáis en vuestro derecho.

—Lo estoy.

Los hombres siguieron hablando largo y tendido hasta que Gonzalo sintió que debía explicar su situación.

—Sólo nos quedaremos un tiempo hasta que pueda encontrar un sitio donde vivir. No pretendo abusar de vuestra generosidad.

—Os quedaréis en mi casa y no hay más que hablar —. Gonzalo respiró profundo reconociendo que su señor era aún más testarudo que su esposa —. No me miréis así, no confío en nadie y no puedo permitirme perderos.

Gonzalo se acercó junto a su señor, que se calentaba las mano junto a la chimenea, para preguntar interesado.

—¿Es por los niños muertos?

—Sí, libelos de sangre los llaman. Ya no quedan judíos interesantes a los que culpar y los nuevos cristianos somos el foco de sus pervertidas intrigas.

—¿Ninguna pista todavía?

—No, el niño mudo no sabe mucho, y las calles se silencian ante el miedo.

—Quizás antiguos enemigos…

Judá asintió bebiendo otro trago y reflejando el fulgor del fuego en su negra mirada. Muchas eran las preguntas, pero ninguna obtenía la respuesta correcta. Sus enemigos conspiraban contra él y no era capaz de verlos.

—Lo mataré —dijo recordando nuevamente al desgraciado antiguo pretendiente de su esposa. Sólo pensar en ese mal nacido y se le revolvían las entrañas. Aún no comprendía como fue capaz de no ir a su casa y arrastrarlo hasta la calle para matarlo en plena plaza de Zocodover. Las lágrimas de Gadea y sus arcadas por el embarazo fueron lo único que consiguieron detenerlo aquella mañana.

Había pasado sólo una noche, pero no podía dejar de revivir sus lágrimas al contarle las amenazas de aquel hijo de perra. Su furia lo cegó al momento, y a punto estuvo de pasar por encima de su mujer que, arrodillada en el suelo, le suplicó para que no marchase. Si Gadea no hubiese mencionado a su hijo, y no hubiese enfermado en ese momento, seguramente ahora se encontraría tras las rejas de una fría celda de la justicia civil, pero con la felicidad de quien sabía de otro tipo de justicia.

Julián formaba parte de su lista de pendientes, pero no uno cualquiera. El caballero se ubicaba en el primer puesto junto al maldito cura sodomita. Ambos intentaron dañarlo con aquello que más amaba y no estaba dispuesto a permitirles más intentos. Ni Gadea ni el fruto de su vientre serían jamás amenazados sin recibir el castigo de quien no estaba dispuesto a ofrecer la segunda mejilla. En su vida llevaba un gran número de pérdidas y no permitiría que Adonay le arrebatase ninguna otra. Puede que Dios decidiese esperar en los

cielos para sentenciar justicia, pero él no. Si la vida de su mujer dependía de su estoque entonces él entregaría su filo con el mayor de los placeres. No le gustaba matar, la sangre de la venganza corría desmesurada por las calles de Toledo, pero nadie tocaba lo que era suyo.

La judería se despoblaba, las sinagogas les eran arrebatadas a los fieles, los moros cultivaban pequeños terrenos cargados de impuestos, y los embrujos de oscura magia recorrían la ciudad atrayendo visitas de lo más desagradables, no, no deseaba más problemas, pero si lo provocaban entonces se defendería. De Córdoba consiguió curar las fiebres, pero el veneno con nombre seguía circulando por las calles de Toledo, y se llamaba Julián.

—Id a descansar. Mañana os necesitaré.

Gonzalo asintió y encaminó rumbo a la habitación de Juana, rogando que por fin la muchacha comenzase a hablar. Era irónico pensar la de veces que quiso ahorcarla por parlanchina y ahora sólo buscaba verla sonreír.

—Estáis casada… ¡Y con Gonzalo!

Juana, quien se encontraba empapada y envuelta en las suaves telas de algodón, se abalanzó a los brazos de su hermana buscando refugio y consuelo. Gadea la sostuvo con fuerza, pero sin comprender su reacción. Por un momento una idea desgraciada se le pasó por la cabeza, y aunque intentó borrarla, no pudo.

—Él os ha… es decir, ¿ha sido brusco?

Juana negó con la cabeza húmeda contra su pecho y ella respiró aliviada. Creía en Gonzalo y en su honorabilidad, pero muchas eran las mujeres que se encontraban con un hombre muy diferente tras las puertas de su cuarto. Corrección marital lo llamaban, pero ellas lo llamaban desgraciados maritales.

—No debéis temer, Gonzalo es un buen hombre y sabrá haceros feliz.

Juana asentía, pero siempre con el rostro pegado a su torso y aferrándose a su cintura cual madre con su hija.

—Mi niña, sois muy afortunada. Sois la esposa del amor de vuestra vida. No tenéis porqué llorar.

—¿Y él, hermana? —Juana se soltó un poco de su abrazo para mirarla con el rostro humedecido por las lágrimas—. ¿Qué he hecho? Mis errores lo han obligado a casarse con quien no ama. ¿Cómo podré soportar ese peso el resto de mis días?

Gadea se acercó a una de las sillas que tenía junto a las aguas y la hizo sentarse. Ambas se encontraban solas en los bajos de la casa, en lo que su marido llamaba los baños. Aprovechando esa soledad, hablaron con tranquilidad.

—No creo que Gonzalo actuase por obligación. Él no es hombre de dejarse llevar.

—Pero no me ama.

—Puede que sí o puede que no, eso no podemos saberlo, pero decidme ¿quién se casa enamorado? ¿No son los intereses quienes gobiernan nuestras vidas? No nacimos libres y no tomamos nuestras propias decisiones.

—Sólo las criadas lo hacen —. Contestó secando sus lágrimas.

—Ni siquiera ellas. Cada una de nosotras nace con sus propias desgracias. Puede que penséis que Gonzalo no os ama, pero yo no lo juraría. Hemos crecido juntos y él siempre nos ha sentido como parte de su familia. Sois su esposa y será vuestro trabajo demostrarle que el amor puede unir vuestro matrimonio. Querida Juana, el amor se cultiva, y como todo cultivo, se cuida y protege para que crezca lozano y duradero.

—Él siempre os amó a vos… —dijo sincerándose con timidez.

—Eso fue hace mucho tiempo —contestó sonriente y secándole la larga melena con una gruesa tela —. No busquéis trabas que no existen. Vuestro esposo es el amor de vuestra vida y estoy segura de que conseguiréis que él os ame de la forma en que deseáis. Vuestra belleza es un cristal digno de admirar.

—¿Cómo hacerlo?

—Siendo vos misma. No conozco mujer que merezca el amor más que vos. Los hombres enloquecen por unas buenas curvas, pero sólo un buen corazón les enamora.

—¿Sois feliz?

—¿Por qué lo preguntáis?

—Porque si vos habéis sido capaz de enamorar al diablo oscuro de vuestro esposo, entonces creo que todo es posible.

Gadea no pudo más que reír divertida al contestar.

—Lo soy hermana, lo soy. Ahora vamos a terminar de prepararos y comenzar a enloquecer a ese hombre. Os prometo que Gonzalo de Córdoba suspirará por vuestros huesos.

Juana asintió, pero con el temblor en el cuerpo. Gadea era la hermana altiva y valiente, ella simplemente la rebelde que no encajaba en los sitios. Tan sólo tres días atrás no pensaba más que en hacer trastadas y ahora su hermana la preparaba para conquistar al amor de su vida.

La entrega

Gonzalo caminó por el pasillo nervioso cual principiante ante su primera vez. Puede que su juventud y su falta de oportunidades no le ofreciesen la más activa de las vidas pero no por ello carecía del suficiente conocimiento práctico. Desde sus primeros inicios el interés nunca le falló. Las jóvenes solían sentirse atraídas por hechos que no dejaban de carecer de sentido para alguien como él. Músculos fuertes, susurraban ellas al acariciarlo antes del acoplamiento. Muchas fueron las veces que negó con la cabeza antes de volcarse de lleno al acto sin prestar atención a sandeces como aquellas. ¿Torso firme? ¿Brazos robustos? ¿Y de qué otra forma iban a ser después de horas de entrenamiento y de lucha? Mujeres, decía antes de penetrarlas dejándose llevar por la necesidad del momento.

Con nerviosismo y acariciándose la barbilla más del tiempo necesario, se detuvo ante una puerta totalmente cerrada. En una semana su vida había virado cual barco a la deriva, pero se encontraba en puerto seguro, y ¡qué demonios! Un puerto maravilloso al que jamás creyó pertenecer. Juana era su esposa, estaba casado con la mujer con la que no cesaba de pensar desde que amanecía hasta que se dormía. Alterado y feliz abrió la puerta. Ella lo esperaba sentada junto al fuego de la chimenea, parecía haber tomado un baño lo que lo hizo dudar de su apariencia. Él llevaba polvo del camino pegado en las botas. Por primera vez en toda su vida esperó que lo que dijesen aquellas, a las que una vez conquistó, fuese verdad. Deseaba verse bien, deseaba ser aquél, que, aunque no el mejor de los candidatos, lo fuese al menos para ella.

Con rapidez y en absoluto silencio, se acercó a la tinaja para lavarse y adecentar al menos un poco la estropeada apariencia. Quitándose la camisa con premura, se humedeció el torso e incluso parte de los cabellos que chorrearon todo el suelo al no secarlos.

La pequeña sabandija, como siempre, decidió que no sería una tímida jovencita más y eso le hizo agradecer al cielo por tamaña recompensa. No la merecía, pero la tenía, era suya ante los ojos de Dios y lo sería por cada centímetro de su deliciosa piel.

Juana, de pie y cual valiente soldado, lo miraba con la frente en alto. Si él fuese cualquier hombre hubiese creído en su coraje, pero la conocía demasiado bien como para no sentir el miedo en las palmas temblorosas. Puede que su pequeña esposa ya no llorase, pero sus temores no estaban disueltos del todo, no aún. Con la paciencia de un buen soldado se aproximó, pero con la mayor de las lentitudes. Las horas de cacería, si algo le enseñaron, fue que a la presa se la encandilaba hasta que fuese demasiado tarde para huir.

Pensar en Juana apresada contra su cuerpo lo puso tenso y

necesitado. A sólo un paso de distancia, esperó permitiéndole que lo observase. Ella miraba su torso desnudo cual obra del mejor artista y el ancho de su pecho se extendió como toda Castilla. Ella lo admiraba y él lo disfrutaba. Su cuerpo marcado por las cicatrices mostraba señales de duros combates pero ninguna de las conquistas le pareció más placentera que la mirada de enamorada en Juana. Allí estaban. Los ojitos que de niña lo adoraron. «Al fin…» pensó al sentir que verdaderamente los necesitaba. Juana enamorada le resultó una necesidad imperiosa. Los matrimonios nada tenían que ver con amoríos ni pasiones, pero allí estaba, con el pecho henchido de satisfacción al sentirla palpitar por él.

Con lentitud y en el más absoluto silencio estiró la mano hasta casi tocarla esperando su entrega. Una por propia voluntad. Ella supo lo que él buscaba. La manita fría le tembló apenas rozarle y él quiso abalanzarse y abrazarla para decirle que no le temiese, que todo estaría bien, que construirían un futuro juntos, pero su disciplina entrenada lo hizo esperar. Aún no era el momento. Por segunda vez ella volvió a acariciar su palma abierta en señal de invitación, pero no fue hasta la cuarta, y en la que Juana encerró los dedos con los suyos, que tiró de su delicado cuerpo para pegarlo contra el suyo. Ella aceptó el abrazo y un poder sobrenatural y protector se adueño de su alma de caballero. Que Dios lo perdonase, pero la deseaba al punto de brindarle su alma y corazón. Todo por sentirse una pequeña parte de su vida.

La cabellera sedosa y algo húmeda le acarició la barba y su instinto masculino lo hizo olisquear a quien a pesar de no haber consumado ya la consideraba su hembra.

—Juana… —susurró besándole la coronilla por encima de la larga melena.

El corazón le latía tan fuerte que tuvo que pedir al cielo que lo ayudase. El calor tibio de la muchacha, junto al aroma femenino de su piel, lo estaban alterando más de lo permitido. Deseaba sujetarla por la cintura, arrojarla en el lecho e introducirse en su cuerpo cual conquistador, pero eso no era posible. Ella necesitaba algo más. Era su primera vez y la paciencia de la que carecía resultaba fundamental.

Decidido a conquistar a la mujer, le sujetó la barbilla para besarla y hacerla sentir como debió ser la pasada primera vez pero que las urgencias impidieron ser. Los labios, apenas se acariciaron, cuando guiados por la necesidad, ambos se dejaron llevar. las lenguas lucharon por conquistarse la una a la otra en una desesperación casi irreal. Él la absorbía con cada inspiración, pero ella no cedía. No sabía lo que había pasado exactamente ni lo que hablara con su hermana, pero bendita Gadea que había conseguido retornar a Juana a su espíritu de valiente luchadora.

Las manos delicadas e indecisas ascendieron acariciándole los hombros y se enroscaron tras su cuello haciéndole gemir de satisfacción mientras las bocas luchaban conquistadoras e incansables. El pecho de la joven subía y bajaba mientras de forma inconsciente el pequeño cuerpo se restregaba contra el suyo demasiado consciente de su necesidad. La entrepierna le dolía por cumplir con su labor y explorar nuevos territorios. Los brazos, con decisión propia, la sujetaron por la cintura para elevarla por encima del suelo y arrastrarla hasta la cama.

«Debo ser gentil», se repetía intentando controlar un cuerpo con decisión propia. Con la furia del latir ardiéndole dentro del cuerpo, la miró comprobando que su valiente Juana seguía allí. Como si supiese lo que él necesitaba, comenzó a acariciarse el hombro derecho, hasta dejar caer a un lado la camisola blanca e impoluta.

El tirante cayó mucho más de lo decente y el sonrojo avergonzado asomaron por el cuello de la muchacha, pero ello no le impidió realizar el mismo acto con el segundo tirante que, cayendo hasta la cintura, dejaron a su vista los más deliciosos pechos que hubiese visto jamás. La piel blanca como perla venida de oriente, brillaba en una habitación iluminada por la ardiente llama de la chimenea. Juana lo miraba con coraje sin quitarle ojo de encima, decidida, altanera, lo que no hizo más que hacerlo arder hasta la quema. La sonrisa de combatiente caballero le iluminó el rostro antes de quitarse las botas y los pantalones. Mostrándole la totalidad de su cuerpo, se le presentó desnudo y atrevido.

La mirada de Juana se detuvo asombrada al ver esa parte de su cuerpo que dura e hiniesta se presentaba altiva y feroz. Como cualquier hombre se acercó tenso por la necesidad pero seguro de una posición dominante que utilizaría con todo su ser. Las manos ásperas y con callosidades, acariciaron los delicados pechos con la mayor de las suavidades. «Paciencia…» se repitió sabiéndose carente de toda ella. Los dedos firmes se cerraron en los pezones duros y se detuvieron en dulces caricias hasta que los gemidos ahogados de su esposa lo hicieron perder el control. Excitado hasta el dolor la empujó con delicadeza por los hombros, pero con decisión, hasta tumbarla en el lecho. Una de sus manos elevó las telas de la camisa hasta amontonarla toda en la cintura en un informe enredo. No podía esperar a desnudarla, necesitaba poseerla ya, ahora. Los tiempos se habían acabado.

El cuerpo desnudo se posicionó encima mientras ella se restregaba necesitada ante cada uno de sus besos que, descontrolados, viajaron por todo el cuello mordiéndole suavemente la delicada piel. La joven no se quejó y él quiso aullar de placer. No se podía poseer mejor mujer. Las piernas se colocaron en posición y pudo sentir como

la crema de su cuerpo le humedecía la piel. Sin contenerse un segundo más se instaló en la entrada y empujó. La dulce piel ardiente y húmeda lo recibió envolviéndole como un guante, y aunque muy ajustada, ella no se quejó. Los brazos se le aferraron a la espalda mientras él le suplicó con voz entrecortada y al oído, que hiciese lo mismo con las piernas. Juana obedeció al instante y su erección la penetró en profundidad hasta conseguir alcanzar su inocencia y romperla. La agitación le bullía por moverse sin parar, pero no fue hasta comprobar que ella no sufría dolor que consiguió moverse a voluntad. Juana, envuelta en sus propias sensaciones, se entregó con confianza y sin recelo, y él se entregó a las necesidades de un cuerpo que lo dominaba.

El placer se adueñó de los dos, porque si él era imparable en movimientos, Juana no por inocente, resultó menos audaz. Sus piernas lo rodearon y al tercer empuje las delicadas caderas se elevaron buscando mayor penetración. Al cabo de unos segundos los cuerpos chocaron insistentes el uno contra el otro, acompasados por las llamas de la chimenea, que rugían ardientes, con la misma intensidad que el golpeteo de sus cuerpos.

La mano callosa se hizo lugar entre los cuerpos para acariciar esa pequeña entrada, que inflamada, saltó de placer. Desesperado por hacerla explotar, movió los dedos que, ardientes, la hicieron gritar más allá de lo decente. Su erección incontrolada, y bañado en completa esencia femenina, se introdujo hasta el interior más profundo de su pequeño cuerpo conquistando lo que ya era suyo. Con un aullido más de animal que de hombre, dejó libre una simiente que la llenó completamente.

Intentando recuperar la respiración, en el delicado hueco entre el cuello y el hombro de su adorada esposa, respiró feliz. Juana, era suya, totalmente suya.

Justicia

—A benditas horas que aparecéis, De Córdoba.

La voz de Judá resonó grave en la sala dejando a un Gonzalo que no supo si debía sonreír o pedir disculpas. Su señor, que sentado junto a la mesa se rascaba la barba en apariencia muy enfadado, no daba muchos indicios, y él no estaba para justificar su tardanza después de su primer noche marital.

Azraq el azul, se sentó junto a su amigo y se divirtió ante el espectáculo. La cara del caballero no podía estar más desencajada e imaginó que las bromas hubiesen pasado a mayores si no fuese por la repentina llegada de la señora de la casa, cargando una cesta repleta de frutas, que depositó en la mesa, junto a su marido. La muchacha comenzaba a tener la cintura redondeada y las curvas de su embarazo se dejaban notar por debajo de las telas de la túnica. El rostro le resplandecía como la más fresca de las mañanas y la sonrisa parecía eterna en sus labios. La muchacha estaba feliz, seguramente al saber a su hermana a salvo, pero no podía negar que se le ponía un brillo especial cada vez que miraba a Judá. Ambos estaban enamorados, era innegable. Intentando no pensar en quien no debía, Azraq carraspeó, y acariciando el cuchillo de su cintura, esperó que las bromas acabasen.

—Yo… vuestra merced debe… —Gonzalo no atinaba con las palabras.

—¡Judá! —Gadea lo golpeó en el brazo y él sonrió divertido, ahora sin disimular. Con un carácter demasiado bueno y nada habitual en él, sostuvo a su esposa por la cintura pegándola a su cuerpo mientras se divertía del sonrojado y recién estrenado esposo.

—Os estaba esperando. Tenemos asuntos que creo que os atañen, pero claro está, siempre que conservéis fuerzas suficientes.

—Me encuentro perfectamente satisfecho y en excelente estado —. Esta vez fue Gonzalo, quien, recuperado de su sorpresa inicial, contestó descarado.

Tomando un gran trozo de pan mientras recogía su capa se preparó para acompañarlos. Azraq, se levantó rápidamente para marchar junto a ellos, cuando la sonrisa de Gadea, lo alcanzó de lleno.

—Probadlas, son de mi jardín.

La muchacha le acercó una manzana roja y madura, pero no fue la fruta lo que le dejó sin habla. Ella era tan natural, tan sincera, tan única…

Fueron los momentos en los que tardó en reaccionar los que su amigo aprovechó para quitarle la fruta de la mano y darle un mordisco. La diversión del gesto de Judá le permitió negar con la cabeza ahorrando una contestación que lo eximiese de los sentimientos que le llenaban el cuerpo. Gadea le regañó, pero éste, sin

hacerle el más mínimo de los casos, la sujetó y la besó con fuerza y decisión. Un beso corto, profundo, de esos que entregan sólo aquellos que aman de verdad.

Azraq se petrificó en el sitio, Gonzalo se sonrió, frente a un Haym que, entrando en la sala, comentó con tono severo, a pesar de su extensa sonrisa.

—Nuevos cristianos irrespetuosos.

Gadea quiso soltarse del amarre de su marido, pero este no se lo permitió. Los ojos negros brillantes como la más peligrosa de las noches prometían un encuentro futuro mucho más interesante.

—Parecéis feliz. ¿Debo preocuparme? —Judá sonrió a la pregunta de su padre, pero su risa no poseía ninguno de los encantos ofrecidos a su esposa hacía tan sólo unos segundos.

—No —contestó.

Haym asintió y sin preguntar, se sentó para comer algo de lo que había en la mesa. Con Judá muchas veces era mejor no saber.

Después de pocas palabras y escasas justificaciones, los tres hombres marcharon con prisa y Haym pensó arrepentido que quizás sí debió preguntar.

La llegada de un niño corriendo tras un gatito, lo hizo sonreír y agradecer al cielo por la vida que aquella muchacha trajo al hogar.

—No sé quién eres, pero bienvenido a mi hogar.

El pequeño asintió realizando una gran reverencia que por poco lo sienta de nalgas en el suelo. Haym hubiese reído a carcajadas, sin embargo, aceptó el saludo en señal de respecto.

—¿Cómo os llamáis?

—No tiene nombre.—. Gadea contestó presurosa y temerosa al no estar segura de la reacción de su suegro. Los niños con minusvalías eran el fruto de un pecado y su mal formaba parte del castigo divino. Muchos preferían empujarlos a la calle a aceptarlos —. No habla… Es mudo.

—Y como no imaginarlo, con vos en mi casa…—dijo con una diversión de la que Gadea no se percató. La voz del hombre fue en un tono tan bajo, que Gadea se apresuró en contestar para intentar convencerlo de no echar al pequeño, pero el hombre la detuvo con la palma de la mano en alto.

—Deberemos llamarlo de alguna forma si vamos a tenerlo en esta casa, ¿no lo creéis?

—Gracias. Gracias —. La joven, feliz de sentir en su suegro más cariño de lo que nunca recibió de su padre, saltó a sus brazos para regalarle un sonoro beso en la mejilla. Al darse cuenta de su impertinencia se alejó rápidamente y marchó llevándose al pequeño y al gato ante un atónito Haym, que después de unos cuantos minutos, lanzó una carcajada por todo lo alto, compadeciendo al fiero de su

hijo.

No muy lejos de allí, en el hogar del antiguo novio…

—Creí que habíais dicho que lo destruiríais.

—¡Creí oír lo mismo de vos!

El sacerdote y Julián se recriminaban el uno al otro ante un Beltrán que se asqueaba con sólo verlos. El jorobado se rascaba la cabeza y con la punta de sus uñas tironeaba de sus cabellos un piojo, que miró con atención, antes de apretarlo entre los dedos.

Quiso mandarlos al cuerno y salir de aquel lugar y pasar la mañana junto a María, pero no podía, su padre le confió la tarea de organizar la estrategia final. No tenía ni idea de lo que aquellos cerdos planeaban y necesitaba escucharlos. Con el estómago revuelto pensó en los planes de traición a su primo, y la cicatriz se le tensó al sentirse el más ruin. En un principio la justicia sentenciaba los actos de su padre, pero ahora, los planes navegaban por aguas demasiado cambiantes. Su padre culpaba a Haym por robar parte de una herencia propia y de adueñarse de un comercio de telas que siempre creyó suyo, pero la realidad era otra. Los buenos eran lo suficientemente buenos delante de unos malos asquerosamente malos.

Nunca deseó más que recobrar lo que a ojos de su familia aquello que les pertenecía. Un dinero y posición injustamente obsequiada por su abuelo a Haym. La traición podía ser justiciera o vengativa, dependiendo del punto de vista del que se juzgase, pero las cosas se complicaron hasta llegar a lo que hoy ni siquiera él mismo comprendía. Su padre pedía la cabeza de Judá como si se tratase del hijo pródigo no perdonado, y él, él ya no sabía ni a quien seguir. Su padre era su sangre, Judá su hermano, y sus negocios, un futuro incierto del que ya no deseaba ni oír.

Aquellas dos ratas de alcantarilla planeaban venganza y muerte mientras él los miraba con atención. «Inmundos buscando poder sin importarles las consecuencias. Inmundos… cómo yo».

—Debéis esperar a que reciba mi dinero antes de inculparlo.

—¿Y cuándo será eso? Dios no quiera que vuelva a librarse de la justicia divina. El diablo lo ampara, es la única respuesta.

El jorobado asintió ante las palabras de su señor.

—¡Me importa muy poco si el mismo demonio es su padre! Esperaréis. Una vez que posea mi dinero entonces podréis quemarlo vivo.

La idea de quemar al converso pareció agradar al cura. Su fiel perro sonrió a su lado contagiado por la ardiente algarabía. Beltrán, que presenciaba la escena, se asqueó aún más.

—¿Cómo pensáis detenerlo? —Preguntó inquieto. Esos

imbéciles hablaban de todo, pero de nada.

—¿Por qué os lo diría a vos? Sois su primo —. La voz del sacerdote escupió asqueada y Beltrán se acercó furioso. Enfrentándolo al punto de casi chocar sus cuerpos, contestó con igual repugnancia.

—Es el dinero de mi padre quién os mantiene vuestras perversiones, no lo olvidéis.

—Nada tiene que ver él, es en vos en quien no confío.

Beltrán apresó el estoque con fuerza entre los puños, y el jorobado, se estiró todo lo que pudo para poder abalanzarse ante el más mínimo ataque a su amo.

—Vuestras mercedes, detened esos ímpetus para otro momento. Ahora debemos permanecer unidos. En unos días el converso será despojado de sus pertenencias, yo seré rico y vos y vuestro padre seréis dueños del comercio de las telas, en cuanto a vos mi querido sacerdote, hallaréis en la quema el reencuentro con vuestro honor.

El sacerdote asintió conforme con las palabras del noble ante un Beltrán que no cesaba de apresar con fuerza el pomo de su estoque. Las voces de fuera lo hicieron ponerse alerta, pero fue el sonido grave de su primo llamando a Julián, quien le advirtió que era mejor salir de allí cuanto antes. Con dos pasos en retirada se perdió tras una columna para escapar por los pasillos rumbo a la cocina. El sacerdote empujó a su perro fiel para que lo defendiese mientras el dueño de casa gritaba a voz en grito.

—¡Qué se supone que es este atropello!

Judá entró a la sala con la sonrisa de los malvados dibujada en el rostro y custodiado por dos de los hombres más fieros de toda Toledo. Gonzalo se plantó a su lado izquierdo y Azraq a su lado derecho. El moro miró al jorobado con el azul más frío de los hielos ordenándole sin palabras que se estuviera quieto. El perro fiel dejó caer el puñal sin siquiera intentarlo. Los dos metros de hombre eran suficientes como para convencer a cualquiera.

—¡Qué hacéis en mi casa! Marcharos ante que os mande apresar.

—Mirad que bien, justamente es lo que vengo a presenciar.

El sacerdote movía la cabeza de un lado a otro buscando una explicación ante un Julián que intentaba parecer relajado.

—Estáis delirando. Sois tan estúpido como mal nacido.

—Puede que sí pero no permito que nadie toque lo que es mío. Habéis amenazado a quien me pertenece y lo pagaréis.

Julián se atragantó ante la mirada penetrante del converso. Parecía el demonio hecho carne y por un momento se pensó si las palabras del cura sobre el origen del converso no eran ciertas. Quizás sí fuese hijo del mismo Satanás.

—No sé a lo que os referís —dijo con algo de nervios en la voz.

Jamás creyó que Gadea le contara sus amenazas. Aquella estúpida habría corrido a su marido para que la salvase. Mujer idiota.

—Veo que vuestra esposa os ha contado unas cuantas mentiras ¿será tal vez que no os ha contado las verdades? ¿Os ha comentado de nuestros encuentros que tanto placer le ofrecen?

Judá respiró profundo ante un Gonzalo que caminó dos pasos para detenerlo, pero la voz del converso sonó grave y dura.

—No os daré el beneplácito de morir con honor bajo mi puñal. Prefiero veros sufrir.

Julián estaba por contestar cuando tres guardias de la justicia civil se hicieron presentes en la sala de la casa reclamando su presencia.

—Podéis llevároslo —dijo Judá asqueado ante la presencia del noble menos noble de toda Toledo.

—Estáis loco. ¡De qué se me acusa!

El más alto y ancho de los guardias, se acercó para aclarar con muy malos modales.

—Señor, se le acusa de estar casado en tres ciudades distintas, con tres mujeres distintas. Se os acusa de bigamia, pasaréis cinco años en destierro.

—¡Mentira!

—Tenemos las pruebas. Las cartas os han delatado.

Julián luchaba con desesperación ante unos guardias dispuestos a llevarlo a la fuerza y un Judá que le habló con la mayor de las calmas y mostrándole los colmillos.

—Vuestra afición a la escritura os ha jugado una mala pasada.

—¡Cerdo asqueroso! Me la pagaréis. ¡Os mataré!

—Os estaré esperando.

Los guardias se llevaron a un Julián que intentaba soltarse de forma desesperada y que no cesaba de gritar al cura para que hiciese algo. El sacerdote, que no daba crédito a lo que acaba de presenciar, cerró los puños con furia, pero sin moverse del sitio al escuchar el susurro del converso.

—Vos seréis el siguiente…

Gonzalo, Judá y Azraq marcharon por la puerta principal ante la atenta mirada de Beltrán, que escondido tras una puerta, no sabía si debía sonreír o maldecir por todo lo alto. Maldito Judá y maldito su cerebro veloz, pensó entre sonrisas silenciosas.

—¡A la taberna de la Malaguita! Nos merecemos unas copas —Judá golpeó con fuerza la espalda de Gonzalo—. Todavía no hemos brindado por vuestra boda, mi querido cuñado…

El cordobés asintió con la misma sonrisa de felicidad que el converso, él también deseaba ver a Julián pagar por sus amenazas. La pobre Juana había sufrido demasiado por culpa de aquél mal nacido.

Desearle la muerte bajo el duro yugo del destierro era lo menos que le podía desear.

—Habéis sido muy hábil.

—De Córdoba, nadie se mete con los míos. No sin sufrirme.

Gonzalo asintió comprendiéndole perfectamente. Él ya no se encontraba solo, ahora poseía una esposa y la protegería frente a todos y de todo.

No todo lo que brilla…

Beltrán despertó junto a María, y acariciando su rostro, soñó con un mundo mejor a su lado.

Gonzalo despertó junto a Juana, y acariciando su rostro, reconoció que su mundo era mucho mejor a su lado.

Judá despertó junto a Gadea, y acariciando su rostro, aceptó que su mundo no existiría sin ella a su lado.

Gadea se movió incómoda en la cama y preocupado intentó abrigarla con la manta. Su embarazo se encontraba adelantado o por lo menos eso parecía. La barriga, abultada más de lo normal, se movía causándole verdadera impresión. Con algo de temor apoyó la palma sobre un vientre que pareció tranquilizarse ante su contacto. La monja y la morisca le prohibieron en este último mes dormir juntos, pero se negó en rotundo. No satisfaría sus necesidades de hombre, no era un salvaje, pero eso no significaba que dormiría en otra alcoba. Aunque la tentación de amarla era grande, ni por todas las tentaciones del mundo la dañaría a ella o a su hijo. Amaba a la mujer y al fruto de su vientre, estaría con ella en todo momento y sobrellevaría sus deseos el tiempo que hiciese falta.

La preocupación lo alcanzó como era habitual en el último mes, y sin poder evitarlo acarició el cuerpo que dormitaba inquieto. Muchas eran las cruces que cargaban con nombres de parturientas agotadas por el esfuerzo. Mujeres que desaparecían en la penumbra de gritos de dolor. Con el miedo natural de un esposo enamorado, la recubrió aún mejor mientras rezaba a Dios para que los protegiese. Amaba al pequeño que llegaría a su hogar, pero más amaba a su mujer. Que Adonay lo perdonase pero sin Gadea no existía vida por vivir. Esa mujer completaba huecos demasiados oscuros en su vida y él era incapaz de sobrellevarlos sin su presencia. Con amor silencioso, la besó en la frente prometiendo que no amaría jamás a nadie como a ella. Un pequeño crujido en la puerta y el rechinar de un tablón de madera suelta lo hizo sonreír. No necesitó alzar el rostro para saber quien entraba sigilosamente en la alcoba. No importaba las veces que lo echaba de su lado, él se negaba a separarse.

—Pasad —dijo con voz grave —. Duerme y no podemos despertarla. El bebé no le ha permitido descansar, ¿lo comprendéis?

El pequeño entró despacio y moviendo la cabeza aceptó sus palabras. Con suma delicadeza, pero sin confiar en las palabras de su señor, se acercó hasta el lecho para comprobar que su protectora se encontraba bien. Preocupado, al ver que la mujer no se movía, se puso de puntillas para verla mejor cuando Judá lo sujetó por la cintura para elevarlo y poder mostrar a la dueña de sus corazones.

—Está dormida, ¿me creéis ahora?

El niño asintió, conforme al verla con sus propios ojos, y Judá lo elevó un poco más para cargarlo cual saco de patatas. El pequeño rio con el silencio de los mudos y ambos se marcharon del cuarto dejando que la embarazada descansase. Una vez fuera, su señor lo depositó en el suelo para mirarlo con una seriedad que lo hizo temblar. Confiaba en el dueño de casa, pero su negra melena y su altura de gigante, lo intimidaba en más de una ocasión.

—¿Amáis a vuestra señora?

El niño no supo que contestar. Todos sabían del amor profundo del converso para con su esposa. ¿Estaría celoso? Atragantado se lo pensó muy bien antes de contestar. Su señora era la madre cariñosa de la que la mayoría de niños como él no poseían, ¿sería que su señor no deseaba compartirla y pensaba deshacerse de él? Asustado pensó y pensó pero al recordar el cariño de su señora, las caricias injustificadas, y las sonrisas tiernas, le hicieron cobrar el valor necesario como para reconocer ante su señor, y el mismo infierno, que lo daría todo por ella. Su cabeza se movió segura y decidida. Si pensaban matarlo por amar a su señora, que así fuese. Adoraba a la madre que había encontrado, y agradecía a Dios haberla disfrutado, aunque más no fuese un tiempo demasiado corto.

—Bien, entonces creo que ha llegado el momento de comenzar a prepararos.

El niño lo miró con ojos tan grandes, como platos de vajilla costosa.

—Hoy comenzaremos vuestro entrenamiento. Si deseáis permanecer a su lado deberéis aprender a defenderla cuando yo no esté. Seréis su escudero.

El niño sintió que el corazón por poco se le sale por la boca. Un escudero, ¿él? ¡él! ¿Un niño de la calle? ¿Uno que meses antes estuvo a punto de ser sacrificado en una lúgubre cueva? Sería entrenado para ser un caballero, uno digno de su señora… de su ama… de su madre…

—¿Qué contestáis?

Su cabeza se movía tan rápido y con tanta fuerza que Judá tuvo que sujetarlo por los hombros para que no se hiciese daño.

—Bien, entonces empezaremos… Un momento, ¿aún no tenéis nombre?

El niño le hubiese querido contar que su señora muchas veces le comentó que deseaba ponerle un nombre pero que nunca encontró el adecuado, pero claro no podía hablar. Aquel pensamiento era demasiado extenso para expresarlo por lo que alzó los hombros y negó con la cabeza sin más.

—Entonces a partir de hoy os llamaré… Salvador, seréis Salvador, ¿qué os parece? ¿os gusta?

El asintió sonriente. Salvador era un nombre como otro, pero cuando no se posee ninguno, es un comienzo magnífico. En una misma mañana se convertía en escudero y poseía nombre. Su día no podía haber comenzado mejor. Gonzalo apareció por la sala en el momento justo, en el que Judá, le hacía hincar una rodilla al suelo.

—Salvador De la Cruz, ¿juráis ante Dios y ante mí, proteger a vuestra señora con vuestra propia vida?

El niño asintió solemne ante un Gonzalo que se apoyó sobre la pared para contemplar la imagen.

Después de unas cuantas palabras, el pequeño se puso en pie, y esperó petrificado en el sitio a su señor. Él se acercó a un cofre y sacó de allí un puñal. Con paso solemne se acercó nuevamente a su lado y extendió con ambas manos el arma del más exquisito material. La empuñadura de cuero y plata llevaba incrustado el sello de los De la Cruz en el mango. Las lágrimas le saltaron de los ojos, pero se las secó rápidamente. Con la misma seriedad de su señor, aceptó el regalo, y se lo introdujo en el cinturón de cuero. El arma era casi tan grande como todo el ancho de su cintura, pero no le importó. Estaba demasiado orgulloso.

—Gonzalo, os presento a un nuevo De la Cruz. Salvador De la Cruz, escudero de nuestra señora e hijo adoptivo de Alonso De la Cruz, alias el converso.

Su señor lo miraba con seriedad mientras él intentaba detener el acelerado corazón. No sólo poseía un nombre, sino que era un hijo adoptivo del Gran Converso. Por un momento rezó a Dios para no desmayarse.

—Vuestra merced… —De Córdoba le hizo una reverencia de lo más pronunciada ante un niño que no podía creer lo que veían sus ojos. Alonso de la Cruz y Gonzalo de Córdoba, dos de los hombres más importantes de su vida, lo saludaban como a un caballero.

Respiró profundo y respondió con educación, esa que la señora se molestaba siempre en inculcarle, y que no encontró sentido hasta ese momento. Con los nervios de quien siente que se le han abierto los cielos, acarició su puñal y en el silencio eterno de los mudos, juró que daría su vida por su señora y por Alonso de la Cruz. Hoy y por siempre, sus padres.

Una lágrima y otra comenzaron a escapársele nuevamente, pero los brazos de su señor, como era habitual, lo alzaron por todo lo alto mientras gritaba a su cuñado.

—De Córdoba, este doncel necesita entrenamiento y vos seréis el encargado de prepararlo.

Gonzalo caminó junto a Judá y un niño que no cesaba de sonreír por los aires.

Las mujeres, en Santa María la Blanca, cosían las telas para luego venderlas en el mercado. Gadea cada vez caminaba más incómoda y Juana cada día sonreía más. Podía decirse que desde el destierro de Julián la ciudad se encontraba en completa paz.

Judá se dedicaba a sus trabajos en el comercio. Alguna vez que otra tuvo que ausentarse para viajar al mercado de Medina, pero casi siempre los rechazó enviando a otros. No deseaba separarse del lado de su esposa y ella lo agradeció. El tamaño de su vientre no podría crecer mucho más sin que explotase, por lo que estaba segura, que no faltaba mucho para el gran día. Sin saber muy bien como sentarse se acomodó varias veces hasta conseguir una posición algo cómoda junto a la chimenea.

—Si no paráis quieta os caeréis del asiento —. Juana dijo sonriente mientras hilaba en el telar.

Gadea no contestó porque si lo hubiese hecho la hubiesen acusado nuevamente de mal humor, y es que, aunque le costase reconocerlo, lo poseía y mucho, pero claro, qué sabían ellos de llevar ese peso tan inmenso en el vientre o lo fea que se veía al verse tan gorda como la más vieja y gorda de las vacas. Le extrañaba que su marido aún no la hubiese abandonado por otra.

—Dejad de fruncir el ceño, os saldrán cientos de arrugas.

—Lo que me faltaba… —murmuró furiosa y causando la sonrisa de su hermana tras el telar.

Amice y Beatriz entraron por la puerta y se preguntó si aquellas dos serían hermanas gemelas o algo parecido porque ninguna iba a un lado sin la otra. Puede que, si fuese celosa, tuviese algo de celos, después de todo Beatriz y ella eran las mejores amigas, y puede que pensase que ya no la quería ni que deseaba seguir siendo su amiga, puede incluso que se lo quisiese recriminar, pero claro, ¡cómo todos decían que estaba de un humor de perros! Se callaría y listo.

—¿Cómo van las ventas de las mujeres en la Alcaicería? —dijo intentando no parecer de mal humor hasta cuando preguntaba.

—Bien, pero no son suficientes —. Contestó Beatriz preocupada.

Amice se acercó para consolarla y la joven sonrió como si estuviese feliz, ¿qué estaba sucediendo? Al instante Gadea se lamentó de su falta de sensibilidad. Julián había sido desterrado por su culpa y ella no se había molestado siquiera en explicarse.

Los últimos meses el niño le daba tan malas noches y mañanas, que apenas si era una mujer consciente. Dispuesta a subsanar sus errores se puso en pie, como pudo, para acercase junto a su amiga.

—Beatriz, si vuestra pena es por Julián, quiero que sepáis que lo lamento mucho.

—¿Lamentarlo? Mi hermano se merecía algo mucho peor.

Vuestro esposo fue generoso en dejarlo permanecer con vida. El destierro sin posesiones es un sitio demasiado bueno para alguien como él.

—¿Entonces por qué…?

Beatriz se quedó en silencio ante una Amice que se apresuró a contestar por ella.

—Las mujeres… le preocupan las mujeres que…

—Sí, a mi también me preocupan ellas. No hay suficiente dinero para alimentarlas a todas. Son demasiadas y también está el problema de los niños. Creo que ha llegado el momento de contarle la verdad de las joyas a mi esposo. Llevo días pensándolo —dijo mientras sacaba un precioso collar del bolsillo.

—El podría ayudarnos —. Contestó una Juana que cada día confiaba más en su cuñado.

—¿Y si nos las quita? —Dijo Beatriz preocupada.

—Es un comerciante muy hábil, podría quedárselas para hacer sus propios negocios —. Contestó la monja igual de preocupada que su amiga.

—Mi esposo jamás haría eso —. Contestó seria e indignada.

—¿Y qué es lo que yo no haría exactamente?

Gonzalo acompañaba a su señor a la sala de las mujeres y miró al cielo pidiendo clemencia al ver el collar en manos de Gadea. La tormenta llegaría pronto y estaba seguro de que los truenos del converso les alcanzarían a todos. Azraq lo miró divertido y agradeciendo estar soltero o por lo menos no casado con ninguna de esas mujeres llamadas cofrades. Las muchachas representaban un peligro para Castilla al completo.

—¿Esposa?

—Bien, bueno…

—¡Somos inocentes! —Chilló Juana conociendo perfectamente el delicado temperamento de su cuñado.

—Lo dudo —. Judá contestó serio mientras continuaba observando expectante a su bien amada esposa.

La mano de Gadea se estiró por encima de su cintura para acercarle el precioso collar de oro macizo.

Judá abrió los ojos un par de veces para comprobar que aquello era real. Con delicadeza tomó la pieza entre sus manos. El oro era cien por ciento legítimo.

—Parece muy antiguo… podría asegurar sin equivocarme que es una posesión de reyes — La observó con detenimiento y aunque tenía importantes dudas sobre el origen, prefirió callar. Si sus sospechas eran ciertas el peligro para los que lo supieran sería muy, pero muy alto —. ¿De dónde lo habéis sacado?

Gadea contó la historia al completo, pero obviando decir la

fecha del gran hallazgo. Si su esposo se enteraba que llevaban meses escondiendo el tesoro seguro se enfadaría y mucho.

—¿Alguien además de vosotras ha visto las joyas?

—No —. Respondieron presurosas.

—Sí —. Contestó Juana no tan de prisa.

—Por los clavos de Cristo —. Maldijo de Córdoba demasiado alto y asustando a una Juana que comenzó a escupir todo lo que llevaba dentro, y que sólo ella sabía.

—Puede que lo llevase al prestamista, Juan de Dios, el que está en Alcana la vieja, pero sólo el collar, os lo juro.

Judá no maldecía por lo alto como el Cordobés pero no por ello se encontraba más calmado. Su esposa necesitaba un ambiente tranquilo y despreocupado, le dijo Blanca la curandera, pero se lo ponían muy difícil.

—¿Cuánto hace exactamente que habéis ido a ver al judío? — Dijo atragantado por la furia que se le atravesaba en la garganta y que retenía por amor a su esposa y futuro hijo.

—Una semana.

Judá cerró los puños hasta hacerse daño, Gonzalo volvió a maldecir y Azraq repetía, tabán, tabán aunque, a decir verdad, las mujeres se miraron extrañadas. Sólo Juana tuvo el valor de decir en apenas un murmullo.

—Tampoco hemos hecho tanto…

No muy lejos de allí

—¿Y decís que esas mujeres poseen las joyas?

El prestamista asintió mientras comprobaba el total de monedas de la roja bolsa. El sacerdote sonrió al despedirlo ante un entusiasta jorobado que disfrutaba de la alegría de su amo.

—Os tengo —Exclamó con una carcajada que resonó en toda la Primada.

Enamorado

Beltrán la observó embelesado. Ella se convertía en algo imprescindible para la vida de un solitario como él. Con restos de harina en las mejillas, y parte de la camisa, María avivaba el fuego de una chimenea demasiado humilde, pero a la que ella idolatraba como la mejor de las construcciones, después de todo el horno lo era. Abandonada por su esposo, no poseyó recursos más allá del propio cuerpo hasta que el avejentado horno volvió a cocinar.

Sus amigas le brindaron una profesión más allá de los abusos masculinos y ella lo aceptó como hambriento acepta un trozo de pan duro. Hoy la veía más allá de la vista, María era más que el cuerpo que en un principio lo enloqueció. La joven comerciaba como el mejor de los judíos, poseía unos sentimientos tan leales como el mejor de los caballeros, y brindaba con un honor que competiría con la sangre más pura de reyes.

Apoyado en la puerta dejó volar los pensamientos. Muchos eran los remordimientos que lo perturbaban hasta la locura. Recuerdos del pasado se hacían presentes amargando su realidad. Recuerdos de un joven que luchaba por intereses por encima de la moralidad, un joven que hoy combatía con sus propios demonios. Infiernos con rostro que lo atormentaban. Infiernos y demonios con la mirada de su primo Judá.

Durante las últimas semanas no se sucedieron incidentes. El sacerdote, tras el destierro de Julián, pareció calmo, y aunque no se fiaba ni medio pelo, la realidad así lo contaba. No se vieron más muertes de niños inocentes por las calles. Quiso pensar que todo aquello podría significar algo, pero bien sabía que la neblina de primavera no siempre auguraba una tarde soleada.

Su padre jamás cesaría en su sed de venganza. Odiaba a quienes consideraba arrebatadores de lo propio mientras que él, él apenas si sentía. Si el tiempo marchase hacia atrás, y la experiencia fuese un conocimiento retrospectivo, entonces jamás se uniría a quienes mataban en nombre de la justicia y utilizaban a niños para inculpar a inocentes. Pero sus cartas estaban echadas hacía ya demasiado tiempo atrás. El pasado marcaba su destino y las lágrimas ya regaban tierras estériles.

Arrodillada junto a los leños y el pequeño fuego, ella se giró y le sonrió ofreciéndole una cordial bienvenida. Necesitado de eso que llamaban cariño la aceptó como si de amor se tratase. Ella no lo amaba, lo sabía, siempre lo supo. Puede que lo quisiese, que agradeciese su protección, pero su femenina piel no ardía enamorada cuando él la acariciaba. El amor era mucho más que la mera penetración. Amor es quien te devora la razón. Es la locura que busca

comprensión. Amor es sentirse encarcelado sin rejas. Es llorar reclamando a los cielos compasión y maldiciendo a gritos por tanto dolor. Amor es sentirse el más sucio de los lodos y limpiarse con el más humilde de sus besos. Él sí la amaba. Con locura, con desesperación, con el ardor de quien nunca sintió algo igual. Ella se ofrecía y él la aceptaba. La amaba y ella lo recibía. Un trato silencioso en donde ambos se beneficiaban. ¿Qué más podría pedir una rata traidora como él?

Con la decisión de quién sabía perfectamente la razón de su visita, se quitó el puñal de la cintura y lo apoyó sobre la mesa coja. Al arma le siguieron el cinturón, la capa y la camisa.

María se puso en pie y lo esperó sonriente. Beltrán era su remanso de paz. Su presencia le alegraba el día. El cariño se presentaba como una realidad y el amor como la esperanza de quien debería llegar pronto. Tantas fueron sus luchas que bien sabía que se merecía un poco de consuelo. El hombre la trataba con respeto, su cuerpo era algo más que el depósito de descargas impacientes y eso era mucho recibir para mujeres con su historia. Puede que sus sentimientos no fuesen como los soñados. Pero ¿quién sabía exactamente lo que sólo a Dios correspondía? Su alma se regocijaba con las tiernas caricias y ella era pecadora buscando un poco de amorosa redención.

Sonriente y entusiasmada, estiró los brazos en alto para enredarlos en su fuerte cuello y perderse en el calor masculino. No pedía mucho más que aquello que poseía en esos momentos. Un cariño, un hogar, un trabajo y un trozo de pan con el que alimentarse. Esas eran sus necesidades, esos sus deseos y esa sus razones.

El hombre la sujetó por la cintura y la besó como solía hacerlo. Con sabor, con dedicación, con ardor y ese toque de idolatría que elevó su espíritu femenino hacia las alturas. Un hombre como aquél moría por sus caricias y ella moría por ser importante para alguien.

Decidida lo aceptó y lo acunó entre su cuerpo. Ambos se recostaron en el lecho besándose como dos almas unidas por la necesidad. Sus manos se acariciaron, sus lenguas se saborearon y sus cuerpos se acariciaron en una música perfecta y armoniosa. Ninguno habló, pero sus miradas gritaron cientos de palabras, que sólo los corazones esperanzados eran capaces de aclamar. Brazos y piernas enredados en una caricia eterna junto al calor de la sangre alborotada por la pasión. Amor, querer, necesidad, placer, que importan las definiciones cuando dos almas se encuentran buscando el consuelo que la vida les negó.

Beltrán cayó sobre el lecho dejándose hacer y ella lo reclamó. Los labios llenos de agradecimiento recorrieron la piel dura y las manos inquietas peinaron el rizado bello del marcado torso. Los besos

lo bañaron al completo hasta detenerse junto a la cicatriz, que al igual que el resto de su cuerpo, se tensaba ansiosa por sentir.

Lo besó como ninguna lo habría hecho jamás. Navegó por encima de su ser y como la más experta de las mujeres saboreó la esencia de su amor. El hombre tembló ante su contacto y victoriosa se alzó para ocupar la posición de las líderes. Aceptando su derrota, Beltrán espero anhelante a quien, con piernas abiertas, le introdujo en el cáliz de la más bendita de las pasiones. La boca la buscó mientras su cuerpo se tenso bajo su dueña y señora. Deseaba ofrecerle eso que ella buscaba. Desea ser por y para ella.

La joven se movió segura provocándole una necesidad en donde ya ninguna razón lo acompañó. Los movimientos, aunque intensos, le resultaron insuficientes. Con la fuerza del macho que ya no soportaba tanta agonía la hizo girar para reclamar la posición que algunos considerarían normal. Como hombre necesitado, y así como fue enseñado, sobre ella empujó con fuerza y sin piedad. La mujer se retorció bajo sus embistes y él estiró el cuello hacia el cielo para gritar como animal en luna llena. Ambos contrajeron sus cuerpos y los espasmos los embargó al unísono tocando la última nota de una canción que no volvería a sonar.

En casa del nigromante…

Blanca no cesaba de llamar a Babú, pero nada, el dichoso perro no aparecía. Decidida bajó por las escaleras hacia el sótano rezando para que el animal apareciese o su maestro la mataría. Ese perro era su bien más preciado y se lo encomendó especialmente. El marqués de Villena solía viajar en busca de hierbas exóticas, y ella como toda aprendiz, se quedaba a cargo de casa y demás posesiones.

Todos los experimentos de magia, todos sin excepción, quedaban bajo su custodia. Agradecía la confianza, pero muchas veces la abrumaba semejante encomienda. El sótano se hallaba cubierto de frascos con ensayos alquimistas que muchos envidiosos ansiaban poseer. La ciudad se atestaba de magos principiantes buscando su tutela, y de desesperados buscando salud, de hecho esa misma mañana, tuvo que echar a dos que, como simples viajeros y atravesando la muralla por la puerta del Cambrón, la bordearon sigilosos hasta alcanzar la puerta trasera de la casa. Si no fuese por Azraq, aquellos desgraciados habrían robado el gran libro de la magia. Se decía que en él se encontraba el conjuro para la vida eterna pero ella nunca lo leyó y ciertas cosas eran mejor no saberlas, por lo menos si se deseaba conservar la cabeza pegada al cuello.

—Bendito perro…

El grandullón había rascado el hueco cubierto y se había vuelto

a escapar por los estrechos pasadizos hacia las cuevas. Arrugando la nariz por el intenso olor a humedad se puso de rodillas y se dispuso a ir en su busca. Si el animal no encontraba el camino y se perdía no sería el único que perdería la vida. Con cuidado de no romperse la túnica, caminó agachada hasta gatear los pasos suficientes y encontrar la altura de la cueva como para ponerse en pie. No tuvo miedo, conocía el camino. El perro las había guiado hasta los gatitos y seguramente volviese al sitio para verificar si los pequeñines seguían allí.

—Animal tonto… —murmuró al recordar que los pequeños felinos se encontrarían en casa de Gadea felices y ante la chimenea mientras ella caminaba por pasadizos oscuros y mal olientes.

Anduvo bastantes pasos más de lo que conocía buscando, pero nada, Babú no aparecía.

Cuando pensó que debía desistir, las luces en el fondo de uno de los cinco pasadizos, la hizo estrechar la mirada. El camino era un túnel muy largo, pero juraría que al final se oían voces humanas. Curiosa como era y fruto de su experiencia en alquimia, elevó la nariz intentando identificar el aroma. ¿Sebo? Velas, eran velas, ¿pero que hacían aquellos hombres escondidos en una cueva de la que prácticamente nadie conocía su existencia? Intrigada, caminó con cuidado de no pisar nada que pudiese hacer ruido y delatar su presencia. Anduvo más de cuarenta pasos hasta que la luz al final se hizo intensa y las voces más potentes. Con la sagacidad de aquellas mujeres que sabían sobrevivir solas, pegó su oreja a la fría pared para escuchar lo que aquellos decían.

Los hombres discutían y las voces comenzaban a elevarse cada vez más. Hubiese sido interesante comprender algo de lo que aquellos decían, pero nada poseía sentido. Sus voces parecían las de hombres cultos, nobles quizás, pero ninguna otra cosa por destacar. Molesta con su falta de comprensión pensó en marcharse cuando a lo lejos vio una imagen que le heló la sangre. Una cruz de madera, alta, fuerte y grande, demasiado grande.

—Madre santísima protégenos de todo mal —. Se dijo girando y corriendo por el estrecho túnel de regreso a la casa.

Con las piernas trabadas por los nervios tuvo que levantarse las faldas para no caerse mientras en la oscuridad completa de la cueva, rogó al altísimo no matarse de un golpe.

Corrió con tal desespero que se golpeó de lleno con la pared que la encontró a ella primero. Maldiciendo en silencio se acarició la frente y se agachó por el pequeño hueco hecho por Babú para arrastrarse y poder llegar al sótano del nigromante. La respiración se le agitaba fruto de los nervios y del temor. Si esos hombres la descubriesen ella sería la primera en visitar al creador. Rezando a

Santa Marta y a la virgen María, suplicó hasta que consiguió ver luz al final del pasadizo. Satisfecha y algo más relajada al sentirse en la seguridad del hogar corrió escaleras arriba gritando enloquecida.

—¡Azraq! ¡Azraq! —Por los clavos de Cristo y nunca mejor pensado, ¿dónde se encontraba?

Nerviosa recordó que esa noche su hermano no la pasaría con ella. Con temblores en las manos abrió la puerta y miró a los lados de la calle. Hacia arriba estaba la casa de Judá. Él sabría que hacer. Estuvo a punto de extender un pie, pero el temor la hizo cerrar la puerta nuevamente. Las voces de unos que parecían borrachos se escucharon detrás de la puerta. Después de mucho pensárselo y acariciando su roja pulsera, la volvió a abrir. La oscuridad nocturna inundaba las calles y maldijo por lo bajo para volver a cerrar la inmensa puerta. Las noches eran sinónimo de ladrones, violaciones y un sinfín de desgracias para toda aquella mujer que saliese sin protección y ella no la tenía. Bueno sí la tenía, su pulsera roja de seda trenzada contra todo mal, pero le pareció que no sería suficiente para una noche tan cerrada como aquella. Moviendo las piernas sin parar se sentó en una silla junto a la puerta esperando el amanecer.

—Dios bendito… no permitas que nada suceda hasta que pueda dar aviso.

Blanca la morisca rezaba rogando a Dios y a la virgen para que ningún sacrificio se produjese aquella noche antes que ella pudiese dar aviso de semejante aberración. Ella misma vio el cadáver de los niños y supo reconocer la recreación de la crucifixión del Cristo en el cuerpo de los pequeños. En aquella cueva había una cruz, cuerdas, lanzas y hombres discutiendo, ¿qué otra cosa podía ser mas que aquellos que utilizaban a los pequeños como herramienta de su venganza?

Las horas pasaron y el sueño la alcanzó en la silla dura. La mañana apenas comenzaba a clarear cuando el ruido de unos pasos que supo reconocer la despertaron al instante. Desesperada destrabó la inmensa puerta de madera y se abalanzó en brazos de Azraq el azul, que tuvo que sujetarla para que no cayese.

—Blanca, hermana, ¿qué ha sucedido? —Preguntó preocupado mientras miraba sus vestimentas buscando rasgos de alguna agresión.

—Vamos, vamos…—contestó mientras lo empujaba nuevamente hacia la calle.

—¿Pero qué diantres? Astagfirullah, no pienso moverme hasta que no me expliquéis.

—Sí, sí, por el amor de Dios, ya conozco vuestros insultos, pero no creo que nuestro señor desee tanto mal a los niños.

—¿Qué niños?

—Piensan crucificar a otro niño.

—¿Quiénes? ¿Dónde? —Contestó dispuesto a enfrentarse a todo

el que se interpusiese en su camino. Todo lo que su hermano tenía de fiero lo tenía de buen hombre.

Blanca le pudo decir que en las cuevas no muy lejos de la casa, pero temió por el Azul. Su hermano lo era todo para ella y aunque muy fiero no podría contra tantos.

—Judá, debo hablar con él. ¡Vamos!

Sin esperarlo corrió calle arriba y su hermano la alcanzó en sólo dos zancadas. Ambos atravesaron a toda marcha las calles de tiendas aún cerradas mientras la joven rogaba a la virgen para que los protegiese a todos.

Calumnias

Blanca y Azraq interrumpieron en la sala de Judá como caballos desbocados. Ambos lucían como si hubiesen subidos las empinadas cuestas perseguidos por el mismo Lucifer. La mujer apenas si respiraba ante un fuerte y agotado moro que estiraba el total de su ancha espalda para comenzar a hablar.

—Tenemos novedades.

Judá, al encontrarse en presencia de su tío y de su padre intentó buscar una salida para hablar a solas con sus amigos, pero la intervención de Haym se lo impidió.

—Estamos en familia, podéis hablar.

Molesto lo increpó con la mirada. ¿Familia? Su padre sabía perfectamente de cual pie cojeaba el bastardo de su tío. Su padre no era ningún idiota, ¿pero entonces que planeaba?

Azraq, aunque respetuoso de la autoridad del dueño de casa, esperó la señal de aprobación de su amigo para comenzar. Este pestañeó una única vez, pero fue suficiente mensaje como para que comenzase a relatar la información.

—Blanca ha descubierto algo sospechoso en las cuevas. Creo que pueden ser ellos.

—¿Cuevas? —Haym no comprendió.

—¿Ellos? —Preguntó curioso el padre de Beltrán.

Mirando a su hermano para pedir permiso antes de hablar en presencia de los hombres, Blanca esperó la señal y asintió presurosa al sentirse libre de opinión.

—Los vi. Eran muchos hombres, unos diez. Todos formaban un círculo y hablaban, pero no pude comprender mucho. Mencionaron a los herejes y su exceso de poder. Dijeron que todo se hacía en nombre de la justicia divina y que era el mismo Dios quien los guiaba.

—¿Pudisteis ver quiénes eran? —Santa María habló interesado.

—No, sólo escuché voces. Parecían hombres cultos, con fluidez de palabras.

El tío sonrió malicioso para luego alzar la mano como si espantase una mosca molesta.

—El testimonio de una mujer que ni siquiera es capaz de reconocer a las personas que dice ver, por amor al cielo, perdéis el tiempo.

La morisca deseó propinarle un reverendo puntapié en las espinillas al cerdo desgraciado, pero se mantuvo en su postura sabiéndose el eslabón más débil de la cadena o por lo menos de esa cadena. Respirando con profundidad habló nuevamente como si no hubiese sido interrumpida por aquél bellaco, ese que se creía superior, pero al que todos reconocían como el inútil de la familia. Si no fuese

por el padre de Judá aquél descerebrado sería uno de los tantos nuevos cristianos navegando por las aguas de la pobreza, comentario que por supuesto Blanca decidió obviar.

—Como os he dicho, estaba muy lejos para ver sus rostros, pero sí pude ver la cruz que se clavaba ante ellos y en posición invertida.

—¿Cruz? —La pregunta surgió interesada de labios de Judá.

Gadea, que en aquellos momentos hizo su aparición en la sala, tuvo que sentarse al instante debido al inmenso peso de su tripa. Intentando simular una sonrisa que no consiguió engañar a nadie, se dispuso a escuchar como una participante más. Las mujeres no solían participar de las decisiones de los hombres, pero si Blanca la morisca se encontraba en la sala, ella también lo haría. No es que no terminase de fiarse de la curandera ni de su marido, pero una mujer siempre debía cuidar su hogar de los posibles acechos. “Las serpientes siempre anidan escondidas bajo las propias mantas”, decía su madre, y aunque nunca le diese consejos demasiado buenos, mejor era prevenir que curar.

Judá se acercó a su lado y le sujetó la mano mientras escuchaba a la joven y eso le proporcionó un poco más de seguridad, pero sólo un poco. Se sentía gorda como un buey, fea como una gallina vieja y, además, unos pinchazos le atravesaban el vientre como puñales.

El rostro de su esposo decía que algo serio se estaba cociendo y ella permanecería a su lado.

Azraq y Gonzalo De Córdoba tampoco parecían más amables. Algo no iba demasiado bien en esa sala. El pequeño Salvador entró corriendo al salón como si llegase tarde a una cita. Al verla sentada se sentó a sus pies cual perro de caza. La dura aprobación de su marido hizo que el pequeño se hinchase de orgullo mientras vigilaba a cada uno de los asistentes como el más experto de los vigías.

—Sí, una cruz lo suficientemente grande como para sujetar a una persona.

Judá no esperó ni un momento más. Hablaba con premura mientras fijaba su estoque al cinturón de cuero. De uno de los bolsillos de su pantalón sacó una cinta de cuero negra y se recogió la cabellera en una coleta ante el cierre de párpados de su esposa. Ese gesto lo había visto demasiadas veces en su marido como para saber que se preparaba para un combate. Los hombres luchaban y las mujeres esperaban, pensó impotente al sujetarse la tripa que se tensaba dolorosamente cada vez más. Por un momento se mordió la mano para no gritar de dolor. Judá lo que menos necesitaba era una mujer débil y llorona a su lado. Con la entereza de la que fue capaz, se levantó con valor y lo más recta que pudo.

—¡De Córdoba!

—Sea —. Contestó ajustando sus puñales a la cintura y

comprendiendo el mensaje del señor.

—¿Azraq?

—Contad conmigo. Llevo una mañana de lo más aburrida —. La mirada lobuna del azul helaría al más valiente de los nobles. Judá asintió y se acercó a su mujer para besarla en la frente.

—Id con Dios, marchad con mi bendición y que el señor os traiga junto a mí.

El joven asintió mientras la besaba casi en el aire y marchaba corriendo a toda prisa rumbo a las caballerizas. De Córdoba miró a Gadea y esta le contestó con rotundidad.

—Yo informaré a Juana. Id con Dios.

Gonzalo asintió para correr tras su señor y Azraq el azul. Blanca la morisca pensó seguirlos, pero la mano fuerte de Gadea, y parte de sus uñas, se le clavaron en el brazo. Algo dolorida la increpó, pero al mirar y ver su rostro desfigurado por el dolor maldijo en silencio. La joven movió las piernas para mostrar el charco de agua que se extendía justo debajo de sus faldas.

—Tranquila, tranquila… es normal —. Gadea asintió, pero sin voz al sentir como otro calambre insoportable le atravesaba el vientre —. ¡Ayuda! Debemos llevarla a su cuarto.

Haym, que se entretuvo viendo a su hijo marchar, no fue hasta el chillido de la curandera y el de su nuera, que comprobó la situación. Sin esperar un minuto corrió junto a la joven y la sujetó por debajo de las rodillas para elevarla en brazos. Gadea agradeció el acto justo antes que otro dolor le volviese a travesar el centro de las entrañas. Al momento un segundo dolor se detuvo y sonrió agotada a un suegro que la transportaba a toda prisa.

—Parece que vuestro nieto desea venir a la vida.

—Eso parece muchacha, eso parece —dijo preocupado al depositarla en el lecho y ver como el dolor se hacía presente otra vez.

Con la garganta seca recordó el día que su ángel después de intensas horas de sacrificio le ofreció el mejor regalo que un hombre podía tener. A su hijo Judá. Nervioso de pensar los cientos de desgracias que se sucedían en un parto, rezó a Dios para que su nieto naciese sano y su nuera viviese para enseñárselo.

—¡Agua y un caldero! ¡Paños! —Chilló la morisca.

—¡Agua y paños limpios! —Repitió por los pasillos ante una Alegría que se detuvo estupefacta.

—Señor, mi niña… —dijo la sirvienta al pensar en Gadea, esa pequeña que crio como si fuese su propia hija.

—Sí, nuestro nieto viene en camino —respondió provocando la sonrisa en la mujer—. Alegría, paños limpios y agua.

La rolliza señora asintió mientras hizo bambolear las anchas caderas por el extenso pasillo.

Haym sonrió, pero sólo un momento. Los gritos tras la puerta de la alcoba le helaron la sangre. Maldito fuese el destino, Judá llevaba días sin moverse de casa esperando la llegada de su hijo, y justamente ahora lo encontraba peleando por su honor y el de su familia.

Con los nervios a flor de piel se dirigió a la sala y se sirvió una copa repleta de vino. Las horas se le antojaba que correrían muy lentas. Su nieto deseaba venir a la vida y su hijo luchaba por conservarla. De un trago bebió hasta ver el fondo y se sirvió una segunda hasta casi rebosar al escuchar el segundo grito de la muchacha.

—Adonay, protegedla… protegedlos… por favor… Os llevasteis a mi ángel y aún ruego por ese día en que nos volváis a unir. No os llevéis a nadie más antes de que yo parta.

Ante el barullo de los acontecimientos nadie se percató que, un hombre, presuroso ante las noticias, corrió atravesando el jardín para huir cuesta abajo directo hacia la Primada. Dejando atrás la calle de la zapatería y atravesando la de las carnicerías llegó sudando gotones. Este era el momento justo que llevaba planeando. Bien, puede que no exactamente como lo estuvo planeando, pero las circunstancias no podían ser mejores. Judá se adentraba directo a la boca del lobo y sin que ellos hubiesen tenido que hacer nada. Aquella mujer idiota fue el instrumento perfecto para que la justicia divina cumpliese con los designios de Dios y de paso con los suyos propios. Si todo salía según lo planeado, su sobrino sería el primer converso en pagar por las calumnias de sangre. Lo quemarían y su padre iría detrás como cómplice. El comercio con Flandes le pertenecería totalmente a él. Ya no sería el segundón. Su familia sería la primera en la ciudad de Toledo y su hijo su fiel sucesor. Ambos dominarían gran parte de las decisiones de la ciudad gracias al poder económico que se centraría en ellos y sólo en ellos. Los prestamos del reino, los intereses de los desgraciados, los usufructos de los mercados, todo sería suyo. Feliz de conseguir lo que los años le hubieron negado, entró a gritos en la gran catedral.

Con la voz agitada y seca narró todo lo sucedido a un sacerdote que brillaba con malvada satisfacción.

—Apresurémonos, Dios desea que hoy cumplamos con su voluntad y desterremos de este mundo al peor de los herejes de nuestra ciudad. ¡Sancho! Ya sabéis lo que debéis hacer.

El jorobado asintió mostrando la mitad de sus podridos dientes mientras caminó lo más rápido que pudo.

—Muerte al hereje —. Chillaba el encorvado entusiasmado al marchar provocando la sonrisa de satisfacción en el cura y en Santa María que se apresuraron a ir detrás.

Culpable

La verdad es que Judá esperaba encontrar mucho más de lo que se encontró. Ni rastro de presencia humana. La cueva se encontraba vacía de personas. Velas inmensas como cirios, un altar y muchos más elementos que pronosticaban una ceremonia religiosa, pero por alguna razón no se había llevado a cabo.

Caminó el primero y seguido de cerca por Gonzalo de Córdoba y Azraq el azul que no dejaban de observar espantados la escena. Allí se preparaba un sacrificio humano como si el paganismo se uniese al sacrificio del Cristo. Una piedra improvisada como mesa, elementos de tortura y un asfixiante aroma a incienso y sebo barato, completaban la lúgubre cueva. El penetrante olor se mezclaba con la intensidad del encierro y la frialdad de una piedra húmeda que, cual sarcófago, los envolvía hasta enclaustrarlos a todos dentro. De Córdoba rascó el filo de su puñal contra la pared provocando una chispa lo suficientemente potente como para encender uno de los cientos de cirios que se encontraban desperdigados. La luz, aunque escasa, fue suficiente para que Judá observase el fondo de la cueva y maldijese por todo lo alto antes de correr hacia la cruz. Las maldiciones también se produjeron en los otros dos hombres que corrieron para ayudar a Judá, que desesperado, intentaba comprobar si el niño atado y herido, aún continuaba con vida.

—¡Respira! —Chilló como si necesitase gritar para reafirmar la respiración del pequeño.

Con cuidado lo desató de la cruz y los sujetó entre sus brazos. Esperanzado al ver que se encontraba desmayado, pero sin ninguna punzada de muerte, se puso en pie.

—A tiempo —dijo Azraq igual de esperanzado.

—A tiempo hemos llegado nosotros. ¡Guardias!

El cura con la túnica tan negra como el más negro de los cuervos, acusaba sin respirar a un Judá que estrechaba el ceño rogando a Dios, que le ofreciese vida suficiente para asesinar a semejante bastardo.

—¡Qué carajo está sucediendo! —De Córdoba gritó con furia mientras junto con Azraq entorpecían el camino hacia Judá. El converso, con el cuerpo del niño en brazos, se encontraba en desventaja de defensa.

—¡Pretendías sacrificarlo! Lo sabía. Cerdos disfrazados con ropas costosas. Herejes hijos del mismo demonio. Falsos cristianos simulando un pecado que les rebosa por todo el cuerpo. Puercos malnacidos que buscáis en la imitación de un sacrificio la calumnia hacia nuestro señor.

—Os reís de quienes en verdad abrazamos la fe —. La voz de

Santa María y padre de Beltrán, se abrió paso ante unos hombres que comenzaban a aparecer como si alguien los hubiese convocado.

—Una trampa… —Murmuró entre dientes un converso que no podía contener la furia que le embargaba. Con cuidado depositó el pequeño cuerpo desmayado en el suelo.

De Córdoba y Azraq, al escuchar su murmullo de los nuevos invitados, maldijeron y poniéndose en posición de ataque, se prepararon para luchar. De esa no saldrían vivos, pero se llevarían a unos cuantos con ellos antes de abrazar al creador.

—No poseéis pruebas —. Judá se hizo un sitio entre los dos amigos para enfrentarse cara a cara con su tío. El cura era un ser despreciable que sabía que tarde o temprano debería encarar ¿pero el padre de Beltrán? Ese ya era harina de otro costal. Ese inútil inservible mostraba la verdadera cara. Ya no se ocultaba —. ¿Cómo os atrevéis a enfrentarme? ¿Sabéis? Estáis muerto.

Judá centró el total de su furia en el traidor. En aquél en quien nunca confió pero que jamás creyó llegar tan lejos. Su tío, a medio camino de la obesidad y la calvicie, sonrió satisfecho. No era ningún valiente, nunca lo fue, pero enfrentarse a Judá bajo el respaldo de la justicia civil, le ofrecían una interesante tranquilidad.

—¡Os hemos encontrado a punto de cometer vuestra atrocidad! Vos y vuestros cómplices —dijo feliz sabiendo que no sólo se desharía del feroz de su sobrino sino también de los dos caballeros que seguramente vengarían su muerte. Asquerosos caballeros con honra, pensó al mirarlos con fijeza, como si la honra diese un lugar y una posición ventajosa en algún lugar del reino. Contento como quien consigue el total de sus objetivos, se enfrentó muy, pero muy valiente a la mirada asesina de su sobrino.

—Estáis muerto… —Judá lo repitió como sentencia mientras se aferraba fuertemente a la empuñadura de su arma.

—Sólo vos resultaréis muerto. Es de Dios que exista justicia y es de Dios que hoy las llamas de la hoguera se deshagan de vos. Que el demonio se lleve vuestra alma al sitio más oscuro del infierno.

El sacerdote festejó las palabras de Santa María con inmensa satisfacción. Al fin el creador demostraba su vara de medir de forma justa. La muerte se llevaría a quien lo humilló hasta más allá de las murallas. Ese converso probaría, en el calor del fuego, la verdadera venganza. Sus pecados pueden que fuesen muchos y sus actos de sodomía no del todo aceptables, pero el converso los utilizó para obligarlo a liberar a la prostituta de su mujer, y hoy ese acto comenzaba a resarcirse. Primero él, luego la meretriz de su esposa y por supuesto la vida de su mismo hijo que no nacería con vida. No si Dios se lo permitía.

—¡Guardias, apresadlo! Todas las pruebas que necesitamos se

encuentran ante nuestros ojos. No necesito ver más para comprobar que un cerdo siempre es un cerdo y un judío un judío. Hoy morirá un hereje hijo del demonio porque a Dios lo que es de Dios y al infierno lo que del infierno proviene.

Los guardias, que sumaban cinco, sonrieron ante el botín que pronto recibirían. Sus órdenes fueron claras, ver lo justo, apresar al hereje, y repartir la pesada bolsa con monedas.

Dispuestos a cumplir con su deber desenfundaron los estoques. Aquellos desgraciados pensaban luchar y ellos sólo pensaban en cobrar. Judá se puso recto dispuesto a morir. De Cordoba y Azraq hicieron lo mismo cuando una fuerte voz se escuchó al fondo, y cual las aguas del Sinaí, los pocos hombres y que parecían ser nobles interesados en verlo morir, dejaron paso a Beltrán De Santa María. Furioso como uno más de los amigos, frunció el ceño resaltando la cicatriz intensa que le recorría el rostro. No era muy de él mostrar esa imagen, pero cuando lo hacía, se parecía demasiado a su primo. Orgulloso como si de un hermano pequeño se tratase, Judá aceptó su llegada. Una nueva espada para luchar no sería mal recibida, y mucho menos cuando las cuentas le señalaban como perdedor.

—¡Padre!

—¡Beltrán, marcharos!

La orden del hombre sonó a ultimátum, pero su hijo no lo escuchó. Por primera vez, y decidiendo que era el momento de tomar una decisión, se enfrentó a él para increparlo con toda la furia de sus palabras.

—Detened esta locura. No razonáis.

Ofuscado por sus palabras, el viejo se acercó tanto, que hasta sus respiraciones se enfrentaron en un duelo a muerte.

—Marcharos si no queréis correr la misma suerte que el desgraciado de vuestro primo.

—Sabéis que no lo puedo permitir.

El padre enrojeció de furia ante un cura que gritaba ofuscado.

—Os lo dije. ¡Maldito traidor!

—No os atreváis a enfrentarme porque…

—¿Estarías dispuesto a deshaceros de vuestro propio hijo?

—Si os unís a ese maldito bastardo no poseeré hijo alguno.

Beltrán asintió aceptando que su momento había llegado. El momento de ser un hombre de verdad, el primo y hermano del único que siempre lo protegió. Alonso de la Cruz para el mundo, Judá de Martorell para sus íntimos, hermano para él.

—Sea —. Contestó antes de elevar la voz—. ¡Escuchadme todos! Yo soy el único responsable de las muertes de los niños. Yo he sido quien los ha asesinado.

—¡No! —Su padre gritó más furioso que preocupado.

—¡Beltrán! —La voz gruesa de Judá se hizo potente y superior a las demás.

—Yo los he matado —confirmó por si alguien no le hubiese escuchado —. Yo he cometido las calumnias de sangre.

—Callad —. Judá lo increpó con la autoridad de todo un hermano mayor —. No tenéis que hacer esto. ¡Llevadme! Es a mi a quién buscáis —. Contestó intentando salvarle.

—Tengo que hacerlo. Soy el responsable de estas muertes y de muchas otras. Lo sería de la quema de vuestra esposa si no fuese porque vos interferiste.

Judá se echó hacia atrás descolocado. La confusión lo dominó. Aquello no era posible, Beltrán era su sangre… su primo… hermano…

—Soy el responsable de la mayoría de vuestras últimas desgracias. Todo lo que ha sucedido me lo debéis a mí.

—Maldito desgraciado —Azraq se acercó deseando rebanarle el pescuezo, pero Judá lo detuvo con la mano en alto y la confusión en la mirada.

—Explicaros.

—Yo he sido quien lo planeó todo. Las tramas de Julián, la hoguera de Gadea, todo…

Las fosas nasales de Judá se abrieron y el corazón se le aceleró frente a la comprobación de aquello que nunca pensó. Beltrán era su hermano. Él siempre lo protegió. Ambos lucharon juntos ante las injusticias. Confiaba en él.

—Bastardo traidor —. Las palabras de Judá sonaron como puñales en un Beltrán que se supo merecedor del ataque.

Aceptando la furia de su primo, esperó el estoque en el corazón fruto de una muerte con honor, pero él no se la proporcionó. Judá simplemente lo observaba como si ninguna pieza le encajase, o tal vez quien sabe, igual comenzaban a encajarle todas. Ahora ya nada importaba.

—¡Dejad esta estupidez de una vez! Os quemarán vivo.

Las palabras de Santa María sonaron más como advertencia que como preocupación y Beltrán supo que había escogido el bando correcto. Su padre ni lo quería ni nunca lo quiso. Buscaba un heredero, un cómplice, un secuaz digno, pero no un hijo al que respetar.

—¡Soy el responsable!

Muchas de las culpas le correspondían, y aunque las de libelo de sangre no, su primo no moriría acusado injustamente. No si él podía detenerlos. Mucho hizo para perjudicarlo y hoy, esa mañana, en la cueva, expiaría el total de sus culpas.

Los guardias desorientados se miraron entre ellos. No es que les interesase mucho la justicia, después de todo unos pobres niños de la

calle no eran más que escoria digna de limpiar ¿pero entonces qué sucedería con su bolsa cargada de maravedíes? Preocupados buscaron en la mirada del cura alguna respuesta, pero este se limitaba a mirar con rabia extrema al de la cicatriz, que deseoso de ser inculpado, no cesaba de testificar sus culpas.

—Jodeos todos —dijo el jefe de la guardia al sujetar a Beltrán por la fuerza y sabiendo que su bolsa de satisfacción se desvanecía en sus propias narices.

Desgraciados nobles, desgraciados burgueses, desgraciados judíos y desgraciados cristianos que no cesaban en sus mal nacidas luchas de poder. Yo sólo deseaba un buen disfrute, pensó el guardia al ver que su visita a la mancebía y sus días de levantamientos de faldas, quedaban reducidas a cenizas. Sin dinero, las putas no se entregaban y el pan no se compraba.

—Bastardos… —refunfuñó ante un Beltrán que se dejó apresar ——. Mañana por la mañana seréis quemado.

El resto de nobles miraban atónitos sin dar crédito. No ere ese el espectáculo prometido por el cura.

—Vuestra merced, es vuestro hijo… —dijo uno de ellos al ver marchar a Beltrán custodiado por unos guardias que nadie intentó detener.

—Yo no poseo hijo alguno.

La contestación no inmutó en forma alguna a un Beltrán que continuó caminando como si nada hubiese escuchado. Muchas fueron las veces que intentó ser aquél que su progenitor deseaba y nunca lo consiguió, ahora, poco le importaba el más lastimoso de sus desaires. Su mayor pena era la negra mirada de arrepentimiento fijada en su primo. Arrepentimiento de haberlo protegido, arrepentimiento de haberlo cuidado, arrepentimiento de haberlo querido. Los sentimientos del converso nunca le fueron ocultados a él, después de todo eran casi hermanos. Ver su sufrimiento e indignación, le lastimó más que los cientos de insultos que su padre no cesaba de chillar, al ver como se alejaba arrestado.

—Vuestra merced, ¿pensáis permitir que lo quemen? —Gonzalo preguntó al oído de Judá que no respondió, pero no porque no lo escuchase, sino porque era incapaz de salir de su estado de rigidez.

«¿Por qué?» La pregunta le llegaba una vez y otra. Su primo, aquél a quien siempre amó. Su sangre, ese al que siempre protegió, ¿prefirió venderlo ante un padre que nunca lo quiso? ¿por qué? ¿Tan poderoso caballero era el dinero?

Él no era ningún santo, sabía sumar y ganar más que cualquier otro, pero nunca se vendió. El comercio no se le resistía y las negociaciones formaban parte de su ser, pero jamás negó a Beltrán la mejor de las posiciones a su lado. Nunca puso los intereses por encima

de su hermandad. ¡Nunca!

La indignación mezclada con el dolor le estallaban en el cerebro. ¿Y Gadea? ¿qué le había hecho ella para formar parte de su plan de venganza y posesión? A las intrigas normales se le sumaron la furia de saber que su amada se encontró en peligro por culpa de su propia sangre. Maldito fuese…

—Para lo bueno o lo malo es vuestro primo. ¿Qué haréis? — Esta vez fue la voz grave de Azraq quien lo extrajo de sus pensamientos. Quiso decir que no sabía, que la confusión lo dominaba. ¿Se podía sentir amor y odio a la vez, y en grados tan intensos?

Salvador, sudado hasta los huesos, llegó agitado mientras se sujetaba de sus propias rodillas para no caerse. El niño se alzó rápidamente y entregó una nota, que Judá apenas leyó antes de arrugarla en un puño y salir disparado. Con la velocidad de los vientos se puso en marcha. Olvidándose de su primo, corrió por la estrechez de los pasillos de la cueva para saltar sobre su yegua rumbo a la casa. Si su padre lo mandaba buscar era porque algo no iba bien. Desesperado se afirmó en la montura obligando, con la fuerza de sus piernas, a que el animal volase contra el viento seco de la ardiente primavera Toledana.

Hijo

La ciudad le chocó en plena actividad por lo que decidió abandonar el caballo y continuar con sus propias piernas. Rogaba al cielo que no fuese nada malo pero la lógica se lo negó. Con el desespero en las piernas corrió cuesta arriba sin importarle los resbalones que por poco le rompieron las rodillas. Necesitaba llegar hasta su casa. Corrió tan rápido que una mujer lo increpó por su falta de decoro y un hombre lo amenazó de muerte al arrojar la jaula de las gallinas al suelo. Todos lo insultaban a medida que los dejaba atrás, pero ellos no le importaban en lo más mínimo. Ella lo necesitaba y ese era el único pensamiento que lo embargaba. Con la fuerza de un huracán abrió la puerta de un solo golpe y corrió escaleras arriba para encontrarse con el cuerpo de su padre que le interrumpió el paso.

—Dejadme —. Su voz sonó tan amenazadora como el sudor frío que le recorría la frente.

—Esperad —. Haym no se amedrentó ante la imagen feroz de su hijo. Lo conocía demasiado bien como para saber el infierno que lo estaba consumiendo.

Estaba dispuesto a saltar por encima de su padre cuando el llanto de un bebé y los brazos de una llorosa Juana, desviaron su atención y lo confundieron aún más. La joven, aunque intentaba contenerse, no cesaba de llorar como manantial fuera de cause.

—Pero ¿qué? —Si el niño se encontraba allí, ¿entonces? —¡No!

Haym se volvió a interponer entre la puerta y su hijo y Judá estuvo a punto de empujarlo a un lado cuando este lo detuvo con toda la autoridad de un padre.

—Ella vive, pero…

Un grito desgarrador de su mujer lo hizo pasar por encima de Haym y abrir la puerta de forma brutal. Allí Blanca secaba la frente de su esposa al momento que ella caía con todo el peso de su espalda en el lecho totalmente agotada.

—¡Gadea!

De dos zancadas alcanzó la cabecera de la cama y se arrodilló junto al cuerpo de su mujer que se retorcía sin fuerzas.

—¡Qué sucede! —Chilló a Blanca de forma amenazante mientras apretaba con fuerzas las manos de su esposa indicándole que él se encontraba a su lado.

—Es el niño.

—No comprendo —. Judá se soltaba el cabello como si el cordón de cuero le impidiese pensar —. Juana, ella lo tiene.

—Hay otro bebé —. Blanca hablaba aturdida por la pena — pero su postura… no es posible —dijo como si estas palabras fuesen lo suficientemente claras como para ser comprendidas—Yo…no…

—El niño no puede salir y ya no poseo fuerzas —. Gadea susurró entre lágrimas como si pidiese disculpas por ser culpable de un error—. Lo siento…

Judá se puso de pie de un salto intentando aclarar su aturdido espíritu. No era posible, ese niño no podría llevársela, tenía que existir alguna solución.

—Vos podéis. ¡Ayudadla!

Blanca tembló ante la voz de su antiguo amor que más que pedir, sentenciaba. Su mirada era amenazante, y aunque el temor de perder su propia vida la atravesó, se puso a su lado enfrentándole con el poder de la realidad.

—No existe nada que pueda hacer. Es de Dios que el niño no nazca.

Blanca tembló al hablar, pero su miedo fue aún mayor al ver como el hombre se le abalanzó y sujetándola por los hombros la miró con el negro de la muerte vibrándole en la mirada.

—Ayudadla —. Los dientes chocaban entre ellos y la morisca no tuvo el valor suficiente. Las lágrimas comenzaron a brotarle tanto de miedo como de impotencia.

—Lo siento… no sé como… nadie lo sabe.

Gadea volvió a gritar con fuerza y Judá soltó a la curandera con tanta fuerza que la hizo caer al suelo de nalgas.

Con la locura de quien ama y no se encuentra en posición de perder, buscaba desesperado alguna solución, pero nada. Su mente se encontraba vacía. Con furia golpeó la mesa hasta quebrar una de las maderas y tuvo que detenerse apoyado sobre la pared intentando recobrar el aliento. Su rostro miraba la piedra mientras suplicaba al señor un milagro.

—Judá… amor… —las palabras apenas sonaron de su esposa. Se giró y se acercó a su lado. Las lágrimas le recorrían el duro rostro al mirarla, pero no se las secó. Los hombres no lloraban, pero él sin ella no era hombre ni era nada.

—No vais a dejarme, no lo haréis…

—Ya no posee fuerzas.

—Luchad, por favor, hacedlo por mi. Luchad. No me hagáis esto.

La morisca al ver la escena se secó el rostro sintiéndose la peor de las curanderas, pero así eran los partos. Los bebes se llevaban a sus madres en más de una ocasión, y esta vez parecía que la virgen reclamaba a Gadea. Con la convicción del poder de Santa Marta, le suplicó por el alma del niño y de la madre, cuando la puerta se abrió sin preguntar y dando paso a una Amice que se arrancaba el velo arrojándolo por los aires. Al encontrarse sola se volvió sobre sus pasos para empujar a un granjero tan embarrado como los años que cargaba

a las espaldas.

—Señor. ¡Señor! ¡Judá!

La monja chilló a voz en jarro para llamar la atención de un Judá que no era capaz siquiera de reconocerla. Con la decisión que la caracterizaba golpeó su espalda y habló con seguridad.

—Yo puedo salvarla. Permitidme que lo intente.

El converso se puso en pie y la miró por detrás de las lágrimas que le bañaban el rostro y sorprendiendo a la monja que nunca pensó que vería acto semejante. El converso era un joven duro, hecho a si mismo, y culpable de las inmensas maldiciones de los avaros comerciantes poco deseosos de abonar. Hombres como él no sentían y mucho menos lloraban. Verlo allí, en semejante estado, le hizo pensar que era uno más entre tantos. Un hombre de carne y hueso sufriendo por el amor de su vida.

—Yo puedo o eso creo —dijo al ver como las esperanzas renacían en el alma del joven.

—¿Cómo? —Preguntó impaciente al escuchar un nuevo grito de dolor de su esposa —. Hacedlo. ¡Ya!

Amice asintió y empujó al hombre para que terminase de entrar. El converso miró sus pintas y retornó la mirada a la monja.

—¿Qué hace él aquí?

Blanca escuchaba las explicaciones de la monja como si de ella saliesen plenas tonterías. Al principio cuando la vio huir de la habitación, pensó que era por temor, jamás creyó que era para ir en busca de un criador de cerdos.

—Eso es imposible —. Contestó algo enfadada.

—Yo lo he visto, os lo juro. En el convento ayudó a la yegua. En su criadero, hubo una cerda que hubiese muerto ya dos veces sin su ayuda.

Judá creyó que el aire no le entraba en los pulmones. La monja pensaba que un granjero sucio y criador de puercos podría ayudar a Gadea y salvarle la vida, y él se hubiese negado, si no fuese porque estaba tan desesperado que asintió sin saber si hacía bien o mal.

—Estáis loco —. Blanca la morisca se hizo a un lado sumamente ofendida.

El hombre, que aparentaba más años que canas tenía, tragó saliva al ver el cuerpo del señor de la casa. El joven parecía fuerte y capaz de matarlo de un solo tajo en el cuello. Sus cabellos eran tan oscuros como su mirada y en ese momento maldijo por lo bajo. La joven monja había entrado en su chiquero y lo había sacado a rastras, casi sin explicarse, pero ahora que escuchaba toda la historia, hasta él dudaba de la coherencia de la religiosa.

—Sólo lo he hecho con cerdos y una vez con una yegua, yo no creo que…

Un nuevo grito de la señora y el temblor del cuerpo del señor de la casa lo hicieron recapacitar. La muchacha moriría de todas las formas. Lo sabía porque su única hija murió de forma similar. Resignado suspiró y se dejó convencer.

—Lo haré, pero debéis ayudarme. Mis manos son muy grandes —dijo mostrando sus uñas sucias y las palmas callosas.

Amice asintió y esperó que Judá le ofreciese el permiso necesario para comenzar. Un nuevo grito de Gadea y el converso asintió en silencio.

Con rapidez se arremangó la túnica y se arrodilló entre las piernas de su amiga esperando las indicaciones. Hubiese querido rezar unos cuantos ave marías antes de comenzar pero apenas fue capaz de pedir ayuda a la virgen antes de comenzar su labor frente a los imparables gritos de dolor de Gadea.

—Ella debe ayudarnos —. El granjero habló al esposo y este se acercó al lecho y con ternura acarició el rostro de su esposa llamando su atención. Gadea lo miró con amor y un toque de despedida pero él negó con la mirada.

—No digáis nada. Vuestra amiga os ayudará, pero necesito que nos ayudéis. Amor mío, por favor… Ayudadme a mí y a nuestro hijo. Él os necesita para nacer…

Las lágrimas brotaron nuevamente de la oscura mirada y la joven le dijo que sí mientras con la mano temblorosa buscó su mano para tironear la tira de cuero con la que su esposo solía sujetarse el cabello. Judá ni siquiera recordaba que se la había quitado y que la apretaba con furia en el puño. Con todo el amor del que fue capaz se la acercó a la boca y ella la mordió mientras asentía ofreciéndoles el permiso que necesitaba. Con el corazón en un puño le besó la frente antes de hablar.

—Estamos listos.

El granjero comenzó a indicar a la monja como introducir los dedos hasta conseguir acariciar la espalda del pequeño. Las nalgas del bebé tapaban toda la salida y presionaban con fuerza. La muchacha tembló de miedo, pero continuó haciendo lo que se le pedía.

—No puedo. El bebé empuja—. dijo sintiéndose impotente ante semejante tarea.

—Es normal, aferrad vuestra mano con fuerza y empujar la espalda hacia arriba.

Amice asintió y suplicando a la virgen, lo intentó pero el temblor de los dedos le hicieron resbalar la mano. Gadea protestó entre dientes y ella le pidió disculpas entre llantos.

—No puedo… no puedo…

—Podéis —. El granjero acarició su espalda—. Volved a intentarlo, pero ahora con seguridad. La monja dijo que sí y volvió a

intentarlo —. Mi señora, cuando os diga que empuje, debéis hacerlo con todas vuestras fuerzas —dijo el criador de cerdos a una Gadea que asintió tras el cordón de cuero que mordía con fuerzas.

—Con fuerza. Hacia arriba. ¡Ahora!

La monja introdujo nuevamente los dedos y pidiendo perdón a Dios por semejante intromisión empujó con fuerza al bebé que salió disparado hacia un lado para luego girarse de forma casi milagrosa. Apenas fue capaz de sacar la mano cuando la cabecita de negros cabellos asomaban con ganas de salir.

—¡Empujad! —El granjero gritó con fuerzas al ver como el vientre se ponía duro como una piedra —. ¡Ahora!

Gadea mordió la cinta de cuero mientras clavaba las uñas en los brazos de su esposo hasta hacerlo sangrar, pero él no se inmutó. Haría lo que fuese por ella.

El bebé presionó para salir. Apenas asomaron los hombros, la monja lo extrajo con rapidez. Gadea cayó sin fuerzas sobre el lecho y la cinta se quedó humedecida y caída entre sus pechos.

—¡Es una niña! Es una niña…

La monja la envolvió con una tela limpia. Las sonrisas y la alegría parecían inundarlos a todos cuando el desgarrador aullido del señor les congeló los huesos.

—¡No! No. Por favor no. ¡Gadea!

Ella escuchaba los gritos pero no llegaba a comprenderlo. Tenían un hijo y una hija. Ellos habían nacido bien, sólo necesitaba descansar un poco, sólo un poco…

Él le suplicaba, le ordenaba y le reclamaba, pero seguía sin comprenderlo. Claro que lo amaba y claro que se quedaría a su lado, sólo necesitaba descansar, se dijo por última vez al sentir la oscuridad de un cuerpo que ya no podía esperar.

La fatiga lo dominaba. Más de una vez cerró los ojos casi vencido por el agotamiento, pero al instante los volvía a abrir para comprobar que ella continuaba respirando. A pesar de haber transcurrido sólo la mitad de la noche, se acercó a la jarra de agua y se sirvió una copa a rebosar, antes de volver a sentarse a su lado y recostar la cabeza sobre su pecho. Esa era la única forma que poseía de saber que ella seguía viviendo. Si el corazón de Gadea latía, el suyo también lo haría.

La morisca le dijo que su mujer no sangraba más de lo normal y que seguramente despertaría pronto, pero él no le creyó, después de todo casi la pierde en sus supuestos brazos de experta. Confundido y enfadado con todos sólo era capaz de pensar en Gadea y en que deseaba tenerla nuevamente con él. Vivaz, alegre, parlanchina y un poco desastrosa, pensó con sonrisa amargada. Como fuese, pero a su

lado.

Le acarició el rostro acomodándole un mechón de cabello rebelde suplicando a los ángeles por ella, por ellos. Esa mujercita lo traía de cabeza. Con ella nada resultaba ser lo esperado y quizás eso fuese lo que lo mantenía en una tensión de enamorado constante. Quizás ese toque de rebeldía que la hacía enfrentarse una vez y otra también a cada una de sus decisiones lo volvían de cabeza, pero ya no era dueño de sus reacciones ni de sus sentimientos. Sea lo que fuese la amaba con el alma. Por ella renunció a la venganza, por ella abrazó los sentimientos y por ella hasta aprendió la compasión.

Agotado, y frente a sus propios temores, no pudo dejar de pensar en su primo Beltrán. Él le aseguró que estuvo detrás de cada una de sus desgracias, y a pesar de que en un principio se desorientó, ahora, frente a la vida y la muerte de Gadea, las cosas le resultaban un tanto diferentes. Beltrán buscaba el reconocimiento de su padre. Después de todo, ellos nunca supieron más que odio. Ambos se criaron en una ciudad que los aceptaba o rechazaba según la autoridad del momento. Para algunos seguían siendo asquerosos judíos, para otros traicioneros nuevos cristianos, para otros usureros, para otros herejes y para otros… quién sabe lo que eran, lo importante es que las frases amables nunca llegaban. El odio los marcó y el odio resultó su único camino. Puede que otros en su lugar no pensasen de la misma forma, pero esta era su vida. Venganzas, odios y discriminación no terminaban nunca bien, y su primo pagaba por la suerte que le tocó vivir. Una suerte que él mismo podría estar viviendo si no la hubiese conocido a ella.

—Gracias.

La voz del converso acarició su delicado rostro ante uno de los miles de suaves besos que le llevaba dando desde el momento en el que la joven perdió el conocimiento.

Con voluntad, y un suspiro de pena, se puso a rezar como llevaba tiempo sin hacer. Repitió una y otra vez las palabras hasta que una mano acarició sus cabellos. El contacto fue tan leve que creyó que se trataba de alguna mosca, pero al alzar el rostro y verla despierta, sintió que la gratitud era un simple sentimiento para expresarle a Adonay lo que en verdad sentía.

—Hola… necesitaba dormir.

Judá no contestó, no podía, las lágrimas atravesadas en su garganta se mezclaban con las gracias al creador.

—Decidme ¿cómo están nuestros hijos? ¿Los habéis visto? Son dos —dijo orgullosa.

—Son dos.

Hubiese querido decirle tantas cosas, pero sus labios no cesaban de sujetarle con fuerza la mano y besarla con ferviente amor.

Gadea, de lado, no cesaba de mirarlo con el rostro de las dulces amantes y él no era capaz de creer que su fortuna hubiese cambiado tanto. Poseía una familia y amaba a una mujer que lo amaba a él, ¿se podía ser más dichoso? La joven se dejó acariciar hasta que su garganta seca rompió el hechizo.

—¿Me ofrecerías un poco de vuestra copa?

Sintiéndose un idiota corrió a llenarla y con la mayor de las atenciones se la acercó a los labios. Con las fuerzas algo recobradas intentó incorporarse, pero el dolor la dominó y su esposo la regañó con ganas, lo que la hizo sonreír divertida.

—¿Ni cuando os doy dos hijos a la vez sois capaz de no regañarme?

Las palabras de la joven sonaron graciosas y provocaron la sonrisa relajada de un hombre que la besó con ternura y un toque ligero de pasión.

—Soy el hombre más feliz del reino, pero no por los dos hermosos hijos que me habéis dado sino porque permanecéis a mi lado.

—Os amo.

—Y yo os amo a vos. Una vez os prometí que sería vuestro en este mundo y en el más allá pero hoy comprendo que os he mentido —. Gadea lo miró frunciendo el ceño y Judá le respondió con los labios pegados sobre los suyos —. Os amé siempre, aún cuando no os conocía. Dibujé vuestro retrato en mis sueños y os supliqué en mis pesadillas. Hoy que os tengo conmigo, es cuando comprendo que la eternidad es poco tiempo para permanecer a vuestro lado.

La muchacha se dejó besar, pero un pequeño bostezo hizo que su esposo se apartase, y cubriéndola con la manta como si de una niña pequeña se tratase, la cobijó y veló por sus sueños. Ella había despertado, pero él no se movería de su lado. Sentado en una dura silla de madera, apoyó el rostro nuevamente junto a su pecho y se quedó relajado, intensamente feliz y profundamente dormido.

La tenue luz del amanecer, junto al crujido de la puerta lo despertaron. Como pudo se puso en pie intentando estirar el cuerpo entumecido. Apenas había descansado un par de horas y la ropa arrugada se le pegó a la musculatura, pero qué importaba, ella lo amaba y vivía a su lado. Los temores se marchaban y los miedos se convertían en dicha.

La cabeza de quien ya se esperaba asomó por la puerta, pero esta vez acompañado. El pequeño Salvador se acercó con uno de los bebés en brazos y envolviéndolo con fuerza. La mirada recriminatoria de una curandera que le suplicaba que le devolviese a la niña, hizo sonreír al padre. El niño no sólo se negó, sino que se acercó junto a su

señor para preguntar por señas preocupado por su madre adoptiva.

—Se pondrá bien. Sólo está descansando.

Judá no sólo contestó para Salvador sino para Blanca, Amice y Juana, que se acercaron igual de dudosas e interesadas.

El pequeño Salvador sonrió de oreja a oreja mientras mostraba la pequeña a su padre, quien no hizo el intento de quitársela. El pequeño parecía embobado con la niña. Como deseando mostrarle su hermosura la acercó aún más y Judá se deshizo en el mismo momento en el que la vio. Su naricita respingona, su cabellera negra como la noche y su piel tan blanca como el manto de la más sagrada de las vírgenes, lo enternecieron al punto que tuvo que esconder la mirada para no ponerse a llorar como un niño. Juana al verlo tan emocionado se acercó con el segundo bebé para enseñárselo también. Judá, hasta el momento no se había preocupado siquiera en visitarlos, pero ella lo comprendió.

—Vuestro hijo —. Comentó emocionada.

Judá asintió con un nudo en la garganta. Al saber que su esposa podía morir, que Dios lo perdonase, pero no quiso ver a nadie.

—Yo… —Quiso decir muchas cosas, pero ninguna salió. Sus manos sólo eran capaces de acariciar el tierno rostro en brazos de su hermana. Con mirada culpable la miró arrepentido, pero Juana le contestó con comprensión.

—Anoche todos tuvimos miedo. No debéis aclarar nada.

Agradecido por ahorrarle las explicaciones, miró como asomaban por la puerta, su padre con sonrisa plena, junto a Gonzalo de Córdoba y Azraq, que lo felicitaban en silencio.

Las mujeres comenzaron a chillar al notar que su esposa despertaba y no pudo más que mirarlas en la distancia sonriendo con alegría mientras acercaban a los pequeños para que su madre pudiese verlos.

Amice estuvo a punto de acercarse al lecho cuando fue detenida por la fuerte mano que la sujetó por el codo. Asombrada, se giró para comprender el porqué se le negaba acercarse a su amiga.

—Vuestra merced, yo quisiera verla—dijo dudosa y con un poco de temor. Todas lo tenían cuando el hombre las miraba con esa fijeza.

—Os debo una compensación.

—Ah eso, no es necesario, todo lo hice por ella. Vuestra esposa es mi amiga, todas somos cofrades.

La monja contestó de forma tan efusiva antes de correr junto al lecho que el hombre no supo si reír o llorar. Desde la puerta, y abriéndose paso por entre los hombres, Beatriz empujó hasta conseguir entrar y correr hacia el lecho junto a Gadea y las demás. Los gritos de todas resultaron ser tan altos y efusivos que aceptó la seria

invitación de su padre para salir de la alcoba cuanto antes.

Los rostros serios de los hombres, al cerrar la puerta, le recordaron que no todo lo malo estaba acabado. Beltrán se hallaba bajo rejas y lo pasarían bajo fuego a la mañana siguiente si él no hacía algo.

—Me he enterado de todo. ¿Qué haréis? —Haym preguntó interesado mientras en mitad de la sala y en presencia de Gonzalo y Azraq, le sirvió una copa de vino.

Judá la aceptó mientras, sin responderle, lo examinaba. Su padre era un sabio, uno de esos que hablaban poco, pero cuya inteligencia les libró a ambos más de una vez de grandes problemas.

—¿Qué es lo que opináis?

Su padre sonrió de lado como su hijo solía hacer cuando la picardía le asomaba. «Pero un poco menos aterrador», pensó Haym al reconocer que de tal piedra tal castillo.

—Es vuestra decisión al completo. Vuestra vida y la de vuestra esposa son las que han estado en juego. Cualquier decisión que toméis será lógica.

—Pero vos poseéis vuestra opinión...

Haym asintió y él lo comprendió, por algo eran padre e hijo. Si ayudaba a Beltrán, este sería un puñal que siempre poseería tras su espalda. Ya no confiaba en él. Lo había defraudado, había manchado con sangre a su propia sangre, pero, por otro lado, desde su niñez no tuvo más familia que a ese desgraciado. Desleal, mal nacido y mentiroso, pero su primo era su único hermano. ¿Cómo permitir que un miembro de su propia sangre fuese acusado y quemado injustamente?

Beltrán reconoció errores por los cuales deseaba rebanarle el pescuezo, pero la muerte de los niños no eran una de ellas. Beltrán jamás participaría en semejante acto, estaba seguro de ello. Además, ¿no fue esa vez que corrieron en busca de los culpables que su primo acudió con ellos? Imposible estar en dos lugares a la vez.

Beltrán se inculpó o bien para salvarlo o bien para redimirse, fuese lo que fuese estaba encerrado en la Catedral y por la mañana de la mañana siguiente sería llevado en procesión hasta ser asado en el Quemadero de la Vega, si él no hacía algo. Y maldita fuese, lo haría. Ya vería que sucedería en el futuro con él, pero primero lo sacaría de aquél apestoso lugar y entregaría a los verdaderos culpables a la justicia civil. Buscaban un culpable dentro de los nuevos cristianos, pero él les ofrecería un culpable verdadero. Decidido, apoyó la copa sobre la mesa mientras gritaba para que le trajesen su estoque y capa. El pequeño Salvador apareció con todo los enseres sobre el hombro pero sin soltar a la bebé que llevaba en brazos.

—¿Las mujeres aún no os la han quitado? —Judá preguntó

gracioso mientras se acomodaba las armas a la cintura.

Lo han intentado, pero he sido más rápido, le hubiese querido contestar, pero se limitó a alzar los hombros. El pequeño Salvador sonrió y Judá pudo apreciar la pérdida de uno de sus dientes de leche. Contento con su fiel vasallo se la pidió. Por primera vez el padre la tomó en brazos y la besó en la frente con el mayor de los cuidados. El aroma dulce a bebé lo embargó a tal punto que las emociones se le amontonaron presionándole como garras el corazón. Desorientado se la regresó con premura a un Salvador que la volvió a recibir agradecido, mientras la cubría con la manta.

—Seréis su fiel caballero y la cuidaréis tan bien como lo hicisteis con su madre. ¿Lo habéis comprendido? Con vuestra vida —. La voz grave de su señor lo hizo ponerse firme y abrazar más fuerte a la pequeña mientras respondía con toda la seguridad de la que podía contar un niño de no más de cinco años.

—Sea.

Judá asintió mientras se acercó a su cuñado para hablarle.

—Si no me acompañáis lo comprenderé.

De Córdoba se sonrió como si le estuviese pidiendo la estupidez más estúpida. ¿No participar de una buena pelea?

—Vuestra merced, lamento informaros que somos familia, para lo bueno y lo malo. Vuestros problemas son los míos. Con un golpe en el hombro de su cuñado, Judá agradeció la contestación.

—Azraq.

—A mi no me preguntéis. Me conocéis demasiado bien como para saber lo mucho que disfruto cuando me gritan moro bastardo —. La sonrisa del Azul le recordó cuántas veces algunos imbéciles fueron las últimas palabras que emitieron de sus ensangrentadas gargantas antes de ir en busca del creador —. ¿Cómo lo haremos?

—Aún no lo sé. Quizás si regresamos a la cueva encontremos algo.

Los otros dos aceptaron la propuesta ante un Judá que esperaba la aceptación de su padre. En estos momentos necesitaba su aprobación. Beltrán también era su familia.

—Hacéis lo correcto.

Los tres marcharon intentando planear algo por el camino ante un Haym que los observó perderse calle abajo. Una vez que los hombres desaparecieron tras el tumulto de la plaza, miró a sus rodillas para hablar con más algarabía que con firmeza.

—¿Me dejaréis a mi nieta?

El pequeño Salvador se la entregó a regañadientes y Haym tuvo que morderse la lengua para no lanzar una carcajada.

El final

María se acomodó el escote. Odiaba tener que utilizar antiguas artes para poder conseguir algo, pero seducir a aquel guardia fue la única manera que supo utilizar para conseguir verlo. Con las piernas temblando de frío y miedo, bajó por las resbaladizas escaleras de piedra hasta la lúgubre mazmorra. Con cuidado se movió por el estrecho pasillo. Dos celdas estaban abiertas y una cerrada. El olor a humedad y hongos podridos llenaban el sitio. Un musgo verde y pegajoso, se le impregnaron en las botas, junto a algo blanduzco que inmediatamente la hicieron recordar a aquellos roedores que tanto asco le daban.

Con el corazón latiéndole a mil por hora movió las llaves conseguidas gracias a sus femeninas artimañas. Los dedos le temblaron, pero continuó. Estrechando los ojos y apuntando con la vela cuya llama también temblaba, consiguió verlo. Beltrán se encontraba recostado en algo parecido a un banco de madera desgastado y cubierto por su capa totalmente embarrada. El rostro apenas se le veía, pero las manchas de sangre reseca indicaban lo mucho que lo habían golpeado. Presurosa por llegar hasta él equivocó el hueco de la cerradura y las llaves cayeron resonando en las duras piedras.

María apoyó la vela en una saliente de la humedecida pared y recogiendo las llaves del suelo, esta vez sí consiguió abrir las oxidadas rejas. La estropeada puerta de metal se atascó con la mugre del suelo obligándola a empujar con todas sus fuerzas para conseguir abrirla. Un hueco pequeño fue suficiente para que su entallada figura pudiera adentrarse dentro de la pequeña celda. Desesperada se abalanzó en brazos del hombre que despierto y de pie la esperaba ansioso. Ambos se abrazaron y besaron con desespero entre las dulces caricias de Beltrán y el continuo llanto silencioso de María.

—Os sacarán de aquí. Debéis confiar.

La mujer hablaba sin cesar de unas esperanzas que él no poseía. Sin contestar a ninguna de sus palabras, le acarició el rostro e inhaló el dulce aroma a leño, pan recién horneado y dulce mujer. Su dulce María. Esa, que la primera vez que la vio intentó utilizar, pero cuyo cuerpo y corazón terminaron por conquistarlo.

—Vuestro primo está en ello, ya lo veréis, él os salvará —la miró con intriga y la mujer continuó hablando con fervor—. Yo misma lo he visto. Desde ayer no vuelve al hogar. Él, junto a De Córdoba y el moro, se han reunido con los nobles más importantes de la ciudad. Me lo ha contado la lavandera de los Medina, ella misma los escuchó discutir con su señor. Veréis como él lo consigue. Dicen que es el mejor negociador de la ciudad. Nadie se niega ni a su dialéctica ni a

su espada.

Beltrán sonrió mientras, cubriéndola con sus brazos, apoyaba el rostro sobre la cabecita ilusionada de su dulce panadera. María hablaba de su primo como si él fuese un hombre con esperanzas, pero no las tenía. En pocas horas moriría en la hoguera. Lo sabía muy bien.

Judá, el bueno de su primo. Ni la peor de las traiciones le impedían intentarlo, pero su suerte estaba echada. Aquellos hombres eran nobles de títulos, pero innobles de honor y no desaprovecharían la oportunidad de inculpar a uno de los nuevos cristianos. Cualquiera que pudiese hacer peligrar sus derechos e intereses, formaban parte de su lista de enemigos y esta vez le había tocado a él. Primero judíos, luego conversos, después nuevos cristianos, ¿mañana?, quién sabe. Fuese quien fuese, él ya no lo vería.

La joven panadera alzó la vista sin soltarse de su abrazo y su almendrada mirada le pareció más bella que nunca. Se enamoró de ella desde un comienzo, y hoy, al sentir que la abandonaba, el corazón se le partía más que nunca.

—Prometedme que os cuidaréis.

—No, no, vos os quedaréis conmigo. Saldremos de esta. De la Cruz lo conseguirá.

—Judá no podrá hacer nada y debéis estar preparada para continuar sola. Prometedme que continuaréis con el horno. Sois una panadera estupenda y podréis sacar adelante a vuestro hijo.

Beltrán intentó halagarla y provocarle la sonrisa, pero la mujer no cesaba de derramar lágrimas mientras negaba con rotundidad.

—Vendréis conmigo, ya lo veréis.

—María…

—¡No! No puedo perderos. Sois lo único que poseo. Nadie más que vos me ha querido… yo os amo.

Beltrán la ajustó aún más fuerte en su abrazo. Días atrás hubiese dado la vida por escucharla decir esas palabras, pero hoy sonaban como meras ilusiones. María lo quería, le agradecía y lo apreciaba, pero no lo amaba. Amor era lo el que él sentía por ella. Amor era sufrir más por perderla a ella más que a la propia vida.

—Confiad, vuestro primo os salvará. Si me amáis, confiad como yo lo hago.

—Os amo.

Beltrán contestó con la seguridad de sus sentimientos, pero no en la confianza de Judá. Dispuesto a no perder un minuto más en palabras innecesarias acarició su pequeña barbilla y la elevó para regalarle el más hondo y amoroso de los besos. Sus lenguas se acariciaron y la pasión explotó tan rápido como los calores del verano. Entre lágrimas y el deseo de sentir que aún seguía con vida, la empujó contra la fría pared, para, con locura del mayor de los necesitados,

elevarle las faldas con premura. La mujer lo besaba, limpiándole con caricias la sangre reseca mientras elevaba una de las piernas dispuesta a ofrecerle el consuelo buscado.

—María…

La humedad en la delicada entrepierna lo hizo olvidar todos sus temores. Se sabía muerto y aunque intentó descartar esa imagen de su cabeza no pudo. Con la más agria de las penas se bajó los pantalones y empujó con fuerza en la estrechez de su amada. Ella lo recibió con un pequeño quejido de pasión y esperanza.

—Mi dulce María —decía mientras besándola con pasión se entregaba a lo que sabía perfectamente sería el último encuentro de su vida.

Con la mejilla apoyada en la de ella y la respiración humedeciendo aún más la piedra de la pared, embistió con toda la energía de la que fue capaz. Deseaba marcarla a fuego, necesitaba saber que siempre lo recordaría. Puede que la historia lo llamase traidor, pero con ella nunca fingió. Nunca.

—Mi dulce María —Pronunció antes de sentir como la matriz desesperada por conservarlo lo estrujo al punto del dolor.

Un nuevo espasmo de la joven y su cuerpo estalló en el más absoluto de los silencios, pero con la más agitada de las respiraciones. Una lágrima de arrepentimiento le recorrió la cicatriz pensando lo diferente que pudo ser todo, lo diferente que pudo ser él, pero como todo en esta vida, los caminos siempre se dividían en dos, el bueno y el malo, y él nunca fue bueno para los juegos de azar.

Aspiró con fuerza para detener cualquier resto de pena y hablarle con el corazón.

—Recordad que hubo un hombre que os amó. Buscad la felicidad. La merecéis.

Las palabras resonaron teniendo su cuerpo enclavado aún en el de la muchacha. Era imposible salirse de allí, una vez fuera todo estaría terminado, y eso significaba un dolor demasiado hondo de soportar. María era incapaz de pensar. Con fuerzas enganchó aún más su pierna a la fuerte cintura, rogando a Dios para que guiase los pasos del converso. En sus manos se encontraba su futuro.

Judá caminaba como león enjaulado. La plaza de Zocodover se encontraba a rebosar de gente que esperaba un buen espectáculo. La vida de diario no poseía mayor atractivo para la gente de pueblo. Un día de duro de trabajo en el campo para los campesinos o de conspiraciones intensas para los nobles, no representaban atractivo alguno, pero una buena quema en la hoguera, eso resultaba de lo más interesante como final de día.

El nuevo cristiano hereje pagaría con el fuego purificador, el

castigo por libelo de sangre. La mayoría de ellos ignoraba el significado exacto de la palabra, sabían que tenía relación algo así como juicio condenatorio por penas de sangre, pero eso daba igual. Quema al hereje era más simple de recordad y se gritaba aún mejor.

Todo estaba preparado. Nervioso intentó encontrar en los pasos inquietos la divina inspiración para salvar a su primo. Todo lo había intentado, pero nada consiguió. Amenazó, sobornó y hasta rompió una nariz, pero nadie claudicó. Aquellos desgraciados querían una excusa para comenzar una revuelta contra los nuevos cristianos, y Beltrán era el cebo perfecto para azuzar a la jauría.

«Hijo de las mil putas», pensó al recordar al sodomita del cura. Ese hijo de la grandísima perra estaba detrás de todo aquello, pero ni una prueba lo inculpaba. Nadie aceptaría una acusación contra el reemplazo del arzobispo.

—Podemos atacarlos mientras vos lo liberáis. Los distraeremos hasta que alcancéis la puerta de la Bisagra, una vez allí deberéis refugiaros en el barrio nuevo —. Gonzalo pronunció seguro.

Judá se negó. Los guardias eran demasiados como para enfrentarlos, y suponiendo que lo consiguiese y escapase con su primo, Azraq y De Córdoba no tendrían ninguna posibilidad. Serían degollados como gallinas de corral.

—Tiene que existir alguna forma —. Azraq habló convencido. Beltrán no era santo de su devoción, pero tampoco deseaba verlo convertido en pieza de ajedrez de la nobleza.

—No la hay —dijo Judá al saber que el tiempo se les había acabado.

El populacho se concentraba tras el poste rodeado de heno y ramas secas y un grupo de al menos siete guardias esperaban que el reo llegase de un momento a otro. Demasiados guardias para la simple quema de un hereje. El mal nacido del cura no deseaba interferencias de ningún tipo.

—Por amor al cielo, padre, guía mis pensamientos o mi espada.

Desesperado reclamaba a Dios algo que no pertenecía más que a los hombres.

Con calambres en las manos acaricio su negra cabellera recogida con la cinta de cuero que aún conservaba la humedad de los labios de su amada. Los gritos se intensificaron y se acercó aún más a la entrada sur de la plaza. Atragantado se apoyó en la pared del Mesón de Calahorra en espera de quien en procesión entraría de un momento a otro. Gonzalo y Azraq se mantuvieron alertas como si esperasen una orden para atacar, pero eso no podía ser. Atacar a los guardias sería un suicidio.

En la cima de la tarima, el cura de amplias túnicas esperaba con la espalda recta y la mirada de cuervo victorioso. Su gran victoria.

Con sonrisa lobuna, y por encima de la multitud, le hizo saber que estaba allí y que había ganado. Judá clavó su negra mirada en su seboso rostro jurándole en silencio que no descansaría hasta verlo muerto.

—Sólo podrá vivir uno —. Azraq mencionó al ver la actitud furiosa y en la distancia del sodomita.

—Sea —. Respondió Judá con la sangre ardiente reclamando sangre culpable.

Los llantos de María fueron los primeros en aparecer en la plaza, detrás, Beltrán, caminando hacia su destino. Parecía tranquilo, pero Judá conocía esa mirada. Su amplia cicatriz se tensaba nerviosa pero su sonrisa, aunque falsa, nunca lo abandonó. Él era así, festivo hasta en la peor de las desgracias. Con actitud lenta Judá caminó dos pasos para alcanzarlo, pero María se adelantó para aferrarse a su cuello suplicando al gentío piedad. Las manos de Beltrán, atadas a la espalda, no la acariciaron, pero sí lo hicieron sus labios que besaron sus cabellos y le suplicaron que se marchase.

Judá fue quien se acercó, y comprendiendo la súplica de su primo, pidió a Azraq que interviniese. El moro, de fuerte complexión, sujetó a la mujer que se aferraba con fuerzas a su amado, y tiró de ella por la cintura hasta elevarla por los aires y alejarla de allí.

—Gracias.

—¡Apartaros!

Un guardia intentó espantar al converso, pero el gruñido de este lo hizo separarse amedrentado.

—Es derecho de todo hombre un último deseo y el mío es hablar con mi primo.

El custodia aceptó la petición, pero más por miedo al converso que no le quitaba esa mirada oscura de encima, que por la petición del reo.

—Rápido —dijo alejándose unos cuantos pasos.

—Necesito que la protejáis —dijo al ver como María, en la distancia, se aferraba al cura del beaterio.

—Lo haré.

—Primo yo…

—Lo sé.

Ambos sin palabras se dieron todas las explicaciones que ya no podían. Lo siento por haberos engañado y lo siento por no poder salvaros, todo aquello estaba presente en esas escuetas cuatro palabras que, aunque no pronunciadas por los labios, fueron dichas por el silencioso y resquebrajado corazón.

—Judá, necesito que hagáis algo por mí.

Beltrán habló y su primo negó con la mirada. Sabía lo que pediría. Muchas veces imaginaron situaciones parecidas y la promesa

siempre era la misma.

—No, no lo haré.

—Lo haréis.

Judá se revolvió por dentro, el destino no podía jugarle semejante pasada. La noche anterior casi pierde a su esposa y ahora esto. No se creía capaz de soportar tan hondo dolor. Aquel desgraciado traidor, ese ser despreciable al que quemarían no era otro que su adorado primo, su único hermano. El pequeño al que protegió desde niños. No, la justicia de Dios no podía ser tan injusta.

—Sois un maldito bastardo.

—Siempre lo fui.

—No puedo

—Lo sé, pero lo prometisteis.

—Maldito seáis. Por favor no…

La mano del converso se restregaba en la barba fruto de la impotencia y el desesperado dolor ante una promesa que a pesar de los años no quedaba en el olvido, nunca lo hacía en hombres como ellos.

—Tiene que existir una alternativa. Sólo debo pensar…

—No la hay. Si consiguiésemos escapar vuestra familia estaría muerta apenas me liberaseis. Tenéis que hacerlo… —La mano de Judá se arrastró por su cabellera recogida temblorosa y Beltrán se compadeció de él.

—Soy el causante de gran parte de vuestras desgracias.

—Basta.

—Por mi casi la matan.

—¡Callad!

—También hubiese matado a vuestro padre si hubiese podido.

—No lo habéis hecho.

—Falta de tiempo —dijo con su sonrisa pícara habitual.

—Buscáis provocarme.

—Busco vuestra promesa. No podéis permitírselo —dijo refiriéndose al cura que era aclamado como un ser victorioso junto a la hoguera.

—No puedo…

—Escuché que sois padre.

—Un niño y una niña.

—Hacedlo por ellos. Merecen un mundo mejor,

Judá respiró profundo ante la decisión más dura de su vida. Miró a lo alto esperando que el cielo se abriese y le proporcionase una salvación, pero malditos fuesen los infiernos y los paraísos que pedían más allá de lo que su alma atormentada podía hacer. Las manos le temblaban y las lágrimas se le amontonaban en la fiera mirada, sabiendo que lo inevitable era obligatorio.

—Debí protegeros…

—Siempre lo hicisteis.

—Debí hacerlo mejor. Lo siento… hermano…

—Hermano…

Fueron las últimas palabras que Judá escuchó antes de clavar el puñal hasta lo más profundo en el corazón de su primo. Este se retorció entre sus brazos, pero el converso lo sostuvo en un fuerte abrazo hasta sentir que la vida se le escapaba del cuerpo. Con la mirada cargada de lágrimas lo miró por última vez mientras Beltrán le agradecía en apenas un murmullo, antes de apoyar la cabeza muerta sobre su hombro.

Un aullido de animal cortó el aire de Toledo y la muchedumbre se silencio temerosa. Con la furia de un lobo herido depositó el cuerpo inerte junto a la pared y mirándole por última vez se marchó. El guardia, que se encontraba en la distancia, nada pudo hacer para detenerlo. El cura se puso a chillar furioso desde la tarima ante la gente que no comprendía lo que estaba pasando. El converso desapareció entre la multitud, pero no sin antes sentenciar, con el odio inyectado en la mirada, al cura que lo miraba desde lo alto y en la distancia.

—Os mataré, juro por todo lo sagrado que moriréis con dolor. Mucho dolor…

Gonzalo lo siguió dos pasos por detrás para cubrirle las espaldas hasta verlo desaparecer tras la muralla. Allí decidió que debía dejarlo sólo.

Judá caminó perdido sin rumbo hasta que, en mitad de un trigal, en completa soledad, se dejó caer de rodillas y cubriéndose el rostro, se puso a llorar como un niño. El niño que fue y los recuerdos de niño que con su primo se marchaban.

Enloquecido, se miró las manos teñidas de rojo con la sangre de Beltrán y se creyó incapaz de continuar. Las fuerzas le faltaban y los recuerdos de ambos jugando cuando niños se mezclaban con el torrente de lágrimas que le bañaban el rostro. Durante horas lloró esperando despertarse. Si no era un sueño, entonces Adonay debería llevárselo por haber cometido el mayor de los pecados, pero este, ni siquiera en esos momentos lo escuchó.

La noche era ya cerrada cuando agotado y sin lágrimas con las que llorar, se puso en pie. Con el alma destrozada se dispuso a caminar. Dios le perdonó su vida, pero él no sería tan benévolo.

En el próximo libro…

La vida de madre podía ser agotadora pero deliciosa. Sus pequeños engordaban divinamente y ella se encontraba

perfectamente. Su mundo sería perfecto si no fuese por esa tristeza que a menudo nublaba la mirada perdida de su esposo. Judá negaba aquello que era innegable. La traición y muerte de Beltrán aún le inundaban el alma con profunda pena. Muchas veces, en mitad de la noche, se despertaba bañado de sudor y maldiciendo a gritos. Él nunca decía la identidad del hombre de sus pesadillas, pero ella sabía que la promesa de matar al sacerdote, era algo que Judá no olvidaría. Justicia lo llamaba él y ella prefería no opinar. Suspirando al saber que se encontraba en un mundo que no podía cambiar, por lo menos haría algo por intentar mejorarlo.

Decidida, se dirigió a la pequeña tienda de hierbas donde seguramente se encontraba Blanca la morisca. Esperaba que ella le enseñase a preparar uno de esos postres dulces que tanto gustaban a su esposo y que seguramente le alegrasen, aunque más no fuese un poco.

«Nadie mejor que los moros para los postres dulces» había dicho su suegro y allí es que iba ella, en busca de quien la ayudará a crear el mejor pastel de todos.

Con una cesta pequeña de manzanas y en busca de miel y de Blanca, se dirigió a la tienda dispuesta a convertirse en la mejor pastelera de todo el mundo o por lo menos del mundo de su marido. Acercándose a la puerta y verla medio abierta, empujó y entró. Allí no se encontraba nadie pero Blanca llevaba toda la semana atendiendo en lugar de su prima. La pobre mujer tuvo que viajar a Avila con su marido por culpa de una hermana enferma, y Blanca gentilmente la reemplazaba, por lo que decidió esperar.

Interesada, miró unos frascos de preparados y se sonrió divertida, llevaban el nombre de Amice, y es que la monja también compraba allí. Todas se ayudaban, todas eran amigas, eran hermanas, eran compañeras, eran… ¿qué era ese ruido?

Tras unas cortinas al fondo se escuchaban voces. Caminó pisando fuerte para que la escuchasen, pero nada, allí no aparecía nadie.

Curiosa como siempre, caminó por el pequeño y corto pasillo hasta llegar a las cortinas. Se mordió el labio pensando si llamar o no cuando un jadeo le hizo abrir los ojos como platos. Ella no era la más suelta de las mujeres pero llevaba demasiado tiempo casada como para conocer los sonidos previos a un orgasmo.

Sonriente se alegró por Blanca. Si ella estaba detrás era porque se encontraba nuevamente enamorada y eso era bueno para ella, para la mora y para el bienestar de su matrimonio con Judá.

«No deberías… no deberías» se dijo al levantar sólo un poquito del lateral de la cortina. Sólo deseaba ver quienes eran los amantes o más bien conocer la identidad del masculino amante. La imagen de

dos cuerpos desnudos amándose apasionadamente y revolcándose entre las sábanas la dejaron sin aliento. Las manzanas rodaron por el suelo junto a una cesta que apenas retumbó en el suelo. Corriendo y tapándose los labios temblorosos con ambas manos, huyó de la tienda dejando atrás a los cuerpos ardientes que nunca la vieron ni llegar ni partir.

Por primera vez en días aceptó la orden de su anciana abuela y subió a cubierta a respirar un poco de aire fresco y la verdad es que lo agradeció. Los marineros caminaban atareados de un lado a otro, pero a ella no le importó, sólo quería apoyarse en el borde y mirar el movimiento de la mar mientras el sol la cegaba deliciosamente. Era tan bueno sentir los rayos acariciarle el rostro que no quiso dedicarle más tiempo a la fresca de Isabel y esas sonrisas desencajadas que dedicaba a su adorado capitán. Allá él, si le gustaban el tipo de tontas bien enseñada. Pues que fuesen felices juntos. Seguro tendrían bonitos hijos. A ella poco le importaban. Pronto estarían en La Española y allí le diría adiós al atractivo capitán. Su abuela y ella emprenderían una nueva vida en donde ya nadie las perseguiría.

—¡Constanza!

Los gritos de Julián la despertaron de sus ensoñaciones para ver como Isabel desaparecía por las escaleras y los hombres maldecían por todo lo alto.

—Yo… pero ¿qué sucede? —. Dijo con malos modales al ver como la sujetaba por el brazo y casi la arrastraba hacia las escaleras rumbo al camarote —. Yo no sé lo que te has creído, pero yo no soy como esa, yo…

—¡Piratas!

El pequeño grumete gritó a toda voz y ella sintió como si el corazón se le detuviese en ese instante.

—¿Piratas?

—Estaréis bien. Lo prometo, pero ahora encerraros en mi camarote y no abráis a nadie más que a mí.

La joven no contestaba, no era capaz de mirar a otro lado que no fuese esa nave acercándose.

—Constanza, necesito que os encerréis con vuestra abuela, ¿me habéis escuchado?

—Sí, sí —. Su voz temblorosa apenas sonaba.

Julián no llegó a dar cuatro pasos para marcharse cuando maldiciendo por encima de los gritos de los marineros se giró e hizo algo que ella nunca esperó.

En dos zancadas la alcanzó, la sujetó por los hombros con fuerza y sin pedir permiso, le regaló el más profundo y seguro de los besos.

La novicia

Diana Scott

Copyright 2020 Diana Scott

Indice

Aromas de pasión
Dolor enquistado
Falsedades y apariencias
Cofrades y amigas por siempre
Quien busca encuentra
Pescados y pescados
No lo digáis
¿De Aragón o de Yepes?
Sí, quiero
Aprendiz o maestra
¡Confesad!
Olvidados
Derecho marital
¡Despertad!
Culpable
Amadme como os amo
Yo os amo
Luces de sinceridad
No debería ser
Amores perdidos, amores encontrados
¿Qué ha dicho?
La novicia
De festividades
El pozo amargo
El trato
Esperadme
Bajo el cielo de la noche
Amigos
Mi necesidad
Vos y yo
Ojo por ojo
La fruta del deseo
Ya no
Lo amo
Madurad
¡Fuera!
No todos somos iguales
La verdad

Aromas de pasión

La botica, orgullosa de sus momentos de esplendor, empequeñecía frente al ardor que en su interior desbordaba. Aromas de espliego, romero y alcohol, mezclándose con el buqué de lo indebido, marcaban el latir de dos cuerpos que, lanzados como halcones hambrientos, navegaban entre lo real y lo prohibido. El lecho, con demasiados secretos que esconder, apenas sí se quejó ante el movimiento del intenso pecar. Alientos, suspiros y jadeos, inundaron una trastienda cargada de curativas hierbas que, sonrojadas en sus frascos de dignidad, se giraron para no presenciar.

Las miradas sudorosas de pasión se enamoran, y las manos, inquietas y vivarachas, se disponen a experimentar aquello que los burdeles cobran y los moralistas esconden. Mientras, en la otra punta, un curioso y silencioso cortinado, contempla el amor de lo prohibido. Bailando al ritmo de los jadeos enamorados, cual fiel sirviente del amor, intenta detener al viejo y mal humorado astro rey, que cristiano como el que más, se escabulle furioso por los bajos del telar, intentando atajar lo que la buena moral no ha sido capaz comprender.

Fuera, el calor calentaba con gusto una mañana toledana que se prometía intensa. La ciudad despertaba, pero los cuerpos, ajenos a cualquier realidad, se amaban con la misma delicadeza que la espina cubría al rosal. Con suavidad se protegían y con dolorosa pasión se reconocían.

En la esquina, calle abajo, los caballos reclamaban ser alimentados frente a los gritos del tuerto Rafael, que, como todas las mañanas, se quejaba de su perezosa mujer. Diez pasos más allá, el herrero soplaba las brasas, y muy cerca, Doña Ana, la mora, sentada ante el tenderete con verduras de su propio huerto, resoplaba a disgusto arrancando a los regordetes gusanos, que indignados, se aferraban a su repollado hogar. Todo era ruidosamente habitual y normal. Todo menos lo que el interior de aquella botica ocultaba. Cuerpos nerviosos de pasión abriéndose, besándose y sonriendo sin pensar en la rectilínea moral. El hoy y el momento definían unos actos de quienes no pesaban. Deseosos y nerviosos, los largos dedos recorrieron las curvas de un cuerpo erizado que se estiraba hacia lo alto con ganas de todo y más. Labios entreabiertos descubrían la asfixia de unos pulmones que apenas podían respirar. Con el alma temblando por tan intenso sentir, el femenino cuerpo abrió sus piernas frente a la mano curiosa que se introdujo hasta el escandalo, y un poquito más allá. Lava ardiente escapando de una cavidad que ya no la contenía, y una sonrisa tímida reflejada en el silencio de quién se sabía con el poder de Eros en lo carnal. Las caricias, lentas y suaves, se reemplazaron por besos fervientes saboreando el elixir de la pasión.

Miel abrasadora navegando turgentes muslos invitando al dulce sabor del pecar. Jadeantes y asfixiadas, las pupilas se encontraron creyendo que allí se acababa la vida, pero aquello no era más que el intenso despertar del amar. Los cuerpos se sacudieron en sincronía perfecta ante un "os amo" que, rompiendo las cadenas de la moralidad, voló por delante de la esencia de romero y azahar. Con la piel erizada y la humedad recorriéndole las piernas, sus cuerpos se abrazaron cubiertas de agotada satisfacción. Durante eternos minutos se admiraron sin hablar. Luego, besos, mordiscos, caricias, y un juego que volvía a empezar.

Muchos dirían que el amor así no era posible, que aquello era circunstancial. Mismas almas son esas que, con el poder de la verdad, afirman que la compasión es un invento entre profundos intereses y que el miedo no representa más que la debilidad de quienes no saben pelear, ¡qué sabrán ellos de volar por encima de la realidad! No todos los besos endulzan y no todos los labios acarician. Más simples son nuestras vistas para comprender el porqué del más allá. Sentidos limitados y corazones recortados que, creyendo reconocer en el choque de dos cuerpos el verdadero suspirar, ya no buscan más. Amar no es tocar, rozar ni siquiera penetrar. Amar es entregar, ofrecer y soñar, pero no con lo vivido sino con lo que juntas podrán conquistar.

Gadea corría por la calle del pozo amargo como si huyese de alguien, pero nadie más que lo recién presenciado la perseguía. La respiración agitada, aceleraba un corazón que se desencajaba con cada recuerdo. La mano izquierda le sostenía el dobladillo para no matarse, mientras las faldas, volando al compás de las telas, apenas si podían seguirle el ritmo. El camino, que en un principio pareció corto, se transformó en el más largo y empinado de toda la ciudad. El sol se hacía demasiado intenso para las alturas de abril que se encontraba, pero bien es cierto que, si el verano se adelantaba a la primavera, no podía ser en otra región, que la extensa y elegante Castilla. Árida en sus profundidades, extensa y seca en los detalles, Toledo era un cúmulo de virtudes, pero ninguna de ellas refrescantes.

Temprano, aunque no lo suficiente como para que el barro de la ciudad despierta le impidiese correr, muchos fueron los personajes que evitó con poca cortesía. La plaza del Zocodover la recibió con el amanecer del tendero, dispuesto a colocar los retales en el grueso tablón. Educado como el que más, al encontrarse ante la esposa de uno de los mercaderes más fructíferos de la capital, la saludó con excesivo entusiasmo, pero su enojo fue importante al comprobar como la joven no se tentaba con ninguno de sus maravillosos géneros. No fue hasta entrar al jardín del hogar y chocar de frente con el extenso torso del morisco, cuando Gadea clavó talones en tierra. Con mirada

desencajada y algunas gotas perdidas de sudor recorriéndole el puente de la nariz, comprendía lo que el hombre le decía, pero le resultaba imposible contestar. ¿Sería que había perdido la lengua por el espanto? No, no era el espanto quien le había robado el poder de la palabra. Como bien decía la mulata Dominga: "Era la vida, quién moviendo hombres como fichas, jugaba con destinos señalados". La misma vida que desgraciada y atrevida, la enfrentaba contra verdades que no deseaba descubrir. Con la respiración agitada, la lengua paralizada, y las rodillas al punto del desmayo, el moro la sujetó por los hombros con el miedo y la furia radiando en su azul mirada. Podría decirle que se encontraba bien, que deseaba llegar a su habitación y encerrarse por lo menos durante los próximos, ¿mil años?, pero nada, la lengua no volvía a la vida. En un momento las piernas dubitativas se resbalaron y fue allí cuando el duro de Azraq, balbuceando un sin fin de palabras raras, y que solía pronunciar cuando se encontraba en poder del hondo enfado, la sujetó por la cintura para alzarla en volandas.

Como si su nombre fuese el de una dulce mariposa, él la llamó con ternura, pero nada, no podía responder. Agotada y mareada se apoyó en su torso dejándose llevar. Las palabras no salían, aunque aquello carecía de valor, después de todo, ¿qué diría? ¿qué explicación daría a semejante atrocidad? Besos, caricias, penumbras y demasiados pecados como para descubrir. Siendo arrastrad, no necesitó abrir los ojos para sentir su presencia. A medio vestir y con el sudor del entrenamiento humedeciéndole la negra melena, su marido apareció ante ellos. Judá la sujetó por debajo de las rodillas y la robó de brazos de quién no le pertenecía. Con mirada directa al moro dejó muy claro quién poseía el total de los derechos y las muy pocas ganas de compartir.

—Judá… —Su nombre apenas salió de una garganta carrasposa y seca.

Con delicadeza y sin preguntar, la llevó hasta su dormitorio dejando atrás a una Juana, que, al ver a su hermana en semejante estado, no cesaba de preguntar. Acallando a aquella loca que le quebraba los ya descompuestos nervios, dio un puntapié a la puerta gruesa y pesada, estampándosela en las narices. Azraq, por el contrario, se giró para marcharse con la mirada tan marchita como las hojas en un frío otoñal.

Judá con lentitud se sentó en el lecho, pero sin soltarla. La rodeó con su cuerpo y respiró profundo acariciando su sedosa melena. Los brazos del marido, que hasta el momento le parecieron protectores, comenzaron a ahogarla. Intentó alzar la vista para mirarlo a los ojos, pero Judá la sujetaba con tanta fuerza que entre ellos no cabía ni una fina hoja de papel.

—¿Quién? —La voz gruesa retumbó en la base de su cabeza con un calor más cercano al infierno que al cielo.

Utilizando unas fuerzas que no poseía apoyó la palma de la mano pudiendo alejarse lo suficiente como para observarle la mirada. Judá se encontraba desencajado y furioso. Muy, muy furioso.

—¿Decidme quién? —Repitió agitado.

—¿Quién?

—¿Quién os ha lastimado?

—Oh no, yo… estoy bien… Nadie me ha hecho daño —. O por lo menos no como él pensaba.

—Hablad.

El torso de su hombre se relajó apenas un poco, pero lo suficiente como para poder moverse entre sus brazos y explicarse. Si la situación fuese otra hablaría con naturalidad e incluso desparpajo, pero aquello era algo totalmente diferente. ¿Cómo se tomaría su esposo esa información? ¿Cómo reaccionaría? ¿Cuál sería su actitud?

Por primera vez, poniendo el verbo pensar antes de hablar, dejó que su cabeza echase humo. Bien podía decir la verdad, después de todo, no era su responsabilidad, más muy cierto era también que los De la Cruz se esforzaban por cumplir. Cumplir ante el rey, cumplir ante la ciudad, cumplir como nuevos cristianos. Cumplir y más cumplir. «Querida virgen ¿qué hago?» Pensó cerrando los párpados con fuerza y esperando la iluminación divina. En el refugio de los brazos amados el cuerpo le tambaleó, pero no por lo vivido sino por la realidad. Verdad o mentira, allí residiría su justificación.

Podría arriesgarse, pero ¿y si Judá no comprendía? El era muchas cosas, pero su segundo nombre no era el de Don Tolerante. ¡Qué demonios! Si ella misma aún seguía atragantada de solo recordar. No, no podía arriesgarse. Dios sabía que no deseaba ocultarle más secretos, pero esta era una de esas veces en donde mejor callar que remendar.

—Estoy bien… sólo me he asustado. Eso ha sido.

—¿Quién? —Volvió a preguntar. El temor de un ataque a su amada esposa lo tenía sin aliento.

—Os digo que estoy bien. No tenéis porqué sentiros molesto.

—¿Molesto? ¿Creéis que estoy molesto? No, no estoy molesto. ¡Estoy furioso! Incendiaré la ciudad si no me explicáis porqué vuestra piel luce como una muerta y vuestros cabellos se usarían de trapo viejo.

Sin saber si agradecer su preocupación o romperle la crisma ante tal descripción respondió resignada.

—Nadie me ha hecho daño. Os lo prometo.

—¡Entonces qué!

Con decisión se puso en pie, pero Judá no le soltó la mano. Él

estaba dispuesto a conseguir la verdad.

—Podéis decirme. Siempre estaré para vos. Vivo por vos, lo sabéis.

Gadea se sintió desfallecer. Las rodillas le flaquearon, aunque por circunstancias muy distintas al momento de su huida. El amor la embargó. No podía desear un mejor hombre que aquél. Lo amaba más allá de la fe.

—Os juro que estoy bien.

««Me encuentro bien ¿pero vos como estaréis ante tan terrible verdad?» La preocupación frente al querer y el deber le inundaron la mente. El sermón de los domingos le retumbó en los oídos: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador” Efesios 5:22. Por lo que debería decir la verdad, pero: “El rol de la mujer dentro del matrimonio es ser ayuda idónea para su esposo. Una mujer ora y actúa en provecho y bienestar de su marido”. Génesis 23:18.

Con respiración profunda pensó a la velocidad de los más sabios entre los sabios evaluando las diferentes opciones. Su marido no aceptaría una explicación errónea pero tampoco aceptaría la verdad absoluta, por lo que decidió caminar bordeando el Tajo.

Su historia se basaría en medias verdades y algunas delineadas mentiras. Detalles que a medio contar no explicarían. Describiría una apacible caminata, contaría los miedos encontrados, y el susto llevado, pero por visiones poco representativas. Judá no era simplemente su marido sino su bien amado. “Debéis ser sabias con las cosas que declaréis, sobre todo cuando os dirigís a vuestro esposo. Debéis medir vuestras palabras para edificar y no para destruir. La blanda respuesta quita la ira”. Proverbios 15:1.

Puede que Dios la juzgase por mentirle al marido, pero tampoco es que Él lo dejase muy claro en las santas escrituras, por lo que su decisión quedó sentenciada. Bordear el Tajo y remar.

Nerviosa, cerró el libro. Constanza no sabía si temblaba por el sonido de hombres peleando en la cubierta o por los labios que aún quemaban al roce. Y es que se la podía jugar, sin riesgos a perder, que no se podía tener peor suerte que la suya. Primer beso, y en condiciones tan poco apropiadas, aquello era la desgracia convertida en solido desastre. Cualquier muchacha merecía al menos una primera vez con luna llena, frescor primaveral, y la sonrisa previa del hombre amado, pero claro, en ella nada podía concretarse con aparente normalidad. Tantas huidas sin razón, y una Toledo que quedaba tan atrás como las olas del puerto sevillano demostraban el génesis de sus infinitas desgracias.

Junto a su abuela viajaban buscando un futuro mejor, o un futuro a secas, un algo sencillo sin mayores florituras, algo donde poder vivir sin más. La anciana comentaba que en el nuevo mundo encontrarían lo mejor, y aunque no supiese bien a que se refería exactamente con aquello de, “lo mejor”, siempre prefirió callar y esperar.

Muerta de miedo se aferró a un libro que se abrió por voluntad propia.

Dolor enquistado

El moro recibía cada golpe con entereza, y aunque los músculos agotados se quejaban a fuerza de pulmón, los labios se mantuvieron tiesos y férreos soportando los avances del compañero que, sin compasión, regalaba estoques como sermones. El calor de la primavera calentaba cual olla del infierno, y aunque las campanadas del convento de la Santa Fe replicaban marcando las horas del almuerzo, Judá no demostraba ni la más mínima señal de flaqueza. El ardiente sudor le recorría el torso sin distraerle. Su cuerpo golpeaba concentrado pero su fiereza viajaba por los derroteros del descontrol. La furia le envolvía las pupilas, y aunque era una emoción habitual en la negra mirada del converso, no era aquello el causante de su temor. Muchas fueron las batallas que juntos libraron y juntos conquistaron. Cristianos, nobles, otros conversos, no importaba el enemigo, juntos siempre lucharon y juntos la victoria aclamaron. La ciudad se dividía entre los suyos o los nuestros, y ambos amigos siempre resultaron un todo. No, no era la furia exterior a la que temía sino a la desazón interna que al converso convulsionaba. Muchos temían al judío, otros respetan con precaución a Alonso de la Cruz, pero apenas sí se podían contar a aquellos que conocían al hombre o al amigo.

Desde la muerte de Beltrán, Judá ya no era el mismo. Nada lo distraía. Nada lo extraía de ese maldito estado anubarrado y perpetuo. La mirada se le perdía constantemente en una distancia imposible de alcanzar. Algo tramaba, la tensión constante de su ceño así lo demostraba. Si al menos confiase en él quizás pudiera hacerle olvidar semejantes locuras, pero aquella era tarea imposible en quién se encerraba como con un candado oxidado. Treinta días con sus noches eran los que llevaba el primo en los cielos, y el rencor enquistándose en el alma, de quien la oscuridad acompañaba desde antes del nacimiento.

El horror en el recuerdo aún era capaz de revivirle, como si fuese ayer, la imagen del amigo aturdido y ensangrentado. Con el rencor de un hombre avasallado, y el grito de un lobo herido, Judá arrojó el puñal por los suelos para detenerse ante la visión de sus propias manos. Por ellas se le escurría la tibia vida arrebatada, la cual sentía con las yemas de los dedos buscando algo que él no sabía como describir. Con algo parecido a las lágrimas en la mirada, Judá huyó con paso desorientado y abriéndose paso entre los curiosos que no osaron cuestionar.

Muchas fueron las preguntas que hizo por el arrabal y bastante más allá de la Bab Shakra. A pesar de ello, tres días fueron los que necesitó para saber de su paradero. No fue hasta que Haym le confirmó que el hermano se encontraba en el hogar, cuando al fin

pudo descansar. Y no, no podía decirse que él sintiese el mismo dolor que Judá, después de todo era un secreto a voces que él y Beltrán no se admiraban, sin embargo, jamás le deseó ningún mal. Algunos pensaban que eran celos, otros, envidia, mas ninguno de ellos llevaba la verdad como razón. Su familia era de origen humilde, como todas las moriscas de la ciudad, pero nunca envidió la ventajosa posición de los Santa María ni la de los De la Cruz. Judá era su amigo, su hermano. Ambos se curtieron en las mismas penas. Conversos señalados como escoria, siempre se unieron para afrontar y subsistir. No, no envidiaba la relación con el primo, lo único que le producía Beltrán era un gran respeto. Pero no a la persona sino a la mentira. Audaz como serpiente de campo, éste se movía sigiloso por los bajos fondos de una Toledo que, como toda gran ciudad, tenía mucho para admirar y un gran tanto que disfrazar. Mimetizándose entre la maleza del engaño, Beltrán no mordía hasta saberse vencedor. Desconocedor de voluntades y de respetos, era caballero al que vigilar, aunque nunca al que envidiar. Judá amaba al primo, y lo cuidaba como al pequeño del hogar, y eso siempre lo aceptó. Después de todo, la sangre cegaba, pero también alimentaba. Así era la vida y así los castellanos la entendían.

¡Plaf! Y otro estoque trayéndole a la realidad. Golpes de metal cortaban el calor de un patio de armas que se incendiaba de a momentos. La brisa llevaba tiempo sin refrescar, y moría por beber un trago de agua fresca, pero que lo aspen si de sus labios saltase alguna queja. Puede que Judá fuese su mejor amigo, pero él también se consideraba un luchador, uno que como hombre y como moro aguantaría hasta el final.

Una nueva estocada y otro golpe por esquivar. Intentando responder con igual potencia buscó debilitar al amigo, mas este era un perfecto dios de la lucha. El fin no sería reprochable sino fuese porque el converso no mostraba todas sus cartas, y como siempre pasaba con Judá, mejor observar antes de atacar. Mientras tanto, rezar para que un milagro lo salvase de convertirse en el morisco acompañante de Beltrán en el más allá.

El cansancio hacía mella en el cuerpo del converso, lo notaba. La forma con que sujetaba la espada, y el ligero tropiezo de su pie izquierdo, así lo recalcaron. Dispuesto a terminar con aquel entrenamiento que más que una práctica parecía un combate a vida, se lanzó a responder. Puede que por el judío corriese sangre de errante, sin embargo, de la suya brotaba la del fiero combatiente andalusí. Con el enfado de quien desea terminar tamaña estupidez, respondió con dureza a un amigo que lejos de enfadarse sonrió con la maldad del demonio en los labios. Y a pesar de que muchas lo consideraban atractivo, en momentos como ese, le costaba apreciar

aquellas estúpidas afirmaciones femeninas. Su amigo más que un hombre de dulce apreciar se asemejaba al mismísimo Satanás. Mirada de infierno, alma de intenso penar, y potencia del más temido Shaitán.

—¡Tabán! Maldito seáis… —pronunció al no comprender porqué el amigo estaba dispuesto a desangrarlo en su propio patio de armas.

Dos resbalones y un puntapié que a poco estuvo de tumbarlo como colorida alfombra. Cuando creyó que, o bien terminaba con su vida, o bien terminaba con su virilidad, los gritos retumbaron en las columnas del patio devolviéndole las esperanzas.

—¡Ya basta! ¿Se puede saber que diantres os sucede?

La llegada de Haym lo hizo respirar por primera vez y acariciarse el cuello con oculta discreción. Comprobar que aún conservaba la cabeza totalmente pegada al cuerpo no pareció ninguna tontería en ese momento. Judá, lejos de aceptar la orden, quiso continuar con la lucha, pero la autoridad de quien peinaba canas, y de las gruesas, aceptó el manotazo del padre como derrota.

—Vuestra presencia es tan prescindible como vuestra intervención —. Contestó fiero.

—Malditos sean vuestros modales y esa rabia que no os abandona.

—No son momentos de reclamos, ¿no lo creéis así? — El hijo arrojó con furia el arma en la mesa y Haym cerró los ojos con la acidez ascendiéndole por el pecho. Llevaba tanto tiempo sin ver ese lado oscuro del hijo, que hasta lo creyó desaparecido. Pero allí estaba nuevamente, el Judá vengador y sin comprensión.

—Todos sufrimos su pérdida.

Las palabras del padre, lejos de mimetizarse en el dolor, le provocaron una locura de quién sufría una herida abierta e infecta.

—Nada sabéis de pérdidas. Todo lo poseéis.

—Creedme, lo sé mejor que vos.

Apenas salieron las palabras de su boca, Judá aceptó la estupidez como respaldo de su actuar. Con el dolor de lo insoportable, y la rabia de quien no encuentra respuestas, se marchó con grandes pasos dejando un patio de armas ardiente en odio e incomprensión.

—El tiempo enquista su odio.

Con dolor en los brazos y sudor hasta en las comisuras de los pantalones, Azraq se acercó al aljibe, y arrojándose un inmenso cubo de agua fresca por encima de la cabeza, se quedó en silencio.

—¿Sabéis qué planea exactamente?

Secando su espada y sin mirarlo ni una vez, siguió sin contestar. Estimaba a Haym pero no delataría al amigo.

—Vuestro silencio es de estúpidos.

El moro torció el cuello tratando de analizar lo que acaba de

escuchar. ¿El padre de su amigo lo acaba de insultar? Con extrañeza, al notar la falta de modales en quien no perdía nunca la compostura, Azraq estiró la dolida espalda para contestar con voz gruesa.

—Estupidez u honorabilidad, fina línea por la que la amistad debe atravesar.

—¡Ocultar no es ayudar! Silenciar como si fueses una doncella pacata no le salvará.

Azraq demostró en su tensión muscular el disgusto que comenzaba a subirle por las venas. Y es que los insultos le comenzaban a incordiar.

—¡Dejaros de sensibilidades femeninas! Es imprescindible saber qué trama. Necesito a mi hijo nuevamente entre nosotros. No poseo tiempo.

La voz preocupada de Haym le hizo olvidarse de honores heridos para centrarse en lo realmente importante.

—¿Pensáis que esto no ha terminado?— De Córdoba estaba realmente preocupado.

—Esto acaba de empezar.

Haym marchó hacia la casa y él no pudo más que quedarse concentrado en sus pasos. No era ningún ingenuo, pero por un momento quiso creer en la muerte de Beltrán como la pacificación de la hiena del sacerdote, que, al parecer, lejos de aplacarse, continuaba con deseos de luchar.

—Comeremos pronto, si lo deseáis podéis acompañarnos —. La voz tras su espalda lo dejó sin respiración.

Allí estaba nuevamente. Esa dulzura acompañando ese delicado aroma a flores frescas. No importaba los esfuerzos que hiciese por desterrarla o cuántos lechos visitase para espantarla, la bruja reaparecía en sus recuerdos como hechicera de ardiente mirar.

Demasiadas fueron las visitas que hizo a la mancebía buscando algo de olvido, mas ninguna de aquellas mujeres llegaba a los talones de ella. Una de esas perdidas noches, buscando olvidar, se entregó al completo creyendo que allí residía su sentir. Iluso enamorado, que lejos de perder no hizo más que atraer. Sus ojos, sus cabellos, sus labios, toda femenina figura, le recordaba a ella. Amor prohibido, amor mal nacido, que, como mala hierba, enraíza en quien, con alma atormentada, todo lo calla.

—Señora.

—Azraq, os he dicho miles de veces que podéis llamarme por mi nombre.

«Y lo hago, pero no queráis saber en qué momentos», se dijo ocultando el azul profundo mirar.

—Me gustaría pediros disculpas. La otra mañana me comporté como una mujer tonta.

La vergüenza asomó en los pómulos de la muchacha y tuvo que presionar los puños hasta sentir las uñas clavándosele en la piel para no alzar la mano y acariciar semejante perfección. Ella no era la mujer más bonita pero sí la más cautivadora. Su exterior no la diferenciaba, pero su interior la exaltaba.

—Vos jamás seríais una tonta. ¿Os encontráis bien?

—Sí.

—¿Seguro?

Maldito fuese él y su interés. Claro que estaba bien. Judá habría matado a todos los hombres de Toledo si ella sufriese daño alguno. No era la duda quien guiaba sus preguntas sino las desgraciadas esperanzas. Quizás si ella ya no amase a su amigo… «Maldito bastardo», se dijo abrumado. Maldito por pensar lo que no podía, maldito por sentir lo que no debía y maldito por enamorarse de quién nunca lo amaría.

—Siento mucho por haberos preocupado. Las mujeres muchas veces nos asustamos de tonterías sin importancia.

Si no estuviese tan enamorado podría haberse reído a carcajadas por esa falsa humildad de quién poseía mas agallas que el mejor escudero, pero ella lo encandilaba hasta el punto de olvidarse de pensar.

—Señora, si de algo estoy seguro es que los temores muy pocas veces acompañan a vuestros actos.

Gadea lejos de sentirse alagada pareció sentirse agraviada o así lo demostraron sus pómulos rosáceos convertidos en un intenso bermellón.

—Sí, puede… Bien ¿entonces os quedaréis a comer con nosotros?

—Me esperan, quizás en otra ocasión.

—Si es así lo entiendo, pero cuando estéis a bien de tiempo, me gustaría poder hablar con vos de algo muy personal.

—E imagino que ese asunto personal lleva el nombre de vuestro esposo —. Contestó algo molesto. Adoraba al amigo, mas celaba profundamente al hombre.

—Veo que no es fácil engañaros.

—Sois demasiado transparente.

Malditas fuesen sus contestaciones que no ocultaban ninguno de sus deseos. El corazón le rugía y las palabras empalagaban su garganta con solo admirarla.

—¿Entonces creéis que podéis ayudarme?

—Eso parece, aunque no comprenda exactamente en qué acabo de comprometerme.

Gadea sonrió traviesa y los labios del morisco se resecaron de necesidad.

—Desde la muerte de su primo mi esposo no es el mismo. Necesita ayuda.

—Beltrán y él eran como hermanos.

—Lo sé, pero lo necesito nuevamente conmigo. Todos lo necesitamos —. Azraq prefirió callar aquello que no deseaba pensar.

—¿Qué deseáis exactamente de mi?

—Lo conocéis mejor que nadie. He intentado todo por llamar una atención que no consigo.

—Está claro que no todo —contestó sin pensar.

—No os comprendo.

—Y no debéis hacerlo. Olvidad lo que he dicho. Ha sido una tontería.

—Por favor, lo que sea. Necesito saber. ¿Qué puedo hacer?

Azraq se sacudió el cabello pensando porqué sentía el cuerpo arder si estaba empapado hasta las pantorrillas. Alá no podía estar jugándole tan mala pasada. Entre todas las personas que existían en la ciudad, ¿y tenía que ser él quien le diese instrucciones a la muchacha? «Alaana Astagfirullah, ¡por qué yo!»

—Vuestro esposo ha perdido a alguien muy importante. Él mismo tuvo que arrancarle la vida. Beltrán y él eran como hermanos.

—Lo sé.

El interés en ella lo cautivó al punto de acrecentar la quemazón de envidia que por el esposo sentía.

—Lo que no sabéis es que los conversos vivimos en una soledad permanente —Gadea lo observó con atención —. No importa el esfuerzo que se haga por pertenecer, nunca llueve a nuestra necesidad. Los unos nos tratan como desertores de la fe, los otros, simplemente temen por las posiciones que no desean perder. De todos es sabidos la inteligencia comercial de los judíos. El recelo construye pozos enmascarados de mullido y peligroso transitar.

—Nadie es amigo.

—Pocos son los lazos verdaderos.

—Creí que mi esposo había comprendido y hasta perdonado a su primo.

—Y lo ha hecho. Es a él mismo a quién no se perdona.

—¿Qué debería perdonarse?

—No haberlo protegido.

Los tres gatos, algo más regordetes de lo habitual, llegaron perseguidos por un divertido Salvador que, rodeando a su madre, le ofreció la distracción perfecta para marcharse. Aconsejarla a recuperar a otro hombre le retorcía las entrañas. Necesitaba huir, encerrarse en su casa, y que el vino ejerciese su bendito poder.

Falsedades y apariencias

El salón principal de los De la Cruz se vestía de grandes candelabros y pesados cortinados resaltando el poderío del clan familiar. Los dueños del hogar, como anfitriones perfectos, agradecían a los invitados su asistencia, junto a las cocineras, que, como gallinas aceleradas, corrían desde la cocina para que todo arrancase de forma perfecta.

Nada ni nadie sucedía en la sala sin el escrutinio de la señora de la casa, que, luciendo el vestido más azul de toda Castilla, dejaba entreabiertas las bocas de aquellas que como garzas, estiraban el cuello apreciando un colorido que sólo sus miradas envidiosas se podían permitir. El servicio, con vestimentas impolutas, saludaban cortésmente mientras renovaban las bandejas saqueadas por aquellos nobles que, de apellidos muy castizos, comían como el pueblo de bolsillo austero. Gratonada de conejo, janete de cabrito, empanada de cordero y pollo relleno, se mezclaban con el mejor caldo del Reino de Aragón. Aroma a velas de una cera de abejas que solo los más ricos se podían permitir, envolvía el ambiente en una apetitosa esencia de romero, orégano, tomillo y jugosa carne de jabalí.

La sonrisa no cesó de acompañarla demostrando el corte de su noble casta, y aunque muchas fueron las veces que, cansada de tanto disimulo, se mordió la lengua para no enviar a todos al oscuro y embarrado nido de ratas al que pertenecían, continuó trabajando en el disimulo, tarea ardua que tan bien aprendió en el hogar maternal. Su marido, luciendo una camisa de blanca seda y una casaca de la más costosa lana, caminaba erguido y sonriente, aunque ella lo conocía mejor que nadie como para no apreciar el hastío en sus oscurecidas pupilas. Muchas veces buscó en ella la mirada silenciosa del consuelo y siempre la encontró. Lo amaba pese a las mentiras y la mala fortuna, después de todo quienes eran ellos más que dos seres unidos en la lucha del vivir.

No, no era ninguna tonta como para no saber el camino que recorrían los murmullos cuando les daba la espalda, pero así eran las normas de la alta sociedad. Apellidos centenarios ensalzando en público aquello que, en sus vísceras, despreciaban. Señores alimentándose con el fruto del que consideraban “el hereje pecador”. Mercedes educadas y listas para atacar tras una ensanchada sonrisa de falsa amistad. Hienas sedientas de poder deseando la caída del robusto robledal. Actuando como ellos, engañosa y embustera, caminó rebosante de buenos modales. Juana, cerca de la puerta de entrada, y junto al perfecto y elegante De Córdoba, denotaba la casta de la que provenía. Orgullosa de su hermana barrió con la mirada a los más de sesenta invitados verificando que todos tuviesen rebosantes copas del

mejor vino del Penedés.

Con tres meses desde la desgraciada muerte de Beltrán de Santa María, debían demostrar a la ciudad que su familia nada tenía que ver con los libelos de sangre, esos niños asesinados y utilizados para limpiar con sangre, la putrefacción de corazones corrompidos hasta en el latir. Este era el día de presentación de sus mellizos, pero ante todo significaba el refuerzo de un apellido que luchaba día a día por limpiarse. Comprobando el completo orden, se acercó junto a su esposo y suegro, quienes la recibieron con, sonrisa educada el uno, y mano ancha y posesiva en la cintura, el otro. Judá no solía hacer esas demostraciones en público, pero supo reconocer en el acto la necesidad. Su marido buscaba el femenino apoyo y ella sería el poste en el que él se apoyase. Los de la Cruz eran hombres fuertes y ella era adoptiva, pero De la Cruz al fin.

El pequeño Salvador, desde lejos, y vistiendo unas ropas idénticas a los señores De la Cruz, imitaba cada negra expresión de quién más admiraba. La inocencia del pequeño, recto poste de almendrada mirada fue el único en arrancarle una sonrisa sincera ante tanto despliegue de falsedad. Comprendía las razones por las que su suegro y su marido realizaban semejante exposición de poderío, no era ingenua, su propio padre había convocado despliegues similares cuando la verdad debía ser enterrada entre derroches de opulencia. Cubierto de préstamos, y con agujeros hasta en el más nuevo de los pantalones, el viejo Ayala ostentaba lo que no poseía y felicitaba a quién no se lo merecía. Así eran las reglas y así se vivía en una ciudad en donde tres culturas compartían, más solo una sobresalía.

La entrada de Alegría cargando una canasta repleta de queso, la distrajo de la llegada de aquellos, que cuales serpientes venenosas, se arrastraron hacia ella. El padre de Beltrán caminaba junto al cura mostrando una magnificencia que en absoluto les representaba. Altivos como sementales, demostraban con cuello estirado, lo que, respecto al honor, ni a los talones les llegaba. Judá le presionó con fuerza la cintura conteniendo una paciencia que a punto se encontraba de claudicar, y aunque ella sentía el mismo ácido atascado en la garganta, se mantuvo recta y orgullosa ante el peligro.

—Veo que los De la Cruz no escatimáis en detalles —. El cura centró su contestación en la señora de la casa.

—Reverendísimo, nos honráis con vuestra presencia y vuestro exquisito sentido del detalle. Es importante para mi como simple hija del rebaño, recibir aprecio por los deberes cumplidos.

—Cocina, hijos y hogar, bendita tarea. Nunca se os olvide señora mía. Como bien nos enseñó el sabio Tomás de Aquino, “la mujer es un defecto de la naturaleza, una especie de hombrecillo defectuoso y mutilado. Sólo es necesaria para la reproducción". Para

eso nacisteis y ese es vuestro sagrado y único deber.

Con los insultos atragantados aceptó cada asquerosa palabra mientras rezaba por que la escasa paciencia de su marido fuese más amplia que la propia.

—Han pasado casi cuatro lunas nuevas y mis arcas sin completar.

Juan Santa María habló de forma tan repentina que causó extrañeza entre los presentes.

—Nada os debemos.

Haym contestó como no solía hacer y ante un Judá que soltó la cintura de su esposa para posicionarse recto y defensivo junto a su padre.

—Herencia —. Contestó con el aliento de las almas podridas.

—La hoguera es lo menos que merecéis.

Judá habló buscando aquello que su espíritu sediento de venganza reclamaba.

Su tío se encontraba allí buscando llenarse las arcas a costa de, ¿la muerte de su propio hijo? ¡Endemoniado hijo de puta! Mal nacido que no veía en el entierro de su primogénito más que la pérdida de sus propios intereses.

Beltrán vivió un camino repleto de pasos erróneos, todos ellos marcados por un padre codicioso. Pobre de espíritu, sentimientos de hojalata, y cerebro sin cosechar, Don Juan era padre de semilla, pero con poco más con lo que se lo pudiese elogiar al describir.

Gonzalo y Azraq, conociendo demasiado bien la mirada del caballero y amigo, se acercaron rápidamente, y con piernas abiertas, se posicionaron cada uno a un lado. Hasta el pequeño Salvador se acercó presuroso junto a su señora con el fin de protegerla. Puede que no comprendiese de luchas de sangre, pero de corazones egoístas sabía, y mucho. Con la manita aferrada en su puñal estaba dispuesto a luchar y entregar la vida por aquella a la que como madre amaba. ¡Qué demonios! Gadea Ayala no era como su madre. ¡Gadea era más que una madre! Los De la Cruz eran su familia. Su única familia, y por ella y ellos, todo lo daría.

Haym, al igual que su hijo, reflejaba el odio a unos niveles que consiguieron asustar a su nuera. El padre de Judá solía demostrar calma y serenidad hasta en los momentos más difíciles sin embargo parecía haber perdido toda la sensatez y dispuesto a pelear junto a su hijo. Con gesto de súplica logró llamar la atención de su esposo que respiraba como toro antes del ataque. Por un momento creyó conseguir su objetivo, pero no fue hasta escuchar a Juana que los nervios se le alteraron aún más.

—Hermana, por qué no permitimos a los hombres hablar de sus cosas.

Judá no la miró. El rostro pétreo acariciaba su estoque mientras con la vista fija en el cura dejaba escrito en el aire quién sería el primero en morir. Azraq, lejos de disuadirlo, endurecía el torso junto a un Gonzalo que acariciaba el puñal bajo su casaca.

—No pienso moverme. Esta es mi casa, mi hogar y mi familia —dijo intentando ocultar el temblor de su acobardada valentía—. Como bien comprenderéis considero que habéis roto cualquier acto de modalidad al comentar temas de negocios en una celebración que se basa en la cordialidad. No ha sido para nada de buen gusto vuestra merced, hablar de dichos temas en un día como hoy. Creo que podréis aclararos en otro momento. Hoy mi esposo y yo presentamos a nuestros hijos, y como buenos y cristianos padres, os pido un poco de compostura.

—Mujer asquerosa, quién os creéis…

Santa María no llegó a terminar la frase cuando el puñal de Judá le viajó desde la cintura de su pantalón hasta el inicio de su nuez. El filo presionando en la medida justa y a punto de cortar el inicio de la garganta brillaba con determinada decisión.

—Si no cerráis el pico os juro que vuestro propio hijo os indicará el camino al otro lado —. Judá destilaba sangre en sus palabras.

—Maldito desgraciado, fuisteis vos quien lo asesinó. Un día lo pagaréis —. Contestó agitado y a la vez temeroso de su propia vida.

—El puñal de vuestro desprecio fue quien secó su corazón. Yo perdí al hermano, pero vos ni siquiera sabéis lo que perdisteis. El ingrato no pierde a quién jamás ha reconocido.

El reverendo disfrutaba con la situación, después de todo, qué espectáculo era mejor que ver como dos puercos se arrastraban por el fango de sus propias culpas. Sí, Dios era justo por permitirle ver como ambos se mordían al cuello y escupían su carne de cerdos conversos.

—Vuestras mercedes, la señora posee toda la razón, no es de caballeros bien educados tratar estos temas y mucho menos cuando las mesas se llenas de tan benditos alimentos. Este es un día para festejar la pureza del nacimiento. Alabado sea el señor que demuestra en los De la Cruz la limpieza de la cual su primo no poseyó.

El sacerdote se engrandecía con sus farsantes palabras mientras, sonriente, observaba como el converso destilaba odio por cada una de sus gruesas y combativas venas. Haym, retomando la calma y haciéndose con el control, miró a su hijo quién desganado pero obediente, bajó el puñal de la garganta de su tío.

—Juan, vuestra visita ha terminado. Mañana mi hijo y yo iremos a veros.

El tío se marchó con la rapidez de los cobardes, pero en solitario. El cura, dispuesto a ponerse hasta las botas de aquél vino de

tan excelente calidad, no pensó ni por un momento en acompañarle. Los De la Cruz no soportaban su presencia y eso lo disfrutaba. Comería, bebería y hasta gozaría de las vistas, después de todo, a falta de mejores placeres, el moreno y más alto de los criados, representaba carne fresca que atraer.

Al otro lado de la sala, dos jovencitas sin invitación entraron intentando ocultar su pobreza. Gadea, apenas recuperada de la tensión vivida, estrechó los ojos al ver como la monja y la curandera la llamaban con las manos en alto y escondidas tras una columna. Comprobando una vez más que el desagradable de Santa María se encontraba fuera, se disculpó y caminó junto a su hermana hacia aquellas dos que de a momentos parecían alzar vuelos con las manos.

—Debéis venir con nosotras —dijo Amice de lo más alterada.

—¿A dónde? —dijo Juana alargando el cuello y susurrando al igual que ellas sin advertir que el ruido de la sala era tan potente que ni a grito pelado las abrían escuchado.

—María, es María.

—¿Qué le ha sucedido?

—Mi señora, es muy largo, debéis acompañarnos.

—Ahora no puedo. Es imposible ausentarme —. Gadea contestó nerviosa.

—No podemos demorarnos, no llegaremos a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

Las mujeres se disponían a hablar cuando Azraq se acercó curioso provocando el silencio hermético de las muchachas. Estas, sin esperar, y viendo la difícil situación en la que la amiga se encontraba, se marcharan sin dar explicación alguna.

—Esto no pronostica nada bueno… —La voz del moro resonó tan grave como su fuerte acento mientras Gadea se volvía a mezclar con los invitados.

Luego de un tiempo que para Gadea resultó eterno, pensó como escaparse pero algunos invitados parecían no desear terminar de comer nunca jamás.

—Mi señora, permitidme que os diga que eso es imposible —. Azraq comentó alcanzándole una copa de vino y leyéndole los pensamientos.

—Ya no quedan casi invitados. Si acuso un fuerte dolor de cabeza… y si vos…

—Ni lo soñéis, vuestro marido me decapitaría en vida.

—Por favor…

—¡Tabán! —Chilló en alto y bajando el sonido al instante —. ¿Por qué acudís a mí?

—Porque está atardeciendo y necesito que alguien me acompañe.

—Tenéis hombre.

—Él no puede ausentarse.

Gadea lo miraba como un gatito tierno e inocente, pero él sabía perfectamente que aquella mujer era una hechicera de corazones.

—No está bien, no está bien…

—Por favor.

La mirada almendrada de Gadea se iluminó tan radiante como la dulzura de su corazón. Que Alá lo protegiese porque iba a cometer un error.

—Os esperaré en el portal trasero y espero que no sea una de vuestras trampas.

—No lo es, no lo es, os lo prometo.

Gadea sonrió con el resplandor de los santos inocentes en los labios y él tuvo que contenerse para no mordérselos con pasión.

Cofrades y amigas por siempre

Ella caminaba con tanta premura que él no sabía si levantarla en volandas para ayudarla a ir más rápido o bien levantarla en volandas para besarle esa preciosa rojez fruto del acelere. Era tan bonita que el mismo Sol seguro la envidiaba. Y no, no era de esas bellezas que se descubren ante el primer movimiento de mirada, ella era de esas que cautivaban en su más tímido silencio. Esa de la cual no te percatas enamorado hasta que te encierra ahogado en tu propio sentir. Enredado, desorientado y locamente fascinado, la acompañó en el más enamorado de los silencios. No era ningún muchacho, la sangre demasiadas veces humedeció el filo de su puñal como para no diferenciar entre unas buenas y alzadas faldas y esta maldita opresión en el pecho que no le permitía respirar. Anochecer o amanecer, poco importaba, la muchacha se le aparecía en sueños inconscientes poseyéndolo en su propia locura. Ella lo enterraba y revivía. Curiosa venganza de Alá que castigaba con el más doloroso penar a quien no buscó los alientos del amar. Como si fuera una beata de convento, sentía las manos libres y el corazón enclaustrado. Atravesando el barrio de los sastres, rumbo a Bab al-Mardum, se encontraron de frente con la casa de la panadera. María la prostituta, para todos, menos para la buena de Gadea, que olvidaba aquello que a otros les resultaba imposible de enterrar. Los judíos como Judá podían convertirse en nuevos cristianos, y los pobres agricultores como su familia, podían convertirse en la santa fe, pero fuese como fuese, el proceso de limpieza nunca se terminaba. El morisco, el azul, el moro, el falso converso, todos apodos puestos por aquellos que intentaban delimitar con palabras las complejidades de la realidad. María la prostituta podía ser una panadera, y eso decía mucho del corazón de la bendita Gadea, pero el mundo no se media con la misma vara de su dulce corazón. Judá era un bendito, y aunque lo festejaba por él, no podía dejar de sentir el lacerar de la ponzoñosa envidia que le carcomía el interior, reclamándole una y otra vez, ¿por qué no yo? Más de una vez el retumbante atabal le carcomía el alma con dicha pregunta, mas su casa de adobe, colchón de desnutrida paja y velas de sebo de puerco, contestaban con la sabiduría de la humildad. El amor, aderezo costoso de obtener, por quienes cenaban verduras en lugar de carne. Tal era el revuelo de sus pensamientos, que hubiese seguido de largo si la carcajada de la preciosa mujer burlándose de su distracción no le hubiese provocado un ligero traspié.

—Un día debéis comentarme quién os causa tan profunda distracción. Ya sabéis que soy especialista en resolver problemas del corazón.

—Mi señora, no creo que vuestro esposo esté conforme con

tamaña declaración.

—Bien, puede y solo puede, que en ciertas ocasiones algunas dificultades me antecedan.

—¿Algunas? —El moro esta vez contuvo la carcajada, mas no la sonrisa, que sin poder ocultarla resaltaron aún más el intenso azul de sus pupilas.

—Vuestra mirada es preciosa, poseéis el color de los cielos profundos —dijo entrando por la puerta del hogar de María y dejando a un petrificado morisco.

La joven se perdió tras el portal de la panadería y no fue hasta después de muchos minutos, y cuando la madera y el picaporte le hubieran golpeado en las narices dejándole fuera, que consiguió recobrar la bendita capacidad del pensar.

—¡No podéis marcharos! —Juana, Amice, Blanca y Beatriz, empujaban a una pobre María que se bambolea de uno a otro lado. La pobre mujer parecía interesada en contestar, y hasta lo hubiese hecho si no fuese porque las mujeres no paraban de zarandearla cual bolsa de trigo.

—¡Por qué queréis marchar!

—Quizás está contestando —Gadea atravesó la pequeña casa intentando intervenir —. Permitamos que nos explique.

—Mi señora, no debisteis venir.

—Soy Gadea, y no penséis que con esos modales bien practicados vais a distraerme.

El resto de las mujeres asintieron orgullosas ante las palabras de la joven.

Se las notaba totalmente disgustadas y altamente dispuestas a no permitir lo que allí estaba por suceder. Apesadumbrada, la ex meretriz se dejó caer en la silla de madera, esa que tantas veces compartió en brazos de Beltrán, y que hoy no le proporcionaba más que solitaria compañía. Con la pena inundándole la mirada respiró profundo para que las lágrimas no le oprimiesen la escasa voz que le quedaba.

—Debéis comprenderme, no quiero, pero no puedo. Me encuentro sola y desvalida. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo alimentaré a mi hijo? —Las lágrimas inoportunas bañaron un rostro muy joven y demasiado sufrido.

Sus amigas, sus hermanas cofrades, ellas pedían un imposible. Las cuatro se encontraban resguardadas de todo mal, pero ella, ya nada poseía. El asesinato de Beltrán la sumió en el más profundo de los abandonos. Nuevamente sola y sin un hombre bajo el que ampararse debería regresar a las calles. No era una decisión, era una necesidad.

—Nosotras continuaremos con el horno. Lo hicimos una vez y lo volveremos a hacer.

Beatriz demostraba una valentía y entereza que llamaron la atención de Gadea, pero cuando la amiga la miró, no pudo más que agachar la mirada. Es lo que tienen los secretos, o se esconden o se escapan.

—Estáis bien —preguntó Beatriz interesada.

—Sí, sí… María tiene razón —dijo aclarándose la garganta.

—¡Gadea! —Juana chilló indignada.

—No digo que no la ayudemos, pero recordad como terminó aquello. Dos muertes en el Tajo y mi marido a punto de ahorcarnos… a todas.

Las mujeres se miraron la punta de las botas y la panadera aprovechó el silencio.

—No puedo hacer otra cosa. Marcharé a Ávila, allí no os mancharé con mi amistad.

—¡No! —Juana como siempre rebelde se negó a la realidad, pero el resto callaba ante lo que cada vez veían más claro. Una mujer sin hombre poco futuro poseía. Hechicería o prostitución, únicos dos caminos por recorrer.

—¿Blanca, si le enseñaseis como al resto de mujeres?

—Nos llevaría tiempo y a decir verdad ya somos más curanderas que panes por repartir. Nuestra cofradía y las mujeres de Santa María la Blanca crecen día a día —. Contestó la morisca mientras continuaba con rostro pensativo buscando alguna solución.

—¡Qué pasa con vuestro esposo!

—¿Mi esposo?

La pregunta de la monja resultó más una recriminación que un cuestionamiento.

—Él prometió velar por ella. Todos supimos de esa promesa hacia su primo antes de matarlo.

Gadea respiró en profundidad. Más de una vez tuvo que escuchar los rumores lejanos que acusaban a Judá de ser quien apuñaló en el centro del corazón, a la sangre de su sangre, pero no deseaba aclarar lo que para ella estaba más que claro. El amor no siempre se acompasaba de dulces cantares ni tiernas sonrisas. Su esposo sufría en silencio la pérdida del hermano amado y la responsabilidad de haber acortado su pena.

—¡No! Por favor no. Él se ha ocupado de mí. De la Cruz ha sido muy caritativo enviando alimentos para mí y mi hijo. No puedo quejarme de su generosidad.

—¿Entonces?

Juana no entendió, mas la morisca, quien pobre de nacimiento sufrió de más pesares que las demás, supo comprender con facilidad.

Las bolsas siempre se vaciaban con mayor rapidez que el trabajo con el que se las rellenaba.

—Sin el sustento del horno el mal solo se posterga. El hambre tarde o temprano llega.

—Debemos hacer algo —. Relinchó Beatriz furiosa y cada vez más envalentonada.

—¿Un marido? —Las mujeres miraron a la monja totalmente desorientadas —. Tampoco es tan mala idea…

—Tiene que existir una solución, el oro no se recoge en la tierra —. La curandera dijo acariciándose la barbilla

—O quizás sí…

—¿Tenéis las fiebres?

La curandera aproximó la palma de la mano a la frente de Gadea, pero esta se alejó dando saltitos de alegría. Juana observó la sonrisa entre divertida y malévola de su hermana, y se carcajeó al momento comprendiendo perfectamente su maravillosa y enrevesada mente.

—¿Las joyas?

—Las joyas —aclaró asintiéndole con la cabeza.

—¿Pero, cómo?

—Las venderemos.

—Deberíamos robárselas a vuestro esposo.

—Él no tiene todas…

El resto de las mujeres las escuchaba hablar como a dos locas. Nada de lo que decían las hermanas poseía sentido.

—¿Entonces siguen allí?

—Sí.

—Es mucho oro, no podríamos venderlas sin causar revuelo. Necesitamos un hombre.

—O un orfebre.

—Ahora sí que no os comprendo —. Juana frunció el ceño.

—Creo que ya somos varías —. La monja se encontraba tan perdida que no pudo contenerse e interrumpió sin más.

—Podría extenderme, pero eso llevaría toda la tarde por lo que os resumo. Tenemos un tesoro escondido.

—Creí que vuestro esposo lo poseía —dijo la morisca interesada y recordando el collar que Juana había excavado junto al padre Almanzón, en Santa María de Sorbaces.

—Pues os habéis equivocado.

—Suponiendo que pueda aceptar la historia del perro, los gatos y las joyas que ocultasteis a vuestro marido, ¿Cómo conseguiríamos venderlas? Nadie comerciará jamás con mujeres —. Beatriz habló molesta.

—Si son tan valiosas el primer orfebre nos delataría —. La

monja replicó.

—No si las transformamos…

Gadea contestó con mirada brillando de picardía, al ver a una sonriente Alegría, que llegaba bamboleando sus caderas y una cesta totalmente vacía.

—Mis niñas —dijo feliz, pero al ver como todas miraban, no pudo contener sus temores —. Venía a por el pan para la casa. ¿Sucede algo?

—Nada importante —dijo Gadea acercándose sigilosamente—. Por cierto, ¿vuestro primo no era orfebre?

—Sí —dijo recibiendo el abrazo de la joven.

—Y maestro de las artes ¿no es así?

—Eso dicen…

Las mujeres se miraron asintiendo frente a una María que se secaba las lágrimas con el roído delantal.

—Pero vuestro esposo nos… —Juana calló al instante en que vio a un hombre con melena tan negra como su mirada acercarse con paso seguro. Un converso joven y con muy pocas pulgas.

—Veo que alguien se acuerda de mí, aunque no sea la mujer adecuada.

—Mi tan amado esposo, no os esperaba aquí.

—¿Será por qué os dolía tanto la cabeza que necesitabais descansar?

—No era así exactamente. María era quien se encontraba enferma.

La panadera al sentirse observada no pudo más que asentir y simular una tos de actuación barata.

—¿Y vos sois curandera?

—Pero mirad cuan divertido sois amado mío.

—¿Lo soy?

Gadea se aferró al brazo de su marido guiándole nuevamente hasta la puerta de salida, donde se encontraba un Azraq con la diversión escondida bajo el cuello de la casaca.

—Por favor dadnos un minuto de femenina intimidad. Ahora mismo salgo. Ya sabéis. Cosas de mujeres.

Gadea cerró la puerta tan rápido que Judá no pudo resistirse a insultar por todo lo alto, al ver como la muy sabandija de su mujer, se había deshecho de él. Apoyado contra la pared, y junto a su amigo, tuvo que esperar que la dichosa puerta volviese a abrirse.

—Gracias por acompañarla. Me resultó imposible marchar. Mi padre me necesitaba.

—Imaginé que nos veríais salir.

—Un ciego os hubiese visto.

—¿Cómo resultó la comida? ¿Conseguisteis lo que esperabais?

—Nada lo conseguiría, la ciudad no está como para nuevos santos.

—Por lo de vuestro primo.

—Los cristianos viejos poseen en la causa de Beltrán la excusa perfecta para acusarnos. Nos llaman falsos conversos, es cuestión de tiempo que todo estalle.

—Ya nos llamaban así.

—Puede, más no importan los nombres sino las acciones que por detrás esconden.

Judá observó la puerta cerrada y volvió a agachar la mirada hacia sus propias botas.

—¿Teméis por ella?

—Siempre lo hago.

Azraq, el azul, se miró el lustre del calzado y acompañó a su amigo en el más absoluto silencio. Judá se preocupaba por la esposa, eso era natural, lo que no lo era tanto era reconocer que él también se preocupaba por ella.

Quien busca encuentra

—¡No! No seremos orfebres.

Gadea apresuraba las explicaciones, temerosa que la puerta se abriese. No deseaba que la sospechosa entrada de Judá se transformase en confirmación. Ajenas a su preocupación, las mujeres se miraron pensativas, mientras María, aún sentada en la silla, intentaba no albergar demasiadas esperanzas. Toledo era su ciudad, y como se decía más allá del arrabal, las posibilidades de sobrevivir siempre eran mayores como local, que como desterrada. En Ávila la prostitución sería su único camino, pero ni su cuerpo ni su alma deseaban transitar nuevamente por aquellos senderos. Se encontraba tan agotada de su propia desgracia, que hasta una idea tan descabellada como la de Gadea, le acrecentaba la confianza en un próspero porvenir. Sin un hombre a su lado se convertía en una mujer solitaria, y de todos era sabido, que mujer sin capa y espada, mujer descarriada.

—¿Haremos piezas nuevas?

—En realidad con algunas más pequeñas nos valdría —. Gadea reflexionó a una Beatriz que no se aclaraba.

—Es una locura.

—¿Alguna idea mejor? —Contestó apresurada y molesta ante una curandera que aceptó su derrota.

Las mujeres se reunieron en un perfecto semicírculo del que ella se quedó al margen. Ver a las muchachas juntas y decidiendo el futuro de una de ellas, la retrajo, sin desearlo, a aquél maldito momento en que entró en la trastienda y presenció lo que no debía. Llevaba días esforzándose en olvidar, pero la mente, esa gran traicionera, le recordó lo que una señora de bien no debería. Aquello se encontraba totalmente reprobado por la iglesia, y aunque llevaba días buscando en su propia cabeza alguna justificación, no la encontraba. Las personas más simples hablaban de “eso” como asquerosidades enfermizas, los más ilustrados lo presentaban como ejemplo de la obscenidad y el descaro, y puede que ella, hasta tan solo unos días atrás, pensase de igual forma, pero todo había cambiado desde el momento en que las vio. ¡Por amor al cielo! Ellas eran cofrades y mujeres, pero no perversas o quizás sí, «¡Santa Virgen!, ¡por qué me permitisteis verlas! Querido Padre, ayudadme a comprender y no juzgar…» Se dijo pensando que el divino creador no cesaba en ponerle pruebas. Fe contra amistad. Sagradas escrituras contra amor. ¿Cómo sabría ella que era bueno o malo? ¿Qué debía hacer? ¿Sería que el Señor las puso en su camino para que las denunciase?

En un acto reflejo y totalmente inconsciente se llevó la mano a la frente llamando la atención de Beatriz quién se acercó entre

preocupada y risueña.

—No os aflijáis. La ayudaremos. ¿No somos cofrades? ¬¬—El rostro de Gadea se llenó de felicidad al igual que sus ojos de lágrimas.

Que el cielo la perdonase, pero esas mujeres eran sus amigas. Juntas luchaban por un mundo que apenas las aceptaba. Pecadoras o no, que el cielo, la madre entre las madres, y el espíritu santo, las juzgase, porque ella no lo haría. Era fácil gobernar desde los cielos, pero en este lado, en el terrenal, las cosas pintaban de en tono negro.

Fieles a sus designios, eran mujeres contemplando la vida sin poder participar. Trabajadoras incansables en sus obligaciones, cargaban a sus espaldas pesados días e intensas noches. Buscadoras de un destino mejor, disfrutaban de una libertad enjaulada entre cuatro paredes. Bendito fuese Dios y su creación, pero que Él mismo exigiese el arrepentimiento en la otra vida, porque ella callaría en esta.

—Nos ayudaremos —. Dijo convencida y pensando en mucho más que solo en María.

Las palabras surgieron como una promesa. Como una lealtad que no se rompería, por lo menos no hasta el juicio final.

—¿Alguien puede explicarme lo que tramáis? —Alegría seguía presente y totalmente desorientada.

Las muchachas se tensaron por un momento, pero al instante supieron reconocer en la inocente cocinera, la complicidad de las madres.

La mujer de caderas expandidas, después de una resumida explicación, aceptó la locura. ¿Quiénes más que ellas mismas podrían ser salvadoras de sus propios destinos? El hambre se reconoce más rápido entre los estómagos hambrientos que en los casi llenos pensó la sirvienta antes de formular su afirmación. Una de ellas se colaría en las clases de su tío el orfebre.

—¡Juana!

La voz cargada de preocupación entró a la pequeña casa de adobe, y Judá y Azraq, quienes distraídos en sus cosas no se percataron de su entrada, reaccionaron asustados y empuñando los cuchillos.

Juana se tensó al instante, y Gonzalo se maldijo por su falta de compostura, pero ella lo tenía vibrando en la cuerda floja. Cada noche, después de amarse, sentía que alcanzaba el cielo, pero por las mañanas, al verla desaparecer entre penumbras, sus ilusiones se desvanecían y sus emociones florecían nerviosas. Algo pasaba con ella, pero ¿qué? Huida como ladrón se le escapó de la celebración como agua entre las manos.

—Debisteis aclarar que acompañar a vuestra amiga enferma significaba salir de la casa.

Judá, al escucharlo desde el portal, no sólo se calmó, sino que

se apoyó en la pared admirando al tonto iluso que aún confiaba en ellas. Azraq, ajeno a las sonrisas de unos y las penas de otros, no pudo más que admirar a quien no dejaba de ser el centro de todas sus atenciones. La muchacha reía con picardía, ocultando tras su espalda a una hermana, que intentaba explicarse con muy poca veracidad. Sonreía tan bella, tan inocente, que no pudo dejar de preguntarse, ¿por qué no a mí?

Alegría, sabiendo que nada podía hacer por su niña, y reconociendo que ya era una mujer que debía defenderse sola, se hizo lugar para salir de la casa, pero Juana, astuta como siempre, habló con disimulo.

—¿Vais a la Blanca?

Alegría se quedo confundida ante la pregunta. Cuando sus niñas, como ella las llamaba, preguntaban alargando la última letra, significaba que algo no marchaba muy bien.

—Yo…

—Sí —. Saltó la curandera tan rápida y astuta como siempre—. Las mujeres esperan los panes de la mañana para el desayuno de los niños. Aún contamos con tres de los pequeños abandonados que se alimentan y duermen en el beaterio.

—¿Y esos panes, los pago yo?

Blanca entrecerró los ojos molesta, ante un Judá que ocultaba su diversión, tras un falso gesto de seriedad. Las mujeres, indignadas, como no podía ser de otra forma, se marcharon por la puerta. La morisca del lado izquierdo de la cocinera y Juana del derecho. Gonzalo, entre ofendido y desorientado, estuvo por detenerla del brazo y arrastrarla a su casa, pero fue detenido.

—Dejadlas marchar. Creedme, por la fuerza nada conseguiréis. Hablo por experiencia comprobada.

—Por los clavos de Cristo yo no…

—¿No la comprendéis? ¿no sabéis por dónde camináis? ¿os sentís perdido, desolado, enfadado y necesitado? —Judá replicó con superioridad. El cordobés respiró profundo intentando dominar la furia —. Esperad en casa. Ella regresará y vos os encontraréis más calmado.

—¿A vos os funciona?

—Nunca.

El caballero aceptó la derrota y salió de la casa. Gadea continuaba hablando con María, Beatriz y la monja, ajena a la desaparición de su hermana, y él, aceptando sus propios consejos, volvió a apoyar la espalda en la pared.

Los matrimonios no funcionaban de aquella manera, las mujeres no enloquecían a sus maridos, ellas no pensaban, no decidían y no discutían, pero no se encontraba con el valor suficiente como

para reconocer que su esposa le encantaba.

—Es la primera vez que casi os veo sonreír. Desde Beltrán ya no sois el mismo.

—Desde aquello, Toledo no es la misma —. Gonzalo asintió resignado.

Una vez se despidió, Gadea se acercó a su esposo, y aceptando su brazo, se dispuso a regresar al hogar. Deseaba aquel paseo juntos. Quizás en la soledad del trayecto pudiese alcanzar un corazón que consideraba algo perdido. Su esposo no sólo era un estratega para los negocios sino también para los sentimientos. Decidido y encerrado en su propio dolor, le negaba toda puerta de acceso, pero ella era especialista en romper bloqueos y no se detendría.

—¡Gadea!

—¿Beatriz?

—¿Creéis que puedo acompañaros? Me gustaría hablar con vos en vuestro hogar y… a solas.

La muchacha observó a su esposo quien alzó los hombros en señal de derrota. En lo referente a su esposa y sus amigas, llevaba tiempo sin tomar decisiones

Gadea asintió, y del brazo, ahora de su amiga, caminó dos pasos por delante.

—¿En qué os habéis convertido? —Azraq pronunció bromista.

—Os deseo que el matrimonio y el amor nunca os encadene.

—Los matrimonios no funcionan por amor. El amor todo lo perjudica. Las debilidades son oportunidades para los enemigos.

—Todos poseemos nuestro talón de Aquiles, y él mío viste almendrada mirada.

—Entonces debéis cuidar vuestros pasos, no son pocos los que os desean muerto y enterrado.

—Puede, pero para ello cuento con amigos como vos. Si algo me sucediese mi familia siempre contará con vos.

Azaq se sintió más puerco que el más grande de los puercos. Maldito fuese su corazón traicionero que le hizo mirar hacia donde no debía y sentir por aquella a la que no merecía.

—Vuestra familia siempre os tendrá a su lado y yo os daré mi vida por que así sea.

El converso asintió conforme con la declaración de amistad, y el moro mordió con fuerza su propia dentadura.

Puede que ella jamás le perteneciese, puede que jamás descubriese el sabor de su sonrisa ni el aroma de su piel, pero nadie le extirparía aquello que en su corazón residía. El amor.

Pescados y pescados

Judá se acercaba a la Catedral con la tensión cubriéndole el cuerpo y el alma. Los días no se le tornaban nada fáciles. La pérdida de Beltrán no cesaba de lacerarle las entrañas. Aquello le dolía más allá de lo soportable. Cómo explicarle al mundo que ese al que llamaban el mal nacido, el traidor, era miembro de grupo que escaseaba de miembros: confianza, lazos, respeto, eran valores que debían cuidarse, y no acuchillarse.

Miles de veces su mente le traía el momento en el que su puñal se clavaba en terreno blando. Aún sentía el olor a sangre recorriéndole los dedos tambaleantes. Sí, porque, aunque nadie lo supiese, su mano tembló con el miedo de los cobardes y con la pena de los desconsolados. Con honor cumplió lo que como cobarde no supo defender. ¡Debió luchar! ¡Debió protegerlo! ¡Por todos los santos! Era Beltrán, el niño al que siempre protegió. Su primo, su sangre, su hermano…

Apenas notando el intenso calor, de un verano que se acercaba adorable, se adentró junto a su padre al interior de la Primada. Parecía increíble, pero en aquel recinto sagrado, últimamente se declaraban más sentencias que en el mismo infierno de Satán. Con precaución e intentando olvidarse de sus propios remordimientos, caminó refrescándose ante el gélido aliento de la gruesa piedra. Y es que las rocas de la Primada maravillaban desde fuera, pero quitaban el aliento desde dentro. Humo de incienso y cirios envolvían la construcción más magnífica de la ciudad. Las ventanas lucían unos cristales que algunos llamaban vidrieras y tal era su belleza que hasta el sol se descomponía al atravesarla. Alta y omnipotente, la Primada se imponía robusta como digna casa del Señor. Grandes columnas de altura interminable sostenían aquella a quien en su interior custodiaba el cuerpo de cristo, «y del demonio», pensó al ver al cura tan negro como los cuervos.

—¿Por qué hemos de reunirnos aquí?

—No lo sé, por eso hemos venido.

—No os comprendo —. Judá susurró a su padre caminando hacia la sala donde el sacerdote y su tío intercambiaban palabras.

—Si supiese lo que traman los combatiría. La mierda se huele, pero no se sabrá de donde proviene hasta que pegada a las botas la tuvieres.

—Y ese olor me llega hasta aquí.

—Judá… —Su padre se detuvo en señal de advertencia, pero el hijo continuó caminando, no deseaba sermones. No eran tiempos de sermones. La sangre le hervía y los últimos vestigios de paciencia se hallaban en el fondo del Tajo. Observaría, analizaría, y tarde o

temprano ejercería justicia.

—Veo que estamos todos.

El cura habló con esa sonrisa que llevaba tiempo deseando borrarle del rostro, en cuanto a su queridísimo tío, a ese mejor ni describirlo. La muerte de su hijo le importaba tanto como los besos de una prostituta.

—Saco de mierda…—Judá murmuró sin ser escuchado mientras su padre no cesaba de pensar. No era una emboscada, ¿entonces que hacían las dos ratas juntas?

El retorcido jorobado apareció de repente y colocándose en un lateral de la sala provocó la alarma de quien, sin dudarlo, se posicionó frente a su padre. Sancho con su dentadura sin nada por la que sonreír, lo observó divertido. Por unos momentos, adoró ser causante de los miedos en el converso. Sano y fuerte puede que algunos lo admirasen, pero para él no era más que un judío indigno de tan buen porte.

—¿Qué hace él aquí? —Haym preguntó señalando al divertidísimo sacerdote.

—Es mi asesor.

El representante de Dios se acercó con el bamboleo de su túnica de ribetes dorados, y usurpador de un puesto que no le pertenecía, se creía la rata con alas de un halcón.

—¿Sabéis algo del arzobispo? Su visita a Roma se prolonga en demasía —. Haym no pudo contener la pulla.

El tío quiso defender al amigo con los puños, pero el filo del puñal de Judá fue más rápido que el silencio entre los culpables.

—Dadme solo una bendita razón para comenzar a degollaros aquí mismo.

La voz del converso sonó a súplica tan deseosa, que el cura se acercó con su siempre falsa sonrisa, y llamando a la calma.

—Hablemos de aquello que nos interesa y olvidad lo que no os compete.

Haym asintió con un movimiento de cuello tan pronunciado como la hipocresía de los presentes.

—Y si me disculpáis, ¿exactamente cuáles son esos intereses?

—Mi herencia —. Respondió Don Juan de Santa María.

—¡Vos no poseéis herencia!

Sólo sentir el recuerdo de Beltrán en los pensamientos de su primo lo alteraban hasta la locura. Maldito desgraciado que deseaba cobrar por la muerte de aquél al que nada entregó.

—¡Era mi hijo!

—Os llamáis padre cuando solo al hijo corresponde halagar con semejante título. No es el rojo de la sangre la que ofrece tan sagrado rango sino la sal que de vuestro sudor por protegerle, se derrama. Y

vos, adorado tío, no habéis sudado nunca por nadie.

—Maldito desgraciado. ¡Os creéis mejor que yo!

—No lo creo. Lo soy.

—Pues no tuvisteis tanta dignidad cuando lo asesinasteis.

Judá quiso abalanzarse sobre su tío, pero el padre, en apariencia más calmo y racional, habló con la templanza de los sabios.

—Mi hijo no tuvo nada que ver con aquello. Quedó más que probado que fue el propio Beltrán quién se asestó la puñalada.

Haym dejó claro aquello qué él mismo se había encargado de solucionar. Varios testigos comprados atestiguaron la inocencia de su hijo.

—Olvidemos el pasado y hablemos del presente. El futuro será designio de Dios y de su justicia —. El sacerdote habló con descaro ante un perro que los observaba con la victoria en los labios.

«Escupid malnacidos», era lo que más deseaba chillar, pero como el más viejo, Haym era quien debía poner algo de cordura, y aunque sus tripas estaban igual de revueltas que las de Judá, se aguantó. Beltrán no era un extraño, nunca llegó a ser como un hijo, pero sus sentimientos siempre se encontraron con el muchacho.

—Pues llevo rato esperando que me digáis exactamente a qué presente nos referimos.

—Deseo todo lo que me pertenece por derecho.

—¡Era vuestro hijo, maldita sea! ¡Sois un cerdo! —Haym rompía sus propias muelas apretando la mandíbula.

—¡No más que vos!

El sacerdote, quien disfrutaba entusiasmado al presenciar como los dos puercos se revolcaban en el fango, intervino, pero no exactamente para apaciguar los ánimos.

—Como padre posee sus derechos.

—Padre… —exclamó Judá escupiendo demasiado cerca de las botas de su tío.

—Hablad de una vez antes que mi hijo haga lo que yo tanto deseo.

Haym se consideraba un hombre paciente. Los años le habían enseñado mucho de espera y templanza mas aquellos dos calentaban las aguas de las montañas.

—El ochenta por ciento del negocio.

—¡Estáis loco! —Judá ladró como un perro rabioso.

—¡Es mi derecho!

—Vuestro derecho se perdió el día que no alzasteis un dedo por conseguir nada.

Haym decidió que su paciencia había tocado techo. Aquel hijo de perra no se llevaría lo que tanto trabajó. Su negocio pertenecía a su hijo y a sus nietos, no a ese bastardo.

—Amigos, creo que deberíamos calmarnos.

Los perros se arrinconaban delante suyo como luchadores en las arenas del circo romano y él se excitaba ante la simple escena. ¿Qué podía existir más depravado y excitante que aquellos puercos devorándose entre ellos? El sacerdote se creyó en el cielo.

—Don Juan de Santa María, aunque posee la totalidad de la razón—dijo lentamente disfrutando del gozo que le provocaba la ira del converso— está dispuesto a negociar.

Haym cerró los ojos intuyendo por donde irían los tiros y esperó con decisión la estocada, que si Dios se encontraba a bien, sabría esquivar.

—Hablad.

Judá respiraba profundo y no era más que el respeto hacia su padre y el honor de su familia lo que lo mantenía con el aliento atragantado y las manos atadas. Esas dos ratas tenían mucha suerte, si en tiempos anteriores se hubiesen conocido, otros cantares se estarían escuchando. Desde su boda con Gadea ya no era el mismo corazón congelado, aunque aquellos no deberían tentar tanto a la suerte.

—¿Qué es exactamente lo que deseáis?

—¡Padre, no!

La mirada de Haym, con la autoridad que le otorgaba su rango de padre, pero de los de verdad, hizo callar al joven que se retorcía en su propia indignación.

—Mi amigo no desea más que aquello que le pertenece. Todos sabemos de la habilidad de los De la Cruz en los negocios, es indiscutible vuestra maestranza en tan… digamos dignos menesteres.

La lengua de Haym se le estrangulaba por dentro, mas aquél, aunque el peor entre muchos, no dejaba de ser un convenio, y el viejo converso si de algo sabía era de gestionar con inteligencia los propios intereses. Si alguno salía en calzones no sería él.

—Dada la inmensa pérdida, y dolor por el a-se-si-na-to de su único hijo, ¿qué otra forma de compensarle que con un poco de paz?

—Los huesos del hijo cubriendo la inutilidad del padre —. Judá escupía veneno por la boca.

Se sentía insultado, pero mucho más herido. Las llagas de la pérdida se mezclaban con la furia de la venganza insatisfecha. Su padre no debería estar allí. Él no debería estar allí. ¡Nadie debería estar allí! Aquél sátrapa no merecía ni las ropas que vestía.

—Bastardo…

—Volved a insultarme —Judá destilaba veneno por las pupilas — y vuestra sangre regará tierra de almas.

—¡Hablad de una vez! Seguro poseéis una segunda oferta —. Haym sabía que debía mantenerse sosegado, pero bendito fuesen los santos que pretendían la calma ante aquellos a los que solo se deseaba

pisotear.

—La totalidad de las rutas del puerto de Sevilla. Es un trato justo.

—¡Estáis loco! —Judá bramó enloquecido ante un padre que no reaccionaba.

El cura se sintió satisfecho, aquel acuerdo les proporcionaría ganancias importantes. Por supuesto, que "les proporcionaría". Si no fuese así, ¿por qué otra razón aconsejaría a quien le asqueaba con su sola presencia? Juan De Santa María no era si no otro nuevo cristiano creyéndose más que el puerco que siempre sería.

—Es lo justo —. Contestó el tío sin saber de cuánta cantidad exacta de justicia se estaba hablando.

—Inútil que apenas sabiendo escribir pretende sumar —. Judá continuó con su retahíla de insultos ante un jorobado y un cura felices en su miseria.

Haym, estratega como el que más, miró a su hijo. El muchacho no solo se había convertido en esposo y padre sino también en hombre, y de los buenos. De los que empiezan con hache de honor y terminan con e de escalofriante. Maldito fuese, pero poseía los mismos ojos hechiceros de su madre, esos que amabas hasta la locura o temías hasta el sufrir.

—¡Pedís imposibles! —Judá chillaba apresando su empuñadura y Haym aprovechó para intervenir con voz autoritaria.

—Me temo que mi hijo posee razón. El total del comercio saliente por Sevilla es imposible. Os daremos el treinta.

El cura sonrió de lado ante el tío, que inepto como siempre, no supo encontrar la respuesta acertada.

—El setenta —contestó el sacerdote como perfecto negociador y causando la alegría de Don Juan que se sentía orgulloso de tan repugnante socio.

Haym caminó pensativo, pero su hijo algo menos tranquilo, y mucho menos aún silencioso, chillaba en tono tan elevado, que hasta los vecinos de la Alcaudía pudieron escucharle.

—¡Padre no cedáis! Es una locura. Esto no tiene sentido. Que nos lleve a la justicia civil si así lo desea.

—No podemos —. Haym, aunque algo más tranquilo, habló con un tono perfectamente audible para unos odios curiosos que se alzaron interesados en escuchar.

—No temo a nada. Si es de Dios, sea.

—El cuarenta —contestó el padre girándose de golpe y encarando al sacerdote, quien ya en su mente contaba interminables columnas de monedas de oro.

—Sesenta. Lo tomáis o lo dejáis —. Dijo sabiendo que el idiota entregaría lo que fuese por salvar a su hijo.

—Lo tomo —contestó Haym derrotado—. Hoy mismo prepararé los escritos. Los firmaréis —dijo mostrando dentadura furiosa a su primo—, y desapareceréis de nuestras vidas. Os haréis con el sesenta por ciento del negocio que sale por Sevilla mas no volveréis a relacionaros conmigo ni con mi hijo ni con los hijos de sus hijos. Desde hoy nuestros lazos se encuentran quemados.

—No existe nada que me cause mayor alegría.

—Sea.

—Padre… —Judá murmuró entre dientes, pero este lo detuvo con la palma de la mano en alto.

—Mi palabra se ha entregado y es vuestro deber respetarla.

Judá negó con la cabeza antes de girarse y marchar hacia la capilla central y tomar la salida norte.

—Contened a vuestro vástago, no quiero problemas —dijo Santa María nervioso.

—Mi hijo es un hombre de palabra y honor. Os enviaré las escrituras y hoy mismo seréis comerciante en solitario. En cuanto a vos… —dijo al sacerdote—espero que vuestra dicha sea tan extensa como vuestra sonrisa, y que el señor que todo lo ve nunca escatima en recompensas según vuestra valía. Caballeros.

Haym se giró con el porte de los que vestían la dignidad como chaqueta. Con caminar seguro atravesó el mismo camino que su hijo, pero no fue hasta que giró por la calle de la Tripería, que se lo encontró esperando en la pared de la toldería de Carmen, la andaluza. Ambos tomaron la marcha en riguroso silencio hasta que, volteando en la hostelería de Curro, la voz gruesa de Judá lo rompió.

—Picaron.

—Como truchas.

No lo digáis

Bajo el calor de una tarde que se perdía, Gadea se sentó junto a sus pequeños, admirando la inocencia de la niñez al dormir. Los bebes descansaban como si el agotamiento de respirar significase el mayor de sus problemas. Benditos inocentes que, sin apreciar la racionalidad del ser, soñaban con laberintos de princesas, dragones y finales sin pesadillas. Y es que, si de complicaciones se hablaba, quién mejor que ella como para revivir pensamientos de enredada confusión.

Junto a la silla, entre las dos cunas, ahogaba su mirada en lágrimas. En algunos casos, solo en algunos, y muy concretos, puede que se distanciase un poco, y solo un poco, del camino fijado, se dijo mirando al crucifijo de madera en la pared, pero si el señor no comprendía las pruebas que él mismo le imponía, entonces quién lo haría. ¿El sacerdote disfrazado de obispo? No, ese no hacía más que escribir sentencias con pluma de ardiente garrote. El chupasangre juró destruir a los De la Cruz y cumplía su promesa con dedicación y esmero. Creyéndose el mismísimo Jesucristo reencarnado, repartía justicia y castigos. Tiempo llevaba el sacerdote acechando a su marido y prometiendo lo que, gracias a la virgen, no conseguía. No hasta esa endemoniada y justiciera tarde en la que todo cambió.

Los santos abandonaron a su familia. Beltrán murió llevándose el alma de su amado como acompañante. Desde ese sacrílego instante, Judá acompañó a su primo a un mundo desconocido para ella. Se encontraba perdido en los infiernos de la culpabilidad, y aunque intentase rescatarle, no respondía. Ciego y sordo se alejaba a pasos de gigante.

“Tiempo es lo que necesita”, decían los hombres en boca de propia experiencia, y tiempo es el que todos los días le otorgaba, pero llevaba tantas lunas en soledad que los números en su cabeza ya no sumaban. Las mujeres, algo más carnales, le aconsejaron utilizar las caricias como solución de todos los males, y dichos consejos hubiesen valido si no fuese porque se encontraba impura. Era el tercer mes después del parto, y el sacerdote no la convocaba para limpiar, en santa misa, el cuerpo sucio por maternidad. Ya no sangraba y podría poseer intimidad, aún sin el permiso de la Iglesia, pero las desgracias se cargaban a puñados sobre su espalada como para acarrear otras nuevas.

—Son preciosos —dijo Beatriz tomando asiento junto a ella y observando la belleza de la inocencia —. Os he interrumpido, parecíais concentrada en algo importante.

—Mujeres impuras, para ser exactas.

Beatriz se puso roja como manzana madura y ella se maldijo por tamaña falta de tacto. No pensaba en su amiga ni en sus silencios

ni en sus errores, ella solo quería… Gadea respiró profundo y dejó de pensar. Sus pensamientos eran más rápidos que la inteligencia, y las palabras más torpes que los sentimientos.

—Perdonadme por favor, últimamente no soy yo.

—¿Es por vuestro esposo?

Gadea asintió con la cabeza, pero sin dejar de observar el rostro de sus pequeños. Temía por la indiscreción de sus lágrimas.

—Debéis darle tiempo.

¡Pero cuánto tiempo era ese! ¿Qué libro de la vida contaba los días de penas? ¿En qué clase de bordado se enseñaba a las jóvenes casaderas cuánto era deber y cuánto desear? ¿Qué parte de la Biblia enseñaba las lecciones de la virgen María como esposa en lugar de madre? Y sobre todo, ¡quién enseñaba como ayudar al marido!

—Las heridas del alma tardan en curar y las de vuestro esposo son profundas. Sostener el cuchillo junto al cuerpo de un casi hermano no tuvo que ser fácil, todos comprendemos su pena. El tiempo es el único que cicatriza lo inolvidable.

—Puede que tengáis razón.

Gadea aceptó el consejo. Si Judá no deseaba ayuda nada ni nadie podría traerlo de regreso. El problema no radicaba en la comprensión sino en la lentitud del tiempo.

—Gadea, ¿podría quedarme en vuestra casa? Será solo por un tiempo —. Beatriz habló trayéndola nuevamente a la realidad.

—Sabéis que sí.

—Os lo agradezco. Siempre puedo contar con vos.

«¿Podéis?» Se preguntó haciendo un alto en la pregunta. Beatriz era su amiga, ambas crecieron juntas. ¡Qué demonios! Si no fuese por su padre y las deudas hoy sería la esposa del idiota de su hermano. ¡Por amor al cielo! Al fin encontraba una razón por la cual estarle agradecida a su padre. Sí, claro que Beatriz podía contar con ella, aunque no estaba segura si deseaba conocer las razones de tan necesaria ayuda.

Debería preguntar los motivos de la solicitud, mas el valor le huyó de los labios. ¿Y si Beatriz se sinceraba? ¿Estaba preparada para semejante confesión?

—¿Amiga es por… quizás vuestro esposo?

—No podría haber conocido mejor hombre que Lope —. Ahora sí que Gadea se encontraba más que intrigada —. Los negocios con vuestro esposo lo han llevado de viaje a Burgos y no deseo estar sola. Últimamente me encuentro sumida en fuertes confusiones

—Me temo que no os comprendo —dijo más por obligación que por necesidad de explicación. A decir verdad, no deseaba escuchar ninguna explicación. La ignorancia justifica la absolución, pensó cristianamente esquiva.

Beatriz tardó minutos en contestar, y Gadea cerró los puños rogando a la madre entre todas las madres, que le ofreciese la comprensión de la que escaseaba. La fe cristiana era tan clara que dudó de ella misma. Amplia conocedora del poder de la lectura se instruyó en los grandes escritos que debían estar vedados para ella, pero impertinente como siempre o como decía su padre, "estúpida de obra y de pensamiento", aprendió las leyes sagradas. «Quién no ve, no sabe y quién no escucha no comprende», recordó con las manos apretujadas por la tensión de los propios nervios.

—No es por mi esposo, más no me pedíais explicación de lo que ni siquiera yo comprendo.

—Podéis permanecer en mi casa todo el tiempo que deseéis. La habitación de invitados, junto a la mía, es vuestra.

—No os merezco. Sois la mejor amiga que conozco. Ninguna mujer aceptaría abrir las puertas de su hogar sin un motivo sólido. Las buenas esposas no lo hacen.

—Ingenuos aquellos que crean que lo soy.

Gadea se rio por primera vez en mucho tiempo. Beatriz llevaba razón, los esposos preguntarían la razón de la visita e incluso podían negarse al asilo, pero Judá se encontraba demasiado preocupado en sus asuntos como para atender temas de mujeres, y después de todo, si se molestaba, que se fuera a freír patas de cerdo.

Beatriz bostezó con delicadeza y se compadeció de su amiga. Cada una cargaba propios pesares, y propios cansancios.

—Iros a dormir. Alegría siempre tiene la alcoba preparada para infortunios como este.

—¿No deseáis que os espere?

—No, aún debo alimentar a la niña.

—¿Lo hacéis vos misma? Pero eso no…

—¿Está bien visto? Hace tiempo que mi tranquilad no reposa en comentarios ajenos —. Beatriz asintió como si la comprendiese bien. Demasiado bien.

—Buenas noches.

—Buenas noches, querida mía.

La joven Beatriz se alzó el vestido y se puso en pie, pero no fue hasta casi alcanzar la inmensa puerta de madera, que Gadea habló con la sinceridad de las amigas del corazón.

—Beatriz, siempre contaréis con mi apoyo. Sabedlo.

—Lo sé —dijo marchándose sin alzar la mirada.

Suspirando se acercó a la cuna de su pequeña bebé que la miraba entusiasmada. Con el embelesamiento de madre primeriza, por poco estuvo de pisar el cuerpecito de Salvador, que, con fidelidad de caballero, cuidaba de los pequeños desde entrado el sol hasta caída la sombra. Se hallaba tremendamente dormido, en el suelo junto, a la

cuna de la niña, que, por su rostro de relajación, parecía saber que su protector se encontraba cerca.

Admirador absoluto de su señor, Salvador se entregaba a las encomiendas de Judá como si la vida le fuese en ello. El niño no respiraba si no era por el bienestar de aquél al que llamaba padre. Algunas bocas comentaban, a sus espaldas y en tono bajo, que aquél era el hijo del converso y una tabernera. Decían que su marido se atrevió a traer al hogar el fruto del pecado. Tontos charlatanes. Salvador fue su descubrimiento y la bendición en el hogar. El niño la adoraba como a una madre, cuidaba a los pequeños como un hermano, y amaba a su marido como a un padre. Esa era la única verdad mas los corazones envidiosos no eran dignos de reconocer tamaña felicidad.

Con delicadeza alimentó a la niña y la volvió a recostar en la cuna mientras observaba la tarde oscurecer. Triste, y con el vacío de aquella que se siente abandonada, hizo algo increíble para una señora tan noble como ella. Con cuidado de no despertarlo, se arrodillo en el suelo y se recostó sobre la manta junto al pequeño cuerpo de Salvador. Después de todo ¿por qué regresar a un cuarto vacío? Allí se encontraban los seres que adoraba y que le ofrecían algo de calor a su corazón descompuesto. Con amor de madre peinó los cabellos revueltos del niño y lloró hasta quedarse dormida a su lado. El pequeño Salvador, totalmente adormecido, pareció reconocer su aroma a jazmín y a madre, porque en el letargo de los santos inocentes, envolvió su manita regordeta a la de ella, y suspiró.

No sabía dónde estaba. La buscó desesperado por toda la casa, mas no fue hasta la tercera vez, cuando la vio tras la cuna retorcida en el suelo, que se relajó. A punto estuvo de reclamarle con toda la potencia de su voz, pero fue la mano de su padre en el hombro, que lo detuvo.

—Está dormida.

Con apenas la luz de la vela que llevaba en la mano, pudo comprobar la verdad en dichas palabras. Acompañado del mal humor de los culpables, entregó el cirio a Haym, para recoger el cuerpo de su esposa del suelo y llevarlo en el más absoluto silencio hasta su alcoba. Una vez la hubo depositado en el lecho, salió de allí como si el calor de su cuerpo inocente le quemase las manos.

—Es tarde…—Haym habló entristecido.

—Sé cuidarme.

—A estas horas y con la noche tan caída solo se encuentran los que buscan la frialdad de la muerte o el calor de las prostitutas. ¿A cuál de las dos clases pertenecéis?

Judá se marchó sin contestar.

Puede que su padre tuviese razón o puede que se le olvidase un tercer grupo, los que se emborrachaban buscando en las copas el único camino del olvido.

¿De Aragón o de Yepes?

O bien las tierras húmedas se movían al compás de gigantes o bien llevaba una borrachera de Dios y padre nuestro. La malagueña insistió en que se quedase a pasar la noche, y aunque la nocturnidad se presentaba cerrada, y la borrachera intensa, su aturdimiento no era tan grande como para no hacerse responsable de sus propios andares. Profunda y apasionada, la tabernera buscaba un calor al que en otros tiempos no hubiese hecho ascos, mas los tiempos de hoy se gastaban en otro cuerpo. Disgustado, mareado y con la furia de los insatisfechos, se envolvió en la negra capa, ocultando unas vestimentas que mostraban claramente la clase. Con el traspié de una bota sobre la otra, y con la rebeldía de un suelo que bailaba al compás de la taberna, puso dos pies fuera del mesón, y marchó por donde hubo llegado.

El aroma a humedad del Tajo le rozó las mejillas, junto a la suave brisa toledana, que anciana y comprensiva, le acarició la espalda de forma compasiva, más lejos de enderezarle, solo consiguió encorvar aún más el cuerpo profundamente afectado. Y es que el vino de la Malaguita no era como esos que se servían en Aragón. Destilado por el más ineptos de los taberneros, el caldo cumplía su único cometido, la borrachera y el intento del falso olvido.

—Maldito bastardo… —se dijo frunciendo el ceño en ese punto medio donde el odio se unía al dolor.

Beltrán exigió de él el peor de los compromisos, y hoy no estaba seguro, si lo correcto no fuese lo esquivo.

Caminando con pasos torpes apresó el puñal con la mano al ver como dos hombres se le acercaban. Y es que sin saberlo se encontraba más cerca del arrabal que del propio hogar. Y es que a esas horas, y como bien decía su padre, nada decente podía buscarse por aquellos lares. Los hogares cerraban sus puertas rezando para que la noche diese rápido entrada a las bondades del día. Bondades, por llamarlas como el Cristo lo haría: después de todo, puede que la noche hablase de maleantes, borrachuzos y puteros, pero el día no se las traía mejores. Nobles, clérigos o altos burgueses, todos ellos seres de altos intereses que con vestimentas de lanas coloridas ocultaban sus almas de grises roedores.

Los hombres, al igual que él, caminaron hasta casi enfrentarlo, para después de un ligero toque de sus sombreros, en señal de saludo, continuar sin preocuparse. De cerca comprobó que no eran de Toledo, seguramente viajantes, que, rumbo a la taberna de la Malaguita, esperaban recibir algo de vino y lo que tocase. Andando, sintió el cansancio en el cuerpo, la desesperanza, el hartazgo, y quién sabe cuántas mierdas más, reventarle el cerebro. Y es que las penas y el

alcohol nunca se amigaron con la razón.

—Por las llagas de Cristo… —murmuró al trastabillar con la humedad de una piedra que por poco lo hizo rodar hacia abajo. Y si es que de algo debía de cuidarse uno en la Toledo nocturna, y mucho más que de los maleantes, era de sus cuestas. Desgraciadas como las suegras y malas hierbas como las cuñadas, las puñeteras asfixiaban en las subidas, pero desnucaban en las bajadas.

Con la dignidad de los borrachos se enderezó como pudo y continuó adelantando una rodilla sobre la otra. El sonido de un anciano contando en voz alta lo hizo detenerse para reírse sin ganas. Allí estaba otra vez, el Cuentamuertos, o como lo llamaba Beltrán, el Cuentatumbas. El viejo insistía en que debía trazar un mapa con todas las sepulturas porque un día todos recibirían una patada en el culo y huirían a nuevas tierras. «¡Endemoniado viejo loco! Quizás estéis en lo cierto y nos vayamos todos», decía Beltrán a toda risa ante su protector, su amigo, su hermano.

—Hijo de las mil putas, ¿por qué…?

¿Por qué? se preguntó con los ojos humedecidos de una pena que, en la soledad de la noche sin testigos, se permitió liberar. Era conocedor de miedos y ni hablar de desesperos o abandonos, mas aquél era un sufrimiento diferente. Las veces que a punto estuvo de perder a Gadea se sintió morir. El aire le faltó y creyó que su alma le abandonaba el cuerpo, pero esta vez todo era distinto. Con Beltrán una parte se le marchó para no volver. Delicada como una flor, y lacerante como hierro ardiente, la angustia se acentuaba con la profundidad de cada respiración. El pinchazo atravesaba el corazón de norte a sur con ese dolor que, desgarrando la carne, no se marcha ni con el vino de la Malaguita ni la vendimia al completo de Aragón.

¿Se podía morir de dolor? Antes lo negaba, mas al sentir el cansancio de lo irremediable en sus carnes, podía asegurar, con la voluntad de Dios por delante, que era mil veces mejor morir con aquél que se asesinó por amor, que vivir recordando lo que no se pudo proteger por honor.

A muchas personas conocía, a pocas quería, apenas contable las que le agradaban, y con una mano a las que amaba, mas uno de esos dedos ya no se encontraba. Rabioso, furioso, desolado e incomprendido, deambuló con destino perdido. El cuerpo caminaba, mas su alma vagaba por los recuerdos de un niño que un día llegó a Toledo para convertirse en aquello que le estaba destinado. De pequeño se sintió inocente y estúpido, de adolescente un rebelde estúpido, y de hombre, un estúpido a secas. Uno que no cesaba de pensar en la única causa de la mayoría de sus males. El cura. Desgraciado reemplazo de obispo que, sin capacidades propias, vestía lustres prestados. El mal nacido lo odiaba, pero él lo odiaba más.

Ambos sabían que sus vidas eran se conjuraban en un mismo destino. Uno de los dos debería desaparecer. Y aunque no temía a la muerte sí temía a una de sus amenazas.

El cuervo no era la primera vez que ensuciaba el nombre de Gadea con su apestosa boca, y por Dios bendito que eso no se lo permitiría. Puede que el demonio lo llamase a los infiernos, pero no abandonaría este mundo sin darle protección a ella. Sus hijos significaron un dulce amanecer en su corazón indómito, pero ella lo era todo. Su vida, su amor, su ser, su valor, y su desesperación. No, no se marcharía de esta vida hasta saberla protegida y eso solo era posible de una única forma. Sin el cura en esta vida.

Con un puñetazo, más por el alcohol que por la furia, golpeó la puerta de entrada a su hogar esperando que alguien lo escuchase. Juan abrió la cancela, y le hubiese agradecido con los escasos modales que aún conservaba intactos si no fuese por la presencia de su padre, que a medio vestir, le interrumpió la entrada. Intentó ignorarlo y entrar, pero el pisotón en el rabo de uno de los gatos curiosos lo hizo saltar en el sitio. ¿Sería que lo había matado también a él? No, al parecer, y por lo rápido que huyó el pequeñajo, aún respiraba. ¿Y los otros seis? ¿También los pisó? ¿o eran cuatro? Sin saber si había olvidado contar o el alcohol le hacía ver doble, continuó sus pasos esquivando al malhumorado progenitor.

—Podéis marcharos. ¡Vos no! — Con la gracia de los ebrios se detuvo al comprobar el tono de furia. Al parecer la orden era para Juan.

El sirviente se marchó a una velocidad tal que los pies no tocaron nunca los suelos, mientras él, con lentitud excesiva, arrojó la capa hacia una silla y se encaminó hacia la mesa para servirse una nueva copa de vino. La mano de Haym se movió a la velocidad de los rayos, o eso creyó ver Judá, al comprobar como el recipiente volaba por los aires. Con movimientos algo desacertados alzó la barbilla para recriminarle la acción, mas las palabras sonaron menos pastosas en su cerebro de color tinto ahogado.

—Buenas noches, padre.

—No os mováis.

—No soy un niño.

—¡Pues no os comportéis como tal!

—Qué sabéis vos. ¡No oséis creer que tenéis derecho!

—¡Mientras sea vuestro padre los poseo todos! Quién demonios os creéis para aparecer en semejante estado en vuestro propio hogar. Vuestras prendas huelen a prostitutas y alcohol. ¡Me avergüenzo de llamaros hijo mío!

—¡Pues hacéis bien! No soy alguien de quien debáis enorgulleceros.

Haym intentaba calmarse respirando con profundidad, pero el estado lamentable de Judá se lo ponía demasiado difícil. Comprendía su dolor, su desespero, pero Beltrán llevaba tres meses bajo tierra y no estaba dispuesto a perder a su hijo. La vida era demasiado corta como para perderla en asuntos sin solución.

—Debéis perdonaros. Él lo hizo —dijo sin mencionar el nombre de Beltrán.

—¿Y vos lo hacéis? ¡Ella lo hace!

—¿De qué diablos estáis hablando? Vuestra esposa y yo no hemos sido más que una continua contención de vuestros eternos pesares. ¡Judá, despertad! Yo os necesito, vuestros hijos os necesitan, ella os necesita —dijo esperando que Gadea consiguiese lo que él no podía.

—¡Y por ella lo hago! ¿Es que no lo veis?

—¿Ver qué?

—Pienso detenerlo… —dijo con los dientes apretados hasta el dolor.

—¿Y pensáis matarnos a todos en el proceso?

Judá negaba mientras se movía nervioso por una sala que se le oscurecía de a momentos. Si no estuviese tan borracho podría explicarse y decirle que se sentía un inútil incapaz de proteger a los que más amaba. Inútil por no haberlo salvado, inútil porque nada se arreglaba, inútil por ser mal esposo, inútil por no cuidarla, inútil para todo y más.

Sin responder caminó por el pasillo, y sin atender los reclamos de quién tantas veces y también lo supo proteger, se fue hacia la habitación de los pequeños. Llevado por el instinto de padre más que por el alcohol, asomó por la puerta de la habitación para comprobar que todo marchaba bien. Su necesidad de sentirlos seguros era más fuerte y enloquecedora que nunca. Al ver al pequeño Salvador en el suelo sobre una manta consiguió que las tormentas lo acecharán otra vez. ¡Es que era tan idiota como para no proteger a tan solo uno de sus niños!

—¡Juan!

La voz grave del converso tronó por las gruesas paredes y seguramente despertaron a todos en el hogar, pero nadie asomó.

—¡Juan!

El criado, de mucha altura y ancha cintura, se acercó a toda velocidad para enfrentarse a su señor, que parecía llevar todos los demonios del infierno en las negras pupilas.

—Buscad una cama para Salvador y traedla aquí mismo.

—Si señor.

—Ese niño es mi hijo y no dormirá en el suelo como una cabra. ¡Habéis comprendido!

—Sí, señor… sí, señor.

Algo conforme con su orden y arrastrando los dedos en la melena demasiada enmarañada, asintió conforme consigo mismo. Si el criado aún le temía es que entonces no era tan inútil. Estirando el maltrecho porte caminó como pudo con un único destino. Esta noche entraría en el cuarto de su esposa y aunque no la pudiese tomar debido a la impureza maternal, aun así se quedaría a su lado. La necesitaba. Solo Gadea calmaba sus infiernos cuando ardían con semejante intensidad.

Sí, quiero

Los alaridos de su esposo retumbaban por toda la casa, y dado que su habitación formaba parte de ésta, saltó de la cama muerta del susto. El paso del tiempo consiguió que su cordura se echase en brazos de la desquiciante locura, y es que el miedo, ahora convertido en rabioso enfado, la llevó a caminar sin descanso, sobre la madera de un cuarto con noches tan frías, que obligaban a silencio, esconder, y reventar, como esposa, y como buena mujer.

Judá, sumido en sus propios reproches, rechazaba cualquier contacto con la vida, incluida la de ella, esa a la que, en épocas no demasiado anteriores, aclamó como propia. Deseaba acompañarlo, acariciarlo y comprenderlo. Le urgía consolarle en el dolor, mas él se encharcaba y revolcaba en un lodazal difícil de aceptar. Lo amaba con el alma y lo deseaba aún más, pero en estos momentos su herida era tan profunda, que no le permitía compadecer. La voz pastosa, junto a la falta de coherencia, indicaban el estado con el que llegaba. Y no, no le gustaba la borrachera, pero menos aún de dónde provenía la bebida. El simple hecho de pensar en aquellas taberneras consolándole, la convertía en una gata cargada de celos. Su marido le pertenecía, siempre le perteneció. Desde el primer momento en que sus labios se rozaron sintió que ambos se merecían y correspondían. Puede que a ella le costase en un primer momento ver la realidad, pero a él no. ¡A él no! Él siempre creyó en su amor y completa pertenencia. ¿Por qué le hacía esto? ¿Por qué ensuciaba el amor verdadero con carnalidad de pago?

Peinándose a tirones la frustración, se sentó en su silla actuando con la mayor dignidad posible, ofendida e histérica a rabiar. Los gritos en el exterior no cesaban por lo que intentó introducirse en un vestido con demasiadas ataduras en la espalda. Aún estaba demasiado oscuro como para despertar a la criada, pero ella ya no deseaba permanecer en cama. Desgraciado, pensó tironeándose del escote.

Alimentando el propio veneno, y acrecentando los celos al pensarlo en brazos de otras, jamás imaginó que la puerta se abriese de golpe y se cerrase con el mismo ímpetu. En un primer momento al verlo allí plantado, con semejante desaliño, y con esa negra mirada temió por su vida, pero tal reflejo no duró más que su corta compasión. El hombre llevaba los cabellos revueltos, la camisa desatada y un profundo aroma a taberna atestada.

—¿Marcháis?

—¿Os importa quizás?

Gadea se acomodó el mal abrochado vestido intentando no mirarlo, después de todo, y a pesar de los celos, no podía dejar de

sentir. Él no era así. Él no era ese hombre que tenía delante.

—No estoy para tonterías. Quitaros ese vestido. No vais a ningún sitio, y mucho menos a estas horas.

—¿Estas horas? ¿Os atrevéis siquiera a aclararme los tiempos cuándo sois vos el que acaba de aparecer? ¡Y con esas pintas!

Molesto con sus palabras se miró distraído reconociendo que, aunque no se encontrase tan bien, tampoco estaba tan mal. Quizás algo desaliñado, pero no lo suficiente como para que ella no lo desease, ¿o quizás sí?

—¡No saldréis! — La rabia de Judá se hizo presente como llama de chimenea. Pensar en que ella lo dejase de amar lo enloqueció al instante. Ella no podía marchase del hogar y mucho menos enamorarse de otro. La incoherencia de sus pensamientos, se unieron tan rápido al exceso de alcohol, que con dos zancadas la sujetó por el codo con determinación.

—¡Me debéis fidelidad!

«¿Fidelidad?» Que la virgen María la perdonase, porque la buena esposa se derretía como nieve caliente. La sangre de mujer le ardía con tal intensidad que caldeó la habitación con su sola presencia. Lo ahorcaría entre sus pequeñas manos. ¡Cómo se atrevía!

—¿Y sois vos quién da lecciones de fidelidad? ¿Vos? ¿Justamente vos? Permitidme que no me ría a carcajadas pues no deseo montar en la casa más escándalos que los que ya vos traéis.

—¿Qué estáis insinuando?

—¡Vos también me debéis fidelidad!

La rabia de Gadea, junto al desconcierto de Judá, la hizo moverse con fuerza y deshacerse del amarre de quien se quedó perplejo ante la acusación.

¿Se había acostado con otra mujer? No que él recordase. Y puede que estuviese muy, pero muy borracho pero un hombre siempre recordaría haberse bajado los pantalones, o por lo menos despertar con ellos bajados.

—Gadea… —La voz de Judá ya no era tan pastosa sino más bien arrepentida. Ella pensaba que la engañaba, más se encontraba muy lejos de la verdad. Deseaba mujer, pero a la suya —. Gadea…

—¡Alejaros!

La suavidad al nombrarla la hizo detenerse. Las lágrimas reemplazaron rápidamente a la furia en el mismo instante que su esposo cambió la expresión ruda, por la del tierno marido. ¡No! No podía ser débil. No debía perdonarlo. Él lastimaba con actos de profundo dolor.

—Os necesito —dijo con suavidad acariciándole la larga melena tras el cuello —. Venid a mí.

Ella también lo necesitaba. Ella también deseaba abrazarlo. Ella

también deseaba ser ese poste firme en el que se apoyase. Ella era una esposa, su amada, su corazón…

Los brazos se tensaron aún más cuando el calor de los gruesos dedos, alzaron la larga melena apartándola a un lado. Dios, la sensación era tan maravillosa que hubiese detenido el tiempo en ese preciso instante. La habitación viajó a tiempos lejanos. Esos en los que su esposo la amaba como la mujer entre todas las mujeres. Como la diosa de su cuento de hadas. Los labios húmedos acariciaron tímidamente la piel y el cosquilleo la hizo temblar hasta la uña del más pequeño de los dedos. Sus besos eran caricias para una gata demasiado lastimada.

Respiró profundo, y aún oliendo a taberna y vino barato, no pudo refrenar el deseo de envolverlo en su perdón. Lo amaba más que a nadie y lo deseaba por encima de todo. Que la virgen intercediese por ella en el más allá, porque en el más acá, lo necesitaba más que el respirar.

—No debería ser tan blanda.

Judá sonrió apenado, con una nueva culpa a sumar. Lentamente, y ofreciéndole tiempo para comprender, la abrazó por la espalda, y como el marido más atento, la giró hasta tenerla frente a frente. Las palabras se silenciaron y el perdón se hizo presente sin reclamarlo.

Llevadas por el amor, las manos temblorosas envolvieron con fuerza la ancha cintura reclamando la posesión que necesitaba, mientras el hombre, envuelto por el floral aroma de la mujer, apoyó el rostro sobre su cabeza y aspiró paz. Muchas fueron las ofertas que recibió de quienes deseaban consolar su dolor, pero a todas rechazó.

—Os amo —la vocecilla tímida retumbó ahogada contra un corazón que no la merecía.

¿Se podía ser mejor persona que ella? La rechazó, la alejó e incluso la ignoró, pero allí estaba, ofreciendo lo que no debería. Sin condiciones, sin preguntas, sin reclamos, aún hasta creyéndose engañada. Con la suavidad de los arrepentidos se alejó apenas lo imprescindibles para acariciarle el rostro y elevarle la pequeña barbilla.

—A nadie he amado nunca como a vos. Por mi honor os lo juro.

—Judá…

—Nunca os he engañado con otra, ni con acción ni con pensamiento. Puede que sea un cerdo, el mayor, e incluso que no os merezca ni en esta vida ni en otra, mas escuchadme bien, ninguna pena merece vuestro dolor.

Las lágrimas de la joven cayeron silenciosas pero el dedo áspero las secó mientras, con rostro enamorado, suplicó.

—Acostaos conmigo.

Gadea asintió sin pensar y envuelta en un profundo beso. Las caricias del hombre la llevaron como en una nube hasta el lecho. Las manos delicadas le soltaron el vestido y la acariciaron allí hasta donde la iglesia no permitía, pero ya no eran momentos de recatos ni de permisos. Se entregaría y envolvería al esposo en su propio calor hasta traerlo nuevamente a la vida.

Judá disfrutó de cada centímetro de su delicada piel. Se quitó las ropas hasta quedarse completamente desnudo ante ella. Pero no desnudo solo de trapos, después de todo eso lo conseguían la mayoría de las mujeres con sus hombres. No, él se estaba ofreciéndose mucho más allá. Desnudo de pieles y de amor. Se mostraba tal cual era. Un hombre duro y frágil, sucio y limpio, bondadoso y pecador. Todos y uno en el mismo cuerpo.

—Venid a mí. — Contestó ella estirando la mano como si comprendiese su dolor.

Aceptando la invitación, pero disfrutando de tan maravillosa visión, se dejó guiar hacia esos brazos que lo envolvieron apenas el pesado cuerpo la cubrió. Los besos y el deseo los embargaron por igual, más él sabía que se contendría. Aún no eran el tiempo permitido como para dejarse llevar. Gadea aún debía esperar, eso fue lo que indicaron las curanderas, y él lo haría, aunque las carnes doliesen por poseerla. Su pequeña esposa necesitaba tiempo para recuperarse y él le daría la vida si fuese necesario. Por supuesto que la amaba, que la deseaba, que la necesitaba, y puede que incluso parte de su furia se debiese a ese estúpido intento por alejarla, mas los vientos cambiaban de rumbo. Soportaría las penas, pero nunca más en la lejanía.

Las manos delicadas le acariciaron la entrepierna y se sintió incendiar. Demasiados días, demasiadas noches, demasiada necesidad.

—Gadea… no… podemos.

La mujer envuelta por los besos y unas manos que lo recorrían con voluntad atrevida, ignoró toda razón.

—Por favor amadme.

—Temo dañaros…

Sí, las mujeres decían que aún le quedaban días por delante para sanar y aún no estaba purificada pero el Señor sabría perdonarla. Judá la necesitaba y ella lo necesitaba a él. Se arriesgaría al castigo.

—Estoy bien, os lo prometo.

Los labios de la muchacha le mordieron la barba mientras los largos dedos apresaron su miembro con maestría. ¡Por amor al cielo! ¿Cuándo la muchacha había aprendido tanto y tan bien?

—No podemos, no puedo… no voy a lastimaros.

La voz de Judá se perdía en los deseos que envolvían espesos una habitación de enamorados. Ignorando las palabras, respondió a cada uno de sus femeninos ataques. La razón no sentía como el

cuerpo.

Con el valor de quién no piensa rendirse, ella lo besó con pasión y ardor hasta conseguir que hiciese lo que ella pedía. Resignado se giró para quedar con el cuerpo hacia arriba y el pequeño cuerpo femenino por encima. Lo atendía con adoración y él se lo permitía. La necesitaba como la sequía a la lluvia fría. Cada caricia, cada beso era sal cicatrizante de heridas. Dolorosa y ardientemente única.

Cerrando los ojos se dejó llevar, y no fue hasta que los labios de ella acariciaron esa parte tan necesitada, que respiró con suplicio.

—Si os hiciese daño no me lo perdonaría… —balbuceó con los puños aferrados a las finas sábanas de lino.

Envuelta en el deseo, y con algo de razonamiento, pero poco, pensó acelerada, pesados fardos cargaba su marido como para sumarle uno nuevo. No, ella no estaba para acrecentar sino para aligerar.

—Enseñadme… —dijo con medio cuerpo alzado y mirándolo con el brillo del deseo en la mirada almendrada.

—¿Estáis segura?

La vos del hombre sonó grave, espesa y con muchas dudas. Gadea era una completa y ferviente cristiana. Existían prácticas que no se debían, y aquella era una de ellas.

—Os daré placer y no me dañaréis.

—Dios bendito… —dijo quién ya no le importaba morir, ni el infierno, ni la herejía, o lo que fuese que estuviese sucediendo allí.

Aprendiz o maestra

Cual ladrona a punto de ser pillada, se vistió con sumo cuidado de no alterar esa respiración profunda que, descansando a su lado, le hacía la mujer de entre todas las mujeres. Mirar a Judá dormido era ver amanecer después de una noche tormentosa. El sabor a piel picante y masculina rememoraba en unos labios que no deseaban olvidar. Puede que la noche se vistiese de pecado, más ella no era capaz de ver por encima del amor. Desde un inicio supo que, reprimenda no llorada, perdón no valorado, mas cómo no abrir los brazos a quién tanto se añoraba.

Completamente dormido, y con el brazo estirado hacia el lado vacío, parecía estar disfrutando de una tranquilidad única. Las ojeras, aunque profundas, no disminuían ni un ápice lo terriblemente atractivo que para ella era. Sus negros cabellos caían desaliñados y tan relajados como el indómito dueño. Con un suspiro profundo aspiró el aroma de aquél a quien más amaba, mientras en silenciosa súplica, rogó al Señor por una prueba que esperaba superada.

Junto al silencio de quienes no deseaban ser descubiertas, se puso los zapatos y caminó en punta de pies escogiendo con cuidado las maderas exactas que no crujiesen. Una última mirada al torso amado y una sonrisa pícara de quién se sentía plenamente mujer, la acompañaron hacia la salida. El sufrimiento de las últimas semanas, y la tranquilidad de este momento, elevaron por los cielos un ego del que se creyó merecedora. El hombre era pieza fundamental en la estabilidad de su hogar. Sin Alonso de la Cruz no existía futuro familiar, y sin Judá, no existía vida a la que adorar. Lo amaba, lo necesitaba y haría cualquier cosa por mantenerlo junto a ella. Y cuando se refería a todo, era todo. Con culpa cristiana y satisfacción femenina abrió la puerta con cautelosa lentitud. Judá necesitaba descansar, y no sólo en cuerpo.

Satisfecha consigo misma, y terminando de estirarse las faldas, las descubrió. Allí estaban ellas, cual palomas alteradas vigilando el nido. ¿Y ahora que les pasaba? ¿Tan tarde era? Al final del pasillo, y apoyado en la pared, se encontraba el bueno de Azraq, aunque su rostro mostrase muchas cosas menos bondad.

—¿Sucede algo?

—¿Estáis bien? —Preguntó la monja preocupada.

—Os puedo ayudar —dijo la curandera interesada.

—¿Por qué necesitaría vuestra ayuda?

—Es que supimos que vos… —habló la panadera, pero arrepintiéndose en mitad de la frase, calló.

—Vuestro esposo —terminó Beatriz intentando aclarar.

—Judá duerme —. Contestó estrechando la mirada para

intentar descubrir lo que no comprendía.

—Entonces deberíamos salir ya mismo o se nos hará tarde para…

—El mercado. El mercado —contestó con rapidez la monja interrumpiendo a Beatriz y mirando de reojo al moro.

Las mujeres se dispusieron como gallinas alborotadas a circular por el pasillo mientras Juana, su hermana, volvió a preguntar interesada.

—¿Estáis bien en verdad? Sabéis que contáis conmigo.

—Por supuesto.

Juana aceptó la contestación y corrió tras las amigas dejándola atónita e igual de desconcertada. Azraq, quien se mantenía hasta el momento en distancia corta, se acercó, pero sin cambiar la cara de berenjena avinagrada.

—Si estáis bien será mejor que os acompañe hasta el mercado. Luego podréis seguir con el resto de mujeres.

El Azul comenzó a andar con tanta prisa, que tuvo que correr varios pasos antes de sujetarle por el brazo.

—¿Qué sucede? ¿A qué se deben las preguntas? —Prefirió obviar lo de su rostro ácidamente avinagrado.

—En el último tiempo vuestro esposo no ha sido ejemplo de buena conducta. Las criadas comentaron su estado al llegar, y ellas temieron por vos.

—Pero estoy bien.

—Eso es fácil de descubrir.

El moro seguía tan tenso que la vena del cuello se lo engrosaba de a momentos. Puede que sus amigas se preocupasen ¿pero él? ¿qué le sucedía para tratarla con tanto enfado? Hombres, se dijo apresurando el paso para unirse al grupo de amigas cofrades, y olvidar al incomprensible morisco.

—Apoyadlo sobre el yunque y con fuerza. El titubeo de manos crea joyas de criadas y no de señoras.

Las mujeres se mantenían lo más distante posible del maestro orfebre, porque pese al previo cambio en el beaterio de La Blanca, no podían dejar de pensar en que podrían ser descubiertas. Pantalones sueltos atados con un fuerte cordón de cuero, camisas desgastadas y chaquetas amplias y a medio romper, ocultaban curvas demasiado pecaminosas. Los gorros de tela cubriendo los cabellos completaban un disfraz, que, aunque pobre, cumplía el objetivo en las distancias largas, mas la precaución en las cortas, se hacía imprescindible.

Odiaba disfrazarse, se sentía incómoda con las duras lanas que lastimaban la piel, pero vestir como hombre era la única manera de recibir un aprendizaje que de otra forma les sería negado. Sin

pensárselo, se unió al grupo de aprendices teatreras y farsantes. En todo estaba de acuerdo, menos en el pequeño detalle de ensuciarse el rostro simulando barba, por amor al cielo, ese barro comenzaba a secarse y picaba como mil piojos arrejuntados. Por no hablar del tufo agrio. Las muy condenadas, estudiando hasta el último detalle, decidieron que era mejor no lavar las prendas compradas a los borrachuzos del arrabal, y aunque en un principio le pareció una idea interesante, su respiración se arrepentía de la decisión. Y es que el desgraciado dueño de su camisa la habría llevado puesta desde el día de su nacimiento porque si no, no se explicaba semejante hedor a mierda de vaca descompuesta. Siguiendo las órdenes del maestro Simón, las amigas se acercaron hasta la fragua para ver la fundición, mas ella prefirió asomar la nariz por la ventana y respirar el aire refrescante de la curtiembre vecina. El aroma a cordero ensangrentado era diez mil veces mejor que el perfume de sus ropas. Con los pulmones recargados se dispuso a unirse al grupo, mas el bueno del profesor, se acercó a su lado y sujetándola por el brazo, la apartó, y no con muy buenos modales.

—Señor… eje eje —carraspeó con gravedad—¡Señor! —Replicó con toda la masculinidad posible.

—Señora, haced el favor de seguirme, y por el bien de los dos, cerrad la boca.

—Vuestra merced me temo que no se a qué… ¡Ay! —Chilló al tropezar con un objeto punzante que no sabría ni describir como para encima llamarlo por un nombre.

—Señora, por favor —repitió con los dientes apretados — callaros de una vez o perderéis ese maldito bigote mal pegado.

—Imposible, yo…

Gadea se acarició la mitad de bello sobre el labio para percatarse que gran parte del mismo, se encontraba sobre la manga de su asquerosa camisa. Tragando saliva, pero con dignidad, estiró el torso como una señora. Dejándose guiar hasta la esquina no cesaba de pensar que no era para tanto, y aunque el maestro disgustado como un caballo sin comer, no cesaba de jurar, ella alzó los hombros en señal de incomprensión. Hombres, si les pagasen por cada maldición que de sus sucias bocas salían, el reino de Castilla sería el mismísimo templo del Rey Salomón.

—Señora os ruego que vos y las otras os marchéis cuanto antes. No deseo que los guardias del rey me cierren el negocio.

—¡Oh, no! Nosotras jamás querríamos algo así.

—Entonces haced el favor de iros y no volver.

—Oh, no mi buen hombre, me temo que eso tampoco podemos hacerlo.

—¿Y por qué no?

El pobre Simón, famoso en su arte y con la espalda encorvada de tanta fundición, se acarició los cabellos blancos como la nieve.

—Usted verá, necesitamos ser aprendices del oficio.

—¡Eso está prohibido! —Chilló bajando la voz apenas comprobó el error. Y es que llamar la atención no era algo bueno.

—Quizás no aprendices perfectas.

—Señora, sois la esposa de Alonso de la Cruz, no necesitáis oficio alguno.

—¿Cómo me habéis reconocido?

Gadea se miró las vestimentas analizando los posibles errores

—Eso no importa. Debéis marcharos de mi negocio cuanto antes o ambos perderemos nuestros cuellos.

—No debéis preocuparos, unas cuantas clases serán suficientes. Con aprender a cortar collares nos vale.

—¿Os vale?

—No puedo contar mucho más, pero es por una buena causa, y vos sois un buen hombre. Alegría siempre lo dice.

El bueno de Simón no dejaba de abrir y cerrar los ojos ante la joven porque, o bien estaba loca, o bien era muy tonta.

—Las mujeres no aprenden oficios. Las mujeres cuidan y crían niños. Ahora, señora, por amor al cielo iros cuanto antes.

—Creo que no.

Gadea pisó fuerte en tierra. El destino de María estaba en juego. Debería convencer a aquel hombre, o quedarse seca de garganta intentándolo.

—Veréis, buen hombre, nosotras…

—Por favor, bajad la voz —. El viejo sudaba gotones.

—Bien, bien, la bajo. Si nos enseñáis solo unos trucos nosotras estaríamos encantadas y muy agradecidas, puede incluso que le diese vuestras señas a mi esposo para…

—¡Vuestro esposo no! —Exclamó ahora más sudado que antes al pensar en el famoso Alonso de la Cruz y su nada envidiable carácter.

—Es un buen hombre, no debéis preocuparos, él comprenderá mis razones. Volviendo a nuestro tema.

—¿Tema?

—Sí, tema —. Contestó pensando que el pobre hombre no coordinaba muy bien — Como os decía, necesitamos de…

¿Es que la mujer no callaría nunca? ¿Cómo podía hablar tantas palabras a la vez sin respirar? ¿Sería de este mundo?

—…Y entonces se nos ocurrió la idea de aprender a realizar nuestros propios collares.

—¿Collares?

Simón no cesaba de mirar da un lado a otro. ¿Qué era ese

ruido? ¿Caballos?

Dios bendito, que no fuese… ¡Sí, lo eran! La Justicia civil. Alguien los había denunciado, se dijo maldiciendo al mirar por la ventana.

—¡Vamos!

Gadea intentó seguir con su discurso mas el maestro orfebre la sujetó de la manó y la arrastró hacia la parte trasera del negocio. Abrid la puerta del fondo, daréis con la curtiembre, atravesadla y salid de aquí cuanto antes.

—Yo no…

—¡Fuera!

Gadea observó la puerta principal y vio como tres hombres de porte poco amigables, entraban observando de un lado a otro como si buscasen a alguna o algunas.

—Mis amigas.

Simón hizo señas a su ayudante, que atento al maestro, guió a las mal disfrazadas mujeres por una segunda puerta.

—Estarán bien.

Simón la empujó con muy malos modales hacia el fondo, pero prefirió no quejarse, después de todo, la situación no daba para muchas explicaciones.

—¿Entonces nos ayudaréis? —La joven habló interrumpiendo con su propio cuerpo el cierre de la puerta, y el viejo se maldijo por tan mala suerte.

—Marcharos… por favor… —dijo al ver como los hombres se acercaban y a la muchacha solo la cubría una estantería de madera roída.

—Prometedlo

—¿Prometeros qué? —Preguntó nervioso al verse como un muerto de hambre vagabundo el resto de sus días.

—El oficio, no me prestáis atención.

—Señora, en estos momentos os prometería el cielo, ahora por favor, marcharos.

—Sea. Os espero en Santa María la Blanca, mañana por la mañana.

—Sea, sea —. Contestó cerrando de un portazo la puerta y poniéndose delante para no ser descubierto.

Feliz por el compromiso conseguido, Gadea corrió por la callejuela trasera hasta dar con el fondo de la curtiembre. Cueros ensangrentados, restos de carne y algo de orina, llenaba los inmensos cubos. En un principio creyó que vomitaría, pero decidió que contener la respiración y correr era una opción más saludable. Una vez pasada la curtiembre, la calle delantera de la casa del arzobispo, le mostró la ansiada seguridad. Contenta con ella misma caminó balbuceando una

cancioncilla de cuna cuando un torso ancho la detuvo de un tropiezo. «Maldita suerte», se dijo entre dientes al reconocer al gordo y calvo cuervo.

¡Confesad!

El sacerdote no podía agradecer más al señor por tan bendita bienaventuranza. Allí estaba, ante él, la solución a sus planes. Justo frente a sus narices, ella, la estúpida adoración del converso. Y es que de todos era sabido que el demonio hereje bebía del aliento del pecaminoso cuerpo. Decían que los celos lo transformaban en el mismísimo demonio, y que la joven era la única razón de su ser. Comentaban que, encerrada bajo tres candados, y siempre utilizando sus ardiles de bruja, conseguía conquistarlo y liberarse. Algunos aseguraban que personas cercanas a la casa, escucharon rituales satánicos. Aquelarres de sexo y desenfreno presididos por seis gatos negros, que convertidos en demonio mitad gato mitad hombre, aclamaban a las fuerzas de todo mal. También decían que la mujer, a punto estuvo de morir en el parto, y que el converso, desesperado, ofrendó las pequeñas almas al Dios judío. De todas aquellas patrañas lo único que pudo confirmar fue la presencia de esos endemoniados bichos peludos, que aunque asquerosos por naturaleza, no eran causa suficiente como para ahorcar a la señora. Y es que la muchacha se merecía la muerte, le deseaba la muerte, necesitaba presentir su muerte. El hereje debería pagar con llagas sus pecados. El dolor reparador era la justicia del señor en vida, y él estaba dispuesto a realizar mucha, pero mucha, justicia.

El jorobado se plantó a su lado, pero sin comprender por qué se detenían delante de un vagabundo, y él, con una felicidad superior a su maldad, se sonrió del cerebro de mosca que habitaba en la cabeza de su adoptivo perro.

—Mi señora… ¿o debería decir señor?

Gadea miró a ambos lados intentando buscar una salida, mas la estrechez de la calle se lo impidió. Quiso disimular negando lo evidente pero el rebelde medio bigote, y la pérdida del gorro liberando su larga melena, no ayudaron mucho. Sancho se acercó a ella y agudizó la vista, pero al olerla trastabilló hacia atrás, y ella por primera vez en el día, agradeció que el borracho, antiguo dueño de la camisa, jamás se lavase.

—Padre, que sorpresa encontrarlo. Como verá estoy de camino hacia la Blanca por lo que si me permitís.

Intentó esquivarlo, aunque estaba claro que el sacerdote no perdería oportunidad semejante.

—No tan aprisa señora mía. Veo que habéis sufrido algún tipo de ¿percance?

—Os agradezco vuestra preocupación mas comprobaréis que me encuentro perfectamente. Ahora si me permitís.

—Me temo que no —dijo sin cederle ni el paso, ni nada de nada

—. Y permitidme que sea yo quien no comprenda. ¿Será que vuestro esposo os pide que os vistáis como hombre andrajoso? ¿Es quizás alguno de esos rituales que realizan los nuevos cristianos?

Sancho se carcajeó orgulloso ante la sonrisa malévola del sacerdote que se hizo presente como ganadora del combate. Si Dios se encontraba a bien, aquél encuentro le ofrecería las pruebas suficientes como para inculparla. Aunque todavía no supiese bien el qué o porqué.

—Me temo que no sé a que os referís. Mi esposo no me obliga a nada, y permitidme que le recuerde que está hablando con una Ayala. Mi apellido se une a Toledo y reyes. En mi hogar no existen cristianos nuevos ni nada parecido. Todos somos cristianos en la única fe del señor. Vos más que nadie debéis saberlo.

Las palabras de Gadea sonaron afiladas como estoque, y directas como puñal. Puede su apariencia no la representase, mas era una señora de noble cuna, y aquel sacerdote de medio pelo no era nadie para intimidarla.

—Pues si con tanta honra lleváis vuestro apellido, sigo sin comprender porque una mujer viste pantalones y simula barba. ¿Tal vez sois el hombre de la casa? ¿Puede que vuestro esposo no sea lo suficiente hombre cómo se aclama?

—¡Dejad a mi esposo fuera de esto! Es a mí a quien tenéis delante.

—Y como toda mujer no sois más que un hombre fallido—dijo citando a Tomás de Aquino entre dientes—. Confesad vuestros pecados ante mí y permitid que os libere de tan dura carga.

—¡Qué cargas! Permitidme el paso.

Gadea comenzó a ponerse nerviosa. Aquél asqueroso intentaba inculpar fuese como fuese a su esposo, y todo debido a su imprudencia. Un estúpido disfraz de hombre podría significar el fin de Judá si no consiguiese salir de allí cuanto antes.

Si nadie más la viese quizás tuviese una oportunidad, pero si apareciese algún testigo, entonces sí que se encontraría perdida. Las mujeres no se vestían de hombres, no pensaban como hombres, no planeaban como hombres. Si deseaban encontrar un responsable, Judá siempre sería el eterno perjudicado, y dado el ferviente interés del sacerdote en los De la Cruz, estaba segura de que el repugnante acusador no se detendría.

El jorobado, con su mano buena, y cumpliendo con la mirada del protector, la detuvo por las muy malas, mientras nerviosa, se revolvía intentando soltarse.

—Señora… o lo que seáis —dijo con asco al delinearle las vestimentas con la vista— confesad y conseguid el perdón del Dios que todo lo ve.

—¡No tengo nada que confesar!

—Yo creo que sí.

La vara de madera, que solía llevar más como arma de castigo que como bastón, se alzó para darle en la espalda y arrancarle una sincera declaración. Cerrando los ojos, y echando el cuerpo hacia atrás, se preparó para el golpe, mas los párpados se alzaron al instante de escuchar el duro acento.

—No os atreváis.

Al girarse, y ver el rostro del morisco quemándole con esa mirada azul como el fuego ardiendo, el sacerdote se puso a temblar.

—Herejes con la potencia de demonios en el cuerpo.

Azraq, sin prestarle atención, envolvió la vara en su puño y lo apretó hasta hacérsela soltar.

—En cuanto a vos —. Sancho soltó al instante a Gadea, quien fruto del instinto de pura conservación, se dirigió hacia él.

—¿Estáis bien?

Muda de palabras y de valor solo pudo asentir con la cabeza ante un Azraq que desparramaba odio por los cuatro costados. Dándose por satisfecho, y soltando de mala gana al sacerdote, este se tambaleó por el impulso hasta casi caer.

—¡Quién os creéis para ir en contra del mismísimo arzobispo!

—Vos no sois el arzobispo, y ruego a Dios que el verdadero regrese pronto.

Azraq guió por la cintura a Gadea para llevársela de allí, pero unos gritos lo detuvieron en seco. En un primer momento pensó que era el cuervo y su secuaz mas no eran esas voces. Los gritos provenían de la esquina más cercana. Justamente desde…

—El beaterio —dijeron ambos al unísono.

Los dos corrieron dejando atrás al cura que, herido en el más profundo orgullo, pensaba detenerlo de una puñalada, una estocada o lo que fuese, pero al instante se detuvo. Él también escuchaba los chillidos. Una multitud alterada a no más de una calle abajo alzaban palos.

—¿Los dejaréis huir?

—No irán muy lejos —Le contestó agudizando la vista.

—¿Qué sucede?

—El señor que no me abandona.

El jorobado alzó la chepa intrigado y el sacerdote se sonrió. Quizás no tuviese una única prueba contra Alonso De la Cruz. Con paso lento encaminó hacia lo que él consideró una santificada señal.

—¿Qué son esos gritos?

—No lo sé, pero vienen de la antigua sinagoga —. Haym corrió tras su hijo rezando para que su nuera se encontrase bien, o su hijo ya

no tendría salvación.

Aquella mañana pareció haber despertado algo mejor, pero al comprobar que Gadea no se encontraba en la casa, los gritos y el mal humor retornaron al cuerpo del joven. Deseaba hacer algo para ayudarlo mas no sabía cómo. La ciudad era una unión de tres culturas perfectamente integradas, pero siempre aparecían moscas agriando el vino, y aquel sacerdote se empecinaba en ser la maldita mosca cojonera de sus existencias. Corriendo tras los pasos de su hijo miró al cielo, «¿Cuándo, amada mía, vendréis a por mí? Os echo de menos».

—¡Todas lo son!

Un hombre gritaba sin parar en la puerta del beaterio, ante unas mujeres que le increpaban para que se disculpase. Este no sólo no se disculpaba, sino que arremetía con más fuerza.

—¡Todas ellas! Prostitutas que practican aquelarres en la nocturnidad.

La multitud se persignó al instante y Judá por un instante temió que se tratase nuevamente del dichoso sacerdote.

—Aquí no hay ninguna prostituta. Todas son mujeres dignas de la palabra del Cristo.

La voz del joven cura del beaterio se alzó con fuerza y Judá sintió la necesidad de acercarse y ponerse junto a él.

—Sí lo son, ¡todas! Merezco compensación.

—Deben ser quemadas por brujas —. Chilló la multitud.

—Padre, ¿qué está sucediendo? —Diego de Almanzón contestó en voz baja a Judá para que sólo él escuchase.

—Ese que alza a la multitud y chilla, es el marido de María. Ha decidido regresar al hogar, pero al ver el horno funcionando, y la presencia de un niño en la casa, se ha puesto como loco. Escaso de noticias, los vecinos se aprontaron a explicarle que, su mujer era una prostituta que vestía de hombre y que se acostaba con el libelo de sangre.

El rostro de Judá se tensó al instante, pero no por la explicación del sacerdote, sino por la imagen que se le presentaba ante los ojos, y que sólo él fue capaz de ver. En el lateral del beaterio, su amigo y hermano Azraq, guiaba por la cintura a quien reconoció perfectamente. Los dientes se le aprisionaron hasta el dolor. Aquella mañana había despertado ilusionado, pero al no verla los demonios lo atormentaron. Demonios que, ante la imagen actual, no solo atormentaban, también mataban. ¿Dónde habían ido? ¿por qué necesitaba ocultar su identidad? ¿por qué Azraq amoldaba la mano en una cintura que solo a él pertenecía?

El sacerdote, quién no cesaba de dar gracias al altísimo, se sonrió al ver la muchedumbre gritar ante el beaterio. Ellas decían que

aprendían costura, y que ayudaban a otras en situación de hondo penar, mas allí no radicaba la verdad. Esas buscaban la derrota de los hombres y la victoria de satanás. Si fuesen buenas mujeres deberían estar en sus hogares cuidando de los hijos haciendo lo único que sabían hacer. Parlotear y criticar.

—¿Quién es ese? —Preguntó Sancho elevando el rostro por encima de la joroba para señalar al joven que no cesaba los insultos.

—Un enviado del señor querido Sancho. Un enviado del Señor.

El perro fiel se acarició la barba mientras asentía intentando demostrar que comprendía algo, aunque, a decir verdad, no lo hacía.

—Vendréis conmigo. ¡Ya!

María agachó la cabeza sin fuerzas para alzarla. Aquello no era una pesadilla, era una realidad. Las acusaciones de su marido se le amontonaban en la cabeza, incapaz de procesar. Él estaba allí, delante suyo, después de, ¿diez años? El impacto fue tan fuerte como la sensación de profundo desamparo. Fueron tantas las veces que lloró por el abandono, que las lágrimas, cansadas de esperar, labraron surcos en terrenos resecos de penar. Hoy, aquél al que tantas veces creyó muerto, se encontraba vivo y presente. Qué sentir tan duro. El corazón ya no lloraba, ni reclamaba, ni sentía. Marchito, lo enterró por el mismo camino por donde él una vez marchó. Quien todo lo fue, hoy nadie era. Las llamas que antaño quemaban no representaban más que recuerdos de una muchacha ingenua y que a fuerzas de soledad, aprendió a sentir, callar y olvidar.

Odio, rabia, pena, dolor, desamor, ¿quién sabe?, igual si fuese algo más que una pobre mujer podría explicarse con mayor claridad y hasta llegar a entenderse ella misma, pero el tiempo no era suficiente para menesteres tan cultivados. Preocuparse por sobrevivir le lleva el total de los días, y antaño, también la totalidad de las repulsivas noches.

—Siempre fuisteis mujer de escasa voluntad.

El marido llevaba la mitad del rostro marcado por el combate, aunque no eran las huellas de la lucha contra los moros, lo que como persona más lo afeaba.

—Ella no se va a ningún sitio —. El padre Almanzón chilló poco seguro.

La gente comenzó a murmurar, y Gadea, que se encontró con la situación ya instalada, cubrió aún más sus ropas de hombre con la inmensa capa negra. El rostro ya no mostraba restos del bigote, y el cabello, gracias al cielo, se había liberado del sombrero masculino, pensó al ver de reojo a su esposo que no parecía muy feliz ante su presencia. Bien, ya se preocuparía de Judá más tarde. En estos momentos debían salvar a María, después de todo no habían montado todo lo que habían montado para que aquél llegado de quien sabe donde la matara de una cuchillada.

—¡Tiene todos los derechos! —El grito se escuchó a lo lejos, nadie supo bien de donde venía, mas aquello no importaba. Lo bueno de aquellas revueltas era continuar con el chismorreo y disfrutar de una monotonía interesantemente interrumpida.

—¿Quién sois? —Gadea estaba intrigada.

El hombre se acercó con intenciones poco claras o más bien, bastante claras, porque Judá y Azraq rápidamente se le situaron a

cada lado demostrando que no se encontraba ni sola ni desprotegida.

—¡El cornudo! —Gritó una voz nuevamente desde el fondo del tumulto causando las carcajadas del populacho y la furia del combatiente de armas vencidas.

—Ya veréis en casa…

Furioso la sostuvo del brazo, pero el padre Diego de Almanzón rodeado de las demás mujeres del beaterio, intentó utilizar la palabra como medio de convencimiento, mas el energúmeno no parecía escuchar a nadie.

—La muchacha realiza muchas actividades más que necesarias para nosotros, quizás si nos dieseis tiempo para organizarlo todo entonces podría ir con vos ¿en…? ¿una semana?

—¿Qué sucede Padre, mi esposa también es vuestra ramera?

El padre Diego, aunque cristiano bondadoso, de esos que quedaban pocos, sintió que las venas le rugían por actuar. Puede que su alma llevase las palabras del Cristo, pero su sangre de hombre joven clamaba justicia. Respirando hondo intentó hablar y continuar con su discurso infructífero pero esta vez fue Haym quien decidió intervenir.

—Muchacho, creo que todo tiene solución… y precio.

—¡Maldita zorra! ¡Con cuántos hombres os habéis acostado!

María agachó la cabeza muerta de la vergüenza.

«Con muchos. Con casi todos», pensó arrepentida y llorosa, y aunque nunca los disfrutó, nadie más que ella sabía que, a pesar de que doloroso era entregarse, más dolía el hambre.

Puede que su marido no se sintiese orgulloso, ella tampoco lo hacía. Si las fuerzas, la voluntad, las palabras y las leyes la hubiesen acompañado, quizás lo hubiese increpado con la realidad de un pasado atormentado, sin embargo, la suerte nunca estuvo de su lado. Simple mujer era, y simple mujer siempre sería.

—Si no os apartáis de mi camino os denunciaré a la justicia civil. Estoy seguro de que les interesará conocer los detalles de este beaterio y las brujas que se encuentran dentro. Pocas horas me han bastado para enterarme de todos vuestros delitos.

—¡Esas son mentiras! —Gritó una de las mujeres desde dentro.

—Ya lo veremos cuando os denuncie.

—No hará falta, iré con vos.

—Veo que al fin entráis en razón.

—Os repito por última vez, y espero que ésta sepáis escuchar por encima de vuestra sordera. Decid vuestro precio—. Haym habló con voz grave y segura pero el cornudo enfurecía con cada palabra.

—¡No deseo nada de vos! Sólo quiero a mi mujer y mi horno. Al bastardo os lo podéis quedar si es que tanto deseáis malgastar vuestras sucias monedas.

—¡Mi hijo no! Por amor al cielo, mi hijo no —sollozó cayendo a sus pies, pero alzada al instante por un hombre que no atendía ni a ruegos ni a súplicas.

Con fuerza sujetó a María del brazo y a rastras comenzó a llevarla por entre los curiosos. Con las puntas de los pies dejando marcas en la tierra seca, María cayó de rodillas y Gadea desesperada ante semejante situación, quiso correr en su ayuda, pero Judá, sujetándola con fuerte amarre por el codo, la detuvo.

—Debo ayudarla —suplicó buscando una comprensión que la mirada de su marido le negó.

—Es su esposo, nada podéis hacer —. Azraq respondió a la muchacha con explicación corta. La mirada del converso lo detuvo de mayores aclaraciones.

—Judá, por favor… por favor…

Juana, que a medio vestir entre hombre y mujer, se encontraba libre de cualquier amarre, decidió correr en ayuda de la amiga, y luchar contra aquél que después de diez años, parecía recobrar la memoria de sus derechos. Puso un pie por delante, y a punto estuvo por poner el segundo, cuando unos fuertes brazos la sostuvieron por detrás elevándola por los aires.

—Gonzalo —. Murmuro entre dientes al no haber caído en la cuenta de que su marido era una de los allí presentes —. Soltadme.

Juana hablaba mientras sus pasos, al aire, no avanzaban.

Las demás miembros del beaterio, vieron con la misma desesperanza, como la imagen de María se perdía camino abajo. Las más valientes se mordieron los labios para no blasfemar, y las más asustadas, rezaron en silencio para que el señor se la llevase antes de sufrir un insoportable dolor así, porque si de algo sabían ellas era de rezar y soportar.

El padre Diego no dejó de mirar a la distancia, y a pesar de que la muchedumbre se dispersaba, y ya casi nadie quedaba frente a la sinagoga, no fue capaz de entrar. La pena y la indefensión lo detenían contrariado. Sabía que las leyes del Señor eran benditamente justas, y él no era más que un siervo dispuesto a cumplir y aceptar, mas la divina providencia en ocasiones se lo ponía demasiado difícil. De todos eran conocidos los traspiés cometidos por la pobre María, y aunque no la disculpaba en sus acciones, no sería él quien lanzase la primera piedra.

—Hicisteis todo lo que se encontraba a vuestro alcance.

—¿Así lo creéis?

—Así lo creo —dijo Blanca la morisca ante un sacerdote, cuya mirada brillante y húmeda, no se despegaba del horizonte.

—Entonces porque me siento como un pastor inútil, incapaz de salvar a una de sus ovejas.

—Las mujeres os adoran y saben que vos sois parte de la razón por la que están vivas.

El sacerdote no contestó, no se encontraba con fuerzas para aceptar unos halagos que no creía merecer. Ellas sí que eran valientes. Ellas despertaban cada día, cuidaban de sus hijos y aprendían el oficio de sanar a los demás o a bordar, todo con el fin de sobrevivir. Sí, ellas eran un buen rebaño, pero él distaba mucho de ser un buen pastor.

—Mañana temprano pasaré por el horno.

Blanca habló de tal forma que logró captar el interés del joven sacerdote que, por primera vez, la miró a los ojos intentando comprender.

—¿Por qué lo decís?

—Parecía violento.

El sacerdote agachó la cabeza comprendiendo las insinuaciones. Él también había notado la rudeza del hombre, y si todo el odio que parecía albergar en su alma lo desplazaba hacia su esposa, entonces puede que María necesitase de una curandera que sanase sus heridas.

—Os acompañaré.

Blanca la morisca se sonrió con ternura sinceridad.

—Sois un buen hombre Padre Diego de Almanzón.

—Y vos sois una buena mujer Blanca la morisca.

Ambos asintieron ante un horizonte que comenzaba a enrojecer en la distancia, tiñendo de colores anaranjados, una Toledo que empezaba a bostezar cansada.

—¿Marchamos?

Azraq ofreció el brazo a su hermana quien se despidió cortésmente del joven sacerdote. Este miró a los hermanos perderse en la distancia y se dispuso a cerrar las inmensas puertas de madera de Santa María la Blanca. Ese día había perdido a una de sus ovejas, y no estaba dispuesto a que la noche le arrebatase a ninguna más.

—Id a por el recién llegado.

—Creéis que nos será útil.

—Todo hombre que esa mujer odie, para mí es enviado del cielo.

—¿Creía que vuestro objetivo era el converso?

—Y lo es querido Sancho, lo es. ¿Pero qué mejor sufrimiento para el perro, que desangrarlo a poco a poco?

Sancho no comprendió ninguna de las palabras de su protector, pero haría lo que mandasen. Como siempre.

Derecho marital

Judá y ella llegaron a la casa, pero a decir verdad hubiese preferido regresar sola, y no porque no desease su compañía, sino porque odiaba sus intensos silencios. Después de la noche anterior, sumida en fervientes caricias, creyó que algo había cambiado, mas su reacción se distanciaba mucho de sus esperanzadores anhelos. Judá continuaba con su actuar como era habitual desde la muerte de Beltrán. Ausente entre la rabia y el alcohol, apenas sí encontraba al antiguo esposo del cual un día se enamoró. Antaño él le hubiese exigido conocer los detalles de porqué iba vestida así, mas al contrario de lo esperado, este Judá la trajo al hogar sin pronunciar palabra. Acompañándola hasta el cuarto, y una vez la supo dentro, se marchó por el mismo camino por donde había entrado. En la soledad de cuatro paredes, permaneció un día completo recordando a quien ya no comprendía ni en su furia ni en su penar. El sol llevaba horas secando las primeras gotas del nocturno rocío, sin embargo, el letargo de los músculos agarrotados pidió continuar encerrados. Los gemelos estaban cuidados, Alegría y las criadas se encargaban de todo, y su esposo… en él mejor no pensar. Intentando evitar que el desánimo hiciese mella en sus ojos, esperó ser vencida nuevamente por el sueño, pero nada. Ni las hadas del descanso la deseaban.

Molesta, se levantó y se vistió en soledad y como pudo. Las ropas de una señora lucían mejor si una criada ayudaba a moldearlas, pero no deseaba compañía alguna. Con sus expertas manos acomodó los cabellos y se aseó con el agua de la jofaina. Puede que el agua del pozo, se mezclasen con algunas gotas saladas de su rostro, pero no estaba segura de ello, por lo que prefirió aspirar profundo y comenzar sus quehaceres fuesen los que fuesen, después de todo, alguien existiría en toda Toledo que notase que ella aún estaba viva. ¡Por que lo estoy! Se dijo celosa del primo muerto.

Sí, sabía que aquello no estaba bien, pero una parte de ella odiaba a Beltrán. Todo era su culpa. Odiaba sentirse así de mezquina pero el espíritu del primo muerto portaba la poca luz que en su hogar quedaba.

—Santísima virgen, madre entre las madres. Mujer más allá de las mujeres… —dijo en suave murmullo rogando por ser escuchada y recibir desde los cielos, la respuesta que en la tierra no existía.

Caminando por el pasillo se detuvo junto a la puerta de la habitación de Beatriz, quizás ella gustase acompañarla. Sus deseos, aunque buenos se detuvieron casi a punto de tocar la puerta. Y es que el murmullo en el interior la dejó perpleja. Las voces y gemidos de risas ahogados se escabullían por debajo de la puerta para dejarla atónita y con un agitado rojo bermellón en los pómulos.

—Dios no, Dios no…

No podía volver a encontrarse con la misma imagen de unos días atrás. El pecado de la carne era malo con hombres, pero entre mujeres… era inconfesable. Eso que estaba pasando no debería estar pasando.

—Por amor al cielo… —se dijo pensando cuál en un comportamiento correcto.

Si alguien sospechase siquiera lo que allí sucedía no solo las mujeres deberían entregar sus cuellos. Los rumores, especialistas en viajar más rápido que la inteligencia, destrozarían al completo a los De la Cruz.

—Ha salido el sol, se encuentra en mi casa.

El susto, y el salto que pegó en el sitio al escuchar la voz de Haym, casi hicieron sospechar a su suegro, pero su instinto de protección y de amistad, fueron más rápidos que la astucia del hombre.

—Muchacha ¿estáis bien?

—Perfectamente, es solo que… no he dormido bien. Debo estar más sensible de lo habitual.

Gadea sonrió con esa risa tonta y cortés que su madre tan bien le enseñó, y que, según ella, convencía hasta al más listo de los hombres. Intentando alejarlo del lugar, lo agarro cortésmente del brazo para conversar mientras caminaban pasillo abajo.

—Iba en busca de Gonzalo, deseaba visitar a María. Después de ayer los nervios no me dejan tranquila.

—Me temo que Gonzalo se encuentra ocupado. Un viaje a Burgos le espera —Gadea lo observó intrigada—. Negocios. ¿Pero que os parece si voy con vos? Llevamos tiempo sin dar un paseo juntos ¿no os parece?

—Creo que debí casarme con vos.

—Me temo que mis huesos cansados no están para más trotes —. Contestó con inmensa sonrisa

—Tonterías, sois un hombre muy apuesto y con mucho que ofrecer a una buena mujer —. Haym agradeció el halago, aunque prefirió no contestar. Sus sentimientos se encontraban bajo tierra junto a los huesos de su único amor.

—Estoy casi lista, recogeré unas cosas y ya —. Feliz aceptó una amabilidad que su alma llevaba tiempo necesitando.

—No vais a ninguna parte —. La voz gruesa y ebria de Judá tras ellos, la hizo cerrar los ojos con pena.

—Benditos aquellos que os ven sano y salvo hijo mío, aunque vuestras pintas dejen mucho que desear.

—Padre, os ruego que no interfiráis.

Las palabras surgieron afiladas hacia el progenitor, aunque su

mirada nunca se alejó de la de su esposa, a quien congeló con su frialdad. Gadea quiso preguntarle si estaba loco más que ebrio como para hablarle así a Haym, mas prefirió callar.

—No iréis sola a ningún lado. No lo permitiré. Estoy cansado de vuestras rebeldías. ¡Actuáis sin vergüenza y decoro! Marcháis por la ciudad como una vulgar, como una…

Judá hubiese terminado la frase si no fuese gracias a la sonora bofetada que voló dejándole sin razonar. La mejilla aún le temblaba cuando la mujer, harta de reproches injustos, habló con las palabras que llevaban ahogadas en su garganta, hacía ya demasiados meses.

—No os atreváis a acusarme más que de amaros.

Gadea se giró para marcharse al salón esperando ser retenida, pero ninguna mano lo hizo. Puede que una parte de ella así lo desease, después de todo una discusión era diez mil veces mejor que la indiferencia. Con lágrimas cubriéndole la mirada, caminó lento hasta alcanzar la salida y sin darse cuenta de la compañía.

—¿Aún deseáis ese paseo?

Gadea lo miró y asintió, aunque el rostro de pena de su suegro, la hicieron derramar un llanto que ya no soportaba continuar ahogado.

—Mi niña.

Haym la abrazó con fuerza para que llorase en la seguridad de su torso, mientras en la distancia, el perplejo hijo, agachó el rostro para marcharse por la puerta de atrás.

—¿Lo he perdido?

—No, vos lo traeréis a la vida.

—No sé como.

Los ojos rojos de Gadea se alzaron suplicantes, y Haym comprendió que, o Judá recuperaba la razón gracias al amor de su esposa, o gracias a los golpes que él mismo le lanzaría hasta romperle la crisma.

Después de un bonito paseo llegaron al horno de María casi sin pronunciar palabra, y no porque su suegro no lo intentase, sino porque la palma de su mano aún picaba por un bofetón que nunca hubiese querido regalar, y es que a pesar de que el corazón le quemaba de dolor, no sentía arrepentimiento alguno. Era él, y no ella, quién pasaba noche tras noche fuera del hogar para regresar por las mañanas, oliendo a alcohol y un aroma pesado a burdel. ¿Se atrevió a insultarla a ella? ¿a la madre de sus hijos?

Perdida en sus pensamientos no fue hasta que la mano de Haym llamó su atención. La puerta del humilde hogar se encontraba entreabierta, y aunque ambos llamaron con voz potente, nadie contestó. Su suegro, extrajo el estoque de la cintura mientras se llevaba el dedo de la mano izquierda a los labios solicitándole que no

hablase. El primer instinto de Gadea fue detenerle, pero el hombre le sonrió con tanta ternura que la joven se preguntó por qué Judá no se parecía un poquito a él.

Una voz grave y con baja intensidad, se hizo presente por detrás. Al parecer Blanca, junto a su hermano, sintieron la misma necesidad de visitar a la joven, esa mañana.

—Puede que haya alguien dentro—. El morisco, al igual que Haym, extrajo su espada dispuesto a entrar.

—Quedaros aquí.

La voz clara del morisco le habló a Blanca, quién posicionándose junto a Gadea, esperó fuera.

Azraq empujó la puerta con un pie listo para el ataque. Ambos hombres entraron juntos, y ambas mujeres esperaron obedientes, después de todo, existían momentos para rebelarse, y momentos para obedecer.

Luego de unos minutos casi interminables, y el oído pegado a la puerta que se había cerrado por el impulso de Azraq al entrar, las mujeres escucharon la esperada señal.

—¡Entrad!

La orden de su suegro sonó casi a desespero, por lo que Blanca, experta en el sonido de señales de auxilio, se apresuró a entrar acarreando su inseparable cesta de hierbas. Gadea la siguió de cerca hasta la esquina donde los hombres arrodillados, y en el suelo, las guiaron con la mirada.

—¿Está herida? —Preguntó con la inocencia de las idiotas.

Las manos, al ver a la joven en el suelo, viajaron directo a sus labios para no gritar de horror. Ese desgraciado la había golpeado hasta el hartazgo. Con Blanca casi encima era incapaz de comprobar si la pobre María aún respiraba. ¿Por qué? Se preguntó una y otra vez sin comprender lo que podía pasar por un hombre para causar semejante mal. ¿Cuáles eran los pecados de María más que los de intentar sobrevivir?

—Aún respira, pero no estoy segura…

—Vos la ayudaréis. Confiamos en vos.

Ahí estaba nuevamente el bueno de Haym ofreciendo consuelo a quien lo necesitaba.

Inclinando la cabeza Blanca aceptó las palabras y se dispuso a abrir la cesta, cuando María, casi sin aire con el que respirar, balbuceó atragantada.

—Tranquila muchacha, estáis a salvo.

María continuaba moviendo la garganta, pero al notar la imposibilidad de comprensión, Haym acercó el oído a sus labios.

—El niño, se lo ha llevado —Haym repitió mordiéndose la furia al mirar al morisco.

María pareció esforzarse por levantarse, pero solo consiguió desmayarse. Haym la sujetó por la cintura para llevarla al lecho mientras ordenó al moro que lo observaba con furia.

—Id a por el niño.

—¡Dónde!

El azul caminó de un lado a otro mientras Blanca trabajaba a toda velocidad sobre el cuerpo desfallecido de la muchacha. La pobre apenas si respiraba. Entre golpes y cortes no se reconocía apenas un hilo de vida. El inmundo se había ensañado con la joven desparramando golpes y sangre.

Gadea se apresó el rostro intentando pensar y pensar cuando unas manitas que reconoció al instante tiraron de sus faldas.

—¿Salvador? ¿Pero cómo? ¿Qué hacéis aquí?

El niño le mostró el puñal en su cintura, ese que lo designaba como su caballero protector. Orgullosa acarició el pequeño rostro, pero sin dejar de pensar en el hijo de María. ¿Sería que lo había matado ya? ¿Podrían salvarlo? ¿Salvarlo? ¡Salvarlo!

—¡Salvador!

El niño saltó al instante al notar la voz apremiante de su señora madre.

—Decidme, ¿aún seguís viendo a esos niños de la calle? ¿esos que os salvaron de la crucifixión?

El pequeño asintió con rotundidad de cabeza.

—¿Me llevarías dónde ellos?

El pequeño extendió su mano para guiarla, cuando Azraq al escucharla hablar, se acercó al instante.

—Voy con vos.

Haym, quien también escuchó la conversación, les dio la bendición para que marchasen. Él se quedaría junto a Blanca e intentaría que el niño, si se encontraba vivo, no quedase huérfano.

¡Despertad!

El calor del sol rebotaba en las paredes de la sala, y aunque era demasiado tarde, su vista se negó a abrirse. El aroma a flores espléndidas, y los pajarillos junto al chorro del aljibe, pronosticaban una de esas mañanas de verano en la que los juglares ambientarían la pasión de fuertes amores, mas él no se encontraba como para excentricidades. Conservar la cabeza en su sitio, y sin que se le partiera por el dolor, representaba suficiente trabajo para un alma atormentada como la suya. Las pupilas, rebeldes y descansadas, intentaron abrirse un par de veces, y aunque la potencia del astro rey insistía en clavársele hasta el fondo del cráneo, él no espabilaba. Con el amargo de la garganta hasta en los dientes, y la vejiga a punto de reventar, supo que, aunque no fuese su deseo, debería hacer lo que en aquellos casos estaba destinado a ser. Despertar.

Con dolor al sentir la intensa luz en las pupilas enrojecidas, abrió los ojos. Los talones resbalaron al primer intento de ponerse en pie, y no fue hasta el quinto, que al fin y con duras penas, lo consiguió. Los músculos de la espalda dolían hasta el fin, y las piernas, bien, de esas no sabría muy bien qué decir. Las muy atolondradas parecían sostener, ahora bien, lo de caminar, eso ya no se les daba tan bien. La carraspera era profunda, quizás por falta de agua, fuese lo que fuese, las palabras no salían o por lo menos no al compás de sus pensamientos. Con la mano en el cuello, y temiendo haberse quedado mudo, gruñó intentando despejar un poco la voz. Un áspero Grrr para confirmar que las cuerdas vocales seguían allí fue suficiente para relajar su preocupación. La palma áspera y encallecida acarició la incipiente barba que ardía, e incluso dolía, pero no con el dolor de las heridas de puñal. ¿Sería que los sueños se reflejaban en el cuerpo? Nada había oído jamás de aquello, pero así debería ser, porque aún recordaba a su adorada mujer estamparle la más fuerte y poderosa de las bofetadas. De sólo pensar en aquello como realidad, el escozor quemaba desde el nacimiento de su barba hasta la profundidad de su corazón desorientado. Si se empeñaba podía recordar hasta el desprecio en su dulce mirada. A lo lejos, y en la neblina de los sueños, se encontraba su padre, o eso creía, pero luego como todo sueño, la escena desapareció.

Descubriendo que, a pesar de sus extrañas pesadillas, y la garganta como lija, aún seguía formando parte de este mundo cruel, se dispuso a comenzar el día, y para ello debería ponerse en pie. ¿No lo había hecho ya? Al parecer, y dada la posición de su cuerpo, estaba claro que no. Puede que su mente le dijese que se encontraba en plena marcha, pero sus músculos y las puntas de los pies hacia arriba, indicaban la diferencia entre realidad e ilusión. Cerró los ojos, y al

instante comprobó que se sentían mejor así. La endemoniada claridad atacaba sus pupilas como caballos del apocalipsis. Estaba por decidir continuar en aquel estado de semi letargo cuando le pareció sentir una leve caricia en la frente. Sí… los dulces dedos de su esposa lo tocaban como al mejor instrumento de precisión.

Respirando hondo disfrutó del delicado momento. Gadea estaba a su lado a pesar de todo. Lo sabía. Todo había sido un sueño. Ella lo acariciaba, las bofetadas no eran reales, y Azraq no era más que un tonto al que ella no admiraba. Sonriendo respiró buscando el aroma a jazmín y Gadea que tanto adoraba. Con aliento profundo quiso impregnarse de ella, mas allí algo no funcionó. Con fuerza volvió a inspirar buscando aquél poder afrodisíaco que solo ella poseía, y aunque mucho lo intentó, la nada fue lo que se encontró. Extrañado y preocupado abrió los ojos buscando una explicación cuando los gritos de las mujeres lo echaron hacia atrás. Caído en el suelo, con las piernas en alto y boca arriba, se preguntó si aquello era real o parte de otro sueño sin explicar.

—Os lo dije.

—Parecía muerto —. La voz de Beatriz asintió confirmando las sospechas de la monja.

Creyéndose dentro de una de sus tantas pesadillas, se alzó con rapidez del suelo, listo para atacar. No fue hasta que las vio por tercera vez que gritó con todo el poder del que ya se creía exento.

—¡Qué hacéis en mi casa!

—Yo estoy viviendo aquí, veréis, Lope, mi marido, ha viajado y temiendo que…

La amiga tímida hablaba sin parar y creyó que, si la cabeza no le explotó antes, lo haría en ese preciso instante. Le importaba un bledo aquellas dos y sus ridículas historias. Con la mano en alto, y la cabeza al punto del quiebre, detuvo a la repentina parlanchina.

—¿Dónde está?

Las mujeres se miraron extrañadas.

—¿Quién?

—Ella.

Judá se dio cuenta de que, si ya era de pocas palabras, lo era aún más después de una noche de intensa borrachera.

—¿Os referís a Gadea?

«Y qué otra me importaría», pensó antes de asentir sin más sonidos que el de su cabellera al moverse.

—No sabría deciros mi señor, cuándo despertamos ella no se encontraba.

¿Despertamos? ¿La monja también vivía en su casa? La verdad es que no le extrañaba, desde su boda aquellas mujeres deambulaban por el hogar como si del mismo mercado se tratase.

—¡Juan! —Al no recibir respuesta los gritos se alzaron, pero con nuevos nombres, y provocando que las mujeres alzasen las manos tapándose los oídos. Al verlas, su propia maldad lo hizo sonreír, después de todo aún le temían —. ¡Gonzalo! ¡Padre!

Las ordenes retumbaban en los tapices que enriquecían las paredes, sin embargo, allí no aparecía ni el santo. Los gatos, dormidos e indiferentes, roncaban a pata suelta en su cesta de paja junto a la chimenea. «Benditos hijos del demonio, ellos sí que pueden vivir sin que nadie los incordie», pensó envidioso.

—¡De Córdoba!

Nervioso al notar que ya nadie lo respetaba ni en su propia casa, estuvo por gritar nuevamente cuando Juana se hizo presente, con los brazos en jarra, y la mirada fruncida. Judá la miró con respeto. Se sabía con el poder y la fuerza de pisarla como a una cucaracha, pero la pequeñaja de su cuñada poseía la valentía y el arrojo de las Ayala. No tanta como su dulce Gadea, ella sí que era la más valiente de las mujeres.

Sonriendo, y algo confundido de sentirse un parlanchín en sus propios pensamientos, retornó al antiguo mal humor.

—Dónde está vuestro esposo.

—Él ha puesto marcha hacia Burgos.

—¿Burgos? No lo sabía —dijo rascándose la nuca.

—Vuestro padre lo envió al alba. Lo sabrías si no estuvieseis siempre tan borracho.

—Mujer —. La última letra se hizo extensa y grave en la sala, pero Juana no tembló.

—No me asustáis Alonso de la Cruz.

Juana pronunció ese nombre a sabiendas de lo mucho que su cuñado lo odiaba mas no quedaba otra alternativa. Era atacar o morir.

Judá se sintió quemar por dentro. La muchachita lo provocaba con la mirada y con las palabras, y él no se sentía hombre de muchos aguantes.

—¡Padre!

Las fosas nasales se le ensancharon con el grito, aunque lo hicieron aún más al ver a la jovencita como se le acercaba cada vez más.

—Tampoco se encuentra.

Judá comenzaba a sentir que las venas se le calentaban de ira contenida. No sabría muy bien la explicación o quizás puede que sí. Los últimos meses no era ni el mejor de los hijos ni resultaba ser el mejor de los maridos.

Juan apareció, y al ver la escena, inmediatamente se posicionó junto al cuerpo de su adorada niña. Juana y su hermana eran sus niñas pequeñas y moriría defendiéndolas. La posición tensa del

carnicero, y actual criado, hizo que Judá se sintiese molesto y avergonzado. «¡Es qué todos pensaban siempre lo peor de él!»

—Mi padre —dijo reiterando la consulta.

—Os dije que no se encuentra. Juan preparad un baño para el señor, y en cuanto a vosotras…

La joven miró a las dos amigas que al instante se disculparon y corrieron hacia el pasillo de salida.

—¡No voy a tomar ningún baño! ¡Y dónde está Gadea!

—¡Imagino que haciendo mucho más que vos! Juan, haced lo que os dije.

—¡Juan, no os atreváis!

El hombre miró a la joven y esta asintió tranquilizándole.

—Estaré bien. No me lastimará —Juana habló provocando que su cuñado se agitase en su propia respiración —. No lo hará porque sabe que mi hermana jamás perdonaría que uno solo de mis cabellos alcanzase el suelo por su culpa, ¿no es así her-ma-no?

El gruñido del caballero sonó como el de un oso indignado, provocando una ferviente sonrisa escondida, de un criado que asintió ante la desfachatez de su pequeña.

—Diré que preparen el baño —dijo sabiéndola a salvo.

—Jugáis con fuego.

La voz dura de su cuñado estaba tan cerca y sonó tan amenazante, que habría provocado la incontinencia del más valiente caballero, aunque no de ella. La fundadora de las cofrades no se detendría. La felicidad de su hermana se encontraba en juego y de allí no se movería.

—Sois vos el que juega con fuego. Decidme, ¿cuánto creéis que ella pueda soportar? ¿cuántos desaires tolerará hasta abandonaros?

—Ella no me abandonará —. Los dientes del hombre se cerraron fuertes al contestar y Juana creyó ver un pequeño humo de fuego escapársele por la comisura de los labios, como a los dragones.

—La paciencia no es eterna. No de la forma que vosotros creéis. Puede que ella permanezca a vuestro lado mas su corazón se distanciará demasiado como para alcanzarlo.

—Si apreciáis vuestra vida, hablad.

Judá se acercó tanto que ella tuvo que contenerse de no salir de allí por piernas, sin embargo por su hermana aguantaría. Gadea había arriesgado muchas veces su vida por salvarla, ahora le tocaba a ella velar por su bien. El hombre la miraba, y aunque intentó traducir lo que este pensaba, le fue del todo imposible.

—¿Decidme su nombre?

La voz se le atragantó en la garganta de solo insinuarlo. Pensar en Gadea enamorada de otro hombre era peor que ahogarse en vida. Él, mejor que nadie sabía que el cuerpo se entregaba, pero el corazón,

eso ya era otra cosa. Asqueado y dolido como animal desollado volvió a preguntar rogando al cielo que no fuese verdad.

—¡Un nombre!

—¿Nombre? —Juana no fue hasta la tercera amenaza, y el temblor en los labios del Converso, que comprendió su ridiculez.

—Ella os ama, olvidaros de sandeces. Aunque no la comprenda os ama por encima de todas las cosas —Judá sintió que el aire volvía a llenarle los pulmones —y digo cosas porque estáis lejos de ser llamado hombre.

—Mujer… —Quiso resultar amenazante pero las últimas buenas nuevas lo habían dejado agotado y desarmado.

—Mi hermana es la madre de vuestros hijos, dio la vida por dároslos, sin embargo, vos no hacéis más que desairarla con vuestro ser.

El joven se miró la vestimenta, y aunque tuvo que admitir que no se encontraba en su mejor momento, tampoco se creía tan desagradable.

—Llegáis todas las mañanas, ebrio y quién sabe con cuántas mujeres habéis compartido lecho.

Judá se sonrió ante la insinuación. No cesaban de acusarlo de mal comportamiento más no había tocado a ninguna otra. No deseaba a ninguna otra.

—¿Dónde se encuentra mi esposa?

—No lo sé, pero seguro haciendo más que vos.

—Guardaros vuestro discurso, demasiado tengo con mi conciencia como para escuchar la vuestra.

—Pues lamento deciros que tengo un extenso discurso por relatar.

—¿Y qué os hace pensar que os escucharé?

La sonrisa victoriosa de Judá se paralizó en el instante que comprendió las amenazas de la pequeña sabandija. Si la muy charlatana le iba con cuentos a su mujer, esta se enfadaría con él aún más, y no estaba el saco como para más grano. Los gatitos dormían placenteramente en su cesta, ante la presencia de un hombre que los envidiaba intensamente, ya que, teniendo oídos para oír, no escuchaban.

Culpable

A pesar de que el baño no le hubo venido del todo mal, jamás reconocería semejante debilidad ante la pequeña sabandija. No después del sermón lanzado como si del Papa de Roma mismo se tratase. La muy descarada no solo le exigió el cumplimiento de sus deberes como marido si no que osó explicarle, con pelos y señales, la forma correcta de actuación de un hombre de honor. Si hubiese sido otra mujer otro gallo hubiese cantado, pero entre el fortísimo dolor de cabeza, y la verborrea interminable de la muchacha, prefirió escuchar hasta que terminase. Quizás, y solo quizás, puede que algunas de sus tonterías le interesasen lo suficiente como para quedarse.

Vistiéndose con lentitud no pudo dejar de pensar en aquella, que, según Juana, no era más que una pobre mujer soportando lo que no merecía. Dejando de lado que su esposa le parecía de todo menos una pobre mujer, comprendió gran parte del mensaje. Gadea no era culpable de la muerte de Beltrán ni mucho menos de la mayoría de sus desgracias. Puede que Beltrán fuese como su hermano, pero ella significaba su vida.

¿Qué sucedería si alguna vez tuviese que alzar un arma aún a sabiendas de que la vería sufrir? Imposible, preferiría morir mil veces antes de dañarla. ¿Pero y si sucediese con ella algo parecido que con su primo Beltrán? ¡Por mil demonios! Seguro que la mataría para luego suicidarse a su lado. ¡No, no lo haría! Lucharía hasta sentir que la vida se le escapaba de los pulmones.

«Por todo el amor del universo, Señor de los cielos, no permitáis que algo así me suceda». Sin querer, y por primera vez, comprendió el intenso dolor de su padre al dejar a su madre moribunda en el bosque intentando salvarle.

Pensar en Gadea, y las posibles tragedias, le llevo a otra de las conclusiones a las que llegó junto a su queridísima cuñada. El alcohol no solucionaba los pesares de la cabeza, sino que los ahondaba. Lo que Juana jamás sabría, y mucho menos por su boca, era que aquél gran derrumbe le llevó a comprobar que amaba a Gadea más de lo que él mismo pensaba. Ella lo era todo, y como a un todo, la defendería.

Por encima de todo y todos… «Maldito sodomita», se dijo al reconocer en ese bastardo gran parte de su profundo penar. El muy condenado se creía el salvador del reino y deseaba comenzar su trabajo atacando a su familia. Nuevos cristianos, los llamaba como si aquello fuese un insulto, y aunque en otro momento lo hubiese hecho desaparecer de la faz de la tierra, ahora se encontraba atado de pies y manos. El endemoniado era el sustituto del arzobispo, y esas vestimentas no eran prendas fáciles de matar. Debería existir alguna forma de liberarse de él, el problema era encontrar cuál. El muy

asqueroso ya no frecuentaba las oscuridades de la mancebía, y ningún hombre se atrevía a declarar sus servicios, por lo que no poseía pruebas. Aquél camino quedó perdido al salvar a Gadea de la hoguera, pero tenía que existir otro, y él lo encontraría.

El muy bastardo poseía más pecados que todos los residentes del infierno juntos, solo era cuestión de encontrar uno de ellos, acusarlo ante el Papa, y que las leyes cristianas se encargasen del resto. Envuelto en sus pensamientos, y secando las últimas gotas de cabello húmedo, se alertó al escuchar bajar pasos a toda velocidad. Nervioso buscó el puñal que se encontraba apoyado junto a la capa, pero la pequeña sombra en la pared le relajó. Aquel intruso no era otro que el pequeño Salvador. Al principio sonrió pensando que se trataba de las atenciones excesivas que el pequeño siempre le ofrecía mas no fue hasta que lo vio quebrar la cintura hacia el suelo buscando aire, cuando en verdad se preocupó.

El niño abría la boca como pez fuera del agua. Parecía haber corrido Toledo al completo. Con la imposibilidad de hablar, rodeó con el dedo derecho el lado izquierdo del pecho, y girándole alrededor del corazón, lo extendió hacia él. Judá sintió que todos sus miedos se convertían en realidad. Esa señal, la de el corazón entregado hacia él, representaba al amor de ambos. El corazón de ambos.

—Llevadme donde ella.

Calzándose el estoque a la cintura, Salvador le acercó la cinta de cuero de su cabello. Comprendiendo al pequeño se lo sujetó con fuerza. Esa era otra señal que solo aquellos que en verdad lo conocían comprendían. Debería luchar.

Azraq no se perdonaba tamaña estupidez. La mano sangraba tanto que apenas era capaz de sostener el puñal. Aún no comprendía como no se percató que, un único hombre, resultó ser dos. Aquellos tipos eran tan peligrosos como idiotas. El más estúpido de todos apareció de la nada y le propinó un corte que, aunque de escaso peligro, sangraba a chorros. La mano buena era justamente esa, la izquierda, y aunque practicaba con ambas, estaba claro que la derecha no representaba la mejor de sus versiones. Con honda mueca de dolor quiso apretar la herida, pero no poseía ni los medios ni el tiempo. La razón de su despiste y su preocupación se encontraba a su lado, y la protegería por encima de todo. Aquellos imbéciles se encontraban tan asustados que representaban una amenaza seria, después de todo, estúpido armado, inocente perforado. El marido de la panadera, y el desaliñado del amigo, dijeron haber luchado en tierras moras, y seguramente fuese verdad, ya que el perfil de hombres asustados y desorientados les sudaba por los poros.

Jóvenes inexpertos que intentando volar hacia las estrellas

contra la tierra se derrumbaron. Soñando regresar cubiertos de gloria, y los bolsillos repletos de honores, no cargaban más que estómagos tan raquíticos como las lluvias de agosto. Grandes eran las deudas del rey hacia sus soldados, aún así, estos continuaban apuntándose a ser caballeros de la nada. Con ansias y al grito de, ¡Santiago! regresaban como muertos andantes o como disecados olvidados.

—¿Estáis bien?

La muchacha le preguntó mirando la herida, y aunque le hubiese gustado gritarle que no, que no se encontraba nada bien, y que ella era la única culpable, prefirió callar. La mano herida y debilitada no era más que la demostración de sus estúpidas ensoñaciones. Si no hubiese sido por el aroma a sol de su cabellera ahora no estaría sangrando y soportando el berrinche de aquellos dos imbéciles.

—¡Marchaos!

El marido de la panadera increpó con el estoque temblequeando mientras con la otra mano apresaba al niño del pescuezo.

—Con vuestra cabeza en pica —. El estúpido tembló y Azraq se alegró de conservar algo de furia, aunque fuera en aspecto, porque, a decir verdad, se encontraba muy pero muy mareado. La pérdida de sangre comenzaba a notársele en el cuerpo.

—Entregadnos al niño y nos marcharemos. — Gadea suplicó al escuchar el llanto asustado del niño. El pobrecillo era arrastrado de un lado a otro como una marioneta. Los amigos de Salvador la guiaron hasta allí y a Dios daba gracias que su pequeño se hubiese marchado o que se encontrase escondido en algún sitio. Ese huérfano no era un niño más, Salvador era y lo sentía como su hijo.

—Idos de aquí. El bastardo no es vuestro problema.

—Entregádmelo y prometo que jamás lo volveréis a ver, lo juro.

—¡Esa puta me engañó!

—¡Vos la abandonasteis!

Azraq sonrió sin poder ocultar el ancho de su orgullo. Esa mujer era lo más. Pasaba de la súplica a la furia tan rápido como rueda de carro enloquecida. Si no fuese porque se desangraba, porque era la esposa de su mejor amigo, y porque el destino los separaba, la amaría hasta allí donde las estrellas no iluminaban.

—Es un estúpido niño. Entregádselo y vayámonos de aquí.

—Escuchad a vuestro amigo ya que no le oiréis decir nada más inteligente.

Azraq habló con voz grave e intentando parecer temible, aunque la vista se le borrase de a momentos. Los dientes mordían con dureza intentando mantenerlo despierto, pero no aseguraba por cuanto tiempo.

—¡Nunca!

El marido de la panadera se ofuscó tanto que resbaló en el barrizal, liberando al niño que huyó hacia los brazos de su protectora. Conocía perfectamente a la amiga de su madre y se sintió a salvo cuando esta corrió para protegerle en su abrazo.

—¡No!

El idiota desesperado fue a por Gadea y Azraq intentó detenerlo, mas la estocada del segundo fue más ágil alcanzándole el hombro. En situaciones normales los hubiese espantado de un simple rugido, pero en estas circunstancias apenas si era capaz de luchar. Gadea gritaba al ser sostenida por los cabellos del cornudo marido, mientras él rugía por quitarse de encima al estúpido del amigo que, aunque consiguió hacerlo caer, daba demasiada guerra.

El pequeño, intentando proteger a su salvadora, golpeaba desesperado al mal oliente por la espalda, pero este se encontraba enajenado tironeando de una Gadea que no se rendía. Molesto, indignado y frustrado, la sujetó por la melena gritándole a los cuatro vientos.

—Maldita mujer. ¡Os rebanaré el pescuezo como a las gallinas!

—No os lo aconsejo.

La voz grave y mortal, brotó de aquél que, sosteniendo un cuchillo con la punta más afilada, se la presionaba en la base de la garganta. Gadea cayó al suelo de rodillas por el impulso mientras Judá presionaba la abultada nuez del hombre, que subía y bajaba agitada.

—Mi señor, estoy seguro de que podemos arreglarlo.

El hombre habló tartamudeando, pero el converso lo trataba igual que a una mosca. Presionando con insistencia el cogote del cobarde, miró con rabia extrema al cómplice, que al instante no solo dejó de luchar con el moro, sino que puso piernas por delante para huir tan rápido como las ratas. Azraq no pudo enfocar la vista, pero su oído funcionaba perfectamente, y se habían salvado el culo demasiadas veces como para no reconocer esa acritud de voz. Intentó acercarse mas las fuerzas dejaron de asistirle, y su cuerpo, tan ancho como largo, cayó desplomado.

—¡Azraq! —Gadea corrió a su lado mientras el idiota parloteaba inconexo.

—Mi señor, yo solo buscaba justicia. Comprended a un hombre deshonrado, uno que después de tanto luchar no encuentra más que a un bastardo y de su propia mujer.

Judá no lo escuchaba, él solo veía como su esposa sujetaba la cabeza del amigo en el suelo. Una pequeña parte de sus tripas se revolvieron por lo que contestó furioso al único centro de su diana.

—Os marcharéis ahora mismo, os olvidaréis del niño y no volveréis a cruzar por la vida de mi esposa o será la última senda por

la que caminaréis, ¿lo habéis comprendido?

El hombre asintió con excesivo movimiento de cabeza.

—¡Fuera!

El idiota corría tan rápido que antes de la noche llegaría a Burgos.

—Está herido —dijo Gadea al sentirlo a su lado. La mano.

Judá cortó parte de su camisa y la envolvió mientras el niño de la panadera se abrazaba a su mujer. A lo lejos, Salvador también miraba con molestia. «Ya somos dos», pensó al notar en celos de su hijo los suyos propios.

—¿Es grave?

—No —. Contestó con algo de escozor en el corazón.

Con un solo abrazo sujetó al amigo desmayado, y lo colgó sobre su hombro derecho para cargarlo. Algo más tranquila, al comprobar que el bueno de Azraq solo estaba desmayado, alzó la mirada para ver como Salvador la miraba sin quitarle ojo.

—Mi pequeño Salvador. Hijo mío, venid a mis brazos. Demasiado tengo que agradeceros.

El niño al escuchar las palabras dulces de su protectora se olvidó de los celos. Corriendo se aferró a sus faldas y aceptó los besos que ella con amor le prodigó en la frente.

—Mi gran pequeño. El mayor de mis hermosos niños.

Salvador respiró pegado a las faldas de su señora reconociendo en ella a su verdadera y única madre.

—Hijo mío, necesito que busquéis a Blanca la morisca y la llevéis a casa, ¿podréis hacerlo?

El niño asintió mientras aceptaba el último beso de Gadea antes de correr hacia el puente de Al-qanţara.

—¿Morirá? —Preguntó nerviosa y pensando que se había despreocupado demasiado rápido del bueno de Azraq.

—No por la mano.

Judá contestó con sequedad mientras caminaba con el cuerpo del amigo a hombros y repitiéndose sin cesar. «No lo matará su mano sino la mía… la mía».

—¿Dónde se supone que vais?

—Yo…

Judá se quedó sin respuesta. Las palabras corrían, pero mucho más lentas que sus pensamientos, por no decir que hasta una tortuga andaba más rápido que su propia inteligencia. Hubiese querido explicar que desde la tarde anterior no había buscado a su esposa. Una mezcla de celos y nervios, lo alteraron de tal manera que, sabiéndose en escasez de autocontrol, la calle resultó ser la más acertada de sus opciones. Y es que los últimos meses de convivencia con Gadea, representaban una sesión continua de enfrentamientos sin final. Odiaba encontrarse de aquella manera, pero más odiaba su falta de tacto con las palabras. La amaba, eso no cabía en ninguna discusión. Deseaba decirle que adoraba por allí donde ella pisaba, pero los celos al verla junto a Azraq le empastaron la lengua y la razón.

En estos momentos, luego de una noche en soledad y sin vaciar una copa, esperó tranquilizar los nervios que no sabían de comprensiones. ¿Gadea enamorada de Azraq? ¿Azraq enamorado de Gadea? Aquello simbolizaba el colmo de los colmos. El moro era su amigo, su hermano, tanto o más que su primo Beltrán. «Ese que asesiné por traición», balbuceó mareando la escasa coordinación de su pensar.

—Dejad de fruncir el ceño o envejeceréis antes que yo. Vayamos a mi cuarto, desconfío hasta de nuestras propias sombras.

«Desconfianza, celos, Gadea, Azraq…»

—¡Judá! Por todos los cielos, ¡os necesito aquí!

El chillido de su padre, con la misma potencia de cuando era aún niño y lo pillaba entrando por la ventana, lo hicieron despertar de su oscura nube de celos.

—No hace falta que gritéis —contestó malhumorado mientras cerraba la pesada puerta de madera.

—Pues entonces dejad de pensar en vuestra esposa y prestadme atención. Os necesito con toda vuestra inteligencia en uso, aunque últimamente ésta sea escasamente potente.

—Padre…

El entrecerrar de mirada de su padre lo hicieron callar y guardar quejas para otro momento. Haym no era ningún idiota, y junto a él se sentía un simple y estúpido aprendiz.

—Debéis partir a Burgos.

—¿Qué se nos ha perdido en Burgos?

Haym tomó la jarra de la mesa junto a su ventana y sirvió dos copas. Acercándole una a su hijo, bebió de la segunda un gran sorbo, antes de comenzar a hablar con la seriedad de los muertos.

—Vuestro tío es ahora el dueño de la ruta hacia Sevilla.

—Ese inepto no dudará en el comercio más que el calor del sol en invierno —contestó bebiendo un pequeño sorbo de vino.

—Puede, pero debemos conseguir la ruta por Santander. No pienso perder mi negocio frente a ese mal nacido.

—¿En verdad pensáis que habrá lucha entre los sajones y Francia?

—Tendremos guerra, eso seguro, y puede que más de los esperado.

Haym hablaba tan convencido que a veces Judá se preguntaba si su padre no poseía un trato con el mismo demonio. No es que fuese mago ni cosa alguna, pero a veces las brujas no leían las habas tan bien, como su padre el futuro político. Puede que Inglaterra no se llevase bien con Francia, ¿pero una guerra tan grande como para aprovechar la situación?

—Si os encontráis en acierto Santander sería la mejor salida para nuestras lanas, por no decir que nos afianzaríamos como principales comerciantes con Flandes.

—Por ello debéis viajar a Burgos. Allí se encuentra Lope Arévalo, y aunque es de confianza, es a mi hijo a quien deseo negociando nuestros intereses. Con su ayuda conseguiremos afianzarnos en la ruta, pero ningún otro mejor que vos para cerrar el mejor de los acuerdos.

—Qué necesitáis de mi exactamente.

—Quiero que junto a Lope preparéis los acuerdos para que nuestras mercancías viajen directo al puerto de Santander y de allí a Flandes. Conversos burgaleses han ampliado y extendiendo las fronteras allí. Crearéis las relaciones que necesitamos para que nuestras lanas viajen por el norte. Si lo hacéis nos desarrollaremos como los más importantes comerciantes de lana en toda Castilla.

—Suena interesante y locamente arriesgado. Sevilla es el principal puerto de mercancías, no comprendo del todo ese repentino enamoramiento con Santander. La guerra, si llegase a existir, no durará cien años.

—Aunque la guerra nunca llegase, el idiota de vuestro tío nos arruinaría en menos de treinta lunas. Santander y nuestros nuevos socios son nuestra única opción. Prepararos para salir mañana mismo. Gonzalo en estos momentos se encuentra en donde las caballerizas de Quiroga.

—¿Gonzalo?

—Sí, se encuentra cerrando la compra de unas yeguas para el viaje —Judá observó a su padre intrigado por lo que este respondió divertido—. Es de la familia, y dado que vuestra esposa cada día amplía aún más los integrantes de la familia, qué mejor que enseñarle

el negocio.

—Mi mujer —dijo aceptando la lógica de su padre. Gadea podía ser muchas cosas, y otras tantas más, pero si de algo sabía era de acoger a cuanta paloma herida se encontrase. Él mismo representaba un claro ejemplo —. Estaré fuera mucho tiempo…

Se encontraban en la estación del sol y la buena vendimia. La fiesta de la vendimia. En ella pensaba lucir de esposa y limar asperezas.

—Nada malo le pasará ni a ella ni a mis nietos, os lo prometo.

—Lo sé.

—Id en paz, si de vuestra mujer se trata me temo que soy yo quien corre mayores peligros.

Ambos sonrieron divertidos al pensar en la muchacha como Doña Calamidades. Desgracia que ocurría, allí que se encontraba. Saliendo de la habitación tomaron rumbos diferentes. En este mismo momento, y más apresurado que nunca, necesitaba encontrarse con su esposa. Quizás hasta le pidiera perdón, y aunque no fuese de tamañas expresiones, lo haría si con ello recuperaba lo que una vez tuvo. Beltrán, como bien dijo la pequeña sabandija de su cuñada, estaba bajo tierra, y era Gadea quien permanecía luchando a su lado. Ella no merecía ni su ira ni su castigo. ¡Y por mil demonios que lo sabía! El problema radicaba en el caprichoso dolor, que mentiroso ante la verdad, insistía en colorear los andares de su negro errar.

Dudoso de la vida temía por su esposa, por sus hijos, por el cielo, por los infiernos, por las venganzas, por las traiciones, pero nunca más temería por su amor. Ellos nacieron para estar juntos y así sería.

Las risas, en uno de los cuartos, lo hizo detenerse y mirar hacia adentro. «Adonay bendito, un poco de paz» pensó al sentir la dureza de las pruebas a las que lo sometía.

—¿Entonces se desmayó?

—Cómo un niño pequeño.

Gadea comentaba muerta de risa a Blanca la morisca mientras esta sacaba la lengua a un Azraq, que parecía no estar divirtiéndose. La hermana preparaba un ungüento disfrutando de las exageraciones de la dueña de casa, cuando unidas las dos, no pudieron más que reír con mayor fuerza al notar el profundo azul rabioso, en la mirada del morisco.

—Como un poste, aunque no puedo ocultar y agradecer que gracias a vuestro hermano encontramos al hijo de María.

El moro, quien descansaba en el lecho con pocas fuerzas, debido a la gran pérdida de sangre, se ensanchó ante el halago, y esa fue la última gota tolerable para un marido que ardía en celos junto la puerta.

—Veo que os encontráis mejor. Me alegro por vos, amigo mío. Cuanto más fuerte os sintáis más pronto os marcharéis.

—¡Esposo! Gadea habló con tono de reprimenda, pero el converso no podía cesar de mirar al amigo.

Su mujer lo atendía con las mismas manos que a él lo acariciaban, y eso quemaba más de lo soportable. Le sonreía con la misma felicidad como antaño lo hiciese con él y eso laceraba un alma demasiado dañada. Puede que el último mes no fuese el mejor de los maridos, pero ¡qué demonios! La amaba. ¿Es que era incapaz de comprenderlo? Pues si no lo hacía, lo haría. Un error no le robaría al amor de su vida.

—Puedo levantarme. No deseo causar mayores molestias.

Azraq, ofendido en el orgullo, intentó levantarse, aunque solo fue capaz de conseguir un potente mareo, que nuevamente lo tumbó mirando al techo.

—No os vais a ningún lado, en cuanto a vos mi señor, creo que os deberías disculpar.

—¿Qué debo qué? Hasta donde los astros señalan esta es mi casa y no necesito contener ninguna de mis palabras.

—Y hasta dónde yo sé, también es mi hogar, por lo que Azraq se queda.

—¿Azraq? Cuanta intimidad señora mía. Veo que la confianza ha alterado vuestros tan exquisitos modales.

—Es su nombre, ¿o no?

Gadea contestó sin comprender a su marido, mientras Blanca, junto a la cabecera del lecho, la miró con la misma desorientación tatuada en la mirada. Aquella estaba resultando ser una discusión matrimonial en toda regla. Y como toda discusión sentimental, cargaba insólita e incansable estupidez.

—Igual deberíais preocuparos más por vuestro esposo que por los invitados a los que nada grave sucede.

—Mi esposo se encuentra perfectamente bien, de no ser así no pasaría las noches enteras en la taberna, ¿no lo creéis?

Gadea buscó complicidad en Azraq y Blanca, pero ambos decidieron que callar era la mejor de las opciones para conservar la cabeza pegada al cuello.

—¡Anoche no estuve en ninguna taberna!

—Pues entonces vos sabréis en que lecho habréis dormido, porque no recuerdo a nadie mas que a la soledad como compañera.

Ambos se acercaron a tal punto que las respiraciones se golpeaban la una contra la otra. Y aunque Gadea era una cabeza más baja, eso no le impidió luchar con garras en las palabras.

—No tengo porque explicarme, mas vos no gozáis del mismo beneficio.

Blanca y Azraq alzaron las cejas ante las palabras de Judá, y de lo más interesados: Aquello era mejor que cualquier cosa que cantara cualquier juglar en la plaza. El moro no podía dejar de sentir hasta una pequeña cuota de diversión en su interior. El converso perdiendo los nervios ante la pequeñaja de su mujer, era algo digno de ver y disfrutar.

—Pues vuestra merced me permitirá decir que no todos somos cortados por la misma tijera. Soy inocente de todo pecado, mas me temo que vos no podréis decir lo mismo con tanta ligereza. ¡Pecadores, huid de la fornicación!

—¿Forni qué? Señora será mejor que midáis vuestras palabras.

—Corintios 6:18. No son mis palabras las que se deben medir si no ¡vuestros actos!

—Buenas tardes o eso creo —dijo Amice que, entrando en la habitación acompañada por Beatriz, se quedó estática en el sitio.

Indignado, furioso e insatisfecho por el rumbo de lo que quiso que fuese una dulce despedida, Judá miró a las mujeres para descargar en ellas gran parte de su impotencia.

—¡Vosotras no poséis hogar!

—Dios os tenga… —el padre Diego Almanzón entró por la puerta consiguiendo alterar a un converso que ya no poseía ni paciencia ni razón.

—¿Vos también? ¿Y qué se supone que pasará ahora? ¡Dictaréis misa en mi casa! ¡Quién más falta por llegar!

—Esposo os estáis comportando de forma poco apropiada, os aconsejo…

—¿Me aconsejáis? Puede que muchos errores cabalguen tras mi espalda, pero creedme, señora mía, vuestras culpas no están vacías.

La mano de Blanca detuvo a un Azraq más que dispuesto a intervenir, mientras con una negativa silenciosa, le ordenó que permaneciese callado. Ella, en un pasado no muy lejano se sintió morir de celos, y aunque hoy Judá era experiencia olvidada, lo comprendía perfectamente.

—Mi señor, creo que será mejor que toméis el aire fuera.

Blanca, más como amiga que como antigua amante, se acercó intentando llevárselo de allí para que no causase más dolor, sin embargo su intenciones cayeron en tierra árida.

—Sí, me voy, y eso es lo que me hubiese gustado decir. Marcho por mucho tiempo y espero que mi ausencia os proporcione la felicidad que claramente junto a mí no encontráis. Despedidme de mis hijos.

Saliendo por la puerta sin mirar a nadie, y golpeando el suelo con la misma potencia que latía su corazón, dejó atrás a una esposa que, llorando sin consuelo, corrió hacia su habitación.

Yo os amo

Juana no daba crédito, las duras palabras del converso se repetían en las paredes de la casa, al igual que el ajo escabechado en su estómago. Ese hombre era más terco que una mula, y no porque ella no le pusiese énfasis en corregirle, que lo hizo, y mucho. El muy desgraciado, alma sin piedad, marchó dejando a su pobre hermana hecha un mar de lágrimas. Los nudillos dolían de tanto aporrear una puerta que, pese a su fervorosa insistencia, no se abrió. Desde el pasillo se podían escuchar los suspiros ahogados de dolor, y aunque rogó con todas sus fuerzas por entrar, Gadea continuó negándose a cualquier tipo de piedad. Agotada, frustrada, y aceptando el mañana como nuevo día, encaminó directo hacia la alcoba. Molesta consigo misma, se quitó la túnica, y quedándose solo en camisa interior, se sentó frente a la mesa para tironear de la larga melena. Tal era su furia e impotencia, que no fue capaz de darse cuenta que él se encontraba allí. Gonzalo, su ahora marido, comenzó a acariciar sus hombros ofreciéndole una relajación que, de una forma mágica, pareció intuir que necesitaba. Por unos momentos cerró los ojos ante las benditas atenciones y aceptando el divino querer como el andar del olvido. Los dedos de su esposo eran elixir de vida ante unos nervios atados en la desesperación. Ver a su hermana sufrir representaba su propio sufrimiento. Ellas lo eran todo. Siempre lo habían sido. Solo se tenían la una a la otra. Bien, puede que muchos pensasen que siendo casadas nada más necesitaban, pero la realidad distaba mucho de las enseñanzas de las comadres. Alonso de la Cruz suspiraba por las miradas de su hermana sin embargo allí estaba, provocándole un llanto desconsolado, mientras que Gonzalo, ¿qué decir de Gonzalo? Él parecía el esposo perfecto, era el esposo perfecto. Gentil de día, amante cariñoso de noche, era un todo con un único defecto, el sacrificio de los propios deseos. Honesto y leal, entregó más de lo que cualquier mortal debería aceptar.

Las manos fuertes le sujetaron los codos incentivándola a ponerse de pie, y como muñeca de trapo preferida, se dejó hacer. Con los ojos aún cerrados se puso en pie y giró aceptando el abrazo caluroso de los brazos que, desde la niñez, siempre soñó como suyos. Deseosa abrió los labios a una lengua cuyo sabor ya reconocía como propio. El perfume de su boca era una mezcla perfecta entre el dulzor del vino y la fortaleza de la sal. Envuelta en un mar de sentidos bailó la música de los masculinos latidos, que repicando alborotados, entonaban la más necesitada canción de amor. Todo era tan maravilloso que hasta se lo hubiese creído como real, pero Gonzalo no la amaba, no como ella esperaba.

Los besos jamás se detuvieron, y a pesar de su pesimismo, las

manos no dejaron de aferrarse a un cuello que la sostenía cual canoa ante la deriva. Debería detenerse, mas cómo pedirle a una mujer enamorada aquello con lo que su corazón respiraba. Amaba a Gonzalo de Córdoba, lo adoraba con la pasión de los desesperados, la pecaminosidad de los sentidos, y la culpabilidad de los amantes enamorados. Los suspiros intensos chisporrotearon ante el ardor de los besos ardientes buscando el amor por entregar, mas nada pudo hacer para detener la sal de lágrimas, que ahogadas e inconscientes, se presentaron sin ser invitadas.

Gonzalo, envuelto en su propia pasión, tardó demasiado en sentir que la humedad en el rostro de su esposa no provenía de sus delicadas atenciones sino de unas pupilas cargadas de infinito dolor. Con el sentimiento de los fracasados alejó a Juana unos centímetros para comprobar lo que no deseaba ver. Desde el casamiento la joven no cesaba de llorar, y aunque todo lo intentó, el camino de la desesperación lo estaba enloqueciendo. Esta era la última noche hasta quien sabe cuántos días. Sabiendo aquello, entró a la alcoba pensando sentir en ella ese refugio al que tanto ansiase volver, mas las cosas no pintaban nada bien. Se sentía enfadado consigo mismo por ser tan poco mágico, y con Juana por no poder amarlo.

—¿Tan desdichada os hago?

La voz del caballero provocó un llanto aún más profundo que le desgarró por completo el corazón. Incapaz de expresarse, Juana se soltó, y corriendo hacia la cama, se lanzó sobre ella para llorar boca abajo escondiendo su vergüenza.

Con pies pesados, caminó hasta la cama sintiendo que aquella era la primera de sus batallas más mal logradas. En los meses que llevaban casados fue cariñoso, comprensivo y hasta sensible, pero nada parecía bastar. Y aquello no sería mayor inconveniente en los matrimonios habituales sino fuese porque se encontraba perdido y seriamente enamorado.

—¿Creéis que poseemos alguna oportunidad?

La sinceridad en las palabras le sorprendió hasta a él mismo, pero ya no lo soportaba. Juana se encontraba libre de las persecuciones de su padre, si ella se lo pedía, si no lo amaba, si ni siquiera lo soportaba, entonces viajaría hacia Granada y que el destino lo apuñalase de una forma menos dolorosa. La cabeza de Juana se movió de un lado a otro como secándose las lágrimas contra el colchón y él no necesitó mayor confirmación.

—Al alba marcho a Burgos, estaré una temporada fuera.

Gonzalo quiso continuar explicando que después de aquello, y de cumplir con sus deberes con los De la Cruz, marcharía para no volver, sin embargo, la reacción de su joven esposa lo dejó petrificado como tumba de romano. Los brazos de Juana, esos que en un

momento abrazaban los cojines, volaron desesperantes hacia su cuello. Los dedos se aferraron con fuerza mientras las lágrimas continuaban en su extenso camino de incontinencia. Desconsolada, lo abrazó con tanta fuerza, que cualquiera pensaría que la muchacha luchaba por ahorcarlo y quedarse viuda. ¿Lo odiaba o lo amaba?

—Me estáis matando, necesito comprender antes de volverme loco —dijo envolviendo el pequeño y femenino rostro —. ¿Amáis a otro? ¿Es eso? Por favor, tened piedad de mí.

—Os amo a vos. Siempre habéis sido vos.

Los párpados inflados de tanto llorar temblaban tanto como el labio inferior al hablar, sin embargo, jamás existió noche en que la viese más hermosa que aquella. Escuchar su declaración le llenó el corazón de profundo latir, y mucho fue el esfuerzo que tuvo que realizar, para no ponerse a llorar él también. Juana lo volvía a la vida con tan solo tres palabras. No sabía si aquello era un milagro ofrecido o una recompensa por todo lo vivido, pero eso no le importaba, ella lo amaba y eso era suficiente como para proseguir.

Intentando calmar los nervios cargados de tensión, secó suavemente las mejillas arrebatadas de color hasta conseguirle la ansiada calma. Al mirarla agradeció al cielo, porque no se podía sentir más enamorado. Las venas le rugían por amarla hasta desfallecer agotados y borrar todo lo que sus dudas le hiciesen sufrir mas el tiempo parecía ser lo que ella necesitaba.

—Sinceraros conmigo y contadme vuestro penar. Os amo demasiado como para soportar más agonía.

—Vos me ¿amáis?

Juana detuvo su llanto mirándolo con tal inocencia que sintió como moría y volvía a nacer. A estas alturas, y después de tantas realidades, solo deseaba una cosa, aunque esta distase mucho de hablar. Él la amaba, ella decía amarlo, no necesitaba más explicación, pero las mujeres eran así, pequeños seres sensibles que no conformándose con la realidad buscaban la verdad.

—Pequeña, os amo desde que os vi.

—Mentira, amasteis a Gadea. No me toméis por estúpida…

Juana pasó de la ternura al enfado de forma tan rápida que no hizo más que provocar la carcajada divertida de Gonzalo. Molesta, quiso alejarse, pero él continuó sosteniéndola en un fuerte y posesivo abrazo.

—He dicho cuando os vi, y no cuando os conocí.

—Os burláis de mí.

—Puede, pero solo un poquito —contestó acomodándole los cabellos húmedos que se le pegaban a las sonrosadas mejillas —. Ahora explicadme porqué lloráis sin consuelo y luego os contaré desde cuando exactamente os amo.

—No puedo tener hijos —. Las palabras brotaron como escupitajo de niño ahogado. Urgente y directo.

—¿Y al ver los niños de vuestra hermana os puso triste?

El joven marido intentaba ser comprensivo pero las mujeres a veces poseían una sensiblería demasiado elevada como para conseguir alcanzarlas.

—No, nunca me creía con paciencia de madre —respondió sincera.

—¿Entonces? —Los hombros robustos se inclinaron hacia adelante intentando comprender una lógica demasiado enrevesada.

—Vos sois un hombre.

—Eso dicen.

Gonzalo contuvo la sonrisa para evitar nuevamente el enfado en su joven esposa, aunque, a decir verdad, no sabía decir si se sentía más curioso que divertido.

—Los hombres buscan un heredero, y yo no puedo dároslo.

Con esas pocas palabras pudo al fin comprender. El suspiro de su alivio fue tal, que los músculos de la espalda también suspiraron. Respirando profundo se acomodó en el lecho y arrastrando con él el delicado cuerpo la abrazó. Con la espalda apoyada en la pared, y el brazo envolviéndola con delicadeza, habló con la mayor sinceridad de la que se creyó capaz.

—No necesito un heredero. No soy noble ni poseedor de tierras, y si es por merecer, ni siquiera os merezco a vos.

—Pero yo os mentí, debí decirlo. Debisteis saberlo antes de comprometeros.

—Y lo sabía —Juana se incorporó para mirarlo a los ojos—. Vuestras heridas eran demasiado profundas. ¿Os olvidáis qué fui yo quien os trajo casi muerta? Sería de estúpidos no ver la realidad. Señora mía, creedme, ni esa cicatriz ni cosa alguna se habría interpuesto entre vos y yo.

—¿Entonces no os importa?

—Si algún día deseáis un hijo solo puedo decir que existen muchos niños en soledad y encantados de poseer una madre tan preciosa de cuerpo y alma como vos.

—Pero no sería vuestra sangre.

—¿Acaso Gadea no siente a Salvador como suyo? ¿Será que vos no lo amaréis como una verdadera familia?

—Mataría si alguien se le acercase con malas intenciones.

Gonzalo la besó en la frente, orgulloso de la esposa que tenía y que no merecía. Ella se consideraba poca mujer, mas lo era y mucho más que muchas que aquellas que caminando con la nariz alzada olvidaban donde sus pies pisaban.

—Amada mía, dejemos que el señor escriba nuestros destinos

mientras nosotros vivimos nuestro día —. Comentó intentando zanjar lo que él consideraba una estupidez.

Juana sonrió y lo iluminó hasta en el rincón más escondido del alma. Dispuesto a culminar con un tema que no debería causar más lágrimas en su amada, acercó los labios hasta rozar los suyos.

—¿Entonces me amáis?

—Tonto presumido, lo sabéis desde siempre.

—Pero me gusta escuchároslo.

—Lo mismo que a mí.

Juana, aquella que tan solo unos minutos antes lloraba en el desconsuelo, ahora lo seducía como la más expertas de las mujeres del arrabal, y aquello le fascinaba tanto como los dulces del convento de San Román.

—¿Quizás debería incentivar a mi mudo caballero para hacerlo más expresivo?

Alejándose tan solo unos palmos, se puso de rodillas para quitarse la camisa y mostrarse en el más bello esplendor de la desnudez femenina.

—¿Aún no podéis decirme nada?

La respiración se le agitó atrevida al delinear el centro del masculino torso, luego, viajó hacia la cintura para detenerse allí donde el bello se difuminaba por entre los pantalones en una perfecta línea recta.

—Si no podéis hablar entonces igual debería marcharme…

Juana jugaba con él como con un imbécil, lo sabía, pero le divertía. Con la fuerza de una mano posesiva la detuvo de cualquier indicio de abandono, mientras que, con poca delicadeza, la arrastró hacia él para lanzarse como fiera hambrienta. Con la rudeza de los hombres necesitados la recostó en el colchón dejándola boca arriba, indefensa y gloriosamente dispuesta. Con ganas desesperadas saboreó cada rincón de su boca haciéndola enloquecer hasta allí donde los sentidos gobiernan por encima de la razón. Ambos se amaban, aquello era mucho más de lo que al llegar se esperó. Feliz y excitado, delineó con besos el borde de su oreja hasta susurrarle con la mayor de las dulzuras.

—Os amo… os amo. Jamás me cansaré de decirlo.

Juana estiró el cuerpo entregándose a la única y más maravillosa verdad. Gonzalo navegaba por sus curvas como capitán de un barco mientras ella lo recibía como al único conquistador de su corazón.

—Os amo… os amo… —repetía con voz gruesa a una mujer que jamás se cansaría de escucharlo.

Luces de sinceridad

No deseaba recordarlo, mas como borrar aquello que, tatuado a golpe de fuego nació. Las lágrimas secas dolían más que las húmedas, y es que la incomprensiva ausencia la desquiciaba tanto como la cordura en un mundo de locos. Él se había ido. Él no estaba. La penetrante soledad de una casa repleta de gente, le aprisionaba los pulmones hasta la asfixia, y es que él marchó sin despedirse, sin echar un mísero vistazo hacia atrás, sin observar a quien expectante tras la ventana, suplicaba por una última de sus miradas.

Los bebés, en cambio, en el refugio de su cuarto, dormían con la sonrisa dibujada en el inocente rostro. Custodiados por un hermano adoptivo, y mayor, que los adoraba bajo el penetrante sol y ante las más oscura de las sombras, se encontraban muy lejos de la penosa realidad. Y es que la imagen que poseía delante sería hasta celestial y divina, como aquellas de los bordados decorativos, si no fuese porque su alma se resquebrajaba más como una pisoteada alfombra que como un decorativo tapiz.

Sentada durante horas, no hacía más que nada. La nada, esa era su única y fiel compañera. Esa nada en la que él la sumió cuando la abandonó. No sabía el día que regresaría ni siquiera sabía si regresaría… Y allí estaban otra vez, cuando pensó que ya no quedaba líquido por derramar, las inoportunas lágrimas aparecían demostrando que aún existía dolor por llorar. La pena, representada en transparentes gotas salinas, jugaban con las reglas del azar, sumiendo en la pobreza a quién ya no podía perder más.

Qué poco tiempo duraba la felicidad en el corazón de las mujeres y cuán largas eran las penas que sin culpa redimían. En un corto suspiro conoció la felicidad, sin embargo, hoy, apenas si recordaba aquello por lo que ayer sonrió. El alma le dolía más que los ojos enrojecidos, y las manos, esas temblaban por acariciar a quien seguro, ya la había olvidado. Burgos era su destino, o eso fue lo que le comunicaron, porque a estas alturas poco creía. Unas pocas penas resultaron más que suficientes, para quien prometiese amor eterno, la estancase en el barrizal del olvido. Promesas que, selladas con besos, borradas por vendavales fueron.

Malditos fuesen los sentimientos, que doliendo más que las heridas abiertas, enterraban sus garras hasta quitar el respirar. Él, seguramente disfrutaría en la lejanía de doncellas con escasa voluntad mientras ella se resecaba como flor perdida en tierras del arrabal.

—Señora. Gadea… Debéis comer algo —. Sin esperar una respuesta que sabía inexistente, Alegría depositó la bandeja con queso y pan sobre la mesa de madera —. Hija, lleváis días sin probar alimentos, no podéis seguir así.

La mirada perdida de la muchacha hacia la cuna de los niños la ignoró. Alegría, triste y sin esperanzas, se retiró dejando atrás el mismo silencio con el que se encontró.

Así pasó la mañana, la tarde y el total de otra noche. Con la tristeza de la desesperanza, y el dolor de los corazones desgarrados, miraba por la ventana esperando que el tiempo trajese una contestación de algo que no podía comprender. El Señor le entregó el amor para luego quitárselo con la más dura crueldad. Benditos los hombres y mujeres de buena voluntad, decían las sagradas escrituras, pero ella no se sentía ni bendita ni mujer y mucho menos voluntariosa. Apenas si respiraba. Durante meses culpó al recuerdo de Beltrán por el infinito de sus desgracias, aunque hoy ya no sabía ni a quién culpar.

Con la penumbra de una mañana que pronto llegaría, abrió la puerta de la habitación intentando encontrar en la soledad de su propio refugio, algo por lo que continuar, cuando las risas ahogadas de dentro del cuarto de invitados la hicieron arder en profunda y odiosa envidia. Las mujeres de dentro reían como si la situación, esa situación, fuese de lo más normal.

Y puede que hasta el mismísimo creador así lo pensase, pero ella no se encontraba en sus cabales como para semejantes condescendencias. Ya no deseaba ser la misma de antes. Ya no era la Gadea que comprendía y acompañaba. En estos momentos se sentía una loba herida. La Santísima Virgen le dio la espalda y miraba hacia otro lado cuando a pecados terribles se trataba, mas ella no lo haría. ¡Ya no! Furiosa y dispuesta a poner orden abrió la puerta para luego cerrarla tras de si con un fuerte y estruendoso golpazo.

—¡Ya basta!

Las mujeres bajo las sábanas, a medio vestir, y completamente aterradas, se cubrieron con el fino lino intentando ocultar aquello que a nadie con un mínimo de experiencia le resultaría ajeno. La túnica de la monja se encontraba entre la silla y el suelo, seguramente fruto del desespero mientras que el lujoso vestido, no había tenido mejor destino. Arrugado y bajo el marco de la ventana, había sido locamente olvidado. Asustadas como ratones frente al gato, se miraron buscando una explicación mentirosa que las exculpase, mas los labios no se abrieron.

Amice y Beatriz, Beatriz y Amice, vistiendo almas tan desnudas como sus cuerpos, se enfrentaban a una realidad que, con estúpida ingenuidad, no supieron prevenir. Las cabelleras revueltas, las mejillas sonrosadas y los senos altivos, simbolizaban demasiadas pruebas como para engañar.

—Yo…

Amice, valiente como siempre, fue la primera en intentar

explicarse o justificarse o suplicar o cualquier cosa con tal que la amiga las comprendiese. Fuese lo que fuese lo que quisiese decir, nadie lo sabría jamás, pues el chillido de Gadea recortó sus palabras desde la raíz.

—¡Sois dos mujeres pecando en mi propia casa! ¡No lo pienso tolerar!

—Amiga, hermana… por favor —. Esta vez fue Beatriz quien apenas sentada temblaba como hoja de otoño.

Con suplicio esperó una compasión o un quiebre en la mirada de Gadea, mas nada más que furia fue lo que recibió.

—¡No pienso escucharos! Estoy harta de ser tomada por estúpida. No pienso encubrir conductas impuras. ¡Ya no lo soporto! ¡No quiero callar!

Amice se puso en pie y poco le importó que se le viesen los pechos desnudos. Saltando del colchón, y estirando la mano bajo la cama, encontró la humilde camisa de multiples remiendos, y se la puso con rapidez mientras suplicaba para que bajase el tono, sin embargo, la amiga no escuchaba razones. Entre los límites del infierno y el agotamiento, Gadea no cesaba de andar como gallina encerrada en el corral.

—¡No pienso bajar la voz! Y me importa muy poco si os descubren. Estoy cansada de callar. ¡Cansada! No quiero que nadie me utilice nunca más. ¡Nunca más! ¡Fuera! No quiero volver a veros.

—Gadea, por favor, permitid que nos expliquemos.

—¿Explicaros? ¡Explicaros! ¡Qué más claridad que esta! Ah no, comprendo, ¿deseáis tomarme por idiota? ¡Y por qué no! Todos lo hacen, ¿por qué no vosotras?

Beatriz también quiso salir de la cama, pero los nervios le jugaron tan mala pasada que cayó de bruces justo a los pies de su amiga. Ahora sí, envuelta en un mar de lágrimas imposible de contener, suplicó piedad mientras con la mano derecha, torpe y temblorosa, ocultaba unos labios inflamados por los besos de la reciente pasión.

Amice, igual de compungida, y tan culpable como ella, se le acercó para ayudarla a levantarse, pero la joven se negó. Gadea era su amiga, su hermana, si ella no las comprendía ¿entonces quién más podría hacerlo? Sabía que sus sentimientos eran un error, era consciente de su terrible aberración, y comprendía que su deber se encontraba con su marido, mas el cuerpo dominaba más allá de la obligación. Los sentimientos despertaron y aunque miles de veces los negó, allí estaban, creciendo como el más puro amor.

—Nos amamos —. Murmuró ante los pies de quien consideraba una hermana.

Únicas palabras que pudo balbucear entre un mar de lágrimas,

y con la cabeza sostenida por la mujer que se apoderó del rincón más profundo de su corazón.

Y sí, eran puros, a pesar de que la iglesia las maldijese y condenase, ellas se amaban. Con ese amor del que se visten las hadas y con el que repican hasta los corazones de hoja de lata. Con ese amor del que se nutren las almas resecas, y en donde la cobardía, derrotada y destruida, se entierra bajo la lápida de su sonrisa atrevida. Ella y Amice, por encima de todo y todos, se amaban.

—Nos queremos, y juro ante Dios que nada más que amor nos une. Comprendemos vuestro asco y no seré yo quien justifique aquello que nace desde lo más profundo de mi corazón, pero solo os pido que no nos juzguéis, el peso que cargamos es más que suficiente. Por favor, perdonad a aquellas que simplemente se aman y permitidnos marchar.

Beatriz se sinceró con el corazón en la mano ante la amiga que se resquebrajaba en mil pedazos. Los sentimientos nobles de la antigua Gadea luchaban con furia ante la actual. Agotada e incomprendida, se giró para arrasar con la mano dos copas de agua sobre la mesa mientras totalmente frustrada se giró para gruñir como la más herida de las lobas. Ella no era así, ella no era egoísta ni malvada, ella era otra, pero ¿cuál? ¿dónde se encontraba la de siempre? La confusión de los sentimientos la mareaban.

—Nos iremos. No volveremos a deshonrar vuestro hogar, solo os pedimos que nos deis tiempo. Jamás fue nuestra intención dañaros, sois mi amiga, mi hermana y siempre lo seguiréis siendo. Ninguno de mis errores borrará eso. Os quiero y os llevaré en mi corazón. Perdonadme a mí, mas nada suplicaré por mis sentimientos. Mil veces os pediría perdón por mis errores, pero jamás lo haré por este tan grande amor. Mi corazón vive en el suyo y el de ella en el mío, y allí seguirán hasta que el señor nos pida las cuentas.

Las mujeres se vistieron con lentitud mientras Gadea cayendo sobre la silla lloró con todo el peso de los remordimientos en los hombros. Se sentía la peor de las mujeres y la más repugnantes de las amigas, pero ya no podía más. La pena era tan insoportable que el corazón ya ni sangraba.

«¡Por amor al cielo!» Llevaba días callando lo que sus ojos habían visto aquella mañana en la tienda, ¿por qué las increpaba ahora de aquella manera? ¿Por qué esa envidia plena ante lo que ellas llamaban amor? Llorando sin consuelo, se acarició el rostro tembloroso de asco, pero no hacia las mujeres, sino hacia ella misma. Su propia pena la llevó a castigar a fuerza de látigo a quienes igual que ella sufrían por amor.

Claro que se amaban, bastaba con verlas. ¿Por qué pasaban esas cosas? No lo sabía, pero si el divino Padre lo permitía ¿entonces quién

era ella para lanzarles la primera piedra? Los caminos del señor son insondables decían las escrituras, y que mejor testimonio del que allí se encontraba. Ella amaba y sufría ¿por qué no creerles a quienes también decían amarse?

Amice y Beatriz eran sus amigas, sus cofrades. Juntas sufrieron muchas veces y juntas se salvaron. Ellas las amaba, puede que, con otro tipo de amor, ¿pero que es el amor más que amor dispuesto en diferentes frascos?

Las diferencias se remarcaban entre nobles y agricultores, artesanos y reyes, entre madres e hijos, ¿por qué no podía ser este otro tipo de amor? Amice sujetó su canasta mientras que la otra mano se la extendió a Beatriz que parecía no poseer fuerzas para caminar. La monja la miró con tanto amor, con tal sentimiento, y Beatriz le respondió con tanta felicidad, que Gadea sintió como la mandíbula le empezó a temblar de pena, remordimientos y amistad.

«Señor perdonadme, no soy la mujer que tú o mi esposo esperáis, mas no puedo. Cuando llegue mi hora si deseáis haced conmigo lo que debáis porque hoy, hoy yo no puedo». Murmuró mientras, secándose el rostro a dos manos, se puso en pie.

—¿Dónde se supone que iréis?

—Quizás a Francia, puede que allí la discreción de un pequeño pueblo nos oculte —. Amice comentó dudosa y sin mirarla a los ojos mientras sostenía el picaporte de la puerta.

—¿Y cómo pensáis llegar hasta allí? Beatriz es casada. Lope os encontraría en apenas días.

—Puede que tengáis razón, pero no puedo volver con él. Ya no soportaría sus caricias, no después de —. Beatriz miró a su amor y esta le respondió con tal calor que Gadea se sintió aún peor —. Adiós Gadea.

—Aún estoy a tiempo de delataros.

—No lo haréis —. Replicó Beatriz con sonrisa amarga.

Y por supuesto que no lo haría. Malditas fuesen las leyes y sus interpretaciones. Ella nunca se consideró una mujer al uso y no cambiaría ahora. Por mucho dolor que soportase, no cambiaría. Esta era ella, la de siempre.

—No, no os delataré, al igual que no os permitiré marchar. Por lo menos no así.

Ambas se giraron para mirarla a los ojos, mientras Amice continuaba con una mano en el picaporte sin saber si mantenerlo agarrado o correr.

—No os comprendemos.

—Tenéis razón, en Toledo todo será más difícil. Aquí las paredes oyen y son indiscretas Esta no es una ciudad segura para vosotras. Puede que un pueblo sea la mejor forma de vivir sin

despertar sospechas, pero debemos asegurarnos de que os podréis mantener.

—¿Estáis diciendo que vais a ayudarnos? —Beatriz no creía ni en sus propias preguntas.

—Estoy diciendo que existen joyas suficientes como para María y para vosotras.

—Pero las perderéis todas. Ya nada quedará para vos o vuestros hijos.

—No las necesitamos, mi marido tiene alguna carencia, pero la ignorancia en los negocios no es una de ellas. No se me ocurre mejor destino que utilizarlas en ayudar a aquellas a quienes yo también amo.

Las mujeres entre lágrimas y agradecimientos se lanzaron a sus brazos, y Gadea, que al principio se quedó inmóvil, al instante las abrazó con la misma intensidad que recibió.

Aquello de que dos mujeres se enamorasen era algo demasiado nuevo hasta para alguien como ella mas comenzaba a acostumbrarse. Resignada al amor, y envuelta en verdaderos sentimientos, se olvidó del desgraciado de su marido, y las abrazó con la amistad como gran lazo de unión. Si ellas se amaban, que Dios y la Virgen las juzgase en los cielos, porque aquí en la Tierra, ella no lo haría.

Las mujeres, envueltas en un mar de agradecimientos fueron incapaces de percatarse que una sombra tras el marco de la puerta, dando dos pasos hacia atrás, se perdió tras el largo y oscuro pasillo.

No debería ser

Después de mucho penar, el agotamiento causó mella en un cuerpo defraudado con la vida. Alimentándose por primera vez en días, se llevó a la boca un trozo de pollo asado con repollo al romero, y aceptando la feliz aprobación de Alegría que solícitamente estiró la sábana de lino, y con un estómago cargado hasta la saciedad, se dispuso a descansar. Y es que el cuerpo se lo pedía a gritos. Necesitaba descansar, y vaya que si durmió. Pasó la mañana, pasó la tarde, pasó la noche, y no fue hasta alcanzar el alba del día siguiente cuando al fin consiguió abrir los ojos. El cuerpo le pesaba tanto como aquella vez que fue envenenada, y no era extrañó que así fuese, después de todo su marido le había envenenado el corazón. Bien, puede que no en un sentido tan exagerado, pero así se sentía. Tal fue su decaimiento al sentirse en los fondos del precipicio, que al fin comenzaba a ver algo de luz. Y es que como los maestros decían, “si no existe luz en ningún amanecer, el propio cirio deberéis encender”.

Él no estaba. Se encontraba en Burgos disfrutando de los placeres de la ciudad, y ella no lloraría por quien no se lo merecía. Si el muy bendito la había desterrado de su vida, pues allí él con su conciencia. A ella no le importaba. Bien, puede que quizás se encontrase exagerando nuevamente, se dijo al peinar la larga melena, pero qué otra solución más que su propio aliento le quedaba. Era la exageración o morir de pena. Eran los oscuros amaneceres o los propios cirios encendidos.

—Señora, me alegra veros en pie. Me sentí realmente preocupado.

—Necesitaba descansar —. La sonrisa hacia su suegro se extendió de lado a lado. Si Judá fuese la mitad de amoroso que él, para ella Toledo se cubriría de aroma a rosas y miel. Bien, puede que quizás no tanto, pero esta era su mañana y nadie mandaba ni en ella ni en sus exageraciones, pensó sonriendo de sus propias tonterías.

—¿Os preparáis para salir? Pediré que os acompañen. No quiero que mi hijo me corte el cuello porque una de vuestras uñas se haya roto.

Haym habló con algarabía, pero esta vez Gadea no sonrió. Recordar a su marido le causaba dolor, y del profundo.

—Pensaba pedirle a mi hermana que viniese conmigo.

—Insisto. Un hombre debe acompañaros. A decir verdad, tampoco a mi me gusta que caminéis solas por las calles. Nunca se sabe que borracho impertinente os podréis encontrar. Son tiempos complicados.

—No es necesario que modifiquéis vuestros planes —habló acercándose al querido suegro y saliendo con él del brazo por la

puerta— os juro que sabemos defendernos, no necesitamos de ningún hombre.

—En ese caso.

Azraq, ya en pie y con la mano vendada, se sonrió al encontrarlos. Estaba por girar para marcharse después de un educado saludo, cuando la voz risueña de Gadea lo detuvo en el intento de huida.

—Mi señor, me alegra veros de tan buen semblante.

—Lo mismo os digo.

La sonrisa de ambos resultó tan clara y brillante que la joven se sintió reconfortada. Encontrarse con dos hombres tan bien educados la hicieron olvidarse de hombres despreciables de mirada tan oscura como su corazón. «Día libre de exageraciones», pensó disculpándose a si misma.

—¿Vais a casa de la panadera?

—¿Cómo lo sabéis?

—Tengo mis fuentes.

—Vuestra hermana…

La resplandeciente sonrisa volvió a surgir de los labios de los jóvenes introduciendo un ligero silencio divertido, y que no pareció gustar mucho a Haym, que habló con una gravedad mayor de la habitual.

—Yo la acompañaré.

—Y yo os he dicho que no es necesario que trastoquéis vuestros planes por mí. Juana y yo estaremos perfectamente bien, os lo aseguro.

—Yo también os lo aseguro —dijo Azraq convencido—. Siempre y cuando las señoras permiten que un lisiado las acompañe.

—Mi hermana y yo estaremos encantadas de contar con tan digno lisiado.

Los jóvenes se rieron nuevamente y marcharon por el pasillo sin darse cuenta de que el mayor de los hombres ya no los seguía. Al cabo de unos cuantos pasos Gadea se giró para buscarlo e interrogarle, pero Haym se disculpó. Ofreciéndole saludos para su amiga, se introdujo en el despacho con la preocupación en las venas. «Hijo mío, terminad pronto con vuestra encomienda y regresad a casa. Se os necesita».

Las mujeres entraron sonrientes a la casa de la panadera, y Azraq se fue con una sonrisa diferente en el rostro. Una de esas radiantes que solo dibujan los corazones enamorados. Y es que no necesitó ver su rostro reflejado en el Tajo para saber la razón de tan luminoso cambio. Debía contenerse. Debería alejarse y no seguir alimentando sueños imposibles mas el corazón latía como cien

caballos en una cabalgata profunda. Una vez amó o eso pensaba porque hoy la sangre ardía diferente, con otra llama. Fuego intenso que como lava ardiente quemaba con disfrute. Gadea lo avivaba con una sola de sus miradas, y Alá sabía que intentó olvidarla, pero nada consiguió. Incontables fueron las veces que se acercó a la casa de la viuda de Valdivia en busca de calmar su desasosiego mas el cuerpo saciaba al compás que el corazón se alteraba.

El sol le cocinaba la cabeza, pero nada comparable con el ardor que sentían sus manos por acariciarla. Secándose el rostro cruzó la puerta de Bab al-Mardum rumbo a las quintas para ver los cultivos de sus hermanos. Quizás el trabajo duro de la tierra le hiciese olvidar la realidad. Ella era casada, y él, su mejor amigo. «Por Alá», se dijo temeroso de sus propios pecados. Si las cosas fuesen diferentes no le importaría luchar por algo como aquella joven, pensó saludando con la mano en alto y poniéndose a colaborar en recoger las espinacas.

Las quintas del arrabal eran el sustento de gran parte de ellos. Moros y moriscos trabajaban la tierra sembrando y recogiendo verduras que luego serían vendidas en el mercado y su seguro que su cabeza era más útil ayudando allí que divagando en estúpidos pensamientos. Los cristianos, aunque recelosos, incorporaban cada día gran parte de sus recetas ofreciéndoles una importante oportunidad de negocio. Ninguno de ellos era rico ni mucho menos, y a decir verdad nunca le importó demasiado sentirse diferente. Nunca, hasta ahora.

El sol calentaba en su plenitud mas prefirió continuar. Bajo el calor insufrible su cabeza pensaba menos, o eso fue lo que creyó, cuando secándose el rostro, le pareció verla en la distancia. Por supuesto que la imagen no fue más que el fruto inocente de un alma demasiado esperanzada.

Golpe a golpe, surco a surco, ayudó sin descanso como el agricultor más experimentado, después de todo, desde su niñez nunca supo de otra cosa que no fuese el trabajar. Ellos no eran poderosos. Sus arcas se encontraban tan vacías como los bolsillos de los mendigos. Y es que así eran sus vidas, cosechar, vender y regresar al hogar con unas pocas monedas para cargar y muchas barrigas por llenar. Su familia, aunque pequeña, apenas sí subsistía. Y es que, por aquellos tiempos, entre las pestes, y las hambrunas del después, no sabría decir cuales de las dos hacía más daño a la economía de una familia. Pero como era de esperar, siempre el honorable de Judá se encontraba allí para ayudar. El endemoniado amigo no poseía ni una mancha que pudiese resaltar. Y es que existiendo cientos de igual estatura y otras tantas más hermosas, ¿por qué tenía que ser ella? «¡Astagfirullah!»

Él, el azul, el moro al que a muchos asustaba, hoy bebía de las sonrisas de una común muchacha. Una que no podía, una que no

debía, una que lo enloquecía.

Con furia descargó el total de un cubo repleto de agua sobre la cabeza intentando refrescarse el cuerpo, y quizás un trozo pequeño, de su ardiente corazón.

Alzando la mano, y con el atardecer en el horizonte, se despidió de la misma forma que había llegado. Los hermanos le agradecieron el gesto solidario pensando que era a ellos a quienes ayudaba, aunque, a decir verdad, había ido en busca de una tranquilidad que no había encontrado, porque si así hubiese sido no estaría nuevamente en camino directo hacia el horno de pan, esperando encontrarla.

Los pies le dijeron que se detuviese en el mesón de Diego el Fuerte y allí ahogase la mala suerte en vino del malo, sin embargo el recuerdo de su sonrisa lo hizo caminar como caballero en destierro. Con andares rectos y sin descanso. Y es que olvidarla era la orden que dictaba la sensatez, mas el corazón, alterado y enloquecido, se detuvo frente a la única puerta que no debería buscar. El puño no solo llamaba a la puerta sino que aporreaba una suplicante pizca de su dulce atención. La muchacha amaba a Judá sin embargo él llevaba tiempo comportándose como un cerdo. «¡Ya basta!» Se dijo sacudiendo la cabeza. Si existía un cerdo, ese era él.

A punto estuvo de marcharse cuando la puerta se abrió y esa mirada almendrada lo hipnotizó como miel a la abeja. Olvidándose del amigo, de la honorabilidad y todas las leyes de la cristiandad, entró sabiendo que aquello no debía ser.

Amores perdidos, amores encontrados

Haym caminaba con los pensamientos tan enredados como sus días. Judá llevaba el mes completo fuera y se le hacía imprescindible conocer los resultados de su negociación. Su primo Santa María era de los tontos, y de los que podría ganar un premio en un torneo de tontos, mas no podía fiarse. Si las gestiones de su hijo no llegaban a buen término no podrían utilizar Burgos como rampa de salida hacia el puerto de Santander. Una comunidad importante de comerciantes burgaleses residía en Flandes, y de aquellos contactos estas posibilidades. Sin la ruta de Sevilla era Santander o morir. Todo se encontraba en manos de Judá y rezaba a Adonay para que lo acompañase en las palabras y en los actos. Y aunque los negocios apremiaban, no podía negar que otra importante preocupación le aquejaba. Su nuera parecía cada día más repuesta, y Azraq más sonriente. No dudaba de la muchacha, sin embargo, nadie mejor que él para conocer de las nieblas que enturbiaban la razón. Las hojas de los árboles caían cada otoño, mas los recuerdos nunca se borraban de la experiencia.

Aún recordaba como si hubiese sido ayer ese día en el que se enamoró hasta perder el sentir del corazón. Puede que otras lo acariciasen, besasen, y hasta se entregasen, pero ninguna de ellas lo poseyó jamás, no después de su ángel. La mirada de Judá la revivía en pleno acto de presencia. Una vez ella le dijo que permanecería en la sangre de su hijo, y esa promesa resultó ser su propio tormento, porque mirarlo y no tenerla lo perturbaba hasta la locura. Una espada asesina se la arrebató y aún guardaba el rencor tatuado más allá del alma.

Todos los que le conocían lo saludaban con respeto, pero aquello poco le importaba, él solo esperaba su llamada. Muchas veces fueron las que entregó su vida a la noche creyendo escucharla, mas los latidos de la vida le indicaron que todavía seguía vivo. Otras, sin embargo, observó la daga pensando que sus días deberían estar acabados mas los suicidas no volaban al edén, y su ángel no podía vivir en tierras menos hermosas que el mismísimo cielo. Sin motivo más que el esperarla, se dejó llevar por una vida que apenas le interesaba. No era ningún estúpido, y aunque con canas intensas y recuerdos antiguos, reconocía el intenso amor circulando por las ardientes venas del morisco. Temía al imaginar la reacción de su hijo, si por algún motivo, Gadea lo dejase de amar porque, si difícil era la vida sin jamás haber sido amado, más mucho más insufrible representaba sentirse amado para luego ser abandonado.

«¡No!» Se dijo sacudiendo la cabeza. Eso no podía pasar. Su hijo llegaría pronto y solucionaría con caricias lo que sus estúpidas palabras siempre embarraban. Pensar en la tozudez de Judá le hizo sonreír sin ánimos. Su ángel decía que ese niño se le parecía en la mirada mas no en el alma, y cuánta razón tenía.

A punto de girar rumbo a la casa de Arévalo, la sonrisa de las muchachas llamó su atención. Aquellas voces le eran demasiado conocidas. Mirándolas desde una distancia prudencial, no pudo más que agradecer al señor. Su joven nuera parloteaba junto a sus amigas de quién sabe qué cosas, pero lo cierto era que aquellas se divertían como si no existiesen ni problemas ni tramas corruptas, y eso por aquellos tiempos, resultaba adorable. Desde la llegada de Gadea, su casa se transformó en un verdadero hogar, y hasta el llanto incansable de los bebés, resultaba encantador. La joven era frescura, simpatía, bondad, y otros tantos buenos adjetivos.

Atraído por su aliento de vida se acercó al Pozo Amargo, donde descansaban, y las saludó con una correcta inclinación de cabeza. Todas se sonrieron tímidas y agacharon la mirada, todas menos ella, que ya lo encaraba como si fuese su propio padre, y aunque no lo reconociese, aquello le encantó. Hubiese querido tener una hija con la misma sonrisa de su ángel, pero los destinos viajaban por donde Adonay les indicaba, y él, se limitaba a esperar la bendita llamada.

—Veo que vuestras mercedes disfrutan de un bonito paseo. Señorita, me alegro de vuestra recuperación.

María agachó la mirada asintiendo y ruborizándose a tal punto, que Haym llegó a dudar que en algún momento aquella mujer hubiese ejercido de tan carnal profesión.

—Gracias mi señor, pero me temo que no estamos de paseo, mas bien intentamos recoger algo perdido —dijo Gadea mirando el fondo del pozo.

—¿Perdido?

—Intentábamos beber cuando sin querer perdí mi broche.

—Comprendo —dijo Haym acercándose al aljibe de piedra.

—¿Creéis que podrá recuperarlo? Era un regalo de su madre y —. Beatriz no continuó y Haym no necesitó más explicaciones.

Los progenitores de las dos hermanas habían desaparecido. Desde el día en el que su hijo le ofreció los maravedís exigidos, el hombre no había regresado, mientras que su madre… quién sabía dónde se encontraría la pobre mujer. Quizás rezando para que el hombre, en uno de esos tantos negocios, perdiese el rumbo y no supiese regresar.

—Me temo que no pueda hacer mucho por vosotras.

—Quizás si me cuelgo de la cuerda y… —Amice habló causando la apertura de ojos como platos del hombre.

—Nadie se colgará de ningún lado. Y nosotras no queremos interrumpirlo más. Conozco vuestras responsabilidades —. Gadea habló con responsabilidad.

—A decir verdad, es que son tiempos de negociaciones difíciles.

—¿Y por eso vuestro hijo se demora tanto? —Beatriz, cada vez más influenciada por una monja intrépida, preguntó sin pelos en la lengua.

Juana sonrió asintiendo, pero su hermana no hizo lo mismo. Si las miradas matasen, la de Gadea se convertiría en un sangriento asesino.

Haym, quien sabía tanto por diablo como por canas, reconoció perfectamente en la pregunta el interés. Judá formaba parte de las conversaciones secretas de las muchachas, y eso le entusiasmo.

—Mi hijo cumple un trabajo encomendado por mí, y terriblemente importante para la familia y sus hijos. Estoy al tanto que desea regresar cuanto antes y estoy seguro de que así lo hará en cuanto pueda. Me consta que echa de menos a su familia y en especial a su esposa, para la cual me han entregado una carta.

—¿Carta? ¿He recibido una carta?

El brillo feliz en la mirada de su nuera lo hizo respirar hondo y algo más tranquilo.

—Me la han entregado hace apenas unas horas.

En el fardo existían dos notas, una para él y otra para Gadea.

Su hijo hablaba gran parte en clave, seguramente por temor al robo, después de todo la información en ocasiones era tan valiosa como el oro. El segundo sobre llevaba el nombre de Gadea, junto a un perfecto lacrado, por lo que lo guardó para ser él mismo quien se lo entregase.

—¿Y de Gonzalo? ¿Sabéis algo de él?

—Ellos están juntos y me consta que también os echa mucho de menos.

Haym no había recibido pregunta alguna. Las palabras de Judá eran estrictamente mercantiles, pero como hombre que lucía arrugas, supo lo que debía decir para tranquilizarlas.

—Bien señoras, si es que un pobre viejo como yo no puede hacer nada útil por vosotras, entonces continúo mi camino.

—Mi señor, vos no sois ningún viejo. Ya les gustaría a muchos jóvenes ser la mitad de hombre que vos.

María habló sin pelos en la lengua, y como llevada por una fuerza interior que acalló al instante al percatarse de su terrible indiscreción. Todas silenciaron atónitas ante un Haym que rio con divertida carcajada. A decir verdad, él tampoco se consideraba ningún viejo, la sangre aún le bullía ardiente por las piernas como por otras partes del cuerpo, mas la muchacha sonó tan sincera, que alimentado

por el ego y aunque aquello poco le importara, le agradeció con sinceridad.

Despidiéndose con la misma educación con la que era conocido, se marchó. Solo anduvo cuatro pasos cuando al reconocer la voz gruesa del recién llegado, se giró para ver. Azraq el azul se presentaba junto a su hermana, y se sumaba a la femenina expedición. Nada de aquello le hubiese incomodado si no fuese porque el moro se acercó a su nuera y caminó junto a ella conversándole al oído como si de amantes se tratasen. Intentó no pensar en ello, aquello era ridículo, pero la excesiva algarabía del moro cada vez que veía a la muchacha era un secreto a voces. Suplicando al cielo, y a su hijo para que hubiese escrito las palabras correctas en la carta, se fue.

—¡María, vamos! Últimamente estáis de lo más distraída. Ya os he dicho que vuestro marido no volverá a buscaros. Mi esposo se encargó muy bien de asustarle.

María asintió mientras de forma distraía miraba por última vez a Haym perderse por la calle del convento de Santa Úrsula.

¿Qué ha dicho?

Las mujeres hablaban todas a la vez, junto al pequeño Salvador que cerraba los ojos creyendo que le explotaría la cabeza. El converso le encomendó cuidarla con la vida, aunque jamás aclaró que tan digna labor se llevaría a sus oídos por delante. Y no era porque no la amase y no lo diese todo por ella, porque lo daría, mas, carente de voz, no estaba como para seguir perdiendo sentidos. Los bebés dormían como angelitos, y se preguntó cuál sería tal bendito secreto para no sentir el chillido agudo de urracas. En fin, aburrido de rascarse la cabeza que, por culpa de Alegría, ya ni piojos poseía, pensó salir a tomar un poco el aire, mas se quedó. Tenía edad suficiente como para distraerse con el pasar de las hormigas, sin embargo su madre se encontraba junto a la pared del fondo, y él permanecería allí. El converso llevaba más de un mes fuera y no sería él quien le informase que no había cumplido con las funciones de caballero protector. Puede que esa mujer no fuese su sangre, pero la adoraba tanto como la luna a su reflejo. Y es que por aquellos tiempos mucho se hablaba de la sangre. Que si la sangre y su pureza, que si la intensidad de su color, que si la devoción, que si la obligación, más él sabía perfectamente que los sentimientos unían y la carne y la sangre acababa siempre pudriéndose bajo tierra.

Una vez tuvo una madre carnal que lo abandonó, y aunque la vida era cruel, a veces también brindaba oportunidades, y el Señor le regaló otra madre que con sonrisas de amor lo recogió. Su olor era único, y sus manos, tan suaves como fina lana, dibujaban caricias con la misma pureza que la de los ángeles. Ella ofrecía una esperanza que ningún muchacho como él podría haber pintarrajeado jamás ni en el más colorido de sus sueños. Perdido en su mirada, como en cientos de otras ocasiones, se embelesó con una belleza tan profunda como la de la más madre entre las madres. Alguna vez escuchó a los hombres de la cuadra hablar sobre esas dulces arpías que los enloquecían y a las que adoraban, sin embargo, ellos poco sabían del verdadero querer. Él sí que lo que sabía. Mataría a quien la lastimase. Entregaría su alma a los infiernos por ella. Sentado a su lado se sentía el niño más seguro y feliz de toda Toledo. En más de una ocasión, dormido junto a la cuna de los bebés, sintió sus cálidos labios rozarle la frente, y a los que, adormecido, siempre respondió con un profundo respirar. Gadea olía a madre, pero de las de verdad. Esas que amaban en lugar de abandonar.

—No creo que funcione —. Juana negó con la cabeza mientras caminaba con desasosiego.

Seria, y con la mano agarrándose la barbilla, pensaba con fuerza mientras que por su lado, Gadea, hasta se hubiese reído del momento si la situación no fuese tan complicada. Los maravedíes

escaseaban y con ellos los alimentos que llevarse a la boca. Todo se enturbiaba, y no solo para María, sino también para el resto de las mujeres. Todas las congregaciones vivían de los aportes de sus propias integrantes, mas ellas, cofrades de tierno corazón, abrían los brazos a quienes solo poseían tristes amaneceres. Mujeres huidas del maltrato y la derrota, arrastraban cargas que, aunque monstruosamente pesadas, ningún arca rellenaba. Vendiendo sus pócimas de curanderas se las pagaba menos que a un buey de carga.

Apoyándose en una de las inmensas y blanquísimas columnas del beaterio pensó, repensó y volvió a pensar. Juana tenía razón. La situación de María y del resto de beatas era muy, pero muy complicada. Alzando la vista se encontró de frente con la mirada cómplice entre Beatriz y Amice, y aunque siempre se consideró una valiente, esta vez cerró los ojos con fuerza, porque en un mundo normal serían reprendidas e incluso trasladarían a la monja a un convento lejano, pero ellas no eran normales. Amadas por algunas, vivían siendo odiadas por demasiados, y con intensos deseos de venganza por otros. El beaterio y sus actividades no resplandecían ante la sociedad Toledana. Juzgando su proceder, las tallaban de mujeres rebeldes e imprudentes intentando influir en la sagrada justicia divina, y a decir verdad más de una vez lo pensó, mas como bien decía el padre Don Diego de Almanzón: “Amaréis pues al extranjero porque extranjeros fuisteis vosotros en tierra de Egipto”. Deuteronomio 10:19 ¿Y cómo no ayudar a quienes desde cualquier lugar llegaban suplicando ayuda?

El padre Diego entró al recinto cargando la gran olla hasta arriba de caldo de verduras. Aquello, más agua que verduras, al menos era algo con lo que aplacar el hambre. Y todo gracias al padre Diego, quien nunca dudaba en extender la mano y recoger toda fruta y hortaliza del desecho. Algunas veces estaban de suerte y algo de carne navegaba por las escudillas, y aunque jamás aclarase el origen de tan digno bichejo, todas aceptaban el cuenco con amplias sonrisas. Y es que no ser agradecidas con el bueno de Don Diego sería de villanas. El joven sacerdote ofrecía misas, bordaba, cortaba hierbas, ayudaba con las pócimas, y hasta jurarían que, en alguna ocasión, de paso por el mercado, se le pegó a la mano una vieja gallina, que entregó como almuerzo a los más pequeños. Con Juana, divertidas, lo observaron como después de ver a los pequeños chuparse los dedos, se escapaba hacia el atril junto a la figura de la virgen para rezar pesadas disculpas. Nunca le dijeron nada, después de todo, con tan buen fin, el robar no debería llamarse robar sino sobrevivir.

Juana continuaba negando ante los resoplidos de las mujeres a las que ya no les quedaban ideas ni ocurrencias. La creatividad moría ante las continuas negaciones de la líder. Podría considerarse que su

hermana estaba demasiado pesimista, pero a decir verdad llevaba el total de la razón. Las ideas propuestas no eran soluciones. ¿Pero entonces qué? Se dijo pensando para ella misma. Cortar las joyas no era un camino. Desde que fueron sorprendidas ya no pudieron regresar a clases. Deseaba encontrar al traidor mas la situación apremiante del hambre requería del total de su atención. «Cuando descubra quién fue el desgraciado…»

—¡Maza de pan!

—¿Cómo? —Dijo olvidándose del traidor que deseaba encontrar.

—¿Qué ha dicho? —Preguntó la vieja Doña Inés acercando el oído para escuchar mejor.

—Ha dicho carro de atar.

—No, ha dicho mar de sal.

—¿Y qué es un mar de sal? —Preguntó la anciana Inés y con la espalda encorvada de tanto soportar.

—No lo sé, nunca he visto el mar.

—¿Y la sal? No tenemos dinero ni para comer, ¿cómo compraremos sal?

—Dicen que la sal se compra con monedas más pesadas que el oro.

—Sí, y dicen que la usan en los asados de grandes banquetes.

—Entonces eso debe ser cosa de reyes.

—Sí —. Replicaron todas a coro mientras Amice se golpeaba la frente con ambas manos.

—¡No! ¡No, he dicho sal! He dicho ¡maza de pan!

María, que, aunque bastante recuperada de la fuerte paliza, mostrando amplios y renegridos moratones, caminó hacia ella.

—Ya no poseo el horno. Me lo arrebataron. No podemos hacer pan. Ya lo sabéis.

—¡No he dicho pan! He dicho, ¡maza de pan!

—Pues eso, pan —dijo la más atrevida girando el dedo cerca de la sien declarando el estado de locura de la monja.

El suspiro profundo de Amice provocó el interés de su amada que, no creyendo en su supuesta locura, preguntó con paciencia.

—¿Y eso qué es? —Beatriz preguntó con tan dulce voz, y Amice la miró con tal enamoramiento, que Gadea carraspeó trayéndolas nuevamente a la realidad. Una cosa era el amor en secreto y otro muy distinto ventilarlo a los cuatro vientos.

Recuperada de sus suspiros, Amice se centró todo lo que fue capaz, aunque a decir verdad le costaba, y mucho. Se sabía en pecado mortal ¿pero que podía hacer ante la sonrisa mas bonita? Y es que la belleza de Beatriz iba desde lo carnal a lo espiritual.

—He dicho maza de pan. Y no, no necesitaremos horno. ¿o

quizás el vuestro? —dijo mirando a Gadea.

Interesadas, todas se acercaron ante una Amice, que como siempre, hablaba tan bien como el Cardenal.

—Os escuchamos —dijo una Juana un tanto incrédula, dado el correr de la tarde.

—Es un panecillo que solo precisa azúcar, almendras y una maza.

—¿Pero es maza de pan o masa de pan? ¿pan de maza? ¿o mazapán? —Alegría preguntó interesada a una anciana que alzó los hombros.

—¡Eso no importa! Lo importante es que podemos venderlo en las fiestas de la vendimia.

—¿Y decís que sólo lleva esos ingredientes?

Juana preguntó de lo más interesada ante una Amice que sonrió al captar la atención de la joven comerciante. Porque si había alguien capaz de olfatear los negocios, esas eran las hermanas Ayala.

—Las monjas de San Clemente me contaron que, alimentaron a la ciudad cuando la hambruna de después de lo de los moros.

—¿Y cuál de todas las batallas fue esa?

—Creo que después de las de Navas de Tolosa —. Dijo la más anciana apresando el labio con la mano —Aunque igual fuese otra.

—Yo creo que fue otra —. Contestó Alegría.

—¿Nos van a atacar los moros? —Preguntó una de lo más preocupada.

—¡Eso no importa! Y no, no nos van a atacar —dijo respirando profundo para calmarse—. Las monjas hicieron harina golpeando las almendras con la maza, pero nosotras contamos con el molino de Pedro, ¿no es así?

La joven Ana se sonrojó como manzana madura. Y es que Pedro, el del molino, era uno de sus enamorados y se creía que pronto se escucharían campanadas de boda.

—Si es como lo comentáis, dicho pan es posible, podríamos encontrar muchas almendras en los cigarrales —. Esta vez fue Gadea la interesada en hablar. La sonrisa de Amice lucía de oreja a oreja al notar la comprensión en el rostro de su amiga.

—Y tendríamos azúcar suficiente siempre y cuando vuestro suegro esté interesado en colaborar.

—Lo estará.

Las mujeres sonrieron esperanzadas, y no exactamente por el caldo de cocido que más se parecía a un agua sucia que a un puchero, pero que igualmente agradecieron al sacerdote quien las bendecía con cada entrega.

Mientras todas festejaban la gran idea, Juana se acercó a su hermana con preocupación en el cuerpo, una que Gadea confirmó.

—No será suficiente.

—¿Cuántas somos actualmente? —Susurró la mayor.

—Unas veinte mujeres y casi diez niños.

—Esas son muchas bocas.

—Demasiadas.

—Quizás si vuestro marido…

—Nada he sabido nada de él, a estas alturas seguro ya me ha abandonado.

—Hermana, no habléis así. Gonzalo tampoco ha regresado. Y, Judá, aunque ocupado, os ha enviado una carta.

«¿Carta?» Si Juana supiese que la famosa carta solo constaba de una única palabra, "esperadme". ¿Qué significaba aquella broma? ¿Tan poco la amaba como para dedicarle unas pocas palabras más?

Nadie sabía de su tristeza, ni siquiera su propia hermana, y así continuaría. Cómo reconocer que aquél a quién más se amaba no dedicó más que unas pocas letras a aquella que tanto lo necesitaba. No, nadie sabía de su pena y jamás la confesaría. La puerta de La Blanca se abrió para dejar paso a quién le hizo abrir los ojos como platos.

El viejo Simón entró con paso dubitativo, después de todo allí se albergaban mujeres vilipendiadas por todos. Mujeres desobedeciendo a sus maridos y a los designios del creador. Sin duda hechiceras en toda regla, pero los negocios eran negocios, y la nota lo dejaba muy claro. Un negocio fructífero le esperaba.

Curioso e intrigado preguntándose porqué alguien como De la Cruz lo citaría allí. Lo buscó por todos los rincones. Estaba dispuesto a marcharse al sentirse preso de una broma estúpida, cuando fue detenido.

—Otra vez vos.

Gadea no supo si indignarse o sonreír.

—Agradezco que aceptaseis mi invitación.

—No es a vos a quien esperaba, y ahora si me lo permitís.

—No os lo permitimos.

La monja, la curandera, Beatriz y Juana junto a Gadea se detuvieron entre el camino del pobre Simón y la puerta.

—Casi me encierran por vuestra culpa. No quiero saber nada de vosotras. Sois el demonio personificado.

Gadea sostuvo por el brazo al anciano para alejarlo de la curiosidad de las señoras, y con la sonrisa digna de los mejores comerciantes, enseñó el extremo de una cadena que apenas asomó del bolsillo de su túnica.

—¿Ni siquiera por esto? —Los ojos de Simón se iluminaron por el embrujo que solo ofrecía el oro de la mejor calidad.

Obnubilado ante la exquisitez de la pieza, se dejó guiar tras una

columna, mientras Amice, Beatriz, Juana, Blanca y María formaron un círculo que los ocultaba del resto de mujeres, que más interesadas por los panes de centeno del padre Diego, se fueron directo hasta la canasta.

Aún sin poder creer lo que acaba de ver, y los planes de aquellas locas mujeres, Simón salió del beaterio, aunque caminando tan solo unos pocos pasos, se encontró la peor de las pesadillas.

—Amigo Simón.

El jorobado hubiese sido fácil de eludir sino fuese porque se encontraba acompañado de un nuevo acompañante. Más un oso que un ser humano, el guardián resoplaba humo por la nariz.

—Vos diréis si puedo ayudaros en algo —. El viejo Simón temblaba al contestar.

—Podréis querido amigo, podréis. Pero no ahora.

El jorobado y el oso se marcharon cruzándose a un Salvador que, aunque intentó acercarse para escuchar, nada consiguió. Estaba por correr tras ellos cuando Azraq, a quién no vio acercarse, lo detuvo por los hombros.

—¿Los habéis odio?

Salvador negó con la cabeza mientras señalaba con la mano en su corazón y luego extendiéndola hacia la entrada de la Blanca, tratando explicarse que allí se encontraba su madre y que no le gustaba en absoluto la presencia de aquellos desgraciados.

Azraq le comprendió al instante, a él tampoco le gustaba que aquel gusano se encontrase cerca de Gadea, pero el niño habría sido presa fácil para semejantes mal nacidos. En cuanto a él, su mano apenas tenía fuerzas aún para luchar contra un oso como aquél.

—Deberemos esperar.

La cara rabiosa del pequeño lo hizo sonreír. Si no lo hubiese sabido por propio conocimiento, juraría que Salvador era hijo de plena sangre del converso. El pequeño no solo lo imitaba, sino que tenía hasta las mismas expresiones.

—Estaremos alertas —dijo sosteniéndole por los hombros y obligándole a entrar a La Blanca. Él caminó por detrás, y aunque se sentía tan molesto e intrigado como el pequeño, lo ocultó. El olor a podrido asomaba por todos los lados, mas debería hacer aquello que le desagradaba tanto como los nabos cocidos, esperar.

La novicia

Tales eran sus esfuerzos por cocinar y vender los panes de maza, que las beatas no podían lucir otro vestido más que el del orgullo. Siempre, y como no, comandadas por la digna esposa del Converso, quien sabiamente decidió comenzar a venderlos antes del inicio de la fiesta de la vendimia. La muchacha pensó que mientras más rápido se ofreciesen, antes obtendrían beneficios, y es que la muy sabia, mejor adivina que el mejor alquimista, no erró el camino. Los panes, apetitosos y económicos, se distribuían sin complicación entre unos habitantes, que cada tarde, esperaban el dulce recorrido de tan sabroso manjar. Hubo incluso un día, en el que un viajante, contento con tan delicioso sabor, les hizo un encargo de unos treinta para llevarlos directo hacia los muros de Segovia, y es que, si seguían con tan buena fortuna, quizás hasta la propia Toledo se aprovechase de la fama de tan deliciosa masa; o como divertidas gritaban la cocinera Alegría, y la vieja Doña Inés. ¡Los Mazapanes! ¡Mazapanes dulces y sabrosos! ¡Mazapanes para las jovencitas, para el caballero y hasta para el más mozo!

Si es que todo marchaba por los caminos del señor, se dijo Amice al ver a la amiga lanzar su trenza a un lado, para que no interfiriese en la escritura de los números, que tan bien custodiaba en esa preciosa carpeta de cuero, obsequiada por su suegro. Observarla era un espectáculo para la vista, y no por su belleza, que la poseía, ni por sus dotes de comerciante, que los tenía, sino por la fidelidad que emanaba por los cuatro costados. Gadea, la amiga entre las amigas, ocultaba entre dientes aquello que ninguna haría. Ella silenciaba aquello que otros lapidarían. Esconder sus secretos era sentir como la vergüenza le ascendía por la acalorada piel, mas aquello, aunque molesto, no era comparable con el hecho de sentirse sin el amor de Beatriz.

Las beatas, moviéndose como abejas constructoras, trabajaban sin descanso, sin embargo, una dulzura superior destacaba por encima de las demás. Desde el primer momento en que la vio algo se le incendió en el cuerpo adormecido. Algo que la revolucionó hasta el punto en el que el control no era más que una inalcanzable ensoñación. Y por amor al cielo que Dios sabía que lo había intentado. Una y mil veces negó aquello que no debería sentir, pero allí se encontraba, con ese aliento recortado en el pecho. Con esos latidos alborotados frente al sencillo rozar. Beatriz era aquello que, sin deber ser era y sin buscar resplandecía.

Cuando bien niña la castigaron por miradas imprudentes hacia otras niñas, y múltiples castigos de agua congelada recibió por lo que según decían se corregiría. Sus padres insistieron en el amor hacia los

hombres y realizaron infructíferas tretas para despertarla en el masculino deseo, y aunque fuertemente lo intentó, no consiguió más que el encierro como una olvidada y enclaustrada novicia. Y puede que para su familia aquello resultase una solución, aunque como siempre, sus decisiones no hicieron otra cosa que acrecentar un martirio de quien ya se encontraba en el centro de sus propios tormentos. Si es que curiosa solución era la de encerrar a la juvenil y hambrienta joven, en el corral de la más apetitosa comida. Suplicó ciento y una noche al padre celestial por el perdón y el control de la tentación, e incluso quiso curar con el poder de la oración lo que el cuerpo ansiaba, mas la sanación jamás llegó.

Desde el día en el que se enamoró de Sor Lourdes, sus sentimientos se convirtieron en pesadillas de oscura tormenta. Por pensamientos impuros fue desterrada al sur de Aquitania, y desde allí, la caída al precipicio sin final. Con un poco de carne seca, y la vergüenza cargándole los hombros, viajó sintiéndose la más impura y desesperada de las mujeres. Como mugrienta fue enclaustrada y como despreciable fue desterrada.

Amaba a Sor Lourdes, pero no solo con la carne sino con el total de su corazón. La ruptura de esa pasión solo consiguió sumirla en un pesar y una culpabilidad que, como toda tentación, tuvo que callar y reprimir. Los dientes mordieron insultos y las lágrimas lloraron sangre al despedirse del rostro amado. Después de un año, y una llamada a la celda de la madre superiora, le entregaron la más penosa de las cartas. Ella, Lourdes, su Lourdes, se había dejado morir en brazos de las fiebres.

En una celda gélida, y con la única compañía de la furia contenida, aulló en el silencio contenido de las pecadoras, y el desgarro de las amantes enamoradas. Con los sentimientos oprimiéndole los puños de rabia, estrujó la nota y lloró hasta convertir las lágrimas en desmayo agotado. En el suelo de una celda fría y oscura, se arrinconó rogando a la muerte algo de compasión. Cual ángel caído, siniestra, esperó que se hiciese presente y la llevase a un infierno que doliese menos, mas, aunque el corazón apenas latía, y la luz pesaba más que las sombras, la cruel malvada de alta guadaña nunca llegó.

Después del primer día llegó la noche, y después de la segunda, otra más, y otra, hasta que la madre superiora, piadosa como pocas, la trasladó hasta la cama de paja para recostarla y allí esperar el milagro de la vida. Y se ve que Dios deseaba castigarla aún más, pues el milagro de la reanimación sí que se presentó. El estómago, seco, cerrado, y desconsiderado frente a sus mortales deseos, aceptó tres sorbos de caldo, y el cabo de un día, otros dos más. Con el desgarro del dolor, y la vuelta a la respiración, se juró no volver a pecar. La

superiora la envió a Toledo, y es que por aquellos tiempos se creía que la distancia curaba los males, mas el corazón, incierto y terco, grababa a fuego lo que los pensamientos deseaban olvidar.

En tierras castellanas, y junto a las clarisas, se encerró en el estudio de las hierbas, y es que, salvando a otras desesperadas, las culpas resultaban menos pesadas. Porque a Lourdes no solo que no la ayudó, sino que la abandonó. No luchó por su amor. Y aunque se sabía desvalida, incontables fueron las noches que inútilmente a puño cerrado, aporreó el colchón. Amaba con el total de su ser y aunque se supiese pecadora, su alma no poseía más que sentimientos tan puros y reales como los de cualquiera. Ella amaba con el corazón. Su amor nacía de la tierra, pero se elevaba hacia lo celestial.

Lourdes fue su primer amor. Por ella sintió, vivió y con su muerte algo dentro de ella también murió. Y es que, como todo en la vida, el sol continuó amaneciendo, y la piedad del Señor debió hacerse presente en Toledo, porque la felicidad, aunque en pequeños cuencos de discreción, comenzó a aparecer. Y el corazón seco, cual tallo de primavera, comenzó a brotar. La sonrisa con las amigas incluso ahuecaba ese pequeño hoyuelo en la mejilla que ya no recordaba que poseía.

Todo marchaba perfectamente, incluso la virgen se le presentó, en el cuerpo de la noble Juana, ofreciéndole ser una laboriosa cofrade. Sin dudarlo aceptó, sin caer en la cuenta en que en el caminar se encontraba el error, porque si a Lourdes la amó, lo que sentía por Beatriz superaba cualquier explicación.

La efervescencia de la primera vez hacía aguas ante el sabor de la madurez. La primera mujer representó ilusión, la segunda, era más pasión. Lo suyo quemaba con delicioso ardor y revivía hasta el querer y el hacer. Junto a Beatriz la vida se encauzaba en el camino correcto y perfecto. Fuego ardiente que, sin lastimar, sanaba. El amor que de ellas nacía no se escribía ni se contaba, su amor se latía. No importaba las miradas perdidas ni las caricias robadas, con Beatriz nada era suficiente para sentirse completa, pues tenerla cerca era la reina que le faltaba a su ajedrez. La primera sonrisa de la muchacha le entregó la amistad, la segunda la consoló, la tercera la enamoró, y a partir de ahí, no volvió a contar.

Amor, pasión o degeneración, daba igual como lo quisiesen llamar, ellas sabían lo que en la complicidad de la oscuridad sucedía. En un cuarto silencioso, unas puertas cerradas, y unas sabanas cálidas, se entregaban sin prejuicios ni lapidaciones. Después de aquella primera vez se prometió no buscarla ni besarla ni tocarla ni acariciarla, pero el amor nunca entendió de razón ni el cuerpo de olvidos.

La amaba tanto que pensar en perderla le desangraba el

corazón. La amaba y ya no importaba cuanto de error existiese, a ella no la abandonaría. A ella no. Beatriz era su razón de ser. Y la razón de ser pareció intuir su hondo sentir, porque en la distancia alzó la mirada y le sonrió con el brillo de las almas. No, a Beatriz no la abandonaría jamás. Con paso seductor, y dejando que la amada joven la apreciara en su totalidad, se le acercó suspirando ser la diosa de sus ensueños. ¡Qué demonios! Deseaba ser su diosa, su noche, su despertar y su brillo al mirar.

Enclaustradas en un cuerpo con deseos que no escogieron, se amaban con un alma que solo a ellas pertenecía. Juntas, y en el más absoluto de los silencios, la segunda noche se prometieron todo aquello que el público jamás escucharía. Se juraron amor por encima de los cielos, y prometieron, con el suspiro de las miradas, lo que ni la muerte enterraría. Solo al Padre Creador correspondía el castigo, mas hasta que Él no lo dispusiese, se amarían con el corazón, con el cuerpo y con el dulzor del besar. Porque de pecadoras sería el acto, y de cobardes el fracaso, y ella ya no era una cobarde.

Con nada llego a este mundo, pero con algo muy valioso se iría. Quizás se encontrasen en el calor de los infiernos o en las tinieblas de los perdidos, fuese como fuese, juntas el destino abrazarían.

—¿En qué pensáis? —Si hasta su voz la hacía volar entre los cielos y el más allá.

Era tan bonita de cuerpo como de alma. Los ojos verdes como la hierba húmeda refrescaban una vida demasiado harta de callar.

—En vos, en mí, en nuestro claustro de amor…

Beatriz sonrió iluminándole la vida. Ambas sabían lo que aquellas palabras significaban. Sus vidas de mujeres estaban señaladas con deberes y obligaciones que, a cada una en su situación encerraba. Seres pobres de mentes, las llamaban, pero ellas solo se sentían enclaustradas por el poder de su amor. Cuando con manos y besos, en el silencio de la noche, alcanzaban la más dulce muerte del amor, Beatriz siempre agradecía al universo por esos cortos momentos de su bendito encierro de amor, y ella, le sonreía estúpidamente enamorada.

Preciosa y amada, la joven agachó el rostro enrojecido por la vergüenza enamorándola una vez más. Las malas lenguas negaban el amor carnal entre dos féminas, mas cómo explicarles que aquello no era pasión ni pecar, aquello era algo que los pobres de espíritu no conocerían jamás. El corazón le galopaba como el del más profundo enamorado, las manos se estiraban buscando lo infinitamente deseado, y los cuerpos se entregaban como flor a punto de estallar. Si eso no era amar, que los cielos se abriesen porque ella no deseaba conocer nada más.

—Os amo —dijo en un susurro incontenible.

Los ojos de Beatriz se elevaron y la miraron desorbitados, y a

punto estuvo de tomarla de la mano, empujarla hacia la salida, y llevarla allí donde nadie las encontrase. La hubiese besado con la pasión del verdadero amor y volar por encima del campanario central pero, como siempre, debería esperar a que la noche escondiera lo que su alma moría por gritar.

—Os amo —volvió a susurrar en esa discreta esquina, y guardando los panes en la cesta para no llamar la atención de las demás —. Os amo...

Durante años cargó con la culpa de la muerte de Lourdes, durante años se creyó un ser asqueroso, deforme y de mal proceder, mas si así fuese, ¿por qué cruzarse con Beatriz? No, el Padre Celestial no ofrecería uno de sus más maravillosos ángeles a quién no se lo mereciese.

—Nunca lo habíais dicho hasta ahora.

—Puede que hasta ahora mi cabeza no funcionase bien —. Beatriz se sonrió y Amice se rompió de tanto querer—. Os amo tanto que lo gritaría a los vientos y lo escribiría en las nubes.

—Estáis loca.

—Sí, y vos sois mi más dulce locura, mi enloquecido despertar.

—Yo también os amo.

La vocecilla de Beatriz, apenas audible hasta para ella misma, se grabó en su interior como la más fuerte y ardiente declaración.

Juntas y enamoradas recogieron la cesta y salieron en silencio hacia la calle. Allí, con el ruido de la ciudad y con el canto elevado de expertas vendedoras, ocultarían bajo el disfraz de la amistad, aquello que no debería llamarse otra cosa más que amor.

De festividades

La ciudad se vestía de color albergando a juglares que, desparramando su cantar, llenaban las calles de música. Los campesinos disfrutaban de un bendito descanso, mientras que los comerciantes lobunos, sonreían a futuras presas del comprar. Las mujeres caminaban deseosas de mostrar sus ropas aparentes, mientras ellos, ensanchando hombros, disfrutaban del paisaje femenino al andar. Los niños, esa mañana, se dedicaban a hacer aquello que como excepción se les permitía, jugar. Y es que, como integrantes de una familia, que la mayoría de las veces los necesitaban en las faenas del trabajo, disfrutaban de aquellas escasas festividades, en las que la algarabía levantaba por encima de sus cabezas. Mientras tanto, mercaderes y artesanos gritaban ofreciendo las mejores mercancías que esperaban ansiosamente vender. Y allí, entre el bullicio que alimentaba la plaza central del Zocodover, se encontraban ellas, las cofrades, las comunes, caminando con las cestas bajo el brazo, y repletas de los panes de maza que no cesaban de endulzar hasta al más amargado toledano. Sus manos se movían incansables de la canasta a la pequeña bolsa de tela, que tan bien atada custodiaban a la cintura, después de todo, de aquellas monedas dependían sus futuras libertades. Muchas grandes señoras, extrañadas y envidiosas, se alejaban pensando que, como la lepra, los deseos de libertad se pudiesen contagiar. Pasos de libertad femenina que como comunes y mujeres, en la espectacular Toledo, se comenzaban a iniciar.

Gadea, como una más, pero reconociendo en su posición noble, una actitud obligada de ser respetada no vendía los panes, mas su sonrisa amplia las acompañaba en la ardua tarea. No era de señoras convertirse en panaderas, pero nada se encontraba escrito al respecto. Como tampoco nada se escribía sobre su obligación de callar, por lo menos no en momentos como aquellos, por lo que se dispuso a halagar en voz alta aquella maravillosa dulzura de azúcar y almendras, y del cual hasta la familia Pacheco disfrutaba. Juana, cómplice de la estrategia de su hermana, aceptó el desafío de convertirse también en vendedora encubierta. Ambas, con la fuerza de la juventud, caminaron, saludaron y halagaron sin cesar a esas que, con cestas más anchas que sus caderas, no paraban de vender. En la distancia, María y las demás las miraron agradecidas.

Al menos una parte del plan salía según lo pensado, aunque conocedora de los números, sabía que aquellos dulces y sus ventas no bastaban, se sentía orgullosa de las ideas bien logradas. Necesitaban más monedas, pero seguramente las conseguirían con la venta de las joyas. Gracias al cielo que el viejo Simón, seguramente inspirado por la virgen, había recapacitado. Aquellas pequeñas piezas podrían ser

vendidas con mayor facilidad, y con las ganancias, obtendrían lo suficiente como para mantener el beaterio y ocultarían a Beatriz y Amice en alguna aldea del norte donde nunca fuesen descubiertas. Verlas en plena plaza sonreír le erizaba la piel de puro temor. Deberían irse más pronto que tarde o que el cielo se apiadase de ellas. Puede que con el pasar de los días comprendiese un poco de su amor, pero los demás, ellos estarían dispuestos a quemar antes que preguntar.

Pensar en el amor la hizo viajar mentalmente hasta ese ser despreciable al que no deseaba recordar, y que el día, insistente en su actuar, no le permitía olvidar. Hecha una bola de tanto apretar, pero sin poder deshacerse de ella, escondía la nota de papel en uno de los bolsillos de su vestido, arrugándola tanto como su sufrido corazón.

Era una tontería seguir pensando en su estúpido mensaje, pues no se trataba de ninguna declaración de amor, pero era lo único que poseía de él, y deseaba aferrarse a la idea que al menos ese tonto papel, en un momento de su vida, estuvo entre sus manos.

Lo odiaba con la misma intensidad con la que lo amaba, y lo perdonaba. Deseaba que regresase, aunque cada día, en la soledad de las abandonadas, lloraba por quien no aparecía. ¿La habría olvidado? ¿Sería que pensaba deshacerse de ella? Suspirando hondo para no permitirse una incipiente lágrima, cambió el gesto al instante de ver a su suegro.

—Veo que vuestra idea ha resultado ser todo un éxito.

—Nada sería posible sin vos.

Y es que Haym, y su gran corazón, tenían mucho que ver con la compra de grandes cantidades de almendras y azúcar a un precio más que razonable. Muchas veces llegó a pensar que si detrás de ese gran e impresionante descuento, no se hallaban las propias monedas de su suegro, pero este, hábil como solo él era, lo ocultó.

—De eso nada muchacha, lejos se encuentran mis dotes de panadero.

—Aunque no lo aceptéis os estamos muy agradecidas.

—Yo lo estoy a vos por darme motivos con los que distraerme.

Gadea sujetó del brazo a su suegro aceptando la compañía en el paseo del Rey rumbo a las tiendas de la Calahorra.

—A mi no me engañáis, mi señor, os he visto acostaros muy tarde y mirar más de una vez distraído por la ventana de vuestro escritorio.

—Veo que resulto poco intrigante —. La sonrisa de Haym le hizo recordar a su esposo y pensar porqué su marido no poseía algo más de su empatía —. Él salió a su madre —. Contestó sonriente. Gadea se sintió extrañada con el poder de su suegro al reconocer sus pensamientos, pero al instante lo acompañó en la carcajada.

—¿Nunca habláis de ella? ¿cómo era?

Haym miró el horizonte como si con aquel gesto viajara al pasado.

—Valiente, dulce, sincera, leal. Buena madre, excelente esposa y mejor mujer.

—¿Y físicamente?

—¿Queréis saber si se le parece?

Gadea asintió esperando conocer algo más de su marido y esperando encontrar respuestas a tantos huecos vacíos.

—Son como dos gotas de agua. Su mirada, su brillante cabellera, ese actuar sin pensar, todo me la recuerda. ¿Habéis notado ese torcer de labios cuando se enfurece mientras arrastra los dedos por la cabellera?

—Sí.

—Su madre también lo hacía. A veces me pregunto si ella no se encuentra a su lado.

La mirada de Haym era tan diferente al hablar de su esposa que no pudo más que observarlo con atención. El marrón de su mirada brillaba diferente, y el centro del ojo resaltaba de una forma especial. Como si en ese preciso momento, al hablarle de ella, la tuviese allí.

—Os amabais…

—Mas que a la vida, pero ella marchó sin mí.

—¿Aún la amáis?

—Nada podrá borrarla de mí. Solo espero la llamada.

—¿Por ello no os volviste a casar?

—Judá necesitaba a su madre, no a otra madre. De nada hubiese servido completar con barro húmedo el tejado derruido. Ambos supimos salir adelante, y no lo hemos hecho tan mal, ¿no lo creéis? Judá posee la mejor mujer a su lado.

—¿Y vos mi señor? ¿qué poseéis vos?

—Yo he cumplido una promesa y ahora espero mi recompensa.

—¿Y cuál es esa, mi señor?

Haym no contestó, no deseaba embarrar un corazón tan puro como el de su nuera. ¿Qué cuál era su recompensa? ¿cuál otra sería que el reencuentro?

—Querida mía, las mujeres han ido a por más panes. Las ventas están siendo estupendas —. Blanca se acercó corriendo a la muchacha y ambas se pusieron a saltar dejando de lado al fuerte de Azraq.

Haym no se detuvo en la infinita expresión de felicidad de las jóvenes, prefirió mantener la mirada fija en el morisco, quien tampoco lo esquivó. Ambos sabían muy bien lo que en silencio se estaban diciendo.

—Acompañarnos al otro lado de la muralla. En el río están realizando canoas de flores y las muchachas se acercarán con sus

cestas para vender.

—Creo que mejor no, debo regresar y no me gustaría causar problemas —Dijo Gadea poco convencida.

—Yo os acompañaré.

—Por supuesto que lo haréis —. Contestó Haym al moro que le clavó su intensa mirada.

Por minutos dudó, pero al cabo de un momento, cerró los parpados y accedió a la petición silenciosa de su nuera. Azraq torció el torso en señal de despedida, pero Haym fue más rápido.

—Azraq el azul, os agradezco que cuidéis de mi nuera.

—Un placer mi señor.

—Si Dios lo quiere, mi hijo ya no ha de demorarse y podrá él mismo hacerse cargo de tan bendito… placer.

Azraq torció la cintura nuevamente, pero esta vez con el rostro algo más sombrío. Salvador lo miró sintiéndose un poco desplazado, pero Haym lo solucionó al instante.

—Acompañad a vuestra madre y sed su protector hasta la llegada de vuestro padre.

Salvador se estiró todo lo que pudo imitando a un gran caballero y corrió junto a Gadea para enredar su pequeña mano con la de ella.

Caminando distraído hacia la casa de los Arévalo, Haym no fue hasta que chocó casi con la escena cuando llevado por los mismos demonios, se acercó y comenzó a hablar sin compasión. Aquellas arpías atacaban a la amiga de su nuera con los peores de los insultos, y eso no sucedería mientras él se encontrase presente. Poco le importaba si la joven fue o aún era una prostituta.

Las arpías callaron al instante de verlo, pero no eran ellas por quien se preocupaba sino la postura de la jovencita que se escondía tras su cesta vacía. ¿Es que nadie era capaz de meter la nariz en sus propios asuntos? La furia le dominó como nunca. Por un momento recordó que aquellos mismos que alzaban la mano marcando la línea entre lo debido y lo indebido fueron los mismos que le quitaron la vida a su amor. Imbéciles absolutos exigiendo deberes que ni ellos mismos cumplían. Con el valor de mil valientes se colocó junto a María.

—¿Muchacha os encontráis bien?

María asintió sin hablar. La vergüenza era demasiado grande como para contestar con sonido.

—Vuestras mercedes, veo que vuestra conducta intachable os da derecho a lapidar.

—Por supuesto, mi señor —contestó la de gruesos muslos y fuerte mirar— nunca he ofrecido mi cuerpo más que a mi esposo.

—Espero que vuestro esposo sea capaz de declarar lo mismo.

La mujer se llevó indignada la mano al pecho y las demás comenzaron a envalentonarse en el contestar.

—En el Pozo Amargo estamos, y pecadora, como la muerta del pozo, ella es —. Haym cerró los ojos ante tamaña estupidez.

—Señoras, solo son habladurías de un juglar.

Las mujeres volvieron a llevarse las manos al pecho, pero fue la más delgada de nariz puntiaguda la que se animó a responder.

—¿Osáis decir que en el fondo no deambula el alma de una pecadora?

Haym negó con la cabeza preparándose para una lucha estúpida.

El pozo amargo

—Os repito, la muchacha, que Dios la tenga en su gloria, no fue más que una desgraciada enamorada.

Haym se negó repetir la leyenda que toda la ciudad conocía y que tan malos recuerdos le traía. Una joven, Raquel, enamorada de un cristiano toledano, Fernando. El resto bien podría ser la copia de otras tantas historias de amor mal lograda.

—Eso sucede cuando las faldas se alzan de forma acelerada.

Las mujeres ocultaron sus sonrisas tras las manos, fingiendo malamente, una inocencia que no poseyeron ni el bendito día de su nacimiento.

—Permitidme decir que de semejante leyenda solo quedan claras las ardientes enseñanzas de nuestro señor Jesucristo.

—¿Osáis meter al divino en esto? ¡Por amor al cielo! Os creía un converso real.

Las mujeres se persignaron con celeridad, y Haym se estiró todo lo que pudo mostrando su poderío físico y material. Aquella conversación se alejaba demasiado de los propósitos de ayudar a una pobre mujer. De ninguna manera permitiría que su trayectoria se viese perjudicada por habladurías de mujeres de lengua afilada.

—No veo ninguna contradicción en mis palabras, y con respecto a las enseñanzas del maestro, quién este libre…

—Pero, “La hija que se prostituya debe ser quemada hasta morir”. Levítico 21:9

La voz del cura, acompañado de su jorobado perro, lo hicieron suspirar con lentitud deseando haber escogido el camino contrario. Lo que le faltaba a Haym era un sacerdote sodomita regalando lecciones de eficiente moralidad.

—Aquí solo existe una pobre muchacha intentando regresar a rellenar una cesta con panes de maza.

—¿Al arrabal quizás? ¿dulces tentaciones o dulces pecados?

Las mujeres rieron ante las insinuaciones del cura que dejaba claro las actividades poco claras tras las murallas.

—Pecados que ciertamente no existirían sin hombres que se lucrasen con las mancebías. ¿No lo consideráis así, exce-len-cia?

Sus palabras pegaron de lleno en el cura que comenzó a enrojecer. Por comenzar, la palabra excelencia dejaba clara su posición supletoria del gran arzobispado, rango del que ostentaba, pero con ansiosa fecha de caducidad, por lo menos para Haym. Y como segundo, zarpazo de lleno en el mayor de los pecados de la iglesia, que olvidaba rápidamente que los alquileres de aquellos antros llenaban de monedas sus arcas. No era ningún secreto que los maravedíes, placenteramente abonados por los clientes, giraban de

forma clara y directa hacia quienes en altos púlpitos las rechazaban. Graciosa forma de interpretar, “que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha”. Se dijo callando para no incrementar con leña el fuego.

—Vamos, María.

Haym ayudó por la cintura a la mujer, que apenas se movía. Aprovechando la desorientación del sacerdote, intentó terminar con la estúpida pantomima, pero su primo, recién llegado, pareció no dispuesto a callar. Y es que las pestes nunca llegaban en solitario.

—Veo que ahora os gustan las prostitutas. Y pensar que siempre mostrabais dolor por la muerta. ¿Cómo se llamaba?

—No os atreváis a nombrarla… — y aunque continuaba sosteniendo a María por la cintura, Haym sintió como sus calmadas venas comenzaban a inflamarse. Él no era hombre de lucha, y mucho menos estúpidas como aquella, pero tampoco era ningún santo. La dureza de sus manos era tan sólida como el cayo de su alma herida.

—Hubo quien me dijo de su preciosidad. Pena no haber apreciado tamaña belleza con mi propia vista… y manos.

—¡Bastardo!

Ardiente en furia se abalanzó sobre el charlatán mal nacido, pero el acompañante del jorobado, y al que no se sabría si llamarlo perro del perro, o mas bien, oso del perro, lo detuvo con el filo del puñal en el centro de su vengativa garganta.

—¡Primero os escondías tras vuestro hijo y ahora lo hacéis tras un perro! ¡Luchad si sois tan valiente como pretende vuestra asquerosa lengua!

—No os atreváis a mencionar a mi hijo.

—¡No os atreváis a mencionar a mi esposa!

Ambos se miraban con furia reluciente, y el cura continuó con su estado de algarabía.

—Y hablando de hijos, veo que al fin el vuestro ha decidido abandonar la ciudad, aunque se le han olvidado algunas de sus responsabilidades. ¿Será que ya no le complace tan bella compañía?

Haym respiro profundo, y olvidando a su ángel muerto, decidió que Judá necesitaba más de su sagaz ayuda. Contestó con rapidez, y con su calma habitual, a pesar de la rabia que por su interior circulaba.

—Mi hijo es perfecto conocedor de sus responsabilidades, no debéis preocuparos por él. ¿O será que sois vos quién lo echa en falta?

Al instante de contestar, Haym se arrepintió. Su defensa lejos de ser ingeniosa resultó ser estúpida en supremacía. El ataque anterior relacionado con su ángel, lo había dejado herido y atontado, mas su respuesta inepta no poseía justificación alguna. El cura, quién no fue capaz de reaccionar, se sintió furioso, y la mirada de fuego infernal lo

dejó más que claro.

«Maldito fuese», pensó Haym. Alimentar la furia sodomita del desgraciado no solo no tenía sentido, sino que resultaba demasiado perjudicial. Llevaba tiempo intuyendo que el excesivo odio del desgraciado ocultaba lo que realmente cargaba en su interior, mas nunca debió insinuarlo. El muy pervertido deseaba a Judá, y su odio crecía en proporcionalidad a su desventura amorosa. Odiaba a Gadea, y como no hacerlo, si la envidiada poseía al hombre deseado, cada noche en su cama. Llevaba tiempo intuyéndolo, pero no fue hasta ese momento en el que lo corroboró, y maldita fuese su mala suerte pues no eran situaciones para secretos revelados.

—Os arrepentiréis de haber nacido, vos, vuestro hijo, y los hijos de vuestros hijos.

—Tocad a mi familia…—el filo del perro volvió a empujar la garganta de Haym, pero esto no se silenció —. Matadme si queréis. ¡Hacedlo! No penséis que no os estaría agradecido, pero pensadlo muy bien. Mi hijo no tardará en llegar a vos, y os aseguro que os buscará, oh, sí que os buscará, y no será una visita agradable, os lo prometo.

—Pero ¡dónde está! —El primo preguntó chillando y de lo más nervioso. No era propio de su sobrino el desaparecer, y mucho menos dejando a su familia atrás. Todos sabían del amor a su mujer, y el entusiasmo desmedido por sus pequeños bastardos. Si Judá se encontraba fuera, era por algo importante, y rogaba que no fuese por algo que le afectase de forma directa. La tajada del negocio que logró sacarles, gracias a la muerte de Beltrán, había sido demasiado jugosa, y aunque jamás lo reconocería, se sabía menos astuto que ellos como para conseguir tamaña recompensa, trabajada con el sudor de su propia inteligencia.

—En el mercado de Medina, ¿tanto os interesa a vos también?

—¿Me tomáis por imbécil? ¿Vuestro propio hijo vendiendo telas en un mercado?

—No os tomo como nada, para ello os bastáis vos solo.

Haym movió de un golpe de muñeca el filo del puñal de su garganta, y apartándolo, se giró.

—Vamos muchacha, os acompañaré a Santa María la Blanca.

—Yo… yo… no mi señor, no hace falta.

La vergüenza de María era tan grande como su timidez. Se sentía avergonzada desde los cabellos hasta los dedos de los pies. Por su culpa se había iniciado una discusión que por poco estuvo de matar al abuelo de los hijos de Gadea. Las lágrimas intentaron comenzar a correr por sus mejillas, pero las contuvo con todo el poder del alma. Se sentía la mayor de las desgraciadas. El hombre la había salvado ya más veces de las necesarias. De solo recordar su defensa como meretriz, las piernas le volvieron a temblar, y poco pudo hacer por

caminar. Deseaba salir de allí cuanto antes y esconderse en el primer hueco que encontrase. La pena le ahogaba el pecho, y la desolación le inundaba el alma.

Cuando lentamente pasó por delante de las mujeres, junto al pozo, ni siquiera las miró, se sabía inferior, y al no haber hecho provocación alguna, seguía sin comprender el porqué de semejante ataque. Con paso atolondrado se dejó llevar por el calor de la mano de Haym que, aprisionando su cintura con fuerza, la guio. Y aunque sus dedos le parecieron fuertes, su aroma masculino y embriagador, no pudo hacer más que acrecentar su profunda vergüenza.

¿Es que nunca le permitirían olvidar? Sí, puede que en el pasado sus faldas se alzasen con facilidad, pero lo que las gargantas chillonas no sabían era que las tripas vacías de un hijo dolían más que las propias. Si hubiese sido su propia hambre, quizás se hubiese dejado morir, pero su hijo… era el hambre de su hijo, ¡es qué nadie la comprendería nunca!

—Vamos muchacha, os acompañaré.

—Mi señor, os lo agradezco. Esto, y todo.

—No hay nada que agradecer. Aquellas arpías estaban aburridas y vos fuisteis el divertimento de paso. ¿O será que también creéis en leyendas?

—No, mi señor —. Contestó a un Haym que estaba claro que intentaba distraerla con su amabilidad. ¿Creer en leyendas? ¿ella? Claro que las creía. Toda la ciudad las creía, pero bastaba que el suegro de su amiga insinuase algo para que ella lo afirmase. Después de todo De la Cruz era, inteligente, sabio, honorable, apuesto... Nadie en toda Toledo podía saber más que él.

Distraída, y con los nervios a flor de piel, la punta de su pie chocó con una piedra, y a punto estuvo de caer, si no fuese gracias a su caballero de reluciente vestimenta, que nuevamente la rescató. Agradecida sonrió dubitativa, y él aceptó su agradecimiento con lo que María creyó ser, la mayor muestra de amor recibida nunca.

El trato

Saliendo de Santander y cruzando Reinosa, después de días fuera, se encontraba nuevamente frente a la puerta de San Esteban. Con decisión atravesó una de las entradas principales de la monumental muralla burgalesa rumbo a su destino. La ciudad dormía dejando solo el sonido de los cascos de su caballo. Gonzalo, compañero de travesía, seguramente se despertaría alertado, pero no podía exigirle más. El fiel caballero llevaba tanto polvo encima como él mismo, y hasta los más fuertes necesitaban descansar. Desde su encuentro en Burgos, el fiel caballero fue su sombra protectora.

El mesón de Diego el bizco, a las puertas de la ciudad, les ofreció buen cobijo, muy a pesar del ojituerto, que al ver a ambos hombres llegar en la noche cerrada, se negó inicialmente a recibirlos. De Córdoba se llevó las medallas de haberle convencido, y él, con humildad desconocida, no quiso robarle su minuto de gloria, después de todo era bien sabido que las palabras del cordobés no eran más que huesos pelados frente a las tres monedas que ofreció al comerciante, con la mano oculta tras la espalda. Un cuarto maravedí fue el responsable de conseguir agua fresca, pan, y un caldo de gallina humeante. Y es que llevaban tantos días fuera de Toledo que no deseaba ni contarlos. Como siempre, en el mundo de los negocios, las palabras se enredaban y las respuestas tardaban días en llegar. Al fin, la impoluta trayectoria mercantil de su padre consiguió aquello que esperaba. Sus telas comenzarían a salir por el puerto de Santander rumbo a Flandes. Sólo quedaba terminar de ultimar detalles con la cofradía de los Caballeros del Santísimo y Santiago de Burgos. No les temía, pero les respetaba. Una vez le mostrase a el caballero Rodríguez Velazco el acuerdo firmado en la costa cántabra, este no haría más que aceptar lo reglamentado y permitirles el paso.

Si su padre se encontraba en lo cierto, el puerto de Sevilla ya no sería una necesidad para ellos, y esperaba que se encontrase en lo cierto, porque aquello sí que sería una buena patada en el culo para su tío, y por Dios bendito que lo deseaba tanto como el respirar. Aquel sapo de malas aguas se encontraría con puerto, pero sin comercio, pensó al presionar los papeles que tan bien custodiaba en su pecho. Allí, bajo su casaca, no solo se protegían los acuerdos con los conversos para iniciar la ruta por el norte sino también la participación de los Caballeros y los Pacheco que se unirían en el inicio de un gran comercio con Flandes.

Tenía las posaderas tan duras que ya ni las sentía, y las piernas, esas no sabían lo que significaba caminar, pero se bajó del caballo junto a la casa del cura, al lado de Santa Catedral Basílica de Santa María, para dirigirse allí donde lo esperaban. Admirado se distrajo

unos minutos en ver como artesanos incansables, elevaban las inmensas agujas de la torre, de la que sin dudas sería una de la más magnificas catedrales del reino. Era demasiado temprano y seguramente le hiciesen esperar, pero no importaba, ultimados los detalles regresaría al hogar. Su hogar. Necesitaba verla, abrazarla, y amarla hasta dormirse agotado sobre su cuerpo. La necesitaba tanto como el alma o el respirar. Debía volver. Quería volver. Rascándose el agotamiento de los ojos ató la yegua y golpeó el portal de Rodríguez. Allí le esperaba la última gestión como Alonso de la Cruz, luego volvería a Toledo, y sería el Judá que ella necesitaba.

Los malos caminos, el polvo, y el excesivo tiempo sin hablar, le llevaron a comprender que el silencio estaba sobrevalorado. Quería regresar y escucharla. Deseaba descubrir su última tozudez, sonreiría al provocarla, y rezaría ante los peligros de su temeridad. Divertido al recordarla, borró el gesto al instante en que la inmensa puerta de madera se abrió.

—Podría estar muerto —Judá le habló sarcástico después de salir de la casa de el cofrade y descubrir a De Córdoba junto a la yegua. El caballero parecía enfadado, pero el brillo tras su mirada le indicaron que era un farsante. Y es que llevaban demasiadas batallas juntos como para engañarse.

—Quizás si hubieseis sido más prudente vuestro culo no correría peligro —. Judá sin pensarlo se carcajeó con ronca voz mientras subía a su caballo —. ¿Entonces ya está?

—Sí.

—¿Volvemos a casa?

—Eso si vuestros músculos de niña no necesitan seguir durmiendo.

—Creedme señor, cuando pienso en el hogar lo que menos deseo es dormir.

Judá se rio nuevamente, pero esta vez junto al caballero, que estaba claro que deseaba regresar junto a su joven esposa tanto como él.

—Entonces acelerad el paso. Si vuestros músculos no protestan podríamos llegar en siete días.

Judá comenzó a cabalgar a trote rápido, pero De Córdoba lo adelantó mientras a grito pelado contestaba divertidísimo.

—¡Qué sean seis mi señor! Eso si vuestro culo de mula os lo permite.

Gonzalo cabalgó a toda marcha riéndose ante un Judá que, levantando polvo tras él, se situó junto al caballero con el viento peinándole la negra cabellera.

—Sea, amigo mío. ¡Qué sean solo seis!

«Gadea…», se repitió en la mente una y otra vez. Maldita bruja a que la amaba hasta con la última gota de su aliento. Esa mujer lo perdonaría y volvería a sonreír. Por Dios y por Santiago que así sería, pensó apretando con fuerza las espuelas.

El trote y el poco descanso los llevaron a cumplir sus promesas, y seis fueron exactos los días en los que consiguieron llegar a casa. Toledo se vestía de fiesta, y aunque sus vestimentas no eran las adecuadas, se dejaron envolver en la entrada por la risa de los agricultores que, como niños, festejaban la vendimia. Los juglares hacían de las suyas, entre historias y exageraciones, conseguían arrancar los entusiasmos de muchachas que soñaban con un mundo más allá de las murallas. Aunque le parecía un imposible, estirando el torso marchó intentando verla. Llevaba tanto tiempo sin admirar su rostro que la desesperación de su cuerpo le reclamaba a voces tenerla a su lado. Anduvieron entre tenderetes y caballeros y damas, pero no hubo suerte. Nadie de su familia se encontraba por aquellas calles. Un tanto preocupado, preguntó a Don Diego el tabernero, quien siempre era poseedor de buena información, y éste les comentó que las muchachas estarían admirando el espectáculo de las canoas, en el río. También les informó sobre los deliciosos panes de maza en venta por las mujeres y lo ricas que se harían.

Extrañados, pero solo hasta cierto punto, ambos pusieron rumbo hacia la puerta de Bab Shakra, y la verdad es que en un principio creyeron exagerada la información del mesero, pero al llegar y ver tan gran número de personas con un extraño dulce en las manos, la preocupación les comenzó a embargar a los dos. Estaba claro que esa idea de negocios solo podría provenir de un par de mujeres, y ambos sabían de quienes se trataban. La venta en fiestas no estaba prohibida y ellas no corrían peligro, pero de aquellas dos nunca se sabía.

Entre paseantes pegados como hormigas, caminaron con las riendas de cuero en la mano, hasta que el suspiro de Gonzalo le indicó que él había tenido mayor suerte. Y es que, a pocos metros de allí, Juana caminaba en compañía de una de sus amigas. La muchacha atraída por, tal vez, el llamado del amor, alzó inconsciente el rostro y, al comprobar que su fiel caballero se encontraba frente a ella, corrió hacia él. Ambos se abrazaron de forma poco adecuada, pero el exceso de visitantes encubrió lo que ante el mundo podía parecer algo indebido. Sin poder hablar, y mientras los enamorados se abrazaban, Judá casi se puso en punta de pies para buscarla. Ella debería estar por allí. Juana nunca se separaba de su hermana. Miró, remiró, y volvió a mirar, pero nada. Ninguna de todas aquellas mujeres era la suya. Casi al borde de romperse los nervios, se alzó sobre una piedra

intentando encontrarla, y al parecer la suerte lo encontró a él. Gadea, su esposa. Tan bella que quitaba el aliento. Su melena se sujetaba en una gran trenza. Parecía algo cansada, y aunque lo disimulaba con una inmensa sonrisa, él la conocía demasiado bien como para ver más allá de donde los simples observaban. Enamorado y agotado se dedicó a espiarla en la distancia. Era tan amable que todos se detenían para dedicarle unas palabras, y aunque no la escuchase debido a la distancia, sus gestos la delataban. Tras cada sonrisa y saludo, casualmente aparecía una de sus "cofrades" vendiendo uno de esos panes de maza. ¿Cómo puede ser tan lista?, pensó orgulloso de quien sabía que no se merecía, pero que amaba hasta la locura. El tiempo en soledad le llevaron a comprender que la vida era una total basura sin ella. Los días entre polvo y senderos le descubrieron la única verdad. Beltrán ya no estaba, su primo escogió su vida y su muerte, y él escogería la suya. Los tiempos de culpas se habían acabado. Su familia se encontraría segura, y su amor también, pensó al vislumbrar a Azraq el azul acercándose a ella con un botijo de agua.

Los ojos se le cerraron cuando algo parecido a música comenzó a sonar. A pesar de la distancia, las intenciones del Azul se mostraban claras, y aunque atragantado por los celos, decidió esperar. Necesitaba comprobarlo con sus propios ojos, o morirse, o matarlo o matarse, no sabía bien ni a quien asesinar. Gadea, le sonreía, y eso le lastimó mucho, demasiado, y aunque hubiese querido rugir al ver su negativa al baile, le proporcionó algo de tranquilidad. Aunque no mucha. Sabía que era un estúpido por imaginar semejante sandez. Gadea lo amaba y no lo engañaría, pero maldita fuese la endemoniada sonrisa del morisco que no se le borraba del desgraciado rostro.

—Os lo agradezco, pero no deseo bailar.

—Pues os perdéis de disfrutar al mejor bailarín de toda Castilla.

—Lo imagino —contestó divertida— pero a decir verdad solo deseo terminar con las ventas y regresar a casa. Ya debería estar allí.

La voz de Gadea sonó añorante y Azraq preguntó aquello que no deseaba pero que no pudo contener.

—¿Lo echáis de menos? —. Ella no respondió, no hizo falta, la tristeza en su mirada lo hizo por ella —. Tengo un amigo muy afortunado. Mujeres como vos no abundan. Sois más bella que todas las bellezas y más pura que todas las purezas. Si yo…

—Por favor no sigáis —suplicó con sinceridad apenada en la mirada —. No deseo perder a un buen amigo.

El Azul asintió con un subir y bajar de pecho profundo. No debió dejarse llevar. No era de caballeros honorables expresar tal sentimiento, y mucho menos a la esposa de un amigo, pero allí radicaba la diferencia entre el amor y la razón.

—¡Salvador!

El niño, que nunca se separaba de su mano, la soltó para alejarse a toda prisa hacia el gentío. El tumulto la hizo perderlo al instante y preocuparse por él, pero Azraq, como siempre, la consoló.

—El pequeño sabe cuidarse. Seguramente fue en busca de algún amigo. Regresará pronto, ya todos saben que él jamás se mueve lejos de su madre.

Agradecida por el consuelo y suspirando cansada, se sentó sobre una piedra y disfrutó del espectáculo que veía delante. Ninguno de los dos volvió a hablar, y aunque la tensión se podía cortar, prefirió permanecer allí. Azraq era un buen hombre, pero ella no era mujer de amantes o por lo menos no de esa clase de amantes. Su marido era el único dueño de sus suspiros, y de sus pesares, y aunque mucho llorase por él, no lo engañaría. Ella era una señora, una noble, una mujer honorable y una loca enamorada.

En la distancia la vio sentarse, parecía cansada. Deseoso quiso correr a su lado, pero algo lo detuvo como poste. Miedo, cobardía, pena, no estaba seguro, y es que él en eso de los sentimientos no era bueno. No se sentía fuerte en la zozobra, ¿entonces por qué no corría a sus brazos y se la llevaba lejos para amarla hasta agotarla? Quizás porque se había comportado como un patán, o quizás porque no fue capaz de enviarle una simple nota. Pero qué podía escribir más que “Esperadme”. Qué otra cosa podría decirle más profunda que aquella. Escribir versos lo hacían los trovadores charlatanes, sin embargo, ¿cuántos hombres pedían que los esperasen aquí y en el más allá? Bien, puede que no pusiese lo del más allá, pero estaba claro, ¿dónde más sería? Se dispuso a caminar hacia ella cuando un pequeño de cabellos revueltos, haciéndose hueco a golpe de hombros, se abrió paso hasta encontrarle de frente y clavarle la mirada. Orgulloso y feliz al sentirse descubierto, se agachó con los brazos abiertos, provocando que el niño se lanzase el último tramo a toda carrera sobre él. Entusiasmado, Salvador lo abrazó con pasión y exceso de admiración.

—Hijo mío, también me alegra veros. Os veo más alto —comentó revolviéndole el cabello.

El pequeño se rio mientras señalaba con la mano la dirección donde se encontraba Gadea.

—Lo sé —contestó poniendo rumbo hacia quien deseaba de todo corazón que lo estuviese esperando.

Esperadme

Los pasos se le tornaron demasiado lentos, y mucho más al adentrarse entre el gentío que, deseoso de continuar la fiesta, se acercaba a la rivera para presenciar las canoas decoradas con candelabros y un colorido exultante de flores. Y es que en Toledo no eran comunes tales suntuosidades, como mucho las del corpus que distaba bastante de aquella gran celebración. Tal vez un acto de agradecimiento a los cielos, o expresión de la alegría por la recaudación de brillantes monedas aquí en la tierra gracias a la vendimia. Fuese lo que fuese, poco le importaba a Judá. Unos cincuenta pasos le separaban de ella y atropellaría hasta a los caballeros y sus caballos para alcanzarla. Ella, rosal perdido en un barrizal, le llenaba los deseos de esperanza y la vida de dulce sentido.

El corazón cabalgando descontrolado a medida que el rostro de la mujer amada se empezaba a vislumbrar, le provocó un intenso sudor de manos. Como un joven principiante se miró la vestimenta lamentándose de su mal aspecto. El polvo del camino, y la urgencia por tenerla, le hicieron olvidar esas superficialidades que a ella tanto gustaban. Con rostro disgustado se acarició la barba notándola demasiado larga para su costumbre, y para la tierna piel de la muchacha, porque por Dios bendito que pensaba estrecharla contra su cuerpo y besarla hasta exprimir el último aliento de su ser. Necesitaba escuchar ese sonido a tierno lamento que suspiraba al acariciarla. Ese dulce quejido de mujer satisfecha que realiza justo un minuto antes de apoyar la cabellera sobre su pecho. La necesitaba al completo, toda ella. Con sus sonrisas y sus lamentos, con sus sandeces y su inteligencia, con sus verdades y sus locuras. La amaba a toda ella. El conjunto de tierna comprensiva y bruja hechicera. Así era es esposa, así era su Gadea. Suya y solo suya, pensó al creerla la mujer más hermosa entre toda la cristiandad.

Cuando no quedaban más que veinte pasos, y como si ese hilo que el Dios creador unía a los enamorados se estirase, Gadea alzó la mirada. La barbilla se le alzó temblorosa y él hubiese deseado volar para acariciarla y detener cualquier dolor que la hiciese dudar. Se sabía el peor de los maridos y el más desastroso de los hombres, pero no podía más que vivir con las reglas que se le presentaban. Él más que nadie deseaba borrar las penas, huir hacia las montañas y desaparecer con ella de la mano allí donde las intrigas y los juicios no les alcanzasen, pero aquellas ideas estúpidas de trovador entusiasmado no pertenecían a la tierra en donde el Padre dictaba las normas, y ellos, hijos del pecado, acataban.

Con las esperanzas en los labios se detuvo para observarla. Deseaba, allí, en las distancias cortas, grabar aquella imagen celestial

que no merecía pero que cuidaría con la fiera garra de los osos. Manantial de bondad, ella ofrecía vida hasta al más muerto.

Tiempo le llevó comprender que como hombre no era más que un peón jugando a ser divinidad. En algunas veces se ganaba, pero que en otros cientos se moría. Y Beltrán, digno maestro de enseñanzas olvidadas, le recordó con su muerte que los destinos se escribían con la tinta del Padre Creador. Su primo lo sumió en la desesperación y la culpabilidad, pero aquello no volvería a suceder. Nadie en el mundo existiría más que ella. La amaría hasta que la vida se le escapase de las venas, y cuando eso sucediese, su alma volaría a los cielos con el corazón lleno de ese amor, que poseedor de inmensas alas, viajaría hasta el momento que sus propios espíritus se reencontrasen.

La muchacha sonrió levemente, temblorosa, y casi de forma imperceptible, mientras él agradeció al Señor por su espera, porque aunque no hablasen, sus manos apresando sus faldas, y ese brillo de alegría femenina en la mirada, así se lo demostraron. Dispuesto a esquivar a los cientos de personas, movió la mano con fuerza sobre el hombro de un hombre que molesto le increpó pero que no mereció su contestación ya que serían segundos que le robaría a su reencuentro. Con una sonrisa de estúpido, y de la que no quiso ponerse a analizar, empujó a cuanto hombre y mujer se encontraba delante sintiendo que apartando a unos pocos estúpidos más, la tendría en sus brazos. Ella, como noble señora, educada en la profunda fe cristiana, se puso de pie esperando su llegada, aunque la conocía demasiado bien como para no reconocer en la tensión de su cuerpo los deseos locos de correr hacia él. Dispuesto a ser quien se abriese paso, se movió con premura, pero maldito fuese su buen oído. Las risas en la distancia, y la imagen de las mujeres cantando y ofreciendo los dulces le obligaron a desviar un segundo la atención de su mirada. Unos segundos que, aunque demasiado escasos para algunos, resultaron demasiados para una mentalidad tan avispada como la suya. Jurando por todo lo alto, y reclamando al cielo un poco de bondad, se detuvo en el sitio. Exclamando y maldiciendo a todos, y detenido en la más importante de sus marchas, elevó la mirada para suplicarle.

Ella lo esperaba. Estaba allí. Unos cuantos pasos más y la tendría en sus brazos. La sujetaría por la cintura, la subiría a su yegua y la raptaría hasta más allá de los robles. Una vez solos, y con el único sonido del agua del Tajo al bajar, la besaría hasta que perder el aliento. Acariciaría su rostro y rozaría su cuello hasta enloquecer sobre sus redondeados pechos.

—Por los clavos de Cristo —dijo cerrando los ojos sabiendo que aquello era lo que debía. Se prometió que a partir de aquel momento su felicidad sería lo único por lo que viviría. Pero por ella debía hacerlo —. Esperadme… —susurró al aire esperando que en la

distancia Gadea lo comprendiese.

La mujer se tensó, pero no con espera de amor, sino con nervios de incomprensión, y él, aunque en la distancia, no solo la comprendió, sino que maldijo con todas sus fuerzas.

Sin comprender, Salvador, que viajaba sobre sus hombros, en un momento estaba en las alturas para al siguiente ser bajado a tierra por los fuertes brazos de su padre. La multitud casi lo pisa, pero el converso alzó la mano para detener en seco el cuerpo de un gordo borracho, mientras mirándolo a los ojos, le habló con su voz más profunda de lo habitual.

—Decidle que la amo y que me espere. ¿Lo haréis?

El niño, con la mano alzada cruzó dos dedos en señal de prometido. Su padre se giró hacia la derecha y se perdió entre la multitud, que se movía para presenciar el desfile de la aclamada mujer más bella de las fiestas. Salvador, que, aunque pequeño nada tonto, lo observó hasta que lo vio perderse junto a borrachos y mujeres de mala vida. Sin saber porqué, pero listo para cumplir con su deber, corrió hacia su madre. De baja altura como era, se escabulló entre las piernas llegando hasta Gadea que, como estaca de caballo, permanecía inmóvil mirando hacia la distancia donde él se había perdido.

Buscando su atención le tironeó las faldas, pero no fue hasta el cuarto tirón cuando ella lo miró. Su joven madre tenía los ojos cargados de lágrimas a punto de explotar, y él sintió la desesperación de los mudos. Deseaba decirle que no se preocupase, que él la amaba, se lo había dicho pero aquella fácil tarea para algunos era una guerra de obstáculos para él.

Desesperado por calmar las penas de la mujer que amaba como a una madre, movió las manos demasiado acelerado. ¡Madre! Dijo moviendo los brazos hacia el corazón con rapidez. ¡Madre! Volvieron a gritar sus movimientos apresurados. Él os ama. Dijo moviendo el dedo desde donde se había perdido Judá hacia su corazón. Tres veces movió los brazos y las manos, pero ella no parecía comprenderle. Las lágrimas, dispuestas a ganarle la partida, le inundaron la cálida mirada. Con la furia de la incomprensión, tironeó nuevamente de sus faldas para decirle con las manos llevadas desde la distancia al corazón y luego hacia ella… Él os ama madre, os ama…

—Yo también os amo.

No. ¡No! No era él quien la amaba. Sí, bueno, él también la amaba, pero el mensaje era del Converso, su padre. Rabioso intentó explicarse nuevamente o mover los brazos con otras señas, o lo que fuese para explicarse, mas el moro fue más rápido. Con un movimiento demasiado brusco lo alejó de su madre para colocarse él a su lado. Con los ojos entre cerrados tuvo que aceptar la derrota, porque, aunque intentase volver junto a ella, las piernas del morisco

eran como columnas de catedral. Altas, inmensas y duras.

Su madre, presa de quien sabe qué, se puso a llorar frente al morisco que, aunque sabiendo que aquello no era lo debido, la abrazó y acarició la espalda mientras ella lloraba en su pecho. Molesto, golpeó las pantorrillas de un moro que ni se inmutó. Estaba por comenzar a patearlo para que la soltase, para reclamarle que aquella era su madre y que su padre pronto vendría, pero esta vez las manos de un caballero más conocido, y al que apreciaba, lo detuvo. Gonzalo de Córdoba y su mujer se encontraban junto a él, y al igual que él miraban atónitos la escena de desconsuelo. Juana se acercó a su hermana, quien al sentirla cerca, al instante cambió el duro torso por el tierno pecho para llorar como cuando eran niñas.

—Se ha marchado. Me ha abandonado.

Juana abrazó a su hermana mientras mirando por encima de la cabeza habló en dirección hacia de Córdoba.

—¿Cuánto más daño piensa hacerle?

—Yo…

Gonzalo no contestó porque no poseía explicación. Aquello no tenía razón alguna. Él, desde la distancia, también pudo ver como Judá cambiaba de rumbo para perderse hacia, ¿dónde? ¿y por qué? Nada de aquello poseía sentido. Judá llevaba días viajando para poder estar junto a ella. Días en los que apenas descansó y noches en las que casi no durmió. Si apenas comieron con tal de no descansar, ¿qué estaba pasando?

—Volvemos a la casa —. La voz de Juana sonó autoritaria.

—Señora, permitidme que sea yo quien la acompañe. Tengo un caballo y si rodeamos la muralla por las afueras llegaremos antes.

Juana, quien al principio se sintió indecisa, al instante aceptó la propuesta del Azul. Gadea debía regresar cuanto antes y no alimentar con su pena los chismes que continuamente se cernían sobre ellas.

—Hacedlo, hermana. Pronto estaré con vos.

Gadea sin decir nada se dejó guiar por los fuertes brazos del moro, mientras Juana habló con seriedad a un atónito Gonzalo.

—Hablaré con las demás para continúen con las ventas. Ofrecedme unos minutos.

De Córdoba sin contestar la dejó marchar, y la verdad es que ni siquiera escuchó lo que ella dijo, pues su mirada no dejaba de observar la ancha mano de Azraq sosteniendo la pequeña cintura de Gadea al guiarla. «¿Qué demonios estaba pasando?»

Salvador, que al igual que él miraba celoso la escena, pateó una piedra llamando su atención.

—Sí, ya somos dos a los que no nos gusta nada. Será mejor que los sigamos de cerca.

No sabía donde estaba Judá ni porqué se había marchado, pero

sí sabía dónde estaba Azraq y su mano. Solo un ciego no vería el deseo en la azul e intensa mirada. Salvador, con sus continuos tirones a la chaqueta pidió permiso para quien sabe qué, y él accedió, después de todo se encontraba demasiado ocupado en vigilar al moro.

Su esposa Juana, preocupada por su hermana, corrió para alcanzarlos, mientras que él se lo permitió. ¡Y por supuesto que se lo permitió! Puede que Judá no estuviese allí para cuidar de sus intereses, pero él lo haría. Sería sus ojos, sus manos y sus puños si hiciese falta, después de todo eran familia, y a la familia se la protegía por encima de todos, incluso del moro, se dijo con los dientes apretados.

Bajo el cielo de la noche

Escondida tras la columna esperó el momento oportuno. Los movimientos de una casa, demasiada despierta, no le permitió escabullirse. Aburrida se mantuvo oculta entre el gran poste de piedra y las gruesas cortinas de color vino. «Que suaves», se dijo al sentirlas rozarle el rostro. ¡Y cómo para no serlo! Es lo que tenía ocultarse tras el telón más costoso de toda Toledo. Con pesar observó que la claridad aún se encontraba presente en la sala, y aunque era normal ante semejantes calores del final del verano, elevó la mirada al techo para suplicarle al altísimo que aquella noche llegase más pronto que las anteriores. Después de un intenso día vendiendo mazapanes debería encontrarse agotada pero muy por el contrario esperaba que la oscuridad de la noche llegase de forma urgente, y ocultase una esencia que, aunque a todos desagradaba, a ella le hacía soñar más allá del despertar.

«Debí traer el bordado», pensó divertida frente a la pesadez del aburrimiento. «O quizás debí regresar más tarde cuando acabase la llantina». Y es que tanto María como Gadea lloraron por horas, y sin consuelo. La primera por algo que nunca pudo explicar, y la segunda, de ella ya se sabía demasiado como para encima preguntar. En un principio intentó expresar lo adecuado, sin embargo, sus palabras inexpertas, no serían bien recibidas por lo que prefiero callar, porque de todos era bien sabido que, donde las lágrimas abundaban, las amigas discretas se necesitaban.

Durante largo tiempo se encontró sentada escuchando a una joven que no cesaba de preguntarse el porqué. Ignorante en algunos asuntos, tuvo que aceptar que de este asunto exactamente no conocía ni la mitad del sermón. El converso giraba como argolla de caballo en el total del monólogo, y es que no era para extrañar. El hombre a veces parecía el más enamorado, en otras, sin embargo, desaparecía cual ladrón ante la picota. No le extrañaba el mareo de la pobre Gadea.

Hombres, seres que ni sus madres comprendían. Y por ello es que su corazón siempre se enfocó en las mujeres. Ellas sí que eran la expresión física y moral de la verdadera bondad, de la belleza por encima de la simplicidad, «ejem, bueno, puede que sólo algunas», pensó con su desparpajo habitual recordando a ciertas arpías que mejor olvidar. «Sin embargo la mía…», proclamó para su interior y sin sentirse avergonzada. Después de todo, solo sus pensamientos la escuchaban, y ellos no lapidaban.

Con pena, y mirando el telar del cortinado pegado al rostro, se lamentó de aquello ante lo que tantas veces se rebeló. Hoy, tras una gruesa tela esperaba por aquello que nadie aceptaba. ¿Se creían todos

esos que la juzgaban que si pudiera evitarlo no lo hubiese hecho ya? ¿pensaban que le gustaba esconder lo que solo al corazón pertenecía? El primer beso de Beatriz le insufló vida. Los demás… esos representaban el único sentido del despertar. ¿En verdad no podían comprender que lo ellos llamaban lascivia no era más que el resultado de la conjugación del verbo amar? No, por supuesto que no lo comprendían, cómo entenderían de amores quienes con odio señalaban.

Envuelta en sus pensamientos, Amice dejó pasar el tiempo hasta que la casa se silenció al completo. Con el corazón latiendo temeroso de ser descubierta, caminó en punta de pies hasta el pasillo. Con temblor de susto, y de amor, tiró del picaporte y respiró profundo al encontrarlo destrabado. Y es que todos los días rezaba a la virgen, con el más intenso fervor, suplicando que ella no se arrepintiese.

Con las esperanzas y el corazón a toda velocidad, entró y cerró, el oxidado picaporte. Girándose despacio se deslumbró al encontrar a la más bella entre las bellas. La joven, sonriente y tímida, la esperaba. Bendita fuese la vida, y la noche, que ambas dos ofrecían y ocultaban lo más puro del sentir.

—Os amo.

Beatriz le susurró con los labios silenciosos, y ella sintió como el pecho se le ahogaba ante el gozo de la verdad. El maravilloso cuerpo, cubierto por una fina camisa, e iluminado por una única vela por detrás, traslucía la perfección de la creación. Y es que Beatriz era así, perfecta en cuerpo, alma y entrega.

—También os amo.

Las palabras brotaron libres y sin pensar, algo no habitual entre dos mujeres, pero todo a lo que a ellas se refería viajaba por senderos desconocidos. Recién presentadas el flechazo las hizo amarse sin caricias, escondiendo tras la amistad aquello que los cuerpos se morían por reclamar, mas ahora, después de la descubierta realidad, ni la mentira más grande escondería tanto despertar.

Con pasos en completa armonía la una con la otra, se acercaron abriendo los brazos para dejarse llevar. Sus cuerpos chocaron y sus pieles se rozaron en un dulce compás. Las manos acariciaron el rostro de la otra y las lágrimas nacieron emocionadas. ¿De pena? No, aquello no era pena, sino un inmenso sentir. Sin ninguna delicadeza, y puede que con un pequeño deje de rabia, Beatriz le arrancó el velo de novicia dejando la corta melena a la vista. ¡Debéis rasurar las tentaciones! Decía la madre superiora, y allí se encontraba, con la cabellera rasurada, pero con la tentación dispuesta a pecar.

Avergonzada de su poco atractiva apariencia agachó el rostro sintiéndose horrible ante tanta belleza, pero Beatriz, su dulce Beatriz, le rascó la cabeza acompañándola de un tierno beso en la frente. La

una inició la primera caricia, la otra la acompañó. La una entregó el dulce beso, la otra la siguió. Ambas, entre arrumacos de profunda sinceridad, se acompañaron hasta el lecho, que cómplice, junto a la nocturnidad, les prometió que nada haría por delatarlas.

Las vestimentas viajaron hasta el suelo y los cuerpos se rozaron despertando al amor, pero a ese amor de verdad. Ese que reemplazaba con besos a las eternas promesas, ese que ahogaba con suspiros los altaneros juicios de moralidad. No, aquello no era lujuria. La lujuria no se elevaba con alas del verbo amar, pensó Amice en el último instante en el que fue capaz de razonar.

Mientras en el cuarto al otro lado…

Con la noche cerrada, y la única luz de la luna entrando por la ventana, besó su frente dormida. La noche no podía ser más perfecta. Juana lo recibió con tanto amor que aún le dolía el cuerpo, pensó De Córdoba al no creer lo que en estos momentos poseía. Juana lo quería y él la amaba, estaba totalmente convencido de ello. Los días separados le resultaron horribles y mortalmente aburridos. La muchacha era un inmenso costal de problemas, pero de lo más entretenidos.

Desnudo y sin complejos, se acercó a la mesa para servirse una copa de vino y mirar por la ventana. La ciudad se encontraba totalmente a oscuras, pero ahora, algo más relajado que al llegar, y gracias a las efectivas caricias de su mujer, volvió a recordar al converso. ¿Habría regresado ya? Con la efusión de la necesidad se olvidó de él, pero ahora, nuevamente con el razonar en actividad, intentó comprender el porqué de su actuar.

Sabía que Judá amaba a Gadea, eso no era ningún secreto ni para él ni para nadie, ¿entonces por qué marchó hacia el bullicio de la ciudad? Nada tenía sentido, sin embargo, cuando del converso se trataba, las aparentes tonterías poseían un profundo pensar, por lo tanto, si su conocimiento no le fallaba, y estaba seguro de ello, algo no iba bien. ¿Algo que el converso habría visto en ese momento? ¿O quizás algo que le ocultó durante todo el viaje? ¿Pero qué?

El relinchar de un caballo a poca distancia lo obligó a ponerse en alerta y mirar hacia abajo. Aquellas no eran horas de visitas. Estrechando la mirada esperó hasta reconocer al protagonista de la extraña actividad nocturna entrando al patio. «¿Dónde demonios os habíais metido? se dijo al ver como el amigo bajaba del caballo y se sacudía el polvo. Estaba claro que había cabalgado por rato, ¿pero a dónde? ¡y por qué! Ambos bromearon durante el largo viaje de regreso diciendo que no subirían a un caballo por días. Aquello carecía de lógica.

—¿Gonzalo?

La dulce voz de Juana lo envolvió por la espalda al igual que sus manos, y De Córdoba se olvidó de su señor, cuñado y amigo. Mañana se preocuparía. Esta noche se lo debía a ella. Ambos se lo debían. La había extrañado y deseaba demostrárselo. Su mujer, comprendería de una vez por todas que él la amaba y que poco le importaba su fertilidad. Alzando el brazo para no lastimarla se giró para envolverla en su calor. Ella dudaba de sus sentimientos, y él lo sabía. Juana era terca y desconfiada pero no por propia voluntad. Su padre siempre la ignoró, y respecto a su madre… ella demasiado tenía con ser quien era.

Bajo el ala de Gadea ambas crecieron cuidándose y fortaleciéndose la una a la otra. Ellas se protegieron como única familia, pero eso ya no era así, y su esposa debía aceptarlo. Con el amor que se demuestra sin palabras le sujetó la barbilla y la acercó a sus labios. Ambas bocas se rozaron con lentitud, disfrutando del momento. La desesperación del recién llegado había sido saciada, y ahora les tocaba profundizar en el letargo dulce y tranquilo del amor que se deja llevar. Besos suaves, delicados, tranquilos, como el manantial en una mañana primaveral. Caricias que comenzando en los labios viajaban por el cuello sediento ante el tocar.

Sus cuerpos, desnudos como el primer día, se rozaron y la chispa comenzó a encenderse, una vez más. Cariñosa como la que más, empujó de sus labios y él le permitió que dominase el momento. Sus labios indiscretos lo acariciaron por el cuello mientras él se agachó para allanarle el camino. Con pasión lenta lo poseía y con paciencia extrema él se dejó guiar. Deseaba ser ese hombre que ella necesitaba. Quería ser su confianza, su deseo y su dulce despertar. Lo deseaba todo para ella y para esta unión. Durante años no tuvo nada y ahora ella se lo brindaba todo. Qué más podía pedir un caballero cuya única pertenencia era ella y solo ella.

Con alegría, pero de esa que brota del espíritu gratificado, la abrazó y olisqueó su aroma reconociendo que el amor de los juglares existía. Podía parecer un estúpido, y no deseaba que nadie lo descubriese en semejante levedad, pero por amor al cielo que juraba que en uno de sus besos se sintió volar. Dispuesto a continuar, la sujetó por la cintura, y con los pequeños pies en volandas, la llevó hasta el lecho. Las sábanas, aún calientes de tanto amar, se abrieron nuevamente ante quienes no podían esperar por más.

Entre tanto en el silencio de la primera planta…

Sucio hasta las barbas se dirigió al subsuelo de la casa para utilizar los baños. Por aquellos lugares no era nada habitual semejante

atrevimiento, pues era bien sabido que los baños eran consideraos por la Iglesia como propio de judíos y moros, pero su cuna le enseñó que, cuerpo limpio, mente pura.

Con un cubo y jabón se quito el polvo y el sudor que llevaba encima. Olía a cuero, caballo y demasiados días, pero su urgencia por llegar al hogar le hicieron olvidarse de cualquier refinamiento, mas ahora, en su casa, aquellos detalles parecían importantes. Puede que fuese eso o que temía entrar al cuarto de su esposa y ser rechazado, y es que aún podía recordar su mirada al verlo marchar. La había lastimado y eso le hizo sentir fatal. ¿Sería que aquella mujer nunca confiaría en él? Tuvo sus razones y ella debería comprenderlas, y sin preguntar, se dijo frotándose el cuerpo con mayor intensidad.

Solo deseaba volver a tenerla y olvidarse de todo lo demás. Después del nacimiento de sus hijos no la había vuelto a poseer y las manos le ardían de necesidad. Se secó, y con ropas limpias, atravesó la entrada a la sala para chocarse con un joven que salía a toda prisa.

—Yo…yo… vuestra merced sea bienvenido —dijo el muchacho corriendo nuevamente rumbo a las caballerizas.

Negando con la cabeza, y olvidándose de sirvientes impertinentes, caminó rumbo a su destino. Un destino que dado la circunstancia con la que se encontró en su propia sala, junto a dos velas encendidas y unas piernas cruzadas, debería esperar.

Amigos

—Veo que habéis terminado con eso que os mantenía tan ocupado.

—¿Porqué estáis en mi casa?

Las buenas pretensiones quedaron junto al agua sucia del baño. Ahora, frente a su amigo, y apenas iluminado con dos velas desgastadas, el rostro de Judá se convertía en granito frío y áspero. El moro, con la barba espesa de días, y la mirada perdida en la copa de vino, no dejaba lugar a dudas sobre la inmensa tormenta que en él se desataba.

—No ha cesado de llorar.

—¿Por qué estáis en mi casa?

—Sufre por vuestra culpa.

—No os daré más oportunidades.

—Nada ni nadie la consolaba.

—¡Qué hacéis en mi casa!

—Maldito desagradecido. ¡Llora por vos! —El moro saltó del asiento y ambos se enfrentaron aliento contra aliento.

La fuerza de sus respiraciones presagiaba un mal final si uno de ellos no ponía freno ante semejante incongruencia, y al parecer ninguno de los dos se encontraba dispuesto a hacerlo. Como lobos en busca de terreno se miraron con una frialdad desconocida entre ambos. Ellos nunca habían discutido, o no por una mujer, sin embargo, allí se encontraban, él uno, delimitando sus lindes ante el otro que deseaba saltar muros y atacar en una plaza no permitida.

—Maldito seáis, Judá, ¡es que no sabéis siquiera valorar aquello que no merecéis!

—Creedme que lo hago, y os recomiendo no poner mi paciencia en juego, porque mataría por ello.

Azraq arrojó la copa contra la chimenea sin percatarse que aquella no era su casa y que podía ser apuñalado por semejante afrenta, mas ya nada le importaba. Quizás un corte directo y certero en la yugular le ahorraría sufrimientos. ¿Cuál de todos? ¿el de la vida o el del desamor? Puede quizás que con el primero se liberase de todo incluido el de su sentimiento traidor. Traidor al amigo, y al hermano, al que con su mirada oscura y endiablada no hacía más que defender aquello que le pertenecía.

—Sufre —dijo con la resignación de quien sé sabe perdedor antes de haber luchado.

—No es a vos a quien debo explicaciones.

—Por todos los santos ¡cabeza de mula! ¿Es qué no sois capaz de ver más allá de vos mismo?

—Aclarádmelo vos si tan tosco me creéis. Yo solo veo una visita

que debió marcharse hace tiempo y una preocupación que a vuestros huesos no debería roer —. Los puños del converso se cerraban hasta el dolor y no sabía cuánto sería el tiempo que podría seguir conteniéndolos, mientras Azraq se giraba dándole la espalda para no darle la razón.

El converso poseía la verdad, pero su amor le circulaba por la sangre con la misma intensidad que la desesperación. No existía forma de detenerlo. Aquel mes a solas con esa mujer lo hechizó hasta hacerle perder la comprensión.

Ella no le pertenecía, pero solo Alá sabía que lo intentó. Mil veces y una quiso desterrarla allí donde los sentidos no le alcanzasen mas la endemoniada lo enloquecía. Amor, locura, pasión, embrujo, desolación, destrucción, todos sinónimos del mismo mal.

—¡Por qué! —Judá perdía la paciencia y el autocontrol— ¡Contestad! O por Dios y por mis hijos os lo juro que es la última vez que lo pregunto. Qué - hacéis - en - mi - hogar.

—Protegerla —contestó sin pensar.

—No necesita de vos ni de vuestra protección —contestó con los dientes apretados.

—¿Ah no? ¿Y qué sabéis vos de eso? Lleváis dos meses fuera sin ocupar el lugar que os corresponde. ¡Un verdadero esposo no deja a su mujer a merced de cualquier chacal!

Judá sintió las venas estallarle y el corazón rompérsele en mil pedazos. Sin ofrecerle a la esposa el poder de la duda se abalanzó contra el amigo para incrustarle contra la pared mientras su daga le presionaba el cuello.

—¿Y vos sois uno? Contestad, a-mi-go. ¿Poseo un zorro dentro de mi propio rebaño?

El aliento gélido movió la barba de Azraq que, sin temor ante la presión del puñal en la nuez, no le apartó ni una vez la intensa y azul mirada.

—Os ama a vos.

—Esa no es respuesta a mi pregunta.

La daga temblaba tan al borde del cuello del moro que, si respirase con apenas un suspiro mayor, esta le rajaría la carne sin molestarse. El codo izquierdo, como en todo buen luchador, presionaba el cuerpo apresado, aunque el converso sabía de la resignación de su amigo, porque de no ser así ambos estarían rodando por los extensos suelos de la sala. Azraq se dejaba dominar y aquello solo significaba una cosa. Deshonor.

—¿Porqué estáis en mi casa? —dijo rogando al cielo no tener que asesinar a un segundo hermano.

Las venas le palpitaban de rabia y el corazón de dolor. Un amigo y dos traiciones. La suya y la de su mujer. Sólo pensar en Gadea

en brazos del moro lo hizo revolverse en su propia acritud. La idea de perderla en otro cuerpo era dolorosamente insoportable. Dios no le permitiese escuchar aquello que no podía aceptar.

—Ella es vuestra en alma, y en cuerpo —. Contestó sabiendo que aquella era la respuesta buscada.

Pudo haber mentido, pudo haberla ensuciado, después asesinar a Judá, para luego raptarla, pero su amor era tan sucio ni deshonroso. Con la mirada ya sin ganas de pelea miró al suelo esperando la compasión de la daga liberadora mas esta no abrió carnes. El converso, insultando a todos los santos, lo empujó para luego lanzar el puñal por los aires y clavarlo en la madera que bordeaba la chimenea.

—Moro asqueroso, cómo os atrevisteis…

Por una parte, se encontraba satisfecho al sentirse el único hombre de su mujer, pero por la otra, la derrota en la mirada del amigo gritaba una verdad a voces. La amaba.

Ambos se quedaron cada uno en un lado de la sala sin hablarse ni pronunciar palabra alguna. Cada uno envuelto en sus propios temores, no sabían si existía algo más que confesarse. Ambos amaban a la mujer, pero también amaban la amistad que nunca sufrió grieta alguna hasta aquél preciso momento. El silencio competía con los pensamientos que cabalgaban como jinetes desbocados.

Judá sabía que ante cualquier otro, ahora no estaría pensando sino más bien ordenando llevarse el cadáver de su casa, mas aquél no era un bastardo cualquiera, aquél era Azraq el azul, amigo fiel, compañero de batallas y juergas de niños. ¿Cuántas veces se protegieron el culo? Incontables. ¿Cuántas conquistas compartidas? Innumerables. ¿Cuántos hombros apoyados? Demasiados. ¿Cuántas vidas se adeudaban? Y cómo no hacerlo.

—No debisteis. Somos hermanos.

La voz de Judá sonó seca y tosca pero casi sin fuerzas. Apenas llevaba unos meses desde la pérdida de su primo como para sufrir una segunda decepción. Si fuese otro se hubiese lanzado a llorar como un niño indefenso, sin embargo, él mejor que nadie sabía esconder y disimular aquello que a su corazón quebraba. Dos hermanos, dos traiciones.

—Si de algo os sirve mi palabra, os juro por la amistad que nos une, que lo pensé, más la unión que nos profesa me detuvo.

—¡Callad! Callad —dijo cerrando los ojos y negándose a escuchar —. Sois un maldito traidor. Bastardo sin honor esperasteis mi ausencia para atacar, y quién sabe más.

—Juro que os comprendo y no me pienso justificar, pero no la insultéis a ella con vuestras dudas. Esta culpa solo a mí pertenece. No comprendo cuál es su poder, mas reconozco que cosas como la sonrisa o la bondad en ella se tiñen de un carisma especial. Sé que no merezco

vuestra atención y que estáis en el derecho de desangrarme como a un cochinillo, sin embargo os he esperado por la única solución.

Judá se tensó esperando lo que fuese. Puede que Azraq desease una justa honorable o una lucha en algún callejón oscuro. Aquello no le importaba, después de todo no era el temor lo que a sus nervios tenía acostumbrado. Más miedo le daba el perderla a ella que a la vida. Si el Azul buscaba su lugar, se lo debería ganar.

—Marcho de la ciudad —. Confundido, Judá tardó un buen momento en comprender —. En Granada seré bien recibido.

La mano del converso comenzó a rascar su propia barba de forma instintiva. Aquello estaba bien, era lo correcto, pero entonces ¿por qué le dolía ver partir a Azraq tanto como la muerte de Beltrán? El moro era un traidor, un bastardo enamorado de su mujer ¡Porqué demonios lastimaba tanto! ¿Quizás porque se conocían desde cuando sus cabezas apenas comenzaban a levantar del suelo? El morisco caminó con lentitud hacia la puerta como si las piernas le pesasen. Cada paso se llevaba el tiempo de una amistad que quedaba detrás.

—¿Sabe que la amáis? —Azraq se sonrió sin ganas.

—¿Tan cerdo me consideráis? No, nada sabe, aunque su inteligencia es fuera de lo normal. No tardará en ver más allá.

Judá asintió reconociendo en su esposa aquél poder. Gadea era un ser superior en lo racional, moral y en humanidad.

—¿Qué haréis en Granada?

—Todo… nada… olvidar…

—¿Y vuestra hermana?

—Cuento con vos para protegerla. Ella no debe pagar por mis errores.

—Sea.

El moro caminó hacia la puerta sintiéndose la más rata entre las ratas, pero no podía hacer otra cosa. Aquella era la única solución con una pequeña cuota de dignidad. Si continuaba en Toledo la contención no le duraría por mucho tiempo. Le gustaba la esposa y amaba a la mujer. Gadea había sido formado de una costilla diferente a la de Adán. Una muy distinta a las demás. Era cuestión de tiempo que traicionase al amigo y raptase, conquistase u obligase a la joven. Lo que fuese con tal de ser el centro de sus necesidades. Granada, tierra de moros, se encontraba lo suficientemente lejos como para calmar las tentaciones y quizás, quién sabía si hasta conseguir olvidar. Amor, que vestido de inocencia lastimaba tanto como el más afilado puñal. Calor ardiente que, quemando con placer, congelaba en la soledad. Viento avasallante que derribaba muros infranqueables y convertía bestias indomables en perros de hogar, y amigos en deshonra mortal. Con el corazón resquebrajado por el amor no conseguido, y el amigo perdido, se detuvo en el marco de la puerta

para sin girarse decir aquello que debió declarar hacía mucho tiempo.

—Lo siento.

Azraq el azul salió por la puerta y no fue hasta que lo supo fuera del hogar, cuando Judá arrastró con el brazo la jarra y unas frutas de encima de la mesa haciéndolas volar contra la pared.

Furioso, defraudado y desgarrado presionó su propia cabeza con las manos hasta que el dolor de sus propios dedos le hiciesen olvidar la pérdida del único hermano que le quedaba. Agotado de tanto batallar se dejó caer en la silla con los ojos brillantes de lágrimas que comenzaban a borrar casi tres décadas de la más sincera y profunda amistad.

Mi necesidad

En cuclillas tras el marco de la puerta se presionó las rodillas buscando en su propio calor algo de comprensión. Sabía que aquello de escuchar tras las puertas un día le traería disgustos, y como se decía en los pueblos, para ejemplo, la muestra. Aquí se encontraba ella nuevamente, tratando de masticar un pan duro y a medio cocinar.

Engañarse con que todo aquello la tomaba de nuevas sería engañarse a si misma, y su cabeza ya no estaba como para mayores cargas. Su marido se encontraba al otro lado, sentado en una silla, perdido en sus pensamientos, y ella, no se encontraba con más claridad. Después de mucho llorar por no sentirse amada, ahora sumaba nuevas lágrimas a un torrente que parecía nunca acabar. Por su culpa dos amigos se distanciaban. «¿Dos amigos? ¡Dos hermanos!» pensó ahondando en su propio remordimiento. Sin saber cómo actuar, y paralizada por la falta de valor, se refugió en el silencio de los cobardes y el pensar de los apesadumbrados.

Las imágenes le volaban en la mente como gaviotas desorientadas incapaces de conseguir el rumbo. Deseaba encontrar solución a lo escuchado pero la respuesta no llegaba. Por un momento estuvo a punto de intervenir en aquel delirio y detener al amigo en la huida, ¿pero qué diría sin empeorar aún más su situación? En aquellos lugares a las mujeres se las sentenciaba primero y preguntaba después, y ella no se encontraba tan bien parada como para arriesgar. A decir verdad, eran pocas las veces en que se encontraba en buena posición ante los ojos del esposo, después de todo, la cantidad de errores cometidos y veces rescatada, era más numerosa que las verrugas en la vieja Francisca.

En la soledad de su cuarto momentos antes se sintió engañada, traicionada y hasta desesperada, pero ahora, al observar desde su escondite al esposo apenado, los sentimientos rodaron de cruel verdugo a lastimoso culpable. ¡Sí! Y a muy culpable. Culpable por pensar lo peor de quién siempre la protegió, culpable de quién le salvó la vida en más de una ocasión, culpable de no esperar y juzgar antes de saber. Culpable de ser como aquellos ignorantes a los que tanto criticaba.

Sujetándose las rodillas, por primera vez entre muchas, se puso en el lugar del marido. Judá no era hombre de engaños, por lo menos nunca con ella. Él nunca le mintió. Siempre fue sincero. Sus palabras, en más de una ocasión, pecaban más de puñaladas directas que de caricias engañosas. Hombre de honor como pocos, llegó a asesinar a quién más amaba con tal de aliviarle dolor, porque bien era sabido que si no apuñalaba a Beltrán, una muerte más lenta y penosa le esperaba.

Judá estuvo mucho tiempo fuera, y aunque mucho lo extrañó, Haym jamás se cansó de explicarle que necesidades familiares lo alejaban. Y puede que esa misma tarde se ausentase al verla en la fiesta de la vendimia, ¿pero le permitió explicarse? No, porque ella siempre conjeturaba primero. Desconfiada hasta del aire que la acariciaba, aprendió en el hogar que los sentimientos se borraban o mataban, pero nunca demostraban. «Tonta…» Buscó desesperada en sus pensamientos la propia salvación mas no la encontró. Judá siempre actuó con amor y protección, en cambio ella, ¿qué le ofrecía más que disgustos? El envenenamiento, la hoguera, los asesinatos en el horno de pan, por no decir las escapadas con disfraz o las joyas sin entregar. «¡Por amor al Padre!» Si debía existir alguien que desease matarla o desconfiar, debería ser él.

Esa tarde no fue más que una mujer cegada por los celos, que sin esperar, sufrió por lo que no conocía. «Tonta mujer», se repitió indignada. Al otro lado su marido sufría por una pérdida de la cual ella sí era causante. Puede que no intencionalmente pero sí físicamente. Azraq confundió amistad con amor y de aquellos errores estos sufrimientos. Respirando profundo, y con el frío del suelo penetrándole por la planta de los pies, se puso en camino intentando dominar los miedos. Como toda noche de verano toledana, la temperatura era magnífica, sin embargo ella sentía los dientes del alma castañearle con fuerza. No sabía si él la aceptaría, mas como que se llamaba Gadea Ayala y pese al desesperante miedo al fracaso, lo intentaría. En la lejanía del hogar puede que su marido se refugiase en el calor de otros cuerpos mas aquella travesía estaba terminada. Como esposa estaría a su lado y lo acompañaría en el dolor, como mujer, lo amaría en la pasión de quién lo arriesga todo.

Valiente como pocas, pero asustada como muchas, dejó caer la capa que cargaba por encima de los hombros y se dirigió a su encuentro. Con la espalda recta y la cabeza altiva, anduvo unos pasos hasta llegar a mitad del portal donde se detuvo para quebrarse al mirarlo. Atormentado, Judá se presionaba la cabeza entre las manos. Los codos, apoyados en las rodillas, actuaban de soporte a un hombre que siempre demostraba entereza, y que sin embargo, allí, en la silla de la sala y con la luz de la luna atravesando la gran ventana, lo delineaba como a un hombre agotado.

Decidida a ser su manantial se acercó con paso lento para darle su espacio y la oportunidad de rechazarla si así fuese su deseo. Ocultando la pena de verlo tan devastado se detuvo a solo un paso. Él podía sentirla cerca, sin embargo nada hizo por alzar el rostro. ¿Estaría llorando? Quizás sí, aunque conociendo a Judá, las lágrimas del alma nunca le llegaban al rostro. Acostumbrado a las penas, construyó su propio y grueso muro, en una frialdad que nadie podía

atravesar sin su permiso.

Sin hablar esperó, después de todo él siempre reconocía la presencia de extraños mucho antes, incluso, de verlos. Expectante, se mantuvo en el sitio. Las manos le ardían por acariciarle la cabellera que caía hacia el suelo y le cubrían el rostro, pero se contuvo. Era tanto lo que deseaba decirle, que las palabras se le atascaron en el cerebro, y aunque se moría por hacerlo lo conocía demasiado bien como para saber que el silencio era el más sabio de los apoyos.

Después de lo que ella consideró una eternidad, las anchas manos amadas se soltaron de la cabeza para estirarse tímidas.

—Os necesito.

Las manos abiertas y alzadas le abrieron un camino que no dudó en recorrer. Con apenas dos pasos se lanzó a sus brazos de forma desesperada. Él la envolvió al instante como si desease capturarla para siempre. Como si el contacto de su cuerpo le hiciese comprender. Gadea, enamorada como la que más, estrechó la parte superior de su espalda mientras besándole la cabeza, decía aquello que las palabras callaban. Lo había extrañado hasta el dolor, y aunque no supiese ni la mitad de sus razones, las que conocía eran suficientes como para mantenerse abrazada a su lado por el resto de la eternidad. Judá, sentado y envolviéndola al completo por la cintura, apoyó el rostro sobre su vientre mientras ella, como amada abnegada, peinaba la azabache melena. Sabía que aquel gesto le provocaba alivio, y se quedaría allí hasta que las piernas no la aguantasen.

—Os he echado tanto de menos.

Las palabras revotaron anhelantes en su vientre.

—Y yo sin vos pierdo la razón —. Contestó con la misma sinceridad de la que fue receptora.

Y al parecer su esposo también necesitaba de tan refrescantes palabras porque sin esperar la tironeó para sentarla sobre sus piernas y acercarse a su boca con ardiente deseo. Los labios de uno chocaron al instante con los del otro buscándose enloquecidos. Las lenguas se acariciaron mareadas reconociendo el sabor de la vida en la humedad del otro. Su cuerpo joven y ansioso se pegó al calor del hombre que no llevaba camisa, y lo estrechó hasta sentir la presión de sus cuerpos, y es que llevaban tanto tiempo separados que aquello ya no era necesidad sino loca obsesión.

Judá olía a jabón, agua y deseo, ella a amor por él y sólo él. Restregándose a su torso mientras lo besaba se olvidó de cualquier vestigio de culpabilidad. Puede que la Iglesia prohibiese semejantes actos, después de todo las caricias solo se justificaban para la procreación, pero en momentos como aquél echaría por los aires las leyes, las enseñanzas, y a la santísima madre del creador. Allí, en aquella sala, solo existían dos poderes, el de la pasión y el del amor.

La mano callosa de su hombre se acercó a su cuello para presionarla aún más contra la boca, y ella bebió de su ser. Judá deseaba en cada beso absorberle un alma que gustosamente ella entregaba. Tonto de él, que buscaba en una superficial caricia, aquello que ya poseía.

—No sé vivir sin vos —susurró ronco mientras se alejaba para besarle el cuello en su total longitud.

Envuelta en un mundo de sensaciones dejó caer la cabeza hacia atrás para ofrecerle total y completo acceso. Cada caricia, cada beso, cada roce, era ungüento sanador para sus miedos. Todo se olvidaba, todos se perdían.

—Yo no he vivido sin vos.

Con una sonrisa silenciosa Judá alzó la mirada por encima de sus pechos para contestar con esa picardía que enamoraba hasta a la más santa.

—No parecéis muy muerta.

Divertida al saberse responsable de al menos una pequeña cuota de su alegría, le enmarcó el duro rostro entre sus suaves manos, para contestar con la más inmensa cuota de amor.

—Vuestros besos curan y reviven a la vida. Mis miedos de vuestro olvido son nada junto a vos.

La mano del hombre se acercó a los pómulos y delineó el contorno de su mejilla al hablar.

—¿Olvidarme de vos? Estáis en mis sueños de noche y en mis pensamientos de día. Raro es que la locura aún no me acompañe. No hubo camino en el que no os recordase, ni lecho en el que no os evocase.

—Pero habéis visto mujeres… —dijo no pudiendo acallar la tristeza de los celos.

—Muchas, pero ninguna llegó más allá de los buenos días. Señora mía, ¿qué es lo que buscáis que confiese? —Tímida inclinó la mirada hacia el suelo, pero Judá la volvió alzar empujándole la barbilla hacia él —. No confesaré pecado no cometido. Es a vos a quien esperaba. ¿Tan poco confiáis en mi amor? Puede que sea un hombre, pero no por ello soy un animal. Os esperé y así siempre será.

—Judá…

La boca de la mujer se abalanzó sobre su marido y él la recibió feliz de sentirla cada día más libre. Su cristiana esposa ya no contenía sus sentimientos y eso lo excitaba hasta la locura.

—Gadea.

Los susurros del nombre del uno se sucedían al del otro entre besos y caricias que se descontrolaban en el actuar. Con un rápido movimiento Judá se puso en pie, pero con ella en brazos y sin separar ni una vez los labios de la dulce miel.

Con los brazos sujetándose con fuerza, la joven lo envolvió por el cuello, mientras él, respirando del aliento de su amada, caminó con pasos inseguros hacia el cuarto. En un momento ambos se sonrieron al encontrarse chocando con cada puerta encontrada, pero lejos de distraerse, Judá continuó besándola mientras ella con sus piernas envuelta a su cintura, se sostenía con fuerza. De una patada el esposo abrió la puerta, y con otro puntapié la cerró. Un ligero traspié, y el miedo a que ella cayese, lo obligó a apoyarla sobre la pared. Con la espalda segura en la fuerte mezcla de adobe y piedra, y las piernas envueltas en su cintura, Judá podía sentir la presión del húmedo cuerpo sobre el suyo. Sin la voluntad como para continuar el camino hacia el lecho, aprovechó el apoyo para mordisquearle los labios.

—Lo siento… no puedo esperar —dijo buscando algo de comprensión —. Os deseo tanto que el cuerpo me duele más que tras una crucifixión.

—Tomadme.

La autorización ronca de deseo de su esposa le quebraron cualquier cuota de razonamiento que aún le quedase. Ella lo besaba con la misma pasión arrolladora que la suya, por lo que, sosteniéndola con la propia fuerza de su ancho torso, se liberó del cordón de sus pantalones hasta dejarlos caer.

Una vez libre la sujetó con fuerza por la cintura y terminó de alzarle la fina camisa que estorbaba. Con la necesidad de los hambrientos, empujó su cuerpo con fuerza contra la pared, pero su locura no era tanta como para olvidarse de su seguridad, por lo que introdujo su áspera mano entre ella y la dura piedra. Si alguien saliese lastimado nunca sería ella. Nunca ella.

Gadea, presa de la misma desesperación, lo envolvió con toda la fuerza con la que sus muslos fueron capaces, mientras él se alzaba en la punta de sus propios pies intentando penetrarla con el grosor de su profundo deseo. Desesperado por llegar más allá de lo humano le mordisqueó los hombros, y ella respondió arañándole la espalda al compás del susurro de su nombre. Aquellos rasguños, lejos de lastimarle le incendiaron hasta el respirar. Enloquecido por los días sin ella, y por el posesivo sentimiento de ser su único dueño, empujó una vez y otra y otra más hasta sentir que sus gemidos inundaban la habitación al completo. Deseaba amarla y marcarla. Tenía que demostrarse y demostrarle que no existía otro dueño de su amor más que él. Nadie, ni cristiano ni moro le ofrecería más que su converso judío, nadie.

Os amo, ella repetía una y otra vez alimentando una pasión que ya no conocía límites. Con la ceguera de los que desean hacerse inmortales en el corazón amado, y con una fuerza brotada desde el interior del ser, la sostuvo por la cintura para en un movimiento

brusco girarla sobre sí misma. Con la mejilla apoyada en la puerta, y la espalda a su completa disposición, preguntó agitada.

—¿Esposo?

—¿Confiáis en mí?

—Mi vida os doy —contestó con el honor de las grandes mujeres.

Con el corazón rebosante de amor, y el ardiente de deseo a flor de piel, sostuvo con una mano su cintura mientras en esa posición, la penetró más allá del cuerpo. Agitado la hizo suya como si fuese la primera vez, y es que tener a su esposa de espaldas, y totalmente sometida a su voluntad, lo volvió loco de placer. La joven jadeaba al sentirse completamente llena, y él jadeaba al sentir llenarla por completo. Con cuidado de no lastimarla, pero sin poder contenerse, mordisqueó su espalda mientras su cadera buscaba liberarse de meses de locura y desesperación.

—Judá… Judá…

Nunca consideró su nombre como algo a destacar, pero ¿qué podía suceder más maravilloso que escucharlo entre lamentos de placer en los labios de la mujer amada?

Sin aguantarse ni un momento más empujó con fuerzas para darle a ella esa pequeña cuota de placer final necesitado, y a él la liberación ansiada.

—Os amo —. Repitió una y otra vez agitado liberando su esencia —. Os amo.

La larga cabellera desparramada en su torso lo cubría mientras poco a poco se calmaba su respiración. Feliz por sentirse en casa le acarició la espalda con suavidad. Dormida, después de una noche deliciosa, se dejó arrastrar por los brazos de Morfeo, y aunque él se encontraba agotado y terriblemente saciado, se negó a cerrar los ojos. Quizás por temor a estar viviendo un sueño del que no deseaba despertar o quizás porque simplemente no deseaba separarse de ella ni siquiera en el descansar. Y es que era tan bella en su exterior como en su amar, se dijo al rascarle suavemente esa delicada curva por encima de la cintura.

Después de llevar rato alimentándose de su paz, el cansancio lo dominó, y cerrando los ojos, la acompañó allí donde ella se encontrase.

Vos y yo

—Siento haberos despertado

—Siento no haberos permitido dormir.

Judá respiró profundo rogando al autocontrol que hiciese acto de presencia o por el amor al cielo que se lanzaría nuevamente sobre ella. Y es que ese tinte bermellón en sus mejillas acaloradas lo alteraban mil veces más que los grandes pechos de la más experta meretriz del arrabal.

Bien cierto era que después de la intensa noche entre adormecimientos y vuelta a comenzar debería sentirse satisfecho sin embargo aquello distaba mucho de la realidad. Era como si al hundirse en su calor la respuesta de los cielos a todos los males se le presentase. En su suave piel, se relajaba, y en la humedad de su cuerpo, revivía. En momentos como aquél en los que su cuerpo la penetraba, la paz de los ángeles se le reencarnaba en el alma. Los besos de Gadea alimentaban, pero no como la codorniz en salsa de limón, lo de esa mujer no era una comida al uso, lo suyo superaba la magnificencia de cualquier cocinero. Los astrólogos mencionaban a las estrellas como mapas divinos del creador, los sabios de la Escuela de Traductores mostrarían al Picátrix como el mejor de los logros, sin embargo, ni la cocina, ni la ciencia, ni las letras podrían jamás comparar nada como el sentimiento de volar, caer y volver a despegar. No, ninguno de ellos comprendería jamás que las sábanas blancas de lino poseían todos los secretos del hombre y su humanidad.

Ella, tan pura y femenina, aún se sonrojaba al acariciarlo, y él, como tonto enamorado al que los ratones le comieron la lengua, no fue capaz de explicarle que llevaría los arañazos en su espalda como tatuaje de honor.

—¿Os he lastimado?

—Mujer, aún no sé cómo podré contenerme. Creo que saldré a la calle sin camisa solo para mostrar a todos los hombres de Toledo que yo, y solo yo, soy el fruto de vuestro deseo.

—¿Os reís de mí? —Dijo ofendida queriendo dejar de rascarle la cabellera, pero él la detuvo con la presión de su ancha mano.

—Seguid, cuando me peináis siento un leve cosquilleo que me alcanza la punta de los pies.

—El cabello es tan grueso como vuestro cuerpo y tan negro como el más fuerte semental…

Los halagos de su mujer comenzaron a despertarle nuevamente, y aunque deseaba darle un respiro, cuando ella se pegó a su torso para unirle al peinado unos ligeros besos, el diablo que llevaba dentro lo envío directo rumbo a la incontinencia. Ella era su mujer, él su hombre, ¿por qué esperar? De forma inesperada la sujetó por la

cintura para posicionarla justo encima de su ansioso y expectante cuerpo.

—¡Judá!

El chillido de asombro al verse inesperadamente transportada se unió a la sonrisa victoriosa que le dominó el rostro al comprobarse dueña de su total reaccionar. Como niña mala, y mujer aún peor, ajustó las piernas a los lados y estiró el torso como experto jinete. Ella se creía con poder y él se sintió encantado de dárselo. Ni en sus mejores deseos hubiese imaginado que su cristiana esposa disfrutase con el poder del control. Gadea Ayala no cesaba de sorprenderlo y enamorarlo. La amaba más que a cualquiera que conociese en el ayer, y con respecto al futuro, sin ella no tenía siquiera razón de existir.

Sabia, como ella sola, se mostraba en su total esplendor permitiéndole que admirase el femenino estado de desnudez. Consciente del poder que ejercía en su masculino deseo, echó la larga cabellera caoba al lateral, dejando los redondeados pechos ante su mirada que la comía a bocados. Incapaz de contenerse acercó las manos callosas para acariciarla y comenzar tan dulce placer, pero ella no solo lo detuvo, sino que lo aferró con fuerza por encima de la cabeza.

—¿Pensáis que podéis detenerme?

Judá se dejó dominar a sabiendas que su fuerza no era superior a la de una pequeña ardilla. Gadea jugaba, y él llevaba demasiados días sumido en las dudas de su pérdida como para detenerla. La muerte de Beltrán, los amoríos de Azraq, por no hablar de la sequía por culpa del parto, resultaban demasiados inconvenientes como para aguantar.

—Me habéis dado el mando.

Y tanto que lo había hecho.

—Señora, poseéis un esclavo a vuestra total y completa disposición. Pedid y os lo daré.

Gadea se mordió el labio pensando en como podría utilizar semejante poder, y él se tensó deseando colaborar ante tamaña decisión.

Los dedos de la joven abandonaron sus muñecas, pero él no se movió. Se encontraba extasiado en los temblores que le provocan los dedos al rozarle el torso. Por cada centímetro que su mano viajaba con lentitud hacia la cintura, el cuerpo se le incendiaba como fogata de herrero. Poderosa y malvada, se inclinó para besarle los labios con inocente pasión. Deseoso e indomable suplicó por más, pero ella no se entregó. La dulce boca besaba y se alejaba provocándole un loco desespero.

—Mujer por favor… —dijo intentando no tumbarla bajo su fiereza.

Ella no sólo lo ignoró, sino que continuo con ese martirio que lo haría alcanzar el éxtasis sin siquiera haberse sumergido.

Dios, aquella mujer lo mataba con los delicados mordiscos en el cuello. Deseoso de colaborar, e inconsciente de sus actos, movió las manos para llevarla a su cuello y obligarla a prolongar el beso, y a punto estuvo de conseguirlo cuando le susurró con la necesidad de una débil conquistadora.

—Permitidme que sea yo quien os posea.

Suspirando con fuerza retornó las manos a los lados, y aguantándose el ardiente deseo, aceptó la petición sin pestañear. Se había prometido ser todo lo que ella quería que fuese, y lo sería.

—Por vos.

La mirada de Gadea brilló con una cuota tan elevada de agradecimiento, que como cobarde tuvo que cerrar los ojos antes de romper su promesa y amarla hasta que le suplicase piedad.

—¿Os gusta esto? —Preguntó como si existiese algo de lo que ella hiciese que no le incendiase hasta él último rincón de piel.

Creyó, en su delirio, haber contestado, mas no sabría si lo hizo, porque al sentir los delicados labios viajar más allá de los límites de lo que algunos llamaban moralidad, lo dejó perplejo y excitado como toro salvaje. La lengua femenina lo degustaba con timidez y con ligero roce, mientras que su cuerpo temblaba como volcán en tierra de sajones. Asustada quiso detenerse.

—Por favor, seguid…

La voz grave de siempre se transformó en una que ni él mismo reconoció. Ni ante el más temeroso caballero suplicó jamás, sin embargo, allí, con su dureza férrea dentro de la melosa boca, la voz apenas brotó.

—Deseabas poseerme, no os detengáis ahora, os lo ruego, soy vuestro. Tomad las riendas de vuestro poder y hacedme vuestro más humilde caballero. Os acompañaré donde me llevéis, os lo juro.

—¿Me deseáis?

—Más que a mi vida.

El torso ancho del hombre subía y bajaba, cuando la mujer en su completo dominio, lo saboreó como el mejor de los alimentos. Gadea era tan fresca y ardiente a la vez, que el cuerpo se retorcía bajo su posesión. Labios cargados de miel acariciando la piel humedecida por lenguas de pasión. Carne endurecida dejándose guiar por los movimientos que, como olas, lo arrastraban mar adentro. Bendito placer y doloroso bienestar sentirse conquistado por una conquistadora. Las gotas delirantes de sudor le humedecieron la frente, y los puños se aferraron a las sábanas cumpliendo con su honorable palabra. Ella lo dominaba, y él se dejaría dominar, e incluso hasta morir las mil muertes, y puede que una más.

—Por amor al cielo.

Carraspeó al sentir la fuerza de la carne húmeda presionándolo contra el paladar. Pasión bendita que, ganando las batallas de la moralidad, viajaba con los practicantes incansables del verbo amar. Como hombre volaba con el deseo, pero como amado agradecía semejante oportunidad.

Envuelto en el manto con el que ella lo cubría hasta enloquecer, gruñó molesto al sentir como lentamente abandonaba sus atenciones. Dispuesto a elevar su queja por todo lo alto, apenas si pudo hablar al sentir como se posicionaba nuevamente a horcajadas, para guiarlo ella misma con su preciosa mano, allí donde solo él conocía. Deseoso de colaborar elevó las caderas alcanzando la más diminuta profundidad. Ambos gimieron como si fuese la primera vez, y es que cada vez era una primera. Gadea comenzó a moverse con el torso estirándose hacia arriba, y él acompasó el ritmo admirándola con la locura de los idiotas enamorados.

—Sois tan bella.

En otros tiempos, el antiguo Judá no hubiese esperado ni un momento para liberarse, pero en esta realidad, aquello resultaba estúpido. ¿Quién desearía acabar con aquello que no debería terminar jamás?

Los labios rosados e hinchados de tanto besar se abrieron buscando respiración, y con el control de los más fervientes guerreros, se dispuso a esperarla. Ella se posicionaba como líder en su batalla, y él se mataría a si mismo si le quitase semejante privilegio.

Con los puños aferrados en su pequeña cintura le dejó libertad de movimientos rogando al señor que le permitiese controlar. Espero y esperó hasta que ella, descompuesta ante semejante placer, tembló desde la cabeza hasta lo más profundo de su interior. Tres fueron los espasmos agitados hasta que se dejo caer, y entonces sí, ocupando el lugar que hasta el momento había cedido, la giró sobre el lecho para ser él quien ocupase el lugar de conquistador. Con la mirada perdida, su mujer se dejó llevar permitiéndole moverse con total libertad. El empuje era tan potente que no tardó en sentirse nuevamente mujer y acompañarlo en su propio placer.

Libre de actuar, le sujetó con fuerzas las delicadas caderas, y la poseyó como león ante ratón. Hubiese deseado que aquello no terminase hasta mucho después, pero el trabajo anterior de su esposa lo dejó sin armas con las que luchar. Su paciencia contaba con un hilo a punto de romperse. Desesperado de necesidad, empujó apenas una docena de veces hasta sentir como el torrente de su cuerpo buscaba derramarse en el de la amada. Aún moviéndose con extrema necesidad pudo notar como la pequeña cavidad lo presionaba con suaves espasmos, y entonces ya no pudo más. Gruñendo hasta sentir que su

cuerpo se vaciaba en su totalidad, agradeció al señor encontrarse en el hogar. Luego, la vista se nubló y solo fue capaz de moverse a un costado para caer derrotado ante el sueño del amor. Esta vez fue Gadea quien, intentando velar sus sueños, lo acariciaba, pero se encontraba tan divinamente agotada que, recostándose sobre su torso, aceptó el abrazo fuerte como protección.

Con el amanecer, en la Primada…

—Mi querido Sancho, espero buenas noticias porque os juro que no estoy para fracasos.

El jorobado tragó en seco, pues si el sacerdote de buen carácter era insoportable, con malo era muy doloroso, pensó al acariciar el último latigazo de su gruesa vara en el brazo.

—Sí, mi señor, tengo muy buenas noticias. El converso se encuentra de regreso.

—¿Estáis seguro de ello?

Sancho asintió con la cabeza gacha simulando humildad, aunque con disimulo intentaba descubrir la verdad. Algo le pasaba al brillo de la mirada del sacerdote al hablar del converso, y bien era sabido que, tanto el odio como el amor rodaban por los mismos caminos del Señor.

—Maldito desgraciado, lo haré pagar.

Sancho lo miró caminar molesto y presionando la vara de madera con fuerza. El hombre andaba por la habitación nervioso e insultando a todos los vientos, y él esperó hasta que se calmase, después de todo, siempre era así.

Cansado y deseoso de ser liberado de su presencia allí, aguardando el permiso del cura para retirarse, cuando su protector se giró pudo ver lo que hasta el ciego vería. Bajo la larga túnica del sacerdote se alzaba una erección tan altiva y potente como poste de castillo recién construido. Con la mirada perdida hacia el púlpito de la majestuosa catedral, enfocó sus más profundas plegarias al altísimo, porque si del odio del sacerdote siempre nacía hierba mala, de su deseo nacía más veneno que de esos raros hechiceros musulmanes.

Ojo por ojo

—Judá… —No sabía si lo hacía por molestarla o por divertirse, pero lo cierto era que llevaban un día completo encerrados sin permitirle salir de la habitación —. ¿Mi señor, es que acaso pensáis secuestrarme?

Con solo ver la sonrisa de lado de su hombre le valía cualquier intento de secuestro, se dijo al verlo atravesado en el lecho, y sosteniéndola por la muñeca.

—Es una opción que me ronda por la cabeza, señora mía.

Con la diversión contagiada en su propio rostro se acercó para responderle con igual ironía.

—¿Y será, quizás, que os habéis olvidado de vuestras responsabilidades?

—Vos me hacéis olvidar de todo.

—Esposo, no… —dijo resistiéndose, pero muy poco, ya que, con escasa fuerza, el marido la tumbó nuevamente en el lecho.

—Apenas si hemos comido —. Las palabras de la joven se perdían entre las caricias de su marido.

—Lo suficiente —contestó sin distraerse de sus atenciones.

—Vuestros hijos…

—Bien cuidados.

—¿Y vuestro padre?

La cabeza de Judá se alejó de su redondeado pecho para mirarla entretenido y con el rostro alzado.

—Bien cuidado también.

—Quién sabe lo que esté imaginando.

La carcajada de Judá fue tan grande que tuvo que sentarse a su lado para no ahogarse.

—Amor mío, os juro que mi padre sabe perfectamente lo que está sucediendo.

La segunda carcajada de su marido se llevó un ligero puñetazo cerrado en el hombro como reprimenda, pero con el mismo toque de diversión que parecía inundar esa mañana al hombre.

—Me refiero a lo que me esté sucediendo a mí —. Contestó acalorada.

Ahora sí que la carcajada de Judá fue tan escandalosa que más que divertirla la hizo sentirse una idiota.

—Lo siento, lo siento —dijo sin nada de culpa.

—Sois un demonio —. Contestó revolviéndose en su fuerte abrazo.

—Y vos lo sabéis mejor que nadie.

Los besos en el cuello se le sucedieron a la declaración, pero su reacción no fue la esperada. Escuchar a Judá reconocerse un demonio

no hizo más que revivirle el intenso mar de dudas en el que se encontraba. Aunque desease olvidarse de lo visto, aquello se enquistaba como espina de zarza. Lo llevaba incrustado en el corazón. Aún podía rememorar como a pocos pasos de ella, y después de tanto tiempo separados, él se alejaba para acercarse a un grupo de mujeres a las que podría llamar de muchas formas menos, señoras. ¿Quiénes eran? ¿y por qué él las buscó?

La acritud de los celos le brotó de tal forma que la garganta se le secó y el cuerpo se le tensó haciéndola olvidar el amor que en aquellos momentos recibía. Reconociendo su frialdad, pero no la razón, Judá la liberó de su abrazo para poder mirarla a los ojos.

—¿Qué sucede?

—Nada —. Respondió mirando hacia la pared para así ocultar la pena que llevaba atravesada.

—¿Gadea?

Los dedos en su barbilla la obligaron a girarse para encontrarse frente a frente con esa mirada en la que un día se encontró atrapada y de la que no podía liberarse.

—Esperadme —dijo con tono casi lloroso.

—¿No os comprendo?

—Escribisteis esperadme. Lo decía vuestra nota —dijo soplando hacia adentro para retener una tonta lágrima.

—¿Y eso os ha molestado hasta este punto? —Contestó secándosela con el pulgar.

Gadea negó con el rostro porque las palabras se le atragantaron. Quería decirle que lo había visto darles unas monedas a esas mujeres y marchar con una de ellas. Deseaba decirle que lo odiaba por amarlo tanto y hacerla sufrir, por reemplazarla con una falda de fácil alzar, pero no podía, las mujeres no acusaban a sus maridos y mucho menos si semejante acusación la llevaba a su pérdida. Bien era sabido que las mujeres esperaban lo que les fuese entregado y ella era receptora de mucho más de lo que se podía esperar, pero maldito fuese, odiaba imaginarlo con otra.

—Os juro que mi intención nunca fue dañaros —comentó encerrando el rostro lloroso entre sus amplias manos —. Apenas contaba con tiempo. Aproveché el correo a padre para poder enviaros uno a vos. Sabéis de sobra que las palabras no son mi mayor don.

Gadea asintió, pero Judá no parecía conforme con su hermético silencio, por lo que continuó indagando.

—¿Esposa? Confiad en mí. Necesito saber que os sucede. Debo saber cual ha sido el motivo de este cambio. Gadea, por favor…

Ella se resistía a confesar aquello en lo que fue educada para callar.

—Gadea, ¿confiáis en mí?

El gesto de hombros de su mujer lo hizo maldecir en alto y ella se arrepintió al instante de romper un momento en el que todo había estado siendo romance y alegría. Intentó cambiarlo, pero la pena que llevaba en el alma no se lo permitió.

—Sólo vivo para vos. Solo busco vuestro bienestar porqué…

—¿Mi bienestar? ¿Mi bienestar? ¡Y por ello os fuiste con otra!

Sin pensarlo y totalmente arrepentida de sus desgraciados impulsos, continuó furiosa y llorando sin lógica alguna, pero no fue hasta ver la sonrisa del causante de sus desgracias, que sintió que su carácter tempestuoso la dominó al completo. Al cuerno con las enseñanzas y la madre que la parió.

—¿Os parece divertido? ¿Ser pecador e infiel es tan gracioso para vos?

—Pecador e infiel. ¿Solo eso?

Furiosa intentó levantarse del lecho, pero Judá, esta vez nada sonriente, la detuvo sujetándole con fuerza del codo.

—Vos no os vais a ningún lado.

—¿Disfrutáis con mi vergüenza? ¡Soltadme!

—Gadea, por favor —dijo intentando calmar su propio carácter —. Yo no os he engañado.

—¡Yo misma os vi! —Chilló furiosa y girando el rostro para castigarlo con su juiciosa mirada.

—¡Qué habéis visto! —Judá tampoco controlaba ya sus desconcertadas respuestas.

—Os fuisteis con esa mujer olvidando que vuestra esposa e hijos os esperaban. Me dejasteis en plena ribera con los brazos abiertos y el corazón en espera.

Las lágrimas de Gadea se mezclaban con el rojo de su rostro enfurecido ofreciéndole una imagen magnífica. Completamente desnuda, y con el ardor de los celos dominándole las entrañas, representaban la pasión y el deseo perfecto para un hombre como Judá. Si no fuese porque estaba sufriendo, la tumbaría allí mismo para hacerle el amor y retenerla en aquella habitación por otro día más. Sabía que debía calmar sus dudas y confesarle su proceder, pero que Dios lo perdonase porque adoraba verla tan celosa. Sí, celosa de su amor. De nadie más que de él. Por encima de su familia, sus amigas y del moro. Llevado por un instinto más animal que racional, la sujetó por el cuello para arrastrarla hasta su boca. Deseoso de ser su único dueño y amor, la besó con dureza. Saboreando el salado de sus lágrimas, y con la fuerza de su mano en el cuello la obligó a recibir algo que estaba claro que no deseaba. Enfada le mordió el labio haciéndole sangrar, pero aquello solo provocó la sonrisa en un marido que lamió con la lengua esa pequeña gota de sangre.

—No volváis a forzarme.

—No lo haré. Vendréis a mi de propia voluntad. Sois mía… y yo soy vuestro. Gadea yo…

Los gritos de hombres en la sala lo obligaron a suspender aquella deliciosa batalla por otra menos interesante. Gadea, temerosa ante los chillidos en el exterior, también congeló sus celos.

—Mi padre me necesita. Vos y yo hablaremos más tarde —dijo antes de plantarle un beso duro y posesivo, y el cual no rechazó.

Con rapidez, Judá se lavó el rostro en la jofaina, se recogió la melena con la cinta de cuero y calzó la daga al cinturón. Al verlo Gadea tembló.

—Esposo… Judá…

Él, muy al contrario que ella, no parecía nervioso. Se giró para mirarla a la cara con ese rostro divertido de maldad que ponía antes de luchar, y que lejos de tranquilizarla la asustó más.

—Alguna vez os contaré lo mucho que me gusta escuchar mi nombre en vuestros labios, mientras tanto, ir al cuarto de los niños, encerraros con ellos, y no salgáis hasta que se os llame.

Sin esperar respuesta salió por la puerta para encontrarse de frente con De Córdoba, que al igual que él, parecía recién levantado.

—Parece que ya lo sabe.

—Eso parece —. Judá respondió con sonrisa maléfica y caminando hacia la sala.

Mientras tanto en la sala principal…

—¡Quiero compensación! ¡Me la debéis!

—Querido primo estáis demasiado alterado como para razonar. No veo razón alguna por la cual os deba compensar —contestó Haym mientras se servía una copa del mejor vino del Yepes.

Santa María caminaba nervioso por la sala intentando encontrar una salida al desastre que se le caería en apenas días.

—Habéis conspirado contra mí. ¡Sois vos quién ha planeado mi desgracia! Esos burgaleses han cerrado acuerdos para transitar por el norte en lugar del puerto de Sevilla. En menos de una semana he visto como los acuerdos se caían como bandadas de pájaros envenenados. Vos… —amenazó con el dedo temblando de furia y apuntando de forma directa a la cabeza del dueño de casa que no sintió ni el más mínimo de miedo ni de remordimiento. Su primo llevaba años conspirando contra él, y como decían por el norte, pan que a los suyos ha sido robado, pan que con lágrimas será cobrado. Santa María llevaba tantas deudas de honor tras su espalda que ni la más grande de las carretas podrían arrastrarla.

—Vuestra falta de visión en los negocios nada tienen que ver conmigo. Haced el favor de marcharos y no ensuciéis mi alfombra con

vuestros pasos.

—No es posible —dijo tironeándose de los cabellos —. Ese puerto era la base de vuestras operaciones. Por allí salían vuestras telas y las de los comerciantes más importantes del reino. No es posible… no es posible… él me dijo…

—¿Él os dijo? ¿De quién habláis querido primo? ¿Será que ahora culpáis a las voces del Señor aquello que solo corresponde a vuestra locura?

—¡No! ¡No! No puede ser. Tiene que existir una solución — pensó mientras sin aviso se giró para abalanzarse hacia Haym, quien se echó hacia atrás precavido ante un posible ataque —. Ayudadme. Si no sois culpable entonces debéis ayudarme. Somos familia. ¡Me lo debéis!

—¿Os lo debo? ¿A vos? ¿Esperáis que os ayude después de haber pretendido quedaros con el tráfico de Sevilla? Querido primo, habéis conspirado contra mi hijo tantas veces que los números no alcanzan para contar vuestras traiciones. No pidáis la clemencia que nunca supisteis dar.

—Vuestro hijo. ¡Seguro ha sido él! Lleva tiempo fuera. ¡Cómo he sido tan necio! Ese cerdo, mal nacido, bastardo del mismo demonio…

—Tío, me alegra veros tan saludable.

La sonrisa demoníaca se hizo presente en la sala junto a la gruesa voz que inundó la sala de los De la Cruz. Con el odio en las palabras, su tío propinó todo tipo de insultos que no hicieron más que causar un gesto de desprecio e indiferencia de quien parecía no escucharle.

—Padre… —saludó cortésmente mientras se servía una copa de vino —. Veo que tenemos visitas. De haberme avisado me habría preparado para la ocasión.

Haym no respondió, mas sí disfrutó del momento tal como lo estaba haciendo su hijo. Aquella alimaña los ofendió desde el primer instante en que los conoció y este era su momento. Cuando recién viudo, y con un niño al que alimentar, pidió ayuda, aquél desgraciado solo le ofreció celos y rencores. Con voluntad, y a pesar de su primo consiguió salir adelante. La justicia divina era retorcida, pero acababa llegando, pensó saboreando una victoria que esperó durante años.

La reclamación de una supuesta herencia, que no le correspondía, y el dominio del puerto de Sevilla, había sido la última de sus egoístas fechorías. Los acuerdos del norte no solo le ofrecerían una buena opción para el comercio sino una garantía frente a los posibles ataques entre sajones y franceses. De todos era sabido que aquellos se odiaban como el perro al gato, y si aquella guerra se sucedía, duraría al menos cien años, o por lo menos eso fue lo que

pensó al enviar a su hijo para cerrar los acuerdos. Judá no sólo llegó a un trato altamente rentable, si no que también le quitó a su tío el tráfico que anteriormente le entregaron.

—¡Malditos desgraciados!

Llevado por un impulso de odio y desesperación, el desgraciado intentó abalanzarse sobre el dueño de casa pero no fue siquiera capaz de acercarse ya que Judá, con los reflejos dignos del mejor luchador, alzó el puñal para llevarlo directo a su cuello. Allí, justo en el centro en donde el aire abultaba al entrar.

—Ofrecedme una razón. Os lo ruego.

El filo de la daga del joven brillaba tanto como su deseo de venganza. Muchas fueron las veces que su tío se hizo odiar, pero ninguna se comparaba con la maldita entrega de su propio hijo. Si lo hubiese protegido, hoy Beltrán seguiría vivo. La daga comenzó a lastimar carne, y unas gotas de sangre ensuciaron el cuello de camisa, cuando Haym extendió la mano para que se la entregase.

—Dadme el cuchillo.

—Merece estar muerto. — Judá contestó con el reflejo de la sonrisa de su primo en el recuerdo. Beltrán era su primo, su amigo, su confesor, ¡su maldito hermano! Ese que le ofrecía humor a pesar de sus humores. Ese que lo acompañó a pesar de los temores. Ese al que juró proteger como a un niño pequeño.

—Judá… hijo… —Las palabras de Haym intentaban despertar al vástago enajenado—Se acabó. Ya no dañará a nadie más.

Los hombres esperaron lo que pareció una eternidad ante un joven que no estaba dispuesto a claudicar. Allí se encontraba, bajo su daga, el bastardo entre los bastardos. Merecía morir, y con dolor. Todo el dolor que Beltrán sufrió por culpa de su desdén. Que Dios lo perdonase porque haría justicia.

—¡Cabrón ingrato! Si vais a matarme hacedlo de una vez. Nada me queda. Las deudas vendrán a por mí. Matadme y liberadme de aquello por lo que seréis juzgados.

—Por supuesto que lo haré.

—¿Judá?

La voz femenina y temblorosa detuvo el cuchillo que comenzaba a cortar. Negando con la cabeza e intentando no mirar hacia el portal no pudo contenerse. Allí estaba ella. Mirándolo como a un cruel y frío asesino.

—Os ordené no salir —balbuceó con dientes apretados.

—Esposo —contestó acercándose e intentando buscarle la mirada— vuestro padre tiene razón, él ya está muerto.

—¡Por su culpa!

—No me refiero a vuestro primo. Permitidle marchar y que el Señor le de suficiente vida para sufrirla.

Cerrando los ojos, y con el grito ahogado en el pecho, empujó al grueso hombre al suelo antes de guardar la daga. El pecho le subía y bajada con furia, pero su padre y esposa llevaban razón. Su tío ya estaba muerto.

Con las tinieblas de la pena y la sensación del trabajo inconcluso, se marchó.

—¡Judá!

—Permitidle. Lo necesita.

—¿Permitidle qué? —Contestó preocupada a su suegro mientras miraba tras la ventana como el cuerpo amado subía a su yegua.

—Llorar.

La fruta del deseo

El cura arrojaba todo lo que encontraba por la capilla. La futura sangre de Cristo, aún con aroma a alcohol de Yepes, pintó de púrpura las paredes y el suelo. El pan medio seco, dos cirios con sus candelabros, y hasta el tapiz donado por Don Pedro de Valdez, acabó por los suelos. Nada se salvaba de su ira infinita. Fuese lo que fuese, el sacerdote lo convertía en milagro volador. Si es que, por convertir lo terrenal en sobrenatural, hasta la pata de cordero en salsa de naranjas que su asistente le había servido, saltó por los aires más allá de la sacristía. Furioso como él solo, no cesaba de despotricar contra los herejes del reino. Judíos, moros, conversos, todos ellos harina del mismo costal listos para pulverizar. Fuera de la catedral, las nubes de final de verano presagiaban un buen lodazal, y sin lugar a duda lo sería, mas ningún torrente exterior podría ni de lejos compararse con los rayos y truenos que en el interior de la Primada sucedían. Fuera de sus cabales, y dominado por todos los seres inferiores, las blasfemias rebotaban en la fría piedra.

Sancho, como siempre en actitud de perro fiel, se mantuvo a un lado junto a la columna principal sin intervenir hasta que la preocupación se hizo necesidad en sus botas, y es que los candelabros, convertidos en voladores pirómanos, representaron una amenaza que rápidamente fue sofocada con pisotones y golpes con las telas de la cortina. Con fuerte tos, y una quemazón en los ojos producidos por el humo del extinguido fuego, el andrajoso se sentó extenuado frente a un sacerdote que ya no tenía nada por expulsar. Ni por las manos ni por la boca.

Ajeno a todo lo que a su alrededor sucedía, el demonio hecho carne, mostraba unas pupilas dilatadas y un contorno inyectado en sangre insatisfecha. Envuelto en sus propias maldiciones no mostraba coherencia, tan rápido maldecía al panadero huido como al viejo idiota reconvertido. Al joyero envejecido y a Toledo ensordecida. Incapaz de seguirle en sus razonamientos, Sancho prefirió esperar sentado en el suelo, intentando arreglar la chamuscada bota, y es que después de todo, aquello no era la primera vez que pasaba. Siempre que su señor se comportaba de aquella manera, un único nombre recibía los dardos. Aunque ahora que lo pensaba bien, nunca su enfado resultó tan inmenso como aquél. A medida que el tiempo pasaba, algo se afianzaba dentro de su amo. Algo que se le enquistaba cual astilla de madera vieja. Una que ni el silicio mañanero calmaba. Su señor sufría. Tras las maldiciones no existían más que lamentos, y es que él lo sabía mejor que nadie, después de todo, ¿qué pena mayor podría existir que juntos no hubiesen acarreado? Su cuerpo deformado no necesitaba de artilugios de penitencia para saber lo que significaba

el dolor pecador, y su señor, al igual que él, transportaba el peso de los pecados en costales demasiado pesados de acarrear.

La maltrecha joroba dolía al despertar tanto como al atardecer. El corazón, ese ya ni sentía, después de todo ¿por qué alguien amaría a un ser cuyo cuerpo vivenciaba los pecados familiares? Sí, él conocía perfectamente el significado del dolor físico, y el espiritual, por eso permanecía junto al sacerdote. Ellos sabían muy bien aquello de amar sin ser amado. Algo idiota, aunque no tanto, comprendía los deseos frustrados de aquel que continuaba blasfemando, ahora de rodillas y con las manos al cielo, a un Creador de oídos sordos. El sacerdote era un buen cura, con sus sombras y pocas luces, como muchos, pero al fin y al cabo era un emisario, ¿entonces por qué el Señor no lo escuchaba? Si el pecado se encontraba en las carnes de un hombre, ¿por qué no enviarlo directo al infierno? No le pedía tanto. Muerto el hereje, muerto el pecado, recapacitó con las cejas alzadas. ¿Sería que a Dios no se le había ocurrido semejante obviedad? Sonriente al pensarse más listo que el mismísimo Creador, salió de sus pensamientos al escuchar su nombre rebotar entre las gruesas paredes.

—¡Sancho! Perro del demonio. ¡Donde estáis!

El cura, con la pierna sangrando, gracias al castigo sanador, se levantó renqueante del suelo. No fue hasta la primera silla que consiguió sostenerse y erguirse.

—Señor, mi señor. Aquí estoy.

—Siempre tarde. ¿Será que ni un ayudante digno me ha entregado el Padre creador?

—Os sirvo fielmente mi señor. Lo sabéis bien. — Sancho contestó con la mirada gacha y sin pensar en las palabras como ofensas. Aquél odioso para muchos, puede que fuese un maldito degenerado, y un desgraciado mal nacido para otros, pero para él era lo más cercano a un padre que tendía jamás, y a los padres se los amaba por encima de todo. Aunque fuente de más palizas que de caricias, ese hombre era la única familia que tenía, y como tal lo protegería.

—Decidme. ¿El panadero se encuentra fuera de Toledo?

A Sancho le costó saber a quién se refería, pero el movimiento de la dura vara en el suelo, le aclaró al instante sus dudas.

—Os referís al marido de la prostituta. Sí, mi señor. Dicen que después de un altercado con el converso nadie lo volvió a ver. Algunos dicen que lo rajó en dos y que se bebió su sangre. Dicen que su cuerpo fue quemado en una fogata y que su alma deambula por las cuevas intentando buscar una salida. Bendito sea Dios —. Terminó de decir persignándose a toda velocidad.

—Hijo de perra… y decidme, ese párroco asqueroso del beaterio de Santa María la Blanca, ¿habéis buscado lo que os ordené?

—Sí, mi señor. He permanecido escondido tras las puertas día y noche. Yo mismo he velado por vuestros intereses. Sin embargo me apena decir que el hombre es más santo que los santos.

—¿Me estáis diciendo que no se acuesta con la mujer del converso?

—No mi señor, ni con ella ni con ninguna otra. Las mujeres aseguran que el párroco se limita a dar misa, leer las palabras del señor, y ayudarlas en todo lo que puede.

—¿Solo las ayuda? ¡Asqueroso! Por estúpidos como él se confunde a nuestro señor. Imbéciles de la cristiandad que miran en la igualdad como la verdadera justicia divina.

Sancho asintió con la cabeza, pero sin emitir palabra, y no porque no las comprendiese, que tampoco, su señor buscaba algo, y aunque lo respetase como a un padre y confiase en él, aquello no significaba que no se debiera mantenerse alerta. Cuando se encuentra más abajo del suelo, nunca se sabe de dónde pueden llover piedras.

—¿Qué hay del joyero?

—El viejo Simón no sabe mucho. Sólo ese collar que ni siquiera parece real.

El sacerdote comenzó a enrojecer el rostro y Sancho prefirió alejarse. El volcán parecía desear volver a explotar y él no estaba en condiciones físicas como para enfrentarlo desde tan cerca.

—Tiene que haber algo. No puede ser que no tengamos nada.

—Creí que vuestro plan con el cristiano nuevo…

Sancho no pudo terminar la frase. A decir verdad, ni lo intentó. Las palabras comenzaron a brotar de la garganta de su señor como baba verde de apestado.

—Ese sarnoso desagradecido huyó. El muy infeliz tiene tantas deudas que no esperó a que lo matasen en una esquina. Cobarde sin honor que ni la muerte de su hijo lo dignificó.

Sancho asintió y no precisamente porque estuviese conforme con dicho pensamiento. Su vida era una mierda, pero al fin y al cabo mejor era correr y respirar, a que no.

—¿Por qué no su mujer? Todo el pueblo es conocedor de su devoción por ella. Los hombres se sonríen y lo dicen por detrás. Eso sí, siempre después que él haya marchado.

—¿Después?

—Ninguno enfrentaría su ira al llamarlo calzonazos —contestó mostrando la dentadura a un paso entre negro ceniza y negro barrizal —. El muy imbécil la ama tanto que no puede ni ocultarlo. Las meretrices del arrabal dicen que desde que se casó no lo ven por el negocio. Algunas comentan que es ella quien lo satisface en todas sus necesidades, que, por cierto y según mencionan, van más allá de lo normal —. Aclaró mientras pillaba con dos dedos un piojo andando

por encima de su frente.

—¡Basta!

El sacerdote se incendió nuevamente y Sancho se arrepintió al instante de su lengua tan poco discreta. El hablar del converso y sus necesidades alteraba a su señor, porque si algo le quedaba claro aquella mañana, era que su señor deseaba al converso al punto de la furia enfermiza.

—Si le hacéis daño a la mujer se lo haréis a él mismo. ¿Qué mejor venganza que borrarla de la ciudad?

—Mi querido Sancho —dijo caminando hasta su lado para darle una colleja tan pesada que a punto estuvo de tumbarlo de bruces —. Si la matara, y si ese amor como el que dicen fuese tan grande, primero mataría a quién lo hubiese hecho, para luego seguirla. Ese converso no respeta las leyes de Dios, no teme a la muerte. Debo desangrarlo lentamente. Debe sufrir como lo hago yo—carraspeó con tos falsa— quiero decir como nos hace sufrir a todos los siervos del Señor. Nos hace sufrir.

—¿Y cuál es ese sufrimiento, mi señor?

—La mentira, querido Sancho. La mentira. Esos bastardos no saben más que esconder y escurrirse. Ensucian la ciudad de sus herejes mentiras.

—Ah —dijo sin comprender ni una de las palabras —. ¡Ya lo tengo! ¡Clausurad el beaterio! Allí se encierran las brujas que convierten a los hombres en servidores. Utilizan hierbas para sanar aquello que el Señor no desea y alimentan al demonio con panes de almendras. Puede que hasta busquen controlarnos con los alimentos.

—Vuestra idea es interesante pero no veo en qué perjudica al hereje

—Tener que soportar a su mujer todo el día —resopló aburrido —. Esa joven es insufrible. Si en mis manos estuviese la azotaría hasta desgarrarle las carnes y así aprendería lo que un hombre hace con una mujer.

El cura se atragantó con el comentario, pero no exactamente asqueado con la idea, si algo había aprendido con los años era la fina línea que unía el dolor con la excitación.

—¡No!

Contestó con rabia y un elevado deje de envidia. Esa mujer no poseería aquello por lo que él salivaba.

Mujeres, seres despreciables capaces de recibir todas las atenciones que para si mismo deseaba. Brujas asquerosas capaces de enloquecer a hombres que no anhelaban más que sus repugnantes senos. Hechiceras mal nacidas capaces de conquistar con el simple acto de abrir sus carnosas piernas.

Las manos le sudaban por alcanzar un solo momento de

aquellos que las jóvenes poseían a raudales. Ignorantes y escasas de cerebro, pero dotadas del único don que deseaba para sí, perderse en brazos de un hombre deseado. Su cuerpo temblaba y la cabeza le enloquecía por poseer. No importaba cuanto se flagelase, se le negaba lo que más necesitaba. Pensar en un hombre lo alteraba hasta el desespero, y pensar en ese en concreto lo quemaba por dentro como lava ardiente. A más le odiaba más lo deseaba.

Un hombre hizo rechinar la inmensa puerta de entrada al forzarla para abrir y ambos se giraron. El jorobado corrió a su encuentro para echarlo, pero el hombre consiguió imponer su voz antes de que la puerta pudiera ser cerrada.

—Os digo que tengo información y de la buena.

—Eso dijisteis las veces anteriores y no resultaron ser más que chismes de mercado.

—No mi señor, os lo juro.

—¿Quién sois?

—Vuestra merced —contestó estirando el cuello por encima del jorobado—. Poseo información que os interesa.

—¿Y por qué debería creeros?

—Un par de monedas como adelanto, y si os miento, que Dios me castigue con su abandono —. El joven dijo, mientras sonriendo villano, entró y se escabulló del jorobado que lo seguía con la mirada afilada.

El cura suspiró aburrido, solo verle las pintas al joven, ya denotaba que Dios lo había abandonado hacía muchos años. Pobres de solemnidad, no eran más que seres inmundos intentando exculpar pecados de un cuerpo que hasta el propio Creador debió aborrecer al formarlos.

—Dadle lo que os pide.

—Pero mi señor, es un arrastrado mentiroso, perdéis el tiempo y vuestro dinero.

—Pagadle, si miente no será el Creador quien lo ponga en brazos de la muerte.

El joven asintió agachando el rostro hacia el suelo, pero con sonrisa pecadora. Debería tener miedo, mas cuando se lleva toda una vida viviendo de la deshonra, los temores se entierran junto a la lápida de la nunca nacida honestidad.

Ya no

—¿Pensáis seguir asesinando al pobre bordado?

Juana intentó poner un poco de humor a un ambiente que se cortaba con la más desafilada de las dagas. Y aunque sus intentos fuesen loables, no recibió más que otra inmensa cuota de clamoroso e imperturbable silencio. Las allí presentes vivían un mundo interior del que se hacían egoístamente poseedoras sin compartirlo con otras que podrían ayudarlas. Otras exactamente como ella.

María, enredando más que colaborando, mezclaba las hebras las unas con las otras, mientras Amice, entre puntada y puntada, miraba a Beatriz como si ocultasen un secreto inmenso. Gadea, simulando una fortaleza que ya no poseía, secaba lágrimas perdidas que discretamente se perdían en el más entristecido bordado. Pese a la reconciliación, su marido había vuelto a marchar y quién sabía esta vez a dónde o con quién. Por no hablar de Blanca la hechicera, quién sin saber porqué, acariciaba el cuero desgastado de una antigua biblia.

Agotada con aquella escena, y creyendo que aquellas ya no eran sus amigas, o por lo menos no las que tanto admiraba, se acercó a la mesa de labores enfurecida. Esas, que una vez juraron valor como comunes y como cofrades no eran ni rescoldo de lo que fueron. Se ofuscó de tal manera, que comenzó a golpear con las tijeras sobre la madera hasta marcarla cual rostro de viruela.

—Pero ¿qué? —Dijeron todas tapándose los oídos.

La joven, lejos de detenerse, continuó golpeteando hasta enloquecer a los mismísimos sordos, y sino era así, entonces que se lo cuenten al pobre Salvador que, ante el presentimiento de posible conflicto, decidió partir rumbo al cuarto de los bebés.

—¡Deteneos! —Ordenó su hermana mayor.

Bien, al menos a dejado de llorar, pensó Juana satisfecha al comprobar como captaba la atención de aquellas insípidas mujeres.

—Ahora que estamos todas...

Juana disfrutando de su momento de atención, se estiró la túnica de costura, esa que, aunque muy desgastada, continuaba utilizando.

—Hermana, vos siempre tan delicada. Haced el favor de dejar de golpear o de hacer tonterías. Hace horas que nos encontramos desarrollando nuestras tareas.

—Sí, puede que sí, pero concentradas no significa centradas. O eso creo —dijo pensando si aquello poseía algún sentido.

—Dejaos de memeces…

Gadea respondió con aburrimiento mientras buscó nuevamente el telar que la alejase de la penosa realidad. Juana, quien no estaba dispuesta a ceder, se acercó para de un manotazo alejárselo con tal

brusquedad que a punto estuvo de romperlo.

—¡Estáis loca!

—Puede, pero vos no estáis mejor —respondió apuntando con el dedo para girar y continuar apuntándolas a las demás —. Ni vos, ni vos, ni vos, y mucho menos vos.

—¿Y será que solo vos poseéis cordura?

—Puede —dijo moviendo el cuello como gallina altanera.

—Por amor al cielo, lo que nos faltaba, a partir de ahora la llamaremos, Juana la loca.

Las mujeres sonrieron ante el chascarrillo de Gadea, mientras Juana, aunque debió sentirse ofendida con las palabras de su hermana, no hizo más que continuar con la broma.

—Pues si lo estoy, bendita locura que al menos os hace sonreír —. Contestó girando sobre sus pies.

Las mujeres al instante volvieron a cambiar el rostro para retornar a la antigua melancolía, y la joven comenzó a alterarse nuevamente.

—¡Pero se puede saber que os pasa! ¿Desde cuándo no nos confiamos las preocupaciones? ¿No somos cofrades? ¿No formamos parte de la misma hermandad?

—No me pasa nada —dijo Blanca con demasiada rapidez —. Ni a mi, ni a mi —. Respondieron todas rápidamente. Todas menos Gadea, a quien le pareció que afirmar aquello sería demasiado mentir.

—¿Y vos hermana? También os encontráis tan maravillosamente bien como esta bandada de ¡mentirosas!

Las jóvenes desviaron las miradas ante el entrecejo pronunciado de Juana, que las acusaba con los ojos apenas abiertos.

—Ya sabéis lo que me pasa.

—Me gustaría escucharlo —dijo sentándose a su lado y apoyando las manos en sus propias rodillas.

—¿Os gusta verme sufrir?

—No, os deseo ayudar, pero no podré hacerlo si no os sinceráis.

El resto de las cofrades al ver los hombros de Gadea derrumbarse hacia adelante, se acercaron con la solidaridad de amigas en las manos.

—Todas os ayudaremos.

—Vos lo harías con nosotras.

—Debéis confiar.

Una a una expresaron su anhelo de ayuda, ante quién siempre estaba dispuesta para ellas, pero Gadea, lejos de alegrase, comenzó a llorar y esta vez sin ningún telar que la ocultase.

—Estoy cansada. Ya no sé que puedo hacer. La vida no parece más que ofrecerme golpes de los que apenas me recupero. Pensé que todo estaba solucionado, me dispuse a olvidar y perdonar, pero aquí

estoy, llorando nuevamente por…

—Por él —terminó Blanca comprendiendo aquel dolor. Ese que una vez ella misma dedicó al mismo hombre.

—Pensé que había regresado.

Juana sabía que la pena de su hermana se unía a la ausencia de su marido, y a decir verdad estaba cansada de verla siempre sumida en tan hondo penar. Por un largo período de tiempo confío en el hombre y su amor, pero últimamente su odio crecía tan rápido como su desilusión. ¿Por qué hacía sufrir así a Gadea? Ella era tan pura y noble que los mismos ángeles se giraban para admirarla, ¿por qué ese bruto con pelos no era capaz de verlo? Bien, puede que su hermana fuese lo suficientemente noble como para enfrentarlo, pero ya se encargaría ella de recitarle cuatro salmos.

—Regresó, pero ha vuelto a desaparecer. Esta es la segunda tarde que llevo sin verlo. Es como si la tierra se lo hubiese tragado.

—La tierra del arrabal… —María se tapó la boca al instante en que las palabras salieron de su inoportuna boca.

—¿Qué habéis dicho?

María empalideció, y hasta hubiese jurado que se había quedado sin respiración si no fuese porque continuaba viendo a las amigas que, con ojos de sapo, la increpaban en busca de respuestas.

—Yo…yo…yo…

—Sí, sí, eso ya lo habéis dicho —. Juana estaba de los nervios.

—Por favor, María, sea lo que sea aquello que sepáis, yo necesito saberlo.

—Yo… yo…yo…

—¡Sí, vos! —Juana detuvo el chillido e intentó retomar la compostura de señora bien educada. Estirando su túnica respiró hondo tres veces antes de continuar —. María, mi hermana sufre, decid, ¿qué sabéis? ¡Por favor!

Con la voz temblorosa, y mirando precavida a una imponente Juana, contestó apenada.

—Las habladurías dicen que vuestro esposo lleva desde ayer en el arrabal, mas ya sabéis como son las chismosas del mercado. Seguro nada saben. Es el aburrimiento que las hace decir tonterías.

Gadea agachó la mirada para no ponerse nuevamente a llorar como una tonta enamorada. Una decepcionada hasta las entrañas. Todos sabían lo que los hombres hacían en el arrabal, no se necesitaba mayor explicación ni detalle. Meretrices de todos los colores y precios buscaban hombres con bolsillos llenos a los que vaciar.

—Mi señora, no debéis preocuparos, vuestro esposo os ama. Creedme por favor.

Amice habló arrodillada para poder tomar contacto con la mirada de Gadea, quién sentada en la silla de bordado, no alzó la vista

ni un momento.

—Sí, mi señora, tienen que ser cuentos de la Francisca, ya todos saben que su hija amaba a vuestro esposo, y que cuando se casó con vos se quedó puesta y sin vestido.

Las demás mujeres miraron a María, quien volvió a taparse la boca al instante. Al parecer aquella no era su tarde.

La joven esposa comenzó a derramar lágrimas ahora como torrentes, y Amice se acercó aún más para hablarle con ternura y casi al oído.

—Gadea, os lo juro, él os ama.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Yo lo sé porque…

—Lo sabe porque vuestro esposo es un hombre bueno —. Beatriz terminó la frase y la monja aceptó la explicación sin rechistar.

—Sois mis amigas y os lo agradezco, pero no debéis mentirme. Los cielos no lo permiten. Es tiempo que acepte las reglas y viva con la pena de las esposas engañadas.

—¿Y cuál es esa pena? —Preguntó Blanca interesada.

—La de ver, oír, callar, y no sentir. Ellos no nos desean como amantes, no deben. Criar sus hijos y esperar, ese es mi destino.

—Gadea, no —dijo Amice como si sufriera en carnes propias la pena de la amiga.

—Os agradezco vuestro cariño y sentimiento, pero si he de ser una mujer como se la espera, cuánto antes comprenda mis deberes mejor será.

—¡Y un cuerno quemado! —Todas miraron a Juana, quien indiferente al sufrimiento, y en lugar de ofrecer el consuelo del silencio, despotricó como un borracho en la taberna del Mala Rata —. Si Gonzalo fuese quien se encontrase en semejante situación, os lo juro por nuestros abuelos muertos que su cabeza ya no seguiría pegada a su cuello. Iría allí y lo arrastraría con la vergüenza de sus pecados lujuriosos por delante.

—Los hombres tienen permitido ir con otras mujeres. La iglesia lo contempla —. Beatriz habló asqueada.

—No lo contempla exactamente, pero tampoco lo castiga. Cosas de hombres, culpa de mujeres, así es como la justifican —. Contestó la monja decepcionando aún más a las presentes.

—Sea como sea, es infidelidad y deberían arrancársela de la cabeza o castrarlos. ¿No se nos pide a nosotras fidelidad hasta cuando van a batalla y no regresan? ¿Por qué ellos no dan lo que exigen? Deberíais ir y buscarlo. Que su propia vergüenza sea quien lo castigue.

—¿Estáis insinuando que vaya al arrabal y lo traiga de los pelos? ¿a él?

María enmudeció al instante al igual que todas las demás. Una

cosa era proponerlo y otra imaginar a Alonso de la Cruz dejándose arrastrar. Aquel hombre parecía muchas cosas, pero amigable y dispuesto, no eran sus pseudónimos.

—Por supuesto que sí. No es más que un hombre. Y uno muy cobarde si no os da la cara y os deja aquí sufriendo. Gadea, hermana —, dijo insuflándole su valor —sois la madre de sus hijos, disteis la vida para dárselos. Merecéis un respeto. Yo misma os acompañaré, no debéis temer.

—¿Temer a quién?

Las mujeres saltaron en el sitio al escuchar la voz gruesa y ruda. En un principio se persignaron al pensar que era el converso, pero gracias al cielo no era otro más que el moro hermano de la curandera. El hombre parecía tan infernal como su amigo, aunque por alguna extraña razón, a él no le temían.

—Al esposo de mi hermana —. Juana contestó valiente y causando escasa diversión en Azraq el azul.

—Pues lo conozco mejor que todas vosotras y puedo decir con total convicción, que yo sí le temo.

Las mujeres abrieron los ojos como platos, pero Juana, sabiendo que ayudaría a su hermana por encima de todo y de todos, se acercó para hablarle en punta de pies para así alcanzarle en altura.

—Entonces vos nos acompañaréis.

—¿A dónde? —Dijo de lo más divertido.

Gadea, quien no había visto al amigo desde la declaración a su esposo, se sintió avergonzada hasta que recordó que Azraq jamás la vio espiar. Él reconoció sus sentimientos a Judá, pero no a ella. Eso la hizo sentirse un poco más tranquila, demasiado tenía con su propio amor lastimado como para calmar las heridas de otro.

—Mi esposo me engaña, decidme ¿vos sabéis algo?

Las manos en la cintura de la muchacha lo alteraron al instante. Azraq sabía que no debía estar allí, pero maldita fuese, no podía evitarla. Le quedaban pocos días en la ciudad y al instante que supo que Judá nuevamente no se encontraba en el hogar, sintió la necesidad de saber como se encontraba ella. Siempre Ella.

—¿Os engaña?

Aquello no tenía sentido, Judá amaba a su esposa, eso lo sabía y lo sufría en sus propias carnes.

—Lo han visto en el arrabal —declaró María —. Y hasta las tontas saben lo que allí sucede —. Las tontas y no tan tontas, pensó el morisco.

—Anoche no ha venido a casa. Ya ni se molesta en ocultarlo.

—¿Judá pasó la noche en el arrabal?

¿Su amigo durmiendo la noche al completo en el lecho cargado de liendres de una prostituta? Aquello carecía de sentido.

—Señora, vuestro esposo no os engaña. Relajaros y esperad. Vendrá pronto, os lo aseguro.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? ¿Sabéis algo que yo no sepa?

Gadea preguntó tan ilusionada, que si no la amase tanto le hubiese mentido con tal de tranquilizarla, pero una parte de él, una pequeña, también deseaba que De la Cruz la engañase y hasta por qué no, la repudiase.

—Nada sé.

—Se protegen entre ellos —. Escupió la morisca.

—Hermana… —La voz del Azul carraspeó intentando detenerla.

—Azraq, no me miréis así, estoy con ellas, Gadea es una buena esposa y no merece ser una cornuda a pleno sol.

—Señoras, señoras, será mejor que os calméis. No hay pruebas —dijo desganado e intentando contener el chismorreo.

—A decir verdad, sí que las hay —Gadea se giró para enfocar su atención al completo en María quien esta vez no se tapó la boca —. Isabel lo vio entregar unas monedas a Ana la costurera e irse con él más allá de la tienda.

Azraq estrechó la mirada para pensar mejor, ¿sería que su amigo estaba descontento con su esposa? ¿y si en verdad era como decían y el lobo no perdía nunca las mañas? ¿estaría a punto de abandonar a su mujer? Aquello parecía una locura, pero una que agradecería al creador por toda la eternidad.

—Iré al arrabal —. Gadea dijo con la frente en alto y atragantándose con las lágrimas.

—Y yo iré con vos —afirmó Juana.

—Todas iremos —. Contestó la curandera.

—Yo no creo… —Amice murmuró con preocupación, pero se silenció al sentir el contacto de Beatriz en su mano.

—Ninguna saldrá de esta casa. Iré solo y averiguaré qué demonios está pasando.

—Azraq iré con vos u os seguiré, vos elegís.

Derretido ante su dulce y herida mirada, el morisco asintió como potro endemoniadamente y domado.

Lo amo

Caminando entre medio de Azraq y Salvador se dejó guiar hacia el arrabal. En un principio se negó a la idea de caminar, pero ante la inagotable insistencia del moro, no tuvo más remedio que aceptar. El hombre parecía estar interesado en pasar tiempo con ella, pero con la pena que llevaba encima, no estaba para demasiados pensares. En su yegua, el tiempo para encontrarse frente a frente con el traidor hubiese sido muchísimo menor, sin embargo, y muy a su pesar, allí se encontraba, oyendo sin escuchar y fingiendo una educación que desearía mandar a paseo. Azraq hablaba sin sentidos o al menos a ella así se lo parecía, y es que lo único que le urgía era llegar cuanto antes hasta Judá y comprobar con sus propios ojos el origen de su deslealtad. El muy crápula prometió horas antes y con honra, lo que ahora escupía con traición. Converso sin palabra que mentía más que callaba.

Ilusa de ella que entre los brazos de sus engaños olvidó la razón de sus temores. Mujer soñadora, que deseando lo que nunca tuvo, creyó tocar el cielo con las manos. Creyente como pocas, amorosa por demás, en cada paso que daba hacia su destino, se sentía más estúpida que la servidumbre de Doña Rosario Díez de Arévalo. Esos que amaban a su señora por el mendrugo, que como a perros, la muy desgraciada lanzaba al suelo. En estos momentos, dejando atrás sus propias pisadas, se sentía igual que aquellos pobres desgraciados. Pobre de amores esperando su pequeño y reseco mendrugo de amor. Rabia, furia y pena, que dolían como puñales, se le clavaban en un corazón que ya no deseaba perdonar más.

Resoplando su propio aire quiso hacer el último esfuerzo de otorgar el beneficio de la duda a quien no se lo había ganado, pero ninguno de los actos recordados exculpaba a aquél de la que se sentía terriblemente enamorada. Dios sabía que lo amaba y que una gran parte de ella deseaba despertar de aquél siniestro paseo, pero otra gran parte de ella necesitaba terminar con un sueño que no existía. Después de todo, ¿por qué iba a existir? Los hombres no amaban, así era la vida. Ambos, hombres y mujeres, cumplían con los designios del Creador ante un destino ya escrito. Sedientos de ansias y orgullo de poder, los hombres ofrecían sostén y protección frente a ellas que daban hijos y criaban hombres de bien. Esas eran las directrices impuestas desde arriba, y así las debería acatar, pero por alguna extraña razón, el amor, ese mal innecesario, se presentó en su vida para ya no marchar. Allí, como fuego, laceraba las entrañas hasta retorcerse en celos que la devoraban y perseguían a su mismísima razón. Quizás esta vez, al ver lo que su vista no había visto antes, quizás así, la cura llegase a su enamorado corazón, y entonces sí,

pudiese comportarse como una mujer normal. Una como su madre o la madre de su madre o la anterior de su madre. Todas abnegadas con sentimientos enfrascados en la santísima devoción. Mujeres disecadas en el amor y resguardadas en el dolor.

—Os veo muy concentrada.

—Por favor, perdonad mi falta de palabra que en absoluto demuestra falta de interés. Os escucho atentamente.

Gadea mintió como se esperaba de una buena señora, y entristecida pensó si aquello, no representaba más que una premonición de lo que fuese, tal vez, su vida venidera.

—Os decía que las flores parecen más coloridas en esta época del año.

Gadea asintió sin saber siquiera lo que aquello significaba. El verano se acababa igual que las esperanzas en su corazón. No se encontraba con ánimos de pensar en flores ni en sus entrañables pétalos. Ella lo único que deseaba era llegar, comprobar el engaño y marchar hacia el inicio de su propio final.

—Fruncís el ceño antes de escuchar y eso es como desear enterrar antes de cavar.

—¿A qué os referís?

Ahora sí que Gadea pareció prestarle atención y Azraq sintió que la acidez le ascendía por el pecho hasta la garganta. Tan triste, tan apenada, tan distraída, Gadea no engañaba a nadie. Estaba tan enamorada de Judá que los celos le cegaban.

—Mi señora, permitidle hablar, conozco a Judá lo suficiente como para saber que nada a su alrededor se mueve por azar.

—¿Y tampoco por traición?

Azraq dejó que el silencio respondiese por él ante un Salvador, que mudo de lengua, mas no de oído, sujetó con fuerza su mano atrayéndole la mirada para negarle con el total de su cabeza. Ante aquella confianza extrema del pequeño, el morisco se sintió un traidor, uno asqueroso, mas qué era aquel degradante sentimiento sino la confirmación de su más secreta verdad. Amaba a quién no debía. Allí se iniciaba el principio de su deshonor. Él, a diferencia de Gadea, sabía casi a ciencia cierta que Judá no traicionaba a su esposa, pero a pesar de ello lo deseaba con todas sus fuerzas, y que Alá lo perdonase porque se sentiría hasta feliz con aquella traición. A más errores del amigo, mayores sus esperanzas de conseguir el tesoro ansiado. La mujer, presa del desamparo, necesitaría un hombro y un hombre en el que refugiarse y él se lo ofrecería gustoso. No pensaba en que ella pudiera quedar viuda ni nada tan despreciable. La figura de amante en estos momentos, se le antojaba suficiente bienestar. Algo era algo y ese algo, mucho mejor que la nada.

Aspirando a su lado, y sin que ella se diese cuenta, apreció el

agradable aroma femenino a jazmín, azahar y delicada piel. Masticó ese olor transformándolo en fruta fresca en su boca. Benditos aquellos que encuentran el amor en el lecho, porque si aquello era provocado apenas por un perfume, entonces el cielo en la tierra existía, y se encontraba en los femeninos brazos amados. Con mirada esperanzada agachó el rostro para apreciarla con descaro. Ella caminaba con rapidez y él la hubiese sujetado en sus brazos para decirle que ya no buscase, que él la amaría por siempre, que, si su amigo la despreciaba, él mil veces la aceptaría, pero como siempre, prefirió callar.

Los pasos cortos y apresurados los hicieron alcanzar y traspasar la puerta del Cambrón demasiado rápido o más rápido de lo que él mismo se esperaba. Después de todo la idea de caminar no era más que otra estúpida estrategia para permanecer algo más de tiempo a su lado. Y es que él último tiempo sin Judá de por medio se sintió tan dueño del tiempo de la muchacha que no hacía más que anhelar lo recientemente perdido. Avergonzado de su actitud, pero muy para sus adentros, se quedó petrificado como columna de la catedral al ver lo mismo que hizo detener a Gadea.

A caballo, y a toda velocidad, Judá partía a una distancia de no más de trescientos metros, junto a una joven que se sujetaba fuertemente de su cintura. La muchacha, feliz de sentirse tan importante, saludaba a sus compañeras cual reina victoriosa. Y no era para menos, seguramente aquella mujer era la primera vez que se encontraba junto a semejante semental, y no, no se refería al caballo. Alonso de la Cruz podía ser un converso hereje para algunos, pero muy interesante para otros. Algunas mujeres, por bolsillos menos cargados que los de su amigo, habrían asesinado a la esposa con tal de conseguir tan ansiada posición.

La joven esposa no gritó, ni siquiera pataleó, simplemente se quedó mirando a quien ante sus ojos le robaba el amor y, a decir verdad, él también deseaba pensar lo mismo, de hecho, fue lo que rezó por encontrarse delante, pero a diferencia de Gadea, él aún conservaba algo de claridad como para comprender.

—Mi señora.

—Será mejor que nos vayamos, he visto suficiente.

—Gadea…

—¡No! No deseo escucharos. ¿Qué vais a decirme que mis ojos no hayan confirmado ya?

Las primeras lágrimas intentaban escapar, pero la joven se contuvo de mostrarlas y él, loco de amor, hubiese querido abrazarla. Deseaba sujetarla en sus brazos, consolarla, para después besarla hasta borrarle cualquier rastro de otro hombre, mas no era tan despreciable. Judá no estaba con aquella mujer por nada parecido al amor. Conocía al amigo y sus gustos, y aquella “señorita”, no formaba parte de sus

predilecciones.

—Mi señora, creo que deberíais volver.

En el sitio, mordiéndose el labio superior y conteniendo el llanto, Gadea asintió con la pena quebrándole el alma. Dispuesto a simplemente ser su hombro de apoyo, la sujetó por los codos, pero la muchacha, rota de pena, se abrazó a él con fuerza, y apoyando el rostro en su torso, comenzó a llorar como una niña abandonada. Atragantado y sin poderse contenerse, la envolvió en sus brazos permitiendo que lo tomase como un paño de lágrimas. Aquello no estaba bien o, por lo menos, no de su parte, pero sentir a Gadea entre los brazos era tan placentero que no podía pensar en otra cosa más que en su tierno calor. El aroma a dulce piel, sol de la tarde cayendo y esperanzas de algo, aquello era como agua bendita para los afligidos.

—Gadea… —susurró con voz grave y envolviéndola con todas sus fuerzas.

—¿Por qué? —Dijo con la voz entrecortada por el dolor —. ¿Por qué me hace esto?

—En verdad no lo sé —. Contestó con sinceridad y un regusto de furia en la entonación. O Judá poseía una muy, pero muy, buena razón, o se encontraba totalmente loco. ¿Qué hombre en su sano juicio cambiaría la dulce Gadea por una mujerzuela como aquella? —Mi señora…

Las explicaciones se le atragantaron en la garganta al acariciar la sedosa cabellera de la muchacha. Debería decirle que lo recién visto tenía zonas oscuras. Aquella no era toda la verdad, y hasta un ciego lo sabría, pero no pudo. Tanto era lo que la deseaba y tan profunda era la bendita sensación de su calor entre los brazos, que no pudo hacer ni decir. ¡Qué demonios! No deseaba explicar nada. Si por él fuese raptaría a la muchacha y se la llevaría tan lejos que jamás pudiese saber nada de su marido. La llevaría a las tierras del sur o quizás más lejos, quizás hasta oriente, a un sitio donde ni los poderes de su amigo los alcanzase, luego allí, la enamoraría y…

—¿Por qué?

La muchacha lo interrumpió en sus locos planes alzando la vista y mostrándole el quiebre de alma más doloroso y profundo que presenció jamás. Su respiración casi le cortó el propio aliento. El delicado cuerpo se resguardaba en la fuerza del suyo, sin embargo, ella solo preguntaba y lloraba por una sola persona, un solo hombre. Y no era él.

—Yo lo amo.

Y allí estaban las palabras que rompían sus incoherentes esperanzas. Allí un frío gélido rompía en mil trozos un corazón ardiente. Las lágrimas recorrían humedeciendo un rostro que amaba con locura pero que pronunciaba otro nombre. El puñal del amor no

correspondido se le clavó hurgando hasta el más infinito dolor. Muchas veces fueron las que sufrió herida de batalla, mas ninguna ponzoña fue jamás ni tan afilada ni tan certera como las palabras de su amada, en ese bonito rostro bañado en lágrimas. La joven preguntaba una y otra vez la razón de su desdicha, pronunciando el nombre de un amigo, al que jamás creyó odiar.

—Lo amo, juro que lo amo. Lo adoro hasta el dolor. No sabéis lo que estoy sufriendo —. Dijo cayendo nuevamente en su torso humedecido de tanta lágrima.

—Os juro que lo sé. Lo sé. Y bien que lo sé.

Las palabras de Azraq sonaron tan duras y sinceras que Gadea lo miró a los ojos. Ambos, a menos de un alfiler de distancia, quedaron con sus miradas fijas. El aire se podía cortar, y la sinceridad no necesitó de palabras que explicasen nada mayor. La respiración del moro era tan profunda como su necesidad de caricia. Un beso, pensó al acercar el rostro. Solo uno.

La barbilla se le acercó y pudo casi sentir el calor de sus labios. El aire de su dulce respiración chocaba con su barba cuando las palabras de la muchacha terminaron de rematarlo en herida mortal.

—Lo amo —. Dijo labio contra labio.

Cerrando los ojos, y apoyando la frente en la de la muchacha, asintió sabiendo que el momento de despertar había llegado. La verdad le golpeaba como un puño de gigante. Gadea no era suya y jamás lo sería.

—Lo siento.

Sus disculpas, con esa voz tan suave y resquebrajada, confirmaron la sentencia inevitable. Allí, en ese momento, existía mucho amor, pero con protagonistas diferentes.

—No existe nada que disculpar. Sois maravillosa y eso no es de perdonar sino de admirar. Mi amigo es un hombre con mucha suerte.

—Salvador —con el mayor dolor del alma, Azraq la sujetó por los hombros para separarla de su lado mientras ordenaba al pequeño —, acompañad a vuestra madre a casa. Protegedla y cuidarla mucho.

—¿Vos no venís con nosotros?

Gadea hablaba, pero sin dejar de mirar el camino por donde su esposo se había perdido cabalgando en compañía de aquella muchacha.

—No, tengo asuntos que resolver.

Gadea abrió los ojos y al instante se tensó con excesiva rectitud. Puede que quizás la muchacha pensase que deseaba quedarse en el arrabal en compañía de alguna mujer, y aunque no le debía explicación alguna, su alma quiso hacerlo.

—Algo no me gusta, buscaré respuestas y os las entregaré. Lo prometo.

—Querido amigo, no es necesario. Todo es más que evidente.

Azraq asintió sin aclarar lo mucho que le acababa de doler una palabra tan simple. Amigo. Los amigos eran otra cosa, eran sinceridad, eran comprensión, eran colaboración. Lo que él sentía era mucho más que eso. Lo suyo era el todo. Lo suyo era amor. Completo, puro, ardiente e inmenso, amor.

—Salvador, protegedla con vuestra vida.

El niño asintió mientras aferraba con una mano la de su madre y con la otra el puñal que su padre le regaló.

—Gadea, volved a casa, vuestros hijos os esperan.

Ella asintió y se marchó. Con los hombros caídos, y con la entereza de las grandes señoras, caminó con el alma rota. La vio alejarse, pero no fue hasta que su vista la perdió, que se giró para ir directo hacia el arrabal. Aquella mujer era una simple, pero no una prostituta, o por lo menos a él no se lo pareció. Preguntaría a todos. A uno por uno si hiciese falta, pero no se iría de allí sin respuestas. Y por amor al cielo esperaba tener razón o él mismo ahorcaría a su amigo.

Madurad

Haym apenas se atrevió a mirar. Con escasos pasos, y ante el silencio penetrante de la sala, se detuvo a pocos metros del portal. Las mujeres, habitualmente cotorras incansables, realizaban sus labores sin abrir la boca más que para cortar las largas hebras de hilo con los dientes. Y no, no era que a él le interesase en demasía los problemas de mujeres, pero cuando de aquellas en concreto se trataba, hasta el menor cambio de comportamiento resultaba altamente peligroso. Juntas y sin rechistar, parecían más la figura de un tapiz que una escena real. Sentadas y sin mirarse, se enfrascaban en un trabajo en el que parecía irles la vida. Todas a una, como las cuerdas de un laúd perfectamente afinado, realizaban su tarea sin molestarse las unas a las otras. Desconcertado se acarició la canosa barba como extrañado de la aterradora pasividad del momento. Con discreción, por un costado y sin llamar la atención de tan devotas trabajadoras, se acercó hasta el pequeño Salvador, que aburrido, y como otro miembro silencioso del tapiz, apuntaba con su onda desde la ventana a todo bicho que volase. Aquellos huían antes, y él se sonreía como diciendo, un día lo conseguiré. Observándole en la divertida maldad, se sorprendió al ver en la sonrisa del niño, la réplica exacta de su hijo. Orgulloso, para sus adentros, pero estricto en su exterior, le presionó el hombro llamándole la atención.

—No debéis matar por matar. Todas las criaturas de Dios merecen una oportunidad.

El niño frunció el entrecejo, y con las manos alzadas, señaló el carruaje del falso arzobispo conducido por el repugnante jorobado.

—Sí, incluso las criaturas más asquerosas lo merecen.

Las enseñanzas, como recién estrenado abuelo, se le retorcieron en las tripas, pero una cosa era pensar y otra expresarlo. Salvador era roble demasiado tierno como para resquebrajarlo. Ya tendría tiempo de sufrir las inclemencias que el paso del tiempo regalaba.

Aquel oscuro bastardo se encontraba demasiado próximo a su hogar y eso no era de buen agüero, mas como todo mal bicho, mejor cerca que sin vigilancia. Salvador, elevando el labio superior izquierdo mostró su señal de asco mientras continuó haciendo puntería hacia las naranjas del jardín.

—Y decidme, ¿vos no sabréis quién ha muerto?

El niño, atento a apuntar a las naranjas, parecía no hacerle caso pero se giró al instante. Asustado abrió los ojos ante un Haym dispuesto a continuar indagando.

—No me refiero a un muerto propiamente dicho. Solo es una forma de hablar.

El pequeño de rizos del color de las almendras maduras y ojos

tan brillantes como la miel, tragó más relajado ante la sonrisa del abuelo que lo apartó a un lateral intentando captar su atención al completo, porque si alguien sabía de algo, ese era Salvador. Ese muchacho no se despegaba de su madre adoptiva ni con la misma llegada de las sombras, y aunque el pesar de la mudez lo acompañase, sus oídos retenían aquello que ni lo sobrenatural alcanzaba.

—Explicadme muchacho, ¿qué tengo ante mis ojos? —Alzando la mirada Haym mostró a las mujeres y su absoluta concentración en la costura.

Muchos fueron los dramas a los que Haym se enfrentó a lo largo de su vida, y si a ello se le sumaba su gran dominio en las letras, no fue sorpresa para nadie que se inventase un vocabulario a través de las manos para poder comunicarse con el pequeño. Él y el niño practicaban casi todas las noches antes de acostarse, y aunque les faltase muchos términos por ampliar, su recién creada metodología resultaba de lo más eficiente.

Poseedor del conocimiento se propuso enseñar al pequeño el don de la expresión, y el niño, inteligente como el que más, no perdió ni una de sus enseñanzas. En los campos se decía que quien labra su tierra, consigue sus frutos, y Salvador, como buen labrador, se llevó la mano derecha al corazón para luego extenderla simbolizando a su madre. Luego se llevó la mano derecha al corazón y acarició la daga, esa era la señal de su padre. Y así, una a una, seña a seña, el jovencito fue explicando algo de su padre, otra mujer y su madre. Cuando comentó algo de un caballo, el abuelo decidió no prestar más atención a las explicaciones. Conocía el final de la historia y, a decir verdad, y aunque siempre se encontraba de su lado, esta vez enfureció con su nuera. Puede que su hijo no fuese el mayor ni el mejor de los hombres, pero la muchacha se empeñaba en culparle hasta de los asesinatos de Nerón y esto comenzaba a cansarle.

Su hijo durante meses trabajó por el bien familiar, y miles de veces fueron las que se lo explicó, sin embargo, la muchacha siempre dudó de lo que ya no tenía mayor explicación. Al llegar Judá los supo encerrados por dos días y creyó que tal efusión le daría un poco de tregua, pero allí se encontraba nuevamente, con el rostro enrojecido entre el llanto y la rabia. La muchacha debería aprender a confiar o los males caerían no solo sobre ella sino sobre todos. Eran una familia y como tal o se cuidaban o los lobos los desgarrarían en pedazos. Él no era de sermones absurdos, y no se sentía capacitado para darlos. Después de todo, sufrió en sus carnes los consejos de quienes nada comprendían de su vida y su amor, pero en casos extremos urgían palabras extremas. Si debían despertarla, mejor que lo hiciese un vaso de agua fría de su suegro que ahogada en el Tajo por sus enemigos.

Dispuesto a detener aquello que consideraba un sin sentido, se

dispuso a acercarse a la joven, pero la llegada de un paje a todo correr, y entrando en la sala agitado con un sobre en la mano llamó el total de su atención. Y, al parecer, el de las mujeres, que prontamente se giraron curiosas y algo preocupadas. Tras el joven de agujereada camisa, Gonzalo entró frunciendo el ceño.

—Mi señor, él me obligó a jurar que la entregase en sus mismísimas manos. Por favor, mi señor, no deseo morir —. De Córdoba se sonrió complacido al sentir como el jovencito le temía.

—Dice que la nota pertenece a vuestro hijo.

—¿Mi hijo os ha dado esta nota?

—Así es mi señor, su hijo me ordenó de forma directa.

—¿Y dónde decís que lo habéis visto?

—No puedo decirlo.

El muchacho agachó la cabeza, y Gadea, curiosa y aún más enfadada, si es que cabía más furia en su vientre, apuñaló la costura con el grueso hilo marrón. Haym, extrañado, observó a Gonzalo quien negó con la cabeza indicando que él nada sabía.

—Id a la cocina y pedid a la cocinera que os de pan y leche, os lo habéis ganado.

—Gracias, mi señor. Gracias —. Repitió una y otra vez, mientras reclinando el torso, caminaba hacia atrás sin despegar los ojos de Gonzalo de Córdoba.

Gadea, atenta, esperó ser llamada para recibir noticias sobre su marido quien llevaba gran parte del día desaparecido, pero su suegro leyó sin decir nada. Cuando alzó la cabeza para mirarla se quedó sin aliento o por lo menos a ella así se lo pareció. El hombre, juicioso y amable como siempre, le habló sin gritar, pero con una firmeza y seriedad desconocida hasta ese día.

—Mi señora, sabe Dios mejor que nadie que no soy experto en nada y aprendiz de mucho, pero haced el favor de confiar en quién debéis. Dejad de sufrir por enfermedades que no existen y no avivéis hogueras sin leña. Demasiados enemigos nos acechan como para crear fantasmas propios. Cumplid con vuestro deber como señora del hogar y aplacad vuestras dudas. Ha llegado la hora de que os convirtáis en una mujer de verdad. Esta familia os necesita.

Sin una palabra más, arrugó la nota en su mano, y marchó hacia su despacho dando un portazo que hizo temblar hasta la viga más firme. Gonzalo de Córdoba, inquieto, fue en busca del joven a la cocina, intentando conocer algún detalle, mientras Gadea, petrificada junto a sus amigas, no habló. Las lágrimas intentaron rodarle por las mejillas, pero suspiró hacia adentro para contenerlas. Su suegro, el hombre que siempre la trató como a una hija, la regañaba delante de las amigas como a una niña pequeña para luego marchar furioso hacia su despacho. No sabía si llorar o romper algo. Los sentimientos se le

mezclaron como agua con vino. Ella recibía unas palabras que no merecía, malditos fuesen todos. ¡Ella era la cornuda!

—¡No es justo! —Gritó Juana ante una Beatriz que agachó la cabeza.

—¡Por supuesto que no! — Chilló la morisca.

—No lo comprendo —. Las palabras de María, la panadera, se enfocaron hacia la puerta como si desease saber la razón de tan duras palabras —. Es un buen hombre.

—Se protegen entre ellos. Infieles por naturaleza poco les preocupan nuestros sentimientos —. Confirmó Blanca la morisca.

Todas asentían e incorporaban más definiciones aclaratorias con respecto a los hombres y sus defectos, pero ella continuaba sin hablar. ¿Incomprensión? ¿Vergüenza? Jamás nadie le había parado los pies de tal forma, y mucho menos en público. Deseaba comprender a su suegro sin embargo no podía hacerlo. El orgullo herido le revolvía el razonamiento. Ella era la avergonzada, ¡y no Judá! ¿Cómo se atrevía a juzgarla?

—Esa carta —murmuró enfadada.

Allí radicaba todo. Seguro que su marido ocultaba su ausencia con falsas mentiras para engañar a su padre.

A más pensaba en su marido, más enfurecía. Puede que la engañase y creyese en sus falsos besos de enamorado, pero no toleraría que pusiese a su suegro en su contra. ¿Qué más le quedaba en esa familia? No se marcharía del hogar, por lo menos no con vida. Si se arrepentía de la boda y deseaba vivir la vida de ligerezas, pues que lo hiciese, pero a ella no la repudiaría. Poseía tres hijos y una cofradía, no lo perdería todo por sus pecados de infiel desgraciado. Más molesta cada segundo que el anterior, siguió escuchando las voces de las amigas, que lejos de contenerla, sumaban leche a la mantequilla.

—¿Se supone que debemos esperarlos mientras nos engañan?

—Y amar cuando y como ellos quieran. Obligadas ante aquello que no deseamos ni sentimos —. Murmuró Gadea.

—Pues no lo tolero, puede que tengamos un deber, pero nos deben al menos la discreción. Gadea ha sido insultada. Por todos los santos y la virgen, ¿qué sucedería si el caso fuese el contrario? — Juana lanzaba humo por la cabeza.

—Que las palizas siempre se justifican —contestó la panadera recordando al marido muerto y revivido después de más de diez años.

—Nada de nosotras les importa, les valdría más una cabra que una esposa —dijo la morisca.

—Son tan estúpidos que igual hasta les piden hijos —. Las mujeres rieron ante el chascarrillo de Juana, quien valiente, continuó al ver la sonrisa incipiente en su hermana —. Cerdos con botas que

apenas piensan. Se creen inteligentes cuando no saben ni siquiera oler la propia verdad.

—Y cuál es esa verdad si es que se puede saber.

La voz gruesa la hizo girarse para encontrarse de frente con el oscuro de su cuñado, acompañado de cerca de Gonzalo que parecía de todo menos contento.

Atragantada, pero valiente, Juana estuvo por continuar cuando el converso caminó un par de pasos para tenerla rostro contra rostro. Y a pesar de que la mujer se preparó para lo peor, y que la furiosa mirada se dirigía al completo hacia ella, las palabras viajaron hacia otro destinatario.

—De Córdoba, vuestra esposa desea bordar.

—Ya estoy bordando.

—En vuestros aposentos —. Gruñó entre dientes.

—Prefiero quedarme junto a…

—¡De Córdoba!

Los dientes de Judá castañearon al mencionar el apellido y Gonzalo, sin esperar, sujetó a su esposa de un codo para arrastrarla hacia el exterior de la sala. Judá, al contrario de lo que aventuró su mujer, traía muy mal aspecto. Su barba estaba larga y desaliñada, el rostro afligido, y sus ropas parecían cargadas de polvo de mucho camino. En el momento se sintió intrigada, mas la furia de momentos anteriores le hicieron olvidar el semblante serio de su marido y los regaños del suegro. Segura de sí misma dejó el bordado a un lado y caminó envalentonada para enfrentarlo.

—Ahora no.

Judá, quién antes de traspasar el umbral, escuchó toda la conversación, se sentía herido en lo más profundo, y no por las comparaciones con animales. Ni mucho menos, aquello le causó hasta risa. Fueron las palabras de Gadea las que aún le retumbaban: Obligadas ante aquello que no deseamos ni sentimos…

—Ya me diréis vos cuándo, ¿o quizás debo pediros audiencia como al rey? ¿Será quizás que vuestros deberes no os permiten ni unos minutos con vuestra esposa? Tan agotado os dejan esos, ¿compromisos?

Extrañado, y sin saber qué demonios había hecho esta vez para semejante actitud, contestó con la misma frialdad de la que era merecedor.

—Señora os juro que os arrepentiréis de esas palabras, pero ahora como vos decís, no tengo ni un endemoniado minuto para vuestras tonterías.

Las pisadas y la entrada de Lope, el esposo de Beatriz, hizo que el converso le diese la espalda a su esposa para detener al hombre allí mismo.

—Os dije que yo me encargaría.

—Eso dijisteis, pero no veo que cumpláis con vuestra palabra.

—Es mi casa y yo digo el cómo y el cuándo.

—¡Cerdo!

Judá aceptó el insulto con un ligero movimiento de cabeza que hasta parecería demoniacamente divertido sino fuese por la inmensa tensión de sus manos. Salvador, su hijo, se posicionó a su lado en señal de apoyo, y a decir verdad se lo agradeció, delante suyo se encontraba una decisión que no creyó jamás tener que tomar.

¡Fuera!

Haym, atraído por la discusión, se hizo presente para colocarse junto a Judá.

—¿Habéis recibido mi nota?

—Lo tenéis todo dispuesto —. Contestó con la misma seriedad que su hijo.

Judá asintió conforme antes de dirigirse a un Lope, que totalmente desencajado, no daba señales de calmarse. Beatriz, asustada de su actitud, no hizo siquiera el intento por detener su altanería. Los pómulos del caballero se marcaban desafiantes ante un Judá que no demostró temor alguno. Gonzalo, fiel caballero de su señor, se posicionó tras él, con el puño presionando la empuñadura de su espada. Si Lope se atrevía con alguna estupidez no llegaría ni a rasgar la casaca de su señor antes de derramar el total de su propia sangre.

Aceptando lo que sabía debía venir, por el bien de todos, se agachó para hablar al oído del pequeño Salvador que lo escuchó atentamente para luego correr pasillo abajo sin rechistar. Estaba claro que había recibido una orden directa y clara, pero nadie se atrevió a preguntar. Intrigada, Gadea permaneció en un discreto segundo plano. Allí se tejía algo terrible, el problema era saber hasta que punto se verían salpicadas. Lope siempre fue considerado amigo de la familia, nunca alzo el puño contra los De la Cruz. Entonces ¿por qué aquella actitud? Duras tenían que ser las acciones para justificar esos rostros.

—Señores, creo que debemos dejarlos a solas.

Las mujeres se dispusieron a seguirla como dueña de casa, y como su salvadora. Ninguna de ellas deseaba permanecer ni un segundo más en esa sala. Cuando los hombres alzaban armas de metal, o de palabras, siempre era mejor encontrarse a distancia.

Judá, sin aceptar la propuesta de su mujer, no solo la detuvo por el codo, sino que habló por encima de ella, con una voz más grave, y más afilada, que la propia muerte. Allí quedaba claro quién era el hombre de la casa y quién mandaba en ese preciso momento.

—Vos os quedáis.

La muchacha aceptó la orden sin rechistar, pero con el orgullo totalmente herido. Su marido no solía actuar con aquellas formas, aunque últimamente no sería ella quien se creyese conocedora del hombre, después de todo, pensándole enamorado, no necesitó más que unas pocas horas para comprobar su embuste en brazos de otra.

—Como ordenéis —. Contestó secamente y deshaciéndose del amarre con un movimiento imperceptible para todos, menos para él.

Sin tiempo para indagar en los sentimientos de su esposa, Judá habló a María con la dureza de mil dagas juntas.

—Vos debéis iros. No es un sitio para vos.

La muchacha agachó la cabeza avergonzada ante una Gadea que se quedó estupefacta.

—Pero esposo, que…

—Con respecto a vos, también os quiero fuera. Tomad vuestro libro de magia y no volváis a mi hogar hasta que hayáis dejado atrás esa vida de brujería.

—¿Cómo decís? —Blanca la morisca tuvo que preguntar dos veces para intentar comprender las palabras de Judá. El hombre la estaba expulsando como a una perra rastrera, como a una meretriz de lo más bajo, como a una ¿bruja?

—Esposo, creo que no estáis pensando claramente.

Gadea habló con el carácter contenido, pero Juana, quien se escondía tras el marco, se abalanzó para increparle a voz en grito.

—Pero quién demonios os creéis para tratarlas así. ¡Son mujeres, no ratas!

—En cuanto a vos, creí ordenaros ir a vuestros aposentos.

—No me sentía cómoda allí.

—¿Pues quizás la calle sea de mayor agrado?

—¿Me estáis echando?

—Esposo creo que no actuáis con lógica. Permitidnos a todas marchar y ya hablaremos en otro momento sobre el tema. Gadea no consiguió desviar la atención de Judá que se enfrentaba, vista contra vista, a su pequeña cuñada.

—¡De Córdoba! —El caballero no podía dejar de preguntarse en silencio el cómo Juana había llegado nuevamente allí—. Encerrad a vuestra esposa y atadla a la cama si hace falta, pero no la quiero aquí ni un minuto más. ¿Lo tenéis claro?

—Perfectamente, mi señor.

—Si pensáis que vais a hacerme callar no lo conseguiréis. Estáis haciendo una injusticia, qué… —Gonzalo sujetó por las rodillas a su mujer quien golpeó sobre su hombro cual saco de nabos. Dispuesta a pelear intentó patear, sin embargo, De Córdoba salió tan rápido de allí, que solo se escuchaban los chillidos de la muchacha perdiéndose por el ancho pasillo cual ruedas de carreta en perdidos senderos.

—Vosotras, creo haberos pedido algo.

María se dispuso a salir, pero Blanca no deseaba aceptar semejante trato. No después de lo que una vez significara ese cerdo en su vida.

—Vos no sois así —dijo en un último intento por encontrar a aquel hombre que una vez amó y que hoy se encontraba en algún lugar frío y tosco.

—Soy lo que debo ser. Ahora, fuera de mi casa.

Lope, quien presenciaba todo, parecía conforme con aquellas

decisiones. Sin mirar ni una sola vez a Beatriz seguía observando con detalle cada acción del converso como si esperase algo más.

—Os arrepentiréis de esto —. Blanca la morisca dijo antes de marchar tras María por la puerta.

Con la misma expresión de una piedra miró a su esposa que, desorientada y furiosa, habló como pudo.

—No debéis echarme, ya me voy sola. Amice, Beatriz, nos vamos.

Las mujeres parecían como apresadas con gruesas cadenas. Detenidas en el sitio y sin despegarse la una junto de la otra. Lope, mientras tanto, más interesado que nunca, clavó la aguileña mirada en el dueño de casa, cual rapaz a la espera de lo que estaba por llegar.

Gadea, cansada de tanto despropósito, sujetó a Beatriz por un brazo para obligarla a salir, cuando su marido se lo prohibió.

—Vosotras dos —dijo ignorando el enfado de su mujer que lo lapidaba con la mirada—. Vosotras dos —repitió con aún más energía — os iréis de mi casa y de Toledo, no deseo volver a encontrarme con vosotras. Habéis ensuciado mi casa con vuestros actos. La lujuria que reside en vuestras almas no volverá a pisar mi hogar.

—Judá…

Gadea suplicaba entre murmullos atragantados frente a un Lope que, lejos de alterarse, escuchaba conforme cada una de sus palabras.

—Habéis traído la vergüenza a mi hogar y eso no lo puedo tolerar. Sois carne de pecado y fruto repugnante hecho carne. Os iréis y no volveréis a tener contacto con nadie de mi familia. Si por alguna razón os vuelvo a ver por Toledo no me detendré hasta que vuestros cuerpos huelan a grasa quemada.

Beatriz temblando, se sujetó al brazo de Amice que, aparentemente entera, pero con el cuerpo tan frío como los muertos, no hizo nada más que asentir. Ninguna de las dos se defendió. Ambas aceptaron las acusaciones sin el más mínimo reproche ni la más mínima negación. El frío gélido solo era aplacado con el calor de la una en manos de la otra. Asustadas, y con el temblor en la piel, aceptaron cada reproche. Ni las lágrimas silenciosas de las mujeres consiguieron detener el constante reproche de un Judá que no cesaba en su lista de improperios. Gadea, temblando al igual que las muchachas, pensó si lo peor estaba aún estaba por llegar, pues Lope parecía tan conforme, que hasta creyó verlo sonreír. Disgustada a la par que asustada suplicó por las amigas con el corazón en la mano.

—Por favor ayudadlas, no pueden marchar. No así. Morirán apenas entre la noche.

Gadea lloraba ante su suegro suplicando algo de piedad, pero Haym, inmutable como su hijo, llevaba la mirada pétrea hacia las mujeres sin distraerse.

—Esposo, por favor. Por favor… Compasión. Prometo ayudarlas y ellas prometen que nunca más volverán a pecar. La noche está al caer, si no las matan los lobos lo harán los asaltantes de caminos. Judá por favor, os juro que nada de lo que os han dicho es tan grave como para esta atrocidad.

El converso, por un momento cerró los ojos, y ella creyó que lo estaba convenciendo, pero ese gesto no duró más que el maullido de un gato en la mañana. Al instante, caminó hacia las jóvenes y se puso tan cerca que ambas dos temblaron al sentir el aliento de su voz.

—Nunca os volveréis a encontrar con mi esposa, sois la deshonra de cualquier mujer. Habéis ensuciado el cuerpo que Dios os ha entregado. No soy yo quien os arroja hacia vuestro oscuro destino, son vuestros actos quienes os reclaman. Os iréis ahora mismo, desapareceréis sin dejar rastro, y que el Señor se apiade de vuestras almas desgraciadas.

—Mi señor… —Amice intentó hablar, pero el llanto atragantado la obligó a interrumpirse por unos segundos— si al menos nos permitieseis pasar la noche, os prometemos que mañana ya no sabréis nada de nosotras. Solo pedimos algo de piedad.

—¡No!

El grito de Lope se clavó en el corazón de Beatriz que, asustada al verlo acercarse furioso, se cubrió el rostro esperando el peor de los puñetazos. Y dicho acto hubiese sucedido sino fuese por la mano dura e inflexible de Judá que lo detuvo en el aire.

—Mi casa, mis leyes.

El rostro pétreo se transformó en puro fuego ante un caballero que, aunque furioso, no se consideraba ningún estúpido. El converso era hombre más de actos que de palabras, y por lo tanto prefirió no provocar.

—No pasaréis ni un día más ni en mi casa ni en mi ciudad. Este es un hogar cristiano y como tal, las leyes de nuestro Padre y la santa Iglesia católica se cumplirán tal como Dios las quiere. Marcharos.

—Por favor, por favor, piedad —Gadea, presa de la desesperación, se abalanzó ante los pies de su marido—. Por amor al cielo, estáis cavando su propia tumba. Serán violadas y apuñaladas con la salida de la luna. Esposo por favor.

Judá intentó levantarla del suelo sujetándola por los codos, sin embargo, la mujer se revolvió para continuar suplicando aferrada a sus implacables piernas.

—Gadea, él tiene razón, debemos irnos.

—No, no —lloriqueó en el suelo mientras Beatriz se arrodillaba a su lado para hablarle al oído.

—Aprendimos a caminar juntas y juntas crecimos, es momento que cada una siga su vida.

—No, no puedo. Temo por vos.

—Estaremos bien, os lo prometo, el Señor así lo ha querido y debemos respetar su voluntad.

—Iré con vosotras, encontraremos una solución.

—Amiga mía, ha llegado el momento de separarnos.

La joven alzó la vista para ponerse a llorar sin consuelo.

—Beatriz, mi amada Beatriz, crecimos como hermanas sin embargo no supe cuidaros como a una. Lo siento.

—Querida amiga, Dios no pudo regalarme una hermana mejor que vos. Os llevaré siempre en mi corazón. Ahora levantados y bendecidme, porque no se me ocurre mujer más buena que vos. Dueña del corazón de una santa, vuestra luz me guiará donde vaya. Si el amor puro existe, es el que Dios ha depositado en vos, mi dulce Gadea.

Llorando sin cesar, la dueña de casa se puso de pie para asentir mientras, hablando como pudo, se hizo escuchar.

—Que Dios os acompañe y que el destino nos permita volver a vernos en esta vida, o en la otra.

Amice se acercó para, con otro fuerte abrazo, contestar con la emoción atragantada.

—Gadea Ayala, poséis el valor de mil hombres juntos, y el honor de todos los caballeros del reino, mi cuerpo se aleja, mas mi corazón y mi gratitud permanecerá siempre con aquella que nos enseñó como debía ser el mundo.

Las mujeres se abrazaban con millones de lágrimas en el rostro cuando Salvador entró corriendo, llamando la atención de su padre que asintió al comprenderle perfectamente.

—Debéis iros ya mismo. Vuestra presencia no hace más que avergonzar mi hogar. ¡Fuera!

La monja y Beatriz caminaron con el torso lo más recto posible hasta el portal de salida ante una Gadea que, sin detener su llanto, las vio partir. Conocedora de las leyes siempre temió por aquel amor, porque si alguna vez lo dudó, ahora sabía perfectamente que aquello era amor. Las mujeres se amaban. De una forma rara, incomprensible y hasta pecaminosa, pero se amaban.

—Jamás os lo perdonaré —dijo dejando la frialdad y la distancia tras de si.

Él esperó a sentir la gruesa puerta cerrarse de un portazo para mirar a Lope con furia. Haym, mientras tanto, extrajo del interior de su chaqueta una bolsa cargada hasta arriba de monedas que Lope, feliz, aceptó.

—Habéis hecho bien, esas sucias se burlaron de mí y de vuestro hogar, merecen lo que tienen.

—Fuera de mi hogar. No os quiero volver a ver, y en cuanto a

vuestra memoria…

—Borrada al completo —. Contestó pesando las monedas en su palma.

El sonido del bastón de madera en el suelo sorprendió al ofendido marido que se giró al instante, sin embargo, Judá se dirigió a servirse una copa de vino como si la visita no le sorprendiese en lo más mínimo.

—Excelencia, no recuerdo haberos invitado —. Comentó llenándose la copa.

—¡Dónde están! —El cura miraba a los lados junto a su perro guardián que parecía olfatear al aire buscando algún rastro.

—Me temo que no comprendo. Por cierto, creía que a los obispos os enseñaban mejor los modales.

—Hijo, vuestra memoria os falla, el sacerdote no es obispo.

—Oh perdón, me despisté. Olvidé que nos encontramos ante un ¡mísero reemplazo!

—Sé que las ocultáis, ¡dádmelas!

—Sigo sin comprenderos —gruño con la furia de un toro bravo en la mirada —. ¿Qué decís vos padre?

—Me temo que debo estar muy viejo porque mis oídos tampoco lo comprenden —dijo sirviéndose una copa del tinto.

—¿Y vos Lope?

Haym y Judá clavaron las pupilas en quien se sonrió conforme con el trato recientemente cerrado.

—Me encuentro tan intrigado como vos.

—Ya veis ex-ce-len-ci-a —dijo con asco en cada sílaba —. Nada sabemos.

—Dadme a las mujeres profanas. Yo soy la justicia y como tal las reclamo. Morirán quemadas como debe ser. En cuanto a vos, sois solo una victima, nadie podrá juzgaros. Vuestra esposa es una infiel rastrera fruto de la lujuria endemoniada, nadie os culpará.

El cura intentaba poner a Lope de su lado, pero este negó con seguridad. Lo que deseaba ya llenaba sus bolsillos.

—Excelentísimo, me temo no comprenderos, mi esposa lleva tiempo fuera en casa de su madre enferma en Burgos, y me temo que allí llevará un tiempo si es que Dios no dispone otra cosa.

—¿Burgos? ¿Días?

—Así es señoría, ahora si me disculpáis —dijo saludando para marcharse.

—¡No es posible! Mis fuentes…

—Vuestras fuentes os han mentido, quizás deberías cambiar de confidentes —Judá gruñó mientras con la mandíbula apretada sentenció con rabia—. Ahora si me perdonáis.

El cura contestó con la misma rabiosa mirada antes de girarse

con furia hacia la puerta y causando ventolina con la pesada túnica. El perro fiel lo siguió entre acobardado y asustado. Aquel error de información resultaría en varios golpes de la dura vara en su maltrecha espalda.

—Vos también —dirigiéndose a Lope, y después de comprobar la marcha del sacerdote.

—Un placer cerrar negocios con vos.

El joven se marchó y Judá tragó de un único sorbo el total de su copa mientras acarició la cabeza del pequeño.

—Me habéis avisado justo a tiempo de su llegada hijo mío, gracias.

Salvador, astuto como solo él, y después de aceptar la caricia del progenitor, siguió al falso obispo sin hacer el más mínimo ruido.

No todos somos iguales

—Mi señor os lo juro, ese judío miente. Mis fuentes son reales.

—Sh.

El sacerdote se detuvo en mitad del jardín de la casa de los De la Cruz, junto a un inmenso naranjo, y observando atentamente a los lados.

—Debéis creerme. Lo juro, mi señor. Jamás os engañaría.

El jorobado hablaba y el cura parecía estar escuchándolo, pero solo con los oídos ya que su vista no se despegaba del lugar como si esperase ser descubierto de uno a otro momento. Y a decir verdad no se encontraba en error alguno. Tras el olivo tan grande como los años que le pesaban encima, se escondía una Gadea que prestaba atención a cada palabra de aquellas dos ratas. Su primera intención fue ir tras las amigas, pero aquellos dos desgraciados le bloqueaban la salida. Sin poder hacer otra cosa se dedicó a al gran arte de escuchar. Después de todo, aquellos dos no eran más que piedras en el camino de cualquier persona de bien. De rodillas y dispuesta a afinar el oído, se encontró de golpe con un niño que a punto estuvo de pasarla por encima. Lo agarró con presteza para que no cayese de bruces y lo ayudó a que se sentase en el suelo, junto a ella. Tal eran sus nervios que le hizo al pequeño Salvador el gesto de un dedo en los labios para que permaneciese callado, y no fue hasta reconocer la mirada molesta del niño, cuando se percató de la estupidez de su petición. Ambos dos, en completo silencio, se dispusieron a escuchar.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Mi señor, ese judío es perverso y mentiroso, vos mejor que nadie lo sabéis.

—Hablad.

El jorobado se removió en el sitio y tales eran sus nervios, que la mano pequeña y desfigurada le bailaba al compás de sus propios miedos. El sacerdote buscaba sangre y no escatimaría ni en gastos ni en procedencias.

—Mis fuentes me garantizaron que esas mujeres se encontraban aquí, no pueden estar lejos. Seguro que el converso supo de nuestra llegada y las escondió. Permitidme que rebusque en la casa.

—¡Imbécil! Quiero a esas mujeres. Las necesito vivas.

El cura se retorcía en su propia bilis. Ver sufrir a las jóvenes, quemarlas en su propia lujuria era quemar a los De la Cruz y sus malas bienaventuranzas. Esos judíos no merecían ni fortuna ni poder ni mucho menos amor.

Salvador y Gadea, ocultos tras el inmenso árbol, se acercaron más el uno al otro buscando en el calor de sus cuerpos la protección ante tamaña maldad. Aquellos dos planeaban con tanta mala espina

que el cielo de los ángeles podría congelarse ante ellos.

—No están aquí, puedo sentirlo.

El cura se acariciaba la barbilla intentando pensar. Lope se encontraba en la casa y aunque cubrió las mentiras del converso, no parecía estar tan amigable como siempre, y eso solo podía ser por una razón. ¡Claro! Era eso. Callaba por el único poder superior al odio. El dinero.

—Id a por nuestros caballos.

—¿Excelencia?

—Esas mujeres intentan escapar. Hablad con quién nos pueda informar sobre la dirección que han tomado.

El jorobado sonrió interesado y aliviado. La justicia de la santa vara esta vez no recaería sobre su machacada espalda.

—Así lo haré mi señor.

—Os esperaré en la calle trasera.

—Sí, mi señor.

—Y Sancho, sed cuidadoso o no os tendré piedad.

—Así se hará mi señor, así se hará —dijo corriendo hacia la calle en busca de su informante.

Gadea, al verlos marchar se dispuso también a salir corriendo, pero la pequeña mano de Salvador la detuvo.

—Entrad a la casa.

El niño se negó a obedecer, y también a soltarle la falda que apresaba en su puño con fiereza. Puede que para muchos fuese solo un niño, pero sus experiencias de vida se amontonaban en cantidad suficiente como para comprender las intenciones de su madre.

—Debo ir, ellas me necesitan.

Salvador negó mientras la sujetaba por los bajos. Con la mano libre se señaló a él mismo como diciendo que él también la necesitaba.

—Estaré bien, os lo prometo. Ahora entrad a la casa. Os prometo que volveré antes que nadie pueda darse cuenta de mi ausencia. Vamos mi niño, mi pequeño caballero, vos mejor que nadie me deberíais comprender. Ellas pueden morir si no las ayudo.

Con fuerza, se soltó del pequeño que no hacía más que negar con la cabeza.

—Id dentro y no digáis nada a nadie.

Después de varios empujones la joven se liberó y corrió hacia las caballerizas. Con la mejor de sus yeguas podría alcanzarlas y advertirles de lo que ella consideraba una caza de brujas. El sacerdote las quería quemar, pero eso no sucedería. No si ella les advertía.

Salvador al verla marchar entró corriendo como se le ordenó, pero no pensaba obedecer a su madre en la totalidad de sus directrices. Con resbalando en las esquinas por el apuro, se pegó un buen golpazo, mas se levantó del suelo con velocidad y continuó

corriendo con el temor de los huérfanos. Ese que no deseaba volver a sentir. Ese que dejaba a los hijos vacíos y desprotegidos. Gadea era su madre, su verdadera madre, su única madre, y no la perdería ni por la vida de esas dos mujeres ni por la de nadie. Los De la Cruz le enseñaron el cariño, sin embargo no hay amor sin egoísmo, y lo suyo era suyo y de nadie más. Nadie le arrebataría lo suyo. Gadea era su madre, toda suya.

Con la respiración agitada interrumpió el final de la bebida de Judá que casi escupió el último sorbo de vino al sentir en sus piernas el choque del pequeño cuerpo. Agitado y con las manos alteradas señaló su corazón y dibujó el cuerpo de una mujer. Lo hizo varias veces y con bastante torpeza, pero Judá no necesitó más claridad como para reconocer el gesto. Al sentirse comprendido lo sujetó de la mano para arrastrarlo hasta la ventana y mostrarle el camino. Haym, interesado en las desesperantes acciones del pequeño, también se acercó para ver con su propia vista como dos jinetes se alejaban a toda marcha.

—Imaginé que esto pasaría.

—Y yo. Ese sacerdote no va a parar nunca.

Salvador llamó su atención nuevamente empujándole la camisa hacia abajo para que lo mirase.

—Las amigas de vuestra madre estarán bien, os lo prometo. Ahora id a descansar.

Salvador negó con tantas fuerzas que sus rizos se movían de lado a lado descontrolados. Nuevamente hizo la señal de su corazón y mostró el camino. Judá al ver la alteración del niño frunció el ceño. El pequeño parecía tan desesperado que la respiración se le cortaba.

—Gadea —dijo asintiendo nuevamente a las señales —¿qué sucede con ella?

El sonido de una yegua salir de las caballerizas a toda velocidad, por otro camino, lo hizo jurar por todo lo alto. Al ver la capa de la mujer volar con el viento comprendió al instante la situación. Sin decir nada corrió hacia la puerta dejando a su padre por unos segundos desorientado.

—¡Gadea!

Otros dos segundos más, y Haym cayó en la cuenta de lo que su mente negaba con una sarta de insultos continuados.

—Iré von vos —. El padre corrió junto a su hijo.

La tarde caería en nada y cuatro ojos verían mejor que dos o dos espadas matarían mejor que una, pensó mientras no cesaba de injuriar sin control. Recogiendo las riendas del caballo Judá negó con fuerza a un padre que continuaba maldiciendo.

—Quedaros en casa, en vos dejo el cuidado de vuestros nietos. Os necesito aquí.

—¡Salvador! Quedaros con mi padre y proteged a vuestros hermanos. Pase lo que pase, cuidad de ellos.

El pequeño nervioso asintió mientras lo veía correr calle abajo. En su habitual silencio, rezó como pudo a la santísima virgen y madre entre las madres para que protegiese a la suya. Haym, comprendiendo sus temores, le sujetó la mano mientras ambos, en el mortal silencio de los temores, lo vieron desaparecer.

Los caballos corrían a toda velocidad los unos tras los otros. Saliendo por la calle de las zapaterías Gadea pensó poder adelantarse, pero el jorobado, el cura y dos hombres más cabalgaban como dejando atrás a las almas del infierno. Sucia y sin mirar atrás, a estas alturas solo deseaba alcanzarlos e impedir que los hombres llegasen hasta Beatriz y Amice. No se creía con tal poder de convencimiento mas si los obligase a detenerse y perder algo de tiempo, las mujeres podrían encontrar tras las quintas una salida. Con la mente en sus amigas corrió a todo galope sin darse cuenta de que ella también era perseguida por alguien que deseaba detenerla a como diese lugar.

—Maldita seáis —. Juró Judá al ver la cantidad de cabalgantes delante de él. La distancia era demasiado amplia como para detenerlos a todos o protegerla a ella. Demasiados caballos hacia un mismo destino. Su vista era buena, pero su caballo, aunque veloz, no volaba.

Sin cesar de mirar a su mujer, no fue hasta un buen rato cuando elevó la cabeza más allá de la visión de Gadea para ver como los cuatro jinetes se acercaban a las muchachas, que, faltas de experiencia en monturas, cometieron el más estúpido y principiante de los errores. Caerse.

Con un talonazo de espuelas su caballo se alzó rebelde, pero con un fuerte tirón de riendas, lo dominó y lo dirigió directo hacia los hombres. Las crines del caballo volaban con el aire. Un segundo golpe de talones y el semental casi estaba junto a su mujer que no hizo mas que sorprenderse al ver a su esposo montando a la par. Con miedo a caerse lo miró de reojo varias veces, pero este en lugar de hablarle o intentar detenerla, hizo algo totalmente incomprensible para ella. Sin mirarla Judá golpeó con las riendas a ambos lados de los laterales de su montura hasta conseguir adelantarla ignorándola al completo. En otra ocasión se hubiese sentido ofendida pero agotada por el esfuerzo y sabiéndose peor jinete que su marido se dejó rebasar.

—Que Dios os acompañe —. Susurró mientras lo vio ir directo hacia los cuatro hombres que se detenía y rodeaban con sus caballos a una Amice caída en el suelo y una Beatriz que, deteniendo su yegua, se abalanzó a su lado.

Ambas temblaban como hojas. Como pudo, la monja se puso en

pie y sujetó la mano de Beatriz con fuerza. Los hombres, cual asesinos a sueldo, giraban ante ellas sobre sus caballos frente ante una noche que comenzaba a alcanzarlos. El sacerdote se bajó con lentitud y con la sonrisa de la victoria en los labios, mientras los otros tres, descansando relajados, inclinaron el cuerpo hacia adelante como deseando no perderse nada del espectáculo.

—Porqué nos perseguís.

—¡Qué deseáis de nosotras!

Beatriz gritó con los nervios a flor de piel y causando la carcajada en los hombres. El más falto de dientes contestó mientras acariciaba el lomo de su caballo.

—¿Y a vos que os parece que deseemos?

El segundo mal nacido, y colaborador a sueldo en los negocios sucios del sacerdote, inclinó el rostro interesado en una idea que no se le había ocurrido, no hasta ver a las muchachas.

—Interesante. Quizás si conocieseis hombre no tendrías tan asquerosas inclinaciones.

Beatriz tembló, pero Amice no se amedrentó. Rápida como ella sola sacó un puñal de dentro de su túnica y los amenazó con valentía, aunque no consiguiese con ello mas que sonoras y profundas carcajadas.

—Tocadnos y os mataré.

El desdentado, deseoso de acariciar carne de mujer fresca, se bajó con rapidez de su montura para acercarse a las muchachas.

—Nos lo pasaremos bien, os lo prometo.

El cura, de pie ante la escena, no hacía nada. Parecía estar disfrutando con lo que él consideraba un merecido castigo.

—Nos mataremos antes. Os lo juro.

Amice movió el puñal intentando asustarlos, pero solo consiguió que el ladrón hábil en la lucha callejera, se le abalanzase y la tumbase al suelo quitándole el puñal con un simple apretón de muñeca.

—¡Soltadla! Dejadla en paz. ¡Asqueroso mal nacido!

El segundo ladrón sujetó a Beatriz por la cintura elevándola por encima del suelo. Desternillado de la risa, miraba con atención a su secuaz dispuesto a comenzar con la faena encima de la monja.

—¡No! ¡No! ¡Detened esto! ¡Sois el enviado de Dios! Detenedlos.

—Dios quiere justicia.

Las babas del ladrón caían en el rostro de Amice que se sacudía bajo su cuerpo con todas sus fuerzas cuando el galope de un caballo, y los gritos de alguien lo detuvieron.

—¡Deteneos! Malditos.

Gadea saltó del caballo intentando parecerse a Gonzalo de

Córdoba en sus mejores momentos, pero no consiguió más que un inmenso traspiés y un tobillo torcido. Renqueando miró a los lados intentando ver dónde se encontraba su marido. Estaba segura de haberlo visto adelantarla, pero por más que su cabeza se movía como la de una vendedora de mercado, nada. Allí no había ni rastro.

—Pero mirad que preciosura tan delicada nos ha enviado el Señor.

—Como caída del cielo —. Contestó a carcajadas el segundo ladrón.

Tal era el entusiasmo y asombro de los hombres al ver a tan bonita y delicada criatura, que Amice, aprovechando la distracción, logró liberarse para correr junto a su amada. Con una mano temblorosa se sujetó la túnica rasgada de arriba a bajo mientras con la otra sujetaba la mano de una recién liberada Beatriz. Gadea por su parte, se pegó a ellas tanto como pudo, rogando al señor que su marido se presentase lo más pronto posible. Temblando al igual que las amigas, intentó pensar un plan, pero el temor le negaba cualquier acto de consciencia. Cuando robó la yegua se creyó muy valiente y capaz, pero ahora, en este preciso momento, donde la noche comenzaba a oscurecer el bosque, y los hombres parecían más temibles que lobos hambrientos, tuvo que reconocer que aquello de pedir ayuda no hubiese sido algo tan malo.

«Judá ¿dónde estáis…?» se repitió mil veces llamando a aquél que, aunque culpable de todo aquello bien podría resarcirse salvándolas.

—Veo que vos también sois una de ellas. Interesante descubrimiento —. El cura se relamió los labios resecos.

Creyente poseedor de la verdad, disfrutaba de lo que podría ser la solución de dos problemas juntos. Si las tres fuesen amantes las tres deberían morir por castigo ante tan lujurioso pecado.

—¡Maravilloso! —La voz del sacerdote no podía reprimir la inmensa alegría que le completaba el alma.

El sufrimiento del converso sería tan doloroso como bendito. El desgraciado se revolvería en su propia mierda. Vagaría errante sin consuelo y se perdería en la inmundicia de la desesperación al perder a quién creía la mujer más pura. El muy estúpido amaba a esa muchacha. Repugnante ser ignorante, que hechicero con curvas, utilizaba el redondeado de sus pechos como talismán de su embrujo. Mujeres, mal nacidas que ni para criar servían. Endemoniada de caderas anchas capaz de conquistar aquello que a él se le negaba.

—Moriréis las tres. Asqueroso es el pecado y asquerosas aquellas en las que reside.

—¿Pero de qué estáis hablando? Ninguna de nosotras ha hecho nada más que amar al Señor y sus leyes.

—Señora, ¿negáis las evidencias?

—Por supuesto que las niego. ¿Cómo no negar aquello que ni siquiera comprendo?

El sacerdote se carcajeó de Gadea y el jorobado lo siguió intencionalmente. Aquello atemorizaba a las mujeres comunes y aquellas lo eran. Comunes y rastreras.

—Señora, estas mujeres retozan en la cama de vuestro propio hogar, y como cabras insatisfechas se entregan a la lujuria, y vos lo habéis permitido.

—¡Sois un bastardo!

—No solo lo permitisteis, sino que vos misma formabais parte de semejante aberración.

Los ladrones alzaron los ojos ante una idea que hasta el momento no se les había ocurrido.

—¡Mentís!

—¿En qué exactamente?

—¡En todo! Mi esposo os matará.

—Mi señora, creedme, vuestro esposo se sentirá aliviado de liberarse de tamaña vergüenza. ¿O será que a él no le satisfacen vuestras atenciones?

Sorprendido por su propia afirmación, el cura se sonrió. El converso hombre de iguales inclinaciones sodomitas que las suyas, ¿eso podría ser?

—¿Es Alonso de la Cruz quién os rechaza? ¡Contestad! ¡Aclarad vuestra alma ante Dios!

Las mujeres asustadas caminaron hacia atrás al ver como el cura se les acercaba con el ardor de la ira en la mirada. Gadea temblaba de tal forma que no contestó. Las tres casi pegadas la una a la otra, dieron tres pasos hacia atrás hasta que el resbalón de Beatriz las hizo sostenerla con fuerza. Con apenas fuerzas, Gadea miró hacia atrás para comprobar el peor de sus temores. El barranco se encontraba justo dos pasos por detrás.

La verdad

—Por favor, os lo ruego, no somos culpables de nada de lo que se nos acusa.

Las carcajadas a estas alturas parecían la expresión habitual del cura que, si disfrutaba gratamente con el presente, no era menos cierto que el futuro lo exaltaba. Un futuro en el que el converso se hallaría completamente bajo su merced en alma y en cuerpo. ¿Qué sería capaz de hacer con tal de proteger a su amor? ¿venderse, morir? ¿tal vez entregarse? Ilusionado en sus ensoñaciones alzó la voz altanera.

—¡Contestad! —Repitió con la voz pastosa por el deseo de un futuro prometedor. Si Alonso de la Cruz era como él, si al joven lo guiasen los mismos instintos, pensó con el sudor del deseo recorriéndole la espalda.

—No sé lo que deseáis de mí, os lo juro, mas prometo contestaros aquello que deseáis si con ello somos libres.

Gadea ya no comprendía ni razonaba. El temor dominaba demasiado sus nervios como para pensar. Haría lo que fuese con tal de escapar de aquel destino. La noche era grata de temperaturas mas el frío mortal le carcomía los huesos. Los harapientos secuaces las miraban con lujuria incontrolada. Lo único que los retenía era la señal del jefe supremo y que, al parecer, se encontraba mas que listo para dictaminar.

—Mi señor, por la Virgen os lo ruego, permitid que mis amigas se vayan —. Amice habló valiente pero las otras negaron con lágrimas en los ojos. Eran todas o ninguna.

—¡Somos inocentes! —Chilló desesperada.

—Yo no lo creo —. Contestó el oso listo para el ataque.

—Yo tampoco lo creo. La vara de un hombre es lo que necesitan para saber quién manda.

Los ladrones las miraron deseosos, y el cura se resignó a no recibir la respuesta buscada. Esa mujer jamás confesaría lo que el necesitaba, por lo que mejor acabar con aquello cuanto antes.

—Usadlas hasta agotaros o hasta matarlas, poco me importa. Fruto del pecado son y por ello serán castigadas. Quien del error se alimenta, bajo el error yace y muere. Todos los que han pecado conociendo la ley, por la ley serán juzgados. Romanos 2:12.

—¡No! —Gadea gritó dispuesta a resistir con uñas, dientes, patadas y hasta la vida. Moriría antes que conocer hombre que no fuese su marido —. No me tocaréis.

—No lo harán.

Judá, con voz gruesa y como aparecido de ultratumba, habló por detrás del cura, mientras presionaba el puñal en su lateral

izquierdo, con determinación.

—Vos… raro se me hacía que no estuvierais presente. ¿Venís quizás a rescatar a estas mujeres? Veo que vuestra esposa os ha ocultado mucha información que quizás deberías saber.

—¡Mentís!

—Mi señora, no es a mí a quién debéis convencer de vuestros actos contra natura. Vuestro esposo seguramente merece la verdad.

—Gadea, venid aquí.

—Yo…

—¡Ahora!

Judá habló con tal determinación que la muchacha obedeció, pero no sin antes mirar a las compañeras.

—Estaréis bien, estaremos bien. No os preocupéis. Él os ayudará.

Amice y Beariz asintieron sin moverse del lugar. Como postes continuaron a un pie entre la vida y el barranco. Ella caminó unos pasos, mas los hombres, deseosos de su cuerpo y sin deseos de cumplir voluntades ajenas, le interrumpieron el paso.

—Mas os vale moveros.

—¿O qué? —Respondió el oso envalentonado—. Matad al cura si así lo deseáis. Luego de agotarme con vuestra mujer mis manos os arrancaran la cabeza sin ayuda de cuchillo.

—Puede que mi cabeza caiga, sin embargo, mi amigo os matará a los dos antes que le toquéis a ella uno solo de sus cabellos.

Azraq el azul apareció con su negra capa, mientras los hombres se preguntaron como semejante hombre había podido ocultarse tras un árbol tan pequeño. Con un puñal en cada mano el morisco dejó claro que su puntería no debería ser discutida. Los dos ladrones, algo atragantados, dejaron paso a una Gadea que se movió lo suficientemente lejos para ir rumbo hacia su marido. No fue hasta sentirlo cerca que cesó de temblar.

—¿Estáis bien?

—Sí, pero…

—Subid a la yegua.

—Amice, Beatriz —ordenó Gadea en alto —. Nos vamos.

—Sólo vos.

—¿Cómo?

—He dicho que solo vos.

La voz de Judá se tornó tan grave como la misma muerte. Fría y confusa.

—¿No os entiendo?

—Vuestra merced no comprende, pero vuestro esposo sí. Las damas han profanado su hogar y deben pagar por ello o toda la familia se verá implicada, ¿no es así con-ver-so? ¿Cuánto tardarán en

acusaros de falsos cristianos? Herejes demostrados no seréis más que hambrientos callejeros. Os expulsarán de vuestras pertenencias y riquezas. Lo perderéis todo y yo me reiré —. Contestó sin moverse al sentir como el puñal le presionaba cada vez más las costillas.

—No, no es posible. ¡Mentís!

—Esposa, subid a la yegua. Ya.

—No sin mis amigas. Son inocentes, somos inocentes. Por favor escuchadme —Gadea se acercó a su marido que sin distracciones continuaba apuntando al sacerdote —. Debéis ayudarlas, nada tienen contra ellas.

—Señora veo que no os cansáis de mentir, ¿no es así Pedro? — Preguntó el sacerdote ante un descolocado Judá.

—Así es, mi señor.

Un joven demasiado joven, y con vestimentas aún más pobres, se dejó ver. La noche cada vez más cerca no le permitió reconocer al muchacho que cabalgaba a lomos con el jorobado.

—Puede que no lo reconozcáis, pero Pedro trabaja en vuestras cuadras y está dispuesto a testificar de todo lo visto.

—¡Y qué habéis visto más que una familia de bien! —Gadea no se controlaba.

—¡Esas mujeres retozan juntas! Se tocan y cientos de atrocidades más. Yo mismo las he visto

—¡Mentís!

—¿Vuestra merced se encuentra nerviosa? ¿Será tal vez que teme que las acusaciones se enfoquen también hacia vos? Confesad antes que vuestro esposo os descubra. Confesad y orad ante Dios por vuestro perdón.

—Maldito mentiroso, cómo os atrevéis.

—Mi señora, no sabéis de lo que soy capaz.

—Pero yo sí sé. Ambos sabemos que nuestras bocas deben permanecer cerradas. ¿No lo creéis así, excelencia? Puede que no seáis el único que conserve pruebas que deberían continuar en cofres cerrados, ¿no lo pensáis? —La voz grave de Judá sentenció segura.

—Esto no depende ni de vos ni de mí, son demasiados ojos y oídos como para que el silencio se perpetúe.

Judá se atragantó con la amenaza. Puede que odiase al sacerdote, mas su lógica era demasiado real como para negarla. Aquellos rateros hablarían por menos de una moneda. Inventarían lo que fuese con tal de sobrevivir otro mes.

Molesto por sentirse acorralado Judá empujó a un lado al sacerdote que sonrió victorioso mientras se acomodaba la blanca y santísima túnica.

—Estáis en mis manos. Esas mujeres serán vuestra derrota. Me encargaré de ello.

—No, no lo haréis —. Amice habló con seguridad entrecortada ante una Beatriz que asintió con lágrimas en los ojos y en señal de apoyo —. No lo permitiré. Son mis amigos y mucho han hecho por nosotras —Mirando a Gadea continuó con el llanto atragantado —. Vos y vuestra familia es lo mejor que he conocido en esta vida. No puedo permitir que os lastimen. Gadea Ayala, me disteis una cofradía, una hermana y una vida, os llevaré en mi corazón en esta vida y en la siguiente.

Conforme miró a Beatriz quien asintiendo nuevamente con la cabeza le habló con apenas sonido.

—Os amo.

—Y yo a vos —. Dijo la monja.

Ambas asintieron antes de darse la mano y girarse a la vez ante el vacío del barranco.

—¡No! —Gadea intentó correr para detenerlas, pero Judá la sujetó por la cintura.

—Nunca me arrepentiré de haberos amado.

—Nunca me arrepentiré de ser vuestra amada.

En silencio, unidas por el lazo del amor eterno, y mirándose a los ojos, saltaron al vacío. Un vacío que siempre existió. Uno lleno de incomprensiones de quienes no sabrían jamás de la diferencia entre el cuerpo y el corazón.

—No, no… —Gadea golpeó a Judá con los puños hasta caer rendida —. Ayudadlas, ayudadlas…

—Desgraciadas… —El sacerdote, al igual que Gadea se encontraba sin consuelo. El suicidio de las mujeres lo llevaban a un punto muerto. Sin ellas su venganza se reducía a la nada. Ni testigos, ni hoguera, ni converso, ni nada. Sin las pruebas del pecado el pecado desaparecía.

—Gadea… debemos irnos.

—No hicisteis nada. No las ayudasteis.

Azraq, al ver que los bandoleros se perdían en la oscuridad de la noche, se acercó al amigo esperando instrucciones.

—Esposa, debéis ir a casa. Aquí no queda nada por hacer.

—No, ya no queda nada. Se fueron sin esperanzas. Pudimos detenerlas, pero la cobardía os dominó.

—Señora —. Esta vez fue Azraq quien sentenció con seriedad.

—Querido amigo, aunque os duela esa es la única verdad. Mi marido se asustó.

—Azraq, llevad a mi esposa a casa, no se encuentra en su sano juicio.

—Me encuentro perfectamente, os lo prometo. Y en el pleno juicio en el que me encuentro, os juro que jamás perdonaré. Nunca.

Judá la miró con el brillo oscuro en la mirada, con ese que

mataba a los mismos muertos, pero Gadea no tembló. Judá la había desilusionado. Lo suyo se encontraba totalmente roto. Una esposa jamás confiaría en un marido que no luchaba por ella ni por los suyos, y él no lo había hecho. Hoy abandonaba a los amigos más queridos, mañana a quién sería, ¿a ella? ¿a sus hijos?

—Merecen un entierro digno —. Dijo ahogada por la pena.

—Yo me encargaré.

—Los buitres y la tierra profanada deberían ser su única tumba —. El cura no cesaba de echar peste por la boca.

—Solo pido a Dios que un día os juzgue con vuestra misma vara. Esa con la que hoy empujasteis a mis hermanas.

—Ya nada podéis hacer aquí, id a casa, pronto me reuniré con vos.

Gadea caminó hacia la yegua acompañada del morisco que con amabilidad la ayudó a subir al animal. En silencio, y sin mirar atrás, dejó que su caballo la llevara. El dolor hondo y profundo laceraba como nunca lo había hecho antes. Pena, tristeza, desilusión, se le atragantaron en las entrañas. Amice, esa amiga fiel que una vez la salvó de la muerte, y Beatriz, su hermana, su compañera de risas y llantos, ambas yacían en el fondo de un barranco porque nadie las ayudó, nadie las comprendió.

El sacerdote, furioso por el destino de las mujeres, también subió a su montura. Su rostro insatisfecho mostraba la frustración. Deseaba verlos a todos sufrir, sin embargo, aquellas dos descerebradas, apresuraron demasiado su triste final. No hubo ni goce ni disfrute. Molesto hasta grados extremos se preparó para marcharse y dejar atrás al converso y sus penosos cadáveres. Rescatar los restos de aquellas dos idiotas pecadoras del fondo del barranco le llevaría toda la noche, si es que alguna vez lo conseguía. Porque si por él fuese se pudrirían en el fondo de sus pecados.

—La voluntad del señor se ha hecho —. Dijo en voz alta y dando por finalizada la cacería.

El jorobado y el soplón comenzaron el trote, pero él se mantuvo por unos segundos mirando al converso que con tristeza veía a su esposa perderse por el camino junto al moro.

—La próxima vez no seré tan compasivo. Esa mujer necesita mano firme.

Judá contestó dándole la espalda y sin mirarlo. No le hacía falta enfrentarlo para que su voz sonase tan grave como la peor de las sentencias.

—Por todo lo que me es preciado os juro que no veréis el cielo sin antes haber atravesado mi propio infierno. Os mataré. Por mis hijos os juro que viajaréis a los infiernos antes que yo.

—Muchos conversos harán falta.

—Yo solo me basto. Vos, yo y el filo de mi daga en vuestro cuello. Os lo juro.

Sin mirarlo ni una sola vez Judá sujetó las riendas de su caballo, y caminando junto al animal, se perdió por el estrecho sendero camino hacia los bajos del barranco. El camino lo llevaría hasta los cuerpos o lo que fuese que quedase de ellos.

Con ropas negras como cuervos, y largas hasta el suelo, Gadea se miró en el reflejo de su jofaina llena de agua. Las lágrimas le brotaron en silencio como era habitual en los dos últimos días. Su marido encontró a las mujeres, pero tal era su estado, que los ataúdes se cerraron sin siquiera poder despedirse.

—Mi señora, nos esperan.

Ella aceptó con un movimiento de cabeza, y poniéndose de pie, estiró la espalda para comenzar a andar.

—Gadea, estoy con vos, siempre lo estaré.

La sonrisa sin humor de la joven se sintió a pesar del grueso velo que le cubría el rostro.

—Ellas eran quienes os esperaban. Si tanto me amáis no debiste abandonar a aquellas que siempre me cuidaron.

—Solas buscaron su destino.

—¿Lo buscaron? Fuisteis vos quién las expulsó como a perros sarnosos. Fuisteis vos quien las arrojó al bosque totalmente indefensas. Fuisteis vos —. Dijo sin fuerzas.

—Vuestro dolor no os permite comprender. Nada podía hacer. Nuestra familia no puede verse salpicada, no podemos permitírnoslo.

—¡No podemos! Por supuesto que no podemos. Mi nobleza no basta, vuestra conversión no basta, vuestras riquezas no bastan. Nada es suficiente. Nada los convencerá nunca.

—Gadea…

—Sabéis algo, ellas siempre os defendieron, siempre os comprendieron. Ellas siempre os aceptaron, en cambio vos actuasteis por intereses. Vuestros intereses.

—Mis intereses son los de mi familia. Nunca os pondré en riesgo. Odiadme si así lo deseáis, pero nada ni nadie será jamás más importante que aquellos a quienes amo. Nadie. Todo lo que hice y lo que haré será siempre por vos.

—Lástima que ellas no contaran con vuestro amor y compasión.

Desilusionada caminó hacia la puerta para poner rumbo hacia la Iglesia. Allí rezaría por el alma de las mujeres, y el perdón de ella y su marido.

La misa se hizo larga o por lo menos a ella así se lo pareció. Después de casi dos días sin beber agua y llorar hasta el desgarro, solo

era capaz de mirar los dos ataúdes de madera maciza. Los labios del sacerdote Diego de Almanzón contaban una historia que, aunque a medias, era sincera. Una historia de entrega, caridad, pero también de mucho amor, un amor que no llegó comprender bien pero que ellas sintieron hasta la necesidad de morir juntas. Don Diego aceptó enterrarlas en lugar consagrado sin tener en cuenta el gran pecado del suicidio y que ella solo podía interpretar como loca desesperación.

Juana, en la distancia corta, se apoyaba en el brazo de Gonzalo, que fiel a su honor y caballerosidad, le brindaba el total de su apoyo. Él si era un verdadero esposo.

El grupo de enterradores se acercó e, izando la carga, se marcharon hacia el cementerio. Si tuviese fuerzas hubiese querido acompañarlos y despedirse por enésima vez sin embargo un tras pies le recordó que la falta de alimentos la habían debilitado sobremanera.

—¡Salvador! Conseguid agua para vuestra madre.

—Estoy bien.

La voz apenas contestó, y es que si algo no deseaba últimamente era dirigirle la palabra. Judá era su marido y su traidor.

El pequeño, al instante y luciendo como el más elegante de los pequeños caballeros, se acercó con una copa que con delicadeza aproximó a las manos de su madre.

—Mi dulce pequeño, vos sí que amáis con el corazón.

Judá, atragantado con la frase, y mirando a los lados para verificar que se encontraban solos, le contestó con voz fría y terriblemente agotada.

—Bebed y poneros en pie. Os despediréis en el entierro como debe hacer una mujer de vuestra posición. Mostraréis vuestro dolor a todos los que lo esperan.

—No creo que pueda. No creo que quiera.

—Pues lo haréis.

—No lo haré.

—Oh señora, sí que lo haréis.

Judá sujetó de un brazo a Gadea para alzarla y ponerla en pie, ante un Haym que no intervino en ningún momento para rescatarla.

«Era de esperar, entre ellos se protegen», pensó al ver como su suegro caminaba por delante ignorando sus necesidades.

Como su marido le exigió, estuvo en el entierro, y no fue hasta que el último puñado de tierra se arrojó, y cuando todos habían marchado, cuando le habló con todo el rencor del que fue capaz.

—Vuelvo con mis hijos, si es que ahora sí me lo permitís.

—No lo hago. Vendréis conmigo.

—Me temo que no puedo dar paseos, espero que mi señor me comprenda y disculpe.

Judá insultó entre dientes, y aunque lo oyó, no dijo

absolutamente nada. ¿Aquél insensible pretendía caminar como dos enamorados de la mano? ¿Sería que se había vuelto loco?

—Iremos en mi caballo.

—Me temo que mi cabeza se parte, quizás mañana me encuentre mejor.

—Será hoy y ahora.

—En verdad sois lo que dicen.

La joven se alzó el negro velo para mostrarle una mirada hinchada por el odio y las lágrimas.

—¿Y qué es eso que dicen de mí?

—Que sois un ser sin corazón, un hombre incapaz de ver más allá de vuestro propio provecho. Un león despiadado escondido en telas costosas. Un mentiroso seguidor de vuestra propia religión. El poder. Nada ni nadie os importa más que vos.

Sin preguntar si estaba de acuerdo el converso la alzó por la cintura para subirla en su montura. En todo momento intentó evitarle la mirada, quizás porque le sería muy difícil simular que sus últimas palabras le habían herido hasta el desgarro. Los puñales y las estocadas lastimaban, pero las palabras de la mujer amada, esas mataban.

—Os odio, sabedlo bien, os odio y no por lo que fuisteis sino por lo que sois.

Judá, sentado atrás y sosteniendo las riendas con sus manos escuchaba cada insulto con tensión en los brazos. Se le notaba a punto de la explosión, sin embargo, ella no prestaba atención a las señales. Solo buscaba venganza, y su venganza era para con él.

—¿Dónde vamos? ¿Dónde me lleváis? ¿Por qué salimos de las murallas?

Con la cabeza girada hacia atrás realizó cientos de preguntas que jamás recibieron contestación. Con la mirada en el frente y la mandíbula dura, Judá continuó cabalgando sin prestar atención a ninguno de sus reclamos ni insultos.

—¿Pensáis abandonarme aquí?

Preguntó al ver como se detenían en mitad de la nada, en una loma cubierta por altas encinas.

—Cerrad la boca y utilizad de una vez vuestra cabeza atrofiada.

Ofendida se bajó del caballo como pudo, después de todo Judá tampoco hizo nada para ayudarla. Si es que ni para esos detalles era un caballero.

—Mirad —. Dijo señalando con la mirada más allá de los frondosos árboles.

El converso señaló mas el sol no le permitió ver nada. Extrañada lo miró y él volvió a ordenarle con menos amabilidad que antes.

—¡Mirad!

Tres jinetes aparecieron tras la loma. Cubiertos con capas negras hasta los pies esperó a que se acercasen. Su marido se alejó unos cuantos pasos por detrás, y temerosa quiso ponerse a su lado, pero él se lo negó. Herida en el orgullo, y algo asustada, esperó a que los caballeros se acercasen, después de todo si su marido deseaba deshacerse de ella, poco podía hacer. Si deseaba su muerte, Dios la pillaba recién confesada.

Una vez los jinetes se encontraron suficientemente cerca, se detuvieron y uno de ellos se quitó la capucha. El morisco se mostró en todo su esplendor. Su mirada azul, como el cielo más profundo, la saludo con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Azraq? ¿Sois vos? ¿No comprendo?

Los otros dos jinetes se descubrieron la cabeza, y quitándose las telas que les cubrían el rostro, se mostraron con el más vivo esplendor.

—¿Beatriz? ¿Amice? ¿Sois vos? ¿Pero cómo? Yo no entiendo, acabo de presenciar vuestro entierro.

Gadea movía la cabeza de un lado a otro buscando explicación. Aquello era imposible. Ella misma vio sus cuerpos caer al barranco.

—Vuestro esposo. Él lo planeó todo. El día de la festividad de la vendimia él nos descubrió. Un error de, podríamos llamar caricias, lo hizo hilar cabos que no supimos ocultar. Quisimos marcharnos, pero aquello no era posible. No sin que nos descubriesen o que os culpasen a vos de nuestros actos. La mujer del arrabal cerró el acuerdo con la cofradía de los enterradores para recibir los ataúdes cerrados —. Dijo Amice encargándose de explicarlo todo.

—¿La prostituta del arrabal?

—Oh no, esa pobre mujer no es más que la esposa humilde del capataz de los enterradores. Ella convenció al marido para que aceptase el trato. Vuestro marido lo organizó así. El viejo nunca habría aceptado una propuesta semejante, por ello vuestro esposo se acercó a ellas con una bolsa cargada de pesadas monedas.

—Entonces no era el pago por…

—La muchacha es una mujer pobre y avariciosa pero sus pecados no llegan tan lejos.

—Pero os vi caer… —el mareo de la incomprensión dominaba cada vez más la razón de Gadea.

—A una saliente que vuestro marido excavó. No tenemos más que unos pocos moratones.

—¿Pero por qué no me lo dijisteis? Siempre nos lo contamos todo. Entre nosotras no existe secretos.

—Vuestro esposo pensó que el obispo no se daría por vencido si sospechase algo. No podíamos arriesgarnos a que os lastimasen. Gadea debéis comprendernos.

—Mis lágrimas lo convencerían…

—Debéis perdonarnos.

—¿Dónde iréis? —Preguntó aturdida.

—Vuestro marido lo organizó todo. En Santiago viviremos como dos hermanas viudas. Gadea, al fin seremos libres.

—¿Y vos? —Preguntó al amigo con la confusión en la mirada y en las palabras.

—Todos necesitamos nuevos aires y comienzos. Santiago de Compostela es una ciudad como otras —. Contestó el morisco sabiendo que allí se quedaba el final sin comienzo de su amor.

Amice y Beatriz se despidieron con felicidad en el rostro, pero dejándola completamente aturdida.

—Mi señor, nunca os estaremos lo suficientemente agradecidas.

Judá no les contestó. Con paso firme se acercó a Gadea quién permanecía completamente desconcertada y petrificada.

—Si deseáis marcharos este es vuestro momento —dijo con voz grave.

—¿Cómo?

—Azraq marcha a Santiago porque os ama. Quizás es con él con quién en verdad deseáis estar.

Las palabras de su marido no eran puñales, eran rocas. Mazazos que ella misma propició.

—Me quedaré con vos. Es a vos a quien amo.

—Haced lo que queráis —. Contestó alejándose unos pasos y sin mirarla.

Los jinetes se marcharon y el silencio se instauró entre ellos. Gadea subió al caballo esperándole, pero este le señaló el camino de regreso.

—Atravesando aquél paso os encontraréis con la muralla. Estaréis a salvo.

—¿Vos no venís?

—¿A dónde?

—A nuestro hogar.

—Yo no poseo eso. Vos me habéis dejado bien claro quien soy.

—Por favor comprendedme, yo nada sabía…

—Y por eso decidisteis dudar de mí antes de comprender.

—Por favor, perdonadme. Os amo.

La mirada de Judá se alzó mostrando una profundidad demasiado sincera.

—Yo a vos ya no.

Los gritos traspasando las maderas del techo del camarote la trajeron nuevamente a la realidad. Sentada en la cama no dejaba de mirar la puerta trabada con la única silla del camarote. El miedo comenzó a

enfriarle los músculos. El momento era de todo menos romántico, y es que, con un barco asaltado por piratas, los amores y primeros besos no eran un tema principal para el atolondrado de su cerebro. La abuela, mientras tanto, débil como se encontraba, no dejaba de moverse de un lado a otro, y a decir verdad le hubiese querido preguntar si estaba loca o algo parecido, pero los ruidos del exterior la distrajeron de cualquier pensamiento lógico. Sonidos de golpes contra madera y metal le erizaban la piel con demasiado temor como para reconocer las razones del desquicio de su amada abuela. La mujer, después de rebuscar y lanzar por los aires todo lo encontrado, al parecer dio con la gema de su tesoro. Una camisa, un pantalón, y una gorra del capitán, sobrevivían como podían entre unos puños que los ahorcaban cual rata de bodega en manos de El Roca. Así era como los marinos llamaban al cocinero, aunque nunca supo comprender muy bien el porqué, y la verdad era que…

—¡Constanza! Deja de mirar como ardilla disecada, y vístete. ¡Pronto!

—Yo ya estoy vestida… —contestó con las cejas fruncidas.

—Ponte esto.

—¿La camisa del capitán? —La abuela se la lanzó a la cara sin mayor miramiento, pero no estaba para delicadezas, después de todo la adoraba demasiado como para andarse con tonterías.

Los ruidos en la cubierta eran intensos como para no comprender que la lucha estaba siendo demasiado complicada. Si los piratas fuesen los vencedores no quería ni pensar qué podría sucederle a su pequeña. Ocultarla dentro de vestimentas masculinas no era la mejor idea, pero sí la más cercana. Su nieta, sentada en la cama, y con el cuerpo temblando de miedo, la miró con tantas lágrimas contenidas que, aunque apresurada, se detuvo para hablarle como debió hacer hacía mucho tiempo. Como a toda una mujer.

—¿Recuerdas a Gadea y su historia con el hábito de novicia?

Constanza asintió con la cabeza firme y las lágrimas aún sin derramar.

—Pues bien, ha llegado el momento de ser la protagonista de tu propia parte del libro. Debes vestirte y simular ser un hombre.

La jovencita, al parecer por su mirada de huevo reventado, no comprendió nada de lo supuesto.

—No, yo no puedo.

—Cariño, no solo puedes, sino que lo harás. Vamos, no sé cuanto tiempo tenemos.

—¿Tiempo para qué?

Atragantada la dulce anciana expresó de la mejor forma posible aquello que no deseaba. A más pronto su nieta comprendiese, menos peligro correría.

—Amor mío, esos de arriba son piratas, ellos no poseen valores ni

honor. Si te encuentran…

Los ojos como huevo pasaron a ser dos platos inmensos, y la abuela se silenció al instante. Su ingenua nieta no lo era tanto como para no comprender lo que le sucedería, si aquellos la pillasen. Asintiendo, pero esta vez con inmensas lágrimas en los pómulos, comenzó a desvestirse junto a una anciana que se apresuraba en ayudarla.

—No va a funcionar.

—Funcionará —contestó la abuela recogiendo su pelo dentro de una gorra y enganchándolo con una horquilla que extrajo de su propio pelo—. Funcionará. Funcionará.

—Yo no puedo.

La muchacha, con una camisa y una casaca doblada en las mangas, y un cordón como cinturón para que los pantalones no se le cayesen, hablaba a una abuela que, sin pensárselo dos veces, le ensució una pierna con orín del orinal.

—¡Abuela!

—A menos te identifiquen con una muchacha deseable, mejor.

—Quizás si ellos pierdan, quizás si Julián y sus hombres, quizás si…

—Quizás todo y quizás nada. Si la lucha sale como imaginas yo misma lavaré las ropas del capitán, pero mientras tanto, tú te transformarás en un feo y asqueroso jovencito.

La abuela no pudo continuar. Un mareo la obligó a sentarse.

—¡Abuela!

La preocupación de Constanza iba en aumento. Ya no solo temía por ella y por Julián sino también por su abuela. Nerviosa se sentó a su lado mientras la sostenía por la espalda.

—Abuela…

—Estoy bien, estoy bien. Estarás bien. Los engañarás.

—No estoy tan segura.

—Recuerda a Gadea. Ella y sus cofrades lo consiguieron.

—Yo no soy ella.

La abuela respiró profundo. Sabiendo que no poseían mucho tiempo. El momento de la verdad había llegado. Y aunque no era el esperado, era el que tenían.

—Constanza, cariño, vamos a la Española.

—Lo sé.

—En busca de tu futuro.

—Uno mejor —dijo repitiendo las palabras de siempre.

¬—Uno mejor junto a tu padre. Tu verdadero padre.

La joven abrió los ojos renegridos por culpa del quemado de la vela, que la anciana utilizó para ocultar su aparente belleza, y a la que no contradijo, después de todo ya se sabe como son de ciegas las abuelas.

—¿Y él es?

— Don Carlos, Carlos… De la Cruz.

—¿De la Cruz? ¿Cómo Judá? ¿Cómo sus hijos?

—Y como sus nietos. Alonso De la Cruz, es el abuelo de tu padre.

La joven no sabía si saltar, seguir llorando o gritar. ¡Por qué no lo sabía!

—Comprendo tus dudas, pero no tengo las respuestas, solo Carlos De la Cruz puede dártelas.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Cómo sabes que somos familia?

—El libro es un regalo que entregó tu padre a tu madre cuando aún eras una niña. Él quería que conocieras la historia de tus antecesoras. Él te amaba y siempre supo que algún día volverías a él.

—¿Entonces por qué me abandonó?

—Él no las abandonó, solo se tuvo que marchar. No pudo hacer otra cosa.

—Pero abuela…

—Cariño, te contaré todo lo que sé, te lo prometo, pero la historia es larga y no tenemos mucho tiempo.

—Estás diciendo que se amaban, ¿pero no los ayudaste? ¿hiciste algo por ellos? ¿Lo intentaste?

Pensar en su abuela como uno de los tantos egoístas del libro de las cofrades le hizo doler el pecho.

—Lo intenté, pero tu abuelo no me lo permitió. Él era un hombre y yo una simple y común…

—Mujer —dijo Constanza atragantada.

—Lo siento.

—No fue tu culpa, tú siempre me quisiste como a una hija.

—¡Oh No! Eres mucho más que eso. Eres la hija de mi hija, eres mi nieta —contestó orgullosa.

—Abuela…

Ambas se abrazaron llorosas, y aunque Constanza poseía muchas dudas, prefirió abrazar a quien tanto la amaba. Los puñetazos en la cubierta parecían haber cesado y unos pasos se escucharon por las escaleras. Asustadas y nerviosas, ambas podían sentir el sonido de sus corazones en el más intenso y miedoso latir. Unos golpes en la puerta y la joven estuvo por abrir cuando la anciana, estrechando la mirada, la detuvo del brazo.

—Espera.

—Pero abuela todo ha acabado. Dios nos ha protegido.

—Shh, espera.

Dos golpes duros más en la puerta, y el sonido de una estruendosa hacha las hizo alejarse lo más posible de la escena.

—Debe haber buen botín para tenerlo tan encerrado.

—Sí —dijo carcajeándose alguien de voz áspera y ronca.

Constanza se abrazó a su abuela, pero esta la separó al instante

para sujetarla por los hombros y mirarla a la cara.

—Recuerda a Gadea. A partir de ahora eres un grumete, ¿lo comprendes?

—Abuela —dijo llorando, pero esta, con la calma de las expertas, repitió mientras le secaba el rostro.

—Eres un grumete, un fuerte y seguro grumete.

Constanza asintió y la anciana conforme le ocultó el libro entre los pantalones bajo la casaca. En el momento que terminaba de ajustarle las prendas para esconder el libro, en ese preciso instante, la puerta se partió en dos para dar lugar a dos hombres nada buenos, pero nada nada buenos.

—¿Qué tenemos aquí? Un grumete cuidando de una ancianita.

Los dos piratas se carcajearon y Constanza, fiel a su identidad recién descubierta, y con el espíritu de las cofrades burbujeando por sus venas, hizo lo único que podía hacer. Atacar.

De un salto se lanzó al más alto y enganchada en la cintura comenzó a golpear, pelear, morder y todo lo que fuese posible. El hombre, asqueroso en pintas y en espíritu, intentaba desprenderla, pero ella, cual garrapata de cerdo, se aferraba dispuesta a todo. La anciana, con las fuerzas de una abuela desesperada, se abalanzó sobre el segundo que estaba por apuñalar a su nieta, pero el pirata más rápido que ella, la golpeó haciéndola volar directo hacia el cofre de ropas.

—¡Abuela!

Dejando de morder la oreja del asqueroso corrió hacia la anciana para gritar desesperada.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¡Por favor no me dejes! Abuela…

La muchacha abrazaba y movía el cuerpo intentando revivir a quien ya no volvería a despertar jamás.

¿Qué sucederá entre Judá y Gadea? ¿Qué pasará con el sacerdote, conseguirá salirse con la suya? ¿Y María? ¿Será que está enamorada? Todo el desenlace en el último y quinto libro de la Saga la cofradía de las comunes.

Las Comunes

Diana Scott

Copyright 2021 Diana Scott

Índice

Hilando desgracias
De costilla nacieron
Verlas venir
Secretos de amor
Nacimiento de amor
Apariencias
Ángel
Adiós
Cabra tonta
Solo
No somos
Hijo mío
Amor naciente
Señales
Mujeres
Bajo el reflejo del Tajo
Vivid
Los hombres también lloran
Lealtad
Atacad
Sea
Celos de amor
El juicio de Dios
No es a vos a quien deseo
Amigas
Destino
Amigas siempre
Os odio… os quiero
De celebraciones
No somos brujas
Hablemos
Malditos
Mi tesoro
Buena suerte, mala suerte
Cofrades, comunes, amigas
Veneno de amor
Adiós
Contemplaciones

Hilando desgracias

Reclinado en una silla tan desvencijada como sus esperanzas, Judá delineó el borde de la fría copa.

Cual cuerpo de mujer desesperada, la bebida rojo pasión se balanceó provocativa intentando lo imposible. Queriendo envolverlo en su embriaguez sanadora, le bailó sensual, pero él, perdido en la autocompasión, no se inmutó. Ilusa soñadora de granate lucir que, creyéndose con el poder de los dioses, no se elevó más allá del bajo vuelo de un querubín. Dulzura alcohólica que antaño el joven abrazara con refrescante olvido, y que el hombre de hoy, en la enmohecida taberna del arrabal, no comenzaba siquiera a probar.

La sonrisa desgastada le remarcó un rostro agotado de tanto pensar. Todo lo había hecho. Todo lo había cambiado. Todo lo había intentado.

Haciendo real lo imposible, había buscado ser ese hombre perfecto que las celestinas recomendaban a sus clientas. Había derrotado mareas de sentimientos vengativos con tal de ser uno de esos hombres. Del ayer no quedaban ya ni los sinsabores. Todo lo había reformado para estar a su altura.

Una tabernera, de insistencia comparable al tamaño de sus redondeadas caderas, bailoteaba provocativa incitándole a olvidar. La muchacha, amplia conocedora de las penas de los hombres, ofrecía unos pechos y unas piernas en las que encontrar nuevas motivaciones. Y tal fue su insistencia que hasta consiguió arrancarle una sonrisa. Una sonrisa triste, pero sonrisa al fin. Conforme con su logro, la joven continuó atrevida sin advertir que el trofeo no se encontraba a su alcance. Buscar calor en brazos desconocidos era un camino por el que él ya no transitaba. Su corazón remendado aprendió a fuerza de golpes que acariciar a quien no se amaba representaba un tormento superior al placer momentáneo del olvido.

Sin ganas, empinó el codo y mojó los labios en el vino. Y es que recordarla era como sentir rasgarse por dentro. Con la furia de los que no sabían que hacer ni que pensar, descargó su ira en una mosca que terminó su vuelo en el paraíso de los insectos. «Maldita mujer. Amada mujer…» Tanto la odiaba, tanto la amaba.

Muerto en vida, así se sentía. Sin esperanzas. ¡Sin ideas! Deseando ser perfecto, había dado más traspiés que un ciego en un mundo lleno de zanjas.

Azraq el morisco. Él sí que era el caballero ideal. Tan hombre por fuera como por dentro. ¿Por qué ella no lo había abandonado por Azraq el Perfecto? Quién no desearía al moro antes que al judío. ¿Por qué? ¡Por qué!

Atragantado con la acidez de los celos bebió la primera copa de

la mañana. Endemoniada mujer que lo había convertido en un hombre nuevo. Uno que ni para beber ya servía. Un idiota atolondrado incapaz de ser sincero hasta con si mismo. ¿En verdad ella le creyó capaz de permitirle marchar con el moro? Que Dios lo perdonase pues el amigo jamás hubiese cruzado la muralla. Gadea Ayala era suya y se comería a mordiscos a quien intentase arrebatársela.

—Vuestra merced se encuentra muy concentrado. Pero muy poco borracho —. Gonzalo alzó la mano pidiendo otra jarra al tabernero, antes de acercarse.

—No os cobraré… puedo hacer cosas de las que nadie habla y, ¡ay! ¡Bellaco!

De malas formas De Córdoba apartó a la muchacha que, con esperanzas de un buen revolcón, insistía en conseguir al más atractivo y adinerado de sus clientes.

—¡Fuera! —La apartó de malos modales y esta se marchó insultando a los desagradecidos caballeros de Castilla.

La silla de madera que tenía a su lado, tan basta y fuerte como los personajes que la usaban, no se quejó al ser arrastrada sin sutilezas.

La nueva jarra fue traída con celeridad, pues si alguien olía los maravedís dentro de bolsas del costoso cuero, ese era el calvo mesonero.

El borracho de ropas dignas de un rey, llevaba cuatro jarras. Y aunque no las bebía, a él poco le importó. El oro brillaba de igual forma al salir de los bolsillos del beodo que de los del más cristiano caballero. Y es que visitas cargadas de desesperanzas bien pagadas no eran habituales por aquellos lares. Ni habituales ni tan idiotas, pensó antes de tropezar con una tabla suelta y volcar parte del vino. La avaricia y los apuros no eran buen matrimonio. Pero, en fin, cuando el ricachón se marchase, vaciaría los vasos no bebidos en las jarras de otros borrachos y cobraría por partida doble. Enseñanzas dignas de su difunto padre. Ese que a su vez heredó del suyo la peor taberna del arrabal. La más oscura exactamente entre la calle del cuero y la asquerosa calle del mercado de verduras. Por allí siempre sobraban gargantas secas y bolsillos arrugados.

Aquellos caballeros, sin embargo, vestían buena suerte en los negocios, y eso era algo muy, pero muy bueno. Y aunque se reconoció intrigado por la charla, no estaba allí para aprender, sino para cobrar.

—Caballeros —. El movimiento de cabeza simulando cortesía se pareció más al de una gallina clueca que al de un caballero educado, pero poco le preocupó con tal de cargar sus arcas.

Con lentitud apoyó la jarra esperando que el recién llegado pagase su educación en forma de pesada moneda, pero fue el de la mirada turbia quien se adelantó golpeando en la madera el más dulce

de los sonidos.

Como si de una muchacha ante el más costoso perfume se tratase, olió el brillante metal antes de guardarlo sonriente en la bolsa de tela que colgaba de su cintura. Agradecido caminó hacia atrás en señal de respeto, y es que los tiempos no corrían con buen pie. La peste rondaba cerca o por lo menos eso decían las novedades del norte. Desgraciados aragoneses, que no quedándose con sus propias desgracias, las traían a Castilla. Muchos rezaban pidiendo redención de los pecados, otros, acusaban a los judíos de envenenar los pozos, pero él, él no pensaba. Demasiado tenía con llevar pan y vino a sus seis hijas y solo un hijo. Y no es que él no fuese creyente ni agradecido, porque sí que lo era. De imbéciles sería no temer al poder de Dios. No sabía leer, pero sí sabía pensar, y estaba seguro que sus pecados se amontonaban como piedras en la montaña, ¿por qué si no Dios le daría tantas hijas en lugar de hijos? Las hijas no eran más que un gasto y un tremendo dolor de cabeza. O las preñaban o las abandonaban, o bien como era su caso, eran tan feas que no las deseaban ni los más desesperados.

Contento con los nuevos clientes, marchó hasta el fondo rezando para recargar nuevas jarras y volver a cobrar. Esos señores serían muy nobles, pero también muy tontos. ¿Quién pagaría un maravedí completo por una jarra que contenía más vinagre que vino? Bien, fuesen bobos como moscas o no, él continuaría cobrando.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Vuestro mal carácter os precede. He preguntado un par de veces por el desgraciado del converso y el camino señalado apareció ante mis narices.

La mirada oscura a mitad de camino entre lobo y asesino, que solía regalar cuando no estaba de humor, nunca llegó, por lo que De Córdoba comenzó a preocuparse. Su indiferencia era más peligrosa que su furia.

Profundamente interesado en los rumores, lo buscó por media ciudad. La gente comentó la marcha de Azraq el Azul, y aunque en un principio no creyó nada, le bastó ver a Judá para comprender que los chismes eran reales.

En profundo silencio, bebió un gran trago, y no fue hasta que se limpió con el dorso de la mano la boca humedecida, que se atrevió a hablar.

—Vuestro amigo, vuestro hermano. Debisteis impedirlo.

—¿Impedirlo? —Judá sonrió con desgana y bebió con la mirada directa al centro del vaso. ¿Impedírselo? Si supiese que él mismo lo propició.

Odiaba despedir al amigo, pero más odiaría asesinarlo. Solo el

hecho de pensar en Gadea enamorada del moro le causaba arcadas. ¿Impedirlo? Por Adonay, Cristo, Mahoma, ¡y todos los profetas! que hubiese entregado su fortuna al completo con tal de verle marchar.

—Nada podía ser tan grave como para separarlo de su hogar ni de su hermana. Él era vuestro hermano. O eso creía, quizás…

—¡Maldita sea! ¡La ama! La ama… —repitió ahondando en sus palabras con la mirada en los tablones de la mesa. De Córdoba, mientras tanto, masticó una información que no era capaz de tragar.

—No es posible. ¿Estáis seguro? ¿Y ella?

—Ella es mi vida. Solo mía.

Sin prestar atención a sus desquicios posesivos, Gonzalo continuó elucubrando.

—Es imposible. Es un hombre de honor, Azraq jamás… No, no lo creo. Tiene que ser un error.

—¿No creéis en aquello que vos mismo sentisteis? No me hagáis reír. Los buenos humores hoy no me acompañan.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ella siempre os amó a vos —. Contestó tajante ante un esposo que resopló sin ganas.

Judá, molesto, apartó la copa. Se encontraba tan cansado como desesperanzado. ¿Existiría hombre en la ciudad que no cayese enamorado bajo el embrujo de su esposa?

—Quizás puede que se confundiese. Quizás equivocó sus intereses. Puede que…

—Ella es mía.

Gonzalo no volvió a abrir la boca. La tajante contestación del converso le advertía que una palabra más y no sería la cabeza del morisco la que rodase por encima de la coja mesa.

Ahora no le costaba pensar y darse cuenta de que, quizás, el equivocado fuese él. Creer en la profundidad de los sentimientos de Azraq después de todo no era tan descabellado. La muchacha era un encanto con una cobertura digna de alabar. Bella como ninguna, inteligente como pocas, usaba su sensualidad sin siquiera advertirlo. Mujeres como Gadea enredaban a sus presas con un hilo que giraba en el cuello de sus víctimas y daba dos vueltas. De ese cariño no salías vivo.

¿Y ella? Juraba por los clavos oxidados de Cristo que Gadea amaba a su marido por encima de todo. Y de todos. Ella no le sería infiel ni con el más fuerte de los moros ni con el más valiente de los cristianos. Aquello era tan imposible como las nieves en agosto. Resoplando bebió de su copa para negar con la cabeza.

—El humo de vuestros sesos quemados asquean. Dejad de pensar en lo que no existe. Ella no lo ama. Estoy seguro de ello. Emborracharos como un estúpido ya que con inteligencia no podéis discernir.

—¿Pondríais las manos en el fuego por eso?

—¿Por el honor de vuestra esposa, o por la estupidez de vuestros sesos?

—No me provoquéis, mi paciencia se agota hasta con vos.

—Clavadme un puñal si eso os hace feliz, pero no acallaréis la única verdad. Gadea Ayala posee más honra y honestidad que las barbas más espesas del más honorable caballero de esta ciudad. Ella os ama porque es así, y punto. Y sí, pondría las manos y el brazo si hiciesen falta. Y vos deberíais hacer lo mismo

—Dedicad esa vehemencia a vuestra esposa. Y no a la mía —. Los dientes de Judá se apretaban con la misma intensidad que la calma que residía en el ánimo de Gonzalo.

—Y lo hago. Los celos os ciegan la razón —. Relajado en la silla bebió otro gran trago, aunque no cesó de pensar.

¿Y si el Converso tuviese razón? ¿y si Gadea desease abandonarle? ¿qué haría él? En aquella guerra de dos, ¿a quién salvaría? ¿al amigo o a la amiga? Decisión que de repente le crispó los nervios con solo pensarlo.

En el más profundo de los silencios, ambos dos bebieron pensando en sus propias dudas. Y aunque molesto con sus palabras, Judá no pudo más que agradecer el silencio, pues de todos era sabido que él no era el hombre más locuaz del basto mundo. Ni tan siquiera de la gran Toledo.

Suspirando, y humedeciendo los labios, pero con pocas ganas, se dejó guiar allí donde sus pensamientos lo llevasen. Ideas alborotadas que lo enloquecían desde el maldito momento en que se supo encadenado. Oscura, silenciosa, y lúgubre estancia que algunos ilusos llamaban amor, y que él bautizaría como enajenación.

Una parte de su ser deseaba liberarse de sus amarres y arrojarlos al precipicio más profundo del Tajo. Querría gritar a los vientos de Ávila que sus besos ya no le importaban. Cabalgaría en compañía de su soledad e ignoraría al tiempo y las personas. Olvidaría su sonrisa y sus recuerdos. Pasaría por el mundo caminando sin sentir la aceleración del corazón que le cabalgaba enloquecido y lo ahogaba desde dentro. «Dios…» La amaba hasta el último eslabón de su pesada cadena enamorada. Ella lo retenía como el oasis al sediento y el festín al hambriento. Nada lo liberaba. Azraq se había marchado, ¿y mañana? ¿quién intentaría separarlos de nuevo? ¿cuántas vidas debería vivir para acostumbrarse a la idea de perderla? Estaba tan agotado…

Por ella intentó ser el mejor de los hombres mas no llegó a ser ni el más tosco de los asnos. No importaba lo que hiciese, ella desconfiaba. Las miradas de su mujer eran un libro abierto y sería de estúpidos no reconocer el odio que traslucieron sus ojos almendrados

al creerlo responsable de la muerte de sus amigas. ¿En verdad lo creía tan poco hombre como para permitir tal crueldad? Salvó a la monja y a Beatriz, ¿aquello no significó suficiente prueba de amor?

Analizando, y con la mirada perdida, se dejó llevar hasta la más larga distancia donde los pensamientos pudiesen llegar. Debería existir una forma en las que un necio como él pudiese demostrar que la amaba por encima de cualquier duda. ¿Pero cuál?

—La encontraré.

—¿A quién? —Gonzalo preguntó mirando a los lados y un tanto desorientado.

—Cuervos disfrazados de corderos. Corderos escondiendo la verdad. Así es la vida. En verdad yo os digo: cuidad vuestros actos pues la verdad siempre se esconde tras el lobo y el cordero —. El párroco Diego de Almanzón se les acercó con la mirada más clara que los cielos, porque si existían los ángeles encarnados, ese era el de Almanzón. Ese hombre era tan inocente como los gatos del pequeño Salvador.

—Descubrimiento sencillo hasta para un párroco, si reconocemos que vivimos en una tierra habitada por lobos.

—Gran reflexión —. Contestó el de Almanzón al Converso, y alzando la mano para que le sirviesen una jarra de vino.

El tabernero, al ver al monje, negó con la cabeza. Harto conocido era el joven. Hombre de Dios, solidario y siempre dispuesto a ayudar a las mujeres sin porvenir. Vestía con harapos porque como bien se decía: “hasta los calzones vende con tal de dar de comer a las perdidas”. No, aquél no era un hombre al que servir. Su perfume asqueaba a pobreza. El párroco advertido por el desinterés del mesonero agachó la cabeza. Él mejor que nadie conocía el vacío de sus bolsillos.

Judá, sin alzar la cabeza, pudo adivinar la reacción del tabernero, por lo que sacó tres monedas y las golpeó con fuerza sobre la mesa. El mesonero, con los ojos abiertos y oliendo el abrillantado metal, se acercó rápidamente para recogerlas. Pero el puñal afilado del Converso resultó ser más rápido. Clavándoselo a medio centímetro entre el pulgar y el índice, la voz le surgió como caverna cargada de murciélagos.

—Primero vuestras disculpas —. El acalorado día de agosto se congeló en ese instante.

—Vuestra merced no necesita de compañías como esta. Os pedirá dinero, os lo aseguro. Lo conozco. Si os descuidáis os vaciará los bolsillos.

—Vuestras disculpas —repitió con la mandíbula apretada y rascándose la frente con la mano izquierda como si la cabeza se le partiese.

—Es conocido por vivir con todas ellas. Dicen que allí todas son brujas. Los hombres rebotan en las puertas hechizadas de ese lugar. Los maridos jamás recuperan a sus mujeres. Por las noches él las envía a robar.

El cuerpo de Judá se alzó con tal ímpetu que la silla voló al lado contrario. Lo mismo que tardó en ponerse en pie, fue lo que le llevó apresar de la camisa al calvo con olor a rancio, elevándole por encima de sus propios pies.

—Vuestras disculpas. Os lo aseguro, hoy busco apuñalar a alguien y vos habéis tirado todos los naipes de la baraja.

El mesonero miró a los lados buscando en el caballero sentado algún apoyo, pero la sonrisa de De Córdoba no se apartó de la copa.

—Haced el favor de soltar a este hombre. La verdad es que no tengo sed. — pidió el párroco.

—Disculpaos —. Los fuertes dedos del Converso profundizaron el agarre en el cuello de la camisa, dificultando el paso del aire, a un tabernero cada vez más ahogado.

—Yo… lo siento —. Judá lo miró con ojos abiertos mientras movía la mano izquierda al aire incitándole a continuar. Aturdido, el mesonero continuó—. Os serviré el mejor caldo —el Converso sonrió de lado con maldad por lo que el tabernero se apresuró a continuar—. Dos, mejor, dos jarras.

La mano callosa lo soltó, y el hombre se puso a toser con fuerza mientras comprobaba que la cabeza continuaba en su sitio.

Con una rapidez asustada, se dirigió a servir las jarras de la avinagrada bebida. No sin antes recoger las monedas. Puede que su dignidad estuviese ahogada, y puede también que desease patear el culo del maldito judío, pero en el mundo de los negocios las monedas iban por delante de los golpes, e incluso de la asfixiada dignidad.

El joven Diego, quién sí sabía de humillaciones, se sentó en silencio. Sus ropas eran tan antiguas que ya no contaban los años. “Vendería hasta los calzones por esas pordioseras”, decían las lenguas sueltas, y aunque los chismes más veces llevaban mentiras que verdades, en esta ocasión los aires no iban mal encaminados.

La última visita a la Alcaná negoció con la negra Raquel sus únicas y últimas pertenencias. La pobre ropa bien sería apreciada en el mercado de octavo uso, pero la vieja usurera apenas si pagó. Su segundo par de calzones no sufrió mejor suerte. La anciana, con tantas canas como codicia, poco fue lo que pagó, pero como decía el padre Ramón: “Cuando el hambre picotea, lo escaso se transforma en gloria”.

Los niños y las mujeres bebían siempre del caldo desnutrido sin reclamar. Con sonrisas tan amplias como sus penas. Pobres almas, que veían en él más de lo que en realidad existía. “Vuestro destino es la

santidad", le comentaban las necesitadas como si de un santo se tratase.

Diego de Almanzón era el cuarto hijo de una familia de agricultores. En su hogar siempre se bendijo aquello que se recibía, pues, aunque fuese poco, el Señor nunca los abandonó. Con los once años recién estrenados decidió ser párroco, y sus padres rápidamente aceptaron. Quizás no los guiase de forma tan clara los deberes al Cristo sino el deseo de contar con una boca menos a la que alimentar, fuese como fuese, Dios escribía y él cumplía.

Cristiano como muchos, caritativo como de los que no se encontraban ni bajo las piedras, Diego reconocía en el hambre sus propios orígenes. Las leyes hablaban de la pobreza como signo de pecados dignos de castigo ante un Dios que asentía con mirada justiciera, mas él prefería nutrirse en la figura de Jesús, hijo del Divino creador, que dando de cenar perdonó al último gran traidor. Para él, las mujeres del beaterio no eran más que una de las tantas pobres almas sin comida material ni espiritual. Como todos, ellas buscaban una vida a la que sobrevivir. El diente se hincaba en el pan duro lo que la pena en el espíritu.

Jóvenes o viejas, todas tenían un único destino. Mujeres nacidas de una costilla buscando sostenerse como sólida columna. No, ellas no eran el pecado, ellas eran la ilusión de algo mejor.

Con agradecimiento aceptó la jarra de vino y bebió intentando que la rojez de la vergüenza se le aplacase. El padre Ramón siempre decía que cuando se pedía en nombre de los necesitados todo estaba permitido, desgraciadamente sus mejillas rojo bermellón, jamás aprendieron aquellas enseñanzas.

—¿Perdido o interesado?

El Converso le habló con sorna y él comenzó a sentir que los calores de sus rojeces en lugar de calmarse se incendiaban aún más. Veintidós años y aún seguía sin aprender a controlarlas.

—¿Cuánto? —Preguntó Judá con mirada estrecha. Aquella zona exacta no era un sitio para perderse sino para encontrar. Y dado que estaba seguro de que el santurrón del párroco no buscaba prostitutas, su interés no podía ser otro que su bolsillo.

—No mucho. Quizás algo, pero poco. Puede que algo más que poco, pero no mucho. Prácticamente nada. Sí, yo diría que una menudencia para un hombre de tan profunda fe como vos.

—¿Cuánto?

—A decir verdad, es más que un cuánto —el Converso estrechó la mirada—. Nadie mejor que vos para ver en la necesidad la oportunidad. No existe en toda Toledo olfato mejor que el vuestro. Qué digo Toledo, ¡en toda Castilla!

—Sin aderezos padre, hoy no es el día. Os lo aseguro.

—No, no lo es — afirmó De Córdoba con sonrisa mal disimulada.

Y aunque el párroco no terminaba de decir lo que quería transmitir, De Córdoba continuó en silencio divirtiéndose con la escena. El Converso deseaba seguir manteniendo una fachada de piedra, pero de aquel hombre frío y desinteresado de antaño no quedaban ni los rescoldos.

—Tal vez unas pocas… ¿lanas? Quizás algo de telas. Y sí, algunos hilos, agujas, tijeras, pero pocas. Y… ¿cinco telares? —La mirada afilada del converso lo hizo corregir de inmediato— Cuatro. Con cuatro será suficiente.

—¿Pensáis competir contra mí, padre Diego?

—Jamás —contestó con presteza—. Eso sería imposible. Vos sois el mayor comerciante del reino. Qué digo del reino, ¡del mundo! Yo no pensaría nada en contra de vos, más bien en… ¿para vos?

Judá cerró los ojos, se llevó la mano a la frente y el Padre Diego sujetó con fuerza el crucifijo que colgaba de su cuello. Los estómagos de quince niños y veinticinco mujeres se encontraban en el poder de su negociación.

De costilla nacieron

—¿Cuánto he bebido?

Judá miró la copa pensando cómo podía estar tan borracho sin siquiera haber saboreado la mitad del contenido. Porqué debería estar como una castaña para continuar oyendo lo que oía. ¿O no?

Aturdido, observó a De Córdoba que, sin disimulo alguno, se carcajeaba con aspereza. ¿Tan idiota era? ¿Sería que los embrujos de su mujer lo habían convertido en un eunuco de la reina? ¿Dónde estaba el Judá a los que todos temían? Hombre temido por muchos, deseado por todas, ¿y mangoneado por un párroco?

—Veréis, no es tan descabellado. Es un negocio que a todos nos beneficia. Permitidme que os lo explique.

—¿Otra vez?

El joven acercó el torso. Aquel acto ofrecía una sensación de conocimiento que le urgía demostrar. No estaba seguro de cuántas veces repitió el mismo plan, pero seguiría así hasta conseguir el telar. O encontraba los medios o el beaterio sería un cementerio de abandonadas mujeres y niños escuálidos.

—Conocen el arte del coser. No les llevará tiempo aprender el oficio. Y vos saldrías muy reforzado.

—¿Reforzado? —Preguntó contando hasta tres para aplacar su ímpetu no siempre muy controlado—. ¿Buscáis que os monte un telar?

—Así es.

—Y ser mi competencia.

—No, no contra vos. Para vos

—Crearé un telar para que vayáis en mi contra.

—Para vos. Para vos. Seréis un socio. El principal.

—Uno que no recibe nada. Uno que os lo da todo. A vosotros.

—Para vos…

Judá se rascó la frente pues no sabía si el párroco era estúpido o demasiado listo.

—¿Pero pondré el total del oro?

—Ellas pondrán esfuerzo y voluntad —dijo con el pecho ancho —. Son grandes trabajadoras.

—Padre Diego, ¿habéis montado algún negocio como éste alguna vez? ¿Cuáles son vuestros conocimientos en lanas?

—Ninguno —contestó con cristiana sinceridad— pero para eso estáis vos.

—También para eso.

La carcajada de De Córdoba resonó en todas las paredes de la taberna enmohecida, ante un amigo que deseó masticarlo, sin pan ni vino.

—Nadie mejor que vos para guiarnos.

—Y decidme, ¿por qué querría enseñaros el oficio y perder mi tiempo en vosotros?

—Oh, no —contestó con sonrisa amplia y más tranquila—, Eloise, la mujer del francés será nuestra maestra. Ella y vuestro padre.

—¿Habéis dicho mi padre? Veo que no habéis escatimado en solicitudes.

El padre Diego agachó la cabeza bebiendo tímidamente, y sin contestar. Por supuesto que había suplicado frente a muchas puertas antes de ir a verle. De que otra forma se podría dar de comer a todas aquellas almas.

—Vuestra esposa también se mostró muy conforme con la idea —dijo apelando al amor que de todos era bien sabido que existía por su bendita mujer—. Ella aseguró que un hombre de tan grandioso corazón estaría encantado de colaborar.

—¿Grandioso ha dicho? —El ojo derecho del Converso se abrió ampliamente ante el pequeño guiño del izquierdo.

Sí, bien, puede que Gadea Ayala no dijese esas palabras. Pero estaba seguro de que las diría. En cuanto se tomase el tiempo en contarle su plan, claro estaba.

—Entonces, para que yo os comprenda: debería montar un telar —Diego asintió con entusiasmo— enseñar a un grupo de mujeres que nada saben del oficio —el padre negó en rotundo—. Bien, enseñar no —contestó con la cabeza ladeada al ver el asentimiento del sacerdote —. Pero comerciar, vender y pagar, sí.

El padre Diego asintió esperanzado. Judá parecía comprender la idea a la perfección.

—Y para que termine de aclararme, los permisos para las mujeres, ¿cómo pensáis conseguirlos?

—Vuestro padre. Él se hará cargo de todo. Sus contactos son excelentes.

—Mi padre, por supuesto. Cómo he podido olvidarlo —. Judá se rascó la barbilla antes de continuar—. ¿Y por qué decís que mi padre os mandó hablar conmigo?

—Él ha dicho, y repito sus palabras: “estará encantado de colaborar”.

—Comprendo —Gonzalo volvió a carcajearse, pero se silenció al instante o sería tragado sin pan y sin vino.

—Y decidme, Don Diego, ¿será tal vez que mi padre también os dijo lo buen hombre que soy?

—Puede que no exactamente con esas palabras, pero mi experiencia con almas de bien reconoce el orgullo paterno por encima de cualquier sentimiento.

—Comprendo.

Judá respiró profundamente mientras se preguntaba el porqué

de haberse levantado aquella mañana. El día había comenzado mal, pero continuaba peor. Financiar un telar de mujeres en un beaterio era una completa locura. Las mujeres trabajarían encerradas para no ser descubiertas, porque poco importaban las influencias de su padre. Ellas serían descubiertas y apresadas, excepto que los sobornos fuesen tan altos como para que las autoridades hiciesen la vista gorda. Por supuesto sobornos que también pagaría él. Y todo aquello suponiendo que aprendiesen como para vender lo que sea que de sus manos se crease. Harapos podría ser posible, pero buenas telas, eso lo dudaba.

—No —contestó con sequedad.

—¿No? ¿no a qué?

—A todo.

—Vuestra merced, creo que no me he explicado bien. Os lo volveré a contar.

—¡No! —Dijo alzando la mano.

—Pero es un buen negocio, vuestro padre así lo piensa. Vuestra merced, os lo ruego, esas mujeres y sus estómagos vacíos os necesitan.

—Seguid con los panes de maza, tengo entendido que se venden bien.

—No son suficientes. Han llegado niños nuevos. Vuestra esposa los encontró.

—Y cómo no… —ella siempre encontraba a alguien—. Padre Diego, siento mucho no poder ayudaros, pero no es mi problema, y creedme que ya tengo demasiados como para sumarme uno que no me pertenece.

—Por favor, os ruego que lo reconsideréis.

—Es mi última palabra.

—Sin vuestra ayuda el arzobispo habrá conseguido lo que tanto desea. No quiero siquiera imaginar su felicidad al verlas deambular por las calles como mugrientas.

—¿El arzobispo? ¿Os referís al verdadero arzobispo?

—Dios os escuche. No, el excelentísimo continúa en Roma. Me refiero al gusano que repta por la Primada como si del mismo rey se tratase. Todas las mañanas encontramos en nuestras puertas a despreciables que compra para espiarnos. No vive mas que para ver cómo nos hundimos en el lodo.

El joven párroco hablaba con tanta sinceridad, y tan apesadumbrado, que fue incapaz de notar que esta era la primera vez, en sus dos largas horas de parloteo, en la que verdaderamente había conseguido captar la atención del futuro protector. Habló desganado y entristecido sin advertir el gesto lobuno en la mirada del Converso.

—Odia a las mujeres. Odia al beaterio. Y por supuesto odia a vuestra esposa —dijo mal humorado—. Creo que a ella más que a ninguna otra. No lo comprendo, pues es una santa, pero la verdad es

que todo en él es incomprensible. Pensar en hacer daño es su sentido de vivir. A veces pienso si Dios no puso un lobo dentro de su rebaño para medir nuestras fuerzas. Bien, no soy yo quien interprete al altísimo, aunque a veces me gustaría ser su ley y sentencia. Dios me perdone —dijo persignándose con rapidez—pero juro que a veces he creído que las envidia. No me escuchéis, tonterías mías. Ya no sé lo que digo ni lo que pienso.

Diego se recostó en la silla totalmente apesadumbrado.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—¿De lo de la envidia? —Preguntó bebiendo un sorbo —. Puede, Dios pone pruebas a todas sus almas.

—No, me refiero al odio hacia el beaterio, y en especial a mi mujer. Por un momento lo creí olvidado.

—Ah eso, pues no. Hemos estado a punto de arder en cuatro ocasiones. Nos han saqueado los mazapanes en tres, un falso marido casi consigue robarnos a uno de los pequeños, y a punto estuvo de venderlo como esclavo. Desde hace meses las mujeres se turnan custodiando la entrada de la Blanca. Ellas aseguran haber visto al jorobado intentando escuchar sus conversaciones. Y yo ya no poseo nada que vender. Las donaciones no alcanzan y ese hombre no cesa de ponernos piedras aún más pesadas. Las verduras de las moras se han puesto imposibles de comprar, normal, con la sequía que hemos pasado. Y todo ello por no contaros…

El joven lamentaba sus penas mientras bebía completamente distraído en la reacción cada vez más interesada del oyente.

—Os ayudaré. Terminad ya de lamentaros o quedaré sordo con tanto llanto.

El párroco escupió el vino que tenía en la boca mientras De Córdoba le golpeó la espalda para que no muriese ahogado.

—No os comprendo. Hace un momento dijisteis que no.

—Eso fue antes. Deseáis mi ayuda, ¿sí o no? Os ofreceré los medios para que os convirtáis en un magnífico telar. Uno de los mejores. Uno envidiable. ¿Qué contestáis?

—¿Que qué contesto? Mi señor, os lo agradezco más que al aire que respiro. Dios os lo pagará con bienaventuranzas, os lo aseguro —el joven escondía las lágrimas de emoción—. Las viudas, los niños, todos os lo agradecemos. No sabéis lo importante que es para nosotros lo que estáis haciendo.

Judá prefirió no prestar mucha atención a las alabanzas del joven cura que no terminaba de hablar. Y no es que se sintiese de repente, y por obra del espíritu santo, un humilde cristiano. Sus intereses no eran tan altruistas.

—Cuando vuestra esposa se entere. Yo mismo se lo diré. Veréis lo agradecida que se encuentra con vos. Si ya os amaba antes, ahora

no podrá contener su amor por vos.

—Padre Diego, me temo que la relación con mi esposa no se encuentra en el mejor de sus días.

—¿En verdad? Pues me cuesta creerlo. Ella os ama, doy fe de ello.

—Pues cuidado donde ponéis vuestra fe, puede que la perdáis.

—Imposible, os equivocáis.

—Mujeres, no importa cuánto se las ame, siempre pedirán más —. Gonzalo rompió su silencio para aclarar una verdad conocida por todos los hombres.

—Ah, os referís a eso. Son seres sensibles en demasía, pero comprensibles. Gracias a los ángeles que Dios nos enseñó como conquistarlas.

Judá abrió los ojos extrañado, ante un De Córdoba que no daba crédito ante lo que escuchaba. El padre Diego, feliz como se encontraba, bebió otro sorbo de vino sin percatarse de la inmensa intriga nacida en aquellos dos.

El converso alzó la mano al tabernero que rápidamente se acercó con un plato de queso y pan.

—Mejor que sean dos —dijo al calvo que por poco decapita a un borracho de tanto correr para buscar más pan de centeno que cobraría al precio del más blanco de tahona.

Judá, como el diablo ante una deliciosa tentación, extendió el rebosante plato a un párroco que ya no recordaba lo que era masticar.

—Comed…

—¿Para mí? Oh gracias. Sois muy amable.

El padre Diego intentó comer lento y con educación, pero llevaba tanto tiempo sin utilizar los dientes que la mano se le estiró por voluntad hambrienta. Siendo el último en el beaterio en servirse las raciones de adalfina, el cuenco siempre le llegaba con mucho caldo, pero nada de esencia. Los garbanzos eran tan escasos que no les merecía la pena ni pelear entre ellos.

—¿Y decís que sabéis exactamente cómo conquistarlas? —Judá se acercó a milímetros entre su rostro y el queso.

De Córdoba, aunque algo menos desesperado, pero igual de interesado, esperó impaciente las explicaciones.

—¿Conquistar? ¿a quién?

El joven estaba por llevarse un delicioso trozo a los labios cuando la mano callosa y fuerte lo detuvo a medio camino hacia la boca estirada y el diente entusiasta.

—Dijisteis que vos lo sabíais.

—¿Os referís a las mujeres? Pues claro que lo sé. Quién no lo sabría. Llevo años escuchando sus penas, quejas y clamores. No es difícil comprenderlas, después de todo todos somos hijos del señor y

ellas no se libran de…

—¡Cómo!

El padre Diego soltó el queso asustado ante el grito del desesperado marido. Este, tan conocedor de las estrategias más viles en la búsqueda de información, respiró para calmarse y dominar los curiosos nervios. Ese cura hablaría aunque fuese lo último que consiguiese en toda su vida.

—¿Sabéis lo que ellas buscan? ¿y la mía en especial? ¿qué debo hacer con ella? ¿Cómo actuar? —Preguntó con ansiedad contenida.

—Todas buscan que las amen.

—Eso ya lo sé —Judá respiró hondo para no ahorcar al sacerdote y así sacarle la información al detalle —. ¿Y si él ya la amase? ¿Cuál sería el bendito secreto? ¿Qué parte de la Biblia lo dice exactamente? Hablad y os daré el mejor telar de toda Castilla.

El padre Diego miró a Gonzalo que agachó la cabeza para no demostrar que él se encontraba con la misma intriga. Conquistar a Juana, desde Toledo hasta la eternidad, era un secreto demasiado tentador.

—Bien, no creo que ningún pasaje de los libros sagrados lo indique.

—¡Dónde! Quiero decir, ¿dónde padre Diego?

La curiosidad de los caballeros hizo sudar al párroco que no comprendía la desesperación por algo que para él era tan sencillo. Bien, él no sabía de amores, y jamás lo sabría, pero no era ningún idiota. Tantas horas conviviendo con ellas era lo que tenía. Aprendizaje directo y sin intermediarios.

—Bien, el amor es…

—Sí, sí, eso ya lo habéis dicho. Sabemos lo del amor puro y el cortés, ¿y qué más? El secreto es…

—Mi señor, no es ningún secreto. De todos es sabido que mujeres como la vuestra no buscan protección—las cabezas de Gonzalo y Judá estaban tan cerca que podrían confundirse en una sola —ni tampoco la vuestra —dijo señalando a un De Córdoba que ya no disimulaba su interés—. Son como las mejores yeguas. Fuertes, pura sangre valientes y decididas.

—Continuad.

El tabernero llegó corriendo con los dos nuevos platos, y estaba por cobrar cuando el Converso se adelantó para silenciarlo arrojándole una moneda. Y de las gordas.

El hombrecillo la atrapó en el aire y en el más completo silencio. Si buscaban discreción él era sordo y mudo.

—Los caballeros os empecináis en ver la debilidad de su género, más es su fortaleza lo que las distingue. Mujeres como la vuestras poseen durezas, pero no en las manos. Sus cicatrices de

guerra se centran en la profundidad de su alma. Obligadas desde su nacimiento, son el resultado de nuestros masculinos errores. Ignorantes de casi todo no han tenido otro remedio que trabajar por ellas mismas. Aprendices de la imposición aceptan con valor. Tan fuertes como robles custodian en su interior aquello que se les niega. Cuidarán de vuestros hijos, llevarán adelante vuestros hogares, os atenderán en vuestras heridas, os aconsejarán en vuestras equivocaciones, pero nunca os abrirán el corazón. No si no lo desean. No son débiles, no necesitan protección. Ellas buscan mucho más.

Los ojos de Gonzalo y Judá eran más grandes y redondos que los platos de la mejor vajilla del hogar de los De la Cruz.

—¿Y eso es?

—Compañerismo. ¿Qué otra cosa?

Los caballeros se retrajeron en sus asientos ampliamente desilusionados.

—Eso es estúpido. Gadea no negociará junto a mí.

El padre Diego se chupó los dedos saboreando los restos de queso en aceite antes de contestar.

—Y no lo pretende. Dudo que ella desee ser vuestra igual en los negocios. Os acompaña y os aconseja, pero no por su interés en las telas.

—¿Entonces? —Judá comenzó a recobrar el reciente y perdido interés.

—No me refiero a la compañía en los negocios. Es en vuestros sentimientos donde desea acompañaros. Compañera de vuestros momentos sentidos.

—¿Y cómo darle eso que decís que busca?

—Dándoselo, quitándoselo, y volviendo a dárselo. Así ella comprenderá que os ha conquistado.

—¿Cómo? —Gonzalo estaba perdido.

—Mi señor —dijo sin comprender por qué Gonzalo llevaba los labios fruncidos—de todos es sabido que amáis a vuestra esposa. Vuestros celos son ampliamente conocidos. Su amor va mucho más allá. Se las cree tontas y con debilidad, sin embargo, sus sentimientos son tan fuertes como los robles. Ellas no buscan un desquiciado que las acose.

Judá carraspeó y bebió un trago para no demostrar su punto de vergüenza ante un Gonzalo que lo imitó.

—Buscan el amor con respeto y libertad. Les gusta jugar a ser sensibles, mas la fortaleza jamás las abandona. Fieras cuando se las necesita, luchan con armas que solo ellas conocen. Son capaces de renacer allí donde solo se cultiva muerte. En el cuerpo de una existe más voluntad que en cientos de hombres. No importa lo que busquéis, ellas sabrán lo que deben dar y cómo darlo. Depende de los hombres

ganarse el cuándo.

—Muchas en solo una… —repitió Judá al recordar los valores de su esposa.

—Buscad domarlas y encontraréis una rebelde, permitid que os acompañe y será todo lo que deseáis. Ellas no son domesticadas. Ellas son el domador.

—Nunca. Soy un hombre.

Gonzalo asintió conforme con las palabras de su señor. Ellos eran caballeros enamorados, pero no desbravados castrados.

El padre Diego suspiró con la fuerza de los incomprendidos. Sus años rodeados de llantos de mujeres abandonadas le enseñaron a reconocer una gran fuente de sensibilidad, pero también de coraje. Ellas no eran yeguas de cría, ellas eran compañeras de lucha.

—Don Alonso De la Cruz, vuestro nombre os precede por allí donde se viaje. En Castilla se os reconoce y dicen que hasta Flandes llega vuestro talento, ¿es qué no veis que unas riendas sueltas funcionan mejor que unas tirantes?

Judá lo miró estrechando los ojos como si por primera vez comprendiese algo.

—Estáis diciendo que le permita…

—Confiar en ella como un igual. Como bien os he dicho antes — «sin poder terminar, por cierto», pensó para sus adentros— Gadea es conocedora de vuestro valor y vuestra protección. Sabe de vuestro honor y el amor a vuestros hijos. No existe día o tarde en la que no la viese contestar con orgullo que es vuestra esposa. Os ama. Pero decidme, ¿cuántas veces os lo ha demostrado?

Judá sonrió de lado con picardía y el párroco negó con la cabeza.

—Me refiero a sentirse una igual, una compañera de viaje. Una que os conquistó más allá del lecho.

—Es la madre de mis hijos.

—Pero no la conquistadora de vuestro camino de vida. O por lo menos una que no se siente así. Las mujeres necesitan sentirse útiles más allá de las cristianas obligaciones. Allí radica su esencia.

—¿Y cuál es esa esencia?

—Compañeras. Una mujer libre de elección son cientos de voluntades con el que contaréis hasta la eternidad.

—Padre, no todos piensan como vos. Os ahorcarían por menos de la mitad de vuestros pensamientos —. Judá reflexionó un tanto divertido.

Alzando los hombros el párroco movió los labios de forma desinteresada.

—Muchos asnos se creen bueyes, y muchos creen que unir letras es leer.

—¿Entonces? —Gonzalo seguía sin despertar.

—Permitidles ser vuestras compañeras. Descubrid las mil mujeres que se encierra tras una. De hueso de costilla nacieron, pero en hueso de columna se transformaron.

En silencio Judá permaneció mirando como el párroco terminaba el queso. Puede que el padre Diego no estuviese tan equivocado. «De hueso de costilla nacieron, en hueso de columna se transformaron».

Constanza se movió tan rápido que el libro se le cayó.

—Abuela por favor. Abuela

El pirata, de nariz en chanfle, se tocó el cartílago ensangrentado, a la par que, maldiciendo todo lo maldecible, se encaminó hacia el jovencito del suelo—. Te quitaré la llantina.

El pirata de cicatriz ancha, intentó sujetarle por el codo, pero éste se giró airado hacia su compañero.

—¡Qué! —Contestó furioso al ser detenido en su inicio de venganza.

—No es un muchacho —. Aclaró con sonrisa de hiena.

El narigón llevó su mirada al joven, para, al segundo siguiente, volver a mirar a su compañero

—¿Y qué es?

El de la cicatriz se felicitó por su perspicacia y el otro lo siguió. Después de todo ambos poseían el cerebro de dos moscas desnutridas. Y aunque aquello era escaso para casi cualquier situación, en ese momento les era suficiente…

—Una chica…

La sonrisa del pirata dos, repleta de dientes carcomidos, se ensanchó contagiando al compañero atolondrado.

—Una chica… —repitió el atontado dejando que la sangre se le calentase.

Verlas venir

—Mil disculpas mi señor. No lo vi —dijo sin percatarse de a quien había atropellado.

La muchacha se arrodilló para recoger su cesta caída con hierbas, sin alzar la vista. El tropiezo provocó que romero y menta se desperdigaran como gotas de frescura en pleno barrizal.

Y es que el frente de una taberna no era el mejor sitio para el tropiezo de una señorita de actuar limpio. Ella no solía llevar tanto material. Habitualmente era su hermano Azraq quien la acompañaba hasta las lindes del Tajo, y quien, como mula de carga, llevaba cuanto verde a ella se le antojarse, mas las cosas ya no eran iguales. Azraq marchó buscando nuevos horizontes, y aunque mucho lo extrañase, no era nadie para reprenderlo. Como la mejor de las hermanas, lo amaba y le deseaba la mayor de las bienaventuranzas. A pesar de lo mucho que lo extrañase.

Las huertas era un trabajo digno de un buen hombre, de muchos, excepto de Azraq el Azul. Él siempre buscó algo diferente. Y al parecer lo encontró, pero justo allí donde jamás debió buscar. Demasiadas batallas habían luchado juntos como para no reconocer el amor en la mirada del hermano. Lo mejor fue marcharse. Y aunque su corazón doliese con la inmensa pérdida, no pudo más que bendecirlo en su huida. Tiempo atrás ella sufrió por el mismo amor no correspondido, y aunque Santa Marta tuvo a bien enseñarle el camino del olvido, no podía reprender a quien prefiriese volar antes que luchar por un imposible.

—¿Blanca la hechicera?

Con el odio inyectado en las pupilas, y el veneno en la lengua, alzó la cabeza del suelo para contestar de malas formas, pero la sonrisa del increpador no hizo más que arrancarle otra igual. Y es que así era el padre Diego. Siempre conseguía con su tono ronco y divertido, encontrar lo bueno hasta en el supuesto insulto.

—Un día me enfadaré con vos por llamarme hechicera. O puede que hasta os lance uno de mis hechizos —dijo moviendo los dedos de forma alocada.

El joven sacerdote le entregó la mano para ayudarla a ponerse en pie mientras le respondía con la misma diversión.

—Ruego a Dios que me proteja de tan ruin maleficio, mas si el señor tiene a bien llevarme a su lado, no desearía otro conjuro más que el vuestro. Aunque antes deberías aprender a mirar por donde camináis.

—Vuestra merced está muy seguro de que alcanzará el cielo. ¿Tan buenos son vuestros actos? Porque yo no estoy tan segura.

—Oh, querida mía, dejadme pensar que el cotorreo en un

beaterio cargado de mujeres parlanchinas merece tan buen compensar.

Ambos se rieron divertidos ante un Gonzalo que ladeó la cabeza con la mirada fruncida. No fue hasta parar de reír -que no de sonreír- que Blanca se percató de la presencia de los otros dos. Con el rostro acalorado, y no por las elevadas temperaturas del verano toledano, se apresuró a saludarles con cortesía.

Judá asintió al saludo con una caída de párpados y sin pensar mucho. Sus sesos ardían por la conquista de una única mujer, lo que le pasase a las demás, se encontraban como los territorios moros, en un sitio de escaso interés. En obligación de casi hermano prometió al Azul cuidar de Blanca, pero Diego de Almanzón no simbolizaba peligro, ni grande ni pequeño. Sencillamente no era nada. Aquél joven, mezcla de hombre y santo, cargaba tanta bondad que los ángeles se giraban celosos.

Toledo no era muy diferentes a otros terrenos del Señor. Todos buscaban el cielo, pero pocos labraban las tierras. El padre Diego, sin embargo, practicante como pocos, llevaba la religión con verdadera vocación. Para él el pecado no era más que una lejana enseñanza. Algo que algunos cometían, otros condenaban, y que él simplemente perdonaba.

—¿Estáis sola?

Blanca quiso explicar que era temprano, que había caminado con otras muchachas y que acababan de separarse, pero Judá no la escuchó. A veces se preguntaba si aquel hombre escuchaba a alguien alguna vez. Bendito fuese el Señor que le abrió los ojos y se lo regaló a la santa de Gadea. El tiempo todo lo curaba, pero también todo lo mostraba. Y su antiguo amor no era hoy para ella más que otro testarudo de barba espesa.

—¿Por qué os reís? Os acompañaré a al beaterio. No debéis andar sola.

Nuevamente hubiese deseado contestar, pero se silenció. Entrar en una discusión dialéctica contra el Converso podría llevarle toda la tarde.

—Creí que nos esperaba Francisco junto a la calle de los franceses —. El converso se golpeó la frente al escuchar el recordatorio de Gonzalo.

—No os preocupéis, puedo sola…

—Yo la acompañaré. Voy a la Blanca y puedo llevar a Blanca.

El sacerdote se sonrió por la repetición de palabras mientras le quitaba la cesta de las manos. La morisca contestó con una amplia sonrisa al chascarrillo, y aceptando su compañía, se marcharon. Juntos se fueron dejando atrás la Bāb al-Mardūm y a un Gonzalo que se los quedó mirando curioso.

—¿Qué esperáis? Es tarde.

—¿Habéis visto eso?

Judá se puso a caminar en sentido contrario sin mirar ni contestar, después de todo no sabía de lo que hablaba, ni le importaba. En su cabeza lo único que se repetían eran las palabras del sacerdote: Debéis permitirle que os conquiste. Ponedle un poquito de piedras en el camino. Las suficientes que la hagan sentir victoriosa, pero no tantas como para que os crea imposible. ¡Y cómo se hacía eso! «Decir no, cuando se deseaba decir sí. Decir sí, pocas veces, y cuando no fuesen demasiados no».

—Por Dios bendito…

—Eso opino yo. Que Dios bendito nos asista —. Gonzalo habló sin dejar de mirar al sacerdote y la hechicera que giraban en la esquina junto a la tienda de doña Fermina.

—¿De qué estáis hablando? Veo que el vino avinagrado os cocinó el cerebro. Vamos, dejad de caminar como señorita, y acelerad el paso.

—¿Cerebro cocido?

El Converso golpeó la espalda del amigo mientras caminaban a paso ligero. De Córdoba no quiso responder que si alguno de los dos poseía la sesera cocida, no era exactamente él. Hacerle caso a un sacerdote más virgen que la madre María, en cuestiones de mujeres, era la mayor estupidez del reino. Y de estupideces por su amada, el Converso estaba repleto, aunque no sería él quién perdiese la cabeza al decírselo.

Días después en el centro de la grandiosa ciudad…

La Primada brillaba irradiando una belleza no clasificada en la tierra.

El sol de la mañana era cálido sin ser agobiante. Las cigüeñas alimentaban a sus crías mostrándoles el bosque tas las murallas como el más bonito de los destinos. La luz del este entraba en la vidriera, iluminando la cabeza del Cristo niño, que parecía sonreír disfrutando los cálidos brazos de su madre. Las columnas, altas y fuertes, cual gigantes del Dios Titán, sostenían la casa del Señor demostrando quién tenía el verdadero poder.

La ciudad, mientras tanto, se rascaba los ojos adormilados. Con un amanecer anaranjado en la distancia, los hogares comenzaban a ponerse en pie. La frescura matutina era digna de apreciar, y es que Toledo era extremista en sus cortos inviernos y en sus extensos veranos. En el día del Corpus, el sol calentaba hasta al más inocente, mientras que en los inviernos, no hablar y mantener la lengua abrigada, era la mejor forma de no perderla.

Toledo, tan bella como un monumento, tan ardiente como la pasión, y tan fría como el adiós, albergaba en sus estrechas calles un sinfín de sueños por conseguir y entrañables secretos que mejor esconder.

Y mientras tanto, allí, donde se unía lo terrenal con lo divino, la majestuosidad de la imponente catedral se desplegaba altiva. Luchando por ser la más bella, ni León ni Burgos podían alcanzarla. Preciosidad y suspiro del más agotado de los peregrinos, si Dios viviese en algún sitio, no podría ser otro lugar que no fuese La Iglesia de Santa María Catedral Primada de Toledo.

—¿Mi señor? —El jorobado acomodaba los papeles del escritorio ante un sacerdote que no cesaba de acariciarse la barbilla en señal de mal humor — Me pregunto por qué no lo veo sufrir. La monja y la pecadora están muertas. La esposa lo acusa de no salvarlas, ¿por qué no lo veo morir en vida? Ese desgraciado parece disfrutar hasta en los peores momentos.

—Os referís al converso.

La voz del perro fiel sonó cansada. Mas bien agotada. Desde que su señor chocase de bruces con el Converso sus vidas habían cambiado. Para mal. Y no es que antes la tuviesen mejor, pero aquello era una obsesión cansina.

—Puede que lo esté, pero que no lo demuestre… —. Contestó aburrido.

—No. Yo mismo lo he seguido y he comprobado que su vida sigue igual que siempre. Hasta parecía feliz. No lo comprendo.

—Es un hereje usurero, no hay porqué fiarse de sus posturas ni andares.

Sancho se quedó de pie a su lado esperando que aquella conversación terminase pronto, pues, a decir verdad, tampoco le interesaba mucho. Sólo sacó el tema por tener algo que compartir.

Antes de llegar a sus vidas el judío ladrón, él y su señor eran como uno. Como padre e hijo pensaban y tramaban, pero desde la interrupción del dichoso mal nacido a sus vidas, todo se centraba en él. En un principio pensó en aquél como centro de sus dianas, sin embargo, el tiempo pasaba y el sacerdote parecía vivir por el aliento de ese desgraciado. Si por centrar, ya ni se centraba en los hombres del burdel. Ninguno lo atraía. Nadie lo distraía. Ningún hombre captaba su interés. Ninguno, excepto el Converso.

—¿Alguna nueva información del sirviente?

—No mi señor.

—¿Y sus hijos siguen vivos? —De todos era sabido que los bebés eran hojas fáciles de marchitar.

—Me temo que sí mi señor.

—¿Y el bastardo mudo?

—Con él siempre. No se separa de su lado cual garrapata de cerdo. Si hasta lo trata como a un hijo de sangre.

—¿Podríamos utilizarle?

—No lo creo mi señor. La sabandija es astuta cual ratero callejero.

—¿Qué hay de la panadera? ¿Algo contra ella?

—No veo por donde mi señor. Esa rata es tan pobre que no le quedan ni huesos para andar.

El cura cruzó las manos bajo la barbilla pensando concentrado.

—¿Y las putas?

—¿Putas?

—Sí, las desgraciadas del beaterio. ¿Algo contra ellas?

—Nada.

—¡Y el párroco! Ese debe tener algo.

—Nada que pudiese encontrar. El hombre parece más santo que el mismísimo San Pedro. Fiel en palabras y acción.

—Maldito endemoniado…

El jorobado esperó a que el cansancio hiciese olvidar las intrigas de su señor, pero lejos de calmarlo comenzaron a excitarlo hasta donde la furia alcanzaba su máximo esplendor. Con cuidado de no ser alcanzado por su odio, se alejó lo suficiente mientras continuaba negando las posibles acciones.

—¿Mujeres violadas?

—Ninguna mi señor.

—Asco de sacerdote —. Sancho agachó la mirada asintiendo. El padre Diego de Almanzón era tan bueno que asqueaba.

—¿Niños abusados? —Preguntó entusiasmado —. ¿Quizás le gusten los niños?

—Lo adoran. Lo he visto jugar con ellos como si los pequeños fuesen, incluso, necesarios.

—Asco —. Contestó con ácido en la garganta.

—Continuáis robándoles los alimentos. Imagino.

—Por supuesto mi señor, mas las guardias son intensas. El Converso les ha puesto dos caballeros de su propia casa para protegerles.

—Asco.

—Así es mi señor.

La barbilla del sacerdote ya sacaba brillo de tanta caricia mientras el intenso bermellón de la furia le ascendía por la frente.

—Seguid vigilando. Debo encontrar algo. Tiene que existir aquello que lo desgarre hasta el dolor.

—Me temo mi señor que ya lo hemos pensado todo.

—¡Tiene que existir!

El sacerdote se levantó de un salto, y aunque Sancho se alejase

presto, no fue suficiente para que la larga vara le diese de lleno, en plena joroba.

Con mueca de dolor se mordió la parte interna de la boca, pero no pronunció palabra. Su señor llevaba razón, era un inepto incapaz de ofrecerle una solución. Merecía ese golpe, y muchos, pero muchos más.

—¡Qué hay del moro! ¡O su padre! Alguien tiene que existir al que podamos sacrificar.

—Del moro nadie sabe nada. Y su padre no hace más que ir al beaterio y pasarse las horas allí —dijo mientras se acariciaba como podía la espalda dolorida.

—¿Y por qué un hombre de negocios haría algo así? —Consultó interesado.

—Dicen que por el telar.

—¿Telar?

—Las mujeres se dedican a tejer telas para vender. Muchas bocas para comer, imagino.

—¿Y las venden?

—No que yo sepa.

—Las mujeres no pueden venderlas. Podríamos cerrarles cualquier intento si lo hiciesen.

—El judío lo sabe. Lo tendrá previsto.

—Seguro que sí, pero es lo único que tengo.

—¿Y esas joyas que os dijeron?

—No encontré nada.

—De la bruja imagino que tampoco sabéis nada.

—¿Bruja?

—La morena curandera.

—Ah, la mora. La muchacha mezcla hierbas y ayuda enfermos. Trae niños al mundo y según dicen enamora hasta a los enamorados. Nada que merezca el calor de la hoguera.

—Me importa poco si la merece o no, buscad y encontrad una realidad o una mentira. Sea lo que sea. Necesito verlo sufrir. Ese maldito no formará un hogar y retozará feliz con su puta mientras yo esté aquí. Nunca.

—Pero mi señor, no veo como…

—¡Apresad a las mujeres! Perseguirlas, violarlas, quitadles a los niños, quemad su telar, robarles el grano, haced lo que sea, pero traedme algo que me sirva para hacerle sufrir. Quiero verlo tendido a mis pies suplicando.

Secretos de amor

—Si seguís conteniéndoos explotaréis como una naranja madura —. Gonzalo no pudo retener la carcajada, al ver la expresión de perro rabioso del Converso, al despedirse de su esposa.

La tensión de sus nervios en el cuello, y otras partes, podía palparse desde Toledo hasta Segovia. El gruñido del amigo no hizo más que acrecentar su diversión. La estrategia del sacerdote, aunque pudiese llegar a ser interesante, estaba claro que se adaptaba solo para algunos hombres. Bastaba con ver a Judá para comprobar la necesidad hecha desesperación.

—Abandonad tamaña estupidez. Ella os ama. No hace falta ninguna conquista. El padre Diego es más virgen que la Dolores —. Judá abrió los ojos —. La hija de Jesús el del sastre: dicen que la muchacha tiene una barba más tupida que la vuestra.

Negando con la cabeza, Judá continuó caminando sin responder. Demasiados problemas tenía ya con los que le atormentaban, como para aceptar de buen grado los chascarrillos del cordobés. Que, a decir verdad, gracia no le faltaba, aunque se arrancaría la lengua antes que reconocérselo.

El muy bastardo llevaba una semana riéndose a costa de su sufrimiento. Negarse a compartir lecho con Gadea fue lo único que se le ocurrió para cumplir con las enseñanzas del párroco. Él había dicho: decir no, para luego decir sí, pero, aunque no en exceso, y entonces ya aceptar todos los sí.

Su actitud se encontraba en la primera fase, la de negación, aunque dudaba fuertemente que llegase mucho más allá. El cuerpo le dolía como mil demonios.

—Vuestra esposa es una niña de buen corazón.

—¿Niña?

—No os pongáis celoso, sabéis a lo que me refiero. Crecimos juntos y la conozco demasiado bien. Su corazón es bueno, noble, y completamente enamorado de un bastardo como vos —Judá se rió de medio lado pero nada ofendido—. Ella solo necesita tiempo. Han sido muchos cambios.

—Es la madre de mis hijos, no necesita más tiempo. Si como decís se trata de inseguridades, entonces el párroco lleva razón.

—Puede que él conviva con mujeres, pero jamás ha tocado a ninguna. Vos habéis retozado con ella, solo vos sabe lo que Gadea siente. Existe un lenguaje más completo, y más sincero, que el de las palabras. Los cuerpos que nunca se han acariciado jamás se han conocido. Hacedme caso y olvidad tamaña tontería. Si la seguís rechazando os veré conquistando Granada solo y sin ayuda de nadie.

—¿Y quién os ha dicho que me niego a sus placeres?

—A estas alturas de la vida soy capaz de distinguir la necesidad en un asno alzado.

La carcajada de Gonzalo consiguió arrancar una sonrisa en el compañero, que la ocultó, sin mucho mérito, tras su mandíbula cuadrada. El muy desgraciado lo insultaba con el arte de los sureños, pero con la certeza de los castellanos. Si no fuese porque le tenía cierto aprecio, y porque era su cuñado, hacía tiempo que lo hubiese degollado. Olvidando las chistosas faltas, cruzó la calle de la platería. Era momento de negocios, no de necesidades.

En el beaterio, mientras tanto…

Gadea se acercó a las mujeres para iniciar sus labores. O por lo menos lo intentaba, pues la mente indómita le volaba por otros lares. Desde la partida de Amice y Beatriz la relación con su esposo se encontraba en aguas un tanto confusas. Por no llamarlas empantanadas.

El desconcierto le ocupaba el tiempo. Y los nervios. Por momentos él parecía no estar dispuesto a perdonarla, mientras que en otros, hasta creyó que no solo la disculpaba sino que también la deseaba. Y no fue porque no lo intentase, pues le puso el total de su empeño. Se vistió, o mejor dicho, se desvistió de todas las formas que sabía. Y hasta de las que no. Con inteligencia usó las artimañas que los trovadores cantaban, pero no consiguió más que desilusiones.

—Estáis enredando las lanas.

—Lo siento —. Contestó intentando deshacer semejante desastre. Con rapidez corrigió su error ante una Juana que no le quitaba ojo.

—¿Aún no os ha perdonado?

—No sé de qué habláis.

Gadea no deseaba cometer más errores. Estaba cansada y hastiada de hacerlo. Su marido le había pedido total discreción sobre la vida de sus amigas, y lo haría. Nadie debía saber que las amigas estaban vivas y rumbo a Galicia. Ese era un secreto del que dependían sus vidas. Y aunque el nadie incluyera también a su hermana, esta vez cumpliría con lo debido. Si Judá le pedía confianza y discreción, ella se la entregaría.

—Vuestro rostro demuestra discusión, con vuestro esposo, para ser más exacta.

—No.

Blanca se acercó con su inmensa cesta, y al saludarlas habló con pesadez.

—¿Otra discusión entre vos y Judá?

—¿Qué? No.

—Vuestra cara os delata —dijo la mora acomodando el romero junto al libro de conjuros de su abuela.

—De eso nada.

María la panadera se acercó con unas tijeras junto al cesto de las lanas, cuando al ver a las amigas preguntó a Gadea sin rodeos.

—¿Aún no lo habéis solucionado?

—¿Qué? ¿pero de qué? ¡No ha pasado nada! No sé de dónde sacáis tantas tonterías.

—Vuestro rostro —Contestaron a la vez y sonriéndose juntas ante tal sincronización.

—Mi rostro es el que es. ¡No poseo otro!

—Nooo —Volvieron a reír en completa conjunción.

—¡Dejadme! Hacedme lugar. No deseo escuchar sandeces.

—¡Plom! —. El sonido resonó con fuerza desde la entrada.

La puerta se abrió de una fuerte patada. Todas se quedaron congeladas en sus sitios mirando como el padre Diego traía en brazos a una mujer con el vientre abultado y a punto de explotar.

Con rapidez todas abrieron sitio para que la muchacha fuese depositada en un lecho de paja que usualmente usaban como cama comunitaria. Y es que, en hogar de pobres, los muebles escaseaban tanto como la caridad en bolsillo de ricos.

Gadea y Blanca fueron las primeras en correr al lado del sacerdote que colocó cuidadosamente a la mujer en el lecho. El pobre hombre parecía haber corrido por todas las cuestas de Toledo juntas. Juana, detallista como siempre, se acercó rápidamente con una jarra de agua, que aceptó agradecido. El sudor le corría por la frente hasta bañar los jóvenes pómulos, y que muchas decían que eran los más atractivos de este lado de la muralla. Joven, y con músculos trabajados por la necesidad, no se podía decir que fuese un caballero fuerte, mas su rostro compensaba con creces cualquier falta de entrenamiento. Ojos del color de la tierra humedecida por la lluvia, bien podría haberse ganado los placeres de varias muchachas entusiastas, pero su cuerpo tan limpio como su honestidad, jamás le llevaron por un actuar indebido para con ninguna de ellas.

—Agua tibia, trapos, ¡dejadme espacio!

Blanca gritó dando órdenes cual jefe de tropas. Y eso no era nada bueno. La muchacha pocas veces perdía los nervios.

El cuerpo de la embarazada se retorcía de dolor, y Juana decidió que cuantas menos estuviesen allí mejor, por lo que, con voz apagada, se llevó a las curiosas dejando en aquella sala solo al párroco, su hermana, y la morisca.

—Me duele… me duele… ya no lo soporto.

La muchacha, que apenas parecía contar los quince años, chillaba ante una Blanca que se recogía con rapidez las mangas del

vestido.

—¿De dónde sois? —Preguntó intentando distraerla de su sufrimiento mientras le pasaba un trapo húmedo en el rostro.

—Del bajo arrabal —contestó antes de gritar nuevamente frente al dolor de una contracción.

—Se llama Isabel y trabaja en las huertas. La pobre lleva todo el día así.

Blanca miró al sacerdote asintiendo mientras le pedía que se retirase para levantarles las faldas.

—Si deseáis salir.

—¡No! Lo quiero a mi lado. No me dejéis. Por favor, os necesito conmigo…

—No me iré a ningún lado. Todo estará bien, Blanca os ayudará. Debéis hacer todo lo que ella diga. ¿Lo comprendéis?

La joven, que al limpiarle el rostro, dejó a la vista unos ojos tan verdes como el prado más fértil, asintió.

—No me dejéis, os necesito.

—No me apartaré de vuestro lado. Lo juro.

La joven asintió ante una Gadea que miró con ojos inmensos a la morisca. Blanca sintió la misma intriga que su amiga, aunque en ella se profundizó un poquito más. Quizás hasta con una pequeña cuota de celos, pero que sacudió rápidamente de su mente. Lo que el párroco hiciese con esa muchacha no era su problema. Y mucho menos si el hijo que llevaba dentro era suyo. Jamás habría imaginado algo semejante del padre Diego, pero fiarse de un hombre era ser tan ingenua como un bebé de pecho, y ella, en temas de amores, peinaba canas, y muchas.

—Todo parece estar bien.

La mujer gritó de dolor retorciéndose en el lecho antes de caer agotada nuevamente.

—¡Entonces por qué no nace! — Diego chilló angustiado a una Blanca que no se encontraba con ganas de recibir cuestionamientos. Y mucho menos si ellos provenían de un sin vergüenza que se acostaba con pobres mujeres, cuando debería ser célibe. ¡Célibe!

—¿Blanca, que pensáis?

Fue la pregunta de Gadea que la distrajo de sus enjuiciamientos cada vez más celosos.

—Aún no lo sé.

Gadea aceptó su no como respuesta y esperó impaciente la inspección de la matriz. La muchacha, aunque con mal parto, no podía haber caído en mejores manos.

—El cordón es ancho y está por todos lados, no me extrañaría que esté ahogando a la criatura.

La voz de Blanca apenas era un murmullo junto al oído del

sacerdote. No deseaba que la joven escuchase su desdicha. La criatura no hacía fuerzas para salir y la estrechez de la salida no ayudaba. No podía hacer mucho.

—Tiene que existir algo…

La pena del sacerdote provocó un dolor en el centro del corazón de la morisca de forma repentina, y difícil de explicar. Muy, pero muy difícil.

Llevaba meses sabiéndose atraída por un hombre virtuoso de cualidades, y aunque lo sabía un imposible, su mente no dejó de imaginarlo en el secreto más absoluto de sus sueños. No lo había confesado a nadie, después de todo aquello no debería ser más que una ilusión. O por lo menos así lo imaginó, hasta esa misma tarde, en la que los celos y el punzón de la envidia, le dio de lleno en el centro del pecho.

El párroco rezaba sosteniendo con fuerza la mano de la muchacha. Se le notaba tan apenado que, aunque algo estúpido por su parte, llegó a sentir envidia de quien en su lecho moría.

—Blanca… ¡Blanca! —Gadea chilló con esperanzas.

—¿Sí?

—¿Recordáis mi parto?

—Como para olvidarlo —contestó sin quitar la mirada de la mano del sacerdote que limpiaba la frente sudorosa de la embarazada.

—Amice guió sus manos hasta conseguir el movimiento de mi hijo.

—Lo recuerdo.

Contestó reviviendo aquel momento como el peor de toda su vida de curandera. Si no hubiese sido por el valor de la monja, ni hijo ni madre estarían vivos.

—Pues creo que podríais intentarlo.

—¿Intentar qué? El bebé se encuentra enredado. No es un tema de postura.

—Pero quizás si con vuestra mano alcanzaseis el cordón… y lo movieseis.

—Nadie ha hecho jamás algo parecido. Es una locura.

—¿Y qué? Nosotras somos un continuo de locuras.

La muchacha aulló de dolor y el sacerdote soltó su mano para acercarse a la morisca.

—Hacedlo. Confío en Dios. Y en vos.

—Yo no…

—Por favor, os lo suplico. Ella debe vivir. No puedo permitir que me abandone.

Blanca asintió, pero sin mirarlo. La sensación que sentía era una emoción demasiado penosa y confusa como para demostrarla.

Sus ojos, sin explicación alguna, se cargaron de lágrimas. Y

aunque los demás creyesen que era por la vida de la joven, ella bien supo que su corazón sangraba, pero no por la vida que se marchaba. Mal momento era ese para que un secreto tan bien custodiado hiciese aparición.

Estaba claro que el amor y ella no corrían nunca por los caminos de la buena fortuna. Primero, un Judá que nunca la amó, y ahora, un sacerdote prohibido que amaba a otra. Ojalá algún día el señor se acordase de ella como una mujer y no como una abandonada.

—Intentaremos otra cosa. Creo que puede funcionar. Gadea, os necesitaré cerca. Id a por unas tijeras.

La joven corrió a buscar el instrumento mientras ella habló con el párroco.

—Necesito que os pongáis detrás. No debe moverse o podría matarlos a ambos.

El padre Diego asintió mientras se posicionaba en el hueco entre la pared y la pequeña espalda.

—Isabel… —dijo al oído de una mujer al límite de sus fuerzas —Debéis respirar profundo, y cuando os diga que empujéis lo haréis con todas vuestras fuerzas. No importa el dolor que sintáis, empujaréis hasta el desgarro. Vuestro hijo os necesita para nacer. ¿Lo habéis comprendido?

La joven asintió y Blanca se acercó a su cesta. Extrajo una rama gruesa de romero y se la acercó a los labios.

—Cuando sea el momento le clavaréis los dientes y empujaréis como si no hubiese mañana.

La muchacha asintió y se metió la rama gruesa entre los dientes, mientras Diego de Almanzón sostenía sus hombros por detrás.

Sin mirar la imagen de cariño que no deseaba, se movió rápidamente entre las piernas de la muchacha para ordenar a una Gadea que sujetaba con fuerza las tijeras.

—Yo tendré las dos manos ocupadas por lo que en cuanto os lo diga cortaréis el cordón. En ese momento exacto. Ni antes ni después.

—¿Y si no puedo?

—Ambos morirán.

Gadea se puso a temblar.

—Sois la mejor ayudante que hubiese podido desear. No existe mejor mujer que vos. Nosotras podemos.

Gadea asintió mientras respiraba profundo preparándose para el momento.

—Podremos —dijo con voz cortada.

—Podremos —contestó la morisca sintiéndose orgullosa de haberse convertido en una cofrade—. Santa Marta —dijo con devoción —, Santa Marta, en el nombre de Dios, quiero dedicaros esta plegaria para que me ayudéis. Venerada Santa Marta, os suplico auxilio. Pedid

al señor que interceda en este imposible y que madre e hijo sean salvados. Que el amor del Señor guíe mis manos y mis actos. Santa Marta no nos abandonéis ni a ella, ni a mí.

—Introducir la mano.

Gadea se apresuró a meter las tijeras por entre las piernas de la joven suplicando por un milagro.

—Santa Marta, Santa Marta —balbuceó nerviosa— no soy curandera, pero a vuestra voluntad me entrego. —La oración, hecha carne, se atropellaba en sus labios a medida que introducía el filo —. María madre de Jesús, María madre, no me abandonéis —. Balbuceó al introducir la mano en la estrechez de la joven y sentir el grueso y redondo trozo de carne que debía cortar.

—¡Ahora! —Blanca ordenó sin levantar el rostro intentando hacer hueco entre el cuello de la criatura y el cordón. Gadea debía ser precisa. Las manos y el tacto eran las únicas herramientas con las que ambas contaban.

Sin perder la seguridad, que no los miedos, la morisca respiró profundo al sentir el calor de la criatura. La tijera estuvo a punto de cortar al pequeño cuando lanzó un grito ahogado.

—¡No!

Tal fue el temor de Gadea que casi lanzó las tijeras para salir de allí llorando. Ambas se miraron cuando Blanca se hizo con el control de la situación.

—Lo haremos bien. Ella nos necesita

—Sí —contestó la amiga sujetando con ambas manos el filo para volver a introducirlo en el interior de la joven.

—Gadea. ¡Ahora! —Sin pensar, la mujer del converso, cerró los ojos y apretando con todas sus fuerzas desgarró el trozo de carne hasta romperlo.

—¡Isabel! ¡Empujad! ¡Ya!

La muchacha, sabiendo que su vida y la de su hijo se encontraba en aquel sacrificio, mordió con fuerza antes de sentir que el vientre se le desgarraba por dentro.

El sudor le empapó el cuerpo, y creyó que el aire y la vida se le escapaban, cuando sin aliento escuchó nuevamente a la morisca.

—Otra vez. ¡Empujad!

La joven negó con la cabeza. Estaba entregada. No poseía fuerzas. Que Dios se la llevase a ella y su hijo. No había sido mala mujer, con quince años no había tenido tiempo. Igual el padre creador se apiadase de ella.

—Isabel, cariño mío, hacedlo por mí. Empujad… por favor…

La voz del padre Diego, aunque se pronunció con suavidad, fue lo suficientemente alta como para ser escuchada por una joven que, al borde del desmayo, asintió.

Con los ojos llorosos, y mordiendo hasta sangrar las encías, hizo

lo que se le pedía. Y empujó.

—¡La tengo! ¡La tengo! La tengo… —dijo histérica la morisca que, aprovechando la fuerza del último empuje, sujetó un hombro de la pequeña arrastrándola hasta la salida. Apresurada la puso boca abajo para que expulsase la suciedad de su interior.

—Vamos preciosa, respirad. Vamos...

Los dedos de la hechicera se movían en la pequeña espalda de la bebé. Y tantos fueron los esfuerzos de la curandera, que sus masajes dieron como resultado un fuerte y claro llanto.

—Alabado sea Dios —. Gadea cayó de rodillas, con las tijeras ensangrentadas, y con la sonrisa de los nervios rotos.

—Es una niña preciosa —dijo Blanca mostrándosela a la madre.

La joven cerraba los ojos cargados de lágrimas mientras asentía.

—Mi niña… Gracias —. Susurró antes de respirar suave y cerrar los ojos.

—¡Isabel!

—Ella está bien. Sólo está dormida por el esfuerzo. Se recuperará.

—¿Estáis segura?

—No hay desgarros. Con descanso se recuperará.

—¿Y la niña?

—Respira. No debéis preocuparos. No las perderéis.

—Alabado sea el Señor—comentó el párroco respirando aliviado.

Blanca dijo estas últimas palabras, esperando que el hombre negase cualquier relación con la muchacha, mas las evidencias eran tan claras, como que el sol naciente brillaba por el este.

—Permitid que la lleve con las mujeres. Una de ellas está amamantando. No tendrá problemas de alimentar a la pequeña mientras su madre descansa —. Diego asintió, y Gadea se marchó con la sonrisa en los labios. Pero no sin antes decir lo que solo las almas buenas como ella sabían decir —. Blanca la morisca, sois la mejor curandera de toda Toledo y alrededores. Pero sois aún mejor mujer, amiga y cofrade.

Con la bebé en los brazos y besándole la pequeña manita, Gadea se marchó dejando a una morisca con los ojos cargados de lágrimas. Todo había salido bien, pero no por su conocimiento. Allí solo existieron unas manos y fueron las de Dios. Si Dios y Santa Marta no la hubiesen guiado para abrir espacio entre el cuello de la niña, y el cordón, allí solo se escucharía la melodía del dolor. No, no fueron sus manos ni su ingenio, fue Dios que la recompensaba. Aunque con algo muy distinto a lo que ella deseaba.

Apartando la mirada para no ser descubierta en unos sentimientos que ni ella misma era capaz de explicar, se acercó a la

cesta y limpió las manos con unos linos algo deshilachados. La joven madre estaba igualmente ensangrentada. Aquello era normal. El vientre estaba blando y no corría sangre nueva por las piernas, por lo que prefirió pasarle unos trapos húmedos con rapidez, y así permitirle descansar.

—Gracias.

—No debéis agradecerme. El señor es quien la ha asistido.

—Así es, mas él nada hubiese podido hacer sin vuestras manos. No sé que hubiese hecho sin ella... En verdad no sabéis cuánto os lo agradezco.

Tragando saliva y doblando varias veces el mismo trapo para no ser descubierta en sus sentimientos, preguntó con la despreocupación de lo que la pena le permitió simular.

—Debéis amarla mucho…

—No puede existir un mundo sin ella. Sin ellas —dijo con la sonrisa en los labios.

Sin poder detener la realidad, Blanca alzó la mirada para comprobar con sus propios ojos lo que tanto lastimaba. El amor por otra mujer.

Y es que si existía un corazón desafortunado, ese era el suyo. Tantas veces lloró por Judá, que ahora, al saberlo olvidado, creyó sentir en la imaginación un simple entretenimiento. Jamás hubiese pensado que un par de besos nocturnos a una almohada fuesen a doler tanto.

—Debo irme. Os dejaré unas hierbas para que las preparéis. Puede que despierte y se encuentre molesta. Mañana temprano vendré a verla.

—¿Iros? De eso nada. Creo que si despierta y me encuentro solo soy capaz de morir del susto. Os quedaréis aquí conmigo. Juntos la atenderemos.

Blanca sentía cada palabra de preocupación hacia la muchacha como un balde de agua fría. No era suficiente con saberlo enamorado, de otra, que además debía escuchar sus declaraciones de amor, por otra.

—De verdad que no hace falta. El beaterio está repleto de mujeres expertas. Ellas sabrán cuidarla.

—Os quiero a vos.

Puede que el padre Diego, y que incluso el mismo Dios, prohibiese el sentimiento que en ella nació. Y puede también que el dolor fuese el resultado de la pena de su pecado mayor, pero ¿cómo detener un torrente en pleno diluvio? ¿Cómo contener unas ansias que nacían desde más allá de las entrañas?

Con el rostro agachado cerró los ojos para no decirle que muchas veces soñó con esas palabras: «Os quiero a vos». Aunque en

sus sueños las últimas palabras acariciaban sus labios al decirlas.

Con dificultad para respirar abrió los párpados. El padre Diego se quedó mirándola con agradecimiento, y hasta hubiese jurado que con un pequeño sentimiento de deseo. Menuda tonta era que veía luces donde no existían ni reflejos.

—Podéis dormir aquí. Yo dormiré en el establo. Isabel os necesita, por favor, quedaros.

—Está bien. Me quedaré.

—Gracias —contestó regalándole una profunda sonrisa.

—Se os ve feliz. Es una bebé preciosa. Os felicito.

—Sí que es preciosa. Ambas lo son.

Blanca no cesaba de escuchar comentarios que no hacían más que confirmar sus sospechas y ahondar su penar.

—¿La amáis? — «Idiota», se dijo sin saber porque continuaba preguntando.

Sabía que no debía ser tan directa, pero la curiosidad, al igual que el amor sincero, eran defectos de las mujeres del ayer, del hoy, y seguramente de las que en el futuro llegasen.

El párroco, se acercó a la madre dormida, y acariciándole los rizos húmedos, contestó sin dejar de mirarla.

—Con todo mi corazón. Cuando nuestros padres murieron prometí cuidarla con mi propia vida. No tengo más familia que ella. Isabel es más que mi hermana. Es mi único sentido al despertar.

«¿Hermana? ¿Hermana? ¡Hermana!»

—Ella es vuestra… ¿hermana?

—Sí, cuando me propusieron venir a Toledo, la traje conmigo. Pronto encontró marido y decidieron vivir al final del arrabal. Ambos son agricultores. En un principio me negué, pero el amor de ambos me convenció.

—Hermana… hermana… —Blanca balbuceó las palabras una y otra vez sin saber si saltar, gritar, o sujetársele al cuello y besarlo como algo más que una amiga, o una hermana.

—Y por eso está embarazada. Claro —. Sus palabras sonaron tan estúpidas hasta para ella —. ¿Dónde se encuentra él?

—Buscando semillas en Valencia. Hoy cuándo fui a visitarla la encontré en el lecho llorando de dolor. Sabiendo que vos estabais aquí…

—Decidisteis traerla.

—Dios me trajo hasta vos.

—Eso parece. Eso parece… —«Gracias, gracias. ¡Gracias!» Se dijo con una sonrisa que iluminó Santa María la Blanca.

El amor entre ellos era un imposible, una barbaridad, una irracionalidad, más qué podía decir ella ante un corazón que no cesaba de saltar de felicidad. Y de esperanzas.

Apariencias

Haym, quién buscaba a su nuera para darle una gran sorpresa, resultó ser quien la recibió. Anonadado y extrañado se quedó paralizado en el marco de la puerta sin saber qué hacer. En un lecho improvisado, en el suelo de la sala del beaterio, yacían profundamente dormidos: el padre Diego y la morisca.

El joven sacerdote la cubría con su brazo como si intentase protegerla de la oscuridad de la noche, mientras que ella, dormía con la sonrisa de los más dulces sueños.

Tal era su asombro que fue incapaz de dirigir la mirada hacia la esquina donde se encontraba el lecho con la segunda joven adormecida. Dos y hasta tres veces cerró los párpados creyendo que alguna mota de polvo le estuviese causando alucinaciones. Y no, él no era ningún ingenuo como para no conocer el retoce que muchos llamados a la voluntad del Cristo hacían con mujeres. Demasiados años tenía como para ingenuidades. No era el ver a un párroco con una mujer lo que le extrañaba, sino ese párroco. Hubiese jurado por Dios, y sin temor a equivocarse, que el joven era más blanco que las sábanas de su casa.

Un poco curioso ante la situación estuvo por alejarse con un paso hacia atrás, cuando chocó con los pies de María. La joven panadera se encontraba en igual estado catatónico que él. Miraba a los jóvenes sin dejar de parpadear.

—Yo… yo… Tiene que ser un error. Además… están vestidos —. María dijo esa tontería intentando exculpar a quienes quería con el corazón.

Haym, no le contestó. Al igual que ella, tenía suficiente mundo como para saber que las ropas no detenían la necesidad. El placer se disfrutaba con o sin ropas.

—Por supuesto, están vestidos. Será mejor que nos marchemos —dijo en tono muy bajo— y que nadie se entere. No deseamos que las malas lenguas puedan confundir y perjudicarles.

Los ojos de María se abrieron rápidamente antes de asentir con fuerte golpe de cabeza. Si por ella se trataba, sus labios estaban cosidos y pegados. Ninguno de ellos dos sufriría consecuencia por su falta de discreción. Blanca era la mujer más buena de todas. Curaba a todo hombre, o animal, que se encontrase. Y sí, cuando pensaba en animales no se refería únicamente a seres de cuatro patas. En cuanto el padre Diego, él era la belleza espiritual hecha carne. No, ya podían arrancarle la lengua a trozos que jamás nadie escucharía de sus labios nada de nada. Aceptando la invitación del padre de Judá, dio dos pasos atrás, y esperó a que este cerrase la puerta con una lentitud y silencio exquisito.

—¿Vos creéis que ellos? ¿Es decir que tal vez?

—Yo no creo nada porque nada he visto ——Haym, contestó con tanta seguridad, que la pobre panadera agachó el rostro avergonzada. Al ver a la muchacha el hombre se compadeció e intentó continuar hablando, pero esta vez con una gran sonrisa —. Pero si lo hubiese hecho, es decir, si hubiese visto algo, pienso que el amor es más fuerte que cualquier cosa que conozcamos. Él nos inunda de un poder que discurre por su propio camino. Eso es algo imposible de remediar. Las leyes de los hombres jamás podrán limitar la fuerza de los sentimientos.

María asintió mientras se perdía en la inmensa sonrisa del converso padre. El peinaba unas cuantas canas, sin embargo, la entusiasmaba más que cualquier joven de los que conociese antes. De la Cruz era bueno, honorable, íntegro, inteligente, caballero, servicial, y miles de adjetivos que ella ni siquiera conocía. Por decir cosas, él era tantas, que hasta sus suspiros se quedaban escasos. Lo amaba en el más absoluto de los silencios. En un secreto que no se atrevió a contar a las amigas. ¿Qué le dirían ellas? Nada que ella no supiese. ¿Un adinerado hombre de la mano de una antigua prostituta? Eso era un imposible. Demasiado tenía con que no se girase y la escupiese al verla. No, los hombres buenos no se arrimaban a mujeres malas. Y ella lo había sido, y mucho. Solo las malas mujeres retozaban con hombres sin la obligación del matrimonio. Solo las malas mujeres aceptaban monedas, o un poco de comida, por copular. No, ella no se merecía más que el mirar en la distancia a quién amaba sin ningún permiso.

Su marido fue el primero. Pero aquello pronto se distanció del amor. Los golpes le hicieron ver la realidad a fuerza de insistencia. Sin embargo, Haym… él era todo lo que una mujer podría desear. Protector, dulce, experto, maduro, y otros tanto adjetivos, que otra vez no pudo pronunciar. Y cómo hacerlo si su ignorancia era tan grande como su pobreza. Pobre como ninguna apenas sabía contar las monedas con las que le pagaban las barras de pan. Y todo gracias a Gadea que con su infinita paciencia le enseñó a utilizar los dedos de la mano como una herramienta de sumas y restas.

—¿A dónde ibais?

—Buscaba a vuestra nuera. Debo entregarle estos dulces para ser enviados a Segovia.

—¿Aún seguís vendiendo esos panes de maza tan deliciosos?

—O sí, mi señor. Gustan mucho —dijo orgullosa—. Gadea dice que nos conocerán en todo el reino. Ella piensa que Toledo será grande y conocida en el mundo entero. Dice que la gente apreciará nuestras construcciones. Ella dice que admirarán nuestro arte, y que regresarán a sus hogares con una cesta cargada de mazapanes

—Pues si mi nuera lo piensa, así será. No existe nadie que sepa

ver el futuro tan bien como ella —. Contestó guiñando el ojo.

—También dicen que en el mundo de los negocios no existe nadie como vos. Dicen que el futuro del comercio es vuestro. Dicen que…

—Dicen que soy un astuto ricachón y que las mujeres me admiran, pero vos y yo sabemos que no dicen la verdad —. La sonrisa sin desparpajo de Haym la hizo relajarse y continuar con su broma.

—Sois un hombre sano y elegante.

—¿Y dicen que soy más atractivo que mi hijo? — Comentó estirando la espalda.

—Mi señor, me temo que las habladurías no llegan a tanto.

Haym lanzó una carcajada mientras le ofrecía su brazo doblado, como si ella fuese una gran señora. Y por unos minutos ella creyó en esa mentira como una fugaz verdad.

—Que sepáis que habéis roto mi corazón. Pensar en mi hijo como un hombre con mayor encanto me ha herido profundamente —. Contestó continuando la broma.

—Vuestra merced es demasiado inteligente como para saber que un hombre es más atractivo por el interior que esconde que por el exterior que muestra.

—Esa respuesta merece que os acompañe.

María aceptó caminar junto a Haym, y saliendo por la puerta cuesta abajo, fueron en busca de la nuera.

Sonriendo como nunca, caminó como si los pies no tocasen el barro seco del intenso verano Toledano. La felicidad le llegaba hasta las cejas. Nunca imaginó que sería en un sencillo paseo y conversando de tonterías en donde se encontrase el calor de los cielos. Intentando no ser descubierta, lo miró cuantas veces se le antojó. El mirar no era pecado y ella necesitaba grabar cada detalle de su rostro. Cada mueca de expresión. Todo lo que pudiese recordar en la soledad de su choza y con los labios estirados al aire.

Con profundidad aspiró ese aroma algo así como cuero y sándalo, y aunque la distancia no era tan próxima, prefirió seguir imaginando que sí lo era. A su lado los sueños eran buñuelos cargados de miel. Haym hablaba, y aunque su escuálida cultura le hacía perderse en las palaras, le daba igual. Su voz ronca y gruesa era suficiente para hacerla levitar.

Con la felicidad en el alma dejó pasar a unos pequeños que corrían tras una gallina, y que sin el más mínimo reparo casi la atropellaron.

—Niños… —balbuceó creyéndose una señora de noble despertar.

¿Sería así como ellas se sentían? ¿Era esta la dicha de las

buenas mujeres caminando junto a sus enamorados?

Respirando con profundidad, y como si se encontrase en la primavera de sus sueños, caminó feliz.

—¿Entonces estáis bien?

—¿Cómo? Perdón. Creo haberme distraído.

—Además aburrido.

—Por favor señor, no os divirtáis con mi imprudencia.

—Os preguntaba si vuestros problemas están superados —. Haym habló recuperando la seriedad.

—Sí, mi señor, gracias a vos y vuestro hijo —dijo con la voz más dulce que nunca —. ¡Y Gadea! Por supuesto. Gadea.

María se sintió una ingrata al no recordar a la amiga en sus agradecimientos, pero que el cielo la perdonase porque en el momento que vivía, apenas si balbuceaba su propio nombre.

—Pues me alegro mucho por vos. Sois joven y os esperan momentos mejores, ya lo veréis. Un buen hombre se cruzará en vuestro camino y os cuidará.

—Mi señor, yo ya no creo en imposibles.

—No lo pienso, lo sé. Lo veréis.

Mirando al cielo rogó con todas sus fuerzas que la virgen escuchase aquellas palabras como premoniciones. Ella también deseaba ese cumplimiento. Un buen hombre. A decir verdad, uno en concreto.

Imaginando que aquél era el primero de los cientos de paseos que juntos darían, se dejó llevar sin esperar el destino. Con la insensatez de las enamoradas, viajó hasta el salón de sus sueños. Allí, Haym reconocía que la amaba y la besaba una noche completa. Le susurraba al oído sus más necesitados deseos, y ella, agitada y deseosa, los cumplía.

Entre sus brazos la guiaría hasta su alcoba, y en un lecho de plumas la desnudaría preparándola para hacer el amor. Hacer el amor… ¿Qué sería eso de hacer el amor? Sí, ella había retozado muchas veces con muchos hombres. Más de los que le gustase recordar. Pero jamás hizo el amor. Como mujer nunca fue más que un objeto imprescindible para calmar la necesidad. Eso podía llamarse de muchas formas, pero nada tenía que ver con el amor. Entregar el cuerpo sin sentimientos era algo que se alejaba de cualquier cantar trovador. Los labios se rozaban, pero no se poseían. Las caricias llegaban tan vacías como los hombres que las entregaban.

Con Haym sería diferente. Con él la unión sería perfecta. Con él se entregaría en cuerpo y en pensamientos.

—¡Mierda! —Haym se asqueó al sentir como un pájaro le ensuciaba en plena chaqueta. Pero al intentar limpiarla la inmundicia se expandió aún más.

María, al verlo tan disgustado, se lanzó a reír ante un cristiano nuevo que no pudo más que unirse a su algarabía.

—Si os seguís riendo os castigaré obligándoos a limpiarla.

—Por favor, mi señor, permitidme —dijo tomando el pañuelo de los dedos del hombre.

Con ternura lo limpió. Como una esposa haría con su marido, como una mujer con su amante, o como una enamorada con el sentido de su reír.

Haym le agradeció antes de continuar caminando, pero sin dejar de mirar al cielo como si buscase al autor del ataque. Todo marchaba tan bien...

—¡Puta!

Una mujer, venida de la nada, y sin saber por qué, se le acercó, y escupiendo delante, la insultó.

—No me olvido de vuestra cara. Recordad que soy su esposa. ¡Mujerzuela!

Acalorada y avergonzada se congeló en el sitio ante un Haym, que al igual que ella, tardó unos segundos en reaccionar. Llevaba años sin practicar el oficio, pero esa vergüenza no la abandonaba.

—Yo…yo.

La mujer se plantó con los brazos en jarra como si esperase una explicación. Era como si creyese que le había robado la honra. Ingenua e ignorante que culpaba a la herramienta y no a aquél que había hecho uso de ella.

—Marchaos de una vez. No sabéis de lo que habláis.

—Vuestra merced cuelga del brazo a una prostituta. Una pecadora que enloquece a hombres con sus asquerosas atrocidades. Me horrorizo solo de imaginar lo que les hace.

—Mujer, volved a abrir la boca y seré yo quien os castigue con dolorosas aberraciones.

Haym sujetó fuerte el brazo a María para esquivar a la gorda acusadora, cuando la presencia de cuatro hombres salidos de la nada los rodearon. Sabiendo que aquello no pintaba nada bien miró a los lados. Estaban justo delante del Pozo Amargo. La amplitud de la calle no era mucha, pero con algo de pelea podría defenderse hasta darle tiempo a la muchacha para que corriese y se pusiese a salvo.

—Dejadnos pasar y no sufriréis.

La voz del hombre sonó grave y poderosa intentando intimidar a aquellos que, aunque con pintas de pordioseros, llevaban la palabra de “asesinos” escrita en la frente.

—Escoria que se cubre tras escoria. Prostitutas y herejes, lo mismo son. De La Cruz un apellido de Dios para un blasfemo de Dios.

Haym cerró la mano en la empuñadura de su estoque. Aquellos no eran viles sabandijas. Esos hombres lo conocían y buscaban algo

más que sus monedas.

Preparado para defenderse observó como un quinto hombre se sumaba a los cuatro anteriores. La luz del sol no le permitió distinguir de quién se trataba, pero cuando este se posicionó en el círculo junto a los otros cuatro, cerró los ojos sabiendo que todo comienzo poseía un final, y él suyo se encontraba delante.

Ángel

Haym buscaba encontrar en su verborrea incansable, ganar el tiempo suficiente como para encontrar alguna salida. La ciudad se vestía muy temprano por las mañanas. Todas menos esa. El día que más la necesitaba Toledo dormía en brazos de otro.

—Será tal vez que el Se-ñor está asustado —. El jorobado denotó tanto asco en sus palabras como la inmundicia que llevaba prendida en sus ropas.

Tan feo de rostro como de espíritu, no ocultaba la envidia de los inferiores. Pobre alma sedienta de venganza que, sin hallar culpable en sus propias desgracias, buscaba libertad envidiando a quién jamás podría alcanzar.

—Permitidnos marchar, os lo ruego…

—Una ramera suplicando clemencia por un judío. Dios los expulsa y ellos se reúnen —. Sancho se rió con la plenitud de sus dientes semi podridos.

Por su parte el hombre replicó con la misma sonrisa de lado que la de su hijo Judá. Si es que da tal palo no podía provenir otra astilla.

—Puede que el Cristo, que en la gloria se encuentra, no luzca orgulloso el total de mis actos, mas permitidme recordaros que muchos peores demuestran ser los vuestros. Basta con veros —. Haym se le acercó hasta airearle en la frente sus palabras.

El jorobado ardía en furia. Escuchar como el judío apelaba a sus deficiencias físicas como castigo del creador, le quemó hasta el último trozo de sus putrefactas vísceras. El judío no representaba solo la cabeza que llevaría a su señor en bandeja de plata, aquél sería la justicia hecha acción.

Con él se cobraría cada una de las injusticias que soportó. Castellano, de pura sangre, no hacía más que ver como aquél comerciante de sangre impía caminaba con la frente en alto creyéndose merecedor de lo que no le pertenecía. Judío simulando ser cristiano. Nada debería ofrecérsele más que el destierro. Asqueroso usurero prestamista. Él sí lo merecía todo. Él sí era un verdadero castellano.

—Por favor…—El ruego de María acrecentó la rabia de los hombres con ganas de acción.

—¿Tenéis miedo? Tal vez lejos de vuestro lobezno no sois más que un cerdo viejo sin valor.

—Si mi lobezno estuviese aquí deberías recoger vuestros pantalones cagados del suelo.

—Bastardo mal nacido… hoy conoceréis la verdadera justicia.

Los ladrones sobornados con unas pocas monedas, se estaban

cansando ante la demasía de palabras. Les gustaba la acción rápida, y aquello parecía demorarse en un tiempo que nunca corría a favor del matador.

—¿Justicia? ¡De qué demonios estáis hablando! —Contestó sin dejar de observar a los rufianes que lo rodeaban.

—¡De la justicia que me fue negada! Una que aplicaré con mis propias manos. Esta tierra no es vuestra, estas mujeres no son vuestras, estas riquezas no deberían ser vuestras. Nada es vuestro. Yo soy el verdadero hijo de castilla. Y de Dios.

Lejos de enfadarse Haym se sonrió con maldad.

Pobre estúpido que pensaba que sus escupitajos nacidos desde el vientre lo ofendían. Sí, él era un converso por obligación, pero la vergüenza no le alcanzaba. En la iglesia los domingos llamaba Cristo al creador, pero en su más profundo interior, jamás dejó de invocar a Adonay. Fuese como fuese, su orgullo descansaba en escalones demasiado altos para serpientes rastreras como aquella. Su hijo estaba vivo. Todo lo consiguió y alcanzó por él. Por su hijo y por su ángel. El resto le importaba de igual forma que la mierda de la paloma en su chaqueta.

—Entonces, y por lo que mi pobre razón comprende, ya no hablamos de prostitutas sino de derechos. Y decidme, ¿cuáles son esas grandes habilidades que poseéis y que nadie ha sabido ver?

—¡Ya basta! Os mataré. Moriréis y vuestra familia sangrará de dolor. Vuestra muerte será el cobro. Os creéis unos señores cuando no sois más que puercos. ¡Matadlo!

María gritó lanzando la cesta, que hasta el momento sujetaba con fuerza entre sus pechos, e intentó correr junto a su amor, pero dos de los hombres la sujetaron por los lados

Haym no temió. Llevaba tanto tiempo esperando la muerte, que bendito fuese Dios si así se la ofrecía. Sin embargo, la muchacha, ella era otra cosa. A la joven aún le quedaba tiempo de vivir.

—Matadme si así lo deseáis.

—¡No! No… Mi señor… por favor… —María lloraba con desespero retorcido.

Haym ignoró los gritos de la mujer para mirar frente a frente al jorobado que degustaba el rancio sabor de la victoria.

—Dejadla marchar y aceptaré luchar con vos.

—Maldito cerdo desagradecido. ¡No sois nadie para luchar conmigo! Ni siquiera deberíais mirarme a la cara. Puerco embarrado de estiércol prestamista.

El hombre sintió como la joroba se le retorcía de indignación. Esa sangre impura no hacía más que recordarle sus nunca olvidados complejos. Por supuesto que necesitaba de secuaces para ganar. Por supuesto que necesitaba de matones para matarlo. Y por supuesto que

aún herido en el orgullo daría la orden para que otro hiciese el trabajo sucio.

—Dejad de insultar y defenderos vos mismo. Actuad con honor, aunque más no sea una vez en toda vuestra cobarde vida.

Con la furia de los que sentían que todo lo habían perdido, el jorobado sacó su estoque en aceptación de pelea. Dios no podía estar del lado del cerdo hereje.

Durante años sirvió al sacerdote, y quién sino la mismísima iglesia cumplía con los dictámenes del Creador. Las herramientas de Dios a veces no parecían muy justas, incluso puede que ellos en sus divinas encomiendas no actuasen con claridad, pero el Señor sabía que todo lo hicieron por él y para su divino poder. Dios lo acompañaba. ¿De qué otro lado podía estar?

—Primero soltadla. Ella no tiene nada que ver con esto.

La prostituta no era a quien deseaba muerta. El converso con la cabeza despegada del cuello sería quien le diese la entrada a su cielo. Con el comerciante muerto el sacerdote se encontraría feliz, y él volvería a ser ese quien le dedicaba su tiempo. Su hijo. El que captaba el total de su esmero.

Compañeros de guerra, su señor y él compartirían nuevamente aventuras. Lejos de unos conversos que le dominasen la mente. Esos mal nacidos llenaban los pensamientos de quien en el pasado le dedicaba su completa atención. Puede que el sacerdote no fuese el mejor ejemplo de un progenitor bondadoso repleto de amor, pero era el único que tenía. Y lo recuperaría. Comenzaría con el padre para luego ir a por el vástago.

—¡Soltadla! —Ordenó autoritario.

Uno de los hombres aceptó la orden y liberó uno de los brazos de María. El otro, sin embargo, aprovechándose de la situación, la envolvió con su cuerpo y la beso. Ante la lengua más asquerosa que María había degustado jamás, se reveló, y este, sintiéndose rechazado hasta por las putas, la golpeó con el mango de su puñal antes de arrojarla al suelo.

—Perro mal nacido…

Haym se lanzó sobre el hombre, pero poco podía hacer. Cuatro hombres, además del jorobado, eran demasiados filos a los que ganar. A diferencia de su hijo, en su vida la habilidad con los números triunfó por encima de las estocadas. Con valor, y sabiendo en el momento que se encontraba, aceptó cada golpe.

Esos niños no paran de llorar, se dijo Salvador antes de girar la esquina con las manos en los bolsillos y un bostezo tan grande como la muralla. Los amaba, pero qué duro era eso de ser hermano mayor. Buscando en el descampado cerca del sastre algo de paz, había salido

a caminar cuando se encontró con la peligrosa escena. Corrió apresando la onda con fuerza. Apedrearía a los malditos. Ese hombre era el mejor de todos en todo el mundo. Ese hombre era único. Ese hombre era el más sabio. Ese hombre era, su abuelo.

Viéndolo luchar contra tres espadas a la vez, comenzó a temblar de miedo. Un ladrón le había propinado a Haym un corte en el brazo izquierdo desde el hombro hasta casi la mano. Nervioso al ver como la sangre viajaba en el cuerpo del abuelo, apresó la piedra entre el dedo índice y pulgar cuando alguien, por detrás, y que ni siquiera había visto, lo sujetó por el cuello de la camisa alzándole hasta el aire.

—¡Soltadme! Maldito desgraciado. Mi padre os matará… — Esas eran las palabras que hubiese dicho si poseyese el don de la palabra. Mas era tan mudo que sus sonidos no resultaron ser otra cosa que chillidos lastimosos.

Desconcertado ante los gruñidos, Haym perdió el total de la concentración. El pequeño se retorcía en brazos de un encorvado que lo miraba disfrutando de la situación.

—¡Soltadle! Rata inmunda. No os escondáis tras un niño. Pelead conmigo si detrás de esa mierda de cuerpo aún conserváis algo de hombre.

—Venid vos si es que tanto lo deseáis. Salvad al bastardo de vuestro hijo. ¡Hacedlo!

Sancho habló mientras presionó con más fuerza el cuello del niño que comenzaba a patalear buscando aire.

Enloquecido, al ver a quién ya consideraba su nieto, Haym se lanzó sobre el jorobado olvidándose de los cuatro hombres que dejaba atrás. O por lo menos eso intentó. Una estocada en el lateral izquierdo lo hizo inclinarse de dolor y manchar aún con más sangre la carísima casaca, pero no fue sino la segunda estocada, la que, entrando de adelante hacia atrás, lo hizo caer a medio camino, y de lado.

Sancho, excitado ante la imagen del comerciante embarrado en sangre, y con las rodillas pegadas al suelo, arrojó al bastardo a un lado. Ese pulgoso no le interesaba en lo más mínimo. Ante él se encontraba la mayor de las dichas y recompensas. El converso mayor.

Dios le ofrecía ser el brazo justiciero de sus designios. Libraría a Toledo de un hombre que jamás debió ni alcanzar ni merecer. Esa ciudad era para hombres como él. Cristianos puros. Nacidos con el poder y la voluntad del creador.

Con la mano en alto, y puñal en mano, ordenó a las hienas que se detuviesen. Ya cumpliría él mismo con el divino encargo. Sería él quien rematase al bellaco.

Haym, viendo que el pequeño, aunque con fuertes toses, comenzaba a respirar, parpadeó muy lento. Llevaba varios cortes, pero dos eran lo suficientemente profundos como para saber que no le

quedaba mucho por pelear. Así y todo, intentó levantarse. Las rodillas se presionaron contra el suelo embarrado, y con la fortaleza de los grandes hombres, consiguió casi erguirse. Con la sonrisa en los labios elevó el mentón y miró a las alturas.

—Estúpido. Sois ciego hasta con plena luz del sol —dijo ignorando el rostro de satisfacción del jorobado que se creyó el receptor de su diversión —. No es a vos a quien reverencio.

—¿Suplicáis acaso por vuestra vida a los cielos? Él ya os ha abandonado.

—Os equivocáis, él no me ha abandonado. Ella me ha encontrado. Ella está aquí.

Asqueado al ver como el muy imbécil parecía feliz hasta en el momento de su muerte, Sancho alzó el puñal para luego bajarlo con todas sus fuerzas. Lo movió con el mayor de los odios para clavárselo de lleno en el lateral superior izquierdo.

Haym sintió como el filo le atravesaba la piel y alcanzaba la carne, y aunque muchos pensasen que sintió dolor, no deberían preocuparse. Él nada sintió. Ella estaba con él.

Ella, la mujer más hermosa que existiese jamás. Una con ojos tan ardientes como la más apasionada noche. Esa que amó desde aquella primera vez que la vio montada en su carreta de noble señora.

Respirando un aire salado y espeso como la sangre que comenzaba a brotarle de los labios, escuchaba los gritos de María que se tambaleó hasta alcanzarlo y lanzarse a su lado. Salvador también corrió, pero hacia las piernas del jorobado para patearle, mas este dio la orden a los hombres, que al igual que él, salieron corriendo y dispersándose por las calles.

—Dios, Dios no… no. Por favor no —María sostenía una cabeza casi sin fuerzas.

—¿Estáis bien? —Haym preguntó al pequeño que asintió entre chorretones de lágrimas.

—Gracias a Dios. Hijo, id con vuestro padre y cuidadlo por mí, ¿me lo prometéis? —el pequeño volvió a asentir mientras se lanzaba a su pecho para abrazarle con fuerza —. Mi pequeño Salvador, decidle que no he sufrido. Decidle que su madre ha venido a encontrarse conmigo.

María, quien tampoco paraba de llorar, le rogó que no se marchase, pero el hombre no la escuchó. Su mirada se encontraba justo en la mujer que, con una inmensa aura de luz, tenía delante.

—No sabéis cuánto os he esperado. Mi alma no ha dejado una mañana de invocaros. Ingrato amor que me habéis hecho esperar tanto.

María no dejaba de sujetarlo con fuerzas como si así pudiese evitar lo inevitable.

—Id a por vuestro padre —. María suplicó a un niño que no cesaba de llorar. El hombre que amaba, su maestro, su familia, su abuelo —. ¡Salvador! Buscad a vuestro padre… Por favor… por favor…

El pequeño, como pudo se levantó del suelo y caminó unos pasos lentos hasta que de repente comenzó a correr hacia la plaza del Zocodover.

Haym, lejos de allí, estiró la mano para abrazar a aquella que entre nubes vestía de un azul celestial. Con apenas voz, pero con el más ardiente deseo, habló como si miles de penas se acabasen allí. Años de soledad se terminaban. Al fin.

—Amor de mi alma… —dijo aspirando al vacío—. Llevo tantos años esperando que me lo pidáis. ¿Qué si os acompañaré? Aquí ya nada me retiene. He cumplido con nuestra promesa, él es un hombre de bien, ahora me toca a mí. Llevadme con vos. Abrazadme y amadme tanto como yo. Tonta mía, cómo podéis preguntarme algo así. Nunca ha existido otra que no fueseis vos. Ángel mío, vuestros besos son más que la vida…

Estas fueron sus últimas palabras antes que la cabeza se le desplomase en los brazos de María.

Un buen hombre se marchaba de Toledo. Un buen hombre enamorado y feliz renacía en otra ciudad, en otros brazos… En otra vida y junto a su ángel.

Adiós

Salvador entró arrastrando todo lo que encontraba a su paso. Al paje, a Dominga la cocinera, y hasta algún mueble. El rostro desconsolado no se ocultaba tras la inflamación de unas lágrimas que no cesaban. Sin respirar atravesó la sala en la que se encontraba Gadea, que al verlo soltó a los bebes con una criada para seguirlo de cerca. La puerta del escritorio de Judá fue abierta de par en par, y tal fue el ímpetu que recibió, que el picaporte de hierro dejó su firma empotrada en la pared.

El dueño de casa, que de pie hablaba con De Córdoba sobre la seguridad de su familia, estuvo por increpar a tan mal educado visitante, mas al ver el estado del pequeño, no se atrevió. La preocupación le alcanzó como lanza de jinete en justa. Lo primero que pensó su cerebro asustado fue en Gadea y los pequeños, mas al recordarlos en la sala se desorientó.

—Hablad —. Judá sujetó con fuerza los hombros del pequeño que traía tanto ímpetu que apenas pudo frenar.

Ordenarle a un niño mudo que hablase, era, si no la mayor, una de las mayores estupideces de su vida, pero poca claridad el desconcierto le estaba dando un momento como ese. Las ropas de Salvador estaban manchadas de sangre, sin embargo, los muertos no corrían como el viento. El herido se encontraba en otro sitio.

El pequeño alzó la vista y Judá esperó impaciente. Como siempre comenzó a mover las manos y hablar con ese extraño lenguaje que Haym tan hábilmente le había enseñado. Las lágrimas del niño no cesaban de correrle inagotables por un rostro que se quebraba por el dolor, cuando la primera mano se alzó hasta el cielo, la segunda le acarició la cabellera, y cuando la tercera lo señaló de forma directa, Judá sintió como el pecho se le cerró. Con la mente turbada, y casi tambaleándose, se movió a un lado para recoger a toda prisa el puñal e insertarlo en su cinturón de cuero.

—¿Dónde? —Dijo De Córdoba, que al igual que toda la familia, comprendía el lenguaje del pequeño.

Alguna señal mostrando el agua de una jofaina y un crucifijo perdido en la pared, señalaron el lugar.

—¡El pozo amargo! — Contestó Judá mientras atravesaba a toda prisa. «Aguantad padre. Aguantad».

Gadea, quien se encontraba detrás de Salvador, no pudo apreciar más que la huida urgente de su marido junto a De Córdoba.

Con la preocupación de quien aún no ha terminado de entender lo ocurrido, se agachó para mirar de frente a su pequeño Salvador, que no cesaba de llorar con un dolor que le rompió el alma de madre.

—Hijo mío, contadme.

El pequeño, así como lo había hecho con su padre, elevó la mano temblorosa al cielo, señal ineludible del padre. Luego llevó la mano al lateral de su cabello, gesto que hacía al reírse de las canas de los viejos, para acto seguido, y con el quejido de dolor, señalar el despacho de Judá.

Gadea cerró los ojos para abrazarlo mientras ella también, con el mismo silencio de los mudos, se puso a llorar.

—Hijo mío —dijo apartándole de entre sus brazos —. Llevadme donde él.

El pequeño tomó la mano de su madre y caminaron unidos por el poder de las lágrimas. Gadea, a diferencia de su marido, no corrió. Algo en su corazón le decía que lo que su hijo había visto era el final de una vida apagada. Una de las mejores de Toledo. Una que los tiempos deberían recordar, y que como todo lo bueno, olvidarían.

Tal era su pena que, al pisar el escalón de salida, trastabilló. Si no fuese por su pequeño gran Salvador se encontraría en el suelo con un tobillo roto.

—Gracias —dijo con cariño mas el niño no cesaba de llorar. Con la manita le indicó su onda y elevó los hombros.

—Estoy segura de que habéis intentado protegerle. Vuestra arma jamás hubiese sido suficiente.

La pena la hizo tragar saliva. Pero con la entereza de las que las Comunes hacían gala detuvo la marcha unos segundos.

—Estoy segura de que lo habéis intentado todo. Los designios del Señor escapan a cualquiera de nuestros planes o deseos. Sois un nieto bueno y valiente. Vuestro abuelo vestía prendas de orgullo al hablar de vos. Él os amaba.

El pequeño alzó los hombros nuevamente mientras volvía a tomar con fuerza la mano de su madre que lo aceptó orgullosa. Para muchos Salvador era un vagabundo, un abandonado, para ella, su hijo mayor. Y arrancaría los ojos a los cuervos que dijesen lo contrario.

Ambos, bajo el cielo de un verano infernal, caminaron por la calle de los zapateros rumbo al pozo amargo, uno que en ese día revindicaba más que nunca su apodo.

Las piernas del converso no podían correr con mayor rapidez. Ni el ardiente sol ni las calles estrechas o las pendientes agotadoras lo detenían. Con el puñal en las manos se abrió paso entre la gente del mercado hasta alcanzar el pozo. Estaba listo para entregar la vida por aquél que la había dado por él tantas veces. Lucharía hasta que la sangre ya no le corriera por las venas. Lo salvaría.

Con toda la fuerza de su ardiente furia entró en la pequeña plazoleta esperando encontrarse con los bandidos. Confuso vio como un grupo de seis curiosos miraban en la distancia. Alterado observó a

los lados, pero los mismos nervios no le permitieron ver. No fue hasta una segunda inspección, que el cuerpo de una muchacha sosteniendo al hombre entre sus rodillas lo hizo correr. Casi sin respirar se acercó. El plan era arrebatarle el cuerpo a la muchacha y llevarlo urgente hacia la casa. Una vez allí Blanca la hechicera lo curaría. Luego, ya se encargaría de las venganzas oportunas.

—¡Dejadme!

María la panadera, que no se separó ni un momento del cuerpo de Haym, se alejó ante la orden del caballero. Llorando le cedió el sitio. Como pudo se levantó del suelo. Aunque el golpe que había recibido en la cabeza durante el ataque la hizo tambalear.

—¡Padre! ¡Padre! Vamos, despertad.

Judá sujetaba el rostro de Haym mientras le propiciaba pequeños golpes en el rostro.

—Gonzalo, ayudadme a levantarlo. Mandar buscar a la hechicera. Lo llevaré a casa.

De Córdoba, quien llegó al mismo tiempo que él, miró a María quien llorando desconsolado, le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡Vamos! A qué esperáis. ¡Id a por la hechicera!

—Amigo mío… —Las palabras se cerraron en la garganta del Cordobés. Esta no era su primera visión de la pérdida de un hombre bueno. Pero este no era un hombre bueno, este era el mejor. Inteligente como pocos, bueno como ninguno, alimentaba la amistad y la bondad por encima de cualquier sacramento.

—¡Ayudadme! Gonzalo… amigo…

Judá recogió a un padre en un abrazo. La cabeza de Haym se ladeó totalmente inerte mientras él hablaba sin parar. Parecía como si todas las palabras que durante tantos años había cayado luchasen por salir.

—Os llevaré a casa. Aguantad. La morisca os curará, os lo prometo —dijo mientras apoyaba la rodilla en el suelo alzándose con el cuerpo de su padre en brazos—. Os lo prometo, estaréis bien. Ella sabrá qué hacer. Judá continuaba enunciando todo lo que haría para salvarlo cuando la mano de Gonzalo le sujetó con fuerza el hombro.

El amigo recibió la mirada más furiosa que el converso enseñase jamás, mas este no temió. El dolor mataba el corazón de quien lo sufría, y Judá estaba muriéndose por dentro.

—Amigo mío —. Repitió sin atreverse a decir otra cosa.

—¡No! Lo salvaré, ¿me entendéis? Con o sin vos. Lo haré.

El Converso hablaba convencido, pero sus actos no lo parecían tanto. De pie, con el cuerpo sin vida del padre, Judá no daba ni un paso. No caminaba. Estático, a pocos metros del pozo, no dejaba de mirar el rostro de aquél que ya no lo miraba.

Sin saber ni su nombre, y como nunca le hubiera pasado antes,

se sintió incapaz de pensar. La mirada sin luz de su padre lo envolvió en una nebulosa profunda. No podía moverse. Su vida entera al completo se hallaba entre sus brazos. Presente y pasado se mezclaban en recuerdos inconexos. Su padre, su amigo, su guía, se marchaba sin despedirse. Sin un adiós. Sin un último… te quiero. Palabras insignificantes que hoy le representaban el sentido de toda su vida.

—Así no. Así no. Malditos desgraciados. Así no.

Como por arte de magia su cuerpo reaccionó a un torrente de emociones que comenzaron a aparecer en su corazón. Y aunque hubiese jurado que las podía ver, la verdad era que no llegaban a salir de su interior.

De repente se sintió saltando las piedras de Lleida al pasar el puente. Ese donde tantas veces rieron juntos. Las conversaciones en esas tardes en donde la llegada de la noche le oscurecía las esperanzas. Palabras que su padre siempre encontraba para instruirle las verdades de la vida. Y las risas al enseñarle a sumar. “Sois un necio cabezota”, decía mientras lo miraba embelesado. Esas en las que su negra mirada lo transportaba hacia otra persona. Esa a la que siempre esperó. “Sois tan parecido a ella…” comentaba con pena de enamorado.

Las lágrimas del converso rodaron por su rostro comprendiendo que todo aquello era pasado. Un cúmulo de recuerdos que ya no sumarían.

—No… No podéis dejarme solo —. Balbuceó sujetándole con fuerza.

Gadea llegó con Salvador y se sintió desfallecer. La pena de su marido quebraba el aire. Las lágrimas la hicieron detenerse en el sitio. ¿Por qué? Se preguntó de forma constante sin hallar respuesta. Haym no dañaba a nadie. Él solo sabía ayudar.

Después de lo que ella sintió una congelada eternidad, respiró profundo. Los momentos de inseguridad de juventud habían acabado. Su amor la necesitaba. En el pasado muchos fueron sus errores y muchas sus desconfianzas. La duda siempre la dominó. Hoy esos momentos de inexperta incrédula estaban enterrados. Sería más que una esposa, una amante o una compañera. Sería una mujer.

Caminado con la entereza de la que fue capaz miró a De Córdoba que no se atrevía a decir ni hacer nada.

Atragantada y secándose las lágrimas, se acercó para hablarle con suavidad, y hacer lo que ella sí se atrevía.

—Esposo... Judá…

—Regresad a casa. Mas tarde me uniré a vos.

Judá no fue capaz de ver con claridad la presencia de su mujer. Tal era su estado de dolor y abandono, que su mente pensaba con la pesadez de un carro de piedras. Los recuerdos no le permitían

regresar. Recuerdos en lo que ella pronto apareció. Y cómo no. También ella era fruto de otra sabia decisión de su padre.

En otro momento, en otra circunstancia, su orgullo le hubiese pedido ocultar las lágrimas. Los hombres no lloraban, mas su vacío era tan hondo como su soledad.

—Vamos, Gadea —. Gonzalo habló intentando guiarla lejos para dejar al amigo.

—¡No!

Gadea recordó otros momentos en los que sintió como lo perdía. Como su refugio fue otro muy distinto al de sus brazos. Eso no volvería a pasar.

—Judá, soy yo, Gadea. Permitidme estar a vuestro lado. Sufro con vos. Os amo.

—Gadea, permitidle penar en soledad.

«Soledad» Judá repitió como un muerto en vida. «¿Soledad?» No, él no desearía su soledad. Él luchó para convertirlo un hombre de bien. Él le encontró amor y le entregó el amor. No, su padre no desearía saberlo solo. Haym le ofreció la oportunidad de una familia.

—Ella se queda conmigo.

Gadea asintió mientras con la mirada brillante juró con todo el honor de una mujer, que sería todo lo que él necesitase.

—Estoy aquí junto a vos. Siempre —. Judá asintió sin mirarla. No podía.

—Mi señor, permitidme que lo cargue por vos —. Gonzalo dijo intentando sujetar al inerte Haym.

—¡No! Yo lo llevaré. Es mi deber —mirando a su esposa preguntó con apenas fuerza—. ¿Me guiaréis? Necesito saber el camino. Soy incapaz de ver.

Gadea se tragó las lágrimas para asentir con la cabeza. Con el amor hecho manos, lo sujetó del brazo.

Dos fueron los pasos que llegaron a dar cuando Judá vio a Salvador justo delante. El pequeño, roto al igual que ellos, perdía una figura tan importante como la suya. Él perdía un padre, y el pequeño a su amado abuelo. Reflejándose en el niño se vio a él mismo años atrás. Sabiéndole merecedor del mismo consuelo que él, le habló como padre. Y aunque el dolor le quebró la voz, consiguió hacerlo.

—Él os amaba y estaba orgulloso de vos. Gracias por protegerle y traerme hasta él.

Salvador alzo la manita y con el mismo dolor que su padre intentó darle el mensaje que su abuelo le había encomendado. Y al parecer, y aunque no sabía si lo estaba diciendo muy claro, su padre lo comprendió.

—Lo sé. Ella siempre estará a su lado. Gracias por contármelo.

Salvador se movió junto a su madre y los acompañó en los

pasos más tristes de su corta vida. Aquél era un duro vía crucis. Todo era ya demasiado triste cuando le congeló la última lágrima.

Cabra tonta

María no podía tragar. El cuerpo se le rompía por dentro. Haym ya no estaba.

La cabeza se le movió pérdida. Era como si buscase en los alrededores la solución del despropósito. Su interior suplicaba que la rescatasen del puñal más certero de todos. ¿Podía ser el cielo tan injusto? ¿Sería que Dios no la perdonaba? El padre Diego practicaba que Dios era mucho más que las sencillas enseñanzas de la catequesis. Él se esforzaba por inculcarles que todas estaban a tiempo de recibir el perdón. "No importa el pecado si vuestro corazón viste ropas limpias", decía convencido. ¡Pero dónde! ¡Dónde residía esa bondad! «¿Donde…?» Lloriqueó nerviosa. Su corazón estaba tan limpio que ya no palpitaba. ¿Cuál era ese escrito que decía como volver a vivir? ¿Cuál retrocedía el tiempo y borraba el error?

Algunos la llamaban ignorante, y no se andaban lejos. Las manos eran su herramienta más desarrollada. Luego de sus redondeadas caderas, claro estaba. Las lenguas entrenadas en criticar la llamaban cabra tonta sin corazón. Y puede que ellos también tuviesen razón. Por lo de tonta y lo de cabra, pero jamás por lo de la falta de corazón. ¿Si no lo poseía entonces porqué dolía tanto? Puede que fuese una mujer, una común, una tonta, pero ¡no una vacía de sentimientos! La necesidad le hizo vender el cuerpo, pero jamás le arrebataron el corazón. Jamás. Con su pobre inteligencia, su remendado vestido, y su usado cuerpo, solo lo amó a él.

Aturdida, y con la pena silenciosa, la cabeza se le quebraba de incomprensión. La sonrisa de Haym seguía grabada en sus pupilas como si aún continuase despierto.

Las lágrimas no cesaban. Agua salada surcando ríos de dolor intenso. La esperanza de un mundo mejor se desvanecía frente a ella. El amor puro se enterraba con su pérdida. Y no porque creyese que él se enamoraría de ella, porque no era tan tonta, pero los sueños nocturnos eran exactamente eso: besos irreales dibujando con color una vida cargada de manchas negras.

Y es que Haym creaba obras de intenso admirar. Honesto, caballeroso y leal, el judío converso enamoraba. Su educación, digna de reyes, trataba por igual a una noble que a una vulgar.

Miles de veces tuvo oportunidad de mirarla por encima de las cejas, sin embargo, jamás lo hizo. No importaba el inmenso peso de sus arcas, él pronunciaba su nombre como el de una señora. Y a pesar de que todos sabían que sus piernas se encontraban agotadas de tanto abrirse, De La Cruz jamás lo mencionó. Jamás hizo intento de tirar la acusadora piedra.

Con temblores, se tapó los oídos con las manos. Las súplicas de

Judá la enloquecían. Él ya no estaba. ¡No estaba! ¡No era capaz de comprenderlo! Haym había marchado junto a ella. Su gran amor. Su único amor. Único… amor.

Aturdida cayó al suelo. Nada de aquello debería estar pasando. Todo podría haberse evitado si no hubiese aceptado su brazo. Los primeros insultos fueron hacia ella. ¡Puta! le gritaron. Y puta se sentía. Una con excesivos pecados y escasos merecimientos.

La gente odiaba que las mujeres sucias como ella caminasen con la frente en alto, y que Dios la perdonase, porque durante ese paseo se sintió la más pura, y la más feliz. Como si la mirada de todos los ángeles la hubiesen bendecido, creyó volar en brazos del amor. Por momentos imaginó que la buena fortuna también existía para mujeres como ella. Ilusa cabra tonta…

Desgarrada, se levantó del suelo. El aire caliente toledano le golpeó hasta marearla, pero no consiguió tumbarla. Confundida caminó unos pasos hacia atrás al ver a la bella Gadea acercarse a su esposo. Ella también lloraba por el hombre. Y cómo no hacerlo si en el suelo yacía muerto el mejor de los hombres.

«¡Puta!» resonaba en la cabeza. Mujeres como ella merecían únicamente a los apestados de alcohol.

Con pasos lentos caminó hacia atrás. No coordinaba. Sólo se dejó llevar hasta que la piedra del pozo amargo la detuvo.

Las manos se apoyaron en la roca áspera, sin dejar de mirar ni por un segundo la desgarradora escena que tenía en frente. Judá, frío y calculador, con mirada tan negra como el demonio, daba libertad a unas lágrimas cargadas de desesperación. Esas que como hombre ocultaría, pero que como hijo lo dignificaban.

Tonta cabra ilusa. Miles de intentos queriendo ser quien jamás sería. Casada con un muchacho pobre como ella, no encontró más que la soledad y el abandono. Diez años pasaron hasta volver a encontrarlo. A él y a sus puñetazos.

En aquella paliza hubiese muerto si no fuese porque Haym la rescató. Y fue tal su sonrisa piadosa, que creyó encontrarse en brazos del ángel del amor, pero no: un hombre bueno no era un hombre enamorado.

Judá alzó el cuerpo de su padre y las lágrimas se triplicaron.

«Virgen María, por favor… detened este dolor que me quema». ¿Era el amor capaz de alcanzar capas tan profundas del alma? Tendría que serlo porque su vientre se partía en dos ante el querer nunca saboreado. Llevaba tanto tiempo enamorada de él que su memoria bien podría fallarle. Pero no. Allí seguían los recuerdos, clavados con estacas. Un día, en la sala de su impresionante casa, la imagen del dueño la chocó de lleno. Alto, y con el porte tan recto como su honor, Haym le sonrió con discreción y ladeando el rostro como si de una

igual se tratase. Una igual que poseía unas faldas tan remendadas como sus noches y días.

No, él no era el hombre más apuesto de Toledo, pero si él más atractivo. La frente la llevaba tan en alto como ese borde derecho del labio que no caía nunca. Algunos decían que aquel gesto era idéntico al de su hijo, mas ella jamás los confundió. Judá era bello en su juventud, Haym en la experiencia embriagadora. En las calles lo llamaban "El De La Cruz". No hacía falta más.

Esa primera vez que le regaló unos buenos días, no se percató que allí, en ese salón, dejaba una panadera enamorada. Curiosa, como cualquier mujer, preguntó a viejas conocidas del arrabal sobre sus gustos al retozar, pero todas negaron conocerlo. Algunas decían que no le gustaban las mujeres, otras que era más sacerdote que los mismos practicantes, pero las más sabias llevaron el total de la razón. Ellas decían que hombres como él se entregaban una única vez. Y la realidad así lo demostró.

«Mi ángel… mi ángel…» repitió hasta su último suspirar.

No, ella nunca sería el ángel de nadie. Impura de cuerpo y alma, sus actos ensuciaban al tocar. Poco importaba si llevaba un par de años intentando purificarse en el trabajo de panadera, el pasado la definiría siempre como: la antigua prostituta del arrabal.

Cansada, sentó el total de su peso en el borde del pozo. Las lágrimas ya no salían. El cuerpo se encontraba agotado de agua y de esperanzas. Haym se las había llevado.

Mirando a Gadea acariciar el brazo de su marido, se alegró por ella. La muchacha siempre intentó verla como una igual, pero entre ellas existía el abismo inmenso que no se podía borrar. El del bien y el del mal. Una noble y una prostituta. Esa era una amistad que no podía funcionar.

Con el silencio de los labios, pero el grito de las atormentadas, le agradeció por los años de sincera amistad. Las cofrades resultaron ser la más bendita de todas las bendiciones. Aquellos años junto a ellas fueron los mejores. Juana, Gadea, Beatriz, Amice, Blanca, todas unas santas. En un mundo donde se aprendía a base de golpes ellas mostraban otra humanidad. Bajo su amistad encontró cariño, ayuda, y hasta redención.

Las Comunes le mostraron un mundo de sacrificio, pero uno con sonrisas. Junto a ellas las carcajadas nacían desde el estómago. «Mujeres… Comunes… Amigas».

Temblando, pero decidida a detener tanto dolor, alzó un pie sobre el borde de la gran pieza de piedra del pozo Amargo. Luego, elevó el siguiente.

Por unos minutos se quedó en lo alto mirando hacia dentro. El agua no se veía. Allí estaba tan oscuro como sus esperanzas. De golpe

recordó la historia de desamor del pozo amargo y sonrió sin ganas. Esa mujer no deseaba vivir. Ella tampoco.

—Lo siento… — balbuceó mirando a Gadea. Y se lanzó.

Al caer el viento suave le refrescó el rostro humedecido. Con un ligero sueño cerró los ojos y disfrutó. Por primera vez volaba libre.

—Amor…

Esas fueron sus últimas palabras. La muerte la alcanzó antes de decir nada más.

—¡Detenedla! —Chilló De Córdoba enloquecido. Gadea, que se giró ante el grito vio como María la miraba como si desease pedirle disculpas. Desesperada soltó el brazo de su marido para correr hacia el pozo y sujetarla, pero al igual que Gonzalo, no pudo más que ser testigo del lanzamiento hacia el abismo.

—¡No! No… No…—Con la mano en los labios para no gritar enloquecida, Gadea derramó más lágrimas de las que ya llevaba encima.

Con locura por el intento de ayuda se apoyó en el borde pero Gonzalo la sujetó con fuerza por la cintura.

—Ella ya no está.

—Pero puede, quizás. ¡María! ¡María! —Gritó con todos sus pulmones pero nadie contestó.

—Es una caída demasiado alta. Lo siento —. Dijo de Córdoba al ver como nadie respondía. Sobrevivir a aquella caída era un imposible.

Gadea se encontraba desconcertada. Nada de lo que allí estaba pasando tenía razón de ser. Debería despertar pues aquello no era más que una oscura pesadilla. Gonzalo la sujetó por los hombros, y ella, reconociendo en el hombre al viejo amigo de la niñez, se lanzó en sus brazos para llorar.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Le repitió incansable.

El caballero no contestó pues tampoco tenía explicación. Sus manos le acariciaron con cariño la espalda brindándole un pobre consuelo.

—Yo la habría ayudado. Debió confiar en mí. Nosotras, todas. Debió confiar…

—Y lo hizo. Su mirada os dejó el agradecimiento. Ella os amaba. No la juzguéis. Amadla con el poder del perdón —. La voz de Judá sonó débil tras ella.

En brazos aún cargaba el cuerpo de su padre, y eso la hizo romperse más. Separándose del amigo respiró profundo.

Su esposo poseía razón. María decidió su destino, y el suyo estaba junto al hombre que amaba. Tragando la salada pena, lo sujetó nuevamente del brazo.

—Si deseáis recoger el cuerpo de vuestra amiga os entenderé.

—Permaneceré con vos. Nadie me separará de vuestro lado. Sois mi hombre y mi amor.

Judá la miró como nunca antes. Y Salvador, a su lado, los acompañó de cerca ante un Gonzalo que se quedó junto al pozo amargo. El converso se encontraba acompañado de quienes lo amaban, juntos afrontarían el dolor, sin embargo, María, ella merecía ser enterrada en tierras consagradas. A pesar de sus infinitos pecados.

La mujer culminaba su vida con el más grave de los pecados. El suicidio era lo peor de todo lo pensado, mas él no era sacerdote ni estudioso de las santas escrituras, quizás, tal vez, el padre Diego supiese de algo que la ayudase en el más allá.

Desabrochándose el cinturón, y apoyando el estoque en la dura piedra, se dispuso a cumplir con lo que debía.

—Os ayudaré. Sois un buen hombre Gonzalo De Córdoba —. Las palabras del zapatero resonaron tras su espalda.

¿Lo era? ¿Quién definía la bondad de un hombre y la perversión de una mujer?

Sin pensar en lo que no tenía respuesta, sujetó la cuerda del cubo a su cintura, cuando la voz de Juana por detrás, lo sorprendió.

—Gracias —dijo ella con lágrimas entrecortadas.

Juana había ido al lugar en cuanto se enteró, pero, aunque corrió, las desgracias no la esperaron.

Gonzalo girando el torso para verla a los ojos, reconoció en su rojez, el empeño de sus pisadas.

—Lo siento. No pude hacer nada —. Contestó defraudado.

—Gonzalo de Córdoba, no podrías ser mejor caballero ni yo mujer más afortunada.

Gonzalo le acarició la mejilla antes de girarse dispuesto a bajar y rescatar los restos de una desafortunada mujer.

—Abuela.

Constanza lloraba tanto que el instinto no le advirtieron del inmenso peligro que tras su espalda ardía. Los piratas, sonreían ansiosos ante el bocado que pensaban degustar.

—Abuela…

Sin cesar de llorar, y abrazando lo único que tenía o, mejor dicho, que había tenido, suplicó al cielo que le devolviese una vida que volaba ya por otros cielos. Y tal era su sufrimiento, que su voz entristecida, no hacía más que desvelar una feminidad de la que ya ninguno dudaba.

Atrás, insensibles a su sufrimiento, los perros caminaron a la vez.

Lento, y con paso tranquilo, disfrutaron de cada segundo. Y no

porque les gustase la caza. Los muy cerdos buscaban un placer que sin armas jamás conseguirían.

Los decentes ganaban a fuerza de conquista lo que, hombres como ellos, costeaban o forzaban. Y dado que sus bolsillos solo cargaban la sal que el viento húmedo del mar les traía, la muchacha les entregaría lo que su miseria no les permitiría jamás ganar.

A solo un palmo de distancia, número dos se señaló en silencio. Él sería el primero. Número dos aceptó con la mirada incinerada en deseo. La sostendría con fuerza y esperaría con ansias su gran oportunidad. Ladrones hambrientos degustarían de cada trozo hasta que la bandeja se rompiese en mil pedazos. Jadeando ante el próximo disfrute, las manos del idiota se extenderían para sujetarle a medio camino entre el suelo y el aire.

La joven, con el rostro sucio, y con un olor a orín que echaba para atrás, gracias al orinal que la abuela le volcó encima, no les hizo desistir en el deseo. La joven, aunque repulsivamente disfrazada, resultaría ser la mejor pieza de carne que ninguno de los dos tuviese jamás en la entrepierna.

La espesa y larga cabellera, debido al forcejeo, se liberó de la gorra cayendo como cascada mediterránea en los delicados hombros.

Con el rostro húmedo de tanto llorar, Constanza no fue capaz de advertir lo a sus espaldas tramaban. El cerdo de nariz rota, sin contenerse un minuto más, la alzó en volandas para arrastrarla hasta la degastada litera, y sujetarla por encima de los brazos. Constanza, ahogada en llanto de pena, reaccionó demasiado tarde. Sus puñetazos resultaban movimientos descoordinados. La fuerza externa la dominaba.

—¡No! ¡No! —Pateó desesperada ante la realidad próxima e irremediable —. ¡Repugnantes!¡Asquerosos! ¡Soltadme! —Chilló con esa mezcla de miedo y estéril valentía que solo las mujeres sabrían reconocer.

—No la sueltes —dijo el pirata al desanudarse los pantalones.

Nariz rota, la sostuvo con fuerza mientras reía ante el inicio de lo que prontamente llegaría.

—Toda tuya —. Contestó atragantado en su propio disfrute.

—Vamos nena, deja de patear. Ahora sabrás lo que es un hombre de verdad.

Constanza lo observó por segundos antes de ponerse a chillar con mayor desespero que antes.

Solo

El sacerdote escuchaba a Sancho sin saber si debía reír, festejar, o emborracharse.

La muerte del padre del converso le alegraba al infinito sobre sus sentimientos mal encarados. Y aquello ya suponía lo suficiente como para causarle una carcajada que, rebotando en las robustas columnas de la Primada, atravesaron mucho más allá del acalorado arrabal.

El converso padecía. Las tripas se le estarían retorciendo de dolor. Aquello era néctar para un alma ácida como la suya. Cada gota de sufrimiento de aquél desgraciado significaba dulzor de espesa miel. Los De La Cruz representaban todo lo que él odiaba. Herejes sin hogar que habían alcanzado lo que no debían.

Respeto y riquezas se convertían en trajes que lucían con una desfachatez que indignaba. Aquellos desgraciados no merecían otra cosa más que el destierro. Puede que los reyes, con sus estratagemas de interesada política, no los expulsasen, pero llegaría el día en que la divinidad hiciese justicia por encima de los intereses, y los reyes.

—Alabado sea Dios. ¡Alabado! —Dijo aceptando en la consecución de la barbaridad, los designios reales de un infinito creador.

Caminando excitado no pudo dejar de pensar en el converso y su extremo dolor. Aquél penaría con sudores de sangre. El bastardo sufriría más que un pordiosero sufre las llagas de la peste.

—¡Alabado sea el Creador! —Gritó sintiendo la dicha calentarle las vísceras. El dolor hecho carne —. ¡Alabado! —Repitió al pensar en almas destrozadas.

El estúpido se metió donde nadie le había llamado. Amenazándole con contar su sodomía, consiguió enloquecerlo más que los brebajes de un alquimista. Seguramente fuesen esos hechizos malignos quienes también le hiciesen pensarlo de forma continua. La mirada profunda, el cuerpo lozano, o las manos fuertes lo convocaban a fantasear con intenso ardor. Sin poder quitárselo de la mente una noche y otra, despertó con la excitación dura de necesidad. En sus pesadillas el hombre apoyaba la negra melena en su pecho, y con artimañas propias de Satán, alcanzaba su entrepierna causándole un placer jamás experimentado. En aquellas ocasiones, en las que el dormir lo embriagaba, el joven lo poseía con frenesí y potencia en sus ensoñaciones.

Despertar en un lecho solitario descubriendo que todo había sido un conjuro del demonio, conseguía irritarle hasta el desespero. El converso hechicero lo perseguía hasta en sueños. Fruto de sus pactos con el demonio, se metía en ellos enloqueciéndole con ardor frustrado.

Ahora, el jorobado, a pesar de su asquerosa condición, le regalaba el mejor de los presentes. El sufrimiento del provocador.

—Querido Sancho, habéis obrado como el Señor espera de vos, y os aseguro que la recompensa no se hará esperar. “He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe. En el futuro me está reservada la corona de justicia que el Señor, el Juez justo, me entregará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”. Timoteo 4:7-8. Querido mío, hoy habéis peleado una buena batalla. El Padre, que todo lo ve, os ha utilizado como brazo ejecutor de su mayor justicia. Ni cielos ni Tierra os serán negados a quién nos libra de todo pecador, y vos, hijo mío, lo habéis hecho.

Sancho sonreía esperando recobrar lo que antaño él entendiese como amor paternal. Porque puede que el sacerdote no fuese el mejor de los padres, ni el más cariñoso, ni el más comprensivo… Pero poco era más que nada. Y eso ya era algo en el camino de los andantes desamparados.

Desde la llegada de los dos conversos, se sintió desplazado en el corazón de su señor. Ese caballero marcaba el diario de los pensamientos de su benefactor, y eso lo lastimaba. No deseaba competir. El corazón del hombre era ya demasiado pequeño como para tener que compartirlo.

Feliz como hacía tiempo no se sentía, dejó que el sacerdote lo cubriese de elogios, e incluso le acariciase la cabeza. Un gesto repentino, y tan poco habitual, que el escalofrío viajó por los rizos más rápido que el correr de sus piojos.

—¿Decís que nadie os vio? ¿Ningún testigo? ¿Ningún cabo suelto?

—Ninguno mi señor.

Sancho evitó comentar lo del niño mudo y la prostituta. ¿Qué sentido tenía arruinar el emotivo momento con la imagen de dos estúpidos? Ese pequeño era tan mudo como los caracoles. Y la puta… La puta era una puta. Y las putas nunca hablaban. Les iba el oficio y la vida en ello.

—Me alegro, me alegro —. Contestó caminando con la sonrisa incrustada en la gruesa piel—. No podemos fiarnos de semejantes ratas. No deseo que os maten.

Sancho se perdió en las aparentes palabras de preocupación. Esa que daba gracias al cielo por recibir. Y es que, para un sediento, hasta el vino avinagrado de la taberna del cojo García, era bebida para disfrutar.

Feliz con la fortuna, esperó a que su Señor lo liberase. Deseaba, hoy más que nunca, continuar con su gran plan. Al parecer, y como bien decía el sacerdote, el padre de todos lo estaba guiando. Sus manos y su inteligencia navegaban hacia una recompensa mayor:

¡Limpiar Toledo de los sucios herejes!

Distraído, no fue hasta introducir la mano en los bolsillos, y tantear el pequeño paquete, que lo recordó. Entusiasmado y esperando el silencio de su mentor, aprovechó para darle aquello que estaba seguro le haría la mayor de las ilusiones.

Su padre, su maestro, su protector, observó la bolsa de tela con curiosidad. Para luego sonreír con asquerosa lasciva.

—¿Dónde la habéis conseguido?

—Una vieja curandera me debía un favor.

El sacerdote se carcajeó tanto que las cigüeñas huyeron espantadas del tejado de la catedral.

—Mi querido Sancho…

Aquella sería la mejor de sus noches. Una infusión de cantárida, y una visita a la mancebía, cerrarían un día cargado de alegrías. Otras veces había probado tan embriagador elixir, y comprobado en propias carnes su maravilloso efecto. Gracias a aquellas hierbas su masculinidad se mantenía en una erección constante. Un día continuo, de sol a sol de sexo incansable.

Llevaba tiempo sin disfrutar de tan milagrosa medicina. Y no porque no visitase la mancebía habitualmente, sino porque aquella maravilla era muy difícil de encontrar. Algunas malas lenguas decían que la pócima podía llegar a matar. Incluso decían que los reyes la utilizaban en sus interminables noches de pasión. Fuese como fuese tenía una buena cantidad en mano, y la disfrutaría.

—Iremos al arrabal. ¡Ahora mismo!

Sancho se alegró de la felicidad de su señor, y estaba dispuesto a explicarle que esa noche no podría ya que su plan no estaba acabado, mas la algarabía del sacerdote fue tan grande, que decidió callar. Juntos caminaron con el atardecer hacia los límites de la muralla. Allí los esperaba varias noches de festejos.

Cuatro días más tarde…

Y después de inagotables copas de vino y sobar a cuanta prostituta se acercaba a su mesa, lo volvió a ver entrar en una habitación, en la mejor y más masculina compañía. Otra nueva y diferente a las tres anteriores de la noche. Sonriente, se metió la camisa por dentro del pantalón, y cubrió el cuerpo con la capa de lana rumbo al exterior. Debía terminar su plan. Si todo salía según sus planes, el sacerdote volvería a explotar de felicidad. Y él, lo acompañaría.

—Adiós, Converso…

Sonriente y relajado caminó con despreocupación. Llevaba tres noches entre putas y vino, ahora llegaba el momento de ponerse en

marcha.

Con paso relajado canturreó por las estrechas calles rumbo a Santa María la Blanca, o como algunos mal llamaban, el beaterio. Hogar de mujeres desprotegidas, decían, pero él sabía que nada de lo que allí se contaba era verdad. ¿Y cómo lo sabía? Pues porque de su lado estaba Dios. El sacerdote así se lo había dicho, y así lo creía. Esas eran putas que, habiendo abandonando antaño sus deberes del matrimonio, no supieron comprender los sacrificios que eso suponía. ¿Y qué si las golpeaban? Seguro se lo merecían. Mujeres comunes eran, y como comunes debían ser tratadas.

El criado de la casa de los De La Cruz, previo pago, se acercó a la mancebía para informar de un cargamento de telas que saldría esa misma noche rumbo a Burgos. Era extraño comenzar un viaje tan entrada la noche, pero si el converso así lo hacía, sería por algo. Ese puerco era más astuto que un zorro. Pero no más que él.

Quemaría esa mercancía. Dios estaba de su lado. Y su nombre quedaría grabado en la historia como Sancho, el toledano devoto.

Cuatro días habían pasado desde la muerte de su padre. Días en los que el cuerpo muerto y ensangrentado le llenaba los pensamientos. Días en los que un bastardo le robó el derecho de despedirse.

Judá sabía perfectamente que Salvador no sería prueba ninguna para ser presentada ante la justicia civil. La muerte de Haym quedaría como la de un robo de algún muerto de hambre. La vena del cuello se le inflamó al pensar que el asesinato de su padre quedase impune. No, aquello no pasaría. Y mucho menos conociendo la verdad. El pequeño vio exactamente quién fue el brazo ejecutor de la muerte de su abuelo, y así se lo hizo saber.

Pocos conocían el lenguaje de signos y la eficiencia de su comunicación, mas Judá y su familia consiguieron aprenderlo y entablar verdaderas conversaciones con un niño que se desvivía por ser un De La Cruz. Y así lo demostró al contarle detalle a detalle lo sucedido. Cuando describió la puñalada final, el pequeño lloró con desconsuelo. En ese momento Judá lo abrazó y le prometió que ese desgraciado lo pagaría. Y claro que lo haría. Salvador asintió, y él se sintió orgulloso. El pequeño no era sangre de su sangre, pero que alguien intentase perjudicarle que ya se encargaría él que fuese lo último que el desgraciado hiciese. El niño mostraba más honorabilidad, valor y respeto, que muchos de bien nacer.

Sentado bajo un atardecer que apenas iluminaba, y con los pensamientos perdidos en un punto fijo de los viñedos del horizonte, su mujer llegó por detrás para acariciarle los hombros.

—Debéis descansar.

La voz suave de Gadea era cantar sin música. Él no merecía

descansar, ni relajarse, ni mucho menos disfrutarla. No hasta que la venganza fuese cumplida. *Ojo por ojo. Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo su pie resbalará, porque el día de su aflicción está cercano, y lo que les está preparado, se apresura. Deutoronomio 32:35.*

—Iros a dormir. No podéis ayudarme.

—¿Vendréis conmigo?

—Mas tarde.

—¿Lo prometéis?

—Os lo juro.

Su negra mirada jamás se apartó de la pequeña mota negra de aquella vid lejana. Tal era su concentración en la venganza, que ni el amor de su vida podría detenerle.

Gadea saludó a De Córdoba que no habló hasta verla lejos.

—Será está noche —. Dijo quitándose la negra capa.

—¿Lo habéis dispuesto todo?

—Sí. Iré con vos.

—No, no lo haréis.

—Vuestro padre era un gran hombre, y ahora soy de la familia. No lo olvidéis.

—Yo nunca olvido. Nunca…

Con lentitud se puso en pie y enganchó dos puñales a la cintura. Uno a cada lado, antes de sujetarse con la cinta de cuero la negra melena.

Gonzalo lo observó marchar hacia la puerta con el andar más lento que nunca. No temía en absoluto por su vida. Lo conocía perfectamente como para saberlo capaz de aquello, y mucho más. No era miedo lo que sintió al verlo salir, sino pena. El amigo se encontraba roto de dolor. Su mirada no era como siempre. Ni oscura ni tenebrosa sino húmeda como los campos otoñales.

Suspirando, apoyó la mano por encima del banco esperando que las campanas replicaran cuatro veces. Ese era el aviso que necesitaba. Él también tenía algo que hacer.

Como hijo comprendía la necesidad del hijo de vengar, en soledad, a su padre, pero como bien había expresado, él también era familia. Y la familia se protegía. El que no provee para los suyos, y sobre todo para los de su propia casa, ha negado la fe y es peor que es un incrédulo. Timoteo 5:8

Las campanadas de la iglesia resonaron cuando un criado entró corriendo a la sala.

—Todo listo, mi señor.

—Sea —. Contestó De Córdoba antes de volver a sujetar la capa de negra lana y echársela a la espalda para salir con la oscuridad de la noche como única compañía.

No somos

Judá caminó por la oscura noche arrastrando los pies cual niño recién castigado. Los pensamientos bailaban en su mente una melodía ensordecedora. La imagen de su padre se presentaba cual rayo, directo en un corazón irremediablemente dañado.

Imposible de detener, Haym se hacía presente en todos sus actos. No fue hasta que le colocó la moneda de plata antes de amortajarle, que se dio cuenta que aquél que siempre estuvo, ya no estaría. No más regaños, no más consejos, no más cuidados...

Viudo desde que lo recordase, él lo fue todo. Madre en las caídas. Padre en los castigos. Nunca huyó de sus responsabilidades. En el desespero, en el hambre, en la huida y en la peste. Su mano siempre lo sujetó. Ni aun cuando el amor de su vida desfallecía, Haym lo abandonó. Leal y fiel a la promesa de su ángel, por fin descansaba junto a su corazón. ¿Qué si estaban juntos? Sin dudarlo. Haym pondría los cielos pata arriba hasta encontrarla. Muchas veces lo creyó débil ante ese profundo sentir. Menudo joven imbécil fue antaño. Uno incapaz de comprender las profundidades del amor más allá del jadeante revolcón.

La furia del hombre luchaba en su interior junto al dolor del hijo. Lloraba con la misma intensidad que su venganza explotaba. Deseaba ver la sangre del asesino derramarse por la calle más pestilente de Toledo, mezclándose con el lodo. Quería que se retorciese en su propia mugre y bailar encima de los huesos destrozados. Quería ser Dios para matar al mismo hombre por lo menos cien veces.

Caminando con lentitud, la oscuridad lo envolvió como nunca lo había hecho. Y es que la vida no se presentaba justa. Los buenos se marchaban y los malos quedaban para apestar todo. Y aunque bien sabía que los actos del Señor eran inexplicables, aquella noche se le presentaba irracionalmente despiadada. Hombres como su padre morían ante el puñal de un ser inservible y la luna seguía brillando como si nada.

El ruido de una rama seca lo hizo sonreír sin ganas. Lo seguían. Y sabía quién era. El pequeño se movía con discreción, como un buen aprendiz de ladrón, hecho que lejos de ofenderlo lo llenó de orgullo. Con agilidad se escondía entre las sombras de la noche.

Con la espalda recta, y ante la imagen esperada, se detuvo. El jorobado se acercaba al carro con una ardiente y muy humeante antorcha. Su ancha túnica, aunque le cubriese desde el cuello hasta el talón del pie, no conseguía ocultar la amplia joroba que tanto lo caracterizaba. Y es que ya lo decía el bueno de Simón: “el mal, como

inmensa cebolla, aunque se oculte entre muchas capas, jamás dejará de heder".

El brazo sano del desgraciado se movió presuroso sobre la carreta. La gruesa tela se abrió con rapidez. Buscaba las telas, y que gracias a su inmensa antorcha, quemaría allí mismo.

—Pero… pero…

—¿Desilusionado?

El rojo de la antorcha incandescente se reflejó ante la negra mirada del converso que se le apareció de repente.

Elevando la comisura izquierda del labio, Judá disfruto del pestilente olor a miedo.

Esperando encontrar en los mercenarios la tranquilidad a sus miedos, el jorobado buscó intranquilo mas allí no estaban ni las sombras. La oscuridad llenaba hasta las esquinas.

—No vendrán. Mis monedas pesan más que las vuestras.

Judá habló con la misma lentitud con la que se acercaba a un hombre atragantado.

—¿Pensabais quemar mis telas?

—Es el Rey quien lo ordena.

—¿Y sois vos el emisario del Rey de Castilla?

—Defiendo sus intereses.

—¿Los del Rey?

—Sus beneficios son los de todos. ¿Osáis negarlo?

—¿Y qué os hace pensar que mis telas le perjudican? ¿Sabéis mucho de comerciar?

El jorobado se indignaba con cada pregunta del hereje. Ese desgraciado no tenía derecho a más riquezas que él, ni más atractivo que él, ni más inteligencia que él. Dios se había equivocado en sus designios, pero eso había cambiado. Dios estaba de su lado.

Con el discurso del sacerdote aún caliente en los oídos, Sancho se envalentonó. Y a pesar de que aquella actitud no era precisamente la correcta, el idiota se sintió hasta invencible. El hombre, tan pobre material como de inteligencia, contestó prepotente.

—¡Las mujeres no comercian! ¿Osáis saber más que Tomás de Aquino? Un varón ejerce la autoridad en forma natural. Dios creó primero al varón, haciéndolo el origen del resto de la humanidad. Dios creó a la mujer del varón y para el varón. No para que trabajen ni piensen.

—Ellas no comercian. Yo lo hago por ellas.

—¡Hereje!

—¿También vais contra mí?

—Contra vos, y todos los cerdos conversos de Toledo.

—¿Vais a apuñalarme al igual que a mi padre?

Sancho sintió como hasta la más pequeña loma de su joroba se

le congelaba. No era posible. El niño era mudo, y los mudos nunca hablaban.

—Mentiroso.

—Aseguro que matasteis a mi padre.

Judá se acercó con paso lento a un hombre que maltrecho como era, no hizo más que trastabillar hacia atrás, golpeando de lleno con la carreta vacía. Asustado le apuntó con la antorcha, pero el converso se la arranó de los dedos visto y no visto.

En un momento las llamas flameaban frente al rostro de Judá, para al siguiente alumbrar el suelo húmedo. Y es que allí, tras la calle de las cabras, le pareció el mejor lugar donde una rata como aquella debería morir. Junto a la meada del ganado y las pulgosas lanas abandonadas. Con el puñal en la mano se acercó hasta sentir el aliento rancio golpearle el rostro. El desgraciado respiraba con profundidad. Las pupilas dilatadas temían la muerte. Puede que quisiese hablar, lo notó en el subir y bajar de su respiración, mas, cobarde como era, ni las mentiras le salían. Frente a frente, asesino y justiciero, se enfrentaban. El uno, la belleza de la oportunidad, el otro, la fealdad de las almas al errar. Lo mataría y su padre descansaría en paz. Una paz que también él deseaba.

En sus años mozos creyó que nada importaba más que el actuar, mas hoy solo buscaba paz. Vivir en sus tierras, comerciar con sus telas, ver crecer a sus hijos, y por encima de todo, amar. Amarla y amarlos. A los suyos. Malditos fuesen aquellos que como el sacerdote o el jorobado le negaban la libertad de vivir y amar. Él solo buscaba vivir. Solo eso.

Todo se encontraba dispuesto. Un leve movimiento y el fin se acababa iniciando el comienzo.

El mejor hierro de la ciudad brillaba en su mano. Metal fino y afilado le desgarraría las entrañas con un simple entrar. Sería una tarea rápida, certera. El momento era aquí y ahora. ¿Entonces por qué no lo hacía?

El jorobado temblaba, sus pantalones estaban mojados con los desechos de su vergüenza. Todo era perfecto. Todo menos esa maldita voz. Esa que no lo soltaba ni después de muerto.

«Todo lo que debe ser, fue, lo que no, Adonay lo dispondrá. Judá, hijo mío, no somos él. No es el padre quien contiene al hijo sino el hijo quien deberá esperar al padre. Su justicia es su poder. Su momento, sus horas, no las nuestras».

Molesto, y con lágrimas en los ojos, se negó a creer en sus propios delirios. Su padre estaba ¡muerto! ¡Muerto!

Enfadado con las voces, alzó la mano. Que su padre siguiese hablándole dentro de su cabeza. No le importaba. Ya le pediría algún brebaje a la curandera para que lo sanase.

El codo se dobló para empujar con mayor precisión en el corazón de su víctima, cuando el pequeño Salvador, ese que lo había seguido en la oscuridad, se colocó a su lado. El joven no hablaba, pero sus ojos decían más que mil palabras. Buscaba venganza. La respiración entrecortada exigía, con rabia, la muerte de quien le había arrebatado a su protector, su maestro, su amigo. Su abuelo. Vengativo, fijó la vista del color de las almendras frescas en él, reclamándole que lo desangrase.

«Ahora sois el padre». Las palabras de Haym le zumbaban como abejas dentro de la cabeza.

—Bastardo… —Judá dijo sabiendo lo mucho que le molestaba a su padre esa palabra. Luego, con un puntapié en el centro del estómago, dobló al jorobado en dos—. Marcharos de mi vista. Si poseéis algo de cabeza os iréis de Toledo.

El jorobado, cuya mano pequeña temblaba sin control, apenas si podía comprender lo que estaba pasando. Minutos antes estaba saludando al Cristo, y ahora respiraba el frescor del dulce verano. Alabado fuese el Señor que lo protegía por encima del hereje.

Alzándose como pudo se echó a correr como si no existiese mañana. Era una huida cobarde y desesperada, pero la valentía nunca resultó ser su fuerte. Y menos esa noche. Con su cuerpo maltrecho no estaba como para preguntar porqués. Con tiempo, y con mejor compañía, lo haría.

Mientras tanto, Salvador, quien no salía de su asombro, sujetó la manga de su padre empujándola hacia abajo para encararle. No comprendía nada. Aquél desgraciado debía morir, ¿o es que su padre se había vuelto loco? ¿o cobarde?

Con la mano en alto le mostró su puñal y su onda en señal de reclamo. Si Judá no cumplía con su deber lo haría él. Él no tenía miedo. Su abuelo merecía venganza.

Judá negó con la cabeza. Secándose con disimulo las perdidas lágrimas, tomó a Salvador por debajo de los hombros, y lo alzó hasta subirle a la carreta. Esa noche él era el padre.

—Vuestro abuelo se ha ido porque Dios así lo ha querido. Él dispone del momento de la vida y la muerte, no nosotros. Los De la Cruz respetamos las leyes. Los De la Cruz no albergamos la venganza. Ya no.

Salvador, quien ahora se encontraba a su misma altura, entrecerró los ojos y escupiendo al barro, dejó claro cuál era su opinión. Judá, aunque sintió que la risa del orgullo le brotaba por el rostro, debió ocultarla en beneficio de las enseñanzas del niño.

—Ese hombre es una rata. El mundo se encuentra plagado de ellas, ¿más qué seríamos nosotros si como ellos nos comportásemos? Hijo mío, no somos como ellos. Así me lo enseñó vuestro abuelo, y así

os lo enseño yo a vos. Somos: Salvador y Judá, hijo y nieto de Haym de Martorell. Eso no lo borrará nadie. Nunca. Jamás.

El niño mostró una mirada cargada de lágrimas. Echaba tanto de menos al abuelo como el hijo al padre.

—Mi dolor comprende el vuestro, pero la inteligencia no siempre radica en el accionar. Algún día nuestra pena perderá la batalla ante los buenos recuerdos. Os lo prometo.

El niño agachó la cabeza llorando sin parar.

—¿Sabéis algo? Yo una vez fui tan rebelde como vos. Y puede que hasta un poco más —Salvador alzó la vista sonriendo entre lágrimas—. Hijo mío, no sois como aquel chico vengativo de Martorell. Vos sois mucho más. Vuestro dolor así me lo demuestra.

Salvador se le acercó y se sujetó a su cuello para llorar con toda la fuerza de los niños. Con paciencia Judá le permitió descargarse hasta que se hubo calmado. Cuando la respiración del niño estuvo sin ahogos, lo subió sobre sus hombros. Ambos, padre e hijo, caminaron envueltos en sus penas. El más pequeño intentaba olvidar un odio que según su padre, no debería alimentar. En cambio, el adulto se repetía incansable. «No somos como ellos… No lo somos. No lo soy…»

Después de andar lentamente entró en su hogar.

Con cuidado depositó al pequeño, dormido, en la cama junto a sus hermanos. Esos de los que no se separaba. Echándoles una última mirada a los tres, cerró la puerta.

Despacio, para no despertarla, entró casi en punta de pies a su alcoba. Quitándose el cinturón, los puñales, la camisa y los pantalones, se recostó a su lado. Respirando profundo se embriagó con el perfume de la vida. Una que a su lado ya no olía a venganza.

—Habéis vuelto—dijo adormilada—. ¿Hicisteis aquello que debíais?

—Lo hice.

Gadea se giró entre los brazos que la envolvían para mirarlo ferviente. Sus ojos brillaban con una luz que no merecía.

—Os quiero.

Suspirando con profundo vacío, Judá le contestó con el corazón en la mano.

—Os necesito…

Aquellas fueron las últimas palabras que se escucharon antes de una entrega completo al cumplimiento del amor.

Algo más lejos de allí, Gonzalo esperaba a las puertas del mesón más sucio de todo el arrabal. Sin alzar la cabeza habló con voz grave a tres tipos bastantes molestos.

—Tengo entendido que os deben dinero —. La voz grave de De Córdoba resonó por debajo de un capirote que no mostraba más que

sus labios recios.

—¿Y vos qué sabéis? ¿Quién sois?

Los hombres ajustaron las miradas para ver al caballero, mas la luz de velas y la negra capa, no se lo permitieron.

—Un amigo que busca lo mismo que vos.

—No tengo amigos —. Contestó causando la sonrisa áspera de los otros dos cuya acritud despedía aroma a vinagre y peligro.

—Es una pena. Ese desgraciado se pasea disfrutando de vuestras monedas tanto como de las mías.

Gonzalo se dispuso a marcharse por la oscura noche cuando el de barbas gruesas lo llamó. Sonriente bajo el capirote, el cordobés, se giró. —¿Sabéis dónde encontrarlo? Llevo días sin dar con él.

—Sí.

—¿Cómo sabemos que no mentís?

—No lo hago.

—¿Por qué lo hacéis?

—A mí también me debe favores. Id al mesón de la Malaguita. Lo encontraréis borracho —dijo, y se marchó.

Tal como se les había informado, el jorobado se encontraba mareado, pero disfrutando de los favores de una triste mujer.

Podría decirse que todo se sucedió en un abrir y cerrar de ojos. En un momento Sancho estaba vivo, y al siguiente desparramaba sangre por toda la taberna.

Los tres forasteros se marcharon a paso lento. No temían. Ellos dictaban sus propias leyes. El desgraciado los contrató para matar al judío sin embargo nunca cumplió. Llevaban días buscándole. Seguramente la rata esperaba esconderse hasta que se fuesen de Toledo. Limpiando su puñal en el pantalón, el que parecía ser el jefe, se subió al caballo que lo llevaría hacia Ávila. Mientras tanto, en la esquina, un caballero de porte recto, y un gran crucifijo colgando de su cuello, se alzó el capirote.

Desde el momento que lo vio salir, seguido de cerca por el pequeño Salvador, Gonzalo supo que no lo haría. Judá no mataría a la rata. No delante de su hijo. El converso era un buen hombre, pero aún mejor padre.

—Yo no —murmuró de Córdoba caminando con las manos en la espalda.

A veces el Señor necesitaba algo de ayuda. Y él, por sobre todas las cosas, era un buen nieto de templario.

Hijo mío

El sacerdote se movía por el interior de la Primada como perro enjaulado. La luz del sol apenas si entraba por las cristaleras.

Las altas columnas, cuales titanes de piedra maciza, perdían el brillo ante la oscuridad del interior. El atardecer envejecido se despedía sin ninguna buena nueva. Todo era normal. Todo, menos Sancho. Y eso sí que era extraño. Él jamás se ausentaba. No sin avisar.

No importaba cuanto se lo golpease. El perro permanecía fiel junto a la mano que le daba de comer. El zaparrastroso solía compararlo con un padre, y algunas veces pensó que así lo trataba, mas su corazón era tan seco como los higos de enero. A su estilo sí que lo quería. Algo a medio camino entre el acostumbramiento y la necesidad causada por la soledad.

Como las pulgas a las bestias, Sancho era desagradable, pero necesario. Molesto, pero entretenido.

Nervioso apresó la cuchara. Distraído en el vaivén del caldo, recordó aquella vez en la que el maltrecho al poco de aprender a caminar, lo miraba asustado frente a uno de sus tantos ataques de ira. Con los pantalones medio húmedos por el orín del temor, el pequeño Sancho no se movió de su lado. No importaba su furia, Sancho no se marchaba. El pobre imbécil era tan débil que le causaba pena. No, aquello no era amor de Padre, pero se le parecía bastante.

Nervioso movió el caldo.

En su interior revoloteaba un instinto extraño. Uno que picoteaba como las moscas al estiércol. Las tripas le decían que algo pasaba. El plato humeante con nabo, berenjenas, y carne de gallina, se encontraba en la mesa, pero no llamaba. La encargada de la cocina se acercó, y buscando liberar algo de su mal carácter, la golpeó con fuerza en las nalgas. La muchacha gesticuló un dolor que lo hizo sonreír con bastante diversión, aunque no la suficiente como para distraerlo de su máxima preocupación.

—Si mi señor lo desea, puedo traerle unos huevos con chorizo —. Dijo ocultando el escozor que sentía en el trasero.

Y es que así eran las cosas para la servidumbre del sacerdote. Trataba mal, pagaba peor, pero ese poco siempre llenaba más que nada.

—No.

—Tal vez si…

—¡Fuera! No tengo hambre.

La joven sujetó el plato con ambas manos cuando el sacerdote preguntó irritado.

—¿Se sabe algo?

—Aún no, mi señor —dijo sabiendo que la pregunta se refería

al joven Sancho —. No debéis preocuparos. Seguro está con esa muchacha del mesón de la que se encuentra tan enamorado.

—No estoy preocupado —contestó alzando la voz para que la molesta jovencita se retirase.

No deseaba mostrarse débil, y como en realidad se sentía. Terriblemente preocupado.

Intentando retener ese mal fario que le atascaba la garganta, se sentó en el escritorio. Contar y cobrar eran sus mayores placeres.

Sin saber cómo ni porqué, las imágenes del jorobado, cuando aún era un niño, le aparecieron como por acto del altísimo. Era curioso, pues jamás le había pasado antes. Con una sonrisa, y que algunos podrían considerar de orgullo, recordó al huérfano abandonado. El pequeño desaliñado, sentado en un portal, le ofreció su mano, y él, con una humanidad nada habitual, se la sujetó. Desde aquel día el pequeñito jamás lo soltó. El incapacitado cargaba tantas pulgas que ni el agua las ahogaba. Fiel heredero de sus enseñanzas, el niño se convirtió en un creyente del egoísmo como única realidad.

Su actual posición de pseudo arzobispo hacía que fuera reverenciando por donde pasease. Y a decir verdad aquello le encantaba. Su vida nunca había sido de lisonjas. El sodomita, el segundón, el bastardo, aquellos sí eran apodos reiterados. Pero, querido, padre o amado, aquello solo lo decía Sancho. El pobre jorobado lo admiraba.

“Estará con la mesonera”, había dicho la joven cocinera. Quizás, pensó ocultando ese pinchazo en el estómago que parecía querer decirle algo.

Respirando profundo e intentando eliminarlo, abrió una carta que llevaba allí exactamente un día completo. Exactamente el tiempo que Sancho había desaparecido. Estaba por abrirla cuando dos hombres entraron en la catedral con paso agotado. Aquello no le llamó tanto la atención como la mujer que los acompañaba. Los hombres, sujetando una manta de cada lado, parecían acarrear algo dentro. Y que pesaba.

En ese mismo momento, en el que atravesaron la puerta principal, se puso en pie. Dos urracas asustadas y defendiendo su nido cargado, chillaron con fuerza. Una de ellas, con el coraje de las madres, entró por la puerta principal, y fue directo hacia el cura que le ofreció como bienvenida un varazo que la dejó seca.

Los jóvenes, al ver la escena, se persignaron tres veces seguidas. La muerte de una urraca era un mal presagio. Y ellos, aunque muy cristianos, no eran idiotas. A las maldiciones paganas se las esquivaba mas nunca se las enfrentaba.

—¿Quién es? —Preguntó al ver un cuerpo cubierto por una tela oscurecida.

—Excelentísimo, siento daros tan malas nuevas.

El sacerdote trastabilló en el sitio. Hubiese caído sino fuese porque se apoyó en el largo de su vara. El silencio se le atragantó junto a las palabras. La saliva atascada ni subía ni bajaba. Pensar era tarea de conscientes y él se hallaba en otro mundo. Uno entre el desconcierto y el adormecimiento.

—Sancho… ¿Sancho?

A paso lento se acercó. Con cuidado extremo alzó la manta. Las manos le temblaban como a los viejos. Quizás los idiotas se equivocasen. Con una pequeña cuota de esperanzas miró. Al instante, cerró los ojos.

—¿Quién?

La voz fue tal sutil que los hombres miraron a la mujer para ver si ella había oído algo. La joven alzó los hombros, y los otros dos acercaron la oreja esperando escuchar un poco mejor.

—¡Quién! —Chilló por quinta vez, y cuando al fin pudo emitir sonido —. Quién… Quién…

—No lo sabemos mi señor. Hemos acudido al mesón de la Malaguita por llamado de esta muchacha.

El sacerdote la miró de tal forma que la mujer caminó dos pasos hacia atrás antes de responder.

—¡Hablad!

—Mi señor, no puedo deciros mucho.

—Hablad.

—Esos hombres entraron y lo asesinaron.

—¡Maldita puta! ¡Quienes!

La muchacha, pobre en vocabulario, tembló de miedo. El sacerdote tenía la mirada de una alimaña asesina. Su cuerpo despedía un hedor extraño. Furia, rabia y… ¿dolor? Asustada intentó aclarar, y aunque su vida pendía de la explicación, la locuacidad se le desvanecía ante los monosílabos atragantados.

—No vi. No sé. No.

—¡Y vosotros! —Chilló apuntándoles enloquecido.

—Nos enviasteis a buscarlo y es lo que hicimos —. Dijo el más rápido.

—Dicen que fue anoche —. Contestó el segundo.

—Al parecer esos tipos entraron, y al ver al desgraciado, le robaron —el sacerdote comenzó a echar humo por la nariz, por lo que aclaró al instante—. Quiero decir que esos salvajes no tuvieron piedad con un pobre joven cristiano como este.

—El Converso… el Converso…

—¿Cómo?

—¡El Converso! ¡Lo habéis visto!

—A decir verdad…

—¿Lo habéis visto? —Dijo con la vara en alto y a medio metro de su cabeza.

—Yo sí, yo sí —dijo el segundo y que al parecer era su hermano —. Yo lo vi, mi señor. Era el converso ese del que habláis.

El sacerdote asintió antes de bajar el palo.

Los muchachos, por su parte, respiraron aliviados. El uno le preguntó en voz baja al otro que quién era ese converso, pero el otro alzó los hombros en señal de no tener ni idea. En la falsa acusación se encontraba la salvación de sus vidas.

Aquello no podía estar pasando.

Sancho, su joven perro fiel. ¿Qué sería de él ahora?

Por un momento, y mirando a la figura del Cristo, se sintió igual de abandonado que el maestro. Sin el jorobado las mañanas estarían vacías. Aburridas. Solitarias.

Uno de los ojos se le cargó de pena. El otro, de intensa rabia. El muchacho era la única familia que poseía. Su única compañía. Enseñarle a Sancho cuanta fechoría se le ocurriese, resultó ser un gran entretenimiento. Uno que hoy le arrebataban.

Allí, frío como la piedra, yacía muerto su heredero. La única razón de vida que todo hombre poseía. Un hijo…

Tironeándose los escasos cabellos que conservaba, aulló con tanta fuerza, que las palomas volaron. La mujer fue la primera que huyó. Seguida de cerca por los hombres que no se quedaron a cobrar. Ya lo harían en un momento mejor.

Sujetándose con ambas manos la cabeza, y sabiéndose en la única compañía del cadáver, el sacerdote se dejó caer. Lloró mordiéndose los labios hasta sentirlos sangrar. Alguien le clavaba el cuchillo en lo más profundo, y lo movía con cuidado hasta sentirlo desgarrar. Nunca nadie lo había lastimado tanto.

—Converso…

Después de un tiempo que no se podría medir, se giró para comprobar que el cuerpo seguía tan frio como a la llegada.

Sin moverse lo miró esperando que el Señor obrase uno de sus maravillosos milagros. Y así, como Lázaro, se alzase y le dijese: “Padre, he vuelto”.

Pero allí nada pasó.

—Hijo mío, ya estáis en paz —pensó acariciándole el cabello como nunca —. Id con Dios.

La noche se presentó con suave brisa, pero el sacerdote no se movió del suelo.

Los dedos recorrían el rostro del muchacho, que ese día, reconocía como hijo.

—Lo pagarán. Os vengaré.

La voz del hombre juraba a un cadáver que ya no escuchaba.

—Ese hereje bastardo, puerco animal. Pagará.

Envuelto en su fardo de odio se dejó guiar hacia el fango del dolor. Ese que culpaba al inocente buscando una justicia que solo residía en el propio actuar.

Amor naciente

Sentado junto a la adormecida hermana, el padre Diego presionaba con fuerza una biblia que, aunque abierta, contaba bastante poco. El mismo renglón se repetía como ajo sin dorar. Las mismas letras, las mismas palabras...

Sin comprender el porqué de su distracción, observó la humildad del lecho en el que días antes se despertase acompañado. Desconcertado intentó recobrar una concentración que viajaba siempre hacia el mismo destino. Ella.

Desde aquél despertar ninguno de los amaneceres resultaron iguales. Ni mejores ni peores, pero sí diferentes. Diferencia que no se relacionaba con las nubes ni con las lluvias sino con algo más cercano. Observando a su joven hermana rememoró los momentos en los que él mismo se sintió joven.

Por aquellos tiempos, en los que la barba no crecía, ya llevaba el corazón cargado de humanidad. Contrario a lo que muchos creían, él sí reconocía en Dios un recinto de amor y perdón. Y aunque las enseñanzas marcasen los caminos del temor como medio de control del pecado, él prefería pensar en el amor como camino de salvación. Ese amor que llevaba a una madre a quitarse un trozo de pan en pro de su hijo. O ese que como padre protegía a los suyos con armas o con palas. No, su Dios no era el mismo que el de todos. O quizás sí. Fuese lo que fuese, su creador resucitaba más que mataba.

Caminando con sus zapatos desgastados, en un campo que cobraba más de lo que daba, acariciaba la hierba disfrutando de un Dios creador de flores. “Sois un ingenuo”, decía su padre, y no se andaba lejos de razón.

El Padre Ángel, su segundo padre, tan soñador como él, lo ayudó a entrar en la orden. Y nadie se lo negó. Una boca menos para alimentar era más de aplaudir que de rechazar. Luego de entrar en la Iglesia poco cuento quedaba por recordar. La mala fortuna, las fiebres, y la pequeña Isabel huérfana de padre y madre, eran toda su historia.

Don Ángel, alma de infinita caridad, le permitió viajar a Toledo y cristianizar en la antigua sinagoga. Esa que gracias a la predica del bienaventurado Vicente Ferrer, se encontraba bajo la divina doctrina de la santísima Iglesia Católica. Iglesia que hoy custodiaba más mujeres que nobles a los que santificar y cobrar.

El campo, más allá de las murallas toledanas, repleto de agricultores jóvenes, llevó a Isabel a enamorarse de Juan, hijo de Rodrigo. Y aunque su niña tuviese solo quince años, tuvo que aceptar que los tiempos de volar le habían alcanzado.

Con la sonrisa en los labios, y sin saber cómo, sus pensamientos le retornaron a esa melena negra tan maravillosa como el mejor pura

sangre. Si se considerase un hombre como otros, creería que la mujer lo había hechizado con algún conjuro del diablo, pero Diego de Almanzón, hijo de humildes agricultores, era bueno, pero no idiota.

La muchacha poseía los ingredientes necesarios como para cautivar hasta a los ciegos. Y él, con una vista perfecta, llevaba tiempo mirando lo que no debía. Lo extraño no era su lozana visión, sino ese interés por tenerla cerca.

Trabajando continuamente con esposas viudas o abandonadas, había visto todo tipo de rostros. Algunos más bellos que otros, pero ninguno de ellos le llenaron los pensamientos como lo hacía la morisca. Este sentimiento era distinto al de la caridad. Su cabeza acostumbraba a preocuparse por todas, sin embargo, en las últimas semanas, Blanca ocupaba el total del espacio en su cabeza. No importaba la tarea que realizase, o lo preocupado que se encontrase, desde aquella noche su aroma le impregnaba la nariz, y los recuerdos.

Si compraba pan, le parecía verla en la panadería. Si rezaba con los ojos abiertos, ella se dibujaba tras una de las columnas. Si leía la biblia, su nombre aparecía entre las letras. Aquello no le permitía pensar. Terminaría enloqueciendo.

Agotado, a pesar de lo temprano de la mañana, se peinó los cabellos con los dedos como si aquello lo pudiese liberar de tan incomprensible reacción, mas no consiguió otra cosa que un fuerte dolor de cabeza. Cerrando los ojos, y rogando al Cristo por ayuda, se encontró nuevamente imaginándola.

—Virgen santísima…

Ese negro cabello era tan brillante que iluminaba hasta cuando no se encontraba. Su figura exaltaba la mejor leyenda de diosas griegas. Y aunque su cuerpo era un altar de trovadores, las habilidades de sus manos sanadoras eran dignas de otro cantar. Por no decir su alma que no hacía más que ensalzar su nombre. Blanca.

Dócil de sonrisa tímida, aceptaba con humildad, lo que a otros enloquecería de vanidad. Pues así era la hechicera: belleza morisca y entereza Toledana.

Apresando con fuerza la biblia en petición de auxilio, se negó a analizar lo que ya sentía. Y es que ocultar siempre es mucho más fácil que aceptar.

—¿Diego? —Debía estar volviéndose loco porque hasta oía su voz entonando angelicalmente su nombre.

—¿Padre Diego?

Blanca lo llamó asustada. El joven, que se recostaba en la silla junto a su hermana, parecía aterrorizado. Tenía los ojos cerrados y la frente fruncida.

—¿Blanca? ¿Estáis aquí?

—Pues sí —dijo deseando acariciar la frente del sacerdote para

comprobar si tenía las fiebres —. Diego, ¿os encontráis bien?

Desde aquella noche ella lo llamaba por su nombre, y aunque no le parecía lo más adecuado, no podía negar que le fascinaba.

—Perfectamente —contestó aclarando la garganta—. ¿Y vos?

Rápidamente se puso en pie ante una desconcertada Blanca que asintió, pero sin emitir palabra.

Profesional, la muchacha se puso a realizar sus tareas ante un sacerdote que, sin buscarlo, se halló analizándola por la espalda.

—Salvia, menta y anís —decía concentrada al mezclar.

Diego sin embargo se encontraba lejos de aprender. Por lo menos no de hierbas. Su mirada viajó sin razonamiento hacia la delicada cintura. Una que sus manos abarcarían casi al completo con un abrir y cerrar de dedos.

Distraída en sus tareas, la curandera agregó agua caliente a la mezcla, y se la acercó a la joven Isabel que, aunque algo adormecida, aceptó la relajante bebida. Con dulzura, la joven hechicera habló a la reciente madre que le propinó una amplia sonrisa.

Las muchachas hablaban, pero él no las escuchaba. «Los rizos son largos hasta la cadera», se dijo al ver como se retorcían delicados bajo el velo.

Sí, la muchacha era mucho más que bella. Era una diosa.

—¿Diego? —Otra vez su nombre alimentando unos labios tan carnosos como la más jugosa naranja —. ¿Padre? —Y allí estaba ese añadido que lo despertaba de bruces a una realidad que alguien como él no debería soñar.

—¿Decíais?

—Decía que si os animáis a traer al bebé. Vuestra hermana se encuentra mucho mejor y creo que podría alimentarlo.

—Sí, claro, por supuesto.

El joven sacerdote, con más juventud que agilidad, se giró tan nervioso que, calculando mal las distancias, erró el hueco de la puerta, llevándose la columna por delante. Sonrojado, y con las risas de fondo de las muchachas, salió de la habitación para caminar unos pasos antes de apoyarse en la fresca pared del exterior.

«¿Qué me sucede?» Se preguntó con total sinceridad.

Aquello era tan nuevo como esos latidos del corazón que cabalgaban agitados. Las manos sudaban y el calor ardía por su sangre con la intensidad de la chimenea de un rey. La cabeza le giraba y las rodillas le temblaban. Caminado como pudo, fue hacia la sala de costura esperando encontrar allí al bebé, y la solución de su malestar.

Blanca vio al sacerdote marchar, y aunque le pareció algo extraño, no deseó hacerse muchas ilusiones. De amores se encontraba su corazón cicatrizado con demasiados espantos. Imaginar a Diego

atraído por ella le hacía cosquillas en el estómago. Algo que le despertaba instintos femeninos deseosos de retomar. Y a pesar de que aquello era una locura, no lo podía evitar. El sacerdote tenía todas esas cosas que la atraían.

Si se sintiese con valor quizás le contase a sus amigas cofrades lo que sentía, mas el valor no era tan grande como para reconocer tamaña estupidez. Quizás ellas le enseñasen como olvidarlo, aunque pensando con sinceridad, ni siquiera lo había intentado. Y dudaba que lo hiciera.

Cansada de orar, y esperar por lo que nunca llegaba, decidió que buscaría lo que deseaba sin pedir permiso. Si el padre Diego deseaba ser su amante, lo aceptaría. Estaba cansada de ser lo que debería para sufrir lo que no se merecía. Si la vida le enseñaba a pecar, aprendería. El futuro era un momento lejano al que se enfrentaría en otro día y lugar.

Aquella noche lo supo. Dos cuerpos agotados, y una única manta en el suelo, resultaron ser los cómplices ideales para actuar sin pensar. En un momento de la noche se sintió entre mala y meretriz, pero aquello no la intimidó. Ver la cara del sacerdote al tumbarse a su lado la hicieron sonreír. Y es que al buen hombre se le notaba no haber pecado en su vida, y ella, ya no creía en otra religión que su propia felicidad.

Enamorada como se creyó de Judá, perdió las horas en quién nunca la amó. Pasado el tiempo se creyó vacía, e incluso algo aburrida, y no fue hasta que el sacerdote entró en su vida, que las venas de mujer le comenzaron a picar interesadas por renacer. Y es que el padre Diego era tan… todo.

Tardó unos meses en reconocer que el joven sacerdote la atraía como hombre más que como santo. Y otros varios amaneceres en aceptar que lo deseaba.

Esa noche, cuando lo confirmó totalmente dormido, se abrió atrevida la camisa, y elevó sus faldas por encima de la rodilla. Hecha un ovillo, se acomodó entre sus piernas esperando que su calor corporal lo alcanzase. ¡Y tanto que lo hizo! Dormido, pero no desmayado, reaccionó con una virilidad que autómata no cesó de empujarle la espalda. Sonriendo, y simulando estar dormida, lo escuchó despertar y levantarse de un salto. Sabía que debía sentirse responsable y hasta culpable, pero no lo hacía. Deseaba a Diego y si podía tenerlo lo tendría.

Cansada de esperar el hombre oportuno seduciría al que le gustaba. Todo era una locura, pues sí, pero también lo eran los tantos y tantos sacerdotes que convivían con sus amantes. Compañías por cierto que todos sabían, pero callaban. ¿Ella era morisca? ¡Y qué! Su familia era una conversa con todos los derechos. Incluso el de tener

amantes.

«Diego», pensó con otra sonrisa pícara al recordar cómo le brillaba la mirada al escuchar llamarlo por su nombre. No, ella no era una ingenua. A Diego le gustaba que lo llamase así y así lo seguiría llamando. Cansada estaba de ser las que sentadas esperaban. Las llamaban las comunes, pues bien, que ellos siguiesen diciendo lo que quisieran; ellas no estaban para escuchar sino para actuar.

—Entonces decís que estoy mejor.

—Por supuesto que sí —dijo divertida al ver como el padre Diego regresó tan rápido como los pies le dieron —. Casi no habéis tardado —comentó con inmensa sonrisa.

—¿Eh? Sí. Las mujeres estaban en sus quehaceres y no deseaba molestarlas.

—Por supuesto —dijo la morisca, quién al moverse, y de forma totalmente intencionada, perdió el velo transparente dejando sus cabellos a la vista y en total libertad. El sacerdote tragó saliva, y aunque sabía que aquello no estaba bien, su mirada se congeló ante la belleza hecha mujer. Blanca, por su parte, le correspondió sin bajar la vista. Las guerras se ganaban con la suma de muchas victorias. Y esa era su segunda.

—¿Hermano?

Como si un espíritu le dominase la voluntad, el padre Diego acercó a Isabel y le entregó el bebé. No fue capaz de mucho más que de sentarse a su lado y simular que las miraba.

El corazón le volvía a latir como minutos antes, la sangre le quemaba por dentro y las manos tuvieron que sujetarse entre ellas para no temblar. Que Dios lo ayudase porque él no podía. Si un cabello suelto le provocaba esa sensación, qué pasaría si…

Minutos antes huyó convencido de no regresar, sin embargo, no fueron más que unos segundos sin verla, los que necesitó para regresar donde ella se encontraba. Verla le procuraba una sensación que le hacía desear más y más.

—Es preciosa y se parece mucho a su tío. Posee el mismo arco de cejas que el vuestro. Justo este.

La morisca le delineó parte de la piel por encima del ojo y Diego tuvo que morderse el labio para no responder a un deseo tan salvaje y carnal como el mismo origen del hombre.

—Sí, se parece —. La joven madre respondió al comentario sin notar lo que allí comenzaba a nacer.

«Deseo, simple deseo», pensó el párroco esperando dominar la mayor fuerza de la naturaleza. La pasión. «Padre ayudadme», se repitió cuando los labios suplicaban por algo que nunca antes habían hecho. Un beso.

—No, no —gritó desesperada al sentir el calor indeseable —. Por favor no… no…

Constanza sintió que las fuerzas se le escapaban por los labios.

—Shh, verás que bien lo pasamos.

El hombre se posicionó entre las jóvenes piernas que se negaban a abrirse. Desgarrándole la cinturilla de los pantalones, se inmovilizó para disfrutar de las vistas.

—Preciosa —dijo al comprobar la dulce feminidad que se descubría ante sus ojos —. Tú y yo la pasaremos muy, pero que muy bien. Hola, cariño…

—Adiós.

La voz grave de Julián no fue masculina ni vengativa. Su voz fue mortal.

Deshaciéndose del cuerpo hacia un lado respiró profundo mientras el segundo cerdo caía en manos de su segundo al mando.

El marinero, con la misma ferocidad que él, arrastró los cuerpos de una patada hacia fuera del camarote. Por su parte, el capitán, cubrió las carnes erizadas de Constanza, que congelada, parecía no reaccionar.

—Estás bien, ya pasó —dijo al notar el miedo de la muchacha con su proximidad —. No te haré daño. Ya pasó, ya pasó —. Repitió cuando ella, con respiración agitada, al fin se dejó abrazar.

—¿Estás bien? —preguntó atragantado de impotencia. El cerdo tenía ya los pantalones bajados y no quería pensar siquiera que hubiese llegado tarde—. Él… ¿pudo…?

—No… —contestó llorando y abrazándole con mayor fuerza. Mi abuela. Mi abuela.

Julián había visto el cuerpo, pero no se acercó, no tenía sentido. Ella no necesitaba más ayuda que la del bondadoso Padre celestial.

Señales

Las mujeres trabajan en las telas con más maña que arte. Gadea, mientras tanto, las miraba tratando de pensar qué sería exactamente lo que le aconsejaría él si estuviese allí. La presencia, o para expresarlo correctamente, la ausencia, de Haym, se hacía honda y pesada. Sus consejos eran tan necesarios como las lluvias en campos de verano.

Antes del fatídico día, él aconsejó sobre la necesidad de conseguir clientes dispuestos, y aunque estaba totalmente de acuerdo, la realidad era algo bien diferente. Las viudas, provenientes de muchos sitios y situaciones, eran mujeres de buenas intenciones, pero pobres habilidades. El maestro contratado no cesaba de regañarlas. No importaba el esfuerzo que pusiesen, el resultado no llegaba. El resultado bueno, porque el malo llenaba las cestas a paladas.

El verano se terminaría pronto y el otoño no haría más que complicar los envíos. Y la recaudación. Si es que conseguían alguna venta, asunto que tampoco estaba nada claro.

Con el paisaje delante de una sala con algo más veinte mujeres, niños dando vueltas, y restos de lana por el suelo, se mordió el labio pensando. Allí debía estar la solución. Debía encontrarla o el beaterio seguiría siendo siempre un hospicio de pobres mujeres hambrientas.

Mirando con desespero en busca de una señal, se encontró con Blanca. La morisca se reía con muchas ganas con la joven madre que, sentada en una silla, colaboraba enrollando hilos. Todo parecería normal si no fuese porque la hechicera no cesaba de mirar hacia adelante. A algo más allá del ventanal. Sabiéndose la más curiosa entre las curiosas, miró a aquel rincón en el que Gonzalo de Córdoba y su marido, se despedían del padre Diego. Al principio arrugó la mirada con algo de celos, sin embargo, al instante abrió las pupilas con atención. No, no era su marido ni Gonzalo quienes centraban el completo interés de la muchacha.

La curandera simulaba hablar interesada, y aunque parecía divertida en sus historias, a cada momento, no podía dejar de alzar la vista. Judá se despidió y marchó junto a De Córdoba. Desde la distancia ambos hombres la saludaron con educación mas apenas si les prestó atención. El interés por la dirección de la mirada de la joven morisca se hizo más necesario que nunca.

Si era lo que pensaba, y aunque Judá o Gonzalo ya no estuviesen, la muchacha alzaría la mirada en tres, dos y, ¡Dios!

«Madre santísima… por amor al cielo…» Se dijo con el silencio de las palabras y los gritos del corazón alborotado. Blanca no cesaba de seguir con la mirada al ¡padre Diego! «Virgen… María…»

Persignándose, pero con las manos del espíritu, fueron tal los

nervios que la inundaron, que creyó que los sudores fríos conseguirían congelarla. Aquello no estaba bien, ella una morisca curandera, él un sacerdote. Eso como mínimo era infierno sin perdón ni purgatorio.

Cubriéndose los labios con las manos para no acercarse y sacarla de allí de los pelos y detenerle semejante locura, fue cuando vio lo peor. El párroco, atraído por las sonrisas de las muchachas, se acercó con la diversión en los labios.

Todo eso era normal, pues si existía hombre bueno ese era el padre Diego. Mas no era su amabilidad lo que llamó su atención cuando «Dios bendito… Dios bendito…» La mirada del joven sacerdote brillaba con una luz más potente que la del sol. Sus miradas se encontraban y congelaban por minutos. Ellos no eran conscientes, o eso parecía, pues sus sonrisas eran de dos estúpidos tontos y dos muy tontos estúpidos. Blanca se sonrojaba y él se embelesaba en ella.

«Señor… Señor…» Se repetía sin dejar de mirar una imagen que se presentaba ante ella como la actuación de romántico juglar. Bendito Dios, si hasta le pareció ver corazones dibujándoseles en los ojos.

La mano temblorosa le tapó los labios mientras caminó dos pasos para apoyarse contra la pared. Los ojos se le cargaron de pena. Llevaba tantas pérdidas encima que no deseaba ver un sufrimiento más. Y es que si existiese en Toledo personas que no mereciesen un mal fin ese sería el padre Diego y Blanca la hechicera. El sacerdote era tan bueno que el pan se escondía derrotado. Y Blanca, ella era una gran mujer. Con el poder de sanar no existía otra que la superase, y como amiga, supo reconocer su derrota y apartarse de su marido. Desde su promesa jamás miró a Judá. Incluso divertida, más de una vez, la compadeció por ser su esposa, no sin el gruñido molesto de su marido.

Aunque divertida por el recuerdo, los sentimientos de pena la dominaron un poco más. Por una parte, el remordimiento entre lo bueno y lo malo, por otros dos seres que merecían la felicidad.

Confundida y mareada se apoyó en la pared. No dejaba de mirarlos. Era imposible apartar los ojos de aquellos dos pues su amor era tan puro e inocente que hasta causaba risa tonta. El sacerdote la miraba y bajaba la vista, Blanca sonreía y se enrojecía como manzana madura. Y todo aquello estaba pasando ante un tumulto de gente que nada veían.

Aquello estaba mal. Aquello era amor, y el amor estaba bien. ¿Entonces qué era?

El suspiro que hizo fue tan profundo, que consiguió calmar los temores del primer momento por un, ¡y por qué no! Malditas fuesen las reglas y los destinos señalados. Se encontraba agotada y asqueada de tanto intentar comprender. María se arrancó la vida y no por cobarde sino por cansancio. La pobre muchacha sufrió más que los

años que vivió. Beatriz y Amice, a poco estuvieron de morir a garrote, por unas leyes que nada hicieron por comprenderlas.

¿Qué debían hacer ellas para merecer un poco de la caridad celestial?

Cristiana como pocas, rezaba todos los días y aceptaba los caprichos del cielo por encima de cualquier dificultad, sin embargo, la Virgen parecía olvidarlas en su continuo andar. Si el Padre permitía el amor entonces ¿por qué detenerlo? ¿Y si Dios no hubiese dictado lo que se escribió?

Odiaba pensar aquello, pero la imagen que poseía delante le amargaba la visión. Santa María la Blanca se encontraba abarrotada de mujeres que sin porvenir buscaban en sus paredes la continuidad. Viudas, o huidas, luchaban por mantenerse en un mundo que no las comprendía, ni lo intentaba, y mucho menos, las ayudaba.

En poco tiempo llevaba tres amigas perdidas y muchas hambrientas intentando sobrevivir. Enfadada elevó la mirada a los techos. Se encontraba terriblemente molesta con el altísimo. El Señor parecía darles todas las pruebas a ellas. O por lo menos las más duras. ¿Cuánto más deberían hacer para demostrarle su lealtad?

Inteligente como pocas, Gadea pensó y pensó ante una Blanca que, tomándola de improviso, se le acercó para hablarle.

—Parecéis distraída.

—Hacedlo —dijo como si la morisca conociese el contenido de sus inagotables pensamientos.

—Creo que no os comprendo.

La muchacha la observó con intriga pues pensaba que se refería a algo relacionado con las mujeres y el telar.

—Intentadlo. Si Dios os lo ha puesto delante es para que lo intentéis. Él no desea nuestro mal. Nosotras también somos su creación.

—¿Os encontráis bien?

Gadea por primera vez enfocó su mirada en la morisca. Con humildad tuvo que reconocer que la muchacha era preciosa en sus exteriores, pero impresionante en sus interiores.

—Digo que lo merecéis. Id a por él.

—Yo no…

—Al amor. Luchad.

Blanca sintió como el calor de la vergüenza la subía por el pecho hasta alcanzarle los pómulos. El ardor era tan intenso que la hizo tartamudear.

—No sé de qué habláis.

Gadea se acercó para sujetarle los hombros y sonreírle con esa felicidad de las amigas cómplices.

—Os he visto mirarlo, y he visto como os mira. Lo tenéis

embobado. Estoy segura de que os ama. Y si no es así lo hará pronto. Vos os lo merecéis.

—Pensáis que… quizás si yo…

La curandera se silenció al instante en el que se dio cuenta de que en su duda se encontraba la respuesta a la curiosidad de Gadea. Ella no había dicho su nombre, pero al parecer no hacía falta.

—Por supuesto que lo creo. ¡Hasta las cigüeñas de Segovia lo han visto!

Blanca abrió los ojos asustada pero la amiga la sujetó del codo para llevarla a la soledad del jardín en la entrada. Allí no había más que niños jugando con los gatos que Salvador llevaba a todos lados. Los animalitos estaban tan acostumbrados, que subían a la canasta para ser transportados desde su casa al beaterio, y a la inversa.

—Debéis conseguir su amor.

—¿Estáis enferma o es que habéis enloquecido? No os reconozco.

—Sí amiga mía, he enloquecido, ¡pero de amor! Y de cansancio. No os perderé. A vosotros no. —Gadea se giró moviendo el ancho de su vestido mientras miraba a los lados —. El amor. El amor.

—Por favor… por favor… callad. —Blanca no cesaba de mirar, pero rezando para que nadie las descubriese. Si alguien llegase a sospechar, pensó acariciándose la mano de Fátima que siempre llevaba escondida y colgando de su cuello.

—No amiga mía, no debéis temer. El Señor nos está enviando una señal.

—¿Una señal? ¿Nos?

El desconcierto de Blanca era igualitario en proporción a la felicidad de Gadea.

—Sí. ¿Es que no lo veis?

—¿Ver qué?

—La virgen nos piden que aceptemos y abracemos las oportunidades. Nos pide que luchemos por ser mejores y felices. Nos pide que la sigamos en sus señales.

—Definitivamente habéis enloquecido.

Blanca se giró para marcharse, pero Gadea la sujetó del codo deteniéndola.

—Querida mía, mirad a vuestro alrededor. ¿Qué veis?

—Una sinagoga robada. Una iglesia olvidada. Una iglesia ocupada con mujeres hambrientas como ratas. Una iglesia nuevamente usurpada.

—Bien sí, puede que no la estemos utilizando con todos los permisos de la iglesia. Pero ese no es el hecho.

—¿Todos? ¿o deberías mejor decir ninguno?

—No nos desviemos de lo importante. Y lo importante es que

estamos para cumplir un fin.

—¿Y ese fin es?

—¡Revelarnos!

—¿Revelarnos? Claro, como no. Mujeres al poder. Estáis más loca que nunca.

—¿Cómo puede ser que no lo veáis? María no tuvo las fuerzas suficientes, pero nosotras sí. Este beaterio es el símbolo de lo que el Divino busca de nosotras. Él quiere que seamos iguales. Él busca que veamos y sigamos las señales.

—Gadea, él no deja de decirnos que no. Recordad a Tomás de Aquino que…

—Y un cuerno con él. La igualdad del Cristo es de la que os hablo. Él era el hijo de Dios, ¿sabría más él de sus leyes que otro? ¿o no?

—Y que tiene que ver eso conmigo.

—Vos y él habéis nacido para amaros, ¿por qué sino os habría reunido?

—¿Tentación?

—Bueno, bien, eso podría ser. Pero no.

—Parecéis muy convencida.

—Lo estoy porque creo en su bondad y en su divino amor. No existe hombre más bueno ni mujer más merecedora. Debéis ir a por la señal. Yo os ayudaré.

El padre Diego asomó por la puerta dispuesto a dar por terminada la jornada. Al ver a las muchachas hablando en la entrada hizo el gesto educado de despedida, pero Gadea lo detuvo al instante.

—¿Nos abandonáis?

—Yo no hablaría de abandono. Una visita a las huertas por verduras viejas no es un destino muy lejano.

Gadea lanzó una carcajada como si le hubiesen contado el mejor de los chistes frente a una Blanca muerta de la vergüenza.

—¿Y vais solo?

—Eso parece.

—Pues no lo veo nada bien —. La muchacha se sujetó al brazo del sacerdote para hablarle con complicidad —. Si os dan muchas verduras no podréis acarrear con todas y no tendremos suficientes para los niños.

—Pues yo creo…

—¡Blanca! ¿No necesitabais ir a por ajos?

—¿Ajos?

—Sí, esos para las curas de Raquel.

—Ah claro, ajos —. Contestó la morisca con una mirada que mataba en las distancias cortas, y en las largas, también.

—Os los traeré. No necesito ayuda para acarrear unos ajos.

Ahora si me…

El sacerdote, ofendido en su hombría, fue detenido por una Juana, que haciendo aparición desde la nada, le impidió el paso.

—Y manzanilla.

—¿Manzanilla?

—Necesitamos manzanilla para los dolores de vientre de la pequeña Pilar. Ya sabéis, de esos dolores de mujeres cuando comienzan a...

—Eh sí, sí, sí… por supuesto —. Contestó el joven párroco acalorado.

—Y las verduras. Cada vez tenemos más bocas que alimentar. No os olvidéis. Muchas verduras.

Sin darles capacidad de pensar, Gadea empujó a Diego mientras que Juana hizo lo propio con Blanca. No fue hasta que los vieron girar por la calle de la carnicería cuando lanzaron una carcajada en conjunto.

—¿Vos también lo habéis notado? —Preguntó Gadea interesada.

—Hasta un ciego en la oscuridad lo vería. ¿No pensáis que hacemos mal?

—Estoy cansada del mal. Deseo pensar por una vez que el Señor nos depara un bien. Ellos son sus hijos, los verdaderos, los buenos, ¿por qué los uniría si no?

Juana afirmó los pensamientos de su hermana. Dios no podría ofrecerles nada malo a dos tan buenos como aquellos. Estaban tan cansadas de sufrimiento que buscaban en la falta de explicación, la razón.

Las pisadas de tres hombres con malas pintas, y acompañados del excelentísimo y falso arzobispo, las hizo olvidarse al instante de amores veraniegos y glorias benditas. Delante de ellas se encontraba el rey de todo mal. Y por su sonrisa lobuna parecía dispuesto a guerrear.

—Que Dios nos pille confesados… —murmuró Gadea preparándose para un nuevo combate.

Mujeres

—¡Apresadles!

El sacerdote gritaba desaforado, dejando a unos guardias que desconcertados, se rascaban los piojos. Podría tratarse de dos inútiles de solemnidad si no fuese porque la locura del hombre hubiese mareado hasta al más listo.

Cubierto con túnica negra, no alcanzaba a ennegrecer ni la mitad de lo que ya vestía su alma. Con las pupilas inyectadas en sangre, los ojos resaltaban unos párpados hinchados de penar.

—¡Apresadles! —Vociferó nuevamente señalando un punto en la nada.

La mano estaba tan recta como la rabia que le brotaba más allá de las prendas de cuervo. Si tuviese alma misericordiosa algunos dirían que se le notaba un dolor profundo lacerando desde dentro, pero corazones como el suyo eran rocas por las que nadie se interesaba ni para curiosear.

—Excelentísimo, veo que no os encontráis bien. Si me acompañaseis os mandaré pedir una copa de vino fresco. Todos comprendemos el efecto del intenso calor. En nuestra compañía se recompondrá pronto. Lo veréis.

Gadea hizo acopio de todo su autocontrol para manejar la situación que tenía ante sus ojos. El usurpador de un rango que no merecía era digno de nada, pero poseedor de todo. Caminaba por la ciudad con un carro que no le pertenecía, vivía donde no le correspondía, y enseñaba lo que desconocía. Bendito fuese el Señor con Toledo para enviarle nuevamente al ausente, y verdadero arzobispo.

Con mejillas rojas de tabernero, y labios fruncidos como vieja, no cesaba de gritar unas incoherencias que ni los suyos comprendían. Gadea lo conocía demasiado bien, y no afirmaría lo que se sabía a voces. Ese hombre estaba loco. Quizás un poco más loco que siempre, pero desequilibrado al fin. Y aquello era muy, pero muy peligroso.

Juana, fiel a su carácter, se posicionó junto a ella. Estaba lista para el combate. Y aunque Gadea siempre se lo agradeciese, era evidente que el hijo del demonio venía con estrategias estudiadas, por lo que le pidió silencio y calma. Juana era un toro que era mejor tener encerrado con doble llave y soltar en raras ocasiones.

Rezando en silencio pidió protección para las mujeres de dentro. Estaba segura de que ese bastardo se había llevado la vida de su suegro. Y aunque no existiesen pruebas, ella no lo dudaba. Con solo mirarlo le salía un asco desde el vientre que le repugnaba hasta los labios del alma. Y si por ese asco interior fuese lo sacaría del beaterio con el culo ardiendo de tantas patadas, mas no podía. Gadea Ayala no

era más que una mujer, una común. Una como tantas que, aunque inteligente, no estaría bien ni sería prudente demostrar su valía.

Algunos rumoreaban que el perro del demonio escupía fuego desde la muerte de su jorobado. Y por la imagen que tenía delante, no se andaban lejos.

—Vuestra merced, por favor permitidme que os acompañe dentro —. Las palabras de la joven se transformaron en las de una princesa. Firmes pero educadas.

El hombre, que hasta el momento pareció ignorarla, le enfocó las pupilas ardientes.

—¡Vos! Vos tenéis toda la culpa. Vos sois la perdición de los hombres y de sus actos. Vos y las como vos. No sois más que mierda en donde el cerdo se revuelca.

Juana se dispuso a contestar, pero fue detenida por la mano firme de Gadea. Todas las batallas no se ganaban con las mismas armas, ni en el mismo momento.

—Excelentísimo, no soy yo quien os niegue nuestra lucha constante por mejorar, mas permitidme recordaros que no somos más que almas luchando por un plato de comida. Esta es nuestra casa y refugio. No encontraréis más que humildes mujeres frente a un telar. Podéis estar seguro de ello.

El pequeño Salvador, que mudo, pero no sordo, se pegó junto a su madre. Con una mano sujetaba con fuerza la onda de cuero, mientras que, con la otra, presionaba el mango de su puñal. Puede que fuese pequeño para atacar a todos, pero si alguno osaba tocar a su madre, lo acompañaría a la otra vida encantado.

—¿Estáis reconociendo que sois imperfectas? —El lobo con piel de demonio pareció olvidarse de sus locuras que lo llevaron hasta allí —. Me alegra saber que os reconocéis como seres inferiores al varón. No servís más que para la procreación. Y muchas veces ni para eso.

Juana estaba que saltaba por encima de su hermana para masticar al despreciable y luego escupirlo en trozos pequeños. La fuerte presión de los dedos de Gadea, que no la liberaban de su sujeción, la obligaron a morderse la lengua hasta casi sangrar.

—Yo diría que cumplimos fielmente los designios del Señor. Solo él es el único conocedor de nuestra verdadera función en la tierra. Él nos creó y él nos provee.

Juana se sonrió levemente. En su secreto interior aplaudía a su hermana. «Por algo es la mayor», se dijo orgullosa de ser una Ayala.

—Una vida con demasiadas libertades. Una que utilizáis de igual forma que un animal.

—¿Osáis conocer las verdaderas razones mejor que el propio Dios? Cuidado su excelentísimo, no sea que Dios os esté escuchando y os crea con el pecado de la vanidad demasiado elevado.

El sacerdote, que sí poseía la vanidad de un Dios, se rió con superioridad.

—Una vez hace años, en Burgos, una confitera y su hija me dieron de comer carne humana. Hechiceras del demonio. Gracias al cielo lo advertí. ¿Sabéis lo que sucedió? —Gadea no contestó— Conseguí que les infligieran el justo castigo. Y creedme que fue muy justo —. Juana cerró los ojos al pensar en las pobres mujeres—. Dios os creó, pero somos nosotros los hombres quienes debemos controlaros. En algunos reinos hasta se os permite gobernar, mas hombres como yo conseguiremos que todo eso cambie. Vuestro cerebro es pobre. Solo servís para el hogar, lavar y criticar.

El sacerdote sonrió entretenido ante una Gadea que sentía como los modales se le escurrían por el alcantarillado.

—Os recuerdo que la madre de nuestro Señor Jesucristo fue una mujer.

—Porque Dios hombre así lo dispuso. Descendiente de una creada de una costilla de un hombre, no lo olvidéis. Las mujeres, todas, deberían ser tratadas como la esposa de aquel bandolero catalán, ese que viéndola mentir la zurró con su correa hasta dejarla tumbada y en carnes vivas.

—Excelentísimo, perdonad que me sonroje pues siempre pensé que vuestro sentimiento de justicia cristiana os predecía. ¿No es el perdón sino una de las enseñanzas de Jesucristo?

Gadea cerraba los puños hasta lastimarse ella misma. Alterarse no era el camino de la victoria. No el suyo. Ni el de las mujeres que estaban detrás.

—Las que practiquen la obediencia recibirán el perdón, pero me temo que pocas lo obtendrán. Rubias, morenas, cristianas, judías, moras, altas o feas, sean como sean cautivan como hechiceras endemoniadas. Todas se dan gusto a sí mismas, se tocan, acarician, mienten y engañan. Piden pan cuando desean vino, y se esconden frente al trabajo del marido. Como serpiente reptan sobre la tierra para morder allí donde más duele.

—¿Osáis decir entonces que ni las madres son buenas?

—No existe madre que no huyese si pudiese.

—¿Y el sagrado matrimonio? ¿No lo hacemos bien?

—Abandonarían al esposo en la peor de las circunstancias. No se les debe permitir salir de sus casas. He delante de mí el actuar de mis palabras. Este beaterio, como llamáis con orgullo, es el cuadro de vuestra peor acción. Prófugas del deber no sabéis hacer otra cosa que quejar y lamentar.

—Aquí no existen prófugas de ningún deber. Si las conocieseis no verías más que mujeres golpeadas y abandonadas. Hijas de Dios buscando sobrevivir. Si a eso llamáis prófugas, rezaré para que Dios y

la Virgen iluminen vuestro corazón equivocado.

—¿Golpes? ¡Castigo merecido por su falta de cumplimiento! Es el hombre quien establece los límites y las reglas. Son las mujeres quienes deben cumplir. Seres imperfectos escasos de inteligencia propia. Es el varón único ser creado a semejanza de su Señor. No lo olvidéis querida señora, semejanzas y costillas... semejanzas y costillas…

—Dejáis el amor de nuestro padre en un nivel demasiado pisoteado, excelentísimo.

—¿Amor? —Dijo carcajeándose por todo lo alto y contagiando a los dos guardias acompañantes. Hombres cuyas luces no sumaban la de una vela gastada —. Una vez vi como un joven engañado por los consejos de una vieja alcahueta, se deshacía en alabanzas hacia una muchacha que no hacía más que rechazarlo una y otra vez. Ser despreciable incapaz de aceptar aquello que el joven le ofrecía. Luego de mucho insistir, consiguió forzarla en un granero. Después del santo matrimonio, la muy ingrata no fue más que una ociosa que no gustaba de ninguna de sus tareas de mujer casada. Lloraba día y noche como si el matrimonio fuese un castigo.

Gadea sentía como la saliva pastosa se le atragantaba en la garganta.

El fuego de su interior le quemaba las entrañas, pero la realidad le pegaba con la mano abierta. El sacerdote no decía nada diferente a las enseñanzas que todo el pueblo recibía. Las propias escrituras en muchos casos lo dejaban claro. Ellos decían y ellas aceptaban. Ellos violaban y ellas se casaban. Maldito desgraciado. Si hubiese estado junto a la muchacha de la que hablaba, ella misma le hubiese arrancado al joven las castañas. Y de cuajo.

—Perdonadme excelentísimo —las palabras se le cortaban a raíz de la furia contenida—no todas vemos en la violación una práctica de amor. Además, si todas fuésemos como vos decís, ¿qué sería de las beatas y devotas? ¿También ellas reflejan lo peor de la creación?

—¿Beatas? ¿Cómo las de Santa María la Blanca? No me hagáis reír. ¡Esas son las peores! —Chilló para que todas las mujeres, que asustadas, se amontonaban en el marco de la puerta, lo escuchasen —. Flojas que abandonando el hogar se creen con el derecho de rogar compasión. Mujeres cargadas de pecados. Incluso las monjas, en muchos casos, carecen de virtudes dignas de loar. En sus conventos malgastan los bienes pues no es la habilidad de ahorrar ni de dirigir, ni de nada, lo que las favorece. Tontas como peces escogen abadesas igual de estúpidas. Espero que el señor algún día castigue sus continuos errores con la deformación de sus cuerpos.

—Si eso pasase no existiría varón que quisiese retozar.

—¡Solo procrear! Es lo que Dios designa. Un hombre digno de su Padre debe rechazar cualquier contacto con mujer.

—Como vos… —murmuró enrabiada.

—¿Qué habéis dicho?

Gadea sabía que debía callarse. Insinuar la sodomía del sacerdote sería hoguera instantánea, para ella. Dios le estaba poniendo una prueba muy grande a su paciencia. Y su lengua.

—He dicho que aprenderé de vuestros sabios consejos.

Fue decir la última palabra cuando el sacerdote, orgulloso con su retórica, recordó la verdadera intención de su visita. Juana por su parte, a ella era mejor ni mirarla.

—¡Ya está bien!¡Apresadles!

Otra vez lo mismo, pensó Gadea al darse cuenta de que haber aguantado la retahíla de tan asqueroso ser, no había servido más que para perder unos escasos minutos, y unos infinitos nervios.

—¿Pero a quién? —Los guardias de la justicia civil estaban tan aburridos que ya ni piojos les quedaba por quitarse.

—¡A los gatos!

—¿Los gatos?

—Los gatos.

Salvador, que hasta el momento permanecía sujeto a las piernas de su madre, se lanzó hacia el vientre del sacerdote. Si no fuese por la rápida intervención de un guardia, que lo arrojó al suelo, el sacerdote habría recibido unas buenas patadas en su masculinidad.

Gadea, al comprobar que el pequeño era lanzado como saco viejo, intentó correr a su lado, pero el cuervo vestido de santa iglesia, la detuvo por el codo.

—¡Soltadla! —Juana ordenó como jefe de tropas castellanas pero el hombre la detuvo con la furia de su mirada.

—Si os metéis, ella se va conmigo y con los gatos.

Juana se detuvo en el sitio resistiéndole la mirada y con el humo escapándosele por las narices.

—No tenéis nada contra nosotros ni los animales. Marcharos y dejadnos vivir en paz —. La educación de Gadea estaba, al completo, en la alcantarilla.

Como podía se retorcía ante un amarre imposible de liberación.

—Tengo denuncias que afirman que fueron utilizados en un aquelarre. Dicen que se aparean con brujas y que el demonio habla a través de ellos.

Salvador se puso en pie algo mareado por el golpe. Al ver a los gatos cerca fue hacia ellos para recogerlos y huir. El sacerdote, dispuesto a acabar con aquella rebeldía, alzó su vara con la mano libre para alcanzarle la cabeza, sin advertir el poder que residía en una madre asustada. Gadea, temerosa de ver al pequeño en peligro, se

revolvió tanto y tan fuerte, que consiguió girarse y detener el golpe. El error de su plan fue que no existía plan. La desesperación la hizo ponerse ella misma como escudo humano. La madera la golpeó de lleno con toda su fuerza en la sien lanzándola al suelo.

—¡Animal! —Juana gritó mientras corría hacia su hermana tumbada.

—¡Soy el arzobispo!

—¡No lo sois!

Salvador, al escuchar los gritos, miró hacia atrás. Al ver el cuerpo de Gadea tumbado y con sangre en la frente, olvidó a los gatitos para correr junto a ella. Llorando se metió entre las piernas de su tía para acariciar a su amada madre.

—Estoy bien, estoy bien —contestó mareada y sin poder centrar la mirada, pero sí escuchar el llanto de Salvador, y el temblor de Juana.

—No podéis… estáis loco… —Gadea habló intentando defender las mascotas y razón de devoción de su hijo, pero el mareo la dominó demasiado como para pensar.

El sacerdote no podía dejar de mirarla. Aquello era perfecto. La mujer herida, su hermana temerosa, y el bastardo llorando. ¿Podía existir algo más perfecto que aquello?

Erradicado el judío, erradicada la peste, pensó embargado de felicidad. Al fin la justicia se ponía de su lado. Aquellos llorarían lo mismo que él lloró por Sancho. Uno a uno les haría sangrar justicia divina.

—¡Llevároslos! Yo mismo los quemaré.

Los guardias corrieron hasta conseguir meter a los peludos en la canasta y llevárselos a maullido en grito.

Feliz, el sacerdote marchó orgulloso y ganador. Este era el inicio del final.

—Mi señora, mi señora…

Las mujeres de dentro salieron con rapidez al ver marchar a la peor de sus amenazas. Una de ellas rompió parte de su camisa y la mojó en un cubo con agua, que otra trajo veloz. Otra buscó un trozo de pan y otra rezó en alto. Y es que Gadea era tan querida como buena.

Con el frescor del agua, y la intensa atención, comenzó a sentir que recobraba el sentido pleno.

—¡Qué demonios!

La voz gruesa y conocida que escuchó en lo alto, le hizo querer desmayarse nuevamente. Las cosas empeoraban.

Bajo el reflejo del Tajo

El sol, como melocotón maduro, lanzaba rayos ante unos agricultores que recogían las últimas berenjenas. El atardecer, a punto de acabarse, se despedía de las mujeres que rellenaban las cestas con el fruto de su buen labrar. El cansancio por el trabajo bien hecho se extendía sobre unos labriegos que dormirían como ángeles por la noche, y que habían trabajado como bueyes desde antes del amanecer. El día se moría. El crepúsculo nacía.

El tajo, río ancho de fuerte caudal, regaba tanto a los grandes campos como a los pequeños, pues como toda obra del altísimo reflejaba magnificencia en su andar y en su humildad. Toledo, sin embargo, como toda gran ciudad, no cesaba de arrojarle desechos que bien merecerían enterrarse. Mas allí, justo donde uno de sus brazos se perdía entre la ladera de las rocas, el marrón intenso de la curtiembre, y otros menesteres poco dignos de describir, desaparecían para permitirle desplegarse nuevamente como lo que nunca debió dejar de ser. Lozano, claro y refrescante.

—Venid con nosotros —dijeron dos hombres de camisas zurcidas, pero con corazones sin necesidad de remendar.

Jóvenes de espíritu, pero con cuerpos algo cansados, tres de los agricultores invitaron al padre Diego a sentarse en la cima de la pradera. Encantados con quien se ofreció a ayudarles, le compensaron con la bebida de su bota de cuero. El vino, diluido con agua, estaba más ardiente que los caldos de Dominga, pero no se quejó, después de todo, bajo el intenso calor del verano, hasta el delicioso vino del Yepes le sabría igual de malo, pero agradecidamente necesario. Para rebajar el hambre, acompañaron la bebida con un trozo de queso, de esos que solo Castilla y sus granjeros sabían elaborar. Agradecido, el padre Diego aceptó sentarse junto a ellos.

En el borde de un claro, no muy alejadas, las mujeres clasificaban las verduras según su tamaño para posteriori venderlas al mejor precio. Aquí las berenjenas más grandes, decía una mientras la otra repartía los ajos y nabos. Masticando un trozo de queso, que le supo a gloria, sonrió sin dejar de mirarla. Era tan preciosa que la luz del sol se ocultaba tímida en la negra melena. Solidaria ayudaba a las mujeres como una más. Allí todas eran amigas, compañeras, familia o conocidas. Ni las religiones ni las vestimentas importaban. Todas practicando lo que se les había enseñado. Compañeras de un mismo quehacer trabajaban en el bendito acto del sobrevivir.

Concentrado en la escena dejó que la conversación de los agricultores pasase por delante sin pena ni gloria. Sus sentidos poseían una única dueña. La hermosura era un regalo que el creador le ofreciera en el momento del nacimiento, mas el esplendor de su alma

superaba cualquier ventaja física. La mujer poseía la belleza de la que muchas magníficas hermosuras carecían. Su alma brillaba a través de los ojos. La bondad era miel espesa que se le derramaba al moverse. Feliz de sentirse una más, colaboraba con la sonrisa dibujada en el rostro. Llevaba la mañana trabajando en una tarea que ni siquiera le pertenecía, sin embargo, allí estaba, disfrutando junto a una cesta de verduras que no le pertenecía y de la que no sacaría ningún provecho.

Masticando otro trozo de queso de oveja, y sin comprender cómo ni porqué había accedido a quedarse, se encontró mirándola. Y es que en un momento estaba saludando a los granjeros, para al instante siguiente encontrarse arremangado y ayudando con los cardos. Y todo debido a esa bendita mirada azabache que hipnotizaba hasta al más santo.

Fue en ese preciso momento, en el recordar de su mirada, en el que ella pareció escuchar sus pensamientos pues con delicadeza alzó la barbilla para mirarlo de forma directa y con desparpajo. Sus miradas se encontraron y Diego pudo sentir como el tiempo se congelaba. Los pájaros dejaron de cantar y las voces de los labradores se silenciaron. El sol no quemaba y el río anduvo de punta de pies para no interrumpirles.

El corazón comenzó a latirle con la velocidad de los enfermos. La respiración se le entrecortó en el pecho y los dedos se le movieron buscando alcanzarla. Y es que en ese instante el cielo dejó de reclamar. Allí no existían ni deberes ni castigos. Solo un hombre y una mujer con miradas encontradas. Diego y Blanca. Sin títulos añadidos castrantes ni limitantes. Morisca y párroco eran palabras que se perdían junto al Tajo, que cómplice, las ahogaba bajo sus aguas.

Blanca, una común preciosa. Diego, un hombre como tantos que ardía por perderse en la penumbra del bosque. ¿Qué era aquello que lo dominaba todos los días un poco más? ¿Amor? Se preguntó incapaz de dominar una voluntad que no cesaba de buscarla. No importaba dónde estuviese, necesitaba admirarla. Justamente como allí en ese momento.

Con la timidez habitual que solía poseer, hasta él mismo se extrañó de responderle con la mirada. Asustado ante el brote de sentimientos, agachó la vista. Aquello no estaba bien. No debía desear. Y es que deseaba como nunca antes. Deseaba que ella lo buscase. Deseaba que se acercase y le hablase. Deseaba que lo soñase, que lo recordase y que sus labios se humedeciesen con su nombre. Deseaba lo más imaginable y lo pecaminoso. Lo deseaba todo. «Por Dios bendito», se dijo deteniendo el más mortal de los pecados. La lujuria.

Atragantado por la saliva del deseo, reclamó nervioso la bota de cuero. Tras un inmenso trago se quemó la garganta y un poco más allá. La carne dolía como los demonios, pero aquello no significaba

nada ante el calor que le causaba su sola vista.

Los hombres continuaron con el parloteo y él escuchaba sin escuchar, pues era cuestión de un corto tiempo que su mirada indómita se alzase buscándola. Y así fue. Con el temblor de los que nada sabían de aquello que sentían, murmuró un Ave María suplicando a la madre de las madres por un poco de frescor, pero aquel calor le nacía desde las entrañas. No llegó ni a la mitad de la petición, cuando la cabeza inconsciente se elevó hacia la rivera. Buscándola, otra vez.

En un principio no la encontró, y tal fue su asombro, que nervioso estuvo a punto de levantarse del sitio, hasta que al fin su insistencia la reconoció. Algo más relajado, y sin desear analizar el por qué no verla lo perturbaba tanto, la descubrió disfrutando como una niña. Le trenzaba los cabellos a una pequeña de rubios rizos mientras tarareaba lo que seguramente sería una preciosa canción. Desde tan lejos no podía escucharla, pero que otra cosa más que dulces melodías saldrían de unos labios tan rojos y carnosos como los suyos.

Relajado al tenerla en el centro de su mira, continuó masticando una madura ciruela. Dejando volar su inteligencia grabó cada detalle de su delicado cuerpo. La larga melena se encontraba trenzada en dos pequeñas tiras. Una a cada lado, remarcando el óvalo perfecto de un rostro que solo los ángeles deberían poseer. Los ojos, rasgados y anchos, poseían la capacidad de hablar sin palabras. Era toda una dulzura, excepto cuando se ofuscaba, recordó divertido. Hubo un día en que la joven lo acompañó a visitar a un enfermo con las fiebres.

En un principio temió por la seguridad de la muchacha, pero luego temió por la integridad del pobre carnicero. Grandullón de casi dos metros agachaba la cabeza ante los regaños continuos de la curandera. No quería lavarse, mas la morisca no solo lo obligó a hacerlo, sino que además le prohibió escupir en el suelo, o se vería con ella y su aguja. El saco de músculos bajó la cabeza y obedeció cual corderillo asustado. Y es que así era la morisca. Bella por fuera, temible por dentro. Seguramente albergaba un interior una intimidad ardiente que… ¡Jesús Santo! ¡Qué me pasa!

Siempre se creyó un joven avispado y bastante instruido. En el monasterio le enseñaron a leer y a pensar. Comprendía el dolor en todas sus expresiones y respetaba el error. Ayudaba a los pobres y comprendía la naturaleza divina de las mujeres. Creía en el Señor nuestro Dios y honraba las leyes de la creación. Como fiel siervo del Divino aceptaba sus responsabilidades y acataba las penas terrenales como futura recompensa en el reino de los cielos. Santificaba los frutos y los alimentos, y aunque no luchaba por la política, la comprendía. Sus acciones, practicantes más del nuevo testamento que

de la antigua Biblia, se basaban en la caridad al prójimo, pero siempre aceptando el total de los santos escritos. ¿Entonces por qué no comprendía que era aquello que le subía por el estómago y no le dejaba ni dormir?

Llevaba una semana en donde la locura lejos de aplacarse se le intensificaba. Los rezos no valían de nada. La razón no pensaba. La piel ardía por las noches más que de día. Sin ir más lejos la noche anterior suplicó al Cristo por su protección o la muerte, sin embargo, el Hijo del Padre no le escuchó. Ni para eso ya servía.

Crueles debieron de ser sus actos para que hoy el cielo lo castigase con semejante dolor. Pues sentir a Blanca cerca era como sentir que el corazón le cabía en un puño y lo presionaban hasta quitarle los latidos.

Perdido en sus pensamientos, que no en su vista, observó como uno de los jóvenes agricultores se acercó a la muchacha con aires de toro bravío. Los dedos se le cerraron con fuerza. Podía sentir como el deseo de ahorcar al muchacho, para luego ahogarlo, y después quemarlo en una hoguera, eran sentimientos que le brotaban desde el pecho para viajarle hasta los puños.

—Dios… perdonadme… perdonadme… —murmuró reconociendo otro sentimiento jamás alimentado por él. Los celos.

En ese mismo instante, en el que estaba rogando a Dios por su perdón, el joven le puso la mano en la cintura y Diego a punto estuvo de saltar del asiento. Y no, él no sabía nada del arte de luchar, pero no le importaba recibir si con ello daba. Y deseaba dar y mucho. Ese gallito se llevaría golpe tras golpe hasta dejarle ese bonito rostro desfigurado. Feo, arruinado, y más feo. Menudo tonto era si creía que una mujer como Blanca se dejaría embaucar por unos ojos azules de niña y un mentón sin cicatrices.

Blanca, era una Diosa griega, una flor en el lodazal, una inteligencia única. Una brisa fresca de… «¡Bien! ¡Así se hace!» Gritó para sus adentros al ver como la muchacha rechazaba sutilmente al feo, asqueroso, desagradable, pordiosero y con aires de gallo de corral. El pájaro desplumado se marchó derrotado, y él se puso en pie con tranquila felicidad.

Llevado por un hilo fino e invisible que lo acercaba a su lado como riendas de semental a su dueña, caminó directo hacia su destino. Se miraron y el tiempo otra vez se detuvo, pero esta vez no le tomó desprevenido. Permitiendo que el demonio se hiciese con el poder de sus actos, se dejó llevar por los deseos. Sin pensarlo se detuvo a solo dos pasos de ella para sonreírle como un niño tonto. Un suspiro profundo salió de su pecho frente a una dulce mujer que le regaló el brillo más sincero. ¿Sería tal vez…? ¿podría ella sentir lo mismo que él? ¿Era aquello tan profundo algo de… dos?

Blanca nunca bajó la mirada. Valiente como ninguna, lo retaba, y él le hubiese contestado, si supiese qué decir. ¿Qué haría un hombre en su situación? Maldita fuese. ¡Él era un hombre! «Pero uno castrado», se dijo sintiendo como el dolor del rechazo le penaba el alma. No deseaba hacerlo. Las manos le picaban por acariciarla, pero no podía. No debía.

—Lo siento… —murmuró esperando una comprensión que no sabía si obtendría.

Blanca dejó caer los párpados con tristeza y él quiso caminar los dos pasos que faltaban para lanzarse a sus pies, besarle las manos, y pedirle un millón de oportunidades. Pero no dijo nada.

—¡Vamos a jugar! —Unas niñas se acercaron a la morisca y tironearon del vestido y mangas hasta llevársela a la orilla del río. Y a punto estuvo de girarse y llorar en soledad, cuando fue asaltado por tres hombres que lo elevaron por encima de sus cabezas para luego lanzarlo al Tajo.

—¡Al agua! —Gritaron los granjeros ahogados en carcajadas mientras se refrescaban después de un caluroso día de trabajo.

Al principio se sintió molesto, pues su alma no se encontraba para juegos, mas la sonrisa de los niños consiguieron cambiarle el humor.

Blanca parecía igual que él. Quieta en el centro de un círculo de pequeñajas, se dejaba empapar por las salpicaduras al ritmo de una dulce canción. Y aunque parecía feliz, su preciosa mirada ya no emanaba ni la mitad de sus vivaces sonrisas. Y todo por su culpa.

Con la respiración nuevamente a punto de salírsele del pecho, se acercó para hacer lo que no debía, pero que necesitaba. Saberla triste era peor que su propio sufrimiento. Sencillamente no lo soportaba.

—Lo siento. Juro por Dios que preferiría mi muerte antes que…

Blanca le acercó la mano, y con la suavidad del dedo índice en la mitad de su labio, lo silenció. Y tal fue el rayo que le atravesó el cuerpo al sentir esa pequeña cuota de piel en su boca, que no pudo continuar hablando. Esa parte de su piel era suave, tersa, perfecta…

Loco por algo que no sintió jamás, estiró unos milímetros los labios deseosos. Un gesto muy poco apropiado para un sacerdote fiel a la religión como él. Pero si existía en ese momento una parte de su cuerpo que se moviese con voluntad propia, esa era su boca. Apenas un pequeño gesto. «Nada indecente», se dijo buscando en la excusa la expiación.

«Un inocente beso. Uno en un dedo. Nada más. Solo eso».

La mujer le respondió con una sonrisa escondida. Maliciosa como bruja, dulce como miel, delineó el borde del labio sin apartarle la mirada. El cuerpo se le estremeció y hubiese jurado que el cielo se

abría y los ángeles tocaban el arpa. Los pájaros parecían entonar mejor y el Tajo los transportaba a otro lugar. ¿Podía una caricia tonta ser tan perfecta?

—Blanca… — «Por favor seguid…»

—Santa María estrella de día, muéstranos la vía, Dios nos guía —. Las niñas cantaban con ilusión.

Las pequeñas, ajenas a todo más allá de su cántico, arrastraron a la morisca lejos, y él las vio marchar con un beso contenido en los labios. ¡Qué bonito era mirarla!

Los granjeros, brutos como pocos, le dieron una patada en el trasero que lo despertaron tumbándole de bruces contra el agua. Se levantó muerto de risa para sacudirse el pelo húmedo y unirse a la fiesta. Por la noche, en la soledad y junto al crucifijo, pediría perdón por lo que sentía, pero ahora disfrutaría de lo que se le entregaba. Dios daba y quitaba. Y si él decía que este era el momento de recibir, pues alabado fuese.

Vivid

Tarde o temprano. Con el sol calentando o enfriando. Bajo las nubes cargadas o disueltas. Nada llamaba el interés de Diego. La realidad se disolvía embelesada ante un ángel. La trenza azabache humedecida enmarcaba un óvalo más perfecto que el solsticio en verano. Qué hombre en su sano juicio podría quitarle la mirada de encima. Si existía no era él. El poder de atracción que la hechicera ejercía sobre sí era tan fuerte, que ni cien bueyes de arado le hubiesen apartado de allí. Las piernas se le clavaban en el sitio mientras el corazón le galopaba en círculos completos e infinitos. El tiempo reclamaba por no disolverse jamás. Estar allí, en ese lugar, en ese momento, significaba ser un aprendiz en la maestría de la felicidad. Era arañar con uñas algo tan especial que llegaba a lastimar. Y es que así era Diego. Un afortunado al que jamás faltó el pan, y aunque aquello fuese de agradecer, lejos se encontraba su vida de la verdadera felicidad. Austera y de pasos cortos, ésta siempre se le escapó huidiza. Nacido de unos padres empolvados en tierra de arar, los hábitos simbolizaban la seguridad del futuro, y aquello ya era bastante más que con lo que contaba el pueblo.

Trabajador como muchos, protector como pocos, y empático como ninguno, supo encontrar en el Cristo la única verdad de su existencia, y de su estómago. ¿Aquello era felicidad? Siempre, hasta ese último mes. Ese en el que su alma, egoísta, tonta, y sorda, reclamaba lo que antes no buscó.

Y es que la condenada mujer se arraigada cual espina de rosal. Día a día se introducía sin compasión pidiendo un poco más, y otro más. Caprichosa, abría heridas que dolían. Algo parecido al pecado en el actuar, pero sublime en el sentir, lo arrastraba sin piedad. Miles de veces se dijo que era atracción paternal, de esa que enseñaban con insistencia en el seminario para que los jóvenes no se dejasen seducir. Insistente repitió el adoctrinamiento como si el grito de un mercader en día de feria se tratase. Día a día, tarde a tarde. Lo declaró, lo escribió en notas de papel arrugado, y hasta lo introdujo en la misa matinal. Lo gritó de todas las formas posibles y lo suplicó con la mayor de las potencias, mas sus sentimientos crecían como río sin cauce. Rezando por encontrar la forma de erradicar una espina, se descubrió atravesado con las agujas de todo un rosal. La morisca lo despertaba, pero no como una hija. La necesidad brotaba por su sangre como solo un hombre fuerte podría sentir. Prohibido, prohibido, prohibido, prohibido, repetía atemorizando su propia moral, sin embargo, las manos, indómitas desagradecidas, ardían por acariciarla. Rozar esa piel del color de las almendras y perderse en el silencio de su mirada, era un sueño imposible de detener. Diego no

buscaba, él simplemente imaginaba. Con los ojos entreabiertos por la luz de sol, viajaba allí donde los actos cruzaban los límites del valor.

Un agricultor, con voz gruesa y potente, lo distrajo.

La pregunta trataba de algo que no escuchó muy bien. ¡Y cómo hacerlo! si hasta sus oídos se centraban en ella. Con una fuerte sacudida de cabeza, y algo de atención, pudo comprender algunas de las palabras del fortachón. Mareado, confundido, y poco atento, contestó mal humorado. Y no porque el agricultor le molestase sino porque en el último mes los nervios le alteraban la cordialidad.

—No puedo. Debo volver a la Blanca.

La morisca, a pocos metros, segura de haber escuchado su nombre, se acercó caminando como cualquier mortal. Una pierna y luego otra. La segunda por delante de la primera, y así de forma continuada, mas a él le pareció el andar con más gracia de todo Toledo. ¿Quizás hasta Segovia? No, maldita sea. ¡Mucho más allá! «Estoy enloqueciendo», repitió sonriendo como desquiciado.

—¿Tanta diversión os causo? —Diego no contestó, y no porque no lo desease sino porque su cerebro estaba como carne de cocido.

¿Diversión? No, no era diversión lo que ella le causaba. Pasión, alboroto, ardor, locura, fascinación. Esas sí eran sus sensaciones.

Ella era morisca, algunos la llamaban bruja con poderes ocultos, pero él había conocido a muchas mujeres como para creer semejantes sandeces. Listas, astutas y trabajadoras, puede que fuesen, pero sobrenaturales, no. Y así lo creyó hasta justo en ese momento en el que la pícara entrecerró los párpados. ¿Sería, tal vez, que pudiese leerle los pensamientos? Sonrojado al imaginarse descubierto miró hacia otro lado. ¿Que qué lado? ¡Cualquier lado! Uno que ocultase un corazón mareado y atontado.

—Por favor, padre Diego —Y allí estaban otra vez, los granjeros suplicando por algo que no había escuchado. «Atontado, mareado, y ahora sordo. ¿Alguna prueba más Dios?»

—Imagino que con vos sí que contamos —. La más anciana, al no recibir contestación del párroco, preguntó a la morisca. Ella conseguiría lo que tanto buscaban.

Jimena, de largas canas, preguntó a quién sí le respondería, pues desde la llegada del Padre Diego, supo apreciar que entre aquellos dos se cocían lentejas, y a fuego lento. Indiferente a lo que sucediese con esos, no lo comentó. Los años le enseñaron que la gente usaba las palabras cuando no las necesitaban y las callaban cuando debían hablar.

No, sus ojos cargaban demasiado como para importarle lo que sucediese más allá de su portal. Necesitaban bendecir las tierras, del resto que se ocupasen los que con boca ancha no conociesen los beneficios del buen callar.

—Por supuesto que me quedo con vosotros —Blanca contestó a una anciana que se felicitó por su astucia —. Diego, esta gente os necesita. No podéis negaros.

Las mejillas enrojecidas como manzanas ardían por su declaración, y Diego ardía por mordisquear ese pequeño trozo justo en el lateral derecho del labio. ¿Que si podía? Por supuesto que podía. ¡Era contra ella que no podía!

Al notar sus fortalezas debilitadas, la anciana atacó con la espada de la experiencia.

—Las pestes nos han llevado a muchos. Poco es el cultivo que conseguimos recoger. Padre, bendecid nuestras tierras y rogad porque el Señor nos ilumine y podamos vender el total de nuestros cultivos. Los tributos son altos y no todos nos ven como personas de bien. Vos mejor que nadie deberíais comprendernos.

Sacudiendo la cabeza, y olvidando por un momento a la morisca, al fin pudo centrarse. Diego sabía exactamente a lo que se refería con ese: "no todos". Nobles, altos burgueses, o piojosos venidos a más, todos apoyaban su ascenso pisando a quien más abajo estaba. Agrios en sus discursos, disfrazaban de legitimidad su arrastrado actuar.

—Por favor, Padre —. Dijeron cinco de los agricultores.

—Por favor —. Replicó la anciana ocultando la astuta mirada.

—Por favor —. Pronunció Blanca captando el total de su atención.

Debería conservar su palabra. Debería decir que no y no mirarla… derrotado.

—Lo haré.

Los trabajadores corrieron a preparar un escenario improvisado. Tras ellos la anciana no cesaba de darles instrucciones cual poderoso capitán. Cuando todos marcharon, y la morisca se dispuso a acompañarlos, la mano del párroco, cariñosa pero decidida, la sujetó por el codo.

—No siempre podréis manipularme.

—Diego, dejad de pensar. Dios no os quiere tan serio —. Dijo mientras le dibujó la más amplia sonrisa.

El hombre tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no caer rendido a sus pies y suplicarle que jamás lo dejase. Esa piel brillante, esos ojos ardientes, esos labios húmedos, ese dulzor al pronunciar su nombre.

—Y decidme: morisca, ¿sabéis vos lo que Dios desea de mí?

La muchacha, que comenzaba a darle la espalda, se giró para hipnotizarlo con el poder de su negra mirada. El la llamaba por su apodo, la estaba provocando, pues bien, aquí estaba su respuesta.

—Vivir, Diego. Dios desea que viváis. Vivid.

—¿Consideráis que no estoy vivo? —La sonrisa del joven fue de todo menos inocente, lo que llevó a la muchacha a responderle con el mismo espíritu arriesgado.

—No soy yo quien deba responder esa pregunta. Solo vos, en la profundidad de vuestra alma, poseéis la verdad.

—¿Y cómo puedo alcanzar tan hondo destino sin morir en el intento?

—Con energía y deseo. Decidme, Diego, ¿sois más de energía o de deseo?

—Ambos, mi querida hechicera. Ambos —. El joven sentía como el alma saltaba alocada en su interior. Blanca, experta en el arte del amor, lo provocaba con total intención.

Acercándose como cazadora, se movió con lentitud hasta que sus alientos se rozaron. Con suavidad y lentitud alzó la mano y la apoyó justo encima del alocado corazón.

—Pues entonces la encontraréis aquí, escuchad. Sus pasos os guiarán hacia la verdad. Él os llevará con deseo allí donde deseéis ir. Papam, papam, papam…

La palma delicada golpeó con ritmo el centro de su pecho y Diego cerró los ojos en un acto instintivo. El corazón se le abría con cada palmada. El aire olía a ella. El camino era su calor. El destino, su pasión.

—Escuchad —repitió al verlo tan entregado—. Aquí nace la única verdad. Vuestra verdad. Aquí reside solo lo que vos conocéis. Oid. Él os confesará sus secretos y os mostrará el sendero.

—Blanca… —Murmuró con los párpados cerrados.

—Estoy junto a vos.

El párroco abrió los ojos lentamente.

—Hechicera… me habéis enseñado el camino de la verdad, mas mi alma se acobarda ante la tristeza de la realidad. Yo os… Yo… no debo. Blanca, no puedo.

Diego sintió como que mil hombres se le subían en los hombros y lo tumbaban al suelo derrotado.

—El problema no está en el poder sino en el querer. Vuestro corazón ha hablado, depende de vos caminar con la verdad o el engaño.

Blanca se giró hacia la multitud que lo esperaba. Caminando con lentitud y balanceando las caderas, lo dejó temblando y sin respuesta.

«Depende de vos la verdad o el engaño». Maldita mujer, ¿creía siquiera que por un momento no se lanzaría a besarla y amarla hasta perder el control? ¿Pensaba tal vez que su alma no se moría por ser un agricultor cualquiera y arrastrarla hasta los placeres de la noche? Daría años de vida por poder sujetarla por las caderas y perderse en su

amar. ¡Claro que la deseaba! ¿Pero qué sería después de él? ¿Qué sucedería con su integridad? ¿Qué sería si lo único que poseía se esfumaba?

"Escuchad al corazón para saber la razón del vivir". Maldita fuese. ¡Ya sabía la verdad! La tenía clavada como una corona de espinas de rosal.

—Padre Diego, todo está listo. Vamos.

Una niña le sujetó su mano y lo llevó hacia donde los agricultores lo esperaban. Sus pasos fueron lentos, y no porque temiese la misa de bendición, sino porque por primera vez no se sintió merecedor. Las prendas de párroco comenzaban a resbalársele por el alma. Diego se sentía menos cordero de Dios y más hombre.

Delante de un tronco viejo que hacía de mesa, buscó en la repetición de las palabras acabar con un acto en el que en justo en ese momento no creía. ¿Cómo podía bendecir cuando se sentía tan pecador?

— El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia, riges los pueblos con rectitud y gobiernas las naciones de la tierra. Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor, nuestro Dios. Que Dios nos bendiga…

Los granjeros agacharon la cabeza ante el Salmo 66 y él los miró mientras repetía las palabras. Todos tenían la cabeza gacha. Todos menos ella. Con rostro altivo lo retaba. Estaba triste y enfadada, él lo sabía, no era tan ingenuo como para no comprender las heridas de mujer. Su ferviente moral le dijo que dejase de mirarla y se centrase en sus palabras, pero su corazón no cesaba de gritar: "Lo siento… lo siento…"

Cuando hubo terminado las bendiciones, todos alzaron las miradas, y el hechizo entre ellos terminó.

Ocultando su propia pena, esperó a que ella se despidiese del último de los granjeros para caminar juntos hacia el beaterio. La solución más lógica hubiese sido salir de allí corriendo y que otro de los hombres la acompañase. Olvidarse de aquel día y desaparecer de su vista, sin embargo, aquello ya no era posible. Si no podía poseerla como hombre la acompañaría como amigo, porque si sufrimiento era no poseerla, pena mayor sería ni siquiera verla.

Caminando sin hablar tomaron el camino más largo. Quizás porque ninguno de los dos desease separarse.

—Esperad —. La muchacha se detuvo ante un zarzal cargado

hasta doblarse —. Probad.

Ella apartaba su disgusto anterior transformándose de oruga a mariposa, mientras que él se sentía más cerdo que nunca. No la merecía. Ni su cariño ni su sonrisa ni su amistad.

—Blanca…

—Vamos Diego, solo un mordisco. No toda —advirtió acercándole la más grande de las moras.

Obediente mordió un pequeño trozo del fruto prohibido.

Feliz con su acción, ella lo miró mientras se introducía en la boca el resto de la pieza que tiñó de rojo sus labios. Con lentitud sacó la lengua, y arrastrándola por encima de la abultada carnosidad, sonrió orgullosa. Y Diego sintió que la voluntad se acababa allí. No podía más. La mano áspera, y sin control, viajó hacia esa comisura derecha que llevaba tiempo enloqueciéndole.

—¿Qué me habéis hecho? —Preguntó arrastrando la yema por el total del labio.

Blanca se movió con rapidez. Ese era su momento y no lo pensaba perder. Apoyando la mano sobre el rostro áspero del joven, le acarició la mejilla.

—Nada que vos no me hayáis hecho a mí.

Las frentes se chocaron y Diego suspiró sabiendo que no debía.

Luchando con su propia moral cerró los ojos. Dubitativo, se congeló ante unos labios femeninos que fueron más rápidos en decisión. Inexperto y sin fuerzas para luchar, se dejó guiar.

Los labios de Blanca se depositaron sobre los suyos. El calor del cuerpo femenino lo dominó. Los labios eran vida.

Respirando de su aliento abrió los suyos. La lengua de la muchacha lo invadió, y al principio, con el temor de los inexpertos, respondió a la caricia con lentitud, mas no le llevó mucho tiempo sentirse con la sabiduría suficiente como para tomar el control.

El cuerpo ardiente de necesidad le poseyó la boca. Blanca, al instante, le entregó el poder de sus labios, mientras Diego, posesivo como nunca antes, saboreó cada rincón oculto de su interior. Ella era miel espesa y embriagante.

—Blanca… —repitió constante y respirando de su aliento en el beso.

—Diego…

El joven no sabía muy bien como lo había hecho, pero en un momento se estaban besando, y al siguiente la tenía encerrada en sus brazos apoyada contra un árbol. Juraría que él mismo la había transportado, pero a estas alturas hasta habría jurado que los peces volaban.

Llevado por el instinto más puro, la mano viajó hacia el redondeado de sus pechos para acariciarlos.

—Por Dios… —murmuró en su cuello al sentir la dulce textura de la piel —. Dios… Dios…

No fue hasta después de muchas caricias, y mucho repetir el nombre de Dios en vano, en el que Diego se dio cuenta de lo que decía. Aturdido y culpable se separó un poco. Pero solo un poco.

—No puedo, no debo… —dijo al verla con el escote abierto de par en par y los labios hinchados por sus besos —. No debo… Lo siento… —repitió al verla más bella que nunca.

Blanca, sin decir palabra, se acomodó las prendas. No reclamó. No se pronunció.

Ambos continuaron la marcha, pero ella no dijo nada. Una parte se sentía un poquito ofendida, pero la otra saltaba con brincos hasta el cielo. Diego era el amor de su vida, estaba segura antes, y lo ratificaba en ese momento. Él estaba confundido, pero ella haría todo por aclararle. Y aunque deseaba tumbarlo sobre el prado verde y hacerlo suyo, esperaría. No buscaba una tarde con un hombre, quería una vida junto a él.

En el mismo completo silencio con el que salieron, llegaron a las puertas del beaterio para ver la peor de las imágenes. Olvidándose de sus propias sensaciones, Blanca quiso correr hacia Gadea, pero Diego la detuvo en el sitio. La amiga, justo en ese mismo instante, era recogida del suelo por los fuertes brazos de Judá.

—La han golpeado —le dijo nerviosa.

—Él no ha sido —. Contestó el párroco.

—Por supuesto que no ha sido. Judá jamás haría algo así.

—Dejadlos solos.

Blanca observó como la amiga era transportada hacia el lecho, con el lateral del rostro totalmente ensombrecido por el golpe. Las uñas se le clavaron en los puños por el deseo incontrolado de correr en su ayuda, pero Diego tenía razón. Judá estaba a su lado y se le notaba demasiado alterado como para interrumpirlos.

Los hombres también lloran

Judá depositó a Gadea en el lecho con unos nervios tan quebrados que ni él mismo era capaz de comprender. Las manos le temblaban y el cuerpo se le endureció en reclamo de venganza. O dominaba la furia que le llenaba las venas o provocaría una masacre sin comparación de otra igual en la historia de Toledo.

El rostro de su mujer se ennegrecía de a momentos. Pasando del granate al marrón y del marrón al negro. Los dedos del agresor se pintaban en la delicada piel de su mujer cual pinceladas en lienzo virgen.

—¿Quién? —Preguntó apretando los dientes y contando hasta diez para contener los rayos de furia que le enardecían el alma.

Gadea agachó el rostro avergonzada, acariciándose la mejilla, y Judá sintió como las tripas se le retorcían como camisa en manos de lavandera.

—¿Quién? —Repitió con voz más grave e intentando no asustarla, a pesar de que su ser reclamaba la sangre del culpable disuelta en las aguas del río.

—El cura —. Contestó por detrás Juana, que nerviosa como nunca, no cesaba de caminar de un lado a otro —. Se interpuso en el camino de su vara cuando intentó atacar a Salvador —. El pequeño, que no soltaba la mano de su madre, asintió mientras lloraba en silencio —. El desgraciado alzó la mano y la golpeó tan fuerte que por unos momentos perdió el conocimiento.

—Lo mataré.

Judá se giró para salir de allí cuando Gonzalo al intentar detenerlo se vio arrastrado por el ímpetu.

—Soltadme o seréis el primero.

Gonzalo, de lado, y sosteniéndole con la mano el brazo, no le esquivó la mirada.

—Mi señor, juro que os comprendo, pero debéis pensar. Esto es justo lo que él desea.

—Y lo tendrá. Dejadme pasar si no deseáis que os clave la daga en el vientre.

Juana y las mujeres se asustaron enormemente, mas Gonzalo no se movió ni medio pie del sitio. Quería al amigo y respetaba demasiado al caballero como para permitirle ir directo hacia su degüello.

—Hacedlo, pero hacedlo hasta el fondo. Esa será la única forma que tendréis para que os permita marchar.

—Sea.

—¡No! Por favor. Judá… por favor…

Gadea se puso a llorar tan fuerte, que algo de la razón de padre

y esposo se despertaron en él consiguiendo detenerle.

—No es momento de furias sino de comprensiones —. Gonzalo sentenció con voz grave—. La amo tanto como vos —dijo con sonrisa sarcástica al referirse a Gadea, y ver el odio nacer en la mirada del amigo—. Guardad vuestra bravuconería para otro momento, sabéis a lo que me refiero. Os acompañaría en desangrar a ese asno mal nacido si con ello resolviésemos algo, pero me temo que es exactamente lo que busca.

Salvador se soltó de su madre para ponerse delante de su padre y comenzar a mover las manos. Con la mano derecha señaló su daga para después enumerar de uno en uno los integrantes de su familia.

—¿Dijo que se vengaría? ¿de todos?

Salvador asintió con la cabeza antes de mostrar un dedo y señalar la pelota de tela con la que los gatos jugaban. Esta vez fue Juana quien hizo de interprete de un niño que no cesaba de llorar.

—Dijo que comenzaría con los gatos para seguir allí donde os causase mayor dolor. Los utiliza para acusarnos de hechiceras. Esos peludos son su primer paso hacia nosotras.

—Bastardo hijo de puta.

Las mujeres del beaterio, quienes permanecían a una distancia prudencial, y con los oídos bien alertas, se santiguaron tres veces seguidas y sin pestañar. De Córdoba, por su lado, sujetó el hombro del amigo para hablarle cerca del oído.

—Lo desangraría al igual que vos, pero debemos pensar. Nuestra familia depende de nosotros. ¿Qué creéis que pasaría si nos cargásemos al suplente del arzobispo de Toledo? Vos moriríais degollado, pero ¿qué creéis que le pasaría a ella? Todas las desgracias serían para Gadea. Vuestro cuerpo descansaría bajo tierra, pero ella no encontraría tan buen fin. Por lo menos no uno tan rápido. Ya sabéis a lo que me refiero.

Judá presionaba los puños hasta el dolor. Quería salir a la calle y aullar de desespero. El desgraciado no cesaba en su empeño por destruir todo lo que él amaba. Estaba seguro de que estaba tras la muerte de su padre, ahora buscaba la acusación de las mujeres, y había tenido la osadía de tocar el rostro de su mujer. Dios, deseaba cortarlo en pedacitos.

Gonzalo se hallaba en lo cierto, no era necesario ser muy inteligente para conocer su próximo destino, pero como hacerle comprender a sus nervios destrozados la voz de la razón.

Alzando la cabeza se encontró con su mujer y quiso llorar cual niño abandonado. No importaba cuanto hiciese por ser un buen hombre, su presencia no le provocaba más que desgracias. Esa muchacha le entregó un apellido cargado de nobleza, amor, comprensión, sin embargo, él…

Con paso lento se le acercó y tomó su mano. La muchacha, que al principio pareció tímida, al instante se recuperó para mirarlo a la cara pero ocultando a un lado su rostro amoratado. Por amor bendito, si supiese que ni mil golpes podrían jamás estropear una belleza que emanaba de un recinto superior al del cuerpo. La joven era bonita de ver, pero aún más preciosa de conocer.

Temiendo lastimarla acercó la mano callosa hasta el morado de su precioso rostro. El dedo índice, lento y precavido, acarició las marcas que el bastardo le había provocado.

—Todo es por mi culpa. Lo siento tanto… No merecéis tanto sufrir.

—Vos nada tenéis que ver con esto.

Gonzalo sujetó a Juana por el hombro, y a Salvador de la mano, para alejarlos de allí. Su señor necesitaba recobrar la cordura y solo ella sería capaz de conseguirlo.

Al encontrarse en la única compañía de las columnas de La Blanca, Judá dobló la espalda para ocultar la cabeza y no mostrar toda la sensibilidad que cargaba su mirada. Gadea, al sentirlo tan abatido, acarició sus cabellos hasta conseguir que la cabeza amada se recostase justo encima de sus pechos.

—No es vuestra culpa. Nunca lo será. Sois el mejor hombre que conozco.

—Pedidme que os vengue y lo haré. Pedidme su cabeza en una bandeja de plata y la tendréis. Solo tenéis que pedirlo. Por favor… hacedlo. Si me amáis pedidme que lo desangre. Una palabra vuestra y mis actos serán vuestros deseos.

El rostro de su marido se alzó cargado de lágrimas y Gadea envolvió fuerte el rostro entre sus pequeñas manos. La mandíbula cuadrada tembló entre unos dedos que apenas podían rodearle. Con la misma emoción le acarició la barba. Decían que los hombres de verdad no lloraban, sin embargo, las lágrimas de Judá le parecieron la mayor demostración de amor y entereza.

—Jamás. Él no vale ni uno solo de vuestros cabellos.

—Quiero matarlo. La sangre se me calienta de pensar que os ha tocado. Quiero verlo sufrir y que deje de respirar. Quiero pisarlo y que os ruegue perdón. Tiemblo de solo pensar que se atrevió rozaros. Os amo tanto que vuestro dolor me quita la respiración.

—Yo también os amo.

—Entonces pedidlo…

—No puedo. Moriría si os pierdo. Os amo demasiado.

—Pues no comprendo que habéis visto en mí. Desde vuestra llegada a mi hogar no habéis hecho otra cosa más que sufrir. Juro que lo hice todo, y todo lo estropeé. Hasta consejos de quien no debía acepté con tal de ser mejor hombre. Todo por vos y mirad como

estáis. A veces pienso que nunca veréis en mi más que las barbas de un puerco rebelde.

—¿Consejos de amor? ¿De quién?

—El Padre Diego —. Contestó avergonzado.

Gadea contuvo la risa antes de preguntar lo más seria que pudo.

—¿Y por qué haríais algo así? ¿Cuál era vuestra necesidad? — La sonrisa de Gadea fue suave a causa del moratón y la vergüenza oculta de su marido.

—¿Mi necesidad? Qué otra podría ser que no fueseis vos. Necesitaba que perdonaseis mis errores. Mis manchas son tan grandes que necesitaba ocultarlas de alguna forma. Después de la monja y vuestra amiga creí que ya no me amabais. Temía que vuestro rencor borrase las pocas cosas que veis en mí. Y ahora esto —dijo señalando su moratón.

—Beatriz y Amice confiaron en vos y yo debí hacer lo mismo. El error fue mío. El dolor me llevó a la confusión, pero os juro que no volverá a pasar. No importa cuánto sepa de vuestros actos, mi lealtad y mi amor son vuestras. Jamás volveréis a dudar por mi culpa.

—¿Qué hombre sería si permitiese que os lastimasen y no hiciese nada por vengaros? ¿Qué mujer desearía un hombre así?

—Una que ama tanto a su esposo que sabe que él actuará con inteligencia. Gonzalo lleva razón, el sacerdote desea vuestro mal. Os odia y quiere veros sufrir. No soy yo ni vuestros hijos quienes le importamos. A él solo le importáis vos. Él os desea. Vuestro padre me abrió los ojos, y aunque he de reconocer que me costó comprender, ahora lo veo claro. No se detendrá hasta teneros, o destrozaros.

—Asqueroso sodomita.

—Vos sabréis vencerlo. Dios se encuentra a vuestro lado.

—Creo que el mal nacido también ha estado tras el asesinato de mi padre. No poseo pruebas, pero todo huele a incienso quemado —. Confesó ahogado en rabia.

—Lo imaginaba —contestó peinándole los cabellos al hablar—. Amor mío, sois más inteligente que él, la virgen guiará vuestros pasos. Lo detendréis. Confío y creo en mi esposo.

—Gadea Ayala, casaros conmigo —dijo elevando el mentón cargando una leve sonrisa.

—Ya estamos casados —contestó divertida.

—Solo una vez. Volved hacedlo una y mil más. Prometed amarme siempre.

—Me casaré con vos todos los días de nuestra vida. Os amaré siempre, Judá de Martorell.

—¿Y a Alonso De la Cruz?

—Ambos sois el hijo de la misma madre y el mismo padre.

Ambos buenos hombres, respetuosos de Dios. Ambos dignos de mi amor. Aunque debo confesaros que mi debilidad es por uno de ellos—. Judá alzó una ceja intrigado y ella le contestó en voz baja como si se tratase de un pequeño y pecaminoso secreto —Siempre seré la orgullosa esposa de Alonso De la Cruz, un hombre íntegro como ninguno, pero Judá, "El Converso", ese mi hombre. Solo mío.

—Vuestro Converso toledano, siempre vuestro.

Judá apenas acercó los labios. Temía dañarla. Era un beso de agradecimiento y no de pasión.

Con la frente de uno apoyada en la del otro, se quedaron durante un tiempo más que largo hasta que él rompió el silencio con voz grave y tajante.

—Os amo como a nadie. Haría todo por vos. ¿Lo sabéis?

—Lo sé.

—Y sabéis que lo mataré.

—Lo sé.

Gadea acarició el rostro amado rezando para que la virgen los guiase, y aquel besugo sin corazón se ahogase antes en su maldad, que en la sangre causada por la daga de su esposo. Judá no merecía ensuciar su alma con esa mugre.

Suspirando acarició la cabeza de Judá. Se le notaba más tranquilo, pero ella sabía mejor que nadie que el olvido no era su mayor cualidad. Judá se vengaría.

«Querida virgen, acompañadlo y no permitáis que lo dañen».

—Tranquilizaros, estaré bien.

—¿Acaso leéis mis pensamientos?

—Facultad de los enamorados —dijo acercándose con el total del cuerpo— Además no pienso morir hasta que os caséis conmigo. Otra vez.

—Judá…

El hombre la silenció con un beso y ella se lo permitió. No eran momentos de palabras.

Lealtad

Judá se plantó delante de Salvador un tanto descreído de sus propios sentimientos. Del niño sucio y casi medio muerto ya no quedaba ni el recuerdo. Con vestimentas tan costosas como las propias, el pequeño lucía en porte lo que en sangre no viajaba. Y es que al igual que por las suyas, las venas de Salvador transportaban simple líquido bermellón. Quizás fuese por eso que, en tan poco tiempo, el enano andrajoso consiguió prendérsele en el corazón como si de un pura sangre se tratase. Cualquiera que lo mirase, sin conocer su vida anterior, no vería en él a otro más que al mayor de los De la Cruz.

Las prendas impecables acompañaban a un jovencito cuyos modales se transformaban en perfectos según el momento y la ocasión. Aprendiz excelente, no fue más que el mejor alumno ante los mejores profesores. Su padre y Gadea consiguieron hacer con él verdaderos milagros. Si hasta hablar podía con el poder de su inteligencia y la destreza de las manos. En sus momentos de juventud, Judá no se sintió orgulloso de mucho, pero en estos de madurez, no podía dejar de sentir que pese a la mala calaña que lo rodeaba, la vida le recompensaba con frutos de alta calidad. Puede que Dios se llevase a su padre, pero a cambio le regaló un hijo adoptivo que protegería como a los suyos propios. Mejor que nadie, Judá era conocedor de la premisa de que el amor no nacía de la sangre del cuerpo sino de la respiración profunda del corazón.

Salvador lo miraba desde su corta altura elevando la cabeza, y él se sintió un súper padre. Le acaban de robar sus mascotas y golpeado a su madre amada, sin embargo, allí se encontraba, recto y valiente esperando instrucciones de quien confiaba como si de un Dios se tratase. Los ojos aún le brillaban por la pena, y aunque cargado de dolor, seguía mirándole como si no existiese mejor caballero que él. Bendito inocente que veía cualidades que ni él mismo se encontraba.

En un acto instintivo, y plenamente paternal, le acomodó el cuello de la camisa y sujetó con fuerza en su pequeño cinturón la daga afilada y la onda de cuero. El niño, que corto en edad, pero no en inteligencia, era ampliamente conocedor de sus miradas, esperó lo que vendría. Una orden a la que no se negaría jamás, pues Judá no cargaría con su sangre, pero sí con su completa lealtad. Padre no era quien engendraba sino quien protegía, y Salvador tenía delante su único y verdadero padre. Así era y así sería. Siempre.

Con total seriedad el hombre se agachó y le habló al oído. Atento como el que más, el pequeño escuchó cada una de sus palabras antes de asentir con la cabeza. Cuando se sintió listo, estuvo a punto de salir corriendo como solía hacer siempre, pero esta vez algo lo

detuvo. Algo que lo hizo girarse nuevamente para sujetar la mano callosa de su protector y depositarle un suave beso en ese pequeño rincón entre los nudillos y los dedos.

Judá, quien se vio totalmente sorprendido ante semejante reacción, contuvo la emoción que últimamente no cesaba de acompañarle.

—Sois un buen hijo, pero seréis aún mejor hombre. Id con Dios —dijo atragantado y despeinando la limpia cabellera de su pequeño.

El niño le entregó la más dulce mirada pues su garganta no podía decir palabras, mas quien las necesitaba cuando el alma hablaba con tanto sentimiento.

—Confío en vos. Marchad.

El niño volvió a asentir antes de, ahora sí, correr hacia un destino que solo ellos dos conocían.

Judá lo observó orgulloso atravesar la puerta y correr calle abajo, y aunque llevaba tiempo sabiendo que el caballero se encontraba justo detrás, no fue hasta perder al pequeño de vista, que le habló.

—De Córdoba.

—Mi señor —respondió con excesiva educación.

—¿Ya no me llamáis cuñado? Creía que me acusabais de ser la parte más insoportable de la familia.

El Converso se giró para, alzando la ceja derecha, increparle en silencio.

—El Padre nos entrega pruebas difíciles de soportar, pero la educación obliga a simular.

Judá se carcajeó de quien no era solo un simple amigo, Gonzalo De Córdoba era un hermano. Y aunque en un primer momento, y fruto de los celos, lo tuvo vigilado, el tiempo le demostró que caballeros como aquél ya no abundaban por terrenos tan escarpados. Tras el Compromiso en Caspe, Castilla vivía tiempos complicados. Juan era un rey joven y eso no auguraba buenas nuevas, aunque, a decir verdad, todo aquello poco le interesaba. Pero no le podía ser indiferente, pues si algo aprendió de su padre era que todo debía estar bajo control. Los negocios no sumaban si no se los guiaba. Los nobles movían continuamente los hilos en su beneficio y eso le obligaba a mantenerse bien informado. Cristianos de primera, cristianos de segunda, conversos aplaudidos o repudiados, moros practicantes o herejes reformados, a él poco le importaban los títulos que se arrastraban. Con su conversión y posterior matrimonio, algunos lo veían más puro y hasta más inteligente.

—¿Estáis bien?

Judá no respondió porque no deseaba mentir a quien tanto respetaba.

¿Bien? No, no estaba bien. Su padre yacía bajo tierra, su mujer golpeada, y su hijo lastimado, y un inicio de amenaza hechicera iniciada. Sentía muchas cosas, pero ninguna relacionada con el bien. El odio le encrespaba el carácter. El humor malo lo dominaba. Deseaba vengarse. Que Dios lo perdonase pues esta vez no se detendría.

—No podéis enfrentarlo.

—Queréis decir que no debo, ¿o que no puedo?

—Bien sabéis que podéis, y de sobra. Ese sodomita moriría de miedo antes que le clavaseis el filo de vuestra espada. No es al poder del valor al que me refiero sino al deber de la inteligencia.

—Maldito desgraciado… No es el arzobispo de la ciudad.

—En funciones sí. Cualquier acto contra él sería un suicidio.

—No le temo a la muerte.

—Vuestra esposa, vuestros hijos…

—Sí, sí. No repitáis obviedades.

Judá caminó por la sala alzando la mano para no escuchar lo que no deseaba, sin embargo, De Córdoba era un obediente soldado, pero aún mejor amigo, por lo que no se silenció.

—Las ratas la perseguirían en busca de vuestras riquezas, luego se desharán de ella como estiércol de establo.

—¡Creéis que no lo sé!

—Conozco vuestra inteligencia mas no es la paciencia la que os distingue. Sois un converso mal domado.

—Debería cortaros la lengua.

—Si lo hicieseis dudo mucho que encontraseis alguien con tanto valor como el mío. Nadie os lanzaría verdades a la cara sin mojarse los pantalones antes.

—Ahí lleváis razón. Otra vez.

Gonzalo ladeo el cuello en señal de agradecimiento antes de aceptar la copa de vino.

—¿Entonces por qué siento que no me escucháis?

—Os escucho querido amigo, lo hago. No son los puñales de hierro los que empuñaré, sino los de la estrategia.

El caballero asintió antes de beber un largo trago.

No esperaba nada menos del Converso. Sabía que no se detendría en su venganza. Él en su lugar tampoco lo haría. Lo único que deseaba con sus consejos era detener los impulsos no razonados.

—Tenéis un plan.

—Siempre lo tengo.

—¿Cuándo?

—Ya comenzó.

El amigo se detuvo entrecerrando los párpados para recordar. ¿Sería que estaba perdiendo facultades? Desde la muerte de Haym, y

de eso hacía ya unas semanas, no había visto movimiento alguno del amigo. Lo siguió día y noche por miedo a que cometiese una locura, ¿cuándo se le había escapado trajín? Pensó durante unos minutos hasta que su cerebro encontró la luz.

—El niño…

—Estáis perdiendo facultades —Judá lo observó antes de continuar con sorna— y puede que algo de pelo. Decidme De Córdoba, ¿habéis engordado?

—Vuestra merced sabe cómo hacer amigos. Ahora dejad de burlaros del único amigo que poseéis y decidme que hará el niño.

—Nada que lo ponga en peligro.

—Jamás lo dudé.

—Bien, como sois más curioso que mujer ante marido llegado de la taberna, os invito a que me acompañéis y lo veáis con vuestros propios ojos. Eso si vuestras piernas débiles aún os permiten caminar.

Gonzalo se rió antes de seguir al Converso rumbo a la salida. Le gustaba verlo animado y, principalmente, controlado, pues Judá daba miedo cuando enfundaba odio, pero la bravura de su coraje no era nada comparable a cuando su inteligencia se ponía a rodar.

—Creo que me voy a divertir.

—O eso, o me matan.

—Diversión al fin.

Judá se carcajeó y el amigo junto con él.

Gonzalo estaba recogiendo la capa cuando la mano dura y segura del Converso lo detuvo por el hombro.

—De Córdoba —la seriedad en su tono de voz lo puso en alerta. Ningún hombre cambiaba tan de repente su humor sino era por algo serio —. Con respecto al asesinato del jorobado, ¿imagino que no sabréis nada?

—Está muerto —respondió con la misma seriedad con la que fue interpelado.

—Eso dicen. También dicen que fueron deudas de juego. Alguien delató su escondite. Dicen que los prestamistas lo encontraron gracias a un oportuno soplo. He investigado, pero todos los rastros se pierden. Es como si alguien supiese exactamente mis preguntas por adelantado. Cada pisada borrada con sumo cuidado.

—Las ratas se mueven siempre en las mismas alcantarillas.

—Y por ello escapan —Judá dijo mirándole a la cara.

—Nadie escapa a la justicia de Dios. Nadie.

Gonzalo se puso recto y se giró para enfundarse en la capa, cuando las palabras sonaron altas y claras a su espalda.

—Os debo una. Gracias.

De Córdoba no se dio la vuelta, no lo miró, no le contestó, aun así, Judá supo perfectamente que la justicia divina necesitó de ayuda,

y De Córdoba resultó ser su brazo ejecutor.

Ambos caminaron en silencio hacia la Primada.

Gonzalo no conocía el plan ni sus consecuencias, pero estaría junto al amigo allí donde él estuviese. El Converso solía darle las gracias por su fidelidad, y aunque se las gastaba de hombre de escasa moral, prestamista, y hombre de malos humores, Gonzalo sabía muy bien el tipo de botas que calzaba. Alonso de la Cruz era un estratega del comercio y las finanzas, y Judá de Martorell, un hombre de total integridad. Celoso de su intimidad, se mostraba escasamente, y él se sentía uno de esos pocos privilegiados que podían decir sin temor a equivocarse, que lo conocía de verdad.

Con la posesión de una única espada, y un caballo cansado, Judá lo aceptó en su hogar como un familiar más. Le ofreció una vida de buena posición, y la comprensión ante su amor imposible por Juana Ayala. Cuando nadie hubiese confiado la mano del amigo nunca le faltó. Hombre con honor, llevaba más grandeza en su sangre que la que muchos exigían como realeza natural. De buen corazón, sabía esconder lo que debía para mostrar solo lo que se necesitaba.

Sí, Alonso de la Cruz era un rico comerciante que merecía respeto, pero Judá de Martorell era un hombre que merecía su completa lealtad. La mano inconscientemente le viajó hacia la empuñadura de su espada. Con ella había luchado muchas veces, y con ella volvería a luchar por aquél que muchos llamaban hereje, pues si algo le enseñó ser nieto de templario era que, ninguno de los hermanos debía permanecer en soledad de corazón. Así como Cristo ofreció por mí su alma, así estoy pronto a ofrecerla por mis hermanos… Salmo 115. Y si existía un hermano que mereciese de su ayuda ese era Alonso De la Cruz, el Converso para muchos toledanos, Judá el hermano, para él.

La Primada se encontraba repleta de personalidades de todo tipo en espera de la santa misa. Algunos resoplaban aburridos, otros rezaban temerosos, y otros, los pocos, esperaban ansiosos. El sacerdote se movía lentamente ante los últimos preparativos. Cual rey recién nombrado, el cura estiraba el pecho orgulloso por ocupar un lugar que no le pertenecía. Gadea, el padre Diego y el resto de las mujeres se hallaban presentes y en primera fila.

Con determinación caminó por el pasillo. Poco le importaba si la misa se encontraba, o no, empezada, él solo buscaba un objetivo, y lo tenía justo delante.

De Córdoba, que no se separaba de su lado, entró dos pasos por detrás. Justo el tiempo en el que tardó en persignarse y pedir a Dios que no los abandonase, pues no sabía lo que pasaría, pero aquello no sería ninguna tontería. De eso estaba seguro.

Atacad

El calor del verano intenso se perdía dentro de la majestuosa Primada. Las gruesas paredes de piedra y vidrio, retenían los excesos del exterior. Envuelto en sus largas prendas de blanco y oro, el sacerdote daba la espalda a quienes no consideraba más que ratas pobres de espíritu. Almas ignorantes que creyendo acercarse al creador no eran más que partícipes de un baile que no sabían bailar y mucho menos entonar. Idiotas que esperaban recibir de sus manos una bendición que si por él fuese quedarían de sus labios desterrada. Santas eran las escrituras y santos sus manos que la sostenían, pero desgraciado el pueblo que las recibía. Él era el único bendito entre tantos. Él era el designado.

Con las manos unidas miró la custodia eucarística dejándose envolver por ese halo de magnificencia de la que solo los elegidos eran poseedores. Pues si de entre todos los presentes existía un señalado por los designios del creador, ese era él. La palabra se hacía carne en sus labios, y la ley, acción en su vara. Sintiéndose el único hijo de Dios, el sacerdote elevó la mirada al cielo y cerró los ojos creyéndose lo que no era. El auténtico arzobispo de la grandiosa Toledo.

Los murmullos a sus espaldas lo hicieron maldecir, y por todo lo alto. Si aquellos desgraciados no respetan el ritual por las buenas lo harían por las malas. “¡Cuán dichoso es el hombre a quien Dios corrige! No menosprecies la disciplina del Todopoderoso”. Job 5.

Se giró con la ira de Dios en las pupilas cuando la presencia del hombre lo hizo sudar y no por calor. Las miradas de ambos se cruzaron quemando el uno las cejas del otro. Su presencia férrea le hacía salivar la boca pero le asqueaba las entrañas. Deseaba poseerlo con la misma intensidad que desangrarlo. O quizás las dos cosas y en ese mismo orden. Primero lo poseería por la espalda, lo ataría y azotaría hasta verle las carnes abiertas para luego poseerlo hasta hacerlo suplicar. El puñal clavado en el corazón sería el último paso.

—Vos…

El sacerdote habló con la voz pastosa del deseo físico y la crudeza de la necesidad. Llevaba un tiempo que el deseo por el hombre lo dominaba hasta despierto.

—Retenéis algo mío. Lo quiero.

—El perdón no lo encontraréis en mis labios.

—¿Por qué os pediría aquello que no deseo? Vuestro odio me reconforta.

—¡Apartaros de mi camino! Estorbáis la salvación de quienes aún pueden conseguirla.

El sacerdote movió la sotana con furia intentando hacerse espacio en el pasillo para comenzar el santo oficio, pero Judá no se

movió. Dispuesto a pisarlo si hacía falta, le encaró. Frente a frente o más bien desde arriba, ya que el Converso media al menos una cabeza más que él.

—Qué pretendéis —. Los dientes cerrados del cura rechinaron por la presión.

—Devolvedme lo que es mío.

—¿Y qué es lo vuestro? Con-ver-so.

La interrogación lenta hizo sonreír a los presentes y disfrutar a quien se consideraba el rey en la fiesta.

—Devolvedme los gatos de mi hijo.

—¿Vuestro hijo? ¿Será que los renegados os unís en vuestra desgraciada bajeza moral?

Las risas se ocultaron tras el velo de las recatadas mujeres.

Los caballeros, por otro lado, divertidos con la escenificación del sacerdote que se movía cual gallina emperifollada, no se dejaban distraer por las obviedades.

La situación, aunque banal para el poblacho, no los distraía de su auténtico trasfondo. El sacerdote se hacía con un poder cuestionable. En un lado de la mesa se sentaban quienes pensaban que el usurpador prontamente caería, sin embargo, al otro lado, se arremolinaban con las manos húmedas de usura aquellos que esperaban utilizarlo en favor de sus propios beneficios, pues Castilla no se diferenciaba de otros reinos. Con fortunas a repartir entre unos pocos elegidos, la posición no se conseguía huyendo sino participando. Y si algo sabía de conquistas a base de inteligencia, ese era De la Cruz. La muerte de su padre lo posicionó como el principal mercader desde el Tajo hasta casi las tierras de Flandes, y aunque muchos no soportaban su buena suerte, lo cierto era que preferían encontrarse a su lado que contra él. Después de todo, las monedas de oro pesaban más que las palabras de los salmos.

Como buitres expectantes presenciaban la escena esperando que allí corriese la sangre para alimentarse de la carroña de dos buenas posiciones. Estar cerca del arzobispo de Toledo era una muy buena posición, unirse al Converso, un premio para nada despreciable. ¿Quién ganaría? No lo sabían, pues si lo supiesen, otra fortuna en sus vidas caería.

El cura se engrandecía de a momentos y De Córdoba, quien no se alejaba de la espalda de su amigo, se preguntaba si Judá era tonto o demasiado listo. Judá no contestaba y cuando lo hacía era para pronunciar palabras faltas de ingenio. Gadea, quien se encontraba en primera fila de los presentes, no podía creer lo que presenciaba. Blanca la morisca, quien lo conocía desde pequeño, tampoco daba fe, por no hablar del padre Diego que a punto estuvo de salir a su rescate

dialéctico, y lo hubiese hecho si no fuese por la mano firme y encallada del cordobés que lo detuvo en el sitio. Gonzalo, que a su lado tuvo la oportunidad de luchar, y a pesar de ser uno de los recién llegados a su vida, llevaba el tiempo suficiente compartiendo estratagemas con él como para saberlo capaz de mucho más de lo que demostraba. Y si sus sentidos no le fallaban, y estaba seguro de que no lo hacían, Judá tramaba algo. Concentrado en el amigo, y esperando lo que no sabía que pasaría, sus piernas fueron golpeadas por detrás de las rodillas. Con la mano en el puñal listo para ser usado se giró para comprobar la presencia de un Salvador con la sonrisa más amplia que nunca. El pequeño, que cubría su cuerpo con una capa inmensa, la abrió de forma casi imperceptible para mostrarle la cesta que protegía en su interior. Cinco bolas peludas que dormían como bebés.

El niño, tras las piernas de Gonzalo, elevó el mentón llamando la atención de su padre, quién asintió con una ligera caída de párpados imperceptible para todos. Salvador, tan hábil como mudo, se marchó corriendo por una de las puertas laterales ante un De Córdoba que no pudo carcajearse, en el exterior, mas sí en su interior.

Una vez el pequeño se hubo marchado, el cordobés se acomodó junto al amigo para pronunciarle con voz apenas perceptible

—Recordadme nunca pelear en contra de vos.

Judá sonrió de lado mientras enderezaba la espalda como si la pérdida de tiempo se acabase y la campanada de inicio de combate tocase justo en ese momento.

El sacerdote podría haberse dado cuenta de todo si no fuese porque su orgullo lo tenía volando por encima de los techos de la Primada. Cada contestación mal respondida por parte de uno de los hombres más listos de toda Toledo, lo tenían colmado del más puro egocentrismo. Y aquello lo llenaba de placer. Ganarle al fruto de su deseo, era como poseerlo. Y eso daba mucho placer.

—Disfrutad mientras podáis de vuestra efímera realidad. Pues no es de Dios otorgarles alas a los gusanos.

—¿Cómo?

El cura, quien se creía el total vencedor, se congeló, mientras Judá se acomodaba la camisa de primera calidad.

Gadea suspiró con un poco de alegría y una gran cuota de temor. No deseaba lo que allí estaba pasando: temía por su esposo, lo amaba demasiado como para no hacerlo, pero no intervendría. Estos días había conseguido algo de claridad, y había comprobado que ese hombre dañaba con la vara de la impunidad y el descaro de los ladrones. Debían detenerlo, y si estaba de Dios aplicar la justicia divina, protegería a su marido.

Con integridad de la mujer más noble, y en el sentido más amplio de la palabra, enderezó su cuerpo tal como lo hiciese su esposo

frente a su contrincante. Ella era una Ayala y una De la Cruz, esposa, madre, amiga, y por encima de todo, una orgullosa común. Su actitud no pasó desapercibida ante los ojos de un marido que le dedicó el único gesto cariñoso que ofreciese hasta ese momento.

—¿Qué habéis dicho?

—Veo que además de tonto sois sordo. De Córdoba, ¿quizás la enfermedad que aqueja a nuestro mal llamado excelentísimo sea la que le ha hecho creer lo que no es?

—Peores cosas se han visto, mi Señor.

La majestuosidad y lentitud en la contestación hizo que Judá anduviese dos pasos hacia su contrincante para mirarlo a unos ojos que más parecían hogueras.

—¿Peores que gusanos queriendo volar De Córdoba?

—Hasta garrapatas se han conocido con tan estúpido soñar, mi señor.

Los hombres del bando del sacerdote resoplaron enfadados ante la sonrisa oculta de quienes se posicionaban junto al llamado converso, pues aquello no iba de religiones sino de puros intereses. La religión ocultaba bajo su paño de moralidad lo que sus corazones no podían ocultar: Posición, poder, y unas buenas tierras por repartir.

Judá sonrió de lado ante la contestación del amigo, y feliz al ver como el sacerdote se acercaba a pasos agigantados allí donde lo deseaba tener. Al borde del abismo.

—Maldito seáis todos los que disfrazados de nobles no pisáis más que estiércol con vuestras patas de cerdo embarradas.

La vena del cuello del cura se hinchaba con la misma celeridad que su furia, y aunque hubiese querido acertarle una puñalada allí mismo, Judá contuvo su carácter pues en su contención se hallaba la victoria. Debía ser más astuto que la serpiente y más tranquilo que una paloma.

Respirando profundo cerró los puños esperando que el recuerdo del progenitor lo ayudase. ¿Cómo actuaría él? «¿Qué haría mi padre?» Se preguntó para no cometer ningún error pues en Haym siempre se halló la sabiduría de la verdadera inteligencia. En su recuerdo se refugiaba, y a su recuerdo acudía en momentos como ese. Momentos en los que la victoria simbolizaba algo más profundo que la venganza. La libertad.

—¡Marcharos de la casa de Dios! Hereje mal nacido que ensuciáis por allí donde vais. Nada os será devuelto porque nada os ha sido robado. Esos malditos animales son la prueba de un aquelarre y merecen la condena del fuego. Esta misma tarde en plena plaza los quemaré y demostraré como el demonio habita en ellos. ¿O será tal vez que deseáis reconocer que en vuestro hogar existen brujas? Sí, ¡brujas!

La multitud, quien estaba más entretenida con la discusión que con la idea de la celebración de la misa, se cubrió la boca horrorizada con las palabras del sacerdote. Muchas mujeres se persignaron con rapidez pues aquelarre, brujas y gatos, eran demasiados malos augurios en una misma frase.

—Creí que hacía tiempo que la Iglesia no se preocupaba ya de falsas acusaciones de brujería, mas si su merced desea que entregue las pruebas que aún conservo, no será por mí que la verdad se detenga. —La mirada furiosa del Converso, negra como el más oscuro mal, hizo enfurecer a un sacerdote que comprendió el mensaje. “No me provoquéis o demuestro vuestra sodomía”. «Maldito hijo de perra», pensó al sentirse entre la espada y la pared. Deseaba con todas sus fuerzas que los techos abovedados de la Primada se abriesen y que un rayo cayese directamente en la cabeza del mal nacido.

—De la Cruz, marchad por donde habéis venido y dejad que los fieles oremos para que almas tan sucias como la vuestra se dignifiquen. En esta vida o en el más allá.

Girándose con la fuerza de los vientos, y así dar por zanjada la discusión, el sacerdote se extrañó al comprobar que el judío traidor no se movía. Con la furia en la voz habló ronco.

—¡Marcharos de mi iglesia!

—¿Vuestra iglesia, excelentísimo? ¿Ha dicho su iglesia, De Córdoba?

—Eso me ha parecido escuchar, mi señor.

—Ya veo, pues creo que no. Esta Iglesia es de todos los hijos de Dios, esta ciudad es de todos los Toledanos, y Castilla de todos los que en ella habitamos. No, no me marcho. ¿Y vos De Córdoba?

—Me temo que tampoco, mi señor.

—Maldito hijo del demonio… ¡qué pretendéis!

—Vuestra vida, excelentísimo. Vuestra vida… —murmuró Judá entre dientes y aliento contra aliento.

En la primera fila, y con el temor de lo que allí se pudiese desatar, el padre Diego de Almanzón, alma de buen obrar y mejor corazón, se dispuso a intervenir, cuando nuevamente fue detenido. Esta vez no fue la dureza de Gonzalo sino la mano suave de su amiga Gadea.

—Mi señora, esto debe parar.

—Demasiado conozco a mi esposo como para saber que estamos justo frente a lo que pretende. Padre, orad por su alma ya que en el acierto de sus palabras se ciñe el futuro de todos nosotros.

Sea

—Marchad si no deseáis que las bestias peludas carbonicen solas.

—Atreveos.

—¿Osáis retar la ira de Dios? ¡Habéis escuchado! ¡Hereje incrédulo de la fuerza del Señor!

—Es a vos a quien no temo. Dios y vos camináis por senderos diferentes, excelentísimo.

Cada vez que la palabra salía de sus labios el sacerdote sentía que la escupía sobre su orgullo. El Converso no cesaba de patentar dicha expresión como si de una exclusividad se tratase, y sí, puede que así fuese en otros lugares, pero allí, en Toledo él era el reemplazo del arzobispo y por lo tanto el poseedor de tan gran honor. El de excelentísimo.

—¡No os entregaré los malditos gatos! En un principio pensé considerar otro momento como el oportuno, pero no me dejasteis más alternativa que esta.

—Temblando me dejáis.

Gadea cerró los ojos atemorizada, ante el resto de acompañantes, incluida su hermana Juana, que no comprendían porque su marido se metía dentro de la boca del lobo y le increpaba para que apretase los dientes.

—¡Hermanos! —La voz del sacerdote quebró la frescura de las paredes de la Primada. Era una mañana de intenso verano toledano, y aunque las altas bóvedas ofrecían una frescura atractiva, la intensidad de la discusión consiguió calentar la última y más fría de las piedras —. Sois todos testigos de lo que aquí sucede. Este hombre, el que algunos bien hacen llamar El Converso, no es otra cosa más que un mal siervo del creador. Miradlo bien, pues allí en sus carnes es donde se concentra el demonio más perverso. Hoy y aquí, yo voy a demostrarlo.

—Maldito, callad antes que mi espada os atraviese.

Judá sostuvo el hombro del amigo con fuerza para detenerlo en el sitio ante un Gonzalo que deseaba soltarle su filo en la blancuzca garganta charlatana.

—Matadme, pero no silenciaréis la verdad que de Dios nos ha sido ofrecida. ¡Yo soy el excelentísimo!

—Escucho ansiosamente cada una de vuestras mentiras.

Judá continuaba frío y sin despeinarse en una Primada que se caldeaba con la indignación del sacerdote, algo que parecía asustar a todos, menos a él. Por su parte, Gadea, rezaba en silencio pidiendo a la virgen que lo asistiese. Y al parecer puede que sus plegarias alcanzasen alguna altura, pues, aunque no la virgen, pero sí su esposo,

inclinó la mirada para focalizarla de lleno en ella. Las palabras no surgieron de su áspera garganta, pero entre ellos no hacían falta, se conocían lo suficiente para comprenderse. Él le decía que se tranquilizase, que todo estaría en orden, y ella le sonrió con más temor que convicción. Era una Ayala, pero también una De la Cruz. Consiguió el título con el matrimonio, y aunque su amor por él llegó con el tiempo, hoy era una losa firme que no se movería de su lado.

En el pasado las dudas la pudieron, pero de aquellas tormentas no quedaban ni los recuerdos. Estos eran nuevos tiempos y ella una nueva mujer. Una que comprendía antes de juzgar y amaba antes que dudar. Su cabeza afirmó con seguridad, y aunque sus manos temblaban por él, su rostro le demostró que sería la piedra que necesitaba para apoyarse. Judá también asintió, y aunque su rostro continuó frío y pétreo, sus ojos brillaron con la pasión de los hombres agradecidos.

—Lo hago, pero no porque vos me lo pidáis si no porque es voluntad de Dios. Aceptad que sois un hereje fruto del pecado y ahorradnos palabrerías inútiles.

—Hijo de… —Gonzalo tragó la mitad de la frase en la acidez de su esófago atragantado.

El resto de asistentes, impactados con la acusación, comenzaron a murmurar entre ellos. Mezcla de horror, espanto, o descreimiento, se hicieron presente en sus rostros, pues si la Primada conseguía algo, era mezclar bajo sus altas bóvedas, y en partes iguales, a los dignos de bolsillo como a los agotados por el sudor. Todos rezaban al mismo Dios, bajo el mismo techo, pero no con las mismas razones. Y aunque todos se unificaban en el mismo rezar no lo hacían tanto en el pensar. Los nobles calculaban los costes y los beneficios de la acusación ante unos labradores que disfrutaban del espectáculo como una distracción que olvidarían apenas recobrasen sus labores.

—¡Anselmo! Confesad lo que habéis visto.

El joven, cuya barba era aún de tres pelos, se abrió paso entre la multitud. Las piernas tan delgadas, como su valor, caminaron asustadas por un pasillo que se abrió al instante.

—¡Hablad! Decid lo que habéis visto.

El muchacho, ayudante del ayudante de las caballerizas en la casa de los De la Cruz, temblaba como hoja. Como pudo, anduvo hasta quedar en línea paralela a su señor, que lejos de recriminarle, le incentivo a hablar.

—Hablad muchacho, no temáis.

—Mi señor, yo…

—¡Anselmo! Venid a mí y declarad delante de todos lo que vuestros ojos han sido testigos. El poder de Dios y la virgen están con vos.

—Yo…

—¡Hablad! O seréis cómplice de Herejía. Contad lo que habéis visto, ¿o será que vos también sois un hereje digno de hoguera?

—No su excelentísimo, soy un fiel devoto.

El niño contestó atragantado con los temblores que le bailaban hasta las rodillas.

—¿Al igual que vuestra madre?

—Mi madre jamás ha dañado a nadie excelentísimo. Ella es una buena mujer.

—Y esperamos que así sea siempre, querido Anselmo. ¿No es así?

—Bastardo desgraciado —Murmuró De Córdoba asqueado con la oculta amenaza del sacerdote hacia la madre del joven —. No pienso quedarme sin…

—Lo haréis —contestó Judá entre dientes y con la mirada ardiendo en llamas.

—Hablad alto y que todos escuchen lo que sucede en ese hogar de falsos cristianos.

—Mi señor… —Anselmo tembló mientras miró a un Judá que pestañeó como si lo alentase a continuar.

El joven, a medias entre hombre y niño, se persignó antes de comenzar con un discurso que parecía más estudiado que vivido.

—He visto al señor encender una hoguera y hacer conjuros para conseguir más dinero. Lo escuché invocar al demonio para que todos los comerciantes de hasta más allá de Flandes cayesen rendidos ante su poder y no pudiesen negarse a pagar por sus telas.

Las bocas de los asistentes se abrieron pronunciando una gran O, ante la sonrisa del sacerdote que parecía estar escuchando exactamente lo buscado.

—¿Estáis diciendo que él y su esposa son hechiceros?

—¡No! ¡No! La señora no. Ella nunca… ella no…

El rostro de Judá se agachó con los dientes apretados junto a un De Córdoba, que, obligado por el amigo a permanecer quieto, no cesaba de insultar con furia.

—Pero el converso sí. ¡Hablad! —El sacerdote gritó nervioso ante la posibilidad de que su declarante se arrepintiese y la confesión quedase en aguas de borrajas.

—Señor…

El joven, asustado como él solo, parecía atragantado ante una verdad de la que no parecía estar del todo convencido.

—Haced lo que se os pide. Vuestra madre nada sufrirá, os lo juro.

El incipiente hombrecillo se secó las lágrimas, que muertas de miedo, viajaban cerca de su aguileña nariz y habló. Ni las comadres

del alto arrabal hubiesen podido dar tanta información en tan poco tiempo.

—Por las noches se pone alrededor del fuego. Se unta el rostro con carbón y se corta el dedo. La sangre la pone en un cazo y la bebe. Habla en lengua extranjera y pide al cielo que lo haga rico. Tira el cerdo a las llamas y proclama el nombre de otro Dios.

Gadea se llevó la mano al corazón fruto de un fuerte pinchazo. Blanca, sujetó su mano temblorosa en el brazo del padre Diego, quien apoyó la suya sobre la de ella infundiéndole valor. Aquello no viajaba por buen camino, y aunque el aroma a podrido circulaba por el aire, el párroco quiso pensar que el Señor debería actuar, pues si allí existían buenas personas, estaban justamente del lado del acusado.

—¡Qué más podemos esperar!

—¿Un juicio justo tal vez?

—La justicia está en mis manos. Soy el excelentísimo.

—Vos no lo sois.

Gonzalo habló con la mano apretando hasta el dolor una empuñadura que deseaba usar y que hubiera usado si no fuese por la mirada del amigo que lo clavaba en el sitio cual estaca de madera.

—Callad si no queréis vos también acompañar a este infiel allí donde los ángeles rugen.

—Os juro que compartiréis vivencias de camino conmigo.

Gonzalo lanzaba llamas por los ojos e impotencia en las manos. ¿Qué sucedía con su amigo? Judá parecía dispuesto a ser quemado vivo. ¿Sería que la muerte del padre lo había desquiciado a tal punto de no ver el peligro al que se enfrentaba?

—Maldito hijo de puta, no os saldréis con la vuestra —. De Córdoba no se contuvo.

—Volved a insultarme y el honor no será más que una frase en vuestra lápida.

—¿Y quién me apuñalará? ¿Vos o uno de vuestros vándalos pagados?

—Desgraciado, seguro que los moros os lavaron el cerebro allí por tierras del Al-Andalus. Quizás vos…

—¡Ya basta! De Córdoba, id junto a vuestra esposa. Os necesita —. Judá sentencio altivo.

—¡No!

—Gonzalo…

—No —contestó con dientes apretados. No lo abandonaría. Si allí corría sangre, la suya estaría junto a la del amigo.

—Soy yo quien os lo pide.

—No os abandonaré.

—Y no lo hacéis. Id junto a Juana. Hacedlo.

—Maldito…

Gonzalo caminó varios pasos hacia atrás hasta situarse junto a una Juana que se sujetó a su marido para no caer, pues temblaba como hoja perdida de otoño.

Judá supo que aquel insulto no fue para el sacerdote sino para él, y hasta le causó un poco de gracia, mas la situación no se hallaba como para sonrisas, por lo que, frente a frente con el sacerdote, habló sin tapujos.

—Todo lo que se ha dicho sobre mi es mentira y por Dios juro que todo ha sido orquestado por quien solo desea mi mal.

—¿Decís que este joven miente?

El joven dio todos los pasos hacia atrás que pudo hasta ocultarse entre la multitud.

—Digo que esto es algo entre vos y yo.

—Esto es entre Dios y vuestra herejía. Quemaré a los gatos junto a vos.

—No sois la autoridad y conseguiré la libertad ante de lo que pensáis, lo sabéis.

El sacerdote, cuya frente brillaba por el sudor, estrechó la mirada intentando ser precavido, aunque la verdad es que moría por tener al Converso entre sus manos. Por no decir dentro de su hoguera y en llamas.

—¿Estáis pidiendo un juicio justo? ¿A quién? ¿a los gatos quizás?

—Como os he dicho esto es entre vos y yo. Que Dios decida.

—¡Que Dios decida! —Chilló la multitud.

Los nobles, que como antes se encontraban divididos, aceptaron todos, los de un bando y los del otro, la propuesta. Sea cual fuese el resultado ellos sacarían buena tajada del resultado: si el converso saliera inocente, sería ventajoso hacer negocios con él y si saliera culpable… más negocio a repartir.

—¡Justicia! —Gritó uno.

—¡Justicia! —Proclamó otro.

El sacerdote, que no se encontraba del todo satisfecho por el rumbo de los acontecimientos, continuó examinando al Converso.

—Pues entonces que la justicia civil decida —. Dijo al darse cuenta de que no podía detener los chillidos enfervorecidos de la multitud.

—Me habéis acusado de temas relacionados con asuntos de Dios por lo que proclamo que sea Dios quien decida.

Los ojos de los asistentes se abrieron como platos. Todos menos los de Gadea que los cerró con fuerza para rezar a todo volumen para que protegiese al insensato de su marido.

—¿Y si no es un juicio civil qué es lo que pedís?

La sonrisa del sacerdote se asomó victoriosa ante lo que él

consideraba la primera victoria de su corta batalla.

—Una ordalía —. Gruñó diente contra diente —. Una ordalía y que sea Dios quien decida. ¡Ordalía!

Judá habló con furia ante una gente que se echó hacia atrás ante el temor de la propia palabra.

—Estáis loco…

Las miradas de los amigos del Converso cayeron al suelo temiendo lo peor, ante un sacerdote que se frotaba las manos.

—¿Una ordalía? No sois un noble para pedirla, mas no seré yo quien detenga a la justicia divina. Que sea pues.

—¡Que Dios decida! El fuego en mi mano dictará la verdad.

—Lo dispondré todo para mañana mismo.

—No, hoy me habéis ofendido y hoy lo resolveremos.

—Sugerís que se celebre…

—Hoy y aquí.

—Tardaré un poco —. Contestó el sacerdote dudoso.

—No me moveré de la Primada, si ese es vuestro temor, ¿o será que teméis no llevar la compañía de Dios en vuestros actos? Excelentísimo.

—Sea. Hoy y ahora. Que el fuego decida.

—Sea. Que el fuego decida a quién Dios protege. ¡Fuego y Cristo!

Blanca la hechicera, no terminó de escuchar la proclama, cuando comenzó a correr por entre la gente para salir disparada hacia la puerta.

—¡Esperad! ¡Esperad! —Dijo Diego quien corrió tras ella —. ¡Blanca! Qué demonios…

—Vamos Diego, la voluntad de Dios nos espera.

La muchacha corrió calle abajo rumbo a la casa del Marqués de Villena, y aunque él la creyó loca, continuó la marcha por detrás. El sol quemaba ya en una mañana que se vaticinaba muy ardiente, pero Diego, igual corrió.

Dentro de la Primada las voces se elevaban y la gente se acomodaba a esperar. De allí no se movería nadie. El espectáculo estaba por comenzar y ninguno deseaba perder plaza para verlo.

—¿Don Sancho, no creéis que deberíamos intervenir?

—Aún no. Aún no.

Los dos desconocidos, cubrieron sus costosas vestimentas en capas de lana barata. El más anciano se apoyó en la columna y el más joven se quedó a su lado como fiel escudero.

Celos de amor

—¿Dónde vamos? —Preguntó por enésima vez con el aire apenas entrándole a los pulmones.

—Ya casi, Diego, ya casi —. Contestó con el mismo poco aliento que él.

De un puntapié nada femenino, Blanca abrió la inmensa puerta de madera de la casa del marqués. Con las manos en los laterales de las faldas, las alzó un poco para bajar por las escaleras de madera y no matarse en el intento.

—¡La lámpara de aceite! —Chilló al párroco que, aunque agitado igual que ella, capturó el cuenco encendido para seguirla de cerca.

—¿Estamos dónde creo que estamos?

—Si en quién pensáis es el marqués de Villena, habéis acertado.

Blanca hablaba mientras no cesaba de moverse de un lado a otro de la estantería del sótano. Las baldas lo cubrían. De pared a pared los cuencos de barro atiborraban las estanterías. Enloquecida buscó por varias, pero al parecer sin éxito por lo que se subió a una silla para alcanzar los botes más altos.

—Aquí estás —dijo feliz con el hallazgo —. ¡No! ¡Es veneno!

Diego, de lo más curioso, pero aún más espantado, dejó nuevamente el recipiente en la repisa. Era pequeño y con un gran tapón de color negro.

—Siento haberos asustado, pero es muy peligroso. Unas gotas derramadas en vuestra piel y estarías muerto.

De forma instintiva, y sin que ella lo notase, se limpió las manos en la camisa. No había tocado el líquido, pero mejor prevenir. Blanca por su parte, buscó una pequeña vasija de barro, y junto a una pequeña cuchara de madera, se la entregó.

—Revolved — ordenó al párroco mientras corría a por nuevos ingredientes.

—¿Qué es esto?

—Acíbar.

El párroco intentó oler la pócima, pero la muchacha que no cesaba de mover como si las pulgas le hubiesen penetrado la piel, se le acercó nuevamente con un líquido que se lo hubiese tirado encima si no se hubiese movido.

—Removed de forma constante con cada gota que agregue. No os detengáis.

—¿Para qué?

—¡Hacedlo! No tenemos mucho tiempo.

Diego aceptó la orden y se puso a girar la pócima con mucho cuidado mientras veía a Blanca concentrada contando una en una las

gotas que echaba. El líquido, bastante suelto, comenzaba a espesar en el recipiente frente a cada movimiento de cuchara. La pasta se convirtió en algo traslucido y viscoso. Y aunque no sabía ni que era ni porque la removía, no quiso preguntar. La joven estaba tan concentrada que no quiso molestar.

Diego no sabía que estaban haciendo, pero sí por quién lo hacían. Y aunque se consideraba un buen hombre, y respetaba a Judá, no podía dejar de sentir un pinchazo en el pecho al ver como ella se movía con celeridad.

—¿Es para De la Cruz?

—Sí.

Blanca contestó con otro de sus tantos monosílabos mientras se acercaba nuevamente a la estantería. Estaba tan acelerada que tiró unos de los grandes botes al suelo.

—Bürah —. Dijo mientras se acercaba para echarlo con cuidado.

Sin preguntar, lo que ella parecía no desear contestar, se dedicó a remover la pasta que ahora, totalmente incolora, se espesaba como gelatina de cerdo.

—Creo que ya está.

Blanca lo miró feliz y él se sintió morir en vida. Por amor al cielo, los celos le carcomían las entrañas. ¿Se podía no caer ante semejantes encantos? ¿Era posible mirarla y no desearla para sí? Belleza por el exterior, magnificencia en el interior, ¿qué hombre terrenal no caería rendido ante semejante despliegue de hermosura?

—¿Diego, estáis bien?

—Sí, yo… ¿esto lo salvará?

—Eso espero —contestó borrando la sonrisa.

La muchacha trasladó con cuidado el ungüento en un bote más pequeño mientras se quitaba el velo del cabello para envolverlo con sumo cuidado.

Los cabellos negros y brillantes eran pequeños ángeles cubriendo a la más bella de las diosas. Envuelto en el aura de su hermosura le preguntó con el corazón sincero y asustado. La pena y la intriga le escocían en el pecho.

—¿Lo amáis?

En su sano juicio Diego jamás habría cometido semejante error, mas la estupidez de los celos dominaban a la lógica razón. Y él, a estas alturas, se sentía un burro de orejas anchas.

—Sí —Blanca hizo una pausa larga pero no por santidad. Su experiencia era mucho mayor a la del párroco. Y aunque se sabía con mayor conocimiento en los juegos de la seducción, no era menos cierto que ella también necesitaba de un poco de verdad y aprovecharía la pregunta para obtenerla. Si Diego deseaba conocer sus

sentimientos, ella también deseaba indagar en los suyos. Después de estudiar muy, pero muy bien el rostro del apenado se apiadó de él para aclarar —. Lo quiero, mas no como vos pensáis. No os negaré que una vez creí amarlo más allá de lo normal y cometí muchos errores por ello. Errores de los que hoy me arrepiento pues no existe amor cuando solo uno es el que entrega.

—Eso quiere decir…

—Ayudo al amigo de la infancia, esa es la única verdad. El único amor que siento hacia Judá no es diferente ni mayor al que siento por su esposa Gadea. Son mis amigos y cuido de ellos como ellos lo harían conmigo. Nada más.

—Lo siento, no debí preguntar.

—Debiste y lo habéis hecho. Yo he podido y he querido responder. Ambos nos lo merecíamos.

Después de unos minutos, que se congelaron entre ellos, Blanca abrió un cofre cercano buscando una bolsa mientras Diego no cesaba de mirar a los lados.

—¿Estamos en la casa del marqués de Villena, el Nigromante?

—Sí.

—¿Cómo?

—Soy su aprendiz. ¿No lo sabíais? Veo que hay muchas cosas que no sabéis de mí.

—Eso parece —. Contestó con una sequedad que le extrañó hasta a él mismo. Minutos antes pensó en Judá y los celos provocados por su porte tan atractivo y valiente. Ahora, buscaba en el marqués el nuevo hombre destinatario de sus celos. Un hombre al que ni siquiera conocía y ya odiaba. Esto no era normal.

—¿Vos y él…? —Preguntó sabiéndose un asno.

La joven, que se ataba el bolso a la cintura, alzó la brillante mirada para enfocarla directa en su presa. No era tonta y sabía lo que el sacerdote estaba imaginando. En otra situación hubiese hecho y dicho lo que fuese necesario para hacerle comprender, pero la circunstancia era extrema por lo que necesitaba medidas iguales de rápidas y certeras. La vida de Judá dependía de su rapidez. Pero el que tenía delante no era otro que Diego. El dueño de todos sus besos a la almohada. Pensándoselo, aunque bastante poco, y pidiendo perdón a todos los santos, hizo lo que debía. Tomando un fuerte aliento y controlando la situación, se acercó al rostro, y más concreto, a los labios de su amado. Con la firmeza de las valientes movió ambas manos rodeando el rostro del joven y sujetándole con suavidad, lo besó.

Sus labios lo poseyeron con total intención. Atrás quedaron las timideces y miedos del momento para dar paso a una mujer que deseaba ser reconocida como tal. La tierna lengua se abrió paso en el

mismo instante en el que el párroco cedía su sitio. Ambos sujetaron el uno el rostro del otro. Las bocas se rozaron ante unas lenguas que tiernamente se acariciaron en un desborde inconsciente y necesitado. Labio contra labio, beso contra beso, se dijeron la verdad que ambos necesitaban.

Cuando todo pareció estar aclarado, Blanca intentó alejarse unos centímetros, pero Diego no se lo permitió. Tomando un control que desconocía, se dejó llevar por un instinto que reclamaba más.

—Otro… —murmuró sediento ante una humedad que le ofrecía la vida eterna —. Por favor… —mendigó necesitado.

Con la frescura de las enamoradas, Blanca volvió a aceptar sus labios para entregarle algo que no sabía si había entregado antes. Conocía la pasión, mas lo que entre ellos existía era mucho más. Entre ambos saltaban chispas que incendiaban los campos. Un fuego extraño, diferente, y aunque igual de ardiente a muchos, desconocido por ella hasta ese momento.

Los labios volvieron a poseerse y las respiraciones se mezclaron la una con la otra en un beso que los marcaría para siempre. Diego se sintió de Blanca, y Blanca se sintió de Diego.

Una vez satisfechos, ambos se separaron, pero con una distancia inferior al ancho de un alfiler. Diego acarició con la yema de su dedo la boca inflamada por sus besos, y se sintió tan bien, que hasta creyó estar viviendo otra vida. Una en la que él no era él.

—Debemos irnos… Judá me espera.

El párroco dejó caer los ojos ante el velo oscuro de la realidad, y Blanca, mal interpretando su reacción, se apresuró a contestar. No deseaba dar ni un solo paso hacia atrás. Él no debía dudar de ella ni de la honestidad de sus sentimientos.

—Judá es como un hermano. Nada siento por él. Os lo juro.

—¿Y yo? ¿Quién soy yo Blanca? ¿Qué somos nosotros? ¿Qué es esto? —Dijo acariciándole el rostro.

—Descubrámoslo juntos, pero ahora no. Se lo debo. Debemos irnos. Su vida corre peligro.

Diego aceptó la contestación, y la mano que lo guió hasta la salida. Estaban por cruzar el portal cuando la presencia de un hombre alto, y de buen porte, los detuvo a medio camino de la salida.

—Blanca…

—Mi señor —. Contestó con celeridad y soltando la mano del párroco.

—Os veo apresurada.

—La situación lo requiere.

El hombre, con aspecto de gran señor, tomó la mano derecha de la muchacha y la elevó intrigado hasta su rostro. Con delicadeza olió la palma ante un Diego que estaba por apartársela de un

puñetazo, cuando el hombre declaró con seguridad:

—Alcohol, bürah y…

—Acibar, mi señor —. Blanca contestó divertida por lo que Diego decidió esperar para matar al atrevido.

—Por supuesto. Será mejor que os apresuréis, según tengo entendido, ese estúpido piensa comenzar cuanto antes. Tomad mi caballo, os ayudará a llegar más rápido.

—Gracias mi señor.

—¡Blanca! —Gritó con voz grave a una muchacha que comenzaba a soltar las riendas del caballo sujeto en la puerta —. No permitáis que os descubran.

—No lo harán mi señor. Lo conseguiré y estaréis orgulloso de mí.

—Ya lo hago muchacha, ya lo hago —. Murmuró el hombre al verlos partir rumbo a la Primada.

Diego se subió a la yegua, para luego estirar la mano y subirla a ella de un empuje.

—¿Ese era quien creo que era? —Preguntó mientras apretaba las piernas para apurar el cabalgue del animal.

—Sí, acabáis de conocer en persona al mismísimo marqués de Villena —Diego se tragó su propia saliva al comprender la importancia del hombre. La muchacha, con ojos en forma de corazón, se aferró a su cintura desde la espalda para hablarle al oído.

—Es mi maestro, pero sólo eso. Existen hombres en mi vida cotidiana pero solo uno domina mi corazón.

Diego tuvo que sujetar fuerte las riendas para no detener a la bestia y lanzarse a los brazos de la mujer. Los sentimientos le desbordaban del corazón. Llevaba meses luchando contra ellos, pero haberla besado marcaba un antes y un después en él.

Sacudiendo la cabeza se concentró en cabalgar a toda prisa y no matar a nadie en el camino. En la Primada los esperaban. La joven estaba segura de que el ungüento ayudaría a salvar la vida del Converso y aquello era lo verdaderamente importante. Lo demás debería ser un problema para otro momento.

Blanca se sujetó con fuerza a su cintura y Diego al sentir el viento que le golpeaba el rostro, se imaginó un príncipe de cuento huyendo con su amada. «Tonto de mi», se dijo acariciando la mano de la que sabía que ya no se podría soltar.

El juicio de Dios

La gente se arremolinaba en una escena tan indigna como el espectáculo que se les presentaba delante.

Los curiosos, buscando el mejor sitio, sudaban como pollos junto a la ardiente llamarada. Otros, apostaban sobre el futuro del próximo manco. Y los últimos, pobres de opinión, presenciaban por el sencillo hecho de tener algo que comentar en la noche junto al hogar. El murmullo se empoderaba, y el fuego, sabiéndose el centro de atención, chispeaba como bailarina de arrabal. Después de todo, eso de asar carne humana en la catedral no era espectáculo de todos los días.

Como en una magnífica celebración, el sacerdote no escatimó en disponer todo con la mayor solemnidad, y la más amplia celeridad. La justicia de Dios se haría presente y no se podía andar con tonterías. Y mucho menos si la balanza se inclinase en propio beneficio. Porque si de algo estaba seguro era de que el Converso acabaría con la mano achicharrada.

Cientos de ramas secas, exceso de paja, y una sonrisa de oreja a oreja, eran los materiales justos para crear el escenario perfecto. Todo se disponía como debía ser. Dios mostraría su verdad allí, delante de él, y ante toda la ciudad. Las columnas, altas como postes de cielo, reflejaban el rojo ardiente de un caldero digno del mejor de los infiernos. Las altas llamaradas resplandecían ante un niño Jesús iluminado con lenguas de naranja intenso. Algunos creyeron verlo sonreír, otros decían que se volteó para no mirar. ¿Y los pobres de opinión? Esos poco le importaban.

De pie junto al fuego, el sacerdote se sentía el cordero hecho carne. Él era el representante de Dios. Él era la justicia Divina. ¡Él era Dios!

Los señores, alertas a todo, continuaban divididos por esa invisible línea que separaban los nuestros de los otros, y aunque a decir verdad la raya parecía bastante desdibujada, examinaban el momento buscando el caballo ganador. Después de todo, las líneas se pintaban para borrarse o traspasarse.

Los que en un principio se encontraban en el bando de los enemigos, observaban al sacerdote con recelo, pues no sabían si era un ser inteligente o un completo loco; sin embargo, los que hasta hacía poco pensaban en De la Cruz como un posible aliado, negaban con la cabeza el futuro de quien después de aquello no valdría ni para aguador.

La ordalía se llevaría a cabo, y aunque las leyes indicaban que la voluntad del creador se haría presente en las manos del acusado, no eran tan idiotas como para no saber que Dios pocas veces se

pronunciaba. Los acusados siempre terminaban con la mano más chamuscada que el guante de un herrero.

En un lateral, con las manos atadas a la espalda, Judá no cesaba de mirarla. Intentó infundirle unas esperanzas en las que ni la más devota de las devotas confiaría. Sin poder acercarse, ella también lo observaba. Los ojos se le cargaban de lágrimas, pero ninguna osó salírsele de las cuencas. Dios, era tan bella que ni las flores se le comparaban. Con la espalda estirada la vio mover los labios, seguramente rezaba por él. A veces hasta le sonreía sin ganas. Pobre muchacha, no merecía un marido tan desastroso como él.

«Confiad en mí, amor mío. Os protegeré. Por favor, confiad». Judá nunca abandonó su mirada. Ella era amor y su ser. Estaba allí por ella, y por ella vencería.

Gadea lo miraba con lágrimas atragantadas. Ni importaba la prueba que les impusieran, nadie la arrancaría de su lado.

La mano de Juana se le acercó en silencio y la tomó con fuerza. Su hermana le proporcionó la resistencia que necesitaba. Judá parecía tan calmado, y tan necesitado de su calma, que por ninguna razón lo defraudaría. Llevaba tantos errores a cuestas que esta vez sería la compañera que él exactamente necesitaba. Si él pedía confianza se la entregaría, si necesitaba que fuese tranquila, lo sería, y si necesitaba una curandera, lo sanaría.

—Esto es una estupidez. No lo comprendo…

Las palabras brotaron de un Gonzalo, que no cesaba de caminar con pasos cortos de un lado a otro intentando convencer a todos, pero sin conseguir la atención de ninguno.

Gadea veía al Cordobés chillar órdenes y pronunciaba insultos que muchas veces hicieron sonreír a su esposo, y aunque ella quiso responder con la misma seguridad, no pudo. Tales eran sus nervios que se hubiese caído al suelo si no fuese por la mano fuerte de Juana que la sostuvo con determinación.

—¡Soltadle los amarres!

—No —. El sacerdote contestó, y Gonzalo, dispuesto a liberar las manos del amigo, se acercó con un cuchillo, pero tres hombres lo detuvieron.

—Cobardes… No olvidaré vuestras caras.

Los hombres caminaron dos pasos hacia atrás ante la furia del caballero.

Las llamas comenzaron a tomar el color de las moras cuando el arzobispo en funciones declaró prepotente.

—Es el momento. Dios así lo dispone —. Ordenó con autoridad a unos secuaces de lo más obedientes, que quizás pensando en la recompensa que seguiría a la ciega fidelidad, o por sincera cristiandad,

fuese por lo que fuese, se acercaron al Converso y con la punta del puñal, cortaron las cuerdas que le sujetaban las muñecas.

Judá, en el sitio, no se movió. El único gesto que hizo fue el de acariciarse la piel marcada por el apriete. Estaba tan seguro y confiado, que Gadea comenzó a creer que quizás esta vez sí que la virgen los acompañaría. Después de todo ¿por qué no lo haría? Su marido era un hombre bueno y de honor. Ayudaba a mujeres indefensas y hasta les proporcionaba un telar con el que poder mantenerse. Si alguien merecía que el Señor se pronunciase de su lado, ese era su marido.

— *Gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in muliéribus, et benedictus fructus ventris tui Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus…*

No llevaba ni la mitad de la oración cuando el golpe por detrás de una presurosa morisca la hizo moverse del sitio. Intrigada se giró para increparle, pero Blanca la obligó a que no se moviese.

—No os giréis. Gadea, moved las manos hacia atrás con lentitud. Que nadie se dé cuenta.

—Pero qué…

—No me miréis. Haced lo que os digo.

La joven le habló a la nuca, y Gadea haciendo caso a la muchacha, movió ambas manos hasta la parte trasera de su cintura, pero sin saber cuáles eran exactamente sus pretensiones.

No llegó plantearse nada cuando notó un líquido frío y pegajoso sobre la palma de las manos. En un acto reflejo las movió para quitarse el pringue, pero Blanca la detuvo por las muñecas.

—Necesito que untéis las manos de vuestro esposo con este ungüento. Debéis hacerlo antes que las ponga sobre las llamas.

—¿Qué es?

Gadea estuvo por girarse y preguntarle si se había vuelto loca, o algo parecido, cuando la imagen que tenía a su lado la dejó sin palabras.

—¿Padre Diego? ¿Sois vos?

El párroco asintió mientras intentaba quitarse el barro húmedo que cubría su rostro. El pobre hombre intentaba limpiarse, pero tal era la inmundicia que lo cubría, que los intentos no pasaron de intentos. Los ojos y los dientes eran lo único que el pobre cura aún conservaba con limpieza.

—Gadea por favor, Judá sabrá qué hacer. Confiad en nosotros.

—Pero, ¿qué es?

—Es una historia demasiado larga y no tengo el tiempo. Vuestro esposo os necesita ahora. Por favor, Gadea, os lo suplico, podéis confiar en mí. Ya no soy la de antes. Os lo juro.

Gadea respiró profundo para pensar. Cierto era que los celos en

un principio hicieron a Blanca actuar como una desquiciada, mas en los actos del último tiempo no solo había demostrado ser una buena mujer, sino una buena cofrade y excelente amiga.

—Os creo. Decidme qué debo hacer y lo haré.

La voz de Blanca se le acercó por detrás hasta el odio.

—Cubrid con este pringue las manos al completo de Judá. Debéis ensuciarle las palmas y el reverso. Es incoloro, nadie lo notará. Él lo espera.

Gadea asintió mientras pensaba como acercarse a su esposo. Los hombres del cura lo rodeaban de cerca. Muchas fueron las ideas que le pasaron rápidamente por su mente, pero al ver que lo obligaban a dar los primeros pasos hacia la fogata, decidió que el papel de mujer histérica sería el más conveniente. Y el que mejor interpretaría.

Habitualmente ella era siempre la de las ideas y Juana la de las acciones, mas a circunstancias extremas, chillidos desaforados.

Con un grito seco que rebotó por las columnas de la catedral y alcanzando al pobre mural de San Cristóbal, que seguro se tapó los oídos antes de recoger túnica y salir espantado, se dispuso a interpretar. Desconcertados, los hombres se detuvieron para mirarla como a una loca posesa.

—¡No por favor! ¡Piedad! ¡Oh Dios, no los permitáis! ¡Por amor al cielo!

Los ruegos de Gadea, que lloraba como loca histérica, estaban tan bien acompañados de brazos al aire y aspavientos ahogados, que nadie la detuvo cuando corrió hacia un Judá que la esperó con los brazos abiertos.

—¡Piedad! ¡Piedad!

La muchacha gritaba tanto que, cuando se lanzó a los pies de su marido para llorarle junto a sus rodillas, ninguno la detuvo. Gonzalo, amigo fiel, y que nada comprendía, rápidamente se situó junto a Gadea para intentar acompañarla y levantarla, pues si algo sabía de las Ayala, era que jamás propiciaban un escándalo. O por lo menos nunca hasta ese momento.

—Gadea, por favor —. Dijo sujetándola por el codo para ponerla en pie.

La joven no solo no le hizo caso, sino que sujetó las manos de Judá entre las suyas, para acto seguido besarlas al aire.

—Que Dios os bendiga y que el Señor se haga presente hoy en vos. Que su verdad se demuestre.

Judá asintió con sonrisa ladeada mientras Gonzalo la sujetaba por los hombros. Los custodias que lo acompañaban, tiraron de su chaqueta para empujarlo y acelerar el momento, pero él se soltó de su empuje.

—Sé caminar.

Gadea, que al parecer se recuperó milagrosamente, se quedó mirando como el hombre caminaba hacia el fuego.

—Todo estará bien. Todo estará bien —. Repetía Gonzalo nervioso y sin saber lo que delante de sus ojos se tramaba.

Sin que nadie se percatase, Gadea se miró las manos. Ya no conservaba nada del ungüento, pero aun así se limpió en las telas del vestido cualquier indicio. A menos rastros, menos sospechas.

El padre Diego, que apenas podía mover los labios debido al barro que comenzaba a secársele en el rostro, preguntó nervioso a la morisca.

—¿Lo ha conseguido?

—Esperemos que sí… esperemos…

Alejado de todo bien, el sacerdote venido a más, y con las ínfulas del mismo Dios, habló con la confianza de los vencedores.

—Estamos aquí para comprobar la verdad del que todo lo sabe y todo lo ve. De quién no conoce de mentiras pues él las descubre y las quema. ¡Poned las manos al fuego y que el Padre celestial dictamine! El Juicio de Dios se inicia hoy aquí. Si vuestra piel se chamusca y destruye es porque Dios y su hijo han decidido que vuestra impureza de hereje os precede.

—Muy por el contrario, —gritó Judá para que todos lo escuchasen y silenciando al mal humorado sacerdote— si mis manos salen limpias, y sin llagas, será porque está de Dios demostrar que: mi sangre, mi hogar y mi familia, son tan puros como mi honor cristiano. Justicia de Dios. ¡Qué Dios se pronuncie!

—Sea —. Dijo el sacerdote mostrando colmillos.

—Sea —. Replicó el Converso cuya negra mirada se iluminaba frente a las llamas.

Judá se frotó las manos en un semicírculo cerrado antes de mirar al techo y decir en voz alta —. Que el fuego y mi mano decidan a quién Dios protege. Fuego, ardor y cristiandad —. Terminó de decir antes de poner ambas manos sobre la ardiente hoguera.

Los presentes no pestañaron. Todos miraban al Converso. Los gritos de dolor comenzarían pronto. Esperaron lo prudencial, hasta que consternados observaron el espectáculo. El joven no gritaba. Ni un sonido salía de sus labios. Ni una queja, ni una pequeña mueca. Nada de nada. La Primada no se teñía ni de llanto ni de olor a carne quemada.

Los espectadores acercaron los cuellos, pero aquello no hizo falta, pues el caballero, con seguridad en los brazos, sin quemazón, y después de lo que a todos les pareció una eternidad, alzó las manos para mostrar el fuego que ardía directamente de entre sus dedos.

—Oh —Dijeron todos persignándose a toda velocidad.

Asustados, al verlo girar con llamas azuladas en las palmas, y

por encima de su cabeza, dieron pasos hacia atrás para chocarse entre ellos. Gadea por su parte, y aun sabiendo que aquello tenía truco, tampoco daba crédito a lo que veía.

Gonzalo de Córdoba, nieto de templario y profundamente creyente, pronunció el nombre de Dios antes de sujetarse el crucifijo que colgaba de su cuello. Mientras tanto, Blanca la morisca, no cesaba de contar a ritmo lento pero certero: Cuatro, cinco, seis…

Un último giro y Judá sacudió las manos para deshacerse del resto de llamas.

Junto al mismo espectáculo que les había ofrecido al iniciar, el Converso, con los brazos en alto, mostró a todos los presentes unas manos plenamente intactas.

El sacerdote, quien no daba fe a lo que veía, se acercó furioso para observarlas de cerca. Con impaciencia las tocó intentando encontrar algo de magia, pero las muy desgraciadas no se encontraban ni tibias.

—Declarad —dijo Judá entre dientes.

—Bastardo mal nacido —. Contestó el sacerdote con rabia.

—Hacedlo. Declarad en mi favor o pido a la multitud que os apedree. Dios ha hablado a través del fuego.

El sacerdote se mordió las llagas de su propia boca para decir aquello que le causaba repugnancia, pero que debía. O declaraba en favor del Converso o la muchedumbre se lanzaría contra él por no respetar los designios del Creador.

—Parece que…

—Declarad, o por el Dios que me acompaña, que no volveréis a ver la luz del sol.

Respirando con furia el sacerdote lo encaró con la mirada, para luego derrotado, alzar las manos y dictaminar.

—Es del señor dejar constancia que su voluntad se ha hecho presente hoy aquí.

—Y qué más… —. Los dientes de Judá se juntaban en un único mordisco.

—Como representación de Dios reconozco que su presencia está en la sangre de este hombre y su hogar. Su conversión es pura y debemos dar gloria a Dios por ello.

Judá asintió con una reverencia educada y excesiva, mientras los presentes no cesaban de persignarse.

En la Primada, allí, en la misma catedral de Toledo, acababa de presenciarse el primer Juicio de Dios. El Converso era un cristiano puro y verdadero.

—Alabado sea —dijo uno.

—¡Sea! —Gritaron los demás y al unísono antes de agachar las cabezas.

—¿Mi señor, Dios ha hablado hoy aquí?

—Hijo mío, hoy Dios ha demostrado: el poder de su voluntad, la inteligencia de un converso, y la estupidez de un idiota.

—¿Qué pensáis entonces?

—Un hombre inteligente merece respeto y cuidado.

—¿Lo decís por el sacerdote? —Preguntó con la nariz arrugada ante el descreimiento.

—Ese posee la misma astucia que las gallinas descabezadas.

El joven asintió al comprender que su señor y maestro hablaba del converso quien en ese mismo momento se acercaba a una mujer de porte elegante y sonrisa como el sol.

—Buscad toda la información que sea posible. Lo quiero saber todo sobre él.

—Entiendo por vuestras palabras que…

—Continuaremos en las sombras.

El hombre de canas se cubrió con el capirote, seguido por su fiel vasallo que, sin llamar la atención de nadie, lo acompañó a la salida trasera.

No es a vos a quien deseo

Echando una mirada al converso, y santiguándose al verlo, de uno en uno fueron saliendo de la Primada. El espectáculo estaba terminado, y aunque la voluntad del altísimo se hiciese presente entre ellos esa mañana, la verdad era que los huertos y los puestos del mercado esperaban, y nada presagiaba que Dios se pasase por el arrabal para trabajar por ellos.

El sacerdote, por su parte, con la furia rugiéndole los ánimos, observaba los restos de hoguera que ahumaban sin aliento. Un paje echó un cubo de agua para derrotarlo, y aunque las cenizas se mostraban todavía rojizas, quiso acercar las manos para comprobar el engaño. Su rabia resultó ser aún mayor, al sentir como se quemaba con los simples rescoldos. Iracundo, en su cuerpo se mezclaba la furia de Satanás, con el odio de Lucifer y la envida de Leviatán. Con una nube de rayos por encima de su cabeza, intentó marcharse hacia la capilla del Corpus, pero la imagen recta del Converso delante, lo detuvo. Altivo y sonriente el hombre le demostraba su superioridad.

—Puerco…

—Veo que la Justicia de Dios no es suficiente para vos.

La sonrisa ladeada de Judá era la síntesis de la victoria y la venganza. Y aunque podía decirse que el acto estaba terminado, la postura del Converso dejaba claro que al buñuelo aún le faltaba la miel final.

—¿Qué deseáis?

—¿De vos? Vuestra cabeza rodando. Mas permitidme que hoy no sea el día. Estoy demasiado feliz y necesito volver a mi casa. Mi esposa me espera.

El sacerdote comenzaba a poner la mirada de odio que Judá tanto deseaba ver, por lo que continuó.

—Me emborracharé y la tomaré tantas veces hasta agotarme sobre su cuerpo. Caeré dormido a su lado, pero sujetándola con fuerza para no perderla. Y cuando despierte la volveré a tomar. Una vez, y otra más, hasta que las piernas ya no me respondan. Me saciaré en ella como ningún un hombre lo hiciera jamás con una mujer. Luego, agradeceré a Dios por su presencia. Después, la volveré a tomar.

—Cerdo mal nacido —dijo entre dientes.

Judá, por el contrario, se encontraba feliz. Explicar sus placeres y ver el rostro de furia de su enemigo lo reconfortaba más allá de cualquier venganza anterior. Disfrutaba ver como el hombre que lo deseaba se deshacía por dentro. Si por él fuese que se quemase vivo hasta los intestinos. Él lo disfrutaría.

—Y os podría decir que retozaría con muchas otras. A decir verdad, en el pasado no fui ningún santo, imagino que como todo

hombre —dijo mirándolo con sorna—bien, como casi todos —. El sacerdote se movió para esquivarlo, pero el recto porte del Converso se lo impidió—. Juventud alocada. Sin embargo, hoy soy padre de familia, amo a mi mujer con el alma y la deseo con la carne. Como debe ser, ¿no es así, excelentísimo?

Furioso el sacerdote lo empujó pero, sin moverse, Judá le murmuró hombro contra hombro.

—Maldito sodomita, alejaros de ella. No volváis a rozar su piel. No miréis por donde ella viene. No susurréis ni en sueños su nombre. Volved a tocarla y seréis carne de mi puñal.

El sacerdote se introdujo en la capilla del Corpus alterado y con los nervios crispados. El cuerpo le temblaba de odio. El maldito no solo se vanagloriaba de la justicia de Dios si no que le restregaba los placeres carnales por una asquerosa mujer. Una de esas estúpidas que no deberían servir más que para procrear. Una que defendía como si de una santa se tratase.

—No puede ser, no puede ser…

Se repetía constantemente al no creer ni por un momento que el propio Dios estuviese del lado de aquél infiel. Hereje desgraciado que poseía todo lo que él siempre hubiese deseado. Familia, hijos, una mujer a la que amar, y por encima de todo, a la que desear, pues de su interior era bien sabido que no nacían más que deseos por lo masculino.

Fundido en la envidia del que todo lo quiere, gritó hasta que los aullidos se hicieron lágrimas en el desespero.

Furioso, arrastró con el brazo el blanco mantel con el cáliz cargado de vino, y que por suerte no se encontraba bendecido.

Agotado y derrotado se introdujo en la habitación contigua. Allí, la oscuridad y el cilicio harían lo necesario para limpiarlo de tanta furia. El puerco había contado los placeres que compartía con su perra prostituta, y su odio era tan intenso como su envidia.

San Ildefonso lo miraba, y en su visión se quedó durante horas preguntándose hasta el cansancio.

—¿Por qué él y no yo? ¡Por qué!

La oscuridad le alcanzó. Sin palabras que repetir ni nada más que reclamar, recordó al bueno de Sancho, ese que ya no estaba a su lado ni para recibir los golpes. Ese único que había tenido y que también le había sido arrebatado.

Dios lo castigaba, eso estaba claro, pero a éste no le cuestionó, después de todo la sodomía era tan ardorosa como pecaminosa. ¡Pero por qué! Se volvió a preguntar con desesperación. Él no había escogido ser quien era ni desear a los que deseaba. Desde pequeño suspiró por los hombres. Su sangre jamás ardió por mujer alguna. Miles de veces intentó ser lo que se debía mas no consiguió más que

hondo sufrir. Tocar a una muchacha le causaba temblores de horror. Muchas fueron las veces que obligado por su padre quiso ser todo un hombre, mas no consiguió otra cosa que no fuese repugnancia y desesperación. Él deseaba ser como los otros hombres, ¿tan difícil era aceptar que día a día luchaba contra una fuerza que no podía dominar?

Ennegrecido por la niebla de unos pensamientos que no le permitían ver más allá de sí mismo, alzó como pudo el cuello agotado para mirar a San Juan Bautista y prometerle que vencería al infiel, al hereje, y al bastardo converso. Ese al que no podría poseer, pero si matar.

—Lo juro. Muerto él muerto mi deseo… —se dijo cayendo agotado en la silla.

Judá no quitó la mirada victoriosa del sacerdote hasta verlo desaparecer. En ese momento su esposa, la única persona que le interesaba, y ante un público que se dispersaba, le dedicó abierta sonrisa, y que lo llevó a sonreír perverso. Después de todo, lo que le había contado al sacerdote no fuesen ocurrencias tan alocadas, se dijo al pensar en un lecho, una copa cargada de vino, y una Gadea desnuda a su lado. Distraído en su imaginación ardiente, sonrío como adolescente cuando ella con el pasillo libre, corrió a su lado. Inconsciente de amor le abrió los brazos para custodiarla allí donde siempre la retendría.

—Gracias —. Le murmuró al oído.

Gadea respondió con un abrazo aún más fuerte a su cintura.

—Tuve tanto miedo…

Sin soltarla de su amarre, Judá alzó la mirada para fijarla en la hechicera.

—Os acordasteis…

Blanca agachó la cabeza con la sonrisa del triunfo en los labios.

—Será mejor que regresemos a casa. La mañana apenas ha comenzado —dijo Gonzalo sujetando del brazo a una Juana que sonreía tan feliz como los demás.

La hechicera estuvo por marcharse cuando la voz gruesa del Converso la obligó a alzar la cabeza.

—Blanca, venid a mi casa.

—Me pasaré más tarde.

—Ahora —contestó con seguridad ante una Gadea que apoyaba su decisión con un fuerte movimiento de cabeza —. En cuanto a vos, ¿padre Diego? —preguntó arrugando la mirada e intentando descubrir al párroco bajo tanto barro.

—Me temo que los apuros hicieron resbalar a Diego, quiero decir al padre Diego. El chiquero de los cerdos se interpuso en nuestro

camino. Problemas de caballos y su deseo por no frenar.

Blanca contestó con los labios arrugando la sonrisa frente a un Diego que asentía rojo de vergüenza.

Judá asintió con la misma seriedad de siempre antes de continuar con su directriz.

—Venid los dos.

—Yo preferiría ir al beaterio para adecentarme. Igualmente os agradezco por…

—He dicho ambos —. Pronunció serio antes de girarse tomando fuertemente a su esposa por la cintura —. De Córdoba…

—Los llevaré a ambos, quedaos tranquilo —respondió el caballero consiguiendo la sonrisa de lado de su señor antes de marcharse por la puerta principal rumbo al hogar.

Una vez caminaron la suficiente distancia para encontrarse solos, Gadea suspiró profundo. Su pecho conseguía ahondarse y cargarse de aire puro por primera vez en toda la mañana.

—Siento mucho haberos hecho sufrir, os juro que si hubiese encontrado otra salida la hubiese tomado.

—Nada os reprocho.

—¿No?

La sonrisa de su esposo hizo que la mujer, feliz como ninguna, le propinase un pequeño pellizco en el brazo al que respondió con un gesto de exagerado dolor.

—No es necesario que os divirtáis a mi costa. Ya no soy esa.

—¿Esa? Creo mi señora, que necesito mayor aclaración.

—Creo en vos y en vuestro criterio. He aprendido que no siempre podréis contarme vuestros planes. Las decisiones muchas veces deberán ser más rápidas que las palabras. Confío en vos. Jamás me lastimaríais con intención.

—Jamás —. Contestó deteniendo el andar para mirarla a los ojos. — Lo de vuestras amigas, lo de hoy, lo…

—Lo de mañana, sea lo que sea, siempre os apoyaré. Creo y confío en vos.

—Es la más sincera declaración de amor que he recibido nunca.

—¿La más sincera? ¿Habéis recibido muchas? —La sonrisa de Gadea, esta vez, se alejaba mucho de la antigua mujer celosa. La madurez, caminante incansable, la había alcanzado y a ella se había entregado.

—Ahora que lo pienso puede que algunas. A decir verdad, fueron cientos de ellas—Gadea se giró simulando enfado, pero su esposo la detuvo por la cintura continuando con el juego—pero ninguna que me interesase más que la vuestra. Encontrar vuestro deseo es mi mayor preocupación desde que os conozco.

—¿Buscabais mi deseo? ¿Qué tontería es esa?

—Una de las tantas que tengo siempre que pienso en vos.

—Aclaradme mi señor.

—Veo que no vais a dar por olvidado el tema.

—Ni por un minuto. Hablad.

—El padre Diego…

—¿El padre Diego?

—¿Queréis que confiese o no?

—Por favor —dijo mirándolo con los labios apretados para no reírse. Si no desease tanto su confesión, se lanzaría a su cuello para comerle el rostro a besos, pero la intriga femenina en esos momentos fue mucho más fuerte que sus deseos, por lo que se contuvo.

—El padre Diego dijo que si os ignoraba un poco, quizás, vos me persiguieseis y declarases vuestro interés por mí.

—¿El padre Diego? ¿El párroco?

—No es tan mal consejero, después de todo él pasa mucho tiempo entre mujeres y os conoce mejor que nadie.

—¿El padre Diego? —Gadea lanzó una carcajada que hizo que su esposo continuase la marcha con rostro pétreo. Estaba tan avergonzado que no fue capaz de ver el intenso amor que la mujer emanaba junto a su divertida sonrisa.

Sin poder contenerse, la joven corrió los dos pasos que los distanciaban para lanzarse a sus brazos y sujetarle del cuello. Lo amaba tanto que poco le importó que las señoronas del pueblo la mirasen como a una descarada.

De forma directa y sin permiso de nadie, sujetó el cuerpo del hombre que más amaba y le acercó los labios para besarlo como en sus mejores noches de pasión. La plaza del Zocodover, junto a los transeúntes que en ella se encontraban, se giraron disgustados ante una efusividad que recordarían por mucho tiempo después.

Judá, preso de su mismo calor, la sujetó para la levantarla en volandas y arrinconarla junto a la pared del antiguo mesón. Allí, bajo un oscuro rincón, respondió con la misma intensidad con la que fue atacado. Labio contra labio, y respirando agitados por una pasión que al encontrarse en la calle debía ser contenida, Gadea tomó la palabra, y algo de aire.

—Os amo más que a mi vida. Sois mi hombre pero por encima de todo sois mi amor. A vos me entregué el día que os acepté y a vos me entrego cada día que veo amanecer. No volváis a buscar lo que ya es vuestro.

—Todo lo que hago es por vos. No poseo destino sin vos. Vuestra falta me destruiría.

Gadea dejó que las lágrimas de la emoción circulasen por el rostro pues no se avergonzaba de ellas. Llevaba muchas derramas por pena como para detener aquellas que nacían del más hermoso sentir.

—Tuve tanto miedo.

—Estoy entero gracias a vos.

—Fue Blanca quien depositó el ungüento en mis manos —. Contestó con sinceridad mientras le acariciaba la barba.

—Lo sé.

—Lo planeasteis todo.

—Debía detener las amenazas sobre vos y nuestra familia. Las acusaciones de la impureza de sangre os persiguen por mi culpa.

—Os arriesgasteis demasiado.

—Ese maldito no cesará con los ataques. Esta era la única forma de centrar la guerra entre él y yo. Vos y los niños estáis a salvo, es lo único que me interesa.

—¿Por qué desea tanto vuestro mal? No lo comprendo.

—Poco me importa—dijo esquivando lo que sabía—llegados a este punto solo podemos prepararnos para la gran batalla.

—¿Creéis que seguirá?

Judá la abrazó atrapándole el rostro contra su torso pues no deseaba más preguntas, y mucho menos responderlas.

«¿Qué si continuará con sus ataques?» Por supuesto que lo haría. Y ahora más que nunca. La ordalía fue un ataque directo al sacerdote y este no reaccionaba nada bien a las heridas. Le había clavado una puñalada certera y profunda en el centro de su orgullo. Proclamar la pureza de un converso, en la mismísima catedral, eso era algo que el sacerdote no perdonaría. Y si a ello le sumaba el detalle de la pasión por su esposa…

Sin perder ni un minuto más en el malvado, Judá besó los cabellos de la muchacha antes de continuar el camino rumbo a su hogar. Allí lo esperaban las únicas personas que en verdad le importaban.

Amigas

Blanca entró a la casa del Converso con la sonrisa en los labios, no así su compañero, que cargaba con un humor aún más reseco que el barro que arrastraba consigo. La falta de higiene le provocaba una intensa incomodidad, y aunque las articulaciones se le endurecían como cerámica cocida, aquello representaba una menudencia ante la alegría de la hechicera. Sentirla con la felicidad brotándole por los poros, acrecentaba su sensación de incomodidad. Y no solo la física.

Los malos sentimientos nacían desde sus entrañas como ácido quemándole por dentro. Se sabía en autor de repugnantes pecados, esos aún más despreciables que los actos, pues el látigo dañaba el cuerpo, pero el egoísmo laceraba la pureza del alma. Y él era dueño de unos celos que abochornaría al mismo Satán.

Una mitad agradecía que todo resultase bien, pero la otra, la más escondida y profunda, envidiaba al artífice de la felicidad en su delicado rostro. Pues si la belleza suprema se describiese con alguna palabra, él no la conocía. La muchacha era un lienzo puro y radiante. Sus pupilas iluminaban como mil cirios prendidos ante una sonrisa imposible de ocultar. Ni la pena más grande ahogaría la dicha, que como manantial, en ese momento le brotaba.

Caminando junto a ella le resultó imposible meter bocado entre las mil palabras que la mujer contaba al compás de sus saltitos alborotados. «¡Es increíble! ¡Funcionó! ¡No me lo creo!» Repetía a grito de corazón. Estaba tan pletórica que no hacía más que lastimarlo. Menudo buen párroco, se dijo sin poder contener como religioso lo que su corazón de hombre alimentaba. Si por él fuese la arrastraría hacia el lugar más lejano, luego la besaría como el sediento más necesitado. La retendría allí donde nadie más que él la poseyese y mucho menos la hiciese sonreír. Junto a él olvidaría a Judá, maestros nigromantes o cualquier otro hombre que algún día hubiera conocido. «Dios bendito», se dijo temblando de impotencia y avergonzándose de sus propios sentimientos.

Juntos llegaron a la puerta de entrada, pero no la atravesaron juntos, pues los pies de Blanca fueron mil veces más rápidos que los suyos. La joven no solo apresuró el andar, la algarabía se le escapaba radiante: Directa, insistente y sin vergüenza. Con la dicha pegada en el rostro anduvo por el jardín hasta encontrarse en la sala. Llevada por los vientos de la fortuna corrió hacia el dueño de casa para fundirse en un abrazo que él aceptó gustoso. Y a pesar de la compañía de su esposa que se encontraba a su lado.

—Gracias al cielo —dijo abrazando a un Judá que aceptó su amarre—. Sois peor que cuando erais un niño.

—Debo daros la razón en ello —. Gadea contestó con igual

traviesa voz.

—Mi señora —contestó Blanca al darse cuenta de su terrible atrevimiento. Estaba tan feliz porque todo hubiese funcionado que no pensó. Su alegría le hizo abrazarse al amigo sin advertir de su inmensa imprudencia. Incómoda intentó liberarse, pero el Converso la sujetó por el hombro.

—Gracias Blanca, os debo mis manos y la paz de mi familia.

Judá habló con la vista hacia un lado para mirar a su esposa quien asintió conforme con su declaración.

Nerviosa, Blanca insistió en soltarse de su amarre pues no deseaba por nada del mundo enfrentarse a la mujer que también consideraba una amiga. Y una de las buenas.

—Vuestra esposa hizo lo más difícil.

Gadea, quien comprendió su timidez, habló tranquilizándola.

—Mi esposo dice una gran verdad. Ambos os debemos la paz de nuestro hogar. Siempre estaremos en deuda con vos.

Judá la soltó para pegarse junto a su mujer y sujetarla por la cintura afianzando así su contestación.

—Es mi amigo de la infancia y vos sois la mejor amiga que he tenido jamás. Siempre estaré para vosotros. Ya no soy la de antes. Os lo juró.

—Vuestros actos han sido más fuertes que vuestras palabras. Yo también os considero una gran amiga. Siempre contaréis conmigo. ¿Somos o no somos unas comunes?

—Lo somos.

Gadea se adelantó para sujetarle las manos con lágrimas de agradecimiento en las pupilas, ante los dos hombres que permanecieron inmóviles, envueltos en sus propios pensamientos.

El Converso no se distrajo ni un segundo de la imagen de su esposa abrazada a la Hechicera. Gadea, no solo no se molestó por el abrazo, sino que supo comprender la algarabía de la muchacha. Y eso lo llenó de orgullo.

Su mujer no sentía celos pues se encontraba con la seguridad plena de su amor, y aquello, lejos de alterarle la vanidad, lo rebasó de satisfacción. No, su esposa no era una común, Gadea era una mujer con todas las letras completas. De esas que silenciaban con prudencia, actuaban con astucia, y hablaban con compasión. Mujeres comunes con esencia compleja. E inteligencia completa.

Por su parte, y muy al contrario del Converso, Diego agachó la mirada pues el remordimiento de la conciencia no le permitió alzar las mejillas. Como un borracho de taberna no fue capaz de ver más allá de su redondeada nariz. Confundiendo cariño con lasciva, ensució la imagen de los que se querían con la sinceridad de la amistad.

—Espero que os quedéis a comer con nosotros. Sois mis

invitados —. Judá habló con voz demasiado grave, quizás conteniendo la emoción frente la inmensidad de aquellas dos mujeres.

Juana, quien llegó a la sala de repente y junto a Gonzalo, se acercó a las muchachas para fundirse en el mismo abrazo de amistad.

—No os lo voy a perdonar nunca. ¿Cómo nadie me dijo nada? Casi lo queman y yo a punto de perdérmelo.

Las muchachas rieron ante un Converso que alzó la ceja al hablar a De Córdoba, quien no ocultaba su diversión.

—¿Creéis que a vuestra esposa le importo algo?

—Ni en lo más mínimo —. Judá asintió mientras las miraba saltar y reírse.

—¿Cómo lo habéis hecho? —Juana preguntó cuando consiguió calmarse de tanto festejo.

—A decir verdad, no me di cuenta hasta escucharle decir las palabras.

—¿Qué palabras? —Preguntó Gadea intrigada.

Judá se acercó a ellas para tomar la palabra y contestar por la hechicera.

—¡Fuego, ardor y cristiandad!

Gadea y Juana se miraron extrañadas y esta vez fue Blanca quien contestó.

—Cuando apenas levantaba del suelo, heredé el libro de sanación de mi abuela, que a su vez pertenecía a la suya. Desde niña siempre me gustó el poder de las hierbas, por lo que, gracias a mi interés, y la buena voluntad del marqués que me aceptó como su ayudante, aprendí a leer y realizar ungüentos típicos de otras regiones.

—Estaba tan enfrascada en sus pócimas que quisimos aprender —. Completó Judá.

—Y yo les mostré cómo era posible realizar un ungüento para no quemarse con el fuego —continuó Blanca —. Siempre y cuando fuese directo en la llama, no se demorase más que el contar hasta quince, y no se tocase hierro ardiente.

—Como todo truco, poseía sus debilidades —dijo Judá con sonrisa malvada.

—Pero ¿y la frase? —Preguntó nuevamente Gadea ante una mirada interesada de todos los demás que esperaron la explicación de la morisca.

—Veréis mi señora. Vuestro esposo y mi hermano no siempre fueron muy buenas personas —los hombros de Judá se alzaron al mirar a su esposa.

—Continuad por favor. No sé por qué, pero creo firmemente vuestras acusaciones.

—Más tarde pagaréis tamaña osadía —contestó Judá al oído de su esposa y regalándole un mordisco en el cuello.

—Pues como dije, mi hermano y vuestro esposo eran malas piezas. Un día llegó un comerciante de Ávila que se negó a trabajar con ellos por considerarlos indignos. Muy ofendidos los dos…

—Decidieron utilizar la pócima —. Contestó Juana con voz indignada hacia el comerciante.

—Mas bien convirtieron el momento en una gran ordalía.

—Azraq habló con voz gruesa y acusatoria —continuó Judá más que divertido.

—Y vos terminaste con vuestra jura —. Comentó Blanca divertida.

—¡Qué el fuego decida a quién Dios protege y no quema! —La voz grave se alzó por encima de todos.

—Para terminar con… —las manos de Blanca señalaron a un Judá que se estiró y alzó las manos al cielo antes de aclararse la garganta.

—¡Fuego, ardor y cristiandad!

—Resultó ser que los dos pillos me habían robado el ungüento para embaucar al hombre, que no solo no volvió a recriminar sus orígenes conversos, sino que además firmó un acuerdo de lo más fructífero para los… De la Cruz.

—¿Y vuestro padre se enteró del engaño? —Preguntó Gadea curiosa.

—Estaba demasiado ocupado firmando su primer acuerdo como para preocuparse por nuestras tonterías.

—Comprendo —contestó Gadea quien no dejaba de imaginar aquél gran momento de Azaraq y su esposo.

—Sabía que lo recordaríais.

—Cómo para no hacerlo. El marqués por poco me degüella por gastarme el poco bürah que quedaba—todos rieron divertidos—. Tuvimos que esperar casi un año en poder comprarle a un moro que lo trajo desde la misma Persia.

Después de grandes sonrisas, Diego se acercó al grupo entre feliz y melancólico.

—Será mejor que me vaya.

—De eso nada. También a vos os debo mi gratitud. Quedaros a comer con nosotros. Pero antes lavaros un poco. Por favor…

—¿Qué os sucedió? —De Córdoba no pudo reprimir sus dudas al ver al bueno del párroco engullido por la porquería.

—Caballo, frenos… y una porqueriza —. Judá resumió como era su costumbre ante un Gonzalo que comprendió al instante la desdicha del joven.

—Yo preferiría irme.

—De Córdoba, el padre Diego parece no haber escuchado mi invitación de agradecimiento. Haced el favor de explicarle.

—Permitidme que os acompañe a los baños. Os prestaré una camisa.

—Pero yo…

—Padre, creo que no conocéis a De la Cruz y su cabezonería.

—¡De Córdoba!

Las mujeres detuvieron el parloteo al escuchar la queja del dueño de casa, pero al instante sonrieron junto a De Córdoba y su contestación.

—Y mal carácter. Muy, muy malo.

—De Córdoba, un día de estos os decapito.

Gadea, hábil como ninguna, se apresuró a detener a Gonzalo y hablar con su marido.

—Soy la dueña de casa. Atended vuestros asuntos. Yo misma le mostraré el camino.

Judá asintió ofreciéndole un beso en la cima de la cabeza antes de marcharse junto a su fiel compañero.

—Vamos padre, los baños están abajo.

—No deseo molestar.

—No es molestia alguna, como bien os ha dicho mi esposo, os lo debemos.

—Juana, quizás vos y Blanca podéis ir a por los linos.

Juana miró a su hermana sin comprenderla hasta un momento después.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a contestar mientras empujaba de la manga a la morisca hacia el pasillo.

—No, no puedo. ¡No, puedo! ¡No!

Blanca clavaba los talones en el suelo, ante una Gadea y su hermana que la empujaban hacia la entrada del baño, en el subsuelo.

La piedra fresca rodeaba un sótano apenas iluminado con un único candelabro. Aquel recinto de paz y purificación era un lugar que nadie más que los De la Cruz poseían. Privilegios de conversos, solía decir Haym cuando se aseaba en la frescura de las aguas que se escurrían entre las grietas de la roca.

Cuando su construcción, el hombre decidió conservar aquel lugar como un baño particular, pues, aunque no era muy usual por aquellos lugares, su origen judío le llevaba a sentirse más que satisfecho con una buena higiene personal. Algunos cristianos puros, recriminaban aquella acción, pero él siempre prefirió la reprimenda a las pulgas.

Después de empujar y no conseguir torcer la intención de sus amigas, Blanca se puso recta para hablar con firmeza.

—Está bien, está bien, lo haré. Pero solo os pido que cuando me maten me enterréis en tierra consagrada.

—Nadie os matará —contestó Gadea mientras le depositaba los linos en el brazo—. O quizás sí. Nunca se sabe la pasión que esconde un hombre bajo una sotana…

—Santa Marta, acompáñame —susurró Blanca temblando.

—Os acompaña, os acompaña —dijeron las hermanas antes de empujarla para que entrase.

Una vez que la supieron dentro, cerraron la puerta.

—¿Creéis que hacemos lo correcto? —Dijo Juana.

—¿Alguna vez lo hacemos?

Juana asintió sin comprender exactamente si lo dicho era bueno o malo.

Destino

Caminó pisándose sus propios talones.

Las telas impolutas se apretaban tan fuerte contra su pecho que a punto estuvo de asfixiarse, aunque si se sincerara, las telas eran quienes buscaban hacerse un lugar para respirar. La pobre muchacha más parecía un cordero ante las brasas, que una experimentada hechicera. Siendo conocedora de las intimidades de una mujer casada, Blanca temblaba como manos de principiante. Y no porque no hubiese amado, porque lo había hecho, y en demasía, más entregar no siempre significaba recibir.

Con paso lento anduvo sin dejar de admirar el cuerpo del hombre que se encontraba de espaldas en la bañera de piedra natural. Ajeno a la visita femenina, el joven se limpiaba envuelto en su propio mar de dudas. Blanca, sin embargo, detuvo hasta los propios latidos. Sabiéndose frente al pecado no le importaron las consecuencias de tan intenso fisgonear. A su juicio Diego bien valía la penitencia.

Señoras con lenguas desatadas la acusaban de libertina con exceso de experiencia, y puede incluso que no se anduviesen lejos de tan triste realidad, pues por su piel corrían pasadas caricias mal correspondidas, mas qué sabrían ellas lo que su interior escondía. La única realidad era que mientras otras juzgaban, Blanca soñaba.

Sus manos sí acariciaron más de lo prudente, por no hablar de los besos repartidos por sus labios, pero qué otra cosa podía hacer quien desfallecía por encontrar. Muchos fueron los actos, mas las recompensas resultaron ser bastante menores a lo que las charlatanas comentaban. Algunas acusaban a su origen moro el interés sexual que en los hombres provocaba, otras hablaban de hechicerías, sin embargo, cómo explicarles que la razón era que el ardor de su lecho se enfriaba tan rápido como los hombres se calzaban las prendas.

Los besos de Judá le marcaron en un tiempo ya que la juventud y la desesperación la llevaron al engaño. Utilizando las armas de la pasión buscó enlazar aquello que solo con libertad se conseguía. Durante mucho tiempo aceptó su compañía, aun sabiendo que él alternaba caricias con otras porque en la ceguera se conformaba con las dulces migajas. O por lo menos así lo creyó. Por días, meses, y hasta años, alimentó aquello que no era más que una mentira. Y hoy, con el peso de los días, comprendía que él nunca la engañó. Buscando donde nada existía, no hizo más que encadenar el vacío. Y es que así era de caprichoso el amor. Judá no la había amado. Ahora, delante de aquella pálida espalda, debía reconocer que ella tampoco. No como a Diego. La soledad de mujer la obligó a nadar sujeta a un tronco que apenas la hacía flotar. El amor real era otra cosa. Su amor verdadero llevaba la “D”, de Diego.

Con él todo era diferente. Las conversaciones eran largas e interesantes. La simplicidad se convertía en diversión y las horas en suspiros del viento. Solo pensarlo le causaba felicidad. “Diego y su efecto sanador”, se dijo al comprender que el amor no era el pasado.

Las caricias, los besos, y hasta la penetración, no simbolizan más que despojos ante la sencillez de los pasos del amor. Si las mujeres del mercado supiesen que su mayor placer se resumía en una mañana hablando con Diego. O escuchando a Diego, o detallándole su receta de nabos con berenjena... La sonrisa le brotó al rememorar las carcajadas de Diego cuando pretendió enseñar la receta a una enfada Dominga, cocinera cuyas dotes resultaron terriblemente ofendidas ante la intrusa y sus secretos de fogón.

No, entre ellos nunca existió una caricia fuera de lugar ni un beso perdido. Nunca hasta esa mañana, mas no hicieron falta. Y es que la venda se caía eliminando la ceguera. El amor con Diego era sembrar en terreno fértil. Con Diego amar era sonreír con su mirada, volar con sus sueños y apoyar al resbalar. Era besar, rozar, entregarse, sentir el calor, soñar y despertar.

Amor eran noches de pasión y días de amistad. Con Diego el amor era ausencia de soledad.

Esta vez no se equivocaba, lo amaba, y Diego la amaba a ella. Ambos lo hacían. Sonriente y llorosa al comprender tan sincera realidad, se aferró con más fuerzas a las telas. Hoy lo veía tan claro como las noches de verano a las estrellas.

La espalda de Diego era delgada y blanca. Los músculos, aunque firmes, no marcaban ningún entrenamiento de caballero. Los brazos largos, no eran ni la mitad de fuertes que los de Judá, sin embargo, allí, se encontraba admirando al hombre más hermoso del mundo. El de corazón más noble y sincero que conociese jamás. El que miraba sin juzgar y ofrecía sin preguntar. El de pupilas que brillaban desde el alma. Diego no era un hombre más, Diego era el hombre que siempre buscó.

—Diego… —La voz de Blanca fue tan suave y dulce, que el joven, aún de espaldas, supo reconocer.

Ella no era su mujer, no merecía siquiera pensarla, pero allí se encontraba, identificando su presencia hasta sin verla. Como gemelos, sus almas se reconocían.

Con los ojos cerrados se quedó inmóvil. El agua le cubría el cuerpo rozándole justo en la línea de la cintura. Y aunque se sabía desnudo de ropas, su miedo fue mayor al sentirse desprovisto de vestimentas para el alma.

La mañana, intensa en emociones, no hizo más que desprotegerlo de los sentimientos que, sin desearlo, afloraron como

torrentes de furia incontrolable. Aquella mañana odió a la muchacha tanto como en estos momentos la deseaba. Sensaciones de calor ardiente y frío congelante. Cuando ella abrazó al converso se sintió morir por dentro. Algo se le desgarró como piel de un conejo degollado. Una sensación desconocida lo dominó con tal furia que hubiese apuñalado al hombre. Aquello era tan nuevo que tuvo que agachar la mirada ocultando su egoísta vergüenza. Al escucharla decir a Gadea y su esposo que los adoraba como amigos, lo hizo reencarnar, pero en forma de rata. Una que no merecía estar cerca de ella.

—¿Por qué me hacéis esto?

La pregunta surgió sin buscar respuesta pues ya la conocía. Estaba profundamente enamorado.

—Diego.

—Mi nombre es destino en vuestros labios. Dulzura embriagadora que no debo saborear…

Sin abrir los ojos, sin girarse, y con los brazos caídos a los lados, parecía más un soldado derrotado que un párroco luchando contra la tentación. Quizás porque así se sentía. Agotado y vencido ante sus propios sentimientos. Unos a los que ya no podía enjaular. Unos que no deseaba controlar. Así como el viento del norte, así era el amor que le rebosaba incontrolable desde las mismas entrañas.

Durante años creyó encontrar en la atención a los desfavorecidos el sentido de la vida. Nada mal le hubiese venido el aprender de ellos el saber aguantar las privaciones.

Unos pasos y un ruido en el agua lo hicieron respirar agitado. Conservando los ojos cerrados tembló al saberse incapaz de controlar.

—Diego…

La voz sonó justo frente a él. Podía sentir su aliento golpearle el rostro. Y que Dios lo perdonase porque aquello era gloria bendita. Moría por volver a sentir esos labios sobre los suyos.

El aroma a hierbas de su pelo lo alcanzó.

—Miradme.

Ella ordenó con seguridad, y él obedeció con la humildad de los hombres enamorados.

Lentamente abrió los ojos hasta enfocarlos en los suyos. Sus pupilas, brillantes y deseosas se movieron con pesadez recorriendo cada centímetro de la curvilínea mujer. Una cintura estrecha y frágil sostenía un torso delicado y firme. La piel, apenas humedecida, brillaba con el color de las almendras. Los pechos desnudos y cargados de vida se alzaban desafiantes y provocativos pidiéndole algo que él no conocía, pues su inexperiencia era tan profunda como su deseo.

Durante mucho tiempo creyó que escuchar a las mujeres lo convertía en experto de sus deseos, y muchas veces así lo exclamó a los cuatro vientos, vientos que hoy se soplaban muertos de la risa.

Asustado e intrigado alzó la vista por el delicado cuello para encontrarse con el sentido de la vida. Allí estaba la contestación a todas sus preguntas. Muchos le hubiesen aconsejado que se marchase, que aquello no estaba bien, mas no poseía fuerzas pues lo que tenía delante no era pecado, ni lasciva, ni tan siquiera un error, aquello era vida. De esa que nacía en las tripas de un hombre y moría en el vientre de una mujer.

—¿Qué me habéis hecho? —Repitió con sonrisa asustada.

Blanca comprendió sus dudas y hasta las interpretó.

Diego era un buen hombre y mejor cristiano.

Ella una mujer testaruda.

Por un momento la consciencia la llevó a sentirse la peor de las casquivanas. ¿Y si estuviese equivocada? ¿Y si Diego no sintiese como ella? Avergonzada se cubrió los pechos con ambos brazos. Santa Marta… rogó en un murmullo al comprender la posibilidad de su error. Alzó la mirada y sus miedos se acrecentaron. Los ojos de Diego reflejaban tanto penar que se giró para marcharse.

—Lo siento, lo siento, yo solo quería… yo sentía que vos… Perdonadme.

Blanca estuvo a punto de huir despavorida cuando la mano sin callos, pero fuerte, la detuvo.

—No os habéis equivocado.

Blanca fijó la mirada en la suya y olvidándose de sus pechos al aire habló con lágrimas de sinceridad.

—Os amo, no sé cómo o porqué, pero juro que os amo. Nunca he sentido algo así. Las noches son para soñaros y los días para buscaros.

Blanca se mordió el labio al comprender su arranque de sinceridad.

Diego por su parte, sin dejar de admirarla, tardó un tiempo demasiado largo en contestar.

—Os amo, Blanca la hechicera. He querido rechazar lo que siento pero nacéis desde lo más profundo de mí. Me llenáis la voluntad. Juro que lo intenté, pero, sin vos, el corazón se me comprime.

—Diego… —dijo antes de lanzarse a sus brazos.

Los labios de Blanca, más expertos, lo poseyeron con locura y deseo. Los suyos, respondieron, con derrota y entrega.

Ambos se acercaron hasta que ni la última gota de agua fuese capaz de separarlos. Cuerpo contra cuerpo se dejaron llevar hasta sentir las pieles incendiarse con el roce.

—Me atrapáis el alma…

Diego acariciaba el suave cuerpo como la pieza más delicada que hubiese tocado nunca. Los nervios se le erizaban al tacto. Nada se

comparaba con el placer de sentir su tersura rozándole las carnes.

Deseoso de reconocerla alzó las manos delineando cada contorno de sus suaves pechos. Despacio y cuidadoso la rozó aletargado. La cabeza le abandonó y el silencio se hizo presente en una mente que no pensaba. Blanca lo abarcaba todo. Bella como mil mares se dejó investigar.

—Sois tan bella.

Poco a poco, Blanca también comenzó a explorarle. Ella conocía el cuerpo masculino y su forma de responder, mas Diego no era otro hombre al que satisfacer. Diego era el único al que deseaba satisfacer.

Decidida alzó la mano y acarició el torso áspero. La respiración del joven se aceleró a pasos agigantados, pero no se detuvo. Cada latido saliéndose del pecho era una victoria.

Con lenta determinación la pequeña mano se introdujo en el agua para acariciarlo en la cintura y un poco más allá. Justo allí donde su amor se mezclaba con el deseo.

Diego cerró los ojos y Blanca lo dirigió con el poder de su mano. Con suavidad lo envolvió. Rostro contra rostro acercó los labios contra los suyos para acompañar la acción con el más profundo de los besos. Ambos se besaron ardientes e inexpertos, pues Diego no conocía mujer con pasión, y Blanca, hombre con amor.

—Os deseo… —dijo pegado a los labios entreabiertos.

Blanca sonrió y Diego supo que allí se marcaba la línea del pasado y el futuro.

Bajo una voluntad proveniente del lado más animal, la sujetó con fuerza. Bajo la insistencia de besos la llevó hasta el borde de las piedras, y beso a beso, mordisco a mordisco, la dominó.

El cuerpo de Blanca era un placer imposible de describir. La piel brillando con la frescura del agua, y ese roce delicado y generoso que lo acariciaba, representaba elixir de los cielos.

Llevado por las fuerzas de la posesión le sujetó las manos en alto para mirarla con descaro. Deteniendo el tiempo, mirada contra mirada, se dejó envolver por esos ojos ardientes, y ese cuerpo desnudo y dispuesto.

—Sois preciosa…

—Os quiero… os necesito…

—Y yo a vos…

Ambos murmuraban sin descanso hasta que las piernas femeninas lo guiaron al calor más excitante y profundo que un hombre conociese jamás.

Envuelto en un mar de sensaciones nuevas e irrefrenables, Diego entró allí donde el más tonto de los hombres se sentiría un rey.

—Blanca… —dijo lentamente hasta encontrar el propio ritmo

del amor.

—Diego… —contestó antes de cerrar los ojos y entregarse al verbo amar.

Los cuerpos húmedos se dejaron llevar, las carnes se unieron, y las almas se enredaron. Diego respiraba entrecortado, el corazón se le salía del pecho, pero su cuerpo se movía pidiendo y necesitando más. Ella lo arañaba con la pasión del primer encuentro.

—Diego…

—Mi amor —. Contestó cerrando los ojos y viajando hacia alturas jamás alcanzada.

En aquellos baños Diego hacía el amor por primera vez, y Blanca, por primera vez, se sentía mujer.

—¿Y el padre Diego?

—Tampoco veo a Blanca. Iré a por ellos —. Gonzalo contestó a Judá algo intrigado.

—¡No! No es necesario. Ellos… ellos…

Gadea clavó las retinas desesperadas en una hermana, que movía la pierna como si tuviese una decena de pulgas picándole las nalgas.

—Se fueron —. Escupió Juana.

—¿Se fueron? —Judá preguntó sentado en la cabecera de la mesa.

—¿Los dos? —Replicó Gonzalo antes de levantarse en su búsqueda.

—Los dos —. La voz de Gadea contestó con rotundidad antes de empujarlo por los hombros nuevamente hacia abajo.

El caballero, que más temía de aquellas dos por experiencia que por sabio, estrechó la mirada de halcón buscando la verdad, mas aquellas rapaces se movían tan rápido alrededor de la mesa que apenas si podía distinguirlas. Si las Ayala hacían algo bien, era camuflarse en su propia nube de problemas.

Judá, distraído en una esposa que rápidamente se sentó a su lado, se olvidó del asunto, sin embargo, Gonzalo, no estaba dispuesto a sufrir nuevos percances. Con las hermanas el desinterés del hoy seguramente fuese el desastre del mañana.

—¿Pensé que les habíais ordenado quedarse?

Judá sonrió a su mujer que atenta le alcanzó una bandeja con cordero en hojaldre.

—¿Entonces? —Dijo Gonzalo moviendo los dedos sobre la mesa como arpa de trovador.

—Por favor, el padre Diego y Blanca son personas libres. No acatan órdenes. Además, tenían… tenían… —Contestaba una Juana apresurada en recoger la bandeja con panes para no responder a la mirada estrecha de su marido.

—Que regresar al beaterio por… por… —Completó Gadea presurosa.

—Los niños, los niños —. Completó nuevamente Juana mientras tragaba un huevo escalfado.

De Córdoba no ceso de mirarlas, y aunque las contestaciones olían a quemado, se dejó envolver por la alegría del Converso, que no cesaba de mostrar sus manos milagrosas.

La comida transcurrió de lo más tranquila y feliz. Las mujeres se excusaron para realizar sus tareas diarias cuando Gonzalo, a solas con el Converso, lo escuchó hablar por primera vez en toda la

mañana, sin esa sonrisa tonta de esposo enamorado que llevaba siempre que miraba a su mujer.

—¿Debo preocuparme? —La voz recia y el rostro pétreo hizo que esta vez fuese el amigo el divertido.

—¿Os habéis dado cuenta?

—No estoy ciego.

—Pues lo parecíais.

—De Córdoba, no todo lo que reluce es oro. Vos sois el mejor ejemplo de ello.

Judá contestó con la cabeza ladeada mientras golpeaba al amigo en el hombro.

—Ocultan algo.

—Y os juro que no pondré las manos en el fuego por esas dos —. Gonzalo declaró serio —. ¿Qué pensáis hacer?

—Esperarme lo peor.

—¿Alguna vez conseguiremos detenerlas?

—Esa lucha está perdida amigo mío. Vayamos al mercado, nos esperan.

Los hombres anduvieron hasta las caballerizas. El día aún tenía muchas horas por vivirse y los negocios no esperaban. Puede que Dios lo salvase esa mañana, pero Judá no sabía lo que la tarde le traería.

Mientras tanto en la Primada…

— La vida del hombre sobre la tierra es una lucha. Esta batalla interior es mi lucha entre la carne y el espíritu, entre el hombre viejo y el hombre nuevo, porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; esta lucha no es contra la corporeidad sino contra los apetitos desordenados de mi carne…

Los rezos se entrecortaban frente a una espalda abierta fruto de los continuos golpes de flagelo. Furia, pecado, y castigo, se mezclaban con el sudor bermellón de un sacerdote que buscaba en el golpe la respuesta de un creador que no cesaba de abandonarle.

—¡Por qué! —Sollozaba con altivez entre latigazo y latigazo.

Las fuerzas, compasivas de su sufrir lo tumbaron en el suelo pretendiendo darle una lección de humildad. Agotado, el cuerpo busco refugio en su propio calor. Las piernas retorcidas se dejaron abrazar, y juntas formaron un triste amasijo humano.

Preso de la incomprensión, se quedó allí, cual ovillo abandonado, esperando que alguien lo consolase. Pero nadie llegó. Sancho ya no estaba. Él era el único que lo comprendía. Él le ofrecía lo que nadie le entregó. Un poco de dedicación.

Solo, en la habitación más oscura de la Primada, ni la santísima trinidad lo acompañaba. Hasta Dios lo abandonaba. ¿Por qué sino

aquel milagro? El Converso poseía unas manos más suaves, incluso, que antes del fuego.

Dudoso, hasta de los designios de Dios, él mismo acarició el fuego. Y ahora sus manos lucían llagas tan grandes como las de su desquiciada alma.

—Maldito —dijo al recordar la perfección en los dedos del Converso. Ni el fuego, ni el calor lo dañaban —. Hijo de perra…

El sol calentaba como nunca esa mañana toledana, sin embargo, el sacerdote continuó allí, en el suelo, enredado en las sombras de sus propias tragedias.

En dos ocasiones pudo conseguir las fuerzas necesarias como para levantarse y alcanzar el lecho de paja, pero no eran las heridas del cuerpo las que le obligaban permanecer en el suelo.

—Sois un desviado, un sodomita… ni el mismo Dios os asiste...

Esas fueron las últimas palabras que su padre le dedicó al morir.

Y al parecer el viejo egoísta llevaba la razón, pues por allí nadie apareció. El Sucio converso recibía milagros mientras él se arrastraba en su propia miseria.

—Desviado… sodomita… —repitió una y otra vez hasta desmayarse frio suelo de la sala.

Muy cerca de allí, en el jardín trasero del beaterio, otros se besaban con la pasión del amor.

Ocultos en el cobertizo, tras una puerta que dejaba escapar más de lo que protegía, dos bocas se reconocían agotadas.

Labio contra labio, los alientos mezclaban anhelos que merecían ser glorificados.

Juntos disfrutaron del final de unas caricias que llevaban una noche y una mañana de acción incansable. Besos irrefrenables que iniciaron su recorrido en unos baños y que hoy, entre la paja seca, volvía a arder como tormenta de verano.

Saciada y esperanzada, la mujer yacía dormida como un ángel. La larga melena oscura como el carbón le cubría el rostro; y aunque ni las cejas se le pudiesen ver, él sería capaz de dibujarla con el único recuerdo de sus caricias.

Sin dejar de observarla, y a medio recostar, junto a ella Diego se mareaba entre el aroma del amor y el sudor de la pasión. La cabeza le estallaba por la culpa, sin embargo, la sonrisa enardecía ante el gozo.

Las manos quemaban ante el delicioso contacto. Aquello era todo tan bello que ni las palabras ni las letras podrían describir tan magnifico sentir. O tan profundo pecado. Con lágrimas en los ojos se

dejó llevar por el recuerdo de una noche que ni en sus más creativas imaginaciones hubiese podido rozar. Amar a Blanca no solo lo liberó de la virginidad carnal, ella lo elevó a una vida donde tocar, acariciar y sofocar, se entrelazaban con el calor de mirar, sentir y completar.

El cuerpo, loco como nunca, le pidió penetrar, llegar, alcanzar y dominar. Mas el alma también suplicó penetrar, llegar, alcanzar y dominar. Ambos, en conjunción perfecta, le despertaron a un mundo del que siempre escuchó hablar, pero jamás experimentó. Hoy, con la experiencia de una noche, y una tarde, se sentía el más sabio y también el mayor de los estúpidos.

Idiotas aquellos que sin conocer el verbo amar predicaban el correcto actuar.

Tontos sin cerebro que leyendo libros sagrados se creían con autoridad sobre el sentir de los cuerpos, o el penar de las almas. No, no era sabio quien de amor hablaba sino quien, a pesar de él, y gracias a él, sobrevivía.

Diego movió, con apenas dos dedos, los largos cabellos. Despejando el rostro sublime de la perfección, se atontó con el sueño de su princesa. Pues tan cierto era que Blanca era preciosa, como que el sol se encendía en primavera.

Disfrutando de lo más bonito que tendría nunca, se aletargó en una nebulosa de pensamientos. El deber reclamaba dejarla, el corazón suplicaba quedársela, y él, él ya no opinaba.

Blanca lo tenía hechizado, dirían muchos, mas su magia nada tenía que ver con los brebajes. Se encontraba loco, perdido, y desquiciadamente enamorado. Y no con ese amor que se calmaba en cualquier cama o con cualquier infusión. Lo suyo era tan profundo que lastimaba.

El último, se dijo mentiroso al bajar la cabeza para besarle la frente. Uno más y se marcharía cumpliendo con su deber como párroco. Y aunque el corazón se le rompiese, la dejaría. Fiel a la doctrina de la Iglesia pediría perdón a Dios, y se alejaría.

—Uno más… solo uno…—se dijo poco convencido.

Los labios apenas le rozaron la frente. Y aunque la muchacha parecía profundamente dormida, despertó con la sonrisa en los labios, y la pasión en los brazos. Sus manos le rodearon el cuello y lo arrastraron. Y quien segundos antes, y de forma ilusa, creyó despedirse, ahora acariciaba desesperado.

El carnoso labio superior se encajó con el suyo y la cabeza pensante dejó de existir. Llevado por un demonio imposible de dominar, su torso se posicionó sobre el de ella para, de forma inconsciente, acariciar aquellos pechos que ya sentía como propios.

Los besos lo llevaron a las caricias, las caricias a los roces, y los roces a la bendita posesión. Retorcidos en el amor se mezclaron hasta

que la desesperación nuevamente lo obligó a penetrar, conquistar y poseer.

Juntos, y con la autoridad alternada, se tomaron con la pasión del amor.

Los quejidos del cuerpo escaparon de las gargantas y rebotaron en la vieja madera del establo. Diego agitado quiso creer que aquello era simple placer, mas el error era profundo. Su espíritu rebosaba de la melancolía que solo repartía el amor.

Con dos lágrimas en los ojos, y un beso profundo, se derramó dentro de la muchacha antes de caer agotado, de tanto amar y pensar.

Agitado la abrazó con fuerza rogando al cielo que lo perdonase por: el pecado de ayer, el de ese momento, y el que llegaría en cuanto se recuperase.

Constanza lloraba tanto que hubiese golpeado la madera de la puerta hasta tumbarla deshecha en mil pedazos. Su ánimo aún cargaba la furia del combate desatado en cubierta. La lucha había sido sencilla y hasta divertida. Aquellos piratas no resultaron ser más que unos muertos de hambre desorganizados y alborotados. No causarían daño alguno, por lo menos eso fue lo que pensó al verlos saltar desde sus jarcias para abordarlos. Aunque ahora, al ver la mujer muerta, fue consciente de su inmensa estupidez.

—Lo siento, yo debí… —Julián se guardó las excusas para él. Ya no tenían sentido.

Constanza, después de un chaparrón de dolor, consiguió juntar fuerzas para soltarse del abrazo protector. Arrodillándose lentamente en el suelo frío, y envuelta en una manta, acarició el rostro pálido de la anciana.

—¿Por qué me dejaste? Estoy sola. No tengo a nadie. A nadie —. Dijo recostándose sobre el torso de la abuela para llorar en silencio —. Estoy sola. Sola.

Os odio… os quiero

Un mes después…

Las mujeres salían de la iglesia de San Román mirando como garzas alocadas.

—Una misa espléndida —dijo Gadea mientras estiraba el cuello por lo alto de las cabezas.

—Sería aún más espléndida si me comentarais exactamente porqué estamos aquí.

—Ya os lo he dicho —. Contestó a un marido que le sujetaba la mano para apoyarla en su antebrazo.

—Si mi inteligencia no me falla, y creedme, amor mío, que no lo hace, juro que no lo habéis hecho.

Gadea, quien seguía mirando por lo alto, se soltó de su amarre y sin contestarle se dirigió hacia la multitud. En aquellos momentos tenía asuntos más importantes que resolver las intrigas de su esposo.

—¿Se ha ido? —Judá preguntó al aire incrédulo ante una Juana y una Blanca que, al no tener respuesta alguna, decidieron correr tras los pasos de Gadea, dejándolo, ellas también, con la pregunta en los labios.

—¿Se ha ido? —Repitió incrédulo —¿Se ha ido dejándome con la palabra?

—Vuestra merced ya no es ni la mitad de lo que era.

—De Córdoba…

Gonzalo se mordió la sonrisa al notar el pequeño grado de furia que comenzaba a brotarle al converso. Bien, Judá podía estar cambiado, y hasta parecer más dócil que en sus tiempos de soledad, incluso algunos podrían creer que su mujer lo tenía aplacado, mas no sería él el imbécil que se jugase la cabeza.

—¿Esperamos? —Preguntó De Córdoba con la diversión contenida bajo su casaca de caballero.

—Me temo que no tengo salida —. Contestó resignado.

—No os pongáis así. Todos los hombres nos encontramos presos en algún momento.

—¿Del amor? —Contestó amargado mirándola en la distancia.

—De la estupidez, vuestra merced. De la estupidez.

Gonzalo le palmeó la espalda, y esta vez sí que se carcajeó profundamente junto al amigo que no pudo más que aceptar la derrota y reír a su lado.

—Vayamos junto a ellas. Al parecer es para lo que hemos nacido.

—Pobres de nosotros que creyéndonos reyes no somos mas que sus diminutos vasallos —. Replicó Judá caminando hacia su femenino

destino.

—Mi señora, qué sorpresa más grata. No imaginé ni por un momento que os encontraría aquí.

—Doña Gadea Ayala, qué alegría veros. Es increíble que viviendo en la misma ciudad apenas nos veamos.

La mujer de amplias caderas, y un cuello más ancho que las ruedas de su carro, contestó con una sonrisa tan falsa como el arrepentimiento de Salvador cuando robaba el pan de la cocina de Dominga.

Gadea, quien también llevaba la falsedad de las bien educadas en la sangre, respondió con el mismo alarde de cortesía y palabras finas que su madre tan bien le inculcó. Y es que frente a mujeres como Doña María no quedaba otra forma de hablar. Dicha mujer, egoísta por naturaleza, y mala de profesión, era de esas que más alegría ofrecía cuando se marchaba que cuando llegaba. Aunque en momento de sed, buenos eran los vinos picados.

—No sabéis la cantidad de veces que me he dicho lo mismo. Aquí está mi hermana para corroborar que no miento. Un sinfín de veces que digo en la semana lo afortunado que es vuestro esposo de poseer tamaña mujer a su lado. ¿No es así Juana? —Juana, quien recién llegaba a su lado, asintió con la mirada caída y sin responder, pues no sabría que decir ante tan desvergonzada mentira.

La mujer, cuya silueta podría enmarcar la muralla completa, se ensanchó aún más ante el despliegue de galanterías que de los labios de Gadea salían como flechas de arquero.

Blanca, que ni siquiera sabía ante quien se encontraba, se quedó junto a las amigas en un silencio tan mortal como curioso. Conociendo demasiado a la amiga, esperó al saber que las puntadas de Gadea jamás pinchaban sin hilo.

—¿Y vuestro esposo? Me han dicho que las reformas de vuestra casa son sin dudas las mejores de aquí hasta donde se pierden las noticias.

¿Pierden las noticias? Juana y Blanca se miraron confusas.

Las exageraciones de Gadea solían ponerlas nerviosas cuando buscaba un objetivo importante. Ambas decidieron callar y asentir como mudas cuando la joven las incentivaba a acompañarla en el exagere.

Doña María Téllez, quien, de a momentos se estiraba tanto como las sábanas recién lavadas y colgadas, recibía los aplausos que no merecía. De orgullo tan expandido como sus caderas, la mujer era tan gorda como charlatana. De lengua alargada, gustaba tanto de los chismes, que las mismas alcahuetas silenciaban ante su presencia. Sin embargo, allí se hallaba, la digna y elegante Gadea Ayala,

dignificando a quién no poseía más que mezquino actuar.

Cansadas de tanta palabrería, Blanca la morisca, y Juana la indomable, se reclinaron la una en la otra buscando un apoyo en el que descansar. Judá, mientras tanto, ahora junto a su esposa, esperó con mirada intrigada.

—Quizás podríais venir vos y vuestro esposo a la celebración que tendremos en mi casa. En dos días mi esposo piensa reunir a un grupo de amigos en los que por supuesto, os incluyo.

—¿Vuestra merced lo dice en serio? —Dijo sujetándose el pecho y causando arcadas en una Juana que no le quitaba ojo —. Por supuesto que iremos, ¿no es así esposo?

Judá, quién unido a la hechicera, y a su cuñada, no cesaba de analizar el comportamiento de su mujer, asintió más por curiosidad que por deseo.

—Vuestras amigas también pueden asistir.

—A decir verdad, nosotras no…

—Estaremos todas encantadas de conocer vuestra preciosa casa.

La señora se marchó, pero no fue hasta verla girar en la esquina, que Gadea descansó la incesante sonrisa que llevaba clavada cual estaca en picota.

—Santa María virgen —. Dijo moviendo las mejillas adormecidas.

—¿Y bien?

La voz de su marido le indicó que los tiempos de interpretación se habían acabo.

—Cuestión de vida o muerte. Debemos visitar su casa.

Gadea consiguió captar el interés de su amiga y hermana, no así el de su marido que continuaba con rostro dubitativo.

—¿Vida o muerte para quién? —La carcajada de Gonzalo provocó el fruncir de nariz de una Gadea que lo fulminó con la mirada.

—Esa mujer es la esposa de Lope González Palomeque —los brazos de Judá se cruzaron sobre su pecho esperando mayor aclaración por lo que Gadea resopló cansada de tener que explicarse en lo obvio —. Ese hombre posee una mansión. Dicen que ama el arte y que allí hay trabajo por años. Los artesanos entran, pero nunca salen.

—¿Los mata?

—Esposo, veo que no me comprendéis.

—Creo que no. Ahora decidme, ¿me costará dinero?

—Ni una moneda —contestó sonriente.

—Entonces aclaradme, ¿por qué debería visitar el hogar de la mujer más chismosa de toda Toledo?

—Dicen que con tantos artesanos necesitarán de aprendices y

yo pensé que…

—Con diez niños sin futuro… —continuó Blanca con la mano en la barbilla.

—Exacto. Nuestros niños se colocarán con los artesanos.

—Eso siempre y cuando convenzáis al señor de Villaverde de montar una especie de taller en su hogar—. Contestó un descreído Gonzalo.

Las mujeres elevaron la vista altiva y en conjunto.

—Líbreme Dios de vuestras artimañas —. Contestó Judá.

Las mujeres sonrieron a la vez, y Gonzalo siguió mirando a todos sin comprender.

—Amigo mío, no necesitan convencer al pobre hombre sino a su esposa. Una vez la tengan de su lado el pobre hombre no tendrá más que aceptar. Y es por ello por lo que estamos hoy en San Román, ¿me equivoco amor mío?

Gadea agachó la cabeza al suelo al escuchar la frase cariñosa a la vez que irónica de un Judá que no cesaba de desaprobar con la cabeza.

La llegada del padre Diego provocó el corte de la conversación y la consiguiente liberación de una Gadea que, aunque descubierta, no se sintió arrepentida ni en lo más mínimo. Los niños de Santa María la Blanca eran huérfanos, o casi, y necesitaban un oficio. Ser aceptado en la casa de Palomeque era como participar en un taller. La realidad era que allí había tanto arte construido, y por terminar, que no se extrañaba que algunas lenguas sueltas lo llamasen la casa del moro. El jardín rectangular, decorado como los moros, llevaba a diferentes salas, las cuales todas, y sin excepción, poseían un pórtico embelesante. La entrada de cada sala se decoraba con un magnífico arco decorado de forma exquisita. Ella no sabía tanto de arte como para distinguir técnicas, mas lo que sí sabía era que allí había mucho material. Y mucho trabajo. Y eso significaba aprendizaje de un oficio para sus niños del beaterio.

—Veo que me he perdido algo interesante. —El párroco dijo intentando encontrar una fácil conversación, aunque la verdad fuese que desde que despertó y no la vio a su lado sintió un malestar tan hondo como el pesar que llevaba acarreando el último mes. Si ella se encontraba cerca, las dudas le nublaban la razón, pero si la muchacha se alejaba, la presión de su ausencia lo ahogaba hasta la desesperación.

No la miró, pues no deseaba ser descubierto, aunque poca falta hacía. Ella llenaba todos los espacios. Su presencia era tan única como los besos que se robaron ese mismo amanecer, cuando desprovisto de cualquier razón, la hizo suya como solo un hombre sabría hacer.

Y de eso se sentía completo últimamente. Lo de ser un hombre

antes que un párroco.

—Debemos irnos —dijo una Juana preocupada —. Los vestidos —aclaró causando la sorpresa y posterior preocupación en su hermana.

—¡Debemos estar impecables!

Las hermanas corrieron a paso acelerado, y sujetando a una Blanca que no pudo más que mirar hacia atrás, de forma distraída, a un Diego que la observó sonriente y locamente enamorado.

—Creo que necesito una copa.

—Que sean dos —dijo De Córdoba.

—Que sean tres —replicó el padre Diego.

—¿Mal de amores? —Preguntó Judá a un párroco que se le atravesó la saliva en la garganta obligándole a toser sin control —. Es broma padre, es broma —. Contestó el converso mientras empujándole por la espalda lo obligó caminar a su lado.

Una vez la noche se hizo presente, y comprobando que los niños se encontrasen dormidos junto a sus madres, Diego cerró las puertas y se encaminó hacia el corral. Visita que llevaba haciendo durante todas las noches del último mes.

Las palabras del señor en las santas escrituras lo guiaban a no buscarla, pero Blanca daba una vida diferente. Sin ella ya nada tenía sentido. Necesitaba esos besos y esas caricias tanto como el despertar.

Miles de veces se prometió que aquella sería la última, pero allí estaba otra vez, abriendo la inmensa puerta de madera buscando su calor.

La primera semana sufrió por el error, hoy ya no sentía por nada que no fuese ella.

—Blanca — dijo con apenas voz atragantada.

Y es que su nombre lo calmaba y dignificaba. Algo debería estar mal en su cabeza pues no era capaz de distinguir el pecado. Para él la muchacha era algo tan profundo como la vida misma. Sus caricias lejos de ensuciarlo lo completaban. Como si, a pesar de sus veintidós años, nunca hubiese vivido. Sobrevivido sí, pero vivir no.

El amor mostraba algo diferente por lo que respirar. Acciones básicas como el comer o cubrirse se transformaban en necesidades superfluas. Todo cambiaba de rumbo. Era como si el mismísimo Dios pusiese un destino delante para demostrar que todo lo anterior no poseyese importancia alguna. Era como si susurrase con cariño: Diego despierta… despierta… Y deseando su felicidad le entregase el mejor de los regalos.

Mareado con sus sentimientos se detuvo sin abrir el inmenso portal. La cabeza le dolía y el corazón le saltaba.

—Maldito amor… afortunado amor. Bendigo conocerte…

maldigo conocerte…

Sin comprenderse ni él mismo, comenzó a sonreír cual desquiciado de hospital. ¿Sería tal vez que se estaba volviendo loco?

—Claro que lo estáis — se contestó a sí mismo.

Loco de amor. Un amor que no deseaba abandonar. Uno que Dios le entregaba para que despertarse. Aquello no podía estar mal. ¿Cómo podría serlo si moriría por ella?

De celebraciones

—¿Estamos listas?

—Listas —. Contestaron Juana y Blanca suspirando antes de salir por la puerta.

Hermana y amiga lucían unos preciosos vestidos, y Gadea no pudo sentirse más orgullosa de ellas.

—Debemos conseguirlo, podemos conseguirlo. Somos menos, atrás quedaron grandes mujeres —Juana y Blanca la miraron con lágrimas en los ojos—. Ellas ya no están, pero su esencia jamás nos abandonará. ¿Somos cofrades?

—Sí.

—¿Somos comunes?

—Lo somos —. Contestaron ambas con la tristeza atragantada en los labios.

—Un día cinco mujeres hicieron una promesa de fe y confianza. Hoy algunas no están, y otras se han incorporado —dijo observando con cariño a la morisca— y puede que nosotras mismas marchemos pronto, pero no importa cuántas sigamos o quienes continúen, el espíritu de las cofrades deberá persistir hoy y siempre. No somos peores, no somos brujas, no somos pecadoras. Somos mujeres dignas, inteligentes y luchadoras. Como tal nacimos, así nos mostraremos, y con orgullo moriremos.

—¿Cofrades? —Dijo mirando a Blanca quien se secaba las lágrimas.

—Y amigas —. Contestó la morisca abrazándola como antes no hiciese con ninguna otra.

—Esos niños esperan que encontremos unos maestros —. Replicó Juana con la nariz roja de tanto secársela mientras miraba a las muchachas agradecerse mutuamente.

Después de recomponerse se pusieron manos a la obra perdiéndose entre una multitud preocupada en los manjares que comenzaban a servirse.

El capón deshuesado relleno de trufa, menta, perejil y moras secas completaba una inmensa fuente. El hígado de cerdo con alcachofas, el manjar blanco de almendras al toque de pimienta, y la empanada de albóndigas de ciervo, viajan de un lado a otro, mientras que el caldo de carne con brotes de hinojo desapareció apenas se hizo presente.

La empanada hojaldrada de ciruelas y moras junto a las berenjenas a la miel aún resistían, aunque dado el apetito de los asistentes, no por mucho tiempo.

Gadea no cesaba de observar a un lado y otro. Poco le importaban los alimentos. Y, a decir verdad, no buscaba a nadie en

especial, pero ajustaba la vista en todos. Allí había negocio y ella era por encima de todo, una mujer de negocios.

—Perdón señora, permitid que os ayude.

—No pasa nada, es mi culpa. Y la de mi extrema torpeza.

—Me temo que más bien ha sido mi distracción.

El hombre de canas tan blancas como las nubes habló con la calma de los pacíficos, a una Gadea que curiosa, se secaba el vestido manchado con vino, pero sin dejar de mirarlo con detenimiento.

—Me temo que no os conozco. ¿Peregrino tal vez? —Gadea interrogó centrando la mirada en el joven que parecía enclavado a su lado.

—Todos somos peregrinos en el camino del Cristo —. Contestó sin contestar.

—¿Y ese peregrino posee nombre?

La intriga picaba en la piel de la joven, pues las vestimentas de ambos eran demasiado costosas como para ser simples andantes del camino.

Aquellos dos lucían telas magníficas y portes delicadamente educados. Desde la Puerta de Bab-Shagra, a los molinos del hierro, y desde la Puerta de la Sangre, a la judería, no existía noble que no fuese catalogado por su astuto conocimiento. Estaba segura, de aquellos dos, no eran de la ciudad.

—Mi señor es…

El caballero de casi tan buenas vestimentas se apresuró a responder, y así lo hubiese hecho sino fuese por la mano firme en el hombro, que lo detuvo.

Gadea, atenta como águila, no dejó pasar semejante hecho, aunque la necesidad de mostrarse como una señora educada, y tonta, la obligase a mirar la mancha de su vestido. “Parecer conejos, lucir como gatas y pensar como rapaces”, decía su madre, y aunque nunca estuvo muy de acuerdo con aquellas enseñanzas, tuvo que aceptar que muchas veces éstas le salvaron la vida. No era tonta ni se lo creía, no era bella como gatita ni mucho menos, y los conejos le gustaban guisados, pero lo importante no era lo que ella pensase, sino lo que otros, principalmente hombres, creyesen.

—Mi nombre es Sancho —el hombre más viejo aclaró con modales exquisitos. «Así que obviando los apellidos, mmm interesante», pensó Gadea al aceptar el gesto de cortesía, antes de continuar —. Hemos llegado hace apenas unos días desde Roma.

La curiosidad de la joven se transformó al instante que escuchó la ciudad. Y es que, aunque su intriga pudiese ser intensa, más lo era la necesidad de ayudar a los pequeños. Aquellos hombres vestían como ricos, provenían de un lugar rico, ¡qué otra cosa podía ser!

«Querida madre de Dios, no es que yo sea una interesada de lo material, porque no lo soy, pero los niños son tan… niños…» se dijo intentando hacerse perdonar el pecado del interés.

—Chaquetas tan bonitas sólo pudieron ser confeccionadas en Roma. Veo que os gusta la buena confección y mejor calidad. Justamente mi esposo es el mercader de lanas más importante desde Toledo hasta Flandes. Su calidad es halagada más allá de los mares.

—Habláis de sus confecciones como si fuesen las mejores del reino.

—Lo son —. Contestó una voz grave, y que se posicionó a su lado respaldando la opinión de la muchacha—. ¿Y vos os llamáis? —. Preguntó Judá interesado en el hombre que captaba el total interés de su esposa.

—Los señores vienen de Roma y están interesados en conocer nuestras lanas.

La sonrisa de lado a lado de Gadea divirtió al hombre con canas que asintió siguiéndole el juego.

—Y por supuesto está, que le enseñaremos la confección de nuestro telar en Santa María la Blanca. Las mujeres del beaterio realizan unas prendas que debéis conocer.

—¿Beaterio? ¿Telar? ¿Mujeres?

—Sí, mi esposo consiguió el bondadoso permiso de su majestad para que ellas trabajen para él, y por supuesto bajo su completa supervisión.

—Comprendo —dijo antes beber un sorbo del magnífico vino aragonés—. ¿Y esas mujeres son?

—Viudas sin recurso que necesitan alimentar a sus niños.

—Comprendo —volvió a responder el hombre al comprobar como la muchacha olvidaba a aquellas que aún no eran viudas, y que seguramente aún conservaban marido.

—¿Entonces os espero mañana? — Preguntó revoloteando las pestañas.

—Perdonad mi señora, pero me temo que me he perdido —. Contestó el romano.

—Mi esposa y yo estaremos encantados de recibirlo en nuestro hogar mañana. Luego visitaremos Santa María La Blanca. Si os parece bien.

—Y el telar. El telar… —amplió rápidamente Gadea.

—Y por supuesto el telar del beaterio —. Continuó Judá educado.

—Estaremos encantados —. Contestó con igual cortesía.

Fascinado con la desigualdad de la pareja, el hombre se hubiese quedado allí investigando un poco más. Y lo hubiese hecho sino fuese porque Doña María Téllez lo atrapó de un brazo para llevárselo para

hablar con quién sabía quién.

El interés por conocer al famoso converso y la intrépida mujer debería esperar para otro momento.

—Ahora decidme querida esposa ¿debo preocuparme?

—En absoluto —. Dijo aceptando el masculino antebrazo para salir a los jardines y disfrutar de un poco de aire fresco. O a decir verdad de un poco de aire, sin frescor, pues Toledo en agosto poseía muchas y fabulosas virtudes, pero el frescor no contaba entre ellas.

—¿Y va a costarme dinero?

—Tampoco, mi señor —respondió divertida ante un Judá que se le notaba igual de divertido.

—Contadme entonces vuestros planes, porque, aunque creo que os conozco y que imagino por dónde van vuestros pasos, nunca estaré al cien por ciento seguro acerca del poder de vuestras estratagemas.

—¿Por qué decís eso?

—Porque Gonzalo me ha demostrado, y con pruebas, que no somos más que tontos tras los pasos de estupendas mujeres.

La galantería no la distrajo ni por un momento de la aparente felicidad de su marido.

—Estoy tan feliz de veros bien.

La frase de su esposa lo hizo ponerse serio al instante y olvidarse de sus chascarrillos.

—Estoy bien si vos estáis bien —. Contestó con su gravedad habitual.

—Y yo, si lo estáis vos —. Respondió acomodándole el cabello de un lateral que se le escapaba. Y es que, desde la muerte de su padre, Judá llevaba siempre la intensa negra melena atada con la estrecha cinta de cuero. No necesitaba preguntar por qué, conocía la razón. Su marido se encontraba en una lucha constante con él mismo y no pararía hasta conseguir lo que buscaba.

—Yo también lo echo de menos —dijo al mirar el cielo —. Prometo estar a vuestro lado cuando el momento llegue.

Judá aceptó sus palabras con un ligero movimiento de cabeza, y agradeciendo que la noche ocultase su emoción. Sus manos ardientes le proporcionaron algo de tranquilidad, pero aún le quedaba un escollo por pisar, derrumbar y aniquilar.

Mirando al cielo y acariciando con ternura la mano de su esposa recordó a su padre y las intensas charlas que tantas veces tuvieron. “Algún día tus manos acariciarán a quien no deseen soltar y entonces allí comprenderás las verdaderas razones del amor”.

Un joven Judá se carcajeaba a su lado, mas ahora, con la mano amada bajo la suya, miró a la estrella más lejana y asintió.

—Gracias. Gracias por no abandonarme. Gracias por cuidarme

pese a vuestro dolor. Gracias por todo lo enseñado, y por encima de todo, gracias por ella —. Dijo con voz suave inclinando la cabeza a la luna.

—¿Judá?

—Gracias también por ello.

—No comprendo. ¿Gracias por vuestro nombre? ¿a mí? ¿estáis bien?

Con el dibujo leve de una mueca, que apenas parecía una sonrisa, la besó en la oscuridad de la noche. Pero no como un hombre enamorado sino como uno que volaba por encima de la banalidad.

Sí, le daba gracias a su padre por todo, y a ella por su nombre. Por pronunciarlo con respeto. Por permanecer a su lado con valor más allá de la imposición. Sí, le daba las gracias por llamarlo Judá. Judá de Martorell, hijo del gran Haym y de su amado ángel. Por aceptar al converso, acompañar al esposo, y amar al hombre.

No somos brujas

La tarde caía, pero la casa continuaba deslumbrando como en un principio. Los sirvientes corrían con bandejas que no se terminaban nunca.

Blanca caminó sin destino por una casa que la engullía en su majestuosidad. Las puertas se abrían como inmensos portales a un mundo que las pobres almas no podían siquiera soñar. Simulando estar perdida en sus pensamientos, anduvo sin perder detalle a los ricos adornos que vestían las paredes lustradas.

El hogar de Doña María más parecía un palacio que una casa. Ella no conocía los reinos del Al-andaluz, pero seguramente aquella decoración no tendría mucho que envidiar a los palacios nazaríes. El hogar era una obra de arte en sí misma. Allí la cultura árabe de sus abuelos se desplegaba como papiro cargado en letras.

Las salas describían la presencia de una cultura que seguía tan presente como el primer día, antes de la llegada del rey Alfonso, ese al que muchos describían como un gran sabio.

El jardín, lucía una fuente inmensa con seis chorros brotando por cada uno de los lados. Embelesada, observó el tallado en las paredes de la sala más cercana. Algunos signos geométricos no supo interpretar, sin embargo, sí fue capaz de apreciar los detalles de hojas, y demás motivos vegetales, tallados al mínimo detalle. Junto a la calle de los mercaderes, el hogar de Don Palomeque, demostraba el poderío de quien lo poseía.

En una esquina, y apartada de los curiosos, se podían advertir muy ocultos, inmensos trozos de piedra que seguramente serían material para los próximos maestros canteros.

Esplendor y magnificencia hicieron que Blanca se sintiese insignificante. Algo así como un pez descolorido ante el inmenso mar azul.

Sola, y sin la compañía de Juana, a la que había perdido hace tiempo, se apoyó en una columna admirando a los demás asistentes a la fiesta. Las mujeres lucían vestidos de lanas demasiado costosas. Todos ellos deseaban parecer lo que demostraban, y hasta un poco más. Era curioso ver como se movían por aquellas esferas. En su mundo, el de los pobres, no existían ni estratagemas ni negocios. La vida se limitaba en despertar, trabajar, e intentar llegar al amanecer siguiente. Así día tras día. Comer, respirar, y quizás, y si era de Dios, no enfermar.

Con esos pensamientos nació y con ellos creció. Respirar, comer, y ayudar a otros a no enfermar. Su abuela le entregó la buena voluntad, así como un enorme libro con el arte de las plantas. Después, la suerte la llevó hasta conseguir ser la aprendiz del marqués

de Villena, ese que, aunque duro de cabeza, la amaba como a una hija.

Pobre desde el nacimiento, consiguió con esfuerzo y trabajo, demostrar que valía tanto como un hombre aprendiz. Contra muchos luchó por tan digno puesto, y gracias a su persistente habilidad, consiguió que el marqués la viese como al mejor de sus hombres.

Sonriente se acordó de aquella vez, en las que el oloroso Rodrigo, intentó sabotear uno de sus ungüentos y provocarle el despido. Pobre idiota, que sin advertir su anticipación al mal, no consiguió más que una urticaria infernal, y carcajadas infinitas del marqués.

Tal como decía Gadea, ella también era una cofrade, quizás en aquellos tiempos no lo supiese, mas hoy, después de compartir tantas aventuras con sus amigas, reconocía su valía y poder. Y por encima de todo, no se avergonzaba de su origen.

Puede que ella no fuese como las personas que caminaban elegantes. Esa noche ellos llegarían a sus casas con nuevos negocios apalabrados, mientras que ella se recostaría en un lecho de paja tras el beaterio más pobre de toda la ciudad. Seguramente hasta se burlasen si supiesen que llevaba un vestido prestado y unos zapatos de quinto uso, sin embargo, lo que nunca sabrían era que, en su humilde retablo, la esperaba la mayor felicidad que ellas conociesen jamás.

—Diego… —susurró sin darse cuenta.

Su nombre la acompañaba allí donde fuese. Más de una vez le brotaba de los labios sin pensarlo. Su imagen la perseguía hasta en la oscuridad. “Diego… Diego… Diego…”

Suspirando cerró los ojos intentando recordar sus cejas y el largo de sus suaves pestañas. Era tan bonito traerlo a su mente que cuando no se encontraba a su lado, deseaba retenerlo en su imaginación.

“Lo amo…” pensó una y otra vez, reconociendo que todo lo anterior pudo llamarse de muchas maneras, mas ninguna de ellas era amor. Hoy sabía que el pecado por Diego poseía el tamaño de diez ardientes volcanes, y que la lapidarían si supiesen de su error, mas mil piedras soportaría por solo uno de sus besos.

“Diego…” Repitió nuevamente en su memoria, al darse cuenta de que, aunque apenas llevase poco rato sin verlo, el cuerpo lo reclamaba con necesidad. Un mes, con sus noches y sus días, llevaban adorándose. Y toda una vida repetiría, aunque fuera amaneciendo en un pobre beaterio.

Con mueca de enamorada suspiró al reconocer que no existía hombre mejor. Y es que Diego no era el más grande ni el más fuerte, ni tan siquiera el más poderoso. Diego era solo Diego. Voluntad entregada hacia los demás. Hombre que reía con sus fortunas y lloraba con sus desgracias. De corazón tan tierno como una naranja jugosa, se

dejaba envolver por todas las locuras que las amigas decidieran. Incluso hubo un día en el que, cargando el poder de las risas, lo nombraron una común más. Juana le encasquetó sobre la cabeza un precioso velo, y lo declaró la cofrade más barbuda. Y es que así era él. No importaba lo que le hiciesen, siempre terminaba sonriendo junto a ellas.

Diego no era el más grandioso de los hombres. Diego era su más grandioso hombre.

—¿Qué es esto?

Distraída en sus pensamientos no se percató de la presencia del ser más repugnante de toda la ciudad. Tratándola como una cualquiera, se le acercó para acariciar, sin su permiso, el collar que cargaba al cuello.

—¿De dónde lo habéis sacado? ¡Bastarda mal nacida! Sois tan ladrona como todas vosotras. Morisca de mala muerte. Ya veréis…

El sacerdote la apresó de un brazo para empujarla, quizás, al centro de la sala y avergonzarla delante de los dueños de casa. Y aunque Blanca, consternada por los actos, no fue capaz de defenderse, atinó a clavar los talones en el suelo negándose a caminar.

—No sé de lo que estáis hablando. ¡Soltadme!

—Ladrona desvergonzada.

—No soy ninguna ladrona. Si acaso existe un desgraciado aquí, ese sois vos.

Blanca no pudo retener las palabras pues odiaba al mal nacido con todo su fervor. El despreciable atacaba a quienes más amaba.

La amistad se había instalado entre ella y Gadea afianzándose como las lianas del más espeso bosque. Ambas se comprendían, se cuidaban, y aunque ni ella misma lo comprendía, se querían. Por no hablar de Juana, Dominga, y otras tantas del beaterio. Todas ellas eran amigas de las que no se perdían ni ante las desgracias naturales. Unas cuyos lazos se unían más allá del nacimiento.

—Idos al mismísimo demonio —dijo con la garganta apretada por la furia. Una que le nacía por la pérdida de aquellas a las que tanto quiso, y que por su endemoniada culpa, había perdido. Amice, Beatriz, María… —No os lo permitiré. No dañaréis a los que amo. No si puedo evitarlo.

—¿Quién me detendrá? ¿Vos? Mujer impresentable y asquerosa. Además, y por lo que estoy viendo, ladrona.

La ceja del sacerdote se elevó al igual que el reborde de su sonrisa. Se lo notaba satisfecho. El banquete, que al principio le pareció tedioso, comenzaba a tener ventajas interesantes.

—Yo os maldigo. Deseo que seáis atravesado por una espada demoníaca. Que os corten las manos, que os saquen los ojos y que vuestra alma se queme en el fuego eterno. Espero que seáis frito en

una sartén; que os aplasten las fiebres y que las ruedas de un carro os quiebren antes de ser colgado —. Blanca, como buena hechicera, terminó de maldecir con un escupitajo que centró justo en la entrepierna del sacerdote.

Sonriente como la bruja más maligna de todas, se felicitó al ver como el rostro del malnacido pasaba de rojo intenso a blanco azulado.

Espantado por sus palabras, el sacerdote la lanzó a un lado. Temía que el calor de la mujer lo quemara y lo llevase a ese infierno con el que le amenazaba.

—Maldita hechicera. Os quemaré a todas. Una por una. Os mandaré ahorcar para luego quemaros. Y cuando vuestros cuerpos se encuentren calcinados, os volveré a encender. Así una vez y otra hasta que los huesos sean polvo sobre estiércol.

—Hacedlo, su excelentísimo, pero hacedlo rápido. No vaya a ser que algo os suceda antes —. Blanca se sentía fuerte. Poderosa.

Ver el temor en quien tanto daño les hizo, y aún deseaba hacerles, le daba coraje para eso, y más. Aquel demonio odiaba a los judíos, a los moros, a los conversos, pero no la engañaba, las odiaba mucho más a ellas. A las mujeres.

—Bruja endemoniada.

—Infeliz envidioso de la joya que jamás luciréis.

—¿Y cuál es tan bendito bien?

—El amor, su excelentísimo. El verdadero y más sincero amor. El que acaricia sin reclamar y que protege sin escuchar. El que las mujeres entregan. Solo ellas.

El sacerdote comenzó a notar sus mejillas calentarse nuevamente. La insinuación escondida en las palabras de la mujer no solo lo perturbó, sino que lo alarmó. ¿Sería que la ciudad al completo conocía su secreto? ¡Impensable! Su vida se destrozaría si la luz brillase sobre tan oscuro pecado.

Enfurecido intentó acallar a la mujer de un golpe, mas las intenciones se quedaron en eso al sentir la mano de un joven de buen porte, y que no conocía, detenerle.

—¡Quién sois vos!

El caballero no contestó, pero tampoco soltó su amarre hasta que su señor, intrigado por la situación, se acercó.

Judá y Gadea no se hicieron esperar. Al momento de escuchar el escándalo, se acercaron.

Lo que en un principio parecía una reunión de comerciantes dispersos, se centró en la acusación del sacerdote. Los curiosos miraban desde la distancia, sin dejar de masticar las chuletas adobadas en pimienta, orégano y tomillo, pues si la curiosidad era intensa, más lo eran los manjares que en las espléndidas fuentes transitaban.

—¿Qué sucede aquí? —Judá preguntó con tono de pocos amigos. Gadea, por el contrario, no habló, pero se situó junto a la joven, y con los brazos en jarra.

Blanca, en el mismo silencio, se lo agradeció. Puede que el mundanal no lo advirtiese, pero ella, aunque humilde, no era tan tonta como para no apreciar en la simplicidad de los actos, la generosidad de las almas grandes. Y sabido era que cuando dos comunes se unían, en el silencio o en la acción, nadie las derrotaba. El cielo ya podría caerse que el temor no las acobardaría.

Como mujeres comunes nacían, como mujeres comunes se unían, y como mujeres unidas triunfarían. Hechiceras, brujas, pecadoras, tentadoras, ignorantes, cuerpos sin almas, así las llamaban. Y aunque los apelativos pudiesen ser aún más amplios, lo que ninguno de ellos comprendería nunca era que, en una pequeña iglesia de Toledo, un grupo de ellas se unía para cambiar la historia y el futuro de todas.

—Gracias… —murmuró a una Gadea que le respondió con la belleza de la más pura de las almas.

—Cofrades.

—Cofrades.

Judá, lejos de la dulzura de momentos anteriores, estaba deseoso de una buena pelea. Y en especial una con ese que tenía justo delante.

—¡Esta mujer es una bruja! Una hechicera cuya cabeza debe ser arrancada y quemada.

—Atreveos…

Judá ajustaba su mano a la empuñadura del estoque cuando, un Gonzalo algo más distraído, llegaba para acompañarlo allí donde fuese.

—Aquí nadie va a ahorcar a nadie.

El hombre de pobladas canas, recién llegado de Roma, y que por alguna razón nadie conocía ni reconocía, se interpuso entre los caballeros con la paz de los calmos.

—¡Me ha lanzado un conjuro! La muy desgraciada es capaz de gobernar al mismísimo demonio. Lo pagará.

—Esta mujer no parece estar poseída más que por la furia de vuestra ofensa.

El sacerdote se giró para lanzar todos los demonios juntos que en su mirada guardaba.

—¿Y quién sois vos para creeros más que yo?

—Mi señor es… —el joven bien avenido estuvo por responder, pero fue obligado a callar por una mirada directa de su señor.

—Un humilde hombre de comercio. ¿Y vos sois?

—El excelentísimo arzobispo de Toledo. Autoridad máxima

aquí y algo más allá —. Contestó con el orgullo tan erecto como su ego.

—Eso es una… —El joven fue detenido nuevamente por su señor, que esta vez no solo lo mandó callar sino también alejarse del lugar.

El buen caballero, joven y de rizos perfectamente lustrados, caminó cinco pasos por detrás sin contestar. Su obediencia tan domada llamó la atención de un Judá que guardaría esa información para investigar en momentos más oportunos.

—Mis respetos y mis disculpas. Y aunque vuestra autoridad os anteceda, creo que podríamos olvidar los agravios y terminar la velada en paz.

—Es una ladrona —. Respondió el sacerdote dispuesto a no olvidar.

—Blanca no ha robado nada. El collar es mío.

Judá y Gonzalo respiraban como buey a punto de envestir, cuando el dueño de la casa intervino aplacando los ánimos.

—Siendo que todo está aclarado será mejor que continuemos con las empanadillas de carne de pollo. ¡Más vino!

Gadea empujó del brazo a su marido para que la acompañase a donde fuese, pero lejos. Gonzalo, recibió el mismo trato de Juana. Blanca, por su parte, los siguió de cerca.

La multitud comenzó a disolverse hasta dejar a un lado al caballero de impecables vestiduras junto al joven caballero, que aún resoplaba molesto.

—Mi señor, ese hombre es…

—Aún no, querido Pedro, debemos esperar. Dios así me lo ha pedido. Y así lo haremos.

El joven asintió al reconocer la voluntad de Dios padre en los labios de su protector.

Hablemos

Sin ningún tipo de piedad, Judá arrojaba las prendas contra el suelo. Rogando piadosamente por sus vidas, se amontonaron en un alto gurruño al que Gadea, envuelta en sus propios nubarrones, no prestó atención.

—Un poco de paz… No busco más. Un poco de paz.

El hombre balbuceaba para sí, mientras descalzo, y con la portando únicamente sus pantalones de lana, se servía una copa de vino aguado. Imposible quitarse de la cabeza al hacedor de todos sus males. El inicio de sus disgustos y el fin de cualquier tipo de descanso.

En esos momentos no sabía si odiaba al sacerdote con la misma intensidad que se compadecía de sí mismo. Los tiempos avanzaban, pero el rencor seguía ahí. El agua corría por el Tajo con la misma celeridad que la madurez por sus venas; y aunque la furia de venganza reclamaba ahorcar al desgraciado, se sentía terriblemente cansado. Su padre no caminaba por el mundo de los vivos, y las responsabilidades pesaban con supremacía ante su ausencia. Odiaba al sacerdote, pero por una vez creyó que el hombre se calmaría. Benditas e ingenuas fueron sus esperanzas al creer que el fuego divino de sus manos ardientes le entregarían algo de paz.

El mal nacido, esa noche pareció más alterado que nunca. Y él ya no sabía cómo responder a tantos despropósitos. Su sangre era de nuevo cristiano, pero cristiana al fin. ¡Qué más podía hacer! Sus negocios le precedían en honor y apoyo a la corona. Y aunque Castilla se encontrase con un tutelado rey demasiado joven, aquellos problemas le quedaban lejanos a quien cumplía con sus obligaciones de buen toledano.

Puede que alguna vez que otra se saltase las normas estrictamente estipuladas, pero vivir en una ciudad como Toledo, y no esquivar los palos, sería ser un bobo demasiado atontado.

Ciudad grande como pocas y de oportunidades amplias, Toledo llevaba a la pobreza al estúpido, y a la buena posición a los listos. No, no era un noble de pura raza, más nadie se atrevería a afirmar tal desagravio en voz alta, después de todo, los De la Cruz poseían lo que muchos nobles necesitaban. Maravedís, y más maravedís.

Bebiendo con sorbos pequeños intentó pensar estratégicamente en como detener a aquella maldita garrapata. Gonzalo tenía razón: el bellaco, aunque no fuese el verdadero arzobispo, lucía sus trajes y derechos, y aunque bien se dejase más de una vez olvidadas las obligaciones, el usurpador podía actuar como arzobispo al fin. Intocable. Cualquier intento contra él sería cavar su propia tumba, o la de los suyos, pensó al ver a su mujer con las manos envueltas apoyadas sobre su regazo.

Sentada al borde de la cama, y con la mirada perdida, resultaba la mujer más dulce, pero también la más frágil. No, él no cometería una imprudencia que a ella perjudicase. Si el cura era destronado, sería por una inmensa voluntad divina. Una que la protegiese.

—Amor mío, me conocéis. Protesto más de lo que sonrío. No os debéis preocupar —. Gadea alzó la vista con los párpados caídos y su corazón se partió en dos. Dios no lo perdonaría nunca. Era el peor de los maridos —. Lo siento. Juro no volver a preocuparos.

—No es vuestra culpa.

—Siempre es mi culpa —. Contestó acercándose para envolver las tiernas manos entre las suyas —. Soy el rey de las culpas.

Ella sonrió y él la acompañó tímidamente.

—No es así, y lo sabéis. Mis actos os han llevado nuevamente a encontraros con problemas que ni siquiera pensabais.

Judá torció el rostro y Gadea se mordió el labio inferior con arrepentimiento.

—Si no hubiese sido por el collar nada hubiese pasado.

—Eso no es verdad.

Gadea comenzó a mostrar una mirada cargada de humedad y él creyó morir ante la impotencia más grande. Estaba tan cansado de verla sufrir que se juró que aquello terminaría muy pronto. La muchacha se tropezaba con los problemas con tanta frecuencia como las gallinas tuertas del corral. Y aunque la amaba con el alma, y aunque muchas veces deseó ahorcarla, llevaba tiempo comprendiéndola.

Gadea Ayala no era una mujer al uso. Ella no callaba cuando debía. Aquello podía ser una incomodidad para la mayoría de los hombres, incluso para su antigua personalidad, pero no para el esposo de hoy. Le costó tiempo reconocerlo, sin embargo, hoy se sabía el más afortunado, pues ella le entregó lo que ninguna. La vida.

Envuelto en sus desgracias, agobiado por sus venganzas, le enseñó aquello de lo que algunos pocos hablaban y otros menos practicaban. Amor sin límites. Gadea era como los caños de la fuente. A todos entregaba frescura. Sin preguntar, sin reclamar, sin esperar… Así era ella, y así la amaba. Tal como era.

—Cuando os llevasteis todas las joyas que encontramos, me quedé con el collar. No pensé estar cometiendo un error. No era robar, yo solo…

La joven bajó la vista despertando el interés curioso.

—¿Vos solo qué? Hablad.

—Yo lo deseaba para mí. Solo eso. Quería tenerlo.

Judá sonrió al ver la humildad enrojeciendo las mejillas de su dulce mujer. Una joven que se avergonzaba por sentirse una mujer normal.

Deseando comerla a besos, se sentó a su lado en la cama, e intentando tranquilizar lo que para él no significaba más que un ligero desliz, le preguntó cariñoso.

—¿Y aun así se lo ofrecisteis a la morisca?

—Ella no tenía ningún adorno y le quedaba precioso. Ella es preciosa. Mucho más que yo.

La voz arrepentida de Gadea se mezcló con una pregunta implícita. Una que le reclamaba en la tiniebla de las inseguridades, y que, reconociendo al instante, contestó.

—Es verdad, ella es una hermosa joven—su esposa alzó la vista trasluciendo un disgusto que le causó la diversión esperada —pero para mí no existe mayor belleza que la vuestra. Muchas son las mujeres que me rodean, pero existe una sola a la que deseo. Os amo Gadea Ayala. Os amo como nunca amé a nadie. Por encima de nuestros recuerdos y más allá de nuestros sufrimientos. Os prometo que siempre os amaré. No existe belleza que perturbe lo que por vos siento.

Con un beso selló cualquier respuesta. No deseaba continuar con una charla que no llevaba a nada. Él solo deseaba una cosa y se encontraba justo en los brazos de su amada.

—Judá… ¿por qué…? ¿Por qué?

Intentó una y otra vez, y aunque el calor de los labios de su marido, en el cuello, se lo estaban complicando, continuó hablando hasta conseguir terminar la pregunta.

—¿Por qué… interesan tanto esas joyas? Judá…

Compenetrado en soltarle las tiras del vestido mientras desparramaba besos por los hombros, él no contestó. Su mente se encontraba en otros menesteres.

—Judá… ¿por qué? —insistió con la voz entrecortada por la pasión.

—Por qué, ¿qué? —respondió con la mirada turbia de pasión.

—No me estáis escuchando.

—La verdad es que no… no deseo hablar —. Contestó recostándola en el lecho.

Sin embargo, ella necesitaba hablar con su marido, y no podía esperar. Después de que hablase, entonces él ya decidiría si aún la deseaba. O no.

—Judá… por favor…

Suspirando después de ofrecerle un último y ligero beso a ese hueco redondeado entre el pecho y el cuello, se giró para recostarse a su lado, boca a arriba.

—Preguntad —. Desenfadado cruzó los brazos por detrás del cuello y Gadea tuvo que concentrarse para no lanzarse a sus labios y olvidarse de problemas.

—Ya lo he hecho.

—Señora, perdonad al tonto de vuestro esposo, pues me encontraba algo distraído en vuestro perfume… me enloquece —. Dijo abalanzándose nuevamente sobre la muchacha que esta vez se carcajeó bajo su cuerpo.

Con las manos en sus hombros anchos, lo empujó hacia atrás intentando esquivar los besos. Cuando este simuló haber perdido la batalla de fuerzas, se dejó caer nuevamente a su lado.

—Os preguntaba por el interés de esas joyas. No lo comprendo.

—Ah, eso. Es una tontería. Gonzalo y yo preguntamos por aquí y por allí hasta conseguir descubrir que alguien hablaba acerca de la aparición de unas joyas muy importantes. Unas muy especiales —. Gadea abrió los ojos —. Dicen que pueden ser sagradas.

—Eso es ridículo. No había ningún templo donde las encontramos. ¡Era una cueva!

—Y yo os creo, sin embargo, esas joyas hoy valen más escondidas que al aire libre.

—¿Por qué?

—Dicen que Hércules guardó sus tesoros en un cofre y cerró el palacio con una inmensa cerradura. Cuentas que el último rey godo rompió has treinta cerrojos antes de poder entrar. Allí don Rodrigo encontró el cofre con un lienzo que detallaba como guerreros a caballo, vestidos con ropas del sur matarían a los cristianos. Decía que cuando el cofre se abriese hombres con esa descripción invadirán este país, se apoderarían de él y lo vencerían.

—Es una pena…

—¿Pena? ¿Qué nos invadan? ¿la profecía? ¿qué exactamente?

—Que no pueda quedármelo.

La mirada de muchacha algo envidiosa, hicieron saltar las alarmas en el atento marido, que deseaba vestirla con todo lo mejor.

—Os mandaré hacer un collar aún más bello que ese. Oro y perlas. El más costoso.

—No las necesito. Solo deseo vuestro amor.

Judá aceptó la declaración, aunque no era ningún estúpido. Su mujer era un alma noble, pero como toda mujer amaba sentirse hermosa. Y él se lo ofrecería. Mejor dicho, se lo compraría. Y ya sabía dónde. Gadea Ayala tendría el más caro y bonito collar de oro damasquinado de toda Toledo. Y pendientes, y pulseras, y todo lo que el artista le hiciese. Y principalmente, nada maldito.

—Mandaré engarzar las mejores de las joyas. Las reinas os envidiarán.

—Judá…

Sus labios se unieron en un beso profundo.

Con el calor de los cuerpos ardientes, se situó sobre ella para

continuar lo comenzado momentos antes, cuando escuchó esa vocecita nuevamente.

—Esposo… Judá…

—¿No me permitiréis amaros?

—No digáis eso, yo solo quiero…

—Hablar.

La joven le propinó un puñetazo en el hombro y él se dejó caer nuevamente a su lado. Mirando al techo, y esperando que las preguntas se terminasen lo más pronto posible, volvió a cruzar los brazos por encima de la cabeza.

—Os he prometido joyas.

—Sí.

—¿Y ahora qué?

—Debo confesaros algo.

Gadea se sentó a su lado. No parecía divertida como hacía poco. El rostro se le transformó tan pronto en piedra helada que Judá sintió temor.

—¿Confesar? —Preguntó con el corazón latiéndole al ritmo de mil yeguas juntas —. Os escucho.

El silencio de la muchacha terminó rompiéndole los nervios.

Las confesiones nunca traían nada bueno. Engaños, infidelidades, desamores, sí. Pero cosas buenas, nunca.

—Hablad —. La voz le salió más profunda de lo habitual.

Y es que no se encontraba para calmar sensibilidades ajenas. Demasiado tenía con las propias. Ella no podía haberse entregado a otro. Ella no. Ella era suya.

Mataría al bastardo que intentase quitársela. No lo soportaría. No ahora que su sentido de vida nacía y moría junto a ella. “Dios no…” suplicó con el temblor de los cobardes.

—Después de todo lo vivido prometimos que confiaríamos el uno en el otro. Quiero que comprendáis que no intento faltar a mi palabra, mas sois mi esposo y he jurado que jamás os mentiría.

—Mujer por amor al cielo…—respondió cortándole las palabras pues necesitaba la verdad.

—Yo…

—¿Quién? —Dijo sosteniéndola por los hombros en un acto reflejo.

—Blanca.

—¿Blanca? —Repitió confundido.

—Sí. Ella y el padre Diego.

Judá sintió que el aire le retornaba a los pulmones.

Los colores le llegaron nuevamente a la carne. Con algo más de calma continuó sujetándola por los hombros, pero esta vez con ternura.

—¿Qué sucede con ellos?

—Mas bien qué sucedió.

—No os comprendo. ¿Los han amenazado?

Judá no conseguía relajarse lo suficiente como para pensar con claridad. Llevaba tan solo un pequeño momento volviendo a respirar.

—No, nada de eso.

—¿Entonces?

—Ellos… ellos…

—¿Ellos?

—Se han enamorado.

Judá cerró los ojos un momento antes de caer muerto de risa sobre el lecho de mullida lana. Ventajas de comerciante con arcas bien cargadas.

—¿No estáis molesto?

—¿Yo? —Contestó cuando al fin pudo retener la carcajada —. ¿Por qué iba a estarlo?

—No es para risas. Temo por ellos. Si alguien los descubriese.

—Amor mío, no es el primer cordero de la iglesia, ni será el último, que se despista por el camino de los placeres carnales.

—Lo sé, no soy tan ingenua, pero temo por ella. El sacerdote… si él lo supiese.

—No os preocupéis.

—¿Entonces no estáis enfadado conmigo?

—¿Vos también amáis al padre Diego?

—Tonto…

Aceptando el abrazo de su marido se dejó arrastrar hasta encontrarse sobre él.

Con la mano estirada acarició su incipiente barba mientras le habló con la dulzura de los pétalos de las rosas.

—Les prometí que nada diría, pero no podía mentiros. No volveré a ser esa mujer desconfiada. Estaré a vuestro lado, siempre.

Los dedos de su amada le rascaban la barba y con cada caricia él suspiraba como un tonto enamorado. Gracias al cielo que las puertas y paredes le ofrecían intimidad. No deseaba saber lo que dirían hombres como De Córdoba si viesen al duro Converso suspirando por unas pequeñas caricias.

—Gracias.

—¿Por confiar en vos?

—Habéis sido fiel a vuestra amiga y a nuestra promesa. No puedo pedir a Dios más de lo que vos me dais.

La muchacha se lanzó a sus labios y él aceptó el beso profundo.

Cuando las bocas al fin se separaron unos centímetros tomando el aire, le enmarcó el rostro dentro de sus anchas manos. Las narices casi se tocaban y el aliento de sus palabras le rozaron la piel

sonrosada.

—¿Esto quiere decir que la charla está acabada?

—No más conversación. Soy toda vuestra, mi señor.

—Brindo por ello.

Judá la besó con fuerza antes de rodar y tumbarla justo donde la deseaba. Bajo él.

Malditos

Blanca entró corriendo de tal forma que Diego no pudo más que ofrecerle algo de caldo caliente y esperar a que se tranquilizase. Pero no sin antes morirse de miedo. Ella temblaba como una hoja, y él no sabía que debía hacer. Y no es porque no lo hiciese antes. Durante muchos años fue el consuelo de mujeres solas y agredidas, pero ella no era una mujer cualquiera. Ella era la suya. Y que Dios lo perdonase por semejante afirmación, pero el corazón nunca calla ante los sentimientos imprudentes.

Intentando mantener la calma esperó sentado a su lado.

El cobertizo tenía tantos agujeros como su camisa, y la mesa estaba tan coja como la vieja Beltraneja. El techo cubría menos de lo justo y el lecho no era más que un colchón de paja seca, sin embargo, Diego no conoció jamás hogar más cálido que aquél.

Con manos poco hábiles adecentó la chimenea, y aunque bastante frío, aquella estancia de madera sin ventanas lo significaba todo para ellos. Los días de verano quedaban atrás y el otoño se entregaba con intensidad a una pareja que no le quedaba otro destino que el amarse.

Con los dedos tamborileando golpeó la madera de la mesa. Deseaba que ella comenzase a hablar, y aunque el miedo por ella lo desequilibraba, decidió esperar. «Dios bendito, que no sea nada malo», pensó rezando al señor para que Blanca no hubiese sufrido ningún mal irremediable. Creerla dañada por un desconocido le revolvía las tripas.

Él nunca se creyó un caballero ni nada parecido. Él no sabía de estoque ni puñal. Su cuerpo no era de esos entrenados para la pelea. No poseía la fuerza de De Córdoba o los brazos de Judá, pero si alguien la hubiese rozado, que la virgen lo protegiese porque no pararía hasta verlo sufrir. — «Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur Nomen Tuum, adveniat Regnum Tuum, fiat voluntas Tua, sicut in caelo, et in terra. Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris, et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a Malo».

—Blanca, por favor… —dijo con la paciencia al límite del ocaso —. ¿Quién os ha hecho daño? Podéis confiar en mí.

—Él me acusó.

—¿Os acusó? —Repitió extrañado —. ¿Nadie os agredió?

—¿Os parece poco agravio? Me acusó de ladrona. ¡No soy ninguna ladrona!

Blanca bebió otro sorbo del caldo de verduras intentando calentar el cuerpo, quizás así enfriase un poco el alma.

—Bella mía, creo que un día me mataréis. Decidme quién ha osado llamaros así.

—Quien podía ser. Ese bellaco merece ser enterrado entre piedras y quemado y después…

—Calmaos, ya llevamos demasiados pecados sin penar como para sumar otros nuevos.

Blanca no estaba de acuerdo, y aunque sus impulsos iban dirigidos hacia el asesinato, se contuvo.

La mirada de Diego, fresca como la tierra húmeda, representaba paz hasta para mujeres tan ardientes como ella.

—Diego, disculparíais hasta al más ladrón.

—Todos somos hijos de Dios.

—No. Él no. Él es fruto del mal. Su propio mal.

—¿Os referís a…? —Diego seguía sin conocer la identidad del ser tan odiado.

—Al falso arzobispo. No vive más que para tramar nuestro dolor.

—¿Él es quién os ha acusado?

—Quién otro. Todos en Toledo saben que, aunque humilde de casa, jamás robaría. Me cortaría las manos antes. Con solo verlo se sabía que ese collar no podía ser de otra que no fuese Gadea. Ninguna otra podría lucir algo tan costoso.

—¿Collar?

—El collar que llevaba puesto. Diego no me prestáis atención —. Contestó enfadada.

El joven sonrió y prefirió no decir que no lucía ningún collar. Quizás se lo entregase a su amiga, pero la verdad es que no llevaba ningún collar y no pretendía preguntar más de lo necesario.

—Juro que haré todo por detenerlo. Ese hombre no merece vivir entre nosotros. Diego, temo por Judá.

—Él sabe cómo protegerse —contestó recogiendo el cazo vacío para apartarlo y ocultando la vista de animal celoso que se le plantó en la mirada.

Blanca, que podía carecer de muchas cosas, pero el conocimiento de hombres no era una de ellas, lo abrazó por la espalda apoyando el lateral del rostro en su columna.

—Y por Gadea y por el resto de las mujeres.

Diego cerró los párpados y sin moverse aceptó el abrazo por detrás. Las manos al instante envolvieron las suyas que, con fuerza, se sujetaban en su vientre. Se sentía un estúpido. Uno de esos a los que el amor todo lo nublaba.

—No os arrepintáis. Por Santa Marta os lo suplico.

—¿Arrepentirme? —Contestó girándose para encontrarse en un abrazo cara a cara —. ¿De vos?

—De mí, de vos, de nosotros. ¿Ya no dudáis? —La pena embargó a un joven que creyó poder esconder sus dudas.

Tonto el hombre que crea encontrarse fuera del inmenso conocimiento femenino. Por supuesto que Blanca había reconocido sus dudas.

—No puedo negar que temí por todo aquello que por vos pudiese nacer, pero vuestro corazón fue más fuerte que cualquiera de mis luchas. Sois demasiado sol para una pequeña tormenta de verano como yo.

Acariciando las mejillas de la muchacha se dejó llevar por lo que ya no podía contener. El amor.

—Habláis de corazón a lo que yo llamaría insistencia. Habéis dudado y eso os honra, en cambio yo… —Blanca se alejó a un lado con el peso de la culpa cargándole la espalda —. Él tiene razón. Soy una bruja hechicera.

—¿Por qué decís eso?

—Si no fuese por mí seguiríais feliz como siempre. Es mi amor el que os ha hecho dudar y perder vuestra honorabilidad frente a Dios. Es mi culpa. No soy más que una de esas con las que tanto se me compara. Mujer cargada de tentaciones. Lo siento.

La noche era cerrada pero no temía por su seguridad. Debía marcharse de allí y respirar algo más fresco que la culpa.

Aquél falso arzobispo de mal nacer tenía razón. No era nada bueno. Sabedora de las artes del amar buscó lo prohibido y lo encontró. Lucho con insistencia hasta que él no pudo rechazarla. Diego sufría las consecuencias de sus actos. Al igual que Judá, y Gadea. Sin ella todos serían más felices.

Trastornada por una noche que consiguió vencerla, se encaminó sin fuerzas hacia la puerta. Sin embargo, el joven enamorado, no le permitiría escapar.

—Diego, por favor —. Dijo suplicando que se retirase —. No puedo seguir. Vuestras dudas siempre fueron acertadas. Esto debe terminar.

—¿Mis dudas? Y qué sabéis vos de mis dudas —. Diego no se movía del portal. No pensaba dejarse vencer. No por las acusaciones de un malnacido que no había hecho otra cosa que lastimar a quién tanto adoraba. Ella era fuerte, honrada, y delicadamente perfecta.

—¡Que qué se yo! —Contestó alzando la vista cargada de lágrimas —. Sé que erais feliz antes de conocerme. Que el bien caminaba por vuestras acciones. Sé que eras un hijo de Dios. Sé que el pecado no os hacía pedir perdón cada mañana. Sé que nunca debí amaros. Sé que…

El dedo de Diego se depositó en los labios de la muchacha consiguiendo silenciarla.

—Sé que no conocía de la vida hasta que os conocí. Sé que nadie me ha hecho sentir el deseo de despertar antes de vos, sé que

nunca agradecí la compañía de un cuerpo adormecido a mi lado. Sé que jamás supliqué a Dios por un día más.

—Diego…

—Shh, ¿queríais escuchar? ¿queríais saber? Pues entonces sabed. En un principio dudé, pero no por lo que sentía por vos sino por no ser lo que merecías. Blanca, mirad lo que soy —. Contestó mostrando el corral de madera—. No poseo más que humildes palabras. Sois merecedora de todo y yo poseo menos que poco. Sois una mujer, sí, pero no fueron vuestras curvas ni experiencia las que me embrujaron. Sois tanto que no existen palabras para definir lo que un hombre puede sentir al teneros —. Tomando aire continuó ante una mujer atragantada por la propia emoción —. Mi inexperiencia no me permitió ver con claridad aquello que hasta el más idiota podría reconocer. Os amo como nunca he amado. Os siento en la piel como parte de mi sangre. Vuestra respiración es la mía. No os dejo marchar no porque no lo desee sino porque no puedo. Sin vos mi vida no tendría recuerdos ni tendría futuro. Os amo tanto que la carne me duele y el alma se me encoje. Sí, llegué a temer por esto que siento más fuerte que el fuego que quema. Perdonad a quien nunca supo lo que era el amar y actuó con el temor de los cobardes.

—Diego…

—Amadme de la misma forma que yo os amo, os lo suplico. Ya no existe otro camino para mí.

Blanca llorando sin vergüenza, y con el rostro cargado de agua y sal, se lanzó hacia el joven que la recibió con los brazos abiertos.

Sujetándose con el impulso, Blanca envolvió las piernas a la cintura del hombre que, enloquecido con el mismo fervor, la sujetó por debajo de los muslos para llevarla directo al lecho. Esa cama no era otra cosa que el lecho de un pobre. La paja era tan seca y escasa, que bien podían retozar en el suelo, que no lo notarían, mas la casa, construida con los materiales de la pobreza, albergaba más riquezas que los hogares de grandes nobles.

Diego y Blanca, una pareja amparada por Dios.

Diego y Blanca, una pareja prohibida por Dios.

Mientras tanto en la mancebía más oscura del arrabal

—Mi señor, os lo juro, no sé qué pudo pasar.

El sacerdote se vestía presuroso mientras la mujer no cesa de disculparse. Quizás temerosa de recibir un varazo como único pago.

Indignado y sin poder hablar, el hombre se cubría como podía.

La mujer, de cintura más ancha que las vacas, bamboleaba las caderas moviéndose con preocupación. Las meretrices, curiosas como todas, asomaban la nariz sin contener por un segundo las risas

atrevidas.

Atragantado, y muy avergonzado, huyó por la salida a medio vestir. Como pudo intentó subirse al caballo, pero un traspiés lo hizo caerse de morros frente a un animal que lo pateó en el centro de sus acaloradas, y desnudas, posaderas.

—Mierda —. Contestó intentando domarlo ante unas prostitutas que se asomaban a la puerta para continuar carcajeándose.

Alterado como se encontraba, aceptó de mala gana la ayuda de la gorda, que intentando controlar las riendas del asustado caballo, no consiguió más que resbalar y caerse justo encima de él. La puta era tan pesada, que lejos de caer de forma delicada como flor, dio de lleno en su rostro como cubo de cantero. El golpe fue tan intenso que su cuerpo regresó al suelo, con el pecho mirando al cielo, y la nariz chorreándole sangre.

—¡Alejaros de mí! Asquerosa mujer —. Chilló intentando tomar aire ante una meretriz que, con el culo en su rostro, era dueña de unas nalgas que no podía alzar así como así.

El asistente de la mancebía, con más plumas que un ave de corral, quiso ofrecer ayuda a su señora, mas solo consiguió espantar al caballo que huyó tierra abajo hacia el bosque.

—Mi caballo…—sollozó apenas sin aire, y bajo el culo de una mujer que se esforzaba en levantarse.

Cansado, y esforzándose en echar a la idiota de la meretriz y su ayudante, los empujó a un lado, cuando los cuchicheos de las mujeres en el portal, sonaron quedos pero claros.

—Dicen que está maldito.

—Sí. Dicen que la hechicera hizo un pacto con el diablo.

—Sí, dicen que lo maldijo por todo lo alto.

—Dicen que le prometió una vida de miles de accidentes.

—Y dicen que le arrojó una pócima del mismo infierno hecha con polvo de muerto.

—Bendito Dios —. Contestaron todas a la vez, persignándose varias veces seguidas, antes de entrar y cerrar la puerta de un golpazo.

—Mi señor, son unas parlanchinas —. Resopló la gorda girando sobre sí misma en el suelo.

Nervioso, y como pudo, se puso en pie y se alejó de allí lo más rápido. No deseaba mirar atrás, pues el recuerdo de esos hombres vestidos de forma extraña y golpeándole antes de desvestirle seguían causándole pavor. Los muy desgraciados lo fulminaron a golpes. Y lejos de conformarse, lo ataron para domarse entre ellos. El espectáculo fue asqueroso, hasta para él. Cuero, golpes, hombres desnudos y más golpes. Aquello no era sexo sino tortura.

Temblando, y desconcertado, atravesó la muralla, y cuando se creyó a salvo, una descarga de aguas desde las alturas le dio de lleno.

El líquido amarillento con olor a mierda comenzó a recorrerle la cabeza hasta cubrirle los hombros. Cuando alzando la cabeza, quiso gritar por todo lo alto, tuvo tan mala suerte, que al abrir la boca, una segunda descarga, le llenó la garganta.

—Os lo dije, está maldito —. Comentó alguien tras él, y al que hubiese matado a golpes si no fuese por las boñigas chorreándole por la cara. Asqueado y pestilente caminó con paso firme y acelerado.

—Que sí, está maldito.

—Maldito. Eso parece. Eso parece… —Afirmó el segundo borracho.

Mi tesoro

No alcanzó a levantarse, que otra vez se vio tumbado y boca a arriba. Moviendo la cabeza de un lado a otro, Diego creyó estar aún dormido, mas el zumbido del oído derecho, y la mandíbula desencajada, le hicieron pensar que igual que sí que lo estaba.

A su lado Blanca, envuelta en una manta con mil remiendos, chillaba con otro hombre de voz gruesa. Aquello no solo lo terminó de despertar, sino que le hizo desear no haber abierto los ojos.

—¡Levantaos! ¿O será que habéis desgastado todas vuestras fuerzas en el lecho?

El sonido de la voz grave le dañó más que el derechazo que lo llevó al suelo. De culo, y con la dignidad mirando al cielo. Estirando la mano, y sin elevar los ojos por encima de las lujosas botas que veía delante, se recompuso la camisa, y se levantó. El silencio se le atragantó en el cuello, pues las acusaciones, aunque dolorosas, eran tan ciertas como que Dios era el creador del infinito.

La puerta se abrió, dejando penetrar un rayo de luz de un amanecer insipiente, y Diego suplicó a los cielos que por favor ya no entrase más gente. La vergüenza le llenaba un alma que se sentía más sucia que nunca. Amaba a Blanca, lo aceptaba, lo reconocía, mas algo muy distinto era explicarlo.

—Judá, por favor… —La voz de Gadea suplicaba mientras sostenía el puño de su marido.

—Poneros en pie y hablad como hombre, pues como párroco dejáis mucho que desear.

Gonzalo, llamado más por curiosidad que por alarma, entró tras Gadea.

Sin poder creérselo pestañaba sin cesar como si pretendiera con cada caída de párpados aclarar la imagen que tenía delante.

—Ni en mil años… —murmuró De Córdoba estupefacto.

—¡Fuera! —Dijo Blanca cubriéndose con la manta para no mostrar su desnudez al completo, y poniéndose de pie junto a su amor —. ¡Nada os importa!

—¡Me importa lo que yo diga que me importa! —Contestó el Converso con la misma intensidad y encarándola con la negra mirada.

—Judá, por favor… —Gadea repetía de forma autómata.

Gonzalo, que nada decía, pero mucho comprendía, se colocó junto al amigo, con la misma furiosa mirada de indignación en el rostro.

—Dejarla marchar. Os lo ruego —. Diego respiraba con profundidad buscando las palabras que explicasen lo inexplicable.

—No pienso moverme de vuestro lado —. Blanca se situó más cerca y Diego se hubiese enamorado aún más de ella, si eso fuese

posible. Que no lo era. Como su corazón ya se encontraba totalmente comprometido, no pudo más que sonreírle agradecido. No merecía tanto amor.

—¡Por amor al cielo! Si es que es verdad. ¡Estáis enamorados! —Judá se rascaba la frente ante un Gonzalo que cerraba los ojos para no pensar.

—Si alguna vez se os diera por escucharme —. Dijo Gadea antes de hablar de forma directa a Blanca —. Lo siento mucho, no pude…

—No os preocupéis, os comprendo. Sois una buena amiga —. Blanca respondió con sinceridad frente a una joven que sintió como mil piedras de culpabilidad le abandonaban la espalda.

—Deberéis marcharos. Dejaréis la ciudad y a la mujer. Ya no sois un hombre grato en este beaterio.

—¡No!

—¡De eso nada!

Las voces féminas se le enfrentaron, y Judá las fulminó a ambas con la mirada intentando doblegarlas, pero las mujeres, lejos de asustarse, continuaron con la desesperada defensa del joven.

Judá no sabía si reír o matarlas. Aquellas imprudentes no tenían ni idea de las consecuencias que les podrían caer encima.

Los chillidos de todos a la vez comenzaron a ser un tumulto de voces incomprensibles, cuando Diego decidió poner fin a tanto desquicio.

—No la abandonaré.

—Sí lo haréis —. Amenazó el Converso con dientes apretados.

—No amigo mío. No lo haré —. Contestó con valor, seguridad y sin alzar la voz.

Gonzalo abrió los ojos como platos. Si algo pensó siempre, era que el párroco transportaba agua en las venas. Sin embargo, allí se encontraba, frente a un hombre temible, defendiendo sus sentimientos. Gustoso de ver esa reacción de caballero bien puesto, movió la perilla orgulloso.

—Estáis loco. Valiente sí, pero loco —. Replicó el Converso con diversión.

Gadea y Blanca lo miraron confundidas. ¿Estaba borracho?

—¿Qué está sucediendo aquí? —La voz de Juana se hizo presente en el portal.

—¡Bloquead esa puerta por amor a la virgen!

—Nosotros nos vamos —. Replicó Gonzalo.

Juana al ver la situación, quiso sumarse a las mujeres y salir en su defensa, pero los fuertes brazos de su marido la sujetaron por la cintura para acarrearla como saco de patatas.

—¡Gonzalo! ¡Soltadme! Os juro que os lo haré pagar —. Gritaba

a hombros y pataleando.

—Lo sé mi amor. Lo sé.

La cara de pena de Gonzalo hubiese causado risa a todos sino fuese porque la tensión se mascaba como pan sin levadura.

—La dejaréis y os marcharéis. En Toledo no albergamos mentirosos. Os iréis solo. Es mi última propuesta.

—Yo me iré con él. — Blanca chilló como loca poniéndose frente a frente con Judá. Él era mucho más alto, pero eso no la intimidó en lo más mínimo.

—Vos no os iréis a ningún sitio —. Refutó con la mandíbula apretada.

—¡No tenéis derecho alguno!

—¡Sí lo tengo!

—¡No lo tenéis! —Contestó furiosa.

—¡Sí lo tengo!

—No lo tenéis —. Repitió Diego entre dientes y apretando los puños a los lados.

—¡Sí lo tengo!

—No, no lo tenéis —. Recalcó Gadea con mezcla de intriga y dolor.

Judá, confundido, se rascó la frente. No deseaba causar daño alguno a nadie y mucho menos a su esposa. La situación se estaba escapando a su control. Intentando comportarse como un hombre racional contó hasta tres antes de cambiar su actitud y tono de voz.

En primer lugar, hizo lo que pensó más sensato.

Tomando a Gadea de la mano la arrastró hasta su lado y la sujetó por la cintura. Defendería a la amiga, cumpliría con su deber de amigo, pero por ningún motivo causaría dudas en su esposa.

Cuando la hubo apresado a su lado, y descartando posibles confusiones, volvió a hablar, pero esta vez algo más calmado. O por lo menos eso intentó.

—Cuando Azraq se fue, juré que os cuidaría como un hermano —dijo recalcando el lazo de consanguinidad—y pienso cumplir con mi promesa. Azraq y vos sois parte de mi familia.

Blanca agotada cayó sobre una silla.

Las explicaciones resultaban de lo más complejas. Gadea intentó acercársele, pero la sujeción de su marido se lo impidió.

Diego, al notar el cansancio de la joven, sintió tal pena por ambos que por un segundo pensó en si todo aquello poseía alguna razón.

La duda le alcanzó por escasos minutos, pues le bastó con ver la figura de la joven sentada y cubierta con la manta, para comprender que la amaba más allá de todo. Sus sentimientos superaban las riquezas, los amigos protectores, los hermanos ausentes, y las

obligaciones con Dios. «Perdóname señor porque he pecado. Y no me arrepiento». Pensó en el bullicio de su cabeza, antes de acercarse al Converso, con el valor que nunca tuvo antes.

—Soy conocedor de vuestras buenas intenciones y comprendo vuestra preocupación. Nadie mejor que yo sabe que mis errores terrenales han puesto a Blanca en la peor de las posiciones. Sé que soy el peor de los hombres para ella y que no debería siquiera mirarla a los ojos —la muchacha alzó la vista cargada de lágrimas y él no pudo evitar acercarse a su lado y tomarle la mano—pero Dios sabe que la amo más que a mí mismo. No, no me iré a ningún lado. No sin ella. Puede que no lo comprendáis pues ni yo lo comprendo, y aunque la experiencia de la lucha jamás me acompañó, quiero deciros que si intentáis separarnos lucharé con mi vida por permanecer a su lado. El destino nos ha unido, el corazón nos ha enamorado, y nadie más que la muerte podrá separarnos.

Gadea se soltó del amarre de su marido y con lágrimas en los ojos se puso a media distancia entre su marido y la pareja. Judá, lejos de sentirse enfadado, alzó un lado del labio con sonrisa de villano.

—¿Pensáis enfrentarme?

—Estoy de su lado —. Contestó con los brazos en jarra.

—En ese caso… Deberé ayudaros.

Blanca y Diego se abrazaron respirando con alivio. Su mujer, sin embargo, lo miró con la mirada estrecha y desconfiada.

—Vestiros, os veré más tarde en mi casa.

No fue hasta que cruzó la puerta del corral cuando Gadea lo detuvo del brazo terriblemente intrigada.

—¿Vais a ayudarlos? ¿De verdad?

—Eso parece.

—Pero yo pensé que…

—¿Qué retaría a vida al párroco? ¿Tan poco me conocéis?

La autosuficiencia de su marido consiguió disgustarla un poquillo. El hombre sonreía con una actitud que hubiese querido borrarle la sonrisa de un soplido, pero la intriga le pudo más.

—Entonces ¿por qué el puñetazo?

—Ah, eso… Pensé que a Azraq le gustaría. Cosas de hombres.

—Ellos se aman —contestó afirmando lo evidente.

—Ahora lo sé.

—Deseabais comprobarlo para así cumplir con vuestra palabra de hermano y amigo —. Gadea al fin lo veía claro.

—Vais comprendiendo.

—Gracias.

—¿Por golpear al párroco? —Dijo con carcajada poco contenida.

—Por brindarles vuestro apoyo.

—Y cómo no hacerlo. Por nada del mundo lucharía con un caballero como vos—. Contestó burlándose de su actitud al enfrentarlo.

—Judá…

Gadea caminó disgustada, pero él la sostuvo del brazo.

—Los ayudo porque yo mismo sufro de la misma locura.

Judá la besó en la mejilla y Gadea sintió aquél como el beso más apasionado que recibiese jamás.

—Ahora os pediré que os mantengáis sin llamar la atención por un par de días. ¿Creéis que podréis hacerlo?

El buen humor de Judá la animó a preguntar curiosa.

—¿Por qué?

—Debo viajar. Un entierro me espera —al ver su incomprensión mostró a la joven el collar que llevaba escondido en el bolsillo —. Voy a Sorbaces, allí lo enterraré con el resto. Es mejor que nada nos una con ello. Valoro más nuestras vidas que un poco de oro viejo.

—Solo os causo problemas. Lo siento.

—Soy yo quien os pide perdón.

—¿Vos? ¿a mí?

—Sí, desde que nos casamos no me he preocupado por vuestros deseos de mujer. Sois la más bonita de toda Toledo, y como tal deberíais lucir. No volveré a cometer error semejante.

—No hace falta. Vuestro amor me basta. De verdad no necesito joya alguna —. Dijo con humildad y completa sinceridad.

Judá aceptó su respuesta, y aunque le satisfizo, no la respetaría. El maestro orfebre recibiría esa misma mañana un pedido de un collar y pendientes con el mejor oro y con el mejor tallado damasquinado de toda la ciudad. Ella merecía sentirse la más bella de todas y él se lo ofrecería.

Con un beso rápido se despidió en busca de Gonzalo de Córdoba. Ambos debían marchar lo más pronto posible. El collar sería la última pieza que se incorporaría al cofre con las otras joyas. Todas serían enterradas y allí quedarían ocultas hasta el fin de los tiempos, o hasta que alguien las desenterrase. Y para ser sinceros esperaba que tardasen mucho, pero mucho tiempo. Quién sabe, quizás en el futuro alguien cavase y descubriese que aquellas eran las verdaderas joyas del Templo del rey Salomón. Puede que hasta descubriesen que perteneció a la realeza. Puede, se dijo con poco interés. A él solo le preocupaba deshacerse de ese gran problema.

La seguridad de su mujer y sus hijos representaban la riqueza más importante. Santa María de Sorbaces, y su tesoro, lo dejaba para excavadores curiosos del futuro. Su trabajo consistía en enterrarlo, y olvidarlo.

Buena suerte, mala suerte

El sacerdote miró el conejo frito en sebo de cerdo, y giró la cabeza a la cocinera. Miró a la cocinera, y giró la cabeza al conejo frito. Así una y otra vez intentando comprender por qué el aroma a romero, hierba buena, y tomillo, se detenía espantado frente al aleteo de unas treinta moscas. No, treinta sería incurrir en un grave error. ¡Cincuenta! Era una cifra más exacta Asquerosos cincuenta insectos negros con patas cargadas de mierda apoyados en su deliciosa comida. Otra vez, miró a la cocinera y al plato. Y al plato y la cocinera. Hasta que el cuello le dijo que se detuviese o se le escaparía descalabrado.

Algunas, intentando no ahogarse en la densa salsa de manzanas y garbanzos, aleteaban desesperadas para, agotadas, caer sin posibilidad de salvación en el blanco cuenco de leche de almendras y miel.

Asqueado arrojó todos los platos al suelo. Con la potencia de los que con heridas abiertas se les echaba alcohol encima, gritó consiguiendo que hasta Sancho III de Castilla se revolviese en su bóveda.

Una aprendiz de ayudante de cocina, que a la vez cumplía los servicios de limpiadora y lo que se preciase mandar, se sujetó las rodillas deteniendo los temblores, antes de ir junto a su señor. Y tanto fue lo que corrió, que a medio camino perdió el desgastado zapato. Uno igual de grande que los pies de su dueño anterior, pues aquel era el precio que pagaban los que compraban ropas de un muerto el doble de su altura. Caminar y perder. Perder y saltar. Doña Francisca aconsejó comprarlos en el mercado junto al Pozo Amargo y le pareció bien. Los zapatos de décima mano eran los más baratos, y una excelente oportunidad. Hoy, con un pie cubierto y el otro al desnudo, ya no le parecía la mejor de las ideas.

Con la camisa remangada unas cinco veces, y los pantalones atados con una cuerda de esparto, la muchacha llegó con la frente temblando de miedo.

—¡Quiero pan! —Ordenó con las fuerzas de un general.

La joven, tan humilde como inútil, acarreaba con un buen trozo en el bolsillo. Por unos instantes dudó de su acción. Y aunque sabiendo que su cabeza podría rodar, decidió ser valiente. Con ingenuas esperanzas introdujo la mano dentro de los pantalones y sacó el pedazo. Su señor, después de todo, representante del cordero de Dios en la tierra, sabría perdonar su anterior error y agradecer el mendrugo. Estiró la mano rápidamente depositándolo en la mesa. El trozo, al igual que las moscas, lucía de tan elegante color.

—¿Negro? ¿Pan negro? ¿Me habéis traído pan negro?

Realizado con cebada, podía ser un alimento bueno y hasta

digno para los agricultores y los pobres, pero nunca para el arzobispo de Toledo. ¡Nunca!

—¿Qué pensáis que haré con él?

—¿Comerlo? —Respondió la inocente sin ver en el brillo de la mirada de su amo el látigo de su superioridad.

Lejos de contestarle, el sacerdote comenzó a reír a carcajadas ante una muchacha, que presa de su propia estupidez, lo acompañó en la diversión. Si el señor era feliz, los sirvientes lo eran. Eso decía su padre, y eso hizo. Llevada por la algarabía del momento, se atrevió apoyar la mano en la mesa, pues la risa, como el exceso de alcohol, causaba alegría e imbecilidad.

Sonriente como se encontraba, y aceptando el buen humor como perdón a sus continuos errores, la joven continuó riendo a carcajadas sin apreciar la mirada lobuna del sacerdote, que ya no reía.

La mano ancha, fuerte, y dura, se alargó con lentitud para recoger la vara de madera de la cual nunca se alejaba. Pausadamente, como cazador ante su presa, y con movimientos escasos para no ahuyentarlo, alargó los dedos. Estos, con la misma fuerza que maldad, sujetaron el bastón y lo atrajeron hasta su cuerpo para luego… ¡Zas! Bajarlo sobre la joven.

La aprendiz de mujer, y de todo lo demás, no llegó a activar los reflejos con la suficiente premura. El bastón, elaborado con la madera de avellano más dura de toda Toledo, cayó con tanto coraje, que el moratón de la muñeca y palma, llegó con la misma celeridad que el profundo dolor. Gritando se acarició la zona mientras pedía disculpas a un sacerdote que la hubiese perseguido en su fuga de la sala sino fuese porque sus piernas ya no corrían como antes. La cocinera, con una mano aferrada en la otra, y el saltito de los medios calzados, huyó como los cobardes pues frente a los demonios más valía correr que rezar.

Solo y molesto, en una catedral que le quedaba demasiado grande, el siervo de Dios caminó pisando la piedra fría. Sin respuestas, con un apetito imposible de saciar, y sin su querido Sancho como acompañante de maldad, se encaminó hacia la puerta principal. Necesitaba tomar un poco de aire. Quizás el frescor del naciente otoño le brindase un poco de calma.

Los pasos desde su sala no alcanzaron los diez cuando, tropezando con la gran lámpara de piedra cargada de aceite, las chispas del fuego a punto estuvieron de quemarle el brazo. Con rapidez sacudió los restos de lumbre para salir con un inmenso agujero en su impecable chaqueta azulada.

Esa mañana no vestía como el gran arzobispo que era. La necesidad de pasar desapercibido le urgía. O quizás la urgencia de abandonar esa maldita mala suerte que lo llevaba por el camino de la

amargura. Los amaneceres comenzaban con las mismas desgracias que terminaban las tardes. Días cargando con ese gran penar. Y aunque quiso estudiar el origen de sus infortunios, esa mañana, como las anteriores, le guiaron hacia la misma conclusión: La morisca.

Desde la celebración en la casa de González Palomeque, no cesaban de sucederle terribles pesares. Observando el agujero en la chaqueta de lana, no llegó a andar más allá de la curtiembre cuando distraído resbaló con una manzana podrida. La caída no le causó más que un rasguño en la rodilla derecha, y aunque el dolor era mínimo, si lo fue la furia al ver la abertura en su carísimo pantalón. Aún en el suelo, con las rodillas a medio apoyar, pensó en la creencia popular de la magia como posible contestación a su realidad.

Apoyándose en la pared de la carnicería, alzó la mirada mientras se levantaba, cuando lo que vio le hizo elevar la mirada a los cielos.

—Gracias. Alabado seáis porque este hombre de poca fe no supo ver en sus desgracias el sendero que le marcabais. Tuyo siempre el poder y la gloria —dijo mientras la comisura de los labios se elevaban villanos.

Quedándose en la postura a medio levantar, se inmovilizó en el sitio. No deseaba por nada del mundo perderse lo que, en la acera de enfrente, y bajo la penumbra del portal, sucedía.

—Lo sabía… lo sabía…—murmuró reconociendo el pecado.

El cielo se abría delante de él como las aguas a Moisés. Los astros se unían para otorgarle un sentido a tanto desquicio. ¿Quién si no el mismo Jesucristo hubiese querido que se encontrase en ese momento y justamente allí?

Todas las desgracias poseían un mensaje. Ahora lo veía claro. Dios deseaba que viese aquello. El principio del fin. El principio de su victoria.

Frente a él, sin percatarse de nada, la pareja se besaba ardiente. Las manos del uno acariciando lugares que para cualquier cristiano resultaría hasta indecente. Al fin resultaba que los santos no eran tan santos. El párroco, vestido de buen cordero, no era más que otro lobo como él.

La mujer aceptó ser empujada hacia dentro, ante un joven al que se le traslucía en los actos, la intención. La puerta de madera se cerró tras ellos, y aunque no viese su interior, el sacerdote disfrutaba con lo que dentro sucedía.

—Gracias —repitió nuevamente encontrando en el descubrimiento la mano divina. Esa que juzgaba a los pecadores y guiaba a los castigadores. Él vestía con las prendas y el cargo que el divino creador deseaba que luciese.

—Tuyo el poder y la gloria — dijo antes de terminar de ponerse

en pie.

Dios le ofrecía la venganza tan deseada. Su justicia divina lo guio delante de quién debería ser castigado.

La realidad era que existían otros párrocos en pecado por culpa de mujeres diabólicas como la morisca, mas él no estaba para disculpar. Si Dios deseaba que viese lo visto era porque buscaba el mayor de los castigos.

Encontrándose con el poder de la verdadera voluntad, se sonrió. Esa mujer sufriría por el maldito hechizo. En cuanto al Converso y su mezquina mujer, ellos también sufrirían. «Malditos mal nacidos que practicantes de la caridad se creían mejores incluso que él».

No fue hasta que llegó a la esquina que sintió un golpe seco en la cabeza. Exactamente en la parte trasera. Cerca del hueco que le unía el cuello con la calva.

—¡Arj! —dijo acariciándose mientras se giró para mirar atrás. Y aunque allí no había nadie, hubiese jurado que un pequeño guijarro le dio con total precisión. Un poco mareado, pero no debilitado, consiguió recuperar la compostura con rapidez.

Tomándose esta vez las desgracias como voluntades de los ángeles, continuó su marcha. Delante se le presentaba una oportunidad que merecía un plan. Uno que lastimase más que los cuchillos, y que matase más que el desamor.

Todo lo que hiciese falta lo haría con tal de que el Converso se retorciese en su propio dolor. Ese cerdo, puerco, usurpador de riquezas no merecidas, no sonreiría nunca más. Y lo que era mucho mejor, no disfrutaría como hombre de ningún otro placer. Su esposa lo culparía. Y él lo pisaría hasta sentir que su cuerpo se retorcía como el corazón de una cucaracha. Maldito puerco mal nacido que no cesaba de provocarle una necesidad de pasión que no podía controlar.

Claro estaba que la atracción que sentía por el puerco no era más que el fruto de una magia proveniente del propio diablo, pues demonio como era, intentaba doblegarlo a través de la tentación física. Quizás hasta la hechicera le ofreciese semejante magia para tenerlo dominado. Pensar en el Converso, como era normal y diariamente habitual, le producía una erección dolorosa. Tal vez incluso hasta irrefrenable. Y aunque se sintiese en inferioridad por desear lo indeseable, se sabía lo suficientemente fuerte como para arrancarle la cabeza a la serpiente tentadora.

Alonso De la Cruz jamás sería suyo, pero tampoco lo sería de esas inmundas mujeres. Esas que con malas artes no provocaban más que delirio, perversión y temibles hechizos. Pecadoras de nacimiento cuyo valor no llegaba más allá de la necesidad de parir. Dios las puso en el camino para que cumpliesen con la voluntad de los hombres

como a las yeguas o a las gallinas, y como tal deberían ser tratadas. El Converso amaba a esa muchacha con la misma intensidad con la que él la odiaba. Las odiaba. Odiaba sus sonrisas al caminar por la calle. Rompía de furia al sentir como se recuperaban del más hondo sufrimiento con el uso de su simple voluntad.

«Bastardas», pensó al recordad a la mujer tomar de la mano a su marido cuando enterraban al viejo judío. El muy estúpido del Converso hasta le sonrió. Maldito poder sanador poseía ese endemoniado amor que aireaban como si aquello estuviese bien, impregnando las calles de risas y dormitando cansados de caricias.

—No volverá a suceder —. Se dijo con la envidia carcomiéndole las entrañas.

Él jamás amaría con esa intensidad, pues reprimido como se sentía, no encontraba más que en el cilicio la satisfacción. Gota a gota, la sangre que caía por su pierna buscaba en el dolor la recompensa de lo que jamás sintió.

Una vez creyó encontrar lo más parecido al amor, pero el joven se marchó dejándole en una soledad más fría y penetrante que la anterior. Pues si la soledad era mala de nacimiento, mucho peor después de haberse sentido acompañado.

Odiaba al judío converso. Creador de una riqueza que nadie con sangre impura merecía, pero odiaba aún más al joven que lo hacía soñar. En las noches, en la soledad de su lecho, no fue una, ni tan solo dos, las veces que se acarició recordando la negra mirada. Deseaba lo que no podía, no debía pero le retorcía por dentro.

—Hijo de puta.

Puede que el mismo demonio quisiese que muriese de celos al ver al converso feliz con una mujer. Quizás todo aquello estuviese ideado por los espíritus más tenebrosos de las sombras. Y aunque los poderes del diablo eran fuertes, lo eran mucho más los de Dios. Y Dios le puso delante la herramienta con la que iniciar su venganza. Quizás fuese Dios mismo quien le ofreciese semejante prueba, la de desear a los hombres, con el fin de demostrar su gran fuerza interior. Quizás no era más que una prueba para sentarlo en los cielos, a su lado.

Caminó maquinando como proceder cuando un pequeño mareo lo desorientó. Tocándose nuevamente la parte trasera del pescuezo, notó una ligera mancha de sangre.

—Nada —se dijo continuando su andar. Dios estaba junto a él. Dios lo deseaba sentado a su derecha.

Detrás del horno, en el carro cargado de trigo, Salvador se ocultaba con la onda en sus manos. No sabía lo que buscaba el sacerdote tan cerca de Santa María la Blanca, pero aquél era el beaterio de su madre. Y nadie se acercaba a ella sin que él lo vigilase.

Y mucho menos cuando su padre no se encontraba en la ciudad.

Mudo, que no tonto, decidió lanzarle una pedrada. Romperle la cabeza a ese desgraciado nunca estaría de más. Su padre era su padre, y por ello lo adoraba, pero nadie, nunca, jamás, tocaría a su madre.

Cofrades, comunes, amigas

En La Blanca no entraba ni una aguja. El aire se mezclaba con el parloteo constante de las mujeres, cuyas manos tan incansables como sus lenguas, no se detenían más que para comer y alguna que otra necesidad. En plena dedicación, y sin perderse de la meta final, amontonaban pilas de telas, junto a las columnas traseras que, funcionando como soporte, las sostenían. El primer envío sería dentro de pocos días. Todo debía estar listo para entonces.

Gadea supervisaba una a unas las prendas.

Cuando Judá regresase se enorgullecería de todas. El hombre llevaba días fuera, y aunque lo extrañaba como si fuesen miles, no saldría queja alguna de sus labios. El viaje no solo era para enterrar el collar junto a las otras joyas en Santa María de Sorbaces, sino para cerrar los acuerdos de Burgos. Allí enviarían los primeros pedidos de las mujeres del beaterio, y por ello no solo se sentía feliz, sino terriblemente agradecida. Nada sería posible sin los contactos, influencia e insistencia de su adorado gruñón.

Contando la gran montaña de lanas que la cubrían hasta la nariz, agradeció a Pilar el buñuelo de manzana y miel que le acercó en un plato de madera. Sumando y sumando se había olvidado de comer y por otra parte, aunque se hubiera sentido llena a reventar jamás rechazaría un dulce de la muchacha, pues sus manos creaban bendiciones para el paladar. Dulces virtudes que le sirvieron para encontrar a Felipe, hijo del carnicero, que babeando por sus delicias -todas en general- le propuso casamiento. Tres, al igual que Pilar, solteras con edad de volar, se encontraban a punto de casarse. Dos viudas con interesantes candidatos corrían por el mismo destino, aunque sus contestaciones a los hombres se retrasaban. Dudas lógicas de quienes no deseaban volver a errar.

Los niños, ajenos a alianzas y amoríos, se centraban en aprender. En la casa de Don Palomeque, que más que un hogar se parecía al taller de un moro, aprendían el oficio junto al mejor cantero. Allí había tantas paredes por decorar que los niños, para cuando se hubiera terminado, serían los mejores artistas de la ciudad.

La puerta se abrió, y un divertido Diego, cargando con lo que podría ser la cosecha de todo el arrabal, le causó una sonrisa cariñosa. Igual de sonriente, él le respondió desde la entrada. Y es que el joven siempre encontraba alguna estratagema para hacerse con las verduras listas para desechar. Entre los de mal aspecto, los que no gustaban, y los que se acusaban de ser alimentos para moros o judíos, consiguió hacerse con: quince berenjenas, cinco nabos, y una estupenda ristra de ajos que seguramente esa misma noche, las mujeres convertirían en una deliciosa sopa. Ellas obraban milagros con los desechos, y a pesar

de que los ingredientes no siempre estaban en su mejor momento para ser utilizados, ninguna jamás se quejó. Amaban a Diego como a un hijo, hermano o padre.

Con la alegría en los labios, Diego depositó los alimentos en el suelo, mientras secándose el sudor y simulando distracción, miró de reojo a la mujer que, con silencioso e igual fervor, le contestó. Sonrojada al sentirse una cotilla por observar las miradas entre enamorados, Gadea agachó la cabeza.

Una parte de ella se sentía responsable de tan bonito y sincero amor. La otra parte se sentía culpable ante el temor de que alguien pudiese dañarlos. «Santa María virgen, perdonadlos. Santa María virgen, perdonadme». Gadea repitió, pero, a decir verdad, no muy arrepentida. Aquello no estaría bien ante los de recta mirada, más qué podían saber los corazones secos sobre los torrentes del amor. Deberes, obligaciones, y dictámenes del mismo recto e insensible pensar. Estaba cansada de escuchar y ser juzgada por aquellos que no hacían más que pecar. Malditos sabios de la nada, que creyentes de su propia inteligencia, juzgaban con cabeza insensible.

Blanca, diferente en los detalles, igual en el contexto, no buscaba nada diferente a lo de tantas jovencitas. Deseando a lo grande, se conformaba con poco. Un hogar en el que protegerse, unos hijos a los que criar, y un andar con algo de libertad. ¿Qué podía tener aquello de pecado? Malditos fuesen los que no comprendían que el amor no se trataba de reglas, ni la inteligencia un tema de género.

Sufriendo por el fruto de una cabeza pensante que, según muchos, no debería utilizar, Gadea observó a sus pequeños jugar en el suelo junto al incansable Salvador. Soy madre, se repitió al ver cómo de la muchacha de antaño poco quedaba. «Judá…»

—¿Pensáis en él?

—Lleva días fuera. A veces temo por nosotros… —Gadea decidió callar sus temores.

Era una tontería, y aunque deseaba no pensar en su marido con otras mujeres, no podía evitarlo. Él era el motivo de sus mayores deseos, y dudaba que no lo fuese de toda aquella mujer que se le cruzase. Saberlo fuera alimentaba los celos que, aunque controlados, poseía.

—Él os ama.

Gadea se reservó comentar a Juana que el retozar con una mujer nada tenía que ver con el amor.

—Pronto estarán aquí. También esperáis el regreso de Gonzalo.

Juana asintió con la misma pena en la mirada que la suya. Ambas los echaban de menos.

Mirando a las mujeres trabajar, Juana fue la que volvió a

interrumpir el silencio de las almas.

—¿Y a ellas? —Gadea torció el rostro intentando aclarar una pregunta que no comprendió—. Me refiero a si también las extrañáis. Beatriz, Amice, María… Yo no puedo olvidarlas. Es como si una parte de nosotras se hubiese ido con ellas. Fuimos las primeras. El origen de nuestras cofrades. El vacío es hondo.

—Demos gracias a la virgen porque al menos…

—¡Detenedla!

La voz del sacerdote, vara en alto, traspasó por la puerta de entrada, con el mismo arrebato que el olor hediento de su maldad.

—¡Fuera! — Gadea fue la primera en caminar para enfrentársele. Estaba cansada de esa rastrera cucaracha. Arremangándose para luchar, le encaró con toda su presencia. Recordad a las amigas perdidas no causó más efecto que hacerle perder el miedo a morir por un poco de justicia.

Salvador, al ver a su madre envalentonada, sujetó con fuerza el cabo de su puñal. Con las piernas abiertas, y la posición en jarra, imitó fielmente la postura de su padre. Podían faltarle unos cuántos centímetros para cubrirla con el cuerpo, pero lo que no le escaseaba era valor para protegerla.

— Enano de corrala, salid de mi camino. No es a vos a quién busco.

El Sacerdote quiso empujar al pequeño, pero este sacó el puñal, y aunque el sacerdote no temió por su vida, prefirió no terminar con un corte feo en la pierna.

—Nada de lo buscáis se encuentra aquí. Mi esposo pronto llegará y podréis reclamarle lo que deseéis.

Las palabras de la joven insinuaban algo, o por lo menos eso le pareció, aunque últimamente no se encontraba como para jurar. Los dolores de cabeza no cesaban y no conseguía interpretar del todo bien algunas frases. O quizás fuese porque su obsesión por el converso lo hacía imaginar que todos conocían sus deseos más ocultos.

—Apartaos de mi lado. Ver a las como vos me repugna. De cuna noble habéis salido, mas vuestros actos son tan sucios como una inmunda del arrabal.

—Excelentísimo, creo que vuestras palabras no se corresponden al recinto en el que os hayáis.

Diego, como párroco y único hombre del beaterio, se sintió en la obligación de tomar posición.

—Vos…

—Intuyo por vuestro tono que es a mí a quien buscáis.

—No poseemos nada que os interese —. Blanca contestó con rapidez y acercándose a su amado.

—Creedme que sí. Y lo tengo justo delante.

Blanca tembló al ver el fuego del odio en la mirada del sacerdote.

El hombre llevaba tiempo sin ocultar su más profundo sentir de venganza, pero aquella tarde poseía algo diferente y más maléfico. Las pupilas rojas y cargadas con unas líneas de sangre no vaticinaban nada bueno. Blanca, experta en el arte de la sanación, intentó ofrecerle solución a su problema

—Estáis enfermo—dijo con la sabiduría de las curanderas.

—Os llevaré a la horca. ¡Aquí la única enferma sois vos!

Todos se quedaron con los ojos abiertos y tan redondos como la luna más llena.

—No vais a llevarla a ningún sitio. Os detendré.

—¿Vos y cuántos más? —Contestó con desprecio al párroco que comenzó a temer por su amada.

—¿Se puede saber de qué nos acusáis? Otra vez—. Gadea preguntó con los dientes apretados y deseando ser un hombre para abalanzarse sobre aquella rata inmunda.

—No es a vos a quien busco.

—Todas somos iguales.

—Entonces las llevaré a todas. Si todas realizáis conjuros de brujas y retozáis con un sacerdote al que habéis embrujado con hechizos demoníacos, todas merecéis la muerte.

—¡Eso es absurdo! —Juana contestó segura.

—Aquí nadie hace lo que decís. Excelentísimo, haced el favor de marcharos. Os repito que cuando mi marido regrese estará encantado de solucionar tan desafortunado mal entendido.

Gadea suplicaba a la virgen que la imagen de Judá resultase lo suficientemente atemorizante como para que la rata de alcantarilla huyese.

—Vuestro esposo no me sirve. Me los dais a ellos o me las llevo a todas. Igual me da ahorcar a una que a treinta.

—Iré con vos—dijo Blanca temerosa de que el daño se acrecentase.

—Nadie saldrá de aquí más que quien profana la casa de Dios —. Diego temblaba en la voz.

—Esta no es la casa de Dios —dijo el falso arzobispo a un párroco pálido.

—¿Os olvidáis de qué es una Iglesia?

—¿Y vos? ¿Lo recordasteis cuándo os calentabas con el cuerpo de esta impura?

Diego se quedó helado. Estupefacto. No daba crédito.

—Excelentísimo, eso que decís es muy grave —. Contestó preguntándose como era posible que aquel supiese tan profundo secreto.

—¡Fuera! —Contestó una Gadea tan asustada como preocupada.

—Tengo pruebas. Yo mismo os he visto. Ahora, bruja del demonio, venid o las cuerdas se multiplicarán. Os lo garantizo.

—¡Aquí no tenéis autoridad!

—Soy el arzobispo de Toledo. ¡El arzobispo! ¡Mi palabra es ley!

Diego, quién no cesaba de pensar, miró a una Blanca que asintió como si comprendiese la pregunta. Ella le había entendido. Ambos debían tomar la decisión.

—Iremos —Diego contestó con voz apagada —pero a cambio las dejaréis a todas en paz.

—¡No! — Las mujeres enloquecieron al comprender el peligro que se encontraba el hombre al que tanto querían, y al que tanto debían.

Soltando las telas que sujetaban apretujadas entre manos, se acercaron a los acusados para rodearles. Tijeras en mano, apuntaron al sacerdote que se burló de todas.

—Mujeres tontas. Comunes sin cabeza. ¿Pensáis detenerme? Podría con todas tan solo con una de mis manos.

—Somos una familia. No les haréis daño —. Contestó una temblorosa Pilar con el plato de los buñuelos aún entre las manos. Blanca, por su parte, y sin que nadie la viese, se apresuró a recoger un bote pequeño, que escondió en el bolsillo interior del vestido.

—No lo permitiré —Gadea caminó dos pasos por delante, pero tuvo que detenerse al chocar con la figura de Salvador que, anticipándose a cualquier daño a su madre, se abalanzó sobre el sacerdote.

El hombre, viejo en edad y artimañas, no solo le quitó el puñal, sino que lo giró con fuerza, para apuntarle directo al cuello.

—¡No! Por favor no… soltadle.

Las mujeres, temerosas por la vida del pequeño, tiraron las piezas al suelo, mas el sacerdote, sintiéndose con el poder entre las manos, apretó contra las carnes que comenzaban a sangrar.

—Por favor… —suplicó Gadea con lágrimas en los ojos.

—Por favor —dijo Blanca.

—Iremos con vos. El niño nada os ha hecho. Excelentísimo os lo ruego… —Diego habló suplicante.

El sacerdote soltó al niño lanzándolo bien lejos. Y no porque se sintiese apenado o tuviese miedo. A decir verdad, adoraría matar al piojoso, pero solo después de que se le quitase ese dolor en la cabeza que comenzaba nuevamente a quebrarle el cráneo.

Sacudiéndose para no mostrar debilidad, aceptó la propuesta. Necesitaba salir de allí cuanto antes. El aire fresco últimamente conseguía calmarle el malestar.

—¡Vamos!

Gadea en el suelo, y abrazando al pequeño Salvador, miró a Blanca con el llanto en los ojos.

—Esperad a vuestro esposo y cuidad de los pequeños. Estaremos bien —. La morisca le sonrió agradecida.

—Esto es una locura… —dijo Juana pensando como detener tamaño despropósito.

—Cofrades, comunes, amigas… —Blanca repitió con el labio superior temblándole.

—No, no —. Gadea repetía con la mente confundida al ver como los tres marchaban por la puerta —. No…

Nerviosa intentó ponerse en pie, pero la más mayor de las mujeres la detuvo.

—Haced lo que Blanca os dice. Esperad a vuestro esposo. Nosotras no podemos detenerle.

—No, no es posible… otra vez no… no…

Los malos recuerdos comenzaron a torturar la mente agotada de Gadea que, unidos a los nervios, consiguieron marearla. Juana se apresuró a tomarla en sus brazos mientras una de las mujeres le daba aire con la mano.

—No voy a permitirlo. No podemos permitirlo. Otra de nosotras no… No podemos perderla. Son inocentes.

Gadea hablaba de forma autómata como si se encontrase delante de un tribunal. Aquello comenzaba a ser algo tan cotidiano que la joven pensaba si no estaría quizás viviendo una antigua y recurrente pesadilla.

—No, no lo permitiremos —. Contestó Juana junto a ella —. Los salvaremos, ya lo veréis. Es imposible que los ahorquen. No tiene sentido.

—¿Por qué Dios nos castiga así? —Dijo una mujer desconsolada.

—No es Dios. No es Dios… —Contestó la turbada Gadea.

Las mujeres asintieron conforme con sus declaraciones, pero ella se quedó inmóvil intentando pensar. El sacerdote preparaba cada vez mejor sus estratagemas. Diego podía ser enviado a otra iglesia o monasterio, después de todo no sería ni el primero ni el último párroco en retozar con una mujer, sin embargo, el futuro de Blanca era muy distinto. Las acusaciones de hechicera con amañadas pruebas, sumadas al enamoramiento de un párroco, no eran tonterías. Las acusaciones eran graves.

«Santa María virgen, guiad mis pensamientos», dijo suplicando para que se le ocurriese algo pronto.

—Hermana, pensáis que Blanca…

—Temo por ella Juana. Temo por ella.

Veneno de amor

Blanca caminó sin dejar de mirar de un lado a otro. Conocía aquellas calles como nadie. Si se lanzase a correr con el total de su potencia ni el seboso sacerdote ni el rostro avinagrado del acompañante la alcanzaría. Los imbéciles no pisarían ni a su sombra. Cuando sus piernas apuraban, hasta las liebres le perdían el rastro.

El problema no era la huida. Diego sangraba por la nariz y se le notaba descolocado. El falso arzobispo, aprovechándose de la situación, no terminó de salir del beaterio cuando le propinó un bastonazo en la sien que por poco lo dejó tuerto. Diego caminaba, pero en su estado, harto complejo era pedirle más.

—¿Dónde estamos?

La voz de Diego sonó confusa y no era de extrañar.

—¡Entrad!

El empujón que le propinó por la espalda no ayudó mucho en la dañada estabilidad del párroco. Asustada intentó acercársele, pero el mal nacido, sujetándola por el antebrazo, no se lo permitió. El acompañante lo amarró a una silla y allí esperó órdenes. O monedas.

—¡Soltadme! Necesita que lo cure —. Blanca se movía como perro rabioso—¡Soltadme!

—Ya sabemos cómo os gusta curar a los hombres. Mujer de los mil infiernos. Nauseabunda como todas. Válida para nada.

El sacerdote, asqueado con el contacto, y un profundo dolor de cabeza, la lanzó con todas sus fuerzas hacia un lado.

—Mi señor, no creo que…

—¿Qué vos qué? Rata inmunda. Ya no os necesito. Recoged lo que no os habéis ganado y ¡fuera!

El zaparrastroso, que tenía tanto de sucio como de enfadado, aceptó el insulto, pero no sin dejar de fruncir la cicatriz del labio superior. Si la paga no fuese tan buena otro destino se cocería en la vida del sodomita. Recogiendo las monedas sobre la mesa, se marchó. El destino de la bruja y el párroco no le importaba en lo más mínimo.

Cuando la puerta se cerró nuevamente, el excelentísimo se centró en los dos que tenía delante. Y aunque la imagen amorosa de esas dos palomitas indeseables le repugnó, no fue capaz siquiera de escupirles. El dolor del lateral derecho de la cabeza lo tenía enloquecido. La cabeza le estallaba. Llevaba días sufriendo hasta la desesperación.

—¿Dónde estamos? —Repitió nuevamente Diego intentando reconocer la oscura habitación.

—En la casa privada del excelentísimo —. Blanca contestó a la par que rompía el bajo de su vestido presionando la herida sobre el ojo de su amado.

—Vos cómo… —se preguntó el sacerdote extrañado al creer que la hechicera igual sí poseyese facultades adivinatorias.

—María tuvo aquí vuestro hijo. ¿Lo habéis olvidado? No, no lo hacéis porque vos no estuvisteis a su lado. Quizás tampoco os recordéis de ella. Permitidme que os refresque la memoria. María era una buena mujer, una que se quitó la vida por ¡vuestra culpa! Abusaste de ella, la embarazasteis y…

—¡Ya basta!

Blanca lo miró amenazante y él le hubiese propinado otro bastonazo si no fuese por ese mareo que apenas le permitía enfocar la vista.

La hechicera, aprovechándose de la situación de confusión, buscó algo para soltar el amarre de Diego, pero el sacerdote percatándose de la acción, la sujetó de la melena y la arrastró por el suelo. El joven párroco intentó ponerse en pie para defenderla, pero la silla, atada a sus brazos, no se lo permitió.

—¡Qué pensáis hacer con nosotros!

El muchacho miró a un lado y otro, pero no existía nada que pudiese utilizar para soltarse. Nada para defenderla. «¿Qué harían ellos?», Pensó desesperado al imaginar las acciones de un Judá o un Gonzalo. Ellos sí eran hombres de verdad. No como él, un pobre y débil párroco. «Señor que estás en los cielos, permitidme que la ayude. Ella no es culpable de nada. Dios mío ofrecedme inteligencia, o fuerza. Por favor os lo suplico».

—¿Teméis por vuestras vidas? —Se carcajeó alterado —. Mataros no sería suficiente. Idiota en manos de las faldas de una hechicera. Por culpa de hombres como vos, se creen más de lo que son. Comunes de cabeza estrecha a las que dais alas con vuestros delirantes sermones.

El sacerdote hubiese continuado su discurso, pero la cabeza no le respondió. O por lo menos no como para continuar hablando con ellos. Las voces en su interior gritaban más fuerte que el idiota párroco.

—No… no… no… no es deseo… estoy embrujado… ¡Callad!

Blanca, que aún se encontraba sujeta por la fuerte mano que enroscaban en el puño el total de su cabellera, se movía de un lado a otro como faisán atrapado.

—Estáis enfermo. Permitid que os ayude —. Chilló alzando las manos hacia su pelo para soltarse.

—Yo no… no…

Confundido soltó a la muchacha, y con la mirada asustada, extrajo de la cintura un puñal que apuntó al aire.

—Deteneros. Os mataré —. Gritaba nervioso a unas imágenes del infierno que solo él veía.

Blanca, después de estudiarlo por unos cuantos minutos, y como si de una fiera herida se tratase, se le acercó con las rodillas ligeramente dobladas y los brazos totalmente abiertos.

—Tenéis fiebre, permitid que os ayude. Sé cómo curaros.

—¡No os acerquéis! —. Diego gritó desde el otro lado locamente desesperado.

—Estoy bien. Confiad en mí.

Diego se revolvió en la silla intentando soltarse de unas cuerdas fuertes e imposibles cuando la joven, sin obedecer, centró su atención nuevamente en el confuso sacerdote.

—Tenéis las fiebres. Puedo notar el calor de vuestro cuerpo.

—¡No! No. ¡No!

Con un dolor que ya no soportaba, se sujetó la cabeza con una mano y apuntó al aire con la otra. Las imágenes no se marchaban. Continuaban amenazándole junto a ese frío que le sacudía los huesos.

—¡Ya basta! No soy eso. No lo soy. ¡Dejadme en paz!

—Yo puedo hacer que se silencien. Puedo curaros. Conozco vuestro mal.

—¡No estoy enfermo!

Blanca se acercaba cada vez más. Si el plan funcionaba ella y Diego serían libres. Muy pronto.

—Os duele el lateral del rostro. Lo tenéis inflamado. Lo que os cae por la nariz es podredumbre blanca. Seguramente también os duela un diente. Puedo sanaros. Puedo quitaros el sufrimiento.

—¡No estoy enfermo! ¡Vos sois la única enferma! Hechicera fruto del demonio y los conjuros. Dios me protege. Dios está conmigo. Soy el arzobispo de Toledo. ¡Soy Dios!

Blanca se acercó a pesar de los gritos enloquecidos de Diego que suplicaban que no se acercase. Él no lo sabía, pero ella tenía un plan, pensó al acariciarse el bolsillo del vestido.

Ambos saldrían libres, sanos, y vivirían allí donde nadie los juzgase. Criarían a sus hijos y se amarían hasta el juicio final.

—Excelentísimo —dijo sabiendo lo mucho que le gustaba a aquel loco que lo llamasen así—tengo una pócima, mirad.

La joven intentó introducir la mano en el bolsillo, pero el hombre la apuntó directo al corazón.

—¡No! Maldito seáis. No… Dios, Padre nuestro…—. Diego se sintió desesperar — Blanca no os acerquéis. Idos de aquí. Por favor…

Blanca no contestó. Ni siquiera lo miró. Aquellas palabras eran tan estúpidas como las del sacerdote. Los cielos podían caerse que ella no lo abandonaría. Nunca.

—No tenéis que temer de mí —. Habló centrada nuevamente en su objetivo.

—Esas voces… no las soporto. ¿Las oís?

—Puedo ayudaros. Creedme. Poseo la cura.

—¡Callad! ¡Callad! La cabeza me estalla…

—Aquí tengo la medicina. Con ella os sanaré. Lleváis tiempo sufriendo. Las fiebres os han dominado. Yo puedo espantar vuestros demonios.

Blanca, con la mayor de las lentitudes, introdujo nuevamente la mano en el bolsillo del vestido y extrajo el frasco. Uno pequeñito cargado de un líquido tan trasparente como el agua.

—Esto es lo que necesitáis. Solo tenéis que beber. Las voces se irán. Os lo juro.

Blanca sujetó el frasco del tamaño de un dedo, y lo hizo girar como hueso sabroso ante un perro hambriento. El sacerdote con la mirada roja del cansancio centró sus ojos en el recipiente.

—¿Qué es?

—Hierbas para las fiebres y la podredumbre. Sé que os duele. Esto os sanará.

—Las voces —dijo agotado y apresándose la cabeza con una mano, pero sin soltar el puñal de la otra.

—Ellas también os abandonarán. Sé cómo curaros. Bebed.

El sacerdote estiró la mano y se lo quitó agresivamente.

Con la mirada perdida y envuelto por una nube espesa de confusión, hizo girar el frasco para quitarle el tapón de corcho negro.

Blanca se encontraba congelada. No se movía. Lo tenía exactamente donde quería.

—Bebed excelentísimo. Bebed. Os sanará —el hombre arrimó el frasco a los labios—. Bebed. Las voces se irán. Os doy mi palabra.

Blanca, casi pegada al hombre, no pudo escapar cuando este de forma repentina la atrajo hacia si, y con un fuerte tirón por la melena, le elevó el mentón, y le metió la mitad del líquido en la boca.

Alterada quiso escapar, pero con la cabeza sujeta por detrás, el brebaje entraba por su garganta cual agua de manantial.

—Hechicera y mujer, vuestra palabra de común nada me vale.

En cuanto los labios de Blanca tocaron el líquido cayó al suelo con temblores instantáneos.

—¡No! ¡No! —Los gritos de Diego sonaban desesperados —¡Desgraciado! ¡Hijo de puta! ¡Mal nacido! ¡Qué le habéis hecho! ¡Os mataré!

Diego anduvo como pudo hacia ellos, pero el sacerdote, imperturbable y luchando con sus propios demonios, se fue por la puerta. Llevaba la mirada perdida, y poco le importó la muerte de una insignificante mujer.

A pesar de la silla a la que estaba atado, arrastrándola, Diego consiguió alcanzarla.

—Amor mío. Dios santo. Por favor, por favor… —dijo al

reconocer el pequeño bote con la cruz tallada —. ¿Qué habéis hecho?

—Os amo… —dijo con palabras atascadas y adormecidas por el veneno —. Os amo…

—¡No! ¡No! —Diego golpeó como loco su cuerpo contra el suelo hasta destrozar la silla. Una vez liberado intentó acariciarla, pero sus manos aún continuaban atadas.

—Soy un idiota. Un estúpido que no vale siquiera para acariciaros.

Con las lágrimas en los ojos Diego sintió como el alma se le rompía en trozos.

No podía respirar. La muerte le arrancaba el corazón y se lo desangraba como el más dañino de los puñales.

Agitado y desesperado quiso pensar, pero le resultó imposible. Ella se le escapaba.

La noche anterior le prometió amarla por siempre y hoy se marchaba sin saber lo mucho que la amaba.

Blanca miraba, pero no hablaba. El pecho le sonaba fuerte y la respiración se le entrecortaba.

—No me dejéis, que hago… que hago… —Las lágrimas silenciosas de los bellos ojos le contestaron sin contestar. No existía remedio.

Blanca parpadeó una vez y Diego comprendió. Nada se podía hacer.

—¡No lo permitiré! Os amo. ¿No lo comprendéis? Por favor, no me abandonéis. No tengo vida sin vos.

Blanca derramaba lágrimas silenciosas y Diego movía la cabeza mientras se acariciaban rostro contra rostro.

—Por favor, Dios, no os la llevéis. Haré lo que sea, no me la quitéis…

Blanca lloró sin hablar. La boca cargada con restos de tan potente veneno le inutilizó la voz. La inflamación comenzaba a ahogarle el paso del aire.

—Por favor, decidme que hacer. ¡No quiero vivir sin vos! ¡No quiero! No quiero…

Blanca se agitó y Diego se desesperó hasta la locura.

—No puedo. Os amo como nunca he amado. No viviré sin vos.

Con las manos atadas, pero el alma libre, Diego hizo lo que solo un loco de amor como él haría. Acercando los labios a los suyos, la besó.

Las lágrimas les bañaban el rostro y le lengua temblaba con cobardía, aun así no se detuvo. Con delicadeza la saboreó. La boca de Blanca sabía amarga, ácida… venenosa, sin embargo, no le importó. Reconociendo en su acción el final, el muchacho alzó la cabeza para mirarla por última vez.

La morisca, la hechicera, la más grande curandera de toda Toledo, se había ido.

Con lágrimas en el rostro y en el corazón, Diego comenzó a sentir el letargo de una vida que llegaba a su final.

—Amor —. Balbuceó antes de caer sobre el pecho de su dulce hechicera.

Ella ya no estaba y él se iría pronto. El pecho le pesaba y la respiración se le cortaba. Todo comienzo poseía un final y el suyo se encontraba allí. Con la paz de quien había tomado su propia decisión, cerró los ojos. «Gracias Padre amado, pues muchos no saben vivir ni encontrar, pero tú me la diste, y yo la supe reconocer y amar. Gracias por los momentos y por la oportunidad».

Con la humedad en el rostro, y el corazón enamorado agradecido, Diego se marchó.

En el exterior el cielo se oscureció, tal vez por las intensas lluvias del otoño, o quizás, porque los ángeles lloraban ante un amor que no supieron proteger.

Adiós

Judá atravesó por la puerta de la Primada con una sonrisa que se le borró al instante. Gonzalo, a su lado, se quedó igual de estupefacto. Las mujeres calzando pantalones, y casacas robadas de algún basurero, buscaban trastos que escondían en los huecos de las prendas. Anonadado miró a un De Córdoba que alzó los hombros en señal de incomprensión.

—¿Qué sucede?

Las mujeres estaban tan ocupadas en lo suyo que ninguna se percató de su llegada. Ni de su pregunta.

—¡Qué sucede! —Reiteró con la voz gruesa consiguiendo alzarla por encima de tanto bullicio.

Las más jóvenes, asustadas, sujetaron lo primero que encontraron. Y lo primero significaba, en efecto, lo primero. Un cazo, un plato, y hasta un puñado de garbanzos, les servía para defenderse. Al parecer todo valía contra el ataque. ¿Pero de quién?

—Gracias al cielo que estáis aquí. La virgen os ha traído. Alabado seáis.

Juana fue la primera en lanzarse a unos brazos que la sujetaron con el mismo cariño que curiosidad. Aunque, a decir verdad, si se buscaba extrañeza, no existió mayor que la de Judá al ver a la deliciosa esposa vistiendo sus propias ropas. No sabía si deseaba matarla o comerla a besos.

Gadea lucía los cabellos recogidos en alto, unos pantalones que le doblaban en anchura, y una camisa arremangada mínimo unas tres veces. Dios bendito, si no estuviese tan preocupado la besaría hasta quitarle aquél estúpido disfraz con los dientes.

—¿Me he perdido alguna fiesta? —La pregunta socarrona quedó en el aire al percatarse por primera vez de los ojos hinchados y enrojecidos de la muchacha—. ¿Quién?

—Se los ha llevado —. Contestó con lágrimas en los ojos —. No pude hacer nada. No pude…

Gonzalo se acercó rápidamente seguido de una Juana que lloraba con igual intensidad que su hermana.

—¿A quiénes se llevaron? —Gadea continuó llorando por lo que la sujetó con delicadeza, pero firmeza —. ¿Nuestros hijos?

Gadea estaba tan atragantada que fue Juana quien respondió.

—Vuestros hijos están bien.

En ese mismo instante, al escuchar la preocupación de su padre, Salvador acercó en sus brazos a dos pequeños revoltosos que le tironeaban los rizos.

Algo más relajado al ver a los tres en perfecto estado, insistió.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué estás vestimentas?

Gadea lloraba sobre su pecho y él comenzaba a perder los nervios. Verla sufrir lo intranquilizaba en demasía.

—Él se los llevó —. Juana volvió a responder.

—¡Pero a quién, mujer! —Gonzalo ya no podía con su propia impaciencia.

—A Blanca y a Diego.

—Pero ¿por qué? ¿Quién? —De Córdoba estaba totalmente perdido.

Gadea, algo recuperada, se soltó del abrazo para elevar el mentón y mirar directo a los ojos de Judá.

—Lo sabe.

El converso cerró los ojos comprendiéndolo todo.

—¿Cuándo?

—Poco después de mediodía. No puede detenerlos. Juro que lo intenté.

—Y yo os creo. En verdad que lo hago. Nadie lucharía por un amigo como vos.

—Y estaba dispuesta a todo. Pero es mi hijo —dijo mirando a Salvador.

Judá buscó la cinta de cuero en su bolsa y comenzó a atarse la negra cabellera. No necesitó seguir escuchando para saber lo sucedido. Nadie amenazaba a su mujer y a sus hijos sin recibir castigo. Se encontraba delante de un punto final.

—Por eso las ropas absurdas. Os estabais armando —. Concluyó mientras se sujetaba el puñal a la cintura.

—Fue lo único que se me ocurrió. Tiene custodias y son feroces. Juntas sabemos luchar y defendernos. No tuve otra idea.

Las mujeres asintieron con falsa seguridad y Judá sintió una inmensa pena. Las observó detenidamente, y, a decir verdad, las pobres más que un ejército, parecían un grupo de conejitos asustados. Las inocentes vestían como hombres para defenderse de hombres.

El cazo, los cuchillos, no eran otra cosa que su lucha desesperada por salvar a quienes amaban. Jovencitas, mujeres, y ancianas, combatiendo con uñas y platos, contra hombres como él.

El estómago se le revolvió al darse cuenta de que una vez, él también fue uno de esos bastardos de corto razonar.

—¿Quién? —Preguntó Gonzalo perdido en sus dudas.

—¿Quién otro?

—Maldito hijo de perra —De Córdoba acaba de comprenderlo todo—. Voy a la Primada. Veamos si es tan hombre como para enfrentarse a mi espada.

—Está en San Román. Por lo menos fue en esa dirección —. Dijo uno de los niños alzando el dedo en esa dirección.

De Córdoba se giró para salir. De cerca lo siguió Juana y el

resto de mujeres con cuchillos y cazos en mano. Gadea estuvo a punto de correr a su lado cuando se encontró sujeta por la fuerte mano de su esposo.

—Tenemos que rescatarlos. No hay tiempo que perder —. Habló con rapidez sin comprender la inacción de su esposo.

—No están en la Primada. La catedral no es lugar para un secuestro.

—¡Han dicho San Román!

—¿A estas horas? Estamos casi en vísperas. Demasiada gente rezando. No, tampoco están allí.

—¿Entonces dónde?

—No lo sé —dijo acariciándose la barba—. Debe existir otro lugar. Uno donde nadie pueda molestarle con su llegada inoportuna. Debemos pensar.

—Debí seguirlo, debí detenerlo, debí ser valiente.

Judá se acercó tanto que sus cuerpos se chocaron.

—No existe mujer más valiente que vos. Y no habrá jamás mejor amiga que vos. Ahora pensad. Seguro que se os ocurre algo. Vamos Gadea, creo en vos.

—No lo sé… Yo no sé —dijo mordiéndose las uñas.

—Tranquilizaros y pensad. Vos sabéis mucho de esta ciudad. Pensad.

—No lo sé. La cabeza me explota. He pensado tanto… que…

—Qué amor mío, qué —. Dijo orgulloso de su preciosa mujer al verle la vista iluminada.

—La casa escondida.

—¿Cuál casa?

—La casa escondida Judá. ¡La casa escondida!

Judá no terminó de preguntar cuando se vio arrastrado por una joven que lo sujetó con fuerza antes salir a toda prisa. Ambos corrieron hasta casi la puerta de la judería cuando chocaron con una puerta de madera vieja y destrozada.

—Es aquí —. Gadea habló con las manos apoyadas en las rodillas intentando recuperar el aire.

—¿Aquí? —contestó descreído al ver el penoso lugar.

—Es donde se veía con María antes del nacimiento de su hijo. Aquí es donde dicen que hace algunas de sus… rarezas.

—Quedaos aquí. Entraré solo.

—Os acompañaré. Tengo como protegerme —. Dijo sacando uno de sus puñales que bien escondía tras la cintura de tres vueltas.

—¿Me habéis saqueado?

Con rapidez, Judá extrajo el estoque y golpeó la madera con toda la fuerza del hombro. Y tal fue la potencia que la puerta cedió al instante. Con una apertura lo suficientemente ancha, se introdujo,

pero no sin antes decir de mala gana. —¿No vais a obedecerme y quedaros aquí?

Gadea negó con la cabeza. Llevaba tiempo prometiéndose que no volvería a mentir.

—Poneros tras de mí y no os mováis por nada del mundo.

La habitación oscura era tan pequeña que no llegó a traspasar el portal cuando se vio sobrepasado por una Gadea, que no solo no le obedeció, sino que lo adelantó

—¡Diego! ¡Blanca! Ya estamos aquí.

Gadea los zarandeaba intentando despertarlos y Judá no cesaba de insultar mientras se calzaba el estoque en la cintura.

—Pedid ayuda. Me quedo con ellos. Blanca, despertad. Vamos querida, vamos.

—Gadea…

—¿Qué hacéis todavía aquí? ¡Corred!

—Esposa. Ellos…

—Ellos se pondrán bien. Buscad a la nueva curandera del Santa Clara.

—Mi amor…

Gadea abrazó la cabeza de Blanca y se puso a llorar en silencio.

—Estarán bien. Ahora id a por ayuda. Judá, por favor. Traed al nigromante. Haced lo que sea, pero salvadles.

—Sabéis que no puedo.

—¡No! ¡No! —Gadea lloraba mientras meneaba el cuerpo inerte de Blanca—. Por favor, Judá, ayudadles. Haced lo que yo no pude. Haced lo que no tuve valor de hacer…

—Habéis hecho todo lo que habéis podido. Ellos lo saben.

—¡Pero no es así! No lo es. Permití que se los llevasen. Yo se lo permití. Confiaban en mí y no los salvé. No lo hice. Perdonadme… perdonadme —. Dijo llorando sin consuelo y acariciando el rostro de dos tan grandes amigos —. Nunca hicieron daño a nadie. Vivían para ayudar. Desde que os fuisteis no cesaban de hablar a escondidas. Sonreían como niños imaginando su próxima vida de adultos. Ella me contó… Por Dios, esto no puede ser verdad. ¡Debí detenerlo!

—Gadea, levantaros del suelo. Nada podemos hacer ya.

—¡Esperaba un hijo suyo! ¡Maldita sea Judá! Esperaba un hijo. No es justo. ¿Por qué Dios ha permitido semejante injusticia?

La muchacha se lanzó a sus brazos y el converso la sujetó con fuerza y ocultando la intensa furia que cargaba por dentro.

La mujer que más amaba sufría sin consuelo. Y en el suelo frío, yacía la que una vez amó. Porque a su forma y manera, él la amó. Quizás no como ella necesitase, pero la quiso. Aún la quería.

—Se amaban.

—Lo sé —dijo acariciando los largos cabellos de la mujer que

mojaba con lágrimas su casaca.

—Sólo se amaban —. Repitió llorando sin parar —. ¿Por qué Judá? ¿Por qué? —Él la abrazó con posesión y sin contestar.

Los recuerdos de una alegre y sonriente Blanca le hicieron brillar la mirada.

Cientos de remembranzas le inundaron la mente. Su divertida desfachatez, su carácter indomable, su sabiduría constante, y esa incansable curiosidad que lo hizo jurar que la ayudaría a aprender a leer. Y vaya si lo hizo. Se convirtió en la preferida del nigromante.

¿Desde cuándo la conocía? ¿Desde los siete años? Quizás ocho, pero no más. Corrieron tantas aventuras juntos que la cabeza se le mareaba al recordarlas. El primer beso de pasión, la amiga del fuego eterno, la hermana del hermano. Azraq… pensó al saber en cómo se tomaría la noticia.

Separándola con mucha delicadeza del pecho, se giró cuando escuchó voces en la entrada. Al parecer los habían encontrado.

—No, no. ¡No!

Juana gritó con tanta fuerza y locura, que Gonzalo la apresó con todas sus fuerzas hasta conseguir que la muchacha, derrumbada sobre su pecho, se desarmase entre lágrimas de dolor.

—Amor mío, debo irme.

Gadea se separó para mirarle con tanto dolor que quiso calmarla, pero no pudo. Él también se sentía revuelto y desconsolado.

—Vais a vengarla.

—La quería. Espero lo comprendáis.

—Lo hago.

Dolido y agradecido la besó en la frente antes de girarse para irse.

—Judá —él la miró desde la puerta cuando Gadea, recta y con la cabeza en alto, dijo lo que nunca se imaginó escucharse decir —. Matadle.

El alma del converso derramó una lágrima por el primer amor muerto, y otra por la inmensa fortuna que poseía al tener a su Gadea.

—Lo haré, por ella, y por vos.

Gonzalo también se movió para seguirlo, pero el amigo lo detuvo con la palma de la mano en el pecho.

—Iré solo. Esta es mi lucha —. Gonzalo, sin reclamar, lo aceptó.

Con el puño en el estoque caminó confundido. Las imágenes de una Blanca de niña con trenzas largas y piel de almendra lo envolvieron rumbo a su único destino. La Primada.

Contemplaciones

—Fuera.

Judá atravesó la entrada principal de la catedral sin mirar a los cuatro debotos que, aunque concentrados con el rezo, se marcharon en cuanto divisaron el rostro de quien cargaba demonios de ira.

Con el viento como único acompañante, entró a la habitación oscura del sacerdote, en donde lo encontró sentado y con la mano sujeta a la cabeza.

Con la parsimonia del Dios de la muerte, el converso cerró la puerta.

—Os estaba esperando.

El sacerdote habló moviendo la cabeza levemente, pero sin alzar la mirada. No lo necesitó. El Converso era una obsesión tan grande que lo sentía antes que los propios sentidos.

—¿Para qué habéis venido? —. Continuó reconociendo en la tranquilidad su triste final.

En otras épocas hubiese presentado batalla, y quién sabe, incluso hasta hubiese salido victorioso. Hoy, sin embargo, se encontraba cansado y desgastado. La cabeza no le respondía y el cuerpo se le congelaba. El dolor le carcomía la carne —. Me temo que habéis llegado tarde —. Contestó alzando la mirada nublada y espesa.

—Poneos en pie —. Ordenó a la vez que dejaba caer el puñal y el estoque en el suelo. Sentiría la victoria en sus propias manos.

El sacerdote, con la poca claridad que conservaba, se sonrió lascivo y provocativo.

—Vais a desnudaros delante de mí.

—¿Y sois vos quien me llama cerdo?

—¿Vais a insultarme llamándome sodomita?

—Vuestra alma es la que me asquea. Vuestras acciones jamás me hubiesen interesado si os hubieseis mantenido alejado de mí y los míos. Vuestra alma está podrida.

—Puede que sí, pero eso no os convierte en menos cerdo. Falso cristiano nacisteis y falso converso moriréis.

—Y vos señor, ¿quién sois vos?

El sacerdote se puso en pie como pudo. Con la mano derecha se sujetó fuertemente al escritorio.

—Un hombre. Sólo soy un hombre. Un cordero de Dios perdido en su propio camino. Uno cuya vida no supo controlar. ¿Es eso lo que deseabais oír? —La sonrisa de lado de Judá causó el efecto contrario al del temor deseado pues llevaba tanto tiempo deseándole que hasta aquellos gestos de furia resaltaban un símbolo de masculinidad que lo enajenaban.

Mareado por el malestar físico y mental intentó aclarar la

ficción de la realidad, pero su cabeza ya no respondía. El pasado, el presente, el mal, y el bien, se entrelazaban en un mismo sentir. Odiaba y necesitaba con la misma intensidad. Algo dentro se le revolvía como tripas antes de arrancar. ¿Cómo explicarle que todo lo que encontró nunca lo buscó?

El sodomita, decían cuando pasaba a lo lejos. Acusaban, reían y hasta juzgaban sin saber el profundo dolor que sentía ante sus deseos. ¿Sabrían ellos el único deseo que su interior albergaba? Matrimonio, amor, pareja, hijos, pasión, placer, cómo decirles que cientos de veces se hubiese cambiado con un humilde pastor con tal de soltar las cadenas de lo indebido.

—Nunca busqué ser así…

Con la fiebre bloqueándole la lucidez, luchó con los ojos para focalizarlo, pero lo esquivó en cuanto chocaron con la negra mirada. Esa que lo atormentaba y deseaba hasta la desesperación. ¿Pensaba la gente que desear a otro hombre era algo buscado? ¿Creían tal vez que si hubiera podido elegir no lo hubiera hecho? Imbéciles todos por creer, imbécil él por no poder escoger.

—Cerdo idiota que no veis más allá de vuestra puntiaguda nariz —. Dijo de forma casi incomprensible.

—Yo solo veo a un muerto —. Judá se arremangaba la camisa con total lentitud. En su interior buscaba verlo temblar de miedo.

—Venís a matar lo que ya está muerto. Todos vosotros lo habéis hecho. Almas ignorantes de la naturaleza humana, que habéis creado lo que hoy tenéis delante.

—¿Vais a decirme que nadie os ha sabido comprender? ¡Bastardo mal nacido! No sabéis más que odiar y lastimar. Pisáis a inocentes en pro de una ley en la que ni vos mismo creéis. Vuestra repugnancia solo os pertenece a vos. La única injusticia aquí es la vuestra.

—¡Justicia! ¡Qué sabéis vos de justica!

—¡Por culpa de bastardos como vos he perdido a quienes más he querido!

—¡Por culpa de hombres como vos jamás he tenido amor!

Judá se carcajeó con maldad.

—¿Buscáis dar pena, ex-ce–len–tí-si-mo? —escupió cada sílaba — Pues en mí no encontraréis más que asco. Profundo y repugnante, asco. Merecéis el infierno.

El sacerdote se movió a un lado apoyado en su bastón, y con paso corto para no desplomarse en el suelo.

—Asco y odio lo mismo son. Sabéis converso, el odio es mejor que la indiferencia. Doy fe de ello.

—Maldito endemoniado, vais a morir…

—Igual que vos.

—Pero vos lo haréis primero. Lo prometo.

—¿Pensáis que temo a la muerte?

—A la muerte no, al sufrimiento que os causaré, deberíais.

La mirada del Converso se estrechó, pero el sacerdote ya casi no veía. La putrefacción blanca alcanzaba su cerebro tomándole la mente y la sangre. Agitado y con unas fuerzas desgastadas se apoyó contra la pared.

—Si buscáis mi sufrimiento bien hacéis en marcharos, tarde es para mí. Creedme, pocas verdades como esta he dicho en mi vida.

Judá se le acercó con tanta furia que el cielo nocturno parecía iluminado frente a la oscuridad de su mirada.

—Maldito demonio, me arrebatáis a quienes más quería y ahora buscáis ¿compasión? Mi padre, Blanca, Beltrán, a todos hicisteis sufrir sin razón. ¿Por qué excelentísimo? ¿Por qué ellos? ¿por qué tanta maldad? Buscabais quizás ¿poder? ¿oro? ¿Por qué, ex-ce-len-tí-si-mo? ¡Por qué!

—¡Porque nadie jamás me amó! ¡Hijo del demonio! Nunca nadie me amó. Jamás.

El grito y la humillación hicieron caer al sacerdote frente a un Judá que a punto estuvo de patearle.

—Nadie… nunca —sollozó en el suelo—. Ni un solo beso de amor. Ninguna caricia por compasión. Yo recibía vacío cuando vos tenías los brazos llenos. Mi vida entregué al Señor, en cambio vos no sois más que un asqueroso nuevo cristiano. ¿Buscáis mi muerte? Llevo muerto desde que mi corazón comenzó a latir. Matadme, mas no conseguiréis disecar a quien lleva desangrado demasiado tiempo.

—¡Callad!

Judá lo alzó del suelo sujetándole por el cuello de la camisa. Y con la potencia del odio de años le propinó un puñetazo en todo el rostro que le abrió la mitad del labio y parte de la nariz.

Con sonrisa sin dolor, y la fuerza de los enajenados, el sacerdote escupió antes de contestar.

—Golpeadme todo lo que queráis, pero no podréis silenciar vuestro propio interior. Sois un maldito desgraciado como yo. Vuestro padre también lo fue.

—¡No habléis de él! ¡Vuestra sucia boca no merece nombrarlo!

—Yo no lo maté.

—Mentís —dijo arrojándole al suelo con repugnancia.

El sacerdote escupió y vio como la sangre se mezclaba con el líquido blanco que supuraba.

—No lo hago, pero no he de engañaros. No tengo tiempo para hacerlo. Lo hubiese hecho si hubiese podido.

—Hijo de puta…

—La única forma que tenemos algunos de sentirnos vivos.

Judá negó con la cabeza.

—Estáis enfermo. Habláis de amor cuando no conocéis más que odio.

—Alguien como yo se refugia en el odio ya que el amor tiene prohibido residir. Decidme, ¿qué hubieseis hecho vos en mi lugar?

—¡No matar! Maldito desgraciado. ¡No matar!

Judá se agachó para levantarlo y terminar con aquello a fuerza de golpes. Deseaba matarlo una y mil veces más.

—Buscáis mi sufrimiento, pero llegáis tarde. Ya he sufrido.

El cura cerró los ojos, y la cabeza se le echó hacia atrás.

—¡No! ¡Despertad! —Gritó a golpe de pulmón mientras zarandeaba el cuerpo inerte —. Mal nacido, ¡volved! Volved… ¡Volved!

—Está muerto —. La voz gruesa por detrás lo hizo arrojar el cuerpo al suelo cual saco de cereales podridos.

—Azraq.

Dijo girándose para enfrentar cara a cara el rostro del amigo y decirle una verdad que, al parecer, y deduciendo por la tristeza de su rostro, ya conocía.

—Lo matasteis.

—Me temo que Dios se lo llevó antes.

—Se ha hecho justicia.

—Os mandé llamar para os los llevaseis con vos. Creí llegar a tiempo—. Judá se silenció pues no tenía excusa. Ni perdón.

—¿Pudisteis impedirlo?

—Cuando regresé de Burgos ellos ya estaban…

—Entonces no fue vuestra culpa.

La puerta se abrió dando paso a dos hombres tan bien vestidos como su intriga. El romano y su fiel vasallo se movieron con paso lento observándolo todo. Era curioso como caminaban por la Primada. Con pisada firma el más anciano detuvo la mirada en el cadáver del suelo. Negando con la cabeza se dispuso a acercarse a los hombres pero su caballero se le impidió en señal de protección. Alzando la mano para que lo dejase pasar el joven habló con estoque en alto.

—Mi señor, es mi deber protegeros.

—Tranquilo hijo, estos hombres no me harán daño. ¿No es así?

—Eso depende —. Contestó Azraq con una pena que se le escapaba desde el alma.

—¿Quién ha sido?

—Yo —contestaron ambos con sonrisa de lado.

El hombre también se sonrió antes de hablar.

—Ya veo. Pues nos encontramos en un buen problema.

—Eso depende —. Azraq caminó hacia él, pero el cuerpo del joven delante de su señor lo detuvo. De arriba abajo lo examinó con

detenimiento. Parecía joven, pero su porte elegante, y el estilo impecable al sujetar el arma, denotaban porte y entrenamiento. Y del bueno.

—¿De qué tamaño de problemas hablamos?

—Eso depende de mi señor —. Contestó el escudero.

—¿Quién sois? —Judá se colocó junto a Azraq el Azul.

El joven estuvo por hablar, pero su señor se le adelantó.

Con paso elegante se quitó la capa negra con capirote dejándola caer al suelo. Acto seguido se quitó los negros guantes ante unos conversos que pestañearon desconcertados antes de maldecir en voz alta.

Frente a una túnica blanca, reluciente, ceñida de una faja morada, y un anillo inmenso, Judá y Azraq inclinaron la cabeza en señal de respeto.

—Vuestras mercedes, os presento al nuevo y único arzobispo de Toledo.

Judá no pudo contener una sonrisa desafortunada consiguiendo captar el interés del excelentísimo.

—¿Os causo diversión?

—Disculpad excelencia, pues mi sorpresa es tan grande como el descubrimiento que frente a mí se encuentra. Yo lo he matado. Actuad conmigo como consideréis. En vuestras manos se encuentra la justicia.

—Lo haré, no lo dudéis. Decís que lo habéis asesinado mas no veo puñal ni golpe alguno. ¿Será tal vez que poseéis los poderes del mismísimo Dios?

—No os comprendo.

—En lo que a mí respecta, veo el cuerpo de un usurpador muerto fruto de su propia maldad. Ha sido obra de Dios. Yo así lo dispongo.

—Su excelencia, yo…

—Don Alonso De la Cruz, mucho he oído y he visto. También sobre vos—aclaró con la mirada directa e intensa— y creedme cuando os digo que Toledo se merece un poco de paz, ¿no lo veis también así?

—Por supuesto, excelencia.

—Id con vuestra familia y calmad el dolor de las heridas. Los tiempos de odio se acaban aquí.

—En cuanto a vos —dijo centrándose en el moro— como el verdadero y único cordero de Dios, os pido perdón. Conocí a vuestra hermana y el poder de su conocimiento. Lamento su pérdida, mas os aseguro que nada se escapa a la voluntad de Dios. Una gran mujer no causará jamás tristeza por su pérdida pues ha entregado demasiada felicidad cuando se la tuvo cerca.

Azraq bajó la cabeza en señal de agradecimiento, pero sin palabras pues las lágrimas le atragantaron las palabras.

El escudero recibió unas órdenes al oído, y Judá junto Azraq, caminaron hacia la puerta de salida. Allí no había nada más que hacer.

—¡De la Cruz! En cuanto a vuestra esposa… —El converso se congeló en el sitio. Dándole la espalda contestó con voz grave e incluso algo amenazante.

—¿Qué sucede con ella?

—Decidle que nos veremos en Santa María la Blanca, tal cual lo acordamos. Las mujeres hilan de maravilla y los buñuelos con miel de la joven Pilar son una perdición para mi paladar. El beaterio debe continuar. Felicitad a vuestra esposa de mi parte por tan buena obra.

—Se lo diré, excelentísimo.

Judá contestó de espaldas y sin girarse. Pero volviendo a respirar.

Una semana más tarde en el jardín de entrada de La Blanca

Judá llegó junto a Azraq el azul. Ambos se quedaron mirando a la muchacha que, sentada en un banco, leía sus notas sin leerlas. El amigo estuvo por marcharse, pero el converso lo detuvo.

—¿Os iréis sin despediros?

—Hacedlo por mí.

—La esquiváis. Desde que llegasteis no le habéis dirigido la palabra. Ella cree que la culpáis.

—Eso es absurdo. Mi hermana jamás tuvo amiga mejor que vuestra esposa.

—Le gustaría escucharlo de vuestros labios.

—Yo no puedo.

—Aún la amáis.

Judá no recibió respuesta pues en ese momento la vista de su esposa se alzó para dirigirla a ellos, y aunque Azraq el Azul apenas la miró unos segundos, fueron los suficientes como para que el esposo supiese la contestación.

—Debéis marcharos.

—Lo tengo todo dispuesto, y lo hubiese hecho si no me hubieseis obligado a venir —. Contestó enfadado.

—Debéis marcharos —repitió con autoridad—, pero no sin hablar. Ella lo necesita.

—Me sorprende vuestra comprensión.

—Os arrancaré los ojos y las manos si la tocáis.

Azraq se sonrió reconociendo en la bravuconería la inmensidad de la amistad.

Resignado y con paso inseguro se acercó a la mujer más hermosa que conociese jamás.

Gadea Ayala, una común que enloquecía como la más bella de las reinas. Su brillo no nacía en los ojos, ni las cejas oscuras o la caballera morena. Su dulzura interior alcanzaba y encandilaba el exterior más allá de la simple apariencia. Bendita mujer que conseguía enamorar más allá de su delicado andar. Afortunado hombre que contaba con tan fiel compañera.

Con todas las fuerzas de contención, se acercó a la causa de su destierro, pues él la amaba, pero de una forma que ella jamás haría.

—Señora.

—Lo siento, debí hacer más de lo que hice. En verdad os pido perdón. Si no fuese por mi ellos jamás hubiesen… —Las lágrimas de Gadea rodaron por sus mejillas blancas con tanta rapidez como sus palabras, y Azraq se sintió obligado a sentarse a su lado.

—Mi señora, Blanca siempre supo cómo actuar. Creedme, ni vos ni nadie se habría interpuesto entre ella y su amor.

—Lo decís para consolarme. Yo tampoco soy fácil de disuadir.

—Lo sé —dijo con sonrisa melancólicamente divertida—. Dios ha dispuesto el destino de la hechicera y frente a ello nada podemos hacer nosotros. Fuisteis una buena amiga y ella así lo sintió. ¿Sabéis algo? antes de irme me habló de vos —Gadea torció el gesto interesada en saber—. Estaba feliz por formar parte del beaterio. Dijo que siempre os agradecería convertirla en una cofrade.

—¿Lo decís en serio?

—¿Cómo pensáis que sabría eso del juramento de honor de las cofrades si no fuese así? —Gadea sonrió con el rostro totalmente humedecido—. Ella os quería, lo prometo.

—Y yo a ella. Lo juro.

Gadea se lanzó a sus brazos, y Azraq la abrazó con el corazón más abierto que los brazos.

Con los ojos cerrados aspiró profundo el aroma de un recuerdo que jamás le abandonaría.

El calor de la muchacha era tan reconfortante, que se hubiese quedado abrazado a ella por la eternidad, si no fuese porque su esposo se encontraba justo delante.

Abriendo los ojos, lo vio y supo que el momento había acabado. Esta era la despedida final.

—Mi señora, debo irme.

Gadea asintió mientras aspiraba sus lágrimas al separarse.

—Id con Dios.

Azraq se puso en pie para darle un último abrazo al amigo y hablarle al oído.

—Cuidadla u os juro que os mataré.

—Sea.

Gadea se puso en pie para verlo marchar.

—¿Estáis bien?

—Lo estoy.

—Os quiero de vuelta. Os necesito a mi lado —. Judá le dijo recordando su tristeza desde la muerte de la morisca.

—Lo estoy.

—Bien, entonces, creo que es el momento de daros esto.

Judá extrajo del bolsillo un collar damasquinado en oro de un gusto exquisito.

—Es precioso.

—No más que vos —. Contestó colgándoselo al cuello —. Ahora sí es precioso. Vuestro cuello es el mejor de los sitios para lucirlo.

—Gracias.

—Gracias a vos por…

—¡Gadea! Os necesitamos. Ellas están exhaustas.

Tres mujeres se sentaron en el suelo junto al inmenso portal de madera. Estaban lastimadas y se las notaba agotas.

—¡Vamos! —Dijo Juana impaciente.

Gadea se mostró confundida, por lo que su marido habló con seguridad.

—Id —. Contestó Judá con sonrisa suave.

Gadea asintió aceptando la sonrisa como un permiso, antes de correr junto a su hermana para ayudar a las tres nuevas mujeres.

Verla ayudar comenzaba a ser un disfrute. Atrás quedaban los tiempos en donde se ofuscaba y deseaba arrastrarla a casa. Esta era su esposa, y así la quería.

Gonzalo se le acercó con la mano en los bolsillos sin perder detalle de la escena.

—Esas mujeres son…

—Negras. Sí querido amigo.

—Y seguramente sean…

—Esclavas. Sí amigo mío. Esclavas.

—Se avecinan problemas.

—¿Qué tal si os invito un vino en la taberna antes de que nos alcancen?

—Os noto resignado —. Contestó con diversión contenida.

—Mi esposa es Gadea Ayala, una cofrade y una común, ¿qué otra cosa podría esperar?

Gonzalo no contuvo la carcajada y Judá se sonrió a su lado mientras se perdían calle arriba.

En la distancia, una Gadea sonriente y enamorada, sujetaba a la inmensa puerta de La Blanca mientras los miraba partir.

—¡Hermana! Entrad, nos necesitan.

Asintiendo y con un suspiro profundo, la gruesa puerta crujió al cerrarse. Dentro nuevas cofrades la esperaban.

Cuenta la leyenda que el beaterio funcionó por muchos, muchos años. Ayudando a las nietas, y las hijas de las nietas; y las hijas de las hijas de las nietas. Y tan intensa fue su labor, que narran los visitantes que, si hoy arrimas el oído a una columna de Santa María la Blanca, se escuchan las risas pícaras de Juana, y las alocadas ideas de Gadea.

También se comenta que, al pasar cinco primaveras desde la muerte de la morisca, en una casa pequeña y humilde junto a la Puerta de Bab-al-Mardum, la gente dijo ver a dos hermanas viudas llegadas desde Galicia. Las chismosas del barrio creyeron reconocerlas, pero aquello quedó en meras habladurías. Solo se pudo saber que una vez a la semana las hermanas Ayala entraban muy temprano y pasaban un rato de intensa charla con las hermanas. Las mismas chismosas creyeron oír carcajadas a todo pulmón, sin embargo, a nadie le importó. Demasiado tenía la gente con lo suyo como para preocuparse con las risas de cuatro comunes.

De las hermanas que allí vivían nunca nadie comentó nada más, solo que una de ellas, la más tímida, cada mañana portaba dos flores blancas. Una que depositaba junto al cubo del Pozo Amargo, y la otra, en un pequeño saliente junto al portal de la casa del nigromante marqués de Villena. Luego, andaba hasta desaparecer tras las cuatro paredes de su humilde hogar.

La judería año tras año alojó menos judíos y más conversos, pero sus calles, fieles al designio encomendado, siguen hoy día contando historias de sus valientes habitantes.

¿Los niños del beaterio? Oh, ellos aprendieron tanto que se convirtieron en unos grandes artesanos. ¿Qué cómo lo sé? Basta con visitar el Taller del Moro para comprobar la calidad de los maestros que por allí pasaron.

La maravillosa Primada, por su parte, no se quedó atrás. Olvidándose de los malos recuerdos decidió convertirse en una de las catedrales más majestuosas del mundo.

La Alcaná, también decidió continuar vendiendo ricas telas y collares de exquisito oro damasquinado. Pero nunca, jamás, sin dejar de señalar el camino hacia el convento de Santa Clara, el del patio reverdecido y cuidado por unas clarisas, todavía más cariñosas que la propia Amice.

La Iglesia de San Román, única como ella sola, sigue encandilando con solo mirarla. Por algo siempre resultó ser la preferida de la más redondeada, Doña María Téllez. Y digo más redondeada porque no existieron mazapanes que sus dientes no hincasen. Si compráis tan dulce manjar, cuidad vuestras bolsas, ciertos pasteleros, juran que algunas de sus cajas han desaparecido de forma

inexplicable. Y sí, sé que los fantasmas no existen, pero Doña María era muy, pero muy, golosa y seguro que aún ronda esas calles.

Las piedras de las estrechas callejuelas os podrían contar muchas historias como la de Doña María, incluso otras mucho más jugosas. Aunque, a decir verdad, ninguna que pudiese compararse con la relatada por la querida Plaza de Zocodover. La pobre, aún hoy, sigue describiendo acalorada aquel beso intenso entre Gadea Ayala y el Converso. Ese con el que las piedras aseguran que la obligaron a casarse. Pero, visto lo visto, Zocodover jamás les creyó.

El tiempo tampoco le fue indiferente a Salvador. Fuerte y severo, el pequeño se convirtió en un hombre digno portador de la insignia de los De la Cruz. Alto y fuerte, los dominaba a todos con su inteligencia. A todos menos a esa que lo llevaba de cabeza. Esa que tanto protegió desde bebé, pero que después de…

En fin, que es una historia demasiado larga y no es mi deseo aburriros…

¡Uy, Uy! ¡Cómo puedo ser tan distraída! En Santa María de Sorbaces a mediados del siglo XVIII, unas lluvias torrenciales desenterraron un tesoro godo magnífico. Oro, perlas y zafiros en formas de cruces, coronas, y creo yo que me pareció ver ¿un collar? No estoy muy segura, igual cuando lo visites en el museo donde hoy descansa, puedas contármelo, pero solo a mí, recuerda que éste es un secreto solo de nosotras…

—¡Y Constanza!

—Ay madre, ¿tampoco os conté eso? Pues veréis…

Después de tres días sin hablar, Constanza, sentada en un banco improvisado, sostenía el libro abierto sobre sus faldas. No leía. Escuchaba los ruidos de la gente que alborotada bajaba a toda prisa hacia tierra firme. Los miró, pero sin mirar. Se encontraba en La española, y aunque ella también lo era, se sentía una extranjera de raíces, sentimientos y de futuro. Esperando que el tumulto se disolviese, se puso a escribir en unas hojas en blanco

—Parece que está sola —dijo el segundo al mando.

—Se marchará —. Replicó uno de los marinos de barba extensa.

—No tiene a nadie —. Contestó el calvo más sensible.

—Y con lo bonita que es la pillarán en… —dijo el grumete que se silenció ante los gritos del capitán.

—¡Callad ya! No puedo comprometerme. ¿No lo entendéis? —Los marineros no le contestaron.

—Soy un marino, un hombre de mar. ¿Qué haría yo con una jovencita como esa?

—Cuidarla.

—Casaros.

—Formar una familia

—Tener hijos.

—Hacerle el amor hasta que…

Todos golpearon al grumete que alzó los hombres en señal: "¿y ahora qué he dicho?"

—No busco responsabilidades y ella es…

—Una buena mujer.

—Luchadora.

—Inteligente.

—Trabajadora.

—Una belleza.

—Y con un par de… — El grumete recibió una colleja del segundo al mando que lo silenció al instante.

El capitán, nervioso, tenía la cabeza ardiendo de tanto pensar. No podía dejarla. La muchacha era todo lo que sus hombres describían, y mucho más.

Maldición, la jovencita le encantaba. Y aunque la verdad era que no deseaba compromisos, quizás pudiese ayudarla. Tan solo un poco. Lo suficiente hasta que se encontrase segura.

—Igual puedo quedarme unos días. Solo hasta encontrar a ese desconocido padre.

—Claro.

—Sólo por eso.

—Por supuesto.

Dijeron los marinos todos a la vez.

—Yo no quiero compromisos. Me gustan todas. No soy hombre de una sola mujer.

—Lo comprendemos —. Respondió el segundo algo distraído con el viento.

—Solo lo hago por ella.

—No pensaríamos otra cosa —. Contestó el calvo.

—Además ella…

Un joven a lo lejos se acercó a Constanza para hablarle demasiado de cerca, y el capitán, olvidándose de excusas, y de su tripulación, se dirigió a ellos en menos de cinco zancadas.

Con un empujón lanzó al joven que, por no buscarse problemas, se marchó sin ofrecer batalla.

Julián apartó la bolsa de viaje mientras habló con mucho de decisión y bastante de mentira.

—Estás sola. No puedo dejarte ir. Te ayudaré a encontrar a tu padre.

—Puedo sola, no tienes que sentir obligación alguna —. Dijo

poniéndose en pie.

La joven intentó recuperar su maleta, pero Julián se lo impidió.

—De eso nada, insisto. Este lugar es peligroso para una joven sola. Además, ¿sabes dónde encontrarlo?

—Tengo su nombre…

—Bien, mis amigos en el puerto conocen mucha gente. Ellos podrán ayudarnos.

—Yo no quiero molestar ni ser una carga. Se defenderme…, o eso creo.

—Me gusta ayudar.

Los marineros, que tenían el oído atento a la conversación, casi caen al agua de tanta risa, y él los fulminó con la mirada.

—No les hagas caso. Desembarquemos, nos espera un largo camino.

Constanza introdujo un trozo de tela como marca páginas y cerró el libro.

Julián intentó quitárselo y meterlo dentro de la maleta, pero ella no se lo entregó.

—La cofradía de las comunes —leyó en voz alta—. Lo llevas siempre contigo, ¿de qué va?

—Son sus vidas, nuestra historia.

—¿De quién? ¿vuestra abuela? ¿vuestra madre quizás?

—De nosotras. De todas nosotras.

Julián, sin comprender la contestación, la sujetó del brazo y bajó con ella por la rampa. Constanza por su parte se aferró al libro. Era lo único suyo.

—Grumete, que limpien el barco con esmero —. Dijo el segundo.

—¿Por?

—Se aproxima una boda.

Los marinos asintieron y el grumete se rascó la perilla.

—¿Cómo lo saben?

—Muchacho, lo sabemos todos menos él.

Los marineros se carcajearon mientras miraban a su capitán adentrarse en el puerto de La Española, sujetando con posesión, la cintura de la muchacha.

—Les doy un mes —dijo el más calvo de los marinos.

—Yo les doy una semana —. Dijo el segundo.

—Yo creo que esta noche le pegará un meneo que…

Todos golpearon al grumete, que esta vez, se sonrió pícaro bajo una lluvia de gorrazos.

FIN

Otros libros de Romances con una fuerte dosis de pasión, acción y aventuras de Diana Scott.

Saga la cofradía de las comunes
Libro 1: El Converso
Libro 2: Hechicera
Libro 3: Libelo de Sangre
Libro 4: La Novicia
Libro 5: las Comunes

Saga Infidelidades

Libro 1: Después de Ti (Susana, Oscar y Nico)
Libro 2: Es por Ti (Susana y Nico)
Libro 3: El Custodia de Tu Corazón (Matías y Azul)
Libro 4: Juego de Pasiones (Lucas y Carmen)
Libro 5: Perdona. Me Enamoré (Carlos y Barby)
Libro 6: Atada a un sentimiento (Azul y Matías)

Serie Stonebridge

Libro I: Tesoro oculto
Libro II: Los días que nos faltan
Libro III: Hasta que llegaste tú.

Serie Doctora Klein
Libro I: Culpable
Libro II: Salvaje
Libro III: Siempre

Tus comentarios nos ayudan a que podamos seguir creciendo y seguir escribiendo para mujeres como nosotras. Te espero en mis cuentas de Instagram o twitter @Dianascottromance

Agradecimientos

Son muchas las gracias que debo dar, pero esto va por vosotras. Una apuesta de romance histórico diferente que sin vuestro apoyo como lectoras jamás hubiese sido posible.

Edición Noviembre 2021